HILARY MANTEL



Una historia sobre el poder y el precio que hay que pagar para ejercerlo.

LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA

París, 1789. Frente a las panaderías se forman largas colas de gente hambrienta, las calles están atestadas de vagabundos armados y prácticamente todos los días estalla una pequeña revuelta. En la orilla izquierda del Sena, un joven y desconocido abogado llamado Georges-Jaques Danton intenta labrarse un porvenir. Es un hombre enérgico y se ha propuesto dejar su impronta en la historia cueste lo que cueste.

Maximilien Robespierre, también abogado, es un hombre tímido que detesta la violencia pero está dispuesto a dar la vida por ayudar a los demás. Camille Desmoulins es un joven sin domicilio fijo y aparentemente sin porvenir.

¿Qué es la revolución francesa? ¿Un desastre, un sueño, una oportunidad? Para estos tres hombres representa la única carrera posible a la que consagrar su vida.

No puedo recordar una novela histórica tan buena como ésta, si no me remonto a Memorias de Adriano, de Margguerritte Yourcenar, publicada hace 40 años.

—Antonhy Quinton, **Evening Standard**—

Lectulandia

Hilary Mantel

La sombra de la guillotina

ePub r1.2

bigbang951 10.12.14

Título original: *A Place of Greater Safety*
Hilary Mantel, 1992
Traducción: Antoni Puigròs

Editor digital: bigbang951
Colaborador: Dr.Doa
ePub base r1.2

A Clare Boylan.

Nota de la autora

Esta novela versa sobre la Revolución Francesa. Casi todos sus personajes fueron personas estrechamente ligadas a hechos históricos, al menos en tanto en cuanto estos hechos han sido aceptados como tales. No se trata, sin embargo, de una crónica sobre la Revolución. La historia se centra en París, y lo que sucede en provincias así como numerosos hechos militares queda fuera de su alcance.

Mis personajes principales no fueron famosos hasta que estalló la Revolución, por lo que apenas sabemos nada sobre su vida anterior. Me he servido de datos conocidos, el resto lo he inventado basándome en dichos datos.

Pero tampoco se trata de un relato imparcial porque he intentado ver el mundo tal como lo veían mis personajes, los cuales, como es lógico, tienen sus prejuicios y sus puntos de vista. He empleado, en la medida de lo posible, sus propias palabras —sacadas de discursos y otros documentos— y las he interpolado en mis diálogos. Estoy convencida de que todo aquello que se declara oficialmente con anterioridad ya ha sido comentado en privado.

Quizá choque al lector el papel un tanto curioso y tangencial que desempeña uno de los personajes del libro. Todos sabemos que Jean-Paul Marat fue asesinado en el baño por una atractiva joven. Conocemos su muerte, pero su vida constituye un enigma que se presta a diversas interpretaciones. El doctor Marat tenía veinte años más que los personajes principales, y una larga e interesante carrera prerrevolucionaria. Pero como este hecho desequilibraría en cierto modo la historia, he decidido convertirlo en una estrella invitada con apariciones fugaces pero decisivas. Confío escribir en el futuro una novela sobre el doctor Marat, que sin duda alterará la visión de la historia que ofrezco aquí. Mientras escribía el presente libro, he sostenido numerosas discusiones conmigo misma sobre lo que realmente representa la historia. Pero, en todo caso, para poder refutar una tesis antes hay que establecerla.

Los acontecimientos que se narran aquí son complicados, por lo que la necesidad de dramatizarlos se contrapone a la de explicarlos. Quienquiera que escriba una

novela de este tipo se expone a ser criticado por los pedantes. Sirva un breve ejemplo para demostrar mi deseo de facilitar las cosas al lector sin falsear los hechos.

Cuando describo el París prerrevolucionario, me refiero a «la policía». Existen varios cuerpos encargados de imponer la ley, pero sería tedioso suspender la narración cada vez que estalla una revuelta para explicar al lector cuál de ellos aparece en escena.

En general, los personajes de este libro son unos empedernidos noctámbulos. Cuando hacen algo a las tres, se entiende que son las tres de la mañana.

Soy consciente de que una novela constituye un esfuerzo plural, una empresa entre autor y lector. Yo expongo mi versión de los hechos, pero estos cambian según el punto de vista del lector. Mis personajes, lógicamente, no pueden volver la vista atrás para juzgar el pasado, más bien se limitan a vivir siempre su presente. No pretendo persuadir al lector de que juzgue los hechos de una determinada forma, ni de que saque unas conclusiones preconcebidas. He intentado escribir una novela que ofrezca al lector la posibilidad de cambiar de opinión, de simpatías, de meterse en la narración y reflexionar sobre ella. Quizá se pregunte cómo es posible diferenciar la realidad de la ficción. Pues bien, todo lo que parezca inverosímil probablemente sea cierto.

Relación de personajes

En Guise:

— Jean-Nicolas Desmoulins, un abogado
— Madeleine, su esposa
— Camille, su hijo mayor (nacido en 1760)
— Elisabeth, su hija
— Henriette, su hija (fallecida a los nueve años)
— Armand, su hijo
— Anne-Clothilde, su hija
— Clément, su hijo menor

sus altivos parientes:

— Adrien de Viefville
— Jean-Louis de Viefville

— el príncipe de Condé, el noble más importante del distrito y cliente de Jean-Nicolas Desmoulins.

En Arcis-sur-Aube:

— Marie-Madeleine Danton, una viuda, la cual contrae matrimonio con
— Jean Recordain, un inventor
— Georges-Jacques, su hijo (nacido en 1759)
— Anne-Madeleine, su hija
— Pierrette, su hija
— Marie-Cécile, su hija, que se hace monja.

En Arras:

— François de Robespierre, un abogado
— Maximilien, su hijo (nacido en 1758)
— Charlotte, su hija
— Henriette, su hija (fallecida a los diecinueve años)

— Augustin, su hijo menor

— Jacqueline, su esposa, apellidada Carraut, la cual muere tras dar a luz a su quinto hijo

— el abuelo Carraut, un cervecero

hermanas de François de Robespierre:

— la tía Eulalie

— la tía Henriette.

En París, en el colegio de Louis-le-Grand:

— el padre Poignard, el rector, un hombre de talante liberal

— el padre Proyart, el vicerrector, un hombre nada liberal

— el padre Herivaux, un profesor de lenguas clásicas

— Louis Suleau, un estudiante

— Stanislas Fréron, un estudiante bien relacionado, apodado «Conejo»

En Troyes:

— Fabre d'Églantine, un genio sin trabajo.

SEGUNDA PARTE

En París:

— el señor Vinot, un abogado en cuyo bufete trabaja Georges-Jacques Danton

— el señor Perrin, un abogado en cuyo bufete trabaja Camille Desmoulins

— Jean-Marie Hérault de Séchelles, un joven aristócrata y dignatario legal

— François-Jérôme Charpentier, propietario de un café e inspector de Hacienda

— Angélique (Angelica) su esposa italiana

— Gabrielle, su hija

— Françoise-Julie Duhauttoir, la amante de Georges-Jacques Danton.

En la rue Condé:

— Claude Duplessis, un anciano funcionario

— Annette, su esposa

sus hijas:

— Adèle

— Lucile

— el abate Laudréville, confesor de Annette, un intermediario.

En Guise:

— Rose-Fleur Godard, la novia de Camille Desmoulins.

En Arras:

— Joseph Fouché, un profesor, admirador de Charlotte Robespierre
— Lazare Carnot, un ingeniero militar, amigo de Maximilien de Robespierre
— Anaïs Deshorties, una muchacha bonita cuya familia desea que se case con Maximilien de Robespierre

— Louise de Kéralio, una novelista que se instala en París, contrae matrimonio con François Robert y funda un periódico

— Hermann, un abogado, amigo de Maximilien de Robespierre.

Los orleanistas:

— Philippe, duque de Orléans, primo del rey Luis XVI
— Félicité de Genlis, escritora, su antigua amante y actual institutriz de sus hijos
— Charles-Alexis Brulard de Sillery, conde de Genlis, marido de Félicité, antiguo oficial de la Marina y jugador
— Pierre Choderlos de Laclos, un novelista, secretario del duque
— Agnès de Buffon, amante del duque
— Grace Elliot, antigua amante del duque, la cual hace de espía para el Foreign Office
— Axel von Fersen, amante de la Reina.

En el despacho de Danton:

— Jules Paré, su secretario
— François Deforgues, su secretario
— Billaud-Varennes, su secretario y hombre de carácter hosco.

En la Cour du Commerce:

— *Madame* Gély, la vecina del piso superior de Georges-Jacques y Gabrielle Danton
— Antoine, su marido
— Louise, su hija

las sirvientas de los Danton:
— Catherine
— Marie

— Legendre, un maestro carnicero, vecino de los Danton
— François Robert, catedrático de Derecho. Contrae matrimonio con Louise de Kéralio, abre un delicatessen y se convierte en un periodista de ideas radicales
— René Hébert, taquillero de un teatro
— Anne Théroigne, una cantante.

En la Asamblea Nacional:

— Antoine Barnave, diputado. Un radical que se convierte en monárquico

— Jérôme Pétion, un diputado radical, posteriormente denominado «brissotino»

— Dr. Guillotin, un experto en salud pública

— Jean-Sylvain Bailly, un astrónomo, que posteriormente fue alcalde de París

— Honoré-Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, aristócrata renegado y representante del estado llano, o tercer estado

— Teutch, mayordomo de Mirabeau

sus «esclavos», unos políticos ginebrinos en el exilio:

— Clavière

— Dumont

— Duroveray

— Jacques-Pierre Brissot, un periodista

— Momoro, un tipógrafo

— Réveillon, propietario de una fábrica de papel pintado

— Hanriot, propietario de una salitrería

— De Launay, gobernador de la Bastilla.

TERCERA PARTE

— M. Soulès, gobernador provisional de la Bastilla

— el marqués de Lafayette, comandante de la Guardia Nacional

— Jean-Paul Marat, un periodista, editor del Amigo del Pueblo

— Arthur Dillon, gobernador de Tobago y general del Ejército francés; amigo de Camille Desmoulins

— Louis-Sébastien Mercier, un conocido autor

— Collot d’Herbois, un dramaturgo

— el padre Pancemont, un truculento sacerdote

— el padre Bérardier, un sacerdote excesivamente crédulo

— Caroline Rémy, una actriz

— el señor Duchesne, un fabricante de hornos. Alter ego de René Hébert, el taquillero convertido en periodista

— Antoine Saint-Just, un poeta desleal, amigo o pariente de Camille Desmoulins

— Jean-Marie Roland, un viejo ex funcionario
— Manon Roland, su joven esposa, una escritora

— François-Léonard Buzot, un diputado, miembro del Club Jacobino y amigo de los Roland

— Jean-Baptiste Louvet, un novelista, jacobino y amigo de los Roland.

CUARTA PARTE

En la rue Saint Honoré:
— Maurice Duplay, un maestro carpintero
— Françoise Duplay, su esposa
— Eléonore, su hija mayor, estudiante de bellas artes
— Victoire, su hija
— Elisabeth (Babette), su hija menor

— Charles Dumouriez, un general y ministro de Asuntos Exteriores

— Antoine Fouquier-Tinville, un abogado; primo de Camille Desmoulins

— Jeanette, criada de los Desmoulins.

QUINTA PARTE

Políticos calificados como «brissotinos» o «girondinos»:
— Jacques-Pierre Brissot, un periodista
— Jean-Marie y Manon Roland
— Pierre Vergniaud, miembro de la Convención Nacional y célebre orador
— Jérôme Pétion
— François-Léonard Buzot
— Jean-Baptiste Louvet
— Charles Barbaroux, un abogado de Marsella, y muchos otros

— Albertine Marat, hermana de Marat
— Simone Evrard, concubina de Marat

— Defermon, diputado y presidente temporal de la Convención Nacional

— Jean-François Lacroix, un diputado de tendencias moderadas. En 1792 y 1793 viaja con Danton a Bélgica «en una misión»

— David, un pintor

— Charlotte Corday, una asesina

— Claude Dupin, un joven funcionario que propone matrimonio a Louise Gély, la vecina de Danton

— Souberbielle, el médico de Robespierre

— Renaudine, fabricante de violines y hombre de temperamento violento

— el padre Kéravenen, un sacerdote perseguido

— Chauveau-Lagarde, abogado defensor de María Antonieta

— Philippe Lebas, diputado de izquierdas y posteriormente miembro del comité de la Seguridad General, o comité de Policía; contrae matrimonio con Babette Duplay

— Vadier, conocido como «el Inquisidor», un miembro del comité de Policía.

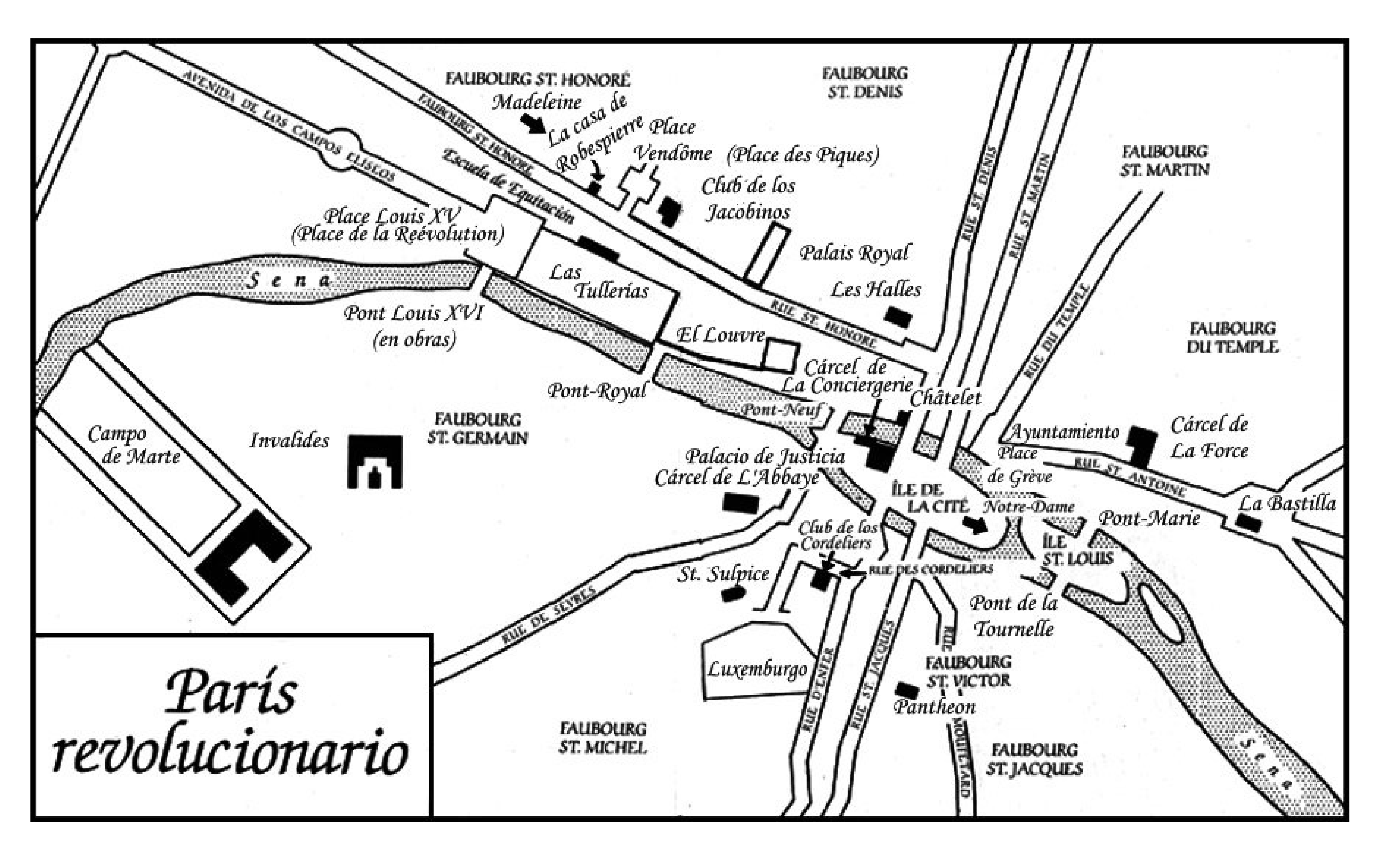
Implicados en el fraude de la Compañía de las Indias Orientales:
— Chabot, diputado y ex sacerdote capuchino
— Julien, diputado y antiguo pastor protestante
— Proli, secretario de Hérault de Séchelles y presunto espía austriaco
— Emmanuel Dobruska y Siegmund Gotleb, conocidos como Emmanuel y Junius Frei, unos especuladores
— Guzmán, un político de poca monta, de origen español
— Diedrichsen, un «hombre de negocios» danés
— el abate d'Espanac, proveedor del Ejército y estafador
diputados:
— Basire
— Delaunay
— ciudadano De Sade, un escritor y antiguo marqués

— Pierre Philippeaux, un diputado, el cual redacta un panfleto contra el Gobierno durante el Terror.

Algunos miembros del comité de Seguridad Pública:
— Saint André
— Barère
— Couthon, un parapléjico, amigo de Robespierre
— Robert Lindet, un abogado de Normandía, amigo de Danton
— Étienne Panis, un diputado de izquierdas, amigo de Danton.

En el juicio de los dantonistas:
— Hermann (antiguamente de Arras), presidente del Tribunal Revolucionario
— Dumas, su ayudante
— Fouquier-Tinville, actualmente fiscal
abogados acusadores:

— Fleuriot
— Liendon
— Fabricius Pâris, secretario del Tribunal
— Laflotte, un preso e informador
— Henri Sanson, fiscal.


París revolucionario
FAUBOURG ST. HONORÉ
Madeleine
La casa de Robespierre
Place Vendôme
(Place des Piques)
Club de los Jacobinos
FAUBOURG ST. DENIS
FAUBOURG ST. MARTIN
FAUBOURG DU TEMPLE
AVENIDA DE LOS CAMPOS ELISEOS
FAUBOURG ST. HONORÉ
Escuela de Equitación
Place Louis XV
(Place de la Reévolution)
Palais Royal
Les Halles
RUE ST. DENIS
RUE ST. MARTIN
RUE DU TEMPLE
RUE ST. HONORÉ
Sena
Las Tullerías
Pont Louis XVI
(en obras)
El Louvre
Cárcel de La Conciergerie
Châtelet
Pont-Royal
Pont-Neuf
Ayuntamiento
Cárcel de La Force
Campo de Marte
Invalides
FAUBOURG ST. GERMAIN
Palacio de Justicia
Cárcel de L'Abbaye
Place de Grève
RUE ST. ANTOINE
La Bastilla
ÎLE DE LA CITÉ
Notre-Dame
Pont-Marie
Club de los Cordeliers
ÎLE ST. LOUIS
RUE DES CORDELIERS
St. Sulpice
Pont de la Tournelle
RUE DE SEVRES
Luxemburgo
RUE D'ENFER
RUE ST. JACQUES
RUE MOUFFETARD
FAUBOURG ST. VICTOR
Pantheon
FAUBOURG ST. MICHEL
FAUBOURG ST. JACQUES
Sena

PRIMERA PARTE

Luis XV es apodado el Bien Amado. Transcurren diez años. Las mismas gentes que le pusieron tan afectuoso calificativo están convencidas de que el Bien Amado se baña en sangre humana… Huye de París y se encierra en Versalles, pero le parece también allí que hay demasiada gente y demasiada luz. Anhela refugiarse en un lugar apartado…

En un año de escasez (tan frecuentes en aquella época) seguía yendo de caza, como de costumbre, a los bosques de Sénart. Un día se encontró a un campesino que transportaba un ataúd y le preguntó: «¿Adónde llevas ese ataúd?». El campesino respondió: «A tal lugar». «¿Es para un hombre o para una mujer?». «Para un hombre». «¿De qué ha muerto?». «De hambre».

JULES MICHELET


UNITE.
ET
INDIVISIBILITE
DE LA
RÉPUBLIQUE.
LIBERTÉ,
ÉGALITÉ,
FRATERNITÉ
OU LA MORT

I. *La vida como campo de batalla*

(1763-1774)

Ahora que ya ha pasado un cierto tiempo, podemos contemplar lo sucedido con perspectiva. Ahora que han colocado la última teja roja en el tejado de la Nueva Casa, ahora que hace cuatro años que firmaron el contrato matrimonial. La ciudad huele a verano, que no es un olor muy agradable, pero es el mismo del año pasado, el mismo de todos los años. La Nueva Casa huele a resina y a cera; emana un penetrante olor a disputas familiares.

El estudio de maître Desmoulins está al otro lado del patio, en la Vieja Casa cuya fachada da a la calle. Desde la Place des Armes, si nos situamos frente a la estrecha y blanca fachada, podemos verlo detrás de las persianas del primer piso. Parece que observa la calle, pero en realidad se encuentra a muchos kilómetros de distancia. Mentalmente está en París.

En estos momentos se dispone a subir la escalera. Le sigue su hijo de tres años. Como el señor Desmoulins sabe que no podrá quitárselo de encima hasta dentro de veinte años, comprende que es inútil quejarse. El calor del mediodía invade las calles. Las niñas, Henriette y Elisabeth, duermen en sus cunas. Madeleine está insultando a la lavandera con una fluidez y una agresividad impropias de su estado de buena esperanza y su buena educación. Desmoulins cierra la puerta para no oírlas.

Tan pronto como se sienta ante su mesa de despacho, un pensamiento sobre París empieza a darle vueltas en la cabeza. Es algo que le sucede a menudo. Se ve a sí mismo en las escaleras del tribunal del Châtelet, tras haber conseguido una absolución, rodeado de un grupo de colegas que le felicitan calurosamente. Desmoulins mira a su alrededor. ¿Dónde está Perrin esta tarde? ¿Y Vinot? Ahora va dos veces al año, y Vinot —que solía comentar con él su plan de vida cuando eran estudiantes— había pasado junto a él, en la Place Dauphine, sin reconocerlo.

Eso sucedió el año pasado. Ahora estamos en 1763. Nos encontramos en Guise, Picardía; Desmoulins tiene treinta y tres años, está casado y es padre, abogado,

concejal, miembro del alguacilazgo y tiene que pagar la factura del nuevo tejado.

Saca sus libros de cuentas. Hace sólo dos meses que la familia de Madeleine le entregó el último plazo de su dote. Fingieron —sabiendo que él no podía insultarlos — que había sido un descuido, que a un hombre de su posición, con un trabajo bien remunerado, no le haría falta ese dinero.

Era un truco típico de los Viefville, y Desmoulins no podía hacer nada para remediarlo. Lo habían clavado al mástil familiar mientras él, temblando de vergüenza, les entregaba los clavos. Había regresado de París, a petición de ellos, por Madeleine. No sabía que esta cumpliría treinta años antes de que su familia considerara que él había alcanzado una situación medianamente satisfactoria.

Los Viefville dirigen y controlan pequeñas poblaciones y grandes bufetes de abogados. Tienen primos repartidos por toda la comarca de Laon, por toda Picardía. Son una familia de estafadores, fríos y arrogantes. Un De Viefville es el alcalde de Guise, otro es miembro del Parlamento de París, ese augusto organismo judicial. Los De Viefville suelen casarse con miembros de la familia Godard; Madeleine es una Godard, por parte de padre. El apellido de los Godard carece de la ansiada partícula de nobleza, pero los Godard saben desenvolverse en la vida. Cuando uno asiste, en Guise o en los alrededores, a una velada musical, a un funeral o a una cena de abogados, siempre hay un Godard presente ante el que doblar la rodilla.

Las damas de la familia creen en la producción anual, y aunque Madeleine ha empezado tarde se toma muy en serio su obligación. De ahí la Nueva Casa.

El hijo que seguía a Desmoulins era su primogénito, que ahora cruza la habitación y se encarama en el asiento de la ventana. Su primera reacción, cuando se lo enseñaron a los pocos minutos de nacer, fue afirmar que no era suyo. Durante el bautizo, los complacidos tíos y tías del niño no cesaban de repetir: «¡Es igualito a los Godard!». Tres deseos, pensó Jean-Nicolas amargamente: convertirte en concejal, casarte con tu prima y nadar en la abundancia.

Al niño le impusieron muchos nombres, porque los padrinos no conseguían ponerse de acuerdo. Jean-Nicolas expuso sus preferencias, ante lo cual la familia cerró filas: puedes llamarlo Lucien o como quieras, pero nosotros lo llamaremos Camille.

El nacimiento de su primogénito fue un acontecimiento muy serio en la vida de Jean-Nicolas. Tenía la sensación de hundirse en un pantano, sin esperanzas de salvación. No es que no estuviera dispuesto a asumir sus responsabilidades, sino que se sentía abrumado por las paradojas de la vida y aterrado ante la certeza de que no había nada constructivo que él pudiera hacer. El niño constituía un problema irresoluble. Parecía inaccesible al proceso de razonamiento legal. Jean-Nicolas le sonreía, y el niño le devolvía la sonrisa, pero no la simpática sonrisa desdentada que esbozan la mayoría de los bebés, sino una sonrisa decididamente irónica. Por otra parte, Jean-Nicolas siempre había creído que los bebés no veían con claridad, pero este —sin duda se trataba de su imaginación— parecía observarlo con cierta frialdad,

lo cual le incomodaba. En el fondo temía que el día menos pensado el bebé se incorporara, le mirara fijamente y exclamara: «¡Capullo!».

Asomado a la ventana, su hijo observa la plaza y comenta todo lo que ve: «Ahí va el cura, ahí está el señor Saulce. Mira, un ratón. Ahora aparece el perro del señor Saulce. ¡Pobre ratón!».

—Bájate de ahí, Camille —dice Jean-Nicolas—. Si te caes a la calle y te haces daño en la cabeza, nunca llegarás a ser un concejal. O puede que sí. ¿Quién lo iba a notar?

Mientras su padre suma las facturas de los proveedores, Camille sigue asomado a la ventana, buscando más carnaza. El cura atraviesa la plaza, el perro se tiende al sol. Un niño aparece con un collar y una cadena, se los coloca al perro y se lo lleva a casa. Al cabo de un rato, Jean-Nicolas levanta la vista y dice:

—Cuando haya terminado de pagar el tejado, estaré arruinado. ¿Me escuchas? Mientras tus tíos sigan impidiendo que me ocupe de casos de mayor envergadura, no podremos llegar a fin de mes sin echar mano de la dote de tu madre, la cual se reservaba para tus estudios. Las niñas no me preocupan, pueden aprender a bordar, o puede que alguien se case con ellas por sus encantos personales. Pero tú tendrás que espabilarte.

—El perro ha vuelto —dice su hijo.

—Bájate inmediatamente de ahí. Y no te portes como un niño mimado.

—¿Por qué? —pregunta Camille—. ¿Es que no soy un niño?

Su padre cruza la habitación y le obliga a bajarse del asiento de la ventana. El niño lo mira asombrado. Todo le sorprende: las diatribas de su padre, las motas en la cáscara de los huevos, los sombreros de las mujeres y los patos del estanque.

Jean-Nicolas lo sienta ante su mesa. Cuando tengas treinta años, piensa, te sentarás en esta mesa, dejarás a un lado los libros de cuentas para ocuparte de asuntos insignificantes, redactarás, quizá por décima vez en tu carrera, una hipoteca sobre la mansión de Wiège. Cuando cumplas cuarenta y te empiecen a salir canas y estés preocupado por tu hijo mayor, yo tendré setenta años. Me sentaré al sol a contemplar el paisaje, y cuando pasen el señor Saulce y el cura me saludarán educadamente.

¿Qué piensan ustedes sobre los padres? ¿Son importantes, o no? He aquí lo que opina Rousseau al respecto:

> La familia es la más antigua de las sociedades, y la única natural. Sin embargo, los hijos permanecen por naturaleza sujetos a su padre sólo en tanto en cuanto lo necesitan para sobrevivir… La familia constituye el primer modelo de sociedad política. El jefe de Estado evoca la imagen de un padre; el pueblo, la de sus hijos.

He aquí otras anécdotas familiares.

El señor Danton tenía cuatro hijas, y un hijo menor que sus hermanas. El señor Danton no sentía nada especial hacia su hijo, salvo quizá un cierto alivio de que fuera varón. A los cuarenta años, el señor Danton falleció. Su viuda estaba embarazada,

pero sufrió un aborto.

Posteriormente, el niño, Georges-Jacques, creía recordar a su padre. En su familia se hablaba mucho de los muertos. Él procuraba empaparse de esas conversaciones y las transmutaba haciéndolas pasar por memoria. Los muertos no regresan para quejarse ni para regañarte.

El señor Danton había sido secretario de uno de los tribunales de la localidad. Dejó algo de dinero, unas casas y unas tierras. La señora Danton iba tirando sin grandes problemas. Era una mujer de carácter dominante que no temía enfrentarse a la vida. Los maridos de sus hermanas iban a visitarlos los domingos, para aconsejarla.

Los niños eran incorregibles. Destrozaban las verjas de los vecinos, perseguían a las ovejas y cometían otras tropelías rurales. Cuando su madre o uno de sus tíos les increpaban, contestaban con malos modos. En otras ocasiones se divertían arrojando a otros niños al río.

—¡Es increíble que unas niñas se comporten de ese modo! —observó el señor Camus, hermano de la señora Danton.

—No son las niñas —replicó ella—. Es Georges-Jacques. Pero qué quieres, tienen que sobrevivir.

—Pero esto no es la selva —objetó el señor Camus—. Esto no es la Patagonia. Es Arcis-sur-Aube.

Arcis es verde; el terreno que lo rodea es llano y amarillo. La vida prosigue a un ritmo pausado. El señor Camus observa al niño, que está asomado a la ventana, tirando piedras al granero.

—Ese niño es un salvaje y está enorme —dice—. ¿Por qué lleva una venda en la cabeza?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para meterte con él?

Hace dos días, una de las niñas lo había traído a casa al anochecer. Estuvieron jugando a moros y cristianos en un campo donde había un toro. Ese fue el piadoso comentario que hizo Anne Madeleine. Naturalmente, era muy posible que no todos los mártires de la Iglesia dejaran que un toro los atacara, y que algunos, como Georges-Jacques, se pasearan armados con palos. Tenía la mitad del rostro destrozado por el cuerno del animal. Desesperada, su madre le aplicó una venda bien apretada, confiando en que la carne se juntaría, y otra alrededor de la cabeza para cubrir los chichones y los cortes que tenía en la frente. Durante dos días, Georges-Jacques permaneció encerrado en casa, exhibiendo un aire agresivo y quejándose de que le dolía la cabeza. Eso fue el tercer día.

Veinticuatro horas después de que el señor Camus se hubiera marchado, la señora Danton se acercó a la ventana y vio —como en trance, como si se tratara de una horrible pesadilla— a un labrador que atravesaba los campos transportando el cuerpo inerte de su hijo. Dos perros corrían tras él con el rabo entre las patas, seguidos de Anne Madeleine, la cual gritaba de rabia y desesperación.

La señora Danton corrió a su encuentro y vio que el labrador tenía los ojos llenos

de lágrimas.

—Hay que sacrificar a ese toro —dijo.

Luego entraron en la cocina. Todo estaba manchado de sangre, la camisa del labrador, los perros, el delantal de Madeleine e incluso su cabello. En el suelo había también un reguero de sangre. La señora Danton buscó algo —una manta, un mantel — sobre la que extender el cadáver de su único hijo. El labrador, agotado por el esfuerzo, se apoyó en la pared, dejando en ella una larga mancha rojiza.

—Colóquelo en el suelo —dijo la señora Danton.

Cuando su mejilla rozó las frías losas del suelo, el niño gimió suavemente y la señora Danton comprendió que no estaba muerto. Entretanto, Anne Madeleine repetía con voz monótona el *De profundis*:

—«Desde la vigilia matutina hasta el anochecer, Israel confía en el Señor».

Su madre le propinó un bofetón para que se callara. En aquel momento entró un pollo volando y se posó en el pie de la señora Danton.

—No pegue a la niña —dijo el labrador—. Ella lo rescató de debajo de las patas del toro.

Georges-Jacques abrió los ojos y vomitó. Su madre le palpó los brazos y las piernas para comprobar si se había roto algo. Sólo se había partido la nariz. Al respirar, soltaba unas burbujas de sangre.

—No te suenes —le dijo el hombre—, que se te saldrán los sesos por la nariz.

—No te muevas, Georges-Jacques —dijo Anne Madeleine—. Le has dado un buen susto a ese toro. La próxima vez que te vea, saldrá corriendo.

—Ojalá tuviera un marido —se lamentó su madre.

Nadie le había examinado detenidamente la nariz antes del accidente, por lo que nadie podía asegurar que no la tuviera torcida antes de que se produjera el percance. Aparte de eso, el cuerno del toro le había dejado una cicatriz que le atravesaba la mejilla y que formaba una hendidura violácea en su labio superior.

Al año siguiente contrajo la viruela, lo mismo que sus hermanas, aunque afortunadamente todos se salvaron. Su madre no creía que las marcas de viruela influyeran en su aspecto. Georges era tan feo que la gente se volvía para mirarlo.

Cuando Georges-Jacques cumplió diez años, su madre contrajo nuevas nupcias con Jean Recordain, un comerciante de la localidad. Era viudo, con un hijo (de carácter sosegado) al que debería criar. Aunque era un tanto excéntrico, la madre de Georges estaba segura de que sería muy feliz con él. Georges empezó a asistir a la escuela local. No tardó en descubrir que era capaz de aprenderlo todo con poco esfuerzo, lo cual le permitía disponer del suficiente tiempo libre para seguir cultivando sus aficiones. Un día le pasó por encima toda una piara de cerdos, ocasionándole varias contusiones y heridas, además de dejarle un par de cicatrices que quedaron ocultas bajo su espesa pelambrera.

—Es la última vez que permito que un animal me pisotee —dijo—. Tanto si tiene dos patas como cuatro.

—Roguemos a Dios para que así sea —respondió piadosamente su padrastro.

Pasó un año. Un día, Georges cayó enfermo. Tenía mucha fiebre y no cesaba de tiritar. Cuando tosía arrojaba unos esputos sanguinolentos, y en su pecho sonaba un ruido bronco y áspero.

—Es posible que tenga los pulmones dañados —dijo el médico—. Son ya muchas las veces que se ha roto las costillas. Lo siento. Les recomiendo que avisen al sacerdote.

El sacerdote acudió para administrarle la extremaunción. Pero Georges no murió aquella noche. Tres días más tarde seguía en estado de coma. Su hermana Marie-Cécile organizó unos turnos de oraciones, reservándose el más pesado: desde las dos de la mañana hasta el amanecer. El salón se llenó de parientes que intentaban consolar a su madre. De vez en cuando se producía un silencio, roto por el vocerío de todos los presentes tratando de hablar al mismo tiempo. Las noticias sobre el estado de Georges iban de una habitación a otra.

Al cuarto día, Georges se incorporó y reconoció a su familia. Al quinto, empezó a bromear y tenía tanta hambre que pidió abundantes raciones de comida.

El médico afirmó que ya estaba fuera de peligro.

Su madre había decidido abrir la tumba familiar y enterrarlo junto a su padre. El ataúd, que habían colocado en un cobertizo, fue devuelto. Por fortuna, sólo habían pagado un depósito por él.

Mientras Georges-Jacques permanecía convaleciente, su padrastro viajó a Troyes. A su regreso anunció que había decidido enviar al muchacho a un seminario.

—¡Mentecato! —dijo su mujer—. Lo que pretendes es quitártelo de encima, confiésalo.

—No tengo tiempo para ocuparme de mis inventos —protestó Recordain—. Vivo en un campo de batalla. Cuando no le pisotean unos cerdos, pilla una pulmonía. ¿A quién se le ocurre bañarse en el río en noviembre? Los ciudadanos de Arcis no tienen por qué saber nadar. Es un chico muy difícil.

—Tienes razón, quizá podría ser sacerdote —dijo su mujer en tono conciliador.

—Ya lo imagino rodeado de sus feligreses —terció el tío Camus—. Quizá lo envíen a una cruzada.

—No sé de quién habrá heredado su inteligencia —dijo su mujer—. En mi familia no hay nadie inteligente.

—Gracias —protestó su hermano.

—Claro que el hecho de ingresar en un seminario no presupone que tenga que hacerse sacerdote. También podría ser abogado. Hay varios abogados en la familia.

—¿Y si no está de acuerdo con el veredicto? No quiero ni pensarlo.

—De todos modos —dijo la mujer—, prefiero que se quede en casa uno o dos años más. Me gusta tenerlo junto a mí.

—Como quieras —respondió su marido. Jean Recordain era un hombre bonachón que satisfacía a su mujer obedeciéndola en todo. Buena parte del tiempo lo pasaba encerrado en un cobertizo, inventando una máquina para tejer algodón. Decía que aquella máquina cambiaría el mundo.

Su hijastro tenía catorce años cuando se trasladaron a Troyes, vieja ciudad catedralicia de gente pacífica. Allí los animales no pisoteaban a la gente, ni los sacerdotes permitían a los chicos bañarse en el río. Todo parecía indicar, por tanto, que Georges-Jacques lograría sobrevivir.

Más tarde, cuando recordaba su adolescencia, siempre decía que había sido muy feliz.

En estos momentos, bajo una luz más débil, más gris, más del norte, se celebran unos esponsales. Es el 2 de enero, y los escasos asistentes se felicitan el año nuevo.

La historia de amor de Jacqueline Carraut ocupó la primavera y el verano de 1757, y el día de san Miguel, el 29 de septiembre, se enteró de que estaba embarazada. Jacqueline jamás cometía un error. O, por lo menos, sólo cometía errores graves.

En vista de que su novio se mostraba más frío hacia ella, y dado que su padre era un hombre colérico, Jacqueline decidió ensanchar los corpiños de sus vestidos y no decir palabra. Cuando se sentaba a la mesa, jugueteaba un rato con la comida y luego se la daba al terrier que estaba sentado junto a sus faldas. Llegó adviento.

—Si me lo hubieras dicho antes —dijo su novio—, mi familia sólo habría protestado de que un Robespierre se casara con la hija de un cervecero. Ahora, con esta barriga, encima se armará un escándalo.

—Es el fruto de nuestro amor —dijo Jacqueline. No era una joven romántica, pero se sentía obligada a mantener el tipo. Así pues, una vez ante el altar, sostuvo la cabeza bien alta y miró a todos de frente. Es decir, a su familia, porque los Robespierre se quedaron en casa.

François tenía veintiséis años y un brillante porvenir como abogado; era uno de los mejores partidos de la localidad. Los Robespierre llevaban en la comarca de Arras desde hacía trescientos años. No tenían dinero, pero eran muy orgullosos. Jacqueline estaba impresionada por cómo vivían sus suegros. En casa de su padre, el cervecero, quien no dejaba de quejarse en todo el día ni de regañar a sus empleados, comían unos buenos bistecs. Los Robespierre, en cambio, se comportaban con exquisita educación y comían sopa.

Puesto que la consideraban una muchacha fuerte y robusta, como todas las de su procedencia social, le servían unos gigantescos platos de sopa. Incluso le ofrecían cerveza de la que fabricaba su padre. Pero Jacqueline no era ni fuerte ni robusta, sino

frágil y delicada. Ha tenido suerte de casarse con un Robespierre, decía la gente con envidia. Así no tendrá que trabajar. Parecía una figurita de porcelana, un tanto deforme debido a su estado.

François había cumplido con su deber y se había casado con ella; pero cuando abrazó su cuerpo entre las sábanas, volvió a experimentar la misma pasión visceral que antes. Se sentía atraído por el nuevo corazón que latía en su pecho, por la primitiva curva de sus costillas. Le fascinaba su piel suave y diáfana. Le encandilaban sus grandes y miopes ojos verdes, cuya mirada ella sabía suavizar o endurecer, como un gato. Cuando hablaba, sus palabras eran como unas pequeñas garras que se le clavaban en la carne.

—Por sus venas sólo corre sopa —dijo Jacqueline—. Si les hicieras un corte, sangrarían buenos modales. Gracias a Dios que mañana nos instalamos en nuestra propia casa.

Fue un invierno crudo y tenso. Las dos hermanas de François iban a visitarlos a menudo, pero se sentían violentas. El hijo de Jacqueline nació el 6 de mayo, a las dos de la mañana. Más tarde, la familia se reunió alrededor de la pila bautismal. El padre de François fue el padrino e impusieron al niño su nombre, Maximilien. Era un nombre tradicional en la familia, según informó a la madre de Jacqueline, una familia sólida a la que ahora pertenecía su hija.

A lo largo de los cinco años siguientes nacieron otros tres niños de ese matrimonio. Jacqueline estaba siempre indispuesta y asustada. Tenía la impresión de hallarse continuamente en estado.

Aquel día la tía Eulalie les leyó un cuento. Se llamaba «La zorra y el gato». Leía precipitadamente, pasándose algunas hojas. Maximilien pensó que si eso lo hubiera hecho un niño, habría recibido un bofetón. Para colmo, era su libro favorito.

La tía Eulalie se parecía a la zorra del cuento, cuando alzaba la cabeza para escuchar atentamente, con aire preocupado. Aburrido, Maximilien se sentó en el suelo y se puso a jugar con el puño de encaje de su tía. Su madre sabía hacer labores de encaje.

Le extrañó que su tía Eulalie no le regañara por sentarse en el suelo, y lo interpretó como un signo de mal presagio.

De pronto su tía se detuvo bruscamente. Arriba, Jacqueline se estaba muriendo. Sus hijos todavía no lo sabían.

Habían despedido a la comadrona, pues era una inútil. En estos momentos se encontraba en la cocina, comiendo queso y atemorizando a la sirvienta con sus macabras historias. Habían avisado al médico, con el que François sostenía una acalorada disputa. La tía Eulalie se levantó de un salto y cerró la puerta, pero aun así se oían sus voces. Luego siguió leyendo con voz entrecortada, mientras con su blanca y delicada mano mecía la cuna del pequeño Augustin.

—No veo cómo sacar a la criatura si no es rajando a la madre —dijo el médico. No le gustaba emplear esa palabra, pero no había más remedio—. Quizá pueda salvar al niño.

—Quiero que la salve a ella —dijo François.

—Si no hago nada morirán los dos.

—No me importa que muera la criatura, pero salve a la madre.

Eulalie empezó a mecer la cuna apresuradamente, y Augustin rompió a llorar. Afortunadamente para él, ya había nacido.

Los dos hombres seguían peleándose.

—¡Para eso podía haber avisado al carnicero! —gritó François.

La tía Eulalie se levantó de su asiento, y el libro se deslizó de sus manos y cayó al suelo.

—¡Por Dios! —gritó mientras corría escaleras arriba—. Bajad la voz. Los niños están oyéndolo todo.

Maximilien cogió el libro y alisó las páginas que había doblado su tía mientras contemplaba las ilustraciones de la zorra y el gato, la tortuga y la liebre, el astuto cuervo y el oso. Luego colocó la rechoncha mano de su hermana sobre la cuna y dijo:

—Anda, mécelo un rato.

Su hermana le miró fijamente y preguntó:

—¿Por qué?

La tía Eulalie pasó junto a Maximilien sin reparar en él, con la frente perlada de sudor. El niño subió la escalera y vio a su padre sentado en un sillón, llorando, con la cara oculta entre las manos. El médico abrió su maletín y dijo:

—Dónde habré puesto los fórceps… Al menos lo intentaré. A veces sale bien.

Maximilien abrió la puerta del dormitorio y entró. Las ventanas estaban cerradas, como para impedir que penetrara la brisa estival y la fragancia de los jardines y los campos. En la chimenea ardía un fuego, y junto a ella había una cesta con varios troncos. El calor era inmediato y visible. El cuerpo de su madre yacía envuelto en una sábana blanca, con la cabeza apoyada en unas almohadas y el cabello recogido con una cinta. Su madre le miró sin volver la cabeza, sonriendo débilmente. La piel alrededor de su boca tenía un tono grisáceo. Sus ojos parecían advertirle que dentro de poco se separaría de él.

Maximilien se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se giró y alzó la mano en un gesto de solidaridad. En el pasillo se topó con el médico, que se había quitado la chaqueta y la llevaba colgando del brazo, como si esperara que alguien se la cogiera y la colgara en algún sitio.

—Si me hubieran avisado hace unas horas… —dijo el médico.

François había desaparecido.

En aquel momento llegó el sacerdote.

—Si el niño asoma la cabeza —dijo—, lo bautizaré.

—Si el niño asomara la cabeza, no tendríamos ningún problema —replicó el

médico.

—O un brazo o una pierna. La Iglesia lo permite.

Eulalie entró de nuevo en la habitación.

—Aquí hace un calor sofocante —dijo—. No creo que le convenga a la parturienta.

—Tampoco le conviene pillar un resfriado —contestó el médico—. Aunque de todos modos…

—En tal caso le administraré la extremaunción —dijo el sacerdote—. Traigan una mesa.

Abrió su maletín y sacó un paño blanco y unas velas. La gracia de Dios en versión portátil.

—Saquen de aquí a ese niño —dijo el médico, indicando a Maximilien.

Eulalie lo cogió en brazos. Mientras bajaban la escalera, Maximilien sintió el áspero roce del vestido contra su mejilla.

Eulalie los condujo hacia la puerta principal.

—Poneos los guantes —dijo—. Y los sombreros.

—Hace calor —protestó Maximilien—. No queremos los guantes.

—Haced lo que os digo —insistió Eulalie.

Salieron seguidos de la nodriza, que llevaba al pequeño Augustin en brazos como si fuera un saco de patatas.

—Cinco niños en seis años —dijo esta a Eulalie—. No me extraña que se esté muriendo.

Se dirigieron a casa del abuelo Carraut. Más tarde, la tía Eulalie les dijo que debían rezar por su hermanito. La abuela preguntó muy bajo, sin apenas mover los labios, si el bebé había sido bautizado. La tía Eulalie sacudió la cabeza y contestó en el mismo tono:

—Ha nacido muerto.

Maximilien se estremeció, y la tía Eulalie se inclinó para darle un beso.

—¿Cuándo puedo volver a casa? —preguntó el niño.

—Pasarás unos días con tu abuela, hasta que tu madre se haya restablecido.

Pero Maximilien recordaba la piel grisácea en torno a su boca y comprendía lo que su madre había tratado de decirle: pronto me meterán en un ataúd y me enterrarán.

¿Por qué se empeñaban en mentirle?

Maximilien empezó a contar los días. Las tías Eulalie y Henriette iban y venían constantemente. Les extrañaba que el niño no preguntara por su madre.

—Maximilien no pregunta por su madre —dijo Henriette a la abuela Carraut.

—Es un niño muy frío —respondió su abuela.

Pero él siguió contando los días hasta que decidieron decirle la verdad. Al noveno día, mientras los niños desayunaban, entró su abuela y dijo:

—Debéis ser muy valientes. Vuestra madre se ha ido a vivir con Jesús.

Con el Niño Jesús, pensó Maximilien.

—Ya lo sé —dijo.

En aquella época tenía seis años. El viento agitaba las cortinas blancas del balcón, y un gorrión se posó en la barandilla. Dios, rodeado de vaporosas nubes, les observaba desde un cuadro colgado en la pared.

Dos días más tarde, su hermana Charlotte se detuvo ante el ataúd, señalándolo con el dedo, mientras su hermana pequeña, Henriette, permanecía sentada en un rincón, malhumorada porque nadie le hacía caso.

—Si quieres te leeré un cuento —dijo Maximilien a Charlotte—. Pero no ese libro de animales. Es demasiado infantil.

Más tarde, su tía Henriette lo alzó para que pudiera contemplar el cuerpo de su madre antes de que cerraran el ataúd.

—Yo no quería que la viera —dijo su tía, girando la cabeza—. Pero la abuela Carraut insistió.

Maximilien sabía perfectamente que aquel cadáver con la nariz aguileña y las manos blancas como la cera era su madre.

De pronto, la tía Eulalie salió corriendo de la casa y exclamó:

—¡François, te lo ruego!

Maximilien corrió tras ella y vio a su padre alejarse sin volver la cabeza ni siquiera una vez. La tía Eulalie cogió al niño de la mano y lo llevó hacia la casa.

—Tiene que firmar el certificado de defunción —dijo—. Pero se niega en redondo. ¿Qué vamos a hacer?

Al día siguiente regresó François. Apestaba a coñac, y el abuelo Carraut dijo que era evidente que había estado con una mujer.

Durante los meses siguientes, François se dio a la bebida. No atendía a sus clientes, y estos se buscaron otro abogado. Un día hizo la maleta y dijo que se marchaba para siempre.

El abuelo y la abuela Carraut confesaron que nunca les había caído bien. Dijeron que no tenían nada contra los Robespierre pues eran gente decente, pero que François era un canalla. Al principio hicieron ver que estaba ocupado con un complicado caso en otra ciudad. De vez en cuando regresaba, generalmente para pedir dinero. Los abuelos Robespierre —«a nuestros años»— no se sentían capaces de ofrecer a sus nietos un hogar. El abuelo Carraut se hizo cargo de los dos chicos, Maximilien y Augustin, y las tías Eulalie y Henriette, que estaban solteras, de las niñas.

Cierto día, Maximilien descubrió, o le dijeron, que había sido concebido antes del matrimonio. A partir de entonces es posible que achacara las desgracias de su familia a esa circunstancia, pero lo cierto es que durante el resto de su vida no volvió a mencionar a sus padres.

En 1768 François de Robespierre regresó a Arras tras una ausencia de dos años. Dijo que había estado en el extranjero pero no especificó en qué lugar, ni cómo se había ganado la vida. Fue a casa del abuelo Carraut para ver a su hijo. Maximilien les oyó discutir a través de la puerta.

—Dices que nunca has conseguido superarlo —dijo el abuelo Carraut—. ¿Te has parado a pensar en si tu pobre hijo lo ha superado? Es su viva imagen. No es un niño fuerte, como tampoco lo era su madre. Tú lo sabías cuando le obligaste a tener un hijo tras otro. Yo me ocupo de alimentar a tus hijos, de vestirlos y de educarlos como buenos cristianos.

Su padre lo encontró muy delgado para su edad. Conversó con él durante unos minutos, pero era evidente que se sentía tenso e incómodo. Al despedirse, le dio un beso en la frente. Su aliento apestaba a alcohol. El niño se apartó bruscamente. François parecía decepcionado. Quizá esperaba que se arrojara en sus brazos.

Más tarde, el niño, que había aprendido a dosificar sus emociones, sintió ciertos remordimientos.

—¿Ha venido papá a verme? —le preguntó a su abuelo.

—No seas ingenuo —contestó el anciano—. Ha venido a pedir dinero.

Maximilien no causaba ningún problema a sus abuelos. Era un chico dócil y obediente. Sentía afición por la lectura y tenía unas palomas en el jardín. Sus hermanas iban a verlo los domingos, y él dejaba que acariciaran —suavemente, con un dedo— a las palomas.

Las niñas le suplicaron que les regalara una paloma. Ya os conozco, dijo Maximilien, os cansaréis de ella a los dos días. No es una muñeca, tenéis que darle de comer y limpiar la jaula. Pero sus hermanas insistieron e insistieron, hasta que al fin cedió. La tía Eulalie compró una bonita jaula dorada.

Al cabo de unas semanas, la paloma murió. Se dejaron la jaula en el jardín, y se desencadenó una tormenta. Maximilien imaginaba al pobre pájaro arrojándose contra los barrotes, con las alas rotas. Charlotte le dio la noticia sollozando amargamente, pero Maximilien sabía que a los cinco minutos ya no se acordaría de la paloma.

—Dejamos la jaula fuera para que se sintiera libre —dijo gimoteando.

—Pero no era libre. Teníais que cuidarla. Ya os lo advertí.

Pero ello no le sirvió de consuelo, sino que le dejó un sabor amargo en la boca.

Su abuelo le dijo que cuando fuera mayor se ocuparía del negocio. Solía llevar al chico a la fábrica, para que fuera conociendo las diversas operaciones que requería la elaboración de la cerveza y para que charlara con los operarios. Pero al chico no le interesaba el negocio de la cerveza. Su abuelo dijo que, dado que era más intelectual que práctico, podría hacerse sacerdote.

—Augustin se encargará del negocio —dijo—. O puede que lo venda. Yo no soy un sentimental. Existen otras profesiones aparte de la de cervecero.

Cuando Maximilien cumplió diez años, sus abuelos pidieron al abate de Saint-Waast que hablara con él y le orientara respecto a su futuro. Al abate no le cayó

simpático Maximilien. Pese a sus excelentes modales, no parecía tener en cuenta sus opiniones, como si estuviera distraído pensando en otras cosas. Sin embargo, parecía un chico muy inteligente. El abate pensó que no era culpable de sus desgracias y decidió ayudarle. Había asistido tres años a la escuela de Arras, y sus maestros aseguraban que era muy aplicado y estudioso.

El abate logró que le concedieran una beca nada menos que en el Louis-le-Grand, el mejor colegio del país, donde estudiaban los hijos de la aristocracia y en el que un chico sin fortuna podía llegar a ser alguien. El abate le recomendó que estudiara con ahínco, que obedeciera a sus superiores y que se mostrara agradecido.

—Espero que me escribas con frecuencia —dijo Maximilien a su tía Henriette.

—Por supuesto.

—Y mis hermanas también.

—Desde luego.

—En París tendré muchos amigos.

—Eso espero.

—Y cuando sea mayor, me haré cargo de mis hermanas y de mi hermano. No tendrán que depender de nadie más.

—¿Has olvidado a tus viejas tías?

—También me ocuparé de vosotras. Viviremos en una gran casa, y no nos pelearemos nunca.

Henriette no estaba convencida de que el chico debiera ir a París. Aunque había cumplido doce años, era un niño un tanto enclenque y tímido; temía que cuando abandonara la casa de su abuelo, nadie le hiciera caso.

Pero no, por supuesto que debía ir. No podía desaprovechar una oportunidad como esa ni permanecer toda la vida pegado a las faldas de sus tías. Le recordaba a la pobre Jacqueline; tenía los mismos ojos que su madre, de un color verde mar, que parecían atrapar la luz. Nunca me cayó mal, pensó Henriette. Tuvo la desgracia de estar delicada del corazón.

Durante el verano de 1769, Maximilien se esforzó en perfeccionar el latín y el griego. Pidió a la hija de una vecina, una niña mayor que él, que cuidara de sus palomas durante su ausencia. En octubre, partió hacia París.

En Guise, bajo la atenta mirada de Viefville, la carrera de maître Desmoulins avanzaba a buen ritmo. Le habían ascendido a magistrado. Por las noches, después de cenar, él y Madeleine conversaban un rato, mirándose tiernamente a los ojos. El dinero escaseaba.

En 1767, cuando Armand empezaba a dar sus primeros pasos y Anne Clothilde era todavía un bebé, Jean-Nicolas dijo a su esposa:

—Creo que debemos enviar a Camille a la escuela.

Camille había cumplido los siete años y seguía a su padre por toda la casa,

parloteando sin cesar, como todos los Viefville.

—Debería ir a Cateau-Cambrésis —dijo Jean-Nicolas—, con sus primos. Al fin y al cabo no está lejos de aquí.

Madeleine andaba siempre muy atareada. Su hija mayor estaba continuamente enferma, las criadas se aprovechaban y el exiguo presupuesto familiar requería grandes economías. Aparte de sus ocupaciones como ama de casa, Jean-Nicolas le exigía que tuviera en cuenta sus sentimientos.

—¿No es un poco joven para esforzarse en conseguir las ambiciones que tú nunca conseguiste alcanzar? —preguntó a su marido.

Lo cierto es que Jean-Nicolas era un hombre amargado. Había renunciado a sus sueños.

Dentro de unos años, otros jóvenes abogados le preguntarían por qué se había conformado con permanecer en Guise pudiendo aprovechar su talento para abrirse camino en otro lugar. Y él respondería secamente que su provincia le bastaba y sobraba, y que no se metieran en sus asuntos.

En octubre enviaron a Camille a Cateau-Cambrésis. Poco antes de Navidad, recibieron una efusiva carta del rector relatándoles los asombrosos progresos de Camille. Jean-Nicolas la agitó ante las narices de su mujer y exclamó:

—¿No te lo dije? Yo estaba en lo cierto.

Pero a Madeleine le preocupaba el tono de la carta.

—Es como si te dijeran que tu hijo es muy atractivo e inteligente aunque sólo tenga una pierna —dijo.

Jean-Nicolas lo interpretó como una broma de su mujer. Hacía pocos días, esta le había acusado de no tener imaginación ni sentido del humor.

Al cabo de unas semanas Camille regresó a casa. Sus padres se quedaron estupefactos al comprobar que tartamudeaba. Madeleine se encerró en su habitación y pidió que le sirvieran las comidas allí. Camille dijo que los reverendos habían sido muy amables con él y afirmó que él tenía la culpa de su defecto. Su padre, para animarlo, dijo que no era un defecto sino más bien un inconveniente. Camille insistió en que era el único culpable y preguntó fríamente cuándo podía regresar a la escuela, ya que allí nadie reparaba en su defecto ni le criticaban. Jean-Nicolas se puso en contacto con Cateau-Cambrésis y exigió al rector que le explicara por qué su hijo tartamudeaba ahora. El sacerdote contestó que cuando llegó a la escuela ya presentaba ese defecto, pero Jean-Nicolas le aseguró que cuando se marchó de casa no lo hacía.

Al fin, ambos llegaron a la conclusión de que Camille debió perder su fluidez de palabra en el viaje, como si se tratara de una maleta o de unos guantes. Nadie tenía la culpa; son cosas que pasan.

En 1770, cuando Camille cumplió diez años, los sacerdotes aconsejaron a su

padre que lo sacara de la escuela porque no podían prestarle la atención que su progreso merecía.

—Quizá deberíamos ponerle un tutor. Un hombre culto y educado —dijo Madeleine.

—¿Estás loca? —le espetó su marido—. ¿Acaso me has tomado por un duque? ¿Por un magnate del algodón inglés? ¿Crees que poseo una mina de carbón? ¿Que estoy rodeado de siervos?

—No —contestó su esposa—. Sé perfectamente quién eres. No me hago ilusiones.

Fue un De Viefville quien les brindó la solución.

—Sería una lástima dejar que vuestro hijo desperdiciara su inteligencia por falta de dinero. Al fin y al cabo —dijo groseramente—, tú, Jean-Nicolas, nunca llegarás a nada, pero el niño es encantador y espero que cuando sea mayor deje de tartamudear. Debemos pensar en una beca. Si pudiéramos enviarlo al Louis-le-Grand, no nos costaría mucho dinero.

—¿Crees que lo admitirían?

—Según me han dicho, es un chico extraordinariamente inteligente. Cuando sea abogado, será el orgullo de la familia. La próxima vez que mi hermano vaya a París, le pediré que os haga ese favor. ¿Qué más puedo decir?

La esperanza de vida en Francia ha aumentado hasta casi los veintinueve años.

El colegio Louis-le-Grand era una institución muy antigua. Había sido dirigido por jesuitas, pero cuando fueron expulsados de Francia los sustituyeron los oratorianos, una orden más ilustrada. Entre sus alumnos se contaban varios personajes célebres como Voltaire, que por entonces estaba exiliado, y el marqués de Sade, que permanecía encerrado en uno de sus castillos mientras su esposa trataba de conseguir que le conmutaran la sentencia por envenenamiento y sodomía.

El colegio estaba ubicado en la rue Saint-Jacques, separado de la ciudad por unos sólidos muros y una enorme verja de hierro. En el edificio reinaba un frío polar pues sólo encendían las chimeneas cuando se formaba una capa de hielo sobre el agua bendita de la capilla. En invierno los alumnos salían temprano, cogían unos témpanos de hielo y los metían en las pilas del agua bendita, confiando en que el rector se diera por enterado. Por las habitaciones corría un aire gélido, junto con algunas ráfagas de frases pronunciadas en lenguas muertas.

Maximilien de Robespierre llevaba un año en el colegio.

Al llegar, le recomendaron que estudiara con ahínco para agradecerle así al abate el gran favor que le había hecho. Le dijeron que no se preocupara si los primeros días añoraba a su familia, pues le pasaría pronto. En cuanto llegó, Maximilien se apresuró a anotar todo lo que había visto durante el viaje, para no olvidarlo. Los verbos se conjugaban en París del mismo modo que en Artois. Si uno prestaba atención a los

verbos, todo iba bien. Era un estudiante aplicado y sus profesores estaban muy satisfechos de él. Pero no tenía amigos.

Un día se le acercó un alumno mayor que él, llevando de la mano a un niño de corta edad.

—Oye, tú —dijo el chico mayor (sus compañeros solían fingir que no recordaban su nombre).

—¿Es a mí? —preguntó Maximilien, sin girarse, en un tono entre amable y ofensivo que dominaba a la perfección.

—Quiero que te ocupes de este niño que nos han mandado. Creo que es de tu pueblo, de Guise.

Esos ignorantes parisienses no saben distinguir un lugar de otro, pensó Maximilien.

—Guise está en Picardía —respondió—. Yo soy de Arras. Arras está en Artois.

—¿Y qué más da? Aunque sé que estás muy ocupado con tus estudios superiores, espero que tengas tiempo de enseñarle la escuela.

—De acuerdo —contestó Maximilien, girándose para contemplar al niño. Era muy guapo y tenía el cabello muy oscuro.

—¿Adónde te apetece ir? —le preguntó.

En aquel momento apareció el padre Herivaux, tiritando de frío. Al verlos, se detuvo y dijo:

—Me alegro de verlo, Camille Desmoulins.

El padre Herivaux era un eminente clasicista, y procuraba estar al tanto de todo. Una beca no impedía que penetrara el frío viento otoñal; y las cosas seguramente empeorarían.

—Tengo entendido que tiene diez años —dijo el reverendo.

El niño asintió.

—Y que es muy espabilado para su edad.

—Sí —respondió el niño.

El padre Herivaux se mordió el labio y se alejó apresuradamente. Maximilien se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Procura decir «sí, padre» —dijo—. Es lo habitual. No contestes con la cabeza, no les gusta. Y cuando te pregunten si eres inteligente, convendría que fueras un poco más modesto. Debes responder «hago lo que puedo, padre», o algo por el estilo.

—O sea que hay que lamerles las botas —dijo el niño.

—Sólo pretendía aconsejarte, basándome en mi experiencia —contestó Maximilien.

Se puso de nuevo las gafas y observó al niño fijamente. De pronto se acordó de la paloma, atrapada en la jaula. Le parecía tocar sus plumas, suaves y muertas, y los huesecillos de su cuerpo. Sintió un estremecimiento y se limpió la mano en la chaqueta.

El niño tartamudeaba, lo cual le hacía sentirse incómodo. Aquella situación le

enojaba profundamente. Temía que las cosas se complicasen y que pudiera perder el *modus vivendi* que había logrado.

Cuando regresó a Arras para pasar las vacaciones de verano, Charlotte observó:

—Apenas has crecido.

Todos los años hacía el mismo comentario.

Sus profesores lo tenían en gran estima. Es tosco y carece de estilo, decían, pero siempre dice la verdad.

Maximilien no sabía qué opinaban sus compañeros de él. Si le hubieran preguntado qué tipo de persona creía ser, hubiera contestado que era un chico inteligente, sensible, paciente y desprovisto de encanto. Pero, lógicamente, ignoraba si los demás opinaban lo mismo.

No recibía muchas cartas de casa. Charlotte le escribía con frecuencia, contándole pequeñas aventuras y anécdotas. Maximilien guardaba sus cartas un par de días, y luego las tiraba a la basura.

Camille Desmoulins recibía carta de su familia dos veces a la semana. Eran unas cartas larguísimas, que solía leer en voz alta para entretenimiento de sus compañeros. Les explicó que puesto que le habían enviado a la escuela cuando tenía siete años, sabía más cosas sobre su familia por las cartas que le escribían que por haber convivido con ellos. Los episodios eran como los capítulos de una novela, y a medida que los leía, sus amigos empezaron a creer que sus parientes eran como unos «personajes» de fábula. En ocasiones, sus amigos se echaban a reír como locos cuando les leía frases parecidas a «Tu padre confía en que te hayas confesado», que no cesaban de repetir durante varios días. Camille les explicó que su padre estaba escribiendo una *Enciclopedia de Derecho*, probablemente para no tener que conversar con su madre por las noches. Quizá su padre se encerraba en su cuarto con la *Enciclopedia*, y se ponía a leer lo que el padre Proyart denominaba «libros peligrosos». Camille contestaba puntualmente a las cartas, llenando numerosos folios con su curiosa caligrafía. Guardaba todas las cartas para publicarlas más adelante.

—Tenga presente, Maximilien —le dijo un día el padre Herivaux—, que la gente le tomará por lo que aparente. Por tanto, procure dar la impresión de ser un hombre de valía.

Eso nunca había supuesto un problema para Camille. Tenía la habilidad de trabar amistad con alumnos mayores que él y muy bien relacionados. Uno de ellos se llamaba Stanislas Fréron, un chico que tenía cinco años más que él y al que habían puesto el nombre de su padrino, el rey de Polonia. Los Fréron eran muy ricos y cultos, y un tío suyo era un conocido enemigo de Voltaire. A los seis años le habían llevado a Versalles, donde recitó una poesía para las señoras Adelaide, Sophie y Victoire, hijas del anciano rey, que jugaron con él y le dieron unos caramelos.

—Cuando seas mayor —dijo Fréron a Camille—, te presentaré a mis amigos y te

ayudaré a hacer carrera.

¿Se sentía agradecido Camille con Fréron? En absoluto. Por el contrario, lo despreciaba y lo llamaba «Conejo». En Fréron empezó a desarrollarse una desmedida sensibilidad. Se ponía ante el espejo, y examinaba su rostro con detenimiento para comprobar si, efectivamente, tenía dientes de conejo o aspecto tímido.

Otro de sus amigos era Louis Suleau, un chico un tanto irónico, que sonreía cuando los jóvenes aristócratas criticaban a la nobleza. Es increíble, decía Suleau, ver cómo algunas personas se dedican a socavar la tierra que pisan. No tardará en estallar una guerra —dijo a Camille—, y tú y yo nos encontraremos en bandos distintos. Así que más vale que ahora procuremos llevarnos bien.

—No quiero volver a confesarme —anunció un día Camille al padre Herivaux—. Si me obliga a ello, fingiré que soy otra persona y me inventaré los pecados.

—Sea razonable —respondió el padre Herivaux—. Cuando cumpla dieciséis años, podrá renegar de su fe. Es la edad en que se suele hacer.

Cuando cumplió dieciséis, años Camille ya tenía nuevas aficiones e intereses. Maximilien de Robespierre le preguntó un día:

—¿Cómo consigues salir de aquí?

—No es la Bastilla. A veces salgo tranquilamente por la puerta; otras trepo por el muro. ¿Quieres que te enseñe cómo lo hago, o prefieres no saberlo?

Dentro de los muros hay una nutrida comunidad intelectual. Fuera, las bestias se pasean frente a la verja de hierro. Parece como si unos seres humanos hubieran sido enjaulados, mientras que afuera los animales salvajes campan a sus anchas y realizan actividades humanas. La ciudad apesta a riqueza y corrupción; los mendigos piden limosna en la calle, el verdugo tortura a los reos en público, se cometen robos y asesinatos a plena luz del día. Lo que Camille halla fuera de los muros le excita y escandaliza al mismo tiempo. Es una ciudad maldita, dice, dejada de la mano de Dios; un lugar de insidiosa depravación espiritual al que aguarda un futuro apocalíptico. La sociedad en la que Fréron se propone introducirlo es como un gigantesco y venenoso organismo a punto de sucumbir; las personas como tú, dice a Maximilien, sois las únicas capaces de gobernar el país.

—Ya verás lo que es bueno cuando el padre Proyart sea nombrado rector —comentó Camille, excitado ante semejante perspectiva—. Acabará con nosotros.

Curiosamente, pensó Maximilien, Camille creía que cuanto peor se pusieran las cosas, mejor para todos.

Pero el padre Proyart no fue nombrado rector, sino el padre Poignard d’Enthienloye, un hombre de temperamento sosegado, liberal e inteligente. Le alarmaba el espíritu de rebeldía que se había apoderado de los alumnos.

—El padre Proyart dice que forma usted parte de una «pandilla» —dijo a Maximilien—. Que son unos anarquistas y unos puritanos.

—El padre Proyart me tiene manía —contestó Maximilien—. Creo que le da excesiva importancia al asunto.

—El asunto la tiene. Pero no nos andemos con rodeos. Debo leer mi discurso de aceptación del cargo dentro de media hora.

—¿Dice que somos puritanos? Pues debería alegrarse.

—Si hablaran ustedes todo el tiempo sobre mujeres lo comprendería, pero dice que sólo hablan de política.

—Es cierto —respondió Maximilien. Estaba dispuesto a tener en cuenta los problemas de sus superiores—. Teme que estos altos muros no puedan impedir que se filtren las ideas de los norteamericanos. Y tiene razón.

—Cada generación tiene sus pasiones. Es natural. A veces creo que nuestro sistema educativo es erróneo. Les arrebatamos su niñez, forzamos sus ideas en este ambiente de invernadero y les instruimos en un clima de despotismo. —Dicho esto, el sacerdote suspiró; las metáforas le deprimían.

Maximilien consideró unos instantes la posibilidad de encargarse de la fábrica de cerveza; al menos no necesitaría estudios clásicos.

—¿Cree usted que es preferible no dar esperanzas a la gente? —preguntó al nuevo rector.

—Creo que es una lástima azuzar su inteligencia y luego advertirles de que no pueden pasar de aquí —contestó el sacerdote, alzando una mano—. No podemos ofrecer a un joven como usted los privilegios de que gozan los que nacen ricos y nobles.

—Ya lo sé —contestó Maximilien sonriendo.

El rector no alcanzaba a comprender por qué el padre Proyart la tenía tomada con este chico. No era agresivo ni descarado.

—¿Qué piensa hacer, Maximilien? ¿A qué quiere dedicarse? —El rector sabía que de acuerdo con las condiciones de la beca, el muchacho debía licenciarse en medicina, teología o jurisprudencia—. Tengo entendido que desea ser sacerdote.

—Eso es lo que quiere mi familia —respondió Maximilien.

El chico es respetuoso, pensó el rector, y tiene en cuenta las opiniones de los demás, aunque al fin hará lo que a él le dé la gana.

—Mi padre era abogado, quizá siga sus pasos —prosiguió Maximilien—. Tengo que regresar a casa. Soy el mayor de los hermanos, ¿comprende?

El rector sabía que la familia de Maximilien había desembolsado una pequeña cantidad para cubrir los gastos que no alcanzara su beca de estudios, y era lógico que el chico se sintiera acomplejado por su situación social. El año pasado, el tesorero le había entregado el dinero para que se comprara un sobretodo nuevo.

—¿Se conformaría con ejercer su carrera en su provincia? —preguntó el rector.

—A fin de cuentas, me moveré en mi ambiente —contestó Maximilien no sin cierta ironía—. Pero decía usted que le preocupaba el tono moral del colegio. Creo que debería hablarlo con Camille. Está más enterado del asunto que yo.

—Detesto esa costumbre de utilizar el nombre de pila —dijo el sacerdote—. Como si fuera un personaje célebre. ¿Acaso no tiene apellido? Francamente, no tengo una buena opinión de su amigo. Y no me diga que no es amigo suyo.

—Lo reconozco —respondió Maximilien—. Pero no creo que tenga usted una mala opinión de él.

El sacerdote se echó a reír.

—El padre Proyart dice que no sólo son ustedes unos puritanos y unos anarquistas, sino unos engreídos, incluyendo a ese tal Suleau. Pero veo que usted no es así.

—¿Cree que debería mostrarme tal como soy?

—Sin duda.

—Confieso que me resulta difícil.

Más tarde, mientras guardaba su breviario, el sacerdote meditó sobre la entrevista que había mantenido con Maximilien. Ese chico será un desgraciado, pensó. Regresará a su provincia y no hará nada de provecho.

Corre el año 1774. Ha llegado el momento de que los estudiantes se hagan adultos, de que irrumpan en el mundo, en los actos públicos. A partir de ahora todo sucederá a la luz de la historia, la cual no ilumina el intelecto como el astro solar, sino más bien como la vela de un funeral. Como mucho, es un resplandor lunar de segunda mano, débil y miope, que induce al error.

Camille Desmoulins, 1793:

—Creen que alcanzar la libertad es como hacerse adulto, que tienes que sufrir.

Maximilien Robespierre, 1793:

—La historia es pura ficción.

II. *La vela de un funeral*

(1774-1780)

Poco después de Pascua, el rey Luis XV contrajo la viruela. Desde que nació, su vida había estado dominada por los cortesanos; el mero hecho de levantarse por la mañana constituía una ceremonia sujeta a una complicada y rígida etiqueta, y cuando comía lo hacía en público, mientras centenares de personas desfilaban ante él observando cada cucharada que se llevaba a la boca. Todos sus actos —cada vez que iba al baño, cada vez que hacía el amor, incluso cada vez que respiraba— eran comentados públicamente. De pronto, le sobrevino la muerte.

Un día tuvo que suspender la cacería y fue trasladado a palacio, postrado y con una fiebre muy alta. Tenía sesenta y cuatro años, y todos sospecharon lo peor. Cuando aparecieron en su cuerpo unas manchas rojas, el propio Rey temió que moriría e iría al infierno.

El delfín y su esposa permanecieron en sus habitaciones, por temor a contagiarse. Cuando las ampollas empezaron a supurar, abrieron todas las puertas y ventanas, pero aun así el hedor era insoportable. En sus últimas horas, el Rey estuvo atendido únicamente por médicos y sacerdotes. El carruaje de la condesa du Barry, su última amante, partió para siempre de Versalles. Una vez que esta se hubo marchado y el Rey se quedó solo, los sacerdotes accedieron a administrarle la absolución. Cuando el Rey envió a por la Du Barry y le dijeron que se había marchado, respondió: «¿Tan pronto?».

La corte estaba reunida en la gigantesca antesala conocida como «ojo de buey», para aguardar la muerte del Rey. El 10 de mayo, a las tres y cuarto de la tarde, apagaron una vela que estaba encendida junto a la ventana.

De pronto sonó un ruido parecido al estallido de un trueno y todos los cortesanos salieron del «ojo de buey», atravesaron la gran galería y se dirigieron a las habitaciones del nuevo Rey.

El nuevo Rey tiene diecinueve años; y su consorte, la princesa austriaca María Antonieta, un año menos que él. El Rey es un muchacho corpulento, piadoso, meticuloso y flemático, amante de la caza y de los placeres de la mesa; se dice que, debido a un defecto del prepucio, es incapaz de gozar de los placeres de la carne. La Reina, egoísta, testaruda, caprichosa y maleducada, es rubia, de tez pálida y bonita como casi todas las jóvenes de dieciocho años; pero su arrogancia, típica de los Habsburgo, empieza a plantear un serio problema.

El pueblo tiene depositadas todas sus esperanzas en el nuevo reinado. En la estatua del gran Enrique IV, una mano anónima ha escrito: «*Resurrexit*».

Cuando el teniente de la policía acude a su despacho —hoy, el año pasado, todos los años—, lo primero que hace es preguntar el precio de una hogaza de pan en las panaderías de París. Si la harina abunda en Les Halles, los panaderos de la ciudad y de los alrededores podrán satisfacer a sus clientes, y los mil panaderos llevarán su pan a los mercados de Marais, Saint-Paul, el Palais-Royal y Les Halles.

En las épocas de abundancia, una hogaza de pan cuesta ocho o nueve *sous*[1].

El sueldo diario de un trabajador puede llegar a veinte *sous*; un albañil puede ganar unos cuarenta *sous*; un cerrajero, cincuenta. El presupuesto doméstico comprende el alquiler, las velas, el tocino, las verduras y el vino. La carne se reserva para ocasiones especiales. Lo que más preocupa a la gente es el pan.

Los sistemas de distribución son precisos y están muy controlados. El pan que les sobra a los panaderos al final del día tienen que venderlo más barato; los pobres no comen hasta que anochece en los mercados.

Todo va bien, pero cuando la cosecha se pierde —como en 1770, en 1772 o en 1774—, los precios se disparan inexorablemente; en el otoño de 1774, una barra de pan de cuatro libras cuesta en París once *sous*, y en la primavera siguiente catorce. Los sueldos, sin embargo, no aumentan. Los obreros de la construcción se amotinan, al igual que los tejedores, los encuadernadores y los sombrereros, pero no para obligar al Gobierno a aumentar los sueldos sino para impedir que los reduzca. Los motines populares debido a la carestía de alimentos constituyen el recurso habitual del asalariado urbano, por lo que el clima y las lluvias que caen sobre los campos de trigo repercuten directamente en las jaquecas del teniente de policía.

Cuando el trigo escasea, la gente exclama: «¡Un pacto de hambre!». Culpan a los especuladores y a los que se dedican a hacer acaparamiento de existencias. Los molineros, dicen, forman parte del complot para matar de hambre a los cerrajeros, a los sombrereros, a los encuadernadores y a sus hijos. Ahora, en la década de los setenta, los que propugnaban una reforma económica introducirán el libre comercio en el grano, obligando a las regiones más pobres del país a competir en el mercado libre. Pero basta con un par de revueltas para que se establezcan de nuevo unos controles. En 1770, el abate Terray, ministro de Finanzas, intervino rápidamente para

controlar de nuevo los precios, las tasas y las restricciones sobre el comercio del trigo. No consultó su decisión con nadie sino que actuó por real decreto. «¡Despotismo!», exclamaron los que habían comido aquel día.

El pan es lo principal: un producto sujeto a la especulación y que alimenta todas las teorías sobre lo que sucederá en el futuro. Dentro de quince años, el día en que caiga la Bastilla, el precio del pan en París habrá alcanzado sus más elevadas cotas en sesenta años. Dentro de veinte años (cuando todo haya terminado), una mujer de la capital dirá: «Bajo Robespierre corría la sangre, pero la gente comía pan. Quizá sea necesario que corra un poco de sangre para que la gente coma».

El Rey convocó en el ministerio a un hombre llamado Turgot, para nombrarlo ministro de Finanzas. Turgot tenía cuarenta y ocho años y era un racionalista, un discípulo del *laissez-faire*. Era un hombre vital, enérgico, lleno de ideas sobre las reformas que debían imponerse para salvar al país. El Rey opinaba que era el hombre del momento. Lo primero que hizo fue exigir que se redujeran los gastos en Versalles. La corte se escandalizó. Malesherbes, miembro de la casa del rey, aconsejó al ministro que se anduviese con cuidado, pues se estaba creando muchos enemigos.

—Las necesidades del pueblo son enormes —replicó Turgot secamente—, y en mi familia fallecemos a los cincuenta años.

En la primavera de 1775 estallaron violentas revueltas en varios centros comarcales, especialmente en Picardía. En Versalles, ocho mil personas se congregaron frente al palacio, confiando en que la intervención personal del Rey resolviera todos sus problemas. El gobernador de Versalles prometió que bajaría el precio del trigo en París. El nuevo Rey salió al balcón para dirigirse a la multitud, la cual, tras escuchar sus palabras, se dispersó pacíficamente.

En París, la muchedumbre saquea las panaderías de la orilla izquierda del Sena. La policía detiene a unas cuantas personas, aunque procura no exacerbar los ánimos de la gente para evitar enfrentamientos. Ciento sesenta y dos personas son procesadas. Dos de los saqueadores, uno de ellos un muchacho de dieciséis años, son colgados en la Place de Grève el 11 de mayo, a las 3 de la tarde, a modo de ejemplo.

En julio de 1775, el joven Rey y su hermosa Reina visitaron el colegio Louis-le-Grand. Era una visita tradicional después de la coronación; pero no se detuvieron mucho tiempo pues tenían otras cosas más interesantes que hacer. Estaba previsto que los Soberanos, junto con su séquito, fueran recibidos a la puerta del colegio, y que cuando descendieran del carruaje el alumno más aventajado leyera el discurso de bienvenida. El día de la visita real, amaneció nublado.

Una hora y media antes de que llegaran los ilustres invitados, alumnos y profesores se reunieron frente a la puerta de la rue Saint-Jacques. De pronto apareció

un grupo de oficiales montados a caballo, y con brusquedad les obligaron a retroceder. Estaba chispeando, pero pronto las escasas gotas de lluvia se convirtieron en una pertinaz llovizna. Al cabo de unos momentos aparecieron los ayudantes, la guardia personal y el séquito. Cuando hubieron ocupado sus posiciones, todo el mundo estaba calado hasta los huesos. Como nadie recordaba la última coronación, no sabían que la visita real estuviera rodeada de tanto aparato. Los estudiantes temblaban de frío. Si uno de ellos avanzaba un paso, los oficiales se le echaban encima y le obligaban a retroceder.

Al fin apareció el carruaje real. Los alumnos se pusieron de puntillas para ver a los Soberanos, y los más jóvenes se quejaron de que después de haber aguardado tanto rato bajo la lluvia no veían nada. El padre Poignard, el rector, se acercó a los Reyes y los saludó con una profunda reverencia.

El distinguido alumno que debía pronunciar las palabras de bienvenida tenía la garganta seca y le temblaban las manos. Pero como el discurso era en latín, nadie notaría su acento provinciano.

La Reina asomó su hermosa cabeza por la ventanilla del carruaje y volvió a meterla apresuradamente. El Rey agitó la mano y murmuró unas palabras a un ayudante vestido de librea, el cual transmitió las palabras del Monarca a los oficiales montados a caballo, quienes a su vez las transmitieron al resto de los asistentes.

El padre Poignard estaba consternado. Hubiera debido ordenar que colocaran unas alfombras y un pabellón decorado con unas hojas, al estilo rústico, y el escudo real, o los monogramas de los Soberanos, realizados con flores. Su expresión denotaba nerviosismo, turbación. Por fortuna, el padre Herivaux hizo una señal al distinguido alumno para que iniciara su discurso.

Tras las primeras frases, un tanto vacilantes, el chico consiguió dominar sus nervios. El padre Herivaux sonrió satisfecho; él mismo había escrito el discurso y le había enseñado a pronunciarlo.

Súbitamente, la Reina se estremeció de frío. «¡La Reina se ha estremecido!», exclamaron los presentes. Al cabo de unos segundos, la Reina bostezó. El Rey se giró hacia ella, preocupado. De pronto el cochero azuzó a los caballos y la comitiva real partió precipitadamente, sin dar tiempo al distinguido alumno a concluir su discurso de bienvenida.

Pero este, pálido y serio, siguió como si nada hubiera sucedido.

Los profesores y alumnos se sentían decepcionados. Habían organizado la visita real minuciosamente, hasta el último detalle. La lluvia empezó a arreciar. Les parecía un tanto grosero romper filas y echar a correr, pero más groseros habían sido los Reyes, que se habían largado dejando a Maximilien con la palabra en la boca…

—No es por nada personal —dijo el padre Poignard—. No es porque hayamos cometido una torpeza. Su Majestad estaba fatigada…

—Hubiera dado lo mismo que pronunciara el discurso en japonés —observó un alumno.

—Por una vez, Camille, coincido contigo —respondió el padre Poignard.

Maximilien terminó su discurso. Sin una sonrisa se despidió afectuosamente de los Reyes, cuyo carruaje ya había doblado un recodo del camino, reiterándoles su lealtad y expresando su deseo de que en el futuro visitaran de nuevo la escuela…

El padre Poignard apoyó una mano en su hombro y dijo:

—No se preocupe, Robespierre, podría haberle sucedido a cualquiera.

Al escuchar esas tranquilizadoras palabras, el distinguido alumno sonrió.

Esto sucedía en París, en julio de 1775. En Troyes, Georges-Jacques Danton había cubierto ya la primera parte de su vida. Su familia lo ignoraba, por supuesto. Era un buen estudiante, aunque todavía no había decidido qué deseaba hacer. Su futuro era tema de debate familiar.

Un día, en Troyes, junto a la catedral, había un hombre que intentaba dibujar a la gente que pasaba, mientras miraba de vez en cuando el cielo y tarareaba una canción popular.

Pero los viandantes no querían que les hiciera un retrato y pasaban de largo. El pintor, sin embargo, no parecía disgustado sino que se contentaba con gozar de la soleada tarde. Era un extranjero, con aire de dandi parisién. Georges-Jacques Danton se detuvo para mirar sus obras y conversar con él. Danton hablaba con todo el mundo, sobre todo con extraños. Le gustaba que la gente le contara su vida.

—¿Quiere que le haga un retrato? —le preguntó el pintor sin levantar la vista, colocando una nueva hoja de papel en el caballete.

El muchacho vaciló.

—Ya lo sé, es usted estudiante y no tiene dinero —prosiguió el pintor—. Pero tiene un rostro muy interesante. Jamás había visto tantas cicatrices. Le haré un par de bocetos al carbón y le regalaré uno.

Georges-Jacques Danton permaneció inmóvil, observando al extraño de reojo.

—No hable ni se mueva —le advirtió el pintor—. Limítese a arrugar el ceño, así, y yo le hablaré mientras dibujo. Me llamo Fabre, Fabre d’Églantine. ¿Le choca mi nombre? ¿Que de dónde procede el apellido D’Églantine? En el concurso literario de 1771, la Academia de Toulouse me obsequió con una guirnalda de rosas silvestres. Un gran honor, ¿no le parece? Por supuesto, yo habría preferido un pequeño lingote de oro, pero qué le vamos a hacer. Para conmemorar tan importante evento, mis amigos añadieron el sufijo D’Églantine a mi vulgar apellido. Gire un poco la cabeza. No, hacia el otro lado. Quizá se pregunte qué hace un tipo como yo, que ha sido galardonado por su obra literaria, retratando a la gente que pasa por la calle…

—Imagino que será un artista muy versátil —respondió Georges-Jacques.

—Algunos de los dignatarios locales me invitaron a que les leyera mi obra —dijo

Fabre—. Pero no dio resultado. Al final, me peleé con mis mecenas.

Georges-Jacques le observó sin volver la cabeza. Fabre era un hombre de unos veintitantos años, no muy alto, con el pelo negro y corto. Llevaba una casaca limpia, con los puños raídos, y una camisa vieja. Todo cuanto decía era al mismo tiempo serio y no serio. En su rostro se dibujaban diversas expresiones experimentales.

—Vuélvase un poco hacia la izquierda —dijo Fabre, cogiendo otro lápiz—. Es cierto, soy un artista muy versátil. Soy al mismo tiempo dramaturgo, director de orquesta, retratista y paisajista; compositor, músico, poeta y coreógrafo. Escribo ensayos sobre todo tipo de temas de interés público, y hablo varios idiomas. También me gustaría dedicarme a diseñar jardines, pero nadie me contrata. El mundo no está preparado para un hombre de mi talento. Hasta la semana pasada era un actor itinerante, pero he perdido a la compañía con la que viajaba.

Cuando terminó, dejó el carboncillo y examinó detenidamente los bocetos.

—Tenga —dijo, entregando uno a Danton—. Sin duda este es el mejor.

Danton miró asombrado el dibujo. Era exacto a él, la misma cicatriz que le surcaba la mejilla, la nariz aplastada, el pelo fuerte y encrespado…

—Cuando sea usted famoso —dijo—, esto valdrá una fortuna. ¿Qué fue de los otros actores? ¿Acaso iban a representar una obra?

Le habría gustado asistir al teatro; la vida era muy tranquila y aburrida.

Inopinadamente, Fabre se levantó y, girándose hacia Bar-sur-Seine, le dedicó un gesto obsceno.

—Dos de nuestros actores más aclamados se pudren en una cárcel de pueblo por haberse emborrachado y haber organizado un escándalo. Nuestra primera actriz quedó preñada hace unos meses por un campesino, y en la actualidad se dispone a representar el más vulgar de los papeles cómicos. La compañía se ha deshecho. Temporalmente, claro. —Fabre miró a Danton con curiosidad y añadió—: ¿Le gustaría huir de casa para convertirse en actor?

—Creo que no. Mi familia quiere que sea sacerdote.

—Ni se le ocurra —dijo Fabre—. ¿Sabe cómo eligen a los obispos? Por su pedigrí. ¿Tiene usted pedigrí? No, por supuesto que no. Es usted un campesino. ¿De qué sirve dedicarse a una profesión si no se puede alcanzar la cima?

—¿Alcanzaría la cima si trabajara como actor? —preguntó Danton cortésmente, como si estuviera dispuesto a considerar dicha posibilidad.

Fabre soltó una carcajada.

—Sería un excelente villano —contestó—. Causaría sensación. Tiene una buena voz, pero debe aprender a respirar —dijo Fabre, golpeándose en el pecho justo debajo del diafragma—. Piense que su respiración es un río, y deje que fluya. El truco consiste en respirar correctamente. Relájese, está demasiado tenso. Respire profundamente y podrá seguir declamando durante horas.

—No veo por qué debería hacerlo —contestó Danton.

—Usted cree que los actores somos una mierda, ¿no es cierto? Unos gusanos.

Como los protestantes. Como los judíos. ¿Y qué le hace creer que es diferente? Todos somos unos gusanos. ¿No comprende que basta con que el Rey firme un papel que ni siquiera ha leído para que le encierren mañana en la cárcel para el resto de su vida?

—No veo por qué el Rey haría semejante cosa. No he hecho nada para que me encierren en la cárcel. No soy más que un estudiante.

—Exactamente —contestó Fabre—. Le aconsejo que trate de vivir los próximos cuarenta años sin llamar la atención. No es necesario que el Rey lo conozca a usted personalmente. ¿Pero qué le han enseñado en la escuela? Cualquiera que sea alguien y quiera quitárselo de en medio puede acudir al Rey y pedirle que firme un documento para que lo encierren en la Bastilla, a quince metros por debajo de la rue Saint-Antoine, junto a un montón de huesos. No, no estará solo en una celda, porque ni siquiera se molestan en retirar a los viejos esqueletos. Supongo que sabrá que existe una raza especial de ratas que devoran vivos a los presos…

—¿En serio?

—Y tan en serio —contestó Fabre—. Primero se comen el pulgar, luego el dedo pequeño del pie, etcétera.

Al ver la cara de asombro de Danton, Fabre se echó a reír.

—Es inútil tratar de instruir a los provincianos. No sé por qué pierdo el tiempo aquí en lugar de ir a París y hacerme rico.

—Yo también deseo ir a París —dijo Georges-Jacques impulsivamente—. Quizá volvamos a encontrarnos un día.

—Téngalo por seguro. No olvidaré su rostro —contestó Fabre, señalando el otro dibujo que le había hecho—. Le buscaré.

El muchacho extendió su enorme manaza y dijo:

—Me llamo Georges-Jacques Danton.

Fabre se quedó mirándolo y contestó:

—Adiós. Estudie leyes, Georges-Jacques. La ley es un arma contundente.

Durante toda la semana, Georges-Jacques no hizo más que pensar en París. Quizá fuera un gusano, pero al menos habría ido a la capital. Respira profundamente, se repetía. Fabre tenía razón. Cuando respiraba correctamente, tenía la sensación de poder seguir hablando durante días.

Cuando el señor De Viefville des Essarts viajaba a París, solía ir al colegio Louis-le-Grand para visitar a su sobrino, aunque lo cierto es que tenía serias reservas sobre el futuro del muchacho. Su tartamudeo no había mejorado, sino más bien al contrario. Cuando hablaba con el chico, sonreía nerviosamente. Cuando el muchacho se quedaba atascado en medio de una frase, el señor De Viefville se sentía turbado, desolado. Era inútil tratar de ayudarlo porque Camille era imprevisible. Empezaba

una frase con normalidad y de pronto se salía por la tangente.

El muchacho no estaba capacitado para afrontar la vida que habían planeado para él. Era tan nervioso que casi se podían oír los latidos de su corazón. Era menudo, con la tez pálida y dotado de una abundante cabellera negra. Miraba a su tío tímidamente y no cesaba de moverse, como si deseara escapar de la habitación. En aquellos momentos, su tío se compadecía de él.

Pero en cuanto salía a la calle, su compasión se evaporaba. Se sentía como si le hubieran ofendido de palabra. Resultaba absurdo. Era como si un cojo le hubiera hecho tropezar. Sentía deseos de protestar ante tamaña injusticia, pero dadas las circunstancias, no podía hacerlo.

El señor De Viefville viajaba a la capital para asistir al Parlamento de París. Los parlamentos del reino no eran unos organismos elegidos por votación popular. El señor De Viefville había comprado su título de parlamentario, título que pasaría a sus herederos. A Camille, quizá, si se portaba mejor. En los parlamentos se celebraban juicios, se sancionaban los edictos del Rey. En una palabra, demostraban que eran la ley.

De vez en cuando, los parlamentos se volvían incómodos. Protestaban sobre el estado de la nación, sobre todo para defender sus intereses o cuando temían verlos amenazados. El señor De Viefville pertenecía a una clase media que no deseaba aniquilar a la nobleza sino mezclarse con ella. Los cargos, los destinos, los monopolios, tenían un precio, y muchos de ellos conllevaban un título.

Los parlamentarios se inquietaron cuando la Corona empezó a afirmar su poder, emitiendo unos decretos que jamás había dictado y sugiriendo la forma en que el país debería ser gobernado. De vez en cuando, el Monarca se enojaba con ellos; y dado que resistirse a la autoridad era una novedad peligrosa, los parlamentarios consiguieron la difícil proeza de defender una postura archiconservadora y convertirse al mismo tiempo en héroes populares.

En enero de 1776, el ministro Turgot propuso la abolición de un derecho feudal denominado *corvée*, una labor comunal obligatoria para la construcción de carreteras y puentes. Sostenía que las carreteras serían más seguras si las construían unas entidades privadas en lugar de ignorantes campesinos. Pero eso sería muy costoso, por lo que se impondría un impuesto sobre la propiedad, que pagarían todos, no sólo los plebeyos sino también los nobles.

El Parlamento rechazó la propuesta. Tras otro violento altercado, el Rey obligó a los parlamentarios a abolir el llamado *corvée*. Turgot tenía innumerables enemigos. La Reina y su círculo intensificaron su campaña contra él. Al Rey le disgustaba imponer su voluntad, y era vulnerable a las presiones del momento. En mayo destituyó a Turgot, y el trabajo forzado fue impuesto de nuevo.

—Al menos ahora tendremos dinero —dijo el conde d’Artois a espaldas del vilipendiado economista.

Cuando el Rey no iba de caza, se encerraba en su taller para reparar cerraduras y

otros objetos de metal. Confiaba en que si no tomaba decisiones, no cometería errores; estaba convencido de que, si no intervenía, las cosas seguirían con la normalidad de costumbre.

Tras la destitución de Turgot, Malesherbes presentó su dimisión al Rey.

—Tienes suerte —dijo Luis con tristeza—. Ojalá yo también pudiera dimitir.

1776: Declaración Del Parlamento De París

El primer imperativo de la justicia es defender lo que pertenece a cada individuo. Se trata de una norma fundamental de las leyes naturales, de los derechos humanos y del gobierno civil; una norma que consiste no sólo en defender los derechos de la propiedad, sino los derechos connaturales en cada individuo y los que derivan de las prerrogativas de nacimiento y posición social.

Cuando el señor De Viefville regresaba de París, se dirigía a regañadientes, a través de la maraña de estrechas callejuelas, a casa de Jean-Nicolas, un edificio alto y blanco repleto de libros, situado en la Place des Armes. Maître Desmoulins tenía una obsesión, y De Viefville temía enfrentarse a su mirada y verse obligado a responder a una pregunta a la que nadie podía contestar: ¿qué había sido del bondadoso muchacho que enviara a Cateau-Cambrésis nueve años atrás?

El día del decimosexto cumpleaños de Camille, su padre dijo:

—A veces creo que mi hijo es un pequeño monstruo sin un ápice de cordura ni de sentimientos.

Había escrito a los sacerdotes en París para preguntarles qué era lo que enseñaban a su hijo; para preguntarles por qué era tan desordenado y por qué, durante su última visita a casa, había seducido a la hija de un concejal, «un hombre con el que me tropiezo cada día».

En realidad, Jean-Nicolas no esperaba que los sacerdotes respondieran a sus preguntas. Lo que más le irritaba de su hijo eran otras cosas. Le hubiera gustado preguntarles por qué era tan emocional. ¿De dónde sacaba la habilidad de contagiar a los otros sus emociones, haciendo que se sintieran incómodos y violentos? En la conversación más natural, Camille solía salirse por la tangente, o bien hacía que degenerara en una enconada disputa. Hasta los gestos más inocentes cobraban un aire peligroso. No se le puede dejar a solas con nadie, pensó Desmoulins.

Nadie decía ya que su hijo era un Godard de pies a cabeza. Tampoco los De Viefville se apresuraban a declararlo. Sus hermanos y hermanas eran cada día más guapos e inteligentes, pero cuando Camille entraba en la Vieja Casa parecía portador de un recado de la inclusa.

Todo parecía indicar que de mayor se convertiría en uno de esos jóvenes a quienes sus padres pagan para mantenerlos alejados de casa.

En Francia, algunos nobles han descubierto que sus mejores amigos son

abogados. Ahora, mientras las rentas de las tierras disminuyen constantemente y los precios suben, los pobres son más pobres y los ricos son también más pobres. Fue preciso reivindicar ciertos privilegios que se habían ido perdiendo a lo largo de los años. Era frecuente que el pago de las rentas se retrasara hasta en una generación; este Gobierno débil y caritativo debe cesar. Nuestros antepasados han permitido que una parte de sus propiedades se convierta en «tierra comunal», expresión para la que no existe una base legal.

Esa era la época dorada de Jean-Nicolas; si tenía problemas personales, profesionalmente, al menos, estaba prosperando. Maître Desmoulins no era de los que se agachan ante nadie; tenía un profundo sentido de la dignidad y era un hombre de ideas liberales, partidario de la reforma, prácticamente en todos los ámbitos de la vida nacional. Leía a Diderot después de cenar y estaba suscrito a una reimpresión, hecha en Ginebra, de la *Enciclopedia*, que recibía en fascículos. No obstante, se hallaba muy atareado con registros de derechos y comprobando la genealogía de ilustres aristócratas. Un día le enviaron dos cajas fuertes a su despacho. Al abrirlas, salió de ellas un penetrante olor a rancio.

—Así es como huele la tiranía —observó Camille.

Su padre dejó lo que tenía entre manos y se puso a hurgar en las cajas. Sacó con cuidado unos viejos y amarillentos pergaminos y los examinó detenidamente. Clément, su hijo menor, pensó que estaba buscando un tesoro escondido.

El príncipe de Condé, el noble más importante de la comarca, visitó personalmente a maître Desmoulins en su modesta casa, pintada de blanco y llena de libros, situada en la Place des Armes. Lo lógico hubiera sido que enviara a su administrador, pero tenía ganas de conocer al hombre que estaba realizando tan excelente trabajo para él. Por otra parte, era muy probable que si le honraba con su visita no le enviara la factura. Era una tarde de otoño. El príncipe se hallaba sentado a la luz de las velas, calentando una copa de vino tinto en la mano, consciente de su superioridad respecto al abogado, mientras las sombras se iban haciendo más densas.

—¿Qué es lo que quiere la gente? —preguntó.

—Bien… —Maître Desmoulins reflexionó unos instantes antes de responder a tan grave pregunta—. La gente como yo, los profesionales, queremos intervenir más en las cuestiones públicas, es decir, tener la oportunidad de servir a nuestro país. —Es justo, piensa; bajo el viejo Rey, los nobles nunca eran designados ministros, pero cada vez hay más ministros que son nobles—. Una igualdad civil, una igualdad fiscal.

Condé lo miró perplejo y preguntó:

—¿Acaso pretende que la nobleza pague los impuestos que le corresponden a usted?

—No, monseñor, estamos dispuestos a pagar los impuestos que nos correspondan.

—Yo pago religiosamente mis impuestos —dijo Condé—. Eso del impuesto de la propiedad es una majadería. ¿Qué más desean?

Desmoulins hizo un gesto que confiaba que resultara elocuente.

—Una igualdad de oportunidades, eso es todo —respondió maître Desmoulins, tratando de explicarle con la mayor sencillez las aspiraciones básicas del pueblo—. Una igualdad de oportunidades para prosperar en el Ejército o en la Iglesia…

—¿Igualdad de oportunidades? Eso parece ir contra la naturaleza.

—Otras naciones se comportan de forma distinta. Tomemos el ejemplo de Inglaterra. La opresión no es natural.

—¿La opresión? ¿Acaso se siente usted oprimido?

—Sí, y los pobres mucho más.

—Los pobres no sienten nada —contestó el príncipe—. No sea usted sentimental. No les interesa el arte de gobernar. Lo único que les interesa es llenarse la barriga.

—Aun así…

—Y a usted —prosiguió Condé—, sólo le interesan los pobres, como argumento de sus peticiones. Y ustedes los abogados, sólo desean concesiones que les resulten beneficiosas.

—No se trata de concesiones. Se trata de los derechos naturales del ser humano.

—Una hermosa frase. Veo que la emplea con frecuencia.

—Libertad de pensamiento y libertad de palabra. ¿Acaso es pedir demasiado?

—Es pedir mucho, y usted lo sabe —replicó Condé bruscamente—. Lo peor es que oigo esas mismas frases en boca de mis iguales. Unas ideas elegantes para un nuevo orden social. Unos minuciosos planes para una «comunidad de razón». Luis es débil. A poco que ceda, aparecerá un Cromwell. Terminará en una revolución, que no será precisamente una gira campestre.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó de pronto Jean-Nicolas, mirando hacia una esquina de la habitación—. ¿Qué haces aquí?

—Os estaba escuchando —contestó Camille—. No trataba de ocultarme.

Maître Desmoulins se puso rojo.

—Le presento a mi hijo —dijo.

El príncipe de Condé hizo un leve gesto con la cabeza. Camille avanzó unos pasos.

—¿Has aprendido algo de provecho? —le preguntó el príncipe. Por su tono, era evidente que creía que Camille era más joven de lo que era—. ¿Cómo has conseguido permanecer quieto durante tanto rato?

—Porque al oírle a usted se me heló la sangre —contestó Camille mirando al príncipe de arriba abajo, como un verdugo tomando medidas—. Naturalmente que estallará una revolución. Están ustedes creando una nación de Cromwells. Pero confío en que logremos más que Cromwell. Dentro de quince años ustedes, los tiranos y los parásitos, habrán desaparecido. Fundaremos una república basada en el más puro modelo romano.

—Camille asiste a la escuela en París —terció Jean-Nicolas, visiblemente nervioso—. Allí les infunden unas ideas muy peregrinas.

—Y supongo que piensa que es demasiado joven para que alguien le haga

arrepentirse de ellas —dijo Condé. Luego se giró hacia el chico y preguntó—: ¿A qué viene todo esto?

—Es el punto culminante de su visita, monseñor. Le gusta ir a ver cómo viven sus educados siervos y pasarlo bien charlando con ellos —dijo Camille, temblando de rabia—. Le detesto.

—No permitiré que ese mocoso me ofenda —dijo Condé—. Desmoulins, mantenga alejado de mí a ese hijo suyo.

Tras buscar un lugar donde depositar la copa de vino, acabó entregándosela a su anfitrión. Maître Desmoulins le siguió hasta la escalera.

—Monseñor…

—He hecho mal en mostrarme condescendiente viniendo aquí. Debí haber enviado a mi administrador…

—Lo lamento.

—No consentiré que nadie me insulte. Me lo impide mi dignidad.

—¿Me permite continuar el trabajo que estaba haciendo para usted?

—Sí.

—Espero que no se sienta ofendido.

—Sería ridículo que me ofendiera por algo sin importancia.

Tras reunirse con su pequeño séquito, que le aguardaba a la puerta, Condé se giró hacia Jean-Nicolas y repitió:

—Mantenga a su hijo alejado de mí.

Cuando el príncipe se marchó, Jean-Nicolas subió la escalera y entró de nuevo en su despacho.

—¿Y bien, Camille? —preguntó con calma, respirando profundamente.

El silencio se prolongó. Había anochecido y el resplandor de la luna iluminaba la plaza. Camille volvió a ocultarse en las sombras, donde se sentía más seguro.

—Lo que decías era estúpido y fatuo —contestó al cabo de unos minutos—. Todo el mundo lo sabe. El príncipe no es un retrasado mental. No todos los nobles son imbéciles.

—Lo sé de sobras. Vivo de ellos.

—Me ha hecho gracia la frase de «ese hijo suyo», como si fuera una excentricidad por tu parte tener un hijo.

—Puede que lo sea —respondió Jean-Nicolas—. De haber sido un ciudadano del mundo antiguo, te habría abandonado en la cima de una colina para que te las arreglaras como pudieras.

—A lo mejor una loba se enamoraba de mí —dijo Camille.

—Cuando hablabas con el príncipe, observé que no tartamudeabas.

—No te preocupes. Ya vuelvo a tartamudear.

—Temí que fuera a pegarte.

—Yo también.

—Me hubiera gustado que lo hiciera. Si sigues así —dijo Jean-Nicolas—, harás

que me muera de un ataque cardíaco.

—No temas, eres muy fuerte —contestó Camille—. El médico ha dicho que sólo tienes unos cálculos biliares.

Jean-Nicolas sintió deseos de abrazar a su hijo. Era un impulso absurdo, que enseguida reprimió.

—Has ofendido al príncipe —dijo— y puedes arruinar nuestro futuro. Lo peor fue la forma en que lo miraste de arriba a abajo, sin decir palabra.

—Sí —respondió Camille—. Soy insolente. Cultivo la insolencia silenciosa, por razones obvias.

Luego se sentó en la silla de su padre y se apartó un mechón de la frente, dispuesto a continuar la conversación.

Jean-Nicolas es un hombre digno, serio, de una rigidez y rectitud casi insalvables. En esos momentos sentía deseos de gritar y romper el cristal de la ventana, o tirarse por ella y morir aplastado en la calle.

El príncipe tiene prisa por regresar a Versalles y ya ha olvidado el incidente.

Actualmente está de moda el juego del faraón. El Rey lo ha prohibido por las cuantiosas pérdidas que ocasiona. Pero el Rey es un hombre de costumbres rutinarias, que se retira temprano, y en cuanto se marcha aumentan las apuestas en la mesa de la Reina.

—Pobre hombre —dice esta, refiriéndose a su marido.

La Reina es quien impone la moda en Francia. Sus vestidos —encarga unos ciento cincuenta al año— se los confecciona Rose Bertin, una modista cara pero imprescindible, que tiene taller en la rue Saint-Honoré. Los trajes de ceremonia son como una prisión, con sus ballenas, sus miriñaques, sus colas, sus rígidos brocados y sus incómodos adornos. Los peinados y los sombreros se complementan y siempre están al último grito; las tropas de George Washington, en formación de combate, avanzan torpemente bajo unas enhiestas torres, y los jardines ingleses, de estilo informal, parecen una rígida composición geométrica. Lo cierto es que la Reina desea liberarse de ese aparato, instituir una época de libertad, donde predominen las gasas más finas, las muselinas más suaves, los lazos sencillos y las túnicas vaporosas. Es asombroso comprobar que la sencillez, cuando va acompañada de buen gusto, luce lo mismo que los terciopelos y los rasos. La Reina asegura que le gusta la naturalidad en la forma de vestir, en la etiqueta. Lo que más adora son sus brillantes, y sus tratos con la firma parisiense de Böhmer y Bassenge son motivo de escándalo. Con frecuencia, después de reformar sus habitaciones privadas de arriba abajo, desembarazándose de los muebles viejos y cambiando las cortinas, se cansa de la nueva decoración y se traslada a otras habitaciones.

—Temo aburrirme —confiesa.

No tiene hijos. Los panfletos que se distribuyen por todo París la acusan de

mantener relaciones promiscuas con sus cortesanos e incluso con sus favoritas. En 1776, cuando aparece en su palco de la Opéra, el público acoge su presencia con un silencio hostil. La Reina no lo comprende. Dicen que cuando se encierra en sus habitaciones, llora amargamente.

—¿Pero qué les he hecho? —se lamenta—. ¿Por qué se meten con una pobre mujer que sólo pretende divertirse?

Su hermano el Emperador le escribe desde Viena: «Las cosas no pueden continuar así… Será una revolución sangrienta y cruel, y tú la habrás provocado».

En 1778 Voltaire regresó a París, a los ochenta y cuatro años de edad, cadavérico y vomitando sangre. Recorrió la ciudad en un carruaje azul cubierto de estrellas doradas. Las calles estaban atestadas de histéricas multitudes que gritaban: «¡Viva Voltaire!». El anciano comentó:

—Otros quisieran verme ejecutado.

La Academia salió a recibirle: acudió Franklin y Diderot. Durante la representación de su tragedia, *Irene*, los actores colocaron una corona de laurel sobre su estatua, y el público se puso en pie para manifestarle su entusiasmo y veneración.

En mayo, falleció. París le negó un funeral cristiano. Muchos temían que sus enemigos profanaran su tumba, de modo que el cadáver fue sacado de la ciudad de noche, sentado en un carruaje, a la luz de la luna, como si estuviera vivo.

Un hombre llamado Necker, un protestante, un banquero suizo millonario, fue designado ministro de Finanzas y maestro de los Milagros en la corte. Sólo Necker podía mantener a flote el barco del Estado. El secreto, según decía, era pedir dinero prestado. Los elevados impuestos y los recortes en el gasto público mostraban a Europa que Francia estaba hundida. Pero si uno pedía dinero prestado mostraba un talante progresista, dinámico y ambicioso; al mostrar confianza en uno mismo, la creaba. Cuanto más dinero se pidiera prestado, mejor. El señor Necker era un optimista.

Por extraño que parezca, el sistema funcionaba. Cuando en mayo de 1781 las habituales intrigas antiprotestantes provocaron la caída del ministro, el país lamentó profundamente su pérdida. Pero el Rey dio un suspiro de alivio y compró a Antonieta unos brillantes para celebrarlo.

Georges-Jacques Danton había decidido ir a París.

Fue una decisión difícil; según dijo Anne-Madeleine, era como si se fuera a América, o a la luna. Se celebraron varios cónclaves familiares durante los cuales todos sus tíos expusieron, con cierta ceremonia, su opinión. Lo de hacerse sacerdote pasó al olvido. Durante un par de años había trabajado en los bufetes de sus tíos y de los amigos de estos. Era una modesta tradición familiar. Pero si estaba seguro de que

eso era lo que deseaba…

Seguro que su madre le echaría de menos; pero lo cierto es que se habían distanciado. Era una mujer sin estudios y con unas ideas muy convencionales. La única industria en Arcis-sur-Aube era la confección de gorros de dormir. ¿Cómo podía explicar Georges-Jacques a su madre que tal cosa casi le parecía una ofensa personal?

En París percibiría un modesto estipendio como secretario del abogado en cuyo bufete se prepararía; más tarde necesitaría dinero para montar su propio bufete. Los inventos de su padrastro se habían comido el patrimonio familiar; su nuevo telar era un verdadero desastre. A Georges-Jacques y a sus hermanas les divertía contemplar el pequeño aparato, cuyas lanzaderas crujían de forma alarmante, esperando que el hilo se rompiera de nuevo. El señor Danton, fallecido dieciocho años atrás, había dejado un poco de dinero, que fue reservado para cuando su hijo fuera mayor.

—Lo necesitarás para tus inventos —dijo Georges-Jacques a su padrastro—. Y la verdad es que prefiero partir de cero.

Aquel verano visitó a todos sus parientes. Un chico seguro de sí mismo y ambicioso que se marcha a París sólo regresa para visitar a su familia, y convertido ya en un hombre distante y de éxito. De modo que fue a despedirse de todos sus parientes, incluyendo a unos primos lejanos y a las viudas de unos tíos abuelos. En sus frías casas rústicas, muy parecidas a la suya, estiraba las piernas y les contaba sus planes. Pasaba mucho rato en el cuarto de estar de aquellas viudas y tías solteronas, en compañía de unas damas que asentían con la cabeza a la tenue luz del atardecer, mientras el polvo formaba un halo púrpura alrededor de sus cabezas. Georges-Jacques conversaba amablemente con ellas, como si presintiera que no volvería a verlas.

Sólo le faltaba visitar a su hermana Marie-Cécile en el convento. Siguió a la maestra de las novicias por un largo y silencioso pasillo, sintiéndose ridículamente alto y corpulento, demasiado hombre. Las monjas pasaban junto a él vestidas con sus negros hábitos, con los ojos clavados en el suelo y las manos metidas en las mangas. Georges-Jacques no quería que su hermana se encerrara allí. Preferiría estar muerto, pensó, que ser una mujer.

La reverenda se detuvo frente a una puerta y dijo:

—Es una lástima que la sala de visitas se encuentre tan alejada. Hemos decidido construir otra cerca de la entrada, cuando consigamos los fondos.

—Yo creía que era una orden rica.

—Se equivoca usted —respondió la monja secamente—. Algunas novicias aportan unas dotes que apenas si bastan para comprar la tela para sus hábitos.

Marie-Cécile estaba sentada detrás de una celosía. Georges-Jacques no podía tocarla ni besarla. Estaba pálida, o puede que el velo blanco de novicia no le sentara bien. Tenía los ojos pequeños y azules, de mirada franca, como su hermano.

Conversaron tímidamente, como si se sintieran incómodos. Georges-Jacques

refirió a su hermana las noticias de la familia y le explicó sus planes.

—¿Vendrás a la ceremonia cuando tome los hábitos, cuando pronuncie los votos definitivos? —le preguntó su hermana.

—Sí —mintió Georges-Jacques—. Procuraré venir.

—París es una ciudad muy grande. ¿No te sentirás solo?

—Lo dudo.

Marie-Cécile lo miró fijamente e inquirió:

—¿Qué aspiras conseguir de la vida?

—Deseo abrirme camino.

—¿Qué significa eso?

—Que quiero alcanzar una posición, tener dinero, hacer que la gente me respete. Lo siento, no veo la necesidad de ser modesto. Quiero llegar a ser alguien importante.

—Todo el mundo es importante. A los ojos de Dios.

—Esta vida te ha vuelto muy piadosa.

Ambos se echaron a reír.

—¿Has pensado en la salvación de tu alma? —preguntó Marie-Cécile a su hermano.

—¿Por qué voy a pensar en mi alma, teniendo como tengo una hermana monja que no tiene otra cosa que hacer que rezar por mí? ¿Y tú? ¿Eres feliz?

Marie-Cécile suspiró.

—Piensa en el dinero que se han ahorrado nuestros padres, Georges-Jacques. Cuesta mucho casar a una hija. Hay muchas chicas en nuestra familia. Supongo que fueron otros quienes me indujeron a dar este paso. Pero ahora que estoy aquí, me siento feliz. Tiene sus compensaciones, aunque no lo creas. Pero pienso que tú no has nacido para llevar una vida tranquila y sosegada.

Georges-Jacques sabía que muchos campesinos se habrían casado con ella por la exigua dote que había entregado al convento, satisfechos de tener una esposa sana y alegre. No le habría costado hallar un hombre trabajador que la tratara decentemente y que le diera unos hijos. Georges-Jacques opinaba que todas las mujeres debían tener hijos.

—¿Puedes salir de aquí si lo deseas? —preguntó a su hermana—. Si gano mucho dinero podría ocuparme de ti. Te buscaríamos un marido, o podrías quedarte a vivir conmigo.

Marie-Cécile alzó una mano y respondió:

—Ya te he dicho que… me siento feliz. Estoy satisfecha.

—Me entristece ver que el color ha desaparecido de tus mejillas —dijo Georges-Jacques.

Su hermana giró la cabeza.

—Es mejor que te vayas, antes de que yo también me ponga triste. A veces recuerdo los tiempos en que íbamos a jugar a los campos. Pero ya no volverán. Que Dios te bendiga.

—Que Dios te bendiga —contestó Georges-Jacques, aunque no confiaba en esas cosas.

III. *En el despacho de maître Vinot*

(1780)

Sir Francis Burdett, el embajador francés, afirma respecto a París: «Es la ciudad más horrorosa, sucia y pestilente que he visto en mi vida; en cuanto a sus habitantes, son diez veces peores que los de Edimburgo».

Georges-Jacques se apeó del coche en la Cour des Messageries. El viaje había resultado más interesante de lo esperado. En el coche había una pasajera llamada Françoise-Julie; Françoise-Julie Duhauttoir, de Troyes. Georges-Jacques no la conocía —se habría acordado de ella—, pero sabía que era el tipo de muchacha que hacía que sus hermanas fruncieran el ceño. Naturalmente, era muy bonita, llena de vitalidad, tenía dinero, era huérfana y pasaba seis meses del año en París. Durante el viaje entretuvo a Georges-Jacques imitando a sus tías: «Uno no vive eternamente», «una buena reputación es como tener dinero en el banco», «¿no crees que va siendo hora de que te establezcas en Troyes, donde viven todos tus parientes, y te cases antes de que estés hecha un vejestorio?». Sus tías, según decía, se expresaban como si de pronto fueran a escasear los hombres.

Georges-Jacques pensó que una chica como ella jamás tendría problemas para enamorar a un hombre. Coqueteaba con él con toda naturalidad, como si no le importara su cicatriz. Hablaba sin parar, como si llevara meses amordazada, como si acabara de salir de la cárcel. Las palabras salían de su boca a borbotones, mientras le hablaba de su ciudad, de su vida y sus amigos. Cuando el coche se detuvo, bajó de un salto en lugar de esperar a que él la ayudara a apearse.

Súbitamente, dos hombres que habían acudido para ocuparse de los caballos empezaron a pelearse. Eso fue lo primero que Georges-Jacques oyó, una sarta de palabrotas pronunciadas con el acento seco y cortante de la capital.

Rodeada de sus maletas, Françoise-Julie se agarró al brazo de Georges-Jacques y

dijo sonriendo:

—Lo que más me gusta de París es que cambia continuamente. Siempre están demoliendo algún edificio para levantar otro en su lugar.

Había escrito sus señas en un papel, que le metió en el bolsillo.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó este—. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No es necesario —respondió ella—. Vivo aquí. Conozco bien la ciudad. —Luego se giró, dio instrucciones a un mozo respecto a su equipaje y le entregó unas monedas—. No te perderás, ¿verdad? Espero verte dentro de una semana. Si no apareces, iré a buscarte.

Tras esas palabras cogió la bolsa más pequeña, se abalanzó sobre él, le plantó un beso en la mejilla y desapareció entre la muchedumbre.

Georges-Jacques portaba sólo una maleta, repleta de libros. Antes de cogerla, sacó del bolsillo un papel en el que su tío había escrito:

El Caballo Negro
rue Geoffroy l'Asnier
parroquia de Saint-Gervais.

De repente empezaron a sonar unas campanas, y Georges soltó una palabrota. ¿Cuántas campanas había en esta ciudad, y cómo diablos iba a distinguir la campana de Saint-Gervais y su parroquia? Enojado, arrugó el papel y lo arrojó al suelo.

Parecía como si muchos de los viandantes anduvieran perdidos. Danton recorrió numerosos callejones, calles sin nombre y solares que semejaban estercoleros. Los viejos tosían y escupían, las mujeres se arremangaban las faldas para no manchárselas de barro, los niños correteaban desnudos como si fueran hijos de campesinos. Era como Troyes, pero al mismo tiempo totalmente distinto. Georges-Jacques llevaba en el bolsillo una carta de presentación para un abogado de l'île de Saint-Louis, llamado Vinot. Al día siguiente se presentaría en su despacho, pero antes debía hallar un lugar donde pasar la noche.

Una muchedumbre se había congregado en torno a un buhonero que vendía remedios contra el dolor de muelas y le estaba gritando e insultando.

—¡Embustero! —gritó una mujer—. ¡El dolor de muelas sólo se quita arrancándote la muela!

Antes de alejarse, Georges-Jacques observó su mirada enloquecida, urbana.

Maître Vinot era un hombre grueso, de manos regordetas y temperamento belicoso. Parecía un estudiante entrado en años.

—Bien —dijo—, podemos intentarlo.

Sí, puedo intentarlo, pensó Georges-Jacques.

—Su caligrafía es atroz, desde luego. ¿Qué es lo que les enseñan en la escuela?

Confío en que domine el latín.

—He trabajado de escribiente durante dos años —contestó Danton—. ¿Acaso cree que he venido aquí para copiar cartas?

Maître Vinot lo contempló fijamente.

—Sí, domino el latín —prosiguió Danton—. Lo mismo que el griego. Hablo inglés con fluidez y chapurreo el italiano.

—¿Quién le enseñó esos idiomas?

—Los aprendí por mi cuenta.

—Muy interesante. De todos modos, cuando necesitamos comunicarnos con los extranjeros solemos llamar a un intérprete —dijo Vinot—. ¿Le gusta viajar?

—Sí. Me gustaría ir a Inglaterra.

—¿Admira a los ingleses? ¿Admira sus instituciones?

—Necesitamos urgentemente un parlamento. Me refiero a una institución auténticamente representativa, no minada por la corrupción como el inglés. Y la separación de las ramas ejecutiva y legislativa. Ahí es donde fallan los ingleses.

—Escúcheme bien —dijo maître Vinot—. Le diré una cosa, y espero no tener que repetirla. No pretendo rebatir sus opiniones, las cuales imagino que considera muy originales, ¿no? Pues bien, son de los más vulgares, hasta mi cochero opina como usted. No me interesa la moralidad de mis empleados ni los obligo a ir a misa; pero esta ciudad es muy peligrosa. Circulan todo tipo de libros sin el sello del censor, y en algunos cafés —los más elegantes, por cierto— se dicen cosas que rayan en la traición. No le pido ningún imposible, ni que se encierre en su casa, sólo le pido que sea prudente a la hora de elegir a sus amigos. No permitiré que se organicen revueltas en mi bufete. No confíe en nadie, pueden tirarle de la lengua y luego denunciarlo a las autoridades. Oh, sí —continuó Vinot, asintiendo enérgicamente para demostrar que conocía el tema—, uno aprende muchas cosas en este negocio. Le recomiendo que mantenga la boca cerrada.

—Muy bien —contestó Georges-Jacques.

En aquel momento apareció un individuo y dijo:

—Maître Perrin desea saber si va usted a contratar al hijo de Jean-Nicolas.

—¡Dios mío! —exclamó maître Vinot—. ¿Ha visto usted al hijo de Jean-Nicolas? ¿Ha tenido el placer de conversar con él?

—Pues no —contestó el individuo—. Sólo sé que es hijo de un viejo amigo suyo. Dicen que es muy inteligente.

—¿De veras? También dicen otras cosas de él. No, he decidido emplear a este joven de Troyes. Es insolente y rebelde, pero eso no es nada comparado con los riesgos de emplear al joven Desmoulins.

—No se preocupe. Perrin desea contratarlo.

—No me extraña. ¿Pero es que Jean-Nicolas no se ha enterado de lo que dicen? No, siempre fue un poco obtuso. En todo caso, allá él. Mi lema es vive y deja vivir. —Maître Vinot se giró hacia Danton y dijo—: Maître Perrin es un viejo colega,

experto en leyes tributarias. Dicen que es sodomita, pero eso no me concierne.

—Un vicio privado —dijo Danton.

—Efectivamente. ¿Ha quedado claro lo que pretendo de usted?

—Sí, maître Vinot, perfectamente claro.

—Bien. Es inútil que trabaje en el despacho porque nadie conseguirá entender su letra, de modo que es mejor que se dedique a «cubrir los tribunales», como decimos nosotros. Quiero que cada día compruebe cómo van los casos de los que nos ocupamos y que se dé una vuelta por los tribunales de justicia. ¿Le interesan los asuntos eclesiásticos? Nosotros no nos ocupamos de ellos, pero le presentaré a unos abogados especializados en ese tipo de asuntos. Le aconsejo que no pretenda abarcar demasiado. Construya lentamente; todo el que trabaja con ahínco puede obtener un modesto éxito. Por supuesto, necesita contar con contactos influyentes, y eso es lo que mi bufete le proporcionará. Trate de organizarse un plan de vida. En Troyes le sobrará trabajo. Dentro de cinco años tendrá una buena clientela.

—Me gustaría hacer carrera en París.

Maître Vinot sonrió.

—Eso es lo que dicen todos los jóvenes. En fin, mañana dese una vuelta por la ciudad.

Se despidieron con un apretón de manos, un tanto formalmente, como los ingleses. Georges-Jacques bajó apresuradamente la escalera y salió a la calle. No dejaba de pensar en Françoise-Julie. Recordaba perfectamente sus rasgos. Tenía sus señas, vivía en la rue de la Tixanderie, en la tercera planta. No es un piso elegante, le había dicho Françoise-Julie, pero es mío. Georges-Jacques se preguntó si estaría dispuesta a acostarse con él. Era muy posible. Las cosas que en Troyes resultaban imposibles aquí eran perfectamente posibles.

Durante todo el día, y buena parte de la noche, el tráfico circulaba sin cesar por las estrechas calles. Los carruajes le obligaban a pegarse a la pared. Los blasones y proezas de sus dueños estaban pintados en chillones colores heráldicos; los caballos de morro aterciopelado hundían sus cascos en la porquería de la ciudad. En el interior de los carruajes, sus propietarios se repantingaban en el asiento y miraban como con descuido por la ventanilla. En los puentes y en los cruces, los elegantes carruajes se topaban con humildes carretas. Los lacayos de librea, asidos a la parte posterior de los carruajes, intercambiaban insultos con los carboneros y los panaderos. Los problemas ocasionados por los accidentes de tráfico se resolvían allí mismo, en metálico, según la tarifa de un brazo, una pierna o la cabeza, bajo la indiferente mirada de los guardias.

Los escritores de cartas públicos tenían instaladas sus casetas en el Pont-Neuf, y los vendedores disponían su género en el suelo. Georges-Jacques vio unas cestas llenas de libros de segunda mano entre los que había una novela sentimental, unas

obras de Ariosto y un tomo que ni siquiera había sido abierto, publicado en Edimburgo y titulado *Las cadenas de la esclavitud*, de Jean-Paul Marat. Tras examinarlos, adquirió media docena a dos *sous* cada uno. Los perros iban en manadas, devorando lo que encontraban a su paso.

De cada dos personas con las que se tropezaba, una era un albañil, sudoroso y cubierto de yeso. Toda la ciudad estaba en obras. En algunos barrios habían demolido todos los edificios para construir otros. La gente se detenía para contemplar las operaciones más complicadas y espectaculares. Los operarios eran temporeros y pobres. Si terminaban las obras antes de lo previsto recibían una bonificación, lo cual les obligaba a trabajar a un ritmo peligroso mientras blasfemaban, empapados de sudor. ¿Qué hubiera dicho maître Vinot? «Es preciso construir lentamente».

En una esquina había un hombre tuerto, con la cara llena de lívidas cicatrices, que sostenía una pancarta que decía: «HÉROE DE LA LIBERACIÓN AMERICANA». Tenía una hermosa voz de barítono y cantaba canciones sobre la corte, describiendo a la Reina como una mujer entregada a unos vicios de los que ni siquiera habían oído hablar en Arcis-sur-Aube. En los jardines de Luxemburgo, una hermosa rubia lo miró de arriba a abajo, dio media vuelta y se alejó.

Georges-Jacques se dirigió a Saint-Antoine. Se detuvo junto a la Bastilla y contempló sus ocho torres. Había imaginado que sus muros serían altos e imponentes como riscos. El más alto debía medir unos veintitrés o veinticuatro metros.

—Los muros miden dos metros y medio de espesor —dijo un hombre que se había detenido junto a él.

—Creía que sería más grande.

—Es lo suficientemente grande para encerrar en ella a mucha gente —replicó el hombre—. Algunos de los que han entrado allí no han vuelto a ver la luz del día.

—¿Es usted de aquí?

—Sí —contestó el hombre—. Hay unas celdas subterráneas, llenas de agua y de ratas.

—He oído hablar de las ratas.

—Y las celdas que hay debajo del tejado son aún peores. En verano te asas y en invierno te hielas. Pero sólo los desgraciados van a parar allí. Algunos presos duermen en lechos con colchones y pueden llevar a sus gatos para impedir que les ataquen las ratas.

—¿Qué suelen comer?

—Depende de quién sea el preso. De vez en cuando les dan carne. Un vecino mío, que estuvo encerrado una temporada, jura que un día vio que instalaban una mesa de billar. Es como todo —dijo el hombre—, unos ganan y otros pierden.

Georges-Jacques alza la vista y observa los inexpugnables muros de la prisión. Esas gentes —en su mayoría cerveceros y tapiceros— viven y trabajan a los pies de estos muros, pensó, contemplándolos todos los días hasta que al final dejan de verlos, como si hubieran desaparecido. Lo importante no es la altura de las torres sino las

imágenes que bullen en su cabeza de víctimas enloquecidas por la soledad, de suelos cubiertos de sangre, de niños que nacen sobre un montón de paja. Uno no puede dejar que un extraño, un tipo al que conoces en la calle, te reorganice tu mundo interior. ¿Acaso no hay nada sagrado? Las aguas del río, contaminadas por la fábrica de colorantes, aparecen teñidas de azul y amarillo.

Al anochecer, los funcionarios regresan apresuradamente a sus casas; los joyeros de la Place Dauphine guardan los brillantes en la caja fuerte. Georges-Jacques piensa durante unos instantes con nostalgia en su casa, en los campos de Arcis-sur-Aube, pero enseguida desecha esos pensamientos. En la rue Saint-Jacques, unos zapateros se disponen a emborracharse. En un piso de la tercera planta, en la rue de la Tixanderie, una joven abre la puerta a su nuevo amante y se desnuda. En la isla de Saint-Louis, en un despacho vacío, el hijo de maître Desmoulins se enfrenta, con la boca seca, a su nuevo patrono. Los sombrereros, que trabajan quince horas bajo una débil luz, se frotan los ojos y rezan por sus parientes que viven en el campo. Las puertas se cierran a cal y canto; las farolas se encienden. Los actores se pintan la cara, dispuestos a salir a escena.

SEGUNDA PARTE

Sólo progresamos cuando la melancolía hace presa en nosotros, cuando, insatisfechos del mundo que nos rodea, nos vemos obligados a crear otro más soportable.

Teoría de la ambición, ensayo de
JEAN-MARIE HÉRAULT DE SÉCHELLES



I. *Teoría de la ambición*

(1784-1787)

El Café du Parnase era conocido por sus clientes como el Café de l'École puesto que daba al *quai* de ese nombre. Desde sus ventanas se distinguía el río y el Pont-Neuf, y a lo lejos las torres de los tribunales de justicia. El propietario del café era un tal señor Charpentier, inspector de Hacienda, el cual había montado dicho local como distracción y para redondear sus ingresos. Cuando los tribunales cerraban y el café se llenaba de clientes, el señor Charpentier se echaba un paño blanco sobre el brazo y atendía personalmente las mesas. Si no tenía mucho trabajo, se servía un vaso de vino y se sentaba a charlar con sus clientes habituales. En general, en el Café de l'École se hablaba de temas áridos, de carácter legalista, pero la clientela no era totalmente masculina. De vez en cuando entraba una mujer, que recibía encendidos piropos pronunciados en tono irónico.

Angélique, la esposa del señor Charpentier, había sido, antes de casarse, Angelica Soldini. Sería interesante poder afirmar que la italiana gozaba todavía de una vida secreta bajo la fría apariencia de matrona parisina. Pero lo cierto es que Angélique seguía hablando a gritos y gesticulando, luciendo vestidos negros y cultivando su fervor religioso y su carnalidad. Bajo estos aparatosos rasgos, sin embargo, se ocultaba una mujer prudente, ahorradora y dura como el granito. Acudía al café todos los días, y cuando un cliente le escribía un soneto y se lo regalaba, ella lo doblaba cuidadosamente y decía, sonriendo emocionada: «Lo leeré más tarde».

Su hija, Antoinette Gabrielle, tenía diecisiete años cuando apareció por primera vez en el café. Era más alta que su madre, tenía una hermosa frente, y los ojos marrones y profundos. Sonreía tímidamente, mostrando su blanca dentadura y apartando la cabeza. Su pelo castaño, lustroso y abundante, le caía por la espalda como una capa de piel, exótico y vivo.

Pero Gabrielle no era tan atractiva como su madre. Cuando se hacía un moño, el peso de su cabellera hacía que se le cayeran las horquillas. Caminaba a zancadas,

respiraba con la boca abierta y se sonrojaba fácilmente; hablaba de cosas intrascendentes y su educación, típicamente católica, era deficiente y pintoresca. Tenía la energía de una lavandera, y una piel —según decían todos— como la seda.

La señora Charpentier llevaba a Gabrielle al café para que la vieran los hombres que podían pedirla en matrimonio. Tenía también dos hijos varones: Antoine, que estudiaba derecho, y Victor, que estaba casado y se ganaba muy bien la vida como notario. Así pues, sólo quedaba la chica. Todo parecía indicar que Gabrielle se casaría con uno de los jóvenes abogados que frecuentaban el café. Ella aceptaba dócilmente su destino aunque se lamentaba un poco de los años de testamentos, infracciones e hipotecas que le aguardaban. Su marido probablemente le sobrepasaría unos años, pero esperaba que fuera apuesto, que gozara de una sólida posición y que fuera generoso y atento; en pocas palabras, un hombre distinguido. Así pues, cuando un buen día se abrió la puerta del café y apareció maître D'Anton, otro oscuro abogado de provincias, Gabrielle no pensó ni remotamente que se trataba de su futuro marido.

Poco después de que Georges-Jacques llegara a la capital, Francia contaba con un nuevo ministro de Finanzas, el señor Joly de Fleury, célebre por haber aumentado en un diez por ciento los impuestos sobre los alimentos. Las circunstancias personales de Georges-Jacques no eran fáciles, pero si no hubiera tenido que luchar para abrirse camino se habría sentido decepcionado pues no le quedaría ningún recuerdo interesante de su época de miseria.

Maître Vinot le obligaba a trabajar duro pero había cumplido sus promesas.

—Cámbiese el apellido por D'Anton —le recomendó—. Produce mejor impresión.

¿A quién? No a los auténticos nobles, desde luego; pero buena parte de los pleitos civiles eran promovidos por quienes se sentían socialmente inseguros.

—¿Qué más da que sepan que es falso? —prosiguió maître Vinot—. Eso demuestra que es usted ambicioso, que desea progresar.

Cuando llegó el momento de examinarse, maître Vinot le aconsejó que acudiera a la universidad de Rheims, cuyos profesores tenían fama de benévolos. Maître Vinot no recordaba el nombre de un solo alumno al que hubieran suspendido en Rheims.

—Por supuesto —dijo—, con su talento podría examinarse en París pero…

Vinot se detuvo e hizo un gesto vago con la mano. Parecía como si se estuviera refiriendo a uno de esos logros intelectuales a los que eran tan aficionados en el bufete de Perrin. D'Anton fue a Rheims, aprobó los exámenes y se convirtió en abogado del parlamento de París. Formaba parte del rango inferior de letrados, que es por donde se empieza siempre. El que consiguiera alcanzar un puesto más elevado no dependía de sus méritos sino del dinero.

Al cabo de un tiempo abandonó l'île de Saint-Louis para establecerse por su cuenta. Sus clientes, aristócratas de segunda fila, le confiaban casos sobre títulos y

derechos de propiedad. Un arribista que deseaba poner en orden sus patentes le había recomendado a sus amigos. Los pormenores, complejos aunque no en exceso, no le absorbían del todo. Tras haber hallado la fórmula ganadora, una parte de su cerebro quedaba como dormida, inactiva. ¿Aceptaba quizá esos casos para tener tiempo de pensar en otros asuntos? En aquella época, Georges-Jacques no solía perderse en divagaciones. Se sentía un tanto sorprendido e irritado al comprobar que la gente que le rodeaba era mucho menos inteligente que él. Los imbéciles como Vinot prosperaban y ganaban una fortuna. «Adiós —decían—. No ha sido una mala semana. Nos veremos el martes». Georges-Jacques los observaba mientras partían para pasar el fin de semana en lo que los parisinos denominaban el campo. Un día se compraría una casita, pensó, un par de hectáreas, donde podría descargar sus angustias y tensiones.

Sabía lo que necesitaba. Necesitaba dinero, un buen matrimonio, y poner en orden su vida. Necesitaba capital, para montar un despacho más suntuoso. A los veintiocho años tenía la complexión de un minero. Era difícil imaginárselo sin sus cicatrices; sin ellas habría ofrecido un aire apuesto aunque algo tosco. Hablaba perfectamente el italiano, que practicaba con Angelica cuando acudía al café. Dios le había dado una voz potente, clara y resonante, para compensarlo por su grotesca apariencia, una voz que hacía que a las mujeres se les pusiera la carne de gallina. Requería un poco más de vibración, un poco más de color en el tono, pero era sin duda un rasgo que le favorecía profesionalmente.

La belleza no es lo principal, pensaba Gabrielle, ni tampoco el dinero. Tenía que meditar el asunto. Comparados con él, todos los hombres que acudían al café parecían débiles y canijos. En el invierno de 1786 empezó a dirigirle largas y tiernas miradas; en la primavera le dio un casto beso en los labios, mientras el señor Charpentier pensaba: «Ese chico tiene futuro».

Lo malo es que para hacer carrera como abogado de poca monta uno tiene que mostrarse dócil y servil, cosa que acaba cansando. En ocasiones, en el feroz rostro de Georges-Jacques se advertía cierta crispación.

Maître Desmoulins llevaba seis meses ejerciendo de abogado. Rara vez aparecía por los tribunales, y como todo lo raro llamaba la atención de numerosos expertos. Una manada de estudiantes lo seguía como si fuera un gran jurista, observando sus grandes esfuerzos por dejar de tartamudear. También observaban la arrogancia con que abordaba los casos, así como su habilidad para convertir el dictamen judicial más trivial en la sentencia de un tirano que él, y sólo él, era capaz de liquidar. Era una forma especial de ver el mundo, el punto de vista de un gusano harto de ser pisoteado.

El caso que se había visto aquel día trataba sobre unos derechos de pastoreo, referidos a unos arcanos precedentes no destinados a pasar a la historia de la

jurisprudencia. Maître Desmoulins recogió sus papeles, dirigió una radiante sonrisa al juez y salió del tribunal con la celeridad del preso al que acaban de dar la libertad.

—¡Vuelva aquí! —gritó D’Anton.

Desmoulins se detuvo.

—Ya veo que no está acostumbrado a ganar —dijo D’Anton—. Es costumbre expresar al oponente su pesar por haberlo derrotado.

—¿Quiere que le diga que lo siento? ¿Acaso no ha cobrado sus honorarios? Vamos a dar un paseo, este lugar me pone nervioso.

Pero D’Anton no estaba dispuesto a ceder.

—Aunque sea una hipocresía, es la costumbre.

Camille Desmoulins se giró hacia él e inquirió:

—Así pues, ¿debo regocijarme por haberlo derrotado?

—Si quiere expresarlo de esa forma, sí.

—¿Es eso lo que les enseñan en el despacho de maître Vinot?

—Mi primer caso fue parecido a este —dijo D’Anton—. Defendí a un pastor contra un noble.

—Ha progresado bastante desde entonces.

—No moralmente. ¿Ha renunciado usted a sus honorarios? Lo suponía. Lo detesto.

—¿En serio? —preguntó Desmoulins desconcertado.

—No, hombre. Creí que le gustaban las emociones fuertes. En el tribunal todos estábamos tensos. Fue usted muy benévolo con el juez al no insultarlo personalmente.

—No siempre me comporto así. Como bien dice, no tengo costumbre de ganar. ¿Qué cree usted, D’Anton, que soy un mal abogado o que defiendo casos desesperados?

—No le comprendo.

—¿Qué pensaría si fuera un observador imparcial?

—Pero eso es imposible. En mi opinión, las cosas le irían mejor si aceptara más casos, si viniera cuando debe venir y si cobrara unos honorarios por su trabajo como cualquier otro abogado.

—Un bonito discurso —dijo Camille—. Ni el mismo maître Vinot lo habría expresado mejor. Pronto empezará usted a rascarse su incipiente barriga y a recomendarme un «plan de vida». Siempre hemos sabido lo que sucedía en su bufete. Tenemos espías.

—Sin embargo, tengo razón.

—Hay mucha gente que necesita un abogado pero no puede pagarle sus honorarios.

—Sí, pero eso es un problema social que no le concierne a usted.

—Hay que ayudar a la gente.

—¿De veras?

—Sí… Aunque, como postura filosófica, entiendo el argumento contrario de

dejar que las cosas se pudran. Pero cuando los ves sufrir ante tus narices, tienes que ayudarlos.

—¿A expensas suyas?

—No va a ser a expensas de los demás.

D'Anton lo miró detenidamente. Nadie, pensó, querría ser como él.

—Debe de considerarme un canalla por intentar ganarme la vida.

—¿Ganarse la vida? Eso no es vivir, eso es estafar, robar, y usted lo sabe. No sea usted ridículo, maître D'Anton. Usted sabe que estallará una revolución, y entonces tendrá que decidir de qué lado se pondrá.

—¿Y esa revolución lo solucionará todo?

—Eso espero. Debo irme. Tengo que visitar a un cliente. Mañana van a colgarlo.

—¿Es eso frecuente?

—Sí, siempre cuelgan a mis clientes. Incluso por litigios sobre la propiedad y pleitos matrimoniales.

—Me refiero a si suele visitarlos antes de que los ejecuten. ¿No teme que su cliente le eche en cara no haberlo defendido mejor?

—Es posible. Pero, por otro lado, visitar a los condenados es un acto de misericordia, ¿no cree, D'Anton? ¿No fue usted educado en las creencias religiosas? Yo me dedico a coleccionar indulgencias, por si me muero inesperadamente.

—¿Dónde está su cliente?

—En el Châtelet.

—Pues se ha equivocado de dirección.

Maître Desmoulins miró a D'Anton como si este acabara de decir una estupidez.

—No tenía pensado seguir una determinada ruta. ¿Por qué pierde usted el tiempo con estas sandeces en lugar de tratar de convertirse en alguien importante?

—Quizá necesite olvidarme una temporada del sistema —respondió D'Anton. Los ojos de su colega, negros y luminosos, denotaban la timidez de las víctimas naturales, el agotamiento de una presa fácil. Súbitamente, se inclinó hacia adelante y preguntó—: ¿Qué demonios le ha sucedido, Camille?

Camille Desmoulins tenía los ojos más separados de lo normal, y lo que D'Anton había tomado por un rasgo que revelaba su carácter era en realidad un defecto de su anatomía. Pero pasarían varios años antes de que se diera cuenta de ello.

Y eso continuó: una conversación a altas horas de la noche, con largas pausas.

—Al fin y al cabo —dijo D'Anton—, ¿de qué sirve todo esto? —Por la noche, y con unas copas de más, se mostraba más franco—. No merece la pena pasarse la vida pendiente de los caprichos de un imbécil como Vinot.

—¿Acaso tiene un «plan de vida» más ambicioso?

—Desde luego. Hay que tratar de alcanzar la cima.

—Yo también soy ambicioso —dijo Camille—. Asistí a un colegio en el que

pasábamos un frío atroz y la comida era repugnante. Ahora acepto el frío como algo natural, y la comida no me preocupa. Sin embargo, cuando no paso frío y alguien me da de comer me siento profundamente agradecido y pienso que sería muy agradable sentarse junto al fuego y salir a cenar todas las noches. Por supuesto que sólo pienso esas cosas en los momentos bajos. También pienso que debe de ser estupendo despertarse cada mañana junto a una persona que te gusta en lugar de pensar: «¿Dios mío, qué sucedió anoche? ¿Cómo me metí en este lío?».

—No es pedir mucho —observó Georges-Jacques.

—Pero cuando al fin consigues algo, acaba por aburrirte. Al menos, eso me han dicho. Yo nunca he conseguido nada, de modo que no lo sé por experiencia.

—Debería tomar una decisión respecto a su futuro, Camille.

—Mi padre quería que regresara a casa en cuanto obtuviera el título, para trabajar en su bufete. Pretenden que me case con mi prima. Siempre nos casamos entre primos, para que el dinero no salga de la familia.

—¿Es eso lo que usted desea?

—Me da lo mismo. En realidad no importa con quién se case uno.

—¿Ah, no? —contestó D'Anton.

—Pero Rose-Fleur tendrá que venir a París. No quiero regresar a Guise.

—¿Cómo es su prima?

—En realidad no lo sé, apenas la conozco. ¿Se refiere a qué aspecto tiene? Es muy guapa.

—¿No desea enamorarse algún día?

—Desde luego. Pero sería una coincidencia que me casara con la mujer a la que amo.

—¿Y sus padres? Hábleme de ellos.

—Últimamente no se dirigen la palabra. En mi familia es una tradición casarse con alguien al que no puede ver ni en pintura. Según dicen, mi primo Antoine, uno de mis primos Fouquier-Tinville, asesinó a su primera mujer.

—¿Y fue condenado?

—Sólo por los chismosos de la familia. No había suficientes pruebas para procesarlo. Además, como es abogado, seguro que las habría manipulado. El asunto disgustó mucho a mi familia, aunque yo siempre he considerado un héroe a mi primo Antoine. Cualquiera que sea capaz de ofender gravemente a los Viefville es para mí un héroe. Otro caso interesante es Antoine Saint-Just; sé que estamos emparentados, pero casi nunca nos vemos porque vive en Noyon. Hace poco huyó con los objetos de plata de la familia, y su madre, que es viuda, consiguió una *lettre de cachet* e hizo que lo encerraran. Cuando salga —tendrán que soltarlo un día u otro— estará tan enojado que jamás se lo perdonará. Es un joven alto, corpulento y engreído, y probablemente en estos momentos esté planeando su venganza. Sólo tiene diecinueve años; cuando cumpla treinta quizá se haya convertido en un consumado delincuente.

—Debería escribirle para darle ánimos.

—Sí, quizá lo haga. Tiene usted razón, no puedo continuar así. Me han publicado una pequeña poesía, nada importante, un comienzo modesto. Escribir es lo que más me gusta. Con mis defectos, es un alivio no tener que hablar. Sólo pretendo vivir discretamente —a ser posible en un sitio donde haga calor— y escribir una obra importante.

D'Anton no le creyó. Pensó que era un pretexto del que Camille se valía de vez en cuando para disimular que era un provocador.

—¿No le gustan las personas respetables? —preguntó.

—Sí, me gusta mi amigo Robespierre, pero apenas nos vemos porque vive en Arras. Y debo reconocer que maître Perrin ha sido muy amable conmigo.

D'Anton lo miró fijamente. No alcanzaba a comprender cómo era capaz de decir: «Debo reconocer que maître Perrin ha sido muy amable conmigo».

—¿No le importa la opinión de la gente?

—Bueno —contestó Camille suavemente—, prefiero que no me odien, pero no por eso modificaré mi conducta.

—Me gustaría saber, a título de curiosidad, si es eso cierto —dijo D'Anton.

—¿Porque teme que en cuanto amanezca me apresuraré a contarle a todo el mundo que he pasado la noche con usted?

—Me han dicho…, entre otras cosas…, que tiene usted relaciones con una mujer casada.

—Es cierto.

—Por lo que veo, lleva usted una vida muy agitada.

Cuando el reloj dio las cuatro, D'Anton estaba convencido de haber averiguado muchas cosas de las que deseaba saber sobre Camille. Lo observó a través de la niebla producida por el alcohol y la fatiga, el clima que predominaría a lo largo de los próximos años.

—No tengo inconveniente en hablarle sobre Annette Duplessis —dijo Camille—, pero la vida es muy corta.

—¿Usted cree? —respondió D'Anton. Jamás había pensado en ello; por el contrario, en ocasiones le parecía que el tiempo transcurría con insoportable lentitud.

En julio de 1786, los Reyes tuvieron una hija.

—Me alegro —dijo Angélique Charpentier—, aunque supongo que el Rey tendrá que regalarle más brillantes para consolarla por haberse engordado.

—¿Cómo sabes que se ha engordado? —preguntó su marido—. No la vemos nunca. Jamás viene a París. Detesta la capital. No se fía de nosotros. Claro que hay que tener en cuenta que no es francesa, que está lejos de su tierra.

—Yo también estoy lejos de mi tierra —respondió Angélique secamente—, y no hundo a mi país en un mar de deudas.

La «deuda», el «gravamen», el «déficit», eran las palabras en boca de todos los

clientes del café mientras trataban de ponerse de acuerdo sobre la cantidad exacta. Sólo unos pocos estaban capacitados para manejar fuertes sumas de dinero, decían, y el señor Calonne, el nuevo ministro de Finanzas, no lo estaba. El señor Calonne era el perfecto cortesano, con sus bocamangas de encaje y agua de lavanda, su bastón con el puño de oro y su afición por las trufas del Périgord. Al igual que el señor Necker, había pedido dinero prestado; pero a diferencia de él, más moderado, el señor Calonne exageraba, seguramente por falta de imaginación y por el deseo de mantener las apariencias.

En agosto de 1786, el ministro de Finanzas presentó al Rey un paquete de reformas para su aprobación. Existía un motivo de peso para tomar dichas medidas: la mitad de las rentas del año próximo ya se habían gastado. Francia es un país rico, informó el señor Calonne a su Soberano; debería producir más de lo que rinde, lo cual, dicho sea de paso, daría mayor gloria y prestigio a la monarquía. Pero Luis dudaba. La gloria y el prestigio son importantes, pero para conseguir que el país rindiera más era preciso realizar algunos cambios, ¿no era cierto?

Desde luego, contestó el ministro, a partir de ahora todo el mundo —nobles, clérigos y plebeyos— debería pagar un impuesto sobre la tierra. El pernicioso sistema de exenciones fiscales debía desaparecer. Era necesario instituir el libre comercio, abolir los aranceles aduaneros internos y, como concesión a los liberales, el nefasto *corvée*. El Rey arrugó el ceño. No era la primera vez que oía esas palabras. Le recordaban al señor Necker, dijo. De no haber estado en aquellos momentos tan confundido, también se habría acordado del señor Turgot.

El caso, dijo, es que aunque él era partidario de esas medidas, los parlamentos jamás las aceptarían.

—Cierto —respondió el señor Calonne. Su Majestad, con su proverbial percepción, había dado en el clavo.

Pero si Su Majestad estaba convencido de que dichas medidas eran necesarias, no debía dejarse intimidar por los parlamentos, sino tomar él mismo la iniciativa.

—Hummm —dijo el Rey, revolviéndose en la silla y mirando por la ventana para ver qué tiempo hacía.

Era preciso convocar una Asamblea de Notables, dijo Calonne. ¿Una qué?, preguntó el Rey. Calonne prosiguió. Los Notables comprenderían de inmediato que el país se hallaba hundido en una crisis económica y apoyarían decididamente las medidas propuestas por el Rey. Era necesario crear un organismo superior a los parlamentos, los cuales deberían acatar las decisiones del mismo. Eso era lo que habría hecho Enrique IV.

El Rey reflexionó unos minutos. Enrique IV había sido un monarca muy sabio y popular, al que Luis pretendía emular.

El Rey hundió el rostro entre las manos. Tal como había expuesto Calonne, parecía una buena idea, pero todos sus ministros tenían la habilidad de hacer que las cosas parecieran más sencillas de lo que eran. Además, la Reina y sus amigos… La

Reina, reveló Luis a Calonne, opinaba que la próxima vez que los parlamentos se opusieran a una decisión del Rey, este debía disolverlos. Los parlamentos de París y todos los provinciales.

Al oír esto, el señor Calonne palideció. Eso sólo provocaría más conflictos, disputas, venganzas y motines:

—Debemos romper ese ciclo, Majestad. Creedme, la situación es muy grave.

Georges-Jacques se presentó ante el señor Charpentier y puso las cartas sobre la mesa.

—Tengo un hijo bastardo —dijo—. Tiene cuatro años. Supongo que debí confesárselo antes.

—¿Por qué? —respondió el señor Charpentier—. Nunca es tarde para recibir una sorpresa agradable.

—Soy un hipócrita —dijo D'Anton—. No sé como he tenido el valor de amonestar al pobre Camille.

—Continúe —dijo el señor Charpentier—. Me tiene usted en ascuas.

La conoció en su primer viaje a París. Ella le dio sus señas y él la visitó unos días más tarde. Siguieron viéndose y… Georges-Jacques estaba seguro de que el señor Charpentier podía imaginar el resto. No, ya no se veían. El niño vivía en el campo, con su nodriza.

—Supongo que usted le propondría matrimonio.

D'Anton asintió.

—¿Y ella se negó?

—Supongo que en el fondo no estaría enamorada de mí —contestó Georges-Jacques.

Le parecía ver a Françoise hecha una furia, gritando que no estaba dispuesta a casarse con un desgraciado, un don nadie, un mujeriego. Antes de que naciera la criatura, Georges-Jacques había pensado en la posibilidad, aunque remota, de que naciera muerta. No es que lo deseara, pero no sería el primer caso.

Pero el niño siguió creciendo, y al cabo de unos meses nació. «Hijo de padre desconocido», puso Françoise en la partida de nacimiento. Françoise había encontrado al fin al hombre con quien deseaba casarse, un tal maître Huet de Paisy, consejero del reino. Maître Huet decidió vender su cargo, y se lo ofreció a D'Anton.

—¿Cuánto pide por él?

D'Anton se lo dijo. Tras recibir el segundo *shock* de la tarde, el señor Charpentier respondió:

—Eso es imposible.

—Es mucho dinero, lo sé, pero así zanjaría el asunto del niño. Maître Huet está dispuesto a reconocer su paternidad.

—Me asombra que la familia de la madre no la obligara a casarse con usted —

respondió el señor Charpentier—. ¿Qué clase de gente son? En cierto sentido, el asunto quedará zanjado, ¿pero qué me dice de sus deudas? No sé cómo conseguirá reunir ese dinero. Tenga —añadió, entregándole un papel—. Eso es cuanto puedo darle. Digamos que se trata de un préstamo, pero en cuanto haya firmado el contrato matrimonial le perdonaré la deuda. Deseo ver a Gabrielle casada, es mi única hija. ¿Cuanto dinero puede aportar su familia? No es mucho —se quejó el señor Charpentier, anotando la cifra—. ¿Cómo conseguiremos lo que falta?

—Tendremos que pedir dinero prestado. Al menos, eso es lo que diría Calonne.

—No veo otra solución.

—Existe otro problema. Françoise se ofreció a prestarme ella misma el dinero. Es muy rica. No hemos entrado en detalles, pero supongo que los intereses serán bastante elevados.

—¡Esa mujer es una zorra! ¿No le entran ganas de estrangularla?

—Sí —respondió D'Anton, sonriendo.

—¿Está seguro de que el niño es hijo suyo?

—Sí. Françoise no se atrevería a mentirme.

—Eso es lo que solemos creer los hombres —contestó Charpentier. No, esa no era la solución. De acuerdo, el niño era hijo suyo—. Es una suma desproporcionada por el mero hecho de haberse acostado con ella hace cinco años.

—Supongo que es comprensible que Françoise pretenda sacarme lo que pueda —contestó D'Anton—. Al fin y al cabo, yo la he deshonrado. Deseo resolver el asunto cuanto antes e iniciar una nueva vida con Gabrielle.

—Pero está usted hipotecando su futuro —dijo el señor Charpentier—. ¿No podría…?

—No, no puedo pelearme con ella. Yo la amaba, es la madre de mi hijo. Sería una canallada.

—Lo comprendo, pero me preocupa usted. ¿Cuándo pretende esa mujer que le entregue el último pago?

—En 1791, el primer día del primer trimestre. ¿Cree usted que debería contárselo a Gabrielle?

—Eso debe decidirlo usted. Espero que a partir de ahora y hasta que se case con mi hija, va a procurar ser más prudente.

—Dispongo de cuatro años para saldar la deuda.

—Puede ganar mucho dinero como consejero del reino, no lo niego. —El señor Charpentier pensó: es joven, inexperto, no puede estar tan seguro de sí mismo como aparenta. Deseaba tranquilizarlo—. Maître Vinot asegura que se avecinan tiempos difíciles, y en esas circunstancias siempre aumentan los pleitos. Es posible que de aquí al año 1791 se produzca algún acontecimiento que haga mejorar su situación.

Dos de marzo de 1787. Aquel día Camille cumplía veintisiete años, y hacía una

semana que nadie lo había visto. Al parecer, se había mudado de nuevo.

La Asamblea de Notables no conseguía ponerse de acuerdo. En el café, todos querían dar su opinión.

—¿Qué es lo que ha dicho el marqués de Lafayette?

—Que el Rey debería convocar a los Estados Generales.

—¡Pero si eso es una reliquia! No se han reunido desde…

—Mil seiscientos catorce.

—Gracias, D'Anton —dijo maître Perrin—. No creo que con eso se resuelvan nuestros problemas. El clero se pondrá a debatir en una cámara, los nobles en otra y el estado llano en otra, y lo que proponga el estado llano será rechazado por los otros dos. Por consiguiente…

—Incluso las instituciones viejas y caducas pueden cambiar un día —terció D'Anton—. No tienen por qué comportarse como hicieron la última vez.

Los otros lo miraron muy serios.

—Lafayette es un hombre joven —observó maître Perrin.

—Debe tener aproximadamente su edad, Georges-Jacques.

Sí, pensó D'Anton, y mientras yo estudiaba los libros de leyes en el despacho de Vinot, él dirigía a los Ejércitos. Yo me he convertido en un picapleitos, y él es el héroe de Francia y América. Mientras él aspira a ser el líder de la nación, yo me limito a ganarme la vida. Y ahora, ese joven de aspecto corriente y vulgar, delgado, rubio, había acaparado la atención de todo el mundo, había propuesto una idea; y D'Anton, que sentía, sin saber por qué, una enorme antipatía hacia él, se veía obligado a defenderlo.

—Los Estados Generales son nuestra única esperanza —dijo—. Eso sí, deben representar de forma justa al estado llano, al tercer estado. Puesto que a la aristocracia le tiene sin cuidado la suerte del Rey, me parece una estupidez que este siga defendiendo sus intereses. Debe convocar los Estados Generales y otorgar un poder real al tercer estado.

—No lo creeré hasta que no lo vea —dijo Charpentier.

—Eso es imposible —afirmó Perrin—. Lo más interesante es la propuesta de Lafayette de investigar el fraude fiscal.

—Y las especulaciones ilícitas —dijo D'Anton—. Los turbios manejos del mercado.

—No deja de asombrarme la vehemencia de quienes no poseen obligaciones y desearían poseerlas —observó Perrin.

En aquel momento el señor Charpentier miró hacia la puerta y sonrió.

—He aquí a un hombre que sin duda nos aclarará las cosas —dijo, estrechando la mano del individuo que acababa de aparecer—. Señor Duplessis, hace tiempo que no le veíamos por aquí. Le presento al novio de mi hija. El señor Duplessis es un viejo amigo mío, trabaja en el Tesoro.

—Desgraciadamente —respondió el señor Duplessis con una sonrisa sepulcral.

Saludó a D'Anton inclinando la cabeza, como si hubiera oído hablar de él. Era un hombre alto, de cincuenta y tantos años, apuesto y bien vestido. Su mirada parecía posarse en un punto indefinido, más acá o más allá de su objetivo, como si ni las mesas de mármol ni las sillas doradas ni sus contertulios se interpusieran en su campo visual.

—De modo que Gabrielle va a casarse. ¿Han decidido ya la fecha de tan grato acontecimiento?

—Sí. En mayo o junio.

—Hay que ver cómo pasa el tiempo.

El señor Duplessis era muy dado a soltar frases hechas y parecía que el sonreír le supusiera un tremendo esfuerzo muscular.

El señor Charpentier le ofreció una taza de café y dijo:

—Lamento lo del marido de su hija.

—Sí, ha sido una desgracia. Mi pobre hija Adèle… Casada y viuda, y no es más que una niña —respondió Duplessis, dirigiendo la mirada sobre el hombro izquierdo del señor Charpentier—. Lucile vive todavía con nosotros. Sólo tiene quince años, o dieciséis, no lo recuerdo exactamente. Es toda una mujercita. Las hijas dan muchos quebraderos de cabeza. Los hijos también, aunque yo no tengo ningún hijo varón. Y no digamos los yernos cuando les da por morirse… Pero usted, maître D'Anton, estoy seguro de que no causará ningún problema a su futuro suegro. Tiene aspecto de ser un joven extremadamente saludable.

¿Cómo puede tener un aire tan digno y decir tantas majaderías? —pensó Georges-Jacques—. ¿Será un defecto de nacimiento, o estará trastornado por el déficit o por problemas domésticos?

—¿Cómo está su esposa? —preguntó el señor Charpentier.

El señor Duplessis reflexionó unos instantes, como si recordara qué cara tenía su mujer, y al fin contestó:

—Más o menos como siempre.

—Me gustaría que usted y su esposa vinieran a cenar un día. Y sus hijas también, por supuesto.

—Se lo agradezco…, pero las tensiones del trabajo… Paso casi toda la semana en Versalles. Sólo vengo a París cuando tengo que hacer alguna gestión… En ocasiones trabajo incluso los fines de semana. —De pronto se giró hacia D'Anton y dijo—: He trabajado en el Tesoro toda mi vida. Ha sido una carrera muy satisfactoria, pero cada día es más dura. Si el abate Terray…

Charpentier reprimió un bostezo. Estaba cansado de oír al señor Duplessis contar su vida y milagros. El abate Terray era su ídolo, su héroe.

—Si el abate Terray hubiera permanecido en el cargo, estaríamos salvados. Todos las soluciones que proponen actualmente, ya se le habían ocurrido a él. —Eso fue cuando Duplessis era más joven, cuando sus hijas eran unas niñas y su trabajo le llenaba y le ofrecía la posibilidad de progresar. Pero los parlamentos se habían

opuesto al abate, acusándole de especular con el grano, e indujeron a las gentes ignorantes a quemar su efigie—. Eso fue antes de que la situación llegara a los extremos a los que ha llegado. Entonces, los problemas se podrían haber solucionado. Sólo saben proponer medidas milagrosas… —El señor Duplessis hizo un gesto como de desesperación. Le preocupaba enormemente la situación del Tesoro; y desde que el abate Terray había abandonado el ministerio, su trabajo se había convertido en una pesada carga.

El señor Charpentier se inclinó hacia adelante para servirle un poco más de café.

—No, debo irme —dijo Duplessis—. Tengo que examinar unos documentos. Vendré a cenar con mi esposa en cuanto haya pasado esta crisis.

El señor Duplessis cogió su sombrero, se despidió con una inclinación y se marchó.

—¿Y cuándo pasará esta crisis? —preguntó Charpentier—. Es difícil preverlo.

Angélique se acercó y dijo:

—Te he visto que sonreías al preguntarle cómo estaba su esposa —dijo—. Y usted —añadió, dirigiéndose a D'Anton y dándole un golpecito en el hombro—, apenas podía contener la risa. ¿De qué estaban hablando?

—De nada importante, querida. Simples cotilleos.

—¿Simples cotilleos? ¿Existe algo más interesante en la vida que los cotilleos?

—Tienen que ver con ese amigo gitano de Georges —dijo el señor Charpentier.

—¿Camille? No te creo. Me tomas el pelo —contestó Angélique, observando las maliciosas sonrisas de los clientes—. ¿Annette Duplessis? ¿Annette Duplessis?

—Escucha atentamente —dijo su marido—. Es muy complicado, es circunstancial, nadie sabe cómo acabará el asunto. A algunos les gusta la ópera; a otros las novelas del señor Fielding. A mí me divierten los cotilleos, y te aseguro que en estos momentos no hay nada más divertido que el que se refiere a lo que pasa en la rue Condé. Para quien conoce los caprichos humanos…

—¡Jesús! —exclamó Angélique—. Cuenta de una vez.

II. *Rue Condé: jueves por la tarde*

(1787)

Annette Duplessis era una mujer de recursos y había decidido resolver aquella misma tarde una situación que había llevado con elegancia durante cuatro años. A mediodía se había levantado viento, y por la casa silbaba una helada corriente que parecía presagiar la crisis que se avecinaba. Annette, pensando en su figura, se bebió un vaso de vinagre de sidra.

Cuando contrajo matrimonio con Claude Duplessis, hacía mucho tiempo, él le llevaba varios años; ahora parecía su padre. ¿Por qué se había casado con él? Era una pregunta que se hacía con frecuencia. La única respuesta que se le ocurría era que de joven había sido una muchacha muy seria, y con el paso de los años se había vuelto más frívola.

Cuando se conocieron, Claude se esforzaba en ascender en el escalafón del secretariado: de secretario a secas a secretario particular, a secretario extraordinario, a secretario *in excelsis*, a secretario-por-encima-de-todos-los-secretarios. Lo que más apreciaba Annette en él era su inteligencia y su dedicación al trabajo. El padre de Claude había sido herrero, y —aunque gozaba de una posición acomodada y desde el nacimiento de su hijo no se había acercado a una fragua— el éxito profesional de Claude le llenaba de orgullo.

Cuando Claude hubo alcanzado una sólida posición y podía pensar en casarse, se sintió inexplicablemente atraído por Annette, una chica de familia acaudalada, muy admirada por los hombres pero totalmente distinta de él. Esa diferencia entre ellos hizo que sus amigos pronosticaran un matrimonio fuera de lo común.

Claude habló poco cuando le propuso matrimonio. Lo suyo eran las cifras, no las palabras. De todos modos, a Annette le fascinaban las emociones fuertes, las que no podían expresarse con palabras. Claude controlaba sus gestos y sus esperanzas, y Annette imaginó que, debajo de ese admirable control, eran muchos los complejos e inseguridades que latían.

Una noche, seis meses más tarde, Annette salió al jardín en camisón, llorando desconsoladamente y exclamando: «¡Qué aburrido eres, Claude!». Todavía recordaba la hierba húmeda y el frío que le calaba los huesos mientras contemplaba las luces de la casa. Se había casado con él para liberarse de la rígida tutela de sus padres, pero estaba cansada de Claude. Al cabo de un rato, sin embargo, al comprender que podía coger una pulmonía si permanecía allí, entró de nuevo en casa, se lavó la cara y se tomó una tisana para tranquilizarse.

Después de este incidente, Claude la trató durante unos meses con cierta reserva. Incluso ahora, cuando estaba indispuesta o de un humor cambiante, su marido sacaba a relucir aquel episodio, explicándole que estaba acostumbrado a vivir con ella, pero que, de joven, su lunático temperamento lo había desconcertado.

Después de nacer las niñas, Annette tuvo una breve relación con un amigo de su marido. Era un abogado fornido, rubio, que ahora vivía en Toulouse. Estaba casado con una mujer gorda y rubicunda, y era padre de cinco hijas que asistían a una escuela de monjas. Annette no había repetido el experimento. Claude no se enteró nunca de su aventura. De haberlo sabido, quizá se hubiera comportado de otra manera, pero como no había sido así, Annette decidió que no merecía la pena intentarlo de nuevo.

Para abreviar —y para analizar un hecho que no debe ser catalogado como una «aventura»— diremos que Camille apareció en su vida cuando acababa de cumplir veintidós años. Stanislas Fréron —la familia de Annette conocía a la de Camille— lo llevó a casa de Annette. Camille aparentaba tener unos diecisiete años. Estudiaba derecho y no empezaría a ejercer de abogado hasta dentro de cuatro años. Una relación entre ellos parecía impensable. Su conversación era una serie de suspiros, pausas y vacilaciones. A veces le temblaban las manos y era incapaz de mirarla a los ojos.

—Es un joven brillante —dijo Stanislas Fréron—. Será muy famoso.

La presencia de Annette parecía aterrorizarlo, pero no impidió que siguiera visitándola.

Un día, Claude lo invitó a cenar junto a otros a los que seleccionó minuciosamente para poder lucirse exponiendo sus previsiones económicas para los próximos cinco años y relatar anécdotas sobre el abate Terray. Camille estaba tenso y silencioso. De vez en cuando rogaba al señor Duplessis que fuera más preciso y le demostrara cómo había llegado a esa cantidad. Claude pidió que le llevaran pluma, tinta y papel; apartó los platos y se puso a escribir. Los otros comensales lo miraron perplejos. Mientras Claude escribía y trataba de explicar su tesis, Camille rebatía sus simplificaciones y le formulaba una pregunta tras otra. Claude cerró los ojos momentáneamente. Las cifras brotaban de su pluma y se dispersaban sobre el papel.

—Querido, ¿no podrías…? —preguntó Annette, inclinándose hacia él.

—Un minuto…

—Si se trata de algo tan complicado…

—Aquí tiene, ¿lo ve?, está clarísimo…

—… hablar de ello más tarde.

Claude agitó el papel y dijo:

—No es más que una vaga aproximación. Pero el ministro tampoco es muy explícito, y eso le dará una idea de la situación.

Camille cogió el papel y lo examinó. Luego alzó los ojos y miró a Annette. Ella se sintió abrumada, desconcertada por la emoción que experimentó en aquellos momentos. Tras unos segundos, apartó los ojos y siguió charlando con los otros invitados, como si buscara consuelo en ellos. Lo que él no comprendía, dijo Camille, probablemente porque era un estúpido, era la relación entre los distintos ministerios y de dónde sacaban los fondos. No, respondió Claude, no era un estúpido. Si lo deseaba, él mismo podía sacarle de dudas.

Claude apartó la silla y se levantó de la mesa ante la atónita mirada de todos los presentes.

—Estoy seguro de que todos aprenderemos muchas cosas —dijo un subsecretario, aunque no parecía muy seguro de ello.

Cuando Claude pasó junto a Annette, esta trató de detenerlo.

—Sólo voy coger el frutero —dijo él.

Acto seguido regresó a su sitio y lo colocó en medio de la mesa. De pronto una naranja se cayó del frutero y empezó a rodar por el mantel. Sin apartar la vista del rostro de Claude, Camille la detuvo con la mano y luego la empujó lentamente hacia Annette, la cual, sonrojándose como una colegiala, la cogió con ternura. Entretanto, su marido se levantó para coger la sopera de una mesa auxiliar y una bandeja de verduras de manos de un sirviente.

—El frutero representa el erario público.

Claude se había convertido en el blanco de todas las miradas. Los invitados enmudecieron.

—Y la sopera representa el Ministerio de Justicia, que es, al mismo tiempo, el Guardasellos.

—Claude… —dijo Annette.

Pero su marido no le hizo caso. Fascinados, los invitados seguían los movimientos de las fuentes y bandejas sobre el mantel. Súbitamente, Claude arrebató la copa de vino al subsecretario, dejándolo con la mano en el aire como si fuera a tocar el arpa. Miró a Claude con enojo, pero este ni siquiera se percató.

—Digamos que este salero es el secretario del ministro.

—No sabía que fuera tan poquita cosa —observó Camille.

—Y estas cucharas son los certificados del Tesoro. Pues bien…

Sí, dijo Camille, pero era preciso clarificar los conceptos, explicarlos detalladamente. Nada más fácil, respondió Claude, moviendo ligeramente la jarra de

agua para rectificar las proporciones.

—Es mejor que una función de títeres —murmuró alguien.

—No me extrañaría que la sopera se pusiera a hablar.

Annette observó horrorizada mientras Camille manipulaba a Claude a su antojo y los invitados presenciaban boquiabiertos la escena, sin poder comerse el postre porque carecían de platos y cubiertos. Estaba convencida de que la noticia correría por toda la ciudad, de un ministerio a otro, llegando incluso a los tribunales de justicia. Rogó a Dios que hiciera algo para detener a Camille, pero fue inútil. Ni un incendio habría conseguido detenerlo.

Entretanto, mientras Annette bebía unos sorbos de vino para dominar sus nervios, los abrasadores ojos de Camille se clavaban en los suyos. Al fin, tras disculparse, Annette se levantó de la mesa y abandonó el comedor. Se dirigió a su cuarto y permaneció diez minutos sentada ante el tocador, abrumada por sus pensamientos. Al mirarse en el espejo se asombró al observar la expresión de sus ojos, como si estuviera sumida en un trance. ¿Cuántos años hacía que Claude y ella no dormían juntos?, pensó, tratando de calcular el déficit de su vida. Claude dice que si esta situación se prolonga hasta 1789, el país se irá al carajo y nosotros también. Annette observa reflejados en el espejo sus grandes ojos azules arrasados en lágrimas, que se apresura a enjugar. Quizá he bebido demasiado, se dice; quizá todos hemos bebido demasiado, excepto ese condenado muchacho a quien jamás perdonaré por haber arruinado la cena y haber puesto en ridículo a Claude. Pero ¿qué hago sosteniendo esta naranja?, se pregunta Annette, contemplando su mano como lady Macbeth. ¡En nuestra propia casa!

Cuando regresó al comedor, la función había terminado. Los invitados comían unas pastas. Claude le dirigió una mirada inquisitiva, como preguntándole donde se había metido. Parecía muy animado. Camille estaba silencioso, exhibiendo una expresión que, de haberse tratado de una de sus hijas, Annette no habría dudado en calificar de tímida. Los demás parecían tensos. Luego se sirvió el café, negro y amargo, como las oportunidades que uno desaprovecha en la vida.

Al día siguiente, Claude comentó a Annette que había sido una velada muy interesante, mucho más que la mayoría de cenas que solían ofrecer, y que le gustaría que volviera a invitar al joven cuyo nombre no recordaba en aquellos momentos. Un muchacho encantador, era una lástima ese tartamudeo que quizá se debiera a su torpeza. Claude deseaba que no se hubiera llevado una mala impresión sobre cómo funcionaban las cosas en el Tesoro.

Qué angustiosa debe ser, pensó Annette, la situación de los imbéciles que saben que son imbéciles; y qué agradable debe ser, en comparación con ellos, la situación de Claude.

La próxima vez que Camille fue a visitarlos, miró a Annette con más discreción. Era como si ambos hubieran acordado no precipitar las cosas. Es interesante, pensó ella, muy interesante.

Dijo a Annette que en realidad no deseaba ser abogado, pero ¿qué iba a hacer? Se sentía atrapado por las condiciones de su beca, y al igual que Voltaire, no deseaba dedicarse a otra profesión que no fuera la de escritor.

—Estoy harta de oír el nombre de Voltaire —contestó Annette—. En el futuro, los escritores serán un lujo. Tendremos que trabajar muy duro, y no dispondremos de tiempo para distraernos con otras cosas. Tendremos que imitar a Claude.

Camille se pasó la mano por el pelo. Era un gesto tonto pero encantador, pensó Annette.

—No lo creo —contestó Camille—. Ni usted tampoco. En el fondo de su corazón, está convencida de que todo seguirá como hasta ahora.

—Usted no sabe lo que oculto en el fondo de mi corazón.

A medida que transcurrían los días, Annette comprendió que aquella situación era absurda. No sólo por la diferencia de edad sino por todo en general. Los amigos de Camille eran unos actores sin trabajo, o bien unos oscuros oficinistas. Tenían hijos ilegítimos, sostenían opiniones subversivas, y cuando la policía los perseguía se marchaban al extranjero. Por otra parte, no sabía nada sobre su vida íntima.

Camille se convirtió en un visitante asiduo. En ocasiones, Claude le invitaba, con otros amigos, a pasar el fin de semana en la casa de campo que tenían en Bourg-la-Reine. Sus hijas, pensó Annette, sentían un gran afecto por él.

Desde hacía dos años, Camille y Annette se veían con mucha frecuencia. Una amiga de Annette, muy mundana y experta en esos asuntos, le dijo que Camille era homosexual. Annette no lo creyó, pero tomó nota de ello para esgrimirlo en defensa propia en caso de que su marido protestara. Pero ¿por qué iba a protestar su marido? Camille era simplemente un joven que iba a visitarlos con frecuencia. No había nada entre ellos.

Un día, Annette le preguntó:

—¿Sabes algo sobre las flores silvestres?

—Un poco.

—Lucile cogió una flor en Bourg-la-Reine y me preguntó qué era. Como no tenía la menor idea, le dije que te lo preguntaría a ti.

Se sentó junto a Camille, sosteniendo un diccionario en el que había guardado la flor junto a la lista de la compra y unas facturas. Abrió el libro con cuidado para que

los papeles no cayeran al suelo, y le mostró la flor. Tras examinarla detenidamente, Camille dijo:

—Creo que se trata de una planta venenosa.

Luego trató de besarla. Sorprendida, Annette se apartó de un salto y el diccionario cayó al suelo. Habría sido muy fácil darle un bofetón, pero eso era una vulgaridad. Siempre había deseado abofetear a alguien, pero hubiera preferido que fuera una persona más robusta. El caso es que, entre una cosa y otra, el momento pasó. Annette se puso en pie.

—Lo lamento —dijo Camille—. Ha sido una indelicadeza.

Temblaba ligeramente.

—¿Cómo se ha atrevido a semejante cosa?

—Porque la deseo, Annette.

—Eso es imposible —respondió ella. A sus pies, junto a una factura del sombrerero, yacían unos versos que le había enviado Camille y que ella había decidido ocultar a Claude. Camille sería incapaz de preguntarle el precio de un sombrero, pensó Annette. Estaba tan turbada que se giró hacia la ventana (aunque hacía un día nublado), mordiéndose el labio para disimular su nerviosismo.

Había pasado un año desde su primer encuentro.

Conversaban sobre teatro, sobre libros y sobre la gente que conocían; aunque casi siempre terminaban hablando de lo mismo: de por qué no quería acostarse con él. Ella respondía lo de costumbre. Él la acusaba de tener unas ideas muy puritanas, de tener miedo de sí misma y de que Dios la castigara.

Ella pensaba (aunque no lo decía) que jamás había conocido a nadie que tuviera tanto miedo de sí mismo como él, y no le faltaban motivos.

Ella le aseguró que no cambiaría de opinión, pero que el debate podía prolongarse indefinidamente. No indefinidamente, contestó Camille, sino hasta que los dos fueran demasiado viejos y ya no les interesara. Los ingleses lo hacen en la Cámara de los Comunes, dijo Camille. Annette lo miró escandalizada. No, no lo que ella imaginaba, pero si alguien propone algo que te disgusta uno puede levantarse y exponer los pros y los contras de la cuestión hasta que la sesión termina. Puede durar años.

—En cierto aspecto —dijo Camille—, puesto que me gusta mucho conversar con usted, sería una forma muy agradable de pasar el tiempo. Pero el caso es que la deseo ahora.

Desde el día en que él intentó besarla, ella se mostraba siempre distante, aunque él no había vuelto a tocarla. Si le rozaba una mano accidentalmente, se apresuraba a disculparse. Es mejor así, decía Camille, teniendo en cuenta los caprichos de la naturaleza humana, que las tardes son muy largas, que las niñas habían ido a visitar a

unas amigas, que las calles estaban desiertas y que en la habitación sólo se oía el tictac del reloj y el latir de sus corazones.

Annette había decidido poner fin a esa no-relación suavemente, sin precipitarse. Era preciso reconocer que tenía sus buenos momentos. Pero Camille se lo había contado a alguien, o un amigo de su marido había advertido algo entre ellos, y todo el mundo lo comentaba. Claude tenía muchos amigos. El asunto era comentado en los vestuarios (sobreseído en el Châtelet pero propuesto en los tribunales civiles como el escándalo del año, en el apartado de los escándalos de la pequeña burguesía); corría de boca en boca en los cafés más elegantes, y en el ministerio todo el mundo hablaba de ello. En la mente de los cotillas no existían las discusiones, las tentaciones, la angustia moral ni los escrúpulos. Ella era una mujer atractiva, un tanto talludita, y se aburría. Él era joven y persistente. ¿Cómo no iban a tener una aventura? ¿Desde cuándo duraba el asunto? ¿Acaso Duplessis no estaba enterado?

Claude puede que sea sordo, mudo y ciego, pero no es un santo ni un mártir. La palabra adulterio es muy fea. Ha llegado el momento de poner fin a esto, pensó Annette; de poner fin a lo que nunca había comenzado.

Recordaba un par de ocasiones en que creyó hallarse de nuevo en estado, antes de que Claude y ella decidieran dormir en habitaciones separadas. Tenía la sensación de estar embarazada, pero luego le vino la regla y comprendió que no lo estaba. Durante un par de semanas había pensado en la criatura, hasta había empezado a quererla. Pero todo había terminado bruscamente. Sin embargo, seguía pensando en la criatura. ¿Tendría los ojos azules? ¿A quién de los dos se habría parecido?

Por fin había llegado el día. Annette estaba sentada ante su tocador mientras su doncella la peinaba.

—Así no —dijo Annette—. Ese peinado no me sienta bien. Me hace vieja.

—¡Ni mucho menos! —contestó horrorizada la doncella—. Nadie diría que tiene más de treinta y ocho años.

—No me gusta aparentar treinta y ocho años —replicó Annette—. Prefiero un número más redondo. Digamos treinta y cinco.

—O cuarenta.

Annette tomó un sorbo de vinagre de sidra e hizo una mueca.

—Ha llegado su amigo —le anunció la doncella.

La lluvia batía con furia sobre la ventana.

En otra habitación, Lucile, la hija de Annette, abrió su nuevo diario, que se hallaba por estrenar. Estaba encuadernado en rojo, tenía un papel blanco satinado y una cinta para señalar la página.

«Anne Lucile Duplessis —escribió. Su caligrafía había cambiado ligeramente—.

El diario de Lucile Duplessis, nacida en 1770, muerta en Volumen III. El año de 1786.

»En este momento de mi vida —siguió escribiendo— pienso en lo que significa ser reina. No la nuestra; otra más trágica. Pienso en María Tudor: “Cuando haya muerto y me abran hallarán Calais escrito en mi corazón”. Si yo, Lucile, muriera y me abrieran, hallarían escrita la palabra “aburrimiento”.

»En realidad prefiero a María Estuardo. Es mi reina favorita. Pienso en su resplandeciente belleza entre aquellos bárbaros escoceses. Pienso en los muros de Fotheringay, opresivos como una tumba. Es una lástima que no muriera joven. Es preferible que las personas mueran jóvenes, así se conservan radiantes y no engordan ni enferman de reumatismo».

Lucile dejó una línea en blanco. Tras una pausa, continuó escribiendo:

«Pasó su última noche escribiendo cartas. Envió un brillante a Mendoza, y otro al rey de España. Cuando hubo terminado de escribir las cartas y las hubo sellado, permaneció sentada, con los ojos abiertos, mientras sus servidoras rezaban.

»A las ocho fue a buscarla el capitán preboste. Al despedirse, María leyó con voz serena las oraciones de los moribundos. Sus servidores se arrodillaron cuando entró en el gran salón, vestida de negro, con un crucifijo de marfil en su marfileña mano.

»Trescientas personas habían acudido para presenciar su ejecución. María entró por una pequeña puerta lateral, compuesta y serena. El patíbulo estaba cubierto con un paño negro. Habían colocado un cojín negro para que se arrodillara sobre él. Pero cuando sus servidores le quitaron la capa negra, comprobaron que llevaba un vestido escarlata. El color de la sangre».

Lucile dejó la pluma. Empezó a pensar en sinónimos. Bermellón. Cereza. Encarnado. Se le ocurrían frases como al rojo vivo, al rojo blanco.

Cogió la pluma de nuevo y escribió:

«¿En qué debía pensar mientras apoyaba la cabeza sobre el tajo? ¿Mientras aguardaba a que el verdugo se colocara junto a ella? Pasaron unos segundos, que debieron parecerle años.

»El primer hachazo abrió una profunda herida en la cabeza de la Reina. El segundo no consiguió separar la cabeza del tronco pero dejó el suelo manchado de sangre. El tercer hachazo hizo rodar su cabeza por el patíbulo. El verdugo la cogió y la sostuvo en alto para que la vieran todos los presentes. Los labios de María aún se movían, y siguieron moviéndose durante un cuarto de hora.

»Aunque ignoro quién calculó el tiempo que tardó en morir la desdichada Reina».

En aquel momento entró su hermana Adèle.

—¿Estás escribiendo tu diario? —le preguntó—. ¿Me dejas que lo lea?

—Sí; pero no te dejo que lo leas.

—Oh, Lucile —respondió su hermana, riendo.

Adèle se sentó en una silla. Lucile la miró, tratando de concentrarse en el presente. Se está abandonando, pensó Lucile. Si yo fuera una mujer casada, aunque fuese por poco tiempo, no pasaría las tardes en casa de mis padres.

—Me siento sola —dijo Adèle—. Estoy aburrida. No puedo ir a ningún sitio porque hace poco que he enviudado y aún estoy de luto.

—Esto es muy aburrido —observó Lucile.

—Aquí todo sigue como de costumbre, ¿no es cierto?

—Excepto que Claude casi nunca está en casa. Lo cual da a Annette más oportunidad de verse con su amigo.

Tenían la impertinente costumbre, cuando estaban solas, de referirse a sus padres por su nombre de pila.

—¿Y cómo está su amigo? —inquirió Adèle—. ¿Todavía te ayuda con el latín?

—He dejado el latín.

—Qué lástima. Ya no tienes una excusa para reunirte con él.

—Te odio, Adèle.

—No me extraña —respondió su hermana sonriendo—. Soy mucho más madura que tú. Mi marido me dejó una fortuna. Y soy más inteligente y más culta que tú. Cuando me quite el luto voy a divertirme por todo lo alto, mientras tú languidecerás pensando en ese hombre.

—No es cierto —replicó Lucile.

—¿No sospecha Claude lo que se cuece aquí entre Annette y su amigo y su amigo y tú?

—No se cuece nada. No sucede absolutamente nada.

—Quizá no en el sentido más crudo de la palabra —respondió Adèle—. Pero estoy segura de que Annette acabará sucumbiendo, aunque sea por cansancio. Y tú… tenías doce años cuando lo viste por primera vez. Los ojos te hacían chiribitas.

—¡No es cierto!

—Es exactamente el tipo de hombre que deseas —dijo Adèle—, aunque no creo que María Estuardo se hubiera enamorado de él.

—Nunca me mira —contestó Lucile—. Cree que soy una niña. Ni siquiera se da cuenta de que existo.

—Te equivocas —dijo Adèle. Luego señaló las puertas del salón y añadió—: Anda, asómate y cuéntame lo que sucede.

—No puedo entrar ahí.

—¿Por qué? Si sólo están charlando no creo que se enfaden. Y si no… eso es precisamente lo que queremos averiguar, ¿no es cierto?

—¿Por qué no entras tú?

Adèle miró a su hermana como si estuviera loca.

—Porque tú tienes un aire más inocente que yo.

Lucile comprendió que su hermana tenía razón. Adèle la observó dirigirse hacia el salón, caminando sigilosamente con sus escarpines de raso. De pronto imaginó el

extraño rostro de Camille. Si ese hombre no nos lleva a la perdición, pensó, romperé mi bola de cristal y me dedicaré a hacer punto.

Camille llegó puntualmente a las dos. Annette le preguntó, en tono ofensivo, si no tenía nada mejor que hacer con sus tardes. Camille creyó que no merecía la pena responder a esa pregunta, pero presintió por dónde iban los tiros.

Annette había decidido emplear a fondo un aspecto de sí misma que sus amigos denominaban una «mujer espléndida», que consistía en pasearse por la habitación con porte digno y sonreír despectivamente.

—Existen ciertas normas y tú te niegas a observarlas —dijo—. Sé que le has contado a alguien lo nuestro.

—Pero si no hay nada que contar —respondió Camille, jugueteando con un mechón de pelo.

—Claude lo descubrirá.

—Pero si no hay nada que descubrir —insistió Camille—. A propósito, ¿cómo está Claude?

—Enojado —contestó Annette distraídamente—. Muy enojado. Ha invertido mucho dinero en la planta de agua potable de los hermanos Périer, pero el conde de Mirabeau ha redactado un panfleto contra dicho proyecto y las acciones han bajado.

—Sin duda lo ha hecho por el bien de la gente. Admiro mucho a Mirabeau.

—No me extraña. Si un hombre es un canalla, un inmoral… No me distraigas, Camille.

—Creí que deseabas que te distrajera.

Annette trataba de mantener las distancias, situándose de vez en cuando detrás de una mesa.

—Esto tiene que terminar —dijo con firmeza—. No quiero que sigas viniendo. La gente empieza a murmurar. Estoy harta de que hagan presunciones. ¿Qué te hizo creer que iba a renunciar a la seguridad de mi matrimonio por una sórdida relación contigo?

—No lo sé.

—¿Crees que estoy enamorada de ti? ¡No seas fatuo!

—Huyamos, Annette. Esta noche.

Ella estuvo a punto de acceder.

Camille se levantó, como si fuera a sugerirle que empezara a hacer el equipaje. Annette dejó de pasearse por la habitación y se detuvo frente a él. Lo miró fijamente y apoyó una mano en su hombro.

Él la sujetó por las muñecas y se acercó a ella. Sus cuerpos se tocaron. El corazón de Camille latía aceleradamente. Annette temió que fuera a darle un síncope. Lo miró unos instantes a los ojos, y después sus labios se rozaron. Al cabo de unos segundos, Annette hundió los dedos en el cabello de su enamorado y lo atrajo hacia ella.

De pronto oyeron un grito a sus espaldas.

—¡De modo que es cierto! —exclamó Lucile—. En el sentido más crudo de la palabra, tal como dice Adèle.

Annette se separó bruscamente de Camille y se giró, pálida. Camille miró a Lucile con más interés que asombro, sonrojándose levemente. Lucile permanecía inmóvil, anonadada.

—No hay nada de censurable en ello —dijo Camille—. ¿De veras piensas eso? Es muy triste.

Lucile dio media vuelta y salió precipitadamente de la habitación. Annette lanzó un suspiro de alivio. Dios sabe lo que hubiera sucedido si la escena se hubiera prolongado. Me estoy comportando como una estúpida, pensó.

—Vete de mi casa, Camille —le ordenó—. Si vuelves a acercarte a mí, haré que te arresten.

Camille la miró asustado. Luego retrocedió lentamente, como si se despidiera de la Reina. Annette deseaba gritarle: «¿En qué piensas ahora?». Pero estaba tan asustada como él.

—¿Es esta tu última locura? —preguntó D'Anton a Camille—. ¿O piensas cometer alguna más?

De algún modo —sin saber cómo—, D'Anton se ha convertido en el confidente de Camille. Lo que este acaba de contarle es absurdo, peligroso y depravado.

—Pero tú me dijiste que cuando pretendías conquistar a Gabrielle cultivaste la amistad de su madre —protestó Camille—. Todo el mundo lo vio. Le hablabas en italiano y le dirigías fogosas miradas.

—Sí, pero eso es lo que hace todo el mundo. Es un juego inofensivo, necesario, socialmente aceptado. No tiene nada que ver con lo que tú pretendes. Conquistar a la hija para seducir a la madre.

—Creo que sería mejor que me casara con la hija —contestó Camille—. Sería más permanente. Pasaría a formar parte de la familia. Si me convierto en su yerno, Annette no podrá hacer que me arresten.

Al día siguiente, Lucile recibió una carta. Nunca averiguó cómo llegó hasta allí; se la trajeron de la cocina. Debieron entregársela a uno de los criados. Lo lógico es que se la hubieran entregado directamente a la señora, pero tenían una nueva sirvienta que era una ignorante.

Cuando hubo leído la carta se quedó perpleja. Luego volvió a leerla, la dobló y la guardó entre las páginas de un volumen de poesías pastoriles. Seguidamente la sacó y la colocó entre las *Cartas persas* de Montesquieu. Era tan extraña que parecía proceder de Persia.

Tan pronto como hubo colocado el libro en la estantería, deseó tener de nuevo entre sus manos la carta, sentir el tacto del papel, contemplar su letra… Camille escribe maravillosamente, pensó. La carta contenía unas frases que la habían dejado sin aliento. Unas palabras que parecían tener alas. Unos párrafos luminosos. Cada palabra parecía estar suspendida de un hilo, parecía refulgir como un brillante.

Dios mío, pensó Lucile, recordando con vergüenza sus diarios. Y yo creía que dominaba la prosa…

Trataba de no pensar en el contenido de la carta. No creía que fuera dirigida a ella, aunque todo parecía indicar que ella era la destinataria.

En efecto, era ella —su alma, su rostro, su cuerpo— quien había inspirado esa prosa. Uno no puede examinar su alma para comprobar si realmente es tan admirable; incluso le resultaba difícil ver su cuerpo y su rostro. Los espejos de la casa estaban colgados demasiado altos, probablemente por orden de su padre, de modo que sólo alcanzaba a verse la cabeza, lo cual le producía un extraño efecto. Tenía que ponerse de puntillas para ver un trozo de su cuello. Sin duda había sido muy bonita de niña, al igual que su hermana Adèle. El año pasado se había producido un cambio espectacular.

Sabía que para muchas mujeres la belleza era una cuestión de esfuerzo, un gran ejercicio de paciencia y habilidad. Requería astucia y dedicación, una singular honradez y una total ausencia de vanidad. Así, aunque no fuera precisamente una virtud, podría decirse que era un mérito.

Pero Lucile no podía atribuirse ese mérito.

A veces le irritaba su belleza, del mismo modo que a algunos les irrita ser perezosos o morderse las uñas. Hubiera querido tener que esforzarse en aparecer bella, pero no era necesario. Temía que la gente la juzgara por algo que ella no podía remediar. Un día oyó decir a una amiga de su madre: «Las muchachas que tienen ese aspecto a su edad, cuando cumplen veinticinco años no valen nada». Lo cierto es que Lucile no puede imaginar qué aspecto tendrá a los veinticinco años. En estos momentos tiene dieciséis, y la belleza es tan definitiva como una señal de nacimiento.

Dado que tenía la tez muy pálida, como si viviera en una torre de marfil, Annette la había convencido de que se empolvara su negro cabello y se lo sujetara con cintas y flores para realzar sus hermosos pómulos. En el fondo, Annette deseaba contemplar en su hija su propio rostro de muñeca. Más de una vez, Lucile había imaginado que era una de las muñecas de porcelana que tenía su madre de niña, vestida de seda y colocada en una estantería; una muñeca demasiado frágil y valiosa para dejar que otros niños jugaran con ella.

En general, la vida era muy aburrida. Lucile recordaba cuando, tiempo atrás, su mayor diversión consistía en ir de gira, hacer una excursión al campo o pasearse una tarde en barca por el río. Un día sin clases, cuando se rompía la monotonía y hasta olvidaba qué día de la semana era. Los domingos por la mañana se levantaba temprano para mirar el cielo y comprobar qué tiempo hacía. Había ciertas horas en

que pensaba: «La vida es realmente así». Suponía que la felicidad consistía en eso, y era cierto. Luego regresaba por la tarde, cansada, y las cosas seguían como siempre. Se decía: «La semana pasada, cuando fui al campo, me sentí feliz».

Ahora ya no le hacían ilusión esas excursiones domingueras; el río siempre tenía el mismo aspecto, y si llovía y tenía que quedarse en casa, ello no constituía un desastre. Después de su infancia (cuando se dijo: «mi infancia ha terminado»), los sucesos que acaecían en su mente eran infinitamente más interesantes que lo que pudiera suceder en casa de los Duplessis. Cuando le fallaba la imaginación, se paseaba por las habitaciones, triste y desanimada, pensando en cosas negativas. Se alegraba cuando llegaba la hora de meterse en la cama y le costaba levantarse por las mañanas. La vida le parecía tan insoportablemente vacía y monótona que ni siquiera tenía ganas de escribir en su diario.

Ni coger la pluma: Anne Lucile Philippa, Anne Lucile. Me fastidia hacer esto, me fastidia que una joven con tu educación y tu refinamiento no tenga nada mejor que hacer —tocar el piano, bordar, ir a dar un paseo—, que desear estar muerta, alimentar esas morbosas fantasías, esos siniestros pensamientos, esas imágenes de horcas, cuchillos, y el amante de tu madre con ese aire que tiene de medio muerto y sus labios gruesos y sensuales. Anne Lucile. Anne Lucile Duplessis. Se miró en el espejo y sonrió; luego inclinó la cabeza hacia atrás, mostrando el largo y pálido cuello que según su madre destrozaría el corazón de sus admiradores.

El día anterior, Adèle había sacado el tema. Luego, Lucile había entrado en el salón y había visto a su madre introducir la lengua entre los dientes de su amante, hundir los dedos en su cabello y acariciar sus delgadas y elegantes manos. Lucile recordaba las manos de Camille, recorriendo el papel con su índice, acariciando su letra, diciendo, Lucile, preciosa, esto debería figurar en ablativo, y me temo que Julio César jamás imaginó las cosas que sugiere tu traducción.

Hoy, el amante de su madre le había propuesto matrimonio. Cuando algo —un hecho maravilloso, extraordinario— nos arranca de la monotonía, debemos sentirnos muy afortunados.

Claude:

—He dicho mi última palabra sobre esa cuestión. Confío en que ese joven tenga la sensatez de aceptarla. No sé lo que le impulsó a proponerle semejante cosa. ¿Acaso lo sabes tú, Annette? Hace un tiempo, quizá lo habría aceptado. Reconozco que cuando lo conocí me pareció un muchacho muy inteligente, ¿pero de qué sirve la inteligencia si uno es un canalla, un desequilibrado? Tiene una reputación terrible… No, no y no. Me opongo terminantemente.

—Lo suponía —contestó Annette.

—Francamente, no alcanzo a comprender… No salgo de mi gran asombro.

—Yo tampoco.

Claude había pensado en enviar a Lucile a casa de unos parientes. Pero temía que la gente empezara a murmurar, que creyeran que su hija había hecho algo que no debía hacer.

—¿Y si…?

—Sigue —dijo Annette, impaciente.

—¿Y si la presentara a unos jóvenes inteligentes y educados?

—Es demasiado joven para casarse. Y muy vanidosa. Pero haz lo que creas conveniente, Claude. A fin de cuentas, eres su padre.

Después de tomarse una copa de coñac, Annette mandó llamar a su hija.

—La carta —dijo, chasqueando los dedos.

—No la llevo encima.

—¿Dónde la has guardado?

—En las *Cartas persas*.

—¿Por qué no la guardas en mi ejemplar de *Las relaciones peligrosas*? —preguntó Annette, sonriendo despectivamente.

—No sabía que tuvieras ese libro. ¿Puedo leerlo?

—No. Quizá siga los consejos que da el autor en el prólogo y te regale un ejemplar el día de tu boda. Cuando tu padre y yo encontremos un marido adecuado para ti, dentro de un tiempo.

Lucile no contestó. Qué bien disimula, pensó —con ayuda de una copita de coñac— el golpe que ha recibido. Casi sentía deseos de felicitarla.

—Fue a ver a tu padre —dijo Annette—. Le dijo que te había escrito. No volverás a verlo. Si te escribe otras cartas, debes entregármelas.

—¿Acepta la situación?

—Eso no importa.

—¿No se le ocurrió a papá que debía consultarme?

—¿Por qué iba a hacerlo? Eres una niña.

—Creo que debería hablar con papá y contarle ciertas cosas.

—Quieres hacerme daño, ¿no es cierto? —dijo Annette, sonriendo con tristeza.

—Es lo que te mereces —contestó Lucile. Sentía un nudo en la garganta que apenas le permitía hablar—. Necesito tiempo para reflexionar. Es lo único que pido.

—Yo te pido a cambio que seas discreta. ¿Qué es lo que crees que sabes, Lucile?

—Nunca he visto a papá besarte de esa forma. Jamás había visto a nadie besar a alguien de esa forma. Supongo que te habrá alegrado la semana.

—A ti también te la ha alegrado —respondió Annette, levantándose de la silla. Luego se puso a arreglar unas flores que había en un florero—. Debimos enviarte a un convento. Aún podemos hacerlo.

—Más pronto o más tarde tendréis que dejarme salir.

—Sí, pero entretanto no tendrás ocasión de espiar a la gente y practicar el arte de

la manipulación —contestó Annette—. Supongo que hasta que entraste en el salón pensabas que yo era una mujer inteligente y sofisticada, incapaz de cometer una imprudencia.

—No. Hasta que entré en el salón pensé que llevabas una vida de lo más monótona y aburrida.

—Quisiera pedirte que olvides lo ocurrido durante los últimos días —dijo Annette, girándose para mirar a su hija—. Pero no lo harás, porque eres testaruda y vanidosa y quieres aprovecharte de la situación.

—No te estaba espiando —replicó Annette—. Fue Adèle quien me sugirió que entrara. ¿Qué pasaría si aceptara casarme con él?

—Eso es impensable —contestó su madre.

—No creas. El cerebro humano es extraordinario.

Lucile se inclinó para coger una rosa que se le había caído a su madre de las manos. Se chupó una gota de sangre en el dedo y pensó: «Puede que lo haga, y puede que no». En cualquier caso, recibirá más cartas. No volverá a utilizar el tomo de Montesquieu para ocultarlas sino las disertaciones de Mably de 1768: *Dudas sobre el orden natural de las sociedades*. Las cuales, de pronto, le parecen enormes.

III. *Maximilien: vida y obra*

(1787)

Mercure de France, junio de 1783: «El señor Robespierre, un joven letrado de gran valía, ha empleado en esta cuestión —que redunda en bien de las artes y las ciencias— una elocuencia y una sagacidad que confirman su talento».

«Observo en este ramo que me ofreces
Las espinas de las rosas…».

MAXIMILIEN DE ROBESPIERRE, *Poesías*.

El recorte estaba sucio y arrugado de tanto manosearlo. Se lo sabía ya de memoria, pero si se limitaba a repetirlo, era como si se lo hubiera inventado. En cambio, cuando lo leía, cuando sostenía el recorte de papel en la mano, era evidente que se trataba de la opinión de otra persona, de un periodista parisién. Este era un hecho absolutamente innegable.

Había un largo informe sobre el caso. Era, por supuesto, una cuestión de interés público. Todo había empezado cuando un tal señor De Vissery, de Saint-Omer, había adquirido un pararrayos y lo había instalado en el tejado de su casa, observado por un grupo de ignorantes. Una vez terminado el trabajo, estos se habían dirigido al Ayuntamiento para quejarse de que el artilugio atraía a los rayos. ¿Por qué había de querer el señor de Vissery atraer a los rayos? Pues, porque estaba aliado con el demonio.

Así pues, el señor De Vissery había consultado a maître Buissart, un destacado letrado de Arras, un hombre muy aficionado a las ciencias. Por aquel entonces, Maximilien era amigo de Buissart. Su colega se había tomado el caso muy a pecho.

—Se trata de defender un principio —dijo—. Ciertas personas pretenden

obstaculizar el progreso, impedir la difusión de los beneficios de la ciencia, y nosotros no podemos permitirlo. ¿Estás dispuesto a ayudarme? Podrías escribir unas cartas. ¿Crees que deberíamos escribir a Benjamín Franklin?

Les llovieron sugerencias, consejos y comentarios científicos. Había papeles por toda la casa.

—Ese Marat —dijo Buissart— ha sido muy amable al querer ayudarnos, pero no podemos utilizar sus hipótesis. Al parecer tiene mala fama entre los científicos de la Academia.

Cuando el caso fue presentado ante el concejo de Arras, Buissart dejó que Robespierre lo expusiera. Buissart no había tenido en cuenta el esfuerzo intelectual que ese caso supondría para él. Su colega, en cambio, no parecía acusar la menor fatiga, sin duda por su juventud.

Más tarde, los vencedores celebraron una fiesta. Recibieron numerosas cartas de felicitación pues el caso había despertado una gran curiosidad. Maximilien conservó todos los documentos, la voluminosa evidencia del doctor Marat y su discurso final, con unas notas de última hora en el margen. Durante varios meses, cuando sus tías recibían una visita, sacaban el periódico y decían: «¿Has leído el artículo sobre el pararrayos? Dicen que Maximilien estuvo espléndido».

Max tiene un carácter sosegado y es muy fácil convivir con él. Es alto y delgado, con unos grandes ojos verdeazulados. Tiene la tez pálida, y su boca expresa un agudo sentido del humor. Viste bien y la ropa le sienta perfectamente. Tiene el pelo castaño y lo lleva siempre peinado y empolvado. Hace un tiempo no podía permitirse el lujo de mantener las apariencias, pero ahora su único lujo son las apariencias.

Es un hombre muy organizado. Se levanta a las seis y trabaja hasta las ocho. A las ocho acude el barbero. Seguidamente toma un desayuno ligero consistente en un par de rebanadas de pan y una taza de leche. A las diez se dirige a los tribunales. Después de la audiencia, regresa a casa apresuradamente, sin detenerse a charlar con sus colegas. Come un poco de fruta, bebe una taza de café y un poco de vino tinto muy diluido. Maximilien no se explica cómo sus colegas, después de pasar la mañana peleándose ante el tribunal, son capaces de conversar animadamente durante un buen rato antes de regresar a casa y beberse varios vasos de vino y engullir un enorme pedazo de carne.

Después de comer sale a dar un paseo, tanto si hace buen tiempo como si llueve, porque al perro, Brount, no le importa el tiempo que hace y se pone muy pesado si no lo saca. Brount conduce a Maximilien a través de las calles, los campos y el bosque. Cuando regresan a casa presentan un aspecto algo menos respetable que al salir.

—Ese perro me va a dejar el suelo lleno de barro —se queja su hermana Charlotte.

Brount se tumba junto a la puerta de la habitación de Maximilien. Este cierra la puerta y se sienta a trabajar hasta las siete o las ocho, o más tarde si al día siguiente tiene un caso complicado. Luego recoge sus papeles e intenta escribir una poesía para

presentarla durante la próxima reunión de la sociedad literaria. En realidad no se trata de poesías sino de unas obritas sin importancia. Algunas, como la «Oda a los pastelitos de mermelada», son menos serias que otras.

Es muy aficionado a la lectura, y una vez a la semana asiste a la reunión de la Academia de Arras. El propósito de estas reuniones es hablar de historia y literatura, y comentar asuntos científicos y temas de actualidad. Además de eso, se dedican a cotillear, a concertar matrimonios y a provocar pequeñas disputas.

Algunas tardes se dedica a escribir cartas o a repasar las cuentas con Charlotte. Una vez a la semana visita a sus tías, que ahora viven en casas separadas, lo cual representa dos visitas.

Cuando regresó a Arras, con su flamante título de abogado y sus moderadas esperanzas, comprobó que las cosas habían cambiado mucho. En 1776, el año que estalló la guerra norteamericana, la tía Eulalie anunció, ante el asombro general, que iba a casarse. Eso demuestra que no hay que perder las esperanzas, dijeron las solteronas de la parroquia. La tía Henriette afirmó que la tía Eulalie había perdido el juicio. Robert Deshorties era un joven viudo cargado de hijos, incluyendo a una hija llamada Anaïs. Al cabo de seis meses, sin embargo, la tía Henriette empezó a dar muestras de haberse enamorado, y un año más tarde contrajo matrimonio con Gabriel de Rut, un hombre tosco y ruidoso, de cincuenta y tres años. Maximilien se alegró de hallarse en París y no poder asistir a la boda.

Su hermana Henriette no llegó a casarse. Siempre había sido una muchacha delicada. Respiraba con dificultad, no tenía apetito, era tímida y apocada, y sólo le interesaba la lectura. Una mañana —le comunicaron la noticia por carta, con una semana de retraso— la encontraron muerta, con la almohada empapada en sangre. Había sufrido una hemorragia cuando las tías jugaban a las cartas con Charlotte; mientras cenaban, su corazón se había detenido. Tenía diecinueve años. Maximilien la quería mucho y confiaba en que llegaran a ser amigos.

Dos años después de los sorprendentes matrimonios de sus tías falleció el abuelo Carraut. Dejó la fábrica de cerveza al tío Augustin Carraut, y un poco de dinero a cada uno de sus nietos, Maximilien, Charlotte y Augustin.

Gracias al abate, el joven Augustin había conseguido también matricularse en la escuela Louis-le-Grand. Era un muchacho agradable y cortés, aplicado pero no extraordinariamente inteligente. Maximilien temía que no progresara en sus estudios. Siempre había pensado que para una persona de su posición social lo más importante era la inteligencia. Suponía que Augustin también había tenido ocasión de comprobarlo.

Cuando regresó a Arras se instaló en casa de la tía Henriette y de su tosco marido, el cual, antes de que hubiera transcurrido una semana, le recordó que les debía dinero. Para ser exactos, era su padre François quien debía dinero a la tía Henriette, a la tía Eulalie y a los herederos del abuelo Carraut. Tuvo que utilizar el legado que le había dejado su abuelo para saldar las deudas de su padre. ¿Por qué le hacían eso? Era una

canallada. Podían haberle dado un margen de un año, hasta que hubiera ganado algo de dinero. El caso es que pagó lo que su padre les debía y se marchó, para no causar problemas a la tía Henriette.

De haber sido ellos quienes le debieran dinero, no les hubiera exigido que se lo devolvieran inmediatamente. Para colmo, siempre estaban hablando de François, que si tu padre era de esa manera, que si a tu edad ya había conseguido labrarse un porvenir… Yo no soy mi padre, pensaba Maximilien indignado. Al cabo de un tiempo Augustin regresó a casa, hecho un hombre. Era indiscreto, vividor y le gustaba perseguir a las mujeres, aunque no tenía éxito.

—Es igual que su padre —decían las tías con admiración.

Cuando Charlotte dejó el convento donde estudiaba se instalaron en la rue des Rapporteurs. Maximilien trabajaba, Augustin se dedicaba a divertirse y Charlotte se ocupaba de la casa y criticaba a los dos.

Durante sus vacaciones escolares, Maximilien cumplía siempre con las visitas de rigor. Iba a ver al obispo, al abate y a los maestros de su primera escuela, para contarles sus progresos en el Louis-le-Grand. No lo hacía porque le encantara su compañía, sino porque sabía que más tarde necesitaría su ayuda. Así pues, cuando regresó de París pasó a formar parte del cuerpo de abogados del municipio de Arras y todo el mundo se portó muy amablemente con él. Porque, claro está, Maximilien no era su padre; no bebía, ofrecía siempre un aspecto impecable y era meticuloso. Era un orgullo para Arras, para el abate y para sus respetables tías que lo habían criado.

Le fastidiaba que ese impresentable de Rut no cerrara la boca de una vez… Había ciertas conversaciones, ciertas alusiones, ciertos pensamientos que le producían náuseas. Se sentía como si hubiera cometido un delito. A fin de cuentas, no era un delincuente, sino un juez.

Durante el primer año se ocupó de quince casos, una cifra superior a la media. Por regla general, preparaba los papeles con una semana de antelación, pero la víspera de la vista trabajaba hasta medianoche, hasta el amanecer si era necesario. Olvidaba todo lo que había hecho hasta entonces, dejaba sus papeles a un lado y repasaba todos los hechos desde el principio. Tenía un cerebro como la caja fuerte de un usurero: una vez que almacenaba en él un dato, no salía de allí. Sabía que intimidaba a sus colegas, pero qué iba a hacer. ¿Acaso pensaban que era incapaz de llegar a ser un excelente abogado?

Solía aconsejar a sus clientes que procuraran llegar a un acuerdo con la parte contraria fuera de los tribunales. Eso no le reportaba muchos beneficios ni a él ni a su oponente, pero sus clientes se ahorraban tiempo y dinero.

—Otros no son tan escrupulosos como tú —le decía Augustin.

Al cabo de cuatro meses fue nombrado juez. Era un honor, sin duda, pero Maximilien sospechaba que su nombramiento se debía a motivos turbios. Durante las

primeras semanas comprobó que las cosas no funcionaban, y no vaciló en decirlo. El señor Liborel, que había apoyado su designación como miembro del cuerpo de abogados del municipio de Arras, opinaba que Maximilien había cometido ciertas meteduras de pata.

—Por supuesto —dijo Liborel—, estamos de acuerdo en que es necesario implantar algunas reformas, pero no conviene precipitarse.

Maximilien no pretendía molestar a nadie, pero lo cierto es que había conseguido que todos estuvieran enojados con él. No sabía por tanto si su cargo judicial se debía a sus méritos personales o si se trataba de una especie de soborno, de un ardid para manipularlo, o bien de un premio, de un favor, de una compensación… ¿una compensación por un daño que todavía no se había perpetrado?

Al fin llegó el día en que debía presidir un caso. Permaneció en vela toda la noche, con los postigos abiertos, contemplando las estrellas en el cielo. Alguien había dejado una bandeja entre sus papeles. Se levantó y cerró la puerta. Ni siquiera probó la comida. Se quedó observando la piel de una manzana, como si esperara verla pudrirse ante sus ojos.

Podrías morir como tu madre, discretamente. Recordaba perfectamente su rostro mientras yacía apoyada sobre las almohadas, esperando que la descuartizaran; también recordaba que una de las criadas le había dicho que iban a quemar las sábanas. O podrías morir como Henriette, solo, desangrándote, incapaz de pedir auxilio, paralizado de terror, mientras tu familia cena tranquilamente. O morir como el abuelo Carraut, viejo y decrépito, desmemoriado, preocupado por la herencia, charlando con el director de la fábrica sobre la edad de la madera de las barricas; echando en cara unos errores cometidos treinta años antes, o maldiciendo a su hija muerta por haberse quedado encinta. No era culpa del abuelo sino de su avanzada edad. Pero Maximilien no podía imaginar que un día se haría viejo.

¿Y si moría ahorcado? No quería ni pensar en ello. La muerte de un vulgar criminal podía durar media hora.

Luego trató de rezar, utilizando un rosario para no distraerse. Pero le recordaba una soga, y lo dejó caer suavemente al suelo. Siguió recitando: «*Pater noster, qui es in coeli*, *Ave Maria, Ave Maria*», para acabar con «*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, Amen*». Las pías sílabas formaban unas palabras sin sentido. ¿Pero qué es el sentido? Dios no iba a decirle lo que debía hacer. Dios no iba a ayudarle. Maximilien no cree en ese tipo de Dios. No es que sea ateo, simplemente es una persona adulta.

Había amanecido. Maximilien oyó el sonido de unas ruedas, el crujido de los arneses y el relincho del caballo que tira de un carro cargado con verduras para los que aún estén vivos a la hora de comer. Unos sacerdotes se disponían a celebrar misa. Sus hermanos se habían levantado, se habían lavado, habían puesto agua a hervir y habían encendido la lumbre. En el Louis-le-Grand, ya estaría sentado en clase. ¿Qué

habría sido de sus compañeros? ¿Qué habría sido de Louis Suleau? Probablemente seguiría siendo tan impertinente y sarcástico como de niño. ¿Y Fréron? Sin duda gozaría de un elevado puesto en sociedad. Camille estaría todavía dormido, sin saber que había condenado su alma.

Brount se puso a gemir junto a la puerta. Al cabo de unos segundos oyó a Charlotte llamar al perro, y este se alejó de mala gana.

Maximilien abrió la puerta al barbero. Al ver la cara de su amable cliente, decidió permanecer con la boca cerrada. Al cabo de un rato el reloj dio las diez.

Maximilien decidió no presentarse. Tras aguardar diez minutos, ordenarían al alguacil que fuera a ver si aparecía, y al final le enviarían un recado; y él respondería que no iba a presentarse en el tribunal.

No podían sacarlo a rastras de su casa. No podían obligarlo a dictar sentencia.

Pero existía la ley, y si él era incapaz de aplicarla, hubiera debido dimitir el día anterior.

Las tres de la mañana. Tiene náuseas. Está empapado en sudor. Se arrodilla junto a la carretera y trata de vomitar. Los ojos le pican, la garganta la escuece. Pero tiene el estómago vacío. Hace veinticuatro horas que no ha probado bocado.

Al cabo de unos instantes se pone en pie. Desearía que alguien le cogiera de la mano para dejar de tiritar; pero cuando alguien se siente mal, nadie acude en su ayuda.

Si algún viandante lo hubiera visto en aquellos momentos avanzando por la carretera habría advertido que caminaba torpemente, arrastrando los pies. Maximilien trata de enderezarse, de dominar sus pies, pero es inútil. Su miserable cuerpo pretende enseñarle una lección: sé honesto contigo mismo.

Este es Maximilien Robespierre, abogado, soltero, un joven amable y educado con un brillante porvenir. Hoy, en contra de sus más arraigados principios, ha aplicado la ley y ha condenado a un criminal a morir ahorcado. Y ahora tendrá que apechugar con las consecuencias.

Un hombre consigue sobrevivir. Incluso aquí, en Arras, era posible hallar aliados, si no amigos. Joseph Fouché daba clases en el colegio oratoriano. Había pensado en hacerse sacerdote, pero al final había desechado la idea. Era profesor de física, y le interesaba todo lo moderno. Cenaba con frecuencia en casa de Maximilien, invitado por Charlotte. Al parecer, le había propuesto casarse con ella; en todo caso, existía una relación entre ambos. A Max le asombraba que una joven se sintiera atraída por Fouché, con sus esqueléticas piernas y unos ojos que prácticamente carecían de pestañas. Lo cierto es que no le caía nada bien, pero no podía meterse en la vida de su hermana.

Luego estaba Lazare Carnot, un capitán de ingenieros de la guarnición; un hombre mayor que Maximilien, de carácter reservado, resentido por la falta de oportunidades que se le ofrecían como plebeyo en las fuerzas de Su Majestad. Carnot solía acudir a las reuniones de la Academia, pensando en diversas fórmulas mientras ellos discutían sobre la forma del soneto. En ocasiones se ponía a hablar sobre el lamentable estado del Ejército mientras los miembros de la Academia se miraban divertidos.

Sólo Maximilien, que no sabía nada sobre cuestiones militares, lo escuchaba impresionado.

Cuando la señorita Kéralio pasó a formar parte de la Academia —el primer miembro femenino—, Maximilien pronunció un discurso en su honor sobre el talento de las mujeres y su papel en la literatura y en las artes.

—Llámeme Louise —le dijo ella más tarde.

Escribía novelas, mil páginas a la semana. Maximilien envidiaba su facilidad con la pluma.

—Escuche este pasaje —le decía ella a veces—, y deme su opinión.

Max jamás le expresaba su opinión, los escritores son muy susceptibles. Louise era una joven muy agraciada, y siempre llevaba los dedos manchados de tinta.

—Me marcho a París —le dijo un día—. No puedo seguir aquí. Me ahogo. ¿Por qué no me acompaña a París? ¿No? Bueno, pues al menos vayamos a pasar la tarde junto al río, para dar a estas buenas gentes motivos de cotilleo.

Louise pertenecía a la nobleza.

—El pobre Maximilien no tiene nada que hacer con ella —dijeron las tías.

—Por muy aristócrata que sea, no deja de ser una zorra —contestó Charlotte—. Quería que Maximilien le acompañara a París. Imaginaos.

Louise hizo las maletas y se fue en busca de un porvenir más esperanzador. Maximilien tuvo la vaga sensación de haber perdido el tren.

No obstante, todavía quedaba Anaïs, la hijastra de la tía Eulalie. Las dos tías la preferían a ella por encima de otras candidatas. Decían que tenía unos modos impecables.

Un día, la madre de un pobre cordelero se presentó en casa de Maximilien lamentándose de que habían metido a su hijo en la cárcel porque los benedictinos de Anchin lo habían acusado de robar. La mujer sostenía que las acusaciones eran falsas. El tesorero, el reverendo Brognard, era un ladrón y había tratado de acostarse con la hermana del cordelero, y no era la primera vez que…

—Sí —dijo Maximilien—. Cálmese. Tome asiento. Empecemos por el principio.

Era el tipo de cliente que solía acudir a él últimamente. Un hombre —o una mujer — común y corriente que tenía problemas con la Iglesia o el Estado. Naturalmente, no podían pagarle sus honorarios.

La historia del cordelero era increíble. No obstante, dijo Maximilien, veremos qué podemos hacer. Al cabo de un mes el reverendo Brognard fue acusado de malversación de fondos, y el cordelero se querelló contra la abadía por daños y perjuicios. Los benedictinos contrataron al señor Liborel, el abogado que había apoyado a Maximilien. Por encima de la gratitud, dijo este, tengo el deber de defender la verdad.

Palabras vanas. La mayor parte de los letrados se pusieron de lado de Liborel. El pleito se convirtió en una sucia pelea, y al final hicieron lo que Maximilien sospechaba que harían: ofrecer al cordelero más dinero del que ganaba en cinco años para que mantuviera la boca cerrada.

Evidentemente, después de aquel episodio las cosas no podían seguir como hasta entonces. Maximilien jamás olvidaría cómo habían conspirado todos contra él, denunciándole en la prensa local como un agitador anticlerical. ¿Él? ¿El protegido del abate? ¿El niño mimado del obispo? Perfectamente. De ahora en adelante ya no se molestaría en facilitar las cosas a sus colegas, ni en mostrarse amable y educado. Ya no le importaba lo que la gente opinara sobre él.

Fue designado presidente de la Academia de Arras, pero los aburría con sus peroratas sobre los derechos de los niños ilegítimos. Como si no existieran otras injusticias en el universo, protestó uno de los miembros.

—Si tu madre y tu padre se hubieran comportado como es debido —le había dicho el abuelo Carraut—, tú no hubieras nacido.

Al revisar las cuentas, Charlotte observaba que el precio de la conciencia de su hermano aumentaba de mes en mes.

—Por supuesto —replicaba Maximilien—. Es lógico.

De vez en cuando Charlotte le soltaba un sermón, demostrándole que ni siquiera su hermana lo comprendía.

—Esta casa no es un hogar —decía Charlotte—. Jamás hemos tenido un hogar. A veces estás tan preocupado que apenas me diriges la palabra. Es como si no existiera. Soy una buena administradora, pero nunca me felicitas por ello. Soy una excelente cocinera, pero la comida no te interesa. Cuando invito a un amigo y nos ponemos a charlar o sacamos las cartas, tú coges un libro y te retiras a un rincón.

Maximilien esperaba pacientemente que a su hermana se le pasara el enfado. Últimamente estaba siempre de mal humor. Era lógico. Fouché le había propuesto matrimonio —o algo por el estilo— y luego la había dejado plantada. Maximilien estaba convencido de que a la larga su hermana se alegraría de no haberse casado con ese tipo.

—Lo siento —respondía Maximilien—. Trataré de ser más sociable. Estoy agobiado por el trabajo.

—Un trabajo por el que ni siquiera te pagan —le reprochaba Charlotte.

Según le dijo, en Arras tenía fama de débil y de que no le interesaba el dinero, lo cual sorprendió a Maximilien, pues se consideraba inteligente y un hombre de principios. Su hermana lo acusó de enemistarse con las personas que podían ayudarlo en su carrera, y él trataba de explicarle los motivos por los que no podía aceptar la ayuda de esa gente. Maximilien opinaba que su hermana exageraba. A fin de cuentas, ganaba lo suficiente para poder comer y pagar las facturas.

Charlotte siempre acababa llorando.

—Te casarás con Anaïs y me dejarás sola —le decía.

Sus colegas lo acusan de soltar «discursos políticos» en los tribunales. Naturalmente. Todo es política. El sistema está corrompido. La justicia es una farsa.

«30 de junio de 1987:

»Se ordena suprimir las frases injuriosas contra los jueces y la ley, contenidas en un informe firmado por el abogado Robespierre. El presente decreto será publicado en Arras.

»Por orden de los magistrados de Bêthune».

De vez en cuando aparece un rayo de luz en medio de las tinieblas. Un día, al salir del tribunal, se le acercó un joven abogado llamado Hermann y le dijo:

—Empiezo a pensar que tiene usted razón, Robespierre.

—¿Sobre qué?

El hombre lo miró perplejo y contestó:

—Sobre todo.

Maximilien escribió un ensayo para la Academia de Metz que decía así:

«La principal fuente de energía en una república es la virtud, el amor hacia las leyes y la patria. Por consiguiente, el bien general debe prevalecer sobre los intereses particulares y las relaciones personales… Todos los ciudadanos participan en el poder soberano… y por tanto, no pueden absolver a su mejor amigo si la seguridad del Estado exige que este sea condenado».

Tras escribir ese párrafo, Maximilien dejó la pluma y pensó: «Eso es muy fácil de decir porque no tengo un amigo». Luego comprendió que estaba equivocado, tenía a Camille.

Buscó la última carta que había recibido de él. Estaba escrita en griego y en ella le

hablaba sobre una mujer casada. Camille había utilizado una lengua muerta para ocultar su tristeza, su confusión y su dolor; al obligar al destinatario a traducirla, le daba a entender que su vida era un mero pasatiempo, algo que sólo existía cuando la plasmaba por escrito en una hoja de papel y la echaba al correo. Era una lástima que Camille no sentara la cabeza, pensó Max. Deseaba volver a verlo… Deseaba que todo le fuera bien.

Se ha impuesto la tarea de denunciar, una por una, todas las iniquidades del sistema, todas las mezquindades de las gentes de Arras. Nadie puede acusarlo de no tratar de comportarse como es debido, de no tratar de adaptarse. Siempre se ha mostrado amable y cortés con sus colegas. Si alguna vez ha arremetido contra ellos ha sido para obligarlos a rectificar; jamás ha sido un hombre violento. Pero lo que pide es imposible: les pide que reconozcan que el sistema dentro del que han vivido siempre es falso y corrompido.

En ocasiones, cuando se enfrenta a un estúpido oponente o a un pomposo magistrado, tiene que hacer verdaderos esfuerzos por reprimir el deseo de asestarles un puñetazo. Cada mañana, al abrir los ojos, dice:

—Dios mío, ayúdame a soportar este día.

Reza para que ocurra algo que le ahorre esas interminables, corteses y absurdas recriminaciones, que le impida dilapidar su juventud, su inteligencia y su coraje. Max, no puedes devolver el dinero que te ha pagado ese hombre. Es pobre, no puedo cobrárselo. ¿Qué te apetece para cenar, Max? No tengo ni idea. ¿Cuándo os vais a casar Anaïs y tú? Max sueña con arrojarse al mar y ahogarse.

No le gusta ofender a nadie. Se tiene por un hombre sensato, razonable y conciliador. Sabe zafarse de una disputa. Sabe sonreír enigmáticamente y negarse a hacer comentario alguno. Sabe salirse por la tangente. Pero de pronto surge la pregunta: «¿Desea usted que estalle una revolución, señor Robespierre?». «Sí, lo deseo. Es necesaria».

IV. *Una boda, una revuelta, un príncipe de la sangre*

(1787-1788)

Lucile no había dicho que sí. Tampoco había dicho que no. Sólo había dicho que lo pensaría.

Annette: su primera reacción fue de pánico, y la segunda de rabia. Al cabo de un mes de no ver a Camille, ya pasada la crisis, empezó a restringir sus compromisos y a pasar las tardes sola, meditando.

Le fastidiaba que la gente pensara que había sido seducida, pero era intolerable que pensaran que su amante la había abandonado por su hija adolescente. Era una cuestión de dignidad.

Desde que el Rey había cesado a su ministro Calonne, Claude trabajaba hasta muy tarde en su despacho.

La primera noche, Annette no había pegado ojo. Había permanecido en la cama hasta el amanecer, urdiendo su venganza. Decidió obligarlo a marcharse de París. A las cuatro se levantó, se puso un chal sobre los hombros y caminó descalza por la vivienda, como un penitente, pues no quería despertar a su doncella ni a su hija, la cual sin duda estaría sumida en el casto y apacible sueño de los déspotas emocionales. Al cabo de un rato se sentó junto a una ventana abierta, tiritando. Su decisión le parecía una monstruosa y complicada fantasía ideada por otra persona. No le des tanta importancia, se dijo, no es más que un incidente. Pero se sentía profundamente herida.

Lucile la miraba desconcertada, tratando de adivinar lo que estaba pensando. Prácticamente no se dirigían la palabra. En presencia de otras personas charlaban de cosas intrascendentes; cuando estaban a solas, se sentían violentas.

Lucile pasaba muchos ratos sola. Leyó de nuevo *La Nouvelle Heloïse*. Cuando un año atrás leyó el libro por primera vez, Camille le contó que tenía un amigo, un individuo con un nombre muy extraño que empezaba por R, que lo consideraba la obra cumbre de la época. Su amigo era extraordinariamente sentimental, y Lucile se llevaría muy bien con él. Por la forma en que se había expresado, Lucile dedujo que el libro no le parecía gran cosa. Un día le oyó hablar con su madre sobre las *Confesiones* de Rousseau, un libro que su padre no le permitía leer. Camille afirmó que el autor carecía de delicadeza y que había ciertas cosas que era mejor no ponerlas por escrito. Desde aquel día, Lucile tenía mucho cuidado con lo que escribía en su diario. Su madre se echó a reír y dijo que uno podía hacer lo que quisiera siempre y cuando no perdiera el sentido del decoro. Camille hizo un comentario sobre la estética del pecado, que Lucile apenas alcanzó a oír, y su madre sonrió, se inclinó hacia él y le acarició el cabello. En aquel momento Lucile no dio importancia a ese gesto.

Durante las últimas semanas había recordado varios episodios semejantes. Su madre parecía negar —en ocasiones resultaba difícil entender lo que decía— que se había acostado con Camille. Lucile estaba convencida de que mentía.

Annette se había portado muy bien con ella, pensó Lucile, teniendo en cuenta las circunstancias. En cierta ocasión su madre le dijo que el tiempo lo cura todo, sin necesidad de que uno tenga que hacer nada. A Lucile le parecía una forma absurda de afrontar la vida. Alguien tiene que resultar forzosamente herido, pensó, pero no seré yo. Me he convertido en una persona importante; todo cuanto digo y hago incide en los demás.

Lucile reprodujo mentalmente la escena crucial. Después de la tormenta, un rayo de sol iluminaba un mechón de pelo sobre el cuello de su madre. Camille tenía las manos apoyadas en su cintura. Cuando Annette se giró, observó que tenía el rostro contraído, como si acabaran de propinarle un violento bofetón. Camille sonrió débilmente y sujetó a su madre durante unos instantes por la muñeca, como si quisiera reservarla para otro día.

Lucile se quedó estupefacta, aunque en el fondo era lo que Adèle y ella habían supuesto.

Últimamente su madre salía poco, y siempre iba en coche. Quizá temía encontrarse con Camille. Su rostro reflejaba la tensión que padecía, y tenía el cutis apagado, como si hubiera envejecido.

Llegó el mes de mayo y los días se hicieron más largos. Claude se quedaba frecuentemente toda la noche trabajando en su despacho, tratando de dar un cierto aire de novedad a las propuestas del nuevo ministro de Finanzas. El Parlamento se

negaba a dejarse atropellar. La culpa la tenía el dichoso impuesto sobre la tierra. Cuando el Parlamento se mostraba inflexible, el remedio real era exiliarlo a las provincias. Este año el Rey lo había enviado a Troyes. Cada uno de sus miembros había recibido una *lettre de cachet*. Qué emocionante para Troyes, observó Georges-Jacques D'Anton.

El 14 de junio contrajo matrimonio con Gabrielle en la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois. La novia tenía veinticuatro años. Mientras esperaba pacientemente a que su padre y su prometido llegaran a un acuerdo, pasaba las tardes metida en la cocina, haciendo experimentos y degustando los platos que preparaba. Lo que más le gustaba eran las tartas de chocolate. El día de la boda sonrió cuando su madre la ayudó a ponerse el vestido, pensando en el momento en que su marido se lo quitaría. Estoy a salvo —pensó al salir de la iglesia del brazo de Georges—. Tengo toda la vida ante mí y no me cambiaría ni por la Reina. Luego se sonrojó ligeramente ante esos pensamientos tan sentimentales. De tanto comer dulces se me ha reblandecido el cerebro, pensó, sonriendo a los convidados, sintiendo el calor de su cuerpo embutido en el ceñido vestido de seda. No, decididamente no me gustaría ser la Reina. La había visto desfilar por las calles en su carroza, su rostro la viva imagen de la estupidez, mirando con desprecio a sus súbditos y exhibiendo unos brillantes que relucían como la hoja de un cuchillo.

La vivienda que habían alquilado estaba muy cerca de Les Halles.

—Me gusta mucho —dijo Gabrielle—. Lo único que me preocupa es ver a los cerdos corriendo por la calle.

—Son unos cerdos muy pequeños —respondió Georges-Jacques—. Pero tienes razón, debimos pensar en ello.

—Es una vivienda preciosa. De no ser por los cerdos, el barro y las palabrotas que sueltan las verduleras, sería perfecta. Cuando tengamos dinero nos mudaremos. Con tu nuevo cargo como consejero del Rey, no tardaremos mucho en trasladarnos de barrio.

Gabrielle ignoraba lo de las deudas. Georges-Jacques pensaba decírselo una vez que se hubieran casado. Pero nunca encontraba el momento propicio. Gabrielle se había quedado encinta la misma noche de bodas y estaba entusiasmada, eufórica, corriendo de un lado a otro entre el café y la casa, y haciendo planes para el futuro. Era la esposa ideal, tal como Georges-Jacques había imaginado: inocente, convencional y piadosa. Hubiera sido un crimen dejar que algo ensombreciera su felicidad. Así pues no le dijo nada sobre las deudas. El embarazo sentaba divinamente a Gabrielle; tenía el cabello más espeso, la piel más luminosa. Estaba muy guapa, con un cierto aire exótico. Ambos se sentían felices y optimistas.

—¿Me permite una palabra, maître D'Anton?

Se hallaban frente a los tribunales de justicia. D'Anton se giró. El juez Hérault de

Séchelles, un hombre más o menos de su edad, era un aristócrata inmensamente rico. Vamos progresando, pensó Georges-Jacques.

—Deseo felicitarle por el discurso que pronunció al entrar a formar parte de los letrados del Tribunal Supremo. ¿Ha estado usted en los tribunales esta mañana?

D'Anton le mostró una carpeta.

—Se trata del caso del marqués de Chayla. Me ha contratado para demostrar su derecho a ostentar ese título.

—Parece estar convencido de ello —murmuró Camille.

—Ah, hola —dijo Hérault—. No le había visto, maître Desmoulins.

—No disimule. Claro que me había visto.

—Vamos, hombre —elijo Hérault echándose a reír y mostrando una dentadura blanca y perfecta.

Qué demonios pretendes, pensó D'Anton. Hérault le sonreía amablemente, como si quisiera charlar un rato con él.

—¿Qué cree que sucederá ahora que el Parlamento ha sido exiliado? —preguntó a D'Anton.

A qué viene esa pregunta, pensó Georges-Jacques. Luego respondió:

—El Rey necesita dinero. El Parlamento afirma que sólo los Estados Generales pueden concederle un subsidio. Cuando el Rey reúna al Parlamento de nuevo en otoño, supongo que dirán lo mismo, y Su Majestad no tendrá más remedio que convocar a los Estados Generales.

—¿Aplaude usted la victoria del Parlamento?

—No puedo aplaudirla —contestó D'Anton secamente—. Me limito a expresar mi opinión. Personalmente, creo que es conveniente que el Rey convoque a los Estados Generales, pero me temo que algunos nobles que propugnan esa medida pretenden utilizar a los Estados para reducir el poder del Rey y aumentar el suyo propio.

—Creo que tiene razón —dijo Hérault.

—Usted debe de saberlo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque forma usted parte del círculo de la Reina.

—No se haga el demócrata conmigo, D'Anton. Sospecho que tenemos más cosas en común de las que imagina. No niego que Su Majestad me permite ganarle de vez en cuando a las cartas. Pero la Corte está llena de hombres de buena fe, más que en el Parlamento.

A las primeras de cambio te suelta un discurso, pensó D'Anton. Pero es profesionalmente encantador. Profesionalmente brillante.

—¿Buena fe? —terció Camille—. Sólo les preocupa que sus familias reciban una generosa pensión. He oído decir que los Polignac obtienen 70.000 libras al año. ¿No es usted un Polignac? Me asombra que se contente con ser juez. ¿Por qué no compra todo el sistema judicial?

Hérault de Séchelles era un experto en obras de arte, un coleccionista. Era capaz de recorrer toda Europa para adquirir una valiosa talla, un reloj, una primera edición. Miró a Camille como si se hubiera desplazado desde muy lejos para examinarlo y hubiera descubierto que se trataba de un fraude. Luego se giró hacia D'Anton y dijo:

—Lo que me asombra es esa peregrina idea, muy difundida entre las gentes ignorantes, de que el Parlamento se opone al Rey en interés del pueblo. El Rey desea imponer un sistema tributario justo…

—Eso me tiene sin cuidado —dijo Camille—. Me gusta observar cómo se pelean entre sí. Cuanto más se peleen, antes caerá el sistema y se instaurará una república. Si tomo partido de vez en cuando es para exacerbar los ánimos.

—Tiene usted unas opiniones un tanto excéntricas —observó Hérault—. Por no decir peligrosas. —Durante unos instantes pareció sentirse cansado, confundido—. En cualquier caso, la situación tiene que cambiar. De lo cual me alegro sinceramente.

—¿Acaso se aburre? —le preguntó D'Anton. Era una pregunta muy directa, que había soltado de forma impulsiva, lo cual no era habitual en él.

—Supongo que sí —respondió Hérault—. Aunque debería decir que espero que se produzcan unos cambios por el bien de Francia, no para aliviar mi aburrimiento.

Era muy curioso. Al cabo de unos minutos el curso de la conversación había cambiado por completo. Hérault había adoptado un aire confidencial, abandonando sus aires de orador. Hablaba con ellos como si los conociera de toda la vida. Hasta Camille lo miraba con cierta simpatía.

—Qué duro debe de ser soportar la carga de tanto título y dinero —dijo Camille —. Hace usted que a maître D'Anton y a mí se nos llenen los ojos de lágrimas.

—Lo que demuestra que son hombres de una gran sensibilidad —contestó Hérault—. Tengo que ir a Versalles, me han invitado a cenar. Hasta pronto, D'Anton. He oído decir que se ha casado. Salude a su esposa de mi parte.

D'Anton lo observó mientras se alejaba con expresión pensativa.

Solían acudir con frecuencia al Café du Foy, en el Palais-Royal. Poseía una atmósfera diferente, menos decorosa que el café del señor Charpentier, y la clientela también era distinta. Por otra parte, ofrecía la ventaja de que era improbable que se toparan con Claude.

Al llegar vieron a un hombre subido en una silla, recitando unos versos. Agitaba vigorosamente el papel que sostenía en la mano y se agarraba el pecho con la sinceridad de un actor. D'Anton lo observó con curiosidad durante unos instantes.

—Te están vigilando —murmuró Camille—. Los de la Corte. Para comprobar si puedes serles útil. Luego te ofrecerán un pequeño cargo. Te convertirán en un funcionario. Si aceptas su dinero, acabarás como Claude.

—Para ser sinceros, a Claude no le han ido tan mal las cosas —respondió D'Anton—. Hasta que apareciste en su vida.

—¿Y te conformas con eso?

—No lo sé. —Georges-Jacques se giró hacia el actor para rehuir la mirada de Camille—. Qué curioso, juraría…

Al terminar, el hombre los miró fijamente y exclamó:

—¡D'Anton!

Acto seguido saltó de la silla, se dirigió hacia ellos y entregó a D'Anton unas entradas para el teatro.

—Te las regalo —dijo—. ¿Cómo estás? Apuesto a que no sabes quién soy. ¡Cómo has crecido!

—¿El ganador de premios?

—El mismo. Fabre d'Églantine, tu humilde servidor. ¡Vaya, vaya! —dijo, golpeando a D'Anton en el hombro—. Ya veo que has seguido mi consejo. Eres abogado. O has prosperado, o vives por encima de tus posibilidades, o le estás haciendo chantaje a tu sastre. Tienes aspecto de haberte casado.

—¿Algo más? —preguntó D'Anton sonriendo.

Fabre le palpó la barriga y contestó:

—Te estás engordando.

—¿Dónde te has metido? ¿Qué has hecho?

—Trabajo en una nueva compañía teatral. La temporada pasada tuvimos mucho éxito.

—No sabía que estuvieras en París. Voy con mucha frecuencia al teatro.

—No, no he trabajado en París. Hemos estado en Nîmes, donde tuvimos un éxito moderado. He abandonado mis actividades como diseñador paisajista. He escrito varias obras y he viajado por el país. También he escrito unas canciones. —Fabre se detuvo y empezó a silbar una tonada mientras los clientes del local lo observaban asombrados—. Todo el mundo conoce esta canción. La he escrito yo. He compuesto muchas canciones, pero no me ha servido de nada. De todos modos, he conseguido venir a París. Me gusta venir a este café y recitar las poesías que escribo. Los clientes me escuchan amablemente y luego me dan su opinión, aunque no se la pida. Las entradas son para *Augusta*. Actuamos en Les Italiens. Es una tragedia. Los críticos me han desollado vivo.

—He visto *Hombres de letras* —dijo Camille—. Es una obra suya, ¿no es cierto?

Fabre se giró, sacó un impertinente del bolsillo y examinó a Camille.

—Más vale no hablar sobre *Hombres de letras*. El público la acogió con abucheos.

—Supongo que es normal cuando uno escribe una obra contra los críticos. Los estrenos de las obras de Voltaire solían acabar como el rosario de la aurora.

—Cierto —respondió Fabre—. Pero a Voltaire no le preocupaba el dinero.

—Conozco su obra —insistió Camille—. Se dedica a escribir sátiras. Si quiere tener éxito, le aconsejo que sea más benevolente con los personajes de la Corte.

Fabre se sentía inmensamente halagado de que Camille le dijera que conocía su

obra. Se pasó la mano por el pelo y contestó:

—¿Usted cree? Reconozco que me gusta ganar dinero y vivir bien. Pero no estoy dispuesto a hacer concesiones.

D'Anton los condujo a una mesa que había quedado libre.

—¿Cuánto hace? —le preguntó Fabre cuando se sentaron—. ¿Diez años? ¿Más? Ha pasado mucho tiempo.

—Todos acabamos encontrándonos de nuevo —dijo Camille—. La semana pasada vi a Brissot. —D'Anton no le preguntó quién era Brissot. Camille tenía muchos amigos poco recomendables—. Y hoy me he topado con Hérault. Siempre he odiado a Hérault, pero ahora siento una cierta simpatía por él. Aunque no me lo explico.

—Hérault es un juez parlamentario —explicó D'Anton a Fabre—. Proviene de una familia muy antigua e inmensamente rica. Sólo tiene treinta años, un aspecto impecable, es culto, y despierta la admiración de las damas de la Corte…

—Qué asco —dijo Fabre.

—Estamos asombrados porque ha pasado diez minutos hablando con nosotros —dijo D'Anton, sonriendo—. Dicen que se cree un gran orador y que pasa horas enteras hablando solo ante el espejo. Aunque nadie puede saber si está realmente solo.

—Salvo sus criados —dijo Camille—. La aristocracia considera que sus criados no son personas de carne y hueso, de modo que no se molestan en ocultar sus debilidades ante ellos.

—¿Por qué practica el arte de la oratoria? —preguntó Fabre—. ¿Por si el Rey convoca a los Estados Generales?

—Eso suponemos —contestó D'Anton—. Se considera un líder de la reforma. Tiene unas ideas muy avanzadas. Al menos, eso dice.

—Su plata y su oro no les salvará del castigo divino el día del juicio final —dijo Camille—. Lo pone muy claro en el Libro de Ezequiel. Dice que la ley perecerá a manos de los sacerdotes, y el consejo a manos de los ancianos. «El Rey llorará, y el Príncipe se estará triste…». Si las cosas siguen como hasta ahora, no tardará en suceder.

—Le aconsejo que baje la voz si no quiere que la policía lo arreste por sus sermones —dijo un hombre que estaba sentado en la mesa junto a la suya.

Fabre descargó un puñetazo sobre la mesa y se levantó de un salto.

—¿Acaso es una ofensa citar las Sagradas Escrituras? —inquirió, rojo de ira.

Alguien soltó una risotada.

—No sé quién es usted —dijo Fabre con vehemencia a Camille—, pero presiento que vamos a llevarnos muy bien.

—Lo que faltaba —murmuró D'Anton.

Debido a su tamaño le era imposible salir disimuladamente, de modo que fingió que no los conocía. Te gusta alborotar porque no sabes hacer nada, pensó, te gusta

destruir las cosas porque tú mismo eres una ruina. Se giró hacia la puerta, tras la que se extendía la ciudad. Existen millones de personas cuya opinión desconozco, pensó. Personas impulsivas, sin principios, calculadoras y agradables. Personas que entienden el hebreo, y otras que no saben contar. Bebés que flotan en el líquido amniótico del útero materno, y viejas que desafían el paso del tiempo aplicándose potingues que empiezan a correrse pasada la medianoche, revelando su piel arrugada y macilenta. Monjas vestidas con trajes de sarga. Annette Duplessis soportando a Claude. Unos presos en la Bastilla, gritando para que los liberen. Personas deformes y otras que sólo están desfiguradas, niños abandonados llorando para que alguien los acoja. Cortesanos. Hérault, que trata de ganar a María Antonieta a las cartas. Prostitutas. Peluqueros, oficinistas, aduaneros y esclavos liberados que tiritan en las plazas. Hombres que han sido sepultureros toda su vida. Otros que nadan contra corriente y cuyos pensamientos nadie conoce. D'Anton miró a Fabre.

—Todavía no he escrito mi gran obra —dijo Fabre con un gesto grandilocuente.

Parecía un juguete mecánico al que le hubieran dado cuerda, pensó D'Anton. Camille lo observaba como un niño al que acaban de hacerle un regalo inesperado. El peso del viejo mundo es agobiante, y tratar de quitártelo de encima resulta muy cansado. Está harto del constante intercambio de opiniones, de los razonamientos lógicos, de las ideas, de las actitudes… Debe de existir un mundo menos complicado, más violento.

Lucile: la inercia tiene sus ventajas, pero en estos momentos está pensando que ha llegado la hora de pasar a la acción. Había dejado atrás su infancia, la muñeca de porcelana con el corazón de paja. Maître Desmoulins y su madre le habían asestado un duro golpe. Desde aquel fatídico día, los cuerpos —al menos los de ellos— poseían una realidad más evidente. Eran sólidos, importantes. Su superioridad la hería.

Mediados de verano: Brienne, el ministro de Finanzas, ha pedido prestadas doce millones de libras al municipio de París.

—Una nimiedad —dijo el señor Charpentier.

Había puesto el café en venta; él y Angélique iban a trasladarse al campo. Annette paseaba con frecuencia por los jardines de Luxemburgo, como solía hacer con las niñas y Camille. Esa primavera había notado que las flores desprendían un olor áspero.

Lucile seguía escribiendo su diario. «El viernes, que comenzó como cualquier otro viernes, una criada depositó mi suerte en mis ignorantes manos. Aquella noche —de viernes a sábado—, saqué la carta del lugar donde la había ocultado y la coloqué sobre mi corazón. Sentí que su calor me abrasaba y comprendí que en septiembre mi suerte cambiaría por completo».

—He decidido casarme con maître Desmoulins —dijo.

Su madre la miró furibunda.

Tiene que acostumbrarse a encajar los golpes que el destino le tiene reservado. Tras el primer enfrentamiento con su padre, corre a refugiarse en su habitación, hecha un mar de lágrimas. A medida que transcurren los días, sus sentimientos, al igual que las revueltas populares, se vuelven más violentos.

La manifestación se había iniciado frente a los tribunales de justicia. Los letrados recogieron sus papeles, sopesando las ventajas de permanecer en el interior del edificio en lugar de tratar de escurrirse entre la multitud, como habían hecho algunos de sus colegas. Al final decidieron que era preferible no salir hasta que la zona estuviera completamente despejada. D'Anton los cubrió de insultos y salió al campo de batalla.

Mucha gente había resultado herida. Algunos habían sido atropellados por la multitud, pero otros habían luchado mano a mano con los guardias. Un hombre de aspecto respetable se paseaba mostrando a todo el mundo el agujero que le había hecho una bala en la casaca. Una mujer estaba sentada en el suelo, gritando:

—¿Quiénes son los que han abierto fuego? ¿Quién les ha ordenado que lo hicieran?

D'Anton halló a Camille arrodillado junto a un muro, anotando lo que había presenciado. El hombre que hablaba con él estaba medio tendido en el suelo, apoyado sobre los codos. Tenía las ropas hechas trizas y el rostro manchado de negro. D'Anton no alcanzó a ver dónde lo habían herido, pero su expresión denotaba una mezcla de dolor y asombro.

—Camille —dijo D'Anton.

Camille se giró, y D'Anton comprobó que estaba pálido como la cera. Luego dejó el papel y señaló un hombre que se encontraba a pocos metros de distancia, con los brazos cruzados y sus cortas piernas firmemente plantadas en el suelo.

—¿Ves a ese hombre? —preguntó Camille—. Es Marat.

D'Anton no alzó la vista. Alguien señaló a Camille y dijo:

—Los guardias lo derribaron al suelo y le propinaron unas patadas en las costillas.

Camille sonrió con tristeza y dijo:

—Probablemente tropezaron conmigo.

D'Anton trató de ayudarlo a incorporarse.

—No puedo —dijo Camille—. Déjame.

D'Anton lo llevó a casa para que Gabrielle le curara las heridas. Luego lo acostaron en su lecho, donde se quedó dormido.

—Si te hubieran propinado a ti unas patadas en las costillas —dijo más tarde

Gabrielle—, se hubieran roto las botas.

—Ya te lo he explicado —respondió D'Anton—. Yo me encontraba en mi despacho. Camille estaba fuera, entre la multitud. A mí no me gustan esos jueguecitos.

—Sin embargo, estoy preocupada.

—Fue tan sólo una pequeña escaramuza. Algunos soldados perdieron la cabeza. Nadie sabe por qué se produjo.

Pero nada de lo que decía consolaba a Gabrielle. Lo tenía todo previsto, el traslado a su futura casa, sus hijos, el éxito profesional que iba a tener D'Anton. Temía cualquier clase de disturbios, tanto civiles como emocionales. Temía que los disturbios callejeros la afectaran personalmente.

Cuando acudían unos amigos a cenar, su marido hablaba abiertamente sobre los personajes que ocupaban cargos en el Gobierno, como si los conociera. Cuando se refería al futuro, añadía: «Suponiendo que continúe este estado de cosas».

—Como sabes —dijo D'Anton—, el señor Barentin, el presidente de la administración de rentas, me ha dado mucho trabajo, que me ha llevado a visitar varios despachos públicos. Cuando conoces a las personas que gobiernan el país, te preguntas si están preparados para hacerlo. Como es lógico, a veces te equivocas.

—Pero se trata de personas —dijo Gabrielle tímidamente—. No veo la necesidad de poner en cuestión todo el sistema.

—Lo que debemos preguntarnos es si este puede durar —contestó D'Anton—. La respuesta es no. Dentro de doce meses, nuestras vidas serán muy distintas.

Luego cerró la boca con firmeza, pues comprendió que le estaba hablando de cosas que a las mujeres no les interesan. No quería aburrirla ni disgustarla.

Philippe, el duque de Orléans, se está quedando calvo. Sus amigos —o los que aspiran a convertirse en sus amigos— se han afeitado la parte frontal de la cabeza para que dé la sensación de que la alopecia del duque es una moda, un capricho. Pero por mucho que se esfuercen, no pueden ocultar la verdad.

El duque ha cumplido cuarenta años. Se dice que es uno de los hombres más ricos de Europa. La dinastía de los Orléans constituye la rama menor de la familia real, y sus príncipes no suelen llevarse bien con sus augustos primos. El duque no está de acuerdo en nada con el Rey.

La vida de Philippe, hasta el momento, no había sido afortunada. Estaba tan malcriado que parecía como si sus padres y tutores lo hubieran hecho adrede, para desacreditarlo e impedir que se dedicara a la política. Cuando se casó, y apareció en la Ópera con la nueva duquesa, el gallinero estaba atestado de prostitutas vestidas de luto.

Philippe no es estúpido, pero es muy susceptible y un tanto neurótico. En estos momentos se queja de que el Rey se mete continuamente en su vida privada. Le abren

la correspondencia y unos policías y espías del Rey le siguen a todas partes. Tratan de romper su amistad con su amigo el príncipe de Gales e impedir que visite Inglaterra, país del que ha importado un nutrido número de mujeres y caballos de carreras. Los amigos de la Reina lo calumnian continuamente e intentan ponerlo en ridículo. Su único delito es ocupar una posición cercana a la Corona. Le cuesta trabajo concentrarse, y nadie puede pretender que lea el destino de la nación en una hoja de balance; pero no es necesario decirle a Philippe de Orléans que no existe libertad en Francia.

Entre las numerosas mujeres que ha habido en su vida destaca una, que no es precisamente la duquesa. Félicité de Genlis se había convertido en su amante en 1772, y para demostrarle la firmeza de sus sentimientos, el duque se hizo tatuar cierto objeto en el brazo. Félicité es una mujer dulce, pero de carácter enérgico. Escribe libros. Apenas existe un rincón de la experiencia humana que no haya explorado con su increíble pedantería. Impresionado, asombrado, hechizado, el duque le ha encomendado la educación de sus hijos. Philippe y Félicité tienen una hija, Pamela, una hermosa e inteligente joven que hacen pasar por huérfana.

Tanto el duque como sus hijos manifiestan hacia Félicité respeto, obediencia y adoración; la duquesa se limita a aceptar su estatus y sus poderes. Félicité tiene, por supuesto, un marido, Charles Alexis Brulard de Sillery, conde de Genlis, un apuesto ex oficial de la Marina con un brillante historial militar. Es amigo de Philippe; forma parte de su pequeño ejército de organizadores y lameculos. Todos estaban convencidos de que el suyo había sido un matrimonio por amor. Ahora, al cabo de veinticinco años, Charles es todavía un hombre apuesto y elegante, que dedica cada hora del día y de la noche a su pasión favorita, el juego.

Félicité ha conseguido incluso reformar al duque, moderando ciertos excesos y encauzando su dinero y sus energías por otros caminos más convenientes. Actualmente, a sus cuarenta años muy bien llevados, es una mujer alta, con el pelo rubio oscuro, de ojos castaños y rasgos pronunciados. Ha cesado su intimidad física con el duque, pero ahora se dedica a elegir a sus amantes y a enseñarles cómo deben comportarse. Está acostumbrada a ser el centro de atención, a que todos le pregunten su opinión y le pidan consejo. No soporta a María Antonieta, la esposa del Rey.

La frivolidad de la Corte ha producido una especie de vacío cultural en la nación. Félicité está convencida de que Philippe y su corte pueden llenarlo. No es que tenga ambiciones políticas para el duque, pero resulta que muchos intelectuales, artistas y eruditos, mucha gente cuya amistad resultaría agradable cultivar, son hombres de talante liberal, inteligentes, que aspiran a que la situación cambie, y el duque coincide plenamente con ellos. En este año, 1787, ha reunido a su alrededor a varios jóvenes, en su mayoría aristócratas y con una vaga sensación de que sus ambiciones se han visto truncadas, que sus vidas no han sido satisfactorias. Así pues, han decidido que el duque, que los comprende perfectamente, sea su líder.

El duque desea ser un hombre para el pueblo, sobre todo el pueblo de París; desea

conocer sus problemas y angustias. Ha instalado a su corte en el centro de la ciudad, en el Palais-Royal. Ha cedido los jardines al público y ha arrendado los edificios como tiendas, burdeles, cafés y casinos. Así pues, Philippe, el bueno de Philippe, el padre de su pueblo se halla en el epicentro de la fornicación, los rumores, los robos y las peleas callejeras. Sólo que nadie lo proclama todavía a voz en grito; aún no ha llegado el momento.

En el verano de 1787, Philippe se dispone a emprender unas maniobras de prueba. En noviembre, el Rey decide reunirse con el obstructivo Parlamento en una sesión real para conseguir que se registren los edictos que sancionen el préstamo al Estado. Si no se sale con la suya, se verá obligado a convocar a los Estados Generales. Philippe se dispone a enfrentarse a la decisión real —como diría De Sillery—, de costado.

Camille vio unos instantes a Lucile frente a la iglesia de Saint-Sulpice, donde había acudido para oír misa.

—Nuestro coche está ahí enfrente —dijo ella—. Nuestro cochero, Théodore, suele estar de mi parte, pero no podemos entretenernos.

—Espero que tu madre no esté en el coche —dijo Camille, alarmado.

—No, se ha quedado en casa refunfuñando. A propósito, he oído decir que participaste en una revuelta.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un tal Charpentier se lo contó a Claude. Como puedes imaginar, Claude está encantado.

—Hace un día horrible. Vas a resfriarte —dijo Camille.

Lucile tenía la impresión de que Camille deseaba que se fuera.

—A veces —dijo Lucile— sueño que vivo en un país donde hace sol. Como Italia. Después pienso que debo permanecer en casa, aunque tenga que pasarme la vida tiritando. No quiero renunciar al dinero que mi padre ha reservado para mi dote. Sería una ingrata. Podemos casarnos cuando queramos. Luego iremos a Italia de vacaciones. Necesitaremos unas vacaciones después de la lucha que tendremos que sostener contra ellos. Podríamos alquilar unos elefantes y atravesar los Alpes.

—¿De modo que estás resuelta a casarte conmigo?

—Pues claro —contestó Lucile, mirándolo asombrada. ¿Es posible que se hubiera olvidado de comunicárselo, cuando era lo único en que pensaba desde hacía varias semanas? ¿Es posible que se lo hubiera dicho y Camille lo hubiera olvidado?—. Camille…

—Muy bien —dijo él—. Pero si pretendes que alquile unos elefantes, debo estar seguro de tus intenciones. Quiero que me lo jures solemnemente. Di «lo juro por los huesos del abate Terray».

Lucile se echó a reír.

—Siempre nos hemos tomado muy en serio al abate Terray.

—Claro, por eso quiero que me lo jures por sus huesos.

—De acuerdo. Te lo juro por los huesos del abate Terray. Te juro que me casaré contigo, pase lo que pase, a despecho de lo que digan los demás, aunque se hunda el mundo. Me gustaría besarte, pero temo que Théodore tenga remordimientos de conciencia y se apresure a venir a recogerme.

Lucile le tendió la mano.

—Al menos quítate el guante —dijo Camille.

Lucile se quitó el guante y le ofreció la mano. Supuso que le besaría la punta de los dedos, pero Camille retuvo su mano unos segundos en la suya y luego oprimió los labios sobre la palma de la mano. Nada más. No la besó, tan sólo oprimió los labios sobre la palma de su mano.

—Se nota que conoces a las mujeres —dijo Lucile, estremeciéndose.

En aquel momento llegó el coche. Los caballos aguardaron pacientemente, pateando el suelo; Théodore se colocó de espaldas a ellos, observando la calle con gran interés.

—Escucha —dijo Lucile—, acudimos a esta iglesia porque mi madre siente debilidad por uno de los sacerdotes. Lo considera un hombre muy espiritual, casi un santo.

Théodore se giró y abrió la portezuela del coche.

—Es el abate Laudréville —prosiguió Lucile—. Viene a casa tres veces a la semana para hablar con mi madre y confortarla. Opina que mi padre carece por completo de sensibilidad. No dejes de escribirme.

Lucile cerró la portezuela del coche y se asomó por la ventanilla.

—Imagino que sabrás conquistarte a un anciano sacerdote. Entrégale las cartas y él me las traerá. Si acudes a la misa vespertina, el abate te entregará las mías.

Théodore cogió las riendas.

—Te hará bien asistir a misa —dijo Lucile.

Noviembre: Camille está en el Café du Foy, hablando atropelladamente.

—Mi primo De Viefville me habló en público. Estaba ansioso de contarle a alguien lo sucedido. Según parece, el Rey se quedó medio dormido, como de costumbre. El guardasellos dijo que se convocaría a los Estados Generales, pero no hasta 1792…

—La culpa la tiene la Reina.

—Baja la voz.

—Los asistentes protestaron y se negaron a registrar los edictos, tal como deseaba el Rey. Poco antes de proceder a la votación, el guardasellos se dirigió al Rey y le habló al oído, pero el Rey insistió en que los edictos debían ser registrados.

—¿Pero cómo puede…?

—Chitón.

Camille observó a sus contertulios. Era consciente de que se había producido de nuevo un hecho singular: había dejado de tartamudear.

—Entonces se levantó Orléans, pálido como la cera, según me contó De Viefville. El duque dijo: «No podéis hacer eso. Es ilegal». El Rey se puso muy nervioso y gritó: «Es legal porque yo lo deseo».

Las palabras de Camille suscitaron de inmediato unos murmullos de protesta e indignación. En aquellos momentos, Camille sintió el deseo de destruir su caso; era un buen abogado, sin duda podría conseguirlo. Pero era demasiado honesto.

—Escuchad —dijo—, eso es lo que dijo De Viefville que dijo el Rey. Pero no sabemos si es cierto. No acaba de convencerme. Si alguien quisiera provocar una crisis constitucional, eso es exactamente lo que querrían que dijera el Rey. En realidad, el Rey no es mal hombre… Es probable que no dijera eso, que hiciera alguna broma…

D'Anton notó que Camille había dejado de tartamudear y que se expresaba con gran soltura.

—Venga, acaba de una vez —dijo alguien.

—Los edictos fueron registrados. El Rey se marchó. En cuanto desapareció, los edictos fueron anulados y borrados de los libros. Dos miembros del Parlamento fueron arrestados. El duque de Orléans se encuentra exiliado en sus propiedades de Villers-Cotterêts. Mi primo De Viefville me ha invitado a almorzar con él.

El otoño pasó. Según decía Annette, si el techo se hundiera, uno no se limitaría a llorar y gemir sino que trataría de rescatar lo que pudiera de entre los escombros. La perspectiva de lo que se disponía a hacer Camille, respecto a su hija y a ella misma, era demasiado atroz para resistirla. Así pues, Annette lo aceptó del mismo modo que una persona que padece una enfermedad mortal acaba aceptándolo; a veces, deseaba estar muerta.

V. *Una nueva profesión*

(1788)

Nada cambia. Nada es nuevo. Persiste una atmósfera de crisis. La sensación de que algo está a punto de reventar. Pero no sucede nada. El buque del Estado se hunde, hemos alcanzado un punto sin retorno, las instituciones se desmoronan… Sólo el cliché prospera.

En Arras, Maximilien de Robespierre afronta el Año Nuevo triste y malhumorado. Se ha enemistado con el poder judicial local. No tiene dinero. Ha dimitido de la sociedad literaria porque considera que la poesía se ha vuelto obsoleta. Trata de reducir sus compromisos sociales porque le cuesta mostrarse educado con los engreídos, los arribistas y los mezquinos que componen la alta sociedad de Arras. Las conversaciones intrascendentes han dado paso a comentarios sobre las novedades del día, y Maximilien contiene el deseo de sonreír y disimular. Cada vulgar disputa se convierte en una ofensa, cada punto concedido en los tribunales se convierte en una derrota. La ley prohíbe los duelos, pero no los duelos mentales. No puedes desligar las ideas políticas de las personas que las sostienen, le dice a su hermano Augustin. Si lo haces, demuestras que no te tomas la política en serio.

De alguna manera, sus pensamientos se reflejan en su rostro, pero ello no impide que la gente lo siga invitando a una gira campestre o a una velada teatral. No comprenden que todo eso no le interesa. Maximilien intenta ser diplomático, para no ofender a nadie; a fin de cuentas, es muy fácil comportarse como el muchacho bueno y educado que ha sido siempre.

La tía Henriette y la tía Eulalie siguen asfixiándolo con sus muestras de cariño, tratando de complacerle. La hijastra de la tía Eulalie, Anaïs, es muy bonita, y está enamorada de él. ¿Por qué no me caso con ella?, se pregunta Maximilien. Porque el año que viene es posible que el Rey convoque a los Estados Generales, y quizá tenga que marcharme.

En Navidad los Charpentier se instalaron en su nueva casa en Fontenay-sous-Bois. Echan de menos el café, pero no el barro, el ruido y las gentes maleducadas de la ciudad. El aire del campo, según dicen, les ha rejuvenecido. Gabrielle y Georges-Jacques van a visitarlos cada domingo. Es evidente que son muy felices. El niño dispondrá de suficiente ropa para vestir a siete bebés y recibirá más atenciones que el Delfín. Georges-Jacques está pálido, parece cansado. Debería pasar un mes en Arcis, pero está muy ocupado. Lleva todos los asuntos legales de la administración de rentas, pero afirma que necesita otra fuente de ingresos. Le gustaría comprar unos terrenos, pero afirma que no dispone de capital. Dice que no puede partirse en dos, que todo tiene un límite, pero sin duda exagera. Todos nos sentimos muy orgullosos de Georges.

En el Tesoro, Claude Duplessis trata de mostrarse alegre y optimista, dadas las circunstancias. El año pasado, durante un período de cinco meses, Francia tuvo tres ministros de Finanzas sucesivos, todos los cuales hacían las mismas absurdas preguntas y exigían que les suministraran una enorme cantidad de datos inútiles. A veces, al despertarse por las mañanas, a Claude le cuesta trabajo recordar para quién trabaja. Dentro de poco pedirán al señor Necker que vuelva a ocupar el cargo de ministro, para que nos siga dando la tabarra sobre lo de no perder las esperanzas. Si la gente se empeña en considerar a Necker una especie de Mesías, quién soy yo, un humilde funcionario, para llevarle la contraria… Ninguno de los que trabajan en el Tesoro cree que la situación tenga remedio.

Claude confiesa a un colega que su hermosa hija quiere casarse con un insignificante abogado de provincias, un tartamudo muerto de hambre que además tiene mala fama. Su colega trata inútilmente de reprimir la risa.

El déficit asciende a ciento sesenta millones de libras.

Camille Desmoulins vivía en la rue Sainte-Anne con una muchacha cuya madre pintaba retratos.

—Ve a ver a tu familia —le insistía la joven—. Es Año Nuevo.

Le hubiera gustado tener las manos de su madre para hacerle un retrato. Pero no es fácil hacer un retrato de Camille. Es más fácil retratar al tipo de hombre que está de moda, corpulento, perfectamente peinado, consciente de su donaire. Camille es demasiado inquieto, se mueve constantemente. La joven sabe que va a abandonarla, que no puede retenerlo, pero no obstante desea ayudarlo.

La destartalada diligencia se dirigía a Guise por unos caminos inundados debido a las torrenciales lluvias que habían caído unos días atrás. A medida que se aproximaba a su casa, Camille se puso a pensar en su hermana Henriette, en su larga agonía. Se había recluido en su habitación y llevaba muchos días sin verla. Su madre parecía

preocupada, y el médico acudía a visitarla todos los días. Camille iba al colegio, a Cateau-Cambrésis. En ocasiones se despertaba por la noche, extrañado de no oírla toser. Un día cuando regresó a casa, lo llevaron a la habitación de su hermana y dejaron que permaneciera junto a ella durante cinco minutos. Estaba pálida y ojerosa. Falleció el mismo día en que él partió a París, un día frío y lluvioso.

Su padre ofreció al sacerdote y al médico una copa de coñac, como si no estuvieran acostumbrados a la muerte, como si necesitaran un trago. Su padre permaneció sentado en un rincón mientras el sacerdote y el médico charlaban con Camille: ¿Te apetece ir al Louis-le-Grand? No tengo más remedio que ir. ¿No echarás de menos a tus padres? Me enviaron al colegio cuando tenía siete años, de modo que estoy acostumbrado a permanecer lejos de casa. No les echaré de menos, ni ellos a mí. Está disgustado, se apresuró a decir el sacerdote. Pero no temas, tu hermana está en el cielo. No, padre, Henriette está en el purgatorio, para expiar sus pecados. Ese es el consuelo que nos ofrece nuestra religión cuando perdemos a un ser querido.

Cuando llegara a casa le ofrecerían una copa de coñac y su padre le preguntaría, como solía hacer siempre, si había tenido buen viaje. Camille estaba acostumbrado a ese trayecto. Todo era posible, desde que los caballos tropezaran y se cayeran, hasta que alguien lo envenenara o que un compañero de viaje lo matara de aburrimiento. En cierta ocasión contestó: No he visto nada. No he hablado con nadie. Me he entretenido pensando en cosas inmorales. Eran los tiempos antes de la diligencia. Ahora tenía dieciséis años y estaba pletórico de energía.

Antes de partir de París había releído las cartas que le había escrito su padre. Eran mordaces, torpes, hirientes. Venía a decirle que los Godard deseaban romper su compromiso con su prima Rose-Fleur. A fin de cuentas, lo habían concertado cuando ella era una niña, sin imaginar lo que iba a suceder.

Llegó a casa el viernes por la noche. Al día siguiente fue a visitar a su prima. Rose-Fleur fingió sentirse demasiado turbada para hablar con él. Tenía los ojos grandes y el cabello negro y espeso, como todos los Godard. De vez en cuando lo miraba de arriba abajo, haciendo que se sintiera como un vil gusano.

El domingo Camille fue a misa con su familia. Mientras caminaba por las calles notó que la gente lo observaba como si fuera un fenómeno de feria. En la iglesia, los fieles lo miraron como si acabara de llegar de una región más cálida que París.

—Dicen que eres ateo —murmuró su madre.

—¿Dicen eso?

—A lo mejor te ocurre lo que al diabólico Angevin, que durante la consagración se esfumó en una nube de humo —dijo Clément.

—Sería estupendo —dijo Anne-Clothilde—. Nuestra agenda social ha sido muy aburrida.

Camille no miró a los feligreses aunque era consciente que lo estaban observando. Se encontraban el señor Saulce y su esposa; el viejo médico, barrigudo y luciendo un tupé, el que había llevado a su hermana Henriette a la tumba.

—Mira, ahí está tu antigua novia —dijo Clément—. No disimules. Lo sabemos todo.

Sophie se había convertido en una matrona gorda y con papada. Lo miró como si tuviera los huesos de cristal. Quizá fuera cierto, pensó Camille; hasta la piedra parecía deshacerse en aquella opresiva atmósfera. La oscilante luz de las velas arrojaba unas sombras fantasmagóricas sobre los asistentes, la piedra, el vino y el pan. Unos cuantos feligreses se acercaron al altar para comulgar.

Cuando regresaron a casa, Camille se dirigió al estudio de su padre y rebuscó entre la correspondencia hasta hallar las cartas de su tío Godard. Mientras las leía apareció su padre.

—¿Qué haces? —le preguntó Jean-Nicolas—. Esto es demasiado.

—Ya sabes que soy un desalmado capaz de los más abominables crímenes —contestó Camille—. Así pues —leyó en voz alta—, debido a la conocida inestabilidad de Camille, tememos que su unión con Rose-Fleur no sea feliz ni duradera. —Al terminar, dejó la carta sobre la mesa y preguntó a su padre—: ¿Acaso creen que estoy loco?

—Opinan que…

—¿Qué otra cosa puede significar la palabra inestabilidad?

—¿Por qué le das tanta importancia? —replicó Jean-Nicolas, acercándose a la chimenea—. Esa maldita iglesia está helada —dijo—. Pudieron haber empleado otra palabra, pero hubiera resultado demasiado fuerte en una carta. Por lo visto se han enterado de que mantuviste una… relación con un colega al que siempre he tenido en la más alta…

—Eso sucedió hace muchos años —respondió Camille.

—Me resulta difícil hablar de esto —continuó Jean-Nicolas—. ¿Acaso lo niegas?

El viento soplaba con fuerza y el granizo batía sobre las ventanas.

—Qué tiempo más raro —observó Jean-Nicolas—. En noviembre se cayeron unas tejas.

—Para ser precisos, sucedió hace unos seis años. De todos modos, no fue culpa mía.

—¿Ah, no? ¿Acaso pretendes decirme que mi amigo Perrin, un hombre intachable al que conozco desde hace treinta y cinco años, un hombre respetado por todos en el Tribunal Supremo y uno de los masones más importantes del país, te dejó inconsciente de un puñetazo y se acostó contigo? Escucha, ¿no oyes un ruido muy extraño? ¿Serán goteras?

—Pregúntaselo a quien quieras.

—¿El qué?

—Sobre Perrin. Tiene muy mala fama. Yo era un niño. La verdad es que no sé cómo sucedió.

Había empezado a nevar. El viento amainó. Camille apoyó la frente sobre el frío cristal de la ventana. Estaba ofuscado. Su aliento empañó el cristal. El fuego

crepitaba en la chimenea y unas golondrinas pasaron volando sobre la plaza. De pronto entró Clément.

—¿Qué es ese ruido tan extraño? —preguntó—. Parecen goteras. ¿Te encuentras bien, Camille? Tienes mala cara.

—Creo que sí.

Dos días más tarde estaba de regreso en París, en la rue Sainte-Anne.

—Me marcho —le dijo a su amante.

—Como gustes —contestó ella—. Me fastidia que te veas con mi madre a mis espaldas. De modo que es mejor que te vayas.

Camille se despertó. Estaba solo, cosa que detestaba. Se frotó los ojos. Tenía unos sueños espantosos. Su vida no era como imaginaba la gente. El esfuerzo que había hecho para conseguir a Annette le había destrozado los nervios. No tenía nada contra Claude, pero le gustaría que desapareciera del mapa. Sin sufrir, por supuesto. Trató de pensar en algún precedente, tal vez en las Sagradas Escrituras.

Recordó —lo recordaba todas las mañanas— que iba a casarse con la hija de Annette, que la había obligado a jurarlo. Qué complicado era todo. Su padre le había acusado de tener un talento especial para destrozar la vida de la gente. Camille no entendía a qué venía eso. No había violado a nadie ni había cometido ningún asesinato.

Había recibido carta de casa. No quería abrirla. Luego pensó, no seas idiota, quizás haya muerto alguien. El sobre contenía un talón bancario y una nota de su padre, más bien de resignación que de disculpa. No era la primera vez que sucedía. Se enfadaban, se insultaban y se reconciliaban. En ocasiones, su padre reconocía que había ido demasiado lejos. Necesitaba conservar el control; si Camille dejaba de escribir, si no regresaba a casa, habría perdido el control. Debería devolverle el talón, pensó Camille. Pero necesito el dinero, y él lo sabe. Padre, tienes otros hijos a los que atormentar, pensó.

Iré a ver a D’Anton, pensó. A Georges-Jacques no le importan mis vicios, más bien le gustan.

En el despacho de D’Anton estaban todos muy ocupados. El abogado de la Corona había contratado a dos secretarios. Uno de ellos era un hombre llamado Jules Paré, con el que había ido al colegio, aunque D’Anton era bastante más joven. El otro se llamaba Deforgues, y también lo conocía desde hacía tiempo. Luego había otro individuo llamado Billaud-Varennes, que acudía cuando lo necesitaban. Era un hombre bajito, enjuto, que jamás hablaba bien de nadie. Cuando entró Camille, estaba recogiendo unos documentos que había sobre la mesa de Paré y quejándose de que su esposa se había engordado. Camille advirtió que aquella mañana estaba de un humor de perros. Envidiaba a Georges-Jacques, sus elegantes trajes, su aire de prosperidad y la aplastante seguridad en sí mismo.

—¿Por qué se mete con Anna cuando en realidad es de maître D'Anton de quien le gustaría quejarse? —inquirió Camille.

—No tengo queja de nadie —replicó Billaud.

—Es usted muy afortunado. Debe de ser la única persona en Francia que no se queja. ¿Por qué miente?

—Vete, Camille —terció D'Anton, examinando los documentos que le había entregado Billaud—. Tengo mucho trabajo.

—¿Cuando ingresaste en el colegio de abogados no tuviste que pedirle al cura de la parroquia un certificado en el que constara que eras un buen católico? ¿No se te atragantó?

—París bien vale una misa —contestó D'Anton.

—Por supuesto, ese es el motivo de que maître Billaud-Varennes no haya prosperado. Le gustaría ser abogado de la Corona, pero odia a los sacerdotes. ¿No es cierto?

—Sí —respondió Billaud—. Y ya que estamos en ello, le diré que mi último y más ferviente deseo sería que estrangularan al último rey con las tripas del último sacerdote.

Una breve pausa. Camille mira fijamente a Billaud. Le inspira tal repugnancia que no soporta su presencia. Pero en estos momentos tiene que aguantarse. Por desgracia se ve obligado a tratar con gente que no soporta. En ocasiones, al mirar a ciertas personas, tiene la sensación de que las conoce de toda la vida, como si fueran parientes suyos.

—¿Cómo va lo de su panfleto subversivo? —le preguntó a Billaud—. ¿Ha encontrado a alguien que se lo quiera imprimir?

D'Anton alzó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué se molesta en escribir cosas que nadie las va a publicar, Billaud?

Billaud se puso colorado como un tomate.

—Porque me niego a hacer concesiones.

—Vamos, hombre —dijo D'Anton—. ¿No sería preferible que…? Es inútil, ya hemos hablado sobre eso. Quizá tú también deberías dedicarte a escribir panfletos, Camille. Puede que la prosa sea más rentable que la poesía.

—Su panfleto se titula «El último golpe contra los prejuicios y la superstición» —respondió Camille—. Pero no parece que vaya a ser el último golpe, ¿verdad? Supongo que correrá la misma suerte que sus abominables obras.

—El día que usted… —empezó a decir Billaud.

D'Anton lo interrumpió.

—Basta. ¿Qué son estos documentos que me ha traído, Billaud? Son ilegibles.

—¿Pretende enseñarme mi trabajo, maître D'Anton?

—Si no sabe hacerlo, sí. —Luego se dirigió a Camille y le preguntó—: ¿Cómo está tu prima Rose-Fleur? No, no me lo cuentes ahora. Estoy demasiado ocupado.

—¿Resulta muy difícil ser respetable? —le preguntó Camille—. Me refiero a si

cuesta un gran esfuerzo.

—Esa pose suya resulta grotesca, maître Desmoulins —dijo Billaud—. Me da asco.

—No menos del que me inspira usted a mí, fantasma —replicó Camille—. Si no consigue ejercer de abogado, siempre puede utilizar su talento para gemir en los sótanos de un castillo o danzar sobre las tumbas de sus antepasados.

Cuando Camille se marchó, Jules Paré dijo:

—No me atrevo a decir lo que pienso sobre ese cretino.

Al llegar al Théâtre des Variétés, el portero dijo a Camille:

—Llegas tarde, amor.

Camille no comprendió sus palabras. En la taquilla había dos hombres discutiendo sobre política. Uno de ellos atacaba duramente a la aristocracia. Era un individuo bajito y rollizo, que parecía no tener un solo hueso en el cuerpo, el tipo de hombre que —en circunstancias normales— suele defender con vehemencia el *statu quo*.

—Ten cuidado, Hébert —le advirtió el otro sin perder la calma—, van a colgarte.

Se masca la sedición, pensó Camille.

—Apresúrese —le dijo el portero—. Está de pésimo humor. Se pondrá furioso con usted por llegar tarde.

En el interior del teatro, sumido en la penumbra, reinaba un ambiente hostil. Unos actores, visiblemente nerviosos, saltaban y brincaban sobre las tablas del escenario para entrar en calor. Philippe Fabre d'Églantine estaba de pie ante el escenario y la cantante que acababa de actuar.

—Creo que necesitas unas vacaciones, Anne —dijo este—. Lo siento, querida, no me ha gustado la prueba. ¿Qué te ha pasado en la garganta? ¿Acaso te dedicas a fumar en pipa?

La chica cruzó los brazos. Parecía a punto de romper a llorar.

—Dame un puesto en el coro, Fabre. Te lo suplico.

—Lo siento, no puedo. Parece como si estuvieras cantando dentro de un edificio en llamas.

—Qué vas a sentirlo, cabrón —dijo la muchacha.

Camille se acercó a Fabre y le preguntó al oído:

—¿Está casado?

—¿Qué? —contestó Fabre, girándose sobresaltado—. No.

—¿No? —insistió Camille.

—Bueno, sí, en cierta forma…

—No pretendo hacerle chantaje.

—De acuerdo, sí, estoy casado. Mi mujer está… de gira. ¿Puede esperarme media hora? Enseguida le atenderé. ¿Qué he hecho para merecer esto? —se quejó,

señalando el escenario, las bailarinas y el gerente del teatro, que estaba sentado en un palco.

—Todos estamos de mal humor esta mañana. En la taquilla están discutiendo sobre la composición de los Estados Generales.

—El taquillero, René Hébert, es muy impulsivo. Le fastidia que su destino sea vender entradas de teatro.

—Esta mañana he visto a Billaud —dijo Camille—. También está de un humor de perros.

—No mencione el nombre de ese hijo de puta —contestó Fabre—. ¿Por qué no se dedica a su profesión en lugar de intentar quitarles el pan de la boca a los escritores? Usted es distinto —añadió amablemente—. No me importaría que usted escribiera una obra, puesto que como abogado es una nulidad. Creo, querido Camille, que usted y yo deberíamos colaborar en algún proyecto.

—Me gustaría colaborar en una violenta y sangrienta revolución. Algo que ofendiera a mi padre.

—Yo me refería más bien a algo a corto plazo, que nos diera mucho dinero —contestó Fabre.

Camille se retiró a un rincón y observó a Fabre mientras dirigía el ensayo.

La cantante bajó del escenario, se dejó caer en una butaca y se echó sobre los hombros un chal de seda que había visto mejores tiempos, como su belleza. Luego miró a Camille con cara de pocos amigos y preguntó:

—¿Le conozco?

Era una muchacha de unos veintisiete años, delgada, con el pelo castaño oscuro y la nariz respingona. Era bastante atractiva, pero tenía las facciones ligeramente desdibujadas, como si le hubieran propinado una paliza y aún no se hubiera recuperado del todo. Al cabo de unos momentos, repitió la pregunta.

—Me gusta su estilo —contestó Camille.

La muchacha sonrió y se frotó el cuello.

—Creí que nos conocíamos.

—A mí también me pasa con frecuencia. Últimamente tengo la sensación de que conozco a todo el mundo en París. Es como si sufriera alucinaciones.

—¿Es amigo de Fabre? ¿No podría convencerlo para que me contratara? Bueno, da lo mismo. Tiene razón, he perdido la voz. Estudié en Inglaterra. Tenía la ilusión de convertirme en una gran cantante. No sé lo que voy a hacer ahora.

—¿Qué suele hacer cuando no canta?

—Solía acostarme con un marqués.

—Bien, pues…

—No sé —dijo la muchacha—. Tengo la impresión de que los marqueses se han vuelto un poco tacaños. Y yo ya no concedo mis favores tan a la ligera. Creo que me iré a Génova. Tengo varios contactos allí.

A Camille le gustaba su voz, su acento extranjero.

—¿De dónde es usted? —le preguntó.

—De una población cercana a Lieja. He viajado bastante. Me llamo Anne Théroigne. Qué cansada estoy —dijo la joven, cerrando los ojos y reclinándose en la butaca.

Claude estaba en su casa de la rue Condé.

—Me sorprende verlo a usted —dijo, aunque no parecía sorprendido—. Ya tiene mi respuesta. Decididamente no. Jamás.

—¿Acaso se cree inmortal? —preguntó Camille. Tenía ganas de pelearse con Claude.

—Se diría que me está usted amenazando —respondió este.

—Escúcheme —dijo Camille—. Dentro de cinco años todo esto habrá desaparecido. No habrá funcionarios del Tesoro, ni aristócratas, y la gente se casará con quien le dé la gana; no habrá monarquía, ni parlamentos, y usted no podrá impedirme nada.

Jamás había hablado a nadie en ese tono. Se sentía como si se hubiera quitado un peso de encima. Quizás elija la carrera de matón, pensó Camille.

Annette se hallaba sentada en una habitación contigua. Era la primera vez desde hacía seis meses que Claude llegaba temprano a casa, por lo que Camille no estaba preparado para enfrentarse a él. Está empeñado en casarse con mi hija, pensó Annette, porque alguien se lo impide. Durante mucho tiempo, la propia Annette había alimentado ese feroz ego, como si se tratara de una extraña planta de interior, a base de café moca y pequeñas confidencias.

—No te muevas de aquí, Lucile —ordenó Annette a su hija—. No permitiré que te burles de la autoridad de tu padre.

—¿Llamas a eso autoridad? —inquirió Lucile. Asustada, se dirigió apresuradamente hacia la puerta de la habitación.

Camille estaba pálido de ira y sus ojos parecían dos manchas oscuras. Lucile se detuvo ante él.

—Quiero que sepas —dijo—, que estoy decidida a vivir como me apetezca. Me aterra llevar una vida vulgar, aburrida.

Camille le rozó la mano con la punta de los dedos, que estaban helados. Luego dio media vuelta y salió. Lucile oyó un portazo. Lo único que le quedaba de él era el frío tacto de su mano. Al cabo de unos segundos oyó sollozar a su madre.

—Jamás, en veinte años, se había pronunciado una palabra fuera de lugar en esta casa —dijo su padre—, ni mis hijas habían oído alzar la voz a nadie.

En aquel momento apareció Adèle.

—De modo que ahora vivimos en el mundo real —observó.

Claude la miró apenado.

El hijo de los D’Anton era un niño robusto, con la piel ligeramente tostada, el pelo oscuro y los ojos azul claro, como su padre. Los Charpentier lo miraban embelesados, tratando de descubrir a quién se parecía. Gabrielle se sentía satisfecha de sí misma. Había decidido amamantar a su hijo en lugar de ponerlo en manos de una nodriza.

—Hace diez años habría sido impensable que una mujer de tu posición, la esposa de un abogado, amamantara a su hijo —dijo su madre, a quien chocaban ciertas costumbres modernas.

Corre el mes de mayo de 1788. El Rey ha anunciado que suprimirá los parlamentos. Algunos de sus miembros han sido arrestados. Los ingresos ascienden a 503 millones, los gastos a 629 millones. Gabrielle, asomada a la ventana, ve a un cerdo persiguiendo a un niño. El incidente la preocupa. Desde que ha dado a luz está muy sensible y no quiere llevarse sobresaltos.

Así pues, al cabo del tiempo se mudaron a una vivienda situada en un primer piso, en la esquina de la rue des Cordeliers y la Cour du Commerce. Al principio, Gabrielle pensó que no podían permitírselo. Era una vivienda muy lujosa y tendrían que comprar más muebles.

—Georges-Jacques tiene gustos caros —observó la madre de Gabrielle.

—Trabaja mucho —respondió esta.

—¿De veras? Querida, me parece admirable que seas una esposa obediente, pero no imbécil.

Más tarde, Gabrielle preguntó a su marido:

—¿Estamos endeudados?

—No te preocupes por eso —contestó Georges-Jacques.

Al día siguiente, frente a la puerta de su nueva casa, D’Anton se detuvo para dejar paso a una mujer que llevaba de la mano a una niña de unos nueve o diez años. Se trataba de la señora Gély, cuyo marido, Antoine, era funcionario en el tribunal del Châtelet. La señora Gély preguntó a D’Anton si lo conocía, y este respondió afirmativamente. La niña se llamaba Louise. Tras cambiar algunas frases corteses, la señora Gély se despidió diciendo:

—Si la señora D’Anton me necesita, no tiene más que comunicármelo. La semana que viene, cuando ya estén instalados, tienen que venir a cenar a casa.

Luego subió la escalera, seguida de Louise.

Georges-Jacques encontró a Gabrielle sentada en una caja, tratando de pegar las dos mitades de un plato.

—Es lo único que se nos ha roto —dijo, dándole un beso—. Nuestra nueva cocinera está preparando la comida. Esta mañana he contratado a una doncella. Se llama Catherine Motin, es joven y barata.

—He conocido a nuestra nueva vecina. Es muy amable. Tiene una niña de unos diez años. Me pareció que me miraba con recelo.

Gabrielle lo abrazó.

—No tienes un aspecto muy tranquilizador —dijo—. ¿Ha concluido el caso?

—Sí. He ganado.

—Siempre ganas.

—No siempre.

—Yo creo que sí.

—Como quieras.

—¿No te importa que te adore?

—Lo importante, según me han dicho, es no verse obligado a satisfacer todas las expectativas de una mujer.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Camille.

El niño rompió a llorar y Gabrielle corrió a atenderlo. Años más tarde, Georges-Jacques recordaría ese momento, esa pequeña conversación, los lloros de su hijito, los opulentos pechos de su mujer y su dulce aire de inocencia, el olor a pintura, el montón de facturas sobre su mesa, los árboles frente a la ventana y el ambiente estival.

Índice de inflación	*1785-1789:*
Trigo	66%
Centeno	71%
Carne	67%
Leña	91%

Stanislas Fréron era periodista, un viejo compañero de escuela de Camille. Vivía a pocos pasos de los D'Anton y editaba una revista literaria. Era sarcástico y presumido, pero Gabrielle toleraba su presencia porque era ahijado de un miembro de la realeza.

—Supongo que este es su salón, señora D'Anton —dijo Fréron, sentándose en un flamante sillón púrpura—. No me mire de ese modo. ¿Por qué no puede la esposa de un prominente abogado abrir un salón?

—No me veo en ese papel.

—Así que ese es el problema, ¿eh? Pensaba que el problema éramos nosotros. Que nos consideraba ciudadanos de segunda clase. Algunos, lo somos, desde luego. Fabre, por ejemplo, no es que sea de segunda clase sino que es de tercera —dijo Fréron, inclinándose hacia adelante y juntando las manos—. Todos esos hombres, a quienes admirábamos de jóvenes, han muerto, están seniles o se han retirado con unas pensiones que apenas les permiten mantener encendidas las brasas de su ira, aunque sospecho que se trataba de una ira fingida. Sin duda recordará la que se organizó cuando el señor Beaumarchais se empeñó en que representaran sus obras, y nuestro obeso e ignorante Rey hizo que las prohibieran porque las consideraba subversivas.

Lo cual demostró que la aspiración del señor Beaumarchais era poseer la más lujosa mansión de París, que ha construido a pocos metros de la Bastilla y de uno de los barrios más míseros de la ciudad. Por otra parte…, en fin, podría citar miles de ejemplos. Las ideas que hace veinte años se consideraban peligrosas son ahora moneda corriente. Sin embargo, la gente se sigue muriendo de frío y de hambre en invierno, mientras que nosotros protestamos contra el orden establecido sólo porque no hemos conseguido trepar por la sórdida escala social. Si Fabre, por ejemplo, fuera elegido mañana miembro de la Academia, sus ansias de revolución social se convertirían de la noche a la mañana en la más dulce y apacible conformidad.

—Un bonito discurso, Conejo —dijo D'Anton.

—Menuda ocurrencia tuvo Camille al ponerme ese mote —contestó Fréron con visible irritación—. Ahora todo el mundo me llama de ese modo.

D'Anton sonrió.

—Prosiga —dijo.

—¿Conoce usted a Brissot? Está en América, Camille recibió carta suya. Ha ido a aconsejarles cómo solucionar sus problemas. Un gran teórico, ese Brissot, un gran filósofo político, aunque no tiene un céntimo. Todos esos americanos profesionales, esos irlandeses y ginebrinos profesionales —todos los gobiernos en el exilio, los mediocres, los chupatintas— afirman odiar lo que en realidad más desean.

—Usted puede permitirse el lujo de decirlo. Su familia goza de importantes influencias. Muy pocos pueden permitirse expresar una opinión radical.

—Me denigra usted, D'Anton.

—Usted denigra a sus amigos.

Fréron estiró las piernas.

—Fin de la discusión —dijo—. ¿Sabe usted por qué Camille me llama Conejo?

—No tengo la menor idea.

Fréron se giró hacia Gabrielle y dijo:

—Sigo pensando que dispone usted de todos los elementos para abrir un salón, señora D'Anton. Me tiene a mí, a François Robert y a su esposa. A propósito, Louise Robert dice que le gustaría escribir una novela sobre Annette Duplessis y las peripecias de la rue Condé, pero teme que el personaje de Camille no resulte creíble.

Los Robert acababan de casarse, estaban locamente enamorados y no tenían un céntimo. Él era profesor de derecho, tenía veintiocho años y era un hombre afable y cordial. Louise, de soltera señorita Kéralio, había nacido en Artois y era hija de un censor real. Su aristocrático padre le había prohibido casarse con François, pero ella no le hizo caso. A consecuencia de su matrimonio, su familia la había desheredado y François había encontrado todas las puertas cerradas, de modo que abrieron una tienda de comestibles en la rue Condé, especializada en productos de las colonias. Louise se pasaba el día sentada detrás de la caja, cosiendo o leyendo una obra de Rousseau, pendiente de oír entrar a un cliente o los rumores que circulaban sobre una posible subida del precio de la melaza. Por las noches preparaba la cena para su

marido y revisaba meticulosamente todas las facturas. Cuando terminaba de repasar las cuentas, charlaba un rato con François sobre jansenismo, la administración de justicia o la estructura de la novela moderna. Más tarde permanecía acostada en la oscuridad, tapada hasta la nariz, rezando para que Dios no le enviara hijos.

—Aquí me encuentro cómodo —dijo Georges-Jacques.

Por las tardes le gustaba salir a dar una vuelta por el barrio y detenerse a charlar con los vecinos. Legendre, el carnicero, era un tipo simpático cuyo negocio marchaba viento en popa. El individuo de aspecto un tanto siniestro que vivía enfrente era en realidad un marqués, el marqués de Saint-Huruge, el cual andaba siempre despotricando contra el Gobierno. Fabre solía contar una historia tremenda sobre las desventuras del marqués.

Es un barrio tranquilo, decía Georges-Jacques, aunque la vivienda estaba siempre llena de personas a las que apenas conocían; nunca cenaban solos. Georges-Jacques trabajaba en casa, pues había instalado un pequeño estudio en el comedor. Sus escribientes, Paré y Deforgues, eran siempre muy amables con Gabrielle. A veces acudían unos jóvenes a los que ella no conocía preguntando si Camille vivía allí. En cierta ocasión Gabrielle se enfadó y dijo:

—No lo sé ni me importa.

Su madre iba a visitarlos una o dos veces a la semana, para jugar con su nieto y criticar a los sirvientes.

—Ya me conoces, Gabrielle —solía decir—, jamás me entrometo en nada.

Gabrielle se encargaba de la compra, porque le gustaba elegir personalmente las frutas y hortalizas, y para evitar que la estafaran. A veces la acompañaba la niña Louise Gély, para ayudarla a transportar las bolsas, y otras iba con ella la señora Gély para aconsejarla y cotillear un rato. A Gabrielle le gustaba Louise porque era una niña muy vivaracha y precoz, como todos los hijos únicos.

—Siempre veo a un montón de gente entrar y salir de su casa —dijo un día la niña—. ¿Puedo bajar alguna vez a visitarla?

—Sí, si prometes portarte bien y no alborotar. Y siempre que yo esté en casa.

—Oh, no me atrevería a ir si no estuviera usted. Maître D’Anton me da miedo. Tiene un aspecto muy severo.

—Es muy bueno.

La niña no parecía muy convencida. De pronto soltó:

—Quiero casarme enseguida, tener muchos hijos y dar una fiesta cada noche.

—Pero si sólo tienes diez años —dijo Gabrielle, echándose a reír.

—No voy a esperar a hacerme vieja —replicó Louise Gély.

El 13 de julio cayó una violenta granizada que provocó numerosos accidentes en las calles, arrasó los jardines y destruyó las cosechas en los campos. La tormenta duró todo el día; la noche del 13 al 14, los ciudadanos apenas consiguieron pegar ojo. Por

la mañana se despertaron en silencio y reanudaron sus tareas. Hacía calor y la gente estaba deslumbrada por el fuerte resplandor, como si toda Francia estuviera sumergida bajo el agua.

Faltaba un año para que estallara el cataclismo. Gabrielle estaba ante el espejo, colocándose el sombrero. Iba a salir a comprar unos cortes de lana para los vestidos de invierno de Louise. A la señora Gély le parecía una necedad, pero a su hija le gustaba tener sus vestidos de invierno colgados en el armario a finales de agosto. Nunca se sabe qué tiempo hará, decía, y si de pronto refrescara, no tendría qué ponerse pues había crecido mucho desde el invierno pasado. No es que en invierno fuera a ningún sitio especial, pero quería que Gabrielle la llevara a Fontenay para conocer a su madre. Fontenay es el campo, decía Louise.

De pronto sonaron unos golpes en la puerta.

—Pasa, Louise —dijo Gabrielle, pero no entró nadie.

La doncella, Catherine, estaba acunando al niño, que no cesaba de berrear. Extrañada, Catherine abrió la puerta y se encontró a una joven que no conocía.

—Disculpe —dijo esta—. Veo que está usted a punto de salir.

—¿Qué desea? —preguntó Gabrielle.

—¿Me permite pasar cinco minutos? —contestó la joven—. Sé que suena absurdo, pero temo que me estén siguiendo los sirvientes.

Gabrielle la invitó a pasar. La joven se quitó el sombrero y sacudió la cabeza. Llevaba una chaqueta de lino azul, muy ceñida, que ponía de realce su cintura de avispa y su esbelta figura. Luego se detuvo ante el espejo y se arregló el cabello. Gabrielle se sintió de pronto fea, gorda y mal vestida.

—Imagino —dijo—, que es usted Lucile.

—He venido —respondió Lucile—, porque la situación en mi casa es insostenible y necesito desahogarme con alguien. Camille me ha hablado de usted. Me ha dicho que es una persona muy buena y comprensiva.

Gabrielle arrugó el ceño. Qué truco tan bajo y despreciable, pensó. Si Camille le ha hablado bien de mí, ¿cómo puedo decirle lo que pienso de él?

—Sube y dile a la niña que me he retrasado, Catherine —dijo, arrojando el sombrero sobre una silla—. Después tráenos limonada. Qué calor hace, ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a Lucile—. ¿Se ha peleado usted con sus padres, señorita Duplessis?

Lucile se sentó en una silla y contestó:

—Mi padre se pasea por casa repitiendo: «¿Acaso la autoridad de un padre no cuenta nada?». Mi hermana y yo nos morimos de risa.

—¿Qué opina usted?

—Creo en el derecho de resistirse a la autoridad cuando esta es injusta.

—¿Y qué dice su madre?

—Nada. Sabe que recibo cartas, aunque finge no darse cuenta.

—No me parece una medida oportuna.

—Las dejo donde puede verlas.

—Eso empeora la situación.

—Sí.

—Francamente, no apruebo su conducta —dijo Gabrielle—. Yo jamás me hubiera enfrentado a mis padres. Ni les hubiera engañado.

—¿No cree que las mujeres debemos casarnos con el hombre del que estemos enamoradas? —preguntó Lucile.

—Desde luego. Siempre y cuando sea razonable. No me parece razonable que se case con maître Desmoulins.

—¿Usted no lo haría? —inquirió Lucile como si se dispusiera a comprar un trozo de encaje y no supiera cuál escoger—. El caso, señora D'Anton, es que estoy muy enamorada de él.

—Lo dudo. Es usted muy joven, está enamorada del amor.

Lucile la observó con curiosidad.

—Antes de conocer a su marido, ¿se había enamorado otras veces?

—Sinceramente, no. No era ese tipo de chica.

—¿Y cree que yo lo soy? Eso de estar enamorada del amor es lo que suelen decir las personas mayores, que se creen con derecho a mirarte con aires de superioridad y a juzgarte.

—Mi madre, que es una mujer con mucha experiencia, diría que está usted enamoriscada.

—Mi madre también tiene mucha experiencia —dijo Lucile.

Gabrielle se sentía confundida. No sabía qué hacer ni qué decir para lograr que esa desventurada muchacha recuperara el juicio.

—Mi madre me ha advertido que no debo criticar a los amigos de mi marido —dijo—. Pero en este caso… Lo cierto es que no es un hombre al que admiro…

—Eso es evidente.

Gabrielle recordaba el aspecto que ofrecía unos meses antes de dar a luz. Su estado, pese a sentirse muy feliz ante la perspectiva de ser madre, le había causado numerosos problemas. A finales del tercer mes tenía una barriga muy abultada, y sabía que después del parto la gente se pondría a contar los meses que habían transcurrido desde la boda. A medida que pasaba el tiempo, Georges-Jacques empezó a tratarla como a una desconocida. Sólo le hablaba sobre asuntos domésticos. Gabrielle echaba de menos el café, la compañía de los clientes masculinos, el mundo exterior.

¿Qué importaba que Georges trajera a sus amigos a casa? Pero Camille siempre estaba a punto de llegar o de marcharse. Cuando se sentaba lo hacía en el borde de la silla, y si permanecía quieto durante más de treinta segundos era porque estaba profundamente cansado. Su mirada expresaba una sensación de pánico y angustia. Cuando nació el niño, Gabrielle se sintió muy aliviada.

—Camille es como una nube en mi horizonte —dijo—. Una espina que tengo

clavada en el corazón.

—¿Suele usted emplear muy a menudo esas metáforas, señora D’Anton?

—Para empezar… Sin duda sabrá que no tiene dinero.

—En efecto, pero yo sí.

—Camille no puede vivir a costa de usted.

—Muchos hombres viven a costa de sus esposas. En algunos círculos, es una práctica perfectamente respetable.

—¿Y qué me dice sobre… esos rumores entre su madre y él? No sé cómo decirlo…

—Yo tampoco —respondió Lucile—, aunque existen varias formas de expresarlo.

—Debería tratar de averiguar la verdad.

—Mi madre se niega a hablar conmigo. Puedo preguntárselo a Camille, pero seguramente me mentirá. Así que he decidido no darle más vueltas. Me paso todo el día pensando en él. Sueño con él… Le escribo cartas y luego las rompo. Imagino que de pronto me lo encontraré en la calle…

Lucile se detuvo y se pasó la mano por la frente como para apartar un imaginario mechón. Gabrielle la miró horrorizada. Está obsesionada, pensó. Lucile se miró con tristeza en el espejo.

En aquel momento se asomó a la puerta Catherine.

—Ha llegado el señor.

Gabrielle se levantó de un salto. Lucile se reclinó en la silla y flexionó las manos como un gato probando sus garras. Al cabo de unos segundos entró D’Anton.

—Se ha congregado una impresionante multitud ante los tribunales de justicia —dijo, quitándose el abrigo—. Como no quería meterme en líos, he decidido volver a casa temprano. El ambiente está muy cargado y todos gritan el nombre de Orléans. A los guardias no les interesa dispersar a la muchedumbre. Hola, Lucile. Al parecer, también tenemos problemas en casa. Camille no tardará en llegar. Se ha detenido a hablar con Legendre. Legendre —añadió—, es nuestro carnicero.

Cuando apareció Camille, Lucile se levantó apresuradamente, cruzó la habitación y le besó en los labios. Mientras lo hacía, dirigió la vista hacia el espejo. Camille le cogió las manos y se las devolvió, unidas como en una plegaria. Notó que Lucile estaba muy guapa con el pelo suelto, que enmarcaba sus pronunciados rasgos y su palidez. También notó que Gabrielle lo contemplaba con menos hostilidad que otras veces. Vio que esta observaba a su marido, que a su vez observaba a Lucile. Vio a D’Anton pensando, por una vez ha dicho la verdad, no ha exagerado, Lucile es preciosa. Eso duró unos segundos. Luego, Camille sonrió. Sabía que las personas sentimentales le perdonarían todas sus locuras en nombre de su amor por Lucile, y sabía cómo despertar la compasión en la gente. Creía estar profundamente enamorado de Lucile; a fin de cuentas, ¿qué otra cosa podía ser esa sensual tristeza que observaba en el rostro de Lucile, y que sin duda expresaba también el suyo?

¿Por qué está tan alterada?, se preguntó. Deben de ser mis cartas. De pronto

recordó lo que le había dicho Georges: «Dedícate a la prosa». Quizá tuviera razón. Tenía muchas cosas que decir, y si conseguía reducir sus complejos y dolorosos sentimientos respecto a los Duplessis a unas pocas y reveladoras páginas, analizar el estado de la nación, en comparación con ello sería como un juego de niños. Por otra parte, aunque su vida era absurda y hacía sonreír a la gente, sus obras podían resultar patéticas y conmovedoras, y podían provocar abundantes lágrimas.

Durante medio minuto Lucile olvidó mirarse en el espejo. Por primera vez sintió que había cogido las riendas de su vida, que había dejado de ser una mera espectadora. ¿Pero cuánto tiempo duraría esa sensación? La presencia física de Camille la turbaba. Deseaba que se fuera, para poder imaginarlo de nuevo, pero no sabía cómo pedírselo sin que la tomara por una loca. Camille formó mentalmente la primera y la última frase de un panfleto político, pero sus ojos no se apartaron de Lucile. Dado que era muy miope, su mirada daba la impresión de una concentración tan intensa que Lucile sintió que le temblaban las rodillas. Ambos permanecieron inmóviles frente a frente, cada cual enfrascado en sus propios pensamientos, hasta que el momento pasó.

—De modo que esta es la muchacha que siembra el caos en su casa y soborna a sirvientes y sacerdotes —dijo D'Anton—. ¿Conoce usted las comedias de un escritor inglés llamado Sheridan?

—No.

—Me pregunto si cree que la vida debe imitar el arte…

—Me conformo con que imite a la vida —respondió Lucile. De pronto observó el reloj y dijo—: Me van a matar.

Después de lanzar un beso a todos, cogió su sombrero y salió precipitadamente. Al salir se topó con una niña que al parecer estaba escuchando detrás de la puerta.

—Me gusta su chaqueta —le dijo a Lucile.

Aquella noche, al acostarse, Lucile pensó: «Creo que he conquistado a aquel hombre feo y corpulento».

El 8 de agosto, el Rey fijó una fecha para la reunión de los Estados Generales: el 1 de mayo de 1789. Una semana más tarde, Briennne, el ministro de Finanzas, descubrió (o eso dijeron) que las arcas del Estado contenían el dinero suficiente para cubrir los gastos de una cuarta parte de un día. Inmediatamente declaró suspensión de pagos por parte del Gobierno. Francia estaba en quiebra. Su Majestad seguía cazando, y cuando no lograba cobrar una pieza anotaba en su diario: «*Rien, rien, rien*». Brienne fue destituido.

Debido a la gravedad de los últimos acontecimientos, Claude se hallaba en París en lugar de encontrarse en Versalles. A media mañana se dirigió, bajo el sofocante sol

de agosto, al Café du Foy. Otros años, en agosto, solía sentarse junto a una ventana abierta en su casa de campo de Bourg-la-Reine.

—Buenos días, maître D'Anton —dijo—. Maître Desmoulins. No sabía que se conocieran. ¿Qué les parece esta situación? Es evidente que las cosas no pueden seguir así.

—Si usted lo dice… —contestó Camille—. ¿Qué opinión le merece el regreso del señor Necker?

—¿Qué importa lo que yo opine? Creo que ni siquiera el abate Terray habría sabido resolver esta situación.

—¿Alguna novedad de Versalles? —preguntó D'Anton.

—Alguien me ha informado que cuando el Rey no puede salir de caza —dijo Camille—, se dedica a disparar contra los gatos de las damas desde los tejados de Versalles. ¿Cree que es cierto?

—No me extrañaría —respondió Claude.

—Nadie se explica cómo es posible que la situación se haya deteriorado hasta este extremo desde que Necker abandonó el cargo. En 1781, los libros mostraban un superávit…

—Falso —dijo Claude.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

—Ese Necker debe de ser un lince —observó D'Anton.

—A mí no me parece un delito —terció Camille—. Al fin y al cabo, sirvió para estimular la confianza de la gente…

—Jesuita —dijo D'Anton.

Claude se giró hacia él.

—He oído rumores, D'Anton, pajas que se agitan en el viento. Su jefe, Barentin, deja el cargo en la administración de rentas y se traslada al ministerio de Justicia en el nuevo Gobierno. —Claude sonrió. Parecía muy cansado—. Hoy es un día triste para mí. Daría cualquier cosa con tal de evitarme este sufrimiento. —De pronto miró a Camille, que se estaba comportando con gran discreción, y dijo—: Maître Desmoulins, confío en que haya abandonado su propósito de contraer matrimonio con mi hija.

—Se equivoca.

—Me gustaría que viera usted el asunto desde mi punto de vista.

—Me temo que sólo puedo verlo desde el mío.

El señor Duplessis se volvió. D'Anton le tocó el brazo y preguntó:

—¿Puede decirme algo más sobre Barentin?

—Cuanto menos se diga sobre ello, mejor —respondió Claude—. Espero no haber sido indiscreto. Supongo que volveré a verlo dentro de poco… y a usted también, Desmoulins.

—Pajas que se agitan en el viento… —dijo Camille cuando Duplessis se hubo

marchado—. Podría competir con maître Vinot para ver cuál de los dos suelta más majaderías. Aunque le he entendido perfectamente. Quiere decir que van a ofrecerte un cargo.

Tras tomar posesión de su cargo, Necker empezó a negociar un préstamo del extranjero. Los parlamentos fueron restituidos. El precio del pan aumentó dos *sous*. El 29 de agosto, una muchedumbre enfervorizada quemó los puestos de los centinelas en el Pont-Neuf. El Rey halló el dinero para trasladar unas tropas a la capital. Los soldados abrieron fuego contra una multitud de seiscientas personas, produciendo ocho muertos y multitud de heridos.

El señor Barentin fue nombrado ministro de Justicia y guardasellos real. Los ciudadanos confeccionaron un muñeco de paja con la efigie de su predecesor y lo quemaron en la Place de Grève, entre gritos y risas, ante la aquiescencia de los guardias que estaban destinados permanentemente en la capital y que disfrutaban con esas cosas.

D'Anton expuso sus motivos con precisión, sin acalorarse pero con toda claridad; había ensayado previamente lo que iba a decir, de modo que no hubiera lugar a dudas. La oferta de Barentin de un cargo de secretario no tardaría en ser del dominio público en el Ayuntamiento y los ministerios. Fabre sugirió que le llevara unas flores a Gabrielle y le diera la noticia suavemente.

Cuando Georges-Jacques llegó a casa se encontró a la señora Charpentier y a Camille. Al verlo, todos guardaron silencio. Aunque la atmósfera estaba bastante cargada, Angélique se acercó a él, sonriendo, y le besó en las mejillas.

—Querido Georges —dijo—, nuestras más sinceras felicitaciones.

—¿Por qué? —preguntó D'Anton—. Mi caso aún no se ha presentado ante los tribunales. La justicia, hoy en día, es de una lentitud exasperante.

—Hemos oído decir que te han ofrecido un cargo en el Gobierno —respondió Gabrielle.

—En efecto, pero lo he rechazado.

—Me lo temía —dijo Camille.

—En ese caso me marcho —dijo Angélique.

—Te acompañaré a la puerta —dijo Gabrielle ceremoniosamente. Estaba roja de ira. Madre e hija se levantaron y estuvieron susurrando unos momentos junto a la puerta.

—Angélique la obligará a comportarse —dijo D'Anton. Luego se dirigió a su mujer y añadió—: Siéntate y cálmate, intenta comprender que lo hago en bien de los dos.

—Cuando Camille nos advirtió que lo rechazarías —contestó Gabrielle—, le dije

que estaba equivocado.

—Este Gobierno no durará un año. No quiero ese cargo, Gabrielle.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó su mujer—. ¿Cerrar el bufete porque no te gustan las leyes que rigen actualmente? Eras un hombre ambicioso, solías decir…

—Y ahora aún es más ambicioso —terció Camille—. No quiere aceptar un cargo insignificante bajo Barentin. Es muy probable que un día le ofrezcan el cargo de guardasellos.

D'Anton se echó a reír y contestó:

—En tal caso te lo cederé a ti, te lo prometo.

—Eso sería una traición —dijo Gabrielle, a quien se le había empezado a deshacer el moño, como solía ocurrirle en momentos de crisis.

—Por muchos obstáculos que pongan en su camino, Georges-Jacques va a ser un personaje importante —afirmó Camille.

—Estáis locos —contestó Gabrielle. Al sacudir la cabeza, una cascada de horquillas cayó al suelo—. Lo que detesto, Georges, es que te dejes arrastrar por las opiniones de los demás.

—¿Eso crees de mí?

—Te equivocas, Gabrielle —se apresuró a decir Camille—, Georges tiene sus propias opiniones.

—A ti te hace caso, pero lo que yo le digo no cuenta para nada —contestó Gabrielle.

—Eso se debe a que… —empezó a decir Camille. No se le ocurría ninguna respuesta diplomática—. ¿Quieres que te acompañe esta noche al Café du Foy? —preguntó, dirigiéndose a D'Anton—. Quizá te pidan que pronuncies un breve discurso.

Gabrielle los miró perpleja, sujetando una horquilla que acababa de recoger del suelo, y preguntó:

—¿Acaso os sentís glorificados por este asunto?

—Yo no emplearía la palabra «glorificados» —respondió Camille—. Pero no deja de ser un comienzo.

—Regresaré pronto —dijo D'Anton—. Más tarde te lo explicaré todo. Deja las horquillas, Gabrielle, ya las recogerá Catherine.

Gabrielle sacudió de nuevo la cabeza. No quería que le explicara nada, y si pedía a Catherine que se arrastrara por el suelo en busca de sus horquillas, la muchacha se despediría.

Mientras bajaban la escalera, Camille dijo a D'Anton:

—Temo que mi presencia pone nerviosa a Gabrielle. Aunque mi afligida novia recurra a ella en busca de ayuda, tu mujer está convencida de que pretendo llevarte a la cama.

—¿Y es así? —preguntó D'Anton.

—No es momento para pensar en esas cosas —respondió Camille—. Me siento

satisfecho. Todo el mundo asegura que se van a producir unos cambios importantes, que la situación cambiará radicalmente. Lo dicen, y yo lo creo.

—Hubo un papa, no recuerdo cuál, que pronosticó que iba a producirse el fin del mundo. La gente vendió sus propiedades, y el papa las compró y se hizo rico.

—Es una bonita historia —respondió Camille—. Tú no eres papa, pero creo que llegarás muy alto.

En cuanto llegó a Arras la noticia de que iban a convocarse elecciones, Maximilien se apresuró a poner en orden sus asuntos.

—¿Cómo sabes que van a elegirte? —le preguntó su hermano Augustin—. Es probable que se confabulen contra ti.

—Por si acaso, mantendré la boca cerrada hasta las elecciones —contestó Maximilien—. En las provincias casi todo el mundo tiene voto, no sólo la gente adinerada, de modo que no podrán cerrarme las puertas.

—Esos canallas son capaces de todo —afirmó su hermana Charlotte—. Después de todo lo que has hecho por los pobres… Mereces salir elegido.

—Esto no es un premio.

—Has trabajado duro sin recibir nada a cambio, ni dinero, ni prestigio. No finjas que no te duele. No estás obligado a comportarte como un santo.

Maximilien suspiró. Charlotte tenía razón.

—Sé lo que piensas, Max —dijo su hermana—. No crees que regresarás de Versalles dentro de seis meses, ni de un año. Crees que esto alterará tu vida por completo. ¿Acaso pretendes que estalle una revolución tan sólo para satisfacer tus deseos?

—No me importa lo que hagan los Estados Generales —dijo Philippe de Orléans —, siempre y cuando yo esté presente cuando aborden el tema de la libertad del individuo, de forma que pueda utilizar mi voz y voto para imponer una ley que me garantice que, cuando me apetezca dormir en Raincy, nadie me obligará a ir a Villers-Cotterêts.

Hacia fines de 1788 el duque destituyó a su secretario particular y contrató a uno nuevo. Le gustaba poner a la gente en ridículo, y ese pudo haber sido el motivo que le impulsó a hacerlo. El nuevo secretario era un oficial del Ejército llamado Laclos. Tenía cerca de cincuenta años y era un hombre alto, delgado, de rasgos aristocráticos y unos ojos azules y fríos. Se había incorporado al Ejército a los dieciocho años, pero nunca había servido activamente en él. Ello le causaba cierta tristeza, pero veinte años destinado en plazas provincianas le habían dado un aire de profunda y filosófica indiferencia. Para distraerse había escrito unos poemas y el libreto de una ópera. Le gustaba observar a la gente y tomar nota de los pormenores de sus maniobras, sus

juegos de poder. Durante veinte años no había tenido otra cosa que hacer. Tenía la costumbre de despreciar lo que más envidiaba y admiraba, y de desear únicamente lo que no podía poseer.

Su primera novela, *Las relaciones peligrosas,* fue publicada en París en 1782. La primera edición se agotó a los pocos días. Los editores se frotaron las manos y dijeron que si lo que quería el público era leer ese escandaloso y cínico libro, ¿quiénes eran ellos para erigirse en censores? La segunda edición también se agotó. Las matronas y los obispos expresaron su indignación. El secretario de la Reina encargó un ejemplar con las tapas en blanco para la biblioteca particular de Su Majestad. Todos cerraban las puertas en las narices del autor. Había alcanzado la fama.

Todo parecía indicar que sus críticas contra las tradiciones castrenses habían dado al traste con su carrera militar.

—Es el hombre que me conviene —dijo el duque—. No teme exponer los vicios y virtudes de la gente.

Cuando Félicité de Genlis se enteró del nombramiento, amenazó con dimitir de su cargo como institutriz de los hijos del duque, lo cual a Laclos no le pareció un desastre irremediable.

Era un momento crucial en la vida del duque. Si quería aprovecharse de los turbulentos tiempos que corrían, era preciso organizarse. Debía sacar el máximo partido de su popularidad en París, contratar a hombres leales e inteligentes, de pasado intachable y brillante porvenir.

Laclos analizó detenidamente la situación. Empezó a frecuentar a escritores conocidos por la policía. Hizo discretas averiguaciones sobre los ciudadanos franceses que residían en el extranjero respecto al motivo de su exilio. Adquirió un inmenso mapa de París y trazó en él unos círculos azules que indicaban los puntos que podían ser fortificados. Repasaba minuciosamente las hojas de los panfletos recién salidos de las imprentas parisienses. Buscaba escritores que fueran más audaces y descarados que sus compañeros para hacerles una sustanciosa oferta. Pocos de ellos habían conseguido un éxito de ventas.

Laclos se convirtió en el hombre de confianza del duque. Lacónico, de aire severo y nombre desconocido. Sin embargo observaba a todo el mundo con un furtivo interés profesional, y anotaba los pensamientos que se le ocurrían en unos pedazos de papel.

En diciembre de 1788, el duque vendió su magnífica galería de arte del Palais-Royal y destinó el dinero a obras de beneficencia. Anunció en la prensa que distribuiría a diario mil libras de pan; que sufragaría los gastos de parto de las mujeres indigentes (incluso las que no habían sido preñadas por él, según decían algunos); que renunciaría a los diezmos sobre el grano cultivado en sus propiedades, y que revocaría las leyes sobre la caza en todas sus tierras.

Tal era el programa de Félicité. Era por el bien del país. Y también por el bien de

Philippe.

Rue Condé.

—Aunque la censura se ha suavizado —dice Lucile—, aún se imponen sanciones criminales.

—Afortunadamente —observa su padre.

El primer panfleto redactado por Camille yace en la mesa, junto a su cubierta de papel. Su segundo manuscrito yace junto a él. Los impresores no quieren tocarlo, al menos aún no; tendremos que esperar a que la situación empeore.

Lucile lo acaricia:

El azar nos ha reservado la satisfacción de asistir a la restitución de la libertad entre los franceses… Durante cuarenta años la filosofía ha socavado los fundamentos del despotismo, y así como Roma estaba esclavizada por sus vicios antes de César, Francia, gracias a su inteligencia, había adquirido carta de naturaleza antes de Necker… El patriotismo se extiende día a día con la avidez de una gran conflagración. Los jóvenes toman las armas; los viejos cesan, por primera vez, de añorar el pasado. Ahora se sonrojan al evocarlo.

VI. *Los últimos días de Titonville*

(1789)

Una deposición a los Estados Generales

La comunidad de Chaillevois se compone de aproximadamente doscientas personas. La mayoría de los habitantes no poseen tierras, o bien se trata de unas parcelas tan insignificantes que no merece la pena mencionarlas. Se alimentan de pan remojado en agua salada. Jamás prueban la carne, excepto el domingo de Pascua, el martes de Carnaval y la fiesta del santo patrón… En ocasiones, si el patrón les permite cultivarlas entre las parras, comen judías… Así es como el pueblo llano vive bajo el mejor de los reyes.

Honoré-Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau:
Este es mi lema: entra a toda costa en los Estados Generales.

Año Nuevo. Uno sale a la calle y tiene la sensación de que ya se ha producido el cataclismo, el fin del mundo. Hace un frío espantoso. El río está cubierto por una sólida capa de hielo. La primera mañana fue una novedad. Los niños corrían y gritaban, arrastrando a sus madres para que lo vieran. «Hasta se podía patinar», decía la gente. Al cabo de una semana, el espectáculo les deja indiferentes. Debajo de los puentes, acurrucados junto a unas pequeñas hogueras, los pobres aguardan la muerte. Una hogaza de pan cuesta catorce *sous*.

La gente ha abandonado sus precarios refugios, sus chozas, sus cuevas, los campos cubiertos de nieve donde temen que jamás vuelva a crecer nada. Meten unos mendrugos y unas castañas en un saco, cogen un haz de leña y parten sin despedirse de nadie. Viajan en grupos, a veces compuestos sólo por hombres, otras por familias enteras, siempre en compañía de personas de su comarca que hablan su misma lengua. Al principio cantan y relatan historias.

Al cabo de un par de días caminan en silencio, arrastrando los pies. Con suerte, puede que hallen un cobertizo donde pasar la noche. Por las mañanas, los ancianos se despiertan ofuscados, sin saber dónde se encuentran. Los niños son abandonados en

los portales de las iglesias. Algunos mueren; otros son hallados por gentes caritativas que los adoptan y les ponen nuevos nombres.

Los que consiguen llegar a París con sus fuerzas intactas se ponen a buscar trabajo, pero no lo encuentran. Los productos no llegan a la ciudad porque se ha helado el río. No hay tejidos que teñir, ni pieles que curtir, ni maíz. Los barcos permanecen aprisionados por el hielo, mientras el grano se pudre en sus bodegas.

Los pordioseros se refugian donde pueden. No hablan sobre la situación, porque no hay nada que decir. Hacia el atardecer se dirigen a los mercados porque cuando cierran, el pan que sobra es vendido a bajo precio o regalado; las primeras en aparecer son las feroces amas de casa parisienses. Al cabo de unas semanas, al mediodía ya no queda pan. Les dicen que el duque de Orléans regala miles de hogazas de pan a los indigentes como ellos. Pero los mendigos de París se les adelantan, dispuestos a pasar sobre el cadáver de quien sea con tal de llegar los primeros. Se reúnen en patios traseros, en los pórticos de las iglesias, al abrigo del viento. Los niños y los viejos son admitidos en los hospitales. Las atribuladas monjas tratan de arreglárselas con el escaso material y el pan duro de que disponen. Les dicen que los designios de Dios son maravillosos, porque si hiciera calor estallaría una epidemia. Las mujeres lloran de miedo al dar a luz.

Incluso los ricos experimentan ciertos trastornos. No es suficiente dar limosnas a los pobres; las calles y avenidas más elegantes están sembradas de cadáveres. Cuando las gentes distinguidas se apean de sus carrozas, se cubren la cara con sus capas para no helarse la nariz y para no contemplar el siniestro espectáculo.

—¿Regresas a casa para las elecciones? —preguntó Fabre—. ¿Cómo puedes abandonarme, Camille, con nuestra novela a medio escribir?

—No te preocupes —respondió Camille—. Es posible que cuando regrese no tengamos que recurrir a la pornografía para subsistir. Quizá dispongamos de otras fuentes de ingresos.

Fabre sonrió.

—¿Acaso crees que las elecciones son como hallar una mina de oro? Me gusta verte tan frágil y agresivo, hablas como un personaje de una obra. No estarás tísico, ¿verdad? ¿Tienes fiebre? —preguntó Fabre, tocando la frente de Camille—. ¿Crees que resistirás hasta mayo?

De un tiempo a esta parte, al despertarse por las mañanas, Camille deseaba taparse de nuevo con la sábana y permanecer acostado. Siempre tenía jaqueca y no entendía una palabra de lo que le decían.

Dos cosas —la revolución y Lucile— le parecían más remotas que nunca. Sabía que la una iba aparejada con la otra. Hacía una semana que había visto a Lucile, brevemente. Ella se había comportado con frialdad.

—No quiero mostrarme antipática —dijo—, pero temo revelar mis emociones.

En ocasiones, Camille hablaba de una reforma pacífica, confesaba ser republicano pero afirmaba no tener nada en contra de Luis, al que consideraba un buen hombre. Se expresaba como todo el mundo.

—A mí no me engañas —solía decirle D'Anton—. A ti te gusta la violencia.

Camille fue a ver a Claude Duplessis para decirle que tenía el porvenir asegurado. Aunque Picardía no le enviara como diputado a los Estados (fingía creer que era probable) sin duda enviaría a su padre.

—Ignoro qué clase de hombre es su padre —respondió Claude—, pero si es inteligente procurará no tener tratos con usted mientras se halle en Versalles, para ahorrarse problemas. —Su mirada, fija en un punto elevado de la pared, descendió hasta el rostro de Camille y lo miró con desprecio—. Mi hija es una muchacha caprichosa, idealista e inocente. No sabe lo que son las privaciones ni las dificultades. Cree saber lo que desea, pero se equivoca. Yo sé perfectamente lo que desea.

Tras esas palabras, Camille se marchó. No volvieron a encontrarse hasta al cabo de algunos meses. Camille solía detenerse en la rue Condé y observar las ventanas del primer piso, confiando en ver a Annette. Pero no vio a nadie. Fue a visitar a varios editores con la esperanza de que aceptaran su manuscrito. Las prensas funcionan día y noche, mientras sus propietarios sopesan los riesgos. Los textos subversivos están de moda, pero ninguno quiere que le embarguen la imprenta y que sus trabajadores se larguen.

—Es muy sencillo. Si imprimo esto, me meten en la cárcel —dijo Momoro—. ¿No puede suavizarlo un poco?

—No. No puedo hacer concesiones, como diría Billaud-Varennes. Lo siento —respondió Camille, sacudiendo la cabeza.

Se había dejado crecer el pelo, y cuando sacudía la cabeza sus negros rizos se agitaban de forma teatral, un efecto que le gustaba mucho. No es de extrañar que padeciera jaquecas.

—¿Cómo va la novela pornográfica que está escribiendo con el señor Fabre? —preguntó el impresor—. ¿Le cuesta escribirla?

—Cuando Camille se haya marchado —dijo Fabre a D'Anton—, revisaré el manuscrito y haré que nuestra heroína se parezca a Lucile Duplessis.

Si la Asamblea de los Estados Generales llega a celebrarse, según la promesa del Rey… no cabe la menor duda de que se producirá una revolución en el Gobierno. Adoptarán una constitución, probablemente similar a la de Inglaterra, e impondrán unos límites al poder de la Corona.

J. C. VILLIERS, diputado del Viejo Sarum.

Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, cumple hoy cuarenta años: feliz cumpleaños. En honor de su aniversario, se examinó detenidamente ante un espejo de cuerpo entero. El volumen y la vivacidad de la imagen reflejada contrastaba con el delicado marco de filigrana.

He aquí su historia familiar: el día en que nació, la comadrona se acercó a su

padre, sosteniendo al niño en brazos, y dijo:

—No se alarme.

No es una belleza. Tiene cuarenta años, pero aparenta cincuenta. Una arruga por los graves descalabros financieros; sólo una, pues jamás le ha preocupado el dinero. Otra por cada mes que ha pasado en la prisión estatal de Vincennes. Otra por cada hijo bastardo. Has vivido intensamente, se dijo, es lógico que la vida te haya marcado.

Cuarenta es un hito en la vida de un hombre, se dijo. No mires atrás. Los primeros años de infierno doméstico, repletos de gritos y peleas, los siniestros silencios… Un día se interpuso entre su padre y su madre, y esta disparó una pistola y le alcanzó en la cabeza. Sólo tenía catorce años. Su padre decía de él que era un animal. Más tarde el Ejército, unos cuantos duelos, unos ataques de lujuria, y ciega y obstinada ira… Lo importante era vivir intensamente. La cárcel. El hermano Boniface, que se emborrachaba todos los días y que llegó a alcanzar las proporciones de un fenómeno de circo. No mires atrás. Luego, casi por casualidad, casi sin darse cuenta, la bancarrota y el matrimonio: la pequeña Émilie, la heredera, esa pequeña arpía a la que había jurado ser fiel hasta la muerte. Qué habrá sido de Émilie, se preguntaba con curiosidad.

Feliz cumpleaños, Mirabeau. Ha llegado la hora de hacer balance. Al contemplarse en el espejo vio a un hombre alto, fuerte, de anchas espaldas y poderosos pulmones. Tenía el rostro picado de viruelas, pero eso no parecía disgustar a las mujeres. Se giró de perfil para estudiar la aguileña curva de su nariz. Los labios, muy delgados, estaban contraídos en un severo rictus; podía decirse que tenía una boca cruel. En resumidas cuentas, era el rostro de un hombre, lleno de vigor y aristocrático. Mediante unos pocos adornos había convertido a su familia en una de las más antiguas y nobles de Francia. ¿A quién le importan los adornos? Sólo a los pedantes, a los genealogistas. La gente te toma por lo que eres, se dijo.

Pero ahora la nobleza, el segundo estado del reino, le había repudiado. No tendría voz ni voto. O eso creían ellos.

Las cosas se habían complicado el verano pasado al aparecer un escandaloso libro titulado *La historia secreta de la Corte en Berlín*. La obra abordaba con todo lujo de detalles el lado turbio de la Corte prusiana y las inclinaciones sexuales de sus más destacados miembros. Por más que Mirabeau había negado ser el autor, todo el mundo estaba convencido de que el libro estaba basado en sus observaciones durante su época de diplomático (¿diplomático, Mirabeau? Es increíble). En realidad, él no tenía la culpa. ¿Acaso no había confiado el manuscrito a su secretario, ordenándole que no se lo entregara a nadie, ni siquiera a él mismo? ¿Cómo iba a saber que su amante, la esposa de un editor, tenía la costumbre de espiar a través de las cerraduras y registrar la mesa de su secretario? Pero esas excusas no podían satisfacer al Gobierno. Además, en agosto andaba muy necesitado de dinero.

El Gobierno hubiera debido mostrarse más comprensivo. Si le hubieran dado un

cargo el año pasado, algo a la altura de su talento, digamos la Embajada de Constantinopla o de Petrogrado, habría quemado el libro o lo hubiera arrojado al estanque. Si le hubieran hecho caso, en estos momentos no se dispondría a darles una lección.

Así pues, la nobleza lo había repudiado. Perfectamente. Hace tres días había visitado Aix-en-Provence en calidad de candidato para el tercer estado. ¿Y qué pasó? Pues que se habían producido unas escenas de delirante entusiasmo. La gente gritaba y lo aclamaba, llamándole «padre de la Patria». Su popularidad era evidente. Cuando regresó a París, las campanas de Aix todavía resonaban en sus oídos, mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo nocturno del sur. Un fuego vivo. Iría a Marsella, donde estaba seguro que le dispensarían un recibimiento no menos clamoroso y espléndido. Para mayor seguridad, decidió publicar en la ciudad un panfleto anónimo ensalzando sus propios méritos.

¿Qué iba a hacer con esos gusanos de Versalles? ¿Mostrarse conciliador? ¿Injuriarlos? ¿Acaso se atreverían a arrestarlo en plenas elecciones generales?

UN PANFLETO POR EL ABATE SIEYÈS, 1789

¿Qué significa el tercer estado?
Todo.
¿Qué ha representado, hasta ahora?
Nada.
¿Qué pretende?
Convertirse en algo.

La primera asamblea electoral del tercer estado de Guise, en la comarca de Laon: 5 de marzo de 1789. Preside maître Jean-Nicolas Desmoulins, teniente general de la jurisdicción de Vermandois, asistido por el señor Saulce, procurador, y el señor Marriage, secretario. Asisten doscientas noventa y dos personas.

En deferencia a tan solemne ocasión, el hijo del señor Desmoulins se había sujetado el cabello con una cinta verde. Por la mañana llevaba una cinta negra, pero afortunadamente recordó que el negro era el color de los habsburgos y de María Antonieta, y no quería producir una mala impresión. En cambio el verde era el color de la libertad y la esperanza. Su padre le esperaba junto a la puerta, nervioso y luciendo un sombrero nuevo.

—Nunca he entendido por qué la esperanza se considera una virtud —dijo Camille—. Me parece una virtud muy egoísta.

Hacía un día frío y gris. Al llegar a la rue Grand-Pont, Camille se detuvo de pronto y rogó a su padre:

—Acompáñame a Laon, a la asamblea comarcal. Háblales en favor mío.

—¿Crees que debería apartarme y cederte mi lugar? —preguntó Jean-Nicolas—. Lamentablemente no has heredado los rasgos por los que el electorado me prefiere a mí. Sé que en Laon hay ciertas personas que te apoyan, pero no te conocen personalmente, no han intentado hablar cinco minutos seguidos contigo. No, Camille, no te ayudaré.

Camille abrió la boca para responder, pero su padre lo interrumpió:

—¿Crees que es una buena idea que nos detengamos a discutir en medio de la calle?

—Sí, ¿por qué no?

Jean-Nicolas cogió a su hijo del brazo. No quedaría muy digno que lo llevara a rastras a la reunión, pero estaba dispuesto a hacerlo si era necesario.

—Vamos —dijo—, antes de que nos den por perdidos.

—Por fin habéis llegado —dijeron los primos Viefville.

El padre de Rose-Fleur miró a Camille y le espetó:

—Confiaba en no encontrarme contigo, pero supongo que eres miembro del colegio de abogados local y tu padre dijo que no podíamos dejarte al margen. Esta es probablemente tu última oportunidad de participar en los asuntos de la nación. He oído decir que te dedicas a escribir panfletos. No es un método de persuasión que suelan utilizar los caballeros.

Camille sonrió amablemente al señor Godard y dijo:

—Maître Perrin le envía sus saludos.

Después de la reunión, lo único que le quedaba por hacer a Jean-Nicolas era ir a recoger en Laon los documentos que consignaban el apoyo formal del electorado. Adrien de Viefville, alcalde de Guise, les acompañó. Jean-Nicolas parecía aturdido por su victoria. Tenía que empezar a hacer el equipaje para trasladarse a Versalles. Cuando atravesaron la Place des Armes, se detuvo y contempló su casa.

—¿Qué haces? —preguntó su primo.

—Inspecciono el alcantarillado —contestó Jean-Nicolas.

A la mañana siguiente, maître Desmoulins no apareció a la hora del desayuno. Madeleine soñaba con el ambiente festivo, las felicitaciones, las risas. Pero sólo se sentó una de sus hijas a la mesa —los demás estaban resfriados—, y precisamente la que no conocía muy bien y que además se negaba a desayunar.

—No sé qué demonios le sucede —dijo Madeleine—. No esperaba que se comportara así precisamente hoy. Eso nos pasa por querer imitar a la realeza y dormir en alcobas separadas. Nunca sé lo que está pensando ese cerdo.

—Si quieres iré a buscarlo —dijo Camille.

—No, no te molestes. Tómate otra taza de café. Probablemente me enviará una nota.

Madeleine observó a su hija mayor. La niña no conseguía tragarse un pedazo de *brioche* que acababa de meterse en la boca.

—¿Qué nos ha pasado? —preguntó angustiada Madeleine—. ¿Qué te ha pasado a

ti? —Sentía deseos de romper a llorar.

Al cabo de un rato una doncella les comunicó que Jean-Nicolas no se encontraba bien. Tenía dolores. El médico le habría ordenado que guardara cama unos días. Madeleine envió recado a casa del alcalde.

—¿Se trata de mi corazón? —preguntó Desmoulins angustiado. Si lo es, pensaba, Camille tiene la culpa.

—Le he explicado varias veces dónde tiene el corazón y dónde tiene los riñones, y el estado de esos órganos. Su corazón está perfectamente sano, pero viajar a Versalles con esos riñones me parece una locura. Dentro de dos años cumplirá sesenta, y debe tomarse las cosas con más tranquilidad. Además…

—¿Qué iba a decir?

—Es más probable que los acontecimientos de Versalles le provoquen un ataque de corazón que lo que pueda hacer su hijo.

Jean-Nicolas se reclinó sobre las almohadas. Tenía el rostro de un color amarillento debido al dolor y la frustración. Los Viefville se habían reunido en el salón, junto con los Godard y todos los funcionarios electorales.

—Dígale que tiene el deber de ir a Versalles —dijo Camille al médico—. Aunque le cueste la vida.

—Siempre fuiste un niño cruel —respondió el señor Saulce.

Camille se acercó a un grupo formado por los De Viefville y dijo:

—Enviadme a mí.

Jean-Louis de Viefville des Essarts, abogado, parlamentario, lo miró a través de sus quevedos y contestó:

—No te enviaría ni al mercado a comprar una lechuga.

Artois: los tres estados se reunieron por separado, y las asambleas del clero y la nobleza indicaron que dada la crisis por la que atravesaba el país estaban dispuestas a sacrificar algunos de sus antiguos privilegios. El tercer estado empezó a proponer un efusivo voto de agradecimiento.

De pronto, un joven de Arras tomó la palabra. Era bajo y delgado, e iba vestido con una elegante casaca y una inmaculada camisa blanca. Tenía un rostro inteligente y sincero, una barbilla estrecha y unos grandes ojos azules ocultos tras las gafas. Su voz era poco potente, y a la mitad del discurso se apagó momentáneamente; la gente tuvo que inclinarse hacia adelante y preguntar a sus vecinos lo que había dicho. Pero no eran sus escasas aptitudes de orador lo que causó consternación en la sala sino lo que dijo. Y lo que dijo fue que el clero y la nobleza no habían hecho nada digno de elogio, tan sólo prometer que rectificarían sus errores, de modo que era absurdo darles las gracias.

Las personas que no eran de Arras, y que no lo conocían, se quedaron pasmadas cuando el joven fue nombrado uno de los ocho diputados para el tercer estado de

Artois. Era torpe, no tenía dotes de orador, ni estilo, ni nada.

—Veo que has pagado a tu sastre —dijo su hermana Charlotte—. Y al guantero. Da la impresión de que estás a punto de marcharte.

—¿Preferirías que me descolgara una noche por la ventana con un hatillo? Podrías decirles que me he embarcado.

Pero Charlotte insistió:

—Tendrás que arreglar tus asuntos antes de irte.

—¿Te refieres a Anaïs? —preguntó Maximilien, alzando la vista de una carta que estaba escribiendo a un viejo compañero de escuela—. Dice que está dispuesta a esperar el tiempo que haga falta.

—No te esperará. Conozco bien a las jóvenes. Te aconsejo que la olvides.

—Te agradezco el consejo.

Charlotte lo miró con recelo, pero el rostro de su hermano expresaba sinceridad. Maximilien siguió escribiendo:

Querido Camille:

Supongo que no te sorprenderá saber que estoy a punto de partir para Versalles. No imaginas las ganas que tengo…

MAXIMILIEN DE ROBESPIERRE, 1789, EN EL CASO DUPOND

La recompensa del hombre honesto es saber que ha deseado el bien de su prójimo. Después viene el reconocimiento de las naciones, que conserva siempre en su memoria, y los honores otorgados por sus coetáneos… Desearía adquirir esas recompensas al precio de una vida laboriosa, incluso al precio de una muerte prematura.

París: el 1 de abril, D’Anton fue a votar en la iglesia de los franciscanos, a quienes los parisienses llamaban «*cordeliers*». Iba acompañado por Legendre, el carnicero, un hombre alto y corpulento, autodidacta, que tenía la costumbre de mostrarse de acuerdo con todo cuanto decía D’Anton.

—Un hombre como usted… —había dicho Fréron con tono de admiración.

—Un hombre como yo no puede permitirse el lujo de presentarse como candidato —contestó D’Anton—. Si no me equivoco, pagan a los diputados dieciocho francos por sesión. Y tendría que residir en Versalles. Tengo una familia, no puede abandonar mi bufete.

—Pero me parece que se siente decepcionado —dijo Fréron.

—Es posible.

En lugar de regresar a casa, los votantes formaron unos grupos frente a la iglesia de los *cordeliers*, donde permanecieron charlando y especulando. Fabre no había votado porque no pagaba suficientes impuestos.

—¿Por qué no podemos tener los mismos privilegios que en las provincias? —

preguntó indignado al marqués de Saint-Huruge.

Louise Robert cerró la tienda y salió del brazo de François. Llevaba las mejillas pintadas de colorete y un vestido de la temporada pasada.

—Imagínense lo que sucedería si las mujeres pudiéramos votar —dijo—. Maître D'Anton opina que las mujeres tenemos mucho que aportar a la vida política, ¿no es cierto?

—No —contestó D'Anton.

—Toda la comarca se ha echado a la calle —observó Legendre. Estaba satisfecho. Había pasado su juventud en el mar y le gustaba sentir que pertenecía a un lugar.

A media tarde apareció inesperadamente Hérault de Séchelles.

—He decidido acercarme para comprobar cómo iba todo —dijo.

D'Anton, sin embargo, tuvo la impresión de que había venido a verlo a él. Tras coger un pellizco de rapé, Hérault ofreció a Legendre la cajita, que tenía la efigie de Voltaire en la tapa.

—Es nuestro carnicero —dijo D'Anton, disfrutando del efecto.

—Encantado —respondió Hérault sin inmutarse. Más tarde D'Anton lo sorprendió examinando disimuladamente sus puños para comprobar si los tenía manchados de sangre y grasa de buey—. ¿Has estado esta mañana en el Palais-Royal? —preguntó a D'Anton.

—No, tengo entendido que se ha producido un tumulto…

—Haces bien en mantenerte al margen —terció Louise Robert.

—¿Así que no has visto a Camille?

—Está en Guise.

—No, ha vuelto. Lo vi ayer acompañado de ese inefable gusano, Jean-Paul Marat. ¿No conoces al doctor? No te pierdes nada, ese individuo tiene antecedentes penales en la mitad de los países de Europa.

—No puedes condenar a un hombre por eso —dijo D'Anton.

—Tiene fama de déspota. Era el médico de los empleados domésticos del conde d'Artois, y dicen que era el amante de una marquesa.

—Supongo que no lo creerás.

—No puedo renegar de mis orígenes —replicó Hérault, irritado—. ¿O pretendes que imite a la señorita Kéralio y abra una tienda? ¿O que me ponga a trabajar para tu carnicero? En fin, no merece la pena enfadarse por esas tonterías. Debe de ser el aire de la comarca. Ten cuidado. Marat se propone participar.

—¿Por qué lo llamas «inefable gusano»?

—Porque lo es. Se ha largado de su casa, lo ha abandonado todo para vivir como un vagabundo.

Hérault se estremeció ante las horribles imágenes que esas palabras evocaban en su mente.

—¿A qué se dedica?

—Según parece, a destruirlo todo.

—Un negocio muy lucrativo.

—Es absolutamente cierto. Pero en realidad he venido para pedirte algo relacionado con Camille, es urgente…

—Oh, Camille —dijo Legendre, añadiendo una expresión que no había usado desde los tiempos en que estaba enrolado en un barco mercante.

—Tiene usted razón —contestó Hérault—, pero no me gustaría que lo arrestara la policía. El Palais-Royal está lleno de gente subida en sillas, lanzando discursos incendiarios. No sé si se encuentra allí en estos momentos, pero ayer estaba, y anteayer…

—¿Camille ha pronunciado un discurso?

Parecía improbable, pero posible. D'Anton recordó una noche, hacía algunas semanas. Fabre estaba bebido. Todos estaban bebidos. De pronto, Fabre dijo:

—Todos vamos a convertirnos en personajes públicos. ¿Recuerdas lo que te dije sobre tu voz, D'Anton, cuando nos conocimos? Te dije que debías ser capaz de hablar durante horas, que tenías que aprender a respirar correctamente. Has mejorado mucho, pero debes seguir practicando. Una cosa es hablar en la sala de un tribunal, y otra muy distinta ante una multitud…

Luego se levantó y apoyó las yemas de los dedos en las sienes de D'Anton.

—Pon los dedos ahí —dijo—. ¿Sientes la resonancia? Ahora colócalos ahí y ahí —añadió, indicando los pómulos y las mandíbulas—. Te enseñaré a declamar como un actor. Esta ciudad será nuestro escenario.

—El Libro de Ezequiel —dijo Camille—. «Esta ciudad es la caldera, y nosotros la carne».

Fabre se giró y le espetó:

—¡Deja de tartamudear!

—Déjame en paz —respondió Camille.

Fabre se levantó de un salto y agarró a Camille por los hombros.

—Te enseñaré a hablar correctamente aunque tenga que matarte —dijo.

Camille se protegió la cabeza con las manos mientras Fabre seguía increpándolo. D'Anton estaba demasiado cansado para intervenir.

Ahora, a la luz de una esplendorosa mañana de abril, se preguntó si esa escena había ocurrido realmente. No obstante, echó a andar.

Los jardines del Palais-Royal estaban atestados. Hacía un calor sofocante, como en plena canícula estival. Las tiendas estaban abiertas y el negocio iba viento en popa. La gente charlaba, discutía y reía; los agentes de Bolsa se habían quitado la corbata y bebían limonada, y los parroquianos de los cafés se paseaban por los jardines, abanicándose con el sombrero. Unas jóvenes habían salido a tomar un poco de aire, a exhibir sus vestidos veraniegos y a compararse con las prostitutas, que habían acudido en tromba para intentar captar algún cliente. Los perros callejeros

correteaban por entre las piernas de los paseantes mientras los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías. Flotaba un ambiente festivo, aunque peligroso.

Camille estaba de pie sobre una silla. Sostenía un papel y leía lo que parecía ser un expediente policial, mientras la brisa agitaba sus cabellos. Cuando terminó, sostuvo el papel durante unos segundos a la distancia de un brazo, entre el índice y el pulgar, y lo arrojó al suelo. El público rompió a reír. Dos hombres se miraron y desaparecieron entre la multitud.

—Son unos informadores —dijo Fréron.

Camille habló seguidamente de la Reina con cordial desprecio mientras la muchedumbre silbaba y protestaba; luego dijo que el Rey estaba rodeado de pésimos consejeros y alabó a Necker, y la gente comenzó a aplaudir. Cuando se refirió al bueno de Philippe y a sus obras benéficas, todos los presentes arrojaron los sombreros al aire y corearon su nombre.

—Lo van a arrestar —dijo Hérault.

—¿Delante de esa muchedumbre? —respondió Fabre.

—No, más tarde.

D’Anton estaba muy serio. La multitud era cada vez más numerosa. La voz de Camille sonaba clara y enérgica, sin la menor vacilación. Había adquirido un marcado acento parisino. La gente atravesaba los jardines para acercarse a escucharlo. De la ventana superior de una joyería, Laclos, el hombre de confianza del duque, presenciaba la escena sin inmutarse, tomando unos sorbos de un vaso de agua y escribiendo en un papel. Todo el mundo salvo Laclos estaba empapado en sudor. Camille se enjugó el sudor de la frente y arremetió contra los especuladores de grano. «El mejor discurso de esta semana», escribió Laclos.

—Me alegro de que nos avisaras, Hérault —dijo D’Anton—. Pero no podemos detenerlo.

—Eso corre de mi cuenta —dijo Fabre con aire satisfecho—. Hay que ponerse serio con Camille. Incluso pegarle si es necesario.

Aquella tarde, cuando Camille salía de la casa de Fréron, dos caballeros le interceptaron el paso y le rogaron amablemente que los acompañara a casa del duque de Biron. Se montaron en un carruaje y nadie dijo una palabra durante el trayecto.

Camille se alegraba de no tener que hablar. Le dolía la garganta y había vuelto a tartamudear. A veces, en los tribunales, cuando se exaltaba, dejaba de tartamudear. Pero ahora había vuelto a hacerlo y tenía que recurrir a sus viejas tácticas: no podía pronunciar una frase seguida a menos que su mente se adelantara cuatro o cinco frases para transformar las palabras que no podía pronunciar en sinónimos o bien modificar lo que iba a decir. En algunas ocasiones, Fabre, desesperado, se golpeaba la cabeza contra el brazo de una silla.

El duque de Biron apareció brevemente, saludó a Camille con una inclinación de

cabeza y desapareció en el interior de la casa. El aire era casi irrespirable; la luz de los candelabros iluminaba tenuemente la estancia. En las paredes colgaban unos tapices que olían a alcanfor y a humedad, y que presentaban unas escenas de caza. Camille contempló unas gráciles diosas, unos sabuesos de aspecto feroz, unos cazadores ataviados a la antigua usanza y un ciervo que flotaba en las aguas de un río. Súbitamente se detuvo, presa del pánico, deseando echar a correr. Uno de sus acompañantes le apoyó suavemente la mano en el hombro y le obligó a seguir avanzando.

Laclos le aguardaba en una pequeña habitación con las paredes tapizadas de seda verde.

—Siéntese —le dijo—, y hábleme de usted. Cuénteme lo que pensaba mientras soltaba esta mañana su discurso.

Laclos, que era un hombre perfectamente capaz de controlar sus emociones, no se explicaba cómo alguien podía inflamarse de aquella manera.

Al cabo de unos momentos entró De Sillery, amigo del duque, y ofreció a Camille una copa de champán. Puesto que no habían salido de caza y se aburría, decidió charlar un rato con aquel pequeño agitador.

—Supongo que tiene problemas financieros —dijo Laclos—. Nosotros podríamos ayudarle.

Cuando concluyó el interrogatorio, Laclos hizo un gesto imperceptible y aparecieron de nuevo los escoltas. Mientras recorrían de nuevo los pasillos pero en sentido inverso, Camille percibió el frío mármol bajo sus pies y el murmullo de voces, risas y música. Al pasar frente a los tapices, observó en los bordes unos lirios, unas rosas y unas campánulas. Afuera, el aire era todavía caluroso. Un lacayo abrió la puerta del carruaje y le ayudó a subir en él.

Camille se reclinó sobre los cojines. Uno de los escoltas corrió la cortinilla de terciopelo para proteger sus rostros de miradas curiosas.

Laclos rechazó la cena y reanudó su trabajo. El duque está bien servido por agitadores que sólo buscan complacer a la multitud, se dijo, por jóvenes exaltados como ese.

El 22 de abril, un miércoles, el hijito de Gabrielle, que había cumplido un año, yacía en la cuna, gimiendo y negándose a comer. Su madre lo acostó en su cama y el niño se quedó dormido, pero al amanecer notó que el niño tenía las mejillas ardiendo.

Catherine fue en busca del doctor Souberbielle.

—¿Tose? —preguntó el médico a Gabrielle—. ¿No tiene apetito? No se preocupe. La primavera es una mala época. Procure descansar un rato.

Por la noche el niño seguía igual. Gabrielle durmió un par de horas y luego sustituyó a Catherine a la cabecera de su hijo. Se sentó en una silla, observando preocupada al pequeño. Cada pocos minutos le acariciaba la frente y las mejillas.

A las cuatro el niño parecía encontrarse mejor. La fiebre había bajado y estaba dormido. Gabrielle cerró los ojos, aliviada.

El reloj dio las cinco. Gabrielle se levantó de un salto, angustiada por un terrible presentimiento. Se inclinó sobre la cuna y vio que el niño yacía boca abajo, inmóvil. Estaba muerto.

En el cruce de la rue Montreuil y el Faubourg Saint-Antoine había un enorme edificio que los vecinos llamaban Titonville. La primera planta albergaba —según decían— unos suntuosos aposentos ocupados por un tal señor Réveillon. En el sótano había una bodega repleta de excelentes vinos. En la planta baja estaba la fuente de la riqueza del señor Réveillon, una fábrica de papel pintado en la que trabajaban 350 obreros.

El señor Réveillon había adquirido Titonville al arruinarse su propietario y había construido un próspero negocio de exportación. Era un hombre muy rico, y uno de los comerciantes más importantes de París. Era natural que se presentara como candidato a diputado de los Estados Generales. El 24 de abril se presentó lleno de esperanzas a la reunión electoral de la división de Sainte-Marguerite, donde sus vecinos lo escucharon con deferencia. Un buen hombre, Réveillon. Inteligente y trabajador.

El señor Réveillon observó que el precio del pan era demasiado alto. Todos le aplaudieron entusiasmados, como si hubiera dicho algo muy original. Si bajara el precio, dijo el señor Réveillon, los patronos podrían reducir los salarios, lo cual llevaría a una bajada del precio de los artículos manufacturados. En caso contrario, dijo el señor Réveillon, no se atrevía a pronosticar cómo acabarían las cosas. Los precios subirían, los sueldos subirían, los precios subirían, los sueldos subirían…

El señor Hanriot, dueño de una salitrería, apoyó con entusiasmo las palabras de Réveillon. Afuera, la gente se acercaba para informarse de cómo iba la reunión.

Sólo una parte del programa del señor Réveillon captó la atención del público: su propuesta de recortar los salarios. Todo Saint-Antoine se echó a la calle.

De Crosne, el teniente de policía, había advertido que podía haber problemas en el barrio, lleno de trabajadores emigrantes y con una elevada tasa de desempleo. La noticia se extendió lentamente por toda la ciudad. En Saint-Marcel, un grupo de manifestantes iniciaron una marcha hacia el río, gritando:

¡Mueran los ricos!
¡Mueran los aristócratas!
¡Mueran los especuladores!
¡Mueran los curas!

Transportaban una horca confeccionada en cinco minutos por el aprendiz de un

carpintero, de la que colgaban dos muñecos de paja vestidos con ropas viejas y sus nombres escritos con yeso en el pecho: Hanriot y Réveillon. Asustados, los tenderos cerraron sus comercios. Los muñecos fueron ejecutados ceremoniosamente en la Place de Grève.

Todo eso era bastante habitual. Hasta aquel momento, los manifestantes no habían matado ni a un gato. Las ejecuciones constituían un ritual para que la gente se desahogara. El coronel de la guardia francesa envió a cincuenta hombres para que vigilaran Titonville, por si se organizaba un tumulto, pero se olvidó de la casa de Hanriot. Un grupo de manifestantes marcharon por la rue Cotte, derribaron las puertas y prendieron fuego a la vivienda. El señor Hanriot consiguió escapar indemne. No hubo víctimas. El señor Réveillon fue nombrado diputado.

El lunes empeoró la situación. La multitud llenaba de nuevo la rue Saint-Antoine, y se produjo otra incursión de Saint-Marcel. Mientras los manifestantes marchaban por la orilla del río, los estibadores y los pordioseros que dormían bajo los puentes corrieron a unirse a ellos; los obreros de la fábrica real de vidrio dejaron sus instrumentos y se lanzaron a la calle. Otros doscientos guardias franceses fueron enviados a Titonville, donde se parapetaron detrás de unos carros requisados. Los oficiales empezaron a advertir los primeros síntomas de pánico entre sus hombres. Frente a las barricadas podía haber cinco mil personas, o quizá diez mil. En los últimos meses se habían producido numerosos tumultos, pero esto era diferente.

Aquel día se celebraba una carrera hípica en Vincennes. Cuando los lujosos carruajes atravesaban el Faubourg Saint-Antoine, las elegantes damas y los caballeros, vestidos *a l’Anglais*, fueron obligados a apearse y gritar «¡Abajo con los especuladores!». Luego los ayudaron a montar de nuevo. Varios caballeros repartieron unas monedas para garantizar su seguridad, y algunas damas tuvieron que besar a repugnantes aprendices y apestosos carreteros en señal de solidaridad. Cuando apareció el carruaje del duque de Orléans, el público lo aclamó. El duque se apeó, pronunció unas tranquilizadoras palabras y vació su bolsa entre los presentes. Los coches que lo seguían se vieron obligados a detenerse.

—El duque está pasando revista a sus tropas —dijo un aristócrata.

Los guardias cargaron los fusiles y aguardaron. Unos grupos de gente se acercaron a los carros para hablar con los soldados, pero no mostraban intención de atacar las barricadas. En Vincennes los anglófilos animaban a sus caballos favoritos. La tarde transcurría sin mayores problemas.

Algunos manifestantes intentaron obligar a la gente que regresaba de las carreras a desviarse, pero cuando apareció el coche de la duquesa de Orléans la situación se hizo muy tensa. La duquesa deseaba atravesar las barricadas, según dijo el cochero. Los soldados trataron de explicarles el problema, pero la duquesa insistió. Era un conflicto entre etiqueta y conveniencia. Al fin prevaleció la etiqueta. Los soldados y algunos curiosos empezaron a retirar las barricadas. Los ánimos se exacerbaron; los manifestantes empezaron a gritar consignas; los soldados empuñaron de nuevo las

armas. Cuando hubo pasado el coche de la duquesa, seguido de la enardecida multitud, Titonville fue totalmente quemado y destruido.

La muchedumbre había empezado a saquear los comercios de la rue Montreuil y cuando llegó la caballería obligaron a los soldados a desmontar. A continuación aparecieron los soldados de infantería, disparando a diestro y siniestro. Eran cartuchos de fogueo, pero antes de que la gente se diera cuenta de ello un soldado resultó levemente herido en la cabeza por una teja. Al girarse para encararse con su agresor, fue golpeado por otra teja que lo dejó ciego.

Al cabo de unos minutos, tras derribar las puertas y destrozar las cerraduras de los comercios y las viviendas de la rue Montreuil, la multitud se encaramó a los tejados. Los soldados retrocedieron, cubriéndose el rostro con las manos mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos, tropezando con los cuerpos de sus compañeros. A las seis y media abrieron fuego contra la muchedumbre.

A las ocho llegaron tropas de refuerzo. Los manifestantes fueron obligados a retroceder. Los soldados se llevaron a los heridos que podían caminar. Al cabo de unos minutos aparecieron unas mujeres, con un chal sobre los hombros, acarreando cubos de agua para limpiar las heridas y dar de beber a los que habían perdido mucha sangre. Las fachadas de los comercios estaban destrozadas, las viviendas derruidas, las calles sembradas de trozos de vidrio y charcos de sangre. En las esquinas ardían pequeños fuegos. La bodega de Titonville había sido saqueada y los hombres y mujeres que habían destrozado los barriles y roto los cuellos de las botellas yacían semiinconscientes en medio de sus vómitos. Los guardias franceses, sedientos de venganza, los golpearon brutalmente. Sobre los adoquines corría un riachuelo de clarete. A las nueve llegó otro contingente de soldados de caballería. Los guardias suizos aparecieron con seis cañones. La jornada había concluido. En las calles yacían cerca de trescientos cadáveres.

Hasta el día del funeral, Gabrielle no salió de casa. Encerrada en su habitación, lloraba desconsoladamente mientras rezaba por el alma pecadora de su hijito, el cual había demostrado ser un niño violento, exigente y codicioso. Más tarde iría a la iglesia para encender unas velas a los santos inocentes.

Louise Gély hizo un paquete con las ropas del niño, su pelota y su muñeca de trapo, y lo llevó a su casa. Estaba seria, como quien está acostumbrado a atender a personas que acaban de perder a un ser querido y sabe que no debe dejarse arrastrar por la emoción. Luego se sentó junto a Gabrielle y le cogió la mano.

—Así es la vida —dijo maître D'Anton—. Justo cuando las cosas empiezan a ir bien, los malditos designios del Señor… —Su mujer y Louise lo miraron escandalizadas. D'Anton frunció el ceño—. La religión ya no me ofrece ningún consuelo.

Después de enterrar al niño, los padres de Gabrielle la acompañaron a casa para

hacerle compañía.

—Fíjate en el futuro —dijo Angélique—. Podrías tener otros diez hijos.

Su yerno estaba sentado, con la mirada perdida en el infinito. El señor Charpentier no hacía más que pasearse arriba y abajo, suspirando. Se sentía impotente. Se acercó a la ventana y miró la calle. Angélique trató de obligar a Gabrielle a que comiera algo.

A media tarde, los ánimos de Gabrielle y su familia se serenaron. La vida debe continuar.

—Esta es una triste situación para un hombre que solía estar siempre al tanto de todas las noticias —dijo el señor Charpentier, indicado a su yerno que las mujeres preferían estar solas.

Georges-Jacques se levantó de mala gana. Se pusieron el sombrero y caminaron a través de las concurridas y ruidosas calles hasta llegar al Palais-Royal y al Café du Foy. El señor Charpentier trató de entablar conversación con Georges-Jacques, pero fue en vano. La matanza que se había producido en la ciudad no interesaba a su yerno, que estaba ensimismado en sus problemas personales.

Al entrar en el café, Charpentier dijo:

—No conozco esa gente.

D’Anton echó un vistazo a su alrededor. Le sorprendió ver numerosos rostros que conocía.

—Aquí es donde se reúne la Sociedad Patriótica del Palais-Royal —dijo.

—¿Quiénes son?

—Unos tipos aficionados a perder el tiempo.

Billaud-Varennes se dirigió hacia ellos. Hacía varias semanas que D’Anton no le daba trabajo; su taciturno semblante le irritaba. «No puede dar trabajo a todos los resentidos y gandules de la comarca», le había dicho Paré, su secretario.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó Billaud. Tenía una perpetua expresión de amargado—. Desmoulins se ha reunido con las gentes de Orléans. Lo han comprado. Hablando del diablo…

Camille entró solo.

—¿Dónde te has metido? —preguntó a Georges-Jacques—. Hace una semana que no te he visto. ¿Qué te parece lo de Réveillon?

—Le diré lo que yo pienso —terció Charpentier—. Mentiras y más mentiras. Réveillon es el mejor patrono de la ciudad. Pagó religiosamente a todos los trabajadores que despidió el invierno pasado.

—¿De modo que le parece un filántropo? —inquirió Camille—. Disculpe, debo hablar con Brissot.

D’Anton no había reparado en Brissot. Este se volvió hacia Camille, asintió y se giró de nuevo hacia el grupo con el que estaba sentado, diciendo:

—No, no, esto es puramente legislativo.

Luego estrechó la mano de Camille. Era un hombre enjuto, de aspecto gris, con

unos hombros estrechos hasta el punto de parecer deforme. Su delicada salud y pobreza le hacían aparentar más de los treinta y cinco años que tenía, pero hoy sus pálidas mejillas estaban arreboladas y tenía la mirada encendida.

—Camille —dijo—, he decidido editar un periódico.

—Tenga cuidado —dijo D'Anton—. La policía todavía tiene tomada la ciudad. Es posible que no consiga distribuirlo.

Brissot miró a Georges-Jacques de arriba a abajo. No pidió a Camille que le presentara a su amigo.

—Primero pensé en empezar el 1 de abril y publicarlo dos veces a la semana, luego pensé esperar hasta el 20 de abril, y publicarlo cuatro veces a la semana, pero al final he decidido aguardar hasta la semana que viene, cuando se reúnan los Estados… Es el mejor momento para lanzar un periódico. Quiero obtener todas las noticias de París y Versalles, y ofrecérselas al público. Puede que me detenga la policía, pero no me importa. Ya he estado una vez en la Bastilla. No he tenido un momento de respiro, he participado en los comicios del distrito de Filles-Saint-Thomas, querían que les aconsejara…

—La gente siempre acude a ti en busca de consejo —dijo Camille—. Al menos eso dices.

—No te burles —replicó Brissot irritado—. Sé que piensan que no soy capaz de editar un periódico, pero eso es lo de menos. ¿Quién iba a decirnos hace un mes que llegaríamos hasta estos extremos?

—A costa de trescientos muertos —terció Charpentier.

—Creo… —Brissot se detuvo—. Te diré en privado lo que creo. Puede haber informadores de la policía.

—Como tú —dijo una voz a sus espaldas.

Brissot no se inmutó. Miró a Camille para ver si había oído el comentario.

—Ese Marat no hace más que calumniarme —murmuró—. Después de todo lo que he hecho para ayudarlo en su carrera y darle prestigio… Las personas a quienes consideraba mis camaradas me han tratado peor que la policía.

—Tu problema es que te contradices continuamente —dijo Camille—. Según dices, los Estados salvarán al país. Hace dos años afirmabas que nada era posible a menos que nos libráramos de la monarquía. ¿En qué quedamos? No, no me respondas. ¿Crees que habrá una investigación sobre los motivos de esos motines? No. Se limitarán a colgar a unos cuantos, eso es todo. ¿Por qué? Porque nadie se atreve a averiguar lo sucedido, ni Luis, ni Necker ni el duque. Pero todos sabemos que el mayor delito de Réveillon ha sido presentar su candidatura como diputado de los Estados contra el candidato propuesto por el duque de Orléans.

Todos guardaron silencio.

—Esto se veía venir —dijo Charpentier tras la pausa.

—Era imposible imaginar la magnitud de los hechos —murmuró Brissot—. Estaba planeado, sin duda, y pagaron a la gente, pero no a diez mil personas. Ni

siquiera el duque puede pagar a diez mil personas. Actuaron por voluntad propia.

—¿Y eso altera tus planes?

—Necesitan ser guiados —respondió Brissot, sacudiendo la cabeza—. No podemos permitir que se imponga la anarquía. Cuando veo a algunos de los individuos que tenemos que utilizar me estremezco —dijo señalando a D'Anton, que se había alejado con el señor Charpentier—. Fijaos en él. Por la forma en que va vestido parece un respetable ciudadano, pero se nota que se siente a gusto esgrimiendo un cuchillo…

—Pero si es el maître D'Anton, un abogado de la Corona —le contestó Camille —. No te apresures a sacar conclusiones. Maître D'Anton podría ser ministro, pero tiene otros planes. De todos modos, ¿por qué estás tan nervioso, Brissot? ¿Acaso temes a un hombre del pueblo?

—Yo soy un gran admirador del populacho —respondió Brissot con firmeza—, sobre todo de su alma pura y elevada.

—No, los desprecias porque huelen mal y no saben griego —respondió Camille. Luego se levantó y se dirigió hacia donde se hallaba D'Anton.

—Te ha tomado por un asesino —dijo—. Brissot —añadió, dirigiéndose al señor Charpentier—, se casó con una tal señorita Dupont, la cual solía trabajar de cocinera para Félicité de Genlis. Así es como llegó a conocer a los Orléans. En realidad, lo respeto mucho. Ha vivido varios años en el extranjero, escribiendo y comentando sus proezas. Se merece una revolución. Aunque sea hijo de una cocinera, es muy instruido. Se da aires porque ha sufrido mucho.

—Usted, Camille —dijo enojado el señor Charpentier—, que no duda en aceptar el dinero del duque, reconoce que Réveillon es una víctima…

—Réveillon no tiene la menor importancia. Si no dijo esas cosas, seguramente las pensó. La verdad literal carece de importancia. Lo único que importa es lo que cree la gente de la calle.

—Dios sabe que no me gusta esta situación —dijo el señor Charpentier—, pero tiemblo al pensar en lo que sucedería si la gestión de la reforma cayera en sus manos.

—¿Reforma? —repitió Camille—. Yo no me refiero a una reforma. La ciudad estallará este verano.

D'Anton se sentía triste y angustiado. Quería contar a Camille lo del niño, pero su amigo estaba muy ocupado pensando en la próxima matanza que iba a producirse. ¿Quién soy yo para aguarle la fiesta?, pensó D'Anton.

Versalles: el desfile ha requerido una minuciosa planificación. No se trata simplemente de levantarse y echar a andar.

La nación se siente esperanzada. La ansiada fecha ha llegado por fin. Mil doscientos diputados de los Estados Generales marchan en solemne procesión hacia la iglesia de Saint-Louis, donde monseñor de la Fare, obispo de Nancy, pronunciará

un sermón y bendecirá la empresa.

El clero, el primer estado. La optimista luz de principios de mayo brilla sobre las mitras y los mantos suntuosos. Les sigue la nobleza: la misma luz arroja destellos sobre trescientas empuñaduras de espada y trescientas casacas de seda. Las plumas que adornan los trescientos sombreros se agitan alegremente al viento.

Les precede el estado llano, el tercer estado, encabezado por el maestro de ceremonias; seiscientos individuos, vestidos de negro, avanzan como una gigantesca babosa. ¿Por qué no ponerles un uniforme de colegiales y ordenarles que se chupen el dedo? Pero no se sienten humillados. Sus sencillos trajes negros constituyen un emblema de solidaridad. A fin de cuentas, han acudido para presenciar la desaparición del viejo orden, no para asistir a un baile de disfraces. Sus solemnes rostros muestran una expresión de orgullo. Somos hombres serios; olvídense de las frivolidades.

Maximilien de Robespierre caminaba con un contingente de su comarca, entre dos campesinos; si hubiera girado la cabeza habría visto las pronunciadas mandíbulas de los diputados bretones. Avanzaba con la mirada al frente, reprimiendo el deseo de observar a la multitud que los aclamaba por las calles. Nadie lo conocía; nadie lo vitoreaba específicamente a él.

Camille se encontró con el abate de Bourville.

—No me reconoces —dijo el abate abriéndose paso a través de la multitud—. Estábamos juntos en la escuela.

—Sí, pero en aquellos días tenías siempre un tono azulado debido al frío.

—Te he reconocido enseguida. No has cambiado, parece que tengas diecinueve años.

—Imagino que te habrás vuelto muy piadoso, Bourville.

—No demasiado. ¿Has visto a Louis Suleau?

—No. Pero supongo que aparecerá por aquí.

Luego siguieron contemplando el desfile. Durante unos momentos Camille se sintió invadido por el pensamiento irracional de que él mismo había organizado esto, que los Estados marchaban a petición suya, que todo París y Versalles giraban alrededor de su persona.

—Allí va Orléans —dijo de Bourville—. Fíjate, ha insistido en desfilar con el tercer estado. El maestro de ceremonias está tratando de disuadirlo. El pobre hombre se encuentra desesperado. Mira, allí está el duque de Biron.

—Lo conozco. He estado en su casa.

—Y allí está Lafayette. —El héroe americano, pálido y abstraído, lucía un chaleco plateado y su puntiaguda cabeza se hallaba oculta bajo un tricornio *a la* Henri Quatre—. ¿Lo conoces?

—Solamente de oídas —respondió Camille—. Por los cotilleos de Washington.

Bourville se echó a reír y dijo:

—Debes incluirlo en uno de tus libros.

—Ya lo he hecho.

Al llegar a la iglesia de Saint-Louis, Robespierre ocupó un asiento junto al pasillo, desde el cual pudo contemplar perfectamente la ceremonia. Estaba tan cerca de los ilustres personajes, que cuando el mar episcopal se separó unos segundos entre los mantos violetas y las amplias mangas de los obispos, la mirada del Rey, vestido de oro, se cruzó con la suya; y cuando la Reina se giró, las plumas de garza que adornaban sus cabellos parecieron hacerle señal para que se acercara. El Sagrado Sacramento, en una custodia de oro cuajada de piedras preciosas, resplandecía como un pequeño sol en manos del obispo. Se sentaron en una tarima bajo un dosel de terciopelo bordado con flores de lis doradas. A continuación, el coro entonó:

O salutaris hostia.
Si pudieras vender las joyas de la Corona, ¿qué comprarías para Francia?
Quae coeli pandis ostium,
El Rey parece medio dormido.
Bella premunt hostilia,
La Reina tiene aspecto arrogante.
Da robur, fer auxilium.
Tiene el aire de los Austrias.
Uni trinoque Domino,
Señora Déficit.
Sit sempiterna gloria,
Afuera, las mujeres aclamaban a Orléans.
Qui vitam sine termino,
No veo a nadie que conozca.
Nobis donet in patria.
Quizás baya venido Camille.
Amén.

—Mira —dijo Camille a de Bourville—, ahí está Maximilien.

—Supongo que su presencia no debería sorprendernos.

—Yo debería formar parte de la procesión. De Robespierre es inferior a mí intelectualmente.

—¿Qué? —contestó el abate, soltando una carcajada—. Sin duda crees que Luis XVI es también inferior a ti intelectualmente, lo mismo que el Papa. ¿Qué más te gustaría ser, aparte de diputado? —Camille no respondió—. Eres incorregible —dijo el abate enjugándose los ojos.

—Allí está Mirabeau —dijo Camille—. Quiere editar un periódico. Voy a escribir en él.

—¿Te lo ha pedido él?

—No, se lo propondré mañana.

De Bourville lo miró de soslayo. Camille es un embustero, piensa el abate, siempre lo ha sido. No, eso es demasiado fuerte; digamos que tiene mucha fantasía.

—Te deseo suerte —dijo el abate—. ¿Has visto cómo recibieron a la Reina? Pero aclamaron y vitorearon a Orléans. Y a Lafayette. Y a Mirabeau.

Y a D’Anton, se dijo Camille. D’Anton llevaba un importante caso entre manos y

se había negado a acudir a presenciar el espectáculo. Y a Desmoulins, añadió. Desmoulins fue el que recibió más vítores y aplausos.

No había cesado de llover durante toda la noche. A las diez, cuando comenzó la procesión, las calles relucían bajo el sol, pero a mediodía el suelo estaba seco.

Camille había decidido pasar aquella noche en Versalles, en la vivienda de su primo. Había pedido ese favor al diputado en presencia de varias personas, para que este no pudiera negarse. Llegó pasada la medianoche.

—¿Dónde demonios te has metido? —le preguntó De Viefville.

—Estaba con el duque de Biron. Y el conde de Genlis —respondió Camille.

—Comprendo —dijo De Viefville. Estaba irritado porque no sabía si creerlo o no. Había una tercera persona presente, lo cual le impedía ponerse a discutir con su primo.

—Me marcho —dijo un joven, levantándose de un sillón en una esquina de la sala —. Pero piense en lo que le he dicho, De Viefville.

De Viefville no le presentó a Camille. El joven se dirigió a este y dijo:

—Me llamo Barnave, quizás haya oído hablar de mí.

—Todos hemos oído hablar de usted.

—Quizá me tome por un agitador. Espero poder demostrarles que soy capaz de otras cosas más provechosas. Buenas noches, caballeros.

Al salir cerró la puerta silenciosamente tras de sí. Camille hubiera deseado correr tras él para hacerle algunas preguntas, para tratar de entablar amistad con él, pero estaba agotado. Ese Barnave era el hombre que en el Delfinado había conseguido provocar resistencia a los edictos reales. La gente lo llamaba Tigre, un apodo que a Camille le parecía un tanto exagerado tratándose de un joven abogado de educados modales.

—¿Qué sucede? —le preguntó De Viefville—. ¿Estás decepcionado? ¿No es como imaginabas?

—¿Qué es que lo que pretende?

—Apoyo para sus medidas. Sólo podía dedicarme quince minutos.

—¿Te sientes ofendido?

—Mañana los verás a todos despellejándose entre sí. Son una pandilla de ambiciosos.

—¿No existe nada que pueda alterar tus creencias provincianas? —preguntó Camille—. Eres peor que mi padre.

—Si fuera tu padre, Camille, hace años que te habría retorcido el pescuezo.

Los relojes dieron la una al unísono, en el palacio y en toda la ciudad. De Viefville dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Camille sacó el borrador de su panfleto «La France Libre». Después de leerlo de cabo a rabo, lo rompió y lo arrojó al fuego. No estaba a la altura de las circunstancias. La semana que viene, *deo*

volente, o el mes que viene, lo escribiría de nuevo. Mientras observaba las llamas se vio a sí mismo sentado ante su mesa, escribiendo, mientras la pluma volaba sobre el papel. Cuando cesó el ruido del tráfico bajo la ventana, se sentó en un sillón y cayó dormido junto a las brasas del hogar. A las cinco la luz empezó a filtrarse entre los postigos y pasó el primer carro de pan negro para el mercado de Versalles. Camille se despertó y miró sobresaltado a su alrededor.

El mayordomo, que en realidad no era un mayordomo sino un guardaespaldas, preguntó:

—¿Ha escrito usted esto?

En la mano sostenía una copia del primer panfleto que había escrito Camille, titulado «Una filosofía para el pueblo francés». Lo esgrimía como si fuera un arma peligrosa.

Camille lo miró asustado. A las ocho, la antesala de Mirabeau estaba repleta de gente que deseaba entrevistarse con el conde. Camille se sentía pequeño, insignificante, aplastado por la agresividad de aquel hombre.

—Sí —contestó—. Mi nombre está al pie.

—Perfecto, ya hace tiempo que el conde desea hablar con usted —dijo el mayordomo—. Acompáñeme.

Camille lo miró asombrado pues nada había resultado sencillo hasta ahora. El conde de Mirabeau llevaba una bata de seda escarlata que parecía una cortina, como si esperara a un escultor que tuera a hacerle un busto. Iba sin afeitar, y en su frente brillaban unas gotas de sudor; tenía el rostro picado de viruela y un tono macilento.

—De modo que es usted el filósofo —dijo—. Teutch, tráeme café. —Luego se giró hacia Camille y añadió—: Pase. —Camille vaciló unos instantes—. Le he dicho que pase —repitió bruscamente el conde—. No soy peligroso. Al menos a estas horas del día.

El escrutinio del conde era ofensivo, para ponerlo nervioso.

—Me había propuesto secuestrarlo en algún lugar público y traerlo aquí —dijo el conde—. Desgraciadamente, pierdo el tiempo esperando a que el Rey me mande llamar.

—Sin duda debería mandarlo llamar, señor.

—¿Es usted uno de mis partidarios?

—He tenido el honor de defender enérgicamente su postura.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Mirabeau, echándose a reír—. Me encantan los aduladores, maître Desmoulins.

Camille no comprende la forma en que le miran los hombres de Orléans, la forma en que ahora le mira Mirabeau, como si tuvieran planes para él. Desde que los curas abandonaron toda esperanza de convertirlo en un hombre de provecho, nadie ha tenido planes para él.

—Disculpe mi aspecto —dijo el conde—. Mis asuntos me mantienen despierto toda la noche. Aunque no siempre se trata de asuntos políticos.

Eso son tonterías, pensó Camille. Si quisiera, el conde recibiría a sus admiradores afeitado y sobrio. Pero todo cuanto hace tiene un efecto calculado; mediante su aspecto descuidado e informal pretende dominar a los hombres que esperan entrevistarse con él. El conde observó el impasible rostro de Teutch y soltó una sonora carcajada, como si su sirviente hubiera dicho algo gracioso. Luego se giró hacia Camille y dijo:

—Me gustan sus obras, maître Desmoulins. Están llenas de emoción, de sentimientos.

—Solía escribir versos, pero no tengo talento para la poesía.

—Es muy complicado.

—No pretendía que estuviera llena de emoción y sentimientos, sino que fuera más bien fría y concisa.

—Deje eso a los viejos —respondió el conde—. ¿Puede volver a escribir una cosa así? —preguntó, agitando el panfleto.

—Desde luego. —Camille detestaba el primer panfleto que había escrito, aunque por lo visto despertaba una gran admiración en los demás—. Me resulta tan fácil como… respirar. No digo tan fácil como hablar, por razones obvias.

—Sin embargo, ha hablado usted en el Palais-Royal, maître Desmoulins.

—Me obligo a ello.

—A mí me acusan de demagogo —dijo el conde, girándose para exhibir su mejor perfil—. ¿Desde cuándo tartamudea?

Lo preguntó como si se refiriera a una interesante novedad.

—Desde hace mucho tiempo —contestó Camille. Desde los siete años. Desde que me enviaron a la escuela.

—¿Acaso le disgustó mucho abandonar a sus padres?

—No lo recuerdo. Supongo que sí. A menos que estuviera tratando de expresar el alivio que sentía.

—Ah, comprendo —dijo Mirabeau, sonriendo con aire comprensivo—. Conozco todos los problemas domésticos que pueden afligir a un chico, desde los ataques de ira a la hora de desayunar hasta las consecuencias del incesto. El Rey —el difunto Rey— solía decir que debería existir un secretario de Estado que no tuviera otra función que arbitrar las disputas familiares. Mi familia es muy antigua. Muy ilustre.

—¿De veras? La mía finge serlo.

—¿A qué se dedica su padre?

—Es magistrado. —La honestidad le obligó a añadir—: Me temo que les he decepcionado.

—No me diga… Jamás lograré entender a las clases medias. Pero siéntese, se lo ruego. Me interesa conocer más detalles de su biografía. ¿Dónde estudió?

—En el Louis-le-Grand. ¿Acaso pensó que me había educado el cura del pueblo?

—De Sade también estudió allí —observó Mirabeau, dejando la taza de café en la mesa.

—Pero no es un caso típico.

—Tuve la mala suerte de que en cierta ocasión me encarcelaran con Sade. Le dije: «Señor, no deseo tratar con un individuo que tiene la costumbre de hacer picadillo a las mujeres». Disculpe, estoy divagando —dijo el conde, sentándose en un sillón. Un aristócrata jamás pedía disculpas a nadie. Camille lo observó, monstruosamente vanidoso y egocéntrico, disertando como si fuera un gran hombre. Cuando el conde hablaba lanzaba rugidos; cuando contestaba parecía un león disecado en un museo de historia natural, muerto pero con aspecto feroz—. Continúe —dijo.

—¿Por qué?

—¿Por qué pierdo el tiempo con usted? ¿Cree acaso que voy a dejar que los canallas del duque se aprovechen de sus insignificantes talentos? Le daré unos buenos consejos. ¿Le da el duque buenos consejos?

—No. Jamás ha hablado conmigo.

—Lo dice con tono patético. Por supuesto que no ha hablado con usted. En cambio yo sí me intereso por usted. Me gusta emplear a hombres inteligentes. Y me gusta que todos se sientan satisfechos, quiero decir en la plantación. Imagino que sabe a qué me dedico, ¿no es cierto?

Camille recordó lo que Annette le había dicho de Mirabeau: un conde arruinado, un inmoral. El recuerdo de Annette parece un tanto fuera de lugar en esta pequeña habitación atestada de muebles, cuadros antiguos y relojes que hacen tictac mientras el conde se rasca la barbilla. Toda la habitación indica su afición a la buena vida. ¿Por qué decimos buena vida cuando deberíamos decir extravagancia, glotonería y holgazanería? El hecho de estar arruinado no impide al conde adquirir artículos caros, entre los que parece que se cuenta él mismo. En cuanto a su inmoralidad, está más que dispuesto a reconocerlo. La salvaje colección de sus ambiciones acecha desde un rincón, hambrienta y apestosa.

—Se ha quedado usted absorto —dijo el conde, rodeando con un brazo los hombros de Camille y atrayéndole hacia la ventana. Su aliento apestaba a alcohol—. Debo advertirle que me gusta rodearme de hombres con pasados sórdidos y complicados. Me siento a gusto entre ellos. Y usted, Camille, con sus impulsos y emociones que ha estado vendiendo en el Palais-Royal como ramos envenenados… —Se detuvo y se pasó la mano por el pelo—. Y su interesante, leve pero perceptible sombra de ambivalencia sexual…

—¿Le divierte disecar a la gente?

—Me gusta usted —respondió Mirabeau secamente— porque nunca niega nada. Circula un manuscrito titulado «La France Libre». ¿Es suyo?

—Sí. No creerá que ese anodino panfleto que ha sacado constituye toda mi obra…

—No, maître Desmoulins. Veo que cuenta usted también con sus esclavos e imitadores. Dígame cuál es su política, en una palabra.

—Soy republicano.

Mirabeau soltó una blasfemia.

—La monarquía es para mí un artículo de fe —dijo—. La necesito. Me propongo alcanzar mis objetivos a través de ella. ¿Tiene muchos amigos que opinan como usted?

—No más de media docena. Es decir, no creo que halle a más de media docena de republicanos en todo el país.

—¿Y a qué cree que se debe?

—Supongo que la gente no soporta la realidad. Creen que el Rey lanzará un silbido y les nombrará ministros. Pero ese mundo no tardará en desaparecer.

—Prepara mi ropa, Teutch —dijo Mirabeau a su mayordomo—. Algo elegante.

—Negro —dijo Teutch—. Es usted diputado, ¿no es así?

—Maldita sea, lo había olvidado. Parece que se están poniendo algo nerviosos —dijo el conde, indicando la antesala—. Sí, deja que pasen todos a la vez, será muy divertido. Ah, aquí viene el gobierno ginebrino en el exilio. Buenos días, señor Duroveray, señor Dumont, señor Clavière. Son unos esclavos —dijo Mirabeau en voz baja a Camille—. Clavière desea ser ministro de Finanzas. Se encuentra a gusto en cualquier país. Tiene unas ambiciones muy singulares.

—Me han tapado la boca —se quejó Brissot.

—Lo lamento —respondió Mirabeau.

Los ginebrinos lucían unos trajes de seda de color pálido, mientras que los diputados iban de negro y portaban unos folios bajo el brazo. Brissot, con una raída casaca marrón y sus cuatro pelos distribuidos sobre su calva ofrecía un aspecto ridículo.

—¿Pétion? ¿Es usted diputado? Buenos días —dijo Mirabeau—. ¿De dónde? ¿De Chartres? Perfecto. Gracias por su visita.

Luego se giró y se puso a hablar con tres personas al mismo tiempo. Era evidente que Pétion no le interesaba. Era un hombre corpulento, de expresión bondadosa y apuesto. Miró a su alrededor sonriendo.

—¡Pero si es el célebre Camille! —dijo de pronto.

Camille se sonrojó. Hubiera preferido que omitiera el adjetivo.

—He hecho una visita relámpago a París —dijo Pétion—, y he oído su nombre en los cafés. El diputado Robespierre me facilitó una descripción tan detallada de usted que lo he reconocido al instante.

—¿Conoce a Robespierre?

—Bastante bien.

Lo dudo, pensó Camille.

—¿Era una descripción favorecedora?

—Robespierre le admira mucho —respondió Pétion, sonriendo—. Como todo el

mundo. No me mire de esa forma tan escéptica.

—¿Qué tal por el Palais-Royal, Brissot? —preguntó Mirabeau, añadiendo sin aguardar a que el otro contestara—: Supongo que estarán maquinando una de sus sucias intrigas, como de costumbre. Todos salvo el duque, que es demasiado simple para dedicarse a las intrigas. Sólo le interesan los coños.

—Mi querido conde, le ruego que modere su lenguaje —dijo Duroveray.

—Mil disculpas —contestó Mirabeau—. Había olvidado que proviene usted de la ciudad de Calvino. De todos modos, es cierto. Teutch es mejor estadista que el duque.

Brissot parecía sentirse violento.

—Deje de hablar del duque —murmuró—. Laclos está aquí.

—Lo lamento, no le había visto —dijo el conde, dirigiéndose a Laclos—. ¿Es usted un espía? ¿Cómo va el negocio de los libros pornográficos?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Brissot a Camille—. ¿Cómo es que tienes tratos con el conde?

—No lo sé.

—Caballeros, les ruego un momento de atención —dijo Mirabeau situándose detrás de Camille y apoyando las manos en sus hombros. Se había transformado en otro tipo de animal: ruidoso y amenazador, como un oso que se ha escapado de su guarida—. Les presento a mi nueva adquisición, el señor Desmoulins.

El diputado Pétion miró a Camille y le sonrió. Laclos se giró.

—Ahora, caballeros, si me conceden unos minutos para vestirme, me reuniré enseguida con ustedes. Teutch, acompaña a los caballeros. Quédese conmigo, Camille.

Cuando todos hubieron salido, el conde se pasó la mano por la cara y dijo:

—¡Qué farsa!

—Me parece una solemne pérdida de tiempo. Pero no soy experto en estos asuntos.

—No es usted experto en nada, amigo mío, aunque eso no le impide expresar su opinión. El ascenso del conde Mirabeau —dijo, alzando la vista al techo con los brazos extendidos—. Acuden a ver al ogro. Laclos me mira como si fuera a comérmelo. Brissot, ídem. Ese Brissot me cansa, no para quieto. No me refiero a que corretea por la habitación como usted, sino a que no para de moverse. A propósito, supongo que Orléans le da a usted dinero. Me parece justo. Hay que vivir, y a ser posible a expensas de los demás. Teutch, puedes afeitarme, pero no me llenes la boca de jabón, quiero hablar.

—Eso no es ninguna novedad —respondió el mayordomo. El conde le dio un codazo en las costillas. Teutch derramó unas gotas de agua caliente sobre su patrón.

—Soy muy popular entre los patriotas —dijo Mirabeau—. ¡Patriotas! ¿Ha observado que no podemos decir dos párrafos seguidos sin utilizar esa palabra? Publicarán su panfleto dentro de un par de meses.

Camille se sentó y lo miró fijamente. Se sentía sereno, como si navegara en aguas

apacibles.

—Los editores son unos buitres —dijo el conde—. Si yo dirigiera el infierno, haría que se asaran lentamente sobre unas prensas al rojo vivo.

Camille observó el rostro de Mirabeau. Su expresión y sus tensiones indicaban que no era únicamente amigo del diablo.

—¿Está usted casado? —preguntó inesperadamente el conde.

—No, pero estoy comprometido.

—¿Una mujer rica?

—Mucho.

—Cada vez me cae usted más simpático —dijo Mirabeau, indicando a Teutch que podía retirarse—. Creo que será mejor que se aloje usted aquí, al menos mientras esté en Versalles. Quizá se pregunte cómo llegó hasta aquí… Eso mismo me pregunto yo, qué hago en Versalles, esperando todos los días a que el Rey me mande llamar en virtud de mis escritos, mis conferencias, el apoyo que me brinda la gente… Desempeñar al fin mi papel natural en este reino… Porque cuando hayan probado todas las soluciones y estas hayan fracasado, el Rey se verá obligado a recurrir a mí, ¿no cree?

—En efecto. Pero debe demostrarle que es usted un rival muy peligroso.

—Sí… Es imprescindible. ¿Ha tratado alguna vez de suicidarse?

—Reconozco que de vez en cuando pienso en ello.

—Usted todo se lo toma a broma —dijo el conde secamente—. Espero que siga mostrándose tan chistoso cuando le acusen de traición. Pero le comprendo. En todo caso, es una alternativa. La gente dice no arrepentirse de nada, pues yo me arrepiento de muchas cosas, de las deudas que he contraído, de las mujeres a las que he arruinado y abandonado, de mis naturales inclinaciones que no consigo dominar. Sí, la muerte habría sido un consuelo, me habría liberado de mí mismo. Pero fui un imbécil. Ahora deseo estar vivo para… —Mirabeau se detuvo. Iba a decir que había sufrido mucho, que se había sentido asfixiado, hundido y humillado.

—¿Para qué?

—Para atormentarlos —contestó Mirabeau sonriendo.

Lo llamaban el salón de los Pequeños Placeres. Hasta la fecha había sido utilizado para almacenar los decorados de las obras teatrales que se representaban en palacio. Ambos hechos ocasionaban no pocos comentarios.

Cuando el Rey decidió que era el lugar idóneo para la reunión de los Estados Generales, llamó a carpinteros y pintores. Colgaron unos cortinajes de terciopelo, erigieron unas falsas columnas y le dieron unas manos de pintura dorada. Quedaba bastante fastuoso, y las obras habían resultado baratas. Dispusieron unas sillas a la derecha y a la izquierda de la Corona para el primer y segundo estado; los miembros del tercer estado ocuparían unos bancos de madera al fondo del salón.

La cosa empezó mal. Después de la solemne entrada del Rey, este los miró con una sonrisa estúpida y se quitó el sombrero. A continuación se sentó y se puso de nuevo el sombrero. Los asistentes, ataviados con sus mejores galas, ocuparon sus asientos. Trescientos sombreros de plumas fueron alzados y colocados de nuevo sobre trescientas cabezas. Pero el protocolo dictaba que, en presencia del Monarca, los plebeyos debían de permanecer con la cabeza descubierta y de pie.

Al cabo de un momento un hombre de mejillas rubicundas se encasquetó el sombrero y se sentó ruidosamente. Acto seguido se sentaron todos los miembros del tercer estado. El conde de Mirabeau ocupó su asiento junto a sus compañeros.

Sin inmutarse, Su Majestad se alzó para pronunciar su discurso. No le parecía razonable obligar a los pobres desgraciados a permanecer de pie toda la tarde, máxime cuando llevaban tres horas aguardando a que comenzara la ceremonia. Unos momentos después de que el Rey iniciara su discurso, los que estaban sentados en las últimas filas preguntaron a los ocupantes de las primeras qué era lo que había dicho.

Era evidente que sólo un gigante dotado de descomunales pulmones prosperaría en ese salón. Mirabeau, convencido de encajar en dicha descripción, sonrió satisfecho.

El Rey dijo en realidad muy poco. Habló sobre el fuerte endeudamiento causado por la guerra norteamericana. Dijo que el sistema tributario era susceptible de ser reformado. No dijo cómo. El señor Barentin, ministro de Justicia y guardasellos real, se levantó para tomar la palabra. Previno a los presentes sobre una acción precipitada y los peligros de la innovación, e invitó a los estados a reunirse al día siguiente por separado a fin de elegir a los dignatarios y redactar las normas. Luego, se sentó.

El estado llano expresó el deseo de que los estados se reunieran conjuntamente, y que los votos fueran contabilizados individualmente, uno por cabeza. En caso contrario, los clérigos y los nobles se unirían contra el tercer estado. La generosa concesión de una doble representación —seiscientos plebeyos contra trescientos nobles y otros tantos clérigos— no les sería de ningún provecho. Para eso, era mejor irse a casa.

Pero no antes del discurso de Necker. El ministro de Finanzas se puso en pie, mientras todos los presentes guardaban silencio. Maximilien de Robespierre se inclinó hacia adelante y le observó atentamente. Necker empezó a hablar. Se le oía mejor que a Barentin. Su discurso consistía en números, números y más números.

Al cabo de diez minutos, Maximilien de Robespierre, al igual que el resto de los hombres, dirigió la mirada hacia los bancos donde las damas de la Corte estaban colocadas como platos en una estantería, sentadas rígidamente en sus corsés. De vez en cuando se movían un poco y bostezaban discretamente, deseando que aquella tortura terminara cuanto antes. Pobrecillas, pensó Maximilien, se les va a partir la espalda de permanecer tan tiesas.

Pasó la primera media hora. Necker hablaba con voz clara y enérgica, como si hubiera estado ensayando; lo malo era que nada de lo que decía tenía el menor

sentido. Lo que necesitamos es oír frases alentadoras, pensó Max, inspiradas. Al cabo de un rato Necker empezó a perder la voz, lo cual estaba previsto pues tenía un sustituto a su lado. El sustituto se levantó y empezó a hablar. Tenía una voz que crujía como un viejo puente levadizo.

Había una mujer a la que Max no quitaba los ojos de encima: la Reina. Cuantió habló su marido, hizo visibles esfuerzos por concentrarse en lo que este decía. Cuando tomó la palabra Barentin, empezó a mirar a su alrededor descaradamente, observando a los ocupantes de los bancos del tercer estado, los cuales, a su vez, la observaban a ella. De vez en cuando bajaba la cabeza y contemplaba los refulgentes brillantes que adornaban sus manos. Luego la alzaba de nuevo y se giraba como si buscara a alguien. ¿Quizás a un enemigo? ¿A un amigo? Su abanico se movía entre sus manos como un pájaro.

Tres horas más tarde los diputados, mareados y aturdidos, abandonaron el salón donde se había celebrado la solemne ceremonia. Afuera, un nutrido grupo se congregó alrededor de Mirabeau, que estaba analizando el discurso del señor Necker.

—Es el discurso que uno espera oír de labios de un empleado de banco de pocas luces… En cuanto al déficit, es nuestro mejor aliado. Si el Rey no necesitara reunir dinero, no estaríamos aquí.

—Si no conseguimos que los votos se contabilicen individualmente, estamos perdiendo el tiempo —observó un diputado. Mirabeau le dio un golpe en el hombro que estuvo a punto de derribarlo al suelo.

Max se mantuvo alejado. No quería arriesgarse a recibir un mamporro por parte de ese bruto de Mirabeau. De pronto notó unos golpecitos en el hombro. Al girarse se topó con uno de los diputados bretones, que le dijo:

—La reunión sobre tácticas será esta noche, a las ocho, en mi habitación. ¿De acuerdo?

Max asintió. Sin duda quiso decir estrategia, pensó, el arte de imponer al enemigo el momento, el lugar y las condiciones de la batalla.

De pronto apareció el diputado Pétion.

—¿Qué hace usted aquí solo, Robespierre? A propósito, he encontrado a su amigo.

El diputado se zambulló valientemente en el círculo que rodeaba a Mirabeau y reapareció al cabo de unos segundos acompañado de Camille Desmoulins. Pétion era un hombre sentimental; observó satisfecho la reunión entre ambos amigos. Camille estrechó la mano fría, firme y seca de Robespierre, sintiendo que el corazón le daba un vuelco. Al girarse vio a Mirabeau que se alejaba charlando animadamente con Barnave. Durante unos segundos vio al conde a una luz muy distinta: un noble venido a menos, un tanto tronado, en un ruidoso melodrama. En aquel momento sintió deseos de abandonar el teatro.

El 6 de mayo, el clero y la nobleza se reunieron por separado en las salas que les habían sido asignadas. Pero no había ningún lugar lo bastante espacioso para albergar al tercer estado, a excepción del salón de los Pequeños Placeres. Así pues, se reunieron en dicho salón.

—El Rey ha cometido un error —dijo Robespierre—. Nos ha dejado en posesión de su territorio.

Su elocuencia lo sorprendió. Quizás había aprendido algo de sus conversaciones con Lazare Carnot, el ingeniero militar. Dentro de poco le tocaría pronunciar un discurso ante la gran asamblea. Arras había quedado muy lejos.

El tercer estado no tenía facultad para ocuparse de ningún asunto. De habérselo permitido, ello hubiera equivalido a aceptar su estatus como asamblea independiente, lo cual era impensable. De modo que pidieron a los otros dos estados que se reunieran con ellos. La nobleza y el clero se negaron en redondo.

—Escriban lo que yo les dicte.

Los esclavos ginebrinos estaban sentados, sosteniendo en sus rodillas unos libros sobre los que descansaban unos papeles. Los papeles del conde cubrían cada centímetro de superficie que pudiera utilizarse como escritorio. De vez en cuando los ginebrinos se miraban con aire de complicidad, como veteranos revolucionarios que eran. El conde se paseaba de un lado a otro, agitando las notas que sostenía en la mano. Llevaba la bata de seda escarlata y unos gruesos anillos que lanzaban destellos a la luz de las velas. De pronto apareció Teutch.

TEUTCH: Señor…

MIRABEAU: Fuera.

[*Teutch sale y cierra la puerta tras él.*]

MIRABEAU: De modo que la nobleza no quiere unirse a nosotros. Han rechazado nuestra propuesta… por cien votos en contra. El clero tampoco quiere unirse a nosotros, pero sus votos fueron, si no me equivoco, 133 contra 114, ¿no es así?

LOS GINEBRINOS: Así es.

MIRABEAU: Ha sido una votación muy reñida, lo cual no deja de ser revelador.

[*Empieza a pasearse por la habitación. Los ginebrinos siguen escribiendo. Son las dos y cuarto. Teutch aparece de nuevo.*]

TEUTCH: Señor, fuera hay un hombre con un nombre muy difícil que espera ser recibido desde las once.

MIRABEAU: ¿Un nombre difícil?

TEUTCH: Difícil de pronunciar.

MIRABEAU: Pues pídele que lo escriba en un papel y me lo traes, imbécil.

[*Teutch sale de la habitación.*]

MIRABEAU: [*divagando*]: Necker. ¿Quién demonios es Necker? ¿Cuáles son sus cualificaciones para ser ministro? ¿Cuál es su gran atractivo? Yo se lo diré. Ese tipo no tiene deudas, ni amantes. Es lo que el público quiere en estos tiempos, un avaro suizo sin pelotas. No, Dumont, no escriba eso.

DUMONT: Parece como si tuviera envidia de Necker, Mirabeau. De su cargo de ministro.

[*Las tres menos cuarto. Teutch aparece y entrega un papel a Mirabeau. El conde lo guarda en el bolsillo.*]

MIRABEAU: Olvídense de Necker. Todo el mundo acabará olvidándose de él. Volvamos a lo nuestro. Así pues, parece que nuestra mejor esperanza es el clero. Si conseguimos convencerlos de que se unan a nosotros…

[*A las tres y cuarto, el conde saca el papel del bolsillo y lo mira.*]

MIRABEAU: Robespierre. Sí, es un nombre extraño… Ahora todo depende de esos diecinueve sacerdotes. Mi discurso no debe de ser un discurso común y corriente sino un gran discurso, que no sólo les invite a unirse a nosotros sino que les mueva a hacerlo. Un discurso que les haga comprender claramente sus intereses y su obligación.

DUROVERAY: Y que de paso cubra el nombre de Mirabeau de gloria…

MIRABEAU: Eso es.

[*Teutch entra de nuevo.*]

MIRABEAU: ¿Acaso piensas entrar y salir cada dos minutos? ¿Todavía está ahí fuera el señor Robespierre?

TEUTCH: Sí, señor.

MIRABEAU: Debe de ser un hombre muy paciente. Ojalá tuviera yo su paciencia. Ofrece al diputado Robespierre una taza de chocolate, Teutch, y dile que lo recibiré enseguida.

[*Las cuatro y media. Mirabeau sigue hablando. De vez en cuando se detiene ante un espejo para contemplarse en él. El señor Dumont se ha quedado dormido.*]

MIRABEAU: ¿Todavía está ahí el señor Robespierre?

[*Las cinco de la mañana. El conde abandona su expresión leonina y sonríe.*]

MIRABEAU: Muchas gracias, señores. Se lo agradezco profundamente. La combinación, mi querido Duroveray, de su erudición, mi querido Dumont, de sus… ronquidos, de su gran talento, junto con mis dotes de orador…

[*Teutch asoma la cabeza.*]

TEUTCH: ¿Han terminado? Ese señor todavía espera para hablar con usted.

MIRABEAU: Sí, hemos concluido nuestra gran tarea. Hazle pasar.

[*Cuando el diputado de Arras entra en la pequeña estancia, empiezan a*

despuntar las primeras luces. El humo del tabaco le escuece los ojos. Se siente en desventaja pues sus ropas están arrugadas y se ha manchado los guantes. Hubiera debido cambiarse antes de presentarse ante el conde. Mirabeau examina al joven anémico y cansado. Robespierre esboza una débil sonrisa mientras extiende una mano con las uñas mordidas. Mirabeau, en lugar de estrecharle la mano, le da unos golpecitos en el hombro.]

MIRABEAU: Mi querido señor Robespierre, siéntese, haga el favor, si es que encuentra una silla.

ROBESPIERRE: No importa, llevo bastante rato sentado.

MIRABEAU: Lo siento. Tengo que atender tantos asuntos…

ROBESPIERRE: No importa.

MIRABEAU: Lo siento. Trato de mostrarme asequible a todos los diputados que desean hablar conmigo.

ROBESPIERRE: No le entretendré mucho rato.

[*Deja de disculparte, se dice Mirabeau. Ya te ha dicho que no le importa.*]

MIRABEAU: ¿En qué puedo ayudarlo, señor Robespierre?

[*El diputado saca unos papeles doblados del bolsillo y se los entrega a Mirabeau.*]

ROBESPIERRE: Es el texto de un discurso que espero pronunciar mañana. Me gustaría que le echara un vistazo y que me diera su opinión. Aunque es un poco largo, y quizás está usted cansado…

MIRABEAU: Estaré encantado de echarle un vistazo. ¿Cuál es el tema de su discurso, señor Robespierre?

ROBESPIERRE: En mi discurso invito al clero a que se una al tercer estado.

[*Mirabeau se gira bruscamente, crispando los puños. Duroveray se tapa la cara con las manos y lanza un suave gemido. Cuando ha conseguido dominarse, el conde se gira de nuevo hacia Robespierre.*]

MIRABEAU: Enhorabuena, señor Robinpère. Ha tocado usted el tema que nos ocupará mañana. Debemos asegurarnos de que nuestra propuesta tenga éxito.

ROBESPIERRE: Desde luego.

MIRABEAU: ¿No se le ha ocurrido que quizás otros miembros de su asamblea se propongan abordar ese tema?

ROBESPIERRE: Sí, es lógico. Por eso he venido a verlo. Supuse que conocía los planes, no queremos que todos los diputados se levanten y digan las mismas cosas.

MIRABEAU: Quizá le interese saber que he preparado un pequeño discurso sobre ese mismo tema. [*Mirabeau habla y lee al mismo tiempo.*] Si me lo permite, creo que es preferible que exponga la cuestión una persona bien conocida por sus compañeros, un orador experimentado. Puede que el clero escuche con menos interés a alguien que… ¿cómo se lo diría?… que todavía no ha tenido ocasión de revelar sus dotes de orador.

ROBESPIERRE: ¿Revelar? No somos prestidigitadores, señor. No estamos aquí para sacar conejos del sombrero.

MIRABEAU: Por supuesto.

ROBESPIERRE: Suponiendo que uno poseyera unas dotes extraordinarias, ese sería sin duda el mejor momento de revelarlas.

MIRABEAU: Comprendo su punto de vista, pero le sugiero que en esta ocasión ceda usted, por el bien de todos. Tengo muchos seguidores. A veces, cuando un nombre célebre se une a una causa…

[*Mirabeau se detiene bruscamente. Observa en el delicado rostro triangular del joven una ligera expresión de desprecio. Pero el tono de su voz es amable y respetuoso.*]

ROBESPIERRE: Mi discurso es eficaz, hace hincapié en todos los puntos importantes.

MIRABEAU: Sin duda, pero el orador… Francamente, señor Robertpère, he pasado toda la noche trabajando en mi discurso y me propongo pronunciarlo, por lo que le ruego cordialmente que busque otra ocasión para su debut, o bien se limite a pronunciar unas breves palabras para apoyarme.

ROBESPIERRE: No, no estoy dispuesto a hacerlo.

MIRABEAU: ¿Cómo que no? [*El conde observa satisfecho que cuando alza la voz, el diputado parpadea.*] Yo soy el personaje importante. Usted es un desconocido. Ni siquiera interrumpirán su conversación para escucharlo. Su discurso es prolijo, farragoso, no le dejarán terminarlo.

ROBESPIERRE: No intente intimidarme, no lo conseguirá. [*No es un farol. Mirabeau lo mira fijamente. Sabe por experiencia que es capaz de intimidar a la mayoría de la gente.*] No trato de impedir que pronuncie su discurso. Si se empeña, hágalo; yo pronunciare luego el mío.

MIRABEAU: ¡Maldita sea! En su discurso y el mío decimos las mismas cosas.

ROBESPIERRE: Cierto, pero dado que tiene usted fama de demagogo, quizá sus palabras no les inspiren confianza.

MIRABEAU: ¿Demagogo?

ROBESPIERRE: Político.

MIRABEAU: ¿Y qué es usted?

ROBESPIERRE: Una persona normal y corriente.

[*El conde se pone rojo como un tomate y se pasa la mano por el pelo, dejándolo alborotado.*]

MIRABEAU: Será usted el hazmerreír de todos.

ROBESPIERRE: No se preocupe por eso.

MIRABEAU: Supongo que ya está usted acostumbrado a hacer el ridículo.

[*El conde se gira hacia el espejo y ve que Duroveray acaba de despertarse.*]

DUROVERAY: ¿Por qué no tratan de llegar a un acuerdo?

ROBESPIERRE: No. Le he ofrecido llegar a un acuerdo, pero lo ha rechazado.

[*Silencio. El conde suspira. Contrólate, Mirabeau, se dice, trata de adoptar una actitud conciliadora.*]

MIRABEAU: Me temo que se trata de un malentendido, señor de Robinspère. No es necesario que nos peleemos.

[*Robespierre se quita las gafas y se frota los ojos. Mirabeau observa que tiene un tic en el ojo izquierdo. He ganado, piensa.*]

ROBESPIERRE: Debo irme. Estoy seguro que está deseando acostarse.

[*Mirabeau sonríe. Robespierre contempla la alfombra, sobre la que yacen, rotas y arrugadas, las hojas de su discurso.*]

MIRABEAU: Lo lamento. Un síntoma de una pataleta infantil, [*Robespierre se agacha y recoge los papeles.*] ¿Desea que los arroje al fuego? [*Robespierre se los entrega dócilmente. Los músculos del conde se relajan visiblemente.*] Tiene que venir a cenar una noche, Robertpère.

ROBESPIERRE: Gracias. Acepto encantado. No se preocupe por los papeles, tengo un borrador. Siempre conservo los borradores de mis discursos.

[*Mirabeau observa por el rabillo de ojo que Duroveray se ha puesto en pie, llevándose una mano al corazón.*]

MIRABEAU: Teutch.

ROBESPIERRE: No se moleste en avisar a su mayordomo, conozco el camino. A propósito, me llamo Robespierre.

MIRABEAU: Ah, creí que era De Robespierre.

ROBESPIERRE: No, simplemente Robespierre.

D'Anton fue a escuchar el discurso que pronunció Camille en el Palais-Royal. Se situó al fondo, presenciando el acto cómodamente.

—No puedes pasarte la vida sonriendo con aire despectivo —le dijo Camille—. Ya es hora de que te pronuncies.

—¿Sobre qué? —respondió D'Anton.

Camille pasaba mucho tiempo con Mirabeau. Su primo De Viefville apenas le dirigía la palabra. En Versalles los diputados no cesaban de hablar, como si ello sirviera de algo. Cuando el conde tomaba la palabra, se alzaban unos murmullos de protesta. La Corte todavía no le había mandado llamar. Por las noches necesitaba que le hicieran compañía, para animarlo. El conde había hablado con Lafayette, rogándole que intercediera para que los nobles liberales apoyaran su causa. Pidió al abate Sieyès que tratara de convencer a los curas pobres de provincias, los cuales estaban a favor del pueblo, no de los obispos. Este adoptó un aire pensativo. Era un hombre enjuto, de aspecto frágil, propenso a soltar frases lapidarias, que jamás bromeaba, jamás discutía. La política, según decía, es una ciencia que he

perfeccionado.

El conde acudió también a ver al señor Bailly, el presidente de la asamblea del tercer estado, para proponerle sus sugerencias. El señor Bailly lo miró fijamente. Era un célebre astrónomo, y, según observó alguien, tenía la cabeza más en las estrellas que en una revolución terrestre. Porque la palabra de moda era «revolución», no sólo en el Palais-Royal sino entre los cortinajes de seda y los oropeles. Estaba siempre en boca del diputado Pétion mientras conversaba con el diputado Buzot, un joven abogado de Evreux. Había veinte o treinta hombres que se sentaban siempre juntos, que no cesaban de murmurar entre sí y que a veces soltaban alguna carcajada. El primer discurso del diputado Robespierre fue suspendido debido a una cuestión técnica.

La gente se preguntaba qué había hecho para disgustar a Mirabeau. Mirabeau le llama «el cordero rabioso».

El arzobispo de Aix se presentó ante la asamblea del tercer estado portando un pedazo de pan negro y derramando lágrimas de cocodrilo. Exhortó a los diputados a no perder más el tiempo en fútiles discusiones. La gente se moría de hambre, y eso era lo que les daban de comer, dijo, sosteniendo el pedazo de pan entre el pulgar y el índice, para que todos lo vieran. Luego sacó un pañuelo de hilo con su escudo bordado y se limpió delicadamente las manos. Los diputados lo observaron con aire de reproche. Lo mejor que podían hacer, dijo el arzobispo, era dejar a un lado sus rencillas y formar un comité conjunto con los otros dos estados, para hablar sobre el hambre y la solución a dicho problema.

Robespierre se levantó y fue apresuradamente hacia la tribuna de oradores para evitar que alguien tratara de detenerlo. Si se unían con los otros estados para celebrar una sesión de comité, por un voto, el tercer estado habría perdido su causa. Era un truco del arzobispo.

—¡No, no! —dijo enérgicamente. Era como si se le hubiera atragantado el pedazo de pan negro que sostenía el arzobispo en la mano. Al girarse, vio ante él centenares de rostros que lo miraban con expresión vacía y oyó su voz en medio del profundo silencio—: Que vendan sus carruajes y que entreguen el dinero a los pobres…

Los asistentes se miran perplejos. Nadie aplaude, y poco a poco se alza un curioso murmullo. La gente se levanta para observar mejor al orador. Este se sonroja ligeramente. Aquí es donde empezó todo: el 6 de junio de 1789, a las tres de la tarde.

6 DE JUNIO, A LAS SIETE DE LA TARDE. EL DIARIO DE LUCILE DUPLESSIS:

¿Acaso debemos arrastrarnos eternamente como gusanos? ¿Cuándo hallaremos la felicidad que todos ansiamos? El hombre se deja deslumbrar fácilmente, y cree hallar la felicidad. Pero la felicidad no existe en la Tierra, es una quimera. Cuando el mundo cese de existir… pero es imposible que desaparezca todo. Dicen que no quedará nada. Absolutamente nada. El sol perderá su fulgor, dejará de brillar. ¿Qué será de él? ¿En que se

convertirá?

Se detiene unos instantes, dudando en subrayar la palabra «nada». Pero no necesita subrayarla.

—Apenas pruebas bocado, Lucile —dice su padre—. Te estás consumiendo. ¿Qué le ha pasado a mi niña?

Se ha adelgazado mucho. Se le notan todos los huesos. Tiene ojeras. Se niega a recogerse el cabello. Antes tenía una mirada alegre y vivaracha, pero ahora observa a la gente con ojos tristes y sombríos.

—Deja de tocarte el pelo, Lucile —dice su madre—. Me recuerda… Me irrita.

Pues sal de la habitación, madre; no me mires.

Debe de tener el corazón de piedra. Cada mañana, al despertarse, comprueba que está viva, que aún respira. Al mirar a su padre a los ojos ve en ellos el reflejo de una joven alegre y feliz, de veintitantos años, con dos o tres niños sentados en sus rodillas; al fondo aparece un hombre fornido y honrado, impecablemente vestido, pero la zona de su rostro es nebulosa. No les dará esa satisfacción. Ha pensado en varias formas de suicidarse. Pero eso sería poner fin a todo; y la auténtica pasión jamás llega a consumarse. Es preferible encerrarse en un convento, sofocar la metafísica lujuria bajo unos hábitos. O marcharse un día y afrontar la pobreza, el amor y el azar.

Señorita Languidez, la llama D'Anton. Tiene algo que ver con las obras inglesas que lee.

El 12 de junio, tres curas rurales se unieron al tercer estado. El 17, otros dieciséis. El tercer estado se denomina ahora «Asamblea Nacional». El 20 de junio, les impiden reunirse en el salón de los Pequeños Placeres. Está cerrado por reformas, según les comunican.

La solemne expresión del señor Bailly, que tiene el sombrero empapado a consecuencia de la lluvia, contrasta con las risas burlonas de los demás diputados. El doctor Guillotin, su compañero académico, pregunta:

—¿Por qué no nos reunimos en la pista de tenis?

Los otros le miran perplejos.

—No está cerrada. No dispondremos de mucho espacio, pero si no hay otra solución…

Al llegar a la pista de tenis suben al presidente Bailly sobre una mesa y juran no separarse hasta ofrecer a Francia una constitución. Abrumado por la emoción, el científico asume la pose de un antiguo romano.

—Ya veremos lo que hacen cuando ataquen las tropas —observa el conde de Mirabeau.

Tres días más tarde, cuando se hallan reunidos de nuevo en su antigua sala, el Rey se presenta de improviso. Con voz temblorosa, suspende la sesión. Sólo él puede

redactar un programa de reformas. Mira las negras chaquetas y corbatas, los pétreos rostros de los hombres sentados ante él; parecen sus propios monumentos. Tras ordenarles que se dispersen, el Monarca abandona apresuradamente el salón.

Mirabeau se levanta de un salto. Escrupulosamente atento a su leyenda, mira a su alrededor en busca de los dactilógrafos y la prensa.

El maestro de ceremonias les ruega que suspendan la sesión, tal como ha ordenado Su Majestad.

MIRABEAU: Si le han ordenado que nos obligue a hacernos marchar, tendrá que utilizar la fuerza. Sólo abandonaremos nuestros asientos a punta de bayoneta. El Rey puede mandar que nos ejecuten. Dígale que estamos dispuestos a morir; pero no nos separaremos hasta haber redactado la constitución. —Después añade en voz baja, dirigiéndose a su vecino—: En cuanto aparezcan nos largamos.

Durante unos instantes todos guardan silencio, los cínicos, los detractores y los cotillas. Luego los diputados rompen a aplaudir, retrocediendo para cederle paso mientras el conde avanza contemplando la invisible corona de laurel que adorna su encrespado cabello.

—La respuesta es la misma, Camille —dijo Momoro, el impresor—. Si publico esto acabaremos en la Bastilla. No merece la pena revisarlo, cada versión es peor que la anterior.

Camille lanzó un suspiro y cogió su manuscrito.

—Ya nos veremos.

Aquella mañana, en el Pont-Neuf, una mujer le había leído el porvenir. Le había dicho lo de costumbre: dinero, poder y éxito en los asuntos del corazón. Pero cuando Camille le preguntó si viviría muchos años, la mujer examinó la palma de su mano y le devolvió el dinero.

D'Anton estaba en su despacho, sentado ante un montón de papeles.

—Ven a verme en los tribunales esta tarde —dijo a Camille—. Voy a aplastar a tu amigo Perrin.

—Sólo te gusta atacar a la gente con la que te enfrentas en los tribunales —le reprochó Camille.

—¿Atacar? —repitió D'Anton, perplejo—. Me llevo muy bien con Perrin. Aunque no tan bien como contigo.

—No entiendo por qué concedes tanta importancia a esas insignificancias.

—Porque tengo que ganarme la vida —contestó D'Anton lentamente—. Me gustaría ir a Versalles para ver lo que se cuece allí, pero tengo a maître Perrin y a unos litigantes que me esperan a las dos en punto.

—¿Qué es lo que quieres, Georges-Jacques?

—Lo de siempre —contestó D'Anton sonriendo.

—Dinero. Está bien. Procuraré que consigas dinero.

El Café du Foy. La Sociedad Patriótica del Palais-Royal está reunida. Cada media hora reciben noticias de Versalles. El clero se está uniendo en masa al tercer estado. Mañana, según dicen, serán cincuenta nobles, encabezados por Orléans.

Los miembros de la Sociedad están convencidos de que existe un Complot de Hambre. Los especuladores están matando de hambre a la gente para obligarla a rendirse. El precio del pan aumenta cada día.

El Rey ha mandado llamar a las tropas de la frontera, y miles de mercenarios marchan hacia París. Sin embargo el peligro más inmediato son los bandoleros, como los llama todo el mundo. Acampan en las afueras de la ciudad, y por la noche penetran en ella sigilosamente. Son los refugiados de las provincias más pobres, donde las tormentas de granizo han asolado los campos. Son unos hombres hambrientos, agresivos, que recorren las calles como profetas, sosteniendo unos palos en las manos. Las mujeres procuran no andar solas por las calles. Los patronos entregan a sus aprendices unas hachas para que se defiendan. Los tenderos han instalado cerraduras nuevas. Antes de salir a buscar el pan, las sirvientes ocultan un cuchillo en el bolsillo de su delantal. El que los bandoleros no son totalmente desaprovechables es un hecho conocido tan sólo por la Sociedad Patriótica.

—¿De modo que han oído hablar de tus proezas en Guise? —preguntó Fréron a Camille.

—Sí, mi padre suele escribirme con frecuencia, amonestándome. Me ha enviado también esta carta —contestó Camille, mostrando a su amigo una carta de su pariente, Antoine Saint-Just, el célebre delincuente de Noyon—. Léela.

Fréron cogió la carta. Estaba escrita con una letra minúscula, casi ilegible.

—¿Por qué no la lees tú?

Camille sacudió la cabeza. No tenía costumbre de leer en voz alta en una habitación pequeña.

—¿Por qué no? —le preguntó Fabre, enojado—. No es más difícil que hablar ante una multitud.

—De acuerdo —dijo Fréron. No le convenía que Camille se volviera demasiado competente en cosas ordinarias.

La carta contenía unas noticias muy interesantes: en Picardía se habían producido varios motines, la multitud se había echado a la calle, los edificios ardían, y los molineros y los terratenientes estaban amenazados de muerte. Se hallaba escrita en un tono de mal disimulada satisfacción.

—Me encantaría conocer a tu primo —dijo Fabre—. Parece un chico de lo más agradable y pacífico.

—Mi padre no me ha dicho una palabra de todo eso —respondió Camille—. ¿Crees que Antoine exagera? Tiene una caligrafía desastrosa… Como se aburre, quiere que suceda algo gordo… No tiene idea de la puntuación, y exagera con las

mayúsculas… Creo que iré a Les Halles para hablar con los tipos del mercado.

—¿Es esa otra de tus muchas malas costumbres, Camille? —inquirió Fabre.

—Allí todos son de Picardía —dijo Fréron, acariciando la pequeña pistola que llevaba en el bolsillo de la casaca—. Diles que París los necesita. Diles que se echen a la calle.

—Antoine no deja de asombrarme —dijo Camille—. Mientras vosotros protestáis de forma convencional contra la violencia, la sangre de esos comerciantes constituye para él…

—Lo mismo que para ti —dijo Fabre—. Leche y miel, Camille. Julio es tu tierra prometida.

VII. *La hora de matar*

(1789)

3 de julio de 1789: de Launay, gobernador de la Bastilla, al señor De Villedeuil, ministro de Estado:

> Tengo el honor de informarle que viéndose obligado por las circunstancias a dejar de hacer ejercicio en las torres, privilegio que concedió usted al marqués de Sade, ayer tarde se puso a gritar desde la ventana de su celda a voz en cuello, para que lo oyera todo el barrio, pidiendo auxilio y afirmando que torturamos y asesinamos a los presos de la Bastilla. No podemos permitirle que haga ejercicio en las torres, los cañones están cargados y resultaría muy peligroso. Todo el personal de la cárcel le quedaría muy agradecido si usted accediera a trasladar cuanto antes al marqués de Sade a otro lugar.

(*firmado*) De Launay

> P. D. Ha amenazado con organizar otro espectáculo.

Durante la primera semana de julio, Laclos salió a reclutar a nuevos adeptos. Faltaban por añadir unos cuantos nombres a la nómina.

El mismo día que oyó a Desmoulins pronunciar su discurso en el Palais-Royal, llegó a manos del duque una copia del panfleto que Camille no había conseguido publicar, el cual circulaba en forma de manuscrito. El duque declaró que le producía dolor de cabeza, pero añadió:

—El hombre que ha escrito esto puede sernos útil.

—Lo conozco —respondió Laclos.

—Perfecto. Ve a hablar con él.

Laclos no imaginaba qué hacía suponer al duque que Desmoulins era un viejo amigo suyo.

En el Café du Foy, Fabre d'Églantine leía en voz alta un pasaje de su última obra. No sonaba prometedora. Laclos supuso que no tardaría en pedirle más dinero. Tenía una pésima opinión de Fabre, pero era necesario emplear a un imbécil para ciertos trabajos.

Camille se acercó a él y le preguntó sin rodeos:

—¿Será el 12?

Laclos lo miró con aire de reproche. ¿Acaso no comprendía que era un asunto muy complejo, que requería infinita paciencia?

—El 12 no es posible. Será el 15.

—Mirabeau dice que las tropas suizas y alemanas llegarán el 13.

—Es un riesgo que debemos correr. Lo que me preocupa son las comunicaciones. Podría producirse una matanza en un determinado distrito, y a un par de kilómetros ni se enterarían. —Tomó un sorbo de café y continuó—: Se habla de formar una milicia ciudadana.

—Mirabeau dice que los tenderos están más preocupados por los bandoleros que por las tropas. Por eso quieren formar una milicia.

—Deja de repetirme lo que dice Mirabeau —protestó Laclos—. No necesito que me cuentes sus opiniones de segunda mano puesto que lo oigo disertar todos los días en la Asamblea. Tu problema es que te obsesionas con la gente.

Hace sólo unas semanas que se conocen y Laclos ya se permite criticarlo abiertamente.

—Estás enojado —dijo Camille— porque no has conseguido comprar a Mirabeau para el duque.

—Estoy convencido de que llegaremos a un acuerdo. De todos modos, quieren pedir a Lafayette —cotilleos de Washington, según dices tú— que se ponga al mando de la milicia ciudadana. Como puedes imaginar, eso es impensable.

—Lafayette es tan rico que podría comprar hasta el mismo duque.

—Eso no te concierne —contestó Laclos fríamente—. Quiero que me hables de Robespierre.

—Olvídalo —respondió Camille.

—Puede sernos muy útil en la Asamblea. Reconozco que le falta estilo, que se ríen de él, pero va mejorando.

—No pongo en duda su utilidad. Pero no podrás comprarlo. Y no se unirá a vosotros por amor al duque. No le interesan las facciones.

—¿Qué es lo que le interesa? Si me lo dices, intentaré proporcionárselo. ¿Cuáles son sus debilidades? Es lo único que necesito saber. ¿Qué vicios tiene?

—Que yo sepa, no tiene debilidades ni vicios.

—Todo el mundo tiene algún vicio —insistió Laclos.

—Eso será en tu novela.

—Qué raro —dijo Laclos—. ¿Acaso pretendes decirme que ese hombre no necesita dinero? ¿O un trabajo? ¿O una mujer?

—No conozco el estado de su cuenta corriente. Si desea una mujer, supongo que será capaz de conquistarla él solito.

—O quizás… Hace mucho que os conocéis, ¿no es cierto? ¿No tendrá ciertas inclinaciones…?

—No, no —contestó enérgicamente Camille—. En absoluto.

—Lo cierto es que no parece ser uno de esos —dijo Laclos, frunciendo el ceño. Tenía bastante facilidad para imaginar lo que la gente hacía en la cama; al fin y al cabo era su profesión. Pero el diputado de Artois tenía cierto aire de inocencia. Laclos sólo alcanzaba a imaginar que cuando estaba en la cama, dormía—. De momento lo archivaremos. Parece que el señor Robespierre es un tipo complicado. Háblame de Legendre, su carnicero. Tengo entendido que es capaz de decir cualquier cosa, y que tiene un par de pulmones increíbles.

—El duque debe de estar desesperado para querer reclutar a un tipo como él.

Laclos imaginó la expresión vacía y ensimismada del duque.

—Vivimos en unos tiempos desesperados —respondió sonriendo.

—Si quieres a alguien del distrito de los *cordeliers*, conozco a alguien mucho mejor que Legendre. Alguien con unos pulmones más potentes que él.

—Supongo que te refieres a Georges-Jacques D'Anton. Sí, lo tengo en mi fichero. Es el abogado que rechazó un excelente cargo bajo Barentin el año pasado. Me extraña que me recomiendes alguien que se recomienda a sí mismo a Barentin. Posteriormente rechazó otra oferta… ¿no te lo dijo? Deberías ser omnipresente, como yo. Bueno, ¿qué más sabes?

—Conoce a todo el mundo en la comarca. Es un hombre culto, con una fuerte personalidad. No tiene opiniones radicales. Se le podría convencer para que las cambiara.

—Veo que tienes una buena opinión de él —dijo Laclos.

Camille se sonrojó como si lo hubieran sorprendido en una pequeña falta. Laclos lo miró con sus astutos ojos azules.

—Recuerdo a D'Anton. Un hombre feo con aspecto de bruto. Parecido a Mirabeau pero en versión pobre. Francamente, tienes unos gustos muy extraños, Camille…

—No puedo responder a todas tus preguntas al mismo tiempo, Laclos. Maître D'Anton me debe un favor.

Laclos sonrió satisfecho, como si se hubiera quitado un peso de encima. Sabía por experiencia que un hombre en deuda con otro podía ser seducido por una cantidad muy pequeña de dinero, mientras que un hombre acomodado debía ser tentado con sumas que proporcionaran a su avaricia una nueva dimensión. Las arcas del duque estaban bien provistas de fondos, y recientemente había recibido un sustancioso regalo del embajador prusiano, cuyo Rey estaba siempre dispuesto a disgustar al Monarca francés. Pero los fondos no eran inagotables, y a Laclos le divertía hacer pequeñas economías.

—¿Cuánto me costará convencerlo?

—Yo me encargaré de las negociaciones —respondió Camille—. La mayoría de la gente te pediría una comisión, pero en este caso lo haré para demostrar mi estima al duque.

—Pareces muy seguro de ti —observó Laclos—. No voy a pagar un céntimo sin saber que podemos contar con él.

—Todos somos susceptibles de dejarnos corromper, ¿no es cierto? Al menos, eso dices siempre. Mira, Laclos, hay que actuar deprisa, antes de que la situación se nos escape de entre las manos. Si la Corte recupera el juicio y empiezan a pagar, vuestros amigos se apresurarán a abandonaros.

—No pareces estar entregado en cuerpo y alma a la causa del duque —observó Laclos.

—Algunos nos preguntábamos el otro día qué planes tenías para los que no estamos entregados en cuerpo y alma a la causa del duque.

Camille aguardó. «¿Qué tal un billete de ida a Pensilvania? —pensó Laclos—. Te entusiasmará vivir entre los cuáqueros. O bien un refrescante baño en el Sena».

—Permanece junto al duque —contestó Laclos—, y no te arrepentirás.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez, Laclos, que quizá seas tú quien me ayude a montar mi revolución y no a la inversa? Quizás ocurra como en una de esas novelas en las que los personajes se adueñan de la situación y dejan atrás al autor.

Laclos dio un puñetazo en la mesa y gritó:

—¡Siempre has de decir la última palabra! ¡No te pases de listo!

—Todo el mundo te está mirando —contestó Camille.

Era imposible proseguir la conversación. Laclos se disculpó y se marchó. Estaba enojado por haber perdido los estribos con un agitador de poca monta, y, en penitencia, se había disculpado con él. Camille lo observó alejarse. Esto no puede seguir así, pensó. Si dejo que las cosas continúen de esta forma, no tendré un alma que vender cuando me hagan una buena oferta. Luego corrió a comunicar a D'Anton la buena noticia de que iban a intentar sobornarlo.

11 de julio: Camille se presentó en la casa de Robespierre en Versalles.

—Mirabeau ha aconsejado al Rey que retire sus tropas de París —dijo—. Luis se niega a hacerlo. Esas tropas no son de confianza. Los secuaces de la Reina intentan hundir a Necker. El Rey dice que enviará a la Asamblea a las provincias.

Robespierre escribía una carta a Augustin y Charlotte. Alzó la cabeza y respondió:

—Él la sigue llamando los Estados Generales.

—Lo sé. He venido a ver si estabas haciendo la maleta.

—No. Acabo de instalarme.

—Te veo muy tranquilo —observó Camille, paseándose de un lado al otro de la habitación.

—Estoy aprendiendo a ser paciente escuchando las tonterías que se dicen cada día en la Asamblea.

—Según parece, tus colegas no te inspiran el menor respeto. Detestas a Mirabeau.

—Exageras —contestó Robespierre, dejando la pluma—. Acércate, Camille, deja que te vea.

—¿Por qué? —respondió Camille, nervioso—. Dime lo que debo hacer, Max. No sé que pensar, estoy confundido. La república… el conde se ríe de ella. Me obliga a escribir, me dicta lo que debo escribir y me vigila constantemente. Ceno con él todas las noches. La comida es excelente, lo mismo que el vino y la conversación. Me está corrompiendo.

—No te hagas el ingenuo —contestó bruscamente Robespierre—. El conde puede ayudarte a prosperar, y eso es lo que necesitas. Deberías estar allí, no aquí. Yo no puedo darte lo que él te ofrece.

Robespierre sabe lo que va a suceder, como casi siempre. Camille es hábil y astuto, pero indiscreto. Ha sido visto en público con Mirabeau, que tenía un brazo apoyado sobre sus hombros, como si fuera una prostituta que hubiera recogido en el Palais-Royal. Todo eso es muy enojoso; las grandes ambiciones del conde están tan claras como si el propio doctor Guillotin le hiciera la autopsia. De momento, Camille se divierte. El conde estimula sus aptitudes. Disfruta de los halagos y las atenciones que recibe. La relación entre él y Robespierre prosigue como si la última década hubiera pasado en un abrir y cerrar de ojos. Robespierre sabe que Camille sufrirá un día una decepción, pero es inútil tratar de advertirle. Es como la decepción en el amor. Todo el mundo debe pasar por ello.

—¿Te he hablado alguna vez de Anaïs, esa chica con la que al parecer estoy comprometido? Augustin me ha informado que tengo rivales.

—¿Han aparecido desde que te fuiste?

—Eso parece.

—¿Te sientes herido?

—Siempre he tenido mucho amor propio. Pero no… —contestó Camille, sonriendo—. Esa Anaïs es una buena chica, pero un poco tonta. Lo cierto es que fue un compromiso concertado por nuestras familias.

—¿Por qué accediste?

—Para que me dejaran en paz.

Camille se dirigió a la ventana y se asomó.

—¿Qué va a suceder? —preguntó—. La revolución es inevitable.

—Sí, pero Dios actúa a través de los hombres.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien tiene que acabar con el estancamiento entre la Asamblea y el Rey.

—Explícate.

—Supongo que será Mirabeau. Nadie se fía de él, pero si diera la señal…

—Estancamiento, señal… —Camille cerró la ventana y se giró indignado. Robespierre retiró el tintero—. ¿Una señal es algo que haces agitando las manos? —preguntó Camille. Luego se arrodilló ante Robespierre, quien trató de ayudarlo a incorporarse—. Esto es real —dijo Camille—. Estoy arrodillado en el suelo y tú

tratas de ayudarme a levantarme. No metafóricamente, sino realmente. Mira —dijo, arrojándose de bruces sobre la alfombra—. Me he postrado en la alfombra. Esto es acción. ¿Puedes distinguir entre lo que acaba de suceder y lo que sucede cuando alguien dice que «el país está postrado»?

—Por supuesto. Levántate.

Camille obedeció.

—Me aterras —dijo Robespierre. Luego se sentó en la mesa donde había estado escribiendo una carta, se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Las metáforas son muy útiles —dijo—. Me gustan las metáforas. Las metáforas no matan a la gente.

—Me matan a mí. Si vuelvo a oír a alguien hablando de mares embravecidos o edificios que se desmoronan, me tiraré por la ventana. No lo soporto. El otro día me encontré a Laclos. Me sentía tan enojado que decidí hacer algo.

Robespierre cogió la pluma y añadió una frase a la carta.

—Temo que estallen motines civiles —dijo.

—¿Por qué? Yo espero que así sea. A Mirabeau ya sabemos que le guían sus propios intereses, pero si tuviéramos un líder con un nombre intachable…

—No sé si existe un hombre así en la Asamblea.

—Tú —respondió Camille.

—¿Eso crees? A Mirabeau le llaman «La Antorcha de Provenza». ¿Sabes cómo me llaman a mí?: «La Vela de Arras».

—Pero con el tiempo, Max…

—Sí, el tiempo todo lo arregla. Opinan que debería frecuentar la compañía de vizcondes y cultivar su retórica florida. Con el tiempo quizá lleguen a respetarme. Pero no quiero que me acepten con aire de benevolencia. No quiero promesas, ni cargos, ni comisiones, ni mancharme las manos de sangre. Me temo que no soy su hombre predestinado.

—¿Pero no crees que en el fondo eres el hombre predestinado?

Robespierre examinó la carta que estaba escribiendo. Tenía que añadir una posdata.

—No más que tú —contestó.

Domingo, 12 de julio: son las cinco de la mañana.

—No existen respuestas a esas preguntas, amigo Camille —dijo D’Anton.

—¿No?

—No. Mira, ha amanecido. Un día más. Lo has conseguido.

Camille insistió en sus preguntas:

—Supongamos que consigo a Lucile, ¿cómo voy a seguir sin Annette? ¿Por qué no he logrado nunca nada, ni una sola cosa? ¿Por qué se niegan a publicar mi panfleto? ¿Por qué me odia mi padre?

—De acuerdo —contestó D’Anton—. Te responderé brevemente. ¿Por qué has de

seguir con Annette? ¿Acaso pretendes acostarte con las dos? Supongo que eres capaz de hacerlo. No sería la primera vez que ocurre en la historia del mundo.

—Parece que nada te escandaliza —dijo Camille.

—¿Me dejas continuar? Nunca has conseguido nada porque siempre estás en posición horizontal. Quiero decir que nunca estás en el lugar apropiado en el momento indicado. La gente dice que eres muy distraído, pero yo sé la verdad. Empiezas el día lleno de buenas intenciones, pero de pronto te encuentras con alguien y te vas a la cama con esa persona.

—Y así malgasto los días —contestó Camille—. Tienes razón.

—¿Qué clase de fundamento para una carrera…? Déjalo, no importa. ¿Por dónde iba? Se niegan a publicar tu panfleto porque no es el momento adecuado. En cuanto a tu padre, no te odia, probablemente te quiere mucho, lo mismo que yo y otras personas. Me agotas, Camille.

El viernes, D'Anton había pasado todo el día en los tribunales, y el sábado había trabajado sin parar. Estaba extenuado.

—Hazme un favor —dijo, levantándose y acercándose a la ventana—. Si decides suicidarte déjalo para el miércoles, cuando haya concluido el caso que llevo entre manos.

—Regreso a Versalles —respondió Camille—. Tengo que hablar con Mirabeau.

—Es un infeliz —dijo D'Anton, bostezando—. Va a hacer un calor sofocante.

Al abrir los postigos, la luz inundó la habitación.

El problema de Camille no era permanecer despierto sino recoger sus efectos personales. Hacía algún tiempo que se había mudado. Se preguntaba si D'Anton era capaz de comprender sus problemas. Cuando uno se presenta de improviso en un sitio donde ha vivido antes, es muy difícil decir a los actuales ocupantes: «Quítenme las manos de encima. Sólo vengo a recoger una muda». No te creen. Piensan que es un pretexto.

Además, Camille siempre anda de un lado para el otro. El viaje de París a Versalles suele llevar tres horas. Pese a sus problemas, ha llegado a casa de Mirabeau a la hora en que las personas normales están desayunando. Después de afeitarse, peinarse y cambiarse de ropa, ofrecía el aspecto de un joven y modesto abogado que espera ser recibido por el gran hombre.

Al abrirle la puerta, Teutch puso los ojos en blanco y dijo:

—Han formado un nuevo gabinete. Y él no está incluido.

Mirabeau se paseaba por la habitación como un tigre enjaulado.

—¡Por fin has llegado! —exclamó al ver a Camille—. ¿Has estado follando con Philippe?

La habitación estaba atestada de gente con expresión de enojo y preocupación. El diputado Pétion apoyó una sudorosa mano en su hombro y dijo:

—Tiene buen aspecto, Camille. Yo me he pasado la noche en vela. ¿Sabe que han destituido a Necker? El nuevo gabinete se reúne esta mañana, si consiguen hallar a un ministro de Finanzas. Tres personas han rechazado el cargo. Necker es muy popular, esta vez han metido la pata.

—¿Cree que María Antonieta tiene la culpa?

—Eso dicen. Algunos de los diputados que están aquí temen ser arrestados.

—Los arrestos se producirán más tarde.

—Creo que algunos de nosotros deberíamos ir a París —dijo Pétion—. ¿No está de acuerdo, Mirabeau?

Mirabeau lo miró enfurecido por haberlo interrumpido en medio de una frase.

—Sí, hágalo —contestó, fingiendo haber olvidado el nombre de Pétion.

En cuanto llegue la noticia al Palais-Royal…, pensó Camille. Se dirigió hacia el conde y dijo:

—Debo irme, Gabriel.

Mirabeau lo agarró del brazo, sonriendo, y le apartó el pelo de la cara de un manotazo. Uno de sus anillos le rozó el labio inferior.

—Maître Desmoulins quiere asistir a una pequeña revuelta. Es domingo por la mañana, Camille, ¿por qué no has ido a misa?

Camille abandonó la habitación y bajó apresuradamente la escalera. Al llegar a la calle se giró y vio a Teutch corriendo tras él.

—¿Acaso me envía el conde algún consejo? —le preguntó.

—Sí, pero ahora no me acuerdo —respondió Teutch—. Ah, sí, dice que procure que no lo maten.

Son casi las tres cuando la noticia de la destitución de Necker alcanza el Palais-Royal. La reputación del financiero suizo se ha ido construyendo con gran diligencia, sobre todo durante la última semana, cuando su caída parecía inminente.

Todo el populacho parece haberse volcado en las calles y las plazas, bajo el sofocante calor, avanzando hacia los jardines públicos con sus hermosas avenidas llenas de castaños y conexiones orleanistas. El precio del pan acaba de subir nuevamente. Las tropas extranjeras han acampado en las afueras de la ciudad. Los guardias franceses han desertado de sus puestos para defender sus intereses como trabajadores. Los agitadores clandestinos han salido a la luz; sus anémicos rostros están marcados por imágenes nocturnas de ahorcamientos, u otras soluciones últimas. El sol reluce implacablemente, como un hirviente ojo tropical.

Bajo ese ojo se derrama vino, los ánimos se inflaman y estallan. Han acudido todos, peluqueros y oficinistas, aprendices, pequeños tenderos, cerveceros, pañeros, curtidores y porteros, afiladores, cocheros y prostitutas, los restos de Titonville. La muchedumbre se desplaza hacia adelante y hacia atrás, impulsada por los rumores y el nerviosismo, regresando siempre al mismo lugar. Comienzan a sonar las

campanadas del reloj.

Hasta ahora esto ha sido una broma, un deporte violento, un combate pugilístico. La multitud está llena de mujeres y niños. Las calles apestan. ¿Por qué tiene el tribunal que esperar a que se verifique el proceso político? Los soldados alemanes de caballería podrían conducir al populacho por estrechos callejones y matarlos como si fueran cerdos. ¿Por qué tienen que esperar de brazos cruzados a que suceda eso? ¿Se atreverá el Rey a profanar el domingo? Mañana es fiesta, la gente puede morir de muerte natural. El reloj da las tres. Es la hora de la crucifixión, como todos sabemos. Estaba escrito que un hombre moriría por todos nosotros, y en 1757, antes de que naciéramos, un hombre llamado Damiens atacó al Rey con una navaja. La gente todavía habla de su ejecución, un día de gritos y aclamaciones, una fiesta de tormento. Han pasado treinta y dos años, y ahora han aparecido los alumnos del verdugo, dispuestos a organizar otro sangriento festejo.

La precipitada entrada de Camille en la historia sucedió del siguiente modo. Se hallaba en la puerta del Café du Foy, sudoroso, inquieto y asustado ante aquella enardecida muchedumbre. Alguien sugirió que pronunciara unas palabras y colocaron una mesa en la puerta del café. Durante unos instantes Camille se sintió mareado y se apoyó en la mesa. Se preguntaba si D’Anton tendría también resaca. ¿Cómo se le había ocurrido permanecer despierto toda la noche? En aquellos momentos deseaba estar en una habitación oscura y silenciosa, solo y, tal como había dicho D’Anton, en posición horizontal. El corazón le latía aceleradamente. No recordaba que hubiera probado bocado en todo el día. Temía asfixiarse en aquel fétido ambiente que apestaba a sudor, miseria y miedo.

De pronto tres jóvenes avanzaron por entre la multitud, agarrados del brazo, con expresión firme y resuelta. Camille comprendió al instante lo que iba a suceder. Reconoció a dos de los hombres, pero al tercero no lo conocía. El tercer individuo gritó «¡A las armas!», y los otros imitaron su ejemplo.

—¿Qué armas? —preguntó Camille, apartando un mechón que le caía sobre la frente y alzando una mano en señal de interrogación. Alguien le puso una pistola en la mano.

Camille miró el arma como si hubiera caído del cielo y preguntó:

—¿Está cargada?

—Naturalmente —contestó un hombre que estaba junto a él, entregándole otra pistola.

Aterrado, Camille se echó a temblar. Esas eran las consecuencias del rigor intelectual, de no dejar que la gente se saliera con la suya con un eslogan barato.

—Ten cuidado, se te puede disparar en la cara —le advirtió el hombre.

Sin duda será esta noche, pensó Camille. Las tropas saldrán del Campo de Marte, se producirán arrestos, detenciones, castigos ejemplares. Súbitamente comprendió hasta qué punto había evolucionado la situación desde la semana pasada, desde el día anterior, en la última media hora. Será esta noche, pensó, las cosas han llegado al

límite.

Había imaginado tantas veces este momento que actuaba automáticamente; sus gestos eran fluidos, perfectamente sincronizados, como los movimientos en un sueño. Había hablado muchas veces desde la puerta de un café. Tras pronunciar la primera frase, las demás salían de corrido. Sabía que lo hacía mejor que nadie, porque esta era la migaja que Dios le tenía reservada, el último bocado del plato.

Camille se encaramó a la mesa, rodeado por una nutrida multitud, como el público de un anfiteatro. Ahora comprendía el significado de la frase «un mar de rostros»; era un mar vivo, donde la gente alzaba la cabeza para aspirar una bocanada de aire antes de que los arrastrara la corriente. Había gente asomada a las ventanas del café y de los edificios vecinos. La muchedumbre era cada vez más numerosa. Camille no estaba lo bastante alto, no le veían bien. Sujetó las dos pistolas con una mano, temeroso de que se dispararan accidentalmente, pero reacio a separarse de ellas. Agitó el brazo izquierdo hacia alguien que estaba dentro del café y sacaron una silla y la plantaron sobre la mesa. Camille pidió a un hombre que estaba a su lado que la sostuviera. Luego se pasó las pistolas a la mano izquierda. Son las tres y dos minutos.

Al subirse a la silla sintió que esta oscilaba ligeramente. Sería ridículo que se cayera de la silla, la gente diría que era típico de él. Era una silla corriente, con el asiento de paja. Si fuera tan corpulento como Georges-Jacques la atravesaría.

Ahora dominaba a la multitud. Soplaba una fétida brisa procedente de los jardines. Camille identificó algunos rostros. Había policías e informadores, hombres que llevaban varias semanas vigilándolo, colegas y cómplices de unos individuos que hacía unos días habían sido acorralados y brutalmente golpeados por la multitud. Pero ahora había llegado la hora de matar. Sabía que a sus espaldas había unos hombres armados. Aterrorizado, Camille comenzó a hablar.

Identifica a los policías que están camuflados entre la multitud, desafiándoles a que lo maten de un disparo o se lo lleven vivo. Lo que está sugiriendo, instando a la multitud, es organizar una insurrección armada, transformar la ciudad en un campo de batalla. Son las tres y cuatro minutos y ya es culpable de una larga lista de delitos capitales. Si la muchedumbre deja que se lo lleve la policía, puede darse por muerto. Por consiguiente, está dispuesto a disparar contra un policía y dispararse luego un tiro en la sien, confiando en morir en el acto. Así comenzará la Revolución. Sólo le lleva un segundo tomar esa decisión, entre frase y frase. Son las tres y cinco. La forma exacta de las frases no tiene importancia. Nota que la tierra empieza a temblar bajo sus pies. ¿Qué es lo que pretende la multitud? Rugir. ¿Cuál es su objetivo? No hay una respuesta coherente. Se limitan a rugir. ¿Quiénes son esas personas? No tienen nombre. Lo único que desean es multiplicarse, abrazarse, fundirse, gritar a coro. Si Camille no estuviera de pie se estaría muriendo, agonizando entra las páginas de sus cartas. Si consigue sobrevivir escribirá todo cuanto hoy ha presenciado y experimentado. Pero teme no ser capaz de describir el sofocante calor, las hojas

verdes de los castaños, el polvo que le asfixia, el olor a sangre y la ferocidad de la multitud; será un viaje a la hipérbole, una odisea de mal gusto. A su alrededor suenan gritos, gemidos y sangrientas promesas; se siente flotar envuelto en una especie de nube escarlata, un nuevo y tenue elemento. Durante un segundo se palpa el bulto en el labio inferior que esa mañana le ha producido el anillo del conde; sólo eso le indica que habita el mismo cuerpo y posee la misma carne.

Hace unos días, en este mismo lugar, dijo: «La bestia ha caído en la trampa; acabad con ella». Se refería al animal del viejo régimen, bajo el cual ha vivido toda su vida. Pero ahora ve a otra bestia: la multitud. Una multitud que no tiene alma, ni conciencia, sólo garras y dientes. De pronto recuerda al perro del señor Saulce, en la Place des Armes, tumbado al sol. Camille tiene tres años y está asomado a la ventana de la Vieja Casa. Ve al perro atrapar a una rata y partirle el cuello. Nadie lo matará por eso. Nadie se lo llevará y lo encadenará por haber matado a la rata. Camille se inclina hacia adelante, extendiendo un brazo, con la palma de la mano hacia arriba, arengando a la multitud. Ha perdido una de las pistolas, no sabe cómo, no importa. Nota como si la sangre se hubiera coagulado en sus venas. Está decidido a vivir eternamente.

La multitud se ha quedado ronca. Súbitamente, Camille se arroja de la mesa. Cientos de manos se alzan para sujetarlo por la ropa, el cabello, las piernas, los brazos. La gente solloza, maldice, blasfema, lanza consignas. Todos repiten su nombre; lo conocen. El ruido es ensordecedor, un horror salido del Libro de las Revelaciones, como si hubiera estallado el infierno y los demonios anduvieran sueltos por las calles. Han dado las tres y cuarto, pero nadie ha reparado en ello. La gente llora y gime. Cogen a Camille y lo transportan a hombros a través de los jardines. Una voz les ordena que cojan las picas, mientras una columna de humo se eleva entre los árboles. De pronto suena un redoble de tambor; no es un sonido profundo, reverberante, sino seco, duro, feroz.

CAMILLE DESMOULINS A JEAN-NICOLAS DESMOULINS, EN GUISE

Cometiste un error al no acompañarme a Laon para recomendarme a las personas que podían elegirme. Pero no importa. He escrito mi nombre en nuestra Revolución con letras más grandes que las de todos nuestros diputados de Picardía.

A media tarde, el señor Duplessis salió con un par de amigos que deseaban satisfacer su curiosidad. Cogió un pesado bastón, con el que se proponía repeler a los agitadores obreros. Su esposa le suplicó que no saliera.

El rostro de Annette denotaba preocupación. Los sirvientes habían traído unas terribles noticias, y temía que fueran ciertas. Lucile estaba segura de que lo eran. Permanecía sentada en silencio, sin llamar la atención, como si acabara de ganar la lotería.

Adèle estaba en casa. Casi siempre estaba en casa, salvo cuando iba a Versalles a visitar a sus amigas para enterarse de los últimos cotilleos. Conocía a las esposas de los diputados y a varios diputados, todos los rumores que circulaban por los cafés y las estrategias electorales de la Asamblea Nacional.

Lucile se retiró a su habitación. Cogió pluma y papel y escribió: «Adèle está enamorada de Maximilien Robespierre». Luego arrancó el papel y lo arrugó.

A continuación cogió un tapete que estaba bordando. Trabajaba lentamente, atenta a lo que estaba haciendo. Más tarde mostraría a la gente la prodigiosa labor que había realizado aquella tarde entre las cinco y cuarto y las seis y cuarto. Al cabo de un rato se le ocurrió practicar unas escalas. Cuando me case, pensó, tendré un piano, aparte de otras novedades.

Al volver a casa, Claude se dirigió directamente a su estudio, sin quitarse la casaca, y cerró la puerta de un portazo. Annette comprendió que deseaba estar solo unos minutos para recuperarse de la impresión.

—Me temo que tu padre ha recibido malas noticias —dijo Annette a su hija.

—Pero si sólo ha salido a dar un paseo —respondió Adèle—. Confío en que no sean noticias de carácter personal.

Annette llamó a la puerta del estudio. La acompañaban sus hijas.

—Sal —dijo—. ¿O prefieres que entremos nosotras?

—Han utilizado al ministro como pretexto —dijo Claude.

—Querrás decir Necker —le rectificó Adèle—. Ya no es ministro.

—Tienes razón. —Claude se sentía atrapado entre su lealtad a su superior y su deseo de exponer sus opiniones—. Ese hombre nunca me cayó bien. Es un charlatán. Pero no se merecía esto.

—Querido —contestó Annette—, aquí tienes a tres mujeres que están sobre ascuas. ¿No podrías ser un poco más explícito?

—La multitud se ha lanzado a la calle —respondió Claude—. La destitución del señor Necker ha causado furor. Estamos sumidos en una situación de anarquía, y la anarquía no es una palabra que me guste utilizar.

—Siéntate, querido —dijo Annette.

Claude se sentó y se frotó los ojos. El viejo Rey los observaba a todos desde la pared: a la Reina actual, con un vestido chillón, el pelo adornado con plumas y la cabeza gacha; un busto de yeso de Luis, con aspecto de carretero; y el abate Terray, de frente y de perfil.

—Han organizado una insurrección —dijo Claude—. Han prendido fuego a las barreras aduaneras. Han cerrado los teatros y han irrumpido en el museo de cera.

—¿Que han irrumpido en el museo de cera? —preguntó Annette, asombrada—. ¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Claude—. ¿Cómo quieres que conozca sus motivos? Hay cinco mil personas, seis mil personas, marchando sobre las Tullerías, y muchas otras que se dirigen a reunirse con ellas. Están destruyendo la

ciudad.

—¿Dónde están los soldados?

—Eso mismo debe de estar preguntándose el Rey. Quizás han ido a aclamar y vitorear a los insurrectos. Gracias a Dios que el Rey y la Reina se encuentran en Versalles, pues quién sabe lo que podría haber sucedido. A la cabeza de la multitud… —Claude se detuvo, incapaz de continuar—. He visto a esa persona.

—No te creo —dijo Annette, aunque sabía que era cierto.

—Como gustes. Lo leerás mañana en el periódico…, si es que se publica. Según parece, pronunció un discurso en el Palais-Royal que influyó decididamente en las masas y se ha convertido en una especie de héroe para esa gente. La policía trató de arrestarlo, pero él cometió la torpeza de pararlos a punta de pistola.

—No estoy segura de que fuera una torpeza —contestó Adèle—, teniendo en cuenta los resultados.

—Debí tomar medidas —dijo Claude—. Debí enviaros a un colegio internas. Me pregunto qué he hecho para merecer esto. Una de mis hijas frecuenta la compañía de radicales, y la otra planea fugarse con un delincuente.

—¿Delincuente? —repitió Lucile, asombrada.

—Sí. Ha infringido la ley.

—La ley puede ser modificada.

—Dios mío —dijo Claude—, no lo comprendes. Las tropas los aplastarán.

—¿Crees que todo esto es fruto de la casualidad? —preguntó Lucile—. No, padre, déjame hablar, tengo derecho a hacerlo puesto que conozco mejor que tú la situación. Dices que hay miles de insurrectos por las calles, pero no sabes el número exacto. Los guardias franceses no atacarán a sus compatriotas, la mayoría están de nuestro lado. Si se organizan debidamente dispondrán de suficientes armas para derrotar a las tropas alemanas.

Claude la miró como si no diera crédito a lo que oía.

—Es demasiado tarde para tomar medidas —dijo su esposa. Lucile carraspeó. Estaba pronunciando un discurso de salón, una pálida imitación del que debía haber pronunciado Camille en el Palais-Royal. Las manos le temblaban. Se preguntaba si Camille había sentido miedo al verse rodeado por aquella multitud enfervorizada, si había olvidado que en el ojo del huracán está la calma, el lugar más seguro en el centro de todos los designios divinos.

—Todo esto ha sido planificado —dijo—. Al otro lado del río hay refuerzos. —Se acercó a la ventana y prosiguió—: Esta noche no hay luna. ¿Cuánto tiempo les llevará atravesar el río en la oscuridad? Sólo saben luchar en el campo de batalla, no saben luchar en las calles. Mañana por la mañana —si consiguen retenerlas en la Place Louis XV— obligarán a las tropas a retirarse del centro de la ciudad. Y el electorado parisino tendrá a la milicia por las calles; podrán pedir armas al Ayuntamiento. En los Inválidos hay fusiles y mosquetones…

—¿Campo de batalla? —repitió Claude—. ¿Refuerzos? ¿Cómo sabes todo eso?

¿Quién te lo ha dicho?

—¿No lo adivinas?

—¿Electorado? ¿Milicia? ¿Acaso sabes también —preguntó Claude con histérico sarcasmo— dónde conseguirán la pólvora y las balas?

—Desde luego —contestó Lucile—. En la Bastilla.

Habían elegido el color verde para identificarse, el color de la esperanza. En el Palais-Royal una muchacha había entregado a Camille una cinta verde. La multitud había saqueado las tiendas, y las calles estaban cubiertas por metros y metros de cinta verde musgo, verde manzana y verde esmeralda. Habían arrancado las hojas de los castaños del Palais-Royal, y la gente las lucía en el ojal y en el sombrero. Un olor intenso y dulzón, a vegetales, yacía como una nube sobre la ciudad.

Al anochecer se había formado un ejército que marchaba tras sus estandartes. A pesar de la oscuridad, el calor no había cedido. Por la noche estalló una tormenta. Los rayos y los truenos se mezclaban con los cantos y el fragor de los fusiles y los disparos. Durante toda la noche sonaron las pisadas de las botas sobre los adoquines y el ruido del acero. Los relámpagos iluminaban las devastadas calles, mientras el viento transportaba el humo de las barreras que ardían. A medianoche, un granadero borracho preguntó a Camille:

—¿No nos hemos visto antes?

Al amanecer, bajo la lluvia, se topó con Hérault de Séchelles. Pero ya nada podía sorprenderle, aunque se hubiera topado con la misma señora du Barry. El juez tenía el rostro manchado y las ropas desgarradas. En una mano sostenía una pequeña pistola, perteneciente a una valiosa pareja de pistolas confeccionadas para Maurice de Saxe, y en la otra un cuchillo de carnicero.

—¡Qué salvajada! —exclamó Hérault—. ¡Qué irresponsabilidad! Han saqueado el monasterio de Saint-Lazare. Se han llevado los muebles y la plata. También han vaciado las bodegas. En estos momentos están tendidos en la calle, vomitando como descosidos. ¿Cómo dices? ¿Versalles? ¿Has dicho «acaba con ello» o «acaba con ellos?». En tal caso, iré a cambiarme, no quiero presentarme en palacio con esta pinta. Esto es más divertido que archivar documentos, ¿no crees? —preguntó, soltando una carcajada. Jamás se había sentido tan feliz.

El duque Philippe había pasado el día 12 en su castillo de Raincy, en el bosque de Bondy. Al enterarse de los sucesos ocurridos en París, expresó su «asombro y conmoción». «Lo cual —dijo su ex amante, la señora Elliot— me pareció sincero».

En la mañana del día 13, durante la recepción real, el Monarca ignoró a Philippe y más tarde le ordenó (con malos modos) que se largara. Philippe partió para su casa en Mousseaux de un humor de perros, y juró (según la señora Elliot) «que jamás

volvería a poner los pies en palacio».

Por la tarde, Camille regresó al distrito de los *cordeliers*. Lo seguía el granadero borracho, que repetía insistentemente: «¿No nos hemos visto antes?». También lo seguían cuatro guardias franceses bajo amenaza de linchamiento si algo malo le sucedía, y varios presos fugados de La Force. Y una vendedora del mercado, con una camisa rayada y un gorro de lana, esgrimiendo un cuchillo de cocina y una lengua más afilada que este, la cual se había encaprichado de Camille. Y una bonita joven que lucía una pistola en la cintura de su traje de amazona y el pelo sujeto con una cinta roja y otra azul.

—¿Y la cinta verde? —le preguntó Camille.

—Alguien recordó que el verde es el color del conde d'Artois, de modo que hemos adoptado los colores de París, el rojo y el azul —contestó la muchacha sonriendo amablemente—. Me llamo Anne Théroigne. Nos conocimos en una de las audiciones de Fabre. ¿Se acuerda?

Tenía un rostro luminoso. Camille observó que estaba calada hasta los huesos.

—El tiempo ha cambiado —dijo la joven—. Y muchas otras cosas.

Al llegar a la Cour de Commerce, Camille comprobó que el conserje había cerrado las puertas, de modo que habló con Gabrielle a través de la ventana. Estaba despeinada y tenía mala cara.

—Georges salió con nuestro vecino, el señor Gély —dijo—, para reclutar a gente para la milicia ciudadana. Hace unos minutos vino maître Lavaux. Ya lo conoces, vive al otro lado de la calle. Estoy muy preocupada por Georges. Está subido en una mesa gritando que debemos proteger nuestros hogares de los militares y bandoleros. ¿Quiénes son esas personas que te acompañan?

En aquel momento apareció Louise Gély.

—Hola —dijo—. ¿Quiere entrar o va a quedarse en la calle?

Gabrielle abrazó a la muchacha y dijo:

—Su madre está en casa. Se ha desmayado. Georges dijo a maître Lavaux: «Únete a nosotros, has perdido el cargo, la monarquía está acabada». No entiendo cómo se le ocurrió decir semejante cosa. ¿Cuándo regresará? ¿Qué voy a hacer?

—Georges tiene razón —respondió Camille—. No temas, no tardará en volver. No le abras la puerta a nadie.

El granadero borracho le dio un codazo en las costillas y preguntó:

—¿Es tu mujer?

Camille retrocedió y miró asombrado al granadero. De pronto sintió que le estallaba algo en la cabeza y se apoyó en la pared. Alguien le obligó a beber un trago de coñac y acto seguido perdió el conocimiento.

Otra noche por las calles. A las cinco sonó el toque a rebato.

—Ahora empezará en serio —dijo Anne Théroigne, quitándose las cintas del pelo

y colocándoselas en el ojal de la casaca. Rojo y azul—. Rojo por la sangre —dijo—. Azul por el cielo. Los colores de París: sangre-cielo.

A las seis llegaron al cuartel de los Inválidos para conseguir armas. Alguien señaló las bayonetas del Campo de Marte, que relucían bajo los primeros rayos de sol, y dijo:

—No vendrán.

Tenía razón. Camille oyó su propia voz pronunciando frases sosegadas, destinadas a calmar los ánimos, mientras contemplaba las bocas de los cañones, junto a los cuales había unos soldados sosteniendo unas velas encendidas. No tenía miedo. Una vez concluidas las negociaciones para conseguir armas, todos echaron a correr gritando como locos. Por primera vez, Camille sintió miedo y se apoyó en la pared. La joven con el pelo castaño le entregó una bayoneta. Camille tocó la fría hoja y preguntó:

—¿Es difícil?

—No, es muy fácil —contesto el granadero—. Al fin recordé de qué te conocía. Hace un par de años, cuando se produjo un motín frente a los tribunales de justicia, te derribé al suelo y te di unas cuantas patadas en las costillas. Lo siento. Espero no haberte lastimado.

Camille lo miró fijamente. El soldado sonreía estúpidamente, empapado en sangre. De pronto ejecutó unos torpes pasos de baile y canturreó:

—Ahora iremos a la Bastilla.

De Launay, el gobernador de la Bastilla, era un civil. En el momento de rendirse llevaba una levita gris. Poco después trató de suicidarse con su espada, pero sus ayudantes se lo impidieron.

La multitud gritaba: «¡Matadlo!». Unos miembros de la guardia francesa trataron de proteger a De Launay, cubriéndolo con sus cuerpos, pero al llegar a la iglesia de Saint-Louis, un grupo de personas le escupieron, lo golpearon y lo derribaron. Cuando los guardias consiguieron rescatarlo, tenía la cara cubierta de sangre, le habían arrancado grandes mechones de cabello y apenas se sostenía en pie.

Al llegar al Ayuntamiento, unas personas les interceptaron el paso. Se produjo una acalorada discusión entre los que querían juzgar a De Launay antes de colgarlo y los que querían acabar con él allí mismo. Unos hombres le sujetaron por los brazos. Aterrado, De Launay se puso a dar patadas para liberarse y alcanzó a un hombre llamado Desnot. Desnot —un cocinero sin trabajo— soltó un grito y cayó de rodillas.

De pronto, un desconocido se detuvo frente al prisionero y lo miró fijamente. Tras unos segundos de vacilación, le hundió la bayoneta en el vientre. De Launay avanzó unos pasos y cayó sobre las puntas de otras seis bayonetas. Alguien le golpeó repetidas veces en la cabeza con un trozo de madera. Sus protectores retrocedieron mientras unos hombres lo arrastraban hacia la cuneta, donde murió. Alguien lo

remató de un tiro. Un hombre se giró hacia Desnot y dijo: «Es tuyo». Desnot, con el rostro contraído todavía en una mueca de dolor, se arrodilló junto al cuerpo. Sacó una pequeña navaja, agarró a De Launay por el escaso pelo que le quedaba y empezó a rebanarle el cuello. Alguien le ofreció una espada, pero la rechazó, pues no estaba seguro de poder manejarla, y prosiguió su macabra tarea hasta conseguir separar la cabeza de De Launay del tronco.

Camille dormía profundamente. Soñaba con unas imágenes rurales, de verdes pastos y límpidos arroyos. Pero de pronto las aguas aparecían teñidas de sangre.

—¡Dios mío! —exclamó la voz de una mujer.

Camille se dio cuenta de que dormía con la cabeza apoyada en un pecho no precisamente maternal.

—Me siento profundamente conmovida —dijo Louise Robert.

—Has llorado —dijo Camille.

¿Cuánto hacía que había caído dormido? ¿Una hora, medio día? No comprendía qué hacía tendido en el lecho de los Robert, ni cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Siéntate y escucha —respondió Louise. Era una joven de facciones delicadas, pálida, menuda. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación—. Esta no es nuestra revolución. Esto no tiene nada que ver con nosotros, ni con Brissot, ni con Robespierre. —Se detuvo unos instantes y luego continuó—: Conozco a Robespierre. Supongo que si me hubiera empeñado hubiera llegado a ser la señora de la Vela de Arras. ¿Crees que hubiera hecho bien?

—No tengo ni idea.

—Es la revolución de Lafayette —dijo Louise—. Y de Bailly, y del maldito Philippe. Pero es un comienzo. —Se detuvo y lo miró detenidamente—. Tenías que ser precisamente tú…

—Ven —respondió Camille, extendiendo la mano.

Le parecía haber estado flotando a la deriva sobre un mar helado, más allá de todo contacto humano. Louise se sentó junto a él y dijo:

—He cerrado la tienda. A nadie le interesa comprar unos exquisitos manjares de las colonias. Hace dos días que nadie compra nada.

—Puede que desaparezcan las colonias. Y los esclavos.

Louise se echó a reír.

—Dentro de un tiempo. Pero no intentes distraerme. Debo impedirte que vayas a la Bastilla. Temo que te abandone la suerte.

—No se trata de una cuestión de suerte —respondió Camille, imaginando la historia que escribiría.

—Te equivocas —insistió Louise.

—Si fuera a la Bastilla y me mataran, mi nombre aparecería en los libros de

historia, ¿no es cierto?

—Sí. Pero nadie va a matarte.

—A menos que regrese tu marido y me asesine —dijo Camille, aludiendo a la situación entre Louise y él.

—Sí —respondió ella con tristeza—. En realidad, quiero serle fiel a François. Creo que tenemos un futuro juntos.

Todos tenemos ahora un futuro. No es cuestión de azar ni de suerte, piensa Camille. De pronto ve su menudo y enjuto cuerpo, sus manos tratando de protegerse los ojos contra la deslumbrante blancura del futuro, siente su rostro pegado a la roca y una intensa sensación de vértigo.

Louise lo estrechó entre sus brazos.

—Qué golpe de teatro —murmuró, acariciándole el pelo.

Más tarde le trajo una taza de café y le dijo que no se moviera. Camille observó la taza mientras se enfriaba el café. El aire estaba cargado de electricidad. Examinó la palma de su mano derecha y vio que tenía un pequeño corte.

—¿Cómo crees que me hice eso? No lo recuerdo, pero dado el contexto, teniendo en cuenta que estaba rodeado de personas pisoteadas y aplastadas…

—Creo que llevas una vida interesantísima —dijo Louise—. Nunca lo había sospechado.

François Robert llegó a casa. Se detuvo en la puerta y besó a su esposa en los labios. Después de quitarse la casaca, se puso ante el espejo y se peinó su cabello negro y rizado mientras Louise permanecía junto a él, sonriendo. Cuando hubo terminado, dijo:

—Han tomado la Bastilla. —Luego atravesó la habitación y dijo a Camille—: Aunque estabas aquí, también estabas allí. Varios testigos te vieron. Eras uno de los protagonistas. El segundo hombre que estaba dentro era Hérault de Séchelles. ¿Queda un poco de café? —François se sentó, se quitó las botas y dijo como si se dirigiera a un idiota o a un niño—: La vida normal ha cesado. A partir de ahora todo será muy distinto.

—Eso es lo que crees —contestó Camille con aire fatigado. Apenas comprendía lo que le decían.

La gravedad no ha sido abolida, el suelo está erizado de peligros. Incluso en la cima del risco existen unos pasos y precipicios que se abren a tus pies.

—Soñé que había muerto —añadió—. Soñé que me habían enterrado.

Existe un angosto sendero que conduce al corazón de las montañas, pedregoso, ambivalente, el lento y tedioso paisaje de la imaginación. No mientas, se dice Camille. No he soñado eso, he soñado con un arroyo; he soñado que sangraba por las calles.

—Pensé que después de tantas emociones habría dejado de tartamudear —dijo—. Pero no es así. ¿Puedes darme una hoja de papel? Quiero escribir una carta a mi padre.

—Está bien, Camille —respondió François—. Ya puedes decirle que eres famoso.

TERCERA PARTE

Di a mucha gente que tienes una excelente reputación; ellos lo repetirán, y esas repeticiones formarán tu reputación.

Deseo vivir rápidamente…

La teoría de la ambición, un ensayo:
JEAN-MARIE HÉRAULT DE SÉCHELLES



I. *Vírgenes*

(1789)

El señor Soulès, elector de París, estaba solo en las torres de la Bastilla. Habían ido a buscarlo por la tarde y le habían dicho que Lafayette deseaba hablar con él. De Launay ha sido asesinado, le informaron, de modo que le habían nombrado gobernador *pro tem*. ¿Por qué a mí?, preguntó asustado.

No te preocupes, hombre, le aseguraron, no pasará nada.

Son las tres de la mañana. Soulès ha enviado de regreso a su escolta. La noche es negra como un alma pecadora; el cuerpo ansía la muerte. Desde Saint-Antoine, a sus pies, un perro gime patéticamente. A su izquierda, una antorcha ilumina débilmente las húmedas piedras, los espíritus errantes.

Jesús, María y José, ayudadnos en la hora de nuestra muerte.

Soulès se topó con un individuo corpulento que sostenía un mosquetón.

Ya deberían de estar aquí, pensó preocupado; uno debería preguntar ¿quién va, amigo o enemigo? ¿Y si contestan «enemigo» y no se detienen?

—¿Quién eres? —preguntó el individuo del mosquetón.

—El gobernador.

—El gobernador está muerto.

—Ya lo sé. Soy el nuevo gobernador. Me ha enviado Lafayette.

—¿De veras? Lo ha enviado Lafayette —repitió el individuo con tono burlón. Se oyeron unas risitas en la oscuridad—. Enséñanos la orden.

Soulès sacó del bolsillo un documento que había conservado junto a su corazón durante esas angustiosas horas.

—Está demasiado oscuro, no puedo leerlo —dijo el individuo, arrugando el papel —. Soy el capitán D’Anton, del batallón de *cordeliers* de la milicia ciudadana, y te arresto porque me pareces un sujeto muy sospechoso. Ciudadanos, cumplid con vuestro deber.

Soulès abrió la boca para protestar.

—Es inútil que grites. He inspeccionado a la guardia. Están borrachos y duermen a pierna suelta. Te llevaremos a nuestro cuartel general.

Soulès miró a su alrededor. Había por lo menos cuatro hombres armados detrás del capitán D'Anton, ocultos entre las sombras.

—No se te ocurra oponer resistencia.

El capitán tenía una voz culta y educada. Un pequeño consuelo. No pierdas la cabeza, se dijo Soulès.

Tocaron a rebato en Saint-André-des-Arts. Al cabo de pocos minutos aparecieron centenares de personas en las calles. Era un distrito muy animado, según había afirmado siempre D'Anton.

—Hay que ser precavidos —dijo Fabre—. Quizá deberíamos matarlo.

—Exijo que me lleven al Ayuntamiento —repetía Soulès una y otra vez.

—No estás en condición de exigir nada —contestó D'Anton. Y poco después añadió—: De acuerdo, te llevaremos al Ayuntamiento.

Fue un viaje memorable. Tuvieron que utilizar un coche descubierto, puesto que no había otro disponible. Las calles estaban atestadas de gente que veían que los ciudadanos *cordeliers* necesitaban ayuda. «¡Matadlo!», gritaban.

Cuando llegaron, D'Anton dijo:

—Lo que me temía. El gobierno de la ciudad está en manos del primero que se presente y tome el mando.

Hacía unas semanas, un cuerpo no oficial de electores había formado la Comuna, el Gobierno municipal; el señor Bailly, de la Asamblea Nacional, que había presidido las elecciones de París, era su espíritu organizador. Es cierto que hasta ayer había habido un preboste, nombrado por el Rey; pero la multitud lo había asesinado después de liquidar a De Launay. ¿Quién gobernaba ahora la ciudad? ¿Quién era el guardasellos? La pregunta era difícil de responder. El marqués de Lafayette, según dijo un oficial, se había ido a casa a dormir.

—Bonito momento para irse a dormir. Ve a buscarlo. Una patrulla de ciudadanos se levanta de la cama para ir a inspeccionar la Bastilla, conquistada tras grandes esfuerzos, encuentra a los guardias borrachos y a este hombre, que asegura ser el gobernador. Alguien tiene que dar la cara. Hay que contar los muertos. Quizá queden todavía algunas víctimas encadenadas en las mazmorras.

—No es difícil contar los muertos —respondió el oficial—. Sólo había siete personas.

No obstante, D'Anton insistió:

—¿Y los efectos de los prisioneros? He oído hablar de una mesa de billar que instalaron allí hace veinte años.

Los hombres se echaron a reír. El oficial lo miró perplejo.

—Ve a buscar a Lafayette —le ordenó D'Anton.

Jules Paré sonrió en la oscuridad. Las luces iluminaban la Place de Grève. Soulès dirigió la mirada hacia la Lanterne, un lugar donde, pocas horas antes, la cabeza del marqués De Launay había rodado sobre los adoquines como si se tratara de una calabaza.

—Le recomiendo que rece, señor Soulès —dijo D'Anton amablemente.

Había amanecido cuando apareció Lafayette. D'Anton observó que iba impecablemente vestido y afeitado, pero tenía las mejillas encendidas.

—¿Sabe usted qué hora es?

—Las cinco —respondió D'Anton—. Siempre supuse que los soldados estaban dispuestos a levantarse a cualquier hora de la noche.

Lafayette se volvió un instante, con los puños crispados, y alzó la mirada al cielo. Luego se volvió de nuevo hacia D'Anton y dijo amablemente:

—Lo siento. No debí decir eso. Es usted el capitán D'Anton, ¿no es cierto? Pertenece a los *cordeliers*.

—Y un gran admirador suyo, general —respondió D'Anton.

—Muchas gracias. —Lafayette observó a su nuevo subordinado, un hombre gigantesco con el rostro cubierto de cicatrices—. No estoy seguro de que fuera necesario traerme aquí, pero supongo que hace usted lo que puede…

—En efecto, hago lo que puedo —respondió D'Anton.

Durante unos instantes el general lo miró con recelo. ¿Se trataría de alguna broma?

—Este es el señor Soulès, al cual he concedido plena autoridad. Por supuesto, le entregaré un nuevo documento. ¿Satisfecho?

—Sí —contestó el capitán—. Aunque me habría bastado su palabra, general.

—Si ha terminado, capitán D'Anton, regresaré a mi casa.

El capitán no percibió la ironía en sus palabras.

—Buenas noches —dijo.

Lafayette dio media vuelta, sin saber si despedirse con el saludo militar o no.

D'Anton condujo a su patrulla de nuevo al río. Gabrielle le aguardaba en casa.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para demostrar que tengo iniciativa.

—Lafayette se habrá enojado contigo.

—A eso me refiero.

—Ese es el tipo de jueguecitos que le gusta a la gente —dijo Paré—. Creo que te nombrarán capitán de la milicia, D'Anton. También creo que te elegirán presidente del distrito. Todo el mundo te conocerá.

—Lafayette ya me conoce —respondió D'Anton.

Ultimas noticias de Versalles: el Rey ha llamado de nuevo al señor Necker. El señor Bailly ha sido nombrado alcalde de París. Momoro ha permanecido toda la noche en vela para imprimir el panfleto de Camille. Han comenzado a demoler la Bastilla. La gente se lleva las piedras, como recuerdo.

Comienza la emigración. El príncipe de Condé abandona el país precipitadamente, dejando atrás numerosas facturas sin pagar. Artois, el hermano del Rey, se marcha, al igual que las Polignac, las favoritas de la Reina.

El 17 de julio, el alcalde Bailly parte de Versalles en un coche cubierto de flores, llega al Ayuntamiento a las diez de la mañana y parte de nuevo apresuradamente, acompañado de un grupo de dignatarios, para reunirse con el Rey. Al llegar a la bomba de incendios de Chaillot, el alcalde, unos electores y los guardias se encuentran con trescientos diputados y la comitiva real.

—Señor —dice el alcalde Bailly, ofreciendo al Monarca las llaves de la ciudad sobre una bandeja de plata—, tengo el honor de entregar a Vuestra Majestad las llaves de la ciudad de París. Son las mismas que le fueron ofrecidas a Enrique IV. El Rey había reconquistado a su pueblo, y en esta ocasión el pueblo ha reconquistado a su Rey.

Suena poco delicado, pero el alcalde lo ha dicho de buena fe. Los presentes aplauden espontáneamente. A lo largo de la ruta están apostados numerosos milicianos. El marqués de Lafayette camina delante del carruaje del Rey. Suenan unas salvas. Su Majestad se apea del coche y acepta de manos del alcalde Bailly la nueva roseta tricolor. El color blanco de la monarquía ha sido añadido al rojo y al azul. Prende la roseta en su sombrero y el público lo aclama y vitorea. (El Rey ha hecho testamento antes de partir de Versalles). Luego sube por la escalinata del Ayuntamiento, bajo un arco formado por espadas. La delirante multitud intenta acercarse a él para tocarlo, para comprobar si es de carne y hueso.

—¡Viva el Rey! —gritan. (La Reina temía no volver a verlo con vida).

—Dejadlos —ordena el Monarca a los soldados—. Creo que sus muestras de afecto hacia mi persona son sinceras.

Las cosas vuelven a la normalidad. Las tiendas abren de nuevo.

Un anciano, demacrado y apoyado en un bastón, con una larga barba canosa, desfila a través de la ciudad saludando a las multitudes que siguen atestando las calles. Es el mayor Whyte —un inglés o irlandés—, y nadie sabe cuánto tiempo ha permanecido encerrado en la Bastilla. Parece halagado por las atenciones que le dispensan, pero cuando le preguntan el motivo de su encarcelación se pone a llorar. A veces no recuerda su nombre. Otras, afirma que es Julio César.

INTERROGATORIO DE DESNOT, EN JULIO DE 1789, EN PARÍS

Al preguntarle si había mutilado la cabeza del señor De Launay con un cuchillo, respondió que lo había hecho con su navaja; y cuando alguien observó que era imposible decapitar a alguien con un instrumento tan pequeño y endeble, Desnot respondió que, dada su experiencia como cocinero, sabía cómo manipular la carne.

18 de agosto de 1789
En Astley's Amphitheatre, Puente de Westminster
(Después de una actuación en la cuerda floja a cargo del Signior Spinacuta)
Un nuevo y espléndido espectáculo
LA REVOLUCIÓN FRANCESA
Del domingo 12 de julio al miércoles 15 de julio (inclusive)
titulado
LA SUBLEVACIÓN DE PARÍS
una extraordinaria obra basada en hechos reales
Palcos, 3 chelines; platea, 2 chelines; anfiteatro 1 libra, Asientos laterales, 6 peniques
Las puertas se abrirán a las cinco y media, y la representación comenzará a las seis en punto.

Camille se había convertido en persona non grata en la rue Condé. Tenía que recurrir a Stanislas Fréron para que le diera noticias y transmitiera sus sentimientos (y sus cartas) a Lucile.

—Si he comprendido bien la situación —le dijo Fréron—, ella te amaba por tus cualidades espirituales. Porque eras sensible, elevado. Porque —según creía ella— te hallabas en un planeta distinto del resto de los mortales. ¿Y qué ha sucedido? Pues que de pronto resulta que eres un tipo que se pasea por las calles cubierto de lodo y de sangre, incitando a la insurrección y organizando una salvaje matanza.

D'Anton dijo que Fréron «trataba de desbancarlo para ocupar su lugar». Tenía un tono cínico. Citó el comentario que había hecho Voltaire a propósito del padre de Conejo: «Si una serpiente mordiera a Fréron, la serpiente moriría en el acto».

Lo cierto —aunque Fréron no dijo una palabra sobre ello— era que Lucile estaba más enamorada que nunca de Camille. Claude Duplessis estaba convencido de que si conseguía presentar a su hija al hombre adecuado se curaría de su obsesión. Pero sabía que no sería fácil hallar a un hombre que se interesara en ella; y si lo hallaba, sería ella quien no mostraría el menor interés. Todo lo relacionado con Camille la excitaba: su ausencia de respetabilidad, sus pequeños amaneramientos *faux-naïf*, su singular intelecto. Pero sobre todo el hecho de que de pronto se había hecho famoso.

Fréron —viejo amigo de la familia— había asistido al espectacular cambio que había experimentado Lucile. De una muchacha tímida y discreta se había

transformado en una espléndida joven, con una boca sensual, llena de términos políticos, y una mirada cautivadora. Debe de ser estupenda en la cama, pensó Fréron, que estaba casado con una mujer insignificante que no encajaba en sus futuros planes. Todo es posible en estos tiempos, pensó Fréron. Desgraciadamente, Lucile había adoptado la ridícula costumbre de llamarlo «Conejo».

Camille apenas dormía; no tenía tiempo. Cuando conseguía dormir, tenía unos sueños agotadores. Soñaba, *ínter alia*, que todo el mundo había acudido a una fiesta. Los distintos escenarios eran la Place de Grève, el salón de Annette y el Salón de los Pequeños Placeres. Todos estaban presentes. Angélique Charpentier charlaba con Hérault de Séchelles sobre los rumores que circulaban respecto a él. Sophie, una muchacha de Guise con la que se había acostado cuando tenía dieciséis años, se lo contaba todo a Laclos; Laclos tomaba notas en su cuaderno mientras maître Perrin, que estaba junto a él, le exigía a voces que le prestara atención. El sonriente diputado Pétion se paseaba agarrado del brazo del difunto gobernador de la Bastilla, De Launay, a quien le faltaba la cabeza. Su viejo compañero de escuela, Louis Suleau, discutía en la calle con Anne Théroigne. Fabre y Robespierre jugaban a un juego de niños; cada vez que dejaban de hablar, se quedaban inmóviles como estatuas.

A Camille no le inquietaban esos sueños pues salía todas las noches a cenar. Sabía que contenían cierto grado de verdad; todas las personas que poblaban su vida se habían juntado.

—¿Qué opinas de Robespierre? —preguntó un día a D'Anton.

—¿El pequeño Max? Es un tipo estupendo.

—No debes decir eso. Es muy susceptible en lo tocante a su estatura. Al menos lo era cuando íbamos a la escuela.

—Está bien —contestó D'Anton—, dejémoslo en que es un tipo estupendo. No he tenido tiempo de ocuparme de las pequeñas vanidades de la gente.

—Y luego me acusas de no tener tacto…

—¿Pretendes discutir conmigo?

Camille no consiguió averiguar lo que D'Anton opinaba sobre Robespierre.

—¿Qué opinas de D'Anton? —le preguntó a Robespierre.

Robespierre se quitó las gafas y limpió los cristales mientras reflexionaba.

—Es muy agradable —dijo al cabo de una larga pausa.

—¿Eso es todo? No me contestes con evasivas. Uno no opina simplemente que una persona es agradable.

—Te equivocas, Camille —respondió Robespierre suavemente.

De modo que tampoco llegó a averiguar qué opinaba Robespierre sobre D'Anton.

El ex ministro Foulon había comentado en cierta ocasión, durante una hambruna,

que si la gente tenía hambre podía comer hierba. Al menos eso se decía. Ese fue el motivo por el que el 22 de julio se encontraba en la Place de Grève ante un grupo de gente.

Estaba custodiado por unos guardias, pero daba la impresión de que el pequeño pero feroz grupo de gente que lo rodeaba estaba dispuesto a despedazarlo.

En eso apareció Lafayette y habló con ellos. Dijo que no deseaba interponerse en el camino de la justicia popular, pero creía que al menos debían juzgar a Foulon.

—¿De qué sirve juzgar a un hombre que ha sido condenado durante los últimos treinta años? —replicó una voz.

Foulon era viejo; hacía muchos años que había pronunciado la célebre frasecita. Para escapar a una muerte segura, había permanecido oculto y había difundido el rumor de que había muerto. Se decía que habían celebrado un funeral con un ataúd lleno de piedras. Descubierto y arrestado, en estos momentos miraba al general con aire de súplica. En las estrechas callejuelas que rodeaban el Ayuntamiento sonaban las pisadas de una nutrida multitud.

—Vienen hacia aquí —informó un ayudante al general—. Desde el Palais-Royal y desde Saint-Antoine.

—Lo sé —respondió el general—. ¿Cuántos son?

Era imposible calcularlo. Eran demasiados. El general dirigió a Foulon una mirada de lástima. No disponía de fuerzas; si las autoridades municipales querían proteger a Foulon tendrían que hacerlo ellas mismas. Lafayette miró a su ayudante y se encogió de hombros.

Arrojaron manojos de hierba a Foulon y también se la metieron en la boca, instándole a que se la comiera. Luego lo arrastraron por la Place de Grève y lo colgaron del saliente de hierro de la Lanterne. Durante unos instantes el anciano quedó suspendido de la cuerda, que se rompió y el pobre hombre cayó entre la multitud. Tras golpearlo brutalmente, volvieron a suspenderlo de la cuerda, que se rompió de nuevo. La multitud sujetó al anciano con cuidado, para no asestarle el golpe de gracia, y lo colgaron otra vez. La cuerda resistió. Cuando Foulon estaba muerto, o casi, le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica.

Al mismo tiempo, el yerno de Foulon, Berthier, el intendente de París, había sido arrestado en Compiègne y trasladado al Ayuntamiento, con los ojos vidriosos y aterrorizado. Al llegar lo introdujeron en el edificio mientras la multitud le arrojaba mendrugos de pan negro. Al poco rato lo sacaron de nuevo para trasladarlo a la prisión de Abbaye; poco después murió, estrangulado o de un tiro en la cabeza. Y quizá no estuviera muerto todavía cuando alguien empezó a rebanarle el cuello con una espada. Acto seguido clavaron su cabeza en una pica. Cuando se encontraron las dos macabras procesiones, la multitud empezó a gritar: «¡Besa a papá!». Luego abrieron a Berthier en canal, le arrancaron el corazón, lo clavaron en una espada y lo trasladaron al Ayuntamiento, donde lo arrojaron sobre la mesa de Bailly. Al alcalde estuvo a punto de darle un ataque. Por último llevaron el corazón al Palais-Royal, lo

estrujaron hasta llenar una copa con sangre y la gente la bebió, mientras cantaba:

Una fiesta no es una fiesta
si no pones en ella el corazón.

La noticia de los linchamientos en París causó gran consternación en Versalles, donde se hallaba reunida la Asamblea para debatir sobre los derechos humanos. Los diputados se sentían conmocionados, indignados. ¿Dónde estaba la milicia mientras se producían esos hechos? Todo el mundo pensaba que Foulon y su yerno habían especulado con el grano, pero los diputados, que se movían entre el Salón de los Pequeños Placeres y las despensas de sus viviendas, habían perdido contacto con lo que suele llamarse sentimiento popular. Irritado ante semejante alarde de hipocresía, el diputado Barnave les espetó:

—¿Acaso era tan pura esa sangre que ha sido derramada?

Sus compañeros protestaron ante ese ataque y reanudaron el debate. Estaban decididos a redactar una «Declaración sobre los derechos del hombre». Algunos murmuraron que la Asamblea debía redactar primero la constitución, puesto que los derechos existen en virtud de las leyes; pero la jurisprudencia es un tema muy aburrido, y la libertad, en cambio, muy emocionante…

La noche del 4 de agosto, deja de existir el sistema feudal en Francia. El vizconde de Noailles se levanta y, con voz trémula por la emoción, se desprende de cuanto posee, lo cual, dicho sea de paso, no es gran cosa. La Asamblea Nacional se pone en pie en una orgía de magnanimidad: se desprenden de siervos, leyes de caza, diezmos y cortes señoriales, mientras por sus mejillas ruedan lágrimas de felicidad. Un miembro pasa una nota al presidente: «Cierra la sesión, han perdido el control». Pero nadie, ni la mano divina, puede frenarlos; todos rivalizan para demostrar quién es el más patriótico y generoso. A la semana siguiente, tratarán de dar marcha atrás, pero será demasiado tarde. Entretanto, Camille se pasea por Versalles dejando un rastro de pelotas de papel arrugado, generando en el profundo silencio de las noches estivales la prosa que ya no desprecia:

> Esa noche, más que el Sábado Santo, fue cuando al fin nos liberamos de las crueles cadenas de la esclavitud… Esa noche restituyó a los franceses los derechos del hombre y proclamó que todos los ciudadanos eran iguales, igualmente admisibles a todos los cargos, lugares y administraciones públicas. Esa noche arrebató los cargos civiles, eclesiásticos y militares a los ricos, a los nobles y a los miembros de la realeza para entregárselos a la nación en virtud de sus méritos. Esa noche arrebató a la señora d’Epr… su pensión de 20.000 libras por haberse acostado con un ministro. El comercio con las Indias está abierto a todos. Quien desee abrir una tienda puede hacerlo. El maestro sastre, el maestro zapatero y el maestro peluquero llorarán de rabia, pero los asalariados se alegrarán y encenderán luces en sus ventanas. Fue una noche desastrosa para el gran chambelán, para los funcionarios, abogados, alguaciles, mayordomos, secretarios y subsecretarios, para todos los ladrones… Pero una noche maravillosa, *vera beata nox*, feliz para todos, pues las barreras que excluían a muchos de honores y cargos han sido derribadas para siempre, y hoy no existe entre los franceses ninguna distinción salvo la de la virtud y la inteligencia.

Un rincón oscuro de un tenebroso bar: el doctor Marat está sentado en una mesa. Según él, el 4 de agosto fue una broma macabra.

—Ojalá fuera cierto, Camille —dijo, examinando el manuscrito que tenía ante sí, titulado «*Vera beata nox*»—, pero es un mito, estás convirtiendo la Revolución en una leyenda. Adornas los hechos… —De pronto se detuvo, mientas su frágil cuerpo se contraía en un espasmo de dolor.

—¿Te encuentras mal?

—¿Y tú?

—No, lo único que pasa es que he bebido demasiado.

—Con tus nuevos amigos, supongo —dijo Marat. En su rostro se adivinaba la tensión y el dolor que experimentaba en aquellos momentos—. ¿Así que te crees a salvo?

—No. Me han advertido que es posible que me arresten.

—No esperes que el Tribunal se ande con formalidades. Lo más probable es que te liquide un tipo armado con un cuchillo. O a mí. Voy a trasladarme al distrito de los *cordeliers*, donde puedo pedir auxilio si me veo en un apuro. ¿Por qué no haces lo mismo? —sugirió Marat, sonriendo y mostrando su espantosa dentadura—. Estaremos todos juntos. —Luego se inclinó sobre los papeles y dijo, señalando un párrafo con el índice—: Eso que dices es cierto. En otra época nos habría llevado años de guerra civil librarnos de enemigos como Foulon. Y en las guerras siempre mueren miles de personas. Por tanto, los linchamientos son perfectamente aceptables. Son una alternativa caritativa. Puede que algunos no estén de acuerdo con esa opinión, pero no temas llevar tu manuscrito al impresor. —El doctor se frotó el caballete de su aplastada nariz en un gesto muy prosaico y prosiguió—: Lo que hay que hacer, Camille, es cortar cabezas. Cuanto más tiempo pase, más gente tendremos que decapitar. Escríbelo. Escribe que es necesario cortar cabezas.

Los músicos afinaban sus instrumentos. Uno, dos. D’Anton acariciaba la empuñadura de su sable, impaciente. En la calle, frente a su ventana, los vecinos habían organizado un alboroto para protestar contra la distribución de los asientos. La orquesta de la Real Academia de Música iba a ofrecer un concierto. Había sido una excelente idea por parte de D’Anton el contratarlos, daría tono a la ocasión. También tocaría, por supuesto, una banda militar. Como presidente del distrito y capitán de la Guardia Nacional (como se denominaba ahora la milicia ciudadana), D’Anton era responsable de la organización de los festejos de aquel día.

—Estás muy guapa —dijo a su esposa, sin mirarla.

D’Anton lucía un nuevo uniforme —pantalones blancos, botas negras, guerrera azul con ribetes blancos y el cuello rojo— que le hacía sudar a mares. Afuera, el sol caía a plomo.

—Invité a Robespierre, el amigo de Camille, a pasar el día con nosotros —dijo—. Pero está muy ocupado en la Asamblea.

—Pobre muchacho —dijo Angélique—. No sé qué clase de familia tendrá. Le pregunté un día si no añoraba a los suyos, y me dijo que al único que añoraba era a su perro.

—Me cae bien ese joven —terció Charpentier—. No comprendo por qué pierde el tiempo con Camille. Bien —dijo frotándose las manos—, ¿cuál es el programa del día?

—Lafayette llegará dentro de quince minutos. Después de asistir a misa, durante la cual el sacerdote bendecirá la nueva bandera de nuestro batallón, la izaremos y desfilaremos ante ella, mientras Lafayette actúa como comandante en jefe. Imagino que habrá suficientes imbéciles presentes para aclamarlo y vitorearlo.

—No lo comprendo —dijo Gabrielle con aire preocupado—. ¿Acaso la milicia está de parte del Rey?

—Todos estamos de parte del Rey —dijo su marido—. A quienes no soportamos es a sus ministros, a sus sirvientes, a sus hermanos y a su mujer. Luis parece un viejo estúpido, pero no es mala persona.

—¿Pero por qué dice la gente que Lafayette es republicano?

—En América es un republicano.

—¿Es que hay republicanos allí?

—Muy pocos.

—¿Matarían al Rey?

—¡Por el amor de Dios, claro que no! Eso se lo dejamos a los ingleses.

—¿Lo encarcelarían?

—No lo sé. Pregúntaselo a la señora Robert. Es una extremista. O a Camille.

—De modo que si la Guardia Nacional está de parte del Rey…

—De parte del Rey —la interrumpió ella— siempre y cuando no intente retroceder a la situación en que nos encontrábamos antes de julio.

—Comprendo. O sea que está de parte del Rey, y en contra de los republicanos. Pero Camille, Louise y François son republicanos, ¿no es cierto? De modo que si Lafayette te ordenara que los arrestaras, ¿qué harías?

—Puedes estar segura que no haré sus trabajos sucios.

Además, pensó D’Anton, podemos crear nuestras propias leyes en el distrito. Puede que no sea el comandante del batallón, pero lo tengo bajo el pulgar.

Camille llegó jadeando y entusiasmado.

—Traigo excelentes noticias —dijo—. En Toulouse, el fiscal ha quemado mi panfleto en la plaza pública. Ha sido muy amable, la publicidad significará una segunda edición. Y en Oléron, un grupo de monjes atacó una librería donde lo vendían, quemaron todos los libros y le cortaron el pescuezo al librero.

—No le veo la gracia —dijo Gabrielle.

—Realmente es una tragedia.

En un taller de cerámica en las afueras de París habían fabricado unos platos con su efigie pintada en azul y amarillo chillón. Eso es lo que sucede cuando uno se convierte en un personaje popular; la gente come encima tuyo.

Cuando izaron la nueva bandera no soplaba una gota de viento, de modo que permaneció colgando lánguidamente como una lengua tricolor. Gabrielle estaba de pie entre su padre y su madre. A su izquierda se hallaban sus vecinos, los Gély. La pequeña Louise llevaba un sombrero nuevo del que se sentía insoportablemente orgullosa. Gabrielle era consciente de que todos la miraban, comentando que era la esposa de D'Anton. Oyó que alguien decía: «Es muy guapa, ¿tienen hijos?». Gabrielle miró a su marido, que estaba de pie en los escalones de la iglesia, junto a Lafayette. Los dos hombres se esforzaban en mostrarse mutuamente corteses. El comandante del batallón agitó su sombrero en el aire y empezó a dar vivas a Lafayette. El público lo coreó, mientras el general sonreía. Gabrielle cerró los ojos, cegada por el resplandor del sol. Detrás de ella oyó la voz de Camille, hablando con Louise Robert como si esta fuera un hombre. Los diputados de Bretaña, decía Camille, y la iniciativa en la Asamblea. Yo quería ir a Versalles en cuanto tomaron la Bastilla —Gabrielle oyó a la señora Robert soltar una pequeña exclamación de sorpresa— pero debe hacerse cuanto antes. Se estará refiriendo a otro levantamiento, pensó Gabrielle, a otra Bastilla. De pronto, alguien gritó:

—¡Viva D'Anton!

Gabrielle se giró, asombrada y complacida. El grito fue coreado por los asistentes.

—Se trata de unos cuantos *cordeliers* —dijo Camille con pesar—, pero pronto será toda la ciudad.

Al cabo de unos minutos concluyó la ceremonia y comenzaron los festejos. Georges se acercó a su esposa y la abrazó.

—Estaba pensando —dijo Camille—, que ya va siendo hora que le quites el apóstrofo a tu apellido. En estos tiempos queda fuera de lugar.

—Puede que tengas razón —respondió Georges—. Lo haré poco a poco, no es necesario proclamarlo a los cuatro vientos.

—No, debes hacerlo enseguida —insistió Camille—. Para que nadie se confunda.

—Eres un déspota —dijo Georges-Jacques afectuosamente. Luego se giró hacia su esposa y le preguntó—: ¿Qué te parece?

—Haz lo que te parezca mejor —contestó Gabrielle—. Lo que creas más oportuno.

—¿Y si ambas cosas no coincidieran? —preguntó Camille—. Me refiero a lo que le parezca mejor y lo que crea más oportuno.

—Estoy segura de que coincidirán —respondió Gabrielle—, porque es un buen hombre.

—Una respuesta muy profunda. Georges-Jacques empezará a sospechar que te dedicas a pensar cuando no está en casa.

Camille había pasado el día anterior en Versalles, y por la tarde fue con

Robespierre a una reunión en el Club Bretón. Este se había convertido en el foro de los diputados liberales, los que apoyaban la causa popular y los que recelaban de la Corte. Aquí fue donde se estudiaron todos los detalles del espectacular Cuatro de Agosto. A la reunión asistieron algunos nobles; cualquier hombre cuyo patriotismo estuviera fuera de toda duda era bien recibido, aunque no fuera diputado.

No existía nadie cuyo patriotismo fuera más manifiesto que el suyo. Robespierre le pidió que pronunciara unas palabras. Pero Camille estaba nervioso y tuvo problemas para hacerse oír. Para colmo, aquel día tartamudeaba más que de costumbre. El público se mostró impaciente. Dijeron que no era más que un vulgar orador que sólo servía para arengar a las masas, un anarquista. En resumidas cuentas, su intervención resultó desastrosa. Robespierre permaneció sentado, contemplando las hebillas de sus zapatos. Cuando Camille abandonó la tribuna para sentarse a su lado, Robespierre se limitó a esbozar una sonrisa paciente, tímida, sin alzar la cabeza. No es de extrañar que fuera incapaz de animar a Camille. Cada vez que se levantaba para tomar la palabra en la Asamblea, algunos miembros de la nobleza hacían ver que apagaban una vela o imitaban los balidos de un cordero. Era inútil que intentara consolar a Camille.

Tras finalizar la reunión, Mirabeau subió a la tribuna de oradores y realizó para sus seguidores y partidarios una imitación del alcalde Bailly, tratando de decidir si era lunes o martes; del alcalde Bailly examinando las lunas de Júpiter en busca de la respuesta, para acabar reconociendo (con unas alusiones obscenas) que su telescopio era demasiado pequeño. Camille bostezó un par de veces. Tras concluir su actuación, que fue muy aplaudida, el conde abandonó la tribuna, dio unos golpes en la espalda a algunos compañeros y estrechó unas cuantas manos.

Robespierre dio un golpecito en el codo a Camille y preguntó:

—¿Nos vamos?

Demasiado tarde. El conde vio a Camille y se precipitó hacia él.

—Estuviste magnífico —dijo, dándole un abrazo—. No hagas caso de esos provincianos. No saben nada. Ninguno de ellos es capaz de hacer lo que hiciste tú. Les infundes terror.

Robespierre se había retirado discretamente hacia el fondo de la sala. Camille parecía entusiasmado ante la perspectiva de aterrar a la gente. ¿Por qué no podía haberle dicho Robespierre lo que le había dicho Mirabeau? En parte, era cierto. Veinte años atrás, Robespierre se había prometido cuidar de Camille, protegerlo, animarlo, pero no tenía el don de pronunciar la frase oportuna en el momento preciso. Las necesidades y deseos de Camille eran para él un libro cerrado, un libro escrito en una lengua que desconocía.

—Ven a cenar —oyó que le decía el conde—. Dile al cordero que nos acompañe. Le invitaremos a un buen plato de carne.

Había catorce comensales a la mesa. Empezaron comiendo carne, y continuaron con rodaballo con una salsa de hierbas, acompañado de berenjenas asadas.

El conde vivía esos días por todo lo alto. Nadie sabía si había vuelto a endeudarse o si había cobrado algún dinero, en cuyo caso cabía preguntarse de dónde procedía. Mantenía una correspondencia secreta con varios personajes. En público solía soltar frases crípticas a la vez que sonoras, y había regalado un brillante a su amante, la esposa de un editor. Esa noche se mostró extremadamente amable con Robespierre. ¿Por qué? Los buenos modales no cuestan nada, pensó. Pero durante las últimas semanas había observado atentamente al diputado, notando la sequedad de su tono, su (aparente) indiferencia a la opinión de los demás y las brillantes ideas que se le ocurrían de vez en cuando.

Mirabeau pasó toda la velada charlando con la Vela de Arras en voz baja y tono confidencial. Si uno se detiene a analizarlo, se dijo, apenas existe diferencia entre la política y el sexo; las dos cosas tienen que ver con el poder. No imaginaba que era la primera persona en el mundo que había llegado a dicha conclusión. Era un problema de seducción, de la rapidez con que uno alcanzaba sus fines sin invertir demasiado dinero en la empresa. Si Camille, pensó, se parecía a uno de esos pequeños tenderos que apenas consiguen llegar a fin de mes, Robespierre era una carmelita decidida a convertirse en la madre superiora. Es imposible corromperla; uno puede agitar la verga bajo sus narices sin conseguir que muestre el menor interés ni curiosidad. ¿Por qué iba a hacerlo, si no tiene ni idea de qué es ni para qué sirve?

Hablaron de si el Rey debía tener el veto sobre la legislación aprobada por la Asamblea. Robespierre se oponía. Mirabeau opinaba que sí, o pensó que podría opinar que sí, si el precio le convenía. Hablaron sobre cómo funcionaban esas cosas en Inglaterra; Robespierre se apresuró a rectificar algunos de los datos que expuso Mirabeau. Este aceptó las correcciones, y cuando su interlocutor le recompensó con su precisa sonrisa triangular, experimentó una extraordinaria sensación de alivio.

Las once. El cordero rabioso se disculpó y salió de la habitación. Al menos demuestra que es mortal, que tiene que orinar como los demás hombres. Mirabeau se sentía extraño, curiosamente sobrio, curiosamente frío. Miró a uno de los ginebrinos que estaba sentado a la mesa. «Ese joven llegará lejos —pensó—. Cree a pies juntillas en todo lo que dice».

Brulard de Sillery, conde de Genlis, se levantó, bostezó y dijo:

—Gracias, Mirabeau. Ya es hora de tomarse unas copas. ¿Nos acompaña, Camille?

La invitación parecía general. Excluía a dos personas: a la Vela de Arras (que en aquellos momentos estaba ausente) y a la Antorcha de Provenza. Los ginebrinos se disculparon, se levantaron y se despidieron; luego doblaron sus servilletas, cogieron sus sombreros, se ajustaron la corbata y se subieron las medias. De pronto, Mirabeau sintió que los detestaba. Detestaba sus casacas de seda gris, su precisión y su servilismo. Deseaba encasquetarles los sombreros hasta los ojos y lanzarse a la aventura que le ofrecía la noche, acompañado por su sombrero y por un novelista de éxito. Era muy curioso; si había alguien a quien no podía soportar, este era Laclos, y

si existía alguien con quien hubiera deseado emborracharse, ese era Camille. Esos curiosos sentimientos sólo podían ser producto de una velada apacible y abstemia dedicada a cultivar a Maximilien de Robespierre.

Cuando regresó Robespierre, se despidieron con un seco apretón de manos. Cuídate, Vela. Gracias por la cena, Antorcha.

Tuvieron que sacar los naipes; De Sillery se negaba a acostarse sin jugar una partida. Después de una larga racha de mala suerte, se reclinó en la silla y se echo a reír.

—El señor Miles y los Elliot se pondrían furiosos si supieran lo que hago con el dinero del Rey de Inglaterra.

—Imagino que saben perfectamente lo que haces con él —dijo Laclos mientras barajaba—. No creo que piensen que lo destinas a obras benéficas.

—¿Quién es el señor Miles? —preguntó Camille.

Laclos y De Sillery se miraron.

—Creo que deberías decírselo —dijo Laclos—. Camille no debe vivir como un rey ignorante que no sabe de dónde proviene el dinero.

—Es muy complicado —respondió De Sillery, depositando los naipes boca abajo sobre la mesa—. ¿Conoces a la encantadora Grace Elliot? Sin duda la habrás visto por la ciudad, tratando de enterarse de los rumores políticos que circulan. Lo hace porque trabaja para el Gobierno inglés. Sus aventuras amorosas la han colocado en una interesante posición. Fue la amante del príncipe de Gales antes de que Philippe la trajera a Francia. Ahora, por supuesto, su amante es Agnès de Buffon —mi esposa, Félicité, se encarga de organizar esas cosas—, pero Grace y el duque siguen siendo muy amigos. Pues bien —De Sillery se detuvo y se frotó la frente con aire cansado—, la señora Elliot tiene dos cuñados, Gilbert y Hugh. Hugh vive en París, Gilbert viene de vez en cuando a la capital. Ambos tienen tratos con otro inglés, un tal señor Miles. Todos ellos son agentes del Foreign Office. Han venido para observar los acontecimientos, redactar informes y entregarnos fondos.

—Bien hecho, Charles-Alexis —dijo Laclos—. Admirablemente lúcido. ¿Un poco más de clarete?

—¿Por qué? —preguntó Camille.

—Porque los ingleses están muy interesados en nuestra Revolución —contestó De Sillery—. Sí, pásame la botella, Laclos. No creas que lo hacen porque quieran que disfrutemos de un parlamento y una constitución como la suya, no se trata de eso; lo que les interesa es socavar la posición de Luis. Como en Berlín. Como en Viena. Los ingleses saldrían muy beneficiados si echáramos al rey Luis y lo sustituyéramos por el rey Philippe.

El diputado Pétion alzó la vista lentamente. Su apuesto rostro denotaba preocupación.

—¿Nos has traído aquí para darnos esa información? —preguntó a De Sillery.

—No —contestó Camille—. Nos lo ha revelado porque ha bebido demasiado.

—Es prácticamente del dominio público —dijo Charles-Alexis—. Pregúntaselo a Brissot.

—Siento un profundo respecto por Brissot —insistió el diputado Pétion.

—¿De veras? —murmuró Laclos.

—No es el tipo de hombre que participaría en esos tejemanejes.

—El amigo Brissot —dijo Laclos—, es tan ingenuo que cree que el dinero aparece en su bolsillo por generación espontánea. Pero te aseguro que lo sabe, aunque no lo reconozca. Jamás pregunta nada. Si quieres darle un susto, Camille, acércate a él y susúrrale al oído: «William Augustus Miles».

—Si me permitís expresar mi opinión —terció Pétion—, Brissot no tiene pinta de recibir dinero. Siempre lo he visto con la misma casaca, bastante raída en los codos.

—No le pagamos mucho —respondió Laclos—. No sabría qué hacer con mucho dinero, a diferencia de los aquí presentes, a quienes les gustan las cosas buenas de la vida. ¿No crees, Pétion? Díselo, Camille.

—Probablemente es cierto —contestó Camille—. Solía aceptar dinero de la policía. Charlaba con sus amigos y luego informaba a la policía sobre sus opiniones políticas.

—Me dejáis asombrado —dijo Pétion, con tono controlado.

—¿Cómo creéis que se ganaba la vida? —preguntó Laclos.

Charles-Alexis soltó una carcajada y dijo:

—Todos esos escritores, toda esa gente saben lo suficiente como para enriquecerse haciéndose chantaje mutuamente. ¿No es cierto, Camille? Sólo desisten por temor a ser los primeros en ser chantajeados.

—Pero eso que decís… —Durante unos instantes Pétion parecía sobrio. Apoyó la frente en la palma de la mano y añadió—: No alcanzo a comprenderlo.

—No es necesario que lo comprendas —dijo Camille—. No te preocupes.

—Resultará muy difícil mantener una cierta… integridad —dijo Pétion.

Laclos le sirvió otra copa.

—Quiero editar un periódico —dijo Camille.

—¿Y quién te apoyará económicamente? —preguntó Laclos. Le complacía que la gente reconociera públicamente que necesitaba el dinero del duque.

—El duque tendrá suerte si decido aceptar su dinero —respondió Camille—. Cuento con algunas otras fuentes. Es posible que necesitemos al duque, pero este nos necesita mucho más a nosotros.

—Puede que os necesite colectivamente —dijo Laclos sin inmutarse—. Pero no os necesita individualmente. Individualmente podéis arrojaros del Pont Neuf. Individualmente podéis ser sustituidos.

—¿Eso crees?

—Sí, Camille, estoy convencido de ello. Estás exageradamente convencido de tu

propia importancia.

Charles-Alexis se inclinó hacia adelante y apoyó una mano en el brazo de Laclos.

—Ten cuidado —dijo—. ¿Por qué no cambiamos de tema?

Laclos permaneció en silencio y sólo se animó cuando De Sillery contó unas anécdotas sobre su esposa. Félicité, según dijo, ocultaba un montón de cuadernos debajo de su lecho matrimonial. A veces, mientras su marido yacía sobre ella, esforzándose en procurarle placer, ella metía la mano debajo de la cama para asegurarse de que seguían allí. De Sillery se preguntaba si esa manía disgustaba al duque tanto como a él.

—Tu mujer es muy irritante —dijo Laclos—. Mirabeau dice que está harto de ella.

—Lo creo —respondió De Sillery—. Está harto de todo el mundo. No obstante, estos días apenas hace nada. Prefiere organizar la vida de los demás. Cuando recuerdo que hace unos años… —De Sillery se sumió en unas breves ensoñaciones —. ¿Cómo iba a imaginar que acabaría casándome con la mejor alcahueta de Europa?

—A propósito, Camille —dijo Laclos—. Agnès de Buffon se ha divertido mucho leyendo tu panfleto. La prosa. Se cree muy culta. Tengo que presentártela.

—Y a Grace Elliot —dijo De Sillery, soltando una carcajada.

—Se lo comerán vivo —observó Laclos.

Al amanecer, Laclos abrió una ventana y se puso una elegante bata, aspirando ávidamente el aire del Rey.

—No hay nadie en Versalles que esté tan borracho como nosotros —dijo—. Permitidme que os diga, mis buenos piratas, que a cada uno le llega su merecido, y a Philippe le llegará el suyo muy pronto, en agosto, septiembre u octubre.

El nuevo panfleto de Camille apareció en septiembre. Ostentaba el título de «Un discurso para los parisienses, junto a la Lanterne» y el siguiente epígrafe de San Mateo: «*Qui male agit odit lucem*.». Traducido libremente por el autor: los canallas detestan la Lanterne. La horca de hierro en la Place de Grève se disponía a ajusticiar a otras víctimas. El autor sugería sus nombres, aunque el suyo no aparecía entre ellos. Firmaba como «El señor verdugo de la Lanterne».

En Versalles, María Antonieta leyó sólo las dos primeras páginas.

—En circunstancias normales —dijo a Luis—, ese escritor permanecería encerrado en la cárcel durante mucho tiempo.

El Rey leía un libro de geografía. Alzó la cabeza y contestó:

—En tal caso consultaremos a Lafayette.

—¿Te has vuelto loco? —replicó su esposa. Durante ese tipo de discusiones, solían expresarse de una forma bastante ordinaria—. El marqués es enemigo nuestro. Paga a tipos como ese para que nos calumnie.

—El duque también —respondió el Rey en voz baja. Le costaba pronunciar el

nombre de Philippe. La Reina lo llamaba «nuestro primo rojo»—. ¿Cuál te parece más peligroso?

Tras reflexionar unos instantes, la Reina se decidió por Lafayette.

Lafayette había leído el panfleto y se lo llevó al alcalde Bailly.

—Es demasiado peligroso —dijo el alcalde.

—Estoy de acuerdo.

—Me refiero que sería demasiado peligroso arrestarlo. Se ha mudado al distrito de los *cordeliers*.

—Con todos mis respetos, señor Bailly, opino que ese panfleto es un acto de traición.

—Sólo puedo decir, general, que el mes pasado me vi en un serio apuro cuando el marqués de Saint-Huruge me envió una carta abierta ordenándome que me opusiera al veto del Rey o me dispusiera a ser linchado. Como sin duda sabe, cuando lo arrestamos, los *cordeliers* armaron tal trifulca que decidí soltarle de nuevo. No me gusta, pero así están las cosas. No quiero provocarlos. ¿Conoce usted a ese tal Danton, el presidente de los *cordeliers*?

—Sí —respondió Lafayette—. Lo conozco.

—Debemos proceder con mucha cautela —dijo Bailly—. Es preciso impedir que estallen más revueltas. No nos conviene convertirlos en mártires.

—Debo reconocer —dijo Lafayette—, que no deja de tener razón. Si todas las personas amenazadas por Desmoulins fueran ahorcadas mañana, no sería precisamente una Matanza de los Inocentes. Así que no haremos nada. Pero nuestra posición se volverá muy incómoda, porque nos acusarán de apoyar la ley de las masas.

—¿Qué sugiere que hagamos?

—Me gustaría… —Lafayette cerró los ojos—. Me gustaría enviar a tres o cuatro tipos forzudos al otro lado del río para que redujeran al Señor Verdugo a una minúscula manchita roja.

—¡Pero marqués!

—No lo digo en serio —respondió Lafayette—. Pero a veces preferiría no ser un caballero tan honorable. A menudo me pregunto si los métodos civilizados tendrán alguna eficacia con esa gentuza.

—Es usted el caballero más honorable de Francia —dijo el alcalde—. Es bien sabido. —De no ser astrónomo, habría dicho universalmente sabido.

—¿Por qué cree que nos causa tantos problemas el distrito de los *cordeliers*? —preguntó Lafayette—. Ahí vive Danton, y ese feto llamado Marat, y este… —dijo, indicando el papel—. A propósito, cuando este sujeto va a Versalles se aloja en casa de Mirabeau, lo cual resulta muy significativo.

—Tomo nota de ello. Lo cierto es que desde un punto de vista literario —dijo el

alcalde— el panfleto es admirable.

—No me hable de literatura —le espetó Lafayette. En aquel momento recordaba el cadáver de Berthier, con los intestinos colgándole del vientre. Se inclinó sobre la mesa y levantó el panfleto con el índice—. ¿Conoce usted a Camille Desmoulins? ¿Lo ha visto alguna vez? Es abogado. Jamás ha utilizado nada más peligroso que un abrecartas. Me pregunto de dónde sale esa gente. Son vírgenes. Jamás han participado en una guerra. Nunca han pisado un coto de caza. Nunca han matado a un animal, y mucho menos a un hombre. Pero les entusiasma la sangre.

—Siempre y cuando no sean ellos los que tengan que matar —contestó el alcalde. Aún no se había recobrado de la impresión de ver el corazón de Berthier sangrando sobre su mesa.

En Guise.

—¿Cómo voy a ir por la calle con la cabeza en alto? —preguntó Jean-Nicolas retóricamente—. Lo peor es que cree que debería sentirme orgulloso de él. Dice que lo conocen en todas partes. Cena todas las noches con aristócratas.

—Espero que coma lo suficiente —dijo la señora Desmoulins. No dejaban de resultar curiosas estas palabras en sus labios, puesto que nunca había manifestado una fuerte inclinación maternal. Pero le preocupaba que Camille no comiera lo bastante.

—No podré mirar a los Godard a la cara. Sin duda lo habrán leído en los periódicos. Seguro que Rose-Fleur se alegra de que la obligaran a romper su compromiso con Camille.

—No conoces a las mujeres —respondió su esposa.

Rose-Fleur conservaba el panfleto sobre su costurero y no cesaba de citarlo, para enojar al señor Tarrieux de Tailland, su nuevo prometido.

D’Anton había leído el panfleto y se lo había pasado a Gabrielle.

—Es mejor que lo leas —le dijo—. Todo el mundo habla de él.

Gabrielle leyó la mitad y lo dejó, aduciendo que, puesto que tenía que vivir con Camille, por decirlo así, prefería no conocer sus opiniones. Había recuperado la serenidad tras la trágica muerte de su hijito. Nunca preguntaba a Georges lo que sucedía en las reuniones de la asamblea del distrito. Cuando aparecían nuevos rostros a la hora de cenar, se limitaba a poner más platos en la mesa y conversaba amablemente con ellos. Estaba de nuevo encinta. Nadie esperaba mucho de ella. Nadie esperaba que se preocupara por el estado de la nación.

Mercier, el célebre autor, introdujo a Camille Desmoulins en los salones de París y Versalles. Antes, conversando con sus amigos, había profetizado:

—Dentro de veinte años, se habrá convertido en nuestro más insigne escritor.

¿Veinte años? Camille era incapaz de aguardar siquiera veinte minutos.

Durante esas reuniones, su estado de ánimo oscilaba bruscamente, pasando del entusiasmo al más profundo desaliento. Las anfitrionas de sociedad, que se esforzaban por conseguir que acudiera a dichas reuniones, con frecuencia fingían ignorar quién era. Preferían que la gente fuera descubriendo su identidad poco a poco, de modo que si alguien deseaba marcharse pudiera hacerlo sin montar una escena. Todas las anfitrionas insistían en invitarlo a sus salones, para observar el impacto que causaba entre sus amistades. Una fiesta no era una fiesta…

Volvía a padecer jaqueca; quizá porque agitaba constantemente la cabeza. Un elemento invariable de todas esas fiestas era que no tenía que decir nada. Eran los otros quienes hablaban, generalmente sobre él.

Viernes por la noche, en casa de la condesa de Beauharnais. Está llena de jóvenes que la halagaban, y unos acaudalados e interesantes criollos. Las espaciosas habitaciones estaban pintadas con colores pasteles. Fanny de Beauharnais cogió a Camille del brazo; un gesto protector, muy distinto de cuando nadie quería saber nada de él.

—Arthur Dillon —murmuró la condesa—. ¿No se conocen? Es hijo del undécimo vizconde Dillon. Miembro de la Asamblea de Martinica. —Un toque, un roce, un murmullo de seda—. ¿General Dillon? Le presento a alguien que sin duda despertará su curiosidad.

Dillon se volvió. Tenía unos cuarenta años y era un hombre extraordinariamente apuesto; parecía la caricatura de un aristócrata, con su delgada nariz y su boca pequeña y roja.

—Es el abogado de la Lanterne —murmuró Fanny—. No se lo diga a todo el mundo.

Dillon lo examinó de pies a cabeza.

—Es muy distinto a como lo había imaginado —dijo.

Fanny se alejó dejando un leve rastro de perfume. Dillon miró a Camille, fascinado.

—Los tiempos han cambiado, y nosotros también —dijo en latín. Luego apoyó la mano en el hombro de Camille y añadió—: Venga, le presentaré a mi esposa.

Laure Dillon ocupaba una *chaise-longue*. Llevaba un vestido de gasa blanco y plateado y el cabello recogido en un turbante de gasa también blanco y plateado. Practicaba uno de sus caprichos favoritos, mordisquear un cabo de vela.

—Querida —le dijo Dillon—, te presento al abogado de la Lanterne.

—¿Quién? —preguntó Laure, un tanto irritada.

—El que organizó las revueltas antes de que cayera la Bastilla. El que hace que cuelguen a la gente y les corten la cabeza.

—Ah —respondió Laure, mirando a Camille con sus hermosos ojos. Sus pendientes de plata relucían—. Es encantador.

Arthur se echó a reír.

—Mi esposa no entiende nada de política —dijo.

Laure se sacó de la boca el trozo de cera y suspiró, acariciando la cinta que llevaba en el escote de su vestido.

—Venga a cenar una noche —dijo.

Mientras Dillon y él atravesaban de nuevo la habitación, Camille vio reflejado en un espejo su rostro afilado y demacrado. Los relojes dieron las once.

—Es casi la hora de cenar —dijo Dillon. Al volverse advirtió la expresión de desconcierto de Camille—. No ponga esa cara. Lo importante es el poder. Usted lo tiene. Cambia las cosas.

—Lo sé. Aún no me he acostumbrado a él.

Todos lo miraban con curiosidad, murmurando entre sí: «¿Quién es?». «¿Ese?». «¿De veras es él?».

El general Dillon lo observó, minutos más tarde, rodeado de un grupo de mujeres. Su identidad había sido descubierta. Las mujeres lo miraban con franca admiración, con la boca levemente abierta y los ojos clavados en él. Un espectáculo poco edificante, pensó el general. Pero así son las mujeres. Hace tres meses, ni siquiera se habrían fijado en él.

El general era un buen hombre. Se había propuesto seguir de cerca la trayectoria de Camille, y eso es lo que hizo a partir de aquella noche, intermitentemente, a lo largo de los cinco años siguientes. Aunque parezca estúpido, cuando pensaba en Camille sentía deseos de protegerlo.

¿Debía tener el Rey el poder de vetar las acciones de la Asamblea Nacional?

La gente apodaba a la Reina la Señora Veto.

Sin veto, dijo Mirabeau crípticamente, era como vivir en Constantinopla. Pero dado que los ciudadanos de París se oponían unánimemente al veto (la mayoría de ellos creían que se trataba de un nuevo impuesto), Mirabeau soltó ante la Asamblea un discurso incomprensible, que más bien parecía obra de un contorsionista de feria que de un estadista. Al fin llegaron a un acuerdo: el Rey tendría el poder no de bloquear sino de postergar la legislación. Una solución que no satisfizo a nadie.

La confusión de la gente iba en aumento. Un orador en una esquina de París:

—La semana pasada se dio a los aristócratas los vetos suspensivos, y han empezado a utilizarlos para comprar todo el maíz y sacarlo del país. Por eso no tenemos pan.

Octubre: nadie sabía si el Rey pensaba ejercer la resistencia, o huir. En cualquier caso, había unos nuevos regimientos en Versalles, y cuando llegó el regimiento de Flandes la guardia personal del Rey les ofreció un banquete en palacio.

Fue una cosa poco delicada, aunque los agitadores también hubieran puesto el grito en el cielo si se hubiera tratado de una gira.

Cuando apareció el Rey, acompañado de su esposa y el pequeño Delfín, un coro de embriagadas voces lo aclamaron con fervor. El niño fue subido sobre la mesa y todos alzaron sus copas gritando contra los rebeldes. La roseta tricolor fue arrojada al suelo y pisoteada.

Eso sucedió el sábado, 3 de octubre. En Versalles se celebraba un fastuoso banquete mientras en París la gente se moría de hambre.

A las cinco de esa tarde, el presidente Danton habló ante la asamblea del distrito, golpeando la mesa con el puño. Los ciudadanos *cordeliers* arrasarán la ciudad, dijo. Se vengarán de ese insulto a los patriotas. Salvarán París de la amenaza real. Los batallones convocarán a sus camaradas de todos los distritos y se lanzarán a las calles. Obligarán al Rey a regresar a París, para vigilarlo. Si todo falla, el mismo presidente Danton irá a Versalles y traerá a Luis aunque sea a rastras. No quiero saber nada más del Rey, dijo el abogado de la Corona.

Stanislas Maillard, un funcionario del tribunal del Châtelet, arengaba a las vendedoras del mercado, refiriéndose a sus pobres hijos hambrientos. No tardó en formarse una procesión encabezada por Maillard, un hombre alto y enjuto que parecía una de esas ilustraciones de la Muerte que figuran en los libros. A su derecha marchaba una vendedora ambulante, una vagabunda, conocida en los ambientes marginales como la Reina de Hungría. A su izquierda un loco escapado de un asilo, sujetando una botella de licor barato. La bebida se deslizaba por las comisuras de su boca y su barbilla. Sus ojos carecían de expresión. Era domingo.

El lunes por la mañana, Danton preguntó a sus secretarios:

—¿Acaso teníais pensado ir a algún sitio?

En realidad, habían pensado pasar el día en Versalles.

—Esto es un bufete, no un cuartel general de campo.

—Danton tiene un importante caso entre manos —informó Paré a Camille—. No quiere que le molesten. ¿Acaso pensaba usted ir a Versalles?

—No, realmente no. A propósito, ¿se trata del mismo caso que llevaba entre manos el día que tomaron la Bastilla?

—La apelación —contestó Danton al otro lado de la puerta de su despacho.

Santerre, comandante de un batallón de la Guardia Nacional, dirige un ataque contra el Ayuntamiento; roban un poco de dinero y destruyen unos documentos. Las vendedoras del mercado corren por las calles, obligando a las mujeres que encuentran a unirse a ellas, exhortándolas, amenazándolas. En la Place de Grève la multitud coge algunas armas. Quieren que la Guardia Nacional les acompañe a Versalles, con Lafayette a la cabeza. Desde las nueve hasta las once de la mañana, el marqués trata de disuadirlos.

—El Gobierno nos está engañando —le dice un joven—. Debemos traer al Rey a París. Si, tal como dicen, es un imbécil, coronaremos a su hijo, usted será el regente y todo irá mucho mejor.

A las once, Lafayette discute con el comité de policía. Durante toda la tarde permanece tras una barricada, a la espera de recibir noticias. A las cinco parte para Versalles a la cabeza de quince mil guardias nacionales. La multitud es incalculable. Está lloviendo.

Un grupo de mujeres ha invadido la Asamblea. Están sentadas en los bancos de los diputados, con las faldas arremangadas, bromeando y metiéndose con los diputados. Una pequeña delegación de las mujeres se presenta ante el Rey, y este les promete todo el pan que consigan reunir. ¿Pan o sangre? Théroigne está fuera, hablando con los soldados. Lleva un traje de montar escarlata y sostiene un sable. La lluvia ha deslucido las plumas del sombrero.

El general Lafayette recibe un mensaje: el rey Luis ha decidido aceptar la Declaración de los Derechos del Hombre. ¿De veras? Al general, cansado y desalentado, con las manos apoyadas en la silla mientras la lluvia se desliza por su puntiaguda nariz, esa noticia le trae sin cuidado.

París: Fabre habla en los cafés, expresando su opinión.

—El caso —dice—, es que cuando alguien inicia una cosa así, es justo y lógico que la gente lo reconozca. No se puede negar que la iniciativa fue tomada por el presidente Danton y su distrito. En cuanto a la marcha, nadie mejor que las mujeres de París para emprenderla. No van a disparar contra las mujeres.

Fabre no se sentía decepcionado por el hecho de que Danton se hubiera quedado en casa sino más bien aliviado. Empezaba a percibir por dónde soplaba el viento. Camille tenía razón; en público, ante sus seguidores, Danton poseía un aura de grandeza. A partir de ahora, Fabre le instaría siempre a proteger su integridad física.

Es de noche. Todavía llueve. Los hombres de Lafayette aguardan en la oscuridad mientras este es interrogado por la Asamblea. ¿Cuál es la razón de esa inoportuna manifestación militar?

Lafayette lleva en el bolsillo una nota del presidente de esta Asamblea, rogándole que conduzca a sus hombres a Versalles para rescatar al Rey. Está tentado de meter la mano en el bolsillo para comprobar que la nota no es un sueño, pero no puede hacerlo delante de la Asamblea porque lo considerarían un gesto irrespetuoso. ¿Qué haría Washington en su lugar?, se pregunta inútilmente. Así pues, permanece de pie, cubierto de barro, respondiendo a esas extrañas preguntas con voz ronca. ¿Sería posible persuadir al Rey de que pronunciara, para ahorrarnos problemas, un breve discurso en favor de los nuevos colores nacionales?

Algo más tarde, agotado, es conducido en presencia del Rey y, todavía cubierto de barro, habla con Su Majestad, con el hermano de Su Majestad, el conde de Provenza, el arzobispo de Burdeos y el señor Necker.

—Bien —dice el Rey—, supongo que has hecho lo que has podido.

El general se lleva las manos al pecho en un gesto que ha visto en algunas pinturas, y pone su vida a disposición del Rey. Asegura ser también el devoto servidor de la constitución, y alguien, dice, ha estado pagando una gran cantidad de dinero.

La Reina lo observaba con enojo desde la penumbra.

Lafayette apostó unas patrullas alrededor del palacio y la ciudad, observó desde una ventana la luz de las antorchas y oyó voces que cantaban. Unas baladas, sin duda, referentes a la vida de la corte. De pronto se sintió presa de la melancolía, una especie de nostalgia de sus días heroicos. Tras comprobar que todo estaba en orden, se dirigió de nuevo a los aposentos reales pero no le permitieron pasar. El Rey y su familia se habían acostado.

Hacia el amanecer se acostó vestido y cerró los ojos. Al cabo de un rato lo llamó el general Morfeo.

Ha salido el sol. Suenan unos tambores. Una pequeña puerta ha quedado abierta, por negligencia o traición. De pronto se oyen unos disparos, los guardias se ven incapaces de contener a la multitud, y a los pocos minutos aparecen unas cabezas clavadas en las picas. La muchedumbre invade el palacio. Las mujeres, armadas con cuchillos y palos, corren por las galerías en busca de víctimas.

El general se despierta. Antes de que llegue al palacio, la multitud alcanza la puerta del salón del Ojo de Buey, pero los guardias nacionales la obligan a retroceder. «¡Dame el hígado de la Reina! —grita una mujer—. ¡Lo echaré en el puchero!». Antes de que Lafayette se dirija a pie hacia el castillo —no tiene tiempo de esperar a que le traigan un caballo—, la muchedumbre ya ha colgado a varios miembros de la guardia personal del Rey. La familia real está a salvo en el salón. Los hijos de los Reyes lloran. La Reina está descalza. Ha escapado por los pelos.

Al fin llega Lafayette. Mira a la mujer que va descalza, la mujer que le obligó a abandonar la Corte, que solía burlarse de sus modales y de su forma de bailar. Ahora, sin embargo, necesita que le demuestre algo más que las habilidades de un cortesano. La multitud grita enfurecida bajo las ventanas. Lafayette señala el balcón.

—Es necesario —dice.

Cuando aparece el Rey, la multitud agita las picas y los fusiles y grita: «¡A París!».

Luego piden que salga la Reina.

En el salón, el general le invita a que aparezca en el balcón.

—¿No oís lo que gritan? —protesta la Reina—. ¿No habéis visto los gestos que hacen?

—Sí —contesta Lafayette, pasándose un dedo por el cuello—. Pero o salís a su

encuentro o ellos vendrán a por vos. Salid, señora, os lo ruego.

La Reina agarra a sus hijos de la mano y sale al balcón.

—¡Los niños no! —grita la multitud.

La Reina suelta la mano del Delfín, y este y su hermana entran de nuevo en el salón.

María Antonieta se enfrenta sola a la muchedumbre, mientras Lafayette trata de calcular las consecuencias. Al anochecer habrá estallado la guerra, será un infierno. Al cabo de unos instantes sale al balcón y se coloca junto a la Reina, confiando en protegerla con su cuerpo en caso de que… La multitud no deja de rugir. De pronto, Lafayette se inclina ante la Reina y le besa la mano.

La muchedumbre comienza a gritar: «¡Viva Lafayette!». El general se estremece ante ese repentino cambio. Una voz grita: «¡Viva la Reina!». Hace una década que nadie vitoreaba a la Reina. Esta se apoya ligeramente en Lafayette y lanza un suspiro de alivio. Un guardia sale para atenderla, luciendo un sombrero con la roseta tricolor. La multitud aclama a los monarcas. El Rey declara que irá a París.

El viaje dura todo el día.

De camino a París, Lafayette cabalga junto al coche del Rey, sin apenas despegar los labios. A partir de ese día, él mismo se encargará de elegir a la escolta del Soberano. Desea proteger a la nación del Rey, y al Rey del pueblo. He salvado la vida de la Reina. En aquel momento recuerda su rostro pálido como la cera, sus pies descalzos, la siente apoyarse en él cuando la multitud empezó a aclamarla, a punto de desfallecer. Jamás se lo perdonará. Las fuerzas armadas están ahora a mi disposición, piensa Lafayette, mi posición será inatacable… Pero por el camino, entre las sombras, una multitud de rostros anónimos grita: «¡Aquí vienen el panadero, la mujer del panadero y el aprendiz del panadero!». Los guardias nacionales y los guardias personales del Rey se intercambian los sombreros, lo cual les da un aire ridículo. Pero más ridículas son las cabezas ensangrentadas, clavadas en unas picas, que se agitan e inclinan ante la comitiva real.

Eso sucedió en octubre.

La Asamblea siguió al Rey a París, alojándose temporalmente en el palacio del arzobispo. El Club Bretón reanudó sus sesiones en el refectorio de un edificio conventual vacío situado en la rue Saint-Jacques. La gente llamaba a los dominicos, antiguos inquilinos del mismo, «jacobinos», nombre que siguieron ostentando los diputados, periodistas y hombres de negocios que se reunían allí para debatir, como si se tratara de una segunda Asamblea. A medida que el número de miembros aumentaba, se trasladaron a la biblioteca; y por último a la vieja capilla, que tenía una galería abierta al público.

En noviembre la Asamblea se mudó a una vieja escuela de equitación. La sala era pequeña, estaba mal iluminada y tenía una forma extraña, por lo que resultaba difícil

hacerse oír en ella. Los miembros se sentaban los unos frente a los otros, separados por un pasillo. En un extremo de la sala estaba situado el sillón del presidente y la mesa de los secretarios; en el otro, la tribuna de oradores. Los defensores del poder real ocupaban unos asientos a la derecha del pasillo; los patriotas, como solían denominarse, se situaban a la izquierda.

Una estufa colocada en medio del suelo proporcionaba calor, pero debido a la deficiente ventilación el aire era casi irrespirable. El doctor Guillotin sugirió que esparcieran todos los días por el suelo unas gotas de vinagre y unas hierbas. Las galerías públicas eran también muy reducidas, por lo que los trescientos espectadores que albergaban podían ser fácilmente organizados y controlados, no necesariamente por las autoridades.

A partir de entonces, los parisienses llamaban siempre a la Asamblea «la Escuela de Equitación».

Rue Condé: hacia finales de año, Claude permitió que se suavizaran las tensiones familiares. Annette dio una fiesta. Sus hijas invitaron a sus amigos, y los amigos invitaron a sus amigos. En un determinado momento, Annette miró a su alrededor, pensando: «Si estallara un fuego, buena parte de la Revolución quedaría reducida a cenizas».

Antes de que llegaran los convidados había discutido con Lucile, como de costumbre.

—Deja que te recoja el cabello en un moño —dijo Annette—. Como solía hacerlo, con flores.

Lucile respondió con vehemencia que prefería morirse. No quería llevar horquillas, cintas ni flores en el pelo. Quería llevar la melena suelta, para agitarla a su antojo.

—Si quieres imitar a Camille —replicó su madre, enojada—, al menos hazlo bien. Si sigues moviendo la cabeza de ese modo acabarás con tortícolis. —Adèle se tapó la boca con la mano y se echó a reír—. Debes hacerlo así —dijo Annette, haciendo una demostración—. No puedes echar la cabeza hacia atrás y al mismo tiempo sacudirla para apartarte el flequillo de los ojos. Son dos movimientos separados.

—Puede que tengas razón —contestó Lucile—. Inténtalo tú, Adèle. Ponte de pie, para que veamos el efecto.

Las tres mujeres se colocaron delante del espejo y se echaron a reír a carcajadas.

—Fijaos en esto —dijo Lucile.

De pronto se puso seria, mirándose en el espejo en un arrebato de narcisismo, y se apartó un mechón imaginario con un delicado gesto.

—Idiota —dijo su madre—. El ángulo de la muñeca no es correcto. ¿Es que no tienes ojos en la cara?

Lucile la miró con cara de asombro, imitando a Camille, y respondió:

—Sólo nací ayer.

Adèle y su madre estallaron de nuevo en carcajadas. Adèle se arrojó sobre la cama de su madre, llorando de risa.

—¡Basta, basta! —dijo Annette. El moño se le había deshecho y se le había corrido el colorete. Lucile estaba tendida en el suelo, golpeando la alfombra con el puño y diciendo:

—No puedo más. Me voy a morir de risa.

Hacía cuatro meses que las tres mujeres apenas se dirigían la palabra. Al cabo de un rato se levantaron, tratando de dominarse, se empolvaron y perfumaron, y bajaron al salón.

—Maître Danton, creo que ya conoce a Maximilien Robespierre —dijo Annette, girándose bruscamente presa de otro ataque de hilaridad.

Maître Danton tenía la agresiva costumbre de apoyar los puños en la cadera y fruncir el ceño mientras charlaba sobre el tiempo o cualquier otro tema intrascendente. El diputado Maximilien Robespierre tenía la curiosa manía de mirar sin parpadear y de deslizarse sigilosamente por la habitación, como si persiguiera a un ratón. Annette dejó a los dos hombres conversando amigablemente.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó Danton.

—En la rue Saintonge, en el Marais.

—¿Te sientes cómodo?

Robespierre no contestó. No tenía idea de lo que Danton consideraba como un aceptable nivel de comodidad, de modo que su respuesta no significaba nada. Por fortuna, Danton no insistió en que contestara a su pregunta.

—A la mayoría de los diputados no les apetece trasladarse a París.

—La mayoría de ellos casi nunca vienen por aquí. Y cuando lo hacen se dedican a hablar sobre la forma de clarificar el vino y engordar a los marranos.

—Añoran su casa. Al fin y al cabo no deja de ser una interrupción en su vida cotidiana.

Robespierre sonrió irónicamente.

—Pero su vida es esta —contestó.

—Te equivocas. Lo que les preocupa es que la cosecha se eche a perder, la educación de sus hijos y que su mujer se la pegue con otro… es humano.

Robespierre lo miró fijamente.

—A veces no entiendo, Danton. Los tiempos no están para esas cosas. Creo que todos deberíamos esforzarnos un poco más.

Annette se movía por entre sus invitados, sonriendo amablemente. De algún modo le resultaba imposible ver a sus convidados masculinos como ellos deseaban que los viera. El diputado Pétion (con su eterna sonrisita burlona) parecía un hombre muy amable, al igual que Brissot (que padecía una serie de molestos tics). Danton la observaba al otro lado de la habitación. ¿En qué estaría pensando? Annette imaginó que pensaba: «Es una mujer muy guapa, a pesar de su edad». Fréron estaba solo, sin apartar la mirada de Lucile.

Camille, como de costumbre, se hallaba rodeado de un nutrido público.

—Lo único que debemos hacer es decidir el título —decía—, y organizar las suscripciones provinciales. Aparecerá todos los sábados, o con mayor frecuencia si las circunstancias lo requieren. Irá en octavo, con una cubierta de papel gris. Contaremos con la colaboración de Brissot, Fréron y Marat. Propondremos a los lectores que nos escriban cartas. Publicaremos unas críticas teatrales feroces. El universo y todas sus locuras hallarán espacio en las páginas de nuestro periódico, que pretendemos que sea extremadamente crítico.

—¿Cree que ganará dinero con él? —preguntó Claude.

—No —contestó Camille—. Ni siquiera espero cubrir gastos. La idea es mantener el precio lo más bajo posible, para que prácticamente todo el mundo pueda comprarlo.

—¿Y cómo piensa pagar al impresor?

—Dispongo de ciertas fuentes —respondió Camille con aire misterioso—. La idea es que la gente te pague por escribir lo que te proponías escribir de todos modos.

—Me asusta usted —dijo Claude—. No tiene el menor sentido ético.

—Lo que cuentan son los resultados. No destinaré más que un par de columnas a alabar a las personas que me financian. El resto del periódico lo utilizaré para dar publicidad al diputado Robespierre.

Claude miró a su alrededor, temeroso. El diputado Robespierre conversaba con su hija Adèle en tono confidencial, casi íntimo. De todos modos, Claude reconocía que si uno separaba los discursos que pronunciaba el diputado Robespierre en la Escuela de Equitación sobre la persona, no tenía nada de alarmante. Más bien todo lo contrario. Parecía un joven agradable, discreto y responsable. Adèle hablaba de él con frecuencia; posiblemente estuviera enamorada de él. Robespierre no tenía dinero, pero no se puede tener todo en la vida. Uno podía darse por satisfecho de tener un yerno que no pegara a su mujer.

Adèle se había ido aproximando a Robespierre a lo largo de la conversación. En estos momentos hablaban de Lucile.

—Es terrible —dijo—. Hoy… bueno, hoy todo ha sido distinto, nos hemos reído mucho. —Es mejor que no le cuente el motivo, pensó—. Pero normalmente el ambiente es terrible. Lucile tiene un carácter muy fuerte, le gusta discutir. Está completamente decidida respecto a Camille.

—Supuse que, puesto que lo habéis invitado, tu padre había cedido —aventuró Max.

—Yo también. Pero fíjate en su expresión. —Ambos jóvenes se volvieron para mirar a Claude—. No obstante —prosiguió Adèle—, al final se saldrán con la suya. Los dos están decididos a casarse. Lo que me preocupa es si serán felices.

—Todo el mundo considera a Camille una persona conflictiva —dijo Robespierre —. Pero en realidad no lo es. Es mi mejor amigo.

—Eres muy bueno —respondió Adèle. Lo pensaba sinceramente. ¿Qué otra

persona se hubiera atrevido a afirmar semejante cosa en estos tiempos tan complicados?—. Mira, Camille y mi madre están hablando sobre nosotros.

Era cierto. Los dos charlaban confidencialmente, como en los viejos tiempos.

—Lo lamento, pero el papel de casamentera no me va —decía Annette.

—¿No conoces a nadie que se preste a ello? Me gusta hacer las cosas como es debido.

—Él se la llevará a Artois.

—¿Y qué? Iré a verla allí. ¿O acaso crees que París está rodeado de un profundo precipicio y que te despeñas al llegar a Chaillot? Además, no creo que él regrese a casa.

—¿Pero qué sucederá una vez hayan redactado la constitución y la Asamblea se disuelva?

—No creo que las cosas sucedan como tú las ves.

Lucile los observaba con rabia, pensando: «¿Por qué no te echas encima de él, madre? Podrías acostarte con él sobre la alfombra». Su buen humor se había disipado. No quería permanecer en aquella habitación, rodeada de gente que no paraba de hablar. A los pocos minutos se dirigió a un discreto rincón, seguida de Fréron.

Se sentó en una silla y esbozó una sonrisa forzada. Mientras charlaban de cosas intrascendentes, Fréron, sin apartar la vista de su rostro, apoyó el brazo en el respaldo de su silla. Al fin le preguntó suavemente, con tono insinuante:

—¿Todavía eres virgen, Lucile?

Lucile se sonrojó vivamente y agachó tímidamente la cabeza.

—Por supuesto —contestó.

—Ese no es el Camille que conozco —dijo Fréron.

—Prefiere esperar a que nos hayamos casado.

—Eso es muy cómodo para él, puesto que debe de tener otros medios de… desahogarse.

—No quiero saberlo —contestó Lucile con firmeza.

—Lo comprendo. Pero ya no eres una niña. ¿No empiezas a estar cansada de ser todavía virgen?

—¿Y qué pretendes que haga, Conejo? ¿Qué oportunidades crees que se me ofrecen?

—Me consta que os seguís viendo. Probablemente en casa de Danton. Ni él ni Gabrielle son excesivamente morales.

Lucile lo miró de reojo. Le molestaba hablar de esas cosas, pero por otro lado era un alivio poder manifestar sus sentimientos, desahogarse con alguien, aunque se tratara de Fréron. ¿Por qué tenía que calumniar a Gabrielle? Es capaz de decir cualquier cosa, pensó Lucile. Al mirarlo, vio que él se había dado cuenta de que había ido demasiado lejos. ¡Qué ocurrencia!, pensó Lucile. «¿Te importa prestarnos tu lecho, Gabrielle?». Gabrielle jamás se prestaría a semejantes jueguecitos.

Al pensar en el lecho de los Danton, Lucile notó una sensación muy especial. Una

sensación indescriptible. Cuando llegue el día, pensó, Camille no me hará daño, pero Danton sí. De pronto sintió que el corazón le daba un vuelco y se puso colorada como un tomate, porque no sabía cómo se le había ocurrido semejante idea, era totalmente espontánea, no la había buscado…

—¿Te encuentras mal? —preguntó Fréron.

—Deberías avergonzarte —le espetó Lucile enfurecida.

Pero no consigue borrar esas imágenes de su mente: esa beligerante energía, esas manos grandes y poderosas, ese peso… Gracias a Dios que las mujeres tenemos una imaginación limitada, piensa Lucile.

El periódico atravesó por varios cambios de nombre. Comenzó titulándose *Courier du Brabant*. Al otro lado de la frontera también había estallado una revolución, y Camille creyó oportuno darlo a conocer. Luego se convirtió en *Révolutions de France et du Brabant*, y finalizó llamándose simplemente *Révolutions de France*. Por supuesto, Marat era el mismo, siempre cambiando el título de su periódico por oscuras razones. Se había titulado *El publicista de París*, y actualmente se llamaba *El amigo del pueblo*. Un título, según opinaban en el *Révolutions*, ridículamente ingenuo; sonaba como una medicina contra la sífilis.

Todo el mundo está empeñado en publicar un periódico, incluso las personas que no saben escribir y que, según dice Camille, ni siquiera son capaces de pensar. El *Révolutions* destaca entre todos ellos; es un bombazo; impone una rutina. No importa que la plantilla sea reducida, provisional y un tanto desorganizada; si se ve obligado a ello, Camille puede redactar él solo un número entero. ¿Qué son treinta y dos páginas en octavo para un hombre que tiene tantas cosas que decir?

El lunes y el martes llegaban temprano a la oficina, para ponerse a trabajar en la edición semanal, y el miércoles buena parte del periódico estaba lista para la imprenta. El miércoles recibían también las citaciones del juzgado por las querellas presentadas el sábado, aunque algunas víctimas obligaban a sus abogados a regresar del campo el domingo por la mañana para que las citaciones llegaran a la redacción el martes. Los desafíos a duelos se recibían esporádicamente a lo largo de la semana.

El jueves se imprimía el periódico. Tras realizar unas correcciones de última hora, un oficinista lo llevaba al impresor, el señor Laffrey, que tenía el taller en el Quai des Augustins. El jueves al mediodía solían presentarse en la redacción el señor Laffrey acompañado por el señor Garnery, el distribuidor, protestando airadamente por el contenido de algunas noticias. ¿Acaso pretende que me embarguen las prensas, que nos envíen a la cárcel? Siéntense y tómense una copa, decía Camille. Pocas veces accedía a cambiar algo; en realidad, casi nunca. Todos sabían que cuanto mayor era el riesgo, más ejemplares se vendían.

René Hébert aparecía de vez en cuando por la oficina. Era un hombre de tez rubicunda y expresión desagradable, aficionado a hacer comentarios burlones sobre la

vida privada de Camille; todas sus frases encerraban un doble sentido. Camille explicó a sus empleados que Hébert solía trabajar de taquillero en un teatro, del que fue despedido por robar.

—¿Quieres que la próxima vez que aparezca lo echemos de aquí? —preguntaron sus empleados, ansiosos de hacer algo que rompiera la monotonía.

—No, dejadlo en paz —contestó Camille—. Siempre ha tenido un carácter desagradable. Es su forma de ser.

—Quiero editar un periódico —declaró Hébert—. Totalmente distinto del suyo.

Brissot había ido aquel día a ver a Camille. Estaba sentado en la esquina de una mesa, balanceando una pierna.

—No creo que te resulte muy difícil —replicó—. Este ha tenido un éxito sin precedentes.

Brissot y Hébert no se tenían simpatía.

—Tú y Camille escribís para las personas cultas —dijo Hébert—. Lo mismo que Marat. Yo voy a seguir otra línea.

—¿Pretendes editar un periódico para analfabetos? —le preguntó Camille—. Te deseo suerte.

—Quiero editar un periódico para el hombre de la calle, con su misma forma de hablar.

—En tal caso, cada dos palabras tendrás que intercalar una blasfemia —dijo Brissot.

—Exactamente —respondió Hébert.

Brissot es el editor del *Patriota francés* (diario, cuatro páginas en cuarto, y muy aburrido). Por otra parte es el más concienzudo e imaginativo colaborador de los periódicos editados por otras personas. Acude casi todas las mañanas a la oficina, lleno de luminosas ideas. Se queja de que se ha pasado toda la vida doblegándose ante los editores y de que le roban las ideas y le plagian los manuscritos. No parece darse cuenta de que existe cierta relación entre su triste historial y lo que hace en estos momentos. Son las once y media de la mañana y está en la oficina de otro editor, jugueteando con el sombrero y hablando sin cesar.

—Mi familia era muy pobre, ¿comprendes, Camille? Muy pobre e ignorante. Querían que me hiciera monje, creían que era lo mejor para mí. Pero perdí la fe y… Por supuesto, ellos no lo comprendieron. ¿Cómo iban a comprenderlo? Era como si habláramos idiomas distintos, como si ellos fueran suecos y yo italiano. Existía un profundo abismo entre mi familia y yo. Entonces sugirieron que me hiciera abogado. Un buen día, mientras caminaba por la calle, un vecino me dijo: «Mira, ahí va el abogado Janvier». Era un hombre de aspecto estúpido, barrigudo, que caminaba apresuradamente portando unos folios bajo el brazo. «Si trabajas con ahínco —continuó mi vecino—, algún día llegarás a ser como él». En aquel momento me sentí totalmente desmoralizado y decidí que prefería que me metieran en la cárcel a ser como él. Naturalmente, el abogado Janvier no era tan estúpido como parecía; tenía

dinero, era muy respetado, no oprimía a los pobres y había contraído segundas nupcias con una bonita y agradable joven… Pero, ya ves, la perspectiva de acabar como él no me tentaba en absoluto.

Uno de los empleados de Camille se asomó y dijo:

—Ha venido a verte una mujer, Camille.

En aquel momento apareció Théroigne. Llevaba un vestido blanco con un fajín tricolor, y sobre los hombros la guerrera de un guardia nacional, desabrochada. Su pelo castaño caía en una descuidada cascada de rizos; se notaba que la había peinado uno de esos peluqueros que dan a las mujeres un aire como si jamás hubieran pisado una peluquería.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estás?

Su talante no concordaba con el escueto y democrático saludo; irradiaba vitalidad y una excitación casi sexual.

Brissot saltó de la mesa, le quitó la guerrera, la dobló cuidadosamente y la colocó sobre una silla. Ella lo miró irritada. Brissot había notado un objeto pesado en uno de los bolsillos de la guerrera.

—¿Lleva usted una pistola? —preguntó sorprendido a la joven.

—Me la dieron cuando atacamos los Inválidos. ¿Recuerdas, Camille? Apenas te dejas ver últimamente.

Théroigne se acercó a él, le cogió la mano y examinó la palma. Todavía podía verse la cicatriz de una herida de bayoneta, apenas más gruesa que un cabello, que había recibido el 13 de julio. Théroigne la recorrió sensualmente con un dedo.

Brissot la miró boquiabierto y al cabo de unos segundos dijo:

—Si queréis que os deje solos…

—No, no —se apresuró a contestar Camille.

No quería que Lucile se enterara de que Théroigne iba a visitarle. Por lo que sabía, Anne llevaba una vida casta e intachable, aunque se empeñara en dar otra impresión. Los periódicos monárquicos escandalosos se cebarían en ella.

—¿Quieres que escriba algo para ti, amor mío? —preguntó ella.

—Puedes intentarlo. Pero te advierto que soy muy exigente.

—¿Serías capaz de rechazarme?

—Me temo que sí. De hecho, me sobran las ofertas.

—Muy bien —respondió Théroigne, cogiendo la guerrera de la silla. Al pasar frente a Brissot, le dio un beso en la mejilla.

Al salir de la habitación, dejó tras de sí un potente aroma a sudor femenino y agua de lavanda.

—Calonne también utilizaba agua de lavanda, ¿te acuerdas, Camille? —preguntó Brissot.

—No solía moverme en esos círculos.

—Yo creía que lo conocías.

Brissot lo sabía todo. Creía en la hermandad de los hombres. Opinaba que todos

los hombres inteligentes de Europa deberían reunirse para hablar sobre el método de gobierno y el desarrollo de las artes y las ciencias. Conocía a Jeremy Bentham y a Joseph Priestley. Dirigía una sociedad contra la esclavitud y escribía artículos sobre jurisprudencia, el sistema parlamentario inglés y las epístolas de san Pablo. Había llegado a la pequeña vivienda que ocupaba en la actualidad, situada en la rue de Grètry, tras unos breves periodos en Suiza, Estados Unidos, una celda en la Bastilla y un piso en Brompton Road. Tom Paine era amigo suyo (según decía él) y George Washington solía pedirle consejo. Brissot era un optimista. Creía que siempre prevalecería el sentido común y el amor a la libertad. Su actitud hacia Camille era afectuosa, amable y ligeramente paternalista. Le gustaba hablar sobre su pasado, y confiaba en que el destino le deparara un futuro mejor.

La visita de Théroigne —sobre todo el beso— le había dejado muy intrigado.

—He tenido una vida muy dura —dijo—. Al poco de morir mi padre, mi madre se volvió loca.

Camille apoyó la cabeza en la mesa y rompió a reír a carcajadas.

Fréron acudía a la oficina los viernes. Camille salía a almorzar y tardaba varias horas en regresar. Luego se reunían para hablar sobre las citaciones judiciales y decidir si era oportuno disculparse con la víctima. Dado que Camille no solía estar del todo sereno a esas horas, nunca se disculpaban. Los que se ocupaban del *Révolutions* trabajaban con ahínco, sin importarles que los insultaran y escupieran por la calle. Cada semana, después de imprimir el periódico, Camille juraba que esta sería la última edición. Pero al siguiente sábado el periódico salía de nuevo a la calle porque no soportaba que alguien pensara que «ellos» podían intimidarlo con sus amenazas e insultos, con su dinero y sus amigos en la Corte. Cuando llegaba el momento de escribir, cogía la pluma sin pensar en las consecuencias; sólo le importaba el estilo. En ocasiones se decía: «No sé por qué le doy tanta importancia al sexo; no existe nada en el mundo más gratificante que un punto y coma bien colocado». Una vez que comenzaba a escribir, era inútil tratar de frenarlo, recordándole que podía destruir una reputación o la vida de una persona. Por sus venas fluía un dulce veneno, más suave y potente que el coñac. Al igual que algunas personas necesitan opio, Camille necesitaba ejercer su talento para ridiculizar a las personas, vituperarlas y ofenderlas. Puede que el láudano aplaque los sentidos, pero un buen editorial hace que se le forme a uno un nudo en la garganta y que el corazón le lata más deprisa. Escribir es como bajar corriendo una cuesta: aunque quieras no puedes detenerte.

Citaremos algunas intrigas para cerrar el *annus mirabilis*… Lafayette comunica a Philippe que está buscando pruebas de su participación en las revueltas de octubre, y que si las encuentra… procederá en consecuencia. El general quiere echar al duque del país; Mirabeau, que necesita al duque para llevar a cabo sus planes, desea que

permanezca en París.

—Dígame quién le está presionando —le ruega Mirabeau, aunque lo sabe de sobra.

El duque está desconcertado. A estas horas ya debería ser Rey, pero no lo es.

—Uno lo organiza todo —se lamenta a De Sillery—, y vienen otros y te fastidian los planes.

—A veces uno pierde el rumbo —dice Charles-Alexis amablemente.

—Por favor —contesta el duque—, esta mañana no estoy de humor para tus metáforas náuticas.

El duque está asustado, asustado de Mirabeau, asustado de Lafayette, y bastante más asustado de este último. Incluso le asusta el diputado Robespierre, que no hace más que oponerse a todo lo que dicen los demás en la Asamblea, sin alzar la voz, sin perder la compostura, observando a sus compañeros con una mirada implacable tras las gafas.

Tras los acontecimientos de octubre, Mirabeau traza un plan para que la familia real huya. La Reina lo aborrece, pero él trata de manipular la situación para hacerse imprescindible en la Corte. Mirabeau odia a Lafayette, pero piensa que puede serle útil. El general sostiene la bolsa de los fondos del servicio secreto, y eso no es grano de anís cuando uno tiene que invitar a gente a almorzar y cenar, pagar los sueldos de sus secretarios y ayudar a jóvenes con escasos recursos que ponen a tu disposición su talento e ingenio.

—Puede que me paguen —dice el conde—, pero no me han comprado. Si alguien depositara su confianza en mí, no tendría que recurrir a estas artimañas.

—Sí, señor —responde Teutch—. Yo que usted, señor, no insistiría en ese epigrama.

Entretanto, el general Lafayette estaba preocupado.

Mirabeau, pensó fríamente, es un charlatán. Si decidiera poner al descubierto sus planes, conseguiría hundirlo. Hay que desterrar la idea de que ocupe un ministerio. Es un hombre corrupto. No me explico cómo sobrevive su popularidad e incluso aumenta de día en día. Le ofreceré un cargo, alguna embajada, para sacarlo de Francia… Lafayette se pasó la mano por sus escasos cabellos rubios. Por fortuna, Mirabeau había dicho una vez en público que no emplearía a Philippe ni como mayordomo. Porque si esos dos se aliaban… No, era imposible. Orléans debía abandonar Francia, Mirabeau debía ser comprado y el Rey debía ser vigilado día y noche por seis guardias nacionales, al igual que la Reina. Esta noche ceno con Mirabeau y le ofreceré… Lafayette dejó su pensamiento en suspenso. No importaba dónde empezaban y terminaban sus frases, porque hablaba consigo mismo. ¿En quién podía confiar? Alzó la cabeza y vio reflejada en el espejo su calva, que los *cordeliers* encontraban cómica; luego suspiró y salió de la habitación vacía.

EL CONDE DE MIRABEAU AL CONDE DE MARCK

Ayer por la noche vi a Lafayette. Mencionó el lugar y la cantidad. Yo rechacé la oferta; preferiría una promesa por escrito de una embajada importante. Mañana recibiré un anticipo. Lafayette está muy preocupado por el duque de Orléans… Si mil luises te parece una suma indiscreta, no los pidas, pero es la cantidad que necesito…

Orléans partió para Londres, malhumorado, en compañía de Laclos. «Una misión diplomática», decía el anuncio oficial. Camille estaba con Mirabeau cuando recibieron la mala noticia. El conde se puso a dar vueltas de un lado al otro de la habitación, blasfemando.

A principios de noviembre, la Asamblea aprobó una moción excluyendo a los diputados de los cargos de ministros.

—¡Se han unido contra mí! —rugió Mirabeau—. Esto es obra de Lafayette.

—Cuando se enfurece de ese modo —contestó el esclavo Clavière—, tememos por su salud.

—Está bien, ríanse, búrlense de mí, abandónenme —dijo el conde—. Son una pandilla de oportunistas. Unos traidores. El muy marrano.

—Esa medida iba destinada a usted, sin duda.

—Aplastaré como a una pulga a ese cabrón. ¿Quién se ha creído que es? ¿Cromwell?

Tres de diciembre de 1789: maître G.-J. Danton pagó a maître Huet de Paisy y a la señorita Françoise Duhauttoir la suma de 12.000 libras, más 1500 de intereses.

Decidió contárselo a su suegro, para quitarse un peso de encima.

—¡Con dieciséis meses de antelación! —exclamó Charpentier, tratando de calcular los beneficios y los gastos. Luego sonrió y dijo—: Bueno, así te sentirás más a gusto.

En privado, pensó, es imposible. ¿Qué demonios se propone Georges-Jacques?

II. *Libertad, alegría, democracia real*

(1790)

«Nuestro carácter es nuestro destino —dice Félicité de Genlis—. Por ese motivo la gente corriente no tiene destino, pertenecen al ámbito del azar. Una mujer bonita e inteligente que tenga ideas originales tendrá una vida llena de extraordinarios acontecimientos».

Nos hallamos en 1790. En la vida de Gabrielle se producen ciertos acontecimientos extraordinarios.

En mayo de ese año, di un hijo a mi marido. Le pusimos el nombre de Antoine. Tiene un aspecto robusto, como mi primer hijo. Nunca hablamos de nuestro primer hijo. A veces, sin embargo, sé que Georges piensa en él, cuando sus ojos se humedecen.

Les contaré también lo que sucedió en el mundo. En enero mi marido fue elegido miembro de la Comuna, junto con Legendre, nuestro carnicero. Aunque no lo dije —nunca digo nada—, me sorprendió que presentara su candidatura puesto que siempre critica a la Comuna, y en especial al alcalde Bailly.

Poco antes de que ocupara su escaño, sucedió ese asunto del doctor Marat. Marat insultó a las autoridades de forma que decretaron su arresto. Marat se alojaba en el Hotel de la Fautrière, en nuestro distrito. Enviaron a cuatro oficiales para arrestarlo, pero una mujer corrió a avisarlo, y pudo escapar.

No comprendo por qué Georges se preocupa tanto de Marat. Suele traer a casa el periódico que edita el doctor Marat, y cuando lee exclama: «¡Basura, basura, basura!», y lo arroja al suelo, o al fuego si se encuentra frente al hogar. De todo modos, dijo que era una cuestión de principios. Advirtió a la asamblea del distrito que

nadie iba a ser arrestado sin su permiso. «Aquí mando yo», dijo.

El doctor se ocultó. Yo supuse que eso sería el fin del periódico durante un tiempo, que tendríamos un poco de paz. Pero Camille dijo: «Creo que deberíamos ayudarnos mutuamente. Me ocuparé de que el siguiente número salga con puntualidad». El siguiente número publicaba un artículo feroz contra las autoridades del Ayuntamiento.

El 21 de enero, el señor Villette, comandante de nuestro batallón, vino a casa y me dijo que debía hablar con Georges urgentemente. Cuando Georges salió de su despacho, el señor Villette le mostró un papel y dijo:

—Órdenes de Lafayette. Arrestar a Marat. ¿Qué debo hacer?

—Acordonar el Hotel de la Fautrière.

Luego se presentaron los oficiales del alguacil con otra orden de arresto contra Marat, y mil hombres.

Georges se puso furioso. Dijo que eso era una invasión de tropas extranjeras. Todo el distrito se lanzó a la calle. Georges se dirigió al comandante y le espetó:

—¿Para qué sirven esas tropas? Haré que toquen a rebato, sacaré a las fuerzas de Saint-Antoine. Puedo colocar a veinte mil hombres armados en las calles con sólo chasquear los dedos.

—Asómate a la ventana —dijo Marat—, a ver si oyes lo que dice Danton. Yo no me asomo porque temo que me peguen un tiro.

—Pregunta dónde demonios está el comandante del batallón.

—He escrito a Mirabeau y a Barnave —dijo Marat, mirando a Camille con unos ojos con reflejos dorados—. Supuse que debía comunicarles lo sucedido.

—Imagino que no habrán contestado.

—No —dijo Marat—. Renuncio a la moderación.

—La moderación renuncia a ti.

—Eso es.

—Danton se está jugando el cuello por ti.

—Me gusta esa expresión —contestó Marat.

—A mí también.

—¿Por qué no intentan arrestarte a ti? Llevo ocultándome desde octubre —Marat empezó a pasearse por la habitación, recitando un monólogo entre dientes y rascándose de vez en cuando—. Este asunto encumbrará a Danton. Necesitamos buenos hombres. Podríamos volar la Escuela de Equitación; total, sólo hay media docena de diputados que valgan la pena. Buzot tiene buenas ideas, pero es demasiado arrogante. Pétion es un imbécil. Robespierre promete mucho.

—Coincido contigo. Pero no han aprobado ni una sola de las medidas que ha propuesto. El mero hecho de que apoye una moción basta para que la mayoría de los diputados vote en contra.

—Pero es perseverante —dijo Marat—. Y la Escuela de Equitación no es Francia. En cuanto a ti, tienes buenas intenciones pero estás loco. Siento una profunda estima por Danton. Hará cosas importantes. Me gustaría… —Marat se detuvo, acariciándose el mugriento pañuelo que llevaba alrededor del cuello—. Me gustaría que el pueblo se librara del Rey, la Reina, los ministros, Bailly, Lafayette y la Escuela de Equitación. Me gustaría que el país fuera gobernado por Danton y Robespierre. Yo los vigilaría estrechamente —dijo sonriendo—. Nadie nos impide soñar.

Gabrielle: las tropas que había enviado Lafayette acordonaron el edificio, mientras Marat se ocultaba dentro. Georges vino varias veces para cerciorarse de que no nos había sucedido nada. Parecía muy sereno, pero cada vez que salía a la calle se ponía furioso.

—Podéis permanecer aquí hasta mañana —dijo a las tropas—, pero no os servirá de nada.

Algunos se pusieron a blasfemar.

A medida que transcurría la mañana, nuestros hombres y las tropas de Lafayette se pusieron a charlar. Había unas tropas regulares y otras voluntarias. La gente decía que, puesto que eran nuestros hermanos de otros distritos, no iban a luchar contra nosotros. Camille aseguraba que no se atreverían a arrestar a Marat, el Amigo del Pueblo.

Georges se dirigió a la Asamblea pero le impidieron tomar la palabra y aprobaron una moción diciendo que el distrito de los *cordeliers* debía respetar la ley. Yo estaba preocupada porque Georges tardó mucho en regresar. Una se casa con un abogado, y de pronto descubre que vives en un campo de batalla.

—Le he traído unas ropas, doctor Marat —dijo François Robert—. El señor Danton espera que le vayan bien.

—Yo también —respondió Marat—. Confiaba en poder huir en globo. Hace mucho tiempo que me gustaría viajar en globo.

—No tuvimos tiempo de conseguirle uno.

—Seguro que ni siquiera lo han intentado.

Después de que Marat se lavara, afeitara, vistiera y peinara, François Robert dijo:

—Es asombroso.

—Siempre me ha gustado ir bien vestido —dijo Marat—, en los tiempos en que frecuentaba la alta sociedad.

—¿Y qué paso?

—Que me convertí en el Amigo del Pueblo —contestó irritado Marat.

—Pero nada le impide seguir vistiendo bien. Por ejemplo, el diputado Robespierre, a quien tanto admira, es un patriota y siempre va impecablemente

vestido.

—El señor Robespierre tiene un toque frívolo —contestó Marat secamente—. No tengo tiempo para frivolidades; dedico las veinticuatro horas del día a pensar en la Revolución. Si desea prosperar, le aconsejo que siga mi ejemplo. Ahora —dijo—, voy a salir, atravesaré el cordón y las tropas de Lafayette. Saldré sonriendo, cosa que reconozco que no hago a menudo, balanceando con aire desenvuelto este bastón que me ha proporcionado el señor Danton. Es como un cuento, ¿no le parece? Luego partiré para Inglaterra, hasta que se hayan calmado las aguas. Lo cual me consta que será un alivio para todos ustedes.

Gabrielle: cuando oí que llamaban a la puerta, no sabía qué hacer. Pero era Louise, la niña que vive arriba.

—He salido, señora Danton.

—No debiste hacerlo, Louise.

—No tengo miedo. Además, ya ha pasado todo. Las tropas se han dispersado. Lafayette no se ha atrevido a atacar el edificio. Le contaré un secreto que el señor Desmoulins me dijo que le contara. Marat ya no está aquí. Salió hace una hora, disfrazado de ser humano.

Al cabo de unos minutos, Georges llegó a casa. Esa noche celebramos una fiesta.

Al día siguiente mi marido se dirigió al Ayuntamiento, donde estalló otra disputa, como de costumbre. Algunos trataron de detenerlo, diciendo que no tenía derecho a ser miembro de la Comuna porque no sentía el menor respeto hacia la ley ni el orden. Lo acusaron de comportarse en su distrito como un rey. Dijeron muchas cosas terribles sobre Georges, que recibía dinero de los ingleses para atizar el fuego de la Revolución y de la Corte para impedir que la Revolución empeorara. Un día, el diputado Robespierre vino a casa y estuvieron hablando sobre quién se dedicaba a calumniar a Georges. El diputado Robespierre dijo que no era el único al que calumniaban. Mostró a Georges una carta de su hermano Augustin, de Arras, y se la dio para que la leyera. Al parecer, la gente de Arras decía que Robespierre era un desalmado que pretendía matar al Rey, lo cual es mentira porque jamás he conocido a un hombre más bueno y gentil. Sentí lástima de él; incluso habían publicado en «la prensa monárquica amarilla», como la denomina Georges, un estúpido artículo afirmando que descendía de Damiens, el hombre que trató de asesinar al viejo Rey. Escribieron su apellido incorrectamente, para ofenderlo. Cuando fue nombrado presidente del Club Jacobino, Lafayette se marchó para manifestar su protesta.

Cuando nació Antoine, la madre de Georges vino del campo para pasar unos días con nosotros. El padrastro de Georges no pudo acompañarla porque estaba muy ocupado inventando telares, al menos eso fue lo que dijo, pero creo que se alegraba de librarse unos días de su mujer. Fue un desastre. Lamento decirlo, pero la señora Recordain es la mujer más desagradable que he conocido en mi vida.

Lo primero que dijo fue:

—París es una ciudad inmunda. ¿Cómo puedes criar a tu hijo en este ambiente? No me extraña que muriera el primero que tuviste. Te aconsejo que cuando dejes de dar de mamar a Antoine lo envíes a Arras.

Una excelente idea, pensé yo, lo enviaré allí para que le cornee un toro y le deje la cara señalada para el resto de su vida.

Luego mi suegra echó una ojeada a su alrededor y observó:

—El papel de las paredes ha debido costaros una fortuna.

Durante la comida se quejó de las verduras y me preguntó cuánto pagaba a nuestra cocinera.

—Es demasiado —respondió—. De todos modos, me gustaría saber de dónde sacáis el dinero.

Le expliqué que Georges trabajaba mucho, pero ella replicó que sabía perfectamente lo que cobraban los jóvenes abogados y que no era suficiente para mantener una casa que parecía un palacio, y a una esposa rodeada de lujos.

Eso es lo que piensa de mí.

Cuando la llevé de compras, comentó que los precios le parecían ofensivos. Reconoció que la carne era muy buena, pero dijo que Legendre era vulgar, y que no había criado a Georges «con todo el cariño y dedicación» para que fuera amigo de un carnicero. Yo no salía de mi asombro. Al fin y al cabo Legendre no se ocupa de cortar y envolver la carne. Nunca se pone un delantal. Lleva una casaca negra como un abogado y se sienta junto a Georges en el Ayuntamiento.

Por las mañanas, la señora Recordain decía:

—No es necesario que me acompañes a ningún sitio.

Pero si no salíamos, por la noche se quejaba:

—No merece la pena hacer un viaje tan largo para quedarme encerrada entre cuatro paredes.

Un día se me ocurrió llevarla a la tienda de Louise Robert, dado que la señora Recordain es una esnob y Louise es tan fina y distinguida. Louise estuvo muy amable con ella. No dijo una palabra sobre la república, ni Lafayette, ni el alcalde Bailly. Enseñó a mi suegra la tienda y le explicó la procedencia de las especias y la forma de cultivarlas, y le regaló un paquete para que se lo llevara a casa. Pero al cabo de diez minutos la señora Recordain dio media vuelta y se marchó sin despedirse siquiera de Louise. Una vez en la calle, me dijo:

—Es una vergüenza que una mujer se case con un hombre de una posición inferior a ella. Demuestra pocas ambiciones. No me sorprendería que ni siquiera estuvieran casados.

Un día, Georges protestó:

—No entiendo por qué no puedes invitar a unos amigos a casa por el mero hecho de que mi madre haya venido a visitarnos. Podrías invitar a cenar a los Gély, o la pequeña Louise…

Yo sabía que eso representaba un sacrificio por su parte, dado que la señora Gély no le cae demasiado bien.

—En realidad —dije—, ya se conocen. Tu madre opina que la señora Gély es una mujer ridícula que se da muchos aires. Y que Louise necesita que le den unos buenos azotes.

—¡Vaya por Dios! —dijo Georges, una expresión que no solía utilizar con frecuencia—. ¿No conocemos a nadie digno de su aprobación?

Envié una nota a Annette Duplessis rogándole encarecidamente que permitiera a Lucile venir a cenar a casa. Para tranquilizarla, le dije que estaría presente la madre de Georges, y que Lucile no estaría a solas ni un momento con etcétera… Annette accedió. Lucile llevaba un vestido blanco con un lazo azul y se comportó como un ángel, formulando a la madre de Georges todo tipo de preguntas sobre la vida en el campo. Camille estuvo muy educado, como casi siempre, excepto cuando escribe esos terribles artículos en el periódico. Yo, por si acaso, había tomado la precaución de ocultar los números atrasados. También invité a Fabre, porque es muy simpático y ameno. Varias veces trató de entablar conversación con la señora Recordain, pero esta le contestaba con monosílabos y al fin Fabre se rindió y se limitó a observarla a través de sus quevedos, aunque le había rogado que no lo hiciera.

Mientras tomábamos café, mi suegra se levantó y desapareció. La encontré en nuestro dormitorio, pasando el dedo por la repisa de la ventana para comprobar si había polvo.

—¿Sucede algo malo? —le pregunté.

Ella me contestó agriamente:

—¿Es que no tienes ojos en la cara? Yo que tú vigilaría a esa chica y a tu marido.

Al principio no comprendí a qué se refería.

—También te aconsejo que vigiles a ese chico y a tu marido. Así que él y esa joven van a casarse, ¿eh? No me extraña. Dios los cría y ellos se juntan.

Un día asistimos a un debate de la Escuela de Equitación desde la galería pública, pero era muy aburrido. Georges dice que el día menos pensado se pondrán a discutir sobre la conveniencia de arrebatar las tierras a la Iglesia y cedérselas a la nación, y que si su madre hubiera asistido a ese debate habría organizado una trifulca impresionante. El caso es que mi suegra empezó a insultar a los diputados, llamándolos canallas e ingratos. El señor Robespierre se acercó a saludarnos y estuvo muy amable. Señaló a mi suegra todos los personajes importantes, incluyendo a Mirabeau.

—Ese hombre irá derechito al infierno cuando muera —soltó la madre de Georges.

El señor Robespierre me miró de reojo y sonrió. Luego se dirigió a mi suegra y dijo:

—Es usted encantadora. Coincido plenamente con usted.

Eso alegró mucho a mi suegra.

Durante todo el verano pagamos las consecuencias del asunto de Marat. Sabíamos que existía una orden de arresto contra Georges, redactada y lista para ser emitida, en un cajón, en el Ayuntamiento. Cada mañana me despertaba temblando, temerosa de que lo arrestaran aquel día. Habíamos decidido que si lo detenían, yo haría la maleta y partiría de inmediato a casa de mi madre, entregaría las llaves de la vivienda a Fabre y dejaría que él se ocupara de todo lo demás. No sé por qué se nos ocurrió pensar en Fabre, supongo que porque siempre está dispuesto a hacernos un favor.

Por aquel entonces Georges tenía una vida muy complicada. Apenas pisaba su oficina. Supongo que Jules Paré debe de ser un hombre muy competente, porque seguía entrando dinero.

A principios de año sucedió algo que según Georges demostraba que las autoridades le tenían miedo. Abolieron nuestro distrito, junto con los otros, y reorganizaron la ciudad en zonas electorales. A partir de entonces los ciudadanos de un determinado distrito no podían seguir celebrando más reuniones públicas salvo que se tratara de unas elecciones. Nos prohibieron llamar a nuestro batallón de la Guardia Nacional, «los *cordeliers*». Dijeron que debíamos llamarlo simplemente el «número 3».

Georges dijo que, pese a esas medidas, no conseguirían aplastar a los *cordeliers*. Dijo que habían decidido montar un club, como los jacobinos, pero mejor. Cualquier persona, de cualquier zona de la ciudad, podía asistir, para que nadie dijera que era ilegal. Su verdadero nombre era Club de los Amigos de los Derechos del Hombre, pero desde el principio todo el mundo lo conocía como el Club de los Cordeliers. Al principio solían reunirse en un salón de baile. Querían utilizar el viejo monasterio de los *cordeliers* para celebrar sus reuniones, pero el Ayuntamiento mandó que precintaran el edificio. Entonces, un buen día —sin la menor explicación— retiraron los precintos y pudieron trasladarse allí. Louise Robert dijo que había sido por influencia del duque de Orléans.

Es difícil describir el Club de los Jacobinos. La cuota anual de suscripción es bastante elevada, uno tiene que estar avalado por varios miembros, y las reuniones son muy formales. Cuando Georges fue allí un día a pronunciar un discurso, regresó a casa furioso porque le habían tratado de forma muy grosera.

Todo el mundo era bien recibido en el Club de los Cordeliers. Solían acudir muchos actores, abogados y comerciantes, junto con algunos sujetos de mala catadura. Por supuesto, nunca fui allí cuando había reunión, pero vi lo que habían hecho con la capilla. La habían dejado desnuda. Cuando se rompieron unas ventanas, tardaron varias semanas en repararlas. Qué extraños son los hombres, pensé, en casa les gusta sentirse cómodos pero fuera les importa un comino. La mesa del presidente consistía en el banco de un ebanista que encontraron al mudarse al monasterio. En realidad, de no ser por los turbulentos tiempos en que vivíamos, Georges no hubiera tenido tratos con un ebanista. La tribuna de oradores consistía en cuatro palos que sostenían una tabla. Alguien había clavado en la pared un trapo con un eslogan

pintado en rojo que decía: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Después de mi desastrosa experiencia con la madre de Georges, me disgusté mucho cuando Georges me comunicó que quería ir a pasar unos días en Arcis. Afortunadamente nos alojamos en casa de su hermana Anne Madeleine, y, para mi sorpresa, todo el mundo nos recibió con gran deferencia y respeto. Era asombroso. Las amigas de Anne Madeleine prácticamente me saludaban con una reverencia. Al principio supuse que los habitantes de Arcis debían haberse enterado de los éxitos de Georges como presidente del distrito, pero luego comprendí que no recibían los periódicos de París ni les importaba lo que ocurría en la capital. La gente me hacía unas preguntas muy curiosas, como, ¿cuál es el color favorito de la Reina?, ¿qué es lo que le gusta comer?, etcétera. Un día dije a Georges:

—Creo que la amabilidad de la gente se debe a que como eres abogado de la Corona, creen que el Rey te invita a ir todos los días a palacio para que le aconsejes.

Durante unos instantes, Georges me miró perplejo. Luego se echó a reír.

—¿Eso creen? ¡Qué ingenuos son! ¡Y pensar que tengo que vivir en París, rodeado de esos cínicos y mentecatos! Dentro de cuatro o cinco años nos instalaremos aquí y tendremos una granja. Abandonaremos París para siempre. ¿Qué te parece?

Francamente, no sabía qué responder. Por una parte, pensé, sería maravilloso alejarse de los periódicos, las pescaderas, la abundancia de delincuencia y la escasez de productos. Pero luego pensé en la perspectiva de toparme todos los días con la señora Recordain. Así pues, no dije nada, imaginando que se trataba de un capricho pasajero. No creía que Georges estuviera dispuesto a abandonar el Club de los Cordeliers. Ni la Revolución. Al cabo de un tiempo empezaría a ponerse nervioso y un buen día me diría: «Mañana regresamos a París».

De todos modos, Georges fue con su padrastro a ver unos terrenos, y habló con el notario de Arcis sobre la compra de una parcela.

—Me alegro de que te vayan bien las cosas, hijo —dijo el señor Recordain.

Georges sonrió.

Nunca olvidaré aquel verano. En el fondo estaba preocupada, porque opino que pase lo que pase debemos ser leales al Rey, a la Reina y a la Iglesia. Pero si algunos consiguen salirse con la suya, la Escuela de Equitación será más importante que el Rey, y la Iglesia pasará a ser otro departamento gubernamental. Sé que estamos obligados a obedecer a la autoridad, y que Georges se ha burlado de ella en más de una ocasión. Él es así, porque en la escuela, según me ha contado Paré, solían llamarlo «el anti-superior». Naturalmente, uno debe procurar superar sus defectos, pero entretanto yo estoy obligada a obedecer a mi marido, a menos que me incite a que cometa un pecado. ¿Acaso es un pecado invitar a cenar a unas personas que hablan de enviar a la Reina de regreso a Austria? Cuando pedí a mi confesor que me aconsejara, dijo que debía obedecer a mi esposo e intentar que regresara al seno de la Iglesia católica. Sus palabras no me ayudaron mucho. De modo que aunque

exteriormente acepto todas las opiniones de Georges, en mi corazón tengo ciertas reservas, y rezo todos los días para que modifique algunas de sus opiniones.

Sin embargo, todo nos va bien. Siempre tenemos algún motivo para celebrar algo. Cuando llegó el aniversario de la toma de la Bastilla, todas las ciudades y poblaciones en Francia enviaron unas delegaciones a París. En los Campos de Marte construyeron un enorme anfiteatro, junto con un altar, que llamaron el Altar de la Patria. Acudió el Rey, que juró defender la constitución, y el obispo de Autun celebró misa. (Es una lástima que sea ateo). Nosotros no fuimos, porque Georges dijo que no soportaba ver a la gente lamiendo el culo de Lafayette. Hubo bailes donde antes se alzaba la Bastilla y por las noches se celebraron unos festejos en nuestro distrito. Asistimos a todas las fiestas, y regresamos a casa de madrugada. Yo me puse un poco piripi, y todos se rieron de mí. Había llovido todo el día, y alguien compuso una poesía que afirmaba que Dios era un aristócrata. Jamás olvidaré las caras de la gente al tratar de lanzar unos fuegos artificiales bajo la lluvia torrencial; ni el momento en que Georges y yo regresamos a casa cogidos del brazo, por las calles mojadas, mientras despuntaban las primeras luces. Al día siguiente comprobé que mis nuevos zapatos de raso estaban destrozados.

Deberían vernos ahora; hemos cambiado mucho desde el año pasado. Algunas damas de la sociedad han dejado de empolvarse el pelo; en lugar de recogérselo en un moño, lo llevan suelto. Muchos caballeros también han dejado de empolvárselo, y la gente lleva menos encajes. El maquillaje ha caído en desuso; no sé que harán las damas de la Corte, pero Louise Robert es la única mujer que conozco que todavía lleva colorete. Admito no obstante que sin él tiene un color enfermizo. Vestimos sencillamente, y los colores de moda son el rojo, el blanco y el azul, los colores nacionales. La señora Gély dice que la nueva moda no favorece a las mujeres maduras, y mi madre está de acuerdo con ella. «En cambio tú —me dice mi madre—, puedes permitirte el lujo de prescindir de los encajes y el corsé». No estoy de acuerdo con ella. No he vuelto a recuperar mi figura desde que nació Antoine.

La joya de moda este año es un fragmento de una de las piedras de la Bastilla engastado en un broche o un colgante. Félicité de Genlis tiene un broche en el que figura la palabra LIBERTAD en brillantes. Me lo contó el diputado Pétion. Hemos renunciado a nuestros suntuosos abanicos; ahora utilizamos unos hechos con sencillos trozos de madera y papel plisado, que representan vistosas escenas patrióticas. Yo siempre procuro llevar uno cuya escena encaje con las opiniones de mi marido. No puedo llevar un retrato del alcalde Bailly luciendo una corona de laurel, o de Lafayette montado en su caballo blanco, pero puedo mostrar un retrato del duque Philippe, o la toma de la Bastilla, o Camille pronunciando un discurso en el Palais-Royal. Aunque, como lo veo prácticamente todos los días, no veo la necesidad de llevar su retrato encima.

Recuerdo a Lucile en nuestra vivienda la mañana de las celebraciones de la Bastilla, despeinada, con sus cintas tricolores hechas trizas y calada hasta los huesos.

Tenía el vestido empapado y pegado al cuerpo, y daba la sensación de llevar poca ropa interior. ¡No quiero ni imaginar lo que hubiera dicho la madre de Georges! De todos modos, le reprendí severamente por su imprudencia. Encendí la chimenea, le ordené que se quitara la ropa y la envolví en una manta. Lamento decir que Lucile estaba guapísima sentada junto al fuego, envuelta en una manta. Parecía un gato.

—Qué infantil eres —dije—. Me sorprende que tu madre te dejara salir vestida de ese modo.

—Dice que debo aprender de mis errores —contestó, sacando los dos brazos por debajo de la manta—. Déjame sostener al niño.

Deposité a Antoine en sus brazos y ella le hizo unas carantoñas.

—Hace un año que Camille se hizo famoso —dijo—, pero todavía no hemos fijado la fecha de la boda. Pensé que si me quedaba encinta precipitaría las cosas, pero no consigo que se acueste conmigo. A veces es exageradamente recto. A su lado, John Knox era un aprendiz.

—No seas mala —dije, por decir algo.

Lucile me cae bien. Por supuesto, no soy tonta, sé que Georges se siente atraído hacia ella, como todos los hombres. Camille vive ahora cerca de nosotros. Tiene una vivienda muy bonita, y un ama de llaves, de aspecto un tanto feroz, llamada Jeanette. No sé de dónde la ha sacado pero es una excelente cocinera y a veces, cuando tenemos invitados, viene a ayudarme. Hérault de Séchelles nos visita con frecuencia, lo cual me complace mucho. Tiene unos modales exquisitos, a diferencia de los amigos actores de Fabre. También vienen varios diputados y periodistas, sobre los cuales sostengo diversas opiniones, que me guardo mucho de expresar. Según Georges, si alguien es un patriota su personalidad carece de importancia. Eso es lo que dice, pero rehuye a Billaud-Varennes como la peste. ¿Recuerdan a Billaud? Solía trabajar para Georges de vez en cuando. Desde la Revolución se le ve mucho más animado. Al parecer tiene un empleo fijo.

Una noche, en julio, vino a cenar un hombre llamado Collot d’Herbois. Qué nombre tan raro, ¿verdad? Se parecía a Fabre, en el sentido de que era actor, dramaturgo, y había sido gerente de un teatro. Debía tener aproximadamente la edad de Fabre. En aquella época ponían una obra suya, titulada, *La familia patriótica*, en el Théâtre de Monsieur. Era el tipo de obra que estaba de moda, aunque nosotros no la habíamos visto. Tuvo un gran éxito de taquilla, pero Collot parecía un hombre amargado. Insistió en contarnos la historia de su vida, y, según dijo, todo cuanto había emprendido hasta la fecha le había salido mal. Cuando era joven, le desconcertaba el que la gente pretendiera siempre estafarlo, hasta que comprendió que envidiaban su talento. Achacaba su mala fortuna al destino, hasta que se dio cuenta de que todo el mundo conspiraba contra él. (Al decir eso, Fabre me hizo un gesto indicando que estaba loco). Todos los temas que tocábamos despertaban en Collot amargos recuerdos. Se ponía rojo de ira y empezaba a gesticular violentamente, como si estuviera pronunciando un discurso en la Escuela de Equitación. Yo temí que fuera a

romper una copa o un plato.

Más tarde comenté a Georges:

—No me gusta ese Collot. Tiene peor carácter que tu madre, y estoy segura de que su obra debe de ser horrible.

—Un comentario típicamente femenino —respondió Georges—. A mí no me cae mal, aunque me aburre. Sus opiniones son… —Georges se detuvo unos instantes y sonrió—… iba a decir correctas, pero en realidad son las que yo sostengo.

Al día siguiente, Camille dijo:

—Ese Collot es horrible. Es la peor persona del mundo. Supongo que su obra es insoportable.

—Quizá tengas razón —contestó Georges dócilmente.

Hacia finales de año, Georges pronunció una alocución ante la Asamblea. Al cabo de unos días cayó el ministerio. La gente decía que había sido culpa de Georges. Mi madre me dijo que estaba casada con un hombre muy poderoso.

La Asamblea Nacional está reunida
Lord Mornington, septiembre de 1790

No disponen de un sistema normal de debate sobre asuntos ordinarios; algunos se dirigen a la Asamblea desde sus asientos, otros desde el centro de la sala, otros desde el banco o la tribuna… El tumulto es tal que resulta muy difícil entender lo que dicen. En ocasiones se alzan más de cien voces al mismo tiempo. El presidente se tapa los oídos con las manos y ruge «¡orden!», como si reconviniera a un cochero, y se pone a golpear la mesa con los puños y a blasfemar… El público de las galerías manifiesta su aprobación y desaprobación por medio de bramidos y aplausos.

Esta mañana fui a la corte en las Tullerías. Es una corte muy tétrica… El Rey tenía buen aspecto, pero me pareció menos arrogante que la última vez que nos vimos; ahora se inclina ante todo el mundo, cosa que ningún Borbón solía hacer antes de la Revolución.

El año de Lucile: ahora tengo dos diarios. Uno lo reservo para los pensamientos más puros y elevados y el otro para anotar en él las cosas que suceden.

Solía vivir como Dios, en distintas Personas. El motivo era que la vida me parecía muy aburrida. Me gustaba fingir que era María Estuardo, y, a decir verdad, todavía lo hago de vez en cuando. No es fácil desprenderse de esos hábitos. Asignaba un papel a todas las personas que me rodeaban —generalmente de doncella o de algo por el estilo— y me enfurecía cuando no lo desempeñaban bien. Cuando me cansaba de María E., asumía la personalidad de Julie, en *La Nouvelle Heloïse*. Actualmente me pregunto qué clase de relación mantengo con Maximilien de Robespierre. Vivo dentro de su novela favorita.

Uno tiene que emplear la imaginación para no dejarse arrastrar por la cruda realidad. A principios de año Camille fue demandado por daños y perjuicios por el señor Sanson, el verdugo. Es curioso, uno no suele pensar que los verdugos tengan derecho a recurrir a la justicia, como cualquier persona corriente.

Por fortuna la justicia es lenta, los procesos complicados y el duque está dispuesto

a pagar los daños y perjuicios. No, no es la justicia lo que me preocupa. Cada mañana me despierto pensando: ¿estará vivo aún?

Lo atacan por la calle. Lo denuncian ante la Asamblea. Lo desafían continuamente a duelos, aunque los patriotas han acordado no aceptar jamás un duelo. La ciudad está llena de locos deseosos de clavarle un cuchillo. Esos mismos locos le escriben cartas, unas cartas tan repugnantes que ni siquiera se digna leerlas. Las mete en un cajón. Luego hace que sus empleados las revisen, por si contienen amenazas muy concretas, como por ejemplo, te mataré tal día, a tal hora y en tal sitio.

Mi padre se comporta de forma muy extraña. Dos veces al mes me prohíbe que vuelva a ver a Camille. Pero por la tarde se apresura a leer el periódico. «¿Alguna noticia?», pregunta ansioso, como si quisiera que le dijéramos que han hallado el cadáver degollado de Camille flotando en el río. No lo creo. De no ser por Camille, mi padre se aburriría mucho. Mi madre se divierte tomándole el pelo. «Reconócelo, Claude —le dice—. Es el hijo que nunca tuviste».

Con frecuencia Claude trae a cenar a apuestos jóvenes, confiando en que me enamore de alguno. Funcionarios públicos. ¡Dios!

A veces me escriben versos, unos sonetos muy hermosos. Adèle y yo los leemos con la adecuada expresión sentimental. Alzamos la vista al cielo, nos llevamos las manos al pecho y suspiramos. Luego hacemos con ellos unas bolitas y nos entretenemos atacándonos mutuamente con ellas.

Estamos llenas de energía y vitalidad. Procuramos mostrarnos siempre alegres. Más vale estar alegre que triste y llorosa. Preferimos tomarnos la vida a broma.

Mi madre, en cambio, está siempre tensa, melancólica; pero en el fondo, creo que sufre menos que yo. Probablemente porque es mayor que yo y ha aprendido a dosificar esas cosas. «No temas, Camille sobrevivirá —dice—. ¿Por qué crees que se rodea siempre de tipos tan corpulentos?». Pero pueden atacarlo con una pistola, protesto yo, o con un cuchillo. «¿Un cuchillo? ¿Te imaginas a alguien intentando alcanzar a Camille con un cuchillo a través del señor Danton? Suponiendo, naturalmente, que este se interpusiera en su camino. De todos modos, Camille es un experto en conseguir que la gente se sacrifique por él —dice mi madre—. Fíjate en mí, o en ti».

Suponemos que dentro de poco Adèle nos comunicará su compromiso. Max ha venido a visitarnos, y alabó al abate Terray. Buena parte de lo que ha hecho el abate, según dijo, no se le ha reconocido. A partir de entonces, a Claude ya no le importa el hecho de que Max sólo cuente con su salario de diputado, ni que mantenga a sus dos hermanos menores.

Me pregunto cómo será la vida de Adèle. Robespierre también recibe cartas, pero no como las que le llegan a Camille. Proceden de todos los rincones de la ciudad; son cartas de personas insignificantes que se han enemistado con las autoridades o que están en un apuro y confían en que él les solucione el problema. Se levanta a las cinco de la mañana para contestar a esas cartas. A veces pienso que tiene un escaso

sentido del confort doméstico. Al parecer, no necesita distraerse ni divertirse. No sé si Adèle conseguirá acostumbrarse a ese estilo de vida.

Robespierre: no es sólo París que debe tener en cuenta. Las cartas proceden de todo el país. En las ciudades provinciales han instalado unos clubes jacobinos, y el comité de correspondencia del club de París les envía noticias, informes y directrices. En sus cartas sus admiradores destacan, entre sus colegas parisienses, al diputado Robespierre, deshaciéndose en alabanzas hacia él. Ya es algo, después de las injurias y vituperios de los monárquicos. Entre las hojas de *El contrato social* conserva una carta de un joven de Picardía, un entusiasta llamado Antoine Saint-Just: «Le conozco, Robespierre, como conozco a Dios, por sus obras». Cuando siente una angustiosa opresión en el pecho, cosa que suele sucederle a menudo, o cuando sus ojos están demasiado cansados para seguir leyendo, el recuerdo de esa carta le da energías para continuar su labor.

Todos los días asiste a la Asamblea, y todas las tardes al Club Jacobino. Cuando puede pasa por la casa de los Duplessis, cena de vez en cuando con Pétion, pero se trata de cenas de trabajo. Acude al teatro unas dos veces por temporada, pues no es muy aficionado y le disgusta perder el tiempo. La gente aguarda frente a la Escuela de Equitación, al club, al inmueble donde habita, para verlo siquiera unos segundos.

Por las noches se acuesta rendido. Duerme profundamente. No sueña sino que se sumerge en la oscuridad, como si cayera a un pozo. El mundo de la noche es real; las mañanas, con su luz y su aire, están pobladas de sombras, de espectros. Siempre se levanta antes del amanecer.

WILLIAM AUGUSTUS MILES, OBSERVANDO LA SITUACIÓN PARA INFORMAR AL GOBIERNO (INGLÉS) DE SU MAJESTAD

El hombre que goza de menos consideración en la Asamblea Nacional…, pronto se convertirá en el más importante. Es un hombre severo, de rígidos principios, poco agraciado, de talante sencillo, austero en su forma de vestir, incorruptible, que desprecia la riqueza y sin un ápice de la volubilidad típica de los franceses. Nada de lo que pudiera ofrecerle el Rey le haría abandonar sus propósitos. Lo observo atentamente cada noche. Es un personaje singular; con cada hora que pasa crece su importancia, y sin embargo todos los miembros de la Asamblea Nacional lo consideran insignificante; cuando afirmé que se convertiría en un hombre de gran influencia en poco tiempo, y que gobernaría a los millones de franceses, se rieron de mí.

A principios de año Lucile fue presentada a Mirabeau. Jamás olvidaría a ese hombre, de pie sobre una exquisita alfombra persa en una habitación decorada con increíble mal gusto. Era inmenso, de labios delgados y con el rostro cubierto por numerosas cicatrices.

—Tengo entendido que su padre es un funcionario —dijo Mirabeau, mirándola de pies a cabeza—. ¿Tiene una hermana gemela?

Mirabeau parecía utilizar todo el aire disponible de una habitación. También

parecía utilizar todo el cerebro de Camille. Era asombroso que Camille se dejara engañar de ese modo. Por supuesto que Mirabeau no recibía dinero de la Corte. Por supuesto que Mirabeau era el perfecto patriota. Cuando llegara el día en que Camille no pudiera seguir engañándose, se pegaría un tiro. Aquella semana casi no hubo periódicos.

—Max se lo advirtió —dijo Adèle—. Pero no le hizo caso. Mirabeau ha calificado a esa ignorante austríaca como «una gran y noble mujer». Y sin embargo, para las personas de la calle, Mirabeau es un dios. Eso demuestra lo fácilmente que se dejan engañar.

Claude apoyó la cabeza en las manos y exclamó:

—¿Es necesario que soporte esas blasfemias, esa sedición de labios de mis hijas y en mi propia casa?

—Supongo —dijo Lucile—, que Mirabeau debe de tener sus razones para conspirar con la Corte. Pero ha perdido prestigio entre los patriotas.

—¿Sus razones? Sus razones son el dinero y la ambición de poder. Quiere salvar a la monarquía para que le estén eternamente agradecidos y en deuda.

—¿Salvar a la monarquía? —preguntó Claude—. ¿De qué? ¿De quién?

—Padre, el Rey ha pedido a la Asamblea una asignación de veinticinco millones, y los muy imbéciles se la han concedido. Ya conoces el estado de la nación. Pretenden exprimirla como a una naranja. ¿Cuánto crees que puede durar esa situación?

Claude miró a sus hijas, tratando de reconocer en ellas a sus dulces pequeñas.

—Pero si no tuviéramos al Rey, a Lafayette, a Mirabeau o a los ministros —os he oído hablar mal de todos ellos— ¿quién gobernaría la nación?

Las hermanas se miraron y respondieron al unísono:

—Nuestros amigos.

Camille atacó a Mirabeau en su periódico con inusitada brutalidad. Sentía una incontenible rabia que fluía por sus venas. Durante un tiempo, Mirabeau siguió defendiéndolo contra quienes pretendían silenciarlo. Se refería a él como «mi pobre Camille». Andando el tiempo, se pasó a las filas enemigas. «Soy un buen cristiano —decía Camille—. Amo a mis enemigos». En efecto, sus enemigos contribuían a definir su personalidad. Podía adivinar sus propósitos en su mirada.

Al alejarse de Mirabeau, su relación con Robespierre se hizo más estrecha. Eso supuso para Camille un cambio radical en su estilo de vida. Pasaban las veladas juntos revisando documentos, escribiendo, escuchando el tictac del reloj. Para estar con Robespierre, Camille tuvo que revestirse de rigor y seriedad, como quien se pone una capa de invierno.

—Él es todo lo que me gustaría ser —le confesó a Lucile—. A Max no le importa el fracaso ni el éxito. Le tiene sin cuidado lo que los demás piensen de él, la opinión que les merezcan sus actos. Es uno de los pocos hombres al que sólo le preocupa obrar según su propia conciencia.

Sin embargo, el día anterior, Danton dijo a Lucile:

—El joven Maximilien es un enigma. No logro descifrarlo.

Pero Robespierre no se había equivocado respecto a Mirabeau. Independientemente de lo que uno opinara sobre él, era preciso reconocer que casi siempre tenía razón.

En mayo, Théroigne abandonó París. No tenía dinero y estaba cansada de que los periódicos monárquicos la llamaran prostituta. No habían vacilado en exponer implacablemente su turbio pasado. La época en que había vivido en Londres con un lord arruinado. Su relación, más provechosa, con el marqués de Persan. Su estancia en Génova con un cantante italiano. Unas semanas locas en París, cuando se presentaba ante todo el mundo como la condesa de Campinado, una aristócrata venida a menos. Nada delictivo ni exageradamente hiperbólico: sólo el tipo de cosas que todos hemos hecho cuando la necesidad aprieta. Sin embargo, se exponía a ser criticada, ridiculizada e insultada. ¿Quién sería capaz de soportar el tipo de escrutinio que he tenido que sufrir yo?, pensó mientras hacia la maleta. Se proponía regresar al cabo de unos meses, cuando la prensa hubiera caído sobre otra víctima.

En París se la veía con frecuencia en la Escuela de Equitación, sentada en la galería pública con su casaca roja, rodeada de admiradores; o paseando por el Palais-Royal, con una pistola en la cintura. Se dijo que había desaparecido de su casa de Lieja; sus hermanos creyeron que se había fugado con un hombre, pero al poco tiempo empezó a circular el rumor de que la habían secuestrado los austriacos.

Espero que no la suelten, dijo Lucile. Estaba celosa de Théroigne. ¿Qué derecho tenía a comportarse como un seudo-hombre, presentándose en las reuniones de los *cordeliers* y tomando la palabra desde la tribuna de oradores? Eso enfurecía a Danton. A él le gustaba el tipo de mujer que solía conocer en casa del duque: Agnès de Buffon, que le dirigía miradas lánguidas, y una joven inglesa llamada Grace Elliot, con sus misteriosas conexiones políticas y su maquinal forma de coquetear. Lucile había estado en casa del duque y había observado allí a Danton. Suponía que este estaba al tanto de lo que pasaba. De hecho, Danton sabía que Laclos le había tendido una trampa, cuyo señuelo eran esas mujeres. Félicité, la alcahueta, se la dejaba a Camille. A Camille le gustaba sostener una conversación inteligente con una mujer. Era una de sus perversiones, decía Danton.

Ese verano llegó a París Louis Suleau, el viejo enemigo de Camille de los tiempos de la escuela. Venía de Picardía bajo arresto, acusado de escribir panfletos sediciosos y anticonstitucionales. Su rebeldía, sin embargo, era distinta de la de Camille pues era más monárquico que el Rey. Louis fue absuelto y esa misma noche él y Camille permanecieron charlando hasta el amanecer. Era una conversación culta, brillante, cuyo santo patrón era Voltaire.

—Tengo que mantener a Louis alejado de Robespierre —confió Camille a Lucile

—. Louis es una de las mejores personas del mundo, pero me temo que Max no lo comprendería.

Louis era un caballero, pensó Lucile. Tenía estilo, empaque, presencia. Al poco tiempo dispuso de una plataforma, entró en el consejo editorial de un periódico monárquico de línea escandalosa titulado *Los hechos de los Apóstoles*. Los diputados que se sentaban a la izquierda solían autodenominarse «los apóstoles de la libertad», pomposidad que en opinión de Louis debía ser severamente castigada. ¿Quiénes eran los colaboradores? Una pandilla de crápulas y ex sacerdotes, decían indignados los patriotas. ¿Cómo se hacía el periódico de marras? El *Hechos* solía organizar «cenas evangélicas» en el Restaurant du Mais y en Chez Beauvillier, donde comentaban los últimos chismorreos y tramaban el siguiente número. Invitaban a sus rivales y los emborrachaban para sonsacarles alguna noticia sabrosa. Camille comprendía el principio por el que se regían: un rumor por aquí, una confidencia por allá, total, una juerga a expensas de los idiotas que trataban de ocupar la vía del medio. Con frecuencia los artículos que rechazaba el *Révolutions* eran publicados por el *Hechos*.

—Querido Camille —dijo Louis—, deberías unirte a nosotros. Estoy seguro de que algún día coincidirán nuestras opiniones. Déjate de esas bobadas de «libertad, igualdad y fraternidad». ¿Conoces nuestro manifiesto? «Libertad, alegría y democracia real». En el fondo los dos queremos lo mismo, que la gente sea feliz. ¿De qué os sirve vuestra Revolución si os convierte en seres tristes y malhumorados? ¿De qué sirve una revolución dirigida por individuos amargados desde míseros cuartuchos?

Libertad, alegría y democracia real. Las mujeres Duplessis dieron a sus modistos instrucciones para el otoño de 1790. Trajes de seda negros con cinturones escarlatas y capas cortas ribeteadas con una cinta tricolor para asistir a estrenos teatrales, cenas para conocer a gente nueva…

Era todavía verano cuando Antoine Saint-Just llegó a París. No sólo de visita. Lucile estaba ansiosa de conocerlo. Camille le había hablado de él, contándole que había huido con la plata de la familia y había dilapidado el dinero en quince días. Estaba convencida de que era un joven encantador.

Antoine tenía veintidós años. El asunto de la plata familiar había sucedido tres años antes. ¿Se lo había inventado Camille? Costaba creer que una persona pudiera cambiar tanto. Lucile miró a Saint-Just y observó la chocante neutralidad de su expresión. Tras las presentaciones de rigor, él la miró como si no le interesara lo más mínimo. Iba acompañado de Robespierre, con quien al parecer mantenía correspondencia. Es curioso, pensó Lucile, la mayoría de los hombres se esfuerzan en conseguir de mí algo más que unas palabras amables. De todos modos no le molestó. Al contrario, era un cambio agradable.

Saint-Just era un joven muy apuesto, alto, de complexión atlética, con una mirada aterciopelada y una lánguida sonrisa. Tenía la tez pálida y el cabello castaño oscuro; su único defecto era su pronunciada barbilla, excesivamente ancha y larga. Lucile

pensó que la barbilla impedía que resultara demasiado guapo, aunque visto desde ciertos ángulos, su rostro ofrecía un aspecto un tanto desequilibrado.

Camille iba con ella, por supuesto. Estaba de mal humor.

—¿Sigues escribiendo poesías? —preguntó a Saint-Just. El año pasado su primo había publicado un poema épico y se lo había enviado para conocer su opinión. Era interminable, violento y ligeramente obsceno.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te gustaría leerlas? —Saint-Just le miró ilusionado.

Camille sacudió la cabeza.

—La tortura ha sido abolida.

—Supongo que mi poema te ofendió —dijo Saint-Just con tono irónico—. Quizá te pareció pornográfico.

—Ni siquiera eso —contestó Camille, soltando una carcajada.

—Era un poema serio —insistió Saint-Just—. ¿Acaso crees que escribo poesías para perder el tiempo?

—Lo ignoro —respondió Camille.

Lucile notó que tenía la boca seca. Observó a los dos hombres tratando de ridiculizarse: Saint-Just pálido, pasivo, esperando los resultados; Camille nervioso, agresivo, con la mirada enfebrecida. Eso no tiene nada que ver con un poema, pensó Lucile. Robespierre también parecía algo alarmado.

—Eres demasiado severo, Camille —observó Robespierre—. Sin duda la obra tendría algún mérito.

—En absoluto —contestó Camille—. Pero si quieres, Antoine, te mostraré unas poesías que escribí en mis años mozos, para que puedas burlarte de ellas. Probablemente eres mejor poeta que yo, y sin duda serás mejor político, porque sabes controlarte. Te gustaría pegarme, pero no lo harás.

Saint-Just lo miró impertérrito.

—¿Te he ofendido? —preguntó Camille con tono afligido.

—Profundamente —le contestó Saint-Just, sonriendo—. Me has herido en lo más íntimo de mi ser. Porque eres la única persona cuya opinión tengo en cuenta. Ninguna cena aristocrática estaría completa sin tu presencia.

Tras esas palabras, Saint-Just se volvió hacia Robespierre.

—¿No puedes ser más amable con él? —murmuró Lucile.

—Como amigo, no me importa ser amable con él. Pero él se estaba dirigiendo al editor, no al amigo. Quería que escribiera un artículo ensalzando su talento. No le interesaba mi opinión personal, sino mi opinión profesional.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que te caía bien.

—Ha cambiado. Era un loco, siempre estaba metido en algún lío de faldas. Pero se ha vuelto solemne y formal. Me gustaría que lo viera Louis Suleau, es el ejemplo típico de un revolucionario amargado. Se declara republicano. No me gustaría vivir en su república.

—Quizás él no te lo permitiría.

Más tarde Lucile oyó murmurar a Saint-Just:

—Es un frívolo.

Lucile meditó sobre esa palabra. La asociaba con divertidas giras veraniegas y resopones después del teatro. La actriz, sudorosa y pintarrajeada, sentada junto a ella, dijo: «Veo que está muy enamorada. Es muy guapo. Espero que sean felices». Era la primera vez que oía pronunciar esas palabras como una condena, cargadas de desprecio y malos presagios.

Aquel año la Asamblea convirtió a obispos y sacerdotes en funcionarios públicos, asalariados del Estado sometidos a elección, y les exigió que juraran lealtad a la nueva constitución. Si se negaban eran tachados de desleales y peligrosos. Todo el mundo coincidía (en las tardes pasadas en el salón de su madre) que el conflicto religioso era la fuerza más peligrosa que podía desatarse en una nación.

De vez en cuando Annette suspiraba y decía:

—La vida es muy prosaica. La constitución, la rectitud, los sombreros al estilo cuáquero…

—¿Qué prefiere? —le preguntó Danton—. ¿Plumas y grandes pasiones en la Escuela de Equitación? ¿Pánico en el Municipio? ¿Amor y muerte?

—No se ría. Nuestras románticas aspiraciones se han visto pisoteadas. He aquí la Revolución, el espíritu de Rousseau convertido en realidad, creíamos…

—Y lo cierto es que se trata sólo del señor Robespierre, con la vista cansada y un acento provinciano.

—Un montón de gente hablando de sus cuentas bancarias.

—¿Quién le ha hablado de mis asuntos?

—Todo el mundo habla de usted, señor Danton. —Annette se detuvo unos instantes—. Dígame, ¿le disgusta Max?

—¿Disgustarme? —contestó Danton, sorprendido—. No lo creo. Me hace sentirme algo incómodo. Tiene unos principios muy elevados, que trata de imponer a todo el mundo. ¿Será usted capaz de estar a su altura cuando se convierta en su suegra?

—Eso todavía no está… decidido.

—¿Acaso Adèle está indecisa?

—Él no le ha pedido que se casen.

—¿Entonces aún no están comprometidos? —preguntó Danton.

—No estoy segura de que Max…, pero no debo hacer ningún comentario al respecto. No me mire de ese modo. ¿Cómo puede una simple mujer adivinar lo que piensa un diputado?

—Ya no existen «simples mujeres». La semana pasada sus dos futuros yernos me vencieron en una discusión sobre ese tema. Tengo entendido que las mujeres son, en todos los aspectos, iguales que los hombres. Sólo quieren que les den la oportunidad

de demostrarlo.

—Esto es obra de Louise Robert —respondió Annette—. Una mujer de mucho carácter. No me parece lógico que los hombres pierdan el tiempo defendiendo la igualdad de las mujeres. Va contra sus propios intereses.

—Robespierre se muestra totalmente indiferente. Como siempre. Y Camille dice que debemos conceder el voto a las mujeres. Dentro de poco las tendremos en la Escuela de Equitación, luciendo sombreros negros y discutiendo sobre el sistema fiscal.

—La vida será entonces aún más prosaica.

—No se preocupe —dijo Danton—. Puede que aún se produzca alguna sórdida tragedia.

—¿Acaso tiene esta revolución una filosofía? —preguntó Lucile—. ¿Un futuro?

No se atrevía a preguntárselo a Robespierre por temor a que le lanzara un discurso sobre el general Will; ni a Camille, por temor a que se pasara dos horas hablando sobre la república romana. De modo que decidió preguntárselo a Danton.

—Yo creo que sí —contestó—. Agarra lo que puedas y lárgate cuanto antes.

Diciembre de 1790: Claude ha cambiado de opinión. Sucedió un infausto día de diciembre, cuando unos densos nubarrones que presagiaban nieve se cernían sobre los tejados y las chimeneas de la ciudad.

—No puedo más —dijo—. Que se casen, antes de que me maten a disgustos. Amenazas, lágrimas, promesas, ultimátums… No soporto esta situación ni una semana más. Debí mostrarme más severo hace tiempo, pero ahora es demasiado tarde. Que sea lo que Dios quiera, Annette.

Annette se dirigió a la habitación de su hija. Lucile estaba escribiendo en su diario. Al ver entrar a su madre, tapó la hoja de papel con la mano, derramando una gota de tinta.

Cuando Annette le comunicó la noticia, miró a su madre atónita.

—¿Así de sencillo? —murmuró—. ¿Conque Claude ha cambiado de parecer? Yo creía que sería más complicado —dijo. Luego apoyó la cabeza entre las manos y rompió a llorar, dejando que sus lágrimas se deslizaran sobre las palabras prohibidas de su diario—. ¡Qué alivio! —exclamó.

Su madre apoyó las manos sobre sus hombros y dijo:

—Ya has conseguido lo que querías, de modo que deja de tontear con el señor Danton. Compórtate como es debido.

—Seré un dechado de virtudes —contestó Lucile, enjugándose las lágrimas—. Nos casaremos enseguida.

—¿Enseguida? ¡Qué dirá la gente! Además, estamos en Adviento. No puedes

casarte en Adviento.

—Pediremos una dispensa. En cuanto a lo que diga la gente, no me importa en absoluto. Allá ellos.

Lucile se levantó de un salto y echó a correr por la casa, riendo y llorando al mismo tiempo. En aquellos momentos llegó Camille.

—¿Por qué tiene una mancha de tinta en la frente? —preguntó, desconcertado.

—Es como si hubiera recibido un segundo bautismo —contestó Annette—. O el equivalente republicano de la unción con los sagrados óleos. Al fin y al cabo, querido, vuestra vida está llena de tinta.

Camille tenía también una manchita de tinta en el puño. Presentaba el aire de un hombre que acaba de escribir un editorial y le preocupa que pueda aparecer una errata. En cierta ocasión se había referido a Marat como «el apóstol de la libertad», y habían escrito «el apóstata de la libertad». Marat se había presentado en su despacho hecho una furia, exigiendo una explicación.

—¿Está usted seguro, señor Duplessis? —preguntó Camille—. No puedo creerlo. ¿No será un error? ¿Un error de imprenta?

Por más que lo intentaba, Annette no conseguía borrar las imágenes. Se imaginaba paseándose por esta misma habitación, diciendo a Camille que todo había terminado entre ellos. La lluvia batía sobre las ventanas. Y el beso, un beso de diez segundos que, de no haber aparecido en aquellos momentos Lucile, habría terminado en la *chaise-longue* de terciopelo azul.

—¿Por qué estás tan enojada, Annette? —preguntó Claude.

—No estoy enojada, querido. Es un día maravilloso.

—Si tú lo dices… ¡Mujeres! —exclamó Claude, mirando a Camille con aire de complicidad. Camille lo observó fríamente—. Lucile también parece un tanto confundida sobre sus sentimientos. Espero que… —Claude se detuvo frente a Camille, como si fuera a apoyar una mano en su hombro, pero se abstuvo—. Bien, espero que seáis felices.

—Camille, querido —dijo Annette—, tu vivienda es muy bonita pero creo que debéis buscar una más grande. Necesitaréis algunos muebles… ¿Quieres que te regale esta *chaise-longue*? Sé que siempre te ha gustado.

—He soñado con ella muchas veces —respondió Camille, bajando la vista.

—La mandaré al tapicero.

—No, te lo ruego —protestó Camille—. Así está bien.

—Bueno, os dejo para que sigáis hablando sobre los muebles —dijo Claude, sonriendo—. Debo reconocer, muchacho, que nunca dejas de sorprenderme.

—¿De veras? ¡Es maravilloso! —exclamó el duque de Orléans—. Es la primera buena noticia que recibo desde hace mucho tiempo.

Camille le había presentado a Lucile, quien le había parecido una joven

encantadora. Tenía estilo, porte, como una inglesa; sería una excelente amazona. Les haré un buen regalo, pensó el duque.

—Laclos, ¿dónde está situada esa casa que en estos momentos tengo vacía? Esa con un jardín y doce habitaciones. No recuerdo la calle…

—¡Es increíble! —exclamó Camille—. Me imagino la cara que pondrá mi padre… ¡Va a regalarnos una casa! Dispondremos de espacio suficiente para instalar en ella la *chaise-longue*…

—A veces no te entiendo —dijo Annette—. ¿Qué sería de ti si no tuvieras a tanta gente ocupándose de ti, Camille? ¿Cómo puedes aceptar una casa del duque, el soborno más grande, más visible que pueda hacerte? Es demasiado comprometedor. ¿No temes que te ataque la prensa monárquica?

—Tienes razón.

—Dile que te dé dinero. Hablando de casas, mira estos bocetos —dijo Annette, mostrándole los planos de su propiedad en Bourg-la-Reine—. Me gustaría construir para vosotros una casita aquí, al final de esa avenida de tilos.

—¿Por qué?

—Porque no estoy dispuesta a vivir bajo el mismo techo contigo y con Claude durante las vacaciones. Sería como irse de vacaciones al Purgatorio. Siempre he deseado diseñar una casita. Por supuesto, es posible que, dado que soy una simple *amateur*, olvide algún detalle fundamental. Pero no te preocupes, incluiré un bonito dormitorio para ti. Yo iré a visitaros de vez en cuando.

Annette sonrió de forma ambigua, como entre aterrada y entusiasmada. Los próximos años serán muy interesantes, pensó. Camille tiene unos ojos extraordinarios, de un gris tan oscuro que casi parecen negros, y una mirada absorta, como si contemplara el futuro.

—En Saint-Sulpice —dijo Annette—, las confesiones son a las tres.

—Lo sé —respondió Camille—. Todo está arreglado. He enviado recado al padre Pancemont de que llegaría a las tres en punto. Le dije que no suelo hacer esas cosas todos los días y que no me hiciera esperar. ¿Vienes?

—Ordena que traigan el coche.

Al llegar frente a la iglesia, Annette dijo al cochero:

—Tardaremos… ¿Cuánto crees que tardarás en confesarte?

—En realidad no voy a confesarme. Sólo unos pocos pecadillos. Treinta minutos.

Al fondo de la iglesia había un hombre vestido con una casaca oscura, paseándose arriba y abajo, con una carpeta bajo el brazo. En aquel momento el reloj dio las tres.

—Las tres en punto, señor Desmoulins. ¿Entramos?

—Es mi abogado —dijo Camille.

—¿Cómo? —preguntó Annette, perpleja.

—Mi abogado, notario público. Está especializado en ley canónica. Me lo recomendó Mirabeau.

El abogado tenía aire satisfecho. Qué interesante, pensó Annette, que todavía veas a Mirabeau.

—¿Acaso pretendes que tu abogado te acompañe durante la confesión, Camille?

—Una simple medida de precaución. Ningún pecador serio debería pasarla por alto.

Tras esas palabras, Camille cogió a Annette del brazo y atravesaron la iglesia apresuradamente.

—Te espero aquí —dijo Annette.

Se arrodilló en un banco, junto a unas abuelas que rezaban para que regresaran los viejos tiempos, y un perrito dormido en el suelo, roncando. El sacerdote preguntó en voz alta:

—¿Eres tú?

—Escriba esto —ordenó Camille al abogado.

—Debo admitir que no pensé que vinieras. Cuando recibí tu mensaje supuse que era una broma.

—No es ninguna broma. Para casarme debo estar en estado de gracia, ¿no es así?

—¿Eres católico?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Camille.

—Porque si no eres católico no puedo administrarte los sacramentos.

—De acuerdo. Soy católico.

—¿Acaso no has afirmado… —Annette oyó carraspear al sacerdote—, en tu periódico que la religión mahometana es tan válida como la de Jesucristo?

—¿Lee usted mi periódico? —preguntó Camille, complacido. Silencio—. ¿Se niega a casarnos?

—Hasta que hayas declarado públicamente que profesas la fe católica…

—No tiene usted derecho a pedirme eso. Debe aceptar mi palabra. Mirabeau dice…

—¿Desde cuándo es Mirabeau una autoridad eclesiástica?

—Le gustará esa frase, se la diré. Le ruego que cambie de opinión, padre, porque estoy muy enamorado y es preferible que nos casemos a que nos abrasemos en el infierno.

—Ya que citas a San Pablo —respondió el sacerdote—, me permito recordarte que es Dios quien me ha otorgado mis poderes. Y que quienquiera que se resista a mis poderes en realidad se estará resistiendo a las reglas de Dios, y los que se resistan se condenarán.

—Es un riesgo que debo correr —replicó Camille—. Como sabe de sobra, creo

que es el versículo catorce, el marido no creyente será santificado por su esposa. Si se niega a casarnos, presentaré el caso ante una comisión eclesiástica. Me está poniendo obstáculos, me impide unirme en santo matrimonio con mi prometida. En lugar de comparecer ante los tribunales, sería preferible que se expusiera a ser engañado. Ver capítulo seis.

—Eso se refiere a llevar a los tribunales a los no creyentes. El vicario general de la diócesis de Sens no es un no creyente.

—Sabe que no tiene razón —insistió Camille—. ¿Dónde cree que me educaron? No me venga con esas majaderías. No —dijo a su abogado—, no es necesario que escriba eso.

Al salir del confesionario, Camille ordenó a su abogado:

—Tache esa última frase. Me he precipitado. Escriba en la parte superior de la hoja: «En relación a la celebración del matrimonio de L. C. Desmoulins, abogado». Eso es. Subráyelo.

—¿Has rezado con fervor? —preguntó a Annette, cogiéndola del brazo. Luego añadió en voz baja a su abogado—: Envíelo inmediatamente a la comisión.

—Ni iglesia, ni sacerdote —dijo Lucile—. Maravilloso.

—El vicario general de la diócesis de Sens dice que soy responsable de la pérdida de la mitad de sus ingresos anuales —respondió Camille—. Dice que por culpa mía han quemado su castillo. Deja de reírte, Adèle.

Estaban sentados en el cuarto de estar de Annette.

—Bien, Maximilien —dijo Camille—, dado que eres un experto a la hora de resolver problemas, espero que resuelvas este.

—¿No conocéis a un sacerdote más tolerante? —preguntó Adèle, tratando de contener la risa—. ¿Algún compañero de la escuela?

—Quizá pudiéramos convencer al padre Bérardier —contestó Robespierre—. Era nuestro rector en el Louis-le-Grand, y ahora es miembro de la Asamblea. Siempre te tuvo mucho afecto, Camille…

—Cuando me ve, sonríe como diciendo: «Ya sabía cómo ibas a acabar». Dicen que se negará a jurar lealtad a la constitución.

—Eso no importa —terció Lucile—. Si existe alguna posibilidad…

—Con las siguientes condiciones —dijo Bérardier—. Que declares públicamente en tu periódico que profesas la fe católica. Que dejes de hacer chistecitos anticlericales en tu periódico y que elimines de él su tono blasfemo.

—¿Y cómo quiere que me gane la vida? —inquirió Camille.

—Podías haber previsto lo que sucedería cuando decidiste meterte con la Iglesia. Pero nunca fuiste un muchacho previsor.

—Bajo las condiciones estipuladas —dijo el padre Pancemont—, permitiré que el padre Bérardier os case en Saint-Sulpice. Pero yo me niego a hacerlo, y creo que el padre comete un error.

—Es un joven que se deja llevar por sus impulsos —dijo el padre Bérardier—. Un día sus impulsos lo conducirán por el camino adecuado, ¿no es cierto, Camille?

—El problema es que no pensaba sacar otro número antes de Año Nuevo.

Los sacerdotes se miraron.

—Entonces debes hacerlo en el primer número de 1791.

Camille asintió.

—¿Lo prometes? —preguntó Bérardier.

—Lo prometo.

—Siempre fuiste un consumado embustero.

—No lo hará —dijo el padre Pancemont—. Hubiéramos debido exigirle que se retractara antes de casarlo.

Bérardier suspiró.

—¿De qué serviría? Uno no puede forzar las conciencias —dijo.

—Tengo entendido que el diputado Robespierre también era alumno suyo.

—Sí, durante un tiempo.

El padre Pancemont lo miró como si acabara de decir: «Estuve en Lisboa durante el año del terremoto».

—Así pues, ¿ha abandonado la enseñanza? —preguntó.

—Mire, existen personas que son peores.

—No se me ocurre ninguna —contestó el sacerdote.

Los testigos de la boda: Robespierre, Pétion, el escritor Louis-Sébastien Mercier y el marqués De Sillery, amigo del duque. Un grupo elegido diplomáticamente que representa al ala izquierda de la Asamblea, las fuerzas literarias y las conexiones orleanistas.

—Espero que no te importe —dijo Camille a Danton—. En realidad, quería que los testigos fueran Lafayette, Louis Suleau, Marat y el verdugo.

—Por supuesto que no me importa —contestó Danton. Al fin y al cabo, pensó, voy a ser testigo de todo lo demás—. ¿Piensas hacerte rico?

—La dote asciende a cien mil libras. Y poseo algunos objetos de plata. No me mires así. He sudado lo mío para conseguirlos.

—¿Vas a serle fiel?

—Naturalmente —respondió ofendido Camille—. Qué pregunta. La amo.

—Me alegra saberlo.

Alquilaron una vivienda en el primer piso de un edificio situado en la rue des Cordeliers, junto a los Danton; y el 30 de diciembre ofrecieron una comida de bodas para cien invitados. Hacía un día gris y lluvioso. A la una se encontraron por fin solos. Lucile llevaba todavía su vestido rosa de novia, un tanto arrugado y manchado de champán. Se sentó en la *chaise-longue* de terciopelo azul y se quitó los zapatos.

—¡Qué día! —exclamó—. No ha habido un día igual en los anales del sagrado matrimonio. Filas y filas de gente llorando y gimiendo… Mi madre llorando, mi padre llorando, el viejo Bérardier amonestándote públicamente, tú llorando, y la mitad de París que no estaba en la iglesia corría por las calles lanzando eslóganes y frases obscenas. Y…

Lucile se detuvo. Estaba nerviosa y mareada. Debe ser como navegar en alta mar, pensó. Camille parecía hablarle desde muy lejos:

—… y jamás pensé que me sentiría tan feliz, porque hace dos años no tenía nada y ahora te tengo a ti, tengo una posición desahogada y soy famoso…

—He bebido demasiado —dijo Lucile.

Al recordar la ceremonia le parecía que todo estaba envuelto en una bruma, y de pronto se preguntó angustiada: «¿Estaremos realmente casados? ¿No será la embriaguez un impedimento? La semana pasada, cuando visitamos la casa, ¿estaba sobria? ¿Dónde está la casa?».

—Temí que no se fueran nunca —dijo Camille.

Lucile lo miró. Durante cuatro años había imaginado las cosas que le diría al llegar este momento, pero ahora era incapaz de esbozar siquiera una tímida sonrisa. Abrió los ojos para impedir que la habitación siguiera girando, pero estaba tan cansada que volvió a cerrarlos. Luego se tumbó boca abajo en la *chaise-longue*, se instaló cómodamente y cayó dormida. Una caritativa mano acomodó una almohada debajo de su mejilla.

—Escucha los epítetos que me dedica si no apoyo el juramento constitucional de los pobres obispos —dijo el Rey, ajustándose las gafas para leer el periódico que sostenía en las manos:

—… traidor, conspirador, enemigo de las libertades públicas, perjuro, cobarde, príncipe sin honor, sinvergüenza, bellaco… —Luis se detuvo, dejó el periódico y se sonó enérgicamente con un pañuelo que llevaba bordado el escudo real—. Feliz año nuevo, doctor Marat.

III. *El placer de las damas*

(1791)

—Lafayette —dijo Mirabeau a la Reina— sigue muy de cerca los pasos de Cromwell.

Estamos acabados, dice Marat. Los secuaces de María Antonieta están confabulados con Austria, los reyes han traicionado a la nación. Es preciso cortar 20.000 cabezas.

Francia será invadida desde el Rin. En junio, el hermano del Rey, Artois, tendrá un ejército apostado en Coblenza. El antiguo cliente de maître Desmoulins, el príncipe de Condé, dirigirá una fuerza en Worms. Una tercera, en Colmar, estará bajo el mando del hermano menor de Mirabeau, conocido, por su silueta y sus aficiones, como Barril Mirabeau.

Barril pasó sus últimos meses en Francia persiguiendo al abogado de la Lanterne a través de los tribunales. Actualmente confía en perseguirlo por las calles, con una fuerza armada. Los emigrados desean que regrese el viejo régimen y que Lafayette sea pasado por las armas. Exigen el apoyo de las potencias europeas.

Pero las potencias europeas tienen sus propias opiniones. Esos revolucionarios son peligrosos; representan una amenaza para todos. Sin embargo Luis no ha muerto, ni ha sido depuesto; aunque los muebles y los festejos en las Tullerías no pueden compararse con los de Versalles, vive cómodamente. Más adelante, cuando la Revolución haya concluido, quizá reconozca que ha sido una dura pero beneficiosa lección. Entretanto, es un verdadero placer observar a un vecino rico esforzándose en no irse a pique, a un ejército destrozado por los motines y a los señores demócratas ponerse en ridículo. Es preciso mantener en Europa el orden establecido por Dios; pero de momento no es necesario dar mayor lustre a la flor de lis borbónica.

En cuanto a Luis, los emigrados le aconsejan que emprenda una campaña de resistencia pasiva. A medida que pasan los meses, sin embargo, pierden toda esperanza y recuerdan la máxima del conde de Provenza: «Cuando seáis capaces de

mantener unidas varias bolas de marfil untadas de aceite, lograréis sacar algún provecho del Rey». Les enfurece comprobar que cada vez que Luis abre la boca se doblega ante el nuevo orden, hasta que este les asegura que todo lo que dice significa justamente lo contrario. No alcanzan a comprender que algunos de esos monstruos, esos salvajes, esos bárbaros de la Asamblea Nacional defiendan los intereses del Rey. La Reina tampoco alcanza a comprenderlo.

—Sólo mantengo tratos con ellos al objeto de utilizarlos —declara—. En realidad, me inspiran un profundo horror.

Es posible que Lafayette tenga una idea más clara que Mirabeau de los méritos de la ilustre dama. Le ha dicho a la cara (según dicen) que se propone demostrar que es culpable de adulterio y enviarla de regreso a Austria. A tal fin, deja todas las noches una puerta abierta, sin custodiar, para que pueda colarse su supuesto amante, Axel von Fersen.

—La reconciliación es imposible —escribe la Reina—. Sólo las fuerzas armadas pueden reparar los daños causados.

Catalina, la Zarina: «Trato por todos los medios de que las cortes de Viena y Berlín participen en los asuntos de Francia, para tener yo las manos libres». Catalina tiene las manos libres, como de costumbre, para ahogar a Polonia. Asegura que emprenderá una contrarrevolución en Varsovia, y dejará que los alemanes emprendan la suya en París. Leopoldo, en Austria, está muy ocupado con los asuntos de Polonia, Bélgica y Turquía; William Pitt piensa en la India y en las reformas económicas. Todos observan y esperan que los conflictos y las divisiones intestinas debiliten a Francia, para que esta deje de ser una amenaza para sus respectivos planes.

Federico de Prusia opina de distinta manera; cuando estalle la guerra con Francia, como está convencido de que sucederá, se propone sacar las máximas ventajas. Tiene agentes en París con órdenes de azuzar los sentimientos de odio contra María Antonieta y los austriacos; instar al pueblo al uso de la fuerza, desestabilizar la situación y conducirla al caos. El que propugna con más entusiasmo una contrarrevolución es Gustavo de Suecia, quien está decidido a borrar París de la faz de la Tierra; Gustavo, que percibía un millón y medio de libras al año bajo el viejo régimen; Gustavo y su ejército imaginario. Y desde Madrid se dejan sentir los enardecidos sentimientos reaccionarios de un Rey imbécil.

Esos revolucionarios, dicen, son peores que la peste. Yo los atacaré, si tú los atacas primero.

Desde París, el futuro ofrece un aspecto precario. Marat ve conspiradores por doquier, olfatea la traición y contempla la nueva bandera tricolor junto a la ventana del Rey. Detrás de la fachada, custodiada por guardias nacionales, el Rey come, bebe, se engorda y apenas se inmuta. «Mi mayor defecto —escribió en cierta ocasión—, es una pereza mental que hace que todo esfuerzo intelectual me resulte cansado y doloroso».

La prensa de izquierdas se refiere a Lafayette no por su título sino por su nombre

de Mottié. Al Rey lo llama Luis Capeto, y a la Reina «la esposa del Rey».

Existen disensiones de carácter religioso. Aproximadamente un tercio de los curas de Francia accede a jurar fidelidad a la constitución. El resto son, digamos, curas refractarios. Sólo siete obispos apoyan el nuevo orden. En París, las monjas son atacadas por las pescaderas. En Saint-Sulpice, donde el padre Pancemont permanece empecinado, la multitud recorre la nave cantando: «*Ça ira, ça ira, les aristocrats à la Lanterne*». Las tías del Rey, Adelaide y Victoire, parten en secreto para Roma. Los patriotas temen que se hayan marchado llevándose consigo al Delfín. El Papa declara que la constitución civil es cismática. La cabeza de un policía es arrojada dentro de la carroza del nuncio papal.

En una barraca en el Palais-Royal, un varón y una hembra «salvajes» se exhiben desnudos. Comen piedras, hablan en una jerga extranjera y por unas pocas monedas están dispuestos a copular.

Barnave, en verano: «Otro paso hacia la libertad, y la monarquía quedará destruida; otro paso hacia la igualdad, y la propiedad privada quedará destruida».

Desmoulins, en otoño: «Nuestra revolución de 1789 era un asunto acordado entre el Gobierno inglés y una minoría de la nobleza, preparada por algunos con la esperanza de arrojar a la aristocracia de Versalles y apoderarse de sus castillos, mansiones y cargos; por otros para encasquetarnos a un nuevo amo, y por todos para darnos dos Cámaras y una constitución parecida a la de Inglaterra».

1791: han transcurrido dieciocho meses desde que estallara la revolución, y Francia se halla bajo el dominio de una nueva tiranía.

—El hombre que afirme que yo he propugnado alguna vez desobedecer las leyes es un embustero —dice Robespierre.

Enero en Bourg-la-Reine. Annette Duplessis estaba junto a la ventana, contemplando las ramas de un castaño que crecía en el jardín. Desde allí no se distinguían los cimientos de la nueva casa, que tenían un aire tan melancólico como unas ruinas. Annette suspiró en el denso silencio que la envolvía. En la sala de estar reinaba una evidente tensión. Cualquiera diría que nos hemos reunido para discutir un asunto grave, pensó Annette, en lugar de tomarnos una simple taza de chocolate a media mañana.

Claude leía con aire desafiante *El diario de la ciudad y la Corte*, un escandaloso periódico de derechas. Camille observaba a su esposa, como hacía con frecuencia. (A los dos días de casados, Lucile había descubierto estupefacta que aquellos ojos negros que la hacían derretirse eran miopes. «¿Por qué no te pones gafas?». «Soy demasiado vanidoso»). Lucile leía una traducción de *Clarisa*, con escaso interés. Cada dos minutos alzaba la cabeza para mirar a su esposo.

Annette se preguntaba si sería el aire de triunfo sexual de Lucile, el vivo color de sus mejillas, lo que había sumido a Claude en un humor de perros. Desearías que

tuviera nueve años, pensó Annette, observando las canas repeinadas y empolvadas de su marido, y que todavía jugara a muñecas. Esos descansos rurales no sentaban bien a Claude. Camille, a unos pocos metros de distancia, parecía un gitano que había perdido su violín y lo estaba buscando debajo de un seto. Su descuidada vestimenta parecía subrayar el colapso del orden social.

De pronto, Claude dejó caer el periódico.

—Te advertí que si leías esa basura te llevarías más de un sobresalto —dijo Camille.

Claude señaló la página sin poder articular palabra. Camille se inclinó para coger el periódico, pero Claude se negó a entregárselo.

—No seas tonto, Claude —dijo Annette, como si se dirigiera a un niño—. Dale el periódico a Camille.

Camille echó un vistazo al artículo que estaba leyendo su suegro y dijo:

—Caramba. Sal un momento, Lolotte.

—No.

¿De dónde había sacado ese apodo? Annette sospechaba que se lo había puesto Danton. Es un tanto íntimo, pensó, y ahora lo utiliza Camille.

—Haz lo que te ordena Camille.

Lucile no se movió. Soy una mujer casada, pensó, no tengo por qué hacer lo que me ordene nadie.

—Entonces quédate —dijo Camille—. Sólo intentaba evitar que te llevaras un susto. Según este artículo, no eres hija de tu padre.

—Quema ese maldito periódico —dijo Claude.

—Ya sabes lo que solía decir Rousseau —dijo Annette—: «Quemar no es una respuesta».

—¿Entonces de quién soy hija? —preguntó Lucile—. ¿Soy hija de mi madre, o soy huérfana?

—Eres hija de tu madre, y tu padre es el abate Terray.

Lucile soltó una carcajada.

—Como vuelvas a reírte —la amonestó su madre—, te doy una bofetada.

—Así pues, el dinero de la dote es fruto de la especulación con el grano por parte del abate durante la época de hambruna —agregó Camille.

—El abate no especuló con el grano —replicó Claude, mirando enfurecido a Camille.

—Me limito a repetir lo que dice el periódico.

—Ya —dijo Claude.

—¿Conocías a Terray? —preguntó Camille a su suegra.

—Nos vimos en una ocasión. Cambiamos tres palabras.

—Terray tenía fama de mujeriego —dijo Camille, dirigiéndose a Claude.

—No era culpa suya —protestó enérgicamente Claude—. Nunca quiso ser sacerdote. Su familia le obligó a tomar los hábitos.

—Cálmate, querido —dijo Annette.

Claude se inclinó hacia adelante, con las manos entre las rodillas, y dijo:

—Teníamos todas nuestras esperanzas depositadas en Terray. Era un trabajador infatigable. La gente le temía. —Súbitamente se detuvo, como si comprendiera que por primera vez en muchos años había añadido una nueva frase, una coda.

—¿Tú también le temías? —preguntó Camille por simple curiosidad, sin ánimo de burlarse de él.

—Es posible —respondió Claude.

—Yo le tengo miedo a mucha gente —confesó Camille.

—¿A quién? —inquirió Lucile.

—Por ejemplo a Fabre. Cuando me oye tartamudear, me sacude y me golpea la cabeza contra la pared.

—Ha habido otras insinuaciones, Annette —dijo Claude—. En otros periódicos. —Miró disimuladamente a Camille—. Pero he conseguido borrarlas de mi mente.

Annette guardó silencio. Camille arrojó el periódico al suelo y gritó:

—¡Me querellaré contra ellos!

—¿Qué? —preguntó Claude.

—Me querellaré contra ellos por difamación —repitió Camille.

Claude se puso de pie y dijo:

—Adelante.

Acto seguido abandonó la sala de estar, riendo a mandíbula batiente, y se dirigió a su habitación.

En febrero, Lucile estaba muy ocupada dando los últimos toques a la casa. Quería poner unos cojines de seda rosas. Camille no estaba muy convencido. Cuando vio unos grabados de la Vida y Muerte de María Estuardo, soltó una palabrota. No le gustaba contemplar esos cuadros. Bothwell tenía una expresión cruel que le recordaba a Antoine Saint-Just. Mientras unos fornidos sirvientes, ataviados con unas faldas escocesas que dejaban al descubierto sus rechonchas rodillas, esgrimían unas espadas, unos distinguidos caballeros ayudaban a la atribulada reina de Escocia a subir a un bote de remos. Para su ejecución, María, que parecía que tuviera veintitrés años, lucía un ceñido vestido que ponía de realce su espléndida figura.

—¿No te parece romántico? —le preguntó Lucile.

Desde que se habían mudado, Camille había instalado las oficinas del periódico en su nueva casa. Unos hombres con los dedos manchados de tinta, nerviosos y malhumorados, subían y bajaban continuamente la escalera formulando a Lucile todo tipo de preguntas a las que ella no sabía responder. Sobre las mesas yacían montones de pruebas sin corregir. Parecía la casa de los Danton, que se encontraba en el mismo edificio. A todas horas entraba y salía gente de la casa, el comedor estaba colonizado por los redactores, el dormitorio era utilizado como cuarto de estar y, en términos

generales, reinaba el más absoluto caos.

—Debemos encargar más estanterías —dijo Lucile—. Hay montones de libros por todas partes. No sé por dónde pisar. ¿Necesitas todos esos viejos periódicos, Camille?

—Sí. Los utilizo para poner al descubierto las incoherencias de mis oponentes —contestó su marido, escogiendo al azar uno de Hébert.

—Eso es basura —dijo Lucile.

René Hébert expresaba en la actualidad sus opiniones a través de un personaje que fingía ser el portavoz del pueblo, un farmacéutico ficticio llamado Père Duchesne. Era un periódico vulgar, en todos los sentidos de la palabra, escrito de forma pedestre y tachonado de palabras malsonantes.

—Père Duchesne es un empecinado monárquico —observó Camille.

—¿Es Hébert realmente como Père Duchesne? —preguntó Lucile—. ¿Fuma en pipa y suelta palabrotas como él?

—En absoluto. Es un hombre menudo y afectado que mueve las manos constantemente. ¿Eres feliz, Lolotte?

—Muy feliz.

—¿Estás segura? ¿Te gusta la casa? ¿Quieres mudarte a otra?

—No, me gusta esta. Me gusta todo. Soy muy feliz —contestó Lucile, conmovida—. Lo único que me preocupa es que suceda algo malo.

—¿Qué puede suceder? —preguntó Camille, aunque lo sabía de sobra.

—Que vengan los austriacos y te maten. O que te secuestren y te encierren en una mazmorra y no vuelva a verte.

Lucile se tapó la boca, como si temiera exteriorizar sus angustiosos pensamientos.

—No soy un personaje tan importante —respondió Camille—. Tienen otras cosas más importantes que hacer que mandar que me asesinen.

—El otro día vi una carta en la que te amenazan de muerte.

—No debes leer la correspondencia de otras personas. Te expones a enterarte de cosas que no te conviene saber.

—¿Quién nos obliga a vivir de ese modo? —preguntó Lucile, arrojándose en sus brazos—. Dentro de poco tendremos que vivir en un sótano, como Marat.

—Sécate las lágrimas. Tenemos visita.

—Vuestra ama de llaves me dijo que podía pasar —dijo Robespierre, tímidamente.

—Adelante —contestó Lucile—. Como verás, esto no es exactamente un nido de amor. Puedes sentarte en la cama. Medio París se presentó aquí esta mañana mientras me estaba vistiendo.

—Desde que nos hemos mudado, nunca encuentro nada —se quejó Camille—. No tienes idea de lo cansado que es estar casado. Tienes que tomar decisiones sobre todo tipo de cosas, como pintar el techo o dejarlo como está.

—No quiero entreteneros —dijo Robespierre—. Sólo deseaba saber si has escrito

el artículo que me prometiste, sobre mi panfleto a propósito de la Guardia Nacional. Supuse que lo publicarías en el último número del periódico.

—No sé dónde lo he metido —contestó Camille—. Me refiero a tu panfleto. ¿Tienes una copia? Si quieres, tú mismo puedes escribir el artículo.

—No me importa ofrecer a tus lectores una muestra de mis ideas, Camille, pero preferiría que lo escribieras tú y que dijeras si mis ideas te parecen coherentes y lógicas, si están bien expresadas. No sería correcto que escribiera una artículo ensalzándome a mí mismo.

—No veo por qué.

—No estoy de humor para bromas.

—Lo lamento —contestó Camille, pasándose una mano por el pelo y sonriendo—. Eres nuestra política editorial, ¿no lo sabías? Nuestro héroe. —A continuación se acercó a Robespierre y apoyó las manos en sus hombros—. Admiramos tus principios, apoyamos tus iniciativas y tus escritos. Siempre te daremos buena publicidad.

Robespierre retrocedió y contestó irritado:

—Nunca cumples tus promesas. Eres un irresponsable.

—Sí, lo siento.

—No le reprendas como si fuera un niño, Maximilien —terció Lucile.

—Escribiré el artículo esta misma tarde —dijo Camille.

—Te espero en el club a las seis.

—No faltaré.

—Eres un tirano —dijo Lucile, dirigiéndose a Robespierre.

—Te equivocas, Lucile —respondió este suavemente—. De vez en cuando tengo que amonestarlo. Camille es un soñador. Estoy seguro de que si yo estuviera casado con una mujer como tú, también me sentiría tentado de pasar todo el día contigo, descuidando mi trabajo. Camille es débil, nunca ha sabido resistirse a la tentación. Pero me disgusta que me creas un tirano.

—Está bien —contestó Lucile—, te perdono. Pero intenta utilizar ese tono agresivo de voz para atacar a la derecha, no para meterte con Camille.

Robespierre la miró con expresión tensa, a la defensiva. En aquel momento, Lucile comprendió por qué Camille prefería disculparse antes que enzarzarse en una discusión con él.

—A Camille no le importa que nos metamos con él. Al menos, eso dice Danton. Adiós. No olvides escribir el artículo esta tarde.

Cuando Robespierre se hubo marchado, Camille y Lucile se miraron a los ojos.

—¿Qué ha querido decir con esa alusión a Danton? —preguntó Lucile.

—Nada. Le molestó que le criticaras.

—¿Es que no puedo criticarlo?

—No. Se lo toma todo muy a pecho. Además, tenía razón. Hubiera debido escribir el artículo hace días. No seas tan dura con él. En realidad, es su timidez lo

que le hace aparecer brusco.

—A su edad ya debería haberla superado. Además, un día me dijiste que no tenía debilidades.

—Por supuesto que las tiene. Como todo el mundo.

—Tengo miedo de que algún día me abandones —dijo Lucile inesperadamente—. Que me dejes por otra persona.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Temo que ocurra algo que destruya mi felicidad. Jamás me había sentido tan feliz como ahora.

—¿Acaso no fuiste feliz de niña?

—Sí.

—Yo también.

—Tengo miedo de que puedas morir a causa de un accidente o de una enfermedad. Tu hermana Henriette murió tísica, ¿no es cierto? —insistió Lucile, mirándolo fijamente, como si quisiera ver el tejido que había debajo de la piel.

Camille se volvió. No podía soportarlo. Temía comprobar que la felicidad era un hábito, una cualidad inherente al temperamento de uno, o algo que se adquiere de niño, como un idioma, más difícil que el latín y el griego, que es preciso aprender a dominar. Pero ¿y si uno no aprende nunca a dominarlo? ¿Y si uno fuera demasiado estúpido, o ciego, para aprender a dominar la felicidad? Ciertas personas analfabetas, que se avergüenzan de serlo, fingen ante los demás saber leer y escribir. Lógicamente, un día se descubre que no es cierto. Pero siempre cabe la posibilidad de que mientras uno finge saber leer y escribir, de pronto te des cuenta de que puedes hacerlo, y estás salvado. Análogamente, es posible que mientras uno trata de escribir unas expresiones rudimentarias —como las frases que figuran en las guías de viajeros —, súbitamente se revelen en tu mente la gramática y la sintaxis de ese idioma desconocido. Pero, el proceso podía llevar años, pensó Camille. Comprendía perfectamente el problema de Lucile: ¿cómo sabe uno si vivirá lo suficiente para llegar a dominar esa lengua?

EL AMIGO DEL PUEBLO, NÚMERO 497, J. P. MARAT, EDITOR

… nombre de inmediato un tribunal militar, un dictador supremo… Están ustedes perdidos si siguen haciendo caso de los actuales líderes, quienes les halagan impidiéndoles ver que tienen a los enemigos en casa… Ha llegado la hora de cortar la cabeza a Mottié, a Bailly… a todos los traidores de la Asamblea Nacional… dentro de unos días Luis XVI avanzará a la cabeza de todos los desafectos y las legiones austriacas… Un centenar de espíritus enardecidos amenazarán con destruir su ciudad si se resisten… todos los patriotas serán arrestados y los escritores de moda encerrados en mazmorras… Si no despiertan inmediatamente de su letargo, la muerte les sorprenderá mientras estén durmiendo.

Danton en casa de Mirabeau.

—¿Qué tal está? —pregunta el conde.

Danton asintió.

—¿Es usted un cínico, o se lleva entre manos algunos turbios manejos? —preguntó Mirabeau, sonriendo—. Confiéselo, Danton. Ardo en deseos de saberlo. ¿Quién será rey, Luis o Philippe?

Danton no respondió.

—O quizá ninguno de los dos. ¿Es usted republicano, Danton?

—Robespierre dice que lo que importa no es la etiqueta de un gobierno sino su naturaleza, la forma en que funciona, y si es justo y democrático. La república de Cromwell, por ejemplo, no era un gobierno popular. Estoy de acuerdo con él. No tiene importancia que lo llamemos monarquía o república.

—Dice que lo que importa es su naturaleza, pero no dice qué naturaleza prefiere que tuviera.

—Prefiero no responder a eso.

—Lo comprendo. Se pueden ocultar muchas cosas detrás de unas consignas. Libertad, igualdad y fraternidad.

—Suscribo eso totalmente.

—Tengo entendido que usted lo inventó. ¿Pero qué significa la libertad?

—¿Acaso quiere que se lo defina? Debería de saberlo.

—Eso es mero sentimentalismo —respondió Mirabeau.

—Lo sé. El sentimentalismo tiene su lugar en la política, como en la alcoba.

—Más tarde hablaremos sobre alcobas —dijo el conde—. Ahora vayamos a lo práctico. Va a haber elecciones, cambios en la Comuna. El cargo inmediatamente inferior al de alcalde será el de administrador. Habrá dieciséis administradores. ¿Desea ser uno de ellos, Danton?

—Deseo servir a la ciudad.

—Sin duda. Yo tengo un cargo asegurado. Entre sus colegas estarán Sieyès y Talleyrand. Por su expresión, deduzco que se sentirá cómodo en compañía de esos tergiversadores. Pero si pretende que lo apoye, quiero que me garantice que se comportará con moderación.

—Se lo garantizo.

—Me refiero a su moderación. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Lo conozco, Danton. Se parece a mí. ¿Por qué cree que le llaman el Mirabeau de los pobres? No posee usted una onza de moderación en su cuerpo.

—Creo que nuestro parecido es superficial.

—¿Se tiene usted por un hombre moderado?

—No lo sé. Es posible. Casi todo es posible.

—Aunque en ocasiones desee mostrarse conciliador, va en contra de su naturaleza. Usted no trabaja con las personas, trabaja sobre las personas.

Danton asintió.

—Las dirijo a mi antojo —dijo—. Hacia la moderación, o hacia los extremos.

—El problema es que la moderación puede parecer debilidad, ¿no es cierto? Lo sé, Danton, conozco bien el tema. A propósito de extremismos, no me gustan los ataques emprendidos contra mi persona por los periodistas *cordeliers*.

—La prensa es libre. Yo no dicto los artículos que escriben los periodistas de mi distrito.

—¿Ni siquiera del que vive cerca de usted?

—Camille siente la necesidad de adelantarse a la opinión pública.

—Recuerdo la época —dijo Mirabeau—, en que ni siquiera existía la opinión pública. Nadie había oído hablar de semejante cosa. —El conde se acarició la barbilla, pensativo—. Muy bien, Danton, considérese usted elegido. Recuerde que me ha prometido moderación, y cuento con su apoyo. Bueno, ahora cuénteme algún cotilleo. ¿Cómo va el matrimonio?

Lucile miró la alfombra. Era una buena alfombra, y estaba satisfecha de haberla comprado. No es que estuviera admirando el dibujo, sino que había bajado la cabeza para ocultar la expresión de su rostro.

—Francamente —dijo—, no comprendo por qué me cuentas todo esto, Caro.

Caroline Rémy apoyó los pies sobre la *chaise-longue*. Era una hermosa mujer, una actriz de la compañía del Théâtre Montansier. Mantenía una relación con Fabre d'Églantine y otra con Hérault de Séchelles.

—Para que no tengas que enterarte por otras personas —dijo—, que estarían encantadas de burlarse de tu ingenuidad. ¿Cuántos años tienes, Lucile?

—Veinte.

—¡Veinte! —exclamó Caroline. Ella no debía ser mucho mayor, pensó Lucile. Pero, debido a su profesión y a su estilo de vida, tenía un aspecto un tanto baqueteado —. Me temo, querida, que no sabes nada de la vida.

—Eso es lo que me dicen todos. Supongo que deben de tener razón. —(Una pequeña capitulación. Camille, la semana pasada, tratando de educarla, le había dicho: «Lolotte, nada se convierte en verdad a fuerza de repetirlo». ¿Pero cómo podía mostrarse educada y amable cuando la gente se ponía tan pesada?).

—Me sorprende que tu madre no te lo advirtiera —dijo Caro—. Estoy segura de que lo sabe todo sobre Camille. Pero si hubiera tenido el valor —y créeme que me lo reprocho— de haber venido a verte antes de Navidad para contarte, por ejemplo, lo de maître Perrin, ¿cómo habrías reaccionado?

—Con curiosidad —contestó Lucile.

No era la respuesta que esperaba Caro.

—Eres una muchacha muy singular —dijo, como dándole a entender que no era conveniente ser singular—. Tienes que estar preparada para todo.

—Trato de imaginarlo —respondió Lucile.

En aquellos momentos deseó que se abriera la puerta de golpe y apareciera uno de los empleados de Camille, buscando un papel que hubiera perdido. Pero la casa estaba en silencio y sólo se oía la bien modulada voz de Caro, un tanto ronca y con cierto acento trémulo, como todas las actrices trágicas.

—La infidelidad es perfectamente tolerable —le dijo—. En los círculos en los que me muevo, esas cosas se comprenden. —Caro hizo un elegante gesto con las manos indicando que el adulterio, tanto desde el punto de vista estético como social, resultaba correcto y aceptable—. Una acaba hallando un *modus vivendi*. No me cabe la menor duda de que encontrarás la forma de divertirte. Una puede aceptar la existencia de otras mujeres, siempre y cuando no vivan demasiado cerca de casa…

—Un momento —dijo Lucile—. ¿A qué te refieres?

—Camille es un hombre muy atractivo —respondió Caro—. Sé muy bien lo que digo.

—Si te refieres a que te has acostado con él —replicó Lucile—, no es necesario que me lo cuentes.

—Soy tu amiga —protestó Caro. Al menos había averiguado que Lucile no estaba encinta, por tanto el motivo de que se casaran apresuradamente no era ese. Sin duda era algo más interesante, pero no se le ocurría lo que podía ser. Se arregló el cabello, se levantó de la *chaise-longue* y dijo—: Debo marcharme. Tengo un ensayo.

No creo que necesites ensayar, pensó Lucile, eres una consumada arpía.

Cuando Caro se hubo marchado, Lucile se reclinó en el sillón, respiró hondo y trató de dominarse. Entró Jeanette, el ama de llaves, y dijo:

—¿Le apetece una tortilla?

—Déjame en paz —respondió Lucile—. No sé qué te hace pensar que la comida lo resuelve todo.

—¿Quiere que vaya a avisar a su madre?

—Ya soy mayorcita, no necesito a mi madre.

Al fin Lucile accedió a beberse un vaso de agua helada que le congeló la mano y las tripas. Camille llegó a las cinco y cuarto y corrió a escribir el artículo que le había prometido a Danton.

—Debo estar en el Club de los Jacobinos a las seis —dijo.

Lucile se acercó y le observó mientras escribía con una letra torpe y descuidada.

—No tengo tiempo de corregirlo —dijo Camille—. ¿Qué sucede, Lolotte?

Lucile se sentó y soltó una risita nerviosa.

—Nada —contestó.

—Eres una pésima embustera —dijo Camille.

—Ha venido a verme Caroline Rémy.

—¿Ah, sí? —contestó Camille, con cierto aire de desdén.

—Quiero hacerte una pregunta, aunque reconozco que es un tanto delicada.

—Adelante.
—¿Has tenido una aventura con ella?
Camille arrugó el ceño y contestó:
—Esa frase no me suena bien. —Después de tachar la frase, dijo—: He tenido una aventura con todo el mundo, ¿no lo sabías?
—No, pero me gustaría saberlo.
—¿Por qué?
—¿Por qué?
—¿Por qué quieres saberlo?
—En realidad, no lo sé.
Camille arrancó la hoja y empezó a escribir en otra.
—No me parece una conversación muy inteligente. —Tras una pausa, preguntó —: ¿Te lo ha dicho Caroline?
—No.
—¿Entonces qué te hace pensar que he tenido una aventura con ella? —preguntó Camille, alzando la vista al techo mientras buscaba un sinónimo.
—Me lo dio a entender.
—Quizás interpretaste mal sus palabras.
—¿Entonces por qué no lo niegas?
—Es probable que haya pasado una noche con ella, pero no lo recuerdo —contestó Camille. Al fin había dado con la palabra adecuada.
—¿Cómo es posible que no lo recuerdes?
—¿Por qué habría de recordarlo? No todo el mundo piensa que hacer el amor sea la actividad más interesante que existe en el mundo.
—Supongo que el hecho de no acordarse indica un absoluto desprecio hacia esa mujer.
—Es posible. ¿Has visto el último número publicado por Brissot?
—Estás escribiendo encima de él.
—Ah, sí.
—¿De veras no lo recuerdas?
—Ya sabes que soy muy distraído. Quizá ni siquiera pasé una noche con ella. Puede que fuera una tarde. O unos minutos, o puede que no sucediera nunca. Quizá la confundí con otra persona.
Lucile soltó una carcajada.
—Me choca que este asunto te divierta —dijo Camille con tono burlón—. Deberías mostrarte escandalizada.
—Caroline te encuentra muy atractivo.
—Me alegro. Falta la página que busco. Debí arrojarla al fuego. Mirabeau dice que Brissot es un jockey literario. No estoy seguro de lo que quiere decir, pero supongo que es muy ofensivo.
—Caroline me contó algo sobre un abogado que conoces.

—Conozco a quinientos.

Camille se había puesto a la defensiva. Lucile guardó silencio. Después de limpiar la pluma, Camille la dejó en la mesa y miró a su esposa de reojo, sonriendo ligeramente.

—No me mires así —dijo ella—, como dándome a entender lo bien que lo pasaste. ¿Lo sabe la gente?

—Algunas personas.

—¿Lo sabe mi madre?

Silencio.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No lo sé. Posiblemente porque tenías unos diez años cuando ocurrió. No te conocía. No imagino cómo hubiera podido decírtelo.

—Ah. Caroline no me dijo que había sucedido hace tanto tiempo.

—Estoy seguro de que te dijo sólo lo que le convenía. ¿Acaso tiene tanta importancia, Lolotte?

—No. Supongo que era un hombre muy agradable.

—Sí, fue muy amable conmigo. En realidad, no tiene la menor importancia.

Lucile se lo quedó mirando. Es un hombre muy singular, pensó.

—Pero ahora… —dijo—… eres un personaje público. Todo el mundo está pendiente de lo que haces.

—Ahora estoy casado contigo. Y nadie podrá reprocharme nunca nada, excepto el hecho de amar a mi esposa con locura y no darles motivos para chismorrear. —Camille se levantó de la silla y añadió—: Los jacobinos pueden esperar. No me apetece escuchar sus discursos. Prefiero escribir una reseña teatral. ¿Quieres que vayamos al teatro? Me gusta llevarte al teatro. Me gusta pasear contigo. Sé que todos me envidian. ¿Sabes lo que más me gusta? Que la gente te admire, especulando sobre si estarás casada o no. Seguramente, piensan con tristeza, pero de todos modos, quién sabe… Y alguien dice, está casada con el abogado de la Lanterne, y todos se quedan muy sorprendidos.

Lucile corrió a vestirse para ir al teatro. Más tarde, al recordar aquella conversación, tuvo que reconocer que Camille había desviado el tema con gran habilidad.

La esposa de Roland, una mujer menuda, salió de la Escuela de Equitación del brazo de Pétion.

—París ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí, hace seis años —dijo—. Jamás olvidaré esa visita. Asistimos al teatro todas las noches. Lo pasé estupendamente.

—Confío en que esta vez también se lleve un buen recuerdo —contestó Pétion galantemente—. Sin embargo, según me ha informado mi amigo Brissot, usted es

parisiense, ¿no es cierto?

Te estás pasando, Jérôme, pensó su amigo Brissot.

—Así es, pero los negocios de mi marido nos obligan a vivir en las provincias. Ardía en deseos de regresar, y ahora, gracias al Municipio de Lyon, por fin estoy aquí.

Se expresa como en una novela, pensó Brissot.

—Estoy seguro que su marido es un digno representante —dijo Pétion—, pero confío en que no concluya sus asuntos demasiado rápidamente. Lamentaría que me privara usted de sus valiosos consejos… y de su radiante belleza.

La señora Roland lo miró sonriendo. Era el tipo de mujer que a él le gustaba, menuda, regordeta, con los ojos pardos, el cabello castaño y el rostro ovalado, aunque iba vestida de forma un tanto juvenil para su edad.

Debía tener unos treinta y cinco años. Pétion pensó en la posibilidad de hundir la cabeza en su voluminoso pecho… pero habría que esperar una ocasión más propicia.

—Brissot me ha hablado con frecuencia de su corresponsal en Lyon —dijo—, de su «dama romana». He leído todos su artículos, por supuesto, y admiro su elegante prosa, pero jamás imaginé que su inteligencia fuera unida a tan resplandeciente belleza.

La sonrisa de la señora Roland, un tanto rígida, hizo temer a Pétion que había sido demasiado generoso en sus alabanzas. Brissot puso los ojos en blanco.

—¿Qué le ha parecido la Asamblea Nacional, señora? —preguntó Pétion, para cambiar de tema.

—Con franqueza, opino que ha dejado de ser útil y eficaz. ¡Qué algarabía! ¿Siempre se comportan así?

—Me temo que sí.

—Pierden el tiempo peleándose como niños. Lo cierto es que esperaba otro tono.

—Supongo que los jacobinos la habrán complacido más. Son más comedidos.

—Al menos se preocupan de los asuntos importantes. Estoy convencida de que en la Asamblea hay muchos patriotas, pero me choca que unos hombres adultos se dejen engañar tan fácilmente. Me temo que algunos deben de haberse vendido a la Corte. De no ser así, no avanzaríamos tan lentamente. ¿Acaso no comprenden que si queremos que impere la libertad en Europa debemos deshacernos de todos los monarcas?

Danton, que en aquellos momentos se dirigía a su despacho, miró desconcertado a Pétion y a sus acompañantes, se quitó el sombrero y pasó de largo sin saludarlos siquiera con un lacónico «Buenos días, señora revolucionaria y señores».

—¿Quién es ese? —preguntó la señora Roland.

—El señor Danton —respondió Pétion—. Uno de los personajes más curiosos de la capital.

—¿Cómo consiguió esas cicatrices?

—Nadie lo sabe con certeza —contestó Pétion.

—Tiene un aspecto un tanto agresivo.

—Las apariencias engañan —respondió Pétion, sonriendo—. Es un hombre culto, abogado de profesión y gran patriota. Es uno de los administradores de la ciudad.

—Jamás lo hubiera imaginado —dijo la señora Roland.

—¿A quién ha visto la señora en el Club de los Jacobinos? —preguntó Brissot—. ¿Ha conocido a alguno de nuestros amigos?

—Ha conocido al marqués de Condorcet… lo siento, no hubiera debido decir marqués, y al diputado Buzot. ¿Recuerda, señora, a aquel individuo bajito y delgaducho que le cayó tan mal?

Qué grosero, pensó Brissot. Yo también soy bajito y delgaducho, lo cual es preferible a parecer un cerdo como tú.

—¿Aquel individuo vanidoso y sarcástico que miraba a todos a través de unos quevedos?

—El mismo. Es Fabre d'Églantine, un gran amigo de Danton.

—Nunca lo hubiera imaginado —contestó la señora Roland—. Ah, ahí está mi marido.

Pétion y Brissot miraron asombrados al señor Roland, observando su calva, su solemne semblante, su piel macilenta y arrugada y su enjuto cuerpo. Podía haber sido el padre de su mujer, pensaron ambos.

—¿Te diviertes, querida? —preguntó Roland a su esposa.

—He preparado los extractos que me pediste. He verificado las cifras y he redactado varios borradores para tu discurso ante la Asamblea. Cuando hayas decidido el que te gusta más, lo pasaremos en limpio. Todo está en orden.

—Es mi pequeña secretaria —dijo Roland, besando la mano de su esposa—. Soy muy afortunado. Sin ella estaría perdido.

—¿No le gustaría tener un salón, señora? —preguntó Brissot—. No se sonroje, está perfectamente cualificada para ello. Los hombres que debatimos los grandes asuntos del momento necesitamos hacerlo bajo una dulce influencia femenina. —(Pomposo cretino, pensó Pétion)—. Para darle un tono más alegre e informal. Podría invitar a algunos caballeros del mundo de las artes.

—No —contesto secamente la señora Roland—. No invitaría a pintores, poetas ni actores por el mero hecho de ser artistas. Debemos ser serios. Aunque si además fueran patriotas, desde luego serían bien recibidos.

—Una respuesta muy inteligente —dijo Pétion—. ¿Invitaría usted al diputado Buzot? Tuve la impresión de que le cayó simpático.

—En efecto. Me pareció un joven íntegro, un patriota. Posee una gran fuerza moral.

(Y un hermoso rostro de expresión lánguida y melancólica, pensó Pétion, que sin duda contribuye a su atractivo. Dios se apiade de la pobre señora Buzot si esta decide clavar sus garras en François-Léonard).

—¿Quiere que traiga a Louvet?

—No estoy segura. Creo recordar que escribió una obra un tanto censurable. Se ríe usted de mí, me toma por una provinciana. No se trata de eso, sino de sostener unos principios.

—Por supuesto. Pero *Faublas* es un libro totalmente inofensivo —contestó Brissot, sonriendo al imaginar al pálido y frágil Jean-Baptiste escribiendo un libro obsceno. La gente aseguraba que era autobiográfico.

—¿Y Robespierre? —preguntó Brissot.

—Sí, traiga a Robespierre. Me intriga. Es muy reservado. Me gustaría descubrir su verdadera personalidad.

Quién sabe, pensó Pétion, quizá seas la primera mujer que lo consiga.

—Robespierre está siempre muy ocupado —dijo—. No tiene tiempo para disfrutar de una vida social.

—Mi salón no formará parte de la vida social de nadie —le corrigió dulcemente la señora Roland—. Será un foro donde se debatirán cuestiones serias e importantes que interesan a los patriotas y a los republicanos.

Preferiría que no hablara tanto de la república, pensó Brissot. Es un tema delicado. Le daré una lección.

—Si le gustan los republicanos, le traeré a Camille.

—¿Quién es?

—Camille Desmoulins. ¿Acaso no se lo presentaron en el Club de los Jacobinos?

—Un joven de aspecto taciturno, con el cabello largo —dijo Pétion—. Tartamudea ligeramente, pero creo que aquel día no pronunció ningún discurso. Estaba sentado junto a Fabre, murmurando.

—Son muy amigos —dijo Brissot—. Unos grandes patriotas, desde luego, pero no precisamente unos ejemplos de virtudes cívicas. Camille hace pocas semanas que se ha casado y ya…

—Caballeros —terció Roland—, no creo que deban comentar eso delante de mi esposa.

Resultaba tan gris e insignificante junto a su alegre y dicharachera mujer, que Pétion y Brissot se habían olvidado de su presencia.

—El señor Desmoulins, querida —prosiguió Roland—, es un inteligente periodista aficionado a escribir artículos escandalosos. Se le conoce como el abogado de la Lanterne.

La señora Roland se sonrojó levemente y respondió con firmeza:

—No veo la necesidad de conocerlo.

—Es uno de los personajes de moda en París.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que es importante conocerlo —contestó Pétion.

—Según parece —dijo Brissot—, la señora Roland considera poco recomendables a Danton y a sus amigos.

—No es la única —dijo Pétion—. Danton posee ciertas cualidades, pero le faltan

escrúpulos. Es despilfarrador, extravagante y uno no puede por menos que preguntarse de dónde saca el dinero. Los antecedentes de Fabre son más que dudosos. En cuanto a Camille, sin duda es inteligente y popular, pero un bala perdida.

—Sugiero —continuó Brissot—, que la señora Roland abra su apartamento a los patriotas entre el cierre de la Asamblea —hacia las cuatro de la tarde, en un día normal— y la reunión de los jacobinos a las seis. —(De este modo podrá abrirse de piernas a los patriotas un poco más tarde, pensó Pétion)—. Habrá un continuo ir y venir de gente, será muy agradable.

—Y útil —apostilló ella.

—Caballeros —dijo Roland—, creo que han tenido una gran idea. Como ven, mi esposa es una mujer culta y sensible —añadió, mirándola como un padre observando a su hija dar los primeros pasos.

—Me siento muy feliz de hallarme en París —dijo la señora Roland, radiante de emoción—. Durante años he observado, he estudiado, he discutido, conmigo misma, por supuesto; mi gran anhelo era regresar algún día. De haber sido una mujer de fe, habría rezado… Ansiaba que en Francia se estableciera una república. Ahora estoy aquí, en París, y mi sueño va a cumplirse. —Sonrió a los tres hombres, mostrando su blanca dentadura, de la que estaba muy orgullosa—. Antes de lo que imaginan.

Danton vio a Mirabeau en el Ayuntamiento. Eran las tres de la tarde de un día de finales de marzo. El conde estaba apoyado en la pared, con la boca ligeramente entreabierta, como si se recuperara de un violento esfuerzo. Danton se detuvo. Observó que el conde había cambiado desde su último encuentro, aunque no solía reparar en esas cosas.

—Mirabeau…

Mirabeau sonrió con tristeza y contestó:

—No debe llamarme de esa forma. A partir de ahora me llamo Riquetti. Los títulos nobiliarios han sido abolidos por la Asamblea. El decreto fue apoyado por Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Mottié, *ci-devant* marqués de Lafayette, y rechazado por el abate Mauray, hijo de un zapatero.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió Mirabeau—. No. A decir verdad no me encuentro bien, Danton. Estoy enfermo. Siento un dolor aquí, y la vista empieza a fallarme.

—¿Ha ido a ver al médico?

—He visto a varios. Dicen que mis dolencias se deben a mi carácter colérico, y me han recetado unas cataplasmas. ¿Sabe lo que pienso estos días, Danton?

—Procure reposar, o al menos siéntese en una silla —contestó Danton, como si hablara con un niño o un anciano.

—No necesito una silla. ¿Sabe lo que pienso? —repitió Mirabeau, apoyando una mano en el brazo de Danton—. Pienso en la muerte del viejo Rey. Cuando murió, según me han contado, no encontraron a nadie dispuesto a ponerle la mortaja. El hedor era tan atroz, el espectáculo tan dantesco, que nadie de su familia se atrevía a

acercarse al cadáver, y los sirvientes se negaron en redondo. Al fin trajeron a unos pobres campesinos, les pagaron una determinada cantidad y lo colocaron en el ataúd. Ese fue el fin del Rey. Dicen que uno de los campesinos murió poco después. Ignoro si es cierto. Cuando trasladaron el ataúd a la cripta, la multitud comenzó a escupir y a gritar obscenidades. «¡Ahí va el placer de las damas!», decían. ¡Dios! Se creen invulnerables porque reinan por la gracia de Dios, creen tener a Dios en el bolsillo. Hacen caso omiso de mis consejos, unos consejos sinceros y leales. Deseo salvarlos, soy el único que puede hacerlo. No tienen el menor sentido común, ignoran lo que es la compasión. —Mirabeau presentaba un aspecto envejecido; su rostro estaba rojo de ira, pero debajo asomaba una palidez mortal—. Me siento muy cansado. Mi tiempo se ha agotado. Si creyera en un veneno lento, Danton, diría que alguien me ha envenenado, porque siento que me estoy muriendo lentamente. —Danton observó que Mirabeau tenía los ojos llenos de lágrimas—. Salude de mi parte a su querida esposa. Y al pobre Camille. Debo volver a mi trabajo.

El 27 de marzo, el *ci-devant* conde de Mirabeau se desplomó súbitamente aquejado de fuertes dolores y fue trasladado a su vieja casa, situada en la rue Chaussée-de-l'Antin. Falleció sin haber recuperado el conocimiento el 2 de abril, a las ocho y media de la mañana.

Camille se había instalado en la *chaise-longue* de terciopelo azul, pertrechado tras sus libros. Las tiendas habían cerrado, en señal de respeto, y las calles estaban casi desiertas. El funeral iba a celebrarse esta noche, a la luz de las antorchas.

Camille había ido a verlo a su casa. Mirabeau padece fuertes dolores, le habían dicho, no puede recibirle. Camille rogó que le permitieran verlo, siquiera unos segundos. Es imposible. Estampe su firma en el libro de visitas que hay junto a la puerta.

Al toparse con uno de los ginebrinos, este le dijo:

—Mirabeau preguntó por usted, pero le dijimos que no había venido.

La Corte enviaba a un mensajero dos veces al día para interesarse por el estado del enfermo. Tiempo atrás, cuando Mirabeau pudo haberlos ayudado, le volvieron la espalda. Ahora todo estaba olvidado, la desconfianza, las evasivas, el orgullo, la codiciosa garra de un egocéntrico sobre el futuro de la nación. La gente se lamenta de su muerte y expresa su temor ante el futuro.

Sobre la mesa de Camille yacía una hoja con una nota escrita en una letra casi ilegible. Danton la cogió y leyó en voz alta:

—«Id, estúpidos, y postraos ante la tumba de este dios…». No entiendo lo que sigue.

—«este dios de los mentirosos y de los ladrones».

Danton dejó el papel, escandalizado.

—No puedes escribir eso. Todos los periódicos del país alaban la figura de Mirabeau. Barnave, uno de sus más duros detractores, ha pronunciado un panegírico en el Club de los Jacobinos. Esta noche la Comuna y todos los miembros de la Asamblea se unirán al cortejo fúnebre. Hasta sus enemigos lo ensalzan. Si publicas ese artículo, Camille, te desollarán vivo. Lo digo en serio.

—Escribiré lo que me plazca —replicó Camille—. La opinión es libre. Si los demás son unos hipócritas, allá ellos. No voy a variar de opinión porque haya muerto.

—¡Dios! —exclamó Danton, y salió precipitadamente.

Había anochecido. Lucile había ido a la rue Condé. Habían transcurrido diez minutos; Camille permanecía sentado en la habitación, en la penumbra. Jeanette asomó la cabeza y preguntó:

—¿No desea hablar con nadie?

—No.

—Sólo ha venido el diputado Robespierre.

—Hazlo pasar.

Al cabo de unos instantes entró Robespierre. Estaba pálido y tenía aspecto fatigado. Cogió una silla y se sentó junto a Camille.

—Tienes mala cara —dijo Camille.

—Apenas duermo. Sufro pesadillas, y cuando me despierto, me cuesta respirar —contestó Robespierre, llevándose la mano al pecho. Temía la llegada del verano, el sofocante calor en las calles y edificios públicos—. Estoy enfermo, me siento débil.

—¿Te apetece que abra una botella de vino para brindar por los gloriosos difuntos?

—No, gracias. He bebido demasiado. Me conviene no beber por las tardes.

—Pero si ya ha anochecido —insistió Camille. Luego añadió—: ¿Qué va a suceder ahora, Max?

—La Corte buscará un nuevo consejero. Y la Asamblea un nuevo amo. Él era su amo, tienen una naturaleza servil, al menos eso diría Marat. —Robespierre se acercó a Camille. Su complicidad era total; sólo ellos habían comprendido a Mirabeau—. Barnave tratará de ocupar su lugar, pero está muy lejos de ser un Mirabeau.

—Tú detestabas a Mirabeau —dijo Camille.

—Te equivocas —contestó Robespierre bruscamente—. Yo no odio. Es un sentimiento que nubla el juicio.

—Yo no tengo juicio.

—Por eso trato de guiarte. Eres capaz de juzgar acontecimientos, pero no a las personas. Estabas demasiado unido a Mirabeau. Era peligroso para ti.

—Sí. Pero me gustaba.

—Lo sé. Reconozco que fue generoso contigo, te dio confianza en ti mismo. Se comportó casi como un padre.

¿Es esa la impresión que te dio?, pensó Camille. Mis sentimientos, en cambio, no

eran del todo filiales.

—No todos los padres son buenos —dijo.

Max guardó silencio durante unos minutos. Luego dijo:

—En el futuro, debemos elegir con más cuidado a nuestras amistades. Quizá debamos deshacernos de algunas… —Robespierre se detuvo de pronto, consciente de que había dicho lo que había venido a decirle.

Camille lo miró en silencio. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Quizá no hayas venido a hablar de Mirabeau. Tal vez me equivoque, pero quizás hayas decidido revelarme que no piensas casarte con Adèle.

—No quiero herir a nadie —contestó Robespierre, rehuyendo la mirada de Camille.

Los dos hombres permanecieron unos minutos en silencio. De pronto entró Jeanette, les dirigió una sonrisa y encendió las lámparas. Cuando se hubo marchado, Camille se levantó de un salto y exclamó furioso:

—¡Explícate!

—Es difícil. Te ruego que tengas un poco de paciencia.

—¿Pretendes que se lo comunique yo?

—Sí. Sinceramente, no sé cómo decírselo. Apenas conozco a Adèle.

—¡Pero sí sabías lo que hacías!

—No me grites. No existe un compromiso en firme entre los dos. No puedo seguir así. Hay muchos hombres, mejores que yo, que estarán encantados de casarse con ella. Ni siquiera sé cómo empezó todo. No puedo permitirme el lujo de contraer matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque… estoy demasiado ocupado. Trabajo porque es mi deber. No tendría tiempo para dedicárselo a mi familia.

—Pero bien tienes que comer y dormir, ¿no? Necesitas un hogar. Adèle sabe que tu trabajo te absorbe.

—Ese no es el único motivo. Es posible que tenga que sacrificarme por la Revolución. No me importaría hacerlo…

—¿Sacrificarte?

—¿Y si tuviera que dar mi vida por la Revolución?

—¿A qué te refieres?

—Se quedaría viuda por segunda vez.

—¿Acaso has estado hablando con Lucile? Está convencida de que estallará una epidemia de peste bubónica. O que moriremos aplastados por una carroza. O que nos matarán los austriacos, lo cual reconozco que es bastante probable. Por supuesto que un día morirás. Pero si todos nos dejáramos llevar por tu pesimismo, la raza humana ya se habría extinguido.

—Lo sé —contestó Robespierre—. Has hecho muy bien en casarte, aunque tu vida corra peligro. Pero el matrimonio no está hecho para mí.

—Hasta los curas se casan. Tú mismo defendiste en la Asamblea su derecho a hacerlo. Tus opiniones son contrarias al espíritu de la época.

—Lo que hagan los curas y lo que haga yo son dos cosas muy distintas. La mayoría de ellos no soportaban el celibato.

—¿Y tú? ¿Te resulta fácil?

—No se trata de si me resulta fácil o difícil.

—¿Qué fue de aquella chica de Arras que se llamaba Anaïs? ¿Te hubieras casado con ella en otras circunstancias?

—No.

—¿Entonces no es culpa de Adèle?

—No.

—Simplemente no quieres casarte.

—Eso es.

—Pero no por los motivos que aduces.

—No me acoses, no estamos ante un tribunal —protestó Robespierre, levantándose y paseándose nervioso por la habitación—. Sé que me consideras cínico y cruel, pero te equivocas. Aspiro a lo que todo el mundo, pero no puedo comprometerme sabiendo, temiendo… lo que el futuro puede depararme.

—¿Temes a las mujeres?

—No.

—Reflexiona antes de responder.

—Siempre trato de ser sincero.

—Lo cierto —dijo Camille intencionadamente—, es que a partir de ahora la vida será muy distinta para ti. Aunque no te guste, las mujeres te encuentran atractivo. He observado que se precipitan sobre ti, jadeando de pasión. Cada vez que te levantas en la Asamblea para pronunciar un discurso, se percibe un murmullo de carnalidad en las galerías por parte del público femenino. Hasta ahora el hecho de estar comprometido las contenía, pero a partir de este momento te perseguirán por doquier intentando arrancarte la ropa. Piensa en ello.

Robespierre se sentó de nuevo. Su rostro expresaba consternación y disgusto.

—Cuéntame el verdadero motivo —dijo Camille.

—Ya te lo he dicho —contestó Robespierre. En el fondo de él bullían unas imágenes que le aterraban. Una mujer, con el cabello recogido en un moño; el crepitar del fuego en la chimenea; el zumbido de las moscas. Miró a Camille y dijo —: Trata de comprenderme. Quería decirte algo… pero lo he olvidado. En todo caso, necesito tu ayuda.

Camille alzó la mirada hacia el techo durante unos instantes y luego respondió.

—De acuerdo. No te preocupes. Ya se me ocurrirá algo. Lo que temes es que si te casas con Adèle quizá llegues a amarla. Si tienes hijos, los amarás más que a nada en este mundo, más que tu patriotismo, más que la democracia. Si tus hijos se hacen adultos y se convierten en traidores, ¿podrás exigir su muerte, como hacían los

romanos? Quizá no seas capaz de ello. Temes que si amas a las personas no serás capaz de cumplir con tu deber, porque se trata de otra clase de amor que el que sientes hacia tu patria. En realidad, tu problema con Adèle es culpa mía y de Annette. Nos gustaba la idea, y procuramos atraerte hacia Adèle. Tú eras demasiado educado para resistirte. Ni siquiera la habías besado. Por supuesto, no lo harías. Lo sé, tu trabajo está ante todo. Nadie va a hacer lo que vas a hacer tú, e incluso has renunciado, en la medida de lo posible, a las necesidades y debilidades humanas. Ojalá pudiera ayudarte más.

Robespierre miró fijamente a Camille, tratando de adivinar si se estaba burlando de él, pero era evidente que hablaba en serio.

—Cuando éramos niños —dijo Robespierre—, la vida no nos resultó fácil a ninguno de los dos, ¿no es cierto? Pero nos ayudamos mutuamente. Los años en Arras, los años intermedios, fueron los peores. Ahora no me siento tan solo.

—Hummm. —Camille buscaba una fórmula, una fórmula que contuviera lo que su intuición rechazaba—. La Revolución es tu esposa —dijo al fin—. Como la Iglesia es la esposa de Jesucristo.

—En fin —dijo Adèle—, ahora tendré que soportar que Jérôme Pétion me mire fijamente el escote mientras murmura consignas sentimentales. En realidad, hace semanas que me he dado cuenta de la situación. De ahora en adelante, Camille, procura no inmiscuirte en la vida de los demás.

Camille estaba asombrado de que se lo tomara con tanta tranquilidad.

—¿No sientes deseos de echarte a llorar?

—No. Debo reflexionar.

—Hay muchos hombres, Adèle.

—Lo sé.

—¿Le guardas rencor?

—Por supuesto que no. Espero que podamos ser amigos. Supongo que eso es lo que él quiere.

—Desde luego. Me alegro mucho. Si hubieras reaccionado de otra forma, me habrías colocado en una situación delicada.

Adèle lo miró con afecto.

—Eres el ser más egoísta del mundo, Camille.

—Es un eunuco —dijo Danton, soltando una carcajada—. Esa muchacha no sabe la suerte que ha tenido de no casarse con él. Hubiera tenido que imaginarlo.

—¿A qué viene tanto jolgorio? —protestó Camille—. Trata de ponerte en su lugar, de comprenderlo.

—¿Comprenderlo? Lo comprendo perfectamente. Es muy fácil.

Danton se lo contó a todos los asiduos del Café des Arts. Lo sabía de buena tinta. El diputado Robespierre era sexualmente impotente. Se lo contó a sus colegas en el Ayuntamiento, a varios diputados, a las actrices del Théâtre Montansier, y a la práctica totalidad de los miembros del Club de los Cordeliers.

En abril de 1791, el diputado Robespierre se opuso a la tasación de bienes de futuros diputados y defendió la libertad de expresión. En mayo apoyó la libertad de prensa, se manifestó contrario a la esclavitud y pidió derechos civiles para los mulatos de las colonias. Cuando se debatía una nueva legislación, propuso que los miembros de la actual Asamblea no fueran elegidos para un segundo mandato y que cedieran el paso a hombres nuevos. Fue escuchado durante dos horas en respetuoso silencio, y su moción resultó aprobada. Durante la tercera semana de mayo, cayó enfermo debido a un agotamiento nervioso y exceso de trabajo.

A finales de mayo exigió infructuosamente la abolición de la pena de muerte.

El 10 de junio fue elegido fiscal. El magistrado superior de la ciudad dimitió para no tener que trabajar para él, y Pétion asumió el cargo que este había dejado vacante. Poco a poco, como habrá podido verse, nuestros personajes van alcanzando el poder que ansían.

IV. *Más hechos de los apóstoles*

(1791)

Estamos a finales de Cuaresma. El Rey decide que el domingo de Pascua no desea recibir la comunión de manos de un sacerdote «constitucional». Ni tampoco desea provocar las iras de los patriotas.

Por tanto decide pasar la Pascua tranquilamente en Saint-Cloud, lejos del vigilante ojo de la ciudad.

Sus planes llegan a oídos de algunos.

Domingo de Ramos en el Ayuntamiento.

—Lafayette.

Era la voz que el general había venido a asociar con todas las calamidades. Danton se colocó frente a él y le dirigió la palabra, obligándole a contemplar su grotesco rostro:

—Lafayette, esta mañana un sacerdote refractario, un jesuita, dirá misa en las Tullerías.

—Estás mejor informado que yo —respondió Lafayette, notando que se le secaba la boca.

—No lo toleraremos —dijo Danton—. El Rey ha aceptado los cambios que se han producido en la Iglesia. Los ha suscrito. Si sigue adelante con sus planes, habrá represalias.

—Cuando la familia real parta hacia Saint-Cloud —respondió Lafayette—, la Guardia Nacional acordonará la zona de su partida, y si es necesario les proporcionaré una escolta. No te interpongas en mi camino, Danton.

Danton sacó del bolsillo de su casaca un pedazo de papel enrollado.

—Es un cartel redactado por el batallón de *cordeliers* —dijo—. ¿Te gustaría leerlo?

—¿Obra del incisivo señor Desmoulins?

Lafayette miró el papel.

—¿Exiges a la Guardia Nacional que impida al Rey partir de las Tullerías? —preguntó, mirando fijamente a Danton—. Mis órdenes serán otras. Por lo tanto, les instas a que se amotinen.

—Es una forma de expresarlo.

Danton observó el congestionado semblante del general, que parecía a punto de estallar.

—No pensaba que la intolerancia religiosa fuera uno de tus vicios, Danton. ¿Qué más te da quién administre al Rey la comunión? Según él, debe procurar salvar su alma. ¿Qué te importa a ti eso?

—Me importa el hecho de que el Rey rompa sus promesas y se burle de la ley. No es una insignificancia el que se proponga abandonar París y partir para Saint-Cloud, y de Saint-Cloud pasar a la frontera, donde se colocará a la cabeza de los emigrados.

—¿Quién te ha comunicado sus intenciones?

—Puedo adivinarlas.

—Te expresas como Marat.

—Lamento que pienses eso.

—Solicitaré una reunión de urgencia de la Comuna. Pediré que se declare la ley marcial.

—Adelante —contestó Danton—. ¿Sabes cómo te llama Camille Desmoulins? El Don Quijote de los Capetos.

Una sesión de urgencia. El señor Danton influyó en los dóciles y pacíficos miembros de la Comuna para que votaran contra la ley marcial. Lafayette, en un arrebato de furia, ofreció al alcalde Bailly su dimisión. El señor Danton hizo notar que el alcalde no tenía competencias para aceptarla; si el general deseaba dimitir, tendría que visitar cada una de las cuarenta y ocho Secciones y comunicarles su intención.

Para más inri, el señor Danton había llamado cobarde al general Lafayette.

Las Tullerías, el lunes de Semana Santa, a las once y media de la mañana.

—Es una locura —afirma el alcalde Bailly—, hacer venir aquí al batallón de los *cordeliers*.

—Querrás decir el batallón número 3 —le rectificó Lafayette. Cerró los ojos, pues tenía jaqueca.

La familia real subió a la carroza, y allí permaneció. La Guardia Nacional desobedeció las órdenes de Lafayette. No permitieron que se abrieran las puertas de palacio. La multitud no dejaría que pasara la carroza. La Guardia Nacional se negaba

a obligar a la multitud a dispersarse. La gente se puso a cantar el *Ça Ira*. El primer mayordomo de la alcoba real fue atacado. El Delfín rompió a llorar. El año pasado, y el antepasado, sus lágrimas podían haber despertado la compasión de la muchedumbre. Pero si sus padres no querían someter al niño a aquel sufrimiento, que lo hubieran dejado en palacio.

Lafayette insultó a sus hombres. Permaneció sentado sobre su caballo blanco, temblando de ira, mientras el animal relinchaba y sacudía la cabeza nervioso.

El alcalde pidió orden, pero fue en vano. Dentro de la carroza, los monarcas se miraron preocupados.

—¡Cerdo! —gritó un hombre al Rey—. Te pagamos veinticinco millones al año, así que tienes que obedecernos.

—Proclama la ley marcial —ordenó Lafayette a Bailly.

Bailly no se movió.

—Haz lo que te ordeno.

—No puedo.

La paciencia de todos se agotaba. Al cabo de casi dos horas, los Reyes se habían hartado. Al entrar de nuevo en las Tullerías, la Reina se giró hacia Lafayette y dijo:

—Como habrá podido comprobar, no somos libres.

Era la una y cuarto de la tarde.

EPHRAIM, UN AGENTE AL SERVICIO DE FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA, A LACLOS, AL SERVICIO DEL DUQUE DE ORLÉANS

Durante unas horas, nuestra posición fue brillante. Incluso llegué a pensar que su augusto patrono se disponía a colocar a su primo en el trono; pero estaba equivocado. Lo único que me satisface de este asunto es el hecho de haber hundido a Lafayette, lo cual no es poco. Lamento que nuestras 500.000 libras han sido desperdiciadas; no podemos disponer todos los días de semejante suma de dinero, y el rey de Prusia se cansará de pagar.

Un hermoso día de junio, Philippe se hallaba en el camino de Vincennes, conduciendo a Agnès de Buffon en su ligero carruaje. Les seguía a corta distancia un nuevo vehículo, de grandes dimensiones, conocido como «berlina».

El duque lo detuvo con un restallido del látigo.

—Hola, Fersen. No corra tanto, hombre, que se va a partir el cuello.

El amante de la Reina era un conde sueco, alto y enjuto.

—Estoy probando mi nuevo carruaje, señor.

—¿De veras? —Philippe observó las elegantes ruedas color limón, la carrocería verde oscuro y los adornos de nogal.

—¿Se marcha de viaje? Es un poco grande, ¿no? ¿Va a llevarse a todas las chicas del coro de l’Opéra?

—No —le contestó Fersen, inclinando la cabeza respetuosamente—. Se las dejo a usted.

El duque observó el carruaje mientras se alejaba por el camino.

—Me pregunto… —dijo a Agnès—. Sería muy típico del Rey utilizar ese ardid para huir a la frontera.

Agnès sonrió. Se echaba a temblar de pensar que Philippe pudiera llegar a ser Rey algún día.

—Y no te hagas el inocente conmigo, Fersen —dijo el duque, con la mirada fija en la carretera—. Todos sabemos lo que haces cuando no estás en las Tullerías. Su última amiguita es una acróbata de circo, imagínate. Aunque cualquier cosa es mejor que esa arpía austríaca.

El niño, Antoine, se despertó a las seis y observó la luz del sol que se filtraba a través de los postigos. Cuando se cansó, comenzó a berrear.

Gabrielle acudió apresuradamente.

—Eres un pequeño tirano —murmuró.

El niño alzó los brazos para que su madre lo cogiera. Gabrielle lo sacó de la cuna y lo llevó a su dormitorio. Las dos camas estaban separadas del resto de la habitación por una cortina que servía para delimitar el territorio privado del matrimonio, del patriótico circo en el que se había convertido su dormitorio. Lucile tenía el mismo problema, dijo. Quizá deberían mudarse a otra vivienda más grande. Pero no, todo el mundo conocía la casa de Danton, este no querría mudarse. Además, era muy complicado trasladarse de casa.

Gabrielle se metió en la cama, estrechando a su hijito entre sus brazos. Su padre estaba acostado en la otra cama, profundamente dormido.

A las siete sonó el timbre de la puerta. Gabrielle sintió que el corazón le daba un vuelco, temiéndose que fueran malas noticias. Oyó a Catherine protestar y al cabo de unos instantes la puerta del dormitorio se abrió bruscamente.

—¡Fabre! —exclamo Gabrielle—. ¿Qué ha pasado? ¿Han llegado los austriacos?

Fabre se precipitó sobre Danton y empezó a sacudirlo para despertarlo.

—Se han ido, Danton. El Rey, su esposa, su hermana, el Delfín. Todos.

Danton se incorporó inmediatamente.

—Lafayette estaba a cargo de la seguridad —dijo—. O se ha vendido a la Corte, traicionándonos, o es un majadero. De todos modos, lo tengo acorralado. Dame mis ropas, mujer.

—¿Adónde vamos? —preguntó Fabre.

—En primer lugar, al Club de los Cordeliers. Localiza a Legendre y dile que reúna a unos cuantos hombres. Luego iremos al Ayuntamiento, y después a la Escuela de Equitación.

—¿Y si no logran detenerlos? —inquirió Fabre.

—¿Qué más da? —respondió Danton—. Lo importante es que la gente los haya visto huir.

Siempre da con la respuesta oportuna, pensó Fabre.

—¿Sabías que iba a suceder esto? ¿Deseabas que sucediera?

—Estoy seguro de que los atraparán. Luis es un desgraciado —dijo Danton—. A veces siento lástima de él.

Grace Elliot: «No dudo de que Lafayette les ayudó a huir, y más tarde, temiendo ser descubierto, los traicionó».

Georges-Jacques Danton, dirigiéndose a los miembros del Club de los Cordeliers: «Al defender la monarquía hereditaria, la Asamblea Nacional ha reducido a Francia a la esclavitud. Debemos abolir el nombre y la función del Rey; debemos convertir este reino en una república».

Alexandre de Beauharnais, presidente de la Asamblea: «Señores, el Rey ha huido durante la noche. Procedamos con el orden del día».

La multitud aclamó a Danton cuando este llegó a la Escuela de Equitación, acompañado por una pequeña escolta militar.

—¡Viva Danton, nuestro padre! —gritó una voz.

Danton se quedó atónito.

Más tarde, el señor Laclos llegó a la rue des Cordeliers. Observó a Gabrielle atentamente, no con una mirada lujuriosa, sino como si la estuviera estudiando. Ella se ruborizó. Todo el mundo ha debido darse cuenta de que me he engordado, pensó. Laclos lanzó un pequeño suspiro.

—Hace mucho calor, ¿no le parece, señora Danton? —preguntó, quitándose los guantes. Luego se dirigió a Danton y añadió—: Debemos hablar de ciertos asuntos.

Tres horas más tarde volvió a ponerse los guantes y se marchó.

París sin el Rey. Un imbécil había colgado una pancarta en las Tullerías que decía: SE ALQUILA LOCAL. Danton no cesaba de hablar de la república. En el Club de los Jacobinos, Robespierre se puso en pie para contestarle, ajustándose la corbata con sus delgados dedos de uñas mordidas:

—¿Qué es una república? —preguntó.

Danton debe definir claramente el término. Maximilien de Robespierre no acepta nada a ojos cerrados.

El duque descargó un violento puñetazo en la frágil mesa, incrustada con un dibujo de rosas, cintas y violines.

—No me hables como si tuviera tres años —rugió.

Félicité de Genlis tenía mucha paciencia. Sonrió decidida. Si fuera necesario estaba dispuesta a discutir todo el día con el duque.

—La Asamblea te ha pedido que aceptes el trono en caso de que quede vacante —dijo.

—¡Y dale! —contestó el duque—. Eso ya lo sabemos. No te pongas pesada.

—No te exaltes, querido. En primer lugar, permíteme decirte que no es probable que el trono quede vacante. Tengo entendido que el viaje de tu primo se ha visto bruscamente interrumpido. En estos momentos está de regreso a París.

—Sí —contestó el duque, sonriendo satisfecho—. El muy idiota. ¡Mira que dejarse atrapar! Han enviado a Barnave y a Pétion para que los escolten. Espero que el diputado Pétion le diga al Rey lo que todos pensamos de él.

—Como sabes —continuó Félicité—, la actual Asamblea ha redactado la nueva constitución, que está lista para ser firmada por el Rey. La Asamblea desea instaurar un clima de estabilidad. Los cambios han sido tan rápidos y profundos que la gente está deseosa de que se restituya el orden. Es posible que dentro de un mes Luis sea colocado de nuevo en el trono, como si nada hubiera sucedido.

—¡Pero se ha fugado! ¡Es el Rey de este país, y se ha fugado de él!

—Puede que la Asamblea no interprete sus actos de este modo.

—¿Acaso existe otra interpretación? Perdona, soy un hombre torpe y sencillo…

—No. Pero son muy ingeniosos. Sobre todo los abogados.

—No me fío de ellos —dijo Philippe—. Son una pandilla de embaucadores.

—Piensa un poco, querido. Si Luis es restituido en el trono, no debes dar la impresión de que estás ansioso de ocupar su puesto.

—Pero lo estoy —respondió Philippe. ¿Qué demonios se proponía Félicité? ¿Acaso no era esto lo que había provocado todos los disturbios de los últimos años? ¿Acaso no había soportado, para llegar a ser Rey, la compañía de gentes que no eran caballeros, que no sabían cazar, que no sabían distinguir a un purasangre de un podenco? ¿Acaso no había tolerado, para llegar a ser Rey, los paternalistas consejos del imbécil de Laclos? ¿Acaso no había sentado a su mesa, para llegar a ser Rey, a ese bruto de Danton, que no paraba de mirar descaradamente a su amante Agnès y a su ex amante, Grace? ¿Acaso para llegar a ser Rey no había cesado de pagar, pagar y pagar?

Félicité cerró los ojos. Cuidado, se dijo. Habla con cuidado, pero habla: por la nación, por los hijos de este hombre, a los que he criado. Y por nosotros.

—Reflexiona, querido.

—¿Qué reflexione? —explotó el duque—. Muy bien, no te fías de mis seguidores. Yo tampoco. Ya les tengo calados.

—Lo dudo.

—¿Crees que voy a dejar que esos cretinos me manipulen a su antojo?

—No eres el hombre capaz de frenar sus ambiciones, Philippe. Te tragarán vivo, a

ti, a tus hijos y a todas las personas de tu entorno. ¿No te das cuenta de que unos hombres que son capaces de destruir a un Rey pueden destruir a otro? ¿Crees que tendrían el menor escrúpulo en deshacerse de ti cuando ya no les sirvas? Te utilizarán hasta que puedan prescindir de ti. ¿Recuerdas cuando cayó la Bastilla? Luis te decía que fueras aquí y allá, que regresaras a Versalles, que te fueras de Versalles… Te tenía dominado. Te quejabas de no tener libertad. Ahora, desde el momento en que digas: «Sí, quiero ser Rey», volverás a renunciar a tu libertad. A partir de ese día, vivirás encerrado en una cárcel. No una cárcel con barrotes y cadenas, sino una cárcel dorada que el señor Danton construirá para ti. Una cárcel con una asignación anual, con protocolo, con fiestas, con representaciones de ballet, con bailes de disfraces y carreras de caballos.

—El ballet no me gusta —dijo el duque—. Me aburre.

Félicité se alisó la falda y observó sus manos. Las manos de una mujer siempre traicionan su edad, pensó. Durante un tiempo existía la esperanza de un mundo más justo, más limpio. Nadie había tenido más esperanzas que ella, ni se había esforzado más para alcanzarlas.

—Una cárcel —repitió—. Te engañarán, te mantendrán distraído y ocupado mientras ellos se reparten el pastel. Ese es su objetivo.

Philippe se la quedó mirando.

—Te crees más lista que yo, ¿no es así? —preguntó.

—Mucho más, querido, mucho más.

—Siempre he reconocido mis limitaciones —dijo él, bajando la vista.

—Lo cual demuestra que eres más sabio que la mayoría de los hombres. Y más sabio que esos manipuladores que tanto admiras.

Eso complació a Philippe. Pensó vagamente que quizá conseguiría engañarlos.

—¿Qué debo hacer, Félicité? Dímelo, te lo ruego.

—No tengas más tratos con ellos. Defiende tu buen nombre. Niégate a hacer de títere.

—¿Pretendes… pretendes… que me presente en la Asamblea y les diga no, no quiero el trono, quizá pensasteis que lo ambicionaba, pero estabais equivocados?

—Coge este papel. Siéntate. Escribe lo que yo te dicte.

Félicité se apoyó en el respaldo de la silla. Tenía las palabras preparadas en la mente. Es muy precario, pensó. Si consiguiera apartarlo de toda influencia ajena, impedir que ellos lo persuadan… Pero eso es imposible. He tenido suerte de tenerlo a solas durante una hora.

Era preciso obrar con rapidez, antes de que Philippe cambiara de opinión.

—Firma aquí. Ya está.

Philippe arrojó la pluma sobre la mesa, manchando las rosas, las cintas y los violines.

—Laclos me matará —gimió.

Félicité le acarició la cabeza como si tranquilizara a un niño con dolor de barriga

y cogió el papel para corregir la puntuación.

Cuando el duque comunicó a Laclos su decisión, este se inclinó ante él y respondió: «Como guste, milord», y se retiró. Más tarde se preguntó por qué le había hablado en inglés. Al llegar a su casa, agarró una botella de coñac y se la bebió entera.

Cuando llegó a la vivienda de Danton, atravesó la sala de estar tambaleándose y sujetándose en los muebles, hasta dejarse caer en un sillón.

—Ten paciencia —dijo—. Estoy a punto de pronunciar una frase profunda.

—Me marcho —dijo Camille.

No le interesaba lo que pudiera decir Laclos. Prefería no conocer los detalles de los líos de Danton; y aunque sabía que debía considerar a Philippe simplemente como un medio para alcanzar un fin, resultaba muy difícil cuando todo el mundo se había portado también con uno. Cada vez que un *cordelier* se presentaba en su casa, gritando a voz en cuello, recordaba el regalo de bodas que quería hacerle el duque, consistente en una vivienda de doce habitaciones, y le entraban ganas de romper a llorar.

—Siéntate, Camille —dijo Danton.

—Puedes quedarte —dijo Laclos—, pero no se te ocurra repetir lo que voy a contaros.

—Adelante —dijo Danton.

—Mis observaciones se dividen en tres partes. Una, Philippe es un cretino integral. Dos, Félicité es una puta asquerosa.

—De acuerdo —contestó Danton—. ¿Y la tercera?

—Un golpe de Estado —respondió Laclos, mirando a Danton sin alzar la cabeza.

—Vamos, no te excites.

—Obliga a Philippe, hazle comprender que debe cumplir con su deber. Colócalo en una posición en la que… —recitó Laclos, mientras movía la mano derecha como si partiera un trozo de carne.

—¿Qué es lo que pretendes exactamente? —preguntó Danton.

—La Asamblea decidirá restituir a Luis en el trono. Porque lo necesitan para que su bonita constitución funcione. Porque son hombres del Rey, Danton, porque el maldito Barnave ha sido comprado. —De pronto, Laclos fue presa de un ataque de hipo—. Y si no lo había sido, lo habrán comprado ahora, después del viajecito desde la frontera con la puta austríaca. Tienen unas ideas delirantes. ¿Has visto la proclamación de Lafayette?: «Los enemigos de la Revolución se han apoderado de la persona del Rey». Hablan de secuestro —dijo Laclos, asestando un puñetazo en el reposabrazos del sillón—. Dicen que condujeron a ese imbécil gordinflón hasta la frontera contra su voluntad. Son capaces de decir cualquier cosa con tal de salvarse. Cuando pretenden engañar tan miserablemente al pueblo, ¿acaso no es hora de

derramar un poco de sangre, Danton?

Laclos se miró los pies y prosiguió:

—La voluntad del pueblo debe incidir en la Asamblea. La gente jamás perdonará a Luis por haberlos abandonado. Por tanto, *dignum et justum est, aequum et salutare* que la Escuela de Equitación haga lo que le ordenemos. Por consiguiente, les haremos una petición. Puede redactarla el mismo Brissot. Pediremos que Luis sea depuesto. La petición estará respaldada por los *cordeliers*. Quizá consigamos convencer a los jacobinos para que la firmen. El 17 de julio, toda la ciudad se congregará en los Campos de Marte para celebrar la toma de la Bastilla. Nosotros aprovecharemos para conseguir que miles de personas firmen nuestra petición. Luego la llevaremos a la Asamblea. Si la rechazan, la gente invadirá la Asamblea para imponer su sagrada voluntad, etcétera, etcétera. Más tarde, con calma, redactaremos la doctrina que ha impulsado la acción.

—¿Sugieres que empleemos a las fuerzas armadas contra la Asamblea?

—Sí.

—¿Contra nuestros representantes?

—No representan nada.

—¿Que se produzca un baño de sangre?

—¡Maldito seas! —gritó Laclos enfurecido—. ¿Acaso hemos llegado hasta aquí para rendirnos? ¿Crees que puedes organizar una revolución sin derramamiento de sangre?

—No he dicho eso.

—Ni siquiera Robespierre cree que seas capaz de hacerlo.

—Sólo quería que me aclararas tus intenciones.

—Ya.

—¿Y si conseguimos deponer a Luis?

—Nos repartimos el botín.

—¿Con Philippe?

—Ha rechazado el trono en una ocasión. Pero esta vez, aunque tenga que estrangular a Félicité con mis propias manos, le obligaré a cumplir con su deber. Nosotros gobernaremos el país, Danton. Nombraremos a Robespierre, que es un hombre honesto, ministro de Finanzas. Repatriaremos a Marat y dejaremos que se las entienda con los suizos. Haremos…

—Esto no es serio, Laclos.

—Lo sé, lo sé —respondió este, tratando de ponerse en pie—. Sé lo que pretendes. Un mes después del ascenso de Philippe el Ingenuo, el cuerpo del señor Laclos es hallado tendido en la calle, muerto. A causa de un accidente de tráfico. Dos meses más tarde, el rey Philippe es hallado tendido en la calle, muerto, debido también a un accidente de circulación. Es que aquel tramo está en muy mal estado. Los herederos de Philippe mueren accidentalmente y se produce el fin de la monarquía y el advenimiento del reinado del señor Danton.

—Tienes una imaginación muy viva.

—Dicen que cuando uno se excede en la bebida empieza a ver serpientes por todas partes —respondió Laclos—. Serpientes, dragones y cosas así. ¿Lo harías, Danton? ¿Te arriesgarías conmigo?

Danton no respondió.

—Creo que sí —dijo Laclos, oscilando levemente y extendiendo los brazos—. Triunfo y gloria. Luego quizá me matarías. Pero no me importa correr ese riesgo con tal de que mi nombre figure en los libros de historia. Me aterra el anonimato. Me aterra una miserable y mediocre vejez, *saris* todo, como dice el poeta inglés. «Ahí va el desgraciado de Laclos. Escribió un libro cuyo título no recuerdo». Me marcho —dijo con aire digno—. Sólo te pido que reflexiones.

Al salir se topó con Gabrielle.

—Una mujer encantadora —farfulló Laclos. Luego lo oyeron bajar atropelladamente la escalera.

—Supuse que querrías saberlo —dijo Gabrielle—. Han regresado.

—¿Los Capeto? —preguntó Camille.

—Sí, la familia real. —Gabrielle salió y cerró la puerta sigilosamente tras ella.

El calor y el silencio se habían adueñado de la ciudad.

—Las crisis me emocionan —dijo Camille. Una breve pausa. Danton lo miró fijamente—. En el futuro me encargaré de recordarte tus recientes alegatos republicanos. Estaba pensando en ello cuando se presentó Laclos. Lo lamento, pero creo que Philippe tendrá que desaparecer. Puedes utilizarlo y deshacerte de él más tarde.

—Eres tan frío y desalmado como… —Danton se detuvo. No se le ocurría nadie que fuera tan frío y desalmado como Camille, mientras decía, apartándose el pelo de la frente con un delicado gesto, «puedes utilizarlo y deshacerte de él más tarde»—. ¿Naciste con ese gesto, o lo aprendiste de una prostituta?

—Primero deshazte de Luis y luego ya nos pelearemos.

—Quizá lo perdamos todo —dijo Danton.

Pero lo tenía decidido. En ocasiones, cuando de pronto estallaba y arremetía contra alguien de forma absurda e irrazonable, su mente se movía fríamente, con calma, en una determinada dirección. Lo había decidido.

Estaba resuelto a hacerlo.

La familia real había sido interceptada en Varennes; habían recorrido doscientos sesenta kilómetros para nada. Seis mil personas rodeaban las dos carrozas durante la primera etapa del viaje. Un día más tarde se unieron a la comitiva tres diputados de la Asamblea Nacional. Barnave y Pétion viajaron con la familia en la berlina. El Delfín charló animadamente con Barnave y jugueteó con los botones de su casaca, en los que figuraba la leyenda «Vivir en libertad, o morir».

—Debemos demostrar carácter —repetía la Reina sin cesar.

Al final del viaje era evidente el futuro del diputado Barnave. Mirabeau había muerto y él lo sustituiría como consejero secreto de la Corte. Pétion creía que la rolliza hermana del Rey, Elisabeth, se había enamorado de él.

Es cierto que durante el largo viaje de regreso la ilustre dama se había quedado dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Durante dos meses, Pétion no dejó de hablar de ello.

Un día de asfixiante calor, el Rey entró de nuevo en París. Una inmensa y silenciosa multitud recibió a la familia real. La berlina estaba llena de polvo de la carretera, y a través del cristal de la ventanilla se distinguía el rostro tenso y preocupado de una mujer de cabellos grises: María Antonieta. Al fin llegaron a las Tullerías. Cuando la familia real se hubo instalado en palacio, Lafayette apostó a sus guardias y corrió a presentarse ante el Rey.

—A sus órdenes, Majestad —dijo.

—Al parecer soy más bien yo quien está a tus órdenes —respondió el Monarca.

Cuando atravesaron la ciudad, los soldados apostados a lo largo del recorrido presentaron armas pero con las culatas al revés, como si se tratara de un funeral.

CAMILLE DESMOULINS, *RÉVOLUTIONS DE FRANCE*, NÚMERO 83

Cuando Luis XVI entró de nuevo en sus aposentos en las Tullerías, se dejó caer en un sillón y exclamó: «¡Uf, qué calor! ¡Qué viaje más pesado! Sin embargo, hacía tiempo que me había propuesto partir». Más tarde, observando a los guardias nacionales que se encontraban presentes, dijo: «He cometido una torpeza, lo reconozco. Pero ¿quién no tiene algún capricho? Traedme otro pollo». En aquel momento entró un mayordomo, y el Monarca observó: «Hete aquí, y henos aquí». Le trajeron el pollo y Luis XVI comió y bebió con un apetito digno de un marajá de la India.

HÉBERT HA CAMBIADO DE PARECER SOBRE LA FAMILIA REAL

Os encerraremos en Charenton y a vuestra puta en el hospital. Cuando estéis a buen recaudo y ya no dispongáis de privilegios ni riquezas, podéis darme un hachazo si conseguís escapar.

Père Duchesne, Número 61

Desde donde se encontraba, apoltronado en un sillón, Danton podía ver a Louise Robert, gesticulando y a punto de romper a llorar. Su marido había sido arrestado y estaba en la cárcel.

—Debes exigir su liberación —decía Louise—. Oblígales a dejarlo libre.

—¿Qué se ha hecho de la dura y fuerte patriota republicana? —preguntó él.

—Déjame pensar —contestó Louise—. Debo reflexionar.

Danton observó la habitación a través de los párpados entornados. Lucile, cuyo infantil semblante expresaba una profunda tensión, jugueteaba con su anillo de casada. De un tiempo a esta parte Danton pensaba mucho en ella; el suyo era el

primer rostro que veía al entrar en una habitación. Danton se decía que era una infamia, una deslealtad hacia la madre de sus hijos.

(FRÉRON: Hace años que la amo.

DANTON: Tonterías.

FRÉRON: ¿Qué sabes tú?

DANTON: Te conozco.

FRÉRON: Tú también estás enamorado de ella. Al menos eso dice todo el mundo.

DANTON: Pero no le digo que la amo. Puede que se trate de un sentimiento más crudo. Soy más sincero que tú.

FRÉRON: ¿Serías capaz…?

DANTON: Naturalmente.

FRÉRON: Pero Camille…

DANTON: Camille no diría una palabra. Uno tiene que aprovecharse de las oportunidades que la vida le ofrece.

FRÉRON: Es cierto).

Fréron observaba a Danton, tratando de adivinar sus pensamientos. El asunto había salido mal. Se habían enterado de su plan en el Ayuntamiento; Félicité, que siempre se las arreglaba para enterarse de todo, probablemente se lo había comunicado a Lafayette.

Lafayette había movido sus tropas hacia las Tullerías; el rubio idiota todavía disponía de hombres y armas, y controlaba la situación. Había acordonado la Escuela de Equitación para proteger a los diputados de cualquier incursión, y había impuesto el toque de queda. Los jacobinos —exhibiendo su moderación, su timidez—, habían rechazado su ayuda. A Fréron le hubiera gustado poder olvidarse del asunto.

—No creo que podamos dar marcha atrás, Danton —dijo.

—¿Tanto te cuesta convencerte, Conejo? —contestó Danton. Al oír su voz todos se volvieron, inquietos, nerviosos—. Regresa al Club de los Jacobinos, Camille.

—No quieren escucharme —respondió Camille—. Dicen que la ley no les permite apoyar semejante petición, que la declaración del Rey es un asunto que compete a la Asamblea. Así que de qué sirve que vaya… Robespierre preside la reunión, pero el lugar está lleno de partidarios de Lafayette. ¿Qué puede hacer? Aunque quisiera apoyarnos, lo cual es… —Camille se detuvo un momento y luego prosiguió—: Robespierre quiere trabajar dentro de los márgenes de la ley.

—Y yo no tengo ningún deseo de infringirla —puntualizó Danton.

Tras dos días de discusiones, no habían llegado a ninguna conclusión. La petición había sido preparada entre la Asamblea, los jacobinos y los *cordeliers*, impresa, enmendada (a veces disimuladamente) e impresa de nuevo. Esperaban tres mujeres, Fréron, Fabre, Legendre y Camille. Danton recordaba lo que le había dicho Mirabeau en el Ayuntamiento: «Usted no trabaja con las personas, Danton, sino sobre ellas». ¿Cómo iba a imaginar que la gente estaría tan dispuesta a acatar sus órdenes? Jamás

lo había sospechado.

—Esta vez os apoyaremos —dijo a Camille—. Fréron, reúne a cien hombres armados.

—Los ciudadanos de este distrito siempre están dispuestos a coger las picas.

Danton miró enojado a Fréron por haberlo interrumpido. Camille se sentía violento por las cosas que decía Fréron, su falsa amabilidad, sus ganas de complacer.

—¡Picas! —exclamó Fabre—. Espero que se trate simplemente de una expresión. Yo no siempre estoy dispuesto a coger una pica. Ni siquiera tengo una pica.

—¿Acaso crees, Conejo, que vamos a clavar a los jacobinos a sus bancos? —preguntó Camille.

—Llámalo una muestra de determinación, no de fuerza —dijo Danton—. No conviene enojar a Robespierre. Pero, Conejo —añadió Danton cuando aquel había alcanzado la puerta—, concede a Camille quince minutos para que intente convencerlos. Un plazo decoroso…

Las personas que rodeaban a Danton reanudaron sus tareas. Las mujeres se levantaron, con aspecto nervioso y preocupado, y se alisaron la falda. Gabrielle trató de mirarlo a los ojos durante unos instantes. Cuando está angustiada, su tez adquiere un tono amarillento, pensó Danton. Un día notó —como uno nota que el cielo está encapotado, o la hora que señalan las manecillas de un reloj— que ya no la amaba.

Por la tarde la Guardia Nacional obligó a la gente a abandonar las calles. Habían aparecido los batallones voluntarios, pero también muchas compañías regulares de Lafayette.

—Es muy curioso —dijo Danton—. Hay muchos patriotas entre los soldados, pero la obediencia ciega es una vieja y persistente costumbre.

Y puede que debamos recurrir a esa vieja costumbre, pensó, si el resto de Europa nos ataca. Trató de no pensar en ello; de momento su problema no era ese sino pensar en las próximas veinticuatro horas.

Gabrielle se acostó pasada la medianoche. Le costaba conciliar el sueño. Oyó las pisadas de los caballos en la calle. Oyó sonar la campana de la puerta, en la Cour du Commerce, y el murmullo de voces de la gente que entraba y salía. Debían ser las dos, o las dos y media, cuando al fin se dio por vencida. Se incorporó y encendió una vela. La cama de Georges estaba vacía e intacta. Hacía mucho calor y tenía el camisón pegado al cuerpo. Se levantó de la cama, se quitó el camisón y se lavó con agua tibia. Luego se puso un camisón limpio, se dirigió al tocador y se puso unas gotas de colonia en las sienes y en el cuello, para refrescarse. Los pechos le dolían. Se deshizo la trenza, se peinó sus largos y ondulados cabellos, y volvió a trenzarlos. Su rostro mostraba, a la luz de las velas, una expresión sombría. A continuación se dirigió a la ventana. Nada: la rue des Cordeliers estaba desierta. Se puso las zapatillas, salió de la alcoba y se dirigió al comedor. Al abrir los postigos, la luz de la

Cour du Commerce invadió la estancia. A sus espaldas parecían moverse unas sombras. La habitación, de forma octagonal, estaba llena de papeles, que la brisa agitaba levemente. Gabrielle se asomó a la ventana para dejar que la brisa le acariciara el rostro. No había un alma por las calles, pero oyó un ruido sordo. Supuso que debía ser la prensa de Guillaume Brune, o quizá la de Marat. ¿Qué estarían haciendo a esas horas? Viven de palabras, pensó Gabrielle, no necesitan dormir.

Al cabo de un rato cerró los postigos y se dirigió a la alcoba en la oscuridad. Al pasar frente al estudio de su marido oyó la voz de este al otro lado de la puerta.

—Sí, te entiendo perfectamente. Nosotros ponemos a prueba nuestra fuerza, y Lafayette la suya. Él es quien tiene los fusiles.

—Es simplemente un aviso —contestó una voz que Gabrielle no reconoció—. Bienintencionado, desde luego.

—Son las tres —dijo Georges—. No voy a salir corriendo como si me persiguieran los acreedores. Nos reuniremos aquí al amanecer. Luego ya veremos.

Las tres. François Robert estaba sumido en un melancólico letargo. No era la peor celda —no había ratas y era fresca—, pero hubiera preferido encontrarse en otro lugar. No comprendía qué hacía allí, tan sólo estaba imprimiendo la petición. Él y Louise tenían que publicar un periódico; pasara lo que pasara, el *Mercure National* debía salir a la calle. Probablemente Camille iría a verla para ofrecerle su ayuda. Ella nunca se la pediría.

¡Dios bendito! ¿Qué era aquel ruido? Parecía como si alguien calzado con unas botas con la puntera metálica tratara de derribar la puerta a patadas. Luego oyó las pisadas de otras botas y una estentórea voz que decía:

—Algunos de esos cerdos tienen cuchillos.

Seguidamente oyó de nuevo unos pasos y una voz ebria entonando unas estrofas de una canción popular compuesta por Fabre. Las botas con la puntera metálica se detuvieron frente a la puerta de su celda y, tras unos segundos de silencio, oyó una voz que gritaba: «¡A la Lanterne!».

François Robert se echó a temblar. El abogado de la Lanterne ya debía de estar allí.

—¡Muera la puta austríaca! —gritó el cantante borracho—. ¡Que cuelguen a la puta del Capeto! ¡Que cuelguen a la bestia de Babilonia, que le corten las tetas!

Entre los fríos muros de la prisión sonó una estremecedora carcajada, seguida de una voz juvenil, aguda e histérica:

—¡Viva el Amigo del Pueblo!

Luego, François oyó una voz que no reconoció, y otra cerca de esta mascullando:

—Dice que tiene diecisiete prisioneros y no sabe dónde meterlos.

—Es como para morirse de risa —contestó la voz juvenil.

Al cabo de unos instantes la luz naranja de una antorcha invadió la celda.

François se levantó.

Por la puerta asomaron unas cabezas, por fortuna adheridas a unos cuerpos.

—¿Puedo marcharme?

—Sí, sí —contestó un soldado con tono irritado—. Tengo que acomodar a más de cien personas, gente que vagaba por las calles sin una justificación legítima. Siempre podemos volver a arrestarte dentro de unos días.

—¿Qué hiciste? —inquirió la voz juvenil.

—Es profesor de derecho —contestó el tipo de las botas con la puntera metálica, al cual pertenecía la voz ebria—. ¿No es así, profesor? Un buen amigo mío —añadió, apoyando la mano en el hombro de François y echándole su pestilente aliento a la cara—. ¿Dónde está Danton? Él es el cabecilla.

—Si tú lo dices —respondió François.

—Lo he visto —anunció el soldado a sus colegas—. Me dijo, en vista de lo que sabes sobre prisiones, cuando sea el jefe de esta ciudad te encomendaré la misión de arrestar a todos los aristócratas y cortarles la cabeza. Percibirás un buen sueldo, me dijo, pues se trata de un servicio público.

—Eso es un cuento —replicó el joven—. Danton nunca ha hablado contigo. Estás borracho. El verdugo es el señor Sanson, como lo fueron su padre y su abuelo. ¿Acaso piensas sustituirlo? No me creo que Danton te dijera eso.

François Robert había regresado a casa. Las manos le temblaban tan violentamente que apenas era capaz de sostener la taza de café.

—Jamás imaginé que eso iba a afectarme de este modo —dijo, esbozando una mueca al tratar de sonreír—. Mi liberación fue una experiencia tan traumática como mi arresto. Olvidamos cómo es la gente, Louise, su ignorancia, su violencia, su manía de sacar conclusiones precipitadamente.

Louise recordó la escena con Camille, dos años atrás: los héroes de la Bastilla por las calles, el café enfriándose junto al lecho, la expresión de pánico en sus ojos separados y de mirada helada.

—Los jacobinos se han dividido —dijo Louise—. Los de la derecha van a formar otro club. Todos los amigos de Lafayette se han esfumado, toda la gente que solía apoyar a Mirabeau. Sólo queda un puñado de hombres, Pétion, Buzot, Robespierre…

—¿Qué dice Robespierre?

—Que se alegra de que las disensiones hayan salido al descubierto. Que empezará de nuevo, esta vez con patriotas.

Louise cogió la taza de manos de François e hizo que apoyara la cabeza sobre su pecho, mientras le acariciaba el pelo y el cuello.

—Robespierre irá a los Campos de Marte —dijo—. Dará la cara, no lo dudes. Pero no esperes ver allí a los amigos de Danton.

—Entonces, ¿quién llevará la petición? ¿Quién va a representar a los *cordeliers*?

Dios mío, no, pensó François.

Al amanecer, Danton le dio unas palmadas en la espalda y dijo:

—Buen chico. No te preocupes, nos ocuparemos de tu esposa. Los *cordeliers* no olvidarán tu gesto, François.

Al amanecer se habían reunido en el estudio de Danton, empapelado de rojo. Los sirvientes dormían tendidos en el suelo de la primera planta de la casa. Dormían el sueño de los sirvientes, pensó Gabrielle. Les llevó café a los hombres, rehuyendo su mirada. Danton entregó a Fabre una copia del *Amigo del Pueblo*.

—Dice, Dios sabe con qué fundamento —le informó—, que Lafayette se propone abrir fuego contra el pueblo. Por consiguiente, Marat asegura que hará asesinar al general. Resulta que la noche en que nos avisaron…

—¿No puedes evitarlo? —preguntó Gabrielle—. ¿No puedes impedir que suceda?

—¿Quieres que envíe a la multitud a casa? Es demasiado tarde. Han salido a celebrarlo. Para ellos, la petición sólo constituye una parte del asunto. Y no puedo responder por Lafayette.

—En ese caso, ¿debemos prepararnos para partir, Georges? No me importa, pero dime lo que quieres hacer. Dime lo que está sucediendo.

Danton parecía inquieto. Su intuición le decía que ese día las cosas saldrían mal y que era preferible largarse cuanto antes. Echó un vistazo a su alrededor, buscando a alguien que sirviera como la voz de su intuición. Fabre abrió la boca, pero Camille le interrumpió:

—Hace dos años, Danton, podías cerrar la puerta de tu estudio para ocuparte del caso de la empresa naviera que tenías entre manos. Pero ahora las cosas han cambiado.

Danton lo miró con aire pensativo y asintió. Luego siguieron aguardando. Ya había amanecido; era el comienzo de otro día soleado y caluroso.

Campos de Marte, el día de la celebración. La gente va endomingada; las mujeres se pasean con sombrillas y perritos sujetos con una cadena. Los niños se agarran a las faldas de sus madres con dedos pegajosos. Un grupo de personas han comprado unos cocos y no saben qué hacer con ellos. El sol se refleja en el acero de las bayonetas mientras la gente se saluda fraternalmente, alzan a los niños en brazos, se empujan y gritan alarmados al verse separados de sus familias. Debe de tratarse de un error. Han izado la bandera roja de la ley marcial. ¿Qué hace esa bandera ondeando el día en que se celebra la toma de la Bastilla? De pronto suena la primera descarga. La muchedumbre retrocede horrorizada, tropieza, cae bajo los cascos de los caballos, mientras la hierba se tiñe de sangre. Todo termina en diez minutos. Se ha dado un escarmiento. Un soldado desmonta del caballo y vomita.

Hacia media mañana llegaron las primeras noticias. Al parecer, los muertos ascendían a cincuenta. Puede que fuera una exageración, pero en cualquier caso el balance de víctimas, resultaba difícil de encajar. El estudio empapelado de rojo se había vuelto pequeño, asfixiante. Habían echado el cerrojo a la puerta, la misma que habían cerrado hacía dos años, la que había permanecido cerrada a cal y canto el día en que las mujeres marcharon sobre Versalles.

—Para expresarlo sin rodeos —dijo Danton—, ha llegado el momento de marcharse. Cuando la Guardia Nacional se dé cuenta de lo que han hecho, buscarán a un chivo expiatorio y culparán a los autores de la petición, o sea, a nosotros. —Alzó la cabeza y preguntó—: ¿Acaso disparó alguien de entre la multitud? ¿Fue ese el motivo? ¿Un ataque de pánico?

—No —contestó Camille—. Creo a Marat. Creo que, tal como nos advirtieron, todo estaba planeado.

Danton sacudió la cabeza. Le costaba creerlo. Todas las bonitas frases, las cláusulas, los retoques de la petición, las idas y venidas entre el Club de los Jacobinos y la Asamblea, para que acabara así, en una súbita y estúpida matanza. Pensaba que las tácticas de los abogados bastarían para ganar la batalla; quizás estallara la violencia, pero sólo como último recurso. Había procurado jugar de acuerdo con las normas. Se había mantenido dentro de los límites de la ley. Confiaba en que Lafayette y Bailly jugaran también de acuerdo con las normas, que contendrían a la multitud, que los dejarían en paz. Pero estamos penetrando en un mundo donde las normas tienen que redefinirse, pensó, y hay que estar preparado para lo peor.

—Los patriotas consideraban la petición como una oportunidad —dijo Camille—. Al igual que Lafayette, según parece, que lo consideró la oportunidad de desencadenar una matanza.

Sabían que eran las palabras de un periodista. La vida real nunca es tan clara y concisa. Pero a partir de entonces se llamaría así: «La matanza de los Campos de Marte».

Danton sintió rabia. La próxima vez, pensó, emplearemos las tácticas de un toro, de un león, pero de momento debemos emplear las tácticas de una rata acosada y perseguida.

A última hora de la tarde. Angélique Charpentier se paseaba por el jardín de su casa en Fontenay-sous-Bois, sosteniendo una cesta de flores. Trataba de comportarse de forma decorosa, pero sentía deseos de precipitarse sobre los parásitos que se ocultaban entre las lechugas. Es el calor, se dijo, este tiempo tormentoso. Todos tenemos los nervios de punta.

—¿Estás ahí, Angélique? —preguntó la oscura y esbelta silueta que se recortaba sobre el sol.

—¿Qué haces aquí, Camille?

—¿Te importa que entremos en casa? Los otros llegarán dentro de una hora. Georges-Jacques pensó que este era un lugar seguro, aunque sé que te disgusta que nos reunamos aquí. Ha habido una matanza. Lafayette ha disparado contra la multitud cuando celebraban la toma de la Bastilla.

—¿Está herido Georges?

—No. Ya conoces a Georges. Pero la Guardia Nacional nos busca.

—Confío en que no se presenten aquí.

—No creo que aparezcan hasta dentro de unas horas. En la ciudad reina el caos.

Angélique lo cogió del brazo. Esta no es la vida que yo deseaba, pensó, ni la que deseaba para Gabrielle.

Mientras se dirigían apresuradamente hacia la casa, Angélique se quitó la pañoleta de lino blanco que llevaba sobre los hombros para protegerse del sol y se alisó el pelo. ¿Cuántos serían?, pensó preocupada. Había que darles de cenar. Era como si la ciudad se hallara a miles de kilómetros de distancia. A esa hora de la tarde, los pájaros permanecían en silencio, y en el aire flotaba el intenso aroma de las flores.

En aquel momento apareció su marido François, con aire alarmado. Pese a la temperatura, ofrecía el aspecto pulcro y singular de costumbre. Iba en mangas de camisa, pero llevaba corbata y una peluca castaña. Sólo le faltaba la servilleta sobre el brazo.

—¿Estás ahí, Camille? —preguntó.

Durante unos momentos, Camille tuvo la sensación de que había retrocedido media década. Deseaba encontrarse en el fresco ambiente del Café de l'École, entre cuyos muros resonaban las voces de los parroquianos; el café fuerte, Angélique esbelta, maître Vinot hablando sin parar sobre su Plan de Vida.

—¡Mierda! —exclamó—. No sé adónde iremos a parar.

Todos fueron apareciendo a lo largo de la tarde, de uno en uno. Camille se les había adelantado. Cuando llegó Danton lo encontró sentado en la terraza, leyendo el Nuevo Testamento y bebiendo limonada.

Fabre les informó que François Robert seguía vivo. Legendre había visto a unas patrullas merodeando por el distrito de los *cordeliers*, destrozando las prensas mientras los buitres que seguían a las patrullas se llevaban varios artículos de su tienda.

—Hay días en que mi cariño hacia el pueblo soberano disminuye ligeramente —dijo. Había visto a los guardias nacionales apalear brutalmente a un joven periodista llamado Prudhomme—. Pensé en regresar por él, pero nos dijiste que no debíamos arriesgarnos —añadió mirando a Danton, como implorando su aprobación.

Danton asintió sin hacer ningún comentario.

—¿Por qué atacaron a Prudhomme?

—Porque en el fragor de la lucha creyeron que habían atrapado a Camille —contestó Fabre.

—Yo hubiera regresado a buscar a Camille —dijo Legendre.

—No te creo —respondió Camille, alzando la vista del Evangelio según san Mateo.

En aquel momento apareció Gabrielle, cansada y atemorizada, y con suficiente equipaje para resistir un asedio en toda regla.

—Ve a la cocina —le ordenó Angélique, cogiendo las bolsas que transportaba—. Hay que preparar las verduras. Tienes cinco minutos para arreglarte y luego ponte a trabajar. —Se mostraba cruel para mantenerla ocupada, para distraerla.

Pero Gabrielle no estaba en condiciones de ponerse a preparar las judías verdes. Se sentó a la mesa de la cocina, sosteniendo a Antoine en el regazo, y rompió a llorar.

—Está a salvo —dijo su madre—. Seguro que estará trazando un nuevo plan. Lo peor ya ha pasado.

Pero Gabrielle no dejaba de llorar.

—¿Te has vuelto a quedar encinta? —le preguntó Angélique, abrazando a su hija mientras esta seguía sollozando desconsoladamente, acariciándole el cabello y sintiendo que le ardían las mejillas, como si tuviera fiebre. Qué momento para averiguarlo, pensó. El pequeño Antoine empezó a berrear. Los hombres estaban sentados en la terraza, charlando y riendo. Angélique supuso que estarían haciendo humor negro.

Excepto Georges, que dio buena cuenta de la comida, ninguno tenía mucho apetito. Apenas probaron el pato; la salsa se cuajó; las verduras se enfriaron en la bandeja. El último que llegó fue Fréron, descalabrado, maltrecho pero sobrio. Tras tomarse un par de copas les relató la historia. Lo habían pillado en el Pont-Neuf y le habían dado una paliza de muerte. Por fortuna habían pasado unos soldados del batallón de los *cordeliers*, quienes al reconocerlo organizaron un tumulto para distraer a los guardias mientras él huía. De no ser por ellos, en estos momentos estaría muerto.

—¿Ha visto alguien a Robespierre? —preguntó Camille.

Todos sacudieron la cabeza. Camille cogió un cuchillo y acarició la hoja con aire pensativo. Suponía que Lucile estaría en la rue Condé; no habría cometido la imprudencia de permanecer sola en casa. Dos días atrás le había dicho: «Debemos ponernos de acuerdo sobre el papel de las paredes. ¿Qué te parece un dibujo floreado?». «Hazme una pregunta real», le había contestado Camille. De pronto presintió que debía regresar inmediatamente.

—Me marcho a París —dijo, poniéndose en pie.

Tras un breve silencio, Fabre le preguntó:

—¿Por qué no te metes en la cocina y te degüellas? Te enterraremos en el jardín.

—Es una locura, Camille —dijo Angélique con tono de reproche, inclinándose sobre la mesa y agarrándole de la muñeca.

—Debo redactar un discurso —replicó Camille—. Para los jacobinos, o lo que quede de ellos. Para establecer nuestra línea de conducta y controlar la situación. Además, tengo que ir en busca de mi esposa y de Robespierre. Me largaré antes de que me atrapen. Conozco las vías de huida que utiliza Marat.

Todos le miraron atónitos. Les resultaba difícil recordar —entre una y otra crisis — que Camille había conseguido mantener a raya a la policía en el Palais-Royal, que había esgrimido una pistola amenazando con descerrajarse un tiro. Hasta a él mismo le parecía increíble. Pero los hechos eran irrefutables. Se había convertido en el abogado de la Lanterne. Estaba encasillado en un papel, que recitaba sin la menor dificultad, sin tartamudear, siempre y cuando se atuviera al guión.

—Quiero hablar a solas contigo —le dijo Danton, indicando la puerta que conducía al jardín.

—¿Secretos entre compañeros? —preguntó molesto Fréron.

Nadie respondió. Silenciosa, respetuosa, consciente del estado de ánimo de los presentes, Angélique empezó a recoger los platos. Gabrielle farfulló unas palabras y abandonó el comedor.

—¿Adónde irás? —preguntó Camille.

—A Arcis.

—Te perseguirán.

—Lo sé.

—¿Y luego?

—A Inglaterra. Tan pronto como… —Danton soltó una palabrota—. Hablemos claramente, quizá no sea posible. No regreses a París. Quédate aquí esta noche. Debemos arriesgarnos, es preciso que durmamos unas horas antes de emprender viaje. Escribe una nota a tu suegro y pídele que se encargue de poner en orden tus asuntos. ¿Has hecho testamento?

—No.

—Pues hazlo y escribe a Lucile. Mañana al amanecer partiremos para Arcis. Nos ocultaremos allí durante unos días, hasta que podamos huir a la costa.

—No entiendo mucho de geografía —respondió Camille—, pero ¿no sería mejor huir desde aquí?

—Debo resolver unos asuntos, firmar unos papeles.

—Da la impresión de que no piensas regresar.

—No discutas. Las mujeres pueden seguirnos en cuanto sea factible. Incluso puedes pedir a tu suegra que se reúna con vosotros si no puedes vivir sin ella.

—¿Crees que los ingleses se alegrarán de vernos? ¿Crees que nos recibirán en Dover con un banquete y una banda militar?

—Tenemos contactos.

—Es cierto —contestó Camille con tono burlón—, pero ¿dónde se mete Grace

Elliot cuando uno la necesita?

—No es necesario que viajemos bajo nuestros nombres auténticos. Tengo documentos falsos, y conseguiré otros para ti. Nos haremos pasar por hombres de negocios, soy un experto en telares. Una vez en Inglaterra, nos pondremos en contacto con nuestros seguidores y buscaremos alojamiento. El dinero no será problema… ¿Qué sucede?

—¿Cuándo planificaste esto?

—De camino hacia aquí.

—De modo que lo tenías todo planeado… Esa ha sido siempre tu intención, ¿no es cierto? Aprovecharte de la situación cuando todo iba bien y largarte en cuanto las cosas se pusieran feas, ¿no es así? ¿Acaso te propones vivir en Hampshire como un caballero rural? ¿Es esa tu máxima aspiración?

—No queda más remedio —contestó Danton. Tenía jaqueca, y las incesantes preguntas de Camille le producían más dolor de cabeza. Sentía deseos de decir: «Te conozco bien, desde que eras un mocoso tímido y apocado».

—No puedo creer… —dijo Camille, temblando de rabia— que seas capaz de huir.

—Si vamos a Inglaterra podemos comenzar de nuevo. Trazar un plan.

Camille lo miró con tristeza. En realidad era una expresión que reflejaba más que tristeza, pero Danton estaba tan fatigado mentalmente ante la perspectiva de comenzar de nuevo que era incapaz de percibirla.

—Ve tú —dijo Camille—. Yo me quedo aquí. Me ocultaré el tiempo que haga falta. Cuando lo crea oportuno, te enviaré un recado. Confío en que regreses. No sé si lo harás, pero si me aseguras que regresarás creeré en tu palabra. No existe otra solución. Si no regresas, iré a Inglaterra. No tengo intención de continuar nuestra labor sin ti.

—Tengo esposa, un hijo y…

—Sí, lo sé. Gabrielle está encinta.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, no tiene tanta confianza conmigo.

—A mí tampoco me lo ha dicho.

—Iré a hablar con nuestros amigos —dijo Camille, indicando la casa— y haré que se sientan avergonzados. Esta misma noche regresarán a París, puedes estar seguro de ello. Eso distraerá a los guardias y te dará oportunidad de escapar. El importante eres tú. No debí decir lo que dije antes. Pediré a Fabre que acompañe a Lucile a Bourg-la-Reine; puede ocultarse allí durante un par de semanas.

—No sé si confiaría la seguridad de mi esposa a Fabre.

—Entonces, ¿a quién? ¿A Conejo? ¿A nuestro valeroso carnicero?

Los dos amigos se miraron sonriendo.

—¿Recuerdas lo que solía decir Mirabeau? —preguntó Camille—. «Vivimos en una época de grandes acontecimientos y hombres insignificantes».

—Ten cuidado —dijo Danton—. Y de todos modos no te olvides de tu testamento. Yo me ocuparé de tu mujer.

Camille soltó una carcajada. Danton se volvió. No quería verlo partir.

Robespierre había caído contra una barrera al iniciarse el ataque. La conmoción había sido más intensa que el dolor. Había visto cadáveres por doquier. Tras retirarse las tropas, había observado cómo se llevaban a los heridos, y los absurdos despojos diseminados por el campo de batalla civil: sombreros adornados de flores, un zapato, muñecas y peonzas.

Al cabo de unos minutos echó a andar. No estaba seguro de la dirección que había tomado, pero tenía prisa por regresar a la rue Saint-Honoré, al Club de los Jacobinos, para tomar posesión del territorio. Casi lo había conseguido, cuando de pronto alguien le interceptó el paso.

Robespierre levantó la cabeza. El individuo llevaba una camisa rota, un gorro manchado de polvo y los restos de un uniforme de la Guardia Nacional.

Lo más curioso era que se reía a mandíbula batiente, mostrando unos dientes afilados como los de un perro.

En la mano sostenía un sable con una cinta tricolor atada a la empuñadura.

Detrás de él había otros dos hombres, armados con bayonetas.

Robespierre permaneció inmóvil. Nunca llevaba pistola, pese a que Camille se lo había aconsejado en numerosas ocasiones. «De todos modos, no la utilizaría —le había contestado—. Soy incapaz de matar a nadie».

Era cierto. En cualquier caso, era demasiado tarde.

Se preguntó si moriría rápidamente o sufriría una lenta agonía. Sea como fuere, no dependía de él. No podía hacer nada para defenderse.

Dentro de unos momentos, pensó, descansaré para siempre. Me quedaré dormido.

La espantosa calma que sentía en su corazón se reflejaba en su rostro.

El individuo con cara de perro extendió el brazo, lo agarró por la pechera de la casaca y le ordenó:

—Arrodíllate.

De improviso alguien le empujó desde detrás y lo derribó al suelo.

Robespierre cerró los ojos.

No imaginé que sería de este modo, pensó.

En medio de la calle.

Entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre, no desde el otro lado de la eternidad sino en su mismo oído.

Acto seguido, dos pares de manos lo ayudaron a incorporarse.

Luego oyó el ruido de un desgarrón, unas blasfemias, un grito y el contacto de un

puño contra un rostro humano. Al abrir los ojos, vio al individuo con cara de perro sangrando por la nariz y a una mujer, tan alta como su agresor, de cuya nariz manaba también un chorro de sangre.

—De modo que te dedicas a atacar a las mujeres, ¿eh? Veamos qué puedo hacer con estas tijeras.

La mujer sacó de entre los pliegues de la falda unas tijeras de sastre. Otra mujer, detrás de ella, sostenía en la mano una pequeña hacha, como la que suele utilizarse para partir leña.

Mientras Robespierre trataba de recuperar el resuello aparecieron una docena de mujeres armadas con barras de hierro, astas de picas y cuchillos, gritando «¡Robespierre!». Al cabo de unos instantes salieron numerosas personas de las tiendas y las casas para presenciar la escena.

Los hombres armados con bayonetas habían sido obligados a emprender la retirada. El individuo con cara de perro lanzó un escupitajo de sangre y saliva, alcanzando el rostro de la mujer que sostenía las tijeras.

—¡Escupe, aristócrata! —gritó esta—. Muéstrame a Lafayette y lo abriré en canal y lo rellenaré con castañas. ¡Robespierre! —gritó de nuevo—. Si tenemos que tener un Rey, queremos que sea él.

—¡El rey Robespierre! —corearon todas las mujeres—. ¡El rey Robespierre!

El hombre era alto y calvo, llevaba un delantal limpio de algodón y sostenía un martillo en la mano mientras agitaba el otro brazo para abrirse paso entre la multitud.

—Soy uno de los vuestros —gritó—. Mi casa está cerca de aquí.

Las mujeres retrocedieron.

—Es el carpintero Duplay —dijo una—, un buen patriota, un buen maestro carpintero.

Duplay blandió el martillo en las narices de los guardias mientras las mujeres lo vitoreaban.

—No sois más que basura —dijo a los guardias—. ¡Atrás, cerdos! —Luego agarró a Robespierre del brazo y repitió—: Mi casa está muy cerca. Acompáñame.

Las mujeres les abrieron paso, tratando de tocar a Robespierre. Este siguió a Duplay a través de una pequeña puerta y entraron en casa del carpintero.

En el patio había un grupo de operarios, charlando.

—Volved al trabajo, muchachos —dijo su patrono—. Y poneos la camisa en señal de respeto a nuestro huésped.

—No es necesario —protestó Robespierre.

No quería que alteraran sus costumbres por él. En un arbusto junto a la puerta había un petirrojo cantando. El aire olía a madera recién cortada. Al otro lado del patio estaba situada la vivienda. Robespierre sabía lo que hallaría al otro lado de la puerta. El carpintero Duplay apoyó una mano en su hombro y dijo:

—Estás a salvo, muchacho.

Una mujer alta y poco agraciada, con un sencillo vestido negro, salió de una

puerta lateral.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó—. Hemos oído unos gritos en la calle. ¿Ha pasado algo?

—No, Eléonore. Entra y dile a tu madre que el ciudadano Robespierre se alojará en nuestra casa.

El 18 de julio, un destacamento de policía se dirigió por la rue des Cordeliers hacia la redacción del *Révolutions de France* con orden de cerrar dicho periódico. No hallaron al editor, pero sí a su ayudante, el cual sacó una pistola. Tras intercambiar unos disparos, los policías golpearon salvajemente al ayudante del editor y lo detuvieron.

Cuando la policía llegó a casa de los Charpentier, en Fontenay-sous-Bois, encontraron sólo a un hombre que, debido a su edad, confundieron con Georges-Jacques Danton. Era Victor Charpentier, el hermano de Gabrielle. Cuando descubrieron su error, el joven yacía herido en un charco de sangre, pero en aquella época la policía no se molestaba en disculparse por haber cometido un error. Al cabo de unos días se emitieron unas órdenes de arresto contra Danton, abogado; Desmoulins, periodista; Fréron, periodista; y Legendre, maestro carnicero.

Camille Desmoulins permanecía oculto cerca de Versalles. Danton se apresuraba en Arcis a poner sus asuntos en orden. Había concedido a su cuñado plenos poderes, autorizándole *inter alia* a vender los muebles y anular el contrato de arriendo de la vivienda de París si lo juzgaba oportuno. Posteriormente adquirió una casa situada junto al río e instaló en ella a su madre, disponiendo al mismo tiempo que esta recibiera una pensión anual vitalicia. A primeros de agosto, partió para Inglaterra.

LORD GOWER, EL EMBAJADOR BRITÁNICO, EN UNOS DESPACHOS

Danton ha huido, y el señor Robespierre, el gran *denunciateur* y *accusateur publique*, está a punto de denunciarse a sí mismo.

EL *RÉVOLUTIONS* DE PARÍS PUBLICA LO SIGUIENTE

¿Qué será de la libertad? Algunos aseguran que se ha acabado…

CUARTA PARTE

Camille Desmoulins:

El Rey ha disparado contra la cabeza de la nación; ha errado el tiro, y ahora le toca el turno a la nación.

Lucile Desmoulins:

Deseamos ser libres, pero el coste es atroz.



I. *Una persona de suerte*

(1791)

Manon Roland estaba sentada junto a la ventana, sintiendo en la mejilla el tibio sol de octubre. Lenta y deliberadamente, clavaba la aguja en la sábana que estaba remendando. Incluso en nuestras circunstancias, los sirvientes domésticos pueden realizar esas tareas. Pero si quieres que queden perfectamente es mejor hacerlas tú misma. Además, pensó, inclinando la cabeza sobre la labor, ¿qué puede ser más relajante, más corriente, en un mundo lleno de violencia, que remendar una sábana de hilo? No hay más remedio que remendar y zurcir, reparar y poner parches ahora que, como decía su marido, «nos han asestado un duro golpe».

¿Qué sucede con esas metáforas de trabajos domésticos? ¿Es ella la que se resiste a estas, o son estas las que se resisten a ella? El centro está raído, gastado, de modo que hay que ponerle un parche, *Ça Ira*. Manon sonrió. Tenía un excelente sentido del humor.

Sus cuidados y su fuerza de voluntad han impedido que su marido, que tiene casi sesenta años y que padece una úlcera y trastornos hepáticos, se convierta en un inválido. Había sido inspector de artículos manufacturados; actualmente, bajo la nueva administración de septiembre de 1791, su cargo ha sido abolido. Habían aplaudido la muerte del viejo régimen; no eran personas interesadas. Pero cuando uno no dispone de una pensión de jubilación y le aguarda un porvenir de discreta pobreza los aplausos carecen de entusiasmo.

Has estado enferma, piensa, febril y agotada por el verano de París, angustiada por la sangre que ha corrido por los Campos de Marte. «Ha sido demasiado para ti, querida; tienes los nervios alterados. Debemos dejarlo todo y regresar a casa, porque lo más importante es tu salud, y Le Clos te proporciona serenidad». ¿Serenidad? ¿A mí? No sé lo que es eso desde 1789.

Ese fue el motivo por el que regresaron a su pequeña propiedad en las colinas de Beaujolais, al huerto, y a las deslucidas cortinas, y a las mujeres pobres que se

presentaban en la puerta trasera en busca de consejos y cataplasmas de hierbas. Aquí (Manon había leído muchas obras de Rousseau) uno vivía en armonía con la naturaleza y las estaciones. Pero la nación se estaba asfixiando, y ella deseaba… deseaba…

Irritada, Manon apartó la silla de la ventana. Toda su vida ha sido una espectadora, una mera observadora. Ese papel no le ha aportado nada, ni siquiera el don de tomarse las cosas con filosofía. En ese sentido, el estudio tampoco le ha ayudado, ni el autoanálisis, ni siquiera la jardinería. Muchos creen que en una mujer de treinta y seis años, esposa y madre, debería de haber un poco de sosiego, un poco de calma interior, pero no es así. Después de dar a luz te sigue fluyendo sangre por las venas, no leche. No puedo mostrarme pasiva ante la vida, y no creo que pueda hacerlo nunca. Bien mirado, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, ¿por qué habría de hacerlo?

¿Cómo podía tomarse tranquilamente la última desgracia que les había acaecido? Acaban de llegar de París y deben regresar dentro de unos días. O bien consiguen una pensión, o un nuevo cargo bajo el nuevo orden.

Roland no tenía ganas de volver. Pero Manon sentía que París la reclamaba; al fin y al cabo, había nacido allí.

La tienda de su padre estaba situada en el Quai d'Horloge, cerca del Pont-Neuf. Era grabador —una profesión respetable, clientes respetables— y tenía un carácter idóneo, firme pero al mismo tiempo obsequioso, artista y artesano, ambas cosas y ninguna de ellas.

Había sido bautizada con el nombre de Marie-Jeanne, pero siempre la habían llamado Manon. Sus hermanos y hermanas habían muerto. Debía existir alguna razón (pensó Manon cuando tenía ocho o nueve años) por la cual el Señor no se la había llevado también a ella, algún propósito determinado. Solía observar a sus padres detenidamente, calibrando con la implacable mirada de un niño sus limitaciones, sus esfuerzos por presentar una fachada digna y refinada. Sus padres se sentían un tanto intimidados por ella, y la cuidaban y protegían con excesivo celo. Tomaba clases de música.

Cuando cumplió diez años, su padre compró varios tratados sobre la educación de los niños, pensando que cualquier libro en cuyo título figurara la palabra «educación» era justamente lo que ella necesitaba.

Un día cometieron la imprudencia de dejar a esa niña, tan bonita e inteligente, por la que sus padres se desvivían, sola en el taller. El aprendiz (quince años, alto, con las manos ásperas y el rostro cubierto de pecas) parecía un muchacho bien educado, inofensivo. Era por la tarde, y estaba trabajando a la luz de una lámpara. Manon estaba de pie junto a él, observándolo. De pronto el chico le cogió la mano, la retuvo unos instantes entre las suyas, jugueteando con ella y sonriendo, y luego la obligó a

tocarle por dentro de la bragueta.

Manon palpó un extraño pedazo de carne, duro, húmedo, hinchado, que se estremecía bajo su tacto. El joven le apretó la muñeca y al girarse hacia ella, Manon vio lo que había tocado. «No se lo digas a nadie», murmuró él. Manon apartó la mano bruscamente, arqueando las cejas hasta que rozaron los rizos que le caían sobre la frente, y salió del taller dando un portazo.

Cuando subía por la escalera oyó que su madre la llamaba. Quería que hiciera un recado o que la ayudara en la cocina, no lo recordaba con exactitud. El caso es que hizo lo que le pidió su madre, aunque se sentía mareada y le dolía el vientre. Pero no dijo una palabra. En realidad, no sabía qué decir.

A lo largo de las siguientes semanas —y eso era lo que posteriormente no alcanzaba a comprender, porque le parecía increíble que fuera una niña viciosa— regresó varias veces al taller. Sí, aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron. Ella trataba de justificarse, trataba de cerrar los ojos ante su verdadera naturaleza. Es simple curiosidad, se decía, la curiosidad natural de una niña excesivamente protegida por sus padres. Pero luego se decía que eso eran meras excusas.

Por las noches el chico del taller cenaba con la familia. Dado que era muy joven y que estaba lejos de su casa, la madre de Manon se preocupaba de él. Manon procuraba no mostrarse diferente en su presencia; temía que empezaran a especular, a hacerle preguntas. Al fin y al cabo, si lo hacen, se decía, no tengo nada que ocultar. Pero empezó a pensar que la vida era injusta, que a veces a uno le reprochaban una falta que no había cometido. Todos los niños reciben de vez en cuando un bofetón sin venir a cuento o son castigados injustamente. La vida de los adultos, pensaba Manon, es distinta, más racional. Pero ahora que estaba a punto de convertirse en una persona adulta se daba cuenta de que todo parecía más arriesgado, la gente menos propensa de lo que había supuesto a mostrarse razonable. Una persistente voz interior le repetía: aunque no tengas la culpa, puedes parecer culpable.

Un día el chico murmuró:

—No te he enseñado nada que no haya visto tu madre.

Manon alzó la cabeza y abrió la boca para responder a su impertinencia, pero en aquel momento apareció su madre con un plato de pan y un bol de ensalada, y ambos callaron y bajaron los ojos tímidamente, como buenos niños, para dar gracias al Señor por la ensalada, el queso y el pan.

En el taller, al que Manon acudía con frecuencia, había una palpable tensión entre ellos, un alambre invisible a punto de romperse. A Manon le gustaba atormentarlo entrando y saliendo continuamente, protegida por la presencia de otras personas. No cesaba de pensar en aquel extraño pedazo de carne, ciego y tembloroso, que tenía vida propia, como algo recién nacido.

Un día se quedaron solos. Manon procuró guardar las distancias, para no volver a caer en una trampa. Esta vez el chico se le acercó por detrás, mientras ella miraba por la ventana. La sujetó por los brazos, la obligó a retroceder y ambos se sentaron en una

silla estratégicamente situada. Manon tenía la falda arremangada y el chico la tocó entre las piernas. Luego la rodeó con un brazo fuerte y cubierto de pecas, inmovilizándola, y empezó a acariciarse. Ella observó los movimientos de su mano mientras permanecía sentada sobre sus rodillas, de espaldas a él, como una muñeca inerme, con los labios entreabiertos. El chico siguió acariciándose hasta alcanzar el placer. Manon no sabía qué era el placer, pero supuso que el chico había alcanzado el punto álgido en su actividad pues de repente la soltó y murmuró unas palabras sin atreverse a mirarla a la cara, sosteniéndola de espaldas a él para no ver si se sentía complacida u horrorizada, si reía o estaba tan escandalizada que ni siquiera era capaz de gritar.

Manon salió corriendo del taller. Poco después —ante la insistencia de su madre que quería saber lo que había sucedido— se lo contó todo. Lloraba desconsoladamente y las rodillas le temblaban de tal forma que tuvo que sentarse. Su madre la miró horrorizada. Luego la obligó a ponerse de pie, sujetándola con fuerza, y la sacudió mientras no cesaba de formularle preguntas: qué hizo el chico, dónde te tocó, cuéntamelo todo, cada palabra que te dijo, no temas decírselo a tu madre (temblando de ira y con el rostro desencajado). ¿Te obligó a tocarlo? ¿Estás sangrando, Manon? Cuéntamelo todo, todo…

Manon berreaba como una niña de tres años mientras su madre la arrastraba de la mano por las calles. Al llegar a la iglesia su madre llamó insistentemente a la puerta, como si deseara confesarse de un crimen o que el sacerdote acudiera a administrar la extremaunción a un pariente agonizante. Cuando el sacerdote les abrió la puerta, su madre obligó a Manon a arrodillarse en un confesionario y la dejó a solas, en la penumbra, con el anciano y asmático sacerdote. El cura se inclinó hacia adelante para escuchar atentamente el relato, entre convulsivos sollozos, de una niña que, al parecer, había sido violada.

Lo más curioso fue que no echaron al aprendiz. Temían que se produjera un escándalo. Temían que la gente se enterara de lo sucedido. Manon siguió viendo al chico todos los días, aunque este ya no comía con la familia. Manon había comprendido al fin que era culpable; no se trataba de lo que la gente pudiera decir o pensar, sino de una reconciliación interior que, al menos en aquellos momentos, resultaba imposible. Su madre trató de tranquilizarla diciendo que podía haber sido mucho peor; al fin y al cabo estaba intacta, aunque Manon no comprendía el significado de esa palabra. Trata de no pensar en ello, le aconsejó su madre; un día, cuando seas mayor y estés casada, no te parecerá tan grave. Pero por más que se esforzaba —lo cual empeoraba las cosas— no podía dejar de pensar en ello. Cada vez que recordaba el episodio se sonrojaba y estremecía, moviendo al mismo tiempo la cabeza en un pequeño gesto espasmódico e involuntario.

Cuando cumplió veintidós años, su madre murió. Por las mañanas se ocupaba de la casa y por las tardes estudiaba italiano y botánica; rechazaba los sistemas de Helvetius y se aplicaba en matemáticas. Por las noches leía historia clásica; luego

permanecía sentada, con los ojos cerrados y las manos descansando sobre el libro, soñando con la Libertad. Meditaba detenidamente en el Hombre, en el progreso y la nobleza de espíritu, en el sentido de la fraternidad y sacrificio, en todas las virtudes espirituales.

Leyó *Historia natural*, de Buffon; había ciertos párrafos que se sentía obligada a omitir, y unas páginas que se saltaba rápidamente pues contenían datos que ella no deseaba conocer.

Un día, siete o ocho años después de que el aprendiz abandonara el taller de su padre, volvió a encontrarse con él casualmente. Hacía poco que se había casado y se había convertido en un joven común y corriente. Fue un encuentro breve, apenas tuvieron tiempo de conversar, aunque a ella le hubiera gustado. Al despedirse, él murmuró:

—Confío en que me hayas perdonado. No pretendía hacerte ningún daño.

En 1776, su vida cambió. Fue el año en que los norteamericanos proclamaron su independencia, y ella procuraba reprimir sus afectos y emociones. Había recibido varias ofertas de matrimonio, en su mayoría de jóvenes comerciantes, que ella había rechazado cortésmente pero con firmeza. Evitaba pensar en el matrimonio, y su familia empezó a pensar que nunca se casaría.

Pero en enero de ese año apareció en escena Jean-Marie Roland. Era alto, instruido, hombre de mundo, con la amabilidad de un padre y la seriedad de un profesor. Pertenecía a la pequeña nobleza, pero era el más joven de cinco hijos; poseía únicamente unas pocas tierras y el dinero que ganaba. Era un administrador nato. En su calidad de inspector, había viajado por toda Europa. Conocía todo lo referente a los procesos de teñido, confección de encaje y utilización de la turba como combustible, así como la fabricación de pólvora, la curación de la carne de cerdo y el esmerilado del vidrio; era un entendido en física, libre comercio y la Grecia antigua. Tenía una insaciable sed de aprender, de adquirir conocimientos. Al principio Manon no reparó en sus viejas chaquetas cubiertas de polvo, en sus raídas camisas ni en sus zapatos desprovistos de hebillas y atados con cintas; cuando al fin se dio cuenta de ello, le pareció encantador conocer a un hombre que no poseía ni un ápice de vanidad. Con ella se mostraba educado, amable y formal.

Solía besarle la mano cortésmente. Se sentaba frente a ella. Jamás intentaba propasarse. En ocasiones era como si una estatua de san Pablo se inclinara hacia ella y le pellizcara la barbilla.

Se intercambiaron cartas, unas largas y absorbentes epístolas que les llevaba varias horas redactar y una hora leer. Al principio escribían sesudos ensayos sobre temas de interés general. Al cabo de unos meses abordaron el tema del matrimonio, su aspecto sacramental y su utilidad social.

Roland se marchó a Italia, donde permaneció un año, y posteriormente publicó una obra de seis volúmenes que recogía sus experiencias y aventuras en aquel país.

En 1780, cuatro años después de haber iniciado una seria y tímida relación,

contrajeron matrimonio.

La noche de bodas no pudieron comunicarse por carta. Manon no sabía lo que iba a suceder; no quería pensar en el aprendiz ni en sus caricias, ni construir una teoría sobre lo que, al fin y al cabo, había sucedido a sus espaldas. De modo que no estaba preparada para ver el cuerpo de Roland, su pecho hundido con sus escasos pelos grises; ni las prisas con las que se arrojó sobre ella, ni el dolor de la penetración. Al notar que Roland comenzaba a jadear, Manon levantó la cabeza y preguntó: «¿Estás bi…?». Pero él ya se había quedado dormido, con la boca abierta.

Al día siguiente, al despertarse, Roland se disculpó:

—¿Eras totalmente inexperta? Mi pobre Manon, de haberlo sabido…

Un hijo (pensaban ambos) justifica plenamente un matrimonio: Eudora, nacida el 4 de octubre de 1781.

Manon tenía la habilidad —de la que se sentía muy orgullosa— de comprender en pocos minutos los detalles esenciales de un complicado asunto. Si le hablabas de un tema —pongamos por ejemplo las Guerras Púnicas o la fabricación de velas de sebo—, al cabo de un día te ofrecía una exhaustiva descripción del mismo, y a la semana era capaz de montar su propia fábrica o de trazar un plan de batalla para Escipión el Africano. Le gustaba ayudar a Roland en su trabajo, disfrutaba con ello. Empezó en el nivel más bajo, copiando párrafos que él deseaba estudiar. Luego pasó a confeccionar índices, cosa que hacía de forma minuciosa y competente; a continuación aplicó su memoria retentiva y persistente curiosidad a sus proyectos de investigación. Por último —dado que Roland escribía con gran fluidez, gracia y dominio del idioma— Manon empezó a ayudarle a redactar sus informes y cartas. «Déjame que pula ese informe mientras tú meditas sobre el primer párrafo», le suplicaba. «Qué inteligente eres, querida —decía él—. No sé cómo me las arreglaría sin ti».

Pero yo deseo —piensa ella— más que simples alabanzas, deseo una vida sosegada; y al mismo tiempo deseo ocupar un escenario más grande e importante. Conozco el lugar asignado a la mujer, del que me siento satisfecha y lo respeto, pero deseo conquistar el respeto de los hombres. Deseo su respeto y su aprobación. Yo también hago planes, razono, tengo mis propias ideas sobre el estado de Francia. Manon hubiera deseado transmitir esas ideas, mediante un proceso imperceptible, a los cerebros de los legisladores de la nación, como se las transmitía a su marido.

Recordaba un día de julio: el zumbido de las moscas que revoloteaban por la habitación, el rostro amarillento de su marido asomando entre las blancas sábanas, y su suegra, una tirana de ochenta y cinco años, sentada en un rincón, descabezando un sueñecito. Manon se vio con un vestido gris, una mente gris, envejecida y extenuada por el calor, deslizándose por las habitaciones con una taza de té de hierbas, mientras afuera el verano seguía avanzando inexorablemente.

—¿Señora?

—No hagas ruido. ¿Qué quieres?

—Han traído noticias de París.

—¿Se ha puesto alguien enfermo?

—No, señora. Ha caído la Bastilla.

La taza se le cayó de las manos y se hizo añicos. Más tarde pensó que lo había hecho adrede. Roland se despertó bruscamente, levantó la cabeza y preguntó alarmado:

—¿Ha sucedido alguna desgracia, Manon?

La anciana se despertó y miró a Manon con aire de reproche ante sus entusiastas muestras de júbilo.

Manon empezó a escribir artículos de prensa, primero para el *Lyon Courier* y luego para *El patriota francés*, el periódico editado por Brissot. (Durante los dos últimos años, su marido y Brissot habían mantenido correspondencia). Firmaba con el seudónimo de «una dama de Lyon», o «una dama romana». En junio de 1790 recibió una encantadora carta, aunque escrita con una letra casi ilegible, en la que su autor le pedía permiso para reproducir uno de sus artículos en el *Révolutions de France et du Brabant*. Manon accedió de inmediato, sin conocer el carácter del editor del periódico.

En París se le presentó la gran oportunidad, que Manon no desaprovechó, de ser útil a los patriotas. Llevaba años soñando con ello, de día y de noche, durante sus largas horas de estudio, mientras estaba embarazada de Eudora, mientras observaba a los enterradores en un cementerio de Amiens. El salón de la señora Roland. Algunos detalles del sueño quizás habían resultado decepcionantes, pues los hombres eran pesos ligeros, frívolos, estúpidos, y ella tenía que morderse los labios para no decirles lo que pensaba. Sin embargo, era un comienzo. Pronto regresarían a París.

Durante estos últimos meses, Manon se había mantenido al tanto de la situación. En un cajón cerrado conservaba cartas de Brissot, de Robespierre y del diputado François-Léonard Buzot, un joven serio y muy agradable. A través de las cartas de este se había enterado de la matanza de los Campos de Marte. En ellas le explicaba (lamenta verse obligada a resumir los hechos, pero estos se suceden tan rápidamente que no queda más remedio) que Luis, restaurado en el trono, había jurado defender la constitución; que Lafayette había dejado de ser el comandante de la Guardia Nacional y había abandonado París para ocupar un cargo militar en provincias. Se había instituido la nueva Asamblea Legislativa, a la que no podían acceder los antiguos diputados, por lo que Buzot había regresado a su casa en Evreux. De todos modos, podían seguir escribiéndose y sin duda un día volverían a encontrarse. Su amigo común, Brissot, se había convertido en diputado; el viejo y querido amigo Brissot, que trabajaba con tanto ahínco. Robespierre no se había marchado a su casa natal sino que había permanecido en París para reconstruir el Club de los Jacobinos, formado por los nuevos diputados, a los que instruía en las normas y procedimientos de los debates que se producían en la Asamblea. Un hombre diligente, Robespierre, aunque la había decepcionado.

El día de la matanza, Manon le había enviado recado, ofreciéndose a ocultarlo en su casa. No había recibido respuesta, y posteriormente se enteró de que se había alojado en casa de la familia de un comerciante, con la que actualmente seguía viviendo. Manon se sintió profundamente decepcionada al verse privada de vivir aquella emocionante y arriesgada experiencia. Se imaginaba enfrentándose a un regimiento, replicando a los soldados de la Guardia Nacional.

Durante su exilio también había seguido con interés la carrera del señor Danton y sus amigos. Se alegró al saber que Danton había partido para Inglaterra, donde confiaba que permanecería. Manon siguió teniendo información sobre las andanzas de este, y en cuanto empezaron a circular rumores de una amnistía, el señor Danton regresó apresuradamente. Tuvo el valor de presentar su candidatura a diputado de la Asamblea Legislativa, y en medio de uno de las reuniones electorales (según habían contado a Manon), apareció un oficial con una orden de arresto contra él. Tras ser insultado y agredido por la multitud que acompañaba siempre al abogado en todas sus actividades, el oficial fue trasladado a la cárcel de Abbaye, donde permaneció encerrado durante tres días en la celda reservada a Danton.

La amnistía había sido aprobada; pero los electores no se dejaron engañar por las pretensiones de Danton. Despechado, este se había recluido durante un tiempo en su provincia, para meditar, y ahora había decidido convertirse en fiscal. Con suerte, tampoco conseguiría ocupar ese cargo. Francia no estaba dispuesta (según confiaba Manon) a dejarse gobernar por gentes de su calaña.

En cuanto al futuro… Le irritaba pensar que en París la gente vitoreaba de nuevo al Rey y a la Reina simplemente porque habían estampado su firma en la constitución, como si hubieran olvidado los años de tiranía y rapacidad, la traición en el camino de Varennes. Luis estaba confabulado con las potencias extranjeras, Manon no dudaba de ello. La guerra acabará estallando, pensó, y nosotros debemos ser los primeros en atacar. (Manon volvió la sábana del revés para rematar el zurcido). Debemos luchar como república, como hicieron Atenas y Esparta. (Acto seguido cortó el nudo con las tijeras). Luis debe ser depuesto. O mejor aún, asesinado.

De este modo, el reinado de los aristócratas habría acabado para siempre.

Un reinado cruel…

Años atrás, su abuela la había llevado a una casa en el Marais para visitar a una aristócrata a la que conocía. Un mayordomo les abrió la puerta y les hizo pasar. La vieja aristócrata estaba sentada en un sofá, luciendo un espléndido vestido de seda y con las mejillas pintadas de colorete. De pronto apareció un perrito y al ver a las intrusas comenzó a ladrar y a dar brincos. La aristócrata le dio un pequeño azote e indicó a la abuela de Manon que se sentara en una banqueta junto a ella. Por alguna misteriosa razón, la anciana llamaba a su abuela por su nombre de pila.

Manon permaneció de pie, en silencio y muerta de calor. Todavía le dolía el cuero cabelludo por los tormentos que su abuela le había infligido aquella mañana al peinarla. La vieja hablaba con tono imperativo y una voz, curiosamente, poco

cultivada. Al hacer a Manon una señal para que se acercara, la niña, aturdida, le había hecho una torpe reverencia. Treinta años más tarde aún no se había perdonado por aquella reverencia.

—¿Eres religiosa? —le preguntó la anciana aristócrata, mirándola con ojos acuosos.

El perro estaba tendido pacíficamente junto a ella; sobre el brazo del sillón yacía el tapete que estaba bordando.

—Trato de cumplir con mi deber —respondió Manon, bajando la vista.

Su abuela parecía sentirse violenta. La anciana se ajustó el gorro de encaje, como si estuviera ante un espejo. Luego miró de nuevo a Manon y empezó a preguntarle sobre sus estudios. Cuando la niña respondía correctamente, con estudiada cortesía, la vieja sonreía burlonamente.

—Eres muy lista, ¿verdad? ¿Crees que eso es lo que quieren los hombres en una mujer?

Una vez concluido el catequismo —mientras Manon permanecía de pie en aquella habitación cuyo aire era casi irrespirable— la anciana pasó a enumerar sus méritos y defectos. Tenía una bonita figura, dijo la anciana, dando a entender que cuando fuera mayor sería gorda. La tez un poco apagada, aunque sin duda mejoraría con el tiempo.

—Dime, querida, ¿has comprado alguna vez un billete de lotería? —le preguntó la anciana.

—No, señora, no creo en los juegos de azar.

—¡No seas impertinente, niña! —le espetó la aristócrata. Luego la agarró por la muñeca y dijo—: Quiero que vayas a comprarme un billete de lotería. Quiero que tú misma elijas el número y me lo traigas. Creo que eres una persona de suerte.

Una vez en la calle, Manon aspiró el aire fresco y puro.

—No quiero regresar allí —le dijo a su abuela. Deseaba volver a su casa, a sus libros y a los personajes agradables y sensatos que figuraban entre sus páginas.

Incluso hoy, al cabo de tanto tiempo, cada vez que alguien pronunciaba la palabra «aristócrata» —cuando se referían a una «noble dama» o a una «dama de título»—, Manon recordaba a aquella perversa anciana aficionada a los juegos de azar. No era sólo su gorro de encaje, su fría y dura mirada ni las hirientes palabras. No, era el intenso aroma a almizcle, el perfume que disimulaba el olor dulzón de la decadencia física.

Jamás compró aquel billete de lotería. Manon estaba convencida de que la república prohibiría los juegos de azar.

París.

—No me importa que hayan contratado al mismo san Juan Bautista —dijo el juez al secretario del tribunal—. Han infringido las leyes de caza y voy a condenarlos a seis meses. ¿Por qué cree usted que Desmoulins ha vuelto a ejercer la abogacía?

—Por dinero —contestó el secretario.

—Creía que Orléans pagaba bien.

—El duque está acabado —dijo el secretario alegremente—. La señora de Genlis está en Inglaterra, Laclos ha regresado a su regimiento y las amantes tratan de conquistar a Danton. Por supuesto, obtienen el dinero de los ingleses.

—¿Cree que los ingleses han comprado a los amigos de Danton?

—Creo que les pagan, pero esa es otra cuestión. Son una pandilla de sinvergüenzas. Antiguamente, cuando en este país sobornabas a un hombre podías fiarte de su honradez.

El juez parecía impaciente. Cuando el secretario empezaba a soltar aforismos, siempre llegaban tarde a casa.

—Volvamos a lo nuestro —dijo el juez.

—Ah, sí, maître Desmoulins. Siguiendo los consejos de su suegro en materia de inversiones, había comprado títulos de la Ciudad de París. Y ya sabemos cómo han acabado.

—Cierto —respondió el juez.

—Ahora que las autoridades han cerrado el periódico necesita otra fuente de ingresos.

—No creo que sea pobre.

—Tiene dinero, pero quiere más. A menos en eso se parece a todos nosotros. Tengo entendido que ha invertido en Bolsa. Mientras espera que sus inversiones le rindan dividendos, pretende recuperar su fortuna cobrando unas minutas astronómicas.

—Creí que detestaba ejercer de abogado.

—Pero ahora las cosas son distintas. Ahora, cuando tiene dificultades, tenemos que esperar a que termine la frase. Me temo que…

—Yo no —le interrumpió el juez.

—Es muy hábil.

—No lo niego.

—Cuando los señores descubren que la policía interfiere con sus placeres, les resulta muy conveniente que uno de ellos les defienda. Arthur Dillon, De Sillery y todos los demás han conseguido convencerlo.

—Los frecuenta abiertamente… Yo creía que los patriotas…

—Se lo toleran todo. Al fin y al cabo, por decirlo así, él es la Revolución. Aunque, según he oído decir, se han alzado voces de protesta. Pero esto es París, no Ginebra.

—¿Es usted también aficionado al juego?

—Eso no tiene nada que ver —contestó el secretario del tribunal—. Es posible que, al igual que maître Desmoulins, me interese limitar la injerencia del Estado en la vida privada de los individuos.

—¿De modo que está usted de acuerdo con él? —preguntó el juez—. No tardaré

en verlo con las botas sobre la mesa, sansculotte con unos pantalones de confección casera, un gorro rojo y una pica apoyada en la pared.

—En estos tiempos —respondió el secretario—, todo es posible.

—Estoy dispuesto a ser tolerante, pero no le permitiré que fume en pipa, como Père Duchesne.

Camille hizo un pequeño gesto de disculpa a sus clientes y sonrió al juez. El hombre y la mujer se miraron preocupados.

«Puesto que no se librarán de ir a la cárcel —les había dicho el letrado—, podríamos utilizar su caso para abordar unos temas más amplios».

—Deseo solicitar al tribunal…

—Póngase en pie.

Tras vacilar unos instantes, el abogado se levantó y se acercó al estrado.

—Deseo solicitar permiso para exponer públicamente mi opinión.

—¿Acaso pretende usted iniciar una controversia pública? —inquirió el juez en voz baja.

—En efecto.

—No necesita mi permiso para hacerlo.

—Es una formalidad. Una cortesía.

—¿Está usted en desacuerdo con el veredicto respecto a los hechos?

—No.

—¿Respecto a la ley?

—No.

—¿Entonces?

—Me opongo a la utilización de los tribunales como instrumentos del Estado intruso y moralizador.

—¿De veras? —El juez se inclinó hacia adelante; le gustaba discutir sobre generalidades—. Dado que parece haber borrado a la Iglesia del asunto, ¿quién se encargará de que los hombres sean como deben ser si no la ley?

—¿Quién dice cómo deben ser los hombres?

—Si la gente elige a sus legisladores —cosa que hoy en día pueden hacer— ¿acaso no les asignan esa tarea?

—Pero si el pueblo y sus diputados están formados por una sociedad corrupta, ¿cómo van a ser capaces de tomar las decisiones adecuadas? ¿Cómo podrán formar a una sociedad moral cuando ni siquiera saben lo que eso significa?

—Me temo que llegaremos tarde a casa —dijo el juez—. Responder adecuadamente a esa pregunta nos llevaría seis meses. Según usted, la cuestión estriba en cómo vamos a ser buenos si somos malos…

—Antes solíamos conseguirlo por mediación de la gracia divina. Pero en la nueva constitución eso no está previsto.

—Creí que todos ustedes se habían propuesto regenerar a la humanidad —comentó el juez—. ¿No le preocupa no coincidir con sus amigos?

—Desde la Revolución, uno puede disentir, ¿no es cierto?

Camille parecía aguardar una respuesta. El juez estaba desconcertado.

II. *El retrato de Danton*

(1791)

Georges-Jacques Danton: «La reputación es una puta, y los que hablan sobre la posteridad son unos hipócritas y unos imbéciles».

Tenemos un problema. No estaba previsto que este personaje participara en la narración. Pero el tiempo apremia; los hechos se suceden sin solución de continuidad, y dentro de poco más de dos años habrá muerto.

Danton no solía escribir. Es posible que se presentara en los tribunales con unas notas; hemos descrito tales ocasiones, ficticias pero probables. Los expedientes de esos casos se han perdido. No escribía diarios, y pocas cartas, a menos que escribiera el tipo de cartas que uno rompe en cuanto las recibe. Desconfiaba de lo que pudiera anotar en un papel pues cabía la posibilidad que más tarde cambiara de opinión. Exponía su criterio ante las mesas del comité, adornadas con la bandera tricolor, mientras otros redactaban las actas. Si era preciso abordar una cuestión en el Club de los Jacobinos, o dar rienda suelta a su ira patriótica en el de los *cordeliers*, el público debía aguardar hasta el sábado para hallar un resumen de sus invectivas, bastante retocadas, entre las páginas del periódico de Camille Desmoulins. En los momentos de mayor agitación —que eran frecuentes— se improvisaban nuevas ediciones que aparecían dos veces a la semana, o incluso a diario. Según Danton, la faceta más singular del carácter de Camille era su afán de escribir en todas las superficies en blanco que caían en sus manos; cuando daba con un pedazo de papel, virgen e impoluto, lo perseguía hasta cubrirlo de garabatos, y luego buscaba otro, y otro más, entre la montaña de papeles que había sobre su mesa.

Desde la matanza de los Campos de Marte, el periódico ha dejado de publicarse. Camille dice que está harto de fechas tope, de berrinches y de erratas de imprenta; su compulsión de escribir va por libre. Pero ello no representa un obstáculo pues todas

las semanas sigue escribiendo tantas palabras como las que pronuncia Danton. Entre ahora y el fin de su carrera, Danton pronunciará montones de discursos, algunos de varias horas de duración. Improvisa a medida que habla. Quizá puedan oír su voz.

Regresé de Inglaterra en septiembre. La amnistía fue el último acto de la vieja Asamblea Nacional. Según dijeron, debíamos inaugurar la nueva era con un espíritu de reconciliación, o una majadería similar. No tardarán en comprobar el resultado.

Los acontecimientos del verano habían perjudicado seriamente a los patriotas, y regresé a un París monárquico. El Rey y su esposa aparecieron de nuevo en público y fueron vitoreados y aclamados. No soy rencoroso; prefiero ser amable. Huelga decir que mis amigos del Club de los Cordeliers sustentaban unas opiniones muy distintas. Hemos recorrido un largo camino desde 1788, cuando los únicos republicanos que conocía eran Billaud-Varennes y mi querido e impulsivo Camille.

La marcha de Lafayette de la capital suscitó grandes manifestaciones de júbilo, a mi juicio prematuras. (Lo lamento, no consigo acostumbrarme a llamarlo Mottié). De haber emigrado, yo mismo hubiera ordenado tres días de fuegos artificiales y amor libre en nuestra orilla del río; pero Lafayette está con los Ejércitos, y cuando estalle la guerra, lo cual sucederá dentro de seis o nueve meses, tendremos que convertirlo de nuevo en un héroe nacional.

En octubre nuestro empalagoso patriota Jérôme Pétion fue nombrado alcalde de París. El otro candidato era Lafayette. La esposa del Rey detesta al general hasta tal punto que removió ciclo y tierra para conseguir que fuera nombrado Pétion, un republicano. Esto demuestra la total incompetencia de las mujeres en materia política.

Es posible que Pétion esté en la nómina de algún monárquico que yo desconozco. Nada es imposible en estos tiempos. Sigue convencido de que la hermana del Rey se enamoró de él durante el regreso de Varennes. Se ha puesto en ridículo. Me sorprende que Robespierre, que no tolera esas cosas, no le haya amonestado. La nueva consigna popular es «¡Pétion o la muerte!». Camille se ganó numerosas miradas de reproche en el Club de los Jacobinos cuando observó en voz alta: «Viene a ser lo mismo».

Su repentino auge ha ofuscado a Jérôme, que tuvo la ocurrencia de recibir a Robespierre como si se tratara de un alto dignatario y le obligó a asistir a un banquete. Hace poco Camille dijo a Robespierre: «Ven a cenar, tenemos un champán maravilloso». A lo que Robespierre contestó: «El champán es el veneno de la libertad». ¡Hombre, esa no es forma de responder a un viejo amigo!

Mi derrota en las elecciones para la nueva Asamblea me disgustó. Fue debida —disculpen si me expreso como Robespierre— a la cantidad de gente que tengo en mi contra, y a que no conseguimos enmendar la cláusula de inmunidad parlamentaria. Si pidiera el voto al hombre de la calle, podría ser Rey.

Y yo nunca afirmo nada que no sea capaz de demostrar.

Me disgustó por mí mismo y por mis amigos. Se habían esforzado en apoyarme

—Camille, por supuesto, y sobre todo Fabre—, pues actualmente represento el único cauce de expresión del genio que debía inundar nuestra época. Pobre Fabre, pero es útil y, a su manera, muy hábil. Y totalmente consagrado al progreso de Danton, un rasgo que le honra.

Deseaba ser diputado para serles útil. Me refiero a que les habría ayudado a realizar sus ambiciones políticas y a aumentar sus ingresos. No finjan escandalizarse. Les aseguro, como dicen nuestras esposas, que siempre ha sido así. Nadie aspira a alcanzar un cargo público a menos que exista una recompensa.

Después de las elecciones pasé un tiempo en Arcis. Gabrielle iba a dar a luz en febrero, y necesitaba descansar. En Arcis no hay nada que hacer excepto ocuparse de las labores agrícolas, lo cual, que yo sepa, no la seduce lo más mínimo. Así pues me pareció oportuno ausentarme una temporada. Robespierre estaba en Arras (puliendo su acento provinciano, supongo) y pensé que si él podía abandonar su puesto yo también podía hacerlo. París no es un lugar especialmente agradable. Brissot, que tiene muchos amigos en la nueva Asamblea, estaba ocupado recabando apoyo para una política de guerra contra las potencias europeas, una política tan arriesgada e ineficaz que me mostré de lo más elocuente cuando discutí con él sobre ese asunto.

Tengo bajo mi techo en Arcis a mi madre, mi padrastro, mi hermana soltera, Pierrette, mi vieja nodriza, mi tía abuela, mi hermana Anne-Madeleine, su marido Pierre y sus cinco hijos. En mi casa hay un constante ajetreo, pero me satisface poder ocuparme de mi familia. He firmado cinco contratos de compra de terrenos, incluyendo un terreno boscoso, he arrendado una granja y he comprado más ganado. Cuando estoy en Arcis, no siento deseos de regresar a París.

Mis amigos en la ciudad decidieron que debía presentar mi candidatura para un cargo público. Para ser más exactos, querían que ocupara el cargo de fiscal del Estado. No es un cargo de gran envergadura, pero mi candidatura era una forma de anunciar que había vuelto al ruedo político.

Para explicarme dicho plan, Camille y su esposa llegaron a Arcis cargados con unas bolsas repletas de recortes de prensa, cartas y panfletos, y los últimos rumores que circulan por la capital. Gabrielle saludó a Lucile con escaso entusiasmo. Estaba en el sexto mes de su embarazo, cansada y poco atractiva. Lucile, naturalmente, se presentó con un guardarropa completo de prendas adecuadas para el campo. Cada día está más guapa, pero, como dice Anne Madeleine, excesivamente delgada.

Mi familia, que consideraban a los parisienses parecidos a los pieles rojas, los recibieron educada pero fríamente. Luego, al cabo de un par de días, Anne Madeleine simplemente los agregó a sus cinco hijos, a quienes daba de comer cuando tenían hambre y llevaba a marchas forzadas por el campo para domesticarlos. Un día, después de cenar, Lucile comentó que creía estar embarazada. Mi madre miró a Camille y contestó que no le parecía probable. En aquel momento decidí que había llegado el momento de regresar a París.

—¿Cuándo regresarás a casa? —preguntó Anne Madeleine a su hermano.

—Dentro de unos meses, para que conozcáis al niño.

—Quiero decir para siempre.

—La situación del país…

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—En París ocupo una cierta posición.

—Sólo nos dijiste que eras abogado, Georges-Jacques.

—En el fondo es lo que soy.

—Supusimos que cobrarías unos honorarios muy elevados en París. Pensamos que debías ser el abogado más importante del país.

—No tanto.

—Pero eres un hombre importante. No sabíamos a qué te dedicabas.

—¿A qué me dedico? No hagas caso de Camille, exagera.

—¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—Tuviste que huir. ¿Qué sucederá la próxima vez cuando las cosas se compliquen? La gente como nosotros puede permanecer en la cumbre durante uno o dos años, pero la popularidad no es eterna.

—Nosotros pretendemos cambiar las cosas.

—¿No podrías regresar ahora? Tienes tierras, tienes cuanto deseas. Regresa con tu esposa y deja que tus hijos se críen con los míos, como debe ser, y trae a esa joven para que dé a luz aquí. ¿Ese niño es tuyo, Georges?

—¿El hijo de Lucile? Por supuesto que no.

—Lo digo por la forma en que la mirabas. ¿Cómo voy a saber lo que sucede en París?

Me presenté a las elecciones y fui derrotado por un hombre llamado Gerville. Al cabo de unos días Gerville fue nombrado ministro del Interior, lo cual me allanó el camino. En las siguientes elecciones mi rival fue Collot d’Herbois, un dramaturgo de escaso éxito, al que supongo que debo considerar mi camarada revolucionario. Puede que los electores duden de mi capacidad para ocupar el cargo, pero Collot posee el juicio de un perro rabioso. Obtuve una amplia mayoría.

Piensen lo que quieran. Mis rivales dicen, entre otras cosas, que la Corte influyó en mi victoria. Puesto que Luis Capeto conserva la prerrogativa de nombrar a sus ministros, es lógico que así fuera.

Para expresarlo de otro modo, dicen que «estoy en la nómina de la Corte». Es una afirmación un tanto vaga, una acusación imprecisa, y a menos que puedan aportar nombres, fechas y cifras concretas, no me siento obligado a hacer comentario alguno. Pero si le preguntan a Robespierre, les asegurará que soy un hombre íntegro. Hoy en día esa es la mejor garantía. Dado su conocido temor al dinero, lo llaman el Incorruptible.

Si mi figura les inspira simpatía, consideren una feliz coincidencia el

nombramiento de Gerville como ministro del Interior. En caso contrario, consuélense pensando que a mi amigo Legendre le ofrecieron una importante cantidad de dinero por cortarme el cuello. Me lo contó el mismo Legendre, lo que demuestra que debió ver ciertas ventajas a largo plazo que le llevaron a rechazar la sustanciosa oferta.

Mi nuevo salario resultó muy útil, y mi estatus como destacado funcionario público me dio prestigio. Supuse que mi mujer y yo podíamos gastar un poco de dinero sin levantar críticas (qué equivocado estaba), de modo que mantuve a Gabrielle ocupada durante las últimas semanas de su embarazo eligiendo alfombras, una nueva vajilla y un nuevo servicio de té para nuestra vivienda, que acabamos de redecorar.

Pero imagino que no les interesan los detalles sobre nuestra nueva mesa de comedor, sino saber quiénes ocupan los escaños de la nueva Asamblea. Abogados, por supuesto. Terratenientes, como yo mismo. A la derecha, los partidarios de Lafayette. En el centro, un nutrido grupo independiente. A la izquierda están los que nos interesan. Mi buen amigo Hérault de Séchelles es diputado, y hemos reclutado a unos cuantos hombres para el Club de los Cordeliers. Brissot está entre los elegidos para París, y muchos de sus amigos aspiran a ocupar importantes cargos públicos.

Debo hacer una aclaración sobre los «amigos de Brissot». Es incorrecto llamarlos así puesto que muchos de ellos no pueden ver a Brissot ni en pintura. Pero formar parte «del grupo de Brissot» constituye una etiqueta que nos resulta muy útil. En la vieja Asamblea, Mirabeau solía señalar a la izquierda y gritar: «¡Silencio, esas sucias voces!». Robespierre me confió un día que convendría que todos los «amigos de Brissot» se sentaran juntos en el Club de los Jacobinos, de modo que nosotros pudiéramos hacer lo mismo.

¿Queremos silenciarlos? No lo sé. Si pudiéramos resolver de una vez por todas el absurdo dilema de guerra o paz —lo cual no es sencillo— apenas existiría nada que nos dividiera. Hay un gran número de hombres excepcionales de la región de la Gironda, entre ellos los abogados más importantes de Burdeos. Pierre Vergniaud es un excelente orador, el mejor de la Asamblea, si bien posee un tipo de oratoria un tanto anticuada, muy distinta de nuestro agresivo estilo.

Como es lógico, los «amigos de Brissot» están también fuera de la Asamblea. Está Pétion —que actualmente ocupa el cargo de alcalde, como ya he dicho— y Jean-Baptiste Louvet, el novelista, que ahora escribe para varios periódicos, y supongo que recordarán a François Buzot, el joven taciturno que se sentaba con Robespierre en el extremo izquierdo de la vieja Asamblea. Entre ellos poseen varios periódicos, así como numerosos cargos de influencia en la Comuna y en el Club de los Jacobinos. No alcanzo a comprender qué hacen con Brissot, a menos que necesiten su energía nerviosa como fuerza motriz. Está aquí, allá, expresa una opinión instantánea, ofrece un apresurado análisis, redacta un editorial en un abrir y cerrar de ojos. Siempre se halla ocupado organizando un comité, lanzando un proyecto, trazando un plan, siguiendo la pista de algo, sin descansar un instante. Un día vi a Vergniaud, un

hombre alto y sosegado, observándolo bajo sus pobladas cejas mientras dejaba escapar un suspiro de cansancio. Lo entiendo perfectamente. En ocasiones, Camille también me agota. Pero debo reconocer que Camille, incluso en las circunstancias más difíciles, sabe hacerme reír. Incluso es capaz de hacer reír al Incorruptible. Sí, lo he visto con mis propios ojos, y Fréron asegura que él también ha visto al Incorruptible reír a mandíbula batiente mientras por sus mejillas se deslizaban unos gruesos lagrimones.

No pretendo insinuar que el grupo de Brissot constituya algo tan definitivo como un partido. Pero se ven con frecuencia y llevan una intensa vida «de salón». El verano pasado solían reunirse en casa de un viejo estúpido llamado Roland, un provinciano casado con una mujer bastante más joven que él. Su esposa resultaría pasablemente atractiva de no ser por su incesante ardor. Es el tipo de mujer a la que gusta rodearse de muchachos jóvenes y coquetear con ellos para suscitar sus celos. Es probable que ponga los cuernos a su marido, aunque dudo que sea ese su objetivo principal. No son sus apetitos carnales los que desea satisfacer. Al menos, eso creo. Por fortuna, no la conozco bien.

Robespierre cenaba con frecuencia en casa de los Roland, por lo que deduzco que son gente altruista. Un día le pregunté si solía llevar la voz cantante en las conversaciones, a lo que respondió: «No pronuncio una palabra; me limito a permanecer sentado en un rincón, mordiéndome las uñas». Tiene sus momentos, este Maximilien.

Vino a visitarme a principios de diciembre, poco después de regresar de Arras.

—Espero no importunarte —dijo, asomándose tímidamente al cuarto de estar para cerciorarse de que no había nadie con quien no deseaba toparse—. ¿Te importa que haya traído al perro?

Yo me apresuré a retirar la mano que había apoyado sobre su hombro.

—Me sigue a todas partes —dijo a modo de disculpa.

El perro —que tenía el tamaño de un pequeño asno— se tumbó a sus pies, con la cabeza apoyada entre las patas, sin apartar los ojos de su amo. Era blanco con manchas negras y se llamaba Brount.

—Lo tenía en el campo —dijo Maximilien—. Decidí traerlo a París porque Maurice Duplay quiere que tenga un guardaespaldas y no me gusta la idea de que un tipo me siga a todas partes. Supuse que el perro…

—Has hecho bien —respondí.

—Está muy bien educado. ¿De veras crees que es una buena idea?

—Claro. Al fin y al cabo, yo utilizo a Legendre.

—Cierto —dijo Maximilien, moviéndose inquieto en el sillón. El perro levantó las orejas. Max no sabe captar mi sentido del humor—. Es cierto que existía una conspiración para asesinarte.

—Imagino que más de una.

—No te dejes intimidar por ellos, Danton. Siento un profundo respeto por ti.

Lo miré atónito. No esperaba semejante confesión. Luego charlamos un rato sobre su estancia en Arras. Me habló sobre su hermana Charlotte, que es su más devota seguidora en público, pero que en privado no deja de meterse con él. Era la primera vez que me hablaba sobre su vida personal. Lo que sabía de él me lo había contado Camille. Supongo que al regresar a París y comprobar que los nuevos líderes son unos desconocidos, me considera un viejo camarada de armas. Yo me consolé pensando que me había perdonado por los chistes que hacía a sus expensas cuando rompió su compromiso con Adèle.

—¿Qué te parece la nueva Asamblea? —le pregunté.

—Supongo que es mejor que la anterior —contestó secamente.

—Pero…

—Esos tipos de Burdeos parecen muy pagados de sí mismos. No alcanzo a comprender sus motivaciones —contestó Max. Acto seguido se puso a hablar de Lazare Carnot, un militar al que había conocido hacía años y que actualmente es diputado; Carnot es el primer soldado al que le oía ensalzar, y probablemente el único—. ¿Conoces a Couthon?

En efecto, lo conocía. Couthon es inválido y tiene a un sirviente que lo pasea en una silla de ruedas; cuando tropiezan con unos escalones, el sirviente lo transporta sobre sus espaldas. Luego, un alma caritativa acerca la silla y el sirviente instala de nuevo en ella al pobre Couthon. Pese a ser inválido, ha gozado, como Robespierre, de una brillante carrera como abogado de los pobres. Couthon está paralítico y sufre constantes dolores, pero Robespierre asegura que eso no le ha amargado. Sólo Robespierre podría creerlo.

Temía, según me confesó, a los partidarios de la guerra, es decir, a los «amigos de Brissot».

—Acabas de regresar de Inglaterra, Danton. ¿Crees que se proponen luchar contra nosotros?

Le aseguré que sólo lo harían si les provocábamos.

—¿No crees que una guerra sería desastrosa, Danton?

—Sin duda. No tenemos dinero. Nuestro Ejército está dirigido por unos aristócratas cuyas simpatías se inclinan hacia el enemigo. Nuestra Marina es una calamidad. Vivimos en un clima de disensión política.

—La mitad de nuestros oficiales, o quizá más, han emigrado. Si estalla la guerra, tendrán que luchar los campesinos con azadones. O con picas, si disponemos del dinero para comprarlas.

—Es posible que beneficie a algunos —observé yo.

—Sí, a la Corte. Creen que el caos provocado por la guerra nos obligará a apoyarnos de nuevo en la monarquía, y que cuando nuestra Revolución haya quedado aplastada volveremos a ellos de rodillas, implorándoles que nos ayuden a olvidar que una vez fuimos libres. Si consiguieran eso, ¿qué les importaría que las tropas prusianas quemaran nuestras casas y asesinaran a nuestros hijos? Al contrario, les

produciría una inmensa satisfacción.

—Robespierre…

Pero era imposible detenerlo.

—De modo que la Corte apoyará la guerra, incluso en contra de la camarilla de María Antonieta. Hay hombres en la Asamblea, que se llaman patriotas, dispuestos a aprovechar la menor oportunidad para distraer la atención de la lucha revolucionaria.

—¿Te refieres a los hombres de Brissot?

—Sí.

—¿Por qué crees que pretenden, según dices, distraer la atención de la lucha revolucionaria?

—Porque temen al pueblo. Quieren contener la Revolución, sofocarla, porque temen que el pueblo ejerza su voluntad. Desean una revolución que satisfaga sus propios intereses. Quieren forrarse los bolsillos. La gente quiere la guerra porque saca provecho de ella.

Sus palabras me dejaron perplejo. No es que yo no hubiera pensado en ello, pero me asombraba que Robespierre, tan puro y noble, hubiera llegado a la misma conclusión.

—Hablan —dije— de una cruzada para traer la libertad a Europa. De que tenemos el deber de difundir el evangelio de la fraternidad.

—¿Difundir el evangelio? ¿Quién quiere a unos misioneros armados?

—Eso me pregunto yo.

—Hablan como si les preocupara el bienestar del pueblo, pero acabarían convirtiéndose en una dictadura militar.

Yo asentí. Maximilien tenía razón, pero no me gustó la forma en que se expresaba; hablaba como si se tratara de un hecho incontestable.

—¿No crees que Brissot y sus amigos obran de buena fe? Creen que una guerra uniría al país, consolidaría la Revolución y haría que el resto de Europa nos dejara en paz.

—¿Lo crees tú? —respondió Robespierre.

—Personalmente, no.

—¿Acaso te consideras un imbécil? ¿Lo soy yo?

—No.

—La cosa no puede estar más clara. Dada la situación de Francia, pobre y desarmada, la guerra significa la derrota. La derrota significa o un dictador militar que salvará lo que pueda y establecerá otra tiranía, o el hundimiento total y el regreso de una monarquía absoluta. Podría significar ambas cosas, una después de la otra. Al cabo de diez años no quedaría uno solo de nuestros logros, y para tus hijos la libertad representaría tan sólo el sueño de un anciano. Ten por seguro que eso es lo que sucederá, Danton. Nadie puede afirmar honradamente lo contrario. Si insisten en afirmarlo, no son honrados, no son patriotas, y su política de guerra es una conspiración contra el pueblo.

—Es lo mismo que acusarlos de traidores.

—En efecto. Unos traidores en potencia. Por consiguiente, debemos reforzar nuestra postura contra ellos.

—En caso de que pudiéramos ganar la guerra, ¿estarías a favor de ella?

—Detesto la guerra —contestó Robespierre, esbozando una sonrisa forzada—. Detesto todo tipo de violencia innecesaria. Detesto incluso las discusiones, las disensiones entre la gente, aunque sé que son inevitables. —Hizo un pequeño gesto como para borrar toda controversia—. ¿Te parezco poco razonable, Georges-Jacques?

—No, lo que dices es lógico. Pero… —No sabía cómo terminar la frase.

—La derecha trata de hacerme pasar por fanático. Al fin conseguirán convertirme en un fanático.

Robespierre se levantó para marcharse. El perro se incorporó de un salto y me miró con cara de pocos amigos cuando estreché la mano de su amo.

—Me gustaría charlar contigo de manera informal —dije—. Estoy cansado de hablar en sitios públicos, de no tener ocasión de conocerte mejor. Ven a cenar esta noche.

—Te lo agradezco —respondió—, pero estoy muy ocupado. Podemos vernos en casa de Maurice Duplay.

Tras esas palabras se marchó, el hombre razonable, mientras su perro le seguía escaleras abajo gruñendo en la penumbra.

Me sentía deprimido. Cuando Robespierre dice que detesta la idea de la guerra, se trata de una reacción emocional, a las cuales no soy inmune. Comparto su desconfianza hacia los soldados; somos recelosos y envidiosos como sólo pueden serlo los escritores. Día a día, el movimiento en favor de la guerra adquiere mayor intensidad. Debemos ser los primeros en atacar, dicen, antes de que nos ataquen. En cuanto comiencen a batir los tambores, será imposible razonar con ellos. Confieso que si debo asumir una postura contra corriente, prefiero hacerlo junto a Robespierre. Puede que bromee a expensas suyas, pero conozco su energía y su honestidad.

Sin embargo… Cuando siente algo en su corazón, se sienta para descifrar la lógica de ese sentimiento en su mente. Luego nos asegura que la parte mental fue anterior a la otra, y nosotros le creemos.

Fui a verlo a casa de Duplay, pero primero envié a Camille a echar un vistazo. El maestro carpintero lo había ocultado cuando estaba en peligro, y todos supusimos que cuando la situación se normalizara, etcétera…, pero lo cierto es que se quedó en su casa.

Tras cerrar la puerta que daba a la rue Saint-Honoré, entré en casa de Duplay, un lugar tranquilo, casi rural. El patio estaba lleno de operarios, pero estos se movían discretamente y soplaba una brisa fresca y pura. Maximilien ocupaba una habitación en la primera planta, sencilla pero agradable. No me fijé en los muebles, supongo que no tendrían nada de particular. Cuando fui a verlo me mostró una amplia estantería, nueva y bien acabada, aunque algo tosca.

—Me la ha hecho Maurice —dijo con aire de satisfacción.

Examiné los libros. Prácticamente todas las obras de Jean-Jacques Rousseau, junto a otros autores modernos y unas viejas ediciones de Cicerón y Tácito. Me pregunté si en caso de que estallara la guerra tendría que ocultar mis volúmenes de Shakespeare y Adam Smith. Deduje que Robespierre no lee otra lengua moderna que la suya, lo cual es una lástima. A Camille las lenguas modernas no le merecen el menor respeto; está estudiando hebreo y busca a alguien que le dé clases de sánscrito.

Camille me había advertido sobre los Duplay.

—Son… una gente… espantosa —dijo. Pero aquel día fingía ser Hérault de Séchelles, de modo que no le hice caso—. En primer lugar está Maurice, el paterfamilias. Tiene entre cincuenta y cincuenta y cinco años, es calvo y terriblemente serio. Temo que sólo consiga sacar lo peor de nuestro querido Robespierre. La mujer es extraordinariamente poco agraciada. Luego hay un hijo llamado también Maurice, y un sobrino, Simón, ambos jóvenes y completamente imbéciles.

—Háblame de las tres hijas —dije—. ¿Son atractivas?

Camille soltó un aristocrático gemido.

—Victoire parece un mueble. No abrió la boca…

—No me sorprende. Cuando te pones hablar no hay quien meta baza —contestó Lucile con aire divertido.

—Luego está la pequeña, Elisabeth —la llaman Babette—, que resulta tolerable si te gustan las bobaliconas. Y por último está la mayor, que me siento incapaz de describir.

No era cierto, por supuesto. Al parecer, Eléonore era una joven feúcha, simple y pretenciosa; estudiaba bellas artes con David, y prefería el clásico nombre de «Cornélia» al suyo propio. Confieso que ese detalle me pareció risible.

A fin de redondear el cuadro, Camille comentó que las cortinas de la habitación de Robespierre parecían estar hechas con uno de los viejos vestidos de la señora Duplay, pues eran del tipo de tejido que una mujer como ella elegiría para su vestimenta personal. Camille siguió hablando de los Duplay durante varios días, pero no conseguí sacar nada en limpio.

Supongo que son buena gente, que se han esforzado en alcanzar una posición acomodada. Duplay es un ferviente patriota que no teme hablar claro en el Club de los Jacobinos, aunque no se jacta de ello. Maximilien parece sentirse a gusto en su casa. En cuanto pudo abandonó su cargo de fiscal del Estado, aduciendo que le impedía ocuparse de otros trabajos. Actualmente no tiene despacho, ni sueldo, y deduzco que debe vivir de sus ahorros. Tengo entendido que ciertos patriotas ricos y desinteresados le remiten de vez en cuando dinero, que él, por supuesto, se apresura a devolver junto con una nota de agradecimiento.

En cuanto a las hijas, la que según Camille parece un mueble es muy tímida, y Babette posee cierto atractivo adolescente. Reconozco que Eléonore…

Procuran que Robespierre se sienta a gusto en su casa, de lo que me alegro sinceramente. Es un confort un tanto austero comparado con el nivel al que estamos acostumbrados; me temo que hace que mostremos nuestro lado menos favorable cuando nos burlamos de los Duplay y, según dice Camille, de su «comida buena y sencilla, y sus hijas simples y feas».

Posteriormente observé algo extraño en el ambiente de aquella casa. Algunos de nosotros nos reímos cuando los Duplay empezaron a coleccionar retratos de su nuevo hijo para decorar sus paredes, y Fréron me preguntó si no me parecía extraordinariamente vanidoso por parte de Robespierre el permitirlo. Supongo que a todos nos gusta que nos hagan nuestro retrato, incluso a mí, que no soy precisamente el sueño de un pintor. Pero eso era distinto. Cuando me sentaba con Robespierre en el pequeño cuarto de estar, donde a veces recibía a las visitas, me sentía observado no sólo por su persona en carne y hueso sino por multitud de imágenes pintadas al óleo, dibujadas al carbón y bustos tridimensionales en barro cocido. Cada vez que iba a verlo —lo que no sucedía a menudo— me encontraba con un nuevo retrato suyo. Me sentía francamente incómodo, no sólo por los retratos y a los bustos sino por la forma en que los Duplay lo miraban. Comprendo que se sintieran orgullosos de alojar en su casa a un personaje famoso, pero me chocaba que todos ellos, el padre, la madre, el joven Maurice, Simón, Victoire, Eléonore y Babette lo contemplaran con auténtica devoción. Yo que él me preguntaría qué pretende esa gente de mí y qué perdería si se lo concedo.

Toda melancolía que pudiéramos sentir hacia fines de 1791 quedó disipada por la continua y divertida comedia que representa el abogado Desmoulins ante los tribunales.

Él y Lucile gastan mucho dinero, aunque, como la mayoría de los patriotas, tienen pocos sirvientes y se han desembarazado del carruaje para no ser criticados. (Yo sí tengo un carruaje; confieso que el confort personal me preocupa más que la aprobación de las masas). ¿Que qué hacen con el dinero? Invitan con frecuencia a cenar a sus amigos; Camille es aficionado al juego, y Lolotte lo gasta en las cosas en que suelen gastarlo las mujeres. Sin embargo, el regreso de Camille al ejercicio de la abogacía se debió no tanto a la falta de dinero como a la necesidad de exhibirse en una nueva arena.

En los viejos tiempos, Camille afirmaba que su tartamudeo era un serio obstáculo en su profesión. Hasta que uno se acostumbraba a ello puede resultar violento, irritante o embarazoso. Pero, como bien dice Hérault, Camille ha conseguido arrancar unos sorprendentes veredictos a los aturullados jueces. En más de una ocasión he observado que el tartamudeo de Camille aparece y desaparece. Desaparece cuando está enojado o desea hacer hincapié en algo; aparece cuando cree que alguien pretende abusar de su buena fe, o cuando desea demostrar que es una buena persona, aunque un tanto torpe. Al cabo de ocho años de amistad, en ocasiones asume esa actitud conmigo y espera que yo le crea, lo cual demuestra su natural optimismo. No

sin cierto éxito, debo confesarlo; hay días en que me divierte tanto su fingida torpeza que incluso le abro las puertas.

Todo transcurrió normalmente hasta Año Nuevo, cuando Camille se hizo cargo de la defensa de la pareja implicada en el asunto del casino del Passage Radziwill. Camille protestó por la injerencia del Estado en lo que consideraba una cuestión moral estrictamente privada; no sólo dio a conocer públicamente su opinión sino que la exhibió en unas pancartas colocadas en toda la ciudad. Brissot —un hombre con una lamentable vocación de entrometido, tanto en su filosofía política como en su vida privada— se sintió indignado por el asunto. Atacó a Camille verbalmente y ordenó a uno de sus colaboradores que lo atacara en la prensa. Camille declaró que hundiría a Brissot.

—Escribiré su autobiografía —dijo—. No necesito adornar los hechos. Es un plagiario y un espía, y si hasta ahora no he hecho esas revelaciones ha sido por sentimentalismo y un profundo sentido de la amistad.

—Mentira —respondí—. No lo has hecho por temor a lo que él pudiera revelar sobre ti.

—Cuando lo haya aplastado… —dijo Camille.

Llegados a este punto, decidí intervenir. Puede que no estemos de acuerdo en la cuestión de la guerra, pero si queremos alcanzar un poder político formal, debemos reconocer que nuestros aliados naturales son Brissot y los hombres de la Gironda.

Permítanme arrojar más luz sobre la vida privada de Camille. La promesa de fidelidad a Lucile duró unos tres meses, aunque por sus vagas afirmaciones deduzco que no está enamorado de otra mujer y que volvería a hacer lo que hizo para casarse con ella. Ni él ni ella muestran la típica frialdad de las personas que están aburridas la una de la otra; por el contrario, dan la impresión de una joven pareja acomodada, pletórica de vitalidad, que se divierte de lo lindo. A Lucile le gusta ejercer sus poderes sobre todos los hombres atractivos, e incluso sobre los que, como yo, no podemos ser descritos como tales. Tiene a Fréron y a Hérault embelesados. ¿Recuerdan ustedes al general Dillon, al romántico irlandés tan amigo de Camille? En ocasiones Camille lo lleva a casa después de una partida —el general comparte su pasión por el juego— y se lo entrega a Lucile como si fuera el más maravilloso regalo, lo cual es cierto, pues Dillon, junto con Hérault, es considerado uno de los hombres más apuestos de París, además de elegante, amable y educado. Aparte de la satisfacción que proporciona a Lucile coquetear con sus admiradores, imagino que alguien —tal vez la perversa Rémy— la ha asegurado que el medio de retener a un marido infiel es darle celos. Si esa es su idea, ha fracasado estrepitosamente. Fíjense en esta conversación:

LUCILE: Hérault trató de besarme.

CAMILLE: No me extraña, has estado coqueteando con él. ¿Dejaste que lo hiciera?

LUCILE: No.

CAMILLE: ¿Por qué?

LUCILE: Porque tiene papada.

¿Qué son entonces? ¿Una simpática, fría y amoral pareja que ha decidido no complicarse mutuamente la vida? No es eso lo que ustedes pensarían si vivieran en nuestra calle, ni lo que pensarían si vivieran en la casa de al lado. A mi juicio han apostado muy alto y ambos vigilan al otro esperando que le fallen los nervios y abandone la partida. Lo cierto es que cuantos más admiradores colecciona Lucile, más parece divertirse Camille. ¿Por qué? Me temo que tendrán ustedes que suplir con su imaginación las deficiencias de la mía. Al fin y al cabo, ya deberían conocerlos.

En cuanto a mí, bueno, espero que les guste mi esposa, a quien la mayoría de la gente encuentra encantadora. Nuestras pequeñas actrices —Rémy y sus amigas— son tan acomodaticias y agradables que Gabrielle puede permitirse el lujo de ignorarlas. Jamás cruzan el umbral de esta casa. Por otra parte, ¿de qué podría acusarlas Gabrielle? No son unas prostitutas, ni mucho menos; se escandalizarían si les ofrecieran dinero. Lo que les gusta es salir y que les hagan regalos, y ser vistas del brazo de personajes cuyos nombres aparecen en la prensa. Como suele decir mi hermana Anne Madeleine, las personas como nosotros tenemos nuestro momento, y cuando ese momento pase y nos olviden, se pasearán del brazo de otros hombres. Me gustan esas chicas. Porque me gustan las personas que no se hacen ilusiones.

Tengo que hablarles un día de Rémy, siquiera como un gesto de amistad hacia Fabre, Hérault y Camille.

Debo decir, en mi descargo, que durante mucho tiempo fui fiel a Gabrielle; pero en estos tiempos no abunda la fidelidad. Recuerdo con frecuencia todo lo que hemos vivido juntos, el profundo y sincero amor que siento hacia ella; la amabilidad de sus padres, y el niño que enterramos. Pero también recuerdo su tono de frío reproche, sus impenetrables silencios. Un hombre tiene que realizar el trabajo que se le ha encomendado, y debe hacerlo como juzgue conveniente, y (al igual que las actrices) debe adaptarse a los tiempos en que vive; Gabrielle esto no lo comprende. Lo que me enoja es su aire de víctima. Dios sabe que jamás la he maltratado.

Así pues, frecuento a algunas actrices y amigas del duque. Quizá crean ustedes que presumo de conquistador. Con la señora Elliot mantengo simplemente una relación de negocios. Hablamos de política, de política inglesa aplicada a los asuntos de Francia. Pero últimamente he observado un calor especial en el tono de voz y en la mirada de Grace. Es una consumada actriz; no creo que me encuentre insoportable.

Con Agnès es distinto. La visito cuando el duque se halla fuera de la ciudad. Cuando el duque sospecha que me gustaría ver a Agnès, se ausenta de la ciudad. Es un arreglo que funciona a las mil maravillas, tanto es así que parece urdido por el propio Laclos, salvo que este ha caído en desgracia y se encuentra exiliado en provincias. ¿Pero por qué tendría que dejarse conquistar la amante de un príncipe de la sangre —un auténtico personaje de novela— por un abogado que goza de pésima reputación, gordo y feo como el pecado?

Porque el duque prevé que en el futuro necesitará a un amigo: a Danton.

Sin embargo, confieso que me cuesta dejar de pensar en Lucile. Es una muchacha llena de pasión, sentido del humor e inteligencia. Ella tampoco goza de buen nombre. Todos creen que es mi amante, y no tardará en serlo; a diferencia de sus otros admiradores, no tolero que se burlen de mí.

Dentro de unas semanas Gabrielle me dará otro hijo. Celebraremos el feliz acontecimiento y nos reconciliaremos, lo cual significa que Gabrielle aceptará la situación. Cuando Lucile haya tenido el niño —que es hijo de su marido—, Camille y yo llegaremos a un acuerdo, lo cual no nos resultará demasiado difícil. Creo que 1792 será probablemente mi año.

En enero pasaré a ocupar el cargo de fiscal del Estado.

Confío en tener ocasión de volver a dialogar con ustedes.

III. *Tres cuchillas, dos de reserva*

(1791-1792)

LUIS XVI A FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA

Señor, he escrito al Emperador, a la emperatriz de Rusia y a los reyes de España y Suecia para proponerles un congreso de las principales potencias de Europa, respaldado por una fuerza armada, como medio de controlar a las facciones que han brotado aquí, restablecer el orden e impedir que el mal que nos atormenta se apodere de otros estados europeos. Confío en que Su Majestad mantendrá esta iniciativa mía en el más estricto secreto.

J.-P. BRISSOT AL CLUB DE LOS JACOBINOS, 16 DE DICIEMBRE DE 1791

Un pueblo que ha alcanzado la libertad al cabo de doce siglos de esclavitud necesita una guerra para consolidarse.

MARÍA ANTONIETA A AXEL VON FERSEN

Son unos imbéciles. No comprenden que eso nos beneficiaría.

Gabrielle empezó a sentir los dolores de parto en plena noche, una semana antes de lo previsto. Georges-Jacques la oyó levantarse, y al abrir los ojos la vio junto a su cama.

—Ya ha empezado —dijo Gabrielle—. Avisa a Catherine. No creo que el niño tarde en nacer.

Georges se incorporó y la abrazó. La luz de las velas se reflejaba en el cabello oscuro de Gabrielle. Ella le acarició la cabeza y murmuró:

—Te lo ruego, confío en que después de esto todo vaya bien.

¿Cómo habían llegado las cosas a estos extremos? Georges-Jacques lo ignoraba.

—Tienes frío —dijo—, estás helada.

La ayudó a acostarse y la arropó con la colcha. Luego se dirigió al salón y echó unos troncos en la chimenea para avivar el fuego.

Georges comprendió que sobraba. En estos momentos Gabrielle necesitaba al

médico y a la comadrona, a Angélique y a la señora Gély, su vecina del piso de arriba. Antes de salir de la habitación, Georges se volvió para mirar a Gabrielle mientras Louise Gély, sentada en la cama, le trenzaba el pelo. Georges preguntó a su madre si le parecía oportuno que la niña presenciara el parto. Pero Louise le oyó y contestó:

—Desde luego que es oportuno, señor Danton. Pero aunque no lo fuera, todas las mujeres tenemos que pasar por ello, y ya tengo catorce años.

—Cuando hayas cumplido cuarenta —replicó su madre—, podrás hacer lo que quieras. Vete a la cama.

Georges se inclinó sobre su esposa, la besó y le acarició la mano. Luego retrocedió para dejar pasar a Louise, pero la niña le rozó al pasar y le miró sonriendo.

Al fin amaneció. Hacía frío, y al llegar al mundo su hijo soltó un penetrante berrido mientras la nieve batía sobre la ventana y el gélido viento barría las calles desiertas.

El 9 de marzo falleció el emperador Leopoldo. Durante un par de días, hasta que el nuevo Emperador dio a conocer sus opiniones, la paz parecía posible.

—La Bolsa ha subido —dijo Fabre.

—¿Acaso te interesa la Bolsa?

—He invertido algún dinero.

—¿Qué? —exclamó la Reina—. ¿Huir en el carruaje de la hija de Necker? ¿Refugiarnos en el campamento de Lafayette? Es ridículo.

—Dicen que es nuestra última oportunidad, señora —contestó el Rey—. Mis ministros me aconsejan…

—Vuestros ministros están locos.

—Podría ser peor. Todavía tratamos con caballeros.

—No podría ser peor —replicó enérgicamente la Reina.

El Rey la miró con tristeza y dijo:

—Si esta Administración cae…

Y cayó.

21 de marzo.

—¿Creéis que seréis capaz de mantener este Gobierno a flote, Dumouriez? —inquirió el Rey. No dejaba de pensar que ese hombre había pasado dos años en la Bastilla. Charles Dumouriez inclinó la cabeza—. No debemos… —se apresuró a decir el Rey—. Sé que sois un jacobino. Me consta. (¿Quién sugerís, señora?).

—Señor, soy un soldado —respondió Dumouriez—. Tengo cincuenta y tres años.

Siempre he servido a Vuestra Majestad fielmente. Soy uno de los más leales súbditos de Vuestra Majestad y…

—Sí, sí —contestó el Rey.

—… yo ocuparé el cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Conozco bien Europa. He servido en calidad de agente de Vuestra Majestad…

—No dudo de vuestras aptitudes, general.

Dumouriez suspiró. Antes, el Rey te dejaba al menos terminar la frase. A Luis ya no le interesaban los asuntos de Estado, le aburrían los detalles. Interrumpía continuamente a sus ministros, les dejaba con la palabra en la boca. Si querían salvar a los Reyes, era mejor que estos no conocieran los pormenores.

Dumouriez temía que rechazaran su plan, como habían rechazado el de Lafayette.

—Para ministro de Finanzas, Clavière —dijo.

—Era amigo de Mirabeau —observó el Rey secamente. Dumouriez no sabía si ello significaba que le caía bien o no—. ¿Y para la cartera de Interior?

—Es complicado. Los mejores hombres están en la Asamblea, y los diputados no pueden ser ministros. Os ruego que me concedáis un día.

El Rey asintió. Dumouriez se inclinó de nuevo.

—General… —dijo el Rey con un tono muy poco majestuoso. Dumouriez, un hombre de baja estatura pero de aspecto elegante, se volvió—. No estaréis contra mí, ¿verdad?

—¿Contra vos, Majestad? ¿Lo decís porque asisto a las reuniones de los jacobinos? —Dumouriez trató de mirar a Luis a los ojos, pero este tenía la vista clavada a su izquierda—. Las facciones tan pronto surgen como desaparecen. La lealtad es una tradición que siempre persistirá.

—Desde luego —respondió Luis distraídamente—. Aunque no considero que los jacobinos sean una facción sino más bien un poder… Antes teníamos a la Iglesia dentro del Estado, ahora tenemos ese club. ¿De dónde proviene ese Robespierre?

—Creo que de Artois, señor.

—Me refiero en un sentido más profundo… ¿De dónde proviene? —insistió Luis con tono impaciente. De los dos hombres, parecía el más viejo—. Os he reconocido enseguida. Sois lo que llamamos un aventurero. El señor Brissot es un caprichoso, le gusta seguir las modas de la época. Y el señor Danton es uno de esos brutales demagogos que hallamos en nuestros libros de historia. Pero el señor Robespierre… Me gustaría saber qué pretende. Quizá podría concedérselo.

El general Dumouriez se inclinó nuevamente y salió de la habitación sin que Luis reparara en ello.

En el otro extremo del pasillo, Brissot esperaba a su general favorito.

—Tienes tu Gobierno —dijo Dumouriez.

—Pareces deprimido —respondió Brissot—. ¿Ha sucedido algo?

—No, sólo que el Rey me ha colgado unos cuantos epítetos.

—¿Te ha ofendido? No está en situación de hacerlo.

—No he dicho que me haya ofendido.

Los dos hombres se miraron durante unos segundos, recelando el uno del otro. Luego Dumouriez tocó a Brissot en el hombro y dijo con aire desenfadado:

—Un ministerio jacobino, querido amigo. Algo que hasta hace poco parecía impensable.

—¿No habéis hablado sobre la guerra?

—No me pareció oportuno forzar el asunto. Pero creo que puedo garantizarte que las hostilidades estallarán dentro de un mes.

—Tiene que haber guerra. El mayor desastre sería la paz. ¿No estás de acuerdo?

Jugueteando con el bastón que sostenía entre las manos, Dumouriez contestó:

—¿Cómo no voy a estarlo? Soy un soldado. Debo pensar en mi carrera. Es una magnífica oportunidad para resolver algunas cosas.

—Inténtalo —dijo Vergniaud—. La Corte se llevará un buen susto. Me entusiasma la idea.

—Robespierre… —dijo Brissot.

Robespierre se detuvo.

—Hola, Vergniaud. Pétion. Brissot. —Tras nombrarlos a todos, parecía satisfecho.

—Queremos hacerte una propuesta.

—Conozco vuestras propuestas. Nos proponéis convertirnos de nuevo en esclavos.

Pétion alzó la mano para aplacarlo. Estaba más gordo que cuando Robespierre lo había conocido, y su rostro exhibía una expresión de triunfo.

—Creo que no es necesario que perdamos el tiempo debatiendo en la cámara —sugirió Vergniaud—. Podríamos mantener conversaciones privadas.

—No deseo mantener conversaciones privadas.

—Créeme, Robespierre —dijo Brissot—, nos gustaría que nos apoyaras en el tema de la guerra. La intolerable injerencia en nuestros asuntos internos…

—¿Por qué os empeñáis en luchar contra Austria e Inglaterra, cuando nuestro enemigo está en casa?

—¿Quieres decir allí? —inquirió Vergniaud señalando con la cabeza hacia los aposentos del Rey, en las Tullerías.

—Sí, allí, aparte de todos los que nos rodean.

—Con nuestros amigos en el ministerio —dijo Pétion—, no nos resultará difícil ocuparnos de ellos.

—Debo irme —dijo Robespierre, alejándose apresuradamente.

—Se está volviendo morbosamente receloso —observó Pétion—. Antes éramos

amigos. Para decirlo sin rodeos, temo que acabe perdiendo la razón.

—Tiene muchos partidarios —dijo Vergniaud.

Brissot siguió a Robespierre y lo agarró por el codo.

—Un buen cazador de ratas —observó Vergniaud.

—¿Qué? —preguntó Pétion.

Brissot caminaba apresuradamente tras Robespierre.

—Hablábamos del ministerio, Robespierre. Te ofrecemos un cargo.

Robespierre se soltó y se alisó la manga de la casaca.

—No quiero ningún cargo —contestó sombríamente—. No existe ningún cargo que me convenga.

—¿En el cuarto piso? —preguntó Dumouriez—. ¿Es tan pobre ese Roland que vive en un cuarto piso?

—En París todo está muy caro —respondió Brissot a la defensiva, jadeando por el esfuerzo.

—No tenías que seguirme corriendo si eso te fatiga —dijo Dumouriez con tono irritado—. Te hubiera esperado. No tengo intención de entrar solo. ¿Estás seguro de que debemos hacerlo?

—Es un excelente administrador… —contestó Brissot, tratando de recuperar el resuello— con un impecable expediente de servicios… y unas opiniones muy juiciosas… y una esposa… grandes aptitudes… una absoluta entrega… a nuestros objetivos.

—Comprendo —dijo Dumouriez. No creía que tuvieran muchos objetivos en común.

Les abrió la puerta Manon. Estaba un poco despeinada, y había pasado un día muy aburrido.

El general le besó la mano con la caballerosidad del viejo régimen.

—¿Está en casa su marido? —inquirió.

—Está acostado.

—Creo que podemos hablar con la señora —dijo Brissot.

—Yo creo que no —replicó Dumouriez. Luego se giró hacia ella y añadió—: Tenga la bondad de ir a despertarlo. Queremos hacerle una proposición que creo le interesará. —Se detuvo y echó un vistazo alrededor de la habitación—. Tendrían que mudarse. Si lo desea, querida señora, puede empezar a empaquetar su vajilla y las pertenencias.

—No es posible —dijo Manon. Tenía un aspecto muy juvenil y estaba a punto de romper a llorar—. Te burlas de mí. No te creía capaz de hacerme eso.

El rostro de su marido presentaba un tono menos ceniciento que de costumbre.

—Querida, no creo que el señor Brissot esté dispuesto a bromear con un tema tan serio como la composición de su Gobierno. El Rey me ha ofrecido el Ministerio del Interior. Nosotros…, yo he aceptado.

Vergniaud también estaba acostado, en casa de la señora Dodun, en el número 5 de la Place Vendôme. Pero se levantó para recibir a Danton. Por lo que sabía de Danton era un hombre admirable, salvo que trabajaba demasiado.

—Pero ¿por qué ese tal Roland? —preguntó Danton.

—Porque no había otro —contestó Vergniaud con tono fatigado. Estaba aburrido del tema. Estaba cansado de que la gente le preguntara quién era Roland—. Porque es dócil y fácil de manipular. Tiene fama de discreto. ¿A quién hubieras elegido tú? ¿A Marat?

—Los Roland afirman ser republicanos. Tú también, según tengo entendido.

Vergniaud asintió impasible. Danton lo miró detenidamente. Era un hombre de treinta y nueve años, alto pero sin empaque. Su pálido y carnoso semblante presentaba unas marcas de viruela, y su prominente nariz parecía fuera de lugar entre sus pequeños y profundos ojillos, como si ambos rasgos pertenecieran a otro rostro. No era un hombre que destacara entre la multitud, pero en la tribuna de la Asamblea o en el Club de los Jacobinos —mientras su público lo escuchaba en silencio y los visitantes que ocupaban las galerías estiraban el cuello para verlo— era otro hombre. Se transformaba en un hombre apuesto cuya voz y presencia transmitían honradez y autoridad. Allí poseía el empaque de un aristócrata, y sus ojos castaños expresaban un profundo amor propio.

«Ese tipo está pagado de sí mismo», observó Camille. «A mí me complace ver a un hombre esmerarse en hacer bien su trabajo», respondió Danton.

De todos los amigos de Brissot, según Danton, Vergniaud era sin duda el mejor. Me caes bien, pensó, pero eres perezoso.

—Un republicano en el ministerio… —dijo.

—… no es necesariamente un ministro republicano. En fin, ya veremos —contestó Vergniaud, jugueteando distraídamente con unos papeles que había sobre su mesa. Danton interpretó ese gesto como un cierto desdén hacia las personas de las que estaban hablando—. Tendrás que ir a visitarlo, Danton, si quieres progresar en la vida. Presenta tus respetos a la señora Roland —añadió, sonriendo ante la expresión de Danton—. ¿Temes verte en un apuro? ¿En compañía de Robespierre? Tendrá que hacerse a la idea de que habrá guerra. Su popularidad ha descendido notablemente.

—El problema no es la popularidad.

—Tienes razón, eso no afecta a Robespierre. Pero ¿qué vas a hacer tú, Danton?

—Seguir adelante, Vergniaud. Me gustaría que te unieras a nosotros.

—¿Quiénes sois «nosotros»?

Danton abrió la boca para contestar, pero de pronto se detuvo al darse cuenta de la

ínfima calidad de los nombres que podía ofrecer. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Hérault de Séchelles.

Vergniaud lo miró sorprendido.

—¿Sólo vosotros dos? ¿Habéis excluido súbitamente de vuestra confianza a los señores Camille Desmoulins y Fabre d'Églantine? ¿Legendre está demasiado ocupado con su carnicería? Imagino que esas personas os son útiles. Pero no deseo unirme a una facción. Yo estaba a favor de la guerra, y me senté con los que también estaban a favor de ella. Pero no soy un «brissotino», aunque no sé muy bien lo que significa eso. Soy independiente.

—Ojalá lo fuéramos todos —contestó Danton—. Pero no es tan fácil.

Una mañana, a finales de marzo, Camille se despertó con un pensamiento que no cesaba de girar en su mente. Había estado hablando con unos soldados —entre ellos el general Dillon—, los cuales dijeron que si de todos modos iba a estallar la guerra era inútil oponerse a la opinión pública y tratar de nadar contra corriente. ¿Acaso no era preferible encabezar un movimiento irresistible que morir aplastado por este?

Camille despertó a su esposa y dijo:

—No me encuentro bien.

A las seis y media estaba en el cuarto de estar de Danton, paseándose nervioso de un lado a otro. Danton le dijo que era un imbécil.

—¿Por qué tengo que estar siempre de acuerdo contigo? ¿Por qué no puedo sostener unos puntos de vista distintos de los tuyos? Puedo pensar lo que quiera… siempre y cuando coincida con lo que piensas tú.

—Vete —contestó Danton—. No soy tu padre.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te expresas como un adolescente de quince años y que estás tratando de pelearte conmigo. De modo que vete a casa unos días y peléate con tu padre. De ese modo nos evitaremos unas consecuencias políticas poco recomendables.

—Escribiré…

—Te lo prohíbo. No me provoques. Márchate antes de que te convierta en el primer mártir brissotino. Ve a ver a Robespierre, quizá te reciba de mejor grado.

Robespierre estaba enfermo. El frío tiempo primaveral hacía que le doliera el pecho, y su estómago rechazaba la comida.

—Así que has decidido abandonar a tus amigos —dijo, respirando trabajosamente.

—Eso no tiene por qué afectar a nuestra amistad —contestó Camille.

Robespierre apartó la cara.

—Me recuerdas a… ¿cómo se llama ese rey inglés?

—Jorge —contestó Robespierre secamente.

—Me refería a Canuto.

—Vete —dijo Robespierre—. No quiero discutir contigo esta mañana. Debo conservar mis fuerzas para otras cosas más importantes. Pero si lo escribes en el periódico, jamás volveré a fiarme de ti.

Camille salió de la habitación.

Eléonore Duplay estaba en el pasillo, junto a la puerta de la habitación. Camille dedujo que había estado escuchando la conversación pues sus ojos reflejaban una inusitada vivacidad.

—Ah, eres Cornélia —dijo.

Jamás había hablado a una mujer en ese tono. Era una chica capaz de suscitar crueldad hasta en un ratón.

—De saber que ibas a disgustarlo de ese modo no te habría dejado pasar. No vuelvas a poner los pies en esta casa. No te recibirá.

Eléonore miró desafiante a Camille de arriba abajo.

—¿Acaso tú y tu impresentable familia os creéis que os pertenece? —le espetó Camille—. ¿Creéis que porque accede a alojarse en vuestra casa tenéis derecho a decidir a quién puede ver? ¿Creéis que podéis mantenerlo alejado de su mejor amigo?

—Te sientes muy seguro de ti mismo, ¿no es cierto?

—Dentro de lo razonable —replicó Camille—. Qué transparente eres, Cornélia. Sé exactamente cuáles son tus planes. Sé lo que piensas. Crees que se casará contigo. Olvídalo, querida. No lo hará.

Esa fue la única chispa de satisfacción que obtuvo aquel día. Lucile le esperaba en casa, con aire triste, sentada con las manos apoyadas en su voluminoso vientre. La vida había dejado de ser divertida. Había llegado a un punto en que las mujeres la miraban con simpatía y los hombres la observaban como si fuera un viejo sofá.

—Max ha enviado una nota —dijo Lucile—. La he abierto. Dice que lamenta lo sucedido esta mañana, que se precipitó, y te ruega que lo perdones. Georges vino a pedirte disculpas.

—Tuve una fantástica pelea con Eléonore. Esos Duplay son unos depredadores. Me pregunto qué sería de mí si Danton y Robespierre se pelearan algún día.

—Tú tienes tu propio criterio.

—Sí, pero la cosa no es tan fácil.

El 26 de marzo la Reina transmitió al enemigo todos los pormenores de los planes de guerra de Francia. El 20 de abril, Francia declaró la guerra a Austria.

25 de abril de 1792: ejecución científica y democrática de Nicolas-Jacques Pelletier, asaltante de caminos.

La multitud es mayor que la que acude a presenciar una ejecución ordinaria, y en el aire flota un ambiente de expectación. Los verdugos, como es lógico, han practicado con unos muñecos; se dan ánimos mutuamente para no cometer un error. Pero no hay problema, la máquina se encarga de todo. Está montada sobre un patíbulo y consiste en una gran estructura negra dotada de una pesada cuchilla. El reo sube al patíbulo acompañado por los guardias. No sufrirá porque han acabado los tiempos de barbarie en Francia, superados por un siniestro instrumento, aprobado por un comité.

Los verdugos se apresuran a rodear al reo, lo sujetan a una tabla y la deslizan hacia adelante; la cuchilla cae rápidamente, con un ruido sordo, y el suelo se tiñe de sangre. La multitud suspira, y las gentes se miran incrédulas. Todo ha terminado demasiado pronto, privándoles del espectáculo de ver morir al reo. Uno de los ayudantes de Sanson lo mira, y el maestro verdugo asiente. El joven levanta la bolsa de cuero en la que ha caído la cabeza del ajusticiado y muestra al público su macabro contenido. Alza la cabeza para que pueda verla la multitud, girándose lentamente para mostrar el rostro de expresión vacía. La muchedumbre se siente satisfecha. Unas mujeres levantan a sus hijos en brazos para que puedan ver el espectáculo. A continuación colocan el cuerpo del reo en una cesta para que se lo lleven, con la cabeza entre los pies.

En total, incluyendo mostrar la cabeza al público (lo que no siempre será necesario), el espectáculo ha durado cinco minutos. El maestro verdugo calcula que, en caso necesario, podrían hacerlo en la mitad de tiempo. Él y sus ayudantes y aprendices sostienen distintos puntos de vista sobre la máquina. Es muy práctica, sin duda, y el reo no siente el menor dolor. Pero parece demasiado fácil, la gente creerá que no se necesitan unas aptitudes especiales para utilizarla, que a partir de ahora cualquiera puede ser un verdugo. La profesión se siente menospreciada. El año pasado, la Asamblea debatió la cuestión de la pena capital, y el popular diputado Robespierre solicitó que fuera abolida. Decían que estaba convencido de que su petición tendría éxito. Pero ese hombre prudente y juicioso, el señor Sanson, opina que el señor Robespierre no coincide con la opinión pública en esta materia.

He aquí el presupuesto presentado por el señor Guérdon, antiguo maestro carpintero del Parlamento de París

Escalones	1.700 libras
Tres cuchillas (dos de reserva)	600 libras
Polea y gargantas de cobre	300 libras
Contrapeso de hierro (de la cuchilla)	300 libras
Cuerda y aparejo	60 libras

Construcción y prueba de la máquina	1.200 libras
Modelo a pequeña escala para pruebas a fin de prevenir accidentes	1.200 libras
TOTAL	5.360 libras

Al recomendar entusiásticamente el nuevo invento a la Asamblea, el doctor Guillotin, experto en salud pública, dijo: «Con esta máquina puedo cortarles la cabeza en un santiamén sin que sufran». (Risas).

Danton: anoche Robespierre fue a buscar a Camille a su casa. Yo estaba allí con Lucile. Era una visita totalmente inocente. La sirvienta, Jeanette, estaba despierta. Además, ¿qué voy a hacer con una mujer que está en estado de seis meses? ¿Dónde estaba Camille? Todo el mundo tiene que estar en casa cuando acude Robespierre. El joven Maximilien parecía algo enojado. Lucile me miró. No sabía dónde podía encontrarse.

—Se me ocurren varios sitios —dije—, pero no te recomiendo que vayas allí, Max.

Robespierre se sonrojó. Debe de tener una imaginación muy viva, pensé. De hecho, supuse que Camille estaría al otro lado del río, soltando un discurso ante esos extraños grupos de mujeres que él y Marat frecuentan: la Sociedad de jóvenes señoritas dedicadas a asesinar a marquesas, Pescaderas para la democracia, etcétera. Creía sinceramente que, puesto que el Incorruptible contaba con tal cantidad de seguidoras femeninas, las damas perderían la cabeza y se precipitarían sobre él si aparecía mientras adoraban a Camille.

Robespierre preguntó si nos importaba que esperara a Camille, pues debía hablar con él urgentemente.

—¿No puedes hablar con él por la mañana?

—Sigo un horario un tanto especial —me explicó Robespierre—. Lo mismo que Camille. Cuando necesito hablar con él, suelo encontrarlo sin dificultad.

—Esta vez no —contesté. Lucile me miró como implorando mi ayuda.

Esperamos a Camille durante más de una hora. Resulta muy difícil hablar de cosas intrascendentes con Maximilien. De golpe, Lolotte le pidió que fuera el padrino de su hijo. Max se mostró muy complacido. Lucile le recordó que le tocaba a él elegir el nombre del niño. Max dijo que tenía el presentimiento de que sería un varón, y que debíamos ponerle el nombre de un gran hombre, de alguien que se hubiera distinguido por sus virtudes republicanas. Solíamos referirnos a la república no como un fenómeno político sino como un estado de ánimo. Tras barajar varios nombres griegos y romanos, Robespierre decidió Horace.

—¿Y si es una niña? —pregunté yo.

Lucile se apresuró a decir que le parecía un nombre muy adecuado; pero al

mirarla vi que estaba pensando, no lo utilizaremos, no le llamaremos así. De segundo nombre, dijo Lucile, podíamos ponerle Camille. Robespierre contestó sonriendo:

—Un nombre muy honroso, desde luego.

Luego nos miramos, sin saber qué decir. Yo tenía la incómoda sensación de que el honroso Camille se había ido de putas.

Apareció hacia las dos de la mañana. Al preguntar cuál de los dos había llegado antes y responderle que había sido yo, me miró fijamente, aunque no parecía disgustado. Lucile no le preguntó dónde había estado. Es un tesoro. Mientras me despedía, Robespierre empezó a hablar de un asunto relacionado con la Comuna, como si fueran las dos de la tarde, y en unos términos increíblemente duros.

Robespierre: existían personas como Lucile. Lo había dicho Rousseau. Robespierre dejó el libro, después de señalar la página.

Prueba del amable carácter de esa mujer es que todos los que la aman se aman entre sí, tras haber conseguido que el poderoso sentimiento que les inspira conjure los celos y la rivalidad. Jamás vi la menor muestra de antagonismo entre quienes la rodean. Deténgase el lector un momento, y si logra recordar a otra mujer que merezca esas alabanzas, le recomiendo que no deje que se le escape.

Sin duda era aplicable a Lucile. La vida discurría con inusitada tranquilidad en casa de los Desmoulins. Desde luego, es posible que ocultaran algo a Camille. La gente suele ocultarle cosas.

Le habían pedido que fuera el padrino del niño, o algo por el estilo, pues suponemos que no lo bautizarían según el rito romano. Fue Lucile quien se lo había pedido una noche en que apareció (tarde, era casi medianoche) y la encontró a solas con Danton. Confiaba en que esos rumores no fueran ciertos. Confiaba en poder creer que no eran ciertos.

La sirvienta se retiró en cuanto apareció él, lo cual le hizo gracia a Danton.

Había cosas que Robespierre necesitaba hablar con Danton, y podía haberlas dicho delante de ella. Pero Danton estaba de un extraño humor, medio agresivo y medio bromista. No había sido capaz de descifrar su estado de ánimo, y habían charlado de cosas intrascendentes. De pronto sintió como una fuerza física que lo empujaba. Era la voluntad de Danton. Quería que se fuera. Aunque parezca absurdo, Robespierre se agarró al brazo del sillón. Fue entonces cuando Lucile sacó a relucir el tema del niño.

Llevaban algún tiempo tratando de elegir un nombre para él. Quizá fuera por puro sentimentalismo, pero Robespierre recordaba los versos que solía escribir Camille. Cuando preguntó a Lucile si seguía escribiendo poesías, ella contestó que no. Es más, cuando descubría una de sus viejas poesías, Camille decía que eran peores que las de Saint-Just, y las quemaba. Durante unos instantes Robespierre se sintió profundamente ofendido, como si su juicio hubiera sido cuestionado.

Lucile se disculpó y fue a hablar con Jeanette.

—Horace-Camille —dijo Danton, con aire pensativo—. ¿Crees que le dará suerte en la vida?

Robespierre esbozó una débil sonrisa, consciente de ello. Si las siguientes generaciones lo recordaban, la gente comentaría su débil y fría sonrisa, del mismo modo que comentaría el volumen, la vitalidad y las cicatrices de Danton. Puede que su sonrisa pareciera sarcástica, condescendiente o de reproche. Pero era la única que encajaba con su rostro.

—Creo que Horace era… —dijo—… un gran poeta y un buen republicano. Aparte de sus últimos versos, que probablemente escribió para halagar a Augusto.

—Sí… —respondió Danton—. Los escritos de Camille te halagan, aunque quizá no debería utilizar la palabra halagar.

Robespierre sintió deseos de apretar las mandíbulas y rechinar los dientes.

—Ya he dicho que me parece un nombre honroso.

Danton se repantigó en el sillón y estiró sus largas piernas. Luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Me pregunto qué estará haciendo en estos momentos el honroso caballero.

—Lo ignoro.

—¿Lo ignoras?

—¿Qué supones que estará haciendo?

—Seguramente algo inconfesable en un burdel.

—¿Qué derecho tienes a pensar eso? No sé a qué te refieres.

—Mi querido Robespierre, no espero que sepas a lo que me refiero. De hecho, me chocaría que lo supieras. Me sentiría decepcionado.

—Entonces ¿por qué insistes en el tema?

—Apuesto a que no tienes ni idea de la mitad de las cosas que hace Camille, ¿me equivoco?

—Es asunto suyo. Pertenece a su vida privada.

—¿A su vida privada? ¿Acaso no es un personaje público?

—Sí.

—Entonces debería comportarse correctamente. Ser virtuoso. Según tú. Pero no lo es.

—No me interesa saber…

—Pero yo insisto en decírtelo. Por el bien público. Camille…

En aquel momento regresó Lucile.

—Prometo contarte los pormenores en otra ocasión, Maximilien —dijo Danton, echándose a reír—. Para que reflexiones sobre ello.

[En el Club de los Jacobinos se celebra una sesión. Habla el señor Robespierre.]

DESDE EL PÚBLICO: ¡Déspota!

DANTON: [*presidente*]: Silencio. Orden. El señor Robespierre no ha ejercido jamás ningún despotismo en

este foro salvo el despotismo de la razón.

DESDE EL PÚBLICO: ¡El demagogo se ha despertado!

DANTON: No soy un demagogo. He permanecido en silencio mucho tiempo, no sin grandes esfuerzos. Me propongo desenmascarar a quienes se jactan de haber servido al pueblo. Ha llegado el momento de poner al descubierto a quienes, durante los últimos tres meses, han impugnado el valor de un hombre de cuyo coraje es testigo la Revolución…

Robespierre a los jacobinos, el 10 de mayo de 1792: Cuanto más os empeñáis en aislarme y marginarme, más justificación hallo en mi conciencia, y en la justicia de mi causa.

Unos retazos de la vida de los ministros brissotinos:

El general Dumouriez apareció en el Club de los Jacobinos, del que era miembro. Ofrecía el aspecto de un soldado, y su rostro, poco expresivo, reflejaba una cierta inquietud y curiosidad. Sobre sus empolvados cabellos lucía un gorro de lana rojo, el gorro de la Libertad. Había acudido a presentar sus respetos ante el altar del patriotismo (o una metáfora similar) y en busca de fraternales consejos.

Los ministros jamás se habían comportado de ese modo.

Los patriotas observaron preocupados el rostro de Robespierre, que denotaba desprecio.

El señor Roland, ministro del Interior, se dirigió a las Tullerías para ser presentado al Rey. Los cortesanos lo miraron horrorizados. El señor Roland no se había percatado de que llevaba una media zurcida. El maestro de ceremonias se acercó a Dumouriez y murmuró fríamente:

—¿Cómo puede ser presentado al Rey? No lleva hebillas en los zapatos.

—¿Que no lleva hebillas? —preguntó el general con tono burlón—. Entonces todo está perdido, señor.

—Mi querida señora Danton —dijo Hérault de Séchelles—, ha sido una cena excelente. ¿Le parecería imperdonable que habláramos ahora de política?

—Mi esposa es una mujer práctica —respondió Danton—. Sabe que la política es lo que nos da de comer.

—Estoy acostumbrada a ello —dijo Gabrielle.

—¿Le interesan los asuntos de Estado, estimada señora Danton? ¿No le parecen aburridos?

Gabrielle no sabía qué decir, pero sonrió y contestó dulcemente:

—Hago lo que puedo.

—Eso es lo que deberíamos hacer todos —dijo Hérault. Luego se giró hacia Danton y prosiguió—: Si Robespierre insiste en empeorar las cosas, allá él. Esa gente, los brissotinos, rolandinos o girondinos, llámalos como quieras, son quienes nos gobiernan actualmente. No forman un grupo cohesionado. No tienen una política, excepto la de la guerra, la cual ha empezado desastrosamente.

—Pero poseen un gran celo —respondió Danton—. Son excelentes oradores.

Carecen de dogmatismo. Y esa espantosa mujer.

—¿Cómo le sienta la celebridad a esa pequeña criatura?

—Cenamos con ellos anoche. No me lo recuerde —le contestó Danton con una mueca de disgusto.

La noche anterior él y Fabre habían pasado dos horas cenando con el ministro del Interior. Dumouriez también estaba presente. De vez en cuando murmuraba: «Me gustaría hablar en privado contigo, Danton». Pero no había tenido oportunidad de hacerlo. La esposa del ministro se había encargado de organizarlo todo. El ministro estaba sentado a la cabeza de la mesa; apenas despegó los labios, y Danton tenía la impresión de que el auténtico ministro se hallaba en su estudio, mientras ante sus ojos tenía a un modelo de cera vestido con una vieja casaca negra. Se sintió tentado a clavarle un tenedor en el pecho para ver si gritaba, pero se contuvo y siguió comiendo en silencio. Tomaron una insípida y harinosa sopa, seguida de una diminuta porción de pollo acompañada de unos nabos que, aunque pequeños, eran más duros que el pollo.

Manon Roland bajó por la escalinata de mármol, observando su rechoncha y atractiva figura reflejada en los muros de cristal veneciano. Pero el vestido que lucía aquel lunes por la noche era de tres temporadas atrás, y llevaba una pañoleta sobre los hombros. No había que rendirse jamás.

Había comunicado a su marido que no estaba dispuesta a renunciar a sus hábitos de ciudadana particular. No era partidaria de los patronazgos, y sus visitantes (por estricta invitación) debían observar sus normas. Los grandes salones permanecerían cerrados y a oscuras pues no pensaba recibir en ellos a sus invitados. Había montado un pequeño estudio junto al despacho del ministro. Allí pasaba los días, sentada ante su mesa, ayudando al ministro. Si alguien deseaba hablar con este en privado sin ser molestados por una multitud de funcionarios públicos y gentes que acudían a pedirle un favor, ella le enviaba recado y el ministro podía conversar con el visitante en su estudio, mientras ella permanecía sentada discretamente en un rincón, con las manos apoyadas en el regazo, sin perder una palabra de lo que decían.

Ella había impuesto las normas según las cuales debía regirse el ministerio. Dos veces a la semana ofrecerían una cena. La comida sería sencilla y no servirían alcohol. Los invitados debían retirarse a las nueve en punto. «Nosotros nos encargaremos de iniciar el éxodo», dijo Fabre. No invitarían a ninguna mujer, pues con su estúpida cháchara sobre la moda y los últimos cotilleos harían descender el elevado tono y propósito de las reuniones de la señora Roland.

Aquel lunes había sido una jornada difícil. Robespierre había rechazado la invitación. Pierre Vergniaud la había aceptado. A Manon no le caía bien Vergniaud, y en aquel entonces sus preferencias y antipatías contaban mucho. Su antipatía hacia él no se debía a diferencias políticas sino a que era perezoso y reservaba su oratoria para los grandes debates y las grandes ocasiones. Dumouriez se mostraba muy animado, pero había cometido la torpeza de referir una anécdota escandalosa, tras lo cual se

había apresurado a pedir disculpas a Manon. Ella las había aceptado con una breve inclinación de cabeza, pero el general sabía que al día siguiente su trabajo se vería misteriosamente entorpecido. Manon no había tardado en aprender los mecanismos del poder.

Fabre d'Églantine había intentado conducir la conversación hacia el tema del teatro, pero Manon insistía en hablar de la maniobra, militar y política, del *ci-devant* marqués de Lafayette. Manon vio a Fabre mirar a Danton, el cual, a su vez, alzó la mirada hacia el techo, en el que bailaban y brincaban unas diosas desnudas. Manon se alegraba de tener sentado junto a ella a Jean-Baptiste Louvet. Al principio le inspiraba cierto recelo debido a la novela que había escrito. Pero comprendía la posición de los patriotas, bajo el viejo régimen, y estaba dispuesta a perdonar ese desliz a un joven periodista que prometía tanto. Louvet estaba inclinado hacia ella, que le escuchaba atentamente, mientras un mechón rubio le caía sobre la frente. Un auténtico partisano. Un amigo de la señora Roland.

Mientras Manon conversaba con Louvet no apartaba los ojos de Danton. Fue Dumouriez quien insistió en que lo invitara:

—Es un hombre que debemos cultivar. Tiene muchos seguidores.

—Entre las masas —contestó ella despectivamente.

—Es imposible no tener tratos con las masas.

Danton la hacía estremecerse. Su aire jovial, de fingida franqueza y amabilidad apenas ocultaba sus evidentes y monstruosas ambiciones. Todos aseguraban que era una buena persona, un hombre sencillo, aficionado al campo y al paisaje de su provincia. Manon contempló sus manos apoyadas en el mantel, con los gruesos dedos extendidos, y comprendió que era capaz de matar con aquellas manos, de partirle el cuello a una mujer o de estrangular a un hombre.

Manon se preguntó cómo se habría hecho aquella blanca cicatriz que le retorcía el labio superior de forma que, al sonreír, parecía esbozar una mueca de desprecio. ¿Qué textura tendría bajo las yemas de los dedos? Sabía que tenía esposa y, según decían, multitud de amantes, las cuales habrían recorrido con sus dedos esa cicatriz, palpándola y acariciándola.

Danton la sorprendió observándolo, y ella se apresuró a apartar la vista, temiendo haberle causado una mala impresión. Al cabo de un rato lo observó de nuevo de reojo. Adelante, mírame bien, parecía decir aquel rostro, jamás has visto a un hombre como yo.

El martes por la mañana, Danton no cesaba de repetir, con tono hastiado:

—¿Quién de nosotros va a acostarse con esa zorra? Es evidente que eso es lo que quiere.

—No es necesario que lo preguntes —respondió Fabre—. No te quitó los ojos de encima en toda la noche.

—Las mujeres son muy extrañas —contestó Danton.

—Hablando de mujeres, tengo entendido que ha regresado Théroigne. Los austriacos la han dejado marcharse. No comprendo por qué, a menos que confíen en que desprestigie la Revolución.

—Más bien creo que temían que les cortara las pelotas —dijo Danton.

—Volviendo al tema inicial, Georges-Jacques, si la señora Roland se ha encaprichado contigo, más vale que te resignes. No te andes con rodeos y frases bonitas al estilo de «Señora Roland, todos apreciamos su talento». Ve directamente al grano. Quizá consigas que convenza a todos sus amigos para que se unan a nosotros. No te resultará difícil, Georges. No creo que saque gran cosa de su decrépito marido. Parece a punto de estirar la pata.

—Yo creo que la estiró hace años —terció Camille—, y que su mujer mandó que lo disecaran y embalsamaran porque en el fondo es una sentimental. También creo que todos los ministros brissotinos están en la nómina de la Corte.

—Robespierre —dijo Fabre, asintiendo con la cabeza.

—Robespierre no lo cree —contestó Camille.

—No te enfades.

—Cree que son unos imbéciles y unos traidores, pero que no se dan cuenta de lo que hacen. En cambio yo opino que no debemos tener tratos con ellos.

—Ellos tampoco quieren tener tratos contigo. Dumouriez preguntó: «¿Dónde está vuestro amigo Camille? ¿Por qué no lo habéis traído para compartir con nosotros esta interesante velada?». La señora Roland le lanzó una mirada despectiva.

—Creo que te equivocas —dijo Danton con tono serio—. No pondría la mano en el fuego por Dumouriez y el resto, pero esa mujer no se dejaría comprar. Odia a Luis y a su esposa como si le hubieran causado un grave daño. Al lado de ella, Marat es de lo más inofensivo —añadió, soltando una carcajada.

—Entonces, ¿te fías de ellos?

—No he dicho eso. Sólo digo que creo que no son mala gente.

—¿De qué crees que quería hablar contigo Dumouriez?

La pregunta animó a Danton.

—Sin duda pretende que le haga un favor y desea conocer mi precio.

IV. *Las tácticas de un toro*

(1792)

Gabrielle: sólo puedo afirmar lo que he oído decir, lo que me han contado. Sólo puedo estar segura de la gente que conozco, y a veces tampoco me fío mucho. Cuando vuelvo la vista atrás y recuerdo el verano, temo que lo que pueda decir les parezca ridículamente ingenuo.

Uno crece y evoluciona, aunque no se convierta en una persona con una voluntad de hierro. Pero uno cree que ciertos rasgos de su carácter no cambiarán nunca, que siempre defenderá ciertas creencias, que seguirán sucediendo cosas, que su pequeño universo le protege y ampara. ¡Qué equivocados estamos!

Debo retroceder a cuando nació nuestro hijo. El parto fue más sencillo que los dos anteriores, al menos más rápido. Fue otro varón; guapo, sano, con buenos pulmones y el cabello negro y espeso de Antoine y del niño que perdí hace años. Le pusimos el nombre de François-Georges. Mi marido me hacía continuos regalos, flores, figuras de porcelana, joyas, encaje, perfume y libros que no suelo leer. Un día me sentí tan abrumada que rompí a llorar y le grité que no había hecho nada extraordinario, que cualquier mujer era capaz de dar a luz y que dejara de comprarme cosas. Cuando conseguí calmarme, los ojos me escocían y me dolía la garganta. Después no recordaba nada. De no haber sido por Catherine, que me refirió lo que había dicho, jamás lo habría creído.

Al día siguiente vino a verme el doctor Souberbielle.

—Su marido me ha dicho que no se encuentra usted bien —dijo. Añadió que estaba fatigada debido al parto, que no era nada serio y que pronto me restablecería.

Pero yo insistí en que no me recuperaría nunca.

Cada vez que daba de mamar al niño, cada vez que sentía la leche fluir de mis pechos, se me humedecían los ojos. Mi madre vino a visitarme, con su acostumbrado aire decidido y enérgico, y dijo que era preferible que confiara el niño a una nodriza, puesto que ambos nos hacíamos desgraciados. Es mejor que los niños estén fuera de

París, dijo, en lugar de pasarse las noches berreando y despertando a sus padres.

Por supuesto, dijo, cuando te casas, los dos primeros años vives en otro mundo. Mientras tienes un buen marido, un hombre que te gusta, te sientes satisfecha. Durante un par de años consigues resolver tus problemas, te engañas pensando que no estás sometida a las reglas a las que están sometidos los demás.

—¿Por qué tienen que existir reglas? —pregunté. Parecía Lucile. Eso es lo que ella hubiera preguntado—. Ella también va a tener un hijo. Y luego, ¿qué?

Mi madre no me pidió que le aclarara lo que pretendía decir. Se limitó a darme unas palmaditas en el hombro y dijo que yo no era de esas mujeres que organizan un escándalo. Esos días necesitaba que me lo recordaran con frecuencia, so pena de que lo olvidara y montara un escándalo de órdago. Mi madre me dio otra palmadita —esta vez en la mano— y siguió hablando sobre las jóvenes de hoy en día. Son unas románticas, dijo, creen que cuando un hombre les jura fidelidad eterna lo dice en serio. En sus tiempos, las muchachas sabían que no era así. Era preciso llegar a un acuerdo práctico.

Mi madre se encargó de contratar a la nodriza, una mujer prudente y agradable, que vivía en l'Isle-Adam. Puede que fuera prudente y agradable, pero a mí no me hacía gracia confiarle a mi hijo. Lucile me acompañó un día para conocerla, pues deseaba contratarla también. Un arreglo perfecto. Muy práctico. A Lucile le faltaban dos semanas para dar a luz. Todos se desvivían por ella. Su marido y su madre le habían prohibido que amamantara a su hijo, pues tenía obligaciones más importantes, fiestas a las que asistir, etcétera. Además, el general Dillon no quería que se le deformara el pecho.

En realidad no culpo a Lucile, aunque parezca que siento rencor por ella. No es cierto que sea la amante de Fréron, aunque este siente hacia ella una pasión que lo tiene obsesionado y hace que todos nos sintamos incómodos. Con Hérault, por lo que he podido comprobar, sólo se dedica a coquetear, sin pasar de ahí. A veces, Hérault parece un poco cansado de ese juego; supongo que ha tenido muchas aventuras con damas de la Corte. En parte, Lucile coquetea con él para vengarse de Caroline Rémy, que fue a verla cuando estaba recién casada y le insinuó que se entendía con Camille. Lo cierto es que di un suspiro de alivio cuando me enteré de que Lucile estaba en estado. Al menos, pensé, eso aplazará las cosas. Me conformaba con eso. Vigilo muy de cerca a Georges. Observo sus ojos clavados en Lucile. No creo que ella lo rechazara. Si creen que me equivoco, es porque no conocen bien a Georges. Quizá sólo le hayan oído pronunciar un discurso. O se hayan cruzado con él en la calle.

En cierta ocasión, al hablar con la madre de Lucile para desahogarme, cometí una torpeza.

—¿Cree que ella…? —pregunté, sin estar segura de lo que quería decir—. ¿Cree que Camille la hace sufrir?

La señora Duplessis arqueó las cejas, como suele hacer cuando quiere dar la impresión de que es muy lista, y contestó:

—No más de lo que ella le hace sufrir a él.

Pero luego, cuando estaba a punto de marcharme, desalentada y temerosa de lo que el futuro me tenía reservado, la señora Duplessis apoyó una mano cargada de anillos en mi brazo —recuerdo perfectamente ese gesto, era como un pellizco— y dijo una de las pocas verdades que ha dicho en su vida esa mujer tan afectada:

—Debe comprender que ya no tengo ningún control sobre esos asuntos.

Yo me sentí tentada de responder: «Señora, ha criado a usted un monstruo», pero hubiera sido injusto.

—Me alegro de que vaya a tener un niño —fue lo único que acerté a decir.

—*Reculer pour mieux sauter*[2] —contestó la señora Duplessis.

Durante el verano, como los anteriores desde 1788, nuestra casa estaba llena de gente que entraba y salía; nombres extraños, rostros extraños; algunos se volvían menos extraños a medida que pasaban las semanas, y otros, francamente, más extraños. Georges se ausentaba con frecuencia, y aparecía en el momento más inesperado; cenaba con sus amigos en el Palais-Royal, en restaurantes y en casa. Invitábamos a unos hombres llamados brissotinos, aunque Brissot acudía rara vez. Circulaban numerosos rumores sobre la esposa del ministro del Interior, a quien llamaban «reina Coco», un mote que se había inventado Fabre. Otros se presentaban a últimas horas de la noche, después de las reuniones con los jacobinos en el Club de los Cordeliers. Uno de los que acudían con asiduidad era René Hébert, a quien la gente llamaba Père Duchesne, por el apodo con que firmaba en su escandaloso periódico. «No tenemos más remedio que soportar a esa gente», decía Georges. Odiaba a los aristócratas y a las prostitutas, y parecía confundir ambas cosas en su mente. Querían armar a toda la ciudad, contra los austriacos y contra los monárquicos. «Ya llegará el momento oportuno», decía Georges.

Se expresaba como un hombre que dominaba la situación, pero que hace sus cálculos, que sopesa los pros y los contras. Sólo había cometido un error, el verano anterior, cuando tuvimos que huir. Quizá les parezca que no tiene importancia. Unas pocas semanas fuera de París, una amnistía, y luego las cosas continúan. Pero imagínense a mí, aquella noche de verano en Fontenay, despidiéndome de él, sonriendo y tragándome las lágrimas, sabiendo que partía a Inglaterra y temiendo no volver a verlo. Eso demuestra que uno no sabe nunca lo que el futuro le depara. La vida es mucho más complicada de lo que uno imagina. Existen muchas formas de perder a un marido, tanto en sentido real como figurado. Yo, según parece, operaba a todos los niveles.

Los rostros aparecen y desaparecen… Billaud-Varennes, que solía trabajar a tiempo parcial para Georges, se ha unido a un actor llamado Collot, que según Camille es la peor persona del mundo. (Eso lo dice sobre mucha gente). Son tal para cual, con la misma cara de amargados. Robespierre evita a Hébert, se muestra frío con Pétion y apenas dirige la palabra a Vergniaud. «Debemos evitar los divismos», dice Brissot. Chaumette no se habla con Hérault, cosa que a este le tiene sin cuidado.

Fabre examina a todo el mundo a través de su monóculo. Fréron no deja de hablar sobre Lucile. Legendre, nuestro carnicero, dice que no entiende a los brissotinos. «Soy un hombre inculto —dice—, pero tan patriota como el que más». François Robert es muy amable con todo el mundo porque confía en hacer una gran carrera; desde el verano pasado, cuando lo encerraron en la cárcel, ha perdido su agresividad.

Ni Roland ni Marat acuden nunca a esas reuniones.

La segunda semana de junio estalló una crisis de Gobierno. En lugar de cooperar con los ministros, el Rey entorpecía su labor, y la esposa de Roland le escribió una insultante carta recordándole sus deberes. No soy quién para decir si estuvo acertada o no, pero existen ciertas ofensas que un Rey no puede tolerar sin dejar de ser Rey. Luis debió entenderlo así, pues destituyó de inmediato a sus ministros.

Los amigos de mi marido hablaban sobre el ministerio patriótico. Decían que era una calamidad nacional. Tienen el arte de convertir las calamidades a su favor.

El general Dumouriez no fue destituido. Al parecer, contaba con el apoyo de la Corte. Un día vino a vernos. Yo me sentí muy violenta. Georges no hacía más que pasearse de un lado al otro de la habitación, gritando. Dijo al general que iba a dar un buen susto a la Corte, y que el Rey debía divorciarse de la Reina y mandarla de regreso a Austria. Cuando el general se marchó, estaba blanco como la cera. Al día siguiente presentó su dimisión y se incorporó de nuevo al Ejército. Según dijo Camille, Georges estaba mucho más asustado que los austriacos.

Un día Lafayette envió una carta a la Asamblea, ordenándoles que suprimieran los clubes, que cerraran el Club de los Jacobinos y el de los Cordeliers o… ¿qué? ¿Qué iba a hacer? ¿Marchar con su Ejército sobre París?

—Si se atreve a aparecer —dijo Georges—, le haré pedazos y arrojaré sus restos a la alcoba de la Reina.

La Asamblea jamás se atrevería a cerrar los clubes, pero yo sabía que los patriotas se vengarían por el mero hecho de que Lafayette lo hubiera insinuado. Todas esas crisis parecen obedecer a un esquema. Louise Gély preguntó a mi marido:

—¿Va a haber «un día», señor Danton?

—¿Tú qué opinas? —contestó Georges, divertido—. ¿Crees que debería producirse una segunda Revolución?

Louise se volvió hacia mí y preguntó con tono burlón:

—¿Acaso tu marido pretende ser Rey?

Las visitas de los personajes públicos a nuestra casa debían organizarse cuidadosamente de forma que Chaumette no se topara con Vergniaud, que Hébert no se cruzara con Legendre. Era muy pesado para mí, y no digamos para los sirvientes. En el aire flotaba una palpable tensión y todos nos temíamos que un día se produciría un desastre… Hace poco vino Robespierre a charlar un rato con nosotros. Ofrecía el aspecto de costumbre, como un maniquí recién sacado de una caja, tan formal, tan pulcro, tan educado. Aparte de una casaca verde aceituna a rayas, lucía una sonrisa que de un tiempo a esta parte exhibe constantemente; una sonrisa tensa que esboza

(según dice Camille) para no insultar a la gente. Se interesó por el pequeño François-Georges y empezó a contar un cuento a Antoine que según le dijo terminaría dentro de un par de días. Menos mal, pensé, parece que vamos a sobrevivir… Lo que choca en un hombre tan aseado y meticuloso es lo mucho que le gustan los niños, al igual que los gatos y los perros. Al parecer, somos las personas adultas quienes le preocupamos.

Era muy tarde. Pétion fue el último en marcharse. Yo me había retirado discretamente. Al cabo de un rato oí abrirse la puerta del estudio. Mi marido dio a Pétion una palmada en el hombro y dijo:

—Es preciso elegir el momento oportuno.

—No temas —contestó el alcalde—. No me precipitaré. Dejaremos que los acontecimientos sigan su curso.

Está solo, pensé, se han ido todos. Pero al acercarme al estudio oí al otro lado de la puerta la voz de Camille:

—Creí que ibas a adoptar las tácticas de un toro. Las tácticas de un león. Eso fue lo que dijiste.

—Lo haré. Pero aún no estoy preparado.

—Los toros no suelen decir que no están preparados.

—Recuerda que soy un experto en toros. En realidad no dicen nada, por eso tienen éxito.

—¿Ni siquiera gritan un poco?

—Los que tienen éxito, no.

Tras unos momentos de silencio, Camille observó:

—No lo dejes al azar. Si quieres que maten a alguien, no lo dejes al azar.

—¿Por qué voy a querer que maten al Rey? Si el distrito de Saint-Antoine desea que lo maten, ya se encargarán ellos. Mañana, o cuando lo crean oportuno.

—O nunca. ¿A qué viene ese fatalismo? Los acontecimientos pueden ser controlados —dijo Camille con voz tranquila y cansada.

—Prefiero no precipitar las cosas —insistió Georges—. Antes debo ajustar cuentas con Lafayette. No quiero verme obligado a luchar en todos los frentes al mismo tiempo.

—Pero no podemos desaprovechar esta oportunidad.

—Si están decididos a matarlo, lo harán —respondió Georges, bostezando.

Yo me alejé apresuradamente. No tenía valor para seguir escuchando. Abrí la ventana y me asomé. No recordaba un verano tan asfixiante como aquel. Había algunas personas y carruajes por la calle, como de costumbre, y una patrulla de guardias nacionales. Al acercarse detuvieron el paso y uno de los guardias dijo: «Ahí vive Danton». Me extrañó el comentario porque todos sabían dónde vivíamos. Me retiré de la ventana y los oí alejarse.

Me dirigí de nuevo al estudio de Georges y abrí la puerta. Él y Camille estaban sentados frente a la chimenea, que se había apagado, mirándose en silencio.

—¿Os interrumpo?

—No —respondió Camille—, simplemente nos estábamos mirando. Espero que no te disgustara lo que nos oíste decir hace unos minutos cuando escuchabas detrás de la puerta.

—¿Eso hacía? —preguntó Georges, soltando una carcajada—. No me di cuenta.

—Es como Lucile. Abre mis cartas y luego se pone furiosa. Es mi pobre prima, Rose-Fleur Godard, la que últimamente nos causa problemas. Me escribe cada semana desde Guise. Su matrimonio atraviesa por momentos difíciles. Dice que lamenta no haberse casado conmigo.

—Yo le aconsejaría que se resignara —dije.

Los tres nos echamos a reír, y la tensión se rompió. Miré a Georges. Jamás veo en mi marido el rostro que horripila a la gente. Para mí es un rostro bondadoso. Camille ofrecía el mismo aspecto juvenil que cuando Georges lo trajo al café, hacía seis años. Se levantó y me dio un beso en la mejilla. Sin duda no les había entendido bien, había malinterpretado sus palabras. Existe cierta diferencia entre un político y un asesino. Pero al despedirse de Camille, Georges dijo:

—Piensa en los pobres imbéciles.

—Sí —contestó Camille—. Ahí sentados, esperando que los maten.

El día que estalló el motín no salí, ni tampoco Georges. No apareció nadie hasta bien entrada la tarde. Luego nos explicaron lo que había sucedido.

Un numeroso grupo de ciudadanos de Saint-Antoine y Saint-Marcel, encabezados por los agitadores de los Clubes de los Jacobinos y los Cordeliers, habían irrumpido en las Tullerías, armados. Uno de los cabecillas era Legendre, quien insultó al Rey a la cara y luego estuvo sentado tranquilamente en mi salón, jactándose de ello. Quizás el Rey y la Reina estaban destinados a morir debajo de sus cuchillos y sus picas, pero no sucedió así. Al parecer permanecieron durante horas sobre el alféizar de una ventana, junto con el Delfín, su hermana y Elisabeth, la hermana del Rey. La multitud se burló de ellos, como si fueran unos fenómenos de feria. Obligaron al Rey a encasquetarse «el gorro de la libertad». Esas gentes —esa chusma— entregaron al Rey una botella de vinazo y le obligaron a beber a la salud de la nación. El lamentable espectáculo duró varias horas.

Al final de la jornada, la familia real seguía viva de milagro. Dios se había apiadado de ellos. El que debía de haberlos protegido —Pétion, el alcalde de París—, no apareció hasta la tarde. Cuando no tuvo más remedio que hacer acto de presencia, se dirigió a las Tullerías con un grupo de diputados y obligó a la muchedumbre a desalojar el palacio.

—¿A que no adivináis lo que sucedió entonces? —preguntó Vergniaud. Yo le ofrecí un vaso de vino blanco frío. Eran las diez de la noche—. Cuando todos se hubieron marchado, el Rey se quitó el gorro rojo, lo arrojó al suelo y lo pisoteó. —

Vergniaud me dio las gracias por el vaso de vino y prosiguió—: Lo más curioso es que la esposa del Rey se comportó con inusitada dignidad. Lamentablemente, la gente no está tan en contra de ella como estaba.

Georges se enfureció. Sus ataques de furia constituyen un espectáculo digno de verse. Se arrancó la corbata y comenzó a pasearse de un lado al otro de la habitación, sudando y gritando de tal forma que hasta los cristales de las ventanas temblaban.

—Esta maldita revolución no ha servido para nada. ¿Qué hemos sacado de ella los patriotas? ¡Nada! —Nos miró a todos como si estuviera dispuesto a pegar a quien se atreviera a contradecirlo. A lo lejos oímos unas voces que procedían del río.

—Si eso es cierto… —empezó a decir Camille. Pero no consiguió terminar la frase. No le salían las palabras—. Si esta revolución está condenada, como he creído siempre… —Al cabo de unos segundos se cubrió la cara con las manos, incapaz de proseguir.

—Vamos, Camille —dijo Georges—, no podemos esperar a que concluyas la frase. Fabre, golpéale la cabeza contra la pared a ver si reacciona.

—Eso es lo que intento decir, Georges-Jacques. No disponemos de más tiempo. —No sé si fue la amenaza o que de pronto vio el futuro con toda claridad, pero el caso es que Camille recobró la voz y empezó a hablar con frases breves y concisas—: Debemos comenzar de nuevo. Debemos organizar un golpe de Estado. Debemos destituir a Luis. Debemos asumir el control de la situación. Debemos proclamar la república. Debemos hacerlo antes de que finalice el verano.

Vergniaud parecía incómodo. Nos miró a todos, acariciando el brazo del sillón.

—Dijiste que no estabas preparado, Georges-Jacques —dijo Camille—, pero ya no hay tiempo que perder.

Manon destituida. Recordaba una frase de Danton: «Las fronteras naturales de Francia». Pasaba horas examinando los mapas de los Países Bajos, del Rin. ¿Acaso no había sido una de las más fervientes defensoras de la política de guerra? Era menos sencillo hallar las fronteras naturales de un ser humano…

Esos estúpidos patriotas la culpaban a ella, por supuesto; decían que por culpa de su carta, Luis había destituido a sus ministros. La cosa no tenía sentido. Era un pretexto que se había inventado Luis. La acusaban de entremetida, de haber dictado la política a Roland. Era injusto; siempre habían trabajado juntos, ella y su marido, aunando sus talentos y energías; ella sabía lo que su marido pensaba antes de que lo dijera.

—Roland no pierde nada —dijo Manon— al ser interpretado a través de mí.

Los otros se miraron, como de costumbre. Manon sentía deseos de abofetear a aquellos estúpidos. Buzot era el único que parecía comprenderla. Le cogió la mano y se la acarició, murmurando:

—No les hagas caso, Manon. Los verdaderos patriotas sabemos lo que vales.

Estaba convencida de que su marido ocuparía de nuevo un cargo público. Pero tendrían que luchar para conseguirlo. El 20 de junio, la llamada «invasión» de las Tullerías había sido un fracaso, una broma. Había sido mal organizada de principio a fin, como tantas otras cosas.

Por las tardes solía ir a escuchar los debates de la Escuela de Equitación desde la galería pública. Un día apareció una joven vestida con un traje de amazona escarlata y una pistola en el cinto. Alarmada, Manon buscó al ujier, pero a nadie parecía preocupar su presencia. La joven se reía animadamente, rodeada de un enjambre de seguidores. Tenía un aire desenvuelto y de vez en cuando se pasaba la mano por el cabello corto y rizado, como un hombre. Sus admiradores aplaudieron y aclamaron a Vergniaud y a otros diputados. Luego sacaron una bolsa de manzanas, se las comieron y lanzaron los restos al suelo.

Vergniaud se acercó a saludar a Manon y ella lo felicitó por su discurso, aunque con ciertas reservas; lo halagaban demasiado.

—Esa es Théroigne —dijo Vergniaud, señalando a la joven vestida de amazona —. ¿Es posible que no la conozca? Pronunció un discurso en el Club de los Jacobinos en primavera, relatando sus peripecias entre los austriacos. Le cedieron la tribuna. No hay muchas mujeres que puedan decir lo mismo.

Vergniaud se detuvo, temeroso de haber metido la pata.

—No se inquiete —le tranquilizó Manon—. No le pediré que me permitan pronunciar un discurso. No soy una arpía.

—Al fin y al cabo, —dijo Vergniaud—, ¿quiénes son esas chicas? No son más que prostitutas.

Manon sintió deseos de propinarle un puñetazo. Pero él le ofrecía la oportunidad de que formara parte de nuevo de la conspiración, de reincorporarse a su grupo.

—Unas vulgares prostitutas —contestó ella, sonriendo.

El niño de Lucile se había desplazado hacia la izquierda y le había asestado una vigorosa patada. Lucile se sentía tan incómoda que apenas podía incorporarse, y menos aún mostrarse amable con su visita.

—¿No tienes calor con ese vestido rojo? —preguntó a Théroigne—. ¿No va siendo hora que lo jubiles?

Observó que tenía el dobladillo descosido, que estaba desteñido y cubierto de polvo.

—Camille me evita como a la peste —se lamentó Théroigne, paseándose de un lado al otro de la habitación—. Apenas me ha dirigido la palabra desde que he regresado a París.

—Está muy ocupado —respondió Lucile.

—Sí, está muy ocupado jugando a los naipes en el Palais-Royal y cenando con sus amigos aristócratas. ¿Cómo va a perder el tiempo charlando con una vieja amiga

cuando es mucho más divertido beber champán y acostarse con esas imbéciles?

—Incluyéndote a ti —dijo Lucile.

—No, no me incluyo —respondió Théroigne, deteniéndose—. Jamás me he acostado con Camille, ni con Jérôme Pétion, ni con ninguno de la docena de hombres que mencionan los periódicos.

—No hay que fiarse de lo que dicen los periódicos —dijo Lucile—. Siéntate, te lo ruego, me estás mareando.

Théroigne permaneció de pie.

—Louis Suleau es capaz de publicar cualquier cosa —dijo—. Ese periódico suyo, *Los Hechos de los Apóstoles*, es una basura. No me explico cómo aún no le han pegado un tiro.

Lucile emitió un débil gemido, fingiendo que empezaba a experimentar los dolores del parto. Théroigne no le hizo caso.

—No me explico cómo consigue Camille salirse siempre con la suya —dijo—. Cuando Suleau se burló de mí, Camille le siguió la corriente y entre los dos se inventaron más calumnias, más amantes, exponiéndome al escarnio público. Pero nadie se atreve a decir a Camille que es imposible que sea amigo de Suleau y al mismo tiempo un patriota. ¿Cómo es posible, Lucile?

—No lo sé —respondió Lucile—. Es un misterio. Ya sabes que en todas las familias hay una oveja negra. Quizá en las revoluciones ocurra lo mismo.

—He sufrido mucho, Lucile. Me han tenido prisionera. ¿Es que nadie puede comprender eso?

Dios mío, pensó Lucile, no voy a poder quitármela de encima en toda la tarde. Al ver que Théroigne estaba a punto de romper a llorar, se puso de pie y la obligó suavemente a sentarse en la *chaise-longue* de terciopelo azul.

—Tráenos algo frío y unos dulces, Jeanette —ordenó a la sirvienta. Lucile observó que la joven tenía las manos calientes y húmedas—. ¿Te encuentras mal? —le preguntó—. ¡Pobre Anne, qué te han hecho! —Mientras le aplicaba un pañuelo húmedo en la frente imaginó que era una especie de ángel, de santa, atendiendo a una embustera.

—Ayer traté de hablar con Pétion —dijo Théroigne—, pero fingió no verme. Quiero ofrecer mi apoyo a los hombres de Brissot, pero hacen como que no existo. Pero sí existo.

—Naturalmente —respondió Lucile—. Por supuesto que existes.

Théroigne bajó la cabeza. Las lágrimas se habían secado en sus mejillas.

—¿Cuándo nacerá tu hijo? —preguntó.

—Según los médicos, la semana que viene.

—Yo tuve una hija.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Murió.

—Lo lamento.

—Ahora tendría… no lo recuerdo. Los años pasan volando. Una pierde la noción del tiempo. Murió en la primavera antes de la toma de la Bastilla. No…, falleció en 1788. Apenas la veía. Cuidaba de ella una mujer a quien enviaba dinero todos los meses desde Italia, Inglaterra o donde estuviera. Pero eso no significa que sea dura, Lucile, no quiere decir que no la quisiera. La quería mucho. Era mi hija.

Lucile se sentó de nuevo y apoyó las manos en su abultado vientre. Su rostro denotaba tensión. Había algo en el tono de Théroigne —algo difícil de descifrar— que indicaba que se había inventado esa historia.

—¿Cómo se llamaba tu hija? —preguntó Lucile.

—Françoise-Louise —le contestó Théroigne, mirándose las manos—. Un día hubiera ido a buscarla.

—Lo sé —dijo Lucile. Y tras un breve silencio, preguntó—: ¿Quieres hablarme de los austriacos?

—Eran muy extraños —contestó Théroigne, echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada un tanto forzada. Resultaba alarmante la facilidad con que pasaba de un tema a otro, de un estado de ánimo a otro—. Estaban empeñados en conocer todos los detalles de mi vida, desde el día que nací. «¿Dónde estaba usted en tal fecha de tal año?», me preguntaban. «No lo recuerdo», contestaba yo. Entonces sacaban un papel, un recibo firmado por mí, la lista de la lavandería o el resguardo del prestamista, y decían: «Permítanos que le refresquemos la memoria, señorita». Me atemorizaban con sus preguntas y papeles. Era como si durante toda mi vida, desde que había aprendido a escribir, esos malditos austriacos me hubieran estado siguiendo y espiando.

Si la mitad de eso es cierto, pensó Lucile, ¿qué saben sobre Camille, o sobre Georges-Jacques?

—Eso es imposible —dijo.

—Entonces ¿cómo te lo explicas? Me enseñaron un papel, un documento que había firmado con un profesor de canto italiano, que prometió promocionar mi carrera. Tuve que reconocer que era mi letra; recordaba haberlo firmado. Habíamos acordado que me daría clases de canto para perfeccionar mi técnica y que yo le pagaría con el dinero que sacara de mis conciertos. Firmé ese documento una tarde lluviosa en Londres, en Soho, en la casa que ocupaba mi profesor en la calle Dean. ¿Cómo es posible que ese papel fuera a parar de la calle Dean a manos del comandante de la prisión de Kufstein? ¿Cómo llegó hasta allí, a menos que alguien me estuviera siguiendo durante todos estos años? —Théroigne soltó otra carcajada nerviosa—. Debajo de mi firma decía: «Anne Théroigne, Soltera» —me preguntó el austriaco—. ¿Acaso se ha casado en secreto?

—Eso demuestra que no lo saben todo sobre ti —dijo Lucile—. ¿Cómo era Kufstein?

—Como algo que hubiera salido de debajo de una roca —contestó Théroigne. Hablaba con calma, como una monja haciendo repaso de su vida—. Desde la ventana

de mi celda divisaba las montañas. Tenía una mesa y una silla pintadas de blanco. —De pronto frunció el ceño, como esforzándose en recordar—. Al principio, cuando me encerraron, me dedicaba a cantar todas las canciones, arias y tonadas que conocía. Cuando terminaba el repertorio, empezaba de nuevo.

—¿Te hicieron daño?

—No. Fueron muy amables, muy… tiernos. Cada día me traían comida y me preguntaban qué me apetecía comer.

—Pero ¿qué querían de ti, Anne? —preguntó Lucile. Le hubiera gustado añadir: «… por qué no eres una persona importante».

—Me acusaron de haber organizado los motines de octubre, y querían saber quién me había pagado por ello. Dijeron que fui a Versalles a horcajadas sobre un cañón, y que conduje a las mujeres a palacio blandiendo una espada. No es cierto, como bien sabes. Cuando llegaron, yo ya estaba en Versalles. Había alquilado una habitación para asistir todos los días a los debates de la Asamblea Nacional. Es cierto que hablé con las mujeres, y con los guardias nacionales. Pero cuando irrumpieron en el palacio, yo estaba acostada.

—Sin duda habrá algún testigo presencial —señaló Lucile. Théroigne no captó la ironía en sus palabras—. Déjalo, era una broma. Debes comprender que, desde que cayó la Bastilla, no importa lo que hayas hecho realmente, sino lo que la gente cree que hiciste. Uno no puede desprenderse de su pasado tan fácilmente. Cuando te conviertes en un personaje conocido la gente te atribuye acciones y palabras que jamás has cometido ni pronunciado, pero no tienes más remedio que aceptarlo. Si dicen que ibas a horcajadas en un cañón, pues ibas a horcajadas en un cañón.

—¿Ah, sí? No creo…

—Me refiero a que… —Maldita sea, pensó Lucile, es bastante obtusa—. No lo hiciste, pero ellos están convencidos de lo contrario. ¿No lo comprendes?

Théroigne sacudió la cabeza.

—Me interrogaron sobre el Club de los Jacobinos. Querían saber a quiénes pagaban para decir ciertas cosas. Yo no sé nada sobre los jacobinos, pero me no creyeron.

—Algunos pensamos que no volveríamos a verte nunca más.

—La gente me dice que debería escribir un libro sobre mis experiencias. Pero no soy culta, soy incapaz de escribir un libro. ¿Crees que Camille podría escribirlo por mí?

—¿Por qué te soltaron los austriacos, Anne?

—Me llevaron a Viena. Vi al canciller, al primer ministro del Emperador, en sus aposentos privados.

—No has contestado a mi pregunta.

—Luego me llevaron de regreso a Lieja, a la ciudad donde nací. Estoy acostumbrada a viajar, pero esos viajes eran un infierno. Trataron de ser amables conmigo, pero yo sólo quería tenderme junto a la carretera y morir. Cuando llegamos

a Lieja me dieron un poco de dinero y me dijeron que podía ir a donde quisiera. Les pregunté si podía volver a París, y dijeron que sí.

—Ya lo sabemos —dijo Lucile—. La noticia apareció publicada en diciembre en *Le Moniteur*. Tengo guardado ese número en algún sitio. Francamente, nos sorprendió enterarnos de que ibas a volver. Corrían rumores de que los austriacos te habían ahorcado. Pero en lugar de ello te soltaron y te dieron dinero. ¿Y te extraña que Camille te rehuya?

Como buena abogada, ha cerrado el caso. Y sin embargo es difícil creer —como creen todos aunque no lo confiesen— que esa chica haya accedido a actuar de espía. Si le quitas la pistola y el traje escarlata de amazona, parece totalmente inofensiva, incluso un poco loca.

—Deberías alejarte un tiempo de París, Anne —dijo Lucile—. Vete a un lugar tranquilo. Hasta que hayas recuperado las fuerzas.

Théroigne la miró perpleja.

—Te olvidas, Lucile, que en una ocasión dejé que los periodistas me expulsaran de aquí, dejé que Louis Suleau me echara de París. ¿Y qué me pasó? Alquilé una habitación en una posada en un lugar tranquilo como tu dices, lejos de la capital, donde oía cantar a los pájaros, justo lo que necesitaba para recuperarme. Comía con apetito y dormía como un tronco. Pero una noche me desperté y vi que habían entrado unos hombres en mi habitación, unos desconocidos, que me llevaron por la fuerza.

—Creo que debes irte —dijo Lucile.

El temor le atenazaba la garganta; lo sentía en su vientre, y temía por la suerte de su hijo.

—Lafayette está en París —dijo Fabre.

—Eso me han dicho.

—¿Lo sabías, Danton?

—Yo lo sé todo, Fabre.

—¿Cuándo vas a despedazarlo?

—Modérate, Fabre.

—Pero dijiste…

—De vez en cuando conviene mostrarse agresivo. Anima a los demás. Dentro de un par de días iré a visitar a mis suegros en Fontenay.

—Comprendo.

—El general tiene unos planes muy concretos. Marchar sobre los jacobinos y cerrarles el club. Represalias por el 20 de junio. Confía en que la Guardia Nacional le respalde. Nadie podría probar que yo tuviera nada que ver con el 20 de junio…

—Hummm —respondió Camille.

—… pero prefiero ahorrarme problemas. La cosa no pasará a mayores.

—Pero esto es muy serio.

—No, puesto que conocemos sus planes —contestó Danton, tratando de mostrarse paciente.

—¿Cómo lo sabemos?

—Me lo dijo Pétion.

—¿Y quién informó a Pétion?

—María Antonieta.

—¡Dios!

—Sí, son unos estúpidos. No se dan cuenta de que Lafayette es la única persona dispuesta a ayudarles. A veces me pregunto si merece la pena tener tratos con ellos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Camille.

—Pues a tener tratos con ellos, aprovecharnos de lo que podamos.

—No lo dices en serio. Tú no tienes tratos con ellos.

—¿Te parece que hablo en serio, Fabre?

—Sí.

—¿Te preocupa, Fabre?

—No en el sentido de tener escrúpulos. Más bien me asusta un poco. Me preocupan las posibles complicaciones.

—No en el sentido de tener escrúpulos —repitió Danton—. Le asusta un poco. Qué hermoso concepto. Camille, si mencionas esta conversación a Robespierre, no volveré a dirigirte la palabra. Dios mío.

Danton se alejó sacudiendo la cabeza.

—¿Mencionar qué? —replicó Camille.

El plan de Lafayette: una gran revista de la Guardia Nacional durante la cual el general inspeccionará las tropas y el Rey estará presente para que le rindan armas. Cuando se haya retirado el Monarca, Lafayette arengará a los batallones porque, ¿acaso no es su primer y más glorioso comandante, acaso no tiene autoridad para asumir de nuevo el control? Luego, en nombre de la constitución, en nombre de la monarquía, en nombre del orden público, el general Lafayette procederá a restaurar el orden en la capital. Lo cierto es que no cuenta con el entusiasta apoyo del Rey. Luis teme que fracase, teme las consecuencias, y la Reina ha dicho fríamente que prefiere morir asesinada que ser salvada por Lafayette.

Pétion se mueve con presteza. Una hora antes de que comience la revista, la anula, dejando que todo se venga abajo y que la confusión dé al traste con otros planes de mayor envergadura. El general desfila por las calles acompañado de sus ayudantes, siendo aclamado por los viejos patriotas. Tras analizar la situación, emprende el camino que lo conduce fuera de París hasta el puesto militar en la frontera. En el Club de los Jacobinos, el diputado Couthon se acerca en su silla de ruedas a la tribuna para denunciar al general como «un canalla»; Maximilien

Robespierre lo llama «el enemigo de la patria»; los señores Brissot y Desmoulins lo cubren de vituperios. Los *cordeliers* regresan de las breves vacaciones que muchos han tenido la prudencia de tomarse y queman la efigie del general, acuñando consignas para el futuro mientras las llamas devoran al muñeco vestido con uniforme militar.

—Si Lucile consigue sobrevivir —dijo Annette—, ¿te portarás bien?

Era una hermosa mañana de julio, hacía sol y soplaba una agradable brisa. Camille miró por la ventana, vio la rue des Cordeliers, a sus vecinos trajinando de un lado para el otro, como de costumbre; oyó el sonido de las prensas en la Cour du Commerce, vio a unas mujeres charlando en la esquina, mientras intentaba imaginar otro tipo de vida o cualquier clase de muerte.

—He dejado de hacer tratos con Dios —contestó—. De modo que no intentes hacer un trato conmigo, Annette.

Annette lo miró fijamente. Estaba pálido, tembloroso, incapaz de aceptar el hecho de que su esposa iba a dar a luz y que iba a sufrir. Le asombraba que Camille fuera incapaz de afrontar y aceptar las cosas más normales.

—No os tomáis el matrimonio en serio —dijo Annette, sin poder resistir la tentación de atormentarlo un poco—. Ninguno de los dos. Pero esto no es un juego.

—Si llegara a sucederle algo malo me moriría —contestó Camille.

—Sí. —Annette se levantó de la silla. Se había acostado a medianoche y la habían despertado a las dos—. Sí, te creo.

Entró a ver a su hija. Lucile estaba muy animada. No sabe lo que le espera, pensó Annette. ¿Podría haberle ahorrado este trance? Por supuesto. Podía haber seguido, hacía siete años, los dictados de su corazón. En tal caso, Camille la recordaría ahora, suponiendo que la recordara, como una mujer que formaba parte de su pasado, una mujer que le había costado mucho conquistar. Sin embargo él ya no formaría parte de su vida sino que sería un personaje famoso cuyas andanzas leería en los periódicos. Pero Annette había preferido aferrarse a su preciosa virtud, su hija estaba casada con el abogado de la Lanterne y a punto de dar a luz, mientras ella observaba día a día —yendo y viniendo entre la rue Condé y la rue des Cordeliers— la destrucción de una apasionada historia de amor como las que aparecen en las novelas. La gente podía llamarlo como quisiera, pero ella lo llamaba una historia de amor. Y había vivido lo suficiente para saber de qué iba el asunto.

—Será mejor que salgas de aquí —dijo—. Vete a dar un paseo. El aire fresco te sentará bien. ¿Por qué no vas a ver a Max? Es un hombre prudente y sensato.

—Hummm —respondió Camille, tenso y angustiado—. Como todos los solteros. Avísame inmediatamente. ¿Me lo prometes?

—Annette dijo que era preferible que me fuera, que sembraba el pánico. Espero que no te importe que me presente a estas horas.

—No, en realidad te esperaba —contestó Robespierre—. Somos amigos, debemos ayudarnos mutuamente. Tengo que irme a trabajar, pero regresaré dentro de un par de horas. La familia se ocupará de ti. ¿Te apetece charlar con una de las chicas?

—No —contestó Camille—. He renunciado a charlar con chicas. Es demasiado arriesgado.

A Robespierre le resultaba difícil sonreír, de modo que se limitó a estrujar la mano de Camille. Un gesto curioso pues no solía tocar a la gente. Camille supuso que estaba tan nervioso como él.

—Pareces casi tan preocupado como yo, Max. Si yo siembro el pánico, tú transmites una sensación de desastre.

—No te preocupes, todo irá bien —contestó Robespierre con tono poco convincente—. Estoy seguro. Es una mujer fuerte y sana, no hay motivo para temer nada malo.

—Es triste —lamentó Camille—. Ni siquiera soy capaz de rezar por ella.

—¿Por qué?

—No creo que Dios escuche ese tipo de plegarias. En el fondo, es un egoísmo por mi parte.

—Dios atiende todo tipo de plegarias.

Los dos hombres se miraron, ligeramente alarmados.

—Estamos a merced de la providencia —dijo Robespierre—. Estoy convencido de ello.

—Yo no estoy tan seguro. Aunque la idea me tranquiliza.

—Si no estamos a merced de la providencia, ¿qué hacemos aquí? ¿Para qué sirve la Revolución? —preguntó Robespierre, alarmado.

Para que Georges-Jacques se lucre, pensó Camille.

—Para proporcionarnos el tipo de sociedad que Dios desea que tengamos —contestó el propio Robespierre—. Para proporcionar justicia e igualdad a los hombres.

Este Max está convencido de todo cuanto dice, pensó Camille.

—Yo no sé qué clase de sociedad desea Dios que tengamos. Parece como si hubieras ordenado al sastre que te confeccionara un Dios a medida, o que hubieras pedido a Gabrielle que lo tejiera a tu gusto.

—¿Un Dios a medida? —repitió Robespierre, perplejo—. No dejas de sorprenderme con tus singulares ocurrencias —dijo, apoyando las manos en los hombros de Camille. Los dos amigos se abrazaron—. Bajo la providencia, seguiremos haciendo el imbécil —dijo Robespierre—. Regresaré dentro de un par de

horas y charlaremos sobre teología o lo que te apetezca. Si sucede algo, avísame inmediatamente.

Camille se quedó solo. Las conversaciones toman a veces un sorprendente rumbo, pensó, echando un vistazo a la habitación de Robespierre. Era pequeña y austera, con un camastro como los que suelen utilizar las personas que padecen insomnio y un escritorio de madera de tilo, pulcro y ordenado. Sólo había un libro sobre él, un pequeño ejemplar de *El contrato social*, de Rousseau. Era el libro que Robespierre solía llevar en el bolsillo de la casaca. Hoy se lo había olvidado. Su rutina se había visto alterada.

Camille cogió el libro y lo hojeó. Poseía cierta magia que había contagiado a Robespierre. Era un volumen especial. De pronto se le ocurrió una idea. Agitó el libro ante una audiencia imaginaria y dijo, imitando el acento de Robespierre:

—Víctima de la bala de un asesino, este ejemplar de *El contrato social* me salvó la vida. Observad, camaradas patriotas, cómo el proyectil quedó alojado en la tapa de paño barato de la obra inmortal del inmortal Jean-Jacques. Bajo la providencia… —Cuando se disponía a referirse a los complots e intrigas que amenazaban a la nación, sintió que le temblaban las rodillas y se sentó en una silla con el asiento de paja. Era exactamente igual que la silla en la que se había encaramado el día en que pronunció un discurso ante la muchedumbre en el Palais-Royal. Creo que no podría vivir con una silla como esta, pensó. Me aterra.

Tenía que redactar un discurso. Demostraría que poseía un admirable autocontrol si pudiera hacerlo, pensó, pero no me veo capaz. Se levantó y se acercó a la ventana. Los operarios de Maurice Duplay trabajaban en el patio. Al notar que los observaba, le saludaron con la mano. Pensó en bajar a conversar con ellos, pero temía encontrarse con Eléonore. O con la señora Duplay, la cual lo atraparía en el cuarto de estar y le ofrecería unos dulces mientras hablaría sin descanso. Le aterraba ese cuarto de estar, con sus numerosos «artículos» de nogal —no cabía otra palabra para describirlos—, su tapicería de terciopelo rojo de Utrecht, sus apolillados cortinajes y su estufa esmaltada que exhalaba una densa humareda. Era una habitación a la que iban a morir todas las esperanzas. Camille se imaginó cubriendo la cara de Eléonore con un cojín rojo y asfixiándola.

Al fin decidió redactar el discurso. Tras escribir un párrafo lo tachó y volvió a empezar. El tiempo transcurría lentamente. De pronto oyó unos golpecitos en la puerta.

—¿Puedo pasar, Camille?

—Adelante.

Relájate, no te pongas nervioso, se dijo.

—¿Está ocupado? —preguntó Elisabeth Duplay.

—Tengo que escribir un discurso pero no puedo concentrarme. Mi esposa…

—Lo sé —contestó la joven, cerrando la puerta suavemente. Babette. La bobalicona—. ¿Quiere que me quede a charlar un rato con usted?

—Sería un placer —respondió Camille.

—No mienta —dijo Babette, soltando una carcajada—. No sería un placer, se aburriría.

—Si temiera aburrirme, te lo diría.

—Tiene fama de ser un hombre encantador, pero viene pocas veces a vernos. Nunca se muestra encantador con mi hermana Eléonore. Debo reconocer que Eléonore me crispa los nervios, pero soy la menor, y en mi familia nos han enseñado a ser educadas con nuestros mayores.

—Eso está bien —contestó Camille.

Lo dijo en serio. No comprendía por qué se reía tanto Babette. Pero de pronto notó que cuando se reía estaba más guapa. Mucho más que sus hermanas.

La muchacha se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Max nos ha hablado mucho de usted. Me encantaría conocerlo mejor. Creo que es usted la persona que él más quiere en el mundo, a pesar de que son muy distintos.

—Debe de ser mi encanto —respondió Camille—. Es evidente, ¿no es cierto?

—Max es muy amable con nosotros. Es como un hermano. Nos defiende ante nuestro padre. Nuestro padre es un tirano.

—Todos los hijos piensan lo mismo —contestó Camille. La frase le chocó. ¿Cómo se comportaría él con su hijo? Cuando este fuera un adolescente, él sería un hombre de mediana edad. Se preguntó qué haría su padre cuando su madre le dio a luz. Imaginó que estaría ocupado con su *Enciclopedia de la ley*. Mientras su madre gritaba de dolor, su padre estaría confeccionando un índice.

—¿En qué piensa? —le preguntó Babette.

Camille no pudo reprimir una sonrisa. ¿Acaso le estaba sugiriendo que deseaba conocerlo más íntimamente? Las mujeres solían hacer esa pregunta después del acto sexual, pero tenían que ensayarla de jovencitas.

—En nada —contestó, como de costumbre. Se sentía incómodo—. ¿Sabe tu madre que estás aquí, Elisabeth?

—Prefiero que me llame Babette, como todo el mundo.

—Vaya, vaya…

—No sé si lo sabe. Creo que ha ido a comprar el pan —contestó la joven, alisándose la falda e instalándose más cómodamente sobre la cama—. ¿Por qué lo pregunta?

—Quizá te esté buscando.

—Ya me llamará.

Se produjo un breve silencio, mientras la muchacha le observaba fijamente.

—Su esposa es muy guapa —dijo.

—Sí.

—¿Se alegraba de estar embarazada?

—Al principio sí, pero al final se le hizo largo y pesado.

—Supongo que a usted también se le haría largo y pesado.

Camille cerró los ojos. Estaba casi seguro de hallarse en lo cierto. Al cabo de unos segundos volvió a abrirlos. Quería cerciorarse de que la joven no se había movido.

—Debo irme.

—Pero Camille… —Babette lo miró con aire ingenuo—. ¿Y si le envían recado de que ha nacido el niño y usted no está?

—En ese caso será mejor que charlemos en otro sitio.

—¿Por qué?

Porque es evidente que tratas de seducirme, pensó. Si nos quedamos aquí, dentro de un momento te habrás quitado la ropa.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Qué tiene de malo conversar en un dormitorio? La gente puede celebrar una fiesta en un dormitorio, incluso una conferencia.

—Desde luego. Debo irme.

—¿Acaso teme que suceda algo? ¿Le parezco atractiva?

No puedes decir, yo no dije eso. Te expones a que se eche a llorar, a que tu respuesta la traumatice, a que acabe siendo una solterona. Está bien, no puedes decir eso, pero puedes decir cosas peores.

—¿Haces esto a menudo, Elisabeth?

—No suelo subir mucho por aquí. Max está siempre muy ocupado.

Muy ingeniosa, pensó Camille. La abanderada de un ejército de rollizas vírgenes de clase media, el tipo de chica que te causaba problemas cuando tenías dieciséis años, y que podría causártelos ahora.

—No te deseo —dijo.

—Eso no importa.

—¿Cómo dices?

—Que eso no importa. —Babette saltó de la cama, se acercó a él sin hacer ruido y, apoyando una mano en su hombro, añadió—: Tú estás aquí. Yo estoy aquí. —Se quitó las horquillas del pelo y lo miró, con las mejillas encendidas y enmarcadas por su melena castaña—. ¿Todavía quieres irte?

Camille sabía que bajaría tras él hasta el cuarto de estar, donde se encontrarían (conocía esas siniestras reuniones familiares) a Eléonore, al sobrino y a Maurice Duplay. De pronto se vio reflejado en el espejo y observó que su rostro expresaba una mezcla de furia, confusión y sentimiento de culpabilidad. Babette retrocedió y se apoyó en la puerta, sonriendo. Había dejado de ser el miembro más insignificante de la familia.

—Esto es absurdo —respondió Camille—. Es increíble.

Babette lo miró fijamente. Tenía la expresión de un cazador furtivo inspeccionando una trampa.

—No deseas vivir una romántica aventura —dijo Camille—. Sólo deseas ver sangre.

—Así pues, ¿no tenemos nada en común? —preguntó ella.

Era prácticamente una niña, pero enérgica y decidida. Cuando Camille la obligó a apartarse de la puerta, la pañoleta que cubría sus hombros cayó al suelo. La modista de la señora Duplay no es precisamente una artista, pensó Camille mientras contemplaba el blanco y voluminoso pecho de Babette.

—Estoy muy excitada —dijo ella, cogiéndole la mano y aplicándola sobre el pulso que latía en su cuello—. Me has tocado, me has acariciado.

Su rostro incitaba a la violencia. Camille sintió deseos de abofetearla, pero temía que se pusiera a gritar. Debo prevenir a la gente contra esta pequeña zorra, pensó, repasando mentalmente la lista de personas a las que debía prevenir contra ella.

—No temas, no entrará nadie —dijo ella—. Echaremos el cerrojo. Bésame.

Camille recogió la pañoleta del suelo y se la colocó sobre los hombros, clavándole los dedos en los brazos.

—Avisaré a tus hermanas —dijo—. Creo que no te encuentras bien.

—Me haces daño —protestó Babette.

—No es cierto. Péinate.

La joven lo miró con una curiosa expresión, no de rencor sino de rabia. Luego se apartó bruscamente y corrió hacia la ventana. Tenía las mejillas arreboladas y respiraba con dificultad. Camille la sujetó por los hombros y dijo con tono enérgico:

—Basta. Domínate, vas a desmayarte.

—Sí, y tú no sabrás cómo explicarlo. Podría gritar. Nadie te creería.

De pronto cesó el ruido de las sierras, y los operarios que trabajaban en el patio alzaron la vista hacia la casa. Camille no alcanzaba a ver sus rostros, pero imaginaba su expresión de perplejidad. Vio a Maurice Duplay dirigirse lentamente hacia la casa, y al cabo de unos segundos oyó la voz brusca e inquisidora, de una mujer, seguida de la de Duplay, menos perentoria. Luego sonó un pequeño grito femenino y unos pasos apresurados en la escalera.

Camille sintió pánico. La creerán a ella, pensó, no a mí. Miró hacia el patio y vio a un pequeño grupo de operarios congregados frente a la ventana.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y entró Maurice Duplay con paso decidido y la camisa arremangada. El buen jacobino Duplay extendió los brazos y pronunció una frase absolutamente original, algo que jamás había dicho nadie hasta entonces.

—Tiene usted un hijo, Camille. Su esposa está perfectamente y desea que regrese a casa enseguida.

Camille miró hacia la puerta, tratando de dominar su temor, y vio un mar de rostros que sonreían satisfechos. No es necesario que digas nada, pensó, creerán que te sientes demasiado conmovido para articular palabra. Tras alisarse la ropa, Babette se giró hacia él y dijo alegremente:

—Enhorabuena. Qué gran momento para usted.

—Maximilien ha tenido un ahijado —dijo la señora Duplay, sonriendo—. Confío

en que Dios le dé también un hijo.

Maurice Duplay abrazó a Camille. Fue un abrazo tremendo, violento, patriótico. De jacobino a jacobino. Mientras el maestro carpintero lo estrujaba contra su pecho, Camille observó la blanca piel de Babette que asomaba bajo la pañoleta y sintió deseos de decir: su hija es una violadora. No, pensó. Es mejor no decir nada, se reirían de mí. Regresaré a casa junto a Lucile y a partir de ahora procuraré no verme envuelto en más líos de faldas.

El primer consuelo es que dura menos tiempo de lo que cree la gente, doce horas desde que empezó a sentir los primeros dolores; el segundo consuelo era este niño, diminuto, con el cabello negro, que yacía en sus brazos. Lucile experimentaba un amor tan puro y profundo que apenas podía articular palabra; la gente te previene sobre todo tipo de cosas, pensó, pero no te previene sobre esto. Se sentía tan agotada que apenas podía incorporarse o hablar.

Todo el mundo reacciona de distinta forma. Mientras su madre le sujetaba las manos con fuerza, exhortándola a ser valiente, la comadrona le decía: «Grita cuanto quieras, querida, aunque retumben las paredes». Es imposible complacer a todos. Cada vez que se disponía a lanzar un grito, sentía un espasmo que la dejaba sin resuello. Vio a Gabrielle Danton inclinarse sobre ella para decirle algo —sin duda juicioso— y en cierto momento le pareció oír la voz de Angélique murmurando unas palabras en italiano. Pero durante unos minutos —o al menos varios segundos— no sabía siquiera quién estaba allí. Se hallaba en otro mundo, un mundo implacable, rodeada de unas paredes tapizadas de rojo.

Deliberada y conscientemente, Camille borró de su mente los acontecimientos de aquella mañana. Mientras sostenía a su hijo en brazos, le prometió en silencio: seré bueno e indulgente contigo; hagas lo que hagas, por extraño o absurdo que parezca, jamás te castigaré. Claude miró al niño, confiando en que Camille no se lo entregara, y dijo:

—Me preguntó a quién se parecerá.

—Eso nos preguntamos todos —contestó Camille.

Claude cerró la boca, sin atreverse a expresar a su yerno su más sincera enhorabuena.

—¿Por qué no destituimos a Luis el 14 de julio? —preguntó el *ci-devant* duque de Orléans.

—Hummm —contestó el *ci-devant* conde de Genlis—. Eres muy aficionado a los gestos sentimentales. Hablaré con Camille y veremos si podemos arreglarlo.

El duque no captó la ironía de sus palabras.

—Cada vez que hablas con Camille —se quejó—, me cuesta una pequeña fortuna.

—Eres muy generoso. ¿Cuánto dinero has entregado a Danton a lo largo de los tres últimos años?

—No lo sé. Pero si fracasamos esta vez, ya no me quedarán recursos ni para financiar una pequeña revuelta. Cuando caiga Luis… No me robarán el trono, ¿verdad?

De Sillery se sintió tentado de hacerle notar que había desperdiciado una espléndida oportunidad (por escuchar, habría añadido, a mi esposa Félicité, la alcahueta); pero Félicité y su hija Pamela habían partido hacia Inglaterra en otoño. Su buen amigo Jérôme Pétion las había visto atravesar sanas y salvas el Canal de la Mancha.

—Veamos —dijo—. ¿Has sobornado a los brissotinos, a los rolandinos, a los girondinos?

—¿Acaso existe alguna diferencia entre unos y otros? —preguntó Philippe, alarmado—. Yo pensaba que eran la misma cosa.

—¿Estás seguro de poder ofrecer a Georges Danton más dinero del que puede brindarle la Corte, más dinero del que sacará de una república?

—No imaginé que las cosas hubieran llegado a ese punto —observó el duque con una mueca de fastidio, olvidando que él mismo había contribuido a ello.

—No pretendo desanimarte, pero entiendo que Danton opina que debemos esperar a que lleguen los voluntarios de Marsella.

Esos marselleses son unos fervientes patriotas, minuciosamente elegidos, que marchan hacia la capital para celebrar la toma de la Bastilla, cantando una nueva canción patriótica, resueltos a no cejar en su empeño. Cuando llegue el momento oportuno, constituirán una eficaz punta de lanza para las Secciones.

—Respecto a esos marselleses… ¿a quién debo pagar por sus servicios?

—A un joven político llamado Charles Barbaroux.

—¿Cuánto quiere? ¿Podemos fiarnos de él?

—¡Maldita sea! —De Sillery cerró los ojos. Estaba cansado—. Lleva en París desde el 11 de febrero. Se reunió con los Roland el 24 de marzo.

Laclos debía tener una carpeta llena de informes sobre el arrogante Barbaroux, al que sin duda catalogaba de «donjuán».

—¿No te preguntas alguna vez si todo esto merece la pena? —preguntó De Sillery.

Era una pregunta que Philippe no sabía contestar. En principio le parecía que todo merecía la pena, todas las maquinaciones e intrigas, cualquier acto vergonzoso, incluso provocar un baño de sangre, con tal de llegar a ser Rey de Francia. Pero Félicité le había confundido, aunque tenía razón; no merecía la pena llegar a ser Rey para que al día siguiente le asesinaran a uno. Durante años la gente que le rodeaba le

había obligado a emprender un determinado camino y ahora era demasiado tarde para tomar otro. Además, estaba prácticamente arruinado.

—¡Maldito Danton! —dijo—, incluso permití que se acostara con Agnès.

—Nadie «le permite» nada —respondió Charles-Alexis—. Danton toma lo que le apetece.

—Pero también tendrá que dar —dijo Philippe—. La gente le exigirá algo. ¿Qué puede ofrecerles?

—El derecho al voto. Es algo que jamás han tenido.

—Supongo que eso les complacerá. Se lanzarán a la calle a votar —dijo el duque, suspirando—. De todos modos, el 14 de julio hubiera sido una fecha muy oportuna.

El año 1789 fue el más feliz de mi vida, pensó, expresando el pensamiento en voz alta.

—Eras muy joven e inexperto —apostilló Charles-Alexis.

El 10 de julio se proclamó el estado de excepción. Las bandas militares sonaban en toda la ciudad, y los puestos de reclutamiento estaban adornados con la bandera tricolor. Desde la ventana de su habitación, Lucile oyó a Danton gritar y arengar a los ciudadanos. El niño estaba acostado en la cuna, con expresión de fastidio. Cuando se hubo recuperado del parto, Lucile se trasladó a la granja de Bourg-la-Reine. Camille fue el fin de semana y escribió un discurso muy largo.

El 24 de julio se reunió el Consejo General de la Comuna para escucharlo. Era el manifiesto de Danton en el que defendía el sufragio universal y la responsabilidad universal, el derecho de los ciudadanos de todas las Secciones a reunirse a cualquier hora, armarse y movilizarse contra la subversión y un ataque inminente. Cuando Camille predijo que la monarquía no tardaría en caer, Danton cruzó los brazos y miró a sus colegas con fingido aire de asombro.

—Gracias —dijo Pierre Chaumette—. Es lo que deseábamos oír.

René Hébert se frotó las manos, expresando su satisfacción por el giro que habían tomado los acontecimientos.

Frente al Ayuntamiento se había congregado una gran muchedumbre. Cuando apareció Camille, estallaron en vítores. Danton apoyó una mano en su hombro, deseoso de participar en tan ferviente manifestación de popularidad.

—Las cosas han cambiado mucho desde hace un año —observó Camille—, cuando teníamos que ocultarnos porque nos perseguían.

Luego saludó a sus partidarios con la mano y les lanzó un beso. La gente se echó a reír y se precipitó sobre él para tocarlo, como si fuera un amuleto. Arrojaron los gorros al aire y empezaron a cantar *Ça Ira* en una de sus más salvajes versiones. Acto seguido entonaron la nueva canción titulada La Marsellesa.

—Son unos animales muy curiosos —dijo Danton—. Confiemos en que dentro de un par de semanas cumplan con su deber.

El duque de Brunswick, comandante en jefe de los aliados, emitió un manifiesto, una declaración de intenciones. Pidió a los franceses que depusieran las armas y que no ofrecieran resistencia a las fuerzas invasoras, cuyo fin era restaurar el orden y la autoridad. Toda ciudad que se resistiera sería arrasada. Todos los diputados, los guardias nacionales y los funcionarios públicos de París debían considerarse personalmente responsables de la seguridad del Rey y de la Reina. Si la familia real sufría alguna agresión, todos ellos serían procesados en consejo de guerra y condenados tan pronto como los aliados entraran en París. Si se repetía el ataque de junio contra las Tullerías, la ciudad de París quedaría totalmente destruida y sus habitantes exterminados por los piquetes de ejecución.

Danton estaba con Caroline Rémy en la ventana superior del Palais-Royal mientras Camille leía a la muchedumbre la declaración de los aliados.

—Es un excelente orador —dijo Caroline—. Debo reconocer que Fabre ha hecho un maravilloso trabajo.

—Brunswick nos ha proporcionado lo que necesitábamos —dijo Danton—. Decir a las masas que van a ser ejecutadas, que los alemanes van a arrojarlos en unas fosas colectivas… ¿Qué tienen que perder?

Rodeó con un brazo la cintura de Caroline, y esta le acarició la mano. Afuera, la gente empezó a gritar, desafiando a Europa entre risotadas y exclamaciones de furia.

[El café de Zoppi, en la rue des Fossés-Saint-Germain. Un día en la larga historia de conspiraciones en cafeterías.]

DANTON: Creo que ya se conocen todos ustedes.

LEGENDRE: Continúa. Esto no es un baile.

DANTON: Si alguien tenía alguna duda, era Legendre. Este corpulento caballero se llama Westermann. Proviene de Alsacia, y hace algún tiempo que nos conocemos. Es un antiguo oficial del Ejército.

FABRE [*a Camille*]: Hace tiempo que lo abandonó. Es un delincuente de poca monta.

CAMILLE: Justo lo que nos faltaba.

DANTON: Este es Antoine Fouquier-Tinville.

LEGENDRE: Me recuerda a alguien.

DANTON: Fouquier-Tinville es primo de Camille.

LEGENDRE: Guarda un ligero parecido con él.

FABRE: Yo no lo advierto.

HÉRAULT: Quizá sean primos lejanos.

FABRE: Uno no tiene por qué parecerse a sus parientes.

HÉRAULT: Dejadlo hablar.

FABRE: ¿Qué tiene usted que decir, primo de Camille?

FOUQUIER: Fouquier.

HÉRAULT: No pretenderá usted que nos aprendamos su nombre. Le llamaremos siempre «el primo de Camille». Es más fácil para nosotros, y más humillante para usted.

FRÉRON [*a Fouquier*]: Su primo es un personaje muy singular.

FABRE: Es un asesino múltiple.

FRÉRON: Un satanista.

FABRE: Prepara pócimas venenosas.

HÉRAULT: Estudia hebreo.

FRÉRON: Es un adúltero.

HÉRAULT: Es una vergüenza.

[*Pausa*]

FABRE: ¿Lo veis? Su primo no le importa lo más mínimo.

FRÉRON: ¿Dónde está su orgullo de familia?

FOUQUIER: [*con indiferencia*]: Es posible que todo ello sea cierto. Hace mucho que no he visto a Camille.

FRÉRON: En parte es cierto. Lo del adulterio y el hebreo.

FABRE: Quizá sea un satanista. Una vez le vi hablando con De Sade.

HÉRAULT: De Sade no es un satanista.

FABRE: Yo pensaba que lo era.

HÉRAULT: ¿Por qué estudias hebreo, Camille?

CAMILLE: Por mi trabajo con los Padres de la Iglesia.

DANTON: ¡Dios!

CAMILLE [*susurrándole a Hérault al oído*]: Notarás que tiene los ojos muy juntos. Su primera esposa murió en circunstancias misteriosas.

HÉRAULT [*bajando la voz*]: ¿Es eso cierto?

CAMILLE: Nunca miento.

DANTON: El señor Fouquier ha manifestado que está dispuesto a hacer cualquier cosa.

HÉRAULT: Es evidente que está emparentado con Camille.

LEGENDRE: Vamos al grano de una vez. [*A Fouquier*]: Me tratan como a un imbécil porque no he recibido una educación tan esmerada como ellos. Su primo hace comentarios despectivos sobre mí en idiomas extranjeros.

FOUQUIER: ¿En idiomas que usted no habla?

LEGENDRE: Así es.

FOUQUIER: Entonces ¿cómo lo sabe?

LEGENDRE: ¿Es usted abogado?

FOUQUIER: Sí.

DANTON: Creo que será aproximadamente dentro de una semana.

Mousseaux, la residencia del duque de Orléans: entre los comensales se advertía una cierta falta de animación, por no decir que imperaba un ambiente decididamente frío. Charles-Alexis parecía incómodo, no se sabe si debido al paté o porque se sentía intimidado por los monárquicos. El duque recorrió con la vista las pechugas de pollo, deshuesadas y rellenas con espárragos y hierbas, y la posó sobre Robespierre. Ofrecía el mismo aspecto que en 1789, pensó el duque: la misma casaca de impecable corte (de hecho se trataba de la misma casaca) y el cabello perfectamente empolvado. Esto debe de resultarle algo distinto del ambiente en casa del carpintero, pensó Philippe. Se preguntaba si allí se sentaría tan tieso a la mesa, sin apenas probar bocado, tomando mentalmente nota de cuanto se decía. Junto a su copa de vino había una de agua. El duque se inclinó hacia adelante, casi tímidamente, y le tocó el brazo.

PHILIPPE: Creo que… es posible que las cosas se hayan torcido… Los monárquicos tienen mucha fuerza… el peligro es inminente. He decidido partir para Inglaterra. Le ruego que me acompañe.

DANTON: Soy capaz de cortarle el cuello a cualquiera que pretenda dejarnos en la estacada. Todo está organizado. Seguiremos adelante con nuestros planes.

PÉTION: Mi querido Danton, existen ciertos problemas.

DANTON: Y tú eres uno de ellos. Tus hombres sólo quieren que el Rey les devuelva sus ministerios. Es lo único que les interesa.

PÉTION: No sé a quiénes te refieres cuando dices «mis hombres». No soy miembro de ninguna facción. Las facciones y los partidos perjudican la democracia.

DANTON: Díselo a Brissot. No me lo digas a mí.

PÉTION: En estos momentos están organizando la defensa del palacio. Hay trescientos caballeros dispuestos a defenderlo.

DANTON: ¿Caballeros? Estoy aterrado.

PÉTION: Te lo digo para que lo sepas.

DANTON: Cuantos más, mejor. Cuando se desmayen, caerán los unos sobre los otros.

PÉTION: No disponemos de muchos cartuchos.

DANTON: Le pediré algunos a la policía.

PÉTION: ¿Oficialmente?

DANTON: Soy fiscal del Estado. Me considero perfectamente capacitado para conseguir algo tan sencillo como unos cartuchos.

PÉTION: Hay novecientos guardias suizos custodiando el palacio. Tengo entendido que son leales a Capeto y que no abandonarán la lucha.

DANTON: Asegúrate de que no consigan hacer acopio de municiones. Vamos, Pétion, son unos simples tecnicismos.

PÉTION: Además existe el problema de la Guardia Nacional. Sabemos que muchos guardias nos respaldan, pero no pueden amotinarse, tienen que obedecer órdenes, de lo contrario nos encontraremos en una situación imprevisible. Cometimos un error cuando dejamos que el marqués de Mandat asumiera el mando. Es un convencido monárquico.

[*Cuando sea Rey tendremos que dejar de utilizar esa palabra de forma despectiva, pensó Philippe.*]

PÉTION: Debemos eliminar a Mandat.

DANTON: ¿A qué te refieres, a que lo asesinemos? Pues adelante, hombre. Los muertos no hablan.

[*Silencio.*]

DANTON: Meros tecnicismos.

CAMILLE DESMOULINS

A efectos de instaurar la libertad y la seguridad de la nación, un día de anarquía resulta más eficaz que diez años de Asambleas Nacionales.

SEÑORA ELISABETH

No hay nada que temer. El señor Danton nos protegerá.

V. *Quemar los cadáveres*

(1792)

7 de agosto.

—¿Que se ha ido? —preguntó Fabre—. ¿Que Danton se ha ido?

Catherine Motin puso los ojos en blanco y contestó:

—Escuche con atención. La señora Danton ha ido a Fontenay, a casa de sus padres, y el señor Danton ha ido a Arcis. Si no me cree, pregúnteselo al señor Desmoulins. Yo misma he hablado con él.

Fabre atravesó apresuradamente la Cour du Commerce hasta llegar a la rue des Cordeliers, entró en el mismo edificio por la otra puerta y subió la escalera. ¿Por qué no practican Georges-Jacques y Camille un agujero en el tabique?, pensó. Sería más sencillo si viviéramos bajo el mismo techo.

Lucile estaba sentada con los pies apoyados en un sillón, leyendo una novela y comiendo una naranja.

—Toma —le dijo, ofreciéndole un gajo.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Fabre.

—¿Georges-Jacques? Se ha ido a Arcis.

—Pero ¿por qué, por qué, por qué? ¡Dios bendito! ¿Dónde está Camille?

—Tumbado en la cama. Creo que está llorando.

Fabre entró en el dormitorio, comiéndose el gajo de naranja, y se precipitó sobre Camille.

—Te lo ruego —dijo este, cubriéndose el rostro con las manos—. No me golpees, Fabre, estoy enfermo. No lo soporto.

—¿Qué demonios se propone Danton? Tú debes de saberlo.

—Ha ido a ver a su madre. No me he enterado hasta esta mañana. No ha dejado un mensaje, ni una carta, nada. Esto es un desastre.

—¡El muy cabrón! —exclamó Fabre—. Apuesto a que no piensa volver.

—Voy a suicidarme —dijo Camille.

Fabre se levantó de la cama y regresó al cuarto de estar.

—No consigo sacarle nada en limpio. Dice que va a suicidarse. ¿Qué vamos a hacer?

Con un gesto contrariado, Lucile introdujo el marcador entre las páginas y dejó la novela. Era del todo evidente que no iban a dejar que siguiera leyendo.

—Georges me aseguró que volvería, y no tengo motivos para dudar de él. ¿Por qué no le escribes una carta? Dile que no podéis hacer nada sin él, lo cual es cierto. Dile que Robespierre ha dicho que no puede hacer nada sin él. Y cuando hayas terminado, vete a ver a Robespierre y dile que se pase por aquí. Quizá consiga evitar que Camille se suicide.

El 9 de agosto, a las nueve de la mañana, Danton regresó tal como había prometido.

—No os enojéis conmigo. Tenía que resolver unos asuntos. Estamos metidos en una aventura muy arriesgada.

—Siempre te escudas en que tenías que resolver unos asuntos —dijo Fabre.

—Es que cada vez soy más rico —contestó Danton. Luego besó a su mujer en la cabeza y dijo—: Deshaz mi equipaje, Gabrielle.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Que lo deshaga o que lo haga? —preguntó Fabre.

—Creíamos que te habías largado otra vez —dijo Camille.

—¿Qué quieres decir con eso de «otra vez»? —inquirió Danton, sujetando a Camille por la muñeca y tirando de él hasta el otro lado de la habitación, donde se encontraba su hijo. Cogió al pequeño en brazos y dijo—: Te he echado mucho de menos, cariño. Hace dos días que no te he visto. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en el campo.

—No cesaba de llorar y de pedirme que regresáramos a casa —contestó Gabrielle —. Anoche no conseguí que se durmiera hasta prometerle que hoy volveríamos para que te viera. Mi madre vendrá a recogerlo esta tarde.

—Una mujer espléndida, espléndida. Nunca olvidaré lo que hace por nuestro hijo, sin importarle el riesgo al que se expone.

—Deja de sonreír con aire satisfecho —dijo Camille—. Me pones enfermo.

—Es el aire del campo —respondió Danton—. Me da vitalidad. Deberías salir de París más a menudo. Pobre Camille. —Danton obligó a su amigo a apoyar la cabeza sobre su hombro y le acarició el cabello—. Estás muy asustado.

Mediodía.

—Sólo faltan doce horas —dijo Danton—. Os doy mi palabra.

Las dos de la tarde. Se ha presentado Marat. Tiene un aspecto más desaliñado que

nunca. Su tez, quizá debido a su trabajo, ha adquirido el color de un periódico de mala calidad.

—Podíamos habernos encontrado en otro lugar —dijo Danton—. No te pedí que vinieras aquí. No quiero que mi esposa y mi hijo te vean y sufran pesadillas.

—Más adelante serás tú quien me invitarás a que venga. Quién sabe, quizá decida ser más aseado cuando hayamos implantado la república. Bien —dijo tras una breve pausa—, sospecho que los brissotinos están tratando de llegar a un acuerdo con la Corte. Han hablado con María Antonieta, cosa que puedo probar. Nada de cuanto hagan puede perjudicarnos a estas alturas, pero la cuestión es qué vamos a hacer con ellos más tarde.

Estas dos palabras surgen en todas las conversaciones: más tarde.

Danton sacudió la cabeza.

—Me cuesta creerlo —contestó—. La mujer de Roland no se prestaría a un trato con ellos. Fue ella quien hizo que los destituyeran, ¿recuerdas? No me la imagino hablando con María Antonieta.

—¿Acaso crees que miento? —preguntó Marat.

—Reconozco que algunos estarían dispuestos a negociar. Aspiran a recuperar sus cargos, lo cual demuestra que no existe lo que hemos dado en llamar brissotinos.

—Sólo cuando nos conviene —dijo Marat.

Las cuatro de la tarde, en la rue des Cordeliers:

—No puedes despedirte sin más ni más —protestó Camille—. No puedes presentarte como si tal cosa y decir me alegro de haberte conocido durante veinte años, me marcho a que me maten.

—Sí que puedo —respondió Louis Suleau, nervioso—. Claro que puedo.

Ha tenido mucha suerte, el cronista de *Los hechos de los Apóstoles*. En 1789 y 1790, las masas, esas masas a las que el abogado de la Lanterne incitaba a la violencia, pudieron haberlo matado.

—Cada vez que paso junto a una farola —escribió Suleau—, tengo la sensación de que se inclina hacia mí, como deseando que me cuelguen de ella.

Camille lo miró en silencio, estupefacto, aunque debía haberlo supuesto.

Louis había cruzado la frontera, había estado en los campamentos de emigrados; ¿por qué había de regresar a París a menos que se propusiera cometer un acto suicida?

—Tú también has corrido muchos riesgos —dijo Louis—. No necesito explicarte por qué se hace. He renunciado a convertirte en un monárquico. Al menos tenemos eso en común, defendemos nuestros principios a capa y espada. Estoy dispuesto a morir para defender el palacio pero, quién sabe, quizá gane el Rey. Es posible que venzamos nosotros.

—Vuestra victoria significaría mi muerte.

—No es eso lo que deseo —contestó Louis.

—No seas hipócrita. Por supuesto que lo deseas. No puedes emprender un determinado camino sin arrostrar las consecuencias.

—No se trata de emprender un determinado camino, sino de mantenerme leal a mis principios.

—¿Leal a ese imbécil? Nadie que pretenda que se le tome en serio estaría dispuesto a morir por Luis Capeto. Es absurdo.

—No sé… —contestó Louis, volviéndose—, quizás en el fondo esté de acuerdo contigo. Pero ya no puede evitarse.

Camille hizo un gesto de impaciencia.

—Claro que puede evitarse. Regresa a tu casa y quema todas las pruebas que puedan acusarte. Ten presente que a medida que ha avanzado la Revolución han surgido nuevos delitos. Coge sólo lo indispensable, para no dar la sensación de que te marchas. Más tarde puedes darme las llaves de tu casa y yo me ocuparé de todo… a partir de la semana que viene. No vuelvas aquí, hemos invitado a unos marselleses a cenar. Vete a casa de Annette Duplessis y espérame allí. Prepara un documento haciendo constar tus últimas voluntades. Díctalo, no lo escribas de tu puño y letra; mi suegro lo escribirá y te aconsejará cómo hacerlo. No lo firmes, y no lo pierdas. Entretanto, te conseguiré un pasaporte.

—Estás muy acostumbrado a dar órdenes. Supongo que también estás acostumbrado a ordenar que eliminen a la gente que os molesta.

—No seas idiota, Louis.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo.

—En tal caso vuelve aquí a las nueve —le suplicó Camille—. Nadie te verá. Al menos tendrás una oportunidad de escapar.

—Es demasiado arriesgado para ti, Camille, podrías tener serios problemas.

—¿No vendrás?

—No.

—Entonces dejemos el asunto.

—Temo que pueda sucederte algo malo. No me debes nada. Nos encontramos, mejor dicho, nos colocamos en bandos opuestos. Jamás supuse, jamás soñé que nuestra amistad duraría tantos años, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Solías reírte y decir que la gente estaba por encima de la política.

—Lo sé. «Libertad, alegría y democracia real». Yo creía en esa consigna, pero ya no creo en ella. No habrá realeza ni libertad, y las guerras y guerras civiles se encargarán de eliminar la alegría. Ten presente que a partir de ahora, a partir de mañana, la lealtad personal apenas contará en las vidas de la gente.

—Me pides que lo acepte porque debido a la Revolución —o a lo que esta debería representar— he de observar cruzado de brazos cómo una persona a la que estimo es destruida por su obcecación y estupidez.

—No quiero que lo pienses, más tarde.

—No dejaré que lo hagas. Mandaré que te arresten esta noche. No permitiré que te suicides.

—No me harías un favor. Hasta ahora he conseguido zafarme de la Lanterne, y no quiero que me saquen de la prisión y me linchen. Es una muerte innoble. Sé que podrías mandar que me arrestaran. Pero eso sería una traición.

—¿Contra qué?

—Contra los principios.

—¿Acaso represento yo un principio para ti, o tú para mí?

—Pregúntaselo a Robespierre —contestó Louis con tono cansado—. Pregunta al hombre de conciencia qué es más importante, tu amigo o tu país, pregúntale qué valor concede a la vida de un individuo comparada con la causa. Pregúntale qué es más importante para él, sus viejos amigos o sus nuevos principios. Pregúntaselo, Camille. —Louis se levantó y añadió—: No estaba seguro de si debía regresar aquí, no quería ponerte en un aprieto.

—Nadie puede ponerme en un aprieto. No existe ninguna autoridad que pueda ponerme en un aprieto.

—Supongo que tienes razón. Lamento no haber conocido a tu hijo, Camille.

Louis le tendió la mano. Camille se volvió.

—El padre Bérardier está en la cárcel. ¿Puedes conseguir que lo liberen?

Camille respondió sin volverse:

—La cena con los marselleses terminará a eso de las ocho y media, suponiendo que no se pongan a cantar. A partir de entonces estaré con Danton, aunque no puedo precisarte dónde. Puedes ir a su casa a cualquier hora. Ni él ni su esposa te traicionarán.

—No conozco a Danton. Lo he visto, por supuesto, pero no he hablado nunca con él.

—Eso no importa. Dile que quiero que te aloje en su casa. Que eres uno de mis caprichos.

—¿No quieres mirarme siquiera?

—No.

—¿Acaso finges ser la mujer de Lot?

Camille se giró con una sonrisa. La puerta se cerró sigilosamente.

—Creo que es preferible que no regrese a Fontenay —dijo Angélique—. Me alojaré en casa de Victor. ¿Te gustaría ir a ver a tu tío?

—No —contestó Antoine.

—Es un luchador nato, quiere permanecer al pie del cañón —dijo Danton, echándose a reír.

—¿Crees que estarán a salvo en casa de Victor? —preguntó angustiada Gabrielle.

—Sí, sí. De otro modo, no dejaría que fueran. Hola, Lolotte.

Lucile atravesó la habitación, apoyó las manos en los hombros de Danton y dijo:

—No te preocupes. Ganaremos. Lo sé.

—Has bebido demasiado champán.

—Admito que me he concedido ese capricho.

—Ojalá fueras mía para poder concederme ciertos caprichos contigo —murmuró Danton, bajando la cabeza y aspirando el aroma de su pelo.

Lucile soltó una carcajada y se apartó.

—¿Cómo es posible que os lo toméis a broma? —preguntó Gabrielle—. ¿Cómo podéis reíros?

—¿Por qué no habríamos de reírnos? —replicó Lucile—. Ya tendremos tiempo de llorar.

—¿Qué es lo que quieres llevarte? —preguntó Angélique al niño—. ¿Quieres llevarte tu peonza? Sí, será mejor que te la lleves.

—No dejes que se enfríe —dijo Gabrielle automáticamente.

—Pero si hace un calor sofocante…

—Está bien, mamá. Tienes razón.

—Acompáñalos hasta la esquina —dijo Danton—. Todavía es de día.

—No me apetece.

—Anda, vamos —dijo Lucile, obligando a Gabrielle a levantarse de la silla.

Angélique estaba algo molesta. Pese a los años que llevaba casada, su hija aún no había aprendido a saber cuándo los hombres deseaban librarse de las mujeres. No sabía si se trataba de un defecto congénito o de una postura deliberada ante la presente situación. Al alcanzar la puerta, Angélique se volvió y dijo:

—Supongo que es innecesario advertirte que tengas mucho cuidado, Georges.

Luego se despidió de Camille y salió acompañada por su hija, su nieto y Lucile.

—Vaya forma de expresarlo —observó Danton, que miraba a través de la ventana a su hijo dando saltos por la Cour de Commerce, de la mano de su madre y de su abuela—. Quiere alcanzar la esquina sin que sus pies rocen el suelo.

—Ha sido una excelente idea —dijo Camille.

—Pareces preocupado, Camille.

—Louis Suleau vino a verme.

—Ah.

—Está decidido a unirse a la resistencia en el palacio.

—Es un idiota.

—Le dije que si cambiaba de opinión podía acudir aquí. Era lo correcto, ¿no?

—Arriesgado, pero moralmente impecable.

—¿Algún problema?

—Hasta ahora, no. ¿Has visto a Robespierre?

—No.

—Si lo ves, dile que se mantenga alejado de mí. No quiero que se interponga en mi camino. Es posible que tenga que hacer unas cosas que ofendan su delicado

sentido de la ética. —Tras unos minutos de pausa, Danton añadió—: Faltan tan sólo unas horas.

En las Tullerías, los cortesanos se preparaban para la ceremonia de *coucher* del Rey. Se saludaron ceremoniosamente, según la antigua tradición. Uno de los nobles se encargaba de recibir las medias reales, todavía calientes; a otro le correspondía la tarea de preparar el lecho; otro recibía de manos de un sirviente —al igual que había hecho su padre antes que él— el camisón real, tras lo cual ayudaba al obeso Monarca a ponérselo.

Cuando se disponían a seguir a Luis hasta la alcoba real, observando rigurosamente el orden que les correspondía, el Rey se volvió de pronto y les cerró la puerta en las narices.

Los aristócratas se miraron perplejos. De pronto comprendieron la gravedad de la situación.

—Esto no tiene precedentes —murmuraron.

Lucile acarició la mano de Gabrielle para darle ánimos. Había una docena de personas en la casa y numerosas armas de fuego amontonadas en el suelo.

—Trae más luces —ordenó Danton a Catherine.

Al cabo de unos minutos apareció la rolliza sirvienta con unas velas que arrojaban sombras sobre el techo y las paredes.

—¿Puedo quedarme en tu casa, Gabrielle? —preguntó Louise Robert, abrigándose con el chal como si tuviera frío.

Gabrielle asintió.

—¿Es necesario conservar aquí estas armas? —preguntó.

—Sí. No se te ocurra tocar nada —contestó Danton.

Lucile se acercó a su marido y le dijo algo en voz baja. Luego se volvió y llamó a Georges. Le dolía la cabeza debido al champán que había bebido, y sentía un nudo en la garganta. Sin mirarla, Danton interrumpió su conversación con Fréron, pasó el brazo por la cintura de Lucile y la atrajo hacia él.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero debes ser fuerte, Lolotte, no eres una niña, debes ocuparte de los demás.

Danton mostraba una expresión distante. Ella reclamaba su atención, quería que su imagen quedara grabada en su mente, ser su primera prioridad. Pero él parecía estar muy lejos de allí, en las Tullerías, en el Ayuntamiento, mientras sus labios emitían unas palabras automáticas de consuelo.

—Te ruego que cuides de Camille —dijo ella—. No dejes que le suceda nada malo.

Danton la miró, serio, como tratando de buscar las palabras adecuadas. Quería

ofrecerle una respuesta sincera.

—No dejes que se aparte de ti —insistió ella—. Te lo suplico, Georges.

Fréron le tocó el codo, pero ella se apartó bruscamente.

—Descuida, Lolotte, procuraremos protegernos mutuamente —dijo Fréron—. Es lo mejor que podemos hacer.

—No quiero nada de ti, Conejo —replicó Lucile—. Ocúpate de tus asuntos.

—Escucha —dijo Danton, clavándole sus azules ojos. Ella pensó que iba a decirle: «Te hablo como si fueras una mujer hecha y derecha», pero no lo dijo—. Cuando te casaste con Camille ya sabías dónde te metías. Debes elegir entre una vida segura o una vida consagrada a la Revolución. No temas, ¿acaso crees que voy a correr riesgos innecesarios?

Danton miró el reloj, y Lucile lo imitó. Mediremos nuestra supervivencia por ese reloj, pensó Lucile. Era su regalo de bodas a Gabrielle. Las manecillas estaban rematadas por una delicada flor de lis. En 1786 y 1787, Georges era un abogado de la Corona; Camille estaba enamorado de Annette; Lucile tenía dieciséis años. Danton le rozó la frente con sus grotescos labios y dijo:

—La victoria sería pura ceniza.

Podía haber hecho un trato con ella. Pero no era de ese tipo de hombres.

—Por lo que a mí respecta —dijo Fréron—, no me importaría que todo terminara esta noche. —Luego miró a Lucile y añadió—: Mi vida carece de sentido.

La voz de Camille sonó acremente solícita a través de la habitación:

—Conejo, no pensé que pudieras sentirte así. ¿Puedo hacer algo por ti?

Alguien soltó una risita. No puedo remediar que estés enamorado de mí, pensó Lucile. Deberías ser más sensato; a Hérault no se le ocurriría decir que su vida carece de sentido, ni a Arthur Dillon; saben perfectamente que sólo se trata de un juego. Pero esto no es un juego; esto no tiene nada que ver con el amor. Lucile saludó a Camille con la mano, dio media vuelta y se dirigió a la alcoba. A través de la puerta que había dejado entreabierta se filtraba la luz de otras habitaciones y unos retazos de la conversación. Se tumbó en un diván y al cabo de pocos minutos se quedó dormida, sumida en un letargo cuajado de extraños y confusos sueños.

—La cámara del Gran Consejo, señor —dijo Pétion. Se dirigía a los aposentos reales, con la banda de alcalde rodeando su voluminoso torso. Los aristócratas retrocedieron para cederle el paso.

Al cabo de unos momentos llegó a las galerías exteriores.

—¿Puedo preguntar qué hacen ustedes aquí, caballeros? —dijo, como si se dirigiera a una pandilla de simios y no esperara una respuesta.

El primer simio que se adelantó era un anciano de unos ochenta y cinco años, frágil y tembloroso, que lucía sobre su pecho unas condecoraciones que Pétion no pudo identificar. Se inclinó cortésmente y le dijo:

—Señor alcalde, uno no se sienta dentro ni cerca de los aposentos reales, a menos que el Rey lo ordene específicamente. ¿No lo sabía?

El anciano miró significativamente a sus colegas. De su escuálida cintura colgaba una espada. Todos los simios llevaban una. Pétion lanzó un bufido y se marchó.

El Rey parecía aturdido; estaba acostumbrado a dormir varias horas seguidas, a su horario habitual. María Antonieta se hallaba sentada en un sillón, muy tiesa, con su pronunciada mandíbula de los Habsburgo fuertemente apretada; ofrecía el aspecto que Pétion había imaginado. Pierre-Louis Roederer, un alto funcionario del departamento del Sena, se hallaba de pie junto al sillón de la Reina. En sus manos sostenía tres grandes volúmenes mientras hablaba con el marqués de Mandat, comandante en jefe de la Guardia Nacional.

Pétion se inclinó, aunque no profundamente ni de forma servil.

PÉTION: ¿Qué son esos libros, Roederer? Esta noche no necesitará consultar ningún libro de leyes.

ROEDERER: Pensé que quizá fuera preciso declarar la ley marcial dentro de los límites de la ciudad, e ignoraba si el departamento tiene autoridad para hacerlo.

SEÑORA ELISABETH: ¿La tiene?

ROEDERER: No lo creo, señora.

PÉTION: Yo sí tengo esa autoridad.

ROEDERER: Lo sé, pero no sabía si estaba usted… retenido.

EL REY [*suspirando*]: Como el 20 de junio.

PÉTION: Olvídese de sus libros de leyes. Tírelos. Quémelos. Cómaselos. O consérvelos para golpear a la gente con ellos. Son más contundentes que los mondadientes que llevan todos.

MANDAT: Pétion, ¿se da cuenta de que es usted legalmente responsable de defender el palacio?

PÉTION: ¿Defenderlo contra qué?

LA REINA: Han organizado la insurrección en sus propias narices.

MANDAT: No disponemos de municiones.

PÉTION: ¿Se han acabado?

MANDAT: No tenemos suficientes.

PÉTION: Ha sido una negligencia por su parte.

Gabrielle se sentó junto a Lucile, que se despertó sobresaltada.

—Soy yo —dijo Gabrielle—. Se han marchado.

Louise Robert se sentó en el suelo a sus pies, le cogió las manos y las estrujó.

—¿Tocarán a rebato? —preguntó Lucile.

—Sí, muy pronto.

Incapaz de soportar la tensión, Lucile se cubrió el rostro con las manos y rompió

a llorar.

Danton regresó a medianoche. Al oír unos pasos, Gabrielle se levantó, alarmada, y se dirigió al cuarto de estar, seguida por las otras dos mujeres.

—¿Ya estás de vuelta?

—Te dije que si todo salía bien regresaría a medianoche. ¿Por qué no crees nunca nada de lo que te digo?

—¿Significa eso que todo va bien? —preguntó Louise. Danton miró enojado a las tres mujeres. Se estaban convirtiendo en un problema.

—Por supuesto, de otro modo no estaría aquí.

—¿Dónde está François? ¿A dónde lo has enviado?

—¿Cómo voy a saber dónde está? Si se encuentra donde lo dejé, estará en el Ayuntamiento. Que yo sepa, el edificio no está ardiendo ni asediado por los guardias.

—¿Pero qué es lo que están haciendo?

—Hay un grupo numeroso de patriotas en el Ayuntamiento —respondió Danton con aire resignado—. Dentro de poco ocuparán el lugar de los miembros de la Comuna y se proclamará la Comuna Insurrecta. De este modo los patriotas asumirán de facto el control de la ciudad.

—¿Qué significa de facto? —preguntó Gabrielle.

—Significa que lo harán ahora y lo legalizarán más tarde —contestó Lucile.

—Lo has expresado perfectamente —dijo Danton, echándose a reír—. Es evidente que el matrimonio ha mejorado mucho tu cultura.

—No es necesario que emplee ese tono condescendiente con nosotras, Danton —protestó Louise—. Comprendemos perfectamente el plan, sólo queríamos saber si funciona o no.

—Trataré de dormir un rato —dijo Danton.

Tras esas palabras, entró en la alcoba y cerró la puerta de un portazo. Sin quitarse la ropa, se tumbó en la cama y miró al techo, esperando oír el toque a rebato, la señal de alarma que haría que las gentes se lanzaran a las calles. El reloj dio la hora. Era el 10 de agosto.

Unas dos horas más tarde oyeron unos golpes en la puerta. Gabrielle se levantó y fue a abrir, seguida de Lucile. En el rellano había un reducido grupo de hombres. Uno de ellos se adelantó y dijo:

—Soy Antoine Fouquier-Tinville. Vengo en busca de Danton, señora.

Se expresaba con la exquisita cortesía de quien está habituado a frecuentar los salones de la alta sociedad.

—¿Quiere que lo despierte? —preguntó Gabrielle.

—Sí, es necesario que nos acompañe. Ha llegado la hora.

Gabrielle indicó la alcoba. Fouquier-Tinville se inclinó ante Lucile y dijo:

—Buenos días, prima.

Lucile asintió nerviosa. Fouquier tenía el mismo pelo oscuro y abundante que Camille, al igual que su tez olivácea; pero su cabello era liso, y su rostro, de labios finos y apretados, mostraba una expresión dura. Ambos sin duda guardaban cierto parecido. Pero cuando uno conocía a Camille sentía deseos de tocarlo, mientras que su primo no inspiraba la misma reacción.

Gabrielle siguió a los hombres hasta la alcoba. Lucile se giró hacia Louise Robert para hacer un comentario, pero al observar la violencia que reflejaba su rostro se quedó muda.

—Si le sucede algo a François, le clavaré un cuchillo a ese cerdo.

Lucile la miró atónita. ¿Acaso se refería al Rey? No, a Danton. Lucile no sabía qué decir.

—¿Te has fijado en ese hombre, en Fouquier-Tinville? Camille dice que todos sus parientes son así.

De pronto oyeron la voz de Danton, que sonaba intermitente, entre las de los otros hombres:

—Fouquier… mañana a primera hora… pero aguarda… llegar a las Tullerías a la hora convenida… Pétion debe de saberlo… un cañón en el puente… dile que se apresure.

Al cabo de un rato salió, ajustándose la corbata y pasándose la mano por la hirsuta barbilla.

—Tienes un aspecto duro y recio, Georges-Jacques —dijo Lucile—. Un auténtico hombre del pueblo.

Danton sonrió. Apoyó una mano sobre su hombro y se lo estrujó cariñosamente.

—Me voy al Ayuntamiento. De otro modo no harán más que venir aquí a molestar… —Al alcanzar la puerta se detuvo, pero decidió no besar a su mujer para impedir que estallara de nuevo en sollozos—. Ocúpate de todo, Lolotte. No os preocupéis.

Tras esas palabras, bajaron precipitadamente la escalera.

—¿Estás bien, pequeñajo?

—Soy inmune a las balas y a tu sentido del humor —respondió Marat.

—Tienes un aspecto atroz.

—La Revolución no me valora por mis cualidades decorativas, Danton. Ni a ti. Somos hombres de acción. —Como de costumbre, Marat mostraba una irónica y enigmática expresión—. Haz que venga Mandat.

—¿Todavía está en el palacio? Mensaje para Mandat —dijo Danton, dándose la vuelta—. Mi enhorabuena. La Comuna le pide que se presente urgentemente en el Ayuntamiento.

El rugido de la multitud que se había congregado en la Place de Grève era cada vez más ensordecedor. Danton echó un poco de coñac en un vaso y tomó un trago. Luego se aflojó la corbata que se había anudado con tanto esmero en casa, en la Cour du Commerce, y notó el acelerado pulso de su cuello. Tenía la boca seca y sentía náuseas. Tras tomar otro trago le desapareció la sensación de náuseas que sentía.

La Reina extendió la mano, y Mandat se la besó.

—Jamás regresaré —dijo este. Estaba convencido de ello—. Estas son mis órdenes al comandante del batallón de guardias de la Place de Grève. Atacar desde la retaguardia y dispersar a la multitud que marcha sobre palacio.

Acto seguido estampó su firma en el documento. Su caballo le esperaba. El comandante del batallón recibió la orden a los pocos minutos. Al llegar al Ayuntamiento, Mandat se dirigió directamente a su despacho. Le ordenaron que redactara un informe, pero por lo que a él respectaba no había ninguna autoridad a quien presentar dicho informe. Durante unos instantes pensó en echar el cerrojo a la puerta de su despacho, pero le pareció poco digno de un soldado.

—Gracias, Rossignol —dijo Danton, examinando la orden firmada por Mandat que le había entregado el comisario de policía del distrito—. Vamos a pedir a Mandat que explique a la nueva Comuna por qué ha desplegado a las fuerzas armadas contra el pueblo.

—Me niego rotundamente —dijo Mandat.

—¿Te niegas?

—Esas gentes no son el gobierno municipal. No son la Comuna. Son unos rebeldes. Unos criminales.

—Yo les eximo de sus crímenes —respondió Danton, agarrando a Mandat por la pechera de la casaca y sacándolo por la fuerza de la habitación. Rossignol se apresuró a quitarle el espadín al marqués, esbozando una mueca.

Mandat miró aterrado y furioso el grupo de hombres que lo aguardaban en el pasillo.

—Todavía no ha llegado el momento —dijo Danton—. Dejádmelo a mí, no necesito vuestra ayuda. Te sigues negando, ¿Mandat? —preguntó, soltando una carcajada al tiempo que lo arrastraba hacia la estancia donde se había reunido la nueva Comuna. Era como un juego de niños, brutal y sencillo al mismo tiempo.

Las cinco de la mañana. María Antonieta:

—No hay esperanza.

Las cinco de la mañana. Gabrielle se puso a tiritar.

—Voy a vomitar —dijo.

Louise Robert corrió en busca de una palangana mientras Lucile sostenía a Gabrielle y le apartaba el cabello de la frente.

Tras unos segundos de inútiles esfuerzos, la ayudaron a tumbarse en un sofá, depositaron la palangana en el suelo, junto a ella, colocaron unos cojines debajo de su cabeza y le aplicaron unas gotas de colonia en las sienes.

—Supongo que lo habéis adivinado —dijo Gabrielle—. Estoy encinta de nuevo.

—¡Oh, Gabrielle!

—Lo que suele decirse en estos casos es «enhorabuena» —dijo en un leve tono recriminatorio.

—Pero hace muy poco que has dado a luz —observó Lucile.

—Qué le vamos a hacer —replicó Louise, encogiéndose de hombros—. O te quedas en estado o utilizas preservativos.

—¿Qué son preservativos? —preguntó Gabrielle, mirando perpleja a sus amigas.

—¡Qué ingenua eres! —exclamó Louise con tono burlón—. ¿Qué significa de facto? ¿Qué son preservativos? Nuestra pequeña Gabrielle es una inculta, Lucile.

—Lo lamento —dijo Gabrielle—. En ocasiones no entiendo lo que decís.

—No importa —contestó Lucile—. Imagino que Rémy sabe mucho sobre preservativos. Son unos objetos de los que los hombres casados no quieren saber nada. Especialmente Georges-Jacques, supongo.

—No es necesario que nos aclares tus suposiciones, señora Desmoulins —terció Louise—. Al menos en este contexto.

—No me importa quedarme en estado —dijo Gabrielle, conmovida—. Georges siempre se alegra al saber que vamos a tener un hijo. Y una termina por acostumbrarse.

—Si sigues así, acabaréis teniendo ocho o nueve hijos —dijo Louise—. ¿Cuando nacerá el niño?

—Creo que en febrero. Faltan muchos meses.

—Vete a casa y procura dormir un par de horas.

El siniestro resplandor de las antorchas a las tres de la mañana; las blasfemias de los hombres enzarzados en una batalla campal, y el ruido del cañón mientras lo trasladan de un lugar a otro.

—¿Dormir? —contestó Camille—. Eso sería una novedad. ¿Estarás en el palacio?

—No, ¿por qué iba a estar en el palacio? —replicó Danton, exhalando unas vaharadas etílicas—. Santerre está al mando de la Guardia Nacional, y tenemos a Westermann, que es un profesional. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que no es necesario exponerse a ciertos riesgos?

Camille se apoyó en el muro y se tapó la cara con las manos.

—Unos abogados obesos y fofos sentados en su despacho —dijo—. ¡Qué

emocionante!

—Es lo que suele hacer la gente normal —respondió Danton. Deseaba rogarle que lo tranquilizara, que le dijera que lo conseguirían, que sobrevivirían hasta el amanecer—. Vete a casa Camille. Me repugna verte con el pelo sujeto con ese cordel.

El marqués de Mandat había sido interrogado por la nueva Comuna y encerrado en una habitación del Ayuntamiento. Al amanecer, Danton ordenó que lo trasladaran a la cárcel de Abbaye. A través de la ventana observó cómo el preso descendía las escaleras del edificio, flanqueado por unos guardias.

De pronto hizo una señal a Rossignol, quien se asomó a la ventana y mató a Mandat de un tiro.

—Vamos —dijo Lucile—. Cambio de escenario.

Las tres mujeres cogieron sus cosas, cerraron las puertas, bajaron la escalera y salieron a la Cour du Commerce. Habían decidido ir a casa de Lucile, a la prisión que les aguardaba en otro lugar. No había un alma en la calle y soplaba un aire fresco. Dentro de una hora empezaría a apretar el calor. Jamás me había sentido con tanta vitalidad como en estos momentos, pensó Lucile, tratando de coordinar sus pasos con los de Gabrielle, que caminaba arrastrando los pies, apoyada en su hombro derecho como un peso muerto, y con los de Louise, flaca y demacrada, que andaba a paso ligero. Qué pareja, pensó Lucile, la una traicionada por su marido y la otra una insoportable mandona.

Jeanette, la sirvienta, fingió asombro al ver a las tres mujeres.

—Prepara una cama para la señora Danton —le ordenó Lucile.

Jeanette ayudó a Gabrielle a acostarse en un sofá del cuarto de estar, mientras Louise Robert le quitaba las horquillas dejando que su espesa mata oscura cayera sobre el brazo del sofá hasta rozar el suelo.

Lucile se arrodilló junto a ella, como un penitente, y empezó a cepillarle el pelo. Gabrielle yacía con los ojos cerrados, fuera de combate. Louise Robert se instaló cómodamente en la *chaise-longue* azul, mientras Jeanette la cubría con una manta.

—Tu madre siente un cariño muy grande por esta tumbona —dijo Louise, dirigiéndose a Lucile—. Siempre dice que es la mar de útil.

—Si me necesitáis, llamadme —dijo Lucile, encaminándose a la alcoba a través de la cocina, donde cogió una botella que contenía tres dedos de champán. Se sintió tentada de bebérselo, pero desistió al recordar que hacía varios días que habían descorchado la botella.

La mera idea de ingerir aquel horrible líquido la hizo estremecerse. Jeanette se acercó a ella sigilosamente, y Lucile se sobresaltó.

—Acuéstese un rato —dijo la sirvienta—. Le sentará bien.

Lucile la miró con expresión resuelta, como dándole a entender que lo amaba demasiado para tumbarse en la cama y exponerse a caer dormida.

A las seis de la mañana el Rey decidió pasar revista a la Guardia Nacional. Bajó al patio del palacio vestido con una casaca de color púrpura y con el sombrero bajo el brazo. Ofrecía un aspecto lamentable.

Al aparecer el Monarca, los nobles apostados frente a los aposentos reales se hincaron de rodillas, reiterándole su lealtad; pero los guardias lo insultaron, y un artillero agitó el puño en sus narices.

Rue Saint-Honoré.

—¿Te apetece desayunar? —preguntó Eléonore Duplay.

—No, gracias, Eléonore.

—¿Por qué no comes algo, Max?

—Porque nunca como nada a estas horas —contestó Robespierre—. A estas horas me dedico a la correspondencia.

En aquel momento apareció Babette, fresca, rolliza y lozana.

—Papá te envía esto. Danton ha firmado unas proclamas en el Ayuntamiento.

Robespierre le indicó que dejara el documento sobre la mesa. Sin tocarlo siquiera, miró la firma. «En nombre de la nación… DANTON».

—De modo que Danton se cree con derecho a hablar en nombre de la nación —dijo Eléonore, observando atentamente a Robespierre.

—Danton es un excelente patriota. Aunque… esperaba que me mandara llamar.

—Seguramente no quieren arriesgar tu vida.

—No es eso —contestó Robespierre—. Creo que Danton no quiere que estudie sus métodos, por decirlo así.

—Es posible —respondió Eléonore.

Estaba dispuesta a mostrarse de acuerdo con él en todo, a decir lo que fuera con tal de que permaneciera en su casa, a salvo, hasta el día siguiente, y el otro, y los que hicieran falta.

Hacia las siete y media de la mañana los patriotas apuntaron sus fusiles hacia el palacio. Iban armados con todos lo que la Comuna Insurrecta había encontrado: mosquetones, sables, alfanjes, y las sagradas picas. Las voces de miles de rebeldes empezaron a entonar «La Marsellesa».

¿Qué es lo que pretenden?, se preguntó Luis.

Camille durmió una hora con la cabeza apoyada en el hombro de su esposa.

—Hola, Danton —dijo Roederer, contemplando la figura que acababa de aparecer —. Estás borracho.

—He echado unos tragos para mantenerme despierto.

—¿Qué quieres? —«¿Qué pretendes de mí?», quería decir Roederer. Estaba aterrado—. No soy un monárquico, Danton, te lo aseguro. Estuve en las Tullerías porque recibí órdenes de que fuera allí. Espero que tú y tus comandantes os deis cuenta de lo que estáis haciendo. Será una matanza terrible. Los suizos no cejarán, lucharán hasta el fin.

—Eso me han dicho —respondió Danton—. Quiero que regreses allí ahora mismo.

—¿Que regrese allí? —preguntó Roederer, estupefacto.

—Para sacar al Rey.

—¿Para sacar al Rey?

—Deja de repetir lo que digo, imbécil. Quiero que saques al Rey para obligarlo a abandonar la defensa del palacio. Regresa inmediatamente y ordena a Luis que comunique a María Antonieta que a menos que abandonen el palacio morirán dentro de unas horas, que abandonen la resistencia y se sometan totalmente a la protección de la Asamblea.

—¿Quieres salvarlos? ¿Te he entendido bien?

—Creo haberme expresado con claridad.

—Pero ¿cómo quieres que lo consiga? No me escucharán.

—Diles que cuando la multitud entre en el palacio no podré hacer nada por ellos. Ni el propio diablo podría salvarlos.

—Entonces… ¿deseas salvarlos?

—¡Y dale! Es preciso salvar al Rey y al Delfín a toda cosa. Los otros no son tan importantes, aunque no me gusta que maltraten a las mujeres.

—De acuerdo —dijo el abogado, como si de pronto empezara a comprender la situación—. Entendido, Danton.

Danton agarró a Roederer por la pechera de la casaca con una mano mientras con la otra lo sujetaba del cuello.

—Sácalos del palacio o responderás ante mí. Te estaré vigilando, Roederer.

Roederer, aterrado, trató de liberarse. La habitación empezó a girar.

Voy a morir, pensó, sintiendo que se asfixiaba. Al cabo de unos instantes, Danton lo arrojó al suelo.

—Han sonado los primeros disparos de cañón. Han empezado a atacar el palacio.

Roederer se incorporó y contempló la imponente columna humana que se alzaba ante él, rematada por un rostro de mirada feroz.

—Sácalos del palacio —le ordenó Danton.

—Creo que me llevaré un cepillo de ropa —dijo Camille—. Debemos

distinguirnos de la chusma, según dice Danton. —Acto seguido se colocó la banda tricolor y preguntó—: ¿Estoy presentable?

—Podrías tomarte una taza de chocolate con un canapé. Suponiendo que quede alguno. Pero ¿qué va a suceder ahora? —preguntó Lucile, alarmada.

Louise y Gabrielle aguardaban ansiosas a que les diera noticias, pero hasta el momento Camille se había mostrado muy poco comunicativo.

—Georges-Jacques ha decidido permanecer en el Ayuntamiento para controlar las operaciones. François también está allí, trabajando en un despacho contiguo al de Georges.

—¿Estará a salvo? —preguntó Louise.

—A menos que se produzca un terremoto, o un eclipse solar, o que la luna se tiña de rojo, o que los cielos desaparezcan como cuando enrollas un pergamino, o que haga su aparición el séptimo ángel con los cuatro jinetes del Apocalipsis —todo lo cual reconozco que puede suceder—, no creo que le pase nada malo. Todos estaremos a salvo, siempre y cuando ganemos.

—¿Y el palacio? —preguntó Gabrielle.

—Supongo que en estos momentos están matando a gente en el palacio.

MARÍA ANTONIETA: Aún hay unos guardias que nos defienden.

ROEDERER: Señora, todo París marcha sobre el palacio. ¿Acaso deseáis ser responsable de la matanza del Rey, de vos misma y de vuestros hijos?

MARÍA ANTONIETA: Dios me libre.

ROEDERER: El tiempo apremia, majestad.

LUIS: Caballeros, os ruego que abandonéis la defensa del palacio y os retiréis. Ni vosotros ni yo podemos hacer nada. Vámonos.

RELATO DE THOMAS BLAIKIE, UN JARDINERO ESCOCÉS EMPLEADO EN LA CORTE FRANCESA

Todo parecía presagiar la gran catástrofe del 10 de agosto. Mucha gente deseaba un cambio. Corrían rumores de que vendrían unos marselleses para atacar las Tullerías. Todo estaba planeado. Las Tullerías estaban custodiadas por unos guardias suizos y muchos otros, vestidos con trajes suizos, que esperaban intervenir a favor del Rey. La noche anterior nos informaron sobre lo que iba a suceder, aunque no podíamos imaginar lo que pasaría. La noche del 9 se cayó una botella de la estantería, hiriéndome en la pierna y dejándome cojo, de modo que me vi obligado a sentarme en nuestra terraza, situada frente a los Campos Elíseos y a las Tullerías, donde, hacia las nueve, oí el primer disparo de cañón, seguido de otros más. Al estallar el tumulto, la gente echó a correr. Cuando el Rey abandonó a sus guardias y se marchó a la Asamblea Nacional, esos desgraciados que le habían estado defendiendo fueron asesinados como conejos. Si el Rey hubiera permanecido en el palacio, la mayor parte de las Secciones estaban dispuestas a defenderlo; pero cuando comprobaron que se había ido a la Asamblea, atacaron a los pobres guardias suizos… Muchos de esos antropófagos se detenían en la calle para mostrarnos pedazos y miembros de los suizos que habían asesinado, algunos de los cuales conocíamos… Se jactaban de lo que habían hecho, descargando su ira sobre los cadáveres, desmembrándolos e incluso rasgándoles la ropa, como si fueran monumentos a su triunfo… Era como si la locura se hubiera apoderado de la gente… Es imposible describir los actos de barbarie que se cometieron ese día…

—Camille —dijo un joven guardia nacional al que jamás había visto, temblando de nervios, como si temiera que Camille fuera a propinarle un bofetón—, hemos capturado a una patrulla suiza que llevaba nuestros uniformes. Los hemos encerrado en la sala de guardia en la Cour de Feuillants. Algunos ciudadanos pretenden lincharlos. Nuestro comandante ha pedido refuerzos para desalojar el patio, pero todavía no han llegado. Apenas podemos contener a la muchedumbre. ¿Por qué no habla con esa chusma y trata de convencerla?

—¿Para qué? —preguntó Fréron.

—Las personas no deberían morir como perros, señor —respondió el muchacho, sin cesar de temblar.

—Ahora voy —dijo Camille.

Cuando alcanzaron el patio, Fréron señaló a una mujer y dijo:

—Mira, ahí está Théroigne.

—Sí —contestó Camille sin inmutarse—. La matarán.

Théroigne marchaba a la cabeza de la multitud, como si dirigiera su propia toma de la Bastilla. La muchedumbre, rabiosa y desorganizada, contaba ahora con un cabecilla. Era demasiado tarde para los prisioneros encerrados en la sala de guardia, pues por encima del griterío, por encima de la voz de la mujer, se oía el ruido de cristales rotos y madera que saltaba hecha añicos. Théroigne los azuzaba mientras trataban de derribar la puerta y cargaban, como bestias enjauladas, contra los barrotes de hierro de la ventana. Pero no pretendían salir sino entrar. Al toparse con las bayonetas en un estrecho corredor, habían retrocedido momentáneamente, pero luego siguieron avanzando, destrozándolo todo a su paso. Parecían bestias devoradoras de piedras. El edificio no podía resistir el asedio. Portaban hachas y todo tipo de herramientas, que utilizaban salvajemente. La multitud que invadía el patio gritaba consignas patrióticas, blandiendo el puño y esgrimiendo sus armas.

Al ver el uniforme de los guardias, las bandas tricolores, la multitud les abrió paso. Pero poco después el joven guardia apoyó una mano sobre el hombro de Camille y dijo:

—Es demasiado tarde. No puede hacer nada.

Théroigne iba vestida de negro; llevaba una pistola colgada del cinto y sostenía un sable en la mano. Estaba radiante. «¡Van a sacar a los prisioneros!», gritó la multitud. Cuando apareció el primero, Théroigne, que se había colocado frente a la puerta del edificio, hizo una señal a unos hombres que estaban junto a ella, los cuales alzaron sus hachas y espadas.

—¡Que alguien la detenga! —gritó Camille, liberándose del guardia que trataba de retenerlo y abriéndose paso a codazos entre la multitud. Fréron corrió tras él y

apoyó una mano sobre su hombro, pero Camille lo apartó violentamente. La multitud retrocedió, para recrearse en el espectáculo de dos patrióticos funcionarios dispuestos a despedazarse.

A los pocos segundos sonó un grito feroz, parecido al de un animal. Théroigne bajó el brazo, como un verdugo, y las hachas y espadas se precipitaron sobre los prisioneros, mientras la gente los golpeaba y pisoteaba salvajemente, preparándolos para la muerte que les aguardaba.

Camille había conseguido avanzar unos metros, seguido por los guardias nacionales. El cuarto prisionero que salió fue Louis Suleau. A un grito de Théroigne, la multitud retrocedió, empujando a los que estaban a sus espaldas. Inmovilizado, Camille observó impotente mientras Théroigne se acercaba a Louis Suleau y le decía algo en voz baja. Louis alzó la mano, como dando a entender que ya nada importaba. Su gesto quedó grabado en la mente de Camille. Fue el último que hizo. Luego, Théroigne le apuntó con la pistola. Camille no oyó el disparo. Al cabo de unos segundos se encontraron rodeados de cadáveres y cuerpos agonizantes. El cadáver de Louis —quizá respiraba todavía— fue engullido por la multitud, que agitaba los brazos y las espadas. Fréron gritó algo al joven guardia nacional, y este, rojo de angustia y confusión, desenvainó el sable para abrirles paso entre la multitud, sobre los charcos de sangre que cubrían el suelo.

—No pudo usted hacer nada, Camille —repetía el joven guardia—. Debió haber acudido antes. De todos modos, eran monárquicos, no hubiera podido salvarlos.

Lucile había salido a comprar pan para el desayuno. Era inútil pedir a Jeanette que fuera, pues estaba demasiado nerviosa y no hacía sino correr aturdida de un lado al otro por la vivienda.

Lucile cogió una cesta y una chaqueta, aunque hacía calor, para guardar en el bolsillo de esta un pequeño cuchillo. Nadie sabía que tenía ese cuchillo, del que no se separaba un instante. Puedo vivir en la orilla derecha del Sena, se dijo. Puedo estar casada con un destacado funcionario del Tesoro. Puedo estar sentada cómodamente, bordando unas rosas en un pañuelo de hilo. Sin embargo en estos momentos me encuentro en la rue des Cordeliers persiguiendo una *baguette*, armada con un afilado cuchillo.

De camino a la panadería se cruzó con unos vecinos. ¿Quién iba a decir que nuestra Sección tenía tantos monárquicos?, pensó. «Eres la puta de un asesino», le espetó un hombre. Lucile siguió adelante, esbozando una irritante sonrisita que había aprendido de Camille, una sonrisa burlona, desafiante. Imaginó que sacaba el cuchillo del bolsillo y que hundía su hoja en el vientre de aquel repugnante individuo. Al regresar se topó con otro vecino que la escupió en la cara.

Tras limpiarse la saliva del rostro, subió la escalera, entró en la vivienda y se sentó, sosteniendo en el regazo la cesta de pan.

—¿Va a comerse eso? —le preguntó Jeanette, estrujando angustiada el delantal.

—Por supuesto. Me ha costado mucho conseguirlo. Procura dominarte, Jeanette, y prepara un poco de café.

—Creo que Gabrielle va a desmayarse —dijo Louise, desde el cuarto de estar.

Es posible que Lucile no llegara a desayunar; más tarde, no lograba recordarlo. Entre Louise y ella acostaron a Gabrielle en la cama, le aflojaron la ropa y la abanicaron. Lucile abrió la ventana, pero el ruido procedente de la calle enervaba a Gabrielle y la cerró de nuevo. Hacía un calor sofocante. Al cabo de unos minutos Gabrielle cayó dormida, mientras Louise y Lucile se entretenían leyendo en voz alta, chismorreando, discutiendo suavemente y relatando la historia de su vida. Las horas fueron discurriendo lentamente, hasta que regresaron Camille y Fréron.

Fréron se desplomó en una silla, exhausto.

—Los cadáveres… —dijo, indicando con la mano la altura que alcanzaban los montones de cuerpos que tapizaban las calles—. Lucile, lamento comunicarte que Louis Suleau ha muerto. Vimos cómo lo mataban ante nuestros propios ojos.

Deseaba que Camille dijera: «Fréron me salvó la vida», o al menos que Fréron le había impedido cometer una estupidez. Pero Camille sólo dijo:

—Por el amor de Dios, Conejo, ya lo escribirás en tus memorias. Si vuelves a hablar de ello, te juro que te retuerzo el pescuezo.

Al ver a Camille, Jeanette se tranquilizó y preparó café. Gabrielle entró en el cuarto de estar, aturdida, abrochándose el corpiño del vestido.

—No he visto a François desde primeras horas de la mañana —dijo Camille a Louise. Se expresaba con tono desapasionado, sin tartamudear—. No he visto a Georges-Jacques. Está en el Ayuntamiento, firmando unos decretos, de modo que sé que se halla a salvo. Luis Capeto y su familia han abandonado el palacio y se encuentran en la Escuela de Equitación. La Asamblea está reunida en sesión permanente. Creo que ni siquiera los guardias suizos saben que el Rey se ha marchado, y estoy seguro de que las personas que han atacado el palacio tampoco lo saben. No sé si debemos comunicárselo. —Camille se levantó y estrechó durante unos instantes a Lucile entre sus brazos—. Voy a cambiarme de ropa porque está manchada de sangre, y luego he de salir de nuevo.

—Temo que la reacción aparezca más tarde —dijo Fréron cuando Camille hubo abandonado el cuarto de estar—. Lo conozco bien. No está preparado para afrontar estas cosas.

—Te equivocas —replicó Lucile—. Yo creo que disfruta con ellas.

Quería preguntarle cómo había muerto Louis Suleau, cómo y por qué. Pero no era el momento indicado. Tal como había dicho Danton, no es una estúpida jovencita sino la voz del sentido común. María Estuardo, cuyo retrato cuelga en la pared, se acerca al verdugo. María, núbil, luciendo una atractiva figura, esboza una tímida sonrisa cristiana. Los cojines de seda rosa están un tanto raídos, según hubiera observado Camille; la *chaise-longue* azul parece haber sido testigo de más de una

escena interesante. Lucile Desmoulins tiene veintidós años, es esposa, madre y ama de casa. En medio del sofocante calor estival —mientras una mosca revolotea a su alrededor, un hombre silba en la calle y un niño llora en el piso de abajo— siente que su alma, insignificante, pecadora y mortal, está en paz. Hace un tiempo hubiera rezado unas oraciones para los muertos. Pero ahora piensa: ¡De qué coño sirve! Son los vivos los que me importan.

Cuando Gabrielle hubo recuperado las fuerzas, dijo que quería regresar a casa. Las calles estaban atestadas de gente. El portero, aterrado, había cerrado la verja que daba a la Cour du Commerce. Gabrielle golpeó la puerta violentamente, hizo sonar la campana y gritó para que alguien le abriera, pero fue en vano.

—Podemos entrar por detrás si el panadero nos abre la puerta de su casa y nos deja pasar por la cocina —dijo.

Pero el panadero no les dejó entrar ni en la panadería. Se puso a gritar y propinó a Gabrielle un empujón, lastimándola y derribándola al suelo. Louise y Lucile la arrastraron hacia la verja, donde al cabo de unos minutos las rodearon un grupo de hombres. Lucile metió la mano, acarició la hoja del cuchillo y dijo:

—Sé quiénes sois, conozco vuestros nombres. Si dais un paso más, haré que os corten la cabeza y la ensarten en una pica.

De pronto se abrió la verja, y unas manos las ayudaron a entrar en el edificio. Subieron apresuradamente la escalera y penetraron en casa de los Danton.

—Esta vez no nos moveremos de aquí —dijo Lucile, enojada.

Gabrielle sacudió la cabeza, como si se sintiera perdida y totalmente exhausta. Al otro lado del río sonaba un constante tiroteo.

—Dios mío, parece como si hubiera permanecido tres días encerrada en una tumba —dijo Louise Robert al verse reflejada en un espejo después de haber ayudado a Lucile a acostar de nuevo a Gabrielle.

—¿Por qué crees que los Danton duermen en lechos separados? —preguntó a Lucile en voz baja.

Lucile se encogió de hombros.

—Porque Georges sueña que está luchando contra no sé quién y no cesa de agitar los brazos y las piernas —respondió Gabrielle, medio adormilada.

—¿Contra sus enemigos? ¿Contra sus acreedores? ¿Contra sus inclinaciones? —preguntó Lucile.

Louise Robert registró el tocador de Gabrielle, halló una cajita de colorete y se lo aplicó generosamente en las mejillas, como hacían las damas de la Corte. Luego ofreció la cajita a Lucile, pero esta la rechazó diciendo:

—Vamos, Louise, sabes perfectamente que no lo necesito.

Después del mediodía, en las calles reinaba el más absoluto silencio. Es como si hubiera llegado el fin del mundo y estuviéramos esperando que el sol se eclipsara, pensó Lucile. Pero el sol no se había eclipsado sino que caía a plomo sobre las banderas tricolores, sobre las cabezas de los marselleses, sobre los desfiles victoriosos y los leales *cordeliers*, los cuales habían tenido la precaución de permanecer encerrados todo el día y ahora se habían lanzado a la calle, entonando canciones en defensa de la república, exigiendo la muerte de los tiranos y ensalzando a Danton.

De pronto sonaron unos golpes en la puerta. Lucile se apresuró a abrir y vio a un hombre alto y corpulento, que se tambaleaba ligeramente, apoyado en el vano de la puerta. Era un desconocido.

—Disculpe, señor —dijo Louise Robert—, pero creo que no nos conocemos.

—Están destrozando los espejos del palacio —respondió el desconocido—. Los *cordeliers* son los amos. —Acto seguido arrojó un objeto a Gabrielle, que lo atrapó en el aire. Era un cepillo de plata maciza—. Del tocador de la Reina.

Gabrielle observó que tenía grabadas las letras «M A». De improviso, el hombre agarró a Lucile por la cintura y la levantó en el aire. Apestaba a vino, tabaco y sangre. Tras besarla en el cuello con avidez —un beso proletario— la depositó de nuevo en el suelo y se marchó precipitadamente.

—Caramba —dijo Louise—, tienes una legión de admiradores. Probablemente lleva aguardando dos años para poder besarte.

Lucile se limpió el cuello con un pañuelo. No eran admiradores míos los vecinos con los que me topé esta mañana, pensó. Luego añadió, bajando la voz e imitando el tono de Rémy:

—Yo suelo decirles: «Chicos, no os peleéis por mí. Celebremos la libertad, igualdad y fraternidad».

El cepillo de la Reina yacía donde lo había dejado caer Gabrielle, en la alfombra del cuarto de estar.

A última hora de la tarde las mujeres oyeron la voz de Danton en la calle. Llegó acompañado de Fabre, el genio de la época, de Legendre, el carnicero, de Collot d’Herbois, la-peor-persona-del-mundo, de François Robert y de Westermann. Caminaba apoyado en Legendre y Westermann, tambaleándose, sin afeitar, agotado y apestando a coñac. «¡No nos rendiremos!», repetían sin cesar. Era una consigna sencilla y directa. Danton estrechó a Gabrielle entre sus brazos con fuerza, como si quisiera protegerla contra todo mal, y ella sintió que le temblaban las rodillas.

Luego la sentó en un sillón.

—La pobrecilla no se sostenía en pie —dijo Louise Robert mirando aliviada a François. Su piel resplandecía bajo el colorete.

—¡Marcharos todos! —exclamó Danton—. ¡Idos a casa!

Acto seguido entró en el dormitorio y se arrojó sobra la cama. Lucile entró tras él y le acarició la espalda.

—Estoy demasiado cansado —dijo Danton, sonriendo—. Ah, Georges-Jacques, Georges-Jacques, la vida consiste en una serie de maravillosas oportunidades. ¿Qué pensaría de ti en estos momentos maître Vinot?

—Quiero saber dónde está mi marido.

—¿Camille? —preguntó Danton—. En la Escuela de Equitación, organizando su plan de vida. No, Camille no es como el resto de los humanos, no necesita dormir.

—La última vez que lo vi —dijo Lucile—, estaba conmocionado.

—Sí —contestó Danton, poniéndose serio. Cerró los ojos unos instantes y volvió a abrirlos—. Esa arpía, Théroigne, asesinó a Suleau a veinte metros de donde estaba Camille. No hemos visto a Robespierre en todo el día. Puede que se ocultara en la bodega de Duplay… —añadió con voz cansada—. Suleau iba a la Escuela con Camille, al igual que Max. ¡Qué pequeño es el mundo! Camille es un joven muy trabajador, llegará lejos. Mañana sabremos… —Pero no pudo terminar la frase. Cerró los ojos y dijo—: Eso es todo.

La Asamblea había iniciado la sesión a las dos de la madrugada. El debate se vio entorpecido por numerosos obstáculos: las voces de los oradores quedaban sofocadas por el intermitente ruido de los disparos, y la llegada de la familia real, hacia las ocho y media de la mañana, provocó una fuerte confusión. El día anterior habían votado en favor de suspender el debate sobre el futuro de la monarquía, pero ahora parecía como si los vestigios de la institución hubieran quedado sepultados entre los despojos del palacio. La derecha afirmó que el aplazamiento del debate fue la señal que provocó el estallido de la insurrección; la izquierda replicó que cuando los diputados abandonaron el tema renunciaron a todo derecho de convertirse en líderes de la opinión pública.

La familia del Rey y algunos amigos suyos ocuparon el palco de los periodistas, situado detrás de la tribuna del presidente. A partir de media tarde, mucha gente y numerosos delegados atravesaron los pasillos y penetraron en la Cámara. Corrían todo tipo de terribles y pintorescos rumores. La muchedumbre había destrozado los colchones y las almohadas del palacio, el cual estaba invadido de plumas que volaban por los aires. Las prostitutas desempeñaban su oficio en el lecho de la Reina, aunque esos pormenores no encajaban con otras versiones. Habían visto a un hombre tocando el violín sobre el cadáver de un individuo al que había degollado. Un centenar de personas habían sido asesinadas a golpes y cuchilladas en la rue de l’Échelle. Un cocinero había muerto abrasado. Los sirvientes habían sido sacados a rastras de debajo de los lechos, obligados a trepar por las chimeneas y arrojados por las ventanas para ser ensartados en unas picas. Habían prendido fuego a numerosas zonas del palacio, y se decía que muchos habían practicado el canibalismo.

Vergniaud, el actual presidente de la Asamblea, había renunciado a distinguir la verdad de la fantasía. Al echar un vistazo alrededor de la Cámara, contó más invasores que diputados. Cada dos por tres se abrían las puertas y aparecían hombres, sonrientes y extenuados, cargados con objetos que de no haberlos trasladado directamente a la Escuela de Equitación hubieran podido considerarse un botín. A Vergniaud le parecía excesivo colocar muebles incrustados y obras completas de Moliere a los pies de la nación. Aquello parecía una sala de subastas. Vergniaud trató de aflojarse discretamente la corbata.

En el concurrido palco de los periodistas, los hijos de los Reyes estaban medio dormidos. El Monarca, a fin de conservar las fuerzas, mordisqueaba la pata de un capón. De vez en cuando se limpiaba los dedos en su fúnebre casaca púrpura. Un diputado que ocupaba un escaño debajo de él se cubrió la cara con las manos.

—Salí a orinar, y Camille Desmoulins se precipitó sobre mí —dijo—. Me arrinconó contra la pared y me obligó a apoyar el nombramiento de Danton como Papa o algo parecido. Tengo entendido que Danton va a presentarse como candidato a Dios, y me han advertido que si no voto en favor suyo me cortarán la cabeza.

Unos bancos más atrás, Brissot charlaba con el ex ministro Roland. El señor Roland mostraba un color más macilento que de costumbre. Sostenía el polvoriento sombrero contra su pecho, como si se tratara de su última arma defensiva.

—Es preciso disolver la Asamblea —dijo Brissot— y convocar a nuevas elecciones. Antes de que concluya esta sesión, debemos nombrar un nuevo gabinete, un nuevo Consejo de Ministros. Hay que hacerlo ahora, de inmediato, alguien tiene que gobernar el país. Ocuparás de nuevo el cargo de ministro del Interior.

—¿De veras? ¿Y Servan, y Clavière?

—Recuperarán también sus cargos —contestó Brissot. Esta es mi misión en la vida, pensó, formar gobiernos—. Todo será como en junio, salvo que no existirá el obstáculo del veto real. Y tendrás a Danton de colega.

—A Manon no le gustará —dijo Roland, suspirando.

—Pues tendrá que irse acostumbrando.

—¿Qué ministerio vas a ofrecerle a Danton?

—Eso no importa —respondió Brissot—. Lo importante es que ocupe un cargo destacado.

—¿Tan grave es la situación?

—Si hubieras estado hoy en las calles, no te cabría la menor duda.

—¿Has estado tú en las calles? —preguntó Roland. Dudaba de que Brissot hubiera salido de su despacho.

—Estoy informado —respondió Brissot—. Perfectamente informado. Me han dicho que él es su hombre. Todos lo aclaman y vitorean. ¿Qué te parece?

—Me pregunto si esto es un buen comienzo para la república —dijo Roland—. ¿No corremos el riesgo de vernos acosados por la chusma?

—¿Adónde demonios se dirige Vergniaud? —preguntó Brissot.

El presidente había hecho una seña a su sustituto.

—Les ruego que me dejen pasar —dijo amablemente.

Brissot siguió a Vergniaud con la mirada. Era posible que se propusieran, organizaran y rompieran alianzas, facciones y pactos, y si no se mantenía alerta cabía la posibilidad de que dejara de ser el hombre mejor informado de Francia.

—Danton es un delincuente —dijo Roland—. Quizá deberíamos pedirle que asuma el cargo de ministro de Justicia.

Al llegar a la puerta y toparse con Camille, Vergniaud no consiguió hacer gala de su proverbial oratoria. Uno se da cuenta de la situación, dijo Camille, y ve y comprende las cosas. Al cabo de tres minutos, empezaron a fallarle las palabras.

—¿Me estoy repitiendo, Vergniaud? —preguntó Camille.

—Un poco —respondió Vergniaud—, pero lo que dices resulta muy interesante. Termina lo que ibas a decir. ¿En qué sentido?

Camille hizo un gesto vago, como si quisiera abarcar la Escuela de Equitación y las masas que gritaban en la calle.

—No comprendo por qué el Rey no está muerto. Han caído personas mucho más valiosas que él. ¿Y los diputados superfluos? ¿Acaso los monárquicos los han metido en las cárceles?

—Pero no puedes matarlos a todos —dijo el célebre orador, temblando de indignación.

—Tenemos la capacidad de hacerlo.

—Me refiero a que no debemos matarlos a todos. No creo que Danton exija cortarles a todos la cabeza.

—No estoy tan seguro de ello. Hace varias horas que no lo he visto. Creo que fue él quien ordenó que los Capeto fueran sacados del palacio.

—Es muy posible —respondió Vergniaud—. ¿Por qué crees lo que hizo?

—Lo ignoro. Quizá sea un sentimental.

—Pero no estás seguro.

—Ni siquiera estoy seguro de estar despierto.

—Creo que deberías regresar a casa, Camille. Estás ofuscado, dices cosas que no deberías decir.

—¿Tú crees? Eres muy amable. Si fueras tú quien dijeras cosas que no deberías decir, me apresuraría a tomar buena nota de ello.

—No creo que lo hicieras —contestó Vergniaud.

—Sí —insistió Camille—. No nos fiamos de ti.

—Ya lo veo. Pero no es necesario que sigas tratando de intimidar a la gente. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá deseemos contar con la colaboración de Danton? No por lo que pudiera llegar a hacer si se le niega el poder —lo cual me consta que sería tan terrible como insinúas—, sino porque creemos que es el único hombre capaz de salvar al país.

—No —contestó Camille—. No se me había ocurrido.

—¿Qué opinas?

—Hace tiempo que he llegado a ese convencimiento, pese a que el mayor obstáculo ha sido el propio Danton.

—¿Qué pretende Danton?

—No pretende nada. Está durmiendo.

—Dentro de unos minutos me dirigiré a la Asamblea. Sería conveniente librarnos de la chusma.

—Hasta esta tarde, cuando asumiste el poder, era el pueblo soberano. Ahora se ha convertido en chusma.

—Se han presentado unos peticionarios exigiendo la abolición de la monarquía. La Asamblea la decretará y convocará a una Convención Nacional para redactar una constitución republicana. Ya puedes irte a descansar.

—No hasta que lo oiga personalmente. Si me marcho ahora, podría venirse todo abajo.

—La vida adopta a veces un aspecto persecutorio —masculló Vergniaud—. Tratemos de seguir siendo racionales.

—Esto no es racional.

—Lo será —respondió Vergniaud—. Mis colegas han decidido alejar al Gobierno de la esfera del azar y los prejuicios, y convertirlo en un proceso razonado.

Camille sacudió la cabeza.

—Te lo aseguro —insistió Vergniaud—. ¿Qué es ese olor tan repugnante?

—Creo… —balbuceó Camille—… creo que están quemando los cadáveres.

—¡Viva la república! —exclamó Vergniaud. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la tribuna del presidente.

QUINTA PARTE

El terror no es otra cosa que la justicia, pronta, rigurosa e inflexible; no es tanto un principio concreto cuanto una consecuencia del principio general de la democracia aplicado a las más urgentes necesidades de nuestro país… El gobierno de la Revolución es el despotismo de la libertad contra los tiranos.

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

En resumen, durante esos reinados, la muerte natural de un hombre famoso era un acontecimiento tan raro que los historiadores han dejado constancia de ello para la posteridad. Bajo un Consulado, según dice el analista, hubo un pontífice llamado Pisonius que murió en la cama, lo cual fue considerado un hecho prodigioso.

CAMILLE DESMOULINS


UNITE.
ET
INDIVISIBILITE
DE LA
RÉPUBLIQUE.
LIBERTÉ,
ÉGALITÉ,
FRATERNITÉ
OU LA MORT

I. *Conspiradores*

(1792)

—¡Suegro! —exclama Camille, sonriendo. Luego señala a Claude y añade—: Nunca se debe tirar nada. Cualquier objeto, por viejo y gastado que esté, puede resultar útil. Ahora, ciudadano Duplessis, cuéntame, en frases breves, en verso o en divertidas canciones, cómo dirigir un ministerio.

—Esto es peor que la peor de las pesadillas —responde Claude.

—Descuida, no me han ofrecido un ministerio, al menos hasta ahora; tendrían que producirse muchas catástrofes antes de que eso ocurra. La noticia es que Danton ha sido nombrado ministro de Justicia y Guardasellos, y Fabre y yo somos sus secretarios.

—Un actor —dice Claude—. Y tú. Danton no me gusta, pero lo lamento por él.

—Danton es el jefe del Gobierno provisional, y yo le ayudaré a dirigir el ministerio. Fabre no quiere molestarse. Tengo que escribir de inmediato a mi padre para comunicárselo. No, le escribiré desde el ministerio. Me sentaré ante mi enorme mesa y le escribiré la carta en una hoja con el membrete del ministerio.

—¿No crees que deberías felicitarle, Claude? —pregunta Annette.

Claude se estremece.

—Quisiera subrayar un detalle, un tecnicismo. El ministro de Justicia es también el Guardasellos, pero es una sola persona. Siempre ha tenido un solo secretario. Siempre.

—Georges-Jacques no es tacaño —replica Camille—. Nos instalaremos en la Place Vendôme. Residiremos en un palacio.

—Querido papá —dice Lucile—, no te lo tomes así.

—No lo comprendes —responde Claude—. Ha llegado donde se proponía, se ha convertido en el *Sistema*. Cualquiera que desee organizar una revolución tendrá que hacerlo contra él.

Claude se siente más trastornado que el día que cayó la Bastilla. A Camille le

sucede lo mismo cuando piensa en lo que acaba de decir Claude.

—Eso no es cierto —protesta Camille—. Todavía quedan muchas batallas por ganar. Debemos luchar contra los hombres de Brissot.

—Te gustan las batallas, ¿no es cierto? —pregunta Claude.

Durante unos instantes imagina que está sentado en un café, charlando con unos amigos, y de pronto suelta «mi yerno, el secretario». Pero lo cierto es que ha desperdiciado su vida. Ha trabajado duramente durante treinta años y jamás ha mantenido una estrecha amistad con un secretario; en cambio ahora, por culpa de su mujer y su hija, se ve obligado a mantener una estrecha relación con un impresentable joven que resulta ser su yerno y además secretario del ministro. Claude observa enojado la forma en que las dos mujeres se apresuran a felicitar y besar al secretario. No le costaría nada acercarse a él y darle unas palmaditas en la cabeza; al fin y al cabo en más de una ocasión ha visto al secretario sentado, con el cuello torcido, mientras el ministro, disertando sobre un tema patriótico, le acariciaba distraídamente el cabello. ¿Se atreverá el nuevo ministro a hacerlo delante de sus funcionarios públicos? A Claude le repugnan esas muestras de afecto. Dirige a su yerno una mirada asesina. Le irrita verlo allí sentado, con la cabeza agachada y los ojos clavados en la alfombra. ¿En qué estará pensando? Probablemente en algo que no debería pensar un secretario.

Camille contempla fijamente la alfombra, pero está pensando en Guise. La carta que se propone escribir ya está escrita en su mente. Flota invisiblemente, a través de la Place des Armes. Se desliza a través de la puerta de la casita blanca. Insinúa su presencia en el estudio de su padre. Allí, sobre la mesa, yace la *Enciclopedia de Derecho*; su padre debe de haber alcanzado ya las últimas letras del alfabeto.

En efecto, este es el volumen VI. Sobre él yace una carta de París. ¿Quién la ha escrito? Él mismo. Es la letra de la que se quejan sus editores, su inimitable caligrafía. De pronto se abre la puerta y aparece su padre. ¿Qué aspecto tiene? El mismo que cuando Camille lo vio por última vez: delgado, con el pelo canoso, severo y remoto.

Su padre ve la carta. Pero, un momento, ¿cómo ha llegado hasta ahí, qué hace sobre la *Enciclopedia de Derecho*? Esta escena resulta bastante inverosímil, a menos que imaginemos la llegada de la carta y a su madre, a Clément o a quien sea, llevándola al estudio de su padre sin echarle una ojeada.

Está bien, empecemos de nuevo.

Jean-Nicolas sube la escalera, seguido por Camille (en forma de espectro). Jean-Nicolas sostiene una carta en sus manos. La mira; la letra le resulta familiar. Sí, es la letra casi ilegible de su primogénito.

¿Desea leerla? No, no especialmente. Pero el resto de la familia le pregunta qué noticias ha recibido de París.

Jean-Nicolas saca la carta del sobre y la lee, no sin cierta dificultad. De pronto se le ilumina el semblante.

¡Es asombroso! ¡Es increíble! El mejor amigo de mi amigo (uno de sus dos mejores amigos) ha sido nombrado ministro. Mi hijo será su secretario. Vivirá en un palacio.

Jean-Nicolas estrecha la carta contra su pecho, por encima del chaleco, a la izquierda, contra su corazón. Hemos juzgado mal a Camille. Ese chico es un genio. Correré a contárselo a todo el mundo, se pondrán verdes de envidia. El padre de Rose-Fleur se pondrá enfermo. Su hija podría ser ahora la esposa del secretario.

Pero no, piensa Camille, las cosas no sucederán de ese modo. ¿Se apresurará su padre a escribirle una carta de felicitación? ¿Se encasquetará el sombrero y correrá a comunicar la noticia a sus vecinos? Ni mucho menos. Observará la carta y murmurará: «Dios mío, ¿qué cosa indigna habrá hecho mi hijo para merecer ese favor?». ¿Se sentirá orgulloso? No. Se sentirá receloso, apenado, experimentará un vago dolor en la región lumbar y se acostará.

—¿En qué piensas, Camille? —pregunta Lucile.

—En que es imposible complacer a ciertas personas —responde Camille.

Lucile y su madre se apresuran a tranquilizarlo, manifestándole su cariño y admiración, mientras dirigen a Claude miradas de reproche.

—Si hubiera fracasado —dice Danton—, me habrían tratado como a un criminal.

Habían transcurrido doce horas desde que Camille y Fabre lo habían despertado para encomendarle el gobierno de la nación. Había tenido un confuso sueño en el que se le aparecía un laberinto de habitaciones y puertas. Había abrazado a Camille, murmurando incoherentes palabras de gratitud, aunque quizás hubiera sido más oportuno un toque de *nolo episcopari*, un toque de humildad ante el destino que se erguía ante a él. No, estaba demasiado cansado para fingir. Le habían encomendado la tarea de gobernar los destinos de Francia, lo cual le parecía lo más natural del mundo.

Al otro lado del río, el problema más acuciante era cómo desembarazarse de los cuerpos, vivos y muertos, de la Guardia Suiza. Sobre el palacio se elevaba una columna de humo.

—¿Que va a encargarse de guardar los sellos? ¿Estás seguro de lo que haces? —le había preguntado Gabrielle—. Pero si Camille lo pierde todo…

Robespierre estaba sentado en un sillón de terciopelo en casa de los Danton, con un aspecto pulcro y aseado, como recién sacado de una caja. Tras advertir a Gabrielle que no recibiría a nadie —«únicamente a mis secretarios de Estado»—, Danton se disponía a escuchar la valiosa opinión de Robespierre.

—Necesito tu ayuda.

—Cuenta con ella, Georges-Jacques.

Robespierre le escuchaba muy serio y atento; esta mañana, cuando todos se habían despertado sintiéndose distintos, él seguía siendo el mismo.

—Te lo agradezco —contestó Georges-Jacques—. ¿Aceptas un cargo en el ministerio?

—Lo lamento. No puedo.

—¿Por qué? Te necesito. De acuerdo, tienes que ocuparte de los jacobinos, ocupas un escaño en la nueva Comuna, pero todos tenemos que… —El nuevo ministro se detuvo, haciendo un gesto de resolución con sus poderosos puños.

—Si lo que necesitas es un jefe de la Administración Pública, te recomiendo que nombres a François Robert. Lo hará perfectamente.

—Estoy seguro de ello.

¿Acaso imaginabas, pensó Danton, que iba a ofrecerte un cargo de funcionario? Por supuesto que no; quería ofrecerte un cargo no oficial aunque excelentemente remunerado, como consejero político, mi tercer ojo, mi tercer oído. ¿Cuál es el problema? Quizá seas una de esas personas que encajan mejor en la oposición que en el Gobierno. ¿Es eso, o es que no quieres trabajar para mí?

Robespierre alzó la cabeza y miró sonriendo a Danton.

—Espero que comprendas mi decisión.

—Como gustes —responde Danton.

Danton era consciente de su refinado acento de abogado, de las expresiones que solía utilizar; y de su otra voz, la de la calle, no menos artificial. En cambio Robespierre sólo tenía una voz, seca, normal; jamás se le ocurriría fingir ni hacerse pasar por lo que no era.

—Supongo que ahora te encargarás de todo en la Comuna —dijo Danton, tratando de suavizar el tono de su voz—. Fabre es miembro, estará a tus órdenes.

—No soy tan aficionado como tú a dar órdenes —respondió irónicamente Robespierre.

—Tu primer problema es la familia Capeto. ¿Qué vas a hacer con ellos?

Robespierre se miró las uñas y contestó:

—Alguien sugirió mantenerlos bajo vigilancia en el palacio del Ministerio de Justicia.

—¿Ah, sí? Supongo que me cederéis el desván o el cuarto de los trastos para que instale en él mi despacho.

—Les advertí que no te gustaría la idea —contestó Robespierre, como buscando una confirmación a sus sospechas.

—Encerradlos en la torre del Temple.

—Sí, esa es la opinión de la mayoría de la Comuna. Aunque creo que sería algo triste para los niños, comparado con lo que están acostumbrados.

¿Fuiste alguna vez un niño, Maximilien?, pensó Danton.

—Me han asegurado que estarán cómodos —continuó Robespierre—. Podrán pasear por el jardín. ¿Crees que a los niños les gustaría tener un perrito para jugar con

él?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le espetó Danton—. De todos modos, existen otros problemas más urgentes que los Capeto. Tenemos que poner a la ciudad en pie de guerra. Tenemos que emitir órdenes de registro y requisa. Tenemos que detener a los monárquicos que todavía estén armados. Las cárceles están llenas.

—Eso es inevitable. Supongo que los que se han opuesto a nosotros debemos considerarlos como criminales, ¿no? Debemos otorgarles algún estatus, catalogarlos de alguna forma. Y si los consideramos unos criminales, debemos ofrecerles un juicio, aunque no sé exactamente de qué vamos a acusarlos.

—De haberse quedado rezagados, rebasados por los acontecimientos —contestó Danton—. Por supuesto, como jurista que soy, entiendo que no pueden ser juzgados por un tribunal ordinario, sino por un tribunal especial. Debemos informar a las provincias de lo que sucede. ¿Alguna sugerencia al respecto?

—Los jacobinos quieren emitir una…

—¿Versión?

—Si deseas expresarlo así… Lógicamente, la gente tiene que estar informada sobre lo ocurrido. Camille se encargará de redactarlo. El club lo publicará y distribuirá a toda la nación.

—Camille es un experto en esas lides —dijo Danton.

—Luego debemos empezar a preparar las elecciones. Dada la situación, no veo cómo podemos impedir que regresen los hombres de Brissot.

El tono de Robespierre extrañó a Danton.

—¿No crees que podamos trabajar con ellos?

—Creo que sería un grave error intentarlo siquiera. Su política no puede ser más clara. Están a favor de las provincias y contra París. Son unos federalistas. Pretenden dividir a la nación en pequeñas zonas. Si eso llegara a suceder, si se salieran con la suya, el pueblo francés no podría defenderse contra el resto de Europa.

—Cierto.

—Por consiguiente, su política tiende hacia la destrucción de la nación. Es una política traidora, daría el triunfo a nuestro enemigo. Quizás haya sido el enemigo quien ha inspirado dicha política, quién sabe.

—Un momento —dijo Danton—. Veamos si lo he entendido bien. Según tú, primero provocarían la guerra y luego procurarían que la perdiéramos, ¿no es así? Si pretendes que crea que Pétion, Brissot y Vergniaud son agentes de los austriacos, tendrás que presentarme pruebas legales. —Y ni siquiera entonces te creería, pensó Danton.

—Intentaré complacerte —contestó Robespierre, con aire de un alumno aplicado —. Entretanto, ¿qué vamos a hacer con el duque?

—Pobre Philippe —respondió Danton—. Merece un cargo. Creo que deberíamos animar a los parisienses a que lo nombren diputado de la nueva Asamblea.

—Querrás decir la Convención Nacional —le rectificó Robespierre—. Si te

empeñas…

—Y luego está Marat.

—¿Qué quiere?

—No me ha pedido nada, pero debemos tenerlo en cuenta. Tiene multitud de seguidores entre el pueblo.

—Es cierto —contestó Robespierre.

—¿Lo aceptarías en la Comuna?

—¿Y la Convención? La gente dice que Marat es demasiado extremista, y Camille también, pero no podemos prescindir de ellos.

—¿Extremistas? —repitió Danton—. Es una época extremista. Los ejércitos son extremistas. Nos hallamos en un momento crucial.

—No lo pongo en duda. Dios nos protege. Tenemos ese consuelo.

Danton lo miró estupefacto.

—Lamentablemente —dijo al cabo de unos instantes—, Dios no nos ha proporcionado todavía ninguna pica.

Robespierre se giró. Es como jugar con un erizo, pensó Danton, en cuanto le tocas el hocico se enrolla y te pinchas con las púas.

—Yo no deseaba esta guerra —dijo Robespierre.

—Desgraciadamente ha estallado, y no podemos fingir que no es nuestra.

—¿Confías en el general Dumouriez?

—No nos ha dado ningún motivo para desconfiar.

—Pero eso no es suficiente —replicó Robespierre—. ¿Qué ha hecho para convencernos de que es un patriota?

—Es un soldado, y supongo que será leal al Gobierno de turno.

—Esa suposición resultó ser infundada en 1789, cuando los guardias franceses se pasaron al bando del pueblo. Perseguían sus intereses naturales. Dumouriez y nuestros aristocráticos oficiales no tardarán en hacer lo mismo. Me pregunto qué hará Dillon, el amigo de Camille.

—No he dicho que la lealtad de los oficiales esté asegurada, sino que el Gobierno lo da por sentado hasta que no demuestren lo contrario. De no ser así, sería imposible tener un Ejército.

—¿Me permites que te dé un consejo? —preguntó Robespierre, mirando fijamente a Danton. Seguro que no me va a gustar, pensó Danton—. Hablas demasiado del «Gobierno». La Revolución te ha hecho un revolucionario, y en las revoluciones los viejos presupuestos se vienen abajo. En tiempos de paz y estabilidad es posible que un Estado ignore a sus enemigos, pero en tiempos como estos debemos identificarlos y tomar medidas para defendernos de ellos.

¿Cómo?, se preguntó Danton. ¿Razonando con ellos? ¿Convirtiéndolos? ¿Matándolos? Pero tú no quieres que matemos a nadie, ¿verdad, Max? No lo aceptas.

—La diplomacia puede poner límites a la guerra —dijo Danton—. Mientras sea el jefe del Gobierno, haré cuanto pueda por mantener a raya a Inglaterra. Pero cuando

deje de serlo…

—¿Sabes que diría Marat? Diría: «¿Y por qué tienes que dejar de serlo?».

—Deseo ser miembro de la Convención. Ese es mi escenario, donde puedo ser más útil. No quiero pasarme la vida sujeto a una mesa de despacho. Como bien sabes, un diputado no puede ser ministro.

—Escucha —respondió Robespierre, sacando del bolsillo el pequeño volumen de *El contrato social*.

—¿Acaso me vas a contar un cuento? —preguntó Danton.

Robespierre abrió el librito por una página señalada y dijo:

—Escucha atentamente: «La inflexibilidad de las leyes puede, en determinadas circunstancias, hacer que estas sean peligrosas y causen la ruina de un Estado en crisis… Si el peligro es tal que el aparato de las leyes representa un obstáculo, se nombra un dictador, el cual suprime las leyes».

Robespierre cerró el libro y miró interrogativamente a Danton.

—¿Es una afirmación categórica o una recomendación facultativa? —preguntó Danton.

Robespierre guardó silencio.

—Esas frases no me impresionan, aunque las haya escrito el mismo Jean-Jacques.

—Quiero prepararte para los argumentos que te expondrán los demás.

—Observo que has señalado el párrafo. En adelante, no te molestes en andarte con rodeos. Pregúntame directamente lo que desees saber.

—No he venido aquí para provocarte. He señalado el párrafo porque he reflexionado mucho sobre él.

—¿Y qué conclusiones has sacado? —preguntó Danton.

—Me gusta… —Robespierre dudó unos instantes y luego prosiguió—: Me gusta analizar todas las circunstancias. No debemos ser doctrinarios. Por otra parte, el pragmatismo puede fácilmente degenerar en una falta de principios.

—A los dictadores siempre acaban matándolos —dijo Danton.

—Pero ¿y si antes de morir han salvado a su país? «Es inevitable que un hombre muera por el pueblo».

—Olvídalo. No tengo el menor deseo de convertirme en un mártir. ¿Y tú?

—De todos modos, son meras hipótesis. Pero tú y yo, Danton… —dijo Robespierre con aire pensativo—. Tú y yo no nos parecemos.

—Me pregunto qué opina Robespierre sobre mí —dijo Danton a Camille.

—Opina que eres maravilloso —contestó Camille sonriendo, tratando de disimular su inquietud—. Siempre habla muy bien de ti.

—Me gustaría saber qué piensa Danton de mí —dijo Robespierre.

—Te tiene en gran estima —respondió Camille, esbozando una sonrisa forzada—. Cree que eres maravilloso.

La vida va a cambiar. Lo que han presenciado hasta ahora no es nada comparado con los cambios que van a producirse.

Todo lo que no aprueben, lo tacharán de «aristocrático», término que puede aplicarse a la comida, a los libros, a las obras teatrales, a las formas de expresarse, a los peinados y a instituciones tan venerables como la prostitución y la Iglesia católica.

Si la «libertad» fue la consigna de la primera Revolución, la «igualdad» es la consigna de la segunda. Lo de la «fraternidad» posee una cualidad menos contundente.

Todas las personas han pasado a ser simples «ciudadanos» o «ciudadanas». De ahora en adelante la Place Louis XV se llamará Place de la Révolution, y la científica máquina para decapitar a la gente será instalada allí y se denominará «guillotina», en honor del doctor Guillotin, el célebre experto en salud pública. La rue Monsieur-de-Prince se llamará rue Liberté, la Place de la Croix-Rouge se convertirá en la Place de la Bonnet-Rouge. Nôtre Dame se convertirá en el Templo de la Razón. Bourg-la-Reine se llamará en adelante Bourg-la-République. Y, andando el tiempo, la rue des Cordeliers se convertirá en la rue Marat.

El divorcio será un trámite sencillísimo.

Durante un tiempo, Annette Duplessis seguirá paseando por los jardines de Luxemburgo. Dentro de unos meses instalarán allí una fábrica de cañones, cuyo patriótico ruido y hedor será increíble, y sus patrióticos desperdicios serán arrojados al Sena.

La Sección de Luxemburgo se convertirá en la Sección Mutius Scaevola. Los romanos están muy de moda, al igual que los espartanos. Los atenienses no tanto.

En una localidad provinciana, la obra titulada *El casamiento de Fígaro*, de Beaumarchais, será prohibida, al igual que años atrás la había prohibido el Rey. En ella su autor describe un estilo de vida caduco; por otra parte, exige que los actores luzcan trajes aristocráticos.

Los trabajadores se denominan *sansculottes* porque llevan pantalones en lugar de calzones. Visten también un chaleco de rayas tricolores, una casaca de lana tosca, llamada *carmagnole*, y el gorro rojo de la «libertad», aunque ignoramos qué tiene que ver la libertad con el hecho de llevar un gorro.

El objetivo de los ricos y poderosos es ser aceptados como sansculottes en espíritu, sin ponerse ese ridículo uniforme. Sólo Robespierre y un puñado de hombres mantienen viva la llama de la esperanza para los peluqueros franceses en paro. Muchos miembros de la nueva Convención llevan el pelo peinado hacia adelante y un flequillo, como las estatuas de los héroes de la antigüedad. Se ven botas de montar a todas horas, incluso en los recitales de arpa. Los caballeros tienen un aire de estar dispuestos a aplastar una columna prusiana, cualquier día de la semana, después de cenar.

Las corbatas se hacen más anchas, como si estuvieran destinadas a proteger la garganta. El personaje que luce las corbatas más anchas es el ciudadano Antoine Saint-Just, miembro de la Convención Nacional y del Comité de Salvación Pública. En los tenebrosos días de 1794 aparecerá una obscena versión femenina de la misma: una fina cinta escarlata, colocada alrededor de un cuello blanco y desnudo.

El Gobierno impone controles económicos y límites a los precios. Estallarán huelgas debido a los precios del café y el azúcar. Un mes no habrá leña, otro faltará jabón, o velas. Crecerá el mercado negro, y se aplicará la pena de muerte a los acaparadores y traficantes.

Asimismo, correrán persistentes rumores sobre *ci-devant* condes y marqueses, los emigrados que han regresado al país. Alguien ha visto a un marqués trabajando de limpiabotas, mientras su esposa hace de costurera. Un duque está empleado como mayordomo en su propia casa, que actualmente pertenece a un banquero judío. A algunos les gusta creer que esos rumores son ciertos.

En la Asamblea Nacional se producen unos deplorables incidentes en que los caballeros, dejándose arrastrar por los nervios, desenvainan la espada. En la Convención y en el Club de los Jacobinos, las peleas a puñetazos y navajazos están a la orden del día. Los duelos han dado paso a los asesinatos.

Los ricos —es decir, los nuevos ricos— viven tan bien como solían vivir bajo el régimen anterior. Camille Desmoulins, en una conversación semiconfidencial en el Club de los Jacobinos una tarde de 1793, dijo:

—No sé por qué se queja la gente de que no consiguen ganar dinero. A mí no me cuesta ningún esfuerzo.

Las iglesias son saqueadas, las estatuas destrozadas. Los santos con ojos de piedra alzan un dedo amputado en un truncado gesto de bendición. Si uno quiere salvar una estatua de la Virgen, tiene que encasquetarle un gorro rojo y convertirla en una diosa de la Libertad. Así es como se salvan todas las vírgenes. ¿Quién quiere a esas feroces mujeres que se dedican a la política?

Debido a los cambios en los nombres de las calles, la gente anda desorientada. El calendario también ha sufrido modificaciones; enero ha sido abolido, adiós al aristocrático junio. La gente se pregunta: «¿En que fecha estamos hoy realmente?».

1792, 1793, 1794. Libertad, igualdad, fraternidad o muerte.

Lo primero que hizo Danton al llegar al Ministerio de Justicia fue convocar a los funcionarios públicos más antiguos.

—Les aconsejo —dijo sonriendo—, que acepten una jubilación anticipada.

—La voy a echar mucho de menos —dijo Louise Gély a Gabrielle—. ¿Quiere que vaya a visitarla en la Place Vendôme?

—La Place des Piques —corrigió Gabrielle, sonriendo con tristeza—. Por supuesto. De todos modos, no tardaremos en regresar aquí porque Georges sólo ha aceptado el cargo ya que se trata de una emergencia, y cuando la situación se haya normalizado… —Pero no terminó la frase. No quería tentar a la suerte.

—No tenga miedo —dijo Louise, abrazándola con ternura—. Debería estar orgullosa de su marido. Mientras él sea el jefe de Gobierno, tendremos la seguridad de estar a salvo del enemigo.

—Eres muy valiente, Louise…

—Danton está convencido de ello.

—A veces me pregunto si un hombre puede abarcar tantas cosas.

—Ese no es el problema —contestó Louise. A veces resultaba difícil no enojarse con Gabrielle—, sino de que este sea el mejor de los dirigentes.

—Pensaba que mi marido no te caía bien.

Louise la miró perpleja.

—Jamás he dicho tal cosa. Le estoy muy agradecida por haber ayudado a mi padre.

El señor Gély ocupaba un cargo en el Ministerio de Marina.

—No tiene importancia —respondió Gabrielle—. Ha colocado a todos sus amigos y antiguos empleados. Incluso a Collot d’Herbois, al que no podemos soportar.

—Confío en que se lo agradezcan —dijo Louise, cosa que dudaba—. Ha ofrecido cargos a sus amigos, a gente que no le cae bien, a personas sin la menor importancia, creo que si pudiera ofrecería un cargo a toda la ciudad. Me pregunto por qué ha enviado al ciudadano Fréron a Metz…

—Supongo que se debe a que el consejo ejecutivo de Metz necesita a alguien que les ayude a dirigir su revolución —se apresuró a contestar Gabrielle, aunque no estaba muy segura de ello.

—Metz está en la frontera.

—Así es.

—Pensaba que lo había hecho como un favor al ciudadano Desmoulins. ¿No es cierto que Fréron seguía a su esposa a todas partes, dedicándole piropos y miradas de cordero degollado? A Danton no le gustan estas cosas. Sin duda se alegrará de habérselo quitado de en medio.

Gabrielle hubiera preferido no mantener esa conversación con Louise. Incluso una niña de catorce años se daba cuenta de esas cosas.

Cuando llegó la noticia del golpe del 10 de agosto a su cuartel general, Lafayette trató de organizar los Ejércitos para marchar sobre París y derrotar al Gobierno provisional. Sólo un puñado de oficiales se mostraron dispuestos a respaldarlo. El 19 de agosto, el general atravesó la frontera junto a Sedan, y fue arrestado por los austriacos.

Los inquilinos del Ministerio de Justicia solían desayunar juntos para organizar un plan del día. Danton saludó a todos excepto a su esposa; al fin y al cabo, ya la había visto antes. Ambos pensaban que había llegado el momento oportuno de ocupar habitaciones separadas, pero ninguno tenía el valor de proponerlo. Así pues siguieron utilizando el lecho conyugal, y amaneciendo bajo un pesado dosel y rodeados por gruesos cortinajes de terciopelo.

Lucile llevaba esa mañana un vestido gris perla. Ofrecía un aspecto curiosamente puritano, pensó Danton; se imaginó que se inclinaba sobre ella y que la besaba salvajemente en los labios.

Nada afectaba el apetito de Danton, ni un arrebato de pasión, ni una crisis nacional ni el histórico polvo de los cortinajes del lecho. Lucile no probó bocado pues estaba tratando de recuperar su figura tras el parto.

—Te vas a quedar esquelética —le dijo Danton.

—Trata de parecerse a su marido —observó Fabre—. No quiere reconocerlo, pero por alguna razón que sólo ella conoce eso es justamente lo que hace.

Camille bebía una taza de café a sorbitos. Su esposa lo miró de soslayo mientras abría la correspondencia con un abrecartas.

—¿Dónde están François y Louise? —preguntó Fabre—. Debe de haberlos retenido algo. Son una pareja la mar de curiosa; todavía se despiertan juntos en el mismo lecho en el que iniciaron su vida conyugal.

—¡Basta de impúdicos cotilleos antes de desayunar! —exclamó Danton.

Camille dejó la taza de café sobre la mesa y dijo:

—Algunos de nosotros no podemos empezar el día sin haber ingerido nuestra ración cotidiana de escándalos y perversos chismorreos.

—Confiemos en que el austero ambiente de este lugar influya en nuestro ánimo —contestó Danton—. Incluido Fabre. Esto no será como vivir entre los *cordeliers*, quienes aplaudían todas tus pequeñas depravaciones.

—No soy un depravado —protestó Fabre—. El depravado es Camille. A propósito, supongo que no tendrás ningún inconveniente en que Caroline Rémy se instale aquí.

—No me parece correcto —respondió Danton.

—¿Por qué? A Hérault no le importa, puede venir a visitarla aquí.

—Me importa un comino lo que opine Hérault. No dejaré que conviertas este lugar en un prostíbulo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Fabre. Miró a Camille en busca de apoyo, pero este estaba leyendo su correspondencia.

—Si te divorcias de Nicole y te casas con Caroline, puedes traerla a vivir aquí.

—¿Casarme con ella? —preguntó Fabre—. Estás loco.

—Si te parece una idea tan impensable, ello demuestra que esa mujer no debería tratarse con nuestras esposas.

—Ya comprendo —contestó Fabre, que estaba de un humor agresivo. No podía dar crédito a lo que oía. El ministro y su colega, el otro secretario, se habían beneficiado ese verano en numerosas ocasiones de Caroline—. De modo que hay una ley para ti y otra para mí.

—No sé a qué te refieres. ¿Acaso me propongo mantener a una amante aquí?

—Sí —masculló Fabre.

Camille soltó una carcajada.

—Te ruego que comprendas —dijo Danton—, que si Caro se traslada aquí, los ministerios y la Asamblea se enterarán de ello al cabo de una hora y lloverán las críticas, especialmente sobre mí.

—Muy bien —respondió Fabre, enojado—. Cambiemos de tema. ¿Quieres saber lo que dice Condorcet sobre tu nombramiento, ministro, en el periódico de hoy?

—Espero que no nos deleites todas las mañanas refiriéndonos lo que opinan y dicen los brissotinos —terció Lucile—. Pero continúa.

Fabre abrió el periódico y leyó:

—«El primer ministro tenía que ser alguien que contara con la confianza de los agitadores responsables de haber derrocado la monarquía. Tenía que ser un hombre con suficiente autoridad personal para controlar a los más nefastos instrumentos de esta beneficiosa, gloriosa y necesaria Revolución». Se refiere a nosotros, Camille. «Tenía que ser un hombre que poseyera la suficiente elocuencia, espíritu y carácter para estar a la altura del cargo que ostenta y de los miembros de la Asamblea Nacional que deben tratar con él. Sólo Danton reunía esas cualidades. Yo voté a favor de él, y no me arrepiento de mi decisión». Fabre se inclinó hacia Gabrielle y añadió: —¿No estás impresionada?

—Hay algo que no me convence en ese artículo —dijo Camille.

—Tiene un tono paternalista —declaró Lucile, arrebatando el periódico de manos de Fabre—. «Los miembros que deben tratar con él». Parece como si vayan a encerrarte en una jaula y se aproximen a ti con unos palos y temblando de miedo.

—Como si nos importara el que Condorcet se arrepintiera o no de su decisión —dijo Camille—. En primer lugar, no tenía elección. Las opiniones de los brissotinos carecen de importancia.

—Te equivocas. Cuando se elija a los diputados de la Convención Nacional tendrán una gran importancia —respondió Danton.

—Me gusta eso del carácter —dijo Fabre—. ¿Imaginas lo que hubiera dicho si te llega a ver arrastrando a Mandat por todo el Ayuntamiento?

—Olvidemos ese episodio —contestó Danton.

—Pensaba que había sido uno de tus momentos más gloriosos, Georges-Jacques.

Camille distribuyó las cartas en montoncitos y dijo:

—No he recibido noticias de Guise.

—Quizás estén impresionados por tu nuevo domicilio.

—Supongo que no me creen. Pensarán que es una de mis mentiras habituales.

—¿Acaso no leen los periódicos?

—Sí, pero desde que soy periodista no se fían de ellos. Mi padre está convencido de que acabarán ahorcándome.

—Quizá tenga razón —dijo Danton con tono burlón.

—Puede que esto te interese. He recibido carta de mi querido primo Fouquier-Tinville —dijo Camille, examinando la esmerada caligrafía de su pariente—. Halagos, envidia, servilismo, envidia, mi querido primo Camille, envidia y más envidia… «el nombramiento de los patrióticos ministros… conozco bien su reputación, pero no tengo la suerte de que ellos me conozcan a mí…».

—Yo sí lo conozco —dijo Danton—. Un tipo útil. Hace lo que le ordenan.

—«Confío en que intercederás en mi favor ante el ministro de Justicia para que me ofrezca un cargo… Como sabes, soy padre de familia numerosa y no ando sobrado de dinero…». —Camille arrojó la carta frente a Danton—. Permite que interceda en favor de tu humilde y leal servidor Antoine Fouquier-Tinville. La familia lo considera un abogado muy competente. Puedes darle un cargo si te apetece.

Danton cogió la carta y se echó a reír.

—Qué tono tan servil… Hace tres años no te habría dado ni los buenos días, Camille.

—Tienes razón. Si me lo hubiera encontrado en la calle ni siquiera me hubiera dirigido la palabra, hasta que cayó la Bastilla.

—No obstante —dijo Danton tras leer la carta—, tu primo puede sernos útil en el tribunal especial que montaremos para juzgar a los perdedores. Déjame reflexionar, ya le encontraré un trabajo.

—¿Quiénes envían esas cartas? —preguntó Lucile.

—Estas son de felicitación, y estas otras obscenas —contestó Camille, indicando con la mano los dos montoncitos de cartas. Lucile observó su mano; parecía casi transparente—. Solía entregárselas a Mirabeau. Las coleccionaba.

—¿Puedo verlas?

—Más tarde —contestó Danton—. ¿Recibe Robespierre ese tipo de cartas?

—Sí, algunas. Maurice Duplay inspecciona su correspondencia. Los Duplay constituyen una maravillosa presa para una imaginación calenturienta. Todas esas hijas, y los dos chicos… Según me ha informado Maurice, en ellas mencionan mi nombre con frecuencia. Pero no puedo hacer nada para remediarlo.

—Robespierre debería casarse —dijo Fabre.

—No sirve de nada —respondió Danton. Luego se giró hacia su esposa y le preguntó—: ¿Qué vas a hacer hoy, cariño?

Gabrielle guardó silencio.

—Tu alegría de vivir es admirable —dijo Danton con tono sarcástico.

—Echo de menos mi hogar —contestó Gabrielle, contemplando fijamente el mantel. No le gustaba airear su vida privada.

—¿Por qué no vas de compras? —sugirió su marido—. Vete a la modista.

—Estoy encinta de tres meses. La ropa no me interesa.

—No seas malo con ella, Georges-Jacques —terció Lucile.

Gabrielle la miró furiosa y le espetó:

—No necesito que me defiendas, zorra. —Luego se levantó y añadió—: Disculpadme.

Tras esas palabras, salió precipitadamente de la habitación.

—Olvídalo, Lolotte —dijo Danton—. Está nerviosa.

—Gabrielle tiene el temperamento de las personas que escriben esas cartas —dijo Camille—. Todo lo ve bajo un prisma pesimista.

—Ya puedes satisfacer tu morbosa curiosidad —dijo Danton a Fabre, indicando las cartas—. Pero llévatelas de aquí.

Fabre se inclinó profundamente ante Lucile y salió con expresión fría y digna.

—No le gustarán —observó Danton—. Ni siquiera pueden gustarle a Fabre.

—Maximilien recibe proposiciones de matrimonio —soltó Camille inopinadamente—. Recibe dos o tres a la semana. Las conserva en su habitación, sujetas con una cinta. Tiene la manía de guardarlo todo.

—¿No será una de tus fantasías? —le preguntó Danton.

—No, te lo aseguro. Las oculta debajo del colchón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Danton, echándose a reír.

—No se lo cuentes a nadie —contestó Camille—, porque Max sospechará que te lo he dicho yo.

En aquel momento apareció de nuevo Gabrielle, seria y tensa.

—Cuando hayáis terminado, me gustaría hablar un momento con mi marido, si no tenéis inconveniente.

Danton se levantó y dijo, dirigiéndose a Camille:

—Hoy puedes hacer de ministro de Justicia, mientras yo me ocupo de lo que Gabrielle llama «los asuntos extranjeros». ¿Qué querías decirme, cariño?

—¡Maldita sea! —exclamó Lucile, cuando los Danton se hubieron marchado—. Me ha llamado zorra.

—No lo ha dicho en serio —respondió Camille—. Se siente desgraciada, confundida.

—Y nosotros no hacemos nada para ayudarla.

—¿A qué te refieres?

Camille acarició suavemente la mano de su esposa mientras ambos se miraban fijamente. Ninguno estaba dispuesto a renunciar a su jueguecito.

Los aliados habían aterrizado en Francia.

—París es una ciudad tan segura —comunicó Danton a la Asamblea—, que he traído a mis hijos y a mi anciana madre a la capital, a mi casa de la Place des Piques.

Más tarde se encontró con el ciudadano Roland en los jardines de las Tullerías y

dieron un paseo bajo los árboles. Sobre el rostro de su colega caían los rayos del sol que se filtraban entre las hojas.

—Quizás ha llegado el momento de marcharse —dijo Roland con voz temblorosa —. El Gobierno debe permanecer unido a toda costa. Si nos trasladáramos más allá del Loira, cuando ocupen París…

Danton se giró y lo miró enfurecido.

—Cuidado, Roland —dijo—, pueden oírte. Si tanto te asusta la lucha, huye, pero yo me quedo para gobernar el país. Jamás ocuparán París. Antes le prenderemos fuego.

Como saben, el pánico es contagioso. Danton está convencido de que existe un mecanismo que lo pone en marcha, un proceso que forma parte de la mente humana o del alma. Sin embargo, confía en que, mediante ese mismo proceso, a lo largo de las vías por las que se extiende el pánico también puede extenderse el valor. En cualquier caso, está resuelto a permanecer al pie del cañón, a modo de ejemplo.

La señora Recordain estaba sentada en una silla, contemplando admirada el palacio del ministro de Justicia. De pronto olfateó el aire, alarmada.

Habían empezado a cavar trincheras alrededor de las murallas de París.

Durante las primeras semanas, Marat solía acudir con frecuencia al ministerio. No se molestaba en bañarse para tales ocasiones, ni anunciaba su visita con antelación. Recorría los pasillos con paso apresurado y decía con cara de pocos amigos: «Vengo a ver al ministro, o al secretario», como si estuviera dispuesto a pelearse con quien intentara impedírselo.

Una mañana se topó con dos funcionarios que conversaban junto a la puerta del despacho del secretario Desmoulins. Parecían nerviosos e irritados. Ninguno de ellos trató de detener al doctor Marat sino que lo miraron como diciendo: «Adelante, el secretario merece recibir la visita de un tipejo como tú».

Era una habitación espaciosa, espléndidamente amueblada, en la que Camille no acababa de encajar. De las paredes colgaban unos retratos de viejos ministros que observaban con expresión vacía, debajo de sus empolvadas pelucas, al ocupante de la mesa que antaño les había pertenecido, como si la presencia de Camille les dejara totalmente indiferentes.

—Longwy ha caído —dijo Marat.

—Lo sé. Me lo han señalado en ese mapa, porque ni siquiera sabía dónde quedaba eso.

—Dentro de unos días caerá Verdun —continuó Marat, sentándose frente a Camille—. ¿Qué problemas tienes con tus funcionarios? Me he encontrado a dos ahí fuera, murmurando.

—Aquí me asfixio —contestó Camille—. Ojalá me hubiera quedado en la redacción del periódico.

Marat, en aquellos momentos, en lugar de publicar sus opiniones en el periódico, las escribía en unos carteles que pegaba por toda la ciudad. Ciertamente, no era un estilo sutil, que alentara las simpatías de la gente.

—A ti y a mí, querido amigo, nos van a matar de un tiro.

—Quizá tengas razón.

—Llegado el momento, ¿qué harás? ¿Suplicar misericordia?

—Probablemente —contestó Camille con franqueza.

—Pero tu vida es muy valiosa. La mía también, aunque supongo que muchos no estarían de acuerdo con esta afirmación. Tenemos un deber hacia la Revolución, no podemos rendirnos. Brunswick se ha movilizado. ¿Qué dice Danton? La situación es grave, pero no desesperada. Danton no es idiota, e imagino que no ha perdido las esperanzas. Sin embargo, tengo miedo. El enemigo dice que está dispuesto a arrasar la ciudad. El pueblo sufrirá, como quizá jamás ha sufrido en nuestra historia. ¿Imaginas cómo se vengarán los monárquicos?

Camille sacudió la cabeza, dando a entender que trataba de no pensar en ello.

—Provenza y Artois regresarán. María Antonieta regresará, para ocupar de nuevo su lugar. Los sacerdotes regresarán. Los niños que ahora están en la cuna sufrirán por lo que hicieron sus padres. —Marat se inclinó hacia adelante, con la espalda encorvada y la mirada fija en Camille, como si estuviera pronunciando un discurso desde la tribuna del Club de los Jacobinos—. La nación se convertirá en un matadero.

Camille apoyó los codos en la mesa y observó a Marat, sin saber qué responder.

—No sé cómo podemos detener el avance del enemigo —le dijo Marat—. De eso se ocuparán Danton y los soldados. Lo que me concierne es la defensa de esta ciudad, los traidores que hay entre sus muros, los subversivos, los monárquicos que llenan nuestras cárceles. Esas prisiones no son seguras; tenemos a gente encerrada en conventos, en hospitales, no hay espacio para ellos, ni forma de encerrarlos en un lugar seguro.

—Es una lástima que derribáramos la Bastilla —dijo Camille.

—¿Y si logran escapar? —preguntó Marat—. No, no es imposible, el arma que representa la cárcel exige cierto consentimiento por parte de la víctima, cierta colaboración. Supón que se niegan a colaborar… Cuando nuestras tropas partan hacia el campo de batalla, dejando a la ciudad en manos de las mujeres, los niños y los políticos, los aristócratas saldrán de las cárceles, localizarán los escondites donde guardan las armas…

—¿Los escondites? Nos seas estúpido. ¿Por qué crees que la Comuna ha registrado todas las casas…?

—¿Estás seguro de que las han registrado todas?

Camille sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó—. ¿Matar a los presos en las cárceles?

—Por fin —respondió Marat—. Creí que nunca íbamos a llegar a este punto.

—¿A sangre fría?

—Como sea.

—¿Y tú te encargarías de organizarlo, Marat?

—No, sucedería espontáneamente. La gente, aterrada, llevada por el odio hacia el enemigo…

—¿Espontáneamente? —repitió Camille—. No lo creo probable.

Sin embargo, pensó: tenemos una ciudad que corre un peligro inmediato, tenemos un populacho enfurecido, tenemos un mar de odio inútil contra las instituciones del Estado que fluye a través de las plazas públicas, y tenemos a las víctimas, el objetivo de ese odio, tenemos a los traidores a mano, dispuestos a lo que sea… Bien pensado, no es tan descabellado.

—Venga, hombre —dijo Marat—. Los dos sabemos cómo suceden esas cosas.

—Hemos empezado a juzgar a los monárquicos —contestó Camille.

—¿Crees acaso que disponemos de uno o dos años? ¿De un mes, de una semana?

—No, tienes razón. Pero jamás… quiero decir que jamás hemos cometido nada semejante, Marat. Sería un asesinato, lo mires como lo mires.

—No seas hipócrita. ¿Qué crees que hicimos en 1789? Fueron los asesinatos los que te convirtieron en el personaje que eres hoy, que te sacaron del anonimato y te colocaron en este despacho. ¡Los asesinatos! ¿Qué significa eso? Se trata simplemente de una palabra.

—Hablaré de ello con Danton.

—Sí, hazlo.

—Pero dudo de que acepte tu plan.

—Allá él. De todos modos sucederá. Podemos ejercer cierto control sobre ello o bien dejar que se nos escape de las manos. Danton tendrá que elegir entre ser el amo o el sirviente. ¿Qué crees tú que elegirá?

—Manchará su buen nombre. Su honor.

—Ay, Camille —murmuró Marat—. ¡Su honor! ¡Mi pobre Camille!

Camille se reclinó en la silla y alzó la cabeza, contemplando los cuadros que cubrían las paredes. Los ministros tenían los ojos enrojecidos, sin duda debido a su avanzada edad. ¿Tenían esposa, hijos? ¿Sentimientos? Debajo de sus elegantes chalecos ¿se movían sus costillas con el latir de sus corazones? Los retratos lo observaban impasibles, en silencio. Los funcionarios se habían alejado de la puerta. Camille oyó el tictac de un reloj.

—El pueblo llano no tiene honor —dijo Marat—. No se puede permitir ese lujo.

—Supón que los otros ministros tratan de impedirlo.

—¿Los otros ministros? No me hagas reír. ¿Qué otros ministros? Si son unos eunucos.

—A Danton no le gustará esa idea.

—No tiene por qué gustarle —contestó Marat enérgicamente—. Basta con que comprenda que es necesario. Hasta un niño comprendería que es necesario. ¿Gustarle? ¿Crees que me gusta a mí?

Camille no contestó.

Al cabo de unos instantes, Marat dijo:

—Lo cierto es que me tiene sin cuidado. Absolutamente sin cuidado.

Los preliminares para las elecciones de la Convención han comenzado. La vida continúa como siempre. El pan es horneado todos los días. Se ensayan obras teatrales.

Lucile ha recuperado a su hijito. Súbitamente suenan unos berridos a través de los amplios salones, debajo de los techos abovedados, entre los documentos y los libros encuadernados en piel, en unos lugares donde jamás han resonado las voces ni los berridos de un niño.

Verdun cae el 1 de septiembre. Si el enemigo decidiera marchar sobre París, se hallaría tan sólo a dos días de marcha.

Robespierre piensa con frecuencia en Mirabeau, el cual solía decir, haciendo un amplio gesto con la mano: «Mirabeau hará esto», o «el conde Mirabeau responderá…», refiriéndose a sí mismo como si fuera un personaje en una obra dirigida por él. Es consciente de que lo observan atentamente. Robespierre actúa. O Robespierre no actúa. Robespierre observa mientras es observado.

Se había negado a actuar de juez en el tribunal especial creado por Danton.

—¿Todavía te opones a la pena de muerte? —le preguntó Danton, enojado.

Sin embargo, Danton había hecho gala de su misericordia. Había muy poco trabajo para el ciudadano Sanson. Habían ejecutado a un oficial de la Guardia Nacional —mediante la guillotina— y al secretario de la Lista Civil, pero habían perdonado la vida a un aristocrático periodista. Camille apoyó las manos sobre los hombros de Danton y le convenció de que era un mal precedente ejecutar a periodistas. Danton se echó a reír y respondió:

—Como quieras. Puedes revocar el veredicto; seguiremos aplazando indefinidamente la ejecución, y al final no se llevará a cabo. Haz lo que creas más conveniente. Tienes el sello con mi firma.

Era arbitrario, afirmó Fabre, el que la vida de un hombre dependiera de que Camille recordara una victoria en un intercambio de insultos con él en 1789, y que se sintiera magnánimo, y que hiciera el papel de puta barata para divertir a Danton y ponerlo de buen humor al final de una dura jornada. (Un secreto, dijo Fabre, que Camille hubiera podido vender a la esposa de Danton). A Fabre le disgustaba el incidente, no por la pasión que sentía por la justicia, según dijo Robespierre, sino porque no poseía unas dotes similares para conseguir sus fines. ¿Acaso Robespierre era el único que pensaba que la ley no debía ser vulnerada de esa forma? Le producía náuseas, ofendía su intelecto. Pero ese sentimiento provenía de los viejos tiempos, antes de la Revolución. La justicia se había convertido en sirviente de la política:

ningún otro cargo era compatible con el de la supervivencia. Sin embargo, le hubiera disgustado profundamente oír a Danton exigir a gritos que cortaran la cabeza a los detenidos. En todo caso, a Danton le faltaba carácter, era sensible a los halagos, y no sólo por parte de Camille.

Brissot. Vergniaud. Buzot. Condorcet. Roland. Roland y Brissot de nuevo. En su sueño, esperan, riendo, atraparlo en una red. Y Danton se niega a actuar…

Esos son los conspiradores. ¿Por qué teme una conspiración, se pregunta (pues es un hombre razonable), cuando nadie más parece temerla?

Temo las consecuencias de lo que en el pasado contribuí a provocar, se dice. En mi interior se agitan otros conspiradores: el corazón que late aceleradamente, la cabeza que no cesa de dolerme, las tripas a las que les cuesta hacer la digestión y los ojos que se sienten heridos por la luz del sol. Detrás de ellos está el jefe de los conspiradores, la parte oculta de la mente. Las pesadillas le despiertan a las cuatro y media de la mañana, y no logra conciliar el sueño de nuevo.

¿Con qué fin conspira el individuo que hay en su interior? ¿Para tomarse una noche libre y leer una novela? ¿Para tener más amigos, para que le quieran más? La gente comenta extrañada el hecho de que Robespierre luzca unas gafas tintadas que le dan un aspecto de lo más siniestro.

Danton lucía una casaca escarlata. Al ponerse en pie en la Asamblea, sus colegas lo aclamaron con fervor; algunos incluso sollozaban. Las voces y exclamaciones del público que llenaba las galerías se oían al otro lado del río.

Respirando tal como le había enseñado a hacer Fabre, su voz sonaba inmensa y poderosa. A través de su mente discurrían dos líneas de pensamiento: la organización de los planes, el despliegue de los Ejércitos y las maniobras diplomáticas. Mis generales son capaces de contenerlos durante quince días; luego (repetía mentalmente), luego ya se me ocurrirá otra cosa. Los venderé a la Reina si está dispuesta a comprarlos, o a mi madre, o me rendiré, o me cortaré las venas.

La segunda línea de pensamiento: las acciones surgen de palabras. ¿Cómo pueden unas palabras salvar al país? Las palabras generan mitos, y la gente lucha por defender esos mitos. Louise Gély: «Hay que guiarles, enseñarles lo que deben hacer. Una vez que han aprendido a afrontar la situación, todo resulta muy sencillo». Tiene razón. La situación no puede ser más sencilla. Hasta una niña de catorce años lo comprende. Es preciso utilizar palabras sencillas. Pocas, y breves. Danton se yergue, extiende un brazo y dice:

—Hay que mostrar arrojo. Siempre hay que mostrar arrojo. De esta forma salvaremos a Francia.

En aquel momento alguien escribió: «Ese hombre, pese a su grotesco aspecto, resulta hermoso».

Danton se sentía como un emperador romano, presente en su propia deificación.

Los dioses vivientes caminan por las calles; los avatares cargan los cañones; los iconos cargan los dados.

Legendre: «El enemigo se hallaba a las puertas de París. Apareció Danton, y salvó al país».

Es muy tarde. El rostro de Marat presenta, a la luz de las velas, un tono lívido, como el de un ahogado. Fabre se ríe. Tiene una botella de coñac junto a él. En la habitación hay aproximadamente una docena de personas. No se han saludado por su nombre, y evitan mirarse a los ojos. Es posible que dentro de un año ni siquiera recuerden quién estuvo allí y quién no. El jefe de una Sección está sentado junto a una ventana abierta, porque a sus compañeros les molesta el olor de su pipa.

—No será una arbitrariedad —dice un miembro de la Comuna—. Utilizaremos a patriotas de confianza, hombres de las Secciones, a quienes facilitaremos unas listas completas. Podrán entrevistar a todos los prisioneros que aún no hayan sido liberados, y condenar a los otros. ¿Qué os parece?

—Me parece bien —responde Marat—. Siempre y cuando la sentencia sea la misma.

—¿A qué viene esa farsa? —pregunta Camille al miembro de la Comuna—. ¿No sería mejor entrar en las cárceles y matarlos a todos?

—De todos modos, eso es lo que acabará sucediendo —contesta Marat—. Pero debemos seguir los trámites establecidos y actuar rápidamente, ciudadanos. El pueblo está sediento de justicia.

—Estamos un poco cansados de tus consignas, Marat —protesta Camille.

El sansculotte que fuma en pipa se la quita de la boca y dice:

—Esto no te va, te sientes incómodo, ¿no es cierto, Camille? ¿Por qué no te marchas a casa?

—Porque este asunto me concierne, concierne al ministro —responde Camille, golpeando con un dedo los documentos que yacen sobre la mesa.

—Si te sirve de consuelo —insiste el sansculotte—, considéralo una continuación de lo que hicimos el 10 de agosto. Aquel día iniciamos algo, ahora lo vamos a terminar. ¿De qué sirve fundar una república si uno no puede tomar las medidas pertinentes para defenderla?

—No hago más que repetírselo —terció Marat—. Pero es inútil, está obcecado.

En el centro de la mesa, como un trofeo, está el sello con la firma del ministro de Justicia. Es el único requisito que se precisa para liberar a un hombre o a una mujer de la cárcel. Por supuesto, el ciudadano Roland, en calidad de ministro del Interior, debería participar en los asuntos que afectan a las prisiones. Pero todos piensan que Roland ni lo sabe ni le importa; que le importa pero no lo sabe; que lo sabe pero no le

importa; que le importa pero no se atreve a intervenir. De todos modos, ¿qué importa Roland? Si tiene que tomar otra decisión importante se expone a sufrir un ataque al corazón.

—Examinemos las listas —dice el ciudadano Hébert.

Existen unas dos mil personas encerradas en las cárceles; es difícil calcular la cifra exacta. Los nombres que tachen hoy de las listas serán liberados esta noche; los demás deberán comparecer ante un improvisado tribunal.

Cuando llegan al nombre de un sacerdote, un tal Bérardier, Camille dice:

—Quiero que lo soltéis.

—Es un sacerdote obstinado, que se ha negado a jurar lealtad a la constitución.

—No me importa, quiero que lo soltéis —insiste Camille con firmeza.

Los demás se encogen de hombros y estampan el sello sobre el documento. Camille es imprevisible, es mejor no ponerlo nervioso; además, siempre existe la posibilidad de que cierta persona sea un agente del Gobierno. Danton ha redactado una lista de personas que desea que sean liberadas, la cual ha entregado a Fabre. Camille le pide que se la muestre; Fabre se niega. Camille acusa a Fabre de haberla modificado. Fabre le pregunta que por quién le toma. Silencio. Fabre insinúa que Camille ha conseguido la liberación de un abogado de mediana edad que había sido uno de sus amantes a principios de 1780, cuando Camille era un joven muy atractivo y próspero. Camille replica que es posible, pero que en todo caso es preferible a salvar la vida de alguien a cambio de dinero, que es lo que suele hacer Fabre.

—Es fascinante —dice Hébert—. ¿Continuamos?

Unos mensajeros aguardan junto a la puerta para transmitir las órdenes urgentes de liberación. Es difícil, cuando la pluma se detiene junto a un nombre, asociarlo al cadáver al que quizá pertenezca, mañana o pasado mañana. En la habitación no se respira un ambiente de rencor sino más bien de cansancio y hastío. Camille toma varios tragos del coñac de Fabre. Hacia el amanecer se crea un clima de tibia camaradería.

Quedaba por resolver la cuestión de quién iba a encargarse de matarlos. Era evidente que no lo harían los hombres que sostenían las listas en sus manos, ni siquiera el sansculotte que fumaba en pipa. Al fin decidieron reclutar a unos cuantos carniceros y ofrecerles una determinada cantidad por hacer el trabajo. No se trataba de una idea descabellada ni macabra, sino prudente y humanitaria.

Sin embargo, a medida que fueron extendiéndose los rumores sobre un complot de los aristócratas, sembrando el pánico en la ciudad, tuvieron que echar mano de unos entusiastas principiantes. Carecían de experiencia, y los carniceros se burlaron de sus escasos conocimientos de anatomía. A menos que se propusieran torturar y mutilar a sus víctimas, claro está.

A mediodía, todos están agotados y nerviosos.

—Creo que ha sido una pérdida de tiempo quedarnos en vela toda la noche repasando estas listas —dice Fabre—. De todos modos, se harán un lío y matarán a

quienes no deben matar.

Camille recuerda las palabras de Marat: o controlamos nosotros la situación, o se nos escapará de las manos. Las noticias que llegan son cada vez más alarmantes. Durante toda su vida se verán atormentados por los remordimientos; jamás lograrán recuperar su nombre. Sin embargo, ni lo planeamos ni deseábamos que sucediera, piensa Camille. Simplemente, nos lavamos las manos, confeccionamos una lista y nos fuimos a acostar a casa mientras los otros provocaban un baño de sangre y ellos pasaban a convertirse de héroes en aves de rapiña, en unos salvajes, unos caníbales.

Al principio trataron de imponer cierto orden, cierto parecido, aunque risible, de legalidad. Un grupo de sansculottes, tocados con su inevitable gorro rojo, armados, sentados ante una gigantesca mesa, contemplan al sospechoso que tienen ante sí. En el patio aguardan los verdugos, armados con alfanjes, hachas y picas. Al fin deciden liberar a la mitad de los sospechosos, por un motivo fundado, por sentimentalismo o porque en el último momento comprueban que no es quien creían que era. A medida que transcurre el día, la identificación de los reos se hace cada vez más complicada; unos alegan haber perdido sus documentos, otros que se los han robado. Pero si estás en la cárcel será por algún motivo, ¿no?, por un motivo que perjudica al bienestar del pueblo. Como dijo uno: «A mí todos los aristócratas me parecen iguales».

Algunos ya saben que están condenados a muerte; algunos todavía tienen tiempo de rezar, otros mueren gritando y luchando con sus asesinos hasta el fin. Uno de los verdugos irrumpe en el tribunal e increpa a los jueces:

—¡Utilizad la cabeza! No damos abasto, necesitamos un respiro.

De modo que los jueces perdonan la vida a un nutrido grupo de prisioneros.

—Puedes irte, quedas libre.

Junto a la puerta les espera un individuo, sosteniendo un hacha. Lo último que oyen antes de morir es la palabra «libre».

A media tarde: Prudhomme, el joven periodista, esperó a que finalizara la reunión presidida por Danton. Ignoraba que Danton se había reído de las declaraciones del Supervisor de Prisiones y que hubiera insultado al secretario particular de Roland. Desde aquel aciago día de 1791, cuando unos guardias nacionales lo habían confundido con Camille y casi lo habían matado, Prudhomme se creía con todo el derecho de interesarse por Danton y sus amigos.

Danton lo miró como si no lo reconociera.

—Están asesinando indiscriminadamente a los prisioneros —le informó Prudhomme.

—¡Que se jodan los prisioneros! Debieron haberlo pensado antes —contestó Danton.

Acto seguido dio media vuelta y se alejó.

Camille estudió detenidamente a Prudhomme, sin conseguir trasladar las pálidas

cicatrices de este a su propio rostro.

—No te preocupes —dijo nervioso. Parecía inquieto, como si se sintiera culpable; era el efecto que le causaba Prudhomme más que la situación en sí. Dio a Prudhomme unas palmaditas en la mano y añadió—: Todo está organizado. No tocarán a ningún inocente. Si una Sección avala a un prisionero, será puesto en libertad. Es…

—¡Camille! —gritó Danton—. ¡Ven aquí inmediatamente!

Camille sintió deseos de golpear a Danton. O a Prudhomme. Su actitud oficial era: no sé nada de esto.

La princesa de Lamballe fue asesinada en la prisión de La Force. Es posible incluso que la violaran. Después de que le arrancaran casi todos los órganos para ensartarlos en unas picas, le cortaron la cabeza y la llevaron a un peluquero, a quien obligaron, a punta de cuchillo, a que peinara los bonitos rizos de la princesa. Luego marcharon en procesión hasta la torre del Temple, donde estaban encerrados los Capeto. Clavaron la cabeza en una pica y la alzaron hasta la ventana superior.

—Saluda a tu amiga —exhortaban a la mujer que estaba encerrada en la celda.

Voltaire

La razón debe implantarse primero en las mentes de los dirigentes; luego va descendiendo hasta alcanzar al pueblo, el cual ignora su existencia, pero que, al percibir la moderación de sus gobernantes, acaba imitándolos.

Nueve formas mediante las cuales uno se convierte en partícipe del pecado de otra persona:

Por consejo
Por orden
Por consentimiento
Por provocación
Por halagos o elogios
Por ocultación
Por participar directamente en el pecado
Por el silencio
Por defender la fechoría

Cuando Robespierre hablaba, los miembros del comité de vigilancia de la Comuna dejaban sus plumas y lo miraban fijamente. No jugueteaban con sus papeles ni se sonaban la nariz ni se distraían. Si tenían tos, procuraban reprimirla. Todos estaban serios. Robespierre esperaba que le dedicaran toda su atención, y ellos obedecían.

Existía un complot, según les explicó, destinado a colocar al duque de Brunswick en el trono de Francia. Por increíble que esto pudiera parecer —echó un vistazo alrededor de la sala, pero nadie se atrevió a manifestar la menor incredulidad— tal era la aspiración del comandante de las fuerzas aliadas, que algunos franceses

alentaban, Brissot entre ellos.

Billaud-Varennes, el antiguo secretario de Danton, se apresuró a respaldar las declaraciones de Robespierre. A Max no le gustaba Billaud, el cual se jactaba de reconocer a un conspirador simplemente mirándole a los ojos.

Los funcionarios de la Comuna emitieron de inmediato órdenes de arresto contra Brissot y Roland. Robespierre se fue a casa.

Eléonore Duplay se lo encontró cuando cruzaba el patio.

—¿Es verdad que están matando a todos los presos en las cárceles? —le preguntó la joven.

—Lo ignoro —respondió Max.

—Pero forzosamente tienes que saberlo —insistió Eléonore—. No pueden hacer nada sin consultártelo.

Robespierre la atrajo hacia sí, no en un gesto de cariño, sino porque deseaba influir en la expresión de su rostro.

—Suponiendo que fuera cierto, querida Eléonore, querida Cornélia, ¿acaso llorarías por ellos? Piensa en las personas que los austriacos están asesinando en estos momentos, expulsándolos de sus granjas, quemando sus hogares… ¿Por quiénes llorarías?

—No dudo de que hayas tomado la decisión acertada —contestó la joven—. Tú jamás te equivocas.

—Bueno, ¿por quiénes llorarías? —insistió Robespierre. Tras un breve silencio respondió él mismo a la pregunta—. Supongo que por todos.

Danton examinó los papeles que yacían en la mesa del fiscal. A fin de cuentas, siempre terminaba enterándose de todo.

Cuando vio las dos órdenes de arresto, las cogió y luego volvió a dejarlas sobre la mesa. Mientras las contemplaba, cavilando lentamente, empezó a temblar de pies a cabeza, como la mañana en que le comunicaron que su primer hijo había muerto. ¿Quién había estado todo el día en la Comuna? Robespierre. ¿Quién mandaba allí? Él, y Robespierre. ¿Quién había ordenado que se emitieran esas órdenes? Robespierre. Podía pedir que le mostraran las actas, para leer y juzgar las palabras que habían conducido a dictar las dos órdenes de arresto, para averiguar quiénes eran los culpables. Pero era tan imposible que la Comuna hubiera hecho eso sin la aprobación de Robespierre, como que Roland y Brissot fueran arrestados y no murieran aquella misma noche. Debo moverme rápidamente, pensó Danton.

Louvet, el frágil y atractivo novelista, amigo de Manon Roland, le tocó el codo y dijo:

—Robespierre denunció a Brissot…

—Eso veo —contestó Danton, cogiendo las órdenes. Luego se volvió hacia Louvet y dijo con tono feroz—: ¿Cómo habéis sido tan idiotas? ¿Cómo he podido ser

yo mismo tan idiota? Ve a ocultarte en alguna parte.

A continuación dobló los documentos y los guardó en el bolsillo interior de la casaca.

—El pequeñajo tendrá que pasar sobre mi cadáver para recuperar estos papeles —dijo.

—Debemos librar otra guerra —dijo Louvet, rojo de ira—. O matamos a Robespierre, o él nos matará a nosotros.

—No me pidas que te salve —respondió Danton, empujándolo hacia el otro lado de la habitación—. Bastante tengo con salvar mi propio pellejo y ocuparme de los malditos alemanes.

Pétion cogió las órdenes de arresto y las dejó de nuevo sobre la mesa, como había hecho Danton.

—¿Las ha autorizado Robespierre? Vaya, vaya, vaya… —dijo—. ¿Crees que lo sabía, Danton? ¿Crees que sabía que iban a matarlos?

—Por supuesto que lo sabe —contestó Danton, sentándose y cubriéndose la cara con las manos—. Mañana se habrá disuelto el Gobierno. Dios sabe qué pretendía con ello. O ha perdido la razón, o ha sido un gesto calculado, deliberado. En cuyo caso lo que pretende es alcanzar el poder, y desde 1789 nos ha estado mintiendo, no directamente, sino indirectamente… ¿Tú que crees, Pétion?

Pétion, aterrado, parecía hablar consigo mismo:

—Creo que… es mejor que la mayoría de nosotros, desde luego, pero la tensión de los últimos acontecimientos… —Le consideraban amigo de Brissot; su natural antipatía hacia este no había impedido que le colgaran la etiqueta. Desde el 10 de agosto, los brissotinos habían gobernado por consentimiento tácito. Fingían haber invitado a Danton a participar en el Gobierno, cuando lo cierto es que este les había devuelto los cargos y era él quien imponía su voluntad en todas las reuniones del gabinete, instalado en el enorme sillón que tiempo atrás había ocupado Capeto—. ¿Crees que Robespierre quiere matarme?

Danton se encogió de hombros. Lo ignoraba. Pétion se volvió, como si se sintiera avergonzado de sus pensamientos.

—Manon dijo esta mañana: «Robespierre y Danton sostienen la espada de Damocles sobre todos nosotros…».

—¿Y qué le contestaste? —inquirió Danton.

—Al fin y al cabo, ciudadana, Robespierre no es más que un insignificante oficinista.

Danton se levantó y dijo:

—No es cierto que sostengo la espada de Damocles sobre vuestras cabezas. Puedes decírselo de mi parte. Pero no voy a arriesgar el cuello.

—No comprendo qué hicimos para merecer esto —se lamentó Pétion.

—Yo sí. Me refiero a que si fuera Robespierre, lo comprendería perfectamente. Hace tanto tiempo que estáis obsesionados con alcanzar ciertas ventajas políticas que habéis olvidado por qué anhelabais alcanzar ese poder. Me niego a defenderos, al menos en público. Hace meses que Camille intenta prevenirme contra Brissot. Lo mismo que Marat, aunque a su manera. Y Robespierre también ha hablado. Creíamos que lo único que hacía era hablar.

—Robespierre debe de haber descubierto que lo has bloqueado.

—No es un dictador.

Los afables rasgos de Pétion habían adquirido una intensa palidez.

—¿Crees que te agradecería que lo salvaras de las consecuencias de una acción imprudente, fruto de un arrebato de ira?

—¿Ira? Robespierre no conoce el significado de esa palabra. Me equivoqué al decir que había perdido la razón. No conseguirías que enloqueciera ni aunque lo encerraras en una mazmorra durante cincuenta años. Todo cuanto necesita lo tiene en la cabeza. —Danton apoyó unos instantes la mano en el hombro de Pétion—. Estoy seguro de que nos sobrevivirá a todos.

Cuando Danton entró en su casa, envuelto en una voluminosa casaca roja, su esposa le dirigió una mirada de rencor y se apartó de él. Luego cruzó los brazos sobre su vientre, como para ocultar el hecho de que se hallaba en estado.

—¿Por qué me haces eso, Gabrielle? —preguntó Danton—. Si supieras… Si supieras a cuánta gente he salvado.

—Aléjate de mí —contestó ella—. No soporto siquiera tu presencia.

Danton llamó a una de las sirvientas y le ordenó:

—Atiende a mi esposa.

Luego irrumpió en la casa de los Desmoulins. Sólo estaba Lucile, sentada plácidamente con un gato acurrucado en su regazo. Se había llevado todo a la Place des Piques: el niño, el gato y hasta el piano.

—Quería hablar con Camille —dijo Danton—. Pero no importa.

Luego se arrodilló junto a Lucile. El gato se encaramó de un salto en el brazo opuesto del sillón. He visto a ese gato acercarse ronroneando a Robespierre, pensó Danton. Los gatos son muy listos.

Lucile le acarició la mejilla y la frente tan suavemente que él apenas sintió el tacto de su mano.

—Deja que te lleve a la cama —dijo Danton, aunque no quería decir precisamente eso.

Lucile sacudió la cabeza.

—Me das miedo, Georges. Además, ¿sería en tu cama o en la nuestra? Son unos lechos imponentes. Sobre la tuya tienes una coronita, pero la nuestra está adornada con un montón de querubines. Siempre chocamos con sus puños y sus pies.

—Te lo ruego, Lucile. Te necesito.

—No, en el fondo te disgustaría romper con tu vieja rutina. Me lo has pedido amablemente y yo me he negado, como gente civilizada que somos. Hoy no es el día indicado. Más tarde lo confundirías todo con Robespierre. Me odiarías, y no podría resistirlo.

—No te odiaría —contestó Danton. De pronto le preguntó bruscamente—: ¿Qué sabes de Robespierre?

—Te asombraría la de cosas de las que se entera una si escucha atentamente.

—¿Entonces Camille sabía… sabía lo que se proponía Robespierre…?

Lucile le acarició de nuevo y dijo con tono casi reverencial:

—No hagas tantas preguntas, Georges.

—¿No te disgusta lo que hemos hecho?

—Quizá sí, pero sé que formo parte de ello. A Gabrielle le repugna, está convencida de que has condenado tu alma y la de ella. Pero yo… creo que cuando vi a Camille por primera vez, yo tenía entonces doce o trece años, y pensé: «Ese es un tipo de cuidado». Ahora es inútil que me queje. Gabrielle se casó con un joven y simpático abogado. Yo no.

—No puedes convencerme de eso… de que sabías lo que te esperaba.

—Uno puede saberlo. Y no saberlo.

Danton le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Lolotte, no podemos seguir así. Yo no soy Fréron, ni Dillon. No soy el primer hombre con el que coqueteas, no permitiré que te diviertas a costa mía.

—¿Y?

—Estoy decidido a poseerte.

—¿Me estás amenazando?

—Supongo que sí —contestó Danton, levantándose.

—Esta es una nueva fase de mi existencia —dijo Lucile, mirándole con una expresión dulce y confiada—. Pero has olvidado las artes ortodoxas de la persuasión, Georges. ¿Es así como pretendes seducirme? ¿Mirándome con rabia y estrujándome la mano hasta partírmela? ¿Por qué no me diriges miradas lánguidas? ¿Por qué no suspiras? ¿Por qué no me escribes un soneto?

—Porque he comprobado que a los otros no les ha servido de nada —respondió Danton—. Vamos, Lucile, esto es absurdo.

La muy arpía, pensó Danton, sé que me desea tanto como yo a ella. Mientras ella pensó: Esto le distrae, le impide pensar en cosas más graves.

Danton cogió los documentos y regresó a sus habitaciones. El gato se acurrucó de nuevo en el regazo de Lucile, mientras ella contemplaba el fuego, como una vieja solterona.

Es posible que la cifra de muertos ascienda a mil cuatrocientos. Comparado con las bajas que suelen producirse en un campo de batalla, es una insignificancia. Pero reflexionen (como hace Lucile): tan sólo poseemos una vida.

Las elecciones a diputado en la Convención Nacional se llevaron a cabo según el sistema habitual de doble votación. Cuando los novecientos electores de la segunda vuelta acudieron a la sala de reuniones del Club de los Jacobinos, contemplaron los montones de cadáveres que tapizaban las calles.

Se realizaban varios escrutinios, hasta que un candidato obtenía mayoría absoluta. Era un proceso muy largo. Un candidato podía presentarse en más de un distrito electoral. No era necesario que fuera ciudadano francés. La cantidad de candidatos confundía a veces a los electores, pero Robespierre siempre estaba dispuesto a asesorarlos. Abrazó a Danton, tímidamente, cuando este obtuvo el 91% de votos; o si no llegó a abrazarlo, le dio unas palmaditas en el brazo. Sonrió complacido ante los aplausos que le dispensaron cuando él mismo derrotó a Pétion, obligándole a ocupar un escaño correspondiente a una ciudad de provincias; era muy importante para él que los diputados de París formaran un sólido bloque antibrissotino. Se sintió al mismo tiempo satisfecho e inquieto cuando el electorado de París eligió a su hermano menor, Augustin, pues le preocupaba que el nombre de su familia tuviera una exagerada influencia. No obstante, Augustin había trabajado con ahínco en favor de la revolución en Arras, y era justo que se trasladara ahora a la capital. Me servirá de ayuda y apoyo, pensó Max, sonriendo satisfecho. Durante unos instantes, parecía haber rejuvenecido.

El periodista Hébert no obtuvo más de seis votos en los escrutinios. Robespierre sonrió de nuevo satisfecho, y los tensos músculos de su mandíbula se relajaron. Hébert cuenta con un amplio número de seguidores entre los sansculottes, aunque posee un espléndido carruaje; Hébert, en *propia persona*, no es tan importante como la imagen detrás de la que se oculta y, afortunadamente, Père Duchesne, el fabricante de hornos, no exhalará el humo de su abominable pipa sobre los escaños de la Convención.

Pero no todo discurrió suavemente… El científico inglés, Priestley, iba adquiriendo creciente apoyo, en una rebelión del electorado contra Marat.

—Lo que se precisa no es un talento excepcional —dijo Robespierre—, y mucho menos un talento extranjero, sino hombres que posean sótanos ocultos para fomentar la Revolución. Y para ocultar a los carniceros —añadió.

No lo dijo en son de ironía. Legendre fue elegido al día siguiente, al igual que Marat.

Su protegido, Antoine Saint-Just, se instalaría al fin en París, y el duque de Orléans se sentaría junto a los hombres a quienes había pagado y apoyado en otros tiempos. Tras devanarse los sesos buscando un apellido que le conviniera, el duque adoptó el que le había impuesto medio en broma el pueblo, pasando a convertirse en Philippe Égalité.

El 8 de septiembre sufrieron un pequeño sobresalto.

—Ese tal Kersaint, un brissotino que se las da de intelectual —dijo Legendre—,

ha obtenido suficientes votos para impedir que Camille resulte elegido en la primera vuelta. ¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes —le tranquilizó Danton—. Es mejor que elijan a un intelectual.

Estaba convencido de que los electores se resistirían a poner en manos de Camille los destinos de la nación. En cualquier caso, Kersaint no era un intelectual propiamente dicho sino un oficial de la Marina procedente de Bretaña, que había formado parte de la antigua Asamblea.

—Ten por seguro, ciudadano Legendre —le dijo Robespierre—, que si existe una conspiración para impedir que Camille resulte elegido, yo mismo la aplastaré.

—Un momento… —contestó Legendre, nervioso, pero no terminó la frase. No había mencionado la palabra «conspiración», pero el ciudadano Robespierre tenía unos reflejos rapidísimos—. ¿Qué piensas hacer?

—Propondré que de aquí a que concluyan las elecciones dediquemos una hora al día a debatir públicamente los méritos de los candidatos.

—Ah —dijo Legendre, soltando un suspiro de alivio. Durante unos momentos temió que Robespierre emitiera una orden de detención contra Kersaint. La semana anterior, uno sabía con qué tipo de hombre tenía que habérselas; esta semana era una incógnita. De todos modos, Robespierre subió varios puntos ante el bueno de Legendre.

—Será mejor que redactes una lista de los méritos de Camille y la distribuyas por toda la ciudad —dijo Danton, sonriendo—. No todos somos tan ingeniosos como tú. No sé cómo vas a justificar a Camille, salvo bajo el rótulo de «talento excepcional».

—¿Acaso no quieres que sea elegido? —le preguntó Robespierre.

—Por supuesto. Me gusta charlar con alguien durante los aburridos debates.

—No te lo tomes a broma, esto es muy serio.

—Preferiría que no hablarais de mí como si estuviera ausente —respondió Camille.

En el siguiente recuento de votos, el ciudadano Kersaint, que antes había obtenido 230 votos, descubrió misteriosamente que sólo había alcanzado 36.

Robespierre se encogió de hombros.

—Uno hace lo que puede para convencer a la gente. Eso es todo —dijo—. Enhorabuena, querido amigo.

De pronto imagina a Camille a los doce o trece años de edad, violento, divertido, propenso a estallar en llanto.

Entretanto, miles de voluntarios marchan al frente cantando, con unas hogazas de pan y unas salchichas ensartadas en las puntas de las bayonetas. Las mujeres les lanzan besos y ramos de flores. ¿Recuerdan los tiempos en que el sargento de reclutamiento iba a las aldeas? Ahora nadie se oculta. La gente rasca los muros de sus sótanos para extraer salitre para fabricar pólvora.

—¿Picas? —preguntó Camille.

—Picas —respondió Fabre con aire solemne.

—No quiero ponerme en plan legalista, pero no entiendo por qué el Ministerio de Justicia tiene que comprar picas. ¿Lo sabe Georges-Jacques?

—¿Acaso pretendes que le enseñe todas las facturas que recibimos?

—Lo cierto —dijo Camille, pasándose la mano por el pelo—, es que hemos gastado mucho dinero durante estas últimas semanas. Me preocupa pensar que ahora que somos todos diputados no tardarán en elegir a nuevos ministros, los cuales querrán saber en qué hemos gastado el dinero. Yo, sinceramente, no tengo la menor idea. ¿Y tú?

—Todo lo que te cause un problema —dijo Fabre—, anótalo en el apartado de «fondos secretos». Así nadie te hará preguntas porque se trata de algo secreto, ¿comprendes? No te preocupes. Todo irá bien, siempre y cuando no pierdas el Gran Sello. No lo habrás perdido, ¿verdad?

—No. Creo haberlo visto esta mañana.

—Bien. ¿Qué te parece si nos ocupamos ahora de nuestros propios asuntos financieros? ¿Qué hay del dinero que necesita Manon para que su ministerio edite los boletines de noticias?

—Georges le dijo que me pidiera amablemente que los editara yo.

—Es cierto. Yo estaba presente. Manon contestó que su marido hablaría contigo para asegurarse de que eras la persona adecuada. Nuestro ministro se puso como una furia.

Los dos amigos se echaron a reír.

—Bien, un bono de la Tesorería… —dijo Camille, revolviendo entre los papeles que había sobre la mesa—. Esto me lo enseñó Claude. Nunca preguntan nada si lleva la firma de Danton.

—Lo sé —contestó Fabre.

—¿Dónde habré puesto el sello con su firma? Se lo presté a Marat. Confío en que me lo devuelva.

—A propósito de la reina Coco —dijo Fabre—. ¿No has notado nada nuevo en ella?

—¿Cómo voy a notarlo? Se niega a verme.

—Lo había olvidado. Pues bien, he observado cierta ligereza en su paso, cierto rubor en sus mejillas… ¿No te sugiere nada?

—Que está enamorada.

Fabre ha cumplido cuarenta años. Es un hombre elegante, pálido y enjuto. Tiene la mirada y las manos de un actor. De vez en cuando, por las noches, relata algunos episodios autobiográficos, no necesariamente en orden cronológico. No es de extrañar que nada le sorprenda ni impresione. En cierta ocasión, en Namur, con ayuda

de unos oficiales amigos suyos, se fugó con una joven de quince años llamada Catiche. Según dice, lo hizo para proteger de su propio padre la virginidad de la joven. La reservaba para él mismo… El caso es que los detuvieron. Los padres de Catiche la casaron apresuradamente, y Fabre fue sentenciado a morir en la horca. ¿Cómo consiguió escapar? Hace tantos años de aquello, y han pasado tantas cosas, que apenas lo recuerda.

—Georges-Jacques, en comparación con Fabre, tú y yo hemos vivido una vida de monjes —comenta Camille.

—Es cierto —responde el ministro.

—No es para tanto —dice Fabre modestamente.

Fabre acompaña al ministro en sus visitas a los distintos ministerios, golpeando con sus enormes manazas las espaldas y las mesas de sus compañeros, alcanzando acuerdos con ellos por medio de todo tipo de métodos y maniobras. El poder le sienta bien, como una vieja casaca; sus ojillos lanzan peligrosos destellos cuando alguien trata de discutir con él. Fabre alimenta su ego de forma descarada; ambos se sienten cómodos en su mutua compañía. Por las noches se toman unas copas mientras comentan los asuntos del ministerio. Al amanecer, Danton se encuentra a solas con el mapa de Europa.

Fabre es un hombre limitado, se queja Danton, me hace perder el tiempo. Pero su compañía es agradable, y el ministro está acostumbrado a él, siempre está a su lado cuando lo necesita.

Una mañana, el ministro, sentado con la barbilla apoyada en las manos, con aire pensativo, preguntó a Fabre:

—¿Has planeado alguna vez un robo, Fabre?

Fabre lo miró alarmado.

—No —dijo Danton, sonriendo—. Ya sé que eres aficionado a las pequeñas estafas. Hablaremos de ello más tarde. Necesito tu ayuda porque quiero robar las joyas de la Corona. Sí, será mejor que te sientes.

—¿Podrías explicarte mejor?

—Desde luego, aunque no admito peros ni exclamaciones de incredulidad. Utiliza la imaginación. Como hago yo. Tomemos al duque de Brunswick.

—El duque de Brunswick…

—Ahórrame tu diatriba jacobina… Me la sé de memoria. El caso es que Brunswick, como hombre, siente cierta simpatía hacia nosotros. El manifiesto de julio no fue obra de él; los austriacos y los prusianos le obligaron a firmarlo. Es un hombre inteligente, franco. No malgasta el tiempo llorando por los Borbones. Por otra parte, es un hombre muy rico. Es un gran soldado. Pero a los ojos de los aliados es un mercenario.

—¿Cuáles son sus aspiraciones?

—Brunswick sabe tan bien como yo que Francia no está preparada para un Gobierno republicano. Puede que el pueblo no quiera a Luis ni a sus hermanos, pero

quieren un rey, porque están acostumbrados a los reyes, y más pronto o más tarde la nación caerá bajo el gobierno de un rey, o de un dictador que se convertirá en un rey. Si no me crees, pregúntaselo a Robespierre. En otras circunstancias —tras establecer una constitución— quizás habríamos buscado en Europa a un tipo razonablemente presentable, con empaque, para que hiciera ese papel. Brunswick sin duda lo expresaría de otra forma, pero es evidente que aspira a desempeñar ese papel.

—Eso ya lo dijo Robespierre. —(Y tú, pensó Fabre, fingiste no creerlo)—. Pero luego, en julio, con el manifiesto…

—Brunswick arruinó sus oportunidades. Manchó su historial. ¿Por qué lo obligaron los aliados a firmar el manifiesto? Porque lo necesitan. Pretendían que lo odiáramos, para hundir sus ambiciones personales, y lo contrataron a su servicio.

—Y lo consiguieron. ¿Y qué?

—La situación no es… irreversible. He estado pensando en cómo sobornar a Brunswick. He pedido al general Dumouriez que inicie las negociaciones.

Fabre lo miró atónito.

—Ha sido una imprudencia. Ahora estamos en sus manos.

—Es posible, pero no se trata de esto. Se trata de los resultados para Francia, no la cuestión que tenemos pendiente el general y yo. Porque… al parecer podemos sobornar a Brunswick.

—Es humano, ¿no? No es Robespierre, ni siquiera el virtuoso Roland, como llaman los periódicos al ministro del Interior.

—No te burles —dijo Danton, sonriendo—. Es cierto que tenemos a unos cuantos santos de nuestro lado. Cuando hayan muerto, los franceses podrán ir a la guerra llevando sus reliquias para protegerse en vez de cañones, de los cuales andamos un poco escasos.

—¿Cuánto quiere Brunswick?

—Quiere brillantes. ¿Sabías que los colecciona? Ya conocemos la codicia que inspiran los diamantes, ¿no es cierto? Sólo tenemos que fijarnos en el ejemplo de la esposa de Capeto.

—No puedo creer… —empezó a decir Fabre.

Danton lo interrumpió bruscamente:

—Robaremos las joyas de la Corona. Enviaremos a Brunswick las piedras que ha pedido, y recuperaremos las otras. Para utilizarlas en el futuro.

—¿Pero es posible robarlas?

—¿Acaso crees que me habría metido en esto si no lo creyera posible? —replicó Danton enojado—. El robo en sí mismo no presenta mayores problemas para unos profesionales con un poco de ayuda por nuestra parte. Los agentes de seguridad cometerán una torpeza, la investigación tropezará con ciertos obstáculos…

—Pero todo eso; la seguridad de las joyas, la investigación, concierne al Ministerio del Interior, es competencia de Roland.

—Obligaremos al virtuoso Roland a participar en nuestro plan. Después de que le

hayamos referido algunos detalles sobre este, no podrá traicionarnos sin traicionarse a sí mismo. Yo mismo me ocuparé de ello, no te preocupes. Pero le contaremos sólo lo imprescindible, de forma que no sabrá con seguridad quién está implicado en el asunto. Si las cosas se ponen feas, le echaremos la culpa a él. A fin de cuentas, como muy bien dices, el asunto concierne a su ministerio.

—Pero él se defenderá alegando que fuiste tú quien lo ideó todo…

—Quizá no tenga tiempo de defenderse.

—Eres otro hombre, Danton —dijo Fabre, estupefacto.

—No, Fabre, soy un repugnante patriota, como he sido siempre. Pretendo comprar una batalla, una batalla para nuestros pobres soldados desnutridos y descalzos. ¿Qué tiene eso de malo?

—Eso significa…

—Eso significa que no tengo tiempo para discutir los pormenores. No quiero ponerme a discutir contigo si está justificado o no. La salvación del país es la justificación.

—¿La salvación del país? —repitió Fabre—. ¿Para qué?

Danton lo miró irritado.

—Si dentro de quince días un soldado austriaco te agarra por el pescuezo y te pregunta si quieres vivir, ¿le contestarás «para qué»?

—Tienes razón —murmuró Fabre, dándose la vuelta—. Lo importante es sobrevivir. ¿De modo que Brunswick está dispuesto a perder una batalla, y arriesgarse y manchar su prestigio?

—Se hará de forma que su prestigio permanezca intacto. Sabe perfectamente lo que debe hacer. Lo mismo que yo. Necesitamos unos delincuentes profesionales, Fabre. Pero no deben saber para quién trabajan. Luego… nos desharemos de ellos —dijo Danton, haciendo un significativo gesto con la mano—. Dejaremos que Roland conduzca a la policía por la senda equivocada. Se trata de un asunto muy grave, por supuesto, y los procesados serán condenados a muerte.

—¿No temes que hablen durante el juicio? Tendremos que dejar que la policía capture a alguno de ellos.

—Asegúrate, en la medida de lo posible, de que no puedan revelar ningún detalle importante. Es preciso que exista un manto de ofuscamiento entre los distintos niveles de esta conspiración, y entre los conspiradores. Encárgate de ello. Si alguien empezara a sospechar que el Gobierno está envuelto en el asunto, dejaríamos que las pistas condujeran a Roland. Hay dos personas que no deben saber nada de ello. Una es la esposa de Roland. No entiende nada de política y es muy indiscreta. Lo malo es que Roland se lo cuenta todo.

—La otra persona es Camille —dijo Fabre—. Porque temes que se lo cuente a Robespierre, y que Robespierre nos acuse de traidores por hacer un trato con Brunswick.

Danton asintió.

—No puedo exigir a Camille que elija entre la amistad que le une a Robespierre y la que le une a mí. Quizá lo elegiría a él.

—Pero ambos pueden enterarse de lo que nos llevamos entre manos.

—Es un riesgo que debemos correr. Puedo comprar una batalla, y al hacerlo confío en invertir el proceso de la guerra. Posteriormente tendré que abandonar el cargo. Estaría expuesto a ser chantajeado, por Brunswick o por…

—El general Dumouriez.

—Exactamente. Sé que esto no te gusta, Fabre. Pero reflexiona. Ignoro cuánto dinero has estafado al ministerio durante las últimas semanas, pero imagino que será una cantidad sustancial. Sin embargo, siempre y cuando tus ambiciones no rebasen el límite de lo razonable, estoy dispuesto a cerrar los ojos. Quizá pienses que una vez que haya abandonado el cargo ya no te seré de ningún provecho. La guerra es muy lucrativa, Fabre. Siempre estarás cerca del poder. Dispondrás de información confidencial… Yo sé cuánto vales para mí.

Fabre volvió la cara, ofuscado.

—¿No temes…, no te importa que todo se base en mentiras y más mentiras?

—Es peligroso decir esas cosas. No me gustan.

—No me refería a ti… sino a mí —se apresuró a contestar Fabre, sonriendo.

Por primera vez desde que se conocían, Danton observó que Fabre se sentía desconcertado, confuso, como si de pronto hubiera perdido el control sobre su vida.

—No tiene importancia —dijo Fabre—, no pretendía ofenderte, Danton.

—No debes hablar sin pensar lo que dices. Nadie debe conocer jamás la verdad sobre este asunto. Los franceses van a ganar una batalla, esto es todo. Tu silencio es el precio del mío, y ninguno de nosotros podemos romper ese silencio, ni siquiera para salvar nuestras vidas.

II. *Robespierricidio*

(1792)

—Me enamoré de ti en cuanto te vi.

Oh, pensó Manon, un tanto decepcionada, yo creí que había sido antes. Estaba convencida de que sus cartas, sus encendidas epístolas, habían impresionado profundamente a este hombre que, según había descubierto, era el único capaz de hacerla feliz.

No había sido un proceso rápido. Cuando estaban separados habían corrido ríos de tinta entre ellos; cuando estaban juntos —o al menos en la misma ciudad— apenas habían gozado de un momento a solas. Habían tenido que resignarse a las conversaciones de salón; antes de expresarse en el idioma del amor hablaban el lenguaje de los legisladores. Incluso ahora, Buzot apenas desplegaba los labios. Parecía perplejo, angustiado, atormentado. Era más joven que ella, menos experimentado en los asuntos del corazón. Tenía esposa, una mujer poco agraciada, mayor que Manon.

Manon le tocó suavemente el hombro, mientras Buzot permanecía con el rostro oculto entre las manos. Era un gesto de consuelo, e impedía que ella se pusiera a temblar.

Era preciso guardar el secreto. Los periódicos se divertían enumerando a los amantes de Manon, entre los cuales citaban con frecuencia a Louvet. Hasta la fecha ella había reaccionado con despecho, al menos públicamente. ¿Acaso no tienen nada más interesante que hacer que ocuparse de mi vida sentimental? (En privado, sin embargo, esos malévolos rumores la disgustaban profundamente; se preguntaba por qué la trataban como si fuera la Théroigne, o la Capeto). De todos modos, podía soportar los cotilleos de los periódicos; lo que no podía tolerar era la actividad del circo de chismorreos que se centraba en el Ministerio de Justicia.

Siempre había alguien que le informaba puntualmente sobre los comentarios de Danton. Este afirmaba que hacía años que su marido llevaba cuernos, en un sentido

moral si no físicamente. Pero ¿cómo podía imaginar su situación? ¿Cómo podía apreciar las delicadas satisfacciones que procura una relación entre una mujer casta y un hombre honorable? Era un bruto a quien sólo podía interesarle una relación carnal. Manon conocía a Gabrielle; desde que Danton ocupaba el cargo de ministro, la había llevado una vez a la Escuela de Equitación, instalándola en la galería que ocupaba el público para que pudiera oírle rugir ante los diputados. Era una mujer tímida, encinta, que probablemente sólo pensaba en biberones y papillas. Pero no dejaba de ser una mujer. ¿Cómo puede soportarlo? ¿Cómo puede soportar acostarse con ese tosco gordinflón?

Fue un comentario indiscreto, un comentario que se le había escapado sin querer. Al día siguiente, como era de suponer, se había extendido por toda la ciudad. Manon se puso como un tomate sólo de pensarlo.

El ciudadano Fabre de Églantine fue a verla. Se sentó, cruzó las piernas y juntó las manos.

—¿Y bien, querida?

Ese tono de confianza disgustó a Manon. No le caía bien ese hombre tan poco serio que frecuentaba a mujeres que no eran aceptadas entre la buena sociedad, ese ridículo personaje con sus teatrales ademanes y sus comentarios irónicos sobre la gente. Lo habían enviado para vigilarla, para espiarla.

—El ciudadano Camille me ha dicho que su célebre comentario indica que en el fondo se siente poderosamente atraída por el ministro, tal como él ha sospechado siempre.

—No alcanzo a comprender cómo puede adivinar mis sentimientos. Ni siquiera nos conocemos.

—Ya lo sé. ¿Por qué se niega usted a conocerlo?

—Porque no tendríamos nada que decirnos.

Manon había visto a la esposa de Camille Desmoulins en la Escuela de Equitación, y en la galería pública del Club de los Jacobinos. Parecía una muchacha complaciente, que según decían complacía a Danton. También decían que Camille lo sabía y lo toleraba…

Fabre observó el pequeño gesto despectivo que hizo Manon con la cabeza. Esa mujer debía tener una imaginación como una cloaca; ni siquiera nosotros especulamos en público sobre lo que hacen nuestros colegas en la cama.

¿Por qué tengo que soportar la presencia de ese hombre?, se preguntó Manon. Si tengo que comunicarme con Danton, ¿no podía haber escogido a otro mediador? Por lo visto, no. Pese a su temperamento extrovertido, Danton se fiaba de poca gente.

—Usted se lo pierde —dijo Fabre—. Se equivoca respecto a Camille; estoy seguro de que le caería mejor que yo. A propósito, Camille opina que las mujeres deberían haber votado en las elecciones.

Manon sacudió la cabeza y respondió:

—No estoy de acuerdo. La mayoría de las mujeres que conozco no saben nada de

política. No razonan… —En realidad pensaba en las mujeres de Danton—. No tienen criterio propio, se dejan influir por sus maridos.

—O sus amantes.

—Tal vez en los círculos en los que se mueve usted…

—Transmitiré a Camille lo que me ha dicho.

—No se moleste. No tengo el menor deseo de entrar en una polémica con él.

—Se llevará un disgusto tremendo al saber la pobre opinión que tiene usted de él.

—¿Me toma usted por tonta?

Fabre la miró perplejo, como solía hacer cuando había conseguido enojarla. La observaba atentamente, día tras día, calibrando su estado de ánimo y analizando las expresiones de su rostro.

Sí, era preciso guardar el secreto. Sin embargo, François-Léonard sentía la necesidad de ser sincero con ella.

—Ambos estamos casados, y comprendo que es imposible que tú… hagas algo que te deshonre…

—¡Pero me siento tan a gusto contigo! —exclamó Manon—. Mi intuición me dice que esto no puede ser malo.

—¿Tu intuición? —preguntó él, alarmado—. Manon, sabes perfectamente que no tenemos derecho a ser felices… es decir, debemos reflexionar sobre la naturaleza de la felicidad… No tenemos derecho a ser felices a costa del sufrimiento de otros.

Manon apoyó la mano en su hombro, pero no parecía convencida. Su rostro denotaba… ¿avidez, quizá?

—¿Has leído la obra titulada *Sobre el deber*, de Cicerón? —preguntó él.

¿Que si había leído a Cicerón? ¿Que si era consciente de su deber?

—Sí —contestó Manon—. Me gusta mucho la lectura. Sé que las obligaciones pesan mucho, que nadie puede ser feliz a costa de los demás. ¿Crees acaso que no he reflexionado sobre nuestra situación?

—Confieso que te he subestimado —contestó François-Léonard.

—Tengo un defecto —dijo Manon, haciendo una breve pausa—. Soy demasiado sincera, no soporto la hipocresía, no soporto ese sentido de la educación que en ocasiones impide a la gente sincerarse… Debo hablar con Roland.

—¿Hablar con tu marido? ¿Por qué?

Buena pregunta. Nada había sucedido entre ellos, al menos en el sentido que creían Danton y sus amigos. (Manon imaginó los pequeños pechos de Lucile Desmoulins estrujados entre los dedos de Danton). Tan sólo la precipitada declaración de él y la precipitada respuesta de ella. Pero desde entonces, él apenas la había tocado, ni siquiera la mano.

—Querido —dijo Manon, agachando la cabeza—, esto trasciende la esfera de lo físico. Como es lógico, debo apoyar a Roland, vivimos en tiempos de crisis, soy su esposa, no puedo abandonarlo. Sin embargo, no puedo permitir que sospeche, que dude sobre la verdadera naturaleza de nuestra relación. Forma parte de mi carácter,

debes comprenderlo.

Él la miró preocupado.

—Pero, Manon, no tienes nada que confesar a tu marido. No ha sucedido nada entre nosotros. Simplemente, hemos hablado de nuestros sentimientos…

—¡Y te parece poco! Roland jamás me ha revelado sus sentimientos, pero los respeto. Sé que tiene sentimientos, como todo el mundo. Debo confesarle la verdad. Debo decirle: «He conocido a un hombre del que me he enamorado. Las cosas están así y así; no debo revelarte su nombre; nada ha ocurrido entre él y yo; sigo siendo fiel». Él lo comprenderá. Comprenderá que no se puede luchar contra el amor.

Buzot bajó la vista.

—Eres implacable, Manon. Jamás he conocido a una mujer como tú.

No lo dudo, pensó ella.

—No puedo traicionar a Roland. No puedo abandonarlo. Quizá pienses que mi cuerpo ha sido creado para el placer. Pero el placer no es lo más importante.

Sin embargo, Manon no dejaba de pensar en las manos de Buzot, más bien robustas para un hombre tan pulcro y elegante. Sus pechos no son como los de la señora Desmoulins, sino unos pechos que han amamantado a un niño, unos pechos responsables.

—¿De veras crees que es una buena idea contárselo? —preguntó Buzot—. ¿Crees que servirá de algo?

Temía haber enfocado este asunto equivocadamente. Pero, claro está, no tenía experiencia. En estos asuntos era virgen; y su esposa, con la que se había casado por su dinero, era mayor, y poco agraciada.

—Sí, sí, sí —dijo Fabre—. Te aseguro que existe un hombre. Resulta reconfortante descubrir que los demás son tan malos como nosotros.

—¿No se trata de Louvet?

—No. Quizá Barbaroux.

—No. Tiene mala fama. Le gustan otro tipo de mujeres —dijo Camille—. Además, es demasiado tosco para atraer a la señora Roland.

—Me pregunto cómo se lo tomará el virtuoso Roland.

—A la edad de Manon… —contestó Camille con una mueca de disgusto—. Y con lo fea que es.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Manon a su marido, sin poder apenas disimular su enojo. Roland estaba sentado en un sillón, y su expresión reflejaba un intenso dolor físico.

—Lo siento —dijo Manon. Quería decir que lo sentía por él. No se sentía en la obligación de disculparse; simplemente le había expuesto la situación, para no tener

que seguir fingiendo ni mantener unas absurdas apariencias.

Tras unos instantes de silencio, continuó:

—Espero que comprendas que no puedo revelarte su nombre.

Roland asintió.

—Porque entorpecería nuestro trabajo. Crearía obstáculos. Aunque somos personas razonables. —Manon aguardó unos momentos—. No soy capaz de reprimir sus emociones. Mi conducta, sin embargo, ha sido y seguirá siendo intachable.

Roland rompió al fin su silencio.

—¿Cómo está Eudora, nuestra hija? —preguntó.

Manon se quedó de una pieza ante aquella salida.

—Sabes que está perfectamente atendida.

—Sí, ¿pero por qué no está aquí, junto a nosotros?

—Porque el ministerio no es un lugar adecuado para un niño.

—Los hijos de Danton viven en la Place des Piques.

—Sus hijos son muy pequeños, los cuidan unas nodrizas. Eudora es otra cuestión, tendría que atenderla personalmente, y en estos momentos estoy muy ocupada. Sabes que no es bonita y que no tiene talento, ¿qué haría con ella?

—Pero si sólo tiene doce años.

Manon observó que su marido tenía las manos crispadas. De pronto observó que estaba llorando, que unas gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. No le gustaría que yo lo viera así, pensó, y salió de la habitación cerrando la puerta sigilosamente, como solía hacer cuando él estaba enfermo, cuando era su paciente y ella su enfermera.

Roland esperó a que sus pasos se desvanecieran. Luego soltó un profundo gemido, un gemido de dolor que más bien parecía el balido de un carnero. Durante unos minutos siguió sollozando y gimiendo, por él, por Eudora, por todas las personas que habían tenido la desgracia de interponerse en el camino de Manon.

Eléonore había pensado que, cuando todo hubiera terminado, Max se casaría con ella. Incluso se lo había insinuado a su madre.

—Sí, creo que es posible —contestó la señora Duplay.

Unos días más tarde su padre le dijo que quería hablar con ella. Parecía incómodo, preocupado. Al cabo de unos minutos se pasó la mano por la calva y dijo:

—Es un gran patriota. Creo que siente un gran cariño hacia ti. Es un hombre muy reservado, ¿no crees? Me refiero a que no le gusta airear sus sentimientos. Pero es un gran patriota, sin duda.

Eléonore estaba empezando a impacientarse. ¿Acaso imaginaba su padre que no se sentía orgullosa de Max?

—Es un gran honor que viva con nosotros, y por supuesto debemos hacer cuanto podamos por… Ante mis ojos, es como si estuvierais casados…

—Ah, comprendo —contestó Eléonore—. Ya sé a qué te refieres.

—Confío en ti… Si puedes hacer algo para alegrarle la vida, para que se sienta más a gusto…

—¿No me has oído, padre? He dicho que ya sé a qué te refieres.

Eléonore se soltó el pelo y este se desparramó como una cascada por sus hombros y su espalda. Luego se lo apartó para revelar sus pequeños pechos y se miró en el espejo. Quizá sea una locura imaginar que con mis escasos atributos físicos… Lucile Desmoulins había venido el día anterior y les había traído al niño para que lo conocieran. Todos se volcaron en mimos y caricias con él. Al fin se lo entregó a Victoire y ella permaneció sentada, con la mano colgando sobre el brazo del sillón, como una flor invernal cubierta de nieve. Cuando entró Max, Lucile giró la cabeza y sonrió. Él la miró complacido. Sin duda siente por ella un cariño fraternal; pero yo deseo que experimente otro tipo de sentimiento hacia mí, pensó Eléonore.

Mientras seguía mirándose en el espejo, se pasó la mano sobre su vientre plano y sus caderas, gozando de la suavidad de su piel, imaginando el tacto de las manos de él. Pero cuando se apartó del espejo, observó durante uno segundos las líneas cuadradas y sólidas de su cuerpo. Se tendió sobre la cama y apoyó la cabeza en la almohada de él, aguardando, sintiendo que todos los músculos de su cuerpo se tensaban.

Al cabo de unos minutos oyó que subía la escalera y se giró hacia la puerta. Durante unos terribles instantes imaginó que —Dios mío, ¿es posible?— entraría el perro y se abalanzaría sobre ella, jadeando, gimiendo y babeando, y se pondría a juguetear con su pelo limpio y recién cepillado.

La manecilla de la puerta giró, pero no entró nadie. Max vaciló unos segundos, como si fuera a dar media vuelta y bajar de nuevo la escalera. Pero al fin entró con paso decidido. Sus miradas se cruzaron. Max sostenía en la mano unos papeles, y al depositarlos en la mesa cayeron algunos al suelo.

—Cierra la puerta —dijo Eléonore. Confiaba en no tener que añadir nada más; que él comprendería perfectamente sus intenciones. Pero en boca de ella sonaba simplemente como una sugerencia práctica, como si lo hubiera dicho para impedir que penetrara una corriente de aire.

—¿Estás segura de esto, Eléonore? —le preguntó él.

La miró con una mezcla de enojo e ironía. Sí, parecía decidida. Él le cogió las manos y le besó las yemas de los dedos. Quería decirle, con toda claridad, que no podían hacerlo. Pero al inclinarse para recoger los papeles del suelo, sintió que la sangre le golpeaba las sienes y comprendió que era imposible pedirle que se levantara y se marchara.

Cuando se giró hacia ella, Eléonore se incorporó y dijo:

—Nadie protestará. Lo comprenden. No somos niños. No van a ponernos las

cosas difíciles.

Eso es lo que tú te crees, pensó él. Luego se sentó en la cama y le acarició los pechos, sintiendo que sus pezones se ponían tiesos y duros. El rostro de Max denotaba preocupación.

—No habrá ningún problema —insistió ella—. De veras.

Nadie la había besado jamás. Max la besó suavemente. Al cabo de unos minutos decidió quitarse la ropa, antes de que ella se lo pidiera, asegurándole de nuevo que no había ningún problema. Luego acarició su suave y desconocido cuerpo. Había una chica a la que iba a visitar cuando estaba en Versalles, pero no era una buena chica, y había dejado de verla; desde entonces no había tenido ninguna relación estable. El celibato es fácil, pero el medio celibato es muy difícil, porque las mujeres no saben guardar un secreto y les encanta chismorrear… Eléonore estaba impaciente. Lo abrazó con fuerza, aunque estaba tensa, como si temiera que fuera a hacerle daño. Conoce la mecánica del asunto, pensó él, pero nadie le ha enseñado el arte de hacer el amor. ¿Sabe que puede sangrar? De pronto Max sintió una sensación de náuseas.

—Cierra los ojos, Eléonore —murmuró—. Trata de relajarte unos minutos, hasta que te sientas… —Iba a decir hasta que te sientas mejor, como si estuviera enferma. Le acarició el pelo y volvió a besarla. Ella no lo tocó; no se le había ocurrido. Max le separó un poco las piernas y dijo—: No tengas miedo.

—Estoy bien —respondió ella.

Pero no era cierto. Seguía tensa y él no podía penetrar en su rígida y tensa vagina sin hacerle daño. Al cabo de un minuto, Max se incorporó y la miró a los ojos.

—No debemos precipitarnos —dijo, deslizando una mano debajo de sus nalgas.

Eléonore sintió deseos de decirle: «No tengo experiencia, y tú tampoco eres un experto que digamos», pero no dijo nada y lo abrazó de nuevo con fuerza. Alguien le había dicho una vez que hay que aplicarse con ahínco para conseguir lo que uno desea en esta vida… Pobre Eléonore, pobres mujeres. Al fin, inesperadamente, y desde un ángulo un tanto extraño, Max la penetró. Ella no gritó ni se quejó. Él apoyó la cabeza sobre su hombro para no ver su expresión de dolor e intentó colocarse en una posición más cómoda. Ha pasado demasiado tiempo, pensó él; estas cosas hay que hacerlas con frecuencia o abstenerse. Como era de prever, todo terminó rápidamente. Al cabo de unos minutos, Max la soltó y Eléonore apoyó la cabeza en la almohada.

—¿Te he hecho daño?

—No, estoy bien.

Max se tumbó de costado y cerró los ojos. Supuso que ella estaría pensando: «¿Eso es todo? Pues no hay para tanto». Seguro que lo estaba pensando. Pero lo peor no era eso sino el regusto amargo que sentía. Había aprendido una lección: cuando los placeres que uno se niega no resultan un placer, uno se siente doblemente decepcionado pues no sólo pierde una ilusión sino que además siente que ha perdido el tiempo. Con la chica de Versalles había sido mucho mejor, por supuesto, pero

aquello había acabado hacía tiempo. Por otra parte, Max no conseguía vencer la repugnancia que le inspiraban los encuentros casuales. Pensó disculparse con Eléonore por el hecho de que todo hubiera terminado tan rápidamente, pero no merecería la pena, ya que ella carecía de experiencia y seguramente le diría «no te preocupes, estoy bien».

—Creo que es mejor que me levante —dijo ella.

Max la abrazó y le besó los pechos.

—Quédate un rato —le dijo.

—Está bien.

Tras unas exploraciones de tanteo, Max comprobó que no había sangre en la sábana. Supuso que Eléonore imaginaba que hacer el amor era un arte que requería práctica, experiencia, puesto que para algunas personas representaba algo muy importante en sus vidas.

Eléonore lo miró sonriendo, más relajada. Era una sonrisa de triunfo, aunque resultaba difícil adivinar lo que estaba pensando.

—Esta cama no es muy grande —dijo.

—No, pero… —Si se veía obligado a ello, tendría que decirle: Eléonore, Cornélia, aunque te agradezco que me ofrezcas generosa y gratuitamente tu cuerpo, no tengo la menor intención de pasar mis noches contigo, aunque toda tu familia nos ayude a trasladar los muebles. Luego cerró los ojos de nuevo, pensando en el pretexto que daría a Maurice cuando abandonara su casa, en cómo sortearía el interrogatorio de su mujer, que sin duda estaría deshecha en llanto. Pensó en las recriminaciones que lloverían sobre la pobre y confundida Eléonore, víctima de la envidia femenina. Por otra parte, no le apetecía mudarse a una fría y solitaria habitación en otro distrito, ni encontrarse con Maurice Duplay en el Club de los Jacobinos y saludarlo fríamente, sin atreverse a preguntar por su familia. Y sabía con toda certeza que esto volvería a suceder. Cuando Eléonore le apeteciera, subiría y le aguardaría acostada, y él no podría echarla de su habitación, como tampoco había podido hacerlo esta vez. Max se preguntó en quién se confiaría Eléonore, a quién pediría consejo para saber la frecuencia con que convenía hacer el amor. Mientras trataba de delimitar el círculo de amigas de la joven, se le ocurrió una serie de desastrosas posibilidades. Menos mal que apenas conocía a la señora Danton.

Al cabo de un rato se quedó dormido. Al despertar, comprobó que Eléonore se había marchado. Mañana, pensó él, caminaría alegremente por la calle, sonriendo a todo el mundo, e iría a visitar a alguna amiga.

A lo largo de los días siguientes, Max se sintió presa de un sentimiento de culpabilidad. La segunda vez resultó más fácil, pero Eléonore nunca daba muestras de experimentar placer. Temía que si la joven se quedaba encinta tendrían que casarse apresuradamente. Quizá, pensó, después de que se haya reunido la Convención

acudirán otras personas a visitarlos y Eléonore conocerá a un muchacho que se enamorará de ella; entonces yo me mostraré generoso y la liberaré de cualquier tipo de compromiso contraído conmigo.

Pero en el fondo sabía que eso no ocurriría. Nadie se enamoraría de ella. Se lo impediría la familia. Las personas que están casadas, pensó Max, pueden divorciarse. Pero lo único que puede liberarnos de este vínculo es el que uno de nosotros muera.

Camille estaba sentado ante su mesa de despacho, pensando en cosas irrelevantes. Recordó la noche que había pasado en la casa de su primo de Viefville, antes de ir a ver a Mirabeau. Había recibido la visita de Barnave, el cual le había hablado como si Camille fuera alguien digno de consideración. Le caía simpático ese Barnave. Actualmente estaba en la cárcel, acusado de conspirar con la Corte, cargo del que era culpable, por supuesto. Camille suspiró y se puso a dibujar unos barquitos en el margen de la inspirada carta que estaba escribiendo a los jacobinos de Marsella.

Los miembros de la Convención se habían reunido en París. Augustin Robespierre: no has cambiado nada, Camille. Y Antoine Saint-Just… tendría que mostrarse paciente con Saint-Just, reprimir el desastroso y absurdo antagonismo que sentía hacia él…

—Tengo la impresión de que alberga unos sentimientos inconfesables —dijo Camille a Danton.

Danton, obsesionado con la solidaridad, contestó con el severo tono de un letrado:

—Te recomiendo que intentes llevarte bien con él. Para suavizar las cosas y no disgustar a Maximilien. Le das mucho trabajo, siempre está tratando de ocultar tus indiscreciones.

—Estoy seguro que Saint-Just comete muchas más indiscreciones que yo.

—No lo creo.

—Y supongo que eso hará que todo el mundo le acoja con los brazos abiertos.

—Lo dudo —contestó Danton, echándose a reír—. Ese chico me alarma. Me irrita su actitud fría y distante.

—Quizá trate de congraciarse con nosotros.

—Hérault se sentirá celoso al comprobar que las mujeres dirigen su atención hacia él.

—No tiene motivos para preocuparse. A Saint-Just no le interesan las mujeres.

—Eso mismo solías decir de Saint Maximilien, y sin embargo sostiene una apasionada historia de amor con la encantadora Cornélia, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Yo sí.

De modo que eso era del dominio público, además de la supuesta infidelidad de la esposa de Roland y la situación en la Place de Piques. ¿Es que la gente no tiene nada más interesante de qué ocuparse?, pensó Camille.

Era posible que Danton abandonara pronto el cargo. Personalmente, se alegraría de ello. Sin embargo, los partidarios de Roland tratarían de convencer a este de que permaneciera en el Ministerio del Interior, aunque había sido nombrado diputado de la Convención. Incluso después del escándalo sobre las joyas de la Corona, el viejo burócrata seguía en el candelero. Y si él permanecía en su cargo, ¿por qué no iba a hacerlo Danton, que era mucho más necesario para la nación?

No deseo permanecer aquí mucho tiempo, pensó Camille. Acabaría convirtiéndome en una especie de Claude. Tampoco deseo pronunciar discursos ante la Convención, no podrán oírme. Aunque en realidad, se dijo, no se trata de lo que yo desee hacer.

Lo que le preocupaba era el hecho de que Danton deseara abandonar el cargo. No había renunciado a sus sueños —a sus fantasías— de abandonar para siempre París. Una noche lo había encontrado sentado a la luz de las velas, examinando la escritura de su propiedad en Arcis, cada mojón, cada riachuelo, cada servidumbre de paso. Cuando alzó la cabeza, Camille observó en sus ojos la imagen de unas casitas campestres, prados, matorrales y arroyos.

—Ah, eres tú —dijo Danton, sobresaltándose—. Pensaba que era mi asesino. Me subleva pensar que los prusianos pudieran llegar aquí —añadió, señalando el documento.

De un tiempo a esta parte Fabre se mostraba escurridizo, pensó Camille. Nunca había sido un hombre franco y abierto. Si Fabre tenía que elegir entre el dinero y la fama revolucionaria… se negaría a elegir, continuaría reclamando ambas cosas.

—¿Cómo debemos interpretar el robo de las joyas de la Corona? —preguntó Camille a Danton.

¿Qué debemos pensar… o qué debemos decir? Observó a Danton mientras este trataba de asimilar la ambigüedad.

—Creo que debemos achacar la culpa a la torpeza de Roland.

—Sí, debió verificar el sistema de seguridad, ¿no es cierto? Fabre estuvo con la ciudadana Roland el día después de perpetrarse el robo. Llegó a las diez y media y regresó a la una. ¿Crees que la estuvo amonestando?

—¿Cómo lo sabes?

Camille le dirigió una mirada divertida.

—Y cuando se despidió de la ciudadana Roland, esta le dijo a su marido que el hombre que había robado las joyas de la Corona había ido a visitarla.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Puede que me lo esté inventando. ¿Tú qué crees?

—Es posible —respondió Danton.

—No te fíes de Dumouriez.

—No. Robespierre está cansado de decírmelo.

—Robespierre no se equivoca nunca.

—Quizá debería ir al frente para entrevistarme con algunas personas y aclarar

algunas cosas.

Cuando se apoderaban de él esos pastorales estados de ánimo, era como para echarse a temblar. Era un hombre muy vulnerable, aunque parezca extraño aplicarle ese término. Era vulnerable a Dumouriez y a los partidarios de los Borbones, quienes no cesaban de recordar sus promesas… «No hay de qué preocuparse. El señor Danton se ocupará de nosotros».

Camille se apresuró a apartar este pensamiento de su mente, junto con un mechón que le caía sobre la frente, como si hubiera alguien en la habitación con él. Le parecía oír la voz de Robespierre, un frío día de primavera de 1790: «Una vez que tomas afecto a una persona, la razón queda anulada. Tomemos el ejemplo del conde Mirabeau, objetivamente. Su estilo de vida, sus palabras, sus actos me ponen inmediatamente en guardia. Es evidente que a ese hombre sólo le interesa su propia persona. ¿Por qué no puedes llegar tú también a esa conclusión? En otros aspectos no cedes ante tus sentimientos, cuando se trata de alcanzar tus ambiciones; por ejemplo, temes hablar en público, pero no dejas que ello te lo impida. Uno debe ser implacable con sus sentimientos».

Supongamos que un día Camille oía esa persistente e implacable voz, insistiendo en que Danton no era un hombre honesto. Tenía una respuesta preparada, no una respuesta lógica, pero infinitamente más eficaz. Cuestionar el patriotismo de Danton era poner en duda toda la Revolución. Un árbol se conoce por sus frutos, y el 10 de agosto había sido obra de Danton. En primer lugar, había creado la república de los *cordeliers,* y posteriormente la República Francesa. Si Danton no es un patriota, hemos actuado de forma inconcebiblemente negligente. Si Danton no es un patriota, tampoco lo somos nosotros. Si Danton no es un patriota, hay que rehacerlo todo desde mayo de 1789.

Era una reflexión capaz de agotar al mismo Robespierre.

Cuando la noticia de la victoria en Valmy llegó a París, la ciudad se puso a delirar de alivio y alegría. No fue hasta más tarde cuando algunos empezaron a preguntarse por qué los franceses no se habían aprovechado de su ventaja, persiguiendo a Brunswick y cortándole la retirada. La Convención Nacional, que se reunía por primera vez, proclamó oficialmente la República Francesa; era el mejor de los presagios. Dentro de poco no quedará un sólo enemigo en suelo francés, al menos ningún enemigo extranjero. Los generales avanzarán hacia Mainz, Worms, Frankfurt; Bélgica será ocupada, Inglaterra, Holanda y España intervendrán en la guerra. Con el tiempo se sucederán las derrotas, y las traiciones y conspiraciones serán duramente castigadas. A medida que disminuye el número de miembros de la Convención, a uno le parece ver todos los días en los desiertos escaños la figura de la Muerte, sonriendo, familiar, enérgica.

De momento el fenómeno más sorprendente de la Convención era la voz de

Danton, que se dejaba oír todos los días, abordando todo tipo de asuntos, pero su arrogante potencia nunca dejaba de asombrarles. En lugar de sentarse en el escaño reservado a los ministros, ocupaba uno situado en la parte superior de la cámara, hacia la izquierda de la misma, junto con los otros diputados de París y los agresivos provincianos. Dichos escaños, y por extensión quienes los ocupaban, eran denominados la Montaña. Los girondinos, los brissotinos —o como quieran llamarlos — estaban instalados a la derecha, y entre ellos y la Montaña se extendía una zona llamada la Planicie, o la Ciénaga, de acuerdo con el carácter blando y timorato de quienes se sentaban allí. Ahora que la división era profunda y evidente, no había motivo para la discreción ni la moderación. Día tras día, Buzot difundía por la asfixiante e irrespirable cámara las sospechas que albergaba Manon Roland sobre París, ciudad tirana, parásita, necrópolis. A veces ella le observaba desde la galería destinada al público, aplaudiendo rígidamente. En público se comportaban como unos educados extraños; en privado, de forma más familiar pero no menos educadamente. Louvet llevaba en su bolsillo un discurso titulado *Robespierricidio*, que reservaba para el momento indicado.

El quid de la cuestión —septiembre, octubre, noviembre— era el intento por parte de los brissotinos de gobernar. Su ejército privado compuesto por 16.000 hombres llegados de las provincias, cantaba por las calles, exigiendo la sangre de los presuntos dictadores —Marat, Danton, Robespierre— a quienes denominaban el Triunvirato. El ministro de la Guerra se apresuró a facturar a ese ejército hacia el frente antes de que estallaran enconadas batallas en las calles; pero los frentes de batalla de la Convención no estaban dentro de su jurisdicción.

Marat estaba sentado solo, con las espaldas encorvadas, meditando, preocupado. Cuando se puso en pie para hablar, algunos brissotinos abandonaron precipitadamente la cámara, mientras otros se quedaron para contemplarlo despectivamente, murmurando entre sí; pero al cabo de un rato empezaron a prestar más atención a lo que decía, pues sus palabras les concernían personalmente. Hablaba con un brazo apoyado en la tribuna y la cabeza inclinada hacia atrás, subrayando sus comentarios con la demoníaca risa que había cultivado. Estaba enfermo, pero nadie conocía el nombre de su enfermedad.

Robespierre se lo encontró por los pasillos. Aunque lo conocía desde hacía muchos años, siempre había procurado rehuirlo. Existía el peligro de que si le veían hablando con Marat le acusaran de dictar sus escritos y alentar sus ambiciones. Sin embargo, uno no podía permitirse el lujo de ser demasiado rígido; dada la situación, era necesario apoyarse en los amigos. Desde ese punto de vista, podía decirse que la reunión había sido un fracaso, pues tan sólo había servido para poner de relieve la profunda división que separaba a los patriotas. El cuerpo de Robespierre, joven y compacto, mostraba una tensión felina dentro de sus ropas impecables; sus emociones, o las emociones que pudiera exhibir su rostro, estaban sepultadas con las víctimas de septiembre. Marat lo observaba al otro lado de una mesa, tosiendo, con

un mugriento pañuelo envuelto alrededor de la cabeza. Hablaba a borbotones, con pasión, rojo de ira, golpeando la mesa con el puño.

—No me comprendes, Robespierre.

Robespierre lo miró fríamente, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Es posible —contestó.

10 de octubre: habían transcurrido dos meses desde el golpe de Estado. Bajo la atenta mirada de Robespierre (hablaba allí todas las noches) el Club de los Jacobinos «se purgó» a sí mismo. Brissot y sus colegas fueron expulsados, arrojados del cuerpo del patriotismo como si fueran unos repugnantes humores. 19 de octubre: Roland habló ante la Convención. Sus partidarios le vitoreaban y aclamaban, pero el anciano parecía una marioneta de cuyos hilos tiraban los dedos del deber y la costumbre. A Robespierre, dijo, le gustaría que se repitiera la matanza de septiembre. Al oír pronunciar el nombre de Robespierre, la Gironda estalló en gritos y silbidos.

Robespierre se levantó de su escaño en la Montaña y se dirigió a la tribuna de oradores, con la cabeza agachada y expresión agresiva. Gaudet, un girondino que era presidente de la Convención, trató de impedir que hablara. De pronto se oyó la voz de Danton por encima de la algarabía:

—¡Dejadle hablar! Y cuando haya terminado, exijo hablar yo. Ha llegado el momento de aclarar ciertas cosas.

VERGNIAUD [*Con los ojos fijos en Danton*]: Esto me lo temía…

GAUDET [*Junto a él*]: No te inquietes, llegaremos a un acuerdo con Danton.

VERGNIAUD: Hasta cierto punto.

GAUDET: Hasta que el dinero se agote.

VERGNIAUD: La cosa es algo más complicada, ¿es que no lo comprendes?

GAUDET: Robespierre está en el uso de la palabra.

VERGNIAUD: Como de costumbre. [*Cierra los ojos, su pálido rostro adopta una expresión atenta.*] Ese hombre no sabe expresarse.

GAUDET: Desde luego, no como te expresas tú.

VERGNIAUD: Le falta sentido del espectáculo.

GAUDET: Sin embargo, al pueblo le gusta su estilo.

VERGNIAUD: Oh, sí, el pueblo. El Pueblo.

Robespierre estaba más enojado que de costumbre. Le ofendía tener como oponente a Roland, ese imbécil cuya esposa era una zorra y el cual no dejaba de insistir obsesivamente en las cuentas del ministerio de Danton, aparte de sus insinuaciones y su afición a difundir rumores e infundios. Danton también los ha oído. A veces, su rostro refleja la rabia que le producen.

La voz de Robespierre, elevándose sobre los murmullos que llenaban la cámara, exhalaba desprecio:

—Ni uno de vosotros se atreve a acusarme directamente.

De pronto se hizo una pausa, un breve silencio para que la Gironda contemplara

su cobardía.

—Yo os acuso.

Louvet se adelantó hacia la tribuna, mientras sacaba del bolsillo de la casaca las hojas del *Robespierricidio*.

—Ah, el pornógrafo —dijo Philippe Égalité.

La voz del duque rodó desde la cima de la Montaña entre las risotadas de sus colegas. Luego se hizo de nuevo el silencio.

Robespierre se retiró, cediendo la tribuna de oradores a Louvet. Max mostraba una sonrisa vacilante, paciente. Tras alzar la vista hacia los escaños ocupados por los diputados de París, tomó asiento delante de Louvet y esperó a que este soltara su andanada.

—Te acuso de calumniar continua y persistentemente a nuestros mejores patriotas. De difundir tus calumnias durante la primera semana de septiembre, cuando los rumores representaban golpes mortales. Te acuso de haber degradado y prescrito a los representantes de la nación. —Se detuvo unos momentos (los de la Montaña no dejaban de lanzarle gritos y silbidos), ante la imposibilidad de continuar. Robespierre se giró, los miró y el estruendo cesó hasta hacerse de nuevo el silencio.

Louvet reanudó su discurso, pero su voz, preparada para responder a su oponente, para enzarzarse con él en una agria batalla verbal, sonaba demasiado estridente. Louvet se dio cuenta, y al tratar de moderar el tono su voz comenzó a temblar. Para serenarse, apoyó las manos en la tribuna, pero tenía las palmas sudorosas y resbaladizas.

Su víctima lo miraba fijamente, pero la luz se reflejaba sobre sus gafas tintadas, ocultando sus ojos. Louvet se inclinó hacia adelante, como dispuesto a abalanzarse sobre él.

—Te acuso de haberte convertido en un objeto de idolatría, de permitir que la gente se refiriera a ti en tu presencia como el único hombre capaz de salvar a la nación, y de haberlo afirmado tú mismo. Te acuso de pretender alcanzar el poder supremo.

Cuando hubo terminado, o simplemente cuando se detuvo, los ocupantes de la Montaña empezaron a gritar de nuevo con redoblada intensidad. Danton se levantó de un salto y se dirigió hacia el pasillo como si se propusiera obligarles a callar con sus puños. Los amigos de Danton se pusieron inmediatamente en pie, mientras Fabre intentaba contener a su jefe con gesto teatral. Louvet abandonó la tribuna de oradores con la espalda encorvada y la cabeza gacha. Parecía consumido por una misteriosa enfermedad. Robespierre se levantó y se dirigió a la tribuna con paso ágil, indicando con su talante que no se proponía extenderse, y con voz fría pidió a la cámara tiempo para preparar su defensa. Danton se hubiera puesto a rugir, aterrorizándolos, a destrozar el lugar con sus propias manos, pero ese no era el estilo de Robespierre. Hizo una seña a Danton, una leve inclinación de cabeza, casi una reverencia, y abandonó la cámara. Un nutrido grupo de «montañeros» se congregaron a su

alrededor, y su hermano Augustin le advirtió que los girondinos lo asesinarían.

—Este es un mal momento —observó Legendre—. Francamente, no me lo esperaba.

Danton estaba muy pálido, lo que ponía de realce su grotesca cicatriz.

—Es una trampa —dijo.

—¿Una trampa?

—Sí. Si golpean a Robespierre me golpean a mí, si lo arrastran a él me arrastran también a mí. Díselo a Brissot de mi parte.

Más tarde se lo comunicaron a Vergniaud.

—Yo no soy Brissot —respondió—. Ni siquiera soy un brissotino, al menos no me tengo por tal. Utilizáis ese término con excesiva generosidad. Sin embargo, reconozco que hemos sido duros con Danton. Nos molesta el poder que detenta en el ministerio, nos hemos metido con sus amigos. Algunos de nosotros hemos permitido que nuestras esposas hagan comentarios personales. Le hemos exigido que nos enseñe sus cuentas, lo cual, lógicamente, le pone nervioso. En resumen, nos hemos negado a doblegarnos ante él. Sin embargo, no creía que sintiera rencor hacia nosotros. Ha sido una peligrosa ingenuidad por mi parte. Pero estoy convencido de que, en privado, él y Robespierre sienten una profunda antipatía mutua. ¿Creéis que eso no tiene importancia? Os equivocáis. Al final ya se verá que tiene mucha importancia.

Aunque Louvet había alcanzado su gran momento estaba aterrado, recordando los aplausos del duque como una pesadilla. A fin de cuentas, tan sólo era Louvet, el novelista, un peso ligero, insignificante, la pequeña presa del poderoso tigre. Ahora sus amigos, los enemigos declarados de Robespierre, se preguntarían por qué le permitieron hacerlo. La Planicie había visto a Robespierre abandonar la tribuna, ocupar su escaño e imponer silencio por medio de una seña. Pero sólo yo, pensó Louvet, comprendí que antes de empezar ya había terminado, a los pies de la tribuna, hipnotizado por una mirada que hizo que sintiera un nudo en el estómago a pesar de las falsas sonrisas de aliento de esos judas.

—Nosotros lo consideramos nuestro hijo —dijo la señora Duplay.

—Pero el caso es que es mi hermano —replicó Charlotte Robespierre—, motivo por el cual mi petición prevalece sobre cualquier derecho que usted o su hija imaginen tener sobre él.

La señora Duplay —madre de tantos hijos— afirmaba comprender a las jóvenes. Comprendía a su tímida Victoire, a su seria y torpe Eléonore y a su bonita e ingenua Babette. También comprendía a Charlotte Robespierre. Pero no sabía qué hacer con ella.

Cuando Maximilien le informó que su hermano Augustin iba a trasladarse a París, le pidió consejo con respecto a su hermana. Al menos así lo entendió ella. Daba la

impresión de que a Max le costaba hablar de su hermana.

—¿Qué tipo de muchacha es? —le preguntó la señora Duplay con curiosidad. Max no solía hablar de su familia—. ¿Es tímida y reservada como tú? ¿Qué debo esperar?

—No demasiado —contestó él, con aire preocupado.

Maurice Duplay insistió en que tenían espacio de sobra para alojarlos a los dos. En efecto, había dos habitaciones sin amueblar, que nadie utilizaba.

—No podemos permitir que tu hermano y tu hermana se alojen en casa de unos extraños —dijo Maurice—. No, debemos permanecer todos juntos, como una familia unida.

Al fin llegó el día. Augustin les causó una excelente impresión. Parecía un muchacho agradable y responsable, pensó la señora Duplay, ansioso por reunirse con su hermano. La señora Duplay abrió los brazos para acoger como a una hija a la joven y dulce hermana de Max, pero Charlotte la saludó con una mirada fría como el hielo.

—Nos gustaría retirarnos a nuestras habitaciones —dijo Charlotte—. Estamos cansados.

La señora Duplay les acompañó a sus habitaciones, roja de ira. Aunque no era una mujer orgullosa ni exigente, estaba acostumbrada a que sus hijas y los empleados de su marido le mostraran el debido respeto. Charlotte había empleado con ella un tono reservado a las criadas.

—Aquí todo es muy sencillo —dijo—. La nuestra es una casa sencilla.

—Ya lo veo —replicó Charlotte.

El suelo de su habitación estaba pulido, las cortinas eran nuevas, la pequeña Babette había colocado unas flores en un jarrón. La señora Duplay cedió el paso a Charlotte.

—Si desea cualquier cosa, no dude en pedírmela.

Charlotte la miró como diciendo: «Lo que deseo es que te mueras».

Maurice Duplay llenó su pipa y se concentró en el aroma del tabaco. Cuando el ciudadano Robespierre se encontraba en casa o era probable que llegara pronto a casa, el bueno del carpintero se abstenía de fumar, por respeto a sus patrióticos pulmones. A Augustin, sin embargo, no le importaba.

—Es tu hermana, por supuesto —dijo Duplay tras una pausa—. Y no puedo ni debo criticarla.

—No me importa —respondió Augustin—. Supongo que debo tratar de explicarte cómo es Charlotte. Max no lo hará jamás. Es demasiado buenazo. No le gusta pensar mal de la gente.

—¿De veras? —preguntó Duplay, un tanto sorprendido ante ese comentario, que atribuyó a una fraternal ceguera. El ciudadano Robespierre era sin duda un hombre sincero, justo y ecuánime, pero la caridad no era su punto fuerte.

—No recuerdo cómo era nuestra madre —dijo Augustin—. Max sí la recuerda,

pero no le gusta hablar de ella.

—No sabía que vuestra madre hubiera muerto.

Augustin lo miró perplejo.

—¿Es que Max no os ha hablado de nuestra familia? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Qué raro.

—Supusimos que se debía a rencillas familiares y no quisimos entrometernos.

—Nuestra madre falleció siendo yo niño. Mi padre se fue de casa. No sabemos si está vivo o muerto. En caso de que aún viva, me pregunto si sabe que Max se ha convertido en un personaje importante.

—Supongo que estará enterado, si vive en un lugar civilizado y sabe leer.

—Claro que sabe leer —contestó Augustin, que solía tomárselo todo al pie de la letra—. Me pregunto qué opinará de su carrera política. Nuestro abuelo nos crio a nosotros, los varones, y las chicas se fueron a vivir con nuestras tías. Hasta que nos trasladamos a París. Charlotte, por supuesto, no podía marcharse. Luego murió Henriette, nuestra hermana. Charlotte y Max se llevaban muy bien; creo que ella estaba un poco celosa. Charlotte era todavía una niña cuando tuvo que ocuparse de nosotros. Supongo que eso la obligó a madurar. No ha cumplido los treinta años. Aún podría casarse.

—¿Cómo es que no se ha casado? —inquirió Duplay, dando una calada a la pipa.

—Un tipo la dejó plantada. Probablemente lo conoces, vive cerca de aquí. Es el diputado Fouché. ¿Lo recuerdas? Carece de pestañas y tiene un rostro verdoso.

—Supongo que se llevaría un disgusto tremendo.

—No creo que estuviera enamorada, pero como es lógico se sintió… Algunas personas nacen con mal carácter y utilizan la mala suerte que tienen en la vida como pretexto. Yo he estado tres veces a punto de casarme, pero mis novias no soportaban la idea de tener a Charlotte como cuñada. Nos ha convertido en el centro de su vida. No quiere que ninguna mujer se ocupe de nosotros y le haga sombra.

—Hummm. ¿Crees que ese es el motivo de que tu hermano no se haya casado?

—Lo ignoro. Ela tenido muchas oportunidades. Las mujeres se sienten atraídas por él. Pero quizá no le agrade la idea del matrimonio.

—Te recomiendo que no lo vayas diciendo por ahí —sugirió Duplay—. Se presta a equívocos.

—Quizá tema que todas las familias acaben como la nuestra. No superficialmente… sino a un nivel más profundo. Debería existir una ley contra las familias como la nuestra.

—En todo caso, son meras conjeturas y no deberíamos especular sobre lo que tu hermano piensa o deja de pensar. Es evidente que no le gusta hablar de ello. Muchos niños pierden a sus padres. Nos gustaría que nos considerarais vuestra familia.

—Estoy de acuerdo en que muchos niños pierden a sus padres, pero el problema es que no sabemos si nuestro padre está vivo o muerto. Resulta extraño pensar que quizás esté viviendo aquí mismo, en París, y se haya enterado de la carrera política de

Max por los periódicos. ¿Y si aparece un día? Todo es posible. Quizá se presente un día en la Convención para vernos… Si me cruzara con él por la calle no lo reconocería. Cuando era niño confiaba en que regresara algún día, pero al mismo tiempo lo temía. Nuestro abuelo solía hablar con frecuencia de él, cuando estaba de mal humor. Decía: «Supongo que vuestro padre acabará convirtiéndose en un alcohólico», y cosas por el estilo. Todo el mundo nos observaba para ver si seguíamos sus pasos. La gente de Arras, los que no están de acuerdo con el giro que ha tomado la carrera de Max, suelen decir: «Su padre era un borracho y un mujeriego, y la madre tampoco era muy recomendable». Aunque emplean palabras más fuertes.

—Debes tratar de olvidar todo eso, Augustin. Ahora estás en París, puedes rehacer tu vida. Espero que tu hermano se case con mi hija mayor. Le dará muchos hijos. —Augustin guardó silencio—. Lo importante es que Max cuenta con buenos amigos.

—¿Lo crees así? Hace poco que he llegado a París, pero tengo la impresión de que tiene compañeros, colegas. Por supuesto que cuenta con numerosos seguidores, pero no lo apoya un grupo de amigos, como a Danton.

—Son muy distintos. En todo caso, cuenta con la amistad de los Desmoulins. El hijo de Camille es ahijado suyo.

—Suponiendo que sea hijo de Camille… Siento lástima de mi hermano, nada de lo que tiene es como aparenta.

—Poseo un marcado sentido del deber —dijo Charlotte—, lo cual, al parecer, no es corriente.

—Lo sé, Charlotte —contestó su hermano mayor, tratando de aplacarla—. ¿Qué es lo que no hago que según tú debería hacer?

—No deberías vivir aquí.

—¿Por qué?

Max conocía un contundente motivo por el que no debería vivir allí, y probablemente su hermana también.

—Eres un hombre importante, un hombre grande. Debes comportarte de acuerdo con tus circunstancias. Las apariencias cuentan. Y mucho. Danton lo sabe perfectamente. Se comporta como si fuera el amo del mundo. A la gente le encanta. Hace poco que he llegado, pero no he tardado mucho en darme cuenta. Danton…

—Danton despilfarra el dinero, Charlotte. Y nadie sabe exactamente de dónde lo saca —respondió Max, insinuando que era preferible cambiar de tema.

—Danton posee estilo —insistió su hermana—. Dicen que no tiene reparos en sentarse en el sillón del Rey cuando el gabinete se reúne en las Tullerías.

—No lo dudo, suponiendo que quepa en él —respondió Max secamente—. Si dispusiera de una mesa que hubiera utilizado el Rey, apoyaría los pies en ella. Ciertas personas son más propensas a esas cosas que otras. Pero se crean muchos enemigos.

—¿Desde cuándo te importa crearte enemigos? Que yo sepa, siempre te ha importado un comino. ¿Crees que la gente te admira por vivir en este cuchitril?

—No comprendo por qué le das tanta importancia. Aquí me siento cómodo. Tengo cuanto necesito.

—Estarías más cómodo si yo cuidara de ti.

—Querida Charlotte, siempre has cuidado de nosotros. ¿Por qué no te tomas un descanso?

—¿En casa de otra mujer?

—Todas las casas pertenecen a alguien, y la mayoría de ellas están ocupadas por una mujer.

—Gozaríamos de mayor intimidad. Podríamos instalarnos en una vivienda cómoda y céntrica.

Eso resolvería muchos problemas, pensó Robespierre.

Su hermana lo observó atentamente, esperando que la contradijera. Max abrió la boca para responder, pero ella se apresuró a añadir:

—Existe otro motivo.

—¿Cuál?

—Estas chicas, Maximilien. He visto cómo Augustin destrozaba su vida por culpa de las mujeres.

De modo que Charlotte lo sabía.

—¿A qué te refieres?

—Hubiera terminado destrozando su vida de no ser por mí. Esa vieja se ha propuesto que te acuestes con sus hijas. No sé si lo ha conseguido; allá tú con tu conciencia. Esa mocosa, Elisabeth, mira a los hombres como si… No puedo describirlo. Si alguna vez se mete en un lío será culpa de ella, no del hombre.

—¿De qué estás hablando, Charlotte? Babette es una niña. Jamás he oído a nadie decir nada contra ella.

—Pues ahora ya sabes lo que pienso. ¿Quieres que busque una vivienda?

—No. Prefiero quedarme aquí —contestó Robespierre—. No podría vivir contigo. Eres una mujer dura e inflexible.

Y estás loca de remate, se dijo para sus adentros.

5 de noviembre. La gente ha hecho cola toda la noche para ocupar un lugar en las galerías reservadas al público. Si esperan que el rostro de Robespierre refleje la crisis personal por la que atraviesa, se equivocan. Está acostumbrado a las calumnias. Parece que han pasado veinte años desde que abandonó Arras. Ya en los tiempos de los Estados Generales solían atacarlo despiadadamente. Debe de ser por mi carácter, pensaba Max.

Durante su discurso, se apresura a negar toda responsabilidad en los acontecimientos de septiembre, pero no condena explícitamente las matanzas. Se

abstiene también de utilizar palabras excesivamente duras contra Roland y Buzot, como si no mereciera la pena ocuparse de ellos. Sostiene que lo sucedido el 10 de agosto fue ilegal, al igual que la toma de la Bastilla. ¿Cómo pueden justificarse esos actos en una revolución? En las revoluciones siempre se vulneran las leyes. No somos jueces sino legisladores de un nuevo mundo.

—Hummm —dice Camille, instalado en lo alto de la Montaña—. Eso no es una postura ética. Es una excusa.

Habla en voz baja, casi como si hablara consigo mismo. Sus colegas se revuelven contra él con inusitada violencia.

—Es un político —replica Danton—. ¿Para qué coño iba a adoptar una postura ética?

—No me gusta la idea de unos delitos comunes y unos delitos políticos. Nuestros rivales podrían utilizarla para aniquilarnos, como podríamos utilizarla nosotros para aniquilarlos a ellos. No veo su utilidad. Debemos reconocer que todos los delitos son idénticos.

—Rotundamente no —contestó Saint-Just.

—Me asombra que digas eso precisamente tú, el abogado de la Lanterne.

—Cuando era el abogado de la Lanterne defendía la violencia, decía que ahora nos había tocado el turno a nosotros, pero no me disculpaba alegando que era el legislador del nuevo mundo.

—No se está disculpando —dijo Saint-Just—. La necesidad no requiere disculpas ni justificaciones.

—¿De dónde has sacado eso, idiota? —le espetó Camille—. Tu idea de la política es como las fábulas que cuentan a los niños, que al final siempre acaban en una moraleja. ¿Qué significa eso? Ni siquiera lo sabes. ¿Por qué lo has dicho? Por decir algo.

Saint-Just se puso rojo de rabia.

—¿De qué lado estás? —mascculló Fabre.

Cuidado, se dijo Camille, los estás volviendo a todos en contra tuya.

—¿De qué lado? Eso es lo que solemos decir de los brissotinos, ¿no es así?, que los intereses partidistas les impiden razonar.

—Eres un peligro —contestó Saint-Just.

Camille se puso en pie, más asustado de las palabras que brotaban de sus labios que de las de ellos, temiendo que dentro de unos minutos pasara a formar parte de las ramas negras y los rostros indiferentes de los jardines de las Tullerías. Fue Orléans quien lo detuvo con la mano, esbozando una leve sonrisa de circunstancias.

—No te vayas —dijo el duque, como si se tratara de una reunión social—. No puedes marcharte ahora, en mitad de un discurso de Robespierre.

Acto seguido, el duque obligó a Camille a sentarse.

—No te muevas —le ordenó—. Si te marchas, la gente hará todo tipo de conjeturas.

—Saint-Just me detesta —dijo Camille.

—Desde luego no parece que le inspires simpatía, pero no eres el único. Yo tampoco figuro en su lista de amigos.

—¿Qué quieres decir?

—Sin duda tiene una lista donde anota el nombre de sus amigos y enemigos.

—Laclos también era aficionado a las listas —respondió Camille—. A veces desearía regresar a los tiempos de 1789. Echo de menos a Laclos.

—Yo también, yo también.

Hérault de Séchelles ocupaba la presidencia. Miró a sus colegas «montañeros» arqueando una ceja, como exigiendo una explicación. Daba la impresión de que ahí arriba estuvieran celebrando una sesión parlamentaria privada. Camille discutía acaloradamente con Égalité. Robespierre había alcanzado el punto álgido de su perorata, dejando a sus oponentes sin nada que decir. Camille no oyó el final del discurso, ni los aplausos, pues salió apresuradamente antes de que terminara. Hérault recordaba haberlo visto, hacía años, abandonar la sala del tribunal, mucho antes de que se conocieran, con aire digno y una expresión de desprecio y satisfacción. En estos momentos corre el año de 1792, y su expresión denota una mezcla de desprecio y temor.

Annette no estaba en casa. Camille intentó emprender la retirada, pero Claude, que había oído su voz, se lo impidió.

—Pareces disgustado —dijo—. No intentes escapar, quiero hablar contigo.

Claude también parecía nervioso, víctima de una discreta agitación causada por un par de periódicos girondinos.

—El tono de la vida pública ha descendido a unos niveles inauditos —se lamentó Claude—. ¿Qué necesidad tenía Danton de decir esas cosas? El diputado Philippeaux pide a la Convención que ruegue a Danton que continúe al frente de su ministerio, lo cual me parece razonable. Danton se niega, cosa también de lo más razonable. Pero luego añade que si la Convención quiere que Roland siga ocupando el cargo, tendrán que pedírselo primero a su esposa. Eso ya me parece un comentario innecesario. Lógicamente, luego vienen los ataques personales. Ahora murmuran sobre Lucile y Danton.

—Eso no es ninguna novedad.

—¿Por qué permites que digan esas cosas? ¿Es que son ciertas?

—Pensaba que después del asunto de Annette y el abate Terray estabas inmunizado contra lo que publican los periódicos.

—Aquello fue una mentira grotesca; esto es algo que la gente cree. ¿No te importa lo que insinúan sobre ti?

—¿Qué insinúan?

—Que Danton puede hacer lo que guste, que eres incapaz de hacerle frente.

—No es cierto —respondió Camille.

—Mencionan a otros hombres, aparte de Danton. No me gusta que digan esas cosas de Lucile. Procura hacerle comprender…

—A Lucile le gusta dar que hablar, aunque lo que digan no sea cierto.

—¿Por qué? ¿Cómo pueden gustarle esos rumores? Opino que la tienes demasiado abandonada.

—Ese no es el problema. En realidad, nos divertimos mucho. Y no me grites, Claude, te lo ruego. He tenido un día muy duro. Durante el discurso de Robespierre…

En aquel momento apareció una criada sin llamar previamente a la puerta y anunció:

—El ciudadano Robespierre desea verlo, señor.

Robespierre apenas los visitaba desde su absurdo compromiso con Adèle. Pero siempre era bien recibido. Claude, que conservaba una excelente opinión de él, se apresuró a saludarlo afectuosamente, mientras la criada salía dando un portazo.

—Me alegro de verte, Robespierre —dijo Claude—. Quizá puedas ayudarnos a establecer algún tipo de comunicación entre Camille y yo.

—A mi suegro le horrorizan los escándalos.

—Eres el mismísimo demonio —contestó Claude.

—Veamos —dijo Robespierre. Estaba de excelente humor, casi risueño—. ¿Quizás Asmodeus?

—Asmodeus era un serafín —respondió Camille.

—Tú también. ¿Por qué te largaste en mitad de mi discurso?

—Por nada. Simplemente hice un comentario, y todos se echaron sobre mí.

—Lo sé. Todos lamentan el incidente.

—Menos Saint-Just.

—Saint-Just tiene unas opiniones muy firmes. No permite que nadie le lleve la contraria.

—No necesito que me dé permiso. Dijo que yo era un peligro. ¿Qué derecho tiene a participar en una revolución que se fraguó mucho antes de que apareciera él insultando a la gente?

—No es necesario que me grites, Camille. Tiene derecho a expresar su opinión.

—¿Y yo no?

—Nadie te niega ese derecho. Se han enfadado contigo precisamente por ejercerlo. Camille es excesivamente sensible —dijo Robespierre, dirigiéndose a Claude.

—Ojalá mostrara la misma sensibilidad en otras cuestiones —replicó este, indicando los periódicos.

Robespierre lo miró perplejo. Al quitarse las gafas, Claude observó que tenía los ojos enrojecidos. Le admiraba su paciencia, su ecuanimidad, el que se molestara en atender los problemas de los demás.

—Hay que frenar estas murmuraciones —dijo Robespierre, y se apresuró a añadir

—: No pretendo insinuar que sean ciertas, sino que es preciso obrar con discreción.

—Para no atraer la atención sobre nuestros pecados —dijo Camille.

—Me llevo a Camille —dijo Robespierre a Claude—. No dejes que los periódicos te amarguen la vida.

—Ya nada me importa —contestó Duplessis, levantándose para acompañarlos hasta la puerta—. ¿Irás a vernos este fin de semana a Bourg-la-Reine? —preguntó a Robespierre.

—Bourg-la-République —le corrigió Camille—. Los buenos patriotas no se van al campo los fines de semana.

—Tú puedes ir cuando te apetezca —contestó Robespierre.

—Nos gustaría que te reunieras con nosotros —insistió Claude—. Pero supongo que no puedes.

—No, en estos momentos estoy muy ocupado. Ese asunto con Louvet me ha hecho perder mucho tiempo.

Y tendrías que ir acompañado de Eléonore y de su madre como carabina de Eléonore, pensó Camille, y de Charlotte como carabina de la madre, y de Babette, que pondría el grito en el cielo si se lo impidieran, y de Victoire, porque no sería justo dejarla en casa.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó a su suegro.

—Sí. A Lucile le vendrá bien un poco de aire fresco, y a ti descansar un poco.

—¿Es una invitación formal? —inquirió Camille.

Claude sonrió débilmente.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Camille.

—Caminar un rato para comprobar si la gente nos reconoce por la calle. ¿Sabes una cosa? Creo que en el fondo tu suegro te tiene afecto.

—¿De veras?

—Se ha acostumbrado a ti. A su edad, a la gente le gusta tener a alguien de quien quejarse. No obstante, creo que…

—¿Por qué quieres comprobar si la gente te reconoce por la calle?

—No sé, es una idea que se me ha ocurrido. He oído decir que soy vanidoso. ¿Crees que soy vanidoso?

—No, no es un término que utilizaría para describirte.

—Yo me tengo más bien por un hombre enigmático.

—¿Enigmático? —Esto es el preludio a un ataque de timidez, pensó Camille. Robespierre no había conseguido acostumbrarse a la fama, y su modestia, si no le frenaban, solía convertirse en algo insoportable—. Lamento haber interrumpido tu concentración mientras pronunciabas el discurso.

—No tiene importancia. He aplastado a Louvet. Espero que a partir de ahora se lo piensen dos veces antes de atacarme. Tengo a la Convención… —dijo Robespierre,

haciendo un significativo gesto con la mano—. Es maravilloso.

—Pareces muy cansado, Max.

—Supongo que lo estoy. Pero no importa. He conseguido lo que me proponía. En cambio tú tienes buen aspecto. Pareces pletórico de energía y vitalidad.

—Como dicen los amigos de Brissot, debe de ser la vida disipada que llevo. Me sienta bien.

Un hombre se detuvo para observarlos con curiosidad.

—No está seguro —dijo Camille—. ¿Te gustaría que la gente te reconociera?

—No —contestó Robespierre—. En realidad, quería hablar a solas contigo, sin que nos oiga nadie.

Su exuberancia empezaba a disiparse. Últimamente ofrecía un aire nervioso y preocupado.

—¿Acaso crees que siempre te están espiando?

—Estoy convencido de ello. —Si vivieras con mi hermana Charlotte, no te cabría la menor duda, pensó Robespierre—. Te ruego que no te tomes tan a la ligera los periódicos de los brissotinos, Camille. Sabemos que escriben esos artículos para hacer daño, pero no les des pie para que se inventen cosas. Da mala espina, especialmente cuando la ciudadana Danton está indispuesta, que su marido apenas pare en casa, y que Danton y tú os paseéis por toda la ciudad acompañados de mujeres.

—Paso casi todas las noches con el comité de correspondencia de los jacobinos. Gabrielle no está indispuesta, sino en estado.

—Lo sé, pero cuando a principios de semana hablé con ella, tuve la impresión de que no se encontraba bien. Ella y Georges apenas van juntos a ninguna parte.

—Siempre están discutiendo.

—¿Sobre qué?

—Sobre política.

—No pensaba que Gabrielle perteneciera a ese tipo de mujeres.

—No se trata de un argumento abstracto, sino de la forma en que vivimos.

—No quiero sermonearte, Camille, pero…

—Por supuesto que quieres.

—Abandona el vicio del juego. Procura que Danton también lo haga. Quédate en casa. Obliga a tu mujer a comportarse decorosamente. Si deseas tener una amante, elige a una mujer discreta, trata de que no os vea nadie.

—No quiero una amante.

—Mejor. Tu estilo de vida contradice nuestros ideales.

—Jamás he pretendido ser un modelo de esos ideales.

—Escucha…

—No, escúchame tú, Max. Desde que nos conocemos has tratado de evitar que me meta en líos. Pero al menos antes no te ponías pomposo. Hace unos meses no se te habría ocurrido decir que «mi estilo de vida contradice nuestros ideales». No le

hubieras dado importancia. Tienes una gran capacidad para ignorar lo que no te interesa. Pero ahora te empeñas en sacar las cosas de quicio. Sin duda es por influencia de Saint-Just.

—¿Por qué estás tan obsesionado con Saint-Just?

—Debo enfrentarme a él ahora, cuando puedo sacar algún provecho de ello. Ha dicho que yo era un peligro, lo cual me lleva a suponer que quiere deshacerse de mí.

—¿Deshacerse de ti?

—Sí, eliminarme, obligarme a regresar a Guise, donde la sola mención de mi nombre no le cause una profunda indignación.

Los dos hombres se detuvieron y se miraron fijamente.

—No puedo ayudarte a resolver tus problemas personales —dijo Robespierre.

—Pero puedes abstenerte de tomar partido.

—No deseo tomar partido. No necesito hacerlo. Os respeto a los dos, personal y políticamente. ¿Te has fijado en lo sucias que están las calles?

—Sí. ¿Adónde vamos?

—¿Quieres ir a saludar a mi hermana?

—¿Estará Eléonore en casa?

—No, ha ido a clase de dibujo. Sé que no le caes bien.

—¿Vas a casarte con ella?

—No lo sé. ¿Cómo puedo casarme con ella? Tiene celos de mis amigos, de mis ocupaciones.

—¿No temes verte obligado a casarte con ella?

—Es posible.

—Mira… Da lo mismo.

Con frecuencia se sentía tentado de relatar a Robespierre lo que había sucedido entre Babette y él la mañana en que nació su hijo. Pero Max sentía gran afecto por la muchacha, confiaba en ella, y Camille decidió que era una crueldad abrirle los ojos. Por otra parte, corría el riesgo de que no le creyera. Además, ¿cómo podía contarle lo que ambos habían dicho y hecho de forma ecuánime e imparcial, sin ofrecer su propia interpretación, para que Max juzgara los hechos por sí mismo? Era imposible. En casa de los Duplay, Camille se mostraba siempre precavido y amable con todo el mundo, excepto con Eléonore. No obstante, no podía borrar el incidente de su mente. En cierta ocasión empezó a contárselo a Danton, pero enseguida abandonó el tema, temiendo que este creyera que se lo había inventado y le tomara el pelo.

—… a veces creo que sería deseable que nadie pretendiera destacar sobre los demás, convertirse en héroe —siguió diciendo Robespierre—, en definitiva, ser más modestos. Toda la historia de la raza humana ha sido falseada, inventada por gobiernos nefastos, reyes y tiranos para aparecer bajo una luz más favorable. La idea de que la historia la han creado los grandes hombres es ridícula, si la contemplas desde el punto de vista del pueblo llano. Los verdaderos héroes son los que se han resistido a los tiranos, quienes no sólo asesinan a los que se oponen a ellos sino que

pretenden borrar sus nombres de la historia, aniquilarlos, para impedir que se les resistan.

—Disculpe —dijo de pronto un extraño, deteniéndose—. ¿No es usted el ciudadano Robespierre?

—¿Comprendes lo que quiero decir? —continuó Max, sin mirar siquiera al intruso—. No hay lugar para los héroes. La resistencia a los tiranos significa desaparecer de las páginas de la historia. Pues bien, estoy dispuesto a ello.

—Disculpe, ciudadano… —insistió el patriota.

—Sí, soy Robespierre —contestó Max secamente. Luego apoyó la mano en el brazo del ciudadano Desmoulins y añadió—: La historia es pura ficción, Camille.

ROBESPIERRE: Es difícil de explicar. Durante los dos primeros años en que asistí a la Escuela no es que fuera desgraciado, en cierto modo era feliz, pero me sentía marginado, encerrado en una celda, hasta que apareció Camille… ¿Crees que peco de sentimental?

SAINT-JUST: Sí.

ROBESPIERRE: No lo comprendes.

SAINT-JUST: ¿A qué viene esa obsesión con el pasado? Lo que importa es el futuro.

ROBESPIERRE: Muchos de nosotros querríamos olvidar el pasado, pero no podemos; mejor dicho, no del todo. Eres más joven que yo, es natural que pienses en el futuro. Todavía no tienes un pasado.

SAINT-JUST: No estoy de acuerdo contigo.

ROBESPIERRE: Antes de la Revolución eras un estudiante, te preparabas para afrontar la vida. No has desempeñado otro trabajo. Eres un revolucionario profesional. Perteneces a otra raza de hombres.

SAINT-JUST: Es probable que tengas razón.

ROBESPIERRE: Cuando apareció Camille yo era un muchacho tímido y reservado, me costaba hacer amigos. No comprendía por qué Camille se molestaba en dirigirme la palabra, pero le estaba agradecido. Siempre ha tenido la facultad de atraer a la gente como un imán. A los diez años ya poseía una especie de… extraña luminosidad.

SAINT-JUST: Tienes una imaginación muy viva.

ROBESPIERRE: Su amistad me ayudó mucho. Camille se queja siempre de que su familia no le quiere, cosa que me resulta difícil de comprender. De todos modos, teniendo tantos amigos como tiene, no debería darle tanta importancia.

SAINT-JUST: ¿Qué es lo que pretendes darme a entender? ¿Que debido a la amistad que te ofreció en unos momentos difíciles para ti, todo cuanto haga te parece de perlas?

ROBESPIERRE: No. Es un hombre muy complejo, pero haga lo que haga siempre seremos amigos. Camille es muy inteligente, y un excelente periodista.

SAINT-JUST: Tengo mis dudas sobre la utilidad de los periodistas.

ROBESPIERRE: Es evidente que lo detestas.

III. *El ejercicio visible del poder*

(1792-1793)

Los embajadores me producen jaqueca, pensó Danton. Cada día dedicaba buena parte de la jornada a contemplar en silencio los mapas, analizando el continente, Turquía, Suecia, Inglaterra, Venecia… Hay que evitar que Inglaterra intervenga en la guerra, rezar para que se mantenga neutral, impedir que la flota inglesa participe en ella… Pero hay agentes ingleses por doquier, se habla de sabotaje, de dinero falso… Robespierre tiene razón, Inglaterra es esencialmente hostil. Pero si nos metemos en una guerra de esas proporciones, jamás lograremos salir de ella.

Desde que ha abandonado el cargo, esos asuntos ya no le conciernen directamente. De todos modos, el juicio del Rey y la estupidez y las intrigas de los brissotinos lo mantienen ocupado. Incluso después de consumarse el Robespierricidio, confía en la buena fe de aquellos. No quería verse envuelto en sus disputas, pero no ha tenido más remedio que intervenir.

Muy pronto, quizá dentro de un año, podrá abandonar París. Quizás se engañe, pero confía en dejarlo todo en manos de otra gente. Una vez que los prusianos hayan sido expulsados, sus casas y sus granjas estarán a salvo. Por otra parte, su hijo Antoine está ya hecho un hombrecito, y François-Georges es un niño sano y robusto. Además esperan otro hijo. En Arcis, Gabrielle le comprenderá mejor. Al margen de lo que él haya hecho, de sus diferencias, Danton la quiere y jamás la abandonará. En el campo podrán llevar una vida normal.

Danton imagina ese futuro sencillo y apacible cuando ha bebido demasiado. Con frecuencia Camille se encarga de despertarlo bruscamente de ese sueño, dejándolo lacrimoso o maldiciendo la trampa de poder en la que ha caído. No sabemos si en el fondo cree en ese futuro… Resulta difícil comprender su empeño en conquistar a Lucile, dadas las complicaciones que ello conlleva. Sin embargo, continúa persiguiéndola…

—No me gustan los palacios. Me alegro de regresar a casa —dice Gabrielle.

No es la única que piensa así. Camille se alegra de despedirse de sus colaboradores, y estos se alegran de despedirse de Camille. Tal como afirma Danton, a partir de ahora podrán preocuparse de otras cosas. Lucile, sin embargo, no comparte del todo ese sentimiento. Le gustaba descender majestuosamente por grandes escalinatas, el ejercicio visible del poder.

Al menos, cuando regrese a casa no tendrá que seguir soportando la presencia de Gabrielle y de Louise Robert. Durante las últimas semanas, Louise ha aplicado su imaginación de novelista a la situación entre Lucile, Camille y Danton, y todos sabemos que los novelistas tienen una imaginación muy viva.

—Observad la expresión de placer e interés que adopta Camille cuando Danton se digna meter mano a su mujer en presencia suya —dice Louise—. ¿Por qué no os vais a vivir los tres juntos cuando la dejes? ¿No es eso lo que pretendéis?

—Espero que me invitéis a desayunar —tercia Fabre.

—Me asquea este melodrama —prosigue Louise—. Un hombre tiene la desgracia de enamorarse de la mujer de su mejor amigo, lo cual no deja de ser una tragedia, etcétera, etcétera. ¿Una tragedia? ¡Si os estáis divirtiendo de lo lindo…!

Era cierto. Todos, incluido Danton, se divertían de lo lindo. Por suerte, Gabrielle no estuvo presente durante el discurso de la inteligente novelista. Gabrielle se había portado siempre muy bien con ella, en el pasado; pero actualmente está siempre triste y deprimida. Ha engordado mucho debido a su estado; se mueve torpemente, dice que no puede respirar, que la ciudad la asfixia. Afortunadamente, los padres de Gabrielle han vendido su casa en Fontenay y se han mudado a Sèvres, donde han comprado dos mansiones rodeadas de un amplio jardín. Una de las casas la ocuparán ellos, y la otra la utilizarán su hija y su yerno cuando vayan a Sèvres. Los Charpentier nunca han sido pobres, pero es probable que Georges-Jacques haya puesto el dinero, lo que ocurre es que no quiere que nadie sepa el dinero que gasta.

Lucile envidia la posibilidad que tiene Gabrielle de huir, pero esta permanece en su casa de la rue des Cordeliers, sentada con la espalda encorvada y las piernas separadas, como suelen hacer las mujeres encintas, inmóvil y en silencio. A veces, cuando se deja vencer por el desánimo y estalla en sollozos, esa mocosa de Louise Gély baja a hacerle compañía y a llorar un rato con ella. Gabrielle llora por su matrimonio, su alma y su rey; Louise porque se le ha roto una muñeca o porque un coche ha atropellado a su gatito. Es insoportable, piensa Lucile, prefiero la compañía de los hombres.

Fréron había regresado sano y salvo de su misión en Metz. Por los artículos que escribía, nadie hubiera dicho que Conejo era un caballero. Era un buen escritor —llevaba la profesión en la sangre— pero manifestaba unas opiniones cada vez más violentas, como si se tratara de un concurso y estuviera empeñado en ganarlo. En ocasiones, sus trabajos alcanzaban un grado de ferocidad superior al de Marat. Pese a ello, los otros admiradores de Lucile estaban convencidos de que no tenían nada que

temer de él. En cierta ocasión, Lucile le preguntó: «¿Puedo contar siempre con tu ayuda?». A lo que Fréron se había apresurado a reiterarle su eterna devoción y cosas por el estilo. El problema era que gozaba del estatus de «viejo amigo de la familia». Así pues, los fines de semana iba a visitarlos a Bourg-la-Reine, donde seguía a Lucile a todas partes como un perrillo, buscando la oportunidad de quedarse a solas con ella. Pobre Conejo, no tenía la menor posibilidad de conquistarla.

A veces era difícil recordar que existía una tal señora Fréron y una señora Hérault de Séchelles.

Hérault iba a verla por las tardes, cuando los miembros del Club de los Jacobinos estaban reunidos. Según decía Hérault, eran muy aburridos. La política le atraía poderosamente, pero como suponía que Lucile no sentía el menor interés por esas cuestiones, procuraba distraerla.

—Hablan sobre controles económicos y la forma de aplacar a esos agitadores sansculottes —dijo Hérault—, que no dejan de lamentarse del precio del pan y las velas. Hébert no sabe si ridiculizarlos o tomar partido por ellos.

—Hébert ha prosperado mucho —respondió Lucile dulcemente.

—En efecto —contestó Hérault—. Hébert y Chaumette constituyen una poderosa fuerza en la Comuna y…

Súbitamente se detuvo al darse cuenta de que Lucile había vuelto a conducir hábilmente la conversación por otros derroteros.

Hérault era amigo de Danton, ocupaba un escaño en la Montaña, pero no podía ocultar su aristocrático talante.

—Tienes una forma de expresarte, un porte y una manera de pensar profundamente aristocráticos —afirmó Lucile.

—No, no, te equivocas. Me considero un hombre moderno. Eminentemente republicano.

—Tomemos tu actitud hacia mí, por ejemplo. Sabes perfectamente que antes de la Revolución hubiera fingido estar locamente enamorada de ti sólo con que te hubieras dignado mirarme. De no haberlo hecho, mi familia me habría dado un empujoncito. O quizá no hubiera fingido. En aquellos tiempos las mujeres nos comportábamos de otra forma.

—De ser así —respondió Hérault—, y sin duda tienes razón, ¿acaso influye eso en nuestra situación actual? —(Hérault está convencido de que las mujeres no han cambiado)—. No trato de ejercer ninguna prerrogativa sobre ti. Simplemente quiero que seas feliz.

—¡Qué altruismo! —exclamó Lucile, llevándose las manos al corazón.

—Querida Lucile, lo peor que ha hecho tu marido es convertirte en una mujer sarcástica.

—Siempre he sido sarcástica.

—No lo creo. Camille manipula a la gente.

—Yo también.

—Trata de convencer a la gente de que es inofensivo, y cuando menos lo esperan los apuñala por la espalda. Saint-Just, por el que no siento una admiración incondicional…

—Cambiemos de tema. No me gusta Saint-Just.

—¿Por qué?

—No me gustan sus ideas políticas. Me aterra.

—Tiene las mismas ideas políticas que Robespierre… y que tu marido, y que Danton.

—No estoy de acuerdo. El principal objetivo de Saint-Just es mejorar a la gente por medio de un plan que le cuesta articular de forma comprensible. No puedes acusar a Camille y a Georges-Jacques de tratar de mejorar a la gente. De hecho, es más bien lo contrario.

—Me admira tu inteligencia —dijo Hérault.

—Antes era bastante tonta. La inteligencia es algo que se contagia.

—El problema es que Camille está empeñado en pelearse con Saint-Just.

—Es lógico. Puede que seamos demasiado pragmáticos, pero cuando se produce un conflicto entre dos personalidades fuertes salen a relucir nuestros principios.

—Esta noche me había propuesto seducirte —dijo Hérault—, no hablar de estos temas.

—Deberías haber ido al Club de los Jacobinos —contestó Lucile, sonriendo. Hérault parecía deprimido.

Cuando estaba en París, el general Dillon iba siempre a visitarla. Era un placer verlo, con su espléndida altura, su abundante cabello castaño y su aspecto juvenil. Valmy le había sentado bien; no hay como una victoria para animar a un hombre. Dillon no hablaba nunca de la guerra. Solía ir a verla por las tardes, cuando estaba reunida la Convención. Utilizaba una táctica tan interesante que Lucile se lo comentó a Camille, quien coincidió en que era prodigiosamente indirecta. A diferencia de Conejo, que no cesaba de hacer insinuaciones sobre las infidelidades de Camille, y de Hérault, que insistía en que sólo él podía hacerla feliz, el general le relataba episodios de su vida en la Martinica y frívolas anécdotas de la vida en la Corte antes de la Revolución. Le contó que siempre advertían a su hija, que tenía la edad de Lucile, que no se colocara bajo una fuerte luz porque su radiante cutis provocaba la envidia de la Reina. Le refirió la historia de su loca y distinguida familia franco-irlandesa. Le relató las manías de su segunda esposa, Laure, y de sus bonitas y estúpidas amantes. Describió la fauna de las Antillas, el sofocante calor, el azul del mar, las verdes colinas cubiertas de una espesa vegetación, y sus exóticas flores; le habló sobre el absurdo ceremonial que rodeaba al gobernador de Tobago, es decir, al propio Dillon. En resumen, le relató la agradable vida de un miembro de una familia de rancio abolengo que jamás había tenido preocupaciones económicas ni de otra índole y que, por si fuera poco, era apuesto, elegante y poseía una asombrosa capacidad de adaptación.

Luego pasó a referirse a las cualidades de Camille, por quien sentía una gran admiración, y citó de memoria varios escritos suyos. Le explicó —a ella, que conocía a su marido mejor que nadie— que había que dejar que las personas sensibles como Camille hicieran su voluntad, siempre y cuando no se tratara de algo de carácter delictivo, o al menos no demasiado delictivo.

De vez en cuando le pasaba el brazo por los hombros, tratando de besarla, y decía: «Querida Lucile, permita que le haga el amor como usted merece». Cuando ella se negaba, él la miraba incrédulo, insistiendo en que debía gozar de la vida y que no creía que Camille se opusiera a ello.

Lo que no sabían esos caballeros, lo que no podían alcanzar a comprender… En realidad, no sabían nada de ella. Ignoraban el exquisito tormento que sufría, la aburrida rutina que representaba su vida. Fríamente, Lucile se hizo la siguiente pregunta: ¿y si le sucediera algo malo a Camille? ¿Y si —para decirlo sin rodeos— alguien lo asesinaba? (Ella misma se había visto tentada de hacerlo en más de una ocasión). Era una pregunta que venía haciéndose desde 1789, pero ahora se había convertido en una auténtica obsesión. Nadie le había advertido que las emociones se aplacan tras el primer año de delirio en un matrimonio por amor. Nadie le había dicho que uno podía seguir enamorándose una y otra vez, hasta sentirse espiritualmente trastornado y vacío, como si hubiera perdido su misma esencia. Si Camille desapareciera definitivamente, ante ella se extendería una vida hueca, fría, plagada de deberes y obligaciones, hasta que le llegara la muerte, aunque una parte de ella, la más importante, ya habría muerto. Si algo malo le sucediera a Camille, pensó Lucile, me suicidaría; lo anunciaría oficialmente, para que al menos pudieran enterrarme. Mi madre se ocuparía del niño.

Por supuesto, no refirió a nadie ese angustioso programa. Se habrían burlado de ella. Últimamente, Camille se esforzaba en dominar sus debilidades. Legendre le reprochó por no hablar más a menudo en la Convención. «Mi querido Legendre, no todos poseemos tus pulmones», replicó Camille con una sonrisa, dando a entender que el bueno del carnicero no era sino un imbécil y un engreído.

Él era quien se encargaba de traducir, para sus colegas en la Montaña, las peroratas de Marat, con quien sólo se trataban Camille y Fréron. (Marat tenía un nuevo oponente, un ex sacerdote, un sansculotte jactancioso y descarado, llamado Jacques Roux).

—Nos llevas dos siglos de ventaja —le dijo un día Camille, mientras Marat, cada día más amargado y venenoso, le dirigía una mirada no se sabe si asesina o de admiración.

Camille estaba decidido a eliminar a los brissotinos de la Convención, y a que el Rey y la Reina fueran juzgados. Encaró el invierno de 1792 pletórico de energía y optimismo. Cuando estaba en casa, Lucile se sentía feliz y se dedicaba a hacer sus célebres imitaciones, las cuales (según afirmaban su madre y su hermana) rozaban la perfección. Cuando se hallaba ausente, Lucile se sentaba a esperarlo junto a la

ventana. Hablaba a todo el mundo de él, aunque procurando ocultar sus sentimientos.

Nadie temía a los aliados, al menos de momento; mejor dicho, sólo los temían los oficiales del servicio de intendencia encargados de distribuir el pan rancio y las botas con suelas de papel entre sus hombres, mientras observaban a los campesinos escupir sobre los billetes de banco emitidos por el Gobierno y exigir que les pagaran en oro. La República era más joven que el hijo de Lucile, el cual aún andaba a gatas y lo contemplaba todo con ojos de asombro, sonriendo a todo el mundo. Robespierre iba a visitar con frecuencia a su ahijado, así como las viejas amigas de Annette, las cuales hacían arrumacos al pequeño y le contaban a Lucile estúpidas anécdotas sobre sus hijos cuando eran bebés. Camille se paseaba con él en brazos, murmurándole tranquilizadoras palabras, asegurándole que le daría todos los caprichos y que jamás lo enviaría a una escuela cuyos profesores fueran excesivamente rígidos. Annette mimaba a su nieto y le explicaba lo que era un gato, el cielo y los árboles. Pero Lucile, aunque se avergonzaba de ello, no quería dedicarse a amueblar la mente de su hijo; era una inquilina con un contrato de arriendo que expiraría en breve plazo.

Para llegar a casa de Marat hay que atravesar un estrecho pasaje entre dos tiendas hasta dar a un pequeño patio con un pozo. A la derecha hay una escalinata de piedra con una barandilla de hierro que conduce a su vivienda, situada en el primer piso.

Tras llamar a la puerta, hay que aguardar a la inspección que una de las dos mujeres que viven con él realiza a través de la mirilla. Eso requiere cierto tiempo. Albertine, su hermana, con la que ha compartido una increíble infancia, es una mujer seca, de aspecto feroz. Simone Evrard posee un rostro sereno, ovalado, el cabello castaño y una boca grave y generosa. Hoy no tienen motivos para recelar del visitante y le franquean la entrada. El Amigo del Pueblo se sienta en la salita de estar.

—Tiene gracia que acudas corriendo a mí —dijo Marat, insinuando que en realidad no le hacía la menor gracia.

—No he venido corriendo —replicó Camille—, sino con paso furtivo.

Simone, la concubina de Marat, les sirvió una taza de café negro y amargo.

—Si vais a hablar sobre los desmanes de los brissotinos —dijo—, os llevará un buen rato. Si necesitáis una vela, no tenéis más que pedírmela.

—¿Has venido a esta casa por propia voluntad o te han enviado ellos? —preguntó Marat.

—Cualquiera diría que te fastidian las visitas.

—Quiero saber si te ha enviado Danton o Robespierre.

—Creo que a los dos les gustaría que nos ayudaras a resolver lo de Brissot.

—Brissot me da asco —contestó Marat. Era una frase que solía emplear cuando alguien no le caía bien—. Se comporta como si dirigiera la Revolución, como si fuera obra suya. Se considera un experto en asuntos exteriores simplemente porque ha tenido que largarse del país en numerosas ocasiones perseguido por la policía. En

todo caso, yo soy más experto que él.

—Tenemos que atacar a Brissot en todos los frentes —dijo Camille—. Su vida antes de la Revolución, su filosofía, sus amigos, su conducta en todas las crisis patrióticas que se han producido desde mayo de 1789 hasta septiembre pasado…

—Me estafó con lo de la versión inglesa de mis *Cadenas de esclavitud*. Conspiró con los editores para plagiar mi obra, de la que no vi un céntimo.

—No querrás que aleguemos eso contra él —respondió Camille.

—Desde que viajó a Estados Unidos…

—Lo sé, a nivel personal es insufrible, pero no se trata de eso.

—No lo soporto.

—Era un espía de la policía antes de la Revolución.

—En efecto —respondió Marat.

—Firma un panfleto contra él.

—No.

—Te pido que, por una vez, colabores conmigo.

—Los borregos siempre van en manada —replicó Marat.

—Está bien, lo haré solo. Sólo quiero saber si sabe algo sobre ti que pudiera utilizar en tu contra. Algo realmente perjudicial.

—Siempre me he comportado de acuerdo con mis principios.

—¿Quiere eso decir que nadie sabe nada perjudicial sobre ti?

—No me ofendas —le advirtió Marat.

—Muy bien, continuemos —respondió Camille—. Podemos sacar a colación su conducta antes de la Revolución, su traición a sus camaradas, sus manifestaciones monárquicas, sobre las que conservo unos recortes de prensa, sus dudas y vacilaciones en julio de 1789…

—¿A qué te refieres?

—Tenía un aire nervioso e inquieto, como si dudara sobre lo que debía hacer. Luego está su amistad con Lafayette, su participación en el intento fallido de los Capeto de huir del país, y sus contactos secretos con la esposa de Capeto y el Emperador.

—No está mal para empezar —observó Marat.

—Sus intentos de hundir la Revolución el 10 de agosto y sus infundadas acusaciones de que ciertos patriotas estaban implicados en las matanzas perpetradas en las cárceles. Su defensa de una destructiva política federalista, sin olvidar que hace un tiempo tuvo tratos con ciertos aristócratas como Mirabeau y Orléans…

—No confíes en la memoria de la gente. En todo caso, Mirabeau ha muerto y Orléans ocupa un escaño junto a nosotros en la Convención.

—Yo pensaba en más adelante, en la próxima primavera. Robespierre opina que la posición de Philippe es insostenible. Reconoce que ha prestado importantes servicios al pueblo, pero preferiría que todos los Borbones abandonaran Francia. Le gustaría que Philippe se llevara a toda su familia a Inglaterra. Podríamos concederles

unas pensiones…

—¿Cómo? ¿Dar dinero a Philippe? ¡Qué novedad! Pero tienes razón, la primavera sería el momento idóneo para ajustar cuentas. Dejaremos que los brissotinos sigan haciendo de las suyas durante otros seis meses, y luego los aplastaremos —dijo Marat, con aire satisfecho.

—Confío en que podamos acusarlos a todos (a Brissot, a Roland, a Vergniaud) de tratar de entorpecer el juicio contra el Rey. Y de votar a favor de mantenerlo vivo. Pero no debemos precipitarnos.

—Claro que es posible que existan otros que deseen que se produzcan aplazamientos, obstáculos. Me refiero al juicio de Capeto.

—Creo que al final conseguiremos que Robespierre venza el horror que le inspira la pena de muerte.

—Sí, pero no me refería a Robespierre. Es muy posible que Danton tenga que ausentarse en un determinado momento, que las actividades del general Dumouriez en Bélgica le obliguen a ir a reunirse con este.

—¿A qué actividades te refieres?

—Es indudable que no tardará mucho tiempo en estallar una crisis en Bélgica. Me gustaría saber si nuestras tropas se proponen liberar al país, anexionado, o ambas cosas al mismo tiempo. ¿A quién brinda sus conquistas el general Dumouriez? ¿A la República, a la difunta monarquía, o tal vez a sí mismo? Alguien tendrá que ir a aclarar esas cuestiones, alguien con la suficiente autoridad moral. No creo que Robespierre esté dispuesto a dejar su mesa de despacho para reunirse con los Ejércitos en el frente. Eso es más propio de Danton: negociaciones a alto nivel, dinero, bandas militares y todas las mujeres de un territorio ocupado.

El tono frío y conciso con que se expresaba Marat impresionó a Camille.

—Le comunicaré lo que has dicho.

—Perfectamente —contestó Marat—. En cuanto a Brissot… Bien mirado, es obvio que ha conspirado desde un principio contra la Revolución. Sin embargo, él y sus secuaces se han atrincherado… No será fácil deshacernos de ellos.

Camille lo miró con cierta aprehensión.

—¿Te refieres simplemente a eliminarlos de la vida pública o algo más contundente?

—Creí que empezabas a enfrentarte a la realidad —respondió Marat—. ¿O acaso hablas por boca de tus timoratos jefes? Robespierre ya sabía en septiembre lo que teníamos que hacer para resolver la crisis, pero desde entonces parece haberlo olvidado.

Camille se hallaba sentado con la cabeza apoyada en la mano.

—Hace tiempo que conozco a Brissot —dijo, jugueteando con un mechón que le caía sobre la frente.

—Conocemos el mal desde que nacemos —replicó Marat—, pero ello no significa que debamos aceptarlo.

—Eso es simplemente una frase.

—Sí, pero muy profunda.

—Es una lástima. Los reyes siempre asesinan a sus adversarios, pero nosotros deberíamos tratar de razonar con nuestros oponentes.

—Debido a sus errores, mucha gente muere en el frente. ¿Por qué iban esos políticos a ser tratados con menos dureza? Ellos provocaron la guerra. Todos merecen morir una docena de veces. ¿De qué vamos a acusarlos si no de traición, y cómo vamos a castigar su traición si no es aplicándoles la pena de muerte?

—Cierto —contestó Camille, haciendo unos garabatos con la uña sobre la polvorienta superficie de la mesa.

Marat sonrió.

—Tiempo atrás, Camille, los aristócratas acudían a mí para pedirme que les facilitara un remedio contra la tuberculosis. En ocasiones, sus carruajes bloqueaban la calle donde vivía. Yo también tenía un hermoso carruaje, vestía impecablemente y tenía unos modales exquisitos.

—Lo sé —respondió Camille.

—Es imposible que lo sepas; en aquella época no eras más que un niño.

—¿Conseguías curarlos?

—A veces. Según la fe del paciente. Cambiando de tema, ¿vais alguna vez por el Club de los Cordeliers? A fin de cuentas, vosotros lo fundasteis.

—De vez en cuando. Ahora lo dirigen otros. Eso no es ningún problema.

—Los sansculottes.

—En efecto.

—Mientras vosotros os movéis en otras esferas más elevadas.

—Sé lo que pretendes insinuar. Pero todavía somos capaces de convocar una reunión popular. No somos revolucionarios de salón. Uno no tiene que vivir en la miseria para…

—No sigas —dijo Marat—. Lo cierto es que estoy harto de nuestros sansculottes.

—Supongo que te refieres a Jacques Roux, ese ex sacerdote, aunque imagino que no es su verdadero nombre.

—Desde luego que no. Pero quizá creas que Marat tampoco es mi auténtico nombre.

—¿Acaso importa?

—No. Los idiotas como Roux ejercen una nefasta influencia sobre la gente. En lugar de purificar la Revolución, les animan a saquear las tiendas de comestibles.

—Siempre hay alguien dispuesto a hacer el papel de defensor de los pobres oprimidos —contestó Camille—. No sé de qué les sirve. La situación de los pobres no cambia, sólo consiguen ser admirados en la posteridad.

—Cierto. Lo que no comprenden es que, en una revolución, los pobres siempre son conducidos de un lado a otro como animales. ¿Qué habría sido de nosotros en 1789 si hubiéramos esperado a los sansculottes? Hicimos la Revolución en los cafés y

la llevamos a la calle. Ahora, Roux pretende arrastrarla por las cloacas. Todos ellos, Roux y esa gentuza, son agentes de los aliados.

—¿Agentes voluntarios?

—Qué importa que sirvan los intereses del enemigo por maldad o por estupidez. El caso es que lo hacen. Sabotean la revolución desde dentro.

—Incluso Hébert ha empezado a atacarlos. Los llama los *enragés*. Los ultrarrevolucionarios.

Marat escupió violentamente en el suelo, haciendo que Camille se sobresaltara.

—No son ultrarrevolucionarios. Ni siquiera son dignos de ser considerados revolucionarios. Son unos atávicos. Creen en un dios que todos los días les arroja pan desde el cielo. Pero los imbéciles como Hébert no lo comprenden. Père Duchesne me inspira tanta simpatía como a ti.

—¿Crees que Hébert es un brissotino?

Marat soltó una amarga carcajada.

—Estás progresando, Camille. Hébert te ha difamado, quizá consigas su cabeza. Pero antes que la suya caerán otras cabezas. Como dirían las mujeres, esperaremos a que pasen las Navidades y luego veremos qué se puede hacer para encauzar esta Revolución. Me pregunto si nuestros jefes se dan cuenta de lo que valemos. Tú con tu dulce sonrisa y yo con mi afilado cuchillo.

HÉBERT, LE PÈRE DUCHESNE, A PROPÓSITO DE LOS ROLAND

Hace unos días, media docena de sansculottes se dirigieron a casa de ese viejo imbécil, Roland. Llegaron a la hora de la cena…

Nuestros sansculottes atravesaron el pasillo y llegaron a la antecámara del virtuoso Roland. Apenas consiguieron abrirse paso por entre la multitud de lacayos que la llenaban. Veinte cocineros, cargados con bandejas de fricando, exclamaron:

—¡Cuidado, no vayáis a tropezar con las bandejas del virtuoso Roland!

Otros transportaban asado de carne, seguidos de otros con las verduras.

—¿Qué queréis? —inquirió el mayordomo del virtuoso Roland.

—Queremos hablar con el virtuoso Roland.

El mayordomo transmitió el mensaje al virtuoso Roland, que apareció con expresión malhumorada, masticando y con la servilleta sobre el brazo.

—La República debe de estar en peligro —dijo—, para que hayáis venido a molestarme a estas horas…

Louvet, con su rostro de cartón piedra y sus ojos saltones, dirigía miradas lascivas a la esposa del virtuoso Roland. Uno de los sansculottes trató de entrar en la despensa y derribó el pastel del virtuoso Roland. Al enterarse de que se había quedado sin postre, la esposa del virtuoso Roland, furiosa, empezó a mesarse la peluca.

—Hébert dice muchas tonterías —observó Lucile, pasando el periódico a Camille—. ¡Cuando pienso en los célebres nabos que sirvieron a Georges-Jacques…! ¿Crees que los sansculottes dan crédito a estas majaderías?

—No te quepa duda. Ignoran que Hébert posee un carruaje. Creen que es Père Duchesne, que fuma en pipa y que fabrica hornos.

—¿No puede alguien sacarlos de su error?

—Hébert y yo somos aliados. Colegas —respondió Camille, sacudiendo la

cabeza.

No le ha contado su visita a Marat. No quiere que su esposa sepa lo que piensa.

—¿De modo que te marchas? —preguntó Maurice Duplay.

—¿Qué puedo hacer? Es mi hermana, quiere que tengamos nuestro propio hogar.

—Pero este es tu hogar.

—Charlotte eso no lo comprende.

—No te preocupes, ya volverá —dijo la señora Duplay a su marido.

CONDORCET, EL GIRONDINO, RESPECTO A ROBESPIERRE

Uno se pregunta por qué tantas mujeres siguen a Robespierre. Porque la Revolución Francesa es una religión, y Robespierre un sacerdote. Es evidente que su poder reside en sus seguidoras femeninas. Robespierre amonesta, Robespierre censura… Vive del aire y no tiene necesidades físicas. Tiene una sola misión: la de hablar. Arenga a los jacobinos cuando cree que puede atraer a algún discípulo entre sus filas, y guarda silencio cuando cree que puede perjudicar su autoridad… Le rodea una aureola de austeridad que roza la santidad. Le siguen las mujeres y las personas débiles, cuya adoración y halagos él recibe con modestia.

ROBESPIERRE: Han estallado dos revoluciones, en 1789 y en agosto, pero parece que apenas han influido en la vida de la gente.

DANTON: Roland, Brissot y Vergniaud son aristócratas.

ROBESPIERRE: Bien…

DANTON: Me refiero en el nuevo sentido de la palabra… La revolución es el gran campo de batalla de la semántica…

ROBESPIERRE: Quizá necesitamos otra revolución.

DANTON: Más enérgica.

ROBESPIERRE: Exactamente.

DANTON: Pero con tu forma de pensar, con tus escrúpulos sobre matar…

ROBESPIERRE: [*sin demasiadas esperanzas*]: ¿Acaso no puede producirse un cambio profundo sin violencia?

DANTON: No lo creo.

ROBESPIERRE: Los que sufren son las personas inocentes. Pero quizá no existen personas inocentes. Quizá se trate de un tópico.

DANTON: ¿Y los conspiradores?

ROBESPIERRE: Ellos son quienes deberían sufrir.

DANTON: ¿Cómo sabemos quiénes son conspiradores?

ROBESPIERRE: Para eso están los tribunales, para juzgarlos.

DANTON: ¿Y si uno supiera que son conspiradores pero no tuviera suficientes pruebas para condenarlos? ¿Y si simplemente lo supieras como patriota?

ROBESPIERRE: Tendrías que procurar convencer al tribunal de su culpabilidad.

DANTON: ¿Y si no pudieras aportar pruebas por tratarse de secreto de Estado?

ROBESPIERRE: En ese caso, no podrían ser condenados. Lo cual sería una lástima.

DANTON: Cierto. ¿Y si los austriacos estuvieran a las puertas de París y uno se viera obligado a entregarles la ciudad por respeto al sistema judicial?

ROBESPIERRE: Supongo que habría que modificar el concepto de lo que entendemos por pruebas judiciales. O ampliar la definición de conspiración.

DANTON: Ya.

ROBESPIERRE: Como mal menor para evitar otro mayor. No soy muy aficionado a esa idea tan simple e infantil, pero sé que de prosperar una conspiración contra el pueblo francés, esta provocaría un genocidio.

DANTON: Falsear la justicia es un hecho muy grave, ¿no crees?

ROBESPIERRE: No lo sé, Danton, no soy un teórico.

DANTON: Lo sé. Prefieres la práctica. Conozco tus maniobras, las matanzas que organizas a espaldas mías.

ROBESPIERRE: ¿Por qué toleras la muerte de mil personas y rechazas la de dos políticos?

DANTON: Porque conozco a Roland y a Brissot. No conozco a las otras mil personas. Quizá sea un fallo de la imaginación.

ROBESPIERRE: Si uno no pudiera probar nada ante un tribunal, supongo que se podría detener a un sospechoso sin tener que someterlo a juicio.

DANTON: En el fondo, los idealistas tenéis alma de tiranos.

ROBESPIERRE: ¿No te parece un poco tarde para mantener esta conversación? Ahora no queda más remedio que recurrir a la violencia. Esto hubiéramos debido disentirlo el año pasado.

Al cabo de unos días, Robespierre regresó a casa de los Duplay. Le dolía la cabeza por haber pasado tres noches consecutivas en vela, y una mano gigantesca le retorcía las tripas. Se sentó pálido y ojeroso con la señora Duplay en el pequeño cuarto de estar lleno de retratos suyos. No se parecía a ninguno de ellos, y dudaba de que algún día recuperara su buen aspecto.

—Todo está tal como lo dejaste —dijo la señora Duplay—. He avisado al doctor Souberbielle. Padeces una gran tensión a consecuencia de los recientes cambios. —La señora Duplay le acarició la mano y prosiguió—: Nos sentíamos como si hubiéramos perdido un hijo. Eléonore apenas ha probado bocado y se niega a hablar. No debes volver a marcharte.

Cuando se presentó Charlotte le dijeron que su hermano se había tomado un brebaje para dormir y le rogaron que bajara la voz. Cuando Max se hubiera recuperado y estuviera en condiciones de recibir visitas, ya se lo comunicarían.

Sèvres, el último día de noviembre. Gabrielle había encendido las lámparas. Estaban solos; los niños se encontraban en casa de su madre, el circo había quedado atrás, en la rue des Cordeliers.

—¿Te acuerdas de Westermann, del general Westermann?

—Sí. El individuo que según Fabre es un delincuente. Lo trajiste a casa el 10 de agosto.

—No sé por qué dice eso. En cualquier caso, Westermann se ha convertido en un personaje importante y ha regresado del frente en calidad de emisario de Dumouriez. Como verás, se trata de un asunto urgente.

—¿Por qué no ha enviado a un correo del Gobierno? ¿Es que a ese Westermann le han crecido alas en los pies a raíz de su ascenso?

—Ha venido para convencernos de la gravedad de la situación. Creo que Dumouriez hubiera preferido hacerlo personalmente, pero está demasiado ocupado.

—Y utiliza a Westermann para estos menesteres.

—Es como hablar con Camille.

—¿Cierto? A ti también se te han pegado algunos de los hábitos de Camille. Cuando te conocí no solías agitar los brazos al hablar. Dicen que si tienes un perro, al cabo de un tiempo acabas pareciéndote a él.

Gabrielle se acercó a la ventana, a través de la cual veía el césped cubierto de escarcha y una pequeña luna otoñal.

—Agosto, septiembre, octubre, noviembre… —dijo—. Parece que ha pasado toda una vida.

—¿Te gusta esta casa? ¿Te sientes cómoda aquí?

—Sí. Pero no pensaba que fuera a pasar tanto tiempo sola.

—¿Prefieres regresar a París? Aquella vivienda es más cálida que esta casa. Si quieres, puedo llevarte esta noche.

—No, aquí me siento a gusto. Tengo a mis padres —respondió Gabrielle—. Pero te echaré de menos, Georges.

—Lo lamento. Es inevitable.

Había empezado a oscurecer. Danton estaba sentado junto a la chimenea, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y el puño izquierdo en la palma de la mano derecha, inmóvil, mientras las llamas proyectaban unas sombras sobre su rostro cubierto de cicatrices.

—Hace tiempo que sabemos que Dumouriez tiene problemas. No consigue provisiones, y los ingleses han inundado el país con dinero falso. Dumouriez se ha peleado con el Ministerio de la Guerra, no tolera que los burócratas parisienses critiquen sus acciones en el campo de batalla. La Convención no imaginaba que iba a apoyar el orden existente, sino que iba a dedicarse a propagar la Revolución. La situación es complicada, Gabrielle. —Danton echó otro tronco en la chimenea—. La

madera de haya arde estupendamente —observó. De pronto sonó el graznido de una lechuza, y el perro, que estaba sentado junto a la ventana, comenzó a ladrar—. Este no es como Brount, que se limita a observar.

—De modo que se ha producido una crisis y Dumouriez quiere que vayas a comprobarlo por ti mismo.

—Dos miembros de la comisión han partido ya hacia el frente. El diputado Lacroix y yo saldremos mañana.

—¿Quién es ese Lacroix?

—Es… un abogado.

—¿Cómo se llama de nombre?

—Jean-François.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé. Unos cuarenta.

—¿Está casado?

—Lo ignoro.

—¿Qué aspecto tiene?

Tras una breve pausa, Danton contestó:

—Normal. Probablemente me relatará su vida durante el viaje. Ya te la contaré cuando regrese.

Gabrielle se sentó y giró la silla para protegerse del calor del fuego.

—¿Cuanto tiempo estarás ausente? —preguntó, observándole con el rostro medio oculto por las sombras.

—No lo sé. Quizá regrese dentro de una semana. Volveré en cuanto sea posible. El juicio de Luis no tardará en comenzar.

—¿Tan ansioso estás por presenciar la matanza, Georges?

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—No sé qué pensar —contestó Gabrielle con tono cansado—. Estoy segura que, al igual que Bélgica, el general Dumouriez y todo lo demás, la cuestión es mucho más complicada de lo que imagino. Pero también sé que terminará con la muerte del Rey, a menos que intervenga alguien con tu influencia. Dices que van a juzgarlo todos los miembros de la Convención, y me consta que puedes influir en ellos. Conozco tu poder.

—Lo que no comprendes son las consecuencias de ejercer ese poder. Dejemos el tema. Parto dentro de una hora.

—¿Se encuentra mejor Robespierre?

—Creo que sí. Al menos, hoy habló en la Convención.

—¿Ha regresado a casa de los Duplay?

—Sí —respondió Danton, reclinándose hacia atrás—. No dejan que Charlotte se le acerque. Según me han contado, esta envió a una sirvienta con un tarro de mermelada, y la señora Duplay no la dejó pasar. Envió a Charlotte un recado diciendo que no permitiría que envenenara a Max.

—Pobre Charlotte —dijo Gabrielle, sonriendo con tristeza.

Danton la miró satisfecho de que hubiera abandonado el tema para ocuparse nuevamente de asuntos domésticos y triviales.

—Faltan sólo dos meses y una semana —continuó Gabrielle, refiriéndose al nacimiento del niño. Al cabo de unos minutos se levantó para ir a correr las cortinas —. Espero que regreses para celebrar conmigo el Año Nuevo.

—Lo intentaré.

Cuando Georges se hubo marchado, Gabrielle apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se quedó dormida. El tiempo transcurría lentamente. En la chimenea ardían unos rescoldos, y afuera se oía el batir de las alas de una lechuza y los gritos de unos animalitos entre los arbustos. Gabrielle soñó que era una niña y que jugaba bajo el sol.

De pronto irrumpió en sus sueños el sonido de unos pasos apresurados mientras ella se convertía, alternativamente, en el cazador y la presa.

ROBESPIERRE DIRIGIÉNDOSE EN ENERO A LA CONVENCIÓN

No se trata de juzgarlo. Luis no comparece aquí en calidad de acusado, ni vosotros sois unos jueces. Si Luis puede ser juzgado, puede ser absuelto; es posible que sea inocente. Pero si Luis es absuelto, si consigue demostrar su inocencia, ¿qué será de la Revolución? No tenéis que emitir un veredicto en contra ni a favor de él, sino adoptar las medidas oportunas en bien del país, llevar a cabo un acto de la Providencia… Luis debe morir para que la nación viva.

IV. *Chantaje*

(1793)

Rue des Cordeliers, 13 de enero.

—¿Crees que el señor Pitt nos enviará dinero? —preguntó Fabre—. Me refiero para el Año Nuevo.

—El señor Pitt sólo envía saludos.

—Han terminado los días gloriosos de William Augustus Miles.

—Creo que dentro de poco estallará la guerra entre Francia e Inglaterra.

—No deberías emplear ese tono, Camille, sino mostrar tu patriótico fervor.

—Es imposible que ganemos. Supongamos que el populacho inglés no se amotina. Quizá prefieran la opresión nativa a la liberación por parte de los franceses. Al parecer —prosiguió Camille, recordando las recientes decisiones adoptadas por la Convención—, nuestra política consiste en anexionar territorios. Danton la aprueba, al menos en el caso de Bélgica, pero a mí me parece que así es como se han regido siempre los destinos de Europa. Imagina, tratar de anexionar Inglaterra. Los que aburren a la Convención serán enviados como emisarios especiales a Newcastle-on-Tyne.

—No te preocupes, tú no les aburres nunca. He dedicado mucho tiempo y esfuerzos a convertirte en un buen orador, pero nunca abres la boca.

—Hablé durante el debate sobre la anexión de Saboya. Dije que la república no debería comportarse como un rey, que no hacen más que apoderarse de territorios extranjeros. Nadie me hizo el menor caso. ¿Crees que al señor Pitt le importa que ejecutemos a Luis?

—¿Personalmente? Luis no le importa un comino a nadie. Pero opinan que es un mal precedente cortarle la cabeza al Monarca.

—Fueron los ingleses quienes sentaron ese precedente.

—Ellos tratan de olvidarlo. Y nos declararán la guerra, a menos que nosotros lo hagamos primero.

—¿Crees que Georges-Jacques cometió un error? Pensaba que se podría utilizar la vida de Luis como elemento negociador, mantenerlo vivo mientras Inglaterra se mantuviera neutral.

—Creo que en Whitehall no les importa nada la vida de Luis. Lo que les importa es el comercio, la industria naviera, el dinero.

—Danton regresa mañana —dijo Camille.

—Debe haberle disgustado que la Convención le obligara a volver. Dentro de una semana habrá concluido el juicio de Capeto, y Danton no habría tenido que comprometerse. Además, parece que se está divirtiendo de lo lindo. Es una lástima que esas historias llegaran a oídos de su esposa. Debió permanecer en Sèvres, lejos de las habladurías.

—Espero que no le hayas contado lo que dicen las malas lenguas.

—¿Por qué iba a querer hacerle daño? Ya tiene suficientes problemas.

—No me fío de ti, eres perverso y vengativo.

—No me gusta hacer daño gratuitamente —replicó Fabre, cogiendo un periódico que había sobre la mesa—: No entiendo tu letra, pero supongo que opinas que Brissot debería arrojarse al río.

—¿Te preocupa tu conciencia?

—Tengo la conciencia muy tranquila. Como verás he echado barriga, lo cual demuestra que no me siento en absoluto angustiado.

—Te equivocas, las manos te sudan y estás inquieto. Te comportas como un ladrón que trata de vender los primeros lingotes de oro que ha robado.

Fabre miró a Camille fijamente.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Vamos, hombre, no te hagas el inocente… —respondió Camille.

—Quiero saber a qué te refieres —insistió Fabre. Camille se encogió de hombros —. Confío en que no habrás pretendido insinuar nada.

En aquel momento apareció Lucile.

—Supongo que estáis hablando de política —dijo. En la mano sostenía unas cartas que acababan de llegar.

—Fabre se ha llevado un buen susto.

—Como de costumbre, Camille ha descargado su veneno contra mí. Cree que no soy digno de ser el perrillo faldero de Danton, y mucho menos su confidente político.

—No es eso —protestó Camille—. Estoy convencido de que Fabre oculta algo.

—Es probable —dijo Lucile—, pero quizá sea mejor que no lo revele. Ha llegado carta de tu padre. No la he abierto.

—Has hecho bien —dijo Fabre.

—Y de tu prima Rose-Fleur. Esa sí la he abierto.

—Lucile tiene celos de mi prima, con la que estuve comprometido algún tiempo.

—Me asombra que sienta celos de una mujer que vive tan lejos —observó Fabre.

Camille leyó la carta de su padre.

—Supongo que imaginas lo que dice en ella.

—Sí —contestó Lucile—. Que no debes votar a favor de que Luis sea ejecutado, sino abstenerte. Te has pronunciado con frecuencia contra él y has publicado tu opinión sobre el caso. Por consiguiente, es como si lo hubieras prejuzgado, lo cual es excusable en un polemista pero no en un jurista. Debes negarte a participar en el proceso, para salvaguardar tu prestigio profesional.

—Para el caso de que se produzca una contrarrevolución. Has acertado. De esa forma, según mi padre, no podrían acusarme de regicidio.

—Qué familia tan singular y divertida… —dijo Fabre.

—¿Te parece divertido Fouquier-Tinville?

—Me había olvidado de él. No, es un hombre serio, útil. Sin duda llegará muy lejos.

—Siempre y cuando demuestre su gratitud —terció Lucile con cierto tono de ironía—. Tus parientes no soportan estar endeudados contigo.

—Rose-Fleur me soporta, su madre siempre ha estado de mi lado. Sin embargo su padre…

—La historia se repite —dijo Fabre.

—Tu padre no imagina lo que nos reímos aquí en París de sus escrúpulos —dijo Lucile—. Mañana regresa Danton de Bélgica, y al día siguiente votará a favor de condenar a Luis, sin haber oído ninguna prueba. ¿Qué diría tu padre si lo supiera?

—Se quedaría horrorizado —respondió Camille con franqueza—. En su lugar, yo también lo estaría. Pero ya sabes lo que dice Robespierre. No se trata de un juicio, en el sentido convencional de la palabra, sino de adoptar las medidas oportunas para el bien del país.

—Para salvaguardar la seguridad pública —apostilló Lucile. Era una expresión que últimamente estaba en boca de todo el mundo—. La seguridad pública. Sin embargo, se tomen las medidas que se tomen, nadie se siente seguro. Qué extraño, ¿no?

14 de enero, en la Cour du Commerce. Gabrielle esperaba a que Georges terminara de revisar las cartas que se habían acumulado en su ausencia. De pronto apareció su marido, sosteniendo una carta en la mano, pálido como la cera.

—¿Cuándo llegó esta carta? —preguntó a Gabrielle.

Su hijo Antoine levantó la cabeza y dijo:

—Papá está preocupado.

—No lo sé —contestó Gabrielle, observando el pulso que latía en su sien. Durante un instante le pareció contemplar ante sí a un extraño, y sintió temor de la violencia que anidaba en aquel gigantesco cuerpo.

—¿No lo recuerdas? —insistió Georges, agitando la carta ante sus narices. Gabrielle no sabía si pretendía que la leyera.

—Está fechada el 11 de diciembre. Hace más de un mes, Georges.

—¿Cuándo la recibiste?

—No lo recuerdo, lo lamento. ¿Acaso me acusan de algo? —preguntó Gabrielle —. ¿De qué se trata? ¿Qué he hecho?

Georges estrujó la carta con violencia y respondió:

—No tiene nada que ver contigo. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Gabrielle lo miró perpleja, señalando a Antoine. El niño le tiró de la falda y preguntó:

—¿Está enfadado papá?

Gabrielle se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio.

—¿Quién es el presidente de la Convención?

Gabrielle no lo recordaba, pues cada día quince días ocupaba el cargo un hombre distinto.

—Lo siento, Georges, no lo recuerdo.

—¿Dónde están mis amigos? ¿Dónde se meten cuando los necesito? Robespierre debe de saberlo, él lo sabe todo.

—No seas ridículo —dijo Camille. Ni Georges ni Gabrielle le habían oído entrar —. Ya sé que debería estar en la Escuela de Equitación, pero no soporto los discursos sobre Luis. Podemos ir juntos más tarde. ¿Pero qué…? —Antoine se levantó de pronto, pisoteando sus soldados, y se arrojó gritando en brazos de Camille—. ¿Qué ha sucedido, Georges? Hace una hora, cuando te dejé, estabas perfectamente.

—Así que fuiste a ver a Lucile antes de venir aquí… —dijo Gabrielle, mirando a su marido con aire de reproche.

—¡Basta! —contestó furioso Danton. Antoine se echó a llorar. Su padre llamó a gritos a Catherine, la cual apareció apresuradamente—. Llévate al niño —le ordenó Danton. La sirvienta trató de coger al pequeño en brazos, que seguía agarrado al cuello de Camille—. ¡Vaya recibimiento! Me ausento durante un mes y cuando regreso compruebo que mis hijos se han encariñado con otro hombre.

Catherine logró llevarse por fin al pequeño. Gabrielle sintió deseos de taparse los oídos para no oír los berridos de su hijo, pero temía incluso moverse. Jamás había visto a su marido tan enfurecido. Georges agarró a Camille de las solapas y lo obligó a sentarse en el sofá junto a Gabrielle.

—Toma —dijo, arrojando la carta sobre el regazo de su esposa—. Es de Bertrand de Molleville, el ex ministro, que se halla actualmente en Londres. Podéis leerla juntos y sufrir conmigo.

Gabrielle cogió la carta, la alisó y la sostuvo en alto para que Camille la leyera. Aunque era muy miope, éste consiguió descifrar la primera frase. Miró a Danton, horrorizado, y se llevó una mano a la frente, como presintiendo el desastre que estaba a punto de estallar.

—Eres un gran consuelo —rezongó Danton.

Gabrielle miró perpleja a Camille y a su marido, y luego leyó la carta:

—«Creo mi deber informarle, señor, que entre los documentos que me confió el difunto señor Montmorin, a finales de junio del pasado año —y que traje a Inglaterra conmigo— he hallado una nota en la que se detallan varias sumas de dinero que le fueron entregadas a usted, procedentes del fondo secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con las fechas en que se llevaron a cabo los pagos, las circunstancias en que usted las recibió y los nombres de las personas que…».

—Sí —dijo Georges— soy como tú sospechabas que era.

Gabrielle siguió leyendo:

—«Obra también en mi poder una nota, escrita de su puño y letra… Le notifico que he adjuntado ambos documentos a una carta dirigida al presidente de la Convención Nacional…». ¿Qué es lo que pretende ese hombre, Georges? —murmuró Gabrielle.

—Continúa. Dice que ha enviado la carta y los dos documentos a un amigo suyo que vive en París, para que este los remita al presidente de la Convención si no salvo al Rey.

Gabrielle continuó leyendo la carta, espantada ante la amenaza y los violentos términos contenidos en la misma.

—«… si se niega usted a comportarse, en el asunto concerniente al Rey, como un hombre a quien el Monarca remuneró generosamente. Si por el contrario se aviene a prestar el servicio que solicito, del que es perfectamente capaz, percibirá una justa recompensa».

—Se trata de un chantaje, Gabrielle —dijo Camille—. Montmorin fue ministro de Asuntos Exteriores. Le obligamos a dimitir después de que Luis tratara de huir, pero siguió formando parte del círculo de allegados del Monarca. Murió en septiembre en la cárcel. De Molleville fue ministro de Marina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gabrielle con tono angustiado, apoyando una mano en el brazo de Danton, como si quisiera consolarlo.

Danton la apartó bruscamente y contestó:

—Debí matarlos a todos cuando tuve ocasión de hacerlo.

El pequeño Antoine, que estaba en una habitación contigua, seguía llorando desconsoladamente.

—Siempre supuse —dijo Gabrielle—, que no estabas de acuerdo con esta Revolución, que eras partidario del Rey.

Danton se volvió hacia ella y soltó una carcajada.

—Le debes lealtad —prosiguió Gabrielle—. Has aceptado su dinero, con el que has vivido y has adquirido tierras. Debes serle leal. Sabes que es lo correcto, y si no lo haces… —Gabrielle se detuvo, sin saber cómo continuar. ¿Qué podía sucederle? ¿Ser menospreciado por todo el mundo, o incluso juzgado?—. Debes salvarlo. No te queda más remedio.

—¿De veras crees que me recompensarán por mis servicios, querida? Te equivocas. Si salvo a Luis —tiene razón, puedo hacerlo— pondrán esos documentos

a buen recaudo y seguirán utilizándome como un pelele. Cuando ya no les sea útil, cuando haya perdido mi influencia, los sacarán para difamarme y sembrar el caos.

—¿Por qué no le pides que te entregue esos documentos a cambio de tus servicios? —preguntó Camille—. Junto con el dinero. Si pudieras hacerlo, si te pagaran una cantidad justa, lo harías, ¿no es así?

—Explícate —respondió Danton.

—Si pudieras salvar a Luis, conservar tu prestigio entre los patriotas y sacarles más dinero a los ingleses, supongo que lo harías, ¿no es cierto?

Tiempo atrás Danton hubiera contestado: «Sería un imbécil si no lo hiciera». Camille habría sonreído, pensando: «Siempre finge ser peor de lo que es». Pero ahora observó una expresión de perplejidad en el rostro de Danton, como si no supiera qué responder ni qué hacer, como si de pronto hubiera perdido el control. Gabrielle se puso de pie precipitadamente y recibió una bofetada en pleno rostro, que la derribó de nuevo sobre el sofá.

—¡Dios mío! —exclamó Camille—. Ha sido un gesto muy valiente.

Danton se cubrió la cara con las manos, tratando de reprimir unas lágrimas de furia y humillación. No había vuelto a llorar desde que el toro lo había embestido, desde que era un niño incapaz de controlar sus lágrimas. Al cabo de unos minutos miró a su esposa y vio que esta lo miraba con los ojos secos.

—Jamás podré perdonarme por haberte golpeado —dijo Danton, arrodillándose junto a ella.

—Podrías dedicarte a romper la vajilla en lugar de descargar tu ira sobre la gente —dijo Gabrielle, palpándose el labio inferior—. No somos tus enemigos —añadió, crispando los puños para no frotarse la mejilla y que él viera que le hacía daño.

—No te merezco —le dijo Danton—. Perdóname. No pretendía golpearte.

—Camille tampoco merece que le golpees.

—Un día te mataré —dijo Danton, dirigiéndose a Camille—. No temas, acércate. Tienes una mujer encinta que te protege. En septiembre, cuando los presos fueron muertos, me cubriste de mierda. Todo está organizado, informaste a Prudhomme y a algunos más. No os preocupéis, les dijiste, no habrá ningún problema… mientras yo trataba de negar toda participación en el asunto. Aquello fue necesario, pero al menos fingí no tener nada que ver en ello. Tú, en cambio, no hubieras dudado en responsabilizarte de la Matanza de los Inocentes. De modo que no me mires con ese aire de superioridad. Tú lo sabías. Estabas al corriente desde un principio.

—Sí, pero no supuse que iban a descubrirte —contestó Camille, sonriendo y retrocediendo unos pasos.

—Te aconsejo que te lo tomes en serio, Camille —dijo Gabrielle, mirándole asustada.

—Lávate la cara, Gabrielle —le ordenó su marido—. Porque si esos documentos salen a la luz pública mi futuro no valdrá ni dos *sous*, y tampoco el tuyo.

—Es posible que sea una trampa, que no posea esos documentos —dijo Camille

—. ¿Cómo ha conseguido una nota escrita de tu puño y letra?

—Esa nota existe.

—Entonces te has comportado como un idiota. De todos modos, es posible que De Molleville haya visto esos documentos, pero dudo mucho que Montmorin se los haya entregado. De Molleville afirma que se los dio para que los guardara a buen recaudo, pero ¿cómo iban a estar a buen recaudo en la maleta de un emigrado que se fuga a Inglaterra? ¿De qué iban a servirle a Montmorin esos documentos en Londres? De Molleville hubiera tenido que remitírselos de nuevo. Además, Montmorin ignoraba que iban a matarlo en la cárcel.

—Es posible que tengas razón, pero las declaraciones de De Molleville bastarían para hundirme. Hace mucho tiempo que la gente murmura que trabajo para Pitt. De hecho, en estos momentos me esperan en la Convención.

—Procura no perder la calma. Si es una trampa, si esos documentos no existen, lo que diga De Molleville carece de importancia. Confiemos en que sea así. Pero ¿a qué presidente de la Convención se refiere? El actual presidente es Vergniaud.

—¡Dios! —exclamó Danton.

—Sí, lo sé. No has conseguido sobornarlo ni atemorizarlo. Ha sido un descuido por tu parte.

—Es mejor que vayas inmediatamente —dijo Gabrielle—, y trates de defender al Rey.

—¿Y ceder ante ellos? —protestó Danton—. Prefiero morir. Si intervengo ahora, a estas alturas, dirán que me han comprado, y los otros publicarán los documentos. Haga lo que haga, algún patriota me clavará un cuchillo en la espalda. ¡Pregúntaselo a Camille si no me crees! —gritó Danton—. Él mismo estaría dispuesto a hacerlo.

Gabrielle se giró hacia Camille y lo miró con aire interrogativo.

—Sin duda me pedirían que los ayudara. A fin de cuentas, no quiero correr la misma suerte que tú.

—¿Por qué no regresas junto a Robespierre? —preguntó Danton.

—No, prefiero quedarme contigo, Georges-Jacques. Quiero ver cómo resuelves esto.

—¿Por qué no vas corriendo a contárselo? Él te protegerá. ¿Temes que ya no te quiera? No te preocupes, con tus atributos siempre encontrarás a alguien.

—¿Es así como pretendes conservar a tus amigos? —intervino Gabrielle. Jamás le había hablado en ese tono—. Te lamentas de que tus amigos desaparecen cuando los necesitas, pero si acuden a ti los insultas. Creo que te estás destruyendo. Creo que estás conspirando con ese De Molleville para destruirte.

—Espera —dijo Camille—. Escúchame, Gabrielle, escúchanos a los dos, antes de que se produzca un desastre. No estoy acostumbrado a ser la fría voz de la razón, de modo que no me pongas a prueba en ese sentido. Si Vergniaud tiene los documentos en su poder, estás acabado —dijo, girándose hacia Danton—. ¿Pero por qué iba Vergniaud a esperar tanto tiempo para darlos a conocer? Hoy es el último día que

puedes intervenir en el debate. Te quedan pocas horas. Hace tres días que Vergniaud ejerce de presidente de la Convención, ha tenido tiempo de sobra para dar a conocer los documentos. Por consiguiente, es de suponer que no los tiene, que quizá los tenga otro presidente. ¿Qué día está fechada la carta?

—El 11 de diciembre.

—En aquellas fechas el presidente era Defermon.

—Es…

—Un gusano.

—Un moderado, Gabrielle —dijo Danton—. Ciertamente, no es amigo mío, pero al cabo de cuatro semanas, ¿cómo es posible que no haya hecho ni dicho nada?

—No lo sé, Georges-Jacques. Ni tú mismo conoces tu capacidad para intimidar a la gente. ¿Por qué no vas a verlo y tratas de asustarlo? Si tiene los documentos, es posible que consigas que te los entregue. En caso contrario, no tienes nada que perder.

—Pero si los tiene Vergniaud…

—Entonces da lo mismo que intentes aterrorizar a Defermon. Todo será inútil. No pierdas más tiempo. Puede que Defermon tenga escrúpulos de conciencia. El hecho de que no haya dicho nada hasta ahora, no significa que no vaya a hacerlo. Quizás espere a que comience la votación.

—Ah, veo que ya has regresado, Danton —dijo Fabre, que acababa de aparecer y no había oído las últimas frases—. ¿Qué ha sucedido?

Lo primero que pensó fue que Camille y Danton se habían peleado, como cabía esperar. Le habían informado que Danton había regresado a París y se había dirigido de inmediato a casa de los Desmoulins. Fabre no había averiguado aún cómo se habían desarrollado los hechos, pero el caso es que el ambiente estaba cargado de violencia. No vio la carta de De Molleville, pues Gabrielle estaba sentada sobre ella.

—¿Qué te has hecho en la cara, querida?

—Me he dado un golpe.

—Me lo temía —murmuró Fabre como si hablara consigo mismo—. Nadie te tomaría por culpable, Danton. No, más bien tienes aspecto de víctima.

—¿De qué estás hablando, Fabre? —preguntó Danton.

—¿Culpable? —repitió Camille—. Jamás. Es la viva imagen de la inocencia.

—Me alegro de que lo pienses —respondió Fabre.

—Hay una carta… —empezó a decir Gabrielle.

—Calla —le ordenó Camille—, si no quieres recibir otra bofetada. Esta vez más fuerte.

—¿A qué carta te refieres? —preguntó Fabre.

—No existe tal carta —replicó Camille—. Al menos, eso espero. Creo, Georges-Jacques, que todo depende de si el emisario era inteligente. La mayoría de las personas no son inteligentes.

—¿Acaso tratas de confundirme? —preguntó Fabre.

Danton se inclinó para besar a su esposa y dijo:

—Quizá consiga salvarme.

—¿Eso crees? —respondió Gabrielle, apartando la cara—. Sin embargo, persistes en destruirte.

Danton la miró durante unos instantes. Luego se giró hacia Camille, lo agarró por el pelo y le obligó a inclinar la cabeza hacia atrás.

—No conseguirás que me disculpe —dijo. Acto seguido se dirigió a Fabre y le preguntó—: ¿Conoces a un diputado, tímido y desconocido, llamado Defermon? Averigua dónde vive. Dile que iré a visitarlo dentro de una hora. No hay excusas que valgan. Que me espere allí. Dile que Danton en persona quiere verlo. Anda, ve inmediatamente.

—¿Sólo eso? ¿No quieres que le dé ningún otro mensaje?

—Vete.

Al alcanzar la puerta, Fabre se volvió hacia Camille, sacudiendo la cabeza. Mientras caminaba apresuradamente por la calle se decía: «Creen que pueden engañarme, pero se equivocan. No tardaré en averiguar de qué se trata».

Danton entró en su estudio y cerró la puerta de un portazo. Al cabo de un rato lo oyeron pasearse inquieto por otras habitaciones de la casa.

—¿Qué crees que hará? —preguntó Gabrielle.

—Dado que existen otras personas de por medio y que se trata de un asunto complicado, este requiere una solución complicada, pero Georges-Jacques suele resolver los problemas de forma rápida y sencilla. Es cierto lo que he dicho antes: tiene a todo el mundo atemorizado. Recuerdan lo que sucedió en agosto, cuando arrastró a Mandat por todo el Ayuntamiento. Es capaz de cualquier cosa, Gabrielle. Dinero de Inglaterra, de la Corte…

—Lo sé. No soy idiota, aunque él crea que lo soy. Antes de casarse conmigo tenía una amante que le costaba mucho dinero y un hijo que mantener. Cree que no lo sé. Por eso éramos tan pobres. Compró su bufete al nuevo amigo de su amante. No sé por qué te cuento eso, supongo que ya lo sabías —dijo Gabrielle, recogiéndose de nuevo el cabello. Era un gesto automático, pero tenía los dedos hinchados y los movía torpemente. Su rostro estaba tumefacto y presentaba unas profundas ojeras—. Le molestaba que yo tratara de aparentar cierta integridad. Al igual que tú, por eso está enojado con los dos, por eso quiere hacernos daño. Los dos lo sabíamos todo pero no queríamos reconocerlo. Yo no soy una santa, Camille, sabía de dónde procedía el dinero y lo acepté para poder vivir más cómodamente. Cuando me quedé encinta la primera vez, sólo pensaba en el hijo que iba a nacer.

—¿De modo que en realidad no te importa lo que pueda sucederle al Rey?

—Sí me importa, pero durante este último año he tenido que mostrarme muy tolerante, cerrar los ojos a muchas cosas, para evitar que Georges se divorciara de mí.

—No creo que jamás se divorcie de ti. Es un hombre chapado a la antigua.

—Sí, pero ambos sabemos que sus pasiones son más fuertes que sus hábitos.

Todo dependía de… Si Lucile hubiera sido tan complaciente como finge ser… Pero ella jamás te abandonaría. —Gabrielle pulsó el timbre para llamar a la sirvienta—. Cuando me mostró la carta estaba furioso, temí haber hecho algo malo. Supuse que era una de esas cartas anónimas en las que alguien se dedicaba a calumniarme.

—Difamarte —le corrigió Camille automáticamente.

En aquel momento entró Marie de la cocina, con un amplio delantal de hilo y con aspecto preocupado.

—Catherine se ha llevado al niño a casa de la señora Gély —dijo, sin que a nadie le preguntara qué deseaba.

—Tráeme una botella de algo de la bodega, Marie. ¿Qué te apetece, Camille? Tráenos lo que sea, Marie —dijo Gabrielle, suspirando—. Las sirvientas acaban tomándose demasiadas confianzas. Lamento no haber hablado antes contigo, Camille.

—Supongo que temías reconocer que ambos teníamos el mismo problema.

—¿Te refieres a que estás enamorado de mi marido? Hace tiempo que lo sé. No me mires con esa cara. Sé sincero, si tuvieras que describir los sentimientos que te inspira, ¿qué dirías? Yo, en cambio, creo que ya no lo amo. Hoy he conocido a alguien que hace años deseaba conocer. He pensado… No soy una mujer tan débil que necesite casarme con ese tipo de hombre. Pero qué más da.

De pronto apareció Danton, con aire serio, sosteniendo el sombrero en una mano y la capa en la otra. Se había afeitado y lucía una casaca negra y una corbata de muselina blanca.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Camille.

—No, espérame aquí.

Tras esas palabras, Danton se marchó.

—¿Qué va a hacer? —murmuró de nuevo Gabrielle. En el ambiente flotaba un aire como de conspiración. Tomó un largo sorbo de vino. Estaba seria y pensativa; al cabo de cinco minutos estrechó la mano de Camille entre las suyas.

—Confiemos en que sea Defermon quien tenga la carta. Confiemos en que se sienta angustiado, que no sepa qué hacer con ella, mientras espera a que comience el juicio de Luis. Sin duda habrá pensado: «Si me tomo esta carta en serio, si se la enseño a la Convención, la Montaña caerá sobre mí. El diputado Lacroix se ha hecho amigo de Danton desde que ambos estuvieron en Bélgica, y tiene influencia sobre los de la Planicie. Defermon comprenderá que si enseñan la carta sólo complacería a Brissot, Roland y sus secuaces. Y se dirá: “Danton se ha presentado con aire enérgico y decidido, no como un hombre que se siente culpable. Afirmará que la carta es un fraude, un truco…”. Defermon querrá creerlo. Como nos tienen por unos salvajes, Defermon temerá enojar a Danton y acabar asesinado. Ya oíste el mensaje que tu marido ordenó a Fabre que le llevara. “Dile que Danton en persona desea verlo”. Defermon le estará aguardando, preguntándose: “¿Qué debo hacer?”. Empezará a sentirse culpable de que la carta obre en su poder. Georges-Jacques lo obligará a doblegarse».

Había oscurecido. Ambos permanecieron sentados en silencio, con las manos entrelazadas. Gabrielle pensó en su marido, cuya imponente estatura y corpulencia impresionaba a todo el mundo, mientras recorría con las yemas de los dedos los bordes de las cuidadas uñas de Camille, sintiendo que el pulso le latía aceleradamente, como el de un animalillo.

—Georges ya no siente temor.

—Cierto, pero yo formo parte de los timoratos de este mundo.

—¿Tú, timorato? Deja de fingir, Camille. Eres tan timorato como una serpiente.

Camille sonrió y apartó el rostro.

—Antes creía que Georges no era una persona muy complicada —dijo—. Pero me equivocaba. Es muy complicado, muy sutil. Sus ambiciones sí son sencillas: poder, dinero, tierras…

—Y mujeres —apostilló Gabrielle.

—¿Por qué has dicho que se estaba destruyendo?

—No estoy segura a qué me refería. Pero en aquel momento, cuando estaba tan enfadado que echaba espumarajos por la boca y nos insultaba, lo vi con toda claridad. Georges piensa: «La gente dice que estoy corrompido, pero tan sólo le sigo el juego al sistema, soy dueño de mis actos, nada puede mancharme». Pero no es cierto. Ha olvidado lo que deseaba. Los medios se han convertido en el fin. Aunque no se dé cuenta, está corrompido. —Gabrielle se estremeció y apuró los dos dedos de vino tinto y dulzón que quedaban en la copa—. ¡Por la vida, la libertad y la felicidad!

Al cabo de un rato Danton regresó a casa. Entró en la habitación precedido por Catherine, quien sostenía unos candelabros de plata con altas velas de cera. El cuarto de estar se inundó de una luz amarillenta. La gigantesca sombra de Danton se proyectaba sobre las paredes. Se arrodilló junto al hogar y sacó unos papeles del bolsillo.

—Tenías razón —dijo, dirigiéndose a Camille—. Era un truco. Casi me sentí decepcionado.

—Hasta el juicio final resultaría pálido comparado con la escena que organizaste —respondió Camille.

—La carta obraba en poder de Defermon, tal como dijiste. Pero no había ninguna nota adjunta de mi puño y letra ni ningún recibo. Tan sólo esta carta —dijo Danton, arrojándola al fuego—. Sólo una larga lista de acusaciones por parte de De Molleville, dando al asunto un tinte siniestro. Alega que los documentos existen, pero no aporta ninguna prueba. Yo me puse a vociferar y dije: «De modo que haces más caso de la carta de un emigrado que de mi palabra, ¿eh?». El pobre Defermon no hacía sino repetir: «Tienes razón, tienes razón. ¡Dios mío!».

Camille observó cómo las llamas devoraban las hojas de papel. No me ha permitido leer la carta, pensó; ¿qué otras cosas habrá dicho De Molleville? Gabrielle cree que estamos enterados de todo, pero Georges-Jacques es muy listo.

—¿Quién fue el emisario?

—Ese gusano no lo sabía —contestó Danton—. El portero no lo reconoció.

—Con Vergniaud no te habría resultado tan fácil. Quizá no hubieras conseguido obligarle a que te la entregara. Por otra parte, quizás esos documentos existan. Quizá todavía estén en París.

—Sea como sea —contestó Danton—, no puedo hacer nada al respecto. Pero te diré una cosa: cuando De Molleville firmó esa patética carta, al mismo tiempo firmó la sentencia de muerte de Luis. No moveré un dedo para salvar a Capeto.

Gabrielle agachó la cabeza, apenada.

—Has perdido —le dijo su marido, acariciándole suavemente el cuello—. Ve a acostarte. Te conviene descansar. Camille y yo nos beberemos otra botella de vino. Estoy agotado.

Y mañana todos se comportarán como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, Danton se paseaba nervioso de un lado al otro de la habitación. Estaba pálido, aún no se había recuperado de la conmoción que le había producido la carta. Poco a poco fue recobrando el dominio de sus nervios y sus músculos, pero jamás volvería a sentirse tan seguro de sí mismo como antes. Sabía que había comenzado su declive.

V. *Un mártir, un rey, un niño*

(1793)

El juicio del Rey ha concluido. Las puertas de la ciudad se han cerrado. Un Rey nunca es inocente, según ha decidido la Convención. ¿Acaso el mero hecho de haber nacido condena a Luis?

—Es la lógica de la situación —dice Saint-Just con calma.

Son las cinco de la mañana. En una casa de la Place Vendôme, todas las luces están encendidas. Han mandado llamar a los mejores médicos de la república; también han mandado llamar a David, el artista, para que contemple a un mártir, para que observe cómo la muerte va borrando los rasgos mientras la inmortalidad los moldea a su manera. Es el primer mártir de la república, el cual percibe unas voces confusas, algunas cercanas y otras lejanas, algunas familiares y otras desconocidas; sus sentidos se disipan poco a poco mientras en una habitación contigua organizan su funeral. Se llama Michel Lepelletier, nacido noble, actualmente diputado. Nada pueden hacer ya por él; al menos, no en este mundo.

David saca sus lápices. Lepelletier es un hombre feo, sin paliativos. Sus rasgos ya han empezado a suavizarse. Yace con un brazo inerme y desnudo, como el brazo de Cristo cuando lo transportaron a la tumba. Las ropas están desgarradas y empapadas en sangre. David trata de reproducir la camisa, de vestir mentalmente al moribundo que yace en el lecho.

Unas horas antes, Lepelletier había estado cenando en el restaurante Feurier, en el Jardin de l'Égalité (tal como llamamos actualmente al Palais Royal). De improviso se le acercó un hombre —un desconocido, pero amistoso—, quizá para felicitarle por su republicana firmeza al votar a favor de la muerte de Capeto. Afable, aunque cansado tras las largas sesiones nocturnas en la cámara, el diputado se reclinó hacia atrás. Súbitamente el extraño sacó del bolsillo de su casaca un cuchillo y se lo clavó debajo de las costillas, en el lado derecho.

Lepelletier es transportado a casa de su hermano con los intestinos destrozados,

chorreando sangre, con una herida grande como un puño. «Tengo frío —murmura—. Tengo frío». Le cubren con unas mantas. «Tengo frío», repite.

Son las cinco de la mañana. Robespierre está acostado en su habitación de la rue Saint-Honoré. Ha echado el cerrojo a la puerta. Brount yace en el pasillo junto a ella, con las fauces entreabiertas, agitando de vez en cuando las patas, soñando con épocas mejores.

Las cinco de la mañana. Camille Desmoulins se levanta sigilosamente de la cama, como solía hacer en el colegio Louis-le-Grand. Danton quiere un discurso para tratar de obligar a Roland a dimitir de su cargo. Lolotte se gira, murmura unas palabras y extiende una mano. Camille la arropa y dice: «Duérmete». Danton no utilizará el discurso. Sostendrá los folios arrugados en la mano y se lo irá inventando a medida que vaya hablando… Camille no lo hace por obligación sino para ejercitar su imaginación y para matar el tiempo hasta el amanecer.

Siente el aire helado como la hoja de un cuchillo sobre su oscura piel. Atraviesa la habitación de puntillas y se lava la cara para despejarse, procurando no hacer ruido. Si Jeanette le oye, se levantará para encender la chimenea, para decirle que es propenso a resfriarse —lo cual no es cierto— y para atiborrarlo de comida. En primer lugar escribe una carta a su padre, firmada: «Tu hijo, el regicida». Luego coge otra hoja de papel y empieza a redactar el discurso. El gato de Lolotte juguetea con la pluma, observándola con recelo; Camille le acaricia el lomo mientras contempla el amanecer sobre los suburbios del este. De pronto, la llama de la vela oscila bruscamente y él se vuelve asustado. Pero está solo, rodeado por las negras siluetas de los muebles y los grabados que cuelgan en las paredes. Suavemente, como al gato, acaricia el cañón de una pequeña pistola que conserva en el cajón de la mesa. Una gélida lluvia cae sobre las enlodadas calles.

Las siete y media. En una pequeña habitación, junto a una estufa, están sentados un sacerdote y Luis el Último.

—Sobre nosotros hay un juez incorruptible… la Guardia Nacional se ha reunido… ¿Qué le he hecho a mi primo Orléans para que me persiga de esta forma…? Puedo soportarlo todo… Esas gentes ven cuchillos y venenos por todas partes, temen que me suicide… Estoy ocupado, aguarde unos minutos… Déme su última bendición, y rece para que el Señor me ayude en los instantes postreros… Entréguele mi reloj y mis ropas a Cléry, mi mayordomo…

Las diez y media de la mañana. La multitud arrebata la casaca de manos del ayudante de Sanson y la hacen jirones. En la Place de la Révolution venden tortas calientes y pan de jengibre. La gente congregada en torno al cadalso empapa unos trapos en la sangre derramada.

Lepelletier, el mártir, yace en el ataúd de cuerpo presente.

Los restos de Luis, el Rey, son rociados con cal viva.

Al final de la primera semana de febrero, Francia está en guerra contra Inglaterra, Holanda y España. La Convención Nacional promete ayuda armada a todos aquellos

que decidan alzarse contra la opresión: «Guerra contra los castillos, paz para las casas de las gentes honestas». Cambon, del comité de finanzas: «A medida que penetramos en territorio enemigo, aumentan los costes de la guerra».

En Francia escasean los alimentos y la inflación aumenta vertiginosamente. En París, la Comuna lucha contra los ministros girondinos y trata de aplacar a los militantes de las Secciones; trata de estabilizar el precio del pan a tres *sous*, y el ministro Roland no cesa de lamentarse de la mala administración del dinero público. En la Convención, la Montaña constituye tan sólo una vociferante minoría.

JACQUES ROUX, UN SANSCULOTTE, DESDE LA TRIBUNA DE LA CONVENCIÓN

Debemos garantizar las existencias de pan porque cuando deje de haber pan no habrá ley, libertad ni república.

Estallan revueltas en Lyon, Orléans, Versalles, Rambouillet, Étampes, Vendôme, Courville y aquí, en la misma capital.

DUTARD, UN EMPLEADO DEL MINISTERIO DEL INTERIOR, A PROPÓSITO DE LA GIRONDA

Pretenden establecer una aristocracia formada por ricos, comerciantes y terratenientes… Si pudiera elegir, preferiría el viejo régimen; los nobles y los sacerdotes poseían ciertas virtudes de las que estas gentes carecen. ¿Qué es lo que dicen los jacobinos? Es preciso controlar a estos individuos codiciosos y depravados. Bajo el viejo régimen, los nobles y los sacerdotes constituían una barrera que no podían atravesar. Pero bajo el nuevo régimen no existen límites para sus ambiciones; son capaces de matar al pueblo de hambre. Es necesario erigir una barrera que los contenga, y el único medio es convocar a las masas.

CAMILLE DESMOULINS, A PROPÓSITO DEL MINISTRO ROLAND

El pueblo constituye para usted tan sólo un medio necesario para organizar una insurrección; tras haber servido a la revolución, es dejado de lado, olvidado. Pretende que esas gentes se dejen conducir como ganado por quienes son más sabios que ellos y están dispuestos a molestarse en guiarlos. Toda su conducta se basa en estos repugnantes principios.

ROBESPIERRE, A PROPÓSITO DE LA GIRONDA

Se creen unos caballeros, los justos beneficiarios de la Revolución. Nosotros no somos más que chusma.

10 de febrero. A primeras horas de la mañana, Louise Gély llevó a Antoine a casa de su tío Víctor.

Los dos niños —el hijo de los Desmoulins y François-Georges, que acaba de cumplir un año— están a cargo de su nodriza, la cual se ocupa, pese al ajetreo de la jornada, de darles de comer cuando tienen hambre.

Louise regresó apresuradamente a la Cour du Commerce para comprobar que Angélique se había adueñado de su territorio.

—Creo que el parto se producirá esta noche. De modo que pórtate bien y procura no estorbar, jovencita —dijo su madre.

—Y no pongas esa cara, que estás muy fea —apostilló Angélique.

Al poco rato llegó Lucile Desmoulins. Esa nunca está fea, pensó Louise con rabia.

Lucile llevaba una falda de lana negra, un elegante chaleco y el cabello recogido con una cinta tricolor.

—¡Jesús! —exclamó, dejándose caer en un sillón y extendiendo las piernas para admirar las puntas de sus botas de montar—. Si hay algo que detesto es el melodrama que rodea a los embarazos y partos.

—Supongo que si pudieras estarías dispuesta a pagar a otra mujer para que tuviera a tus hijos —dijo Angélique con dulzura.

—Desde luego —respondió Lucile—. Creo que debería ser menos complicado.

Las mujeres intentaban mantener ocupada a Louise, impidiendo que participara en la conversación. En cierto momento oyó decir a Gabrielle, refiriéndose a ella, que era «muy amable, muy útil», lo cual hizo que se ruborizara. Le ponía violenta que hablaran de ella.

Cuando Lucile se disponía a marcharse, dijo a la señora Gély:

—Si me necesitan, acudiré inmediatamente. Gabrielle está muy agitada. Dice que tiene miedo, lamenta que Georges-Jacques no esté aquí.

—Es inevitable —respondió secamente la señora Gély—. Ha tenido que ir a Bélgica por un asunto urgente.

—De todos modos, no dejen de avisarme.

La señora Gély asintió. A sus ojos, Gabrielle era una chica dulce y piadosa a la que Lucile, que era poco menos que una prostituta, había traicionado.

Gabrielle expresó el deseo de descansar un rato, y Louise regresó de mala gana a la pequeña y sombría vivienda de sus padres. A media tarde, cuando ya había oscurecido, se sentó en el cuarto de estar, pensando en Claude Dupin. Si Lucile supiera que este se le había declarado, que quizá se convertiría pronto en su esposa, no la trataría como si fuera una imbécil.

Su madre había sonreído de forma condescendiente, pero en el fondo estaba entusiasmada. Claude Dupin era un excelente partido. Cuando cumplas los dieciséis años, le dijo, hablaremos de ello. A los quince se es demasiado joven para pensar en el matrimonio. Sólo los aristócratas se casan a esa edad.

Claude Dupin tenía veinticuatro años, pero ya era (según había informado a Louise su padre) secretario general del *département* del Sena, aunque eso a ella le tenía sin cuidado. Aparte de otras cualidades, era un joven muy apuesto.

Hacía quince días lo había llevado a casa de Gabrielle, para presentárselo. Gabrielle lo encontró muy amable y educado. Pese a la proverbial reserva de su amiga, Louise había leído en sus ojos una expresión de aprobación y deseaba charlar al día siguiente a solas con ella sobre Claude Dupin y formularle un montón de

preguntas. Si Gabrielle estaba a su favor, si Claude le había caído bien, Louise le pediría que hablara con sus padres para intentar convencerlos de que era lo suficiente madura para tener novio. No quería esperar. La vida era muy corta.

Pero cuando todo discurría de forma amable y civilizada, de repente irrumpió el ciudadano Danton acompañado de sus amigos. Tras las debidas presentaciones, el ciudadano Fabre dijo:

—Así que esta es la niña prodigio, la famosa jovencita que ya es una experta administradora. Vaya, vaya…

Luego observó fijamente a Claude a través del monóculo.

El ciudadano Hérault miró a Claude Dupin como si no acabara de comprender de quién se trataba.

—Querida Gabrielle —dijo Hérault, dándole un beso.

A continuación se sentó, se sirvió una copa del mejor coñac de Danton y se dispuso a relatarles algunas anécdotas sobre Luis Capeto, al que, por supuesto, conocía íntimamente. Al cabo de un rato Camille, que estaba sentado en una esquina del sofá, con la cabeza apoyada en el hombro de Gabrielle, lo interrumpió.

—Hace tiempo que ardo en deseos de conocerlo, Dupin —dijo, dirigiendo al joven una lánguida mirada.

El ciudadano Danton sometió a Claude Dupin a un implacable interrogatorio sobre los asuntos del *département*, Gabrielle no se lo reprochaba, así era como solía trabajar. Claude Dupin ofreció unas respuestas claras e inteligentes; cada vez que decía algo particularmente interesante, el ciudadano Camille cerraba los ojos y se estremecía de placer. «Tan joven y un experto burócrata», observó Fabre. Louise pensó que si Gabrielle la estimaba debería inducir al ciudadano Camille a retirar la cabeza de su hombro y dejar de mostrarse sarcástico. Pero Gabrielle, que parecía divertirse de lo lindo con aquella situación, pasó el brazo por los hombros del ciudadano Camille y lo miró con afecto.

En cuanto entraron en la habitación —Louise no podía negarlo— Claude Dupin pareció encogerse. En cuanto hubo respondido a las preguntas de Danton, este dejó de interesarse en él. A partir de ese momento, Claude Dupin apenas consiguió meter baza en la conversación.

Al cabo de unos minutos, Louise decidió que había llegado el momento de marcharse a casa.

—No os vayáis tan pronto —le rogó el ciudadano Fabre—. Camille lo está pasando divinamente.

Louise miró a Danton, el cual, a su vez, la observó imperturbable.

Louise, torpemente, le relató a su madre ese desagradable episodio.

—No sé si Claude es el hombre que me conviene. ¿Me comprendes?

—No —contestó ella—. La semana pasada me suplicaste de rodillas que te permitiera casarte con él, y ahora dices que te parece insignificante al lado de esa pandilla de sinvergüenzas que conociste en casa de los Danton. Debimos obligarte a

permanecer en casa, para evitar que te mezclaras con esa gentuza.

El padre de Louise recordó suavemente a su madre que debía su vida al ciudadano Danton.

En estos momentos el doctor Souberbielle estaba examinando a Gabrielle y acababa de llegar la comadrona.

—Sé el aprecio que sientes por Gabrielle —dijo Angélique Charpentier a Louise, que subía y bajaba cada cinco minutos—, pero es preferible que te marches, créeme. Todo irá bien. Ve a acostarte. Por la mañana habrá nacido la criatura y podrás jugar con ella.

Louise regresó de nuevo a su casa. Estaba furiosa. Gabrielle es mi amiga, pensó. Yo soy su mejor amiga; no tengo la culpa de tener quince años; debería estar junto a ella. Es a mí a quien quiere a su lado. Me pregunto dónde estará esta noche el ciudadano Danton, y con quién. No soy tan tonta como imaginan.

Las diez. Su madre asomó la cabeza y dijo con cierto tono de aprehensión:

—¿Quieres bajar, Louise? La señora Danton desea verte.

¡Por fin! Louise bajó precipitadamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—No lo sé —respondió su madre—. ¿Estás preparada?

—Desde luego.

—Te advierto que Gabrielle no se encuentra bien. El parto se presenta complicado. Ha sufrido unas convulsiones. La situación se ha agravado.

Louise echó a correr y se topó con la comadrona cuando esta salía de la habitación de la parturienta.

—No me parece oportuno que la niña la vea —dijo la comadrona a su madre—. No puedo responder…

—Se lo he prometido —contestó Louise—. Le dije que estaría con ella. Que si le sucedía algo malo, me ocuparía de los niños.

—¿Eso le dijiste? No debes hacer promesas que no puedas cumplir —le reprendió su madre, propinándole un capón.

A medianoche, Louise abandonó la vivienda de Gabrielle y subió a su casa.

Se tendió en la cama, medio vestida, y cerró los ojos. En su mente seguía viendo los solemnes rostros de las mujeres. Lucile sentada en el suelo, con aire serio y entristecido, sin quitarse las botas de montar, y sosteniendo la mano de Gabrielle.

Al cabo de un rato, Louise se quedó dormida. Que Dios me perdone, pensó más tarde, pero al dormirme olvidé todo cuanto había sucedido y soñé cosas intrascendentes. El ruido del tráfico la despertó a la mañana siguiente. Era el 11 de febrero. El edificio estaba muy silencioso.

Louise se levantó, se lavó y se vistió. Luego se asomó al dormitorio de sus padres. Su padre estaba roncando, y el lado del lecho que ocupaba su madre estaba intacto. Tras beberse medio vaso de agua y peinarse, bajó las escaleras apresuradamente. En el descansillo se encontró con la señora Charpentier.

—Señora… —dijo Louise.

Angélique iba envuelta en una capa, con la espalda encorvada y la cabeza gacha. Pasó junto a Louise sin detenerse, como si no la hubiera visto. Tenía la mirada ausente. Al alcanzar la escalera se volvió y la miró en silencio.

—La hemos perdido —dijo al cabo de unos instantes—. He perdido a mi hijita.

Tras esas palabras, salió. Afuera estaba lloviendo.

En casa de los Danton hacía frío, pues aún no habían encendido la chimenea. La nodriza de los niños estaba sentada en un taburete en un rincón, dando de mamar al hijo de Lucile Desmoulins. Al entrar Louise, alzó la vista y cubrió el rostro del niño con gesto protector.

—Será mejor que te vayas —le dijo, como si no la reconociera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Louise.

—¿Eres la niña que vive arriba? ¿No te has enterado? Ha fallecido a las cinco. Pobre mujer, siempre fue muy buena conmigo. Que Dios la tenga en su gloria.

Louise se quedó helada.

—¿Y el niño? —preguntó—. Le dije que me ocuparía de sus hijos si ella…

—Es un varón. Ojalá me equivoque, pero creo que no vivirá mucho tiempo. Una amiga, que vive cerca de mi casa, se encargará de él. La señora Charpentier está de acuerdo.

—Muy bien —respondió Louise—. ¿Dónde está François-Georges?

—Con la señora Desmoulins.

—Iré a buscarlo.

—Deja que descanse durante un par de horas.

Se lo prometí, pensó Louise. En aquel momento comprendió que los niños no eran unos vínculos morales sino seres de carne y hueso, frágiles, impacientes, con unas necesidades que ella no podía satisfacer.

—El marido de la señora Danton no tardará en regresar a casa —dijo la nodriza —. No te preocupes. Él se encargará de dar las instrucciones oportunas.

—Usted no lo comprende —contestó Louise—. La señora me pidió que cuidara de sus hijos. Debo cumplir mi promesa.

Danton tardó algunos días en recibir la noticia. El 16 de febrero, cinco días después de fallecer su esposa, regresó a casa. Habían enterrado a Gabrielle apresuradamente, sin darles tiempo a embalsamarla. Habían aguardado instrucciones de Georges-Jacques, pero al no dar este señales de vida habían desistido de ponerse nuevamente en contacto con él, temiendo provocar un ataque de ira y

remordimientos.

Los vestidos de Gabrielle colgaban inermes en el ropero, como víctimas de inenarrables torturas. Bajo el viejo régimen, algunas mujeres habían sido quemadas vivas, y muchos hombres habían muerto sobre el potro de tortura. Danton se preguntó si habían sufrido más que ella. No podía adivinarlo. Nadie quería decírselo. Nadie quería entrar en detalles. Los cajones, en esa casa mortuoria, exhalaban un leve aroma floral. Lo armarios estaban perfectamente ordenados. Gabrielle solía llevar un inventario de la vajilla. Dos días antes de su muerte había roto una taza. En una fábrica de Sèvres habían diseñado un nuevo modelo de servicio de café. Mientras uno tomaba una tacita de moca podía contemplar la cabeza de Capeto, chorreando gotitas doradas de sangre, sostenida por la mano dorada de Sanson.

La doncella halló un pañuelo de Gabrielle bajo el lecho en el que había fallecido. Danton encontró en su mesa un anillo que ella había extraviado hacía tiempo. Un día se presentó un vendedor con tejidos que ella le había encargado. Cada día sucedía algo que venía a rematar una tarea a medio hacer. En cierta ocasión Danton encontró una novela con un marcador entre sus páginas, tal como lo había dejado ella.

Y así termina la historia de Gabrielle.

VI. *Una historia secreta*

(1793)

El niño aún vivía, pero Danton no quiso verlo ni hizo ningún comentario sobre quién debía ocuparse de él. Sobre su mesa yacían numerosas cartas de pésame. Al abrirlas, pensó que los autores de las mismas eran unos hipócritas pues sabían lo que le había hecho a su esposa. Le escribían como si no supieran nada, para hacerse notar, para que no olvidara sus nombres.

La carta de Robespierre era larga y emotiva. Iba desde lo personal hasta lo político —lógico, tratándose de Max— y luego —lógico tratándose de Max— regresaba de nuevo a lo personal. «Soy tu amigo más leal, y lo seré hasta que muera. A partir de este momento debemos permanecer más unidos que nunca…», etcétera. Incluso en su presente estado, Danton lo consideró una exageración y le extrañó lo afectado que parecía Robespierre por lo sucedido.

Camille no le escribió ninguna carta. Fue a verlo y permaneció sentado en silencio, con la cabeza inclinada, mientras Danton hablaba sobre el pasado, sollozando amargamente, y arremetiendo de vez en cuando contra él. No sabía por qué se encontraba en la línea de fuego, ni por qué su carrera y su persona eran sometidas a tan duras críticas, pero al parecer servía a Danton para desahogarse. Al fin, agotado, Danton se quedó dormido, cosa que no había hecho en varios días. Gabrielle rondaba por el estudio empapelado en rojo, por el comedor octagonal, donde los empleados de Danton solían trabajar al principio de mudarse, y por el dormitorio, donde ocupaban lechos separados, cuya distancia entre ambos se hacía cada vez más pronunciada.

Danton leyó el diario que Gabrielle escribía esporádicamente, en cuyas páginas aparecía expuesta la mecánica de su propio pasado. Para evitar que otras personas lo leyeran decidió quemarlo, arrojando al fuego sus páginas de una en una y observando cómo eran devoradas por las llamas. Louise permanecía sentada en un rincón de la casa, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada. Danton apenas reparó en su

presencia. El 3 de marzo partió de nuevo para Bélgica.

Marzo fue un mes trágico. En Holanda los diezmados ejércitos sufrieron una grave derrota. En la Vendée la insurrección degeneró en una guerra civil. En París la multitud saqueó los comercios y destrozó las prensas girondinas. Hébert exigió la cabeza de todos los ministros y generales.

El 8 de marzo Danton subió a la tribuna de la Convención. Los patriotas se quedaron impresionados al verlo aparecer pálido, ojeroso, visiblemente agotado. En ocasiones, al referirse a la traición y la humillación que había experimentado, el dolor apenas le permitía hablar; en cierto momento se detuvo y miró a sus colegas fijamente, tocándose la cicatriz que le atravesaba la mejilla. Entre las tropas había visto mala fe, incompetencia y negligencia. Exige que envíen de inmediato unos refuerzos masivos. Los ricos de Francia deben sufragar los gastos de la liberación de Europa. Es preciso implantar un nuevo impuesto con carácter urgente. Los conspiradores contra la República deben ser juzgados por un Tribunal Revolucionario, cuyas sentencias no podrán recurrirse.

De pronto preguntó una voz:

—¿Quién mató a los presos?

La Convención estalló en gritos y cánticos de *septembriseur*, haciendo temblar las paredes. Los diputados de la Montaña se alzaron a una de sus asientos. El presidente gritó pidiendo orden e hizo sonar la campana. Danton permaneció inmóvil, de cara a las galerías ocupadas por el público, con los puños crispados. Tan pronto como se restableció el orden, reanudó su discurso:

—De haber existido dicho tribunal en septiembre, los hombres a quienes se ha reprochado tan insistente y duramente ser los causantes de esos hechos no hubieran tenido que mancharse las manos de sangre. Su reputación y su buen nombre no me importan. Llamadme sanguinario si así lo deseáis. Estoy dispuesto a beber la sangre de los enemigos de la humanidad, si con ello consigo que Europa sea libre.

—Te expresas como un rey —dijo la voz de un girondino.

—Y tú como un cobarde —replicó Danton.

Habló durante casi cuatro horas. Afuera se había congregado una gran multitud que lo aclamaba enfervorecida. Los diputados, en pie, no cesaban de aplaudirle. Incluso Roland y Brissot se habían puesto en pie, como si se dispusieran a huir. Fabre gritó de pronto:

—¡Un discurso magistral! ¡Un discurso magistral!

La Montaña se precipitó sobre él, mientras sonaban aplausos y vítores ensordecedores. El doctor Marat se acercó a él abriéndose paso a duras penas entre los numerosos partidarios que rodeaban a Danton, como un gusano ávido de participar en el festín.

—Este es tu momento, Danton —le dijo.

—¿Para qué? —preguntó Danton fríamente.

—Para instituir una dictadura. Todo el poder está en tus manos.

Danton se volvió. En aquel momento los diputados se apartaron respetuosamente para dejar paso a Robespierre. Cada vez que regreso a casa, pensó Danton, advierto que su popularidad ha aumentado. Robespierre tenía las mandíbulas apretadas y presentaba un aspecto tenso, envejecido. Pero al hablar lo hizo en voz baja, con serenidad:

—Deseaba ir a verte pero no quería importunarte. Nunca sé qué decir en estas circunstancias, y nuestra amistad no es tan estrecha como para que sobren las palabras entre nosotros. Lo lamento.

Danton apoyó una mano en su hombro y respondió:

—Gracias, amigo mío.

—Te escribí una carta, aunque sé que en estos momentos las cartas no sirven de ningún consuelo. Sólo quería que supieras que puedes contar conmigo.

—Lo sé.

—No existe ninguna rivalidad entre los dos. Sostenemos las mismas ideas políticas.

—¿Oyes cómo me aclaman? —preguntó Danton—. Hace tan sólo unas semanas me escupían en la cara por no mostrarles las cuentas del ministerio.

En aquel momento se acercó Fabre, que había procurado informarse sobre las reacciones que había suscitado el discurso que Danton había pronunciado.

—La Gironda está dividida sobre el asunto del Tribunal Revolucionario —dijo—. Brissot te apoyará, lo mismo que Vergniaud. Roland y sus amigos se oponen.

—Han abandonado el republicanismo —respondió Danton—. Lo único que les interesa es destruirme.

Los diputados seguían acercándose para felicitarle. Fabre hacía reverencias a diestro y siniestro, como si fuera el artífice del discurso. Collot, el actor, gritaba con su bilioso rostro contraído por la emoción:

—¡Bravo, Danton! ¡Bravo!

Robespierre se retiró discretamente, mientras seguían sonando los aplausos. Afuera, la muchedumbre le reclamaba insistentemente. Danton se pasó la mano por la cara. Tras no pocos esfuerzos, Camille había conseguido acercarse a él. Al verlo, Danton le echó un brazo sobre los hombros y dijo:

—Vamos a casa, Camille.

Louise mantuvo los oídos bien abiertos. Tan pronto como se enteró de que Danton había regresado a París, bajó y dio instrucciones a Marie y Catherine. Los niños estaban en casa de Victor Charpentier; quizás era mejor que su padre no los viera todavía. Louise decidió prepararle la cena, independientemente de la hora a la que llegara, y recibirlo personalmente. Su madre bajó cinco veces a buscarla.

—¿Qué te propones? —le espetó—. No permitiré que tengas nada que ver con ese bruto.

—Puede que sea un bruto, pero sé que a Gabrielle le hubiera complacido que tratara de hacerle la vida más cómoda.

Louise se sentó en el sillón de Gabrielle, resuelta a conjurar a su espíritu. Desde aquí, pensó, Gabrielle había visto varios gobiernos irse a pique. Desde aquí había presenciado la caída de la monarquía. Había sido una mujer sencilla, una típica ama de casa, que sin embargo había convivido con unos hombres sanguinarios.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Danton entró en su casa para mudarse de ropa. Al ver a Louise, pálida, dormida en el sillón de Gabrielle, se sobresaltó. La transportó en brazos hasta el sofá y la cubrió con una manta. Louise no se despertó. Luego cogió lo que necesitaba y se fue.

En casa de los Desmoulins, Lucile se hallaba en la cocina, preparando café. Camille estaba sentado ante su mesa, redactando el boceto de un discurso que Danton iba a pronunciar aquel día en la Convención.

—Me complace este ambiente sosegado e industrioso —dijo Danton, ciñendo a Lucile por la cintura y besándola en el cuello.

—Me alegra comprobar que has reanudado tu rutina habitual —dijo Camille.

—Esa niña, la hija de los Gély, me estaba esperando en casa. Se había quedado dormida en un sillón.

—¿Ah, sí? —Lucile y Camille se miraron. Las palabras sobraban entre ellos, pues habían conseguido perfeccionar otros medios de comunicación.

10 de marzo. Hacía un frío tan intenso que incluso costaba respirar. Claude Dupin fue a casa de los Gély para formalizar su compromiso con Louise. Su padre le dijo que aunque esta era muy joven, estaban dispuestos a permitir que contrajeran matrimonio ese mismo año. La situación había cambiado, y el señor Gély confesó a Claude:

—Queremos que nuestra hija viva en otro ambiente. Louise ve y oye muchas cosas que no convienen a una jovencita de su edad. La muerte de su amiga ha supuesto un duro golpe para ella. Los preparativos de la boda la distraerán.

—Lo lamento —dijo Louise a Claude Dupin—, pero no puedo casarme contigo. Al menos por ahora. ¿Estás dispuesto a aguardar un año? Prometí a una amiga que ha muerto que me ocuparía de sus hijos y debo cumplir mi palabra. Si fuera tu esposa tendría otras obligaciones y viviría en otra calle. Creo que, dada la forma de ser del ciudadano Danton, no tardará en hallar una nueva esposa. Cuando esos niños tengan una madrastra, podré casarme contigo.

Claude Dupin la miró estupefacto. Había creído que todo estaba arreglado.

—No alcanzo a comprenderlo —respondió—. Gabrielle Danton me pareció una mujer sensata. ¿Cómo es posible que te permitiera hacerle semejante promesa?

—No lo sé —contestó Louise—. Pero el caso es que lo hizo.

Dupin asintió.

—Muy bien —dijo—, sigo sin comprenderlo, pero haremos lo que tú quieras. Esperaré. Una promesa es una promesa, aunque no esté de acuerdo con ella. Sólo te ruego que procures mantenerte alejada de Georges Danton.

Louise estaba preparada para la inevitable confrontación con sus padres. Cuando Claude Dupin se hubo ido, su madre rompió a llorar y su padre la miró con aire solemne, como si se sintiera profundamente apenado por todos. Su madre dijo que era un estúpida y se enfadó con ella.

—¡No me vengas con que has hecho una promesa! —gritó, agarrándola por los hombros y zarandeándola—. Estás enamorada de uno de esos canallas, reconócelo. ¿De quién se trata? ¿Es ese periodista?

—No temas pronunciar su nombre —replicó Louise—, no se trata del demonio.

De pronto vio a Gabrielle sentada en el sofá, viva, risueña, con su hinchada mano apoyada en el hombro de Camille, y Louise sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Eres una golfa! —dijo su madre, propinándole un bofetón.

Era la segunda vez que le pegaba aquel mes. El ambiente de casa empieza a parecerse al de abajo, pensó Louise.

—¿Se marcha de nuevo a Bélgica? —preguntó Louise a Danton.

—Confío en que sea la última vez. Me necesitan en la Convención.

—¿Desea que los niños regresen a casa?

—Sí. Los sirvientes se ocuparán de ellos.

—No quiero dejarlos en manos de los sirvientes.

—Te agradezco lo que has hecho por mis hijos, pero eres demasiado joven para cargar con tanta responsabilidad. Deberías divertirte con tus amigos.

Danton se preguntó qué hacía una respetable joven de quince años para divertirse.

—Los niños están acostumbrados a mí —contestó Louise—. Me gusta cuidarlos. ¿Qué es lo que va a hacer en Bélgica?

—Voy a entrevistarme con el general Dumouriez.

—¿Por qué?

—Es algo complicado. Algunas de las cosas que ha hecho el general últimamente no son propias de un revolucionario. Por ejemplo, montamos unos clubes jacobinos en toda Bélgica, y él los ha cerrado. La Convención quiere saber el motivo. Si Dumouriez no es un patriota, tendrá que ser arrestado.

—¿Que no es un patriota? ¿Qué es entonces? ¿Partidario de los austriacos o del Rey?

—El Rey ya no existe.

—Sí que existe. Está en la cárcel. El Delfín es ahora el Rey.

—No, no es más que un niño.

—En tal caso, ¿por qué lo han encerrado?

—¡Qué niña tan testaruda! ¿Te interesa la política? ¿Lees los periódicos?

—Sí.

—Entonces debes de saber que los franceses han decidido abolir la monarquía.

—No, lo ha decidido París, que es muy distinto. Por eso ha estallado la guerra civil.

—Los diputados de todo el país votaron a favor de abolir la monarquía.

—Pero no han permitido que se celebre un referéndum. No se han atrevido.

—¿Son esas acaso las opiniones que te han inculcado tus padres? —preguntó enojado Danton.

—Mi madre opina como yo. Mi padre no opina. Le gustaría hacerlo pero no se atreve.

—Te recomiendo que te andes con cuidado. En estos tiempos no es aconsejable ser monárquico.

—¿Acaso no puedo expresar lo que pienso? Yo pensaba que la libertad de expresión estaba recogida en la Declaración de los Derechos del Hombre.

—Nadie te impide expresar tu opinión, pero estamos en guerra, y no puedes manifestar unas opiniones desleales o sediciosas. ¿Lo has comprendido?

Louise asintió.

—Debes tener presente quién soy.

—No es fácil que olvide quién es usted, ciudadano Danton.

—Acércate. Trataré de explicártelo —dijo él.

—No.

—¿Por qué?

—Mis padres me han prohibido estar a solas con usted.

—Sin embargo, ahora está a solas conmigo. ¿Acaso temen que te convierta en una pequeña jacobina?

—No son mis ideas políticas lo que les preocupa, sino mi virginidad.

Danton sonrió.

—¿Me toman por un canalla?

—Creen que está acostumbrado a hacer siempre lo que le viene en gana.

—¿Me creen capaz de abusar de una jovencita?

—Sí.

—Pues diles de mi parte que jamás he intentado forzar a una mujer —replicó Danton—, pese a las provocaciones de cierta hermosa joven que vive cerca de aquí. Díselo a tu madre, ella sabe a lo que me refiero. ¿Sólo me temen a mí, o te han prevenido también contra Camille? Te aseguro que si estuvieras a solas con Camille, este consideraría que su patriótico deber era desvirgarte.

—¿Desvirgarme? ¡Menuda expresión! —exclamó Louise—. Pensaba que Camille se había acostado con su suegra.

—¿De dónde has sacado eso? —le espetó furioso Danton—. Lamento que tus padres tengan una opinión tan pobre de mí. Hace apenas un mes que ha fallecido mi

esposa. ¿Es que me toman por un monstruo?

Eso es exactamente lo que piensan de ti, se dijo Louise.

—¿Ha renunciado a perseguir a las mujeres? —preguntó.

—No para siempre, sólo de momento.

—¿Le parece eso correcto y moral?

—Demuestra que respeto a mi difunta esposa.

—Le hubiera demostrado más respeto siéndole fiel cuando vivía.

—Será mejor que dejemos el tema.

—De acuerdo. Seguiremos hablando cuando regrese de Bélgica.

Danton partió de París el 17 de marzo, acompañado por el diputado Lacroix. Después de varios viajes a Bélgica, ambos habían llegado a conocerse bastante bien; Danton hubiera podido informar a Gabrielle de todo cuanto deseara saber acerca de su compañero de viaje.

El 19 de marzo llegaron a Bruselas; pero cuando se reunieron con Dumouriez, este había perdido una batalla en Neerwinden. Lo hallaron luchando en la retaguardia. «Me reuniré con vosotros en Lovaina», les dijo.

—¿En qué consiste la Convención? —preguntó el general irritando a Danton aquella noche—. En trescientos imbéciles conducidos por doscientos canallas.

—Te ruego que moderes tu lenguaje —contestó Danton.

El general lo miró fijamente. Durante unos instantes se vio ensartado en su espada, pero no llevaba toga.

—Al menos —dijo Danton—, deberías escribir una carta a la Convención comprometiéndote a ofrecerles una detallada explicación sobre tu conducta, sobre las razones que te llevaron a cerrar los clubes jacobinos y tu negativa a colaborar con los representantes de la Convención. Y sobre tu derrota.

—¡Maldita sea! —exclamó Dumouriez—. Me prometieron treinta mil hombres. Son ellos quienes deben escribirme una carta explicándome qué ha sido de los soldados que me habían prometido.

—¿Sabes que ciertos miembros del Comité de Salvación Pública opinan que deberían arrestarte? El diputado Lebas, un joven a quien Robespierre tiene en gran estima, ha censurado abiertamente tu conducta. También lo ha hecho David.

—¿De qué comités me hablas? —replicó el general—. Que lo intenten si se atreven. Me protegen mis ejércitos. ¿Qué va a hacer David? ¿Golpearme con un pincel?

—Te aconsejo que no te lo tomes a broma, general. Piensa en el Tribunal Revolucionario. No creo que los jueces hagan ninguna distinción entre el fracaso y la traición, y tú acabas de perder una importante batalla. Ten cuidado con lo que dices, porque he venido aquí para juzgar tu actitud e informar a la Convención y al comité General de Defensa.

—Creí que éramos buenos amigos, Danton —respondió el general, perplejo—. Hemos trabajado juntos… Apenas te reconozco. ¿Qué sucede?

—No lo sé. Quizá sean los efectos de una prolongada abstinencia sexual.

El general observó detenidamente a Danton, pero su expresión no revelaba nada. Al cabo de unos minutos se volvió, mascullando:

—¡Al carajo con los comités!

—Los comités son muy eficaces, general, según hemos podido comprobar. Si todos los miembros colaboran, y trabajan duro, podemos conseguir muchas cosas. Los comités no tardarán en dirigir la Revolución. Los ministros ya actúan a sus órdenes. Actualmente, el cargo de ministro carece de importancia.

—Tengo entendido que se ha impedido a los ministros acudir a la Convención.

—Una medida provisional. La multitud les obligó a encerrarse en el Ministerio de Asuntos Exteriores para impedir que intervinieran en el debate. Por cierto que el ministro de la Guerra demostró el enérgico temple de un soldado y huyó saltando un muro.

—Esto no es una broma —dijo el general—. Esto es anarquía.

—Sólo pretendía ponerte al día —respondió Danton.

Dumouriez, desolado, se desplomó en un sillón y apoyó la frente en las manos.

—Estoy acabado —dijo—. A mi edad hay que ir pensando en la jubilación. ¿Cómo están las cosas en París, Danton? ¿Cómo están mis queridos amigos? Por ejemplo, Marat.

—El doctor está como siempre. Un poco más amarillento, y quizá más encogido. Toma unos baños especiales para calmar sus dolores.

—Eso ya es un adelanto —murmuró el general—. Cualquier tipo de baño le sentaría bien.

—En ocasiones, esos baños especiales le retienen en casa. Me temo que no han logrado mejorar su carácter.

—¿Camille sigue tratándolo?

—Sí. Disponemos de una línea de comunicación. Es necesaria; su influencia sobre la gente no tiene rival. Hébert sueña con alcanzar un día la popularidad de Marat. Pero la gente no es idiota.

—¿Y el joven ciudadano Robespierre?

—Ha envejecido. Trabaja mucho.

—¿Se ha casado con aquella chica tan torpe?

—No, es su amante.

—¿De veras? —preguntó el general Dumouriez arqueando una ceja—. Bueno algo es algo, supongo. Un soltero como él, podría haberlo pasado estupendamente… Es una tragedia, Danton, una verdadera tragedia. Supongo que no formará parte de ninguno de esos comités…

—No. Lo han elegido varias veces, pero él siempre rechaza el nombramiento.

—Es curioso. No tiene madera de político. Jamás he conocido a nadie menos

aficionado al poder que él.

—Tiene mucho poder, aunque no oficial.

—Ese joven me desconcierta. Supongo que a ti también. En fin, dejemos eso. ¿Cómo está la hermosa Manon?

—Enamorada, según dicen las malas lenguas. Dicen que las mujeres enamoradas suelen ser dulces y tiernas, pero deberías oír los discursos que escribe para sus amigos de la Convención.

—¿Y tu pequeño hijo? ¿Consiguió sobrevivir?

—No.

—Lo lamento sinceramente. Escucha, Danton, debo decirte algo. Pero necesito confiar en ti.

—Yo también te amo.

—Ahora eres tú quien se permite el lujo de bromear. Pon atención. Roland me escribió una carta pidiéndome que diera media vuelta y regresara con mis ejércitos a París para restaurar el orden en la capital y aplastar a cierta facción. Deduzco que se refería a los jacobinos. Quería que aplastara a Robespierre. Y a ti.

—¿Aún conservas la carta?

—Sí, pero no puedo entregártela. No te he confiado eso para que conduzcas a Roland ante el Tribunal Revolucionario, sino para demostrarte mi lealtad.

—¿Te sentiste tentado a intentarlo?

—¿Cómo están tus amigos en Bretaña, ciudadano Danton?

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Danton, no te hagas el tonto. Tienes contactos con los rebeldes emigrados a Bretaña. Mantienes lazos de amistad con ellos por si consiguen sus fines. Tienes amigos en los escaños girondinos y en la Cámara de los Comunes. Tienes hombres en los ejércitos y en todos los ministerios, y has recibido dinero de todas las cortes europeas. —Dumouriez apoyó la barbilla en las manos y lo miró fijamente—. No se ha producido ningún acontecimiento en Europa en estos últimos tres años en los que no hayas participado de algún modo. ¿Cuántos años tienes, Danton?

—Treinta y tres.

—¡Caramba! Bueno, supongo que las revoluciones las hacen los jóvenes.

—¿A dónde quieres ir a parar, general?

—Regresa a París y prepara la ciudad para la entrada de mis tropas. Prepáralos para una monarquía, una monarquía que, por supuesto, estará sometida a la constitución. El pequeño Delfín se sentará en el trono, Orléans será regente hasta la mayoría de edad de aquel. Es lo mejor para Francia, lo mejor para mí y lo mejor para ti.

—No.

—¿Qué te propones?

—Regresaré y acusaré a Roland y a Brissot. Los expulsaré de la Convención. Robespierre y yo uniremos nuestros talentos y nuestra influencia y lucharemos para

alcanzar un acuerdo de paz. Pero si Europa se niega a firmar la paz, levantaré a toda la nación en armas.

—¿De veras crees que puedes expulsar a los girondinos de la Convención?

—Desde luego. Puede que me lleve algunos meses, pero lo conseguiré. El terreno está abonado.

—¿No estás cansado?

—Estoy más que cansado. Desearía abandonarlo todo.

—No te creo.

—Como gustes.

—La República ha cumplido seis meses y ya se está desmembrando. Carece de una fuerza de cohesión; sólo la monarquía posee esa fuerza. ¿No lo entiendes? Necesitamos a la monarquía para unir al país. Luego podremos ganar la guerra.

Danton sacudió la cabeza.

—Los ganadores ganan dinero —dijo Dumouriez—. Pensaba que te gustaba el dinero.

—Mantendré la República —afirmó Danton.

—¿Por qué?

—Porque es lo más honesto.

—¿Honesto? ¿Con gentes como vosotros?

—Puede que esté salpicada de corrupción, pero en general la República es una empresa honesta. Sí, estoy yo, Fabre, Hébert, pero también está Camille. En 1789 Camille hubiera sacrificado su vida por la República.

—En 1789 Camille no tenía nada que perder. Pregúntale ahora, que tiene dinero, poder, fama, si está dispuesto a sacrificar su vida.

—Y está Robespierre.

—Ah, sí, Robespierre… No dudo que estaría dispuesto a morir con tal de huir de la hija del carpintero.

—Eres un cínico, general. Allá tú. Pero te garantizo que haremos una nueva constitución, distinta de cuantas existen en el mundo, en la que estará previsto que todas las personas asistan a la escuela y tengan trabajo.

—Jamás conseguiréis ponerlo en práctica.

—No, pero incluso la esperanza es una virtud. Además, añadirá lustre a nuestros nombres.

—Al fin he descubierto tu auténtica naturaleza, Danton. Eres un idealista.

—Debo acostarme, general. Me aguarda un largo viaje.

—Así pues, en cuanto llegues a París te dirigirás directamente a la Convención, para denunciarme. O a uno de sus comités.

—Sabes perfectamente que no me dedico a denunciar a los amigos. Aunque sin duda otros lo harán.

—Pero debes presentar un informe a la Convención.

—Tendrán que reprimir su impaciencia hasta que esté listo para entregárselo.

El general se puso en pie y dijo bruscamente:

—Buenas noches, ciudadano Danton.

—Buenas noches, general.

—¿No cambiarás de parecer?

—Buenas noches.

París, el 23 de marzo.

—Silencio —dijo Danton.

—Me alegro de que haya regresado —contestó Louise.

—No hagas ruido. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, miraba a través de la ventana.

—¿Por qué?

—Tenía el presentimiento de que estaba a punto de llegar.

—¿Me han visto tus padres?

—No.

En aquel momento apareció Marie.

—Disculpe, señor, no sabía que estuviera aquí —dijo la criada, cubriéndose la boca con las manos.

—¿Qué sucede? —preguntó Louise.

—Es un secreto. Supongo que te gustan los secretos. ¿Están ya acostados los niños?

—Por supuesto, son más de las nueve. ¿A qué secreto se refiere? ¿A que ya ha regresado?

—Sí. Tienes que ayudarme a esconderme.

Danton observó con satisfacción la expresión de asombro que se pintó en el rostro de Louise.

—¿Se ha metido en un lío?

—No. Pero si descubren que he vuelto, tendré que acudir inmediatamente a la Convención. Quiero dormir veinticuatro horas. No quiero saber nada de la Escuela de Equitación, ni de los comités ni de política.

—Necesita descansar. ¿Pero no debería informarles sobre su entrevista con el general Dumouriez?

—Ya lo haré más tarde. Ayúdame a ocultarme.

—No es fácil ocultar a un hombre de sus dimensiones.

—Pero podemos intentarlo.

—De acuerdo. ¿Tiene hambre?

—Una escena doméstica realmente encantadora —murmuró irónicamente Danton. Luego se dejó caer en un sillón y se cubrió los ojos con las manos—. En estos momentos no sé qué hacer… El único modo en que puedo honrar su nombre es defendiendo las ideas que ella no compartía… Aunque no estábamos de acuerdo en

todo, lo más importante para ella era la verdad. Por defender esa verdad me alejé de ella, de las cosas en las que ella creía y aceptaba… —De pronto rompió a sollozar—. Perdóname —dijo.

Louise apoyó una mano en el respaldo del sillón.

—Supongo que la amaba —dijo—. Aunque a su manera.

—Sí, la amaba mucho —contestó Danton—. Muchísimo. Durante un tiempo creí que no la amaba, pero ahora comprendo que estaba equivocado.

—Si es cierto que la amaba, ciudadano Danton, ¿por qué pasaba las noches en los lechos de otras mujeres?

Danton la miró unos instantes.

—Por lujuria. Por vanidad. Supongo que me consideras un tipo grosero, insensible. Basta, no tolero este interrogatorio.

—No pretendía ser cruel. Pero no debe lamentarse de algo que jamás existió. Todo había muerto entre ustedes…

—No es cierto.

—Sí. Ella me lo contaba todo. Se sentía sola, asustada. Temía que quisiera divorciarse de ella.

Danton la miró atónito.

—¡Si jamás había pensado tal cosa! ¿Por qué iba a divorciarme de ella?

—No lo sé. Usted gozaba de todas las ventajas del matrimonio sin cumplir con ninguna de sus obligaciones.

—Nunca me hubiera divorciado de ella. Si hubiera sabido que creía eso… la habría tranquilizado.

—¿No vio que se sentía angustiada?

—No. Nunca me lo dijo.

—Nunca estaba usted aquí.

—No consigo comprender a las mujeres.

—Es usted un canalla —dijo Louise—. Se enorgullece de ello. Conozco a otros grandes personajes como usted y sus manifiestos, pero no tengo palabras para describir el asco que me inspiran. Más de una vez, mientras usted salvaba al país, yo me quedaba haciendo compañía a su esposa.

—Tenía que cumplir con mis obligaciones públicas.

—La mayoría de ustedes empiezan a beber a las nueve de la mañana y luego se dedican a tramar la forma de eliminarse mutuamente y fugarse con las esposas de sus colegas.

—Existe una excepción a esa regla —replicó Danton sonriendo—. Se llama Maximilien Robespierre. Aunque no creo que te gustara. No se me había ocurrido pensar que nos vieras como una pandilla de viejos verdes y borrachos… Bien, Louise, ¿qué te parece que debo hacer?

—Si desea salvarse como ser humano, debe renunciar a la política.

—¿Cómo ser humano? —repitió Danton—. ¿Cuáles son las otras alternativas?

—Me ha entendido perfectamente. Durante los últimos años no ha vivido como debe vivir un ser humano. Si desea volver a ser el hombre que era antes de… —Louise hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Antes de esta locura. Antes de esta herejía.

—No se burle, se lo ruego.

—No me burlo. Eres muy dura conmigo. No estoy seguro de poder salvarme. Aunque quisiera abandonar mi carrera, no sabría cómo hacerlo.

—Si de veras desea hacerlo, estoy segura de que hallará el medio de conseguirlo.

—¿Tú crees?

Se está burlando de mí, pensó Louise.

—Si sólo le conociera por lo que publican los periódicos sobre usted, creería que era el mismísimo demonio. Temería incluso respirar el mismo aire que usted. Pero sé que no es así.

—¿Acaso te has impuesto la tarea de salvarme?

—Ella me lo pidió, y yo se lo prometí.

Bien pensado, Louise no recordaba exactamente lo que le había prometido. Gabrielle le confió a sus hijos, pero ¿le confió también a su marido?

Al día siguiente Louise dio estrictas instrucciones a los sirvientes, advirtiéndoles que no dijeran a nadie que el señor estaba en casa. Bajó antes de la siete y encontró a Danton sentado ante su mesa de trabajo, repasando la correspondencia.

—¿Va a salir? —le preguntó, decepcionada.

—No. No podía dormir… Tengo muchos problemas.

—¿Y si pregunta alguien por usted?

—Cuéntele una mentira.

—¿Lo dice en serio?

—Sí, necesito tiempo para reflexionar.

—Supongo que no sería un gran pecado.

—Te has vuelto muy liberal desde anoche.

—No se burle de mí. Si se presenta alguien no le dejaré pasar, y si me encuentro a alguien cuando vaya a comprar…

—Puedes enviar a Marie.

—No, prefiero que no salga. Temo que se vaya de la lengua. Diré que no le he visto a usted, que no sé cuándo regresará.

—Muy bien.

Danton continuó leyendo la correspondencia. Procuraba mostrarse amable con ella, pero el tono de su voz indicaba que se sentía un tanto irritado. No sé cómo hablar con él, pensó Louise. Me gustaría ser como Lucile Desmoulins.

Regresó a las nueve, cansada y jadeando, y encontró a Danton sentado ante una hoja en blanco, con los ojos cerrados.

—No se me ocurre nada —dijo Danton, abriendo los ojos—, al menos, nada profundo. Menos mal que soy dueño de un periodista.

—¿Cuándo piensa salir de su encierro?

—Mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—No creo que pueda permanecer oculto. He visto a su periodista. Sabe que está aquí.

—¿Cómo es posible?

—No lo sabe con certeza, pero lo sospecha. Yo, lógicamente, lo negué. Tengo suerte de haber salido indemne de mi encuentro con él. No creyó una palabra de lo que le dije.

—Será mejor que vayas a disculparte, y dile confidencialmente que tiene razón. Pídele que me proteja de los miembros de los diversos comités que me acechan. Dile que todavía no he decidido qué hacer sobre Dumouriez, y que se pase esta noche por aquí para emborracharse conmigo.

—No sé si debo transmitirle ese mensaje tan poco edificante.

—La gente hace cosas mucho peores, te lo aseguro.

A la mañana siguiente Louise se levantó aún más temprano. Su madre salió apresuradamente del dormitorio, poniéndose la bata.

—¿Adónde vas a estas horas? —le preguntó. Sabía que los sirvientes de Danton no dormían en la vivienda, sino en el entresuelo—. Estarás a solas con él. ¿Cómo vas a entrar?

Louise le mostró la llave de la casa.

Entró sigilosamente, abriendo y cerrando las puertas del estudio, donde encontraría a Danton si estaba despierto, aunque dudaba de que ya se hubiera levantado. Camille estaba junto a la ventana. Iba en mangas de camisa, llevaba unos pantalones y unas botas, y estaba despeinado. La mesa de Danton estaba cubierta de folios escritos por otra persona.

—Buenos días —dijo Louise—. ¿Está borracho?

Camille se volvió rápidamente.

—¿Tengo aspecto de estar borracho? —contestó, molesto.

—No. ¿Dónde está el ciudadano Danton?

—Lo he asesinado y me he entretenido desmembrando su cadáver. ¿Quieres ayudarme a transportar sus restos a la bodega? ¡Qué cosas tienes, Louise! Está en la cama, durmiendo. ¿Dónde iba a estar?

—¿Está borracho?

—Borracho perdido. ¿A qué viene esa obsesión?

—Danton dijo que era lo que iban a hacer, emborracharse.

—¿Y eso te escandaliza?

—Sí. ¿Qué es lo que ha escrito?

Camille se acercó a la mesa de Danton, se sentó en la silla y observó el rostro de Louise.

—Una polémica.

—He leído algunos párrafos.

—¿Te gustan?

—Creo que son crueles y destructivos.

—Si mi trabajo gustara a las jovencitas respetables como tú, sería un fracaso como periodista.

—Creo que le engañó usted. No debía de estar muy borracho si fue capaz de escribir eso.

—Soy capaz de escribir aunque esté borracho.

—Quizás eso lo explica todo —replicó Louise.

Mientras fingía examinar unos folios, era consciente de que Camille tenía sus ojos negros, de mirada solemne, clavados en su rostro. Al alzar la vista Louise notó que llevaba una cadena de plata alrededor del cuello aunque no vio lo que colgaba de esta pues quedaba oculto entre los pliegues de la camisa. Tal vez fuera un crucifijo. Quizá no fuera un caso perdido, tal como ella creía. De pronto sintió unos incontenibles deseos de tocarlo, de averiguar lo que colgaba de la cadena; pero el impulso, que su confesor habría denominado un instante de tentación, se desvaneció enseguida. Al darse cuenta de que Louise contemplaba la cadena con curiosidad, Camille metió la mano dentro de la camisa y le mostró un medallón de plata en cuyo interior había un mechón de pelo.

—¿Es de Lucile?

Camille asintió. Louise cogió el medallón con la mano izquierda y los dedos de su mano derecha le rozaron el cuello. Ya está hecho, pensó ella. De haber podido, se habría cortado la mano.

—No te preocupes —dijo Camille—. Te olvidarás de mí.

—Es usted increíblemente vanidoso.

—Tienes razón, ¿por qué voy a ocultarlo? Pero te recomiendo, ciudadana, que procures reprimir tus efusiones —contestó Camille sarcásticamente.

Louise sintió deseos de echarse a llorar.

—¿Por qué es tan desagradable conmigo?

—Porque tú me ofendiste preguntándome si estaba borracho, lo cual me parece una grosería, y porque si alguien saca la artillería pesada a primeras horas de la mañana debo suponer que está pidiendo guerra. Ten esto bien presente, Louise: si crees estar enamorada de mí, te aconsejo que te lo quites de la cabeza. No quiero que exista ningún mal entendido entre tú y yo. Lo que Danton pueda hacer con mi mujer y lo que yo pueda hacer con la suya son dos cosas muy distintas.

Tras esas palabras se produjo un silencio.

—No te molestes en disimular —dijo Camille—. Lo sé todo.

—¿Qué le ha dicho Danton? —preguntó Louise, temblando—. ¿Qué le ha

contado?

—Que está enamorado de ti.

—¿Eso le ha dicho? ¿Qué más?

—¿Por qué habría de regalarte los oídos?

—¿Cuándo se lo dijo? ¿Anoche?

—Esta mañana.

—¿Qué le dijo exactamente?

—No recuerdo sus palabras exactas.

—Pero usted se gana la vida con las palabras —le espetó Louise—. No le creo.

—Dijo: «Estoy enamorado de Louise».

Ella no está convencida; pero continuemos.

—¿Lo dijo en serio? ¿Cómo se lo dijo?

—¿Cómo?

—Sí, cómo.

—Pues como se suelen decir esas cosas a las cuatro de la mañana.

—¿No podría ser más preciso?

—Cuando te cases tendrás ocasión de averiguarlo.

—Es usted perverso —dijo Louise—. Sé que suena muy fuerte, pero eso es lo que creo.

Camille bajó la vista tímidamente y dijo:

—Uno hace lo que puede. Pero no seas demasiado cruel conmigo, porque en cierto modo vas a tener que convivir conmigo. A menos que te propongas rechazar a Danton, cosa que dudo.

—Aún no sé lo que voy a hacer. Pero no creo una palabra de lo que me ha dicho.

—Lo cierto es que quiere acostarse contigo y no sabe cómo conseguirlo, excepto proponiéndote matrimonio. Georges-Jacques es un hombre honesto, pacífico y hogareño. Si yo estuviera en su lugar, la situación sería muy distinta.

De improviso, Camille se inclinó sobre la mesa y se tapó la boca con las manos. Louise no sabía si reía o lloraba, pero al cabo de unos segundos comprendió que se estaba riendo a mandíbula batiente.

—No me importa que se burle —dijo Louise—. Estoy acostumbrada a su extraño sentido del humor.

—Me alegro. Cuando le relate a Fabre esta conversación —dijo Camille, riendo y enjugándose los ojos—, no me creerá. Me temo que aún te queda mucho por aprender.

—¿No tiene frío? —le preguntó Louise secamente.

—Sí —respondió Camille, levantándose—. Será mejor que acabe de vestirme. Hoy van a nombrarnos a Georges-Jacques y a mí miembros de un comité.

—¿Qué comité?

—No creo que te interesen los detalles.

—¿Cómo sabe que les van a nombrar si aún no se ha celebrado la votación?

—Qué inocente eres…

—Quiero que Danton abandone la política.

—Ni lo sueñes —contestó Camille.

El sol comenzaba a despuntar tímidamente. Louise se sentía sucia y humillada tras su encuentro con Camille. Danton seguía durmiendo.

Danton habló ante la Convención, y posteriormente ante los miembros del Club de los Jacobinos.

—En más de una ocasión me sentí tentado de hacer que arrestaran a Dumouriez. Pero luego me dije: «Si doy este paso, el enemigo se enterará y eso le dará mayores fuerzas». Francamente, temía que mi decisión pudiera beneficiar al enemigo y que me tacharais de traidor. ¿Qué hubierais hecho en mi lugar, ciudadanos?

—Y bien, ¿qué hubieras hecho tú? —preguntó Danton a Robespierre. Abril estaba a las puertas y en la rue Saint Honoré soplaba una fresca brisa—. Os acompañaremos a casa, así podré saludar a su esposa, Duplay.

—Será un honor, ciudadano Danton.

—Opino que en semejante situación hubiera sido mejor hacer algo que cruzarse de brazos —dijo Saint-Just.

—A veces es preferible esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, ciudadano Saint-Just.

—Yo hubieran mandado que lo arrestaran —insistió este.

—Pero no estabas allí, no sabes en qué situación se encontraban las tropas, no sabes cómo habrías reaccionado.

—Es cierto, no lo sé. Pero ¿por qué nos pediste nuestra opinión si no estás de acuerdo con nuestros criterios?

—No te pidió tu opinión —terció Camille—. Lo que tú pienses le trae sin cuidado.

—Tendré que ir personalmente al frente —dijo Saint-Just—, para descifrar esos misterios.

—Una decisión muy acertada —respondió Camille.

—Deja de comportarte como un chiquillo —le amonestó Robespierre—. En cuanto a ti, Danton, si piensas que actuaste de buena fe, no creo que haya nada más que añadir.

—No estoy de acuerdo —mascculló Saint-Just.

Al entrar en el patio de los Duplay, Brount, que estaba sujeto a una cadena, se puso a ladrar con furia. Cuando su amo se acercó a él, el animal le apoyó las patas delanteras en los hombros. Robespierre le hizo una caricia y murmuró unas palabras, recomendándole que contuviera su impaciencia hasta que fuera practicable alcanzar la libertad. Todas las mujeres de Robespierre (por decirlo así) se hallaban en casa. La señora Duplay mostraba una expresión profundamente benevolente, como si su

misión en la vida fuera dar de comer a un jacobino para luego exclamar: «¡He dado de comer a un patriota!». En ese aspecto, Robespierre no colmaba sus aspiraciones.

Luego pasaron al cuarto de estar, donde colgaban los numerosos cuadros de Robespierre. Danton echó una mirada a su alrededor y Robespierre lo miraba sonriendo, con una media sonrisa, serio, de perfil, o tenso y combativo en un estudio de frente, con aire pensativo o divertido, acompañado de un perro, con otro perro, sin un perro. El Robespierre original estaba tan quieto y silencioso que parecía formar parte de la colección de cuadros. Mientras los demás hablaban de diversos temas, el joven Philippe Lebas se dirigió a un rincón y empezó a charlar con Babette. No se lo reprocho, pensó Danton. Robespierre lo miró sonriendo.

Entre una y otra escaramuza, uno siempre encuentra tiempo para el amor.

Cuando el ministro de la Guerra fue a Bélgica para investigar la situación, Dumouriez mandó que lo arrestaran, junto con cuatro representantes oficiales de la Convención, y los entregó a los austriacos. Poco después emitió un manifiesto anunciando que conduciría sus ejércitos a París para restaurar la estabilidad y el orden. Sus tropas se amotinaron y abrieron fuego contra él. Acompañado por el joven general Égalité —Louis-Philippe, el hijo del duque—, atravesó la frontera austríaca. Una hora más tarde ambos fueron detenidos en calidad de prisioneros de guerra.

Robespierre se dirigió a la Convención en estos términos:

—Exijo que todos los miembros de la familia Orléans conocidos como Égalité comparezcan ante el Tribunal Revolucionario… Y que el Tribunal se encargue de juzgar a los otros cómplices de Dumouriez… ¿Es preciso que nombre a tan distinguidos patriotas como los señores Vergniaud y Brissot? Confío en la prudencia de la Convención.

Al presenciar las escenas que se produjeron a continuación, nadie hubiera dicho que la Convención estuviera presidida por la prudencia. La Gironda poseía un arsenal de cargos contra Danton: engaños, intrigas y malversación de fondos. Cuando este se dirigió a la tribuna de oradores, la derecha le dedicó su epíteto favorito: «¡Sanguinario!». El presidente se cubrió el rostro con las manos, como si fuera a echarse a llorar, mientras varios diputados se enzarzaban en una batalla campal y el ciudadano Danton se las veía y deseaba para alcanzar la tribuna y hablar en defensa propia.

Robespierre contemplaba horrorizado la escena desde lo alto de la Montaña. Danton consiguió por fin llegar a la tribuna, dejando tras de sí a varias víctimas tendidas en el suelo.

—¡No temo a la luz del día! —gritó, estimulado por el caos que se había desatado.

Philippe Égalité observó que sus colegas se apartaban de él, como si fuera Marat. En cuanto al propio Marat, se apresuró a dirigirse hacia la tribuna tras abandonarla

Danton.

Al pasar junto a Danton, ambos hombres se miraron durante unos instantes. Marat se llevó la mano a la pistola que le colgaba del cinto, como si fuera a utilizarla. Al alcanzar la tribuna se volvió, apoyó una mano en el borde de la misma y miró fijamente a los diputados que estaban sentados ante él. Quizá no vuelva a verle hacer ese dramático gesto, pensó Philippe Égalité.

Acto seguido, Marat inclinó la cabeza hacia atrás y miró a su alrededor. Tras una larga y exquisita pausa, rompió a reír.

—Ese hombre me produce escalofríos —murmuró el diputado Lebas a Robespierre—. Es como encontrarse un fantasma en un cementerio.

—Silencio —contestó Robespierre—. Presta atención.

Marat acarició el pañuelo rojo que llevaba anudado alrededor del cuello; era una señal que indicaba que la broma había terminado. Luego, más relajado, extendió de nuevo el brazo y lo apoyó en la tribuna. Al hablar, su voz sonaba sosegada, desapasionada. Su propuesta era la siguiente: que la Convención aboliera la inmunidad de los diputados, de forma que estos pudieran ser procesados. Los diputados del ala derecha y el ala izquierda se miraron, imaginando a su enemigo personal desfilando hacia la máquina inventada por el doctor Guillotin. Dos diputados de la Montaña, sentados a pocos metros de distancia, se miraron brevemente y luego giraron rápidamente la cabeza. Nadie miró a Philippe a la cara. La moción de Marat fue aprobada por todos los grupos.

Los ciudadanos Danton y Desmoulins abandonaron juntos la Convención, aplaudidos por la muchedumbre que se había congregado frente al edificio, y echaron a andar hacia casa. Hacía una fresca tarde de abril.

—Desearía estar en otro lugar —dijo Danton.

—¿Qué vamos a hacer con Philippe? No podemos arrojarlo a Marat.

—Lo encerraremos durante un tiempo en una cómoda fortaleza provinciana. Estará más seguro en prisión que en su casa parisiense.

Habían alcanzado su distrito, la república de los Cordeliers. Las calles estaban silenciosas; la noticia de las escenas que se habían producido en la Convención no tardarían en circular por la ciudad, así como la noticia del temible decreto emitido por la Convención. El resto de los diputados se fueron cojeando a sus casas, para curarse las contusiones y magulladuras sufridas durante la agitada sesión. Daba la impresión de que aquella tarde todos habían perdido el juicio. El ciudadano Danton tenía el aire de un hombre que había participado en una dura batalla, pero eso era habitual en él.

Al llegar a la Cour du Commerce, Camille preguntó a Danton:

—¿Quieres subir a tomarte un vaso de sangre, o prefieres que abra una botella de borgoña?

Permanecieron charlando y bebiendo hasta medianoche. Camille anotó los puntos más importantes de un panfleto que se proponía escribir. Pero no era suficiente destacar los puntos más importantes, sino que era preciso que cada palabra surtiera el

efecto de un cuchillo, que tardaría varias semanas en afilar.

Manon Roland había regresado a su pequeña vivienda de la rue de la Harpe.

—Buenos días, buenos días —dijo Fabre d'Églantine.

—No te hemos invitado.

—¿Ah, no? —replicó Fabre, sentándose y cruzando las piernas—. ¿Está el ciudadano Roland en casa?

—Ha salido a dar un paseo. Para hacer ejercicio.

—A propósito, ¿cómo se encuentra? —inquirió Fabre.

—Me temo que no muy bien. Esperemos que este verano no haga demasiado calor.

—El tiempo demasiado caluroso o demasiado frío suele agravar la salud de las personas delicadas —contestó Fabre—. Nos lo temíamos. Al observar que sostenías en la mano la carta de dimisión del ciudadano Roland, dijimos a Danton que debía de estar indispuesto. Danton contestó… no importa.

—¿Quieres dejar un recado para mi marido?

—No he venido para hablar con el ciudadano Roland sino a visitarte y gozar unos minutos de tu encantadora compañía. Me complace ver aquí al ciudadano Buzot, aunque debéis andaros con cuidado para que no sospechen que… —Fabre soltó una risita— os dedicáis a conspirar. Creo que una amistad entre un joven y una mujer madura es algo muy hermoso. El ciudadano Desmoulins opina lo mismo.

—Di lo que tengas que decir y márchate —dijo Buzot—, o me obligarás a echarte a la calle.

—¿De veras? —replicó Fabre—. No me había dado cuenta de que habíamos alcanzado tal grado de antagonismo. Siéntate, ciudadano Buzot, no es necesario que te pongas tan violento.

—Como presidente del Club de los Jacobinos —dijo Manon—, Marat ha presentado a la Convención una petición solicitando que ciertos diputados sean juzgados. Uno de ellos es el ciudadano Buzot, aquí presente. El otro es mi marido. Desean llevarnos ante el Tribunal Revolucionario. Noventa y seis personas han firmado dicha petición. ¿No crees que ese gesto indica un elevado grado de antagonismo?

—Protesto enérgicamente —respondió Fabre—. Fueron los amigos de Marat quienes lo firmaron, aunque confieso que me asombró comprobar que tuviera noventa y seis amigos. Danton no lo ha firmado. Tampoco Robespierre.

—Camille Desmoulins sí lo ha firmado.

—Sabes que es imposible controlar a Camille.

—Robespierre y Danton no lo han firmado, simplemente porque lo ha presentado Marat —dijo Manon—. Estáis divididos. Creéis que podéis intimidarnos, pero no conseguiréis expulsarnos de la Convención, no tenéis suficiente poder para hacerlo.

Fabre los miró a través de los impertinentes.

—¿Os gusta mi casaca? —preguntó—. Es el nuevo corte inglés.

—Jamás lograréis nada importante y no representáis a nadie. Danton y Robespierre temen que Hébert les robe protagonismo, Hébert y Marat temen a Jacques Roux y los demás agitadores callejeros. Tú temes perder popularidad, dejar de ser uno de los exponentes de la Revolución, por eso te comportas de esa forma tan ruin. Los jacobinos están dominados por la chusma que invade la galería pública, y vosotros les seguís el juego. Pero os advierto que esta ciudad, llena de miserables y analfabetos a los que servís, no es Francia.

—Tu vehemencia me admira —respondió Fabre.

—En la Convención hay hombres honestos procedentes de todos los rincones de la nación, y vuestros diputados parisienses no conseguirán que todos ellos se doblequen. Ese Tribunal Revolucionario, el fin de la inmunidad, no sólo os beneficiará a vosotros. Tenemos planes para Marat.

—Ya —dijo Fabre—. Si te hubieras mostrado medianamente amable con Danton, nos habríamos ahorrado esto. No debiste hacer aquel comentario de que no te apetecía acostarte con él. Es una buena persona, siempre dispuesto a hacer un trato, no es un salvaje feroz y sanguinario como creen algunos. Lo que ocurre es que últimamente ha sufrido mucho y está un poco susceptible.

—No queremos hacer ningún trato —le espetó Manon, furiosa—. No queremos tratos con los que organizaron la matanza de septiembre.

—Es una pena —respondió Fabre—. Porque hasta este momento todo se basaba en compromisos, más o menos aceptables, en tratar de adaptarnos a las circunstancias y, no lo niego, de sacar de paso algún dinerillo. Pero la situación se ha puesto muy seria.

—Ya iba siendo hora —contestó Manon.

—Bien —dijo Fabre, poniéndose de pie—, ¿deseas que salude a algún colega de tu parte?

—No.

—¿Ves a menudo al ciudadano Brissot?

—El ciudadano Brissot dirige su propia versión de la Revolución —contestó Manon—, al igual que Vergniaud. Tienen sus propios seguidores y amigos, y es una majadería pretender meternos a todos en el mismo saco.

—Sin embargo, me temo que es inevitable. Si os veis con frecuencia, si intercambiáis información, si apoyáis las mismas iniciativas, aunque sea casualmente, es lógico que los de fuera os consideremos una especie de facción. Al menos, eso es lo que pensaría un jurado.

—En tal caso, tú serías juzgado junto con Marat —terció Buzot—. Creo que te precipitas, ciudadano Fabre. Es preciso tener un caso antes de presentarlo ante un tribunal.

—No estés tan seguro —contestó Fabre.

En la escalera se topó con Roland, quien se dirigía a redactar una petición —la octava o novena— exigiendo que se revisaran las cuentas del ministerio de Danton. Presentaba un aire abatido y olía a infusiones. Al ver a Fabre, bajó la vista para ocultar la tristeza que expresaban sus ojos.

—Ese Tribunal Revolucionario es un completo error —dijo sin más preámbulos—. Se avecinan malos tiempos para todos.

Brissot no para quieto: lee, escribe, corre de un lado para otro, trata de poner sus pensamientos en orden, propone mociones, habla ante el comité, toma notas. Brissot y sus amigos, sus facciones, sus seguidores y detractores; sus secretarios, sus mensajeros, sus chicos de los recados, sus impresores, su corte de admiradores. Brissot y sus generales, sus ministros.

¿Pero quién diablos es Brissot? El hijo de un pastelero.

Brissot: poeta, hombre de negocios, consejero de George Washington.

¿Quiénes son los brissotinos? Excelente pregunta. Si acusas a unas personas de un determinado delito (por ejemplo de conspirar) y no aceptas que sean juzgadas por separado, enseguida se verá que se trata de un grupo, que están cohesionados. Y si queremos afirmar, tú eres un brissotino, tú eres un girondino, es difícil demostrar lo contrario. Es difícil demostrar que tienes derecho a ser tratado por separado.

¿Cuántos son? Diez eminencias grises; sesenta o setenta personajes insignificantes. Tomemos el caso, por ejemplo, de Rabaut Saint-Étienne:

> Tras eliminar de la Convención Nacional a ese individuo y a otros de su especie, de forma que la gente se preguntara qué era un brissotino, propongo que dicho individuo sea disecado y conservado en el Museo de Historia Natural. Por consiguiente, me opongo a que sea guillotinado.

Brissot: sus colaboradores y sus oradores, sus minutas y sus memorandos, sus compinches y sus secuaces.

Brissot: su estilo y sus medios para alcanzar sus fines, sus circunstancias, sus maquinaciones, sus *faux pas* y sus *bons mots*; su pasado, su presente, su mundo sin fin.

> Afirmo que el ala derecha de la Convención, y mayormente sus líderes, está constituida casi en su integridad por partidarios de la monarquía y cómplices de Dumouriez; que están dirigidos por los agentes de Pitt, de Orléans y de Prusia; que pretendían dividir Francia en veinte o treinta repúblicas federales, para acabar con la República. Sostengo que la historia no ofrece otro ejemplo más palpable de una conspiración, confirmada por tantas pruebas de peso, como la conspiración de Brissot contra la República Francesa.
>
> Camille Desmoulins, autor de un panfleto titulado «La historia secreta de la Revolución».

VII. *Carnívoros*

(1793)

Tras subir la escalinata de la Reina, en las Tullerías, penetramos en una serie de salas que se comunican, atestadas de escribientes, secretarios, mensajeros, oficiales del Ejército y proveedores, funcionarios de la Comuna, funcionarios de los tribunales y emisarios del Gobierno, luciendo botas y espuelas, aguardando a que les entreguen, de una habitación situada al fondo, unos despachos.

Al mirar hacia abajo vemos un cañón y soldados en fila. La habitación situada al fondo era el despacho privado de Luis el Último. Está prohibido pasar.

Esa habitación es ahora la oficina del comité de Salvación Pública. El comité se encarga de supervisar el Consejo de Ministros y expedir sus decisiones. La gente lo denomina el comité de Danton, preguntándose qué estará haciendo en ese sanctasanctórum empapelado de verde, con los codos apoyados en la enorme mesa ovalada cubierta con un paño verde. Ese color le parece negativo, molesto. Las lágrimas de una araña de cristal tintinean sobre su cabeza; los espejos que adornan las paredes reflejan su gigantesco cuello y su grotesco semblante. A veces mira a través de las ventanas, por las que se ven los jardines de las Tullerías. En la Place Louis XV, actualmente la Place de la Révolution, la guillotina está funcionando. Desde esta habitación, mientras negocia la paz, Danton imagina oír a Sanson ganándose la vida; cree percibir el crujido de la máquina, el ruido sordo de la hoja al caer. En estos momentos están ejecutando a unos oficiales del Ejército; al menos, sabrán morir con dignidad.

En abril se produjeron siete ejecuciones; el número aumentará inexorablemente. Los comités de las Secciones están dispuestos a solicitar más arrestos, a acusar a tal individuo de ser poco patriota, de ser un simpatizante de la aristocracia, un especulador o un sacerdote. Se efectúan registros domiciliarios, se lijan los precios de los alimentos, se requisan propiedades, se emiten pasaportes, denuncias; es difícil saber dónde terminan los comités de las Secciones y comienzan los buenos oficios de

la Comuna. Tiempo atrás, el Palais Royal estaba acordonado por policías, que detenían a las prostitutas y les arrebataban sus tarjetas de identidad. Durante una hora aproximadamente, las chicas, formando pequeños grupos y mostrando sus rostros duros y cínicos bajo el maquillaje, se dedicaban a abuchear a sus captores; luego les devolvían las tarjetas y les decían que podían marcharse. El pequeño Terror de Pierre Chaumette.

Desde aquí Danton tiene que vigilar a los austriacos y a los prusianos, a los ingleses y a los suecos, a los rusos, a los turcos y el Faubourg Saint-Antoine; Lyon, Marsella, la Vendée y la galería reservada al público; Marat en el Club de los Jacobinos y Hébert en el de los Cordeliers; los comités de las Secciones y la Comuna, el Tribunal y la prensa. A veces piensa en su difunta esposa. No puede imaginar el verano sin ella. Está muy cansado. Rara vez acude al Club de los Jacobinos y a las reuniones nocturnas del comité. Está perdiendo prestigio, según dicen algunos. Otros afirman que jamás dejaría que sucediera tal cosa. Robespierre va a verlo de vez en cuando, preocupado y asmático, jugueteando continuamente con las mangas y el cuello de su impecable casaca. Robespierre se está convirtiendo en una caricatura de sí mismo, observa Lucile. Cuando Danton no está en casa, con la joven Louise dando vueltas a su alrededor, está en casa de los Desmoulins; prácticamente vive con ellos, como anteriormente Camille vivía con él.

Las atenciones de Danton a Lucile se han convertido en una mera formalidad, un hábito. Danton ha empezado a darse cuenta de lo distinta que es Lucile de las mujeres sencillas y afanosas que él necesita para su confort doméstico.

Tras una jornada dedicada a la lectura de Rousseau, Lucile anuncia su deseo de retirarse a algún lugar bucólico, lejos de la capital, y se marcha al campo con su hijo, que no cesa de gritar por tener que separarse de su abuela; una vez allí, se dedica a trazar planes para la educación del pequeño. Con el cabello colgándole por la espalda y protegida por un sombrero de ala ancha, se distrae trabajando un poco en el jardín para sentirse en contacto con la naturaleza. Por las tardes lee poesías sentada en un columpio del jardín, bajo un manzano, y a las nueve en punto se retira.

Al cabo de dos días los berridos del ahijado de Robespierre la irritan sobremanera y, tras dar las oportunas órdenes a los sirvientes sobre el envío de huevos frescos y lechugas, regresa apresuradamente a la rue de Cordeliers, preocupada durante el viaje de regreso por haber perdido una lección de música y temerosa de que su marido la haya abandonado. Tienes un aspecto horrible, le dice a este nada más llegar. ¿Qué es lo que has estado haciendo? ¿Con quién te has acostado? Luego, durante una semana, todo son fiestas y bailes; el niño es enviado a casa de su abuela, acompañado de su nodriza.

Más tranquila y relajada, Lucile suele tenderse por las tardes en su *chaise-longue*, inmersa en sus pensamientos. Nadie se atreve a interrumpirla ni a decirle una palabra. Un día despierta de sus ensoñaciones y dice: «¿Sabes, Georges-Jacques? A veces tengo la sensación de que he imaginado lo de la Revolución, no puede creer que sea

una realidad. ¿Y si Camille fuera un fantasma que yo misma hubiera inventado, un espectro surgido de mi inconsciente sobre el que descargo mis frustraciones?».

Danton reflexiona sobre ello y luego piensa en sus propias obras: dos hijos difuntos y una mujer que ha muerto a consecuencia de los sufrimientos que él le causó; el fracaso de sus planes de paz, y ahora lo del Tribunal.

El Tribunal tiene su sede en el Palacio de Justicia, en una estancia contigua a la prisión de la Conciergerie. Se trata de una sala gótica, con el suelo de mármol. Su presidente, Montané, es un hombre moderado, pero será sustituido cuando sea necesario. El próximo otoño gozaremos del espectáculo del vicepresidente Dumas, un hombre rubicundo, pelirrojo, al que a veces, debido a su afición al alcohol, tienen que ayudarlo a instalarse en su poltrona. Preside el Tribunal con dos pistolas cargadas sobre la mesa, y su casa de la rue de la Seine parece una fortaleza.

El Tribunal cuenta con un grupo de jurados, unos incorruptibles patriotas elegidos por la Convención. Souberbielle, el médico de Robespierre, es uno de ellos. El pobre hombre se pasa el día corriendo de un lado para otro entre la sala del tribunal, el hospital y su paciente más distinguido. Maurice Duplay también forma parte del jurado. Es un trabajo que le disgusta, y jamás habla de él en casa. Otro de los miembros, el ciudadano Renaudin, fabricante de violines, fue el causante de un violento y estúpido incidente que se produjo hace pocos días en el Club de los Jacobinos, cuando, al levantarse para oponerse al ciudadano Desmoulins, en lugar de tratar de razonar se abalanzó sobre él y le asestó un puñetazo derribándolo al suelo. Tras ser expulsado de la sala por los ujieres, en medio de sonoras exclamaciones por parte del público que ocupaba la galería, gritó indignado: «¡La próxima vez que te vea te mataré!».

El fiscal es Antoine Fouquier-Tinville, un hombre moreno, delgado, de movimientos ágiles, firme defensor de la moralidad. No es un patriota tan aparatoso como su primo, pero mucho más trabajador.

Con frecuencia —al menos en estos tiempos—, el Tribunal emite un dictamen de absolución. Tomemos el caso de Marat, por ejemplo. Ha sido acusado por la Gironda; el ciudadano Fouquier lleva a cabo su trabajo de forma meramente rutinaria; la sala está atestada de maratistas. El Tribunal lo absuelve. La multitud estalla en cánticos patrióticos mientras transportan al acusado a hombros hasta la Convención y posteriormente al Club de los Jacobinos, donde entronizan al sonriente demagogo en la silla del presidente.

En mayo, la Convención Nacional se traslada de la Escuela de Equitación al antiguo teatro de las Tullerías, el cual ha sido reformado a tal efecto. No imaginen un escenario adornado con cupidos rosados y rechonchos, palcos tapizados de terciopelo escarlata, el aroma de polvos femeninos, perfumes y espléndidos vestidos de seda. El cuadro es el siguiente: líneas rectas y ángulos rectos, estatuas de yeso con coronas de yeso, coronas de laurel de yeso y madera de roble de yeso. Una tribuna cuadrada para el orador; detrás de la misma, casi horizontal, tres inmensas banderas tricolores; junto

a ellas, *memento mori*, un busto de Lepelletier. Los escaños de los diputados forman un semicírculo; no disponen de un escritorio ni de una mesa, de modo que no pueden escribir. El presidente dispone de una campanita, un tintero y unos folios, aunque cuando irrumpen tres mil insurrectos de los Faubourgs nada de eso le sirve de gran cosa. El sol penetra por unas angostas ventanas; en las tardes de invierno, los rostros de los hoscos diputados aparecen borrosos. Cuando encienden las lámparas, el efecto es estremecedor: parece que estén deliberando en unas catacumbas, y las acusaciones brotan de labios invisibles. Las galerías reservadas al público están sumidas en sombras, desde las cuales se alzan a menudo airadas voces de protesta.

En este nuevo local las facciones se reagrupan en sus antiguos lugares. Legendre, el carnicero, grita a Brissot: «¡Te mataré!». «Primero tendrás que conseguir que la cámara apruebe un decreto confirmando que soy un buey». Un día, un brissotino tropieza al subir los nueve escalones que conducen a la tribuna. «Es como subir al cadalso», se lamenta. Los diputados del ala izquierda le gritan con sorna que aproveche para ir practicando. Un diputado, cansado, se lleva la mano a la cabeza, pero al notar que Robespierre le está observando, la retira apresuradamente. «No vaya a pensar que estoy insinuando algo», se dice.

A medida que transcurren los meses y el calor empieza a apretar, algunos diputados —y otros destacados personajes de la vida pública— aparecen sin afeitar, sin corbata o en mangas de camisa. Han asumido el estilo de los obreros que comienzan la jornada lavándose bajo una bomba de agua en el patio y se detienen en el bar de la esquina para tomarse un vaso de vino de camino al taller. El ciudadano Robespierre, sin embargo, ofrece un aspecto impecable: sigue luciendo zapatos con hebillas y una casaca verde oliva a rayas. Tal vez se trate de la misma casaca que llevaba el primer año de la Revolución… Lo cierto es que no gasta mucho dinero en casacas. Mientras el ciudadano Danton se arranca el almidonado cuello que le produce irritación, la corbata del ciudadano Saint-Just se vuelve más grande, más tiesa y más esplendorosa. Luce sólo un pendiente, pero más que un corsario parece un banquero un tanto excéntrico. Los comités de las Secciones ocupan unas iglesias abandonadas. Las paredes están cubiertas con consignas republicanas garabateadas con pintura negra. Esos comités entregan a la gente la tarjeta de ciudadanía, en la que figuran las señas, el oficio o profesión, edad y rasgos personales del titular. En el Ayuntamiento conservan una copia de la misma.

Las vendedoras ambulantes van de puerta en puerta con cestos llenos de ropa; debajo de la ropa llevan exquisiteces como huevos frescos y mantequilla. Los hombres que trabajan en los aserraderos siempre están en huelga para protestar contra los míseros salarios, y la madera cuesta el doble de lo que costaba en 1789. En un callejón situado detrás del Café du Foy venden pollos por la noche, a un precio astronómico.

Un día pasó un niño con una hogaza de pan frente al mercado. Una mujer, que lucía la roseta tricolor, lo derribó al suelo, le arrebató la hogaza de pan, la partió en pedazos y los arrojó a la alcantarilla, diciendo que puesto que ella no podía permitirse el lujo de comer pan, no quería que nadie lo comiera. Las ciudadanas del mercado le dijeron que había cometido una estupidez. La mujer se encaró con ellas y replicó que eran unas aristócratas y que dentro de poco todas las mujeres de más de treinta años serían guillotinadas.

Robespierre estaba incorporado en la cama, apoyado en cuatro almohadas. Se hallaba convaleciente y ofrecía un aspecto más joven. Llevaba el cabello castaño rojizo sin empolvar. La cama estaba cubierta de papeles. En la habitación reinaba un leve olor a mondas de naranja.

—El doctor Souberbielle dice que no debo comer naranjas, pero no puedo comer otra cosa. Dice que mi afición a los cítricos me perjudica y que él no se hace responsable. Marat me ha enviado una nota. ¿Podrías traerme un poco de agua fría, querida Cornélia? Pero muy fría.

—Desde luego —respondió la joven.

—Bien hecho —dijo Camille.

—Ya no sé en qué pensar para librarme de ella. Siempre te dije que las mujeres eran un estorbo.

—Pero en aquellos tiempos tu experiencia sólo era académica.

—Acerca la silla, no quiero forzar la voz. No sé qué vais a hacer en la nueva sede de la Convención. Aunque antiguamente fuera un teatro, su acústica deja mucho que desear. A los únicos que podremos oír son a Georges-Jacques y a Legendre. En Versalles teníamos que gritar para hacernos oír, y no digamos en la Escuela de Equitación… Hace cuatro años que me duele la garganta.

—No me lo recuerdes. Esta noche tengo que hablar en el Club de los Jacobinos.

Su panfleto contra Brissot ya se había publicado, y esta noche el club votaría a favor de reimprimirlo y distribuirlo. Pero querían oírlo y verlo a él en persona. Robespierre lo comprendía perfectamente; era importante que le oyeran y vieran a uno.

—No puedo permitirme el lujo de caer enfermo —dijo—. ¿Habéis visto a Brissot?

—No.

—¿Y a Vergniaud?

—No.

—Deben de estar tramando algo.

—Me parece que acabo de oír la voz de tu hermana Charlotte. Tengo un oído

finísimo.

—Es que Maurice ha ordenado a sus obreros que dejen de trabajar. Cree que tengo jaqueca. Pero es muy amable. Eléonore tendrá que quedarse abajo para impedir que Charlotte suba a verme.

—Pobre Charlotte.

—Sí, y pobre Eléonore. A propósito, tengo que pedir a Danton que no sea tan grosero con ella. Sé que no es muy agraciada, pero todas las muchachas tienen el derecho de intentar ocultarlo. Me molesta que Danton vaya por ahí burlándose de ella. Dile que no lo haga, por favor.

—Envía a otro mensajero con ese recado.

—¿Por qué no viene a verme Danton? —preguntó Robespierre, irritado—. Dile de mi parte que tiene que conseguir que ese comité funcione. Todos son unos buenos patriotas, tiene que movilizarlos. Lo único que puede salvarnos es una autoridad central fuerte. Los ministros no cuentan para nada, la Convención es sectaria, de modo que debemos apoyarnos en el comité.

—No hables —dijo Camille—. Piensa en tu garganta.

—La Gironda intenta conseguir que nuestro país sea ingobernable, agitando a las provincias contra nosotros. El comité debe estar alerta. Dile que los ministros no deben hacer nada sin la aprobación del comité. Cada *département* tiene que presentarle un informe escrito todos los días… ¿Qué pasa, no te parece una buena idea?

—Sé que te sientes frustrado porque deseas pronunciar un discurso, Max, pero tienes que descansar. Desde luego, no tengo inconveniente en que el comité goce de tanto poder, siempre y cuando esté dirigido por Danton. Pero se trata de un comité electivo, ¿no?

—Si no quiere que lo destituyan, tendrá que dirigirlo con mano fuerte. A propósito, ¿cómo está Danton?

—De mal humor.

—¿Piensa volver a casarse?

En aquel momento entró Maurice Duplay.

—El agua —murmuró—. Lo lamento, Eléonore —quiero decir Cornélia— está abajo con tu hermana. Supongo que no querrás verla, ¿verdad? ¿Qué tal tu jaqueca?

—No tengo jaqueca —contestó Robespierre, alzando la voz.

—Silencio. Debemos ayudarle a que recobre las fuerzas —dijo Duplay, dirigiéndose a Camille—. Es una lástima que no pueda oír tu discurso esta noche. Yo sí iré.

Camille se cubrió el rostro con las manos. Duplay le dio una palmadita en el hombro y salió de puntillas.

—Procura no hacerle reír —murmuró antes de cerrar la puerta.

—Esto es ridículo —dijo Robespierre, soltando una carcajada.

—¿Dices que Marat te ha enviado una nota?

—Sí. Al parecer, también está enfermo. No puede salir de casa. ¿Te has enterado de lo de esa chica, Anne Théroigne?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Cuando estaba pronunciando un discurso en los jardines de las Tullerías, la atacaron un grupo de mujeres que ocupaban la galería reservada al público. Por algún motivo que no alcanzo a entender, se ha unido a Brissot y a su grupo. Brissot está entusiasmado. Su discurso no cayó bien entre el público, supongo que la tomaron por una intrusa. Al parecer, Marat pasaba por allí en aquellos momentos.

—¿Y qué hizo?

—La rescató antes de que la desollaran viva. Obligó a las mujeres a que desistieran. Se portó como un auténtico caballero.

—Ojalá la hubieran desollado —contestó Camille—. Discúlpame, pero el mero hecho de oír su nombre me enerva. Jamás perdonaré a esa zorra por lo que hizo el 10 de agosto.

—Te comprendo. Louis Suleau era amigo nuestro, pero al final se equivocó de bando —dijo Robespierre, reclinándose hacia atrás—. Lo mismo que ella.

—Ese es un juicio muy duro.

—Podría habernos sucedido a cualquiera de nosotros. Si seguimos lo que nos dicta el corazón, o nuestra conciencia, es posible que después tengamos que pagar las consecuencias. Quizá Brissot actúe de buena fe.

—Pero yo acabo de redactar ese panfleto… Brissot es un conspirador contra la República…

—Si estás convencido de ello, sin duda convencerás a los jacobinos esta noche. Sus colegas en el poder han cometido muchas torpezas y errores, se han comportado como unos estúpidos, debemos eliminarlos de la escena política.

—Pero, Max, en septiembre propusiste que los matáramos. Tú mismo querías encargarte de organizarlo.

—Creía que era preferible librarnos de ellos antes de que pudieran causar más perjuicios. Pensaba en las vidas que podríamos salvar… —Robespierre movió las piernas, y unos folios se deslizaran al suelo—. Fue una decisión muy meditada. Desde entonces, Danton me mira con cierto recelo —añadió sonriendo—. Cree que soy un salvaje imprevisible que puede saltar en el momento más inesperado.

—¿Cómo es posible que creas que Brissot actúa de buena fe?

—Lo que juzgamos son los resultados, no las intenciones, Camille. Es posible que no sea culpable de los cargos que le imputarás esta noche, pero no te impediré que pronuncies tu discurso. Deseo eliminarlos de la Convención, pero eso es todo. El daño ya está hecho, no conseguiremos nada ejecutándolos. La gente no lo comprende, aunque no se lo reprocho.

—De modo que tú estarías dispuesto a salvarlos…

—No. Existen ciertos momentos en una revolución en que vivir constituye un delito y tienes que sacrificar tu cabeza si las circunstancias te lo exigen. Quizás el

pueblo pida un día la mía. Si llega ese momento, no me resistiré.

Camille se volvió y examinó las estanterías que había construido Maurice Duplay. En la pared colgaba un curioso emblema tallado en madera: una enorme y espléndida águila, con las alas extendidas, como el águila de los romanos.

—Me admira tu heroísmo —dijo Camille lentamente—, sobre todo teniendo en cuenta que aún estás convaleciente. —La política es la sierva de la razón. Es una blasfemia obligar a la razón humana a contradecirse y a aconsejar en nombre de la política lo que prohíbe en nombre de la moral.

—Un bonito discurso —contestó Robespierre—. Sin embargo, tú mismo estás corrompido.

—¿Por el dinero?

—No. Existen otros medios de dejarse corromper, por ejemplo por la amistad. Tus afectos son… demasiado vehementes. Tus odios demasiado repentinos, violentos.

—¿Te refieres a Mirabeau? ¿Es que vas a echármelo siempre en cara? Sé que me utilizó para difundir unos sentimientos en los que ni él mismo creía. Pero tú eres igual que él. No crees una palabra de lo que me «permites» decir. Sinceramente, me cuesta aceptarlo.

—En cierto sentido —contestó Robespierre—, si no queremos acabar como Suleau y esa chica, debemos evitar caer en la trampa de nuestros sentimientos y aspiraciones, considerarnos los instrumentos de un destino que ya está escrito. La Revolución hubiera estallado de todos modos, aunque tú y yo no hubiéramos nacido.

—No estoy de acuerdo contigo. Me duele creer eso —dijo Camille, recogiendo los papeles del suelo—. Si quieres enojar a Eléonore, —quiero decir Cornélia—, arroja los papeles al suelo y pídele que los recoja, como suelen hacer los niños. Lolotte se pone como una fiera cuando lo hace nuestro hijo.

—Gracias por el consejo. Lo probaré —contestó Robespierre, presa de un ataque de tos.

—¿Ha venido Saint-Just a verte?

—No. Dice que los enfermos le ponen nervioso.

Debajo de los ojos, Robespierre tenía unas profundas manchas violáceas que contrastaban con la palidez de su rostro. Camille pensó de pronto en su hermana, en los meses anteriores a su muerte, pero trató de borrar ese recuerdo de su mente.

—Me dais envidia. Mientras Danton se dedica a meterle mano a su nueva amiguita y tú yaces postrado en la cama, yo tengo que soltar un discurso de dos horas ante los jacobinos y arriesgarme a ser golpeado por un fabricante de violines chalado y pisoteado por una pandilla de comerciantes. Si no eres más que un instrumento del destino, y cualquiera podría ocupar tu lugar, ¿por qué no te tomas unas vacaciones?

—Porque no podemos desentendernos de nuestra suerte individual. Si me tomara unas vacaciones, Brissot, Roland y Vergniaud empezarían a maquinar la forma de asesinarme.

—Dijiste que no te resistirías, que lo aceptarías.

—Sí, pero antes quiero hacer varias cosas. Además, el hecho de pensar en ello me amargaría las vacaciones.

—Los santos no se van de vacaciones —dijo Camille—. Prefiero pensar que aunque seamos meros instrumentos del destino, nadie puede ocupar nuestro lugar, porque somos como los santos, unos agentes de los designios divinos, bendecidos por la gracia de Dios.

Al salir se encontró con Charlotte, que también se disponía a marcharse. Camille pensó que no merecía que su hermano la tratara de esa forma. Se detuvieron en la rue Saint Honoré mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro de rasgos felinos.

—Max no se comportaría de ese modo si supiera el daño que me hace —dijo Charlotte—. Esas monstruosas mujeres lo están convirtiendo en un hombre al que no reconozco. Se ha vuelto egoísta, engreído, se cree maravilloso. Es cierto que es maravilloso, pero no es necesario que se lo repitan continuamente. Ha perdido el juicio, el sentido de la proporción.

Camille la acompañó a la rue des Cordeliers. Annette, que había ido a visitar a su hija y al niño, observó a Charlotte de pies a cabeza y la escuchó pacientemente mientras esta le contaba sus problemas. Últimamente tenía el aspecto de una persona capaz de dar excelentes consejos pero que no se atrevía a hacerlo.

Todo el mundo había reservado un asiento en la galería del Club de los Jacobinos para oír el discurso que iba a pronunciar Camille.

—Será un triunfo —afirmó Lolotte.

A medida que avanzaba la tarde, Camille sintió que el pánico se apoderaba de él. ¿Qué era exactamente lo que le daba miedo? Era perfectamente capaz de luchar contra cualquier fabricante de violines. No, ese no era el problema. Lo que detestaba era los prolegómenos, aguardar a que llegara la hora mientras iban transcurriendo los minutos, coger los folios y dirigirse hacia la tribuna, percibir los murmullos de animosidad a sus espaldas. Claude le había dicho: «Te has convertido en el sistema», pero no era cierto. La mayoría de los diputados del centro y la derecha opinaban que no debería ser miembro de la Convención, que sus ideas radicales y su defensa de la violencia debían excluirlo; cuando se ponía de pie para tomar la palabra gritaban: «¡Eres el abogado de la Lanterne!», y «*¡septembriseur!*». En ocasiones, esas exclamaciones le producían frío y náuseas. Hoy no sabía cómo iba a reaccionar.

El día que los girondinos acusaron a Marat fue uno de los peores de su vida. Los escaños estaban llenos de simpatizantes de la Gironda. Cuando alzó la vista hacia la Montaña se quedó asombrado al comprobar la cantidad de colegas que se habían ausentado aquel día. ¿Quién iba a defender a ese loco venenoso y repelente de Marat? Camille, por supuesto. Debían de haberlo sospechado porque lo tenían todo perfectamente planificado. Llevaremos a Marat a juicio, gritaron, y tú serás juzgado con él. Lo consideraban tan «sanguinario» como a Danton. Bájate de la tribuna, gritaban, antes de que te obliguemos por la fuerza. Habían pasado cuatro años desde

que estalló la Revolución, pero se sintió amenazado como el día en que se hallaba en el Palais-Royal y la policía pretendía arrestarlo.

Había soportado el chaparrón hasta que el presidente, en un gesto de impotencia, le indicó que no podía hacer nada. Lo que los diputados sentían hacia Marat era un intenso odio y temor, sentimientos que habían transferido a Camille, quien sabía que los diputados asistían armados a las sesiones. Danton se hubiera enfrentado a ellos, los hubiera dominado, les hubiera obligado a tragarse sus amenazas e insultos; pero Camille era incapaz de ello. Al fin guardó silencio y, tras contemplar durante unos instantes a los agresivos diputados, hizo una inclinación de cabeza al presidente, se pasó la mano por el pelo y dijo: «Bien, doctor Marat, han ganado el primer asalto».

Cuando ocupó de nuevo su escaño en la Montaña, comprobó que Danton se había marchado. Robespierre tampoco estaba ahí; no querían tener nada que ver en el asunto. François Robert, que temía y detestaba a Marat, apartó la vista. Fabre lo miró, arqueando una ceja, y se mordió el labio. Antoine Saint-Just le dirigió una débil sonrisa. «Eso te ha costado un gran esfuerzo, ¿no es así?», le espetó Camille. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse lejos de allí, por respirar un aire menos hostil, pero si se hubiera marchado en aquellos momentos, la derecha hubiera añadido ese gesto a su lista de triunfos. No sólo hemos conseguido silenciar al principal defensor sino que le obligamos a abandonar la sala.

Al cabo de un rato salió y se fue hacia al jardín de las Tullerías. Cuatro años pasados en habitaciones cuyo aire era irrespirable; cuatro años de luchas y miedo. Georges-Jacques creía que uno podía ganar dinero con la Revolución, pero esta les estaba pasando factura. La mayoría de sus colegas se habían convertido en unos alcohólicos, otros eran adictos al opio; algunos habían desarrollado una serie de misteriosas enfermedades, otros tenían la femenina costumbre de estallar en sollozos en medio de un debate. Marat padecía insomnio; su primo Fouquier, el fiscal, le había confesado que cada noche soñaba que los muertos le perseguían por las calles. Camille había conseguido no sucumbir a ninguno de esas calamidades, pero no se sentía con fuerzas de enfrentarse a otra experiencia como la de hoy.

De pronto notó que le seguían dos individuos. Haciendo de tripas corazón, se volvió y se encaró con ellos. Se trataba de dos de los soldados que custodiaban la Convención Nacional. Al ver que avanzaban tres pasos hacia él, Camille se llevó la mano al pecho y dijo:

—Supongo que la Convención os ha ordenado que me arrestéis.

—No, ciudadano, si hubiéramos venido a arrestarte no habríamos venidos solos. Te hemos visto pasar solo y en estos tiempos que corren nunca se sabe lo que puede suceder. No queremos que acabes como el ciudadano Lepelletier.

—Os lo agradezco. Aunque si alguien deseara matarme dudo pudierais impedirlo, a menos que os interpusierais heroicamente en su camino.

—El ciudadano Danton nos ha advertido que debemos mantenernos alerta —contestó uno de los soldados—, quizá logremos capturar a un conspirador o a un

asesino. Ahora… —El soldado se volvió hacia su colega, tratando de recordar lo que debía decir—. ¿Nos permites, ciudadano diputado, que te escoltemos hasta un lugar más seguro?

—Hasta la tumba —respondió Camille—, hasta la tumba.

—Te ruego que retires la mano de la pistola que ocultas en el bolsillo de la casaca —dijo el segundo soldado—. Me está poniendo nervioso.

Camille no quiere recordar aquel día, ni el pánico que se apoderó de él en aquellos instantes. Esta noche, en el Club de los Jacobinos, estará rodeado de amigos. Acudirá Danton, que se sentará junto a él. Como de costumbre, Danton permanecerá silencioso e impasible, sabiendo que ni su locuacidad ni sus bromas conseguirían disipar los nervios de su amigo. Cuando llegue el momento, Camille se dirigirá lentamente hacia la tribuna porque los patriotas abandonarán sus escaños para abrazarlo, mientras desde las sombras de la galería reservada al público, donde se hallan los sansculottes, brotarán aplausos y gritos de aliento. Luego se hará el silencio, y cuando Camille comience su discurso, procurando controlar su tendencia al tartamudeo para que las palabras le salgan fluidas, pensará: «No me extraña que este asunto sea tan complicado, nadie se entera nunca de lo que dicen los demás. Ni en Versalles ni aquí. Cuando hayamos muerto y hayan pasado unos años, se cansarán de esforzarse en oír lo que decimos y dirán, ¿qué más da? Hemos elegido nuestro lugar en los silencios de la historia, con nuestros débiles pulmones, nuestro tartamudeo y nuestras habitaciones, las cuales estaban destinadas a otros menesteres».

En la Cour du Commerce:

GÉLY: Le ruego que se apiade de nosotros, señor.

DANTON: ¿Que me apiade? ¿Por qué debo apiadarme de ustedes? Personalmente considero que son muy afortunados.

GÉLY: Sólo tenemos una hija.

SEÑORA GÉLY: La matará, como mató a su primera esposa.

GÉLY: Calla.

DANTON: Deje que diga lo que quiera, si eso le sirve de desahogo.

GÉLY: No entendemos lo que pretende de Louise.

DANTON: Digamos que experimento ciertos sentimientos hacia su hija.

SEÑORA GÉLY: ¿Por qué no dice claramente que está enamorado de ella?

DANTON: Creo que eso es algo que uno no descubre hasta pasados unos años.

GÉLY: Debería casarse con una mujer más adecuada para usted.

DANTON: Eso debo decidirlo yo, ¿no le parece?

GÉLY: Mi hija tiene quince años.

DANTON: Y yo treinta y tres. La edad no constituye un impedimento.

GÉLY: Parece usted mayor.

DANTON: No se casa conmigo por mi aspecto.

GÉLY: ¿Por qué no se casa con una viuda, con una mujer más experimentada?

DANTON: ¿Experimentada? ¿En qué sentido? Si cree usted que tengo un gigantesco apetito sexual, debo confesarle que se trata de un mito. En realidad, soy muy normal.

SEÑORA GÉLY: Le ruego que modere su lenguaje.

DANTON: ¿Por qué no obliga a su esposa a salir de la habitación?

GÉLY: Me refería a una mujer que tuviera experiencia en criar a unos hijos, en ocuparse de su familia.

DANTON: Mis hijos la quieren mucho. Lo mismo que Louise a ellos. Pregúnteselo usted mismo. Por otra parte, no quiero casarme con una mujer madura, deseo tener más hijos. Mi esposa enseñó a Louise a ser una excelente ama de casa.

GÉLY: Pero usted tiene muchas amistades, recibe a gente importante. Mi hija no sabría desenvolverse en ese ambiente.

DANTON: Todo cuanto yo hago, a mis amigos les parece bien.

SEÑORA GÉLY: Es usted el hombre más arrogante que he conocido jamás.

DANTON: De todos modos, si teme que mis amigos no se sientan a gusto, puede usted bajar y ayudar a su hija. Suponiendo que esté capacitada para ello. Si Louise lo desea, puede disponer de un ejército de sirvientes. Nos mudaremos a una vivienda más grande. No sé por qué he permanecido en esta; supongo que por inercia. Soy un hombre rico. Puedo satisfacer todos los caprichos de Louise. Sus hijos heredarán la parte que les corresponda de mi patrimonio, lo mismo que los hijos de mi primera esposa.

GÉLY: Louise no está en venta.

DANTON: Podrá hasta disponer de una capilla privada y de un sacerdote, siempre y cuando este sea leal a la constitución.

LOUISE: Le advierto que no me casaré con usted en una ceremonia civil, señor.

DANTON: ¿Cómo dices, amor mío?

LOUISE: Bueno, no me importa celebrar esa estúpida ceremonia en el Ayuntamiento. Pero quiero una boda por la Iglesia, oficiada por un sacerdote que no haya pronunciado ese ridículo juramento.

DANTON: ¿Por qué?

LOUISE: Porque de lo contrario no estaríamos casados. Viviríamos en pecado, y nuestros hijos serían ilegítimos.

DANTON: No seas boba. ¿Aún no sabes que Dios es un revolucionario?

LOUISE: Insisto en que nos case un auténtico sacerdote.

DANTON: ¿Sabes lo que me pides?

LOUISE: De otro modo, me niego a casarme con usted.

DANTON: Reflexiona.

LOUISE: Deseo hacer lo correcto.

DANTON: Cuando seas mi esposa harás lo que yo diga, de modo que ya puedes empezar a obedecerme.

LOUISE: Es la única condición que le impongo.

DANTON: No estoy acostumbrado a que me impongan condiciones, Louise.

LOUISE: Pues ya puede irse acostumbrando.

Tras haber fracasado en su ofensiva contra Marat, los diputados girondinos establecen otro comité para investigar a las personas que —según dicen— tratan de manipular la autoridad de la Convención Nacional. Al cabo de unos días, dicho comité arresta a Hébert. La presión de las Secciones y de la Comuna fuerza su liberación. El 29 de mayo, el comité central de las Secciones inicia una «sesión permanente», término que pone de relieve la crisis por la que atraviesa el país. El 31 de mayo suena el toque a rebato a las tres de la mañana y cierran las puertas de la ciudad.

Robespierre:

—Invito al pueblo a manifestarse dentro de la misma Convención y a expulsar a los diputados corruptos… Afirmo que he recibido del pueblo la misión de defender sus derechos, y considero mi opresor a cualquiera que me interrumpa o me impida hablar, y que dirigiré una revuelta contra el presidente y todos los miembros de la cámara que traten de silenciarme. Asimismo, me comprometo a castigar personalmente a los traidores, y a considerar a todo conspirador como mi enemigo personal…

Isnard, un girondino, presidente de la Convención:

—En caso de producirse un ataque contra los representantes de la nación, declaro en nombre de todo el país que París será totalmente destruida. La gente tendrá que rastrear las orillas del Sena para averiguar si París existió alguna vez.

—Últimamente la gente no se atreve a dormir en su casa —dijo Buzot—. Tienen miedo. ¿Has pensado en marcharte?

—No —respondió Manon—. No lo he pensado.

—Tienes una hija.

Manon apoyó la cabeza en el cojín, mostrando su blanco y delicado cuello, y cerró los ojos.

—No puedo permitir que eso influya en mis decisiones —contestó.

—La mayoría de las mujeres no opinarían como tú.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres. Lo sabes de sobra —replicó Manon, abriendo los ojos—. ¿Crees acaso que no tengo sentimientos? Te equivocas.

Pero existen otras cosas más importantes que mis sentimientos. Me niego a abandonar París.

—Las Secciones se han sublevado.

—¿Tienes miedo?

—Me avergüenza que las cosas hayan llegado a este extremo después de todos nuestros esfuerzos y esperanzas.

Tras haberse disipado el momento de languidez, Manon se incorporó y exclamó con vehemencia:

—¡No te rindas! No hables de ese modo. Contamos con la mayoría en la Convención. Robespierre no puede hacer nada contra nosotros.

—No subestimes a Robespierre.

—Me arrepiento de haberle ofrecido mi casa para ocultarse durante los acontecimientos del Campo de Marte. Yo le apreciaba. Lo consideraba la ciudadela de todo cuanto era lógico, razonable y decente.

—Eres la única persona a la que ha conseguido engañar —respondió Buzot—. Robespierre jamás ha olvidado el daño que ha causado a sus amigos, ni los favores que ha recibido de ellos, ni el talento que poseen algunos. Te has equivocado, amor mío, debiste ofrecerle la mano a Danton.

—Ese canalla me repele.

—No me refería en un sentido literal.

—¿Quieres que te diga lo que piensa Danton? Al parecer, ninguno os habéis dado cuenta. A sus ojos, mi marido, Brissot, todos vosotros no sois más que una pandilla de afectados y trasnochados intelectuales. Para él, los auténticos hombres son unos cínicos, unos brutos, unos carnívoros, unos hombres que destruyen por el puro placer de destruir. Por eso os desprecia.

—No, Manon, te equivocas. Nos ofreció negociar. Nos ofreció una tregua. Nosotros rechazamos su propuesta.

—Sabes que es imposible negociar con él. Él siempre impone las condiciones y te obliga a aceptarlas. Al final siempre se sale con la suya.

—Es posible que tengas razón. De todos modos, ¿qué podemos hacer? En cuanto a nosotros, Manon… no nos queda nada.

—Si no nos queda nada —contestó ella—, Danton no podrá arrebatárnoslo.

Estallaron violentas manifestaciones frente a la Convención. Algunos delegados de las Secciones, portando la lista de los diputados que debían ser expulsados y proscritos, penetraron en el interior. Sin embargo, la mayoría no se daba por vencida. Robespierre, blanco como la cera, apoyado en la tribuna, se detenía entre cada frase para recuperar el aliento. Vergniaud le gritó: «¡Acaba de una vez!», a lo que Robespierre le espetó: «Sí, acabaré contigo».

Dos días más tarde, una inmensa muchedumbre, en su mayoría armada,

compuesta por unas ochenta mil personas, rodeó la Convención; en las primeras filas estaban los guardias nacionales, con las bayonetas caladas y un cañón. La gente exigía la expulsión de veintinueve diputados. Entre ellos se encontraban Buzot, Vergniaud, Pétion, Louvet y Brissot. Al parecer, los guardias y los sansculottes se proponían encarcelar a los diputados hasta que estos capitularan. Hérault de Séchelles, que aquel día presidía la sesión, condujo a un grupo de diputados al exterior, confiando con ese gesto apaciguar los ánimos. Los guardias permanecían junto al cañón, listos para abrir fuego. Su comandante, montado a caballo, arengó al presidente de la Convención. Hérault trató de hacerle comprender que era un patriota, a lo que el comandante replicó que no podía contener a la multitud.

Hérault esbozó una abstracta sonrisa. Él y sus colegas estaban dando los últimos toques a la constitución republicana, el documento que proporcionaría a Francia la libertad definitiva. «Nos hacemos cargo de la situación», observó con voz apenas audible. Acto seguido dio media vuelta y penetró de nuevo en la cámara, seguido de los diputados. Los bancos estaban ocupados por varios sansculottes, que charlaban amistosamente con los diputados de la Montaña que estaban al corriente de lo que sucedía y que no se habían molestado en levantar un sólo dedo.

El diputado Couthon, el santo sujeto a una silla de ruedas, estaba en uso de la palabra:

—Ciudadanos, todos los miembros de la Convención tenéis vuestra libertad asegurada. Habéis ido al encuentro del pueblo. Habéis hallado por doquier gentes honestas, generosas e incapaces de amenazar la seguridad de sus delegados, pero indignadas contra los conspiradores que pretenden esclavizarlas. Ahora que sabéis que sois libres para proseguir con vuestras deliberaciones, propongo que se emita una orden de arresto contra los miembros que figuran en la lista.

Robespierre se cubrió el rostro con las manos. Teniendo en cuenta las majaderías que acaba de soltar el santo, tal vez estuviera riéndose. O tal vez se sintiera indispuesto. Nadie se atrevía a preguntárselo. Cada vez que caía enfermo salía de su convalecencia con renovadas fuerzas.

Manon Roland, cubierta con un chal negro, permaneció todo el día en la antecámara de la presidencia, aguardando pacientemente. Vergniaud le iba informando periódicamente de las últimas noticias. Manon había escrito un discurso que deseaba leer ante la Convención, pero cada vez que se abría la puerta percibía los enfurecidos gritos y exclamaciones de la multitud.

—Como habrás podido comprobar, la situación es grave —le dijo Vergniaud—. Nadie puede dirigirse a los diputados mientras persista este tumulto. Puede que, por ser mujer, te traten con mayor respeto, pero, francamente…

Manon siguió aguardando. Al cabo de un rato apareció de nuevo Vergniaud y dijo:

—Quizá puedas pronunciar tu discurso dentro de una hora y media, pero no puedo prometértelo. Como tampoco puedo prometerte qué clase de recibimiento te

dispensarán.

¿Una hora y media? Hacía mucho rato que había salido de casa. No sabía dónde se encontraba su marido. No obstante, puesto que llevaba tanto tiempo aguardando, esperaría un poco más.

—No tengo miedo, Vergniaud. Quizá pueda decir cosas que vosotros no podéis expresar. Pide a nuestros amigos que apoyen mis palabras.

—La mayoría de ellos no han venido, Manon.

Esta lo miró asombrada y preguntó:

—¿Dónde están?

Vergniaud se encogió de hombros.

—Nuestros amigos son muy valerosos, pero me temo que poco resistentes.

Manon cogió un coche y se dirigió a casa de Louvet. Al comprobar que este se había ausentado, tomó otro coche para regresar a su apartamento. Las calles estaban atestadas y el carruaje avanzaba lentamente. Al cabo de un rato ordenó al cochero que se detuviera. Después de pagarle, se apeó y echó a andar rápidamente, ocultando su rostro bajo el chal, como la heroína de una novela que corre a reunirse con su amante.

Al llegar a su casa, el conserje la cogió del brazo para ayudarla a subir los escalones. Según le comunicó, el señor había cerrado la casa y se había dirigido a la vivienda del casero, situada en la parte posterior del edificio. Tras llamar insistentemente a la puerta, el casero le abrió y le informó que Roland ya se había marchado. ¿Adónde? A casa de un vecino.

—Descanse un rato, señora. Su marido está sano y salvo. ¿Le apetece una copita de vino?

Manon se sentó junto a la chimenea, que estaba apagada. Corría el mes de junio y hacía una espléndida noche. La esposa del casero le sirvió una copita de vino.

—Es muy fuerte —dijo Manon—. ¿No podría rebajarlo con un poco de agua?

Así y todo, el vino se le subió a la cabeza.

Roland no estaba en las señas que le habían indicado, pero lo encontró en casa de otro vecino, paseándose nervioso de un lado a otro de la habitación. Manon lo miró sorprendida; había supuesto que lo hallaría sentado en un sillón, tosiendo como un descosido.

—Debemos irnos, Manon —le dijo su marido—. Tengo amigos, lo tengo todo previsto. Nos marcharemos esta misma noche.

La dueña de la casa ofreció a Manon una taza de chocolate con nata.

—Gracias, está muy rico —dijo Manon.

El espeso líquido le suavizó la garganta, en la que se le habían secado las palabras.

—No es momento de falsos heroísmos —dijo Roland—. La situación es muy grave. Me veo obligado a tomar las medidas oportunas para salvarme en caso de que, en el futuro, tenga que asumir nuevamente el cargo. No puedo exponerme. ¿Comprendes?

—Sí. Yo debo regresar esta noche a la Convención.

—Pero, Manon, piensa en el riesgo, piensa en nuestra hija…

—Qué extraño —contestó Manon, depositando la taza sobre la mesa—. No es tarde y sin embargo me parece que ha pasado un siglo.

Le parecía como si les arrebataran poco a poco la vida. Eran como los inquilinos de una casa vacía que, después de marcharse los transportistas, se quedan con las paredes desnudas, los restos de una vajilla y unos pocos muebles cubiertos de polvo. Como los últimos clientes de un café que permanecen en silencio, escuchado el siniestro tictac del reloj mientras los camareros empiezan a recoger las mesas para advertirles que es hora de cerrar. Manon se levantó, se acercó a su marido y le besó en la mejilla, sintiendo bajo los labios su pronunciado pómulo.

—¿Me has sido infiel? —le preguntó Roland—. ¿Me has traicionado alguna vez?

Manon se llevó un dedo a los labios y luego apoyó la mejilla en la de su marido, percibiendo durante unos segundos el mefítico olor de sus pulmones.

—Jamás —contestó—. Cuídate mucho. No bebas licores ni comas carne si no está muy hecha. No debes probar la leche a menos que te la venda alguien de confianza. Puedes comer un poco de pescado blanco, al vapor. Tómate una infusión de valeriana si estás nervioso. Abrígate bien, no salgas cuando llueva. Bebe algo caliente antes de acostarte. No olvides escribirme.

Al salir cerró suavemente la puerta tras ella. Jamás volvería a verlo.

VIII. *Acto de contrición imperfecta*

(1793)

—Creo que te mostraste… poco enérgico —dijo Danton—. El arresto domiciliario demostró no ser muy eficaz. Hay que tenerlo presente en el futuro. Sé que tenemos a la dama a buen recaudo, pero quería atrapar a su marido, a Buzot y algunos otros que en estos momentos tratan de ocultarse en cómodos escondites de provincias.

—Son exiliados —observó Robespierre—. Proscritos. Yo no diría que la situación de un fugitivo sea cómoda. En cualquier caso, se han marchado.

—Para incitar a las masas a sublevarse.

—Los agitadores de provincias protestan contra la monarquía —contestó Robespierre, tosiendo—. ¡Maldita sea! —dijo, limpiándose los labios con un pañuelo—. La mayoría de nuestros amigos girondinos son regicidas. No obstante, sin duda intentarán crearnos problemas.

Danton se sentía incómodo. Al hablar con Robespierre, uno trataba de pronunciar las palabras correctas, pero ¿qué era lo correcto estos días? Cuando hablabas con un activista te encontrabas con un pacifista que te miraba con aire de reproche. Cuando hablabas con un idealista te encontrabas con un político profesional alegre y desenvuelto. Si te referías a los medios, te decían que pensaras en los fines; si aludías a los fines, te decían que pensaras en los medios. Si aventurabas una suposición, te la rechazaban; si ofrecías una opinión, te la desmontaban al instante. ¿De qué se quejaba Mirabeau? «Cree firmemente en todo cuanto dice». Es probable que existiera en Robespierre un estrato profundo donde se resolvían todas las contradicciones.

Brissot se dirigía a Chartres, a su población natal, desde la que se trasladaría al sur. Pétion y Barbaroux se dirigían a Caen, en Normandía.

—Este ático en el que vive… —dijo Danton al sacerdote. Estaba estupefacto.

Según había podido comprobar, los sacerdotes vivían más que cómodamente.

—Resulta bastante agradable, ahora que ha pasado el invierno. En todo caso, es mejor que la cárcel.

—¿Ha estado usted en la cárcel? —preguntó Danton. El sacerdote no respondió —. Me pregunto, padre, por qué se viste usted como el empleado de un banco o un respetable tendero. ¿No debería vestirse como un sansculotte?

—En los lugares a los que acudo, mi presencia pasa más inadvertida vestido de esta forma.

—¿Trata usted con personas de clase media?

—No exclusivamente.

—Me sorprende que esa gente se aferre a las viejas costumbres —observó Danton.

—Los obreros temen a la autoridad, señor Danton, independientemente de quién la represente. Y, lógicamente, les preocupa conseguir las cosas más elementales.

—Y por tanto se han envilecido espiritualmente…

—No creo que haya venido a hablar de política con un sacerdote. Conoce mis funciones. Me limito a dar al César lo que es del César, otros asuntos no me conciernen.

—¿Cree usted que yo soy César? No puede afirmar que está por encima de la política y elegir al César que le convenga.

—Según me ha dicho, señor, ha venido usted a confesarse antes de contraer matrimonio con una hija de la Iglesia. Pierde usted el tiempo discutiendo conmigo, porque en esta cuestión no se trata de ganar o perder. Sé que no está familiarizado con el tema.

—¿Puedo preguntarle su nombre?

—Soy el padre Kéravenen. De la antigua parroquia de San Sulpicio. ¿Podemos empezar?

—Ha pasado media vida desde que me confesé por última vez. No lo recuerdo exactamente, pero han pasado muchos años.

—Es usted todavía joven.

—Sí, pero en esos años han sucedido muchas cosas.

—Supongo que de niño le dijeron que debía hacer un examen de conciencia cada noche. ¿Ha abandonado esa práctica?

—Tengo que dormir.

El sacerdote sonrió con tristeza.

—Quizá pueda ayudarle. Es usted hijo de la Iglesia, supongo que no ha tenido tratos con ninguna herejía. Quizás haya descuidado sus deberes, pero ¿reconoce usted que la Iglesia católica es la verdadera y el único camino que le conducirá a la salvación?

—En caso de que exista la salvación, no conozco otro camino para alcanzarla.

—¿Cree usted en Dios, señor?

Tras reflexionar unos instantes, Danton contestó:

—Sí, pero quisiera matizar mi respuesta.

—Deje las cosas como están, créame. No hay nada que matizar. ¿Ha cumplido con sus obligaciones como católico?

—No.

—Pero supongo que ha velado por el bienestar espiritual de su familia…

—Mis hijos están bautizados.

—Perfectamente —contestó el sacerdote. Su penetrante mirada desconcertó a Danton.

—¿Le parece que repasemos sus posibles faltas? ¿Asesinato?

—Yo no lo expresaría en esos términos.

—¿Está usted convencido de ello?

—La confesión es un sacramento, ¿no es así? No se trata de un debate en la Convención Nacional.

—De acuerdo. ¿Pecados de la carne?

—Eso sí. Los corrientes. Adulterio.

—¿Cuántas veces?

—No escribo un diario como una jovencita enamorada, padre.

—¿Se arrepiente de ello?

—¿De haber pecado? Sí.

—¿Porque ha ofendido a Dios?

—Porque mi esposa ha muerto.

—Lo que expresa usted es un acto de contrición imperfecta, que nace del temor humano al dolor y a ser castigados, en lugar de un acto de contrición perfecta que brota del amor a Dios. No obstante, es cuanto exige la Iglesia.

—Conozco la teoría, padre.

—¿Se ha propuesto firmemente enmendarse?

—Me he propuesto ser fiel a mi segunda esposa.

—Pasemos a otras materias, como la envidia, la ira, el orgullo… —prosiguió el sacerdote.

—Los siete pecados capitales. Confieso haber pecado contra todos ellos. Miento, no soy perezoso, y quizá tampoco haya cometido otros pecados…

—La calumnia…

—Eso está a la orden del día entre políticos, padre.

—También supongo, señor, que de pequeño le enseñaron que existen dos pecados contra el Espíritu Santo: la presunción y la desesperanza.

—Actualmente tiendo más bien a la desesperanza.

—No me refiero a asuntos mundanos, sino a la desesperanza espiritual. Al temor de no salvarse.

—No temo eso. ¿Quién sabe? La misericordia de Dios es infinita, ¿no?

—Me alegro de que haya venido a verme, señor. He emprendido usted el buen

camino.

—¿Y qué hallaré al final del camino?

—El rostro de Jesucristo.

Danton se estremeció.

—Así pues, ¿me absuelve de mis pecados?

El sacerdote asintió.

—No soy un buen penitente.

—Dios está dispuesto a mostrarse benevolente con usted —contestó el sacerdote, haciendo la señal de la cruz y murmurando unas palabras—. Esto es el comienzo, señor Danton. Como le dije, he estado en la cárcel. Tuve la suerte de escapar en septiembre.

—¿Dónde se ha ocultado desde entonces?

—Eso no importa. Sólo deseo que sepa que estaré siempre a su disposición.

—Anoche, en el Club de los Jacobinos…

—No es necesario que me lo cuentes, Camille.

—Todos preguntaban dónde se había metido Danton. Les extrañó tu ausencia.

—Estoy muy ocupado con el comité.

—Hummm. A veces, pero no siempre.

—Creí que no estabas de acuerdo con el comité.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Y?

—Si continúas por ese camino, no te reelegirán.

—¿No te recuerda eso a los primeros tiempos de casado, cuando querías estar solo, cuando Robespierre no venía a sermonearte sobre tus deberes públicos? Creo que deberías ser el primero en saberlo. Voy a casarme con la hija de Gély.

—¡No es posible! —exclamó Camille.

—Dentro de cuatro días firmaremos el contrato matrimonial. ¿Te importa echarle un vistazo? Es posible que, dado mi irresponsable estado de ánimo, haya escrito algo mal. Y ya sabes que esos errores cuestan muy caros.

—¿Por qué? ¿Acaso no es un contrato corriente y normal? —preguntó alarmado Camille.

—He decidido legarle todas mis propiedades. Yo las administraré mientras viva. —Tras una larga pausa, Danton prosiguió—: Nunca se sabe. Es posible que sufra un percance. A manos del Estado. Y aunque pierda la cabeza, no es necesario que pierda también mis propiedades. ¿A qué vienen esos síntomas de furia?

—¡Búscate otro abogado! —gritó Camille—. Me niego a ser partícipe de tu declive y caída.

Tras esas palabras, salió dando un portazo.

En aquel momento bajó Louise de su casa. Al observar la solemne expresión de

Danton, le cogió la mano y preguntó suavemente:

—¿Dónde está Camille?

—Supongo que habrá ido a ver a Robespierre. Siempre va a ver a Robespierre cuando nos peleamos.

Puede que algún día se vaya y no regrese, pensó Louise, pero se guardó de decirlo en voz alta. Su futuro marido era en algunos aspectos muy vulnerable.

—Camille y tú os conocéis muy bien —dijo.

—Tremendamente bien. Quiero decirte algo, mi amor. No, no tiene nada que ver con la política, se trata de una pequeña advertencia. Si alguna vez te encuentro a solas con Camille, te mataré.

—Si alguna vez me encuentras a solas con Camille, uno de los dos estará muerto.

—Te deseo que seas muy feliz, Danton —dijo Robespierre—. Camille dice que te has vuelto loco, pero supongo que sabes lo que haces. Sólo quiero decirte una cosa, si me lo permites. Durante estos dos últimos meses, tu actitud hacia tus deberes públicos no ha sido la que la República merece.

—¿Y qué me dices de tus frecuentes enfermedades, Robespierre?

—No puedo evitar ponerme enfermo.

—Yo tampoco puedo evitar casarme. Necesito una mujer.

—Eso no es ninguna novedad —masculló Robespierre—, pero ¿tienes que dedicar todo el día a satisfacer tus apetitos carnales? ¿No puedes compaginarlo con el trabajo?

—¿Satisfacer mis apetitos carnales? ¿Es esa la opinión que tienes de mí? Me refiero a que necesito un hogar, unos hijos, una esposa que se ocupe de mi casa… ¿Es que no lo entiendes?

—¿Cómo voy a entenderlo si soy soltero?

—Eso es cosa tuya. Creí que para ti era importante la vida familiar. De todos modos, tanto si lo entiendes como si no, me molesta el hecho de que todo cuanto hago sea del dominio público.

—No es necesario que te enojes.

—A veces me entran ganas de plantarlo todo y largarme lejos. Si pudiera lo haría mañana mismo, dejaría la ciudad, regresaría a mi granja…

—Aunque no lo creas, Danton, eres un sentimental —dijo Robespierre—. Bueno, si deseas marcharte puedes hacerlo, aunque te echaremos de menos. Nadie es indispensable. Ven a verme antes de irte, nos tomaremos unas copas.

Robespierre resistió la tentación de volverse y mirar a Danton, que lo contemplaba boquiabierto. Es como un niño grande, pensó Robespierre, que se divertía tanto como Camille atormentándolo.

Camille estaba tumbado en la cama de Robespierre, con los ojos clavados en el techo y las manos en el cogote.

—Es muy extraño —dijo Robespierre, que estaba sentado ante su escritorio.

—En efecto. Podía haberse casado con docenas de mujeres. Esa chica no es una belleza, ni tiene dinero. Pero está loco por ella, ha perdido todo sentido de la proporción. Los Gély son monárquicos y fanáticos religiosos.

—No, me refería a lo que hablábamos antes, sobre el asunto de Dumouriez. Pero continúa.

—Temo que se deje influir por ella.

—No creo que una chica como Louise pueda influir en Danton.

—En estos momentos está muy susceptible.

—¿Te refieres a sus ideas monárquicas?

—No, pero lo está ablandando. El otro día me dijo que no quiere que juzguen a María Antonieta. Dice que es nuestra última baza, que sus parientes en Europa estarán más predispuestos a escuchar nuestras propuestas de paz si María Antonieta está viva.

—A sus parientes les importa un comino que esté viva o muerta. Si no es juzgada, el Tribunal Revolucionario se convertirá en una farsa. Ha entregado nuestros planes militares a Austria, es una traidora.

—También dice que no ve por qué hemos de perseguir a los hombres de Brissot, puesto que hemos conseguido arrojarlos de la Convención. Aunque tú mismo lo has dicho también.

—Te lo dije confidencialmente, Camille. Era una opinión personal, no una recomendación a la nación.

—Mis opiniones públicas y privadas son idénticas. Quiero que sean juzgados.

—El doctor Marat también —dijo Robespierre—. Las iniciativas de paz de Danton no han tenido demasiado éxito —añadió, mientras revisaba unos papeles.

—Ha desperdiciado unos cuatro millones en Rusia y en España. Dentro de poco propondrá la paz a cualquier precio. Es algo que la gente no conoce de él. Será capaz de todo con tal de alcanzar la paz y la tranquilidad.

—¿Todavía frecuenta a ese inglés, al señor Miles?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Creo que de vez en cuando cenan juntos.

Robespierre cogió su pequeño tomo de Rousseau y comenzó a hojearlo distraídamente.

—Dime, Camille, sinceramente, ¿crees que Georges-Jacques se ha comportado con toda escrupulosidad respecto a los contratos del Ejército?

—¿Cómo quieres que te responda a eso? Ya conoces sus métodos de financiación.

—Sí, ayudas, comisiones… En fin, tenemos que aceptarlo tal como es, aunque me estremezco al pensar en lo que comentaría Saint-Just si me oyera decir eso. Supongo que diría que estamos fomentando la corrupción, lo cual es una forma de ser corrupto… Dime, ¿crees que podríamos salvar a Danton de sí mismo? ¿Tratar de capturar a algún pez pequeño?

—No, los peces pequeños conducen a los peces gordos. Danton es demasiado valioso para colocarlo en esa situación.

—No me gustaría que perdiera su valor. Cambiando de tema, ese contrato matrimonial me preocupa. Sólo puede significar una cosa, que teme que en el futuro se vea obligado a comparecer ante los tribunales.

—Tú también temías convertirte en un obstáculo para la Revolución. Pero afirmabas estar preparado.

—Sí, estoy preparado mentalmente, me refiero a que un poco de humildad no hace daño a nadie, pero no pensaba apresurarme a hacer testamento. Debemos evitar que Danton se meta en asuntos peligrosos.

—No creo que corra peligro de divorciarse de inmediato.

Robespierre sonrió.

—¿Adónde han ido?

—A Sèvres, a visitar a los padres de Gabrielle. Todo muy amigable y civilizado. Quieren buscar una casita donde puedan estar solos, sin que nosotros los importunemos.

—Entonces, ¿por qué te ha dicho Danton que iban a buscar una casita en Sèvres?

—No fue él. Me lo dijo Louise —contestó Camille, incorporándose bruscamente —. Debo irme. Tengo que asistir a una cena. No con el señor Miles.

—¿Con quién?

—Con una persona que no conoces. Espero divertirme. Sin duda lo leerás en la crónica de escándalos que publica Hébert. Apuesto a que en estos momentos se está inventando el menú.

—¿No te importa?

—No. No estoy ansioso por ver a Hébert hundirse bajo el peso de su mezquindad.

—No, me refería a que la última vez que hablaste en la Convención, un imbécil te acusó de cenar con aristócratas. No tiene importancia pero…

—Para ellos, cualquier persona inteligente o de buen gusto es un aristócrata.

—A esa gente, a esos *ci-devants*, sólo les interesa el poder que detentas.

—Sí, pero no a Arthur Dillon. Es amigo mío. En cualquier caso, desde 1789 a la gente sólo les intereso por el poder que ostento. Antes, nadie mostraba el menor interés en mí.

—Te equivocas. Todas las personas que contaban se interesaban en ti —dijo Robespierre, observándolo con sus ojos verdeazulados, de mirada huidiza. Fue un momento cargado de tensión—. Siempre has estado en mi corazón.

Camille sonríe. Robespierre es un sentimental; al fin y al cabo, es la moda de la

época. De todos modos, resulta más agradable que oír los gritos y bufidos de Georges-Jacques. Robespierre se despide de él agitando la mano, rompiendo el encanto de aquel momento. Pero cuando Camille se ha marchado, se sienta a reflexionar. La palabra que le viene a la mente es virtud, mejor dicho, *vertu*, que significa fuerza, honestidad, limpieza de intención. Se pregunta si Camille comprende esas palabras. A veces parece entenderlas perfectamente; nadie es más virtuoso que él. Lo malo es que se cree la excepción a todas las reglas. Hoy le ha confiado unas cosas de las que más tarde se arrepentirá. Lo que no significa que Robespierre no esté obligado a tomar nota de ellas. Si no me lo hubiera dicho, no me habría enterado de lo del contrato matrimonial de Georges-Jacques. Danton debe de estar muy preocupado por algo. Un hombre como él no se inquieta por nimiedades. Un hombre como él no demuestra estar preocupado. Un hombre como él sólo cree estar en peligro cuando le remuerde la conciencia, o cuando se acumulan las amenazas y los temores…

Sin duda está consumido por los remordimientos. Se aprovechó de la buena fe de Gabrielle, la madre de sus hijos. Cuando murió, supuse que estaba tan dolido que jamás se recuperaría de ese trance, y le escribí para consolarlo. Le abrí mi mente y mi corazón, sin reservas, sin dudas ni recelos… «Tú y yo somos una misma persona», le dije. Quizá fuera una exageración. Debí mostrarme más precavido, pero sufría por él… Al leer mi carta, debió sonreírse y comentar con sus amigos: «Está loco. ¿Cómo puede afirmar que somos la misma persona? Es soltero, sólo mantiene relaciones temporales, que además niega. No puede imaginar siquiera lo que yo siento».

Pero Danton es un patriota, se dice Robespierre, apoyando las manos en el escritorio. No es necesario añadir nada más; no importa que sus modales me disgusten. Danton es un patriota.

Al cabo de un rato abrió un cajón y sacó una libreta negra. Estaba sin estrenar. La abrió por la primera página, mojó la pluma en el tintero y escribió: DANTON. Quería añadir algo más, por ejemplo: no quiero que nadie lea esto, es mi diario privado. Pero aunque no presumía de conocer a la gente, sabía que con ello sólo conseguiría exacerbar su curiosidad, el deseo de hurgar en sus asuntos personales. Bien, que lo lean, pensó… O podía llevarse la libreta a todas partes. Aunque en aquellos momentos se detestaba, empezó a escribir todo cuanto recordaba de su conversación con Camille.

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

En nuestro país pretendemos sustituir la moralidad por el egoísmo, la rectitud por el código personal del honor, los principios por los prejuicios, los deberes públicos por las obligaciones sociales, el imperio de la razón por la tiranía de la moda, el desprecio al vicio por el desprecio a la desgracia, el amor a la gloria por el amor al dinero, la gente buena por la buena sociedad, el mérito por la intriga, la grandeza del hombre por la mezquindad de los grandes, un pueblo magnánimo y feliz por otro frívolo y triste: en definitiva, todas las virtudes y prodigios de la república por los ridículos vicios de la monarquía.

CAMILLE DESMOULINS

Hasta la fecha hemos creído, junto con los legisladores de antaño, que las virtudes constituían la base necesaria de una república; el mérito del Club de los Jacobinos será el haber fundado una república basada en el vicio.

A lo largo del mes de junio estallan numerosas revueltas en la Vendée. Los rebeldes se apoderan de Angers, Saumur y Chinon, y son derrotados por estrecho margen en la batalla de Nantes, donde la Marina inglesa aguarda frente a las costas para apoyarlos. El comité Danton no está ganando la guerra, ni puede prometer la paz. Si en otoño la situación no mejora, los sansculottes tomarán la ley en sus manos y arremeterán contra el Gobierno y sus dirigentes. Al menos esa es la sensación que impera (tanto si Danton está presente como si está ausente) en la cámara del comité de Seguridad Pública, cuyas deliberaciones permanecen en secreto. Debajo del tricornio negro que constituye el emblema de su cargo, el ciudadano Fouquier examina los montones de papeles que hay sobre su mesa, planificando diversiones para confundir al enemigo, mientras va adquiriendo el mismo aspecto seco y demacrado de Robespierre.

Si es preciso organizar una diversión, ¿por qué no arrestar a un general? Arthur Dillon es amigo de destacados diputados, un candidato al cargo de comandante en jefe del frente septentrional; ha demostrado su valor en Valmy y en otras muchas batallas. En la Asamblea Nacional era un liberal; ahora es republicano. ¿Que más lógico, pues, que lo encierren en la cárcel, el 1 de julio, acusando de pasar secretos militares al enemigo?

Su familia se había puesto de acuerdo en que la salud de Claude exigía que este diera largos paseos todos los días. El médico había participado en el complot, aduciendo que el ejercicio no hacía daño a nadie, y si uno de los miembros más impresentables de la Convención deseaba tener una aventura con su suegra, Claude no tenía por qué interponerse en su camino.

En realidad, a Annette le parecía que su vida era mucho menos interesante de lo que creían los demás. Por las mañanas leía la prensa provinciana, recortaba los artículos más importantes y hacía unos extractos. Luego, sentada junto a su yerno, le ayudaba a abrir las cartas, anotaba en ellas lo que debía hacer, enviar o decir, si era preferible que contestara ella o él, o bien arrojaba la carta directamente al fuego. ¿Quién iba a decirme que acabaría siendo tu secretaria?, comentó Annette. Llevamos casi diez años engañando cruelmente a la familia, haciéndoles creer que nos acostamos juntos. No podían recordar la fecha exacta —fue en 1784— en que Fréron apareció acompañado de Camille. En aquellos tiempos Annette no tenía costumbre de tomar nota de todo.

Si consiguieran recordar la fecha, darían una fiesta para celebrarlo. Annette siempre estaba dispuesta a dar una fiesta. Durante unos instantes guardaron silencio, pensando en los últimos diez años. Luego siguieron hablando sobre la Comuna.

De pronto apareció inesperadamente Lucile.

—¿Te parece bonito irrumpir de esa forma cuando estamos manteniendo una conversación muy íntima sobre Hébert? —le espetó su madre.

En lugar de echarse a reír, Lucile empezó a hablar precipitadamente.

Al principio Camille entendió que Dillon había muerto, que había caído en el campo de batalla. Se sentó ante su mesa, junto a la chimenea, con la mente en blanco, contemplando fijamente el fuego. Pero al cabo de unos minutos Lucile le aclaró que Dillon estaba en París, en la cárcel. ¿Qué podían hacer?

La *joie de vivre* que instantes antes había sentido Annette se disipó de golpe.

—Esto es un serio contratiempo —dijo.

Al instante pensó: «Ya veremos cómo acaba el asunto. ¿Quién estará detrás de esto? ¿El comité de Seguridad General, que todo el mundo denomina el comité de Policía? ¿Lo han hecho para perjudicar a Arthur Dillon, o a Camille?».

—Tienes que sacarlo de la cárcel —dijo Lucile, dirigiéndose a Camille—. Si lo condenan… —Le expresión de su rostro demostraba que sabía el significado de esa palabra—… todos pensarán, Desmoulins le ha ayudado mucho en su carrera. Y es cierto.

—¿Condenarlo? —respondió Camille, levantándose apresuradamente—. No pueden condenarlo porque no habrá ningún juicio. Voy a partirle el cuello al imbécil de mi primo.

—No harás tal cosa —terció Annette—. Modera tu lenguaje, siéntate y reflexionemos con calma.

Era imposible. Camille estaba furioso. No experimentaba la fría ira del político sino una rabia íntima, personal, mientras se repetía: «¿Es que no sabéis quién soy yo?».

—Arrastrarán de nuevo tu nombre por el barro —murmuró Annette a su hija.

El escándalo no tardará en llegar a la Convención; pero primero llegará a casa de Marat.

Le abrió la puerta la cocinera. ¿Por qué emplea Marat a una cocinera? No suele ofrecer cenas ni banquetes a sus amigos. Es probable que el título de «cocinera» oculte unos pasatiempos más enérgicos y revolucionarios.

—Procure no tropezar con esos papeles —dijo la mujer, indicando los montones de periódicos que yacían en el oscuro pasillo.

Tras la advertencia, la cocinera fue a reunirse con sus patronas, que se hallaban sentadas en un semicírculo, como si estuvieran preparadas para una sesión de espiritismo. Podían limpiar un poco esta pocilga, pensó irritado Camille.

Pero las mujeres de Marat no eran expertas en los oficios domésticos. Estaba presente Simone Evrard y su hermana Catherine; la hermana de Marat, Albertine, había ido a Suiza, según le informaron, para visitar a la familia. ¿Pero Marat tiene familia? ¿Una madre, un padre y otros parientes? Como todo el mundo, respondió la cocinera. Qué extraño, pensó Camille, jamás se me había ocurrido que Marat tuviera un comienzo, pensaba que tenía miles de años, como Cagliostro. ¿Puedo verlo?

—No se encuentra bien —contestó Catherine—. Está tomando uno de sus baños especiales.

—Es muy urgente.

—¿Dillon? —Simone lo miró con sus almendrados ojos y se levantó, añadiendo —: Acompáñeme. La noticia le ha hecho mucha gracia.

Marat estaba sentado en una pequeña bañera, en una calurosa habitación, con una toalla sobre los hombros y un paño envuelto alrededor de la cabeza.

La habitación estaba invadida por un fuerte olor medicinal. Tenía el rostro hinchado; debajo de su acostumbrado color macilento asomaba algo peor, un tinte azulado. Sobre la bañera había una tabla apoyada, en la que estaba escribiendo.

Simone indicó, con un ligero gesto con el pie, una silla con el asiento de paja.

Marat levantó la vista de las pruebas que estaba corrigiendo.

—¿Estás disgustado? Siéntate, Camille, no sea que te subas a la silla y me sueltes un discurso.

Camille obedeció, tratando de no mirar a Marat.

—Supongo que ofrezco un aspecto de lo más estético —dijo este—. Una obra de arte. Deberían exhibirme en un museo. En realidad, dada la cantidad de gente que viene a verme, me siento como un objeto de museo.

—Me alegra verte tan bromista, aunque en tu lugar yo no estaría de tan buen humor.

—¿Te refieres a lo de Dillon? Te diré en cinco minutos lo que opino sobre eso. Teniendo en cuenta que Dillon es un aristócrata de nacimiento, debería ser guillotinado…

—No tiene la culpa de ser un aristócrata.

—Existen ciertos defectos que uno no puede evitar, pero eso no justifica otras cosas. Puesto que Dillon es el amante de tu mujer, si tratas de salvarlo sólo conseguirás demostrar tus perversas tendencias. Dado que los comités se han atrevido a arrestarlo, te autorizo a arremeter contra estos —dijo Marat, descargando un puñetazo sobre la tabla—. Aplástalos.

—Temo que si Dillon comparece ante el Tribunal acusado de esos absurdos cargos… si comparece ante el Tribunal siendo inocente…, lo condenen. ¿Crees que es posible?

—Sí. Tiene unos enemigos muy poderosos. ¿Qué creías? El Tribunal es un instrumento político.

—Fue creado para sustituir a la ley de las masas.

—Eso dijo Danton. Pero es más que eso. Vamos a asistir a unos espectáculos increíbles —dijo Marat—. En cuanto a ti, Camille, si defiendes a esos *ci-devants* corres el riesgo de que te suceda algo muy desagradable.

—¿Y tú? —preguntó este secamente—. ¿Has empeorado? ¿Vas a morirte?

—No, soy duro y resistente… —contestó Marat, tosiendo y golpeando el costado de la bañera— como el acero.

Unas escenas en la Convención Nacional. Desmoulins, amigo de Danton, y Lacroix, también amigo de Danton, se gritaban como unas verduleras. Desmoulins, el amigo de Danton, atacaba desde la tribuna de oradores al comité Danton, mientras le llovían los abucheos e insultos de todas partes de la cámara. De pronto, el diputado Billaud-Varennes exclamó desde lo alto de la Montaña:

—Esto es un escándalo, debemos detenerlo, está ensuciando su nombre.

Al fin, Camille se marchó indignado. Esos espectáculos se estaban convirtiendo en algo habitual. Fabre salió tras él.

—Escribe lo que hemos presenciado —le dijo.

—Descuida, lo haré. —Había dado a conocer la carta que le había enviado Dillon desde la cárcel, la había leído ante los diputados. Soy inocente, afirmaba Dillon, eso no beneficia en nada a nuestro país—. Escribiré un panfleto. ¿Cómo crees que debo titularlo?

—«Una carta a Arthur Dillon». A la gente le gusta leer las cartas de los demás. —Fabre señaló la sala de la Convención y añadió—: De paso puedes aprovechar para ajustar algunas cuentas y lanzar alguna campaña de ataque.

Súbitamente, Fabre pensó: «¿Pero qué estoy haciendo? Sólo me falta mezclarme en el asunto de Dillon».

—¿Qué quiso decir Billaud con eso de que estaba manchando mi nombre? —inquirió Camille—. ¿Acaso soy una institución?

Conocía perfectamente la respuesta: sí, él era la Revolución. Al parecer, ahora opinaban que debían proteger a la Revolución de sí misma.

Un anciano diputado se acercó a Camille, que le miró con cara de pocos amigos, y le propuso que se tomaran un café. ¿Conoces bien a Dillon?, le preguntó el hombre. Sí, muy bien. ¿Estás al corriente de lo de Dillon y tu esposa? No quiero disgustarte, pero creo que deberías saberlo. Camille asintió mientras escribía mentalmente un párrafo del panfleto. No mereces esto, dijo el diputado. Mereces algo mejor, Camille. Supongo que es lo de siempre, estás muy ocupado con tus asuntos, la chica se aburre, es frívola y caprichosa, y, francamente, no tienes la planta de Dillon.

Las palabras de aquel anciano tan amable y paciente, que quizá también había sido traicionado por su esposa hacía veinte años, que trataba de descifrar una situación que no comprendía, que sólo conocía por los malévolos rumores que habían llegado a sus oídos, que trataba de ayudarlo, confirmó a Camille que aún existían

personas buenas en el mundo. Gracias, le dijo educadamente. Al salir del café y dirigirse a su despacho, sintió fluir por sus venas el poder de las palabras, como si se tratara de una droga. Era como los viejos tiempos del *Révolutions*. Durante las siguientes semanas se comportó como si estuviera levemente trastornado. Cuando no estaba escribiendo, o enzarzado en una batalla campal con un colega, se sentía apático, exánime, como un espectro. Extrañas fantasías se apoderaban de él; el lenguaje del debate público asumió violentos e inesperados derroteros.

«Después de Legendre —escribió—, el miembro de la Convención Nacional que tiene una opinión más elevada de sí mismo es Saint-Just. Su talante demuestra que se considera la piedra angular de la Revolución, el Santísimo Sacramento».

Saint-Just contempló el párrafo, que un alma caritativa había subrayado con tinta verde, sin inmutarse. No soltó una carcajada, como hubiera hecho el protagonista de una novela. «¿El Santísimo Sacramento? Yo haré que él se sienta como Saint-Denis».

—Muy bueno —observó Camille cuando le refirieron el comentario que había hecho Saint-Just—. Por tratarse de Antoine, es francamente divertido. Quizás acabe convirtiéndose en un hombre ingenioso.

Al cabo de un rato se puso a revolver en la estantería.

—Lucile, ¿dónde está el detestable poema épico en veinte volúmenes que escribió Saint-Just? Había un verso que comenzaba: «Si yo fuera Dios». No recuerdo cómo proseguía, pero estoy seguro de que todos nos reiremos un buen rato con él.

De pronto se dejó caer en un sillón.

—¿Pero qué estoy haciendo? Saint-Just y yo estamos en el mismo bando. Ambos somos jacobinos, republicanos…

—Enseguida te lo busco —respondió Lucile.

—No te molestes.

De pronto tuvo unas visiones de ese santo, del santo patrón de Francia, que había recorrido varias leguas transportando la cabeza en la mano. Primero vio a Denis atravesando la Place de Grève. Le habían cortado la cabeza de un tajo, y apenas sangraba; pero la cabeza que sostenía en la mano izquierda pertenecía a Camille. Luego lo vio de nuevo entrando en casa de los Duplay, para mantener una entrevista privada con Robespierre; y por último aguardando junto a la puerta del Club de los Jacobinos, como un patriota recién llegado, humilde y provinciano, deseoso de introducirse en el gran mundo.

Al cabo de un par de días se le ocurrió que lo único que cabía hacer era tomar la iniciativa. Sería muy sencillo matar a Saint-Just. Lo imaginó solo, en un determinado momento, en un lugar propicio. Lo mataría de un disparo, o (para no hacer ruido) de una puñalada. Camille vio el dolor reflejado en los aterciopelados ojos de Saint-Just.

Necesitaba una justificación: la conspiración de Saint-Just contra la República, que Camille había detectado con el infalible ojo de un auténtico patriota. «Yo soy la Revolución». ¿Quién iba a dudar que lo había matado en un patriótico arranque de ira? Todos sabían que tenía un temperamento vivo y enérgico. Para evitar enojosas

preguntas, utilizaría un cuchillo pequeño, discreto.

No seas estúpido, se dijo. Saint-Just no va a matarte, y mucho menos tú a él.

Asistió al comité de la Guerra, del que era secretario, y desde sus dependencias escribió una alegre y sensata carta a su casa, pidiendo a su padre que no citara con tanta frecuencia a Rose-Fleur en su correspondencia pues Lucile estaba celosa de ella.

No obstante, la fantasía se había instalado en su mente y no conseguía librarse de ella. Pensó en el orificio en el costado de Lepelletier, la herida causada por el cuchillo de un carnicero, que le había producido la muerte tras una lenta agonía. Debía actuar rápidamente; Saint-Just era bastante más corpulento y fuerte que él, de modo que tenía que matarlo de una puñalada. En el Club de los Jacobinos, cuando oía la estentórea voz del joven, se sonreía. En la Convención, mientras Saint-Just hablaba desde la tribuna, moviendo la mano izquierda como si descargara un golpe seco, Camille se entretenía urdiendo su plan.

13 de julio.

—Una persona de Caen —dijo Danton—. Al parecer, Pétion y Barbaroux se ocultaron allí durante las últimas semanas. Se trata de una conspiración girondina. Te aseguro que yo no la organicé.

—El otro día oí a un individuo gritar en la calle algo sobre un «asesinato»… Temí que… en un momento de… no, déjalo, no tiene importancia.

Danton lo miró perplejo. Al cabo de unos instantes, dijo:

—De todos modos, esto es el fin de la Gironda. Son una pandilla de asesinos y cobardes. Enviaron a una mujer.

En la estrecha callejuela se había formado un nutrido grupo de gente, una sólida masa, casi silenciosa, que contemplaba fascinada las dos ventanas iluminadas de la casa de Marat. Eran las doce y media de una noche curiosamente liviana, en la que reinaba un calor subtropical. Camille trató de subir la escalera que conducía a la vivienda, pero el sansculotte que custodiaba la entrada le detuvo.

—Nunca te había visto de cerca —dijo, observando detenidamente a Camille—. ¿Cómo ha reaccionado Danton?

—Está muy afectado.

—No irás a decirme que está disgustado…

Camille estaba acostumbrado a que la muchedumbre lo aclamara, pero ese tono de familiaridad era diferente, más desagradable.

—Algunos dicen que Danton y Robespierre lo han matado para cerrarle la boca —dijo el sansculotte—. Otros aseguran que han sido los monárquicos, otros los brissotinos.

—Te conozco —respondió Camille—, te he visto corriendo detrás de Hébert. ¿Qué haces aquí?

Supuso que habrían empezado a pelearse por la herencia.

—Ah —respondió el hombre—. Père Duchesne tiene sus intereses. El pueblo necesita un nuevo Amigo. No seréis ninguno de vosotros…

—Tal vez Jacques Roux.

—Tú y ese cerdo de Dillon…

Camille lo apartó bruscamente a un lado y subió la escalera. Legendre ya había llegado. Llevaba la faja tricolor anudada descuidadamente en torno a su voluminosa tripa. El suelo parecía temblar bajo sus pies, como si todavía retumbaran los gritos de las mujeres; pero todo estaba en silencio, a excepción de unos débiles sollozos que sonaban a otro lado de una puerta cerrada. Apenas has probado bocado, se dijo Camille, por eso te parece que las paredes oscilan y que el aire es irrespirable.

La asesina se hallaba sentada en el cuarto de estar. Tenía las manos atadas a la espalda, y junto a su silla había dos centinelas que sostenían sus picas. Ante ella había una mesita cubierta con un mugriento paño blanco, sobre el que reposaban sus pertenencias: un reloj de oro, un dedal, un carrete de hilo blanco, unas monedas, un pasaporte, un certificado de nacimiento, un pañuelo de encaje y un estuche de cartón de un cuchillo de cocina. En la alfombra, a sus pies, yacía un sombrero negro con tres cintas verdes.

Camille se apoyó en la pared y la observó. Tenía una piel translúcida y delicada, el tipo de cutis que enrojece rápidamente bajo el sol y refleja la luz. Era una muchacha de pecho voluminoso y aspecto saludable, alimentada con leche de vaca recién ordeñada, el tipo de chica que le sonríe a uno en la iglesia, vestida con un traje adornado con unos lazos y oliendo a flores los domingos después de Pascua. Te conozco, pensó Camille; te recuerdo de cuando era niño. Alrededor de su rostro colgaban los restos de un sofisticado moño, como el que suele lucir una joven de provincias antes de cometer un asesinato.

—Sí, haz que se ruborice —dijo Legendre—. Se ruboriza fácilmente, pero no por haber cometido un crimen. Doy gracias a la Providencia por estar vivo. Se presentó en mi casa hace un rato. Ella lo niega, pero sé que estuvo allí. Mi familia sospechó de ella, y no la dejaron pasar. Sin duda fue con el propósito de matarme.

—Enhorabuena —contestó Camille. Sabía que la joven se sentía incómoda con las manos atadas a la espalda.

—No se ruboriza por haber asesinado a nuestro mayor patriota —dijo Legendre.

—Si eso era lo que se proponía, no hubiera perdido el tiempo contigo.

Simone Evrard estaba junto a la puerta de la habitación en la que se hallaba el cadáver, apoyada contra la pared, sin poder sostenerse apenas, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Todo estaba lleno de sangre, Camille —dijo—. No sé cómo vamos a limpiar la sangre del suelo y las paredes.

Cuando Camille abrió la puerta de la habitación, Simone alzó débilmente la mano, como si quisiera impedirle entrar. El doctor Deschamps se volvió bruscamente, y uno de sus ayudantes se adelantó para detener a Camille.

—Debo cerciorarme… —murmuró Camille.

—Lo lamento —dijo el doctor Deschamps—. No sabía que se trataba de usted. Le advierto que no es un espectáculo agradable. Estamos embalsamando el cadáver, pero con este calor… —añadió el médico, secándose las manos con una toalla—. Dado el estado del cadáver, dentro de cuatro o cinco horas… Es como si se descompusiera estando todavía vivo.

Cree que estoy aquí en calidad de representante de la Convención, pensó Camille, como un acto protocolario. Cuando bajó la vista para mirar el cadáver, el doctor Deschamps se apresuró a sostenerlo del brazo.

—Fue una muerte instantánea —dijo—. O casi. Apenas tuvo tiempo de gritar. No sufrió. El cuchillo penetró por aquí —añadió el médico, señalando la herida—. Atravesó el pulmón derecho, la arteria y el corazón. Como no podíamos cerrar la boca, tuvimos que cortarle la lengua. ¿Se encuentra usted bien? Como verá, el cadáver es totalmente identificable. Creo que será mejor que salga de aquí, temo que le maree el intenso humo de las hierbas aromáticas que hemos quemado para sofocar el olor a descomposición.

Fuera, Simone seguía apoyada en la pared y respiraba trabajosamente.

—Les he dicho que administraran a esa mujer un opiáceo —dijo el doctor Deschamps, enojado—. ¿Desea que firme algún papel? ¿No? De acuerdo. Supongo que lleva usted una escolta oficial. No sé a qué viene ese disimulo, todo el mundo sabe que Marat ha muerto. Han venido unos miembros del Club de los Jacobinos y se han puesto a vomitar sobre mis ayudantes. Usted parece a punto a desmayarse, de modo que le aconsejo que salga a que le dé el aire. ¿Se encargará usted de la esposa o de la concubina de Marat?

Tras esas palabras, el médico cerró la puerta. Simone se arrojó en brazos de Camille. En la habitación contigua sonaban unas voces irritadas.

—Yo era su esposa —dijo Simone—. No se casó conmigo por la Iglesia, ni en el Ayuntamiento, pero me juró por todos los dioses de la creación que yo era su esposa.

¿Pretenderá que le aconseje sobre sus derechos?, se preguntó Camille.

—Legalmente es como si fuera usted su viuda —dijo—. Hoy en día nadie presta atención a estas formalidades. Es usted dueña de todo, de la impresora y del papel para la próxima edición del periódico. Tenga cuidado de que no se lo quiten. Supongo que el Estado sufragará los gastos del funeral.

Al salir a la calle, Camille se volvió y vio a través de la ventana las sombras de Deschamps y sus ayudantes. De pronto empezaron a caer unas gruesas y cálidas gotas de lluvia, mientras a lo lejos, sobre Versalles, se oía tronar. La multitud aguardaba pacientemente, hombro contra hombro, el desarrollo de los acontecimientos.

David se hizo cargo de todo. Los restos de Marat fueron depositados en un ataúd de plomo, el cual a su vez fue introducido en un sarcófago de pórfido, perteneciente a

la colección de antigüedades del Louvre. Para el cortejo fúnebre decidieron transportar el cadáver sobre unas andas funerarias, envuelto en la bandera tricolor (empapada en alcohol). Un brazo desnudo, perteneciente a un cadáver mejor conservado y cosido al cuerpo de Marat, sostenía una corona de laurel. Unas jóvenes vestidas de blanco y portando ramas de ciprés rodeaban al difunto.

A continuación desfilaban los miembros de la Convención, de los Clubes y el Pueblo. El cortejo comenzó a las cinco de la tarde y terminó hacia medianoche, a la luz de las antorchas. Fue enterrado tal como Marat había vivido, bajo tierra, en una fosa cubierta de bloques de piedra y rodeada por una verja de hierro.

El corazón, embalsamado, fue depositado en una urna. Los patriotas del Club de los Cordeliers decidieron conservarlo en su sede por siempre jamás, hasta el fin del mundo. «¡El sagrado corazón de Marat!», gritaban las gentes.

AQUÍ YACE MARAT
EL AMIGO DEL PUEBLO
ASESINADO POR LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO
13 DE JULIO 1793

Al contemplar la expresión de Robespierre durante el cortejo fúnebre, un observador comentó que parecía como si condujera el cadáver a un vertedero de basuras.

IX. *Indios orientales*

(1793)

25 de julio. Danton echó bruscamente la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Louise lo miró asustada; le preocupaba que, en uno de sus arrebatos de cólera o hilaridad rompiera una silla, por más que él trataba de tranquilizarla asegurándole que tenían dinero suficiente para reemplazar cualquier mueble que resultara dañado.

—El día que me largué del comité presencié algo inaudito: Fabre d'Églantine se quedó mudo. —Danton, que estaba ligeramente bebido, se inclinó sobre la mesa para acariciar la mano de su nueva esposa—. Por lo que veo, aún no has recuperado el habla.

—No, no —respondió Fabre titubeando—. Es cierto que no le deseo ni a mi peor enemigo presidir un comité en el que esté Saint-Just. Y también es cierto, como dices, que han elegido a Robert Lindet, un sólido patriota del que podemos fiarnos. Y Hérault, que es amigo nuestro…

—Pero no estás convencido. Mira, Fabre, yo soy Danton, ¿no lo entiendes? Puede que el comité me necesite, pero yo no necesito al comité. Ahora permitidme que proponga un brindis a mi salud, puesto que no se le ha ocurrido a nadie hacerlo. A la salud del nuevo presidente de la Convención —dijo Danton, alzando su copa y dirigiéndose hacia Lucile—. Ahora quiero brindar por mi amigo, el general Westermann, a quien deseo que prospere contra los rebeldes de la Vendée.

Tiene suerte, pensó Lucile, de haber conseguido que devolvieran a Westermann el mando de las tropas, después de su última derrota; y Westermann tiene suerte de estar libre.

—A la salud del sagrado corazón de Marat —dijo Danton. Louise le dirigió una mirada de reproche—. Lo siento, mi amor, no pretendía soltar una blasfemia, sólo repito lo que dicen las pobres y decepcionadas gentes de la calle. ¿Por qué perseguiría la Gironda a Marat con tanto ahínco? Pero si ya estaba medio muerto. Por otra parte,

si esa arpía actuaba por iniciativa propia, tal como dice, ello viene a demostrar lo que siempre he sostenido, que las mujeres no tienen el menor sentido político. Hubiera debido asesinar a Robespierre, o a mí.

—No digas eso, te lo ruego —protestó Louise, a quien le resultaba difícil imaginar que alguien pudiera atravesar con un cuchillo de cocina aquellas gruesas capas de grasa y músculo.

—Una gota de tinta tuya vale más que toda la sangre del cuerpo de Marat —dijo Danton, mirando a Camille. Acto seguido, llenó de nuevo las copas. Si se bebe otra botella es capaz de quedarse dormido, pensó Louise—. Y brindo por la libertad —añadió Danton—. Alce su copa, general.

—Por la libertad —dijo el general Dillon, conmovido—. Confiemos en poder gozar de muchos años de libertad.

26 de julio. Robespierre estaba sentado con los puños crispados entre las rodillas. Era la viva imagen de la tristeza.

—¿No lo comprendes? —preguntó—. No quiero verme envuelto en esas cosas, siempre he rechazado un cargo público.

—Sí —contestó Camille. Todavía le dolía la cabeza después de los excesos en el banquete en casa de Danton—, pero la situación ha cambiado.

—Verás… —empezó a decir Robespierre. De vez en cuando se interrumpía y se apretaba la mejilla porque había desarrollado un minúsculo tic facial que le fastidiaba sobremanera—. Está claro que una autoridad central firme y enérgica… con el enemigo avanzando en todos los frentes… Sabes que siempre he defendido el comité, siempre he creído que era necesario…

—Sí, no es necesario que te justifiques. Has ganado unas elecciones, no has cometido ningún delito.

—Y existen unas facciones…, puedo nombrar a Hébert, a Jacques Roux…, que no desean que Francia tenga un gobierno fuerte. Se aprovechan de la insatisfacción del hombre de la calle, tratan de crear un mal ambiente. Proponen medidas ultrarrevolucionarias, medidas que a la gente honrada le parecen repugnantes e inadmisibles. Tratan de desacreditar la Revolución, de sofocarla. Por eso afirmo que son agentes del enemigo. —Robespierre se tocó de nuevo la mejilla—. ¡Es una lástima que Danton sea tan insensible!

—Es evidente que no cree que el comité sea tan importante como tú crees.

—Que conste que yo no deseaba ese cargo —dijo Robespierre—. El ciudadano Gasparin cayó enfermo y me he visto obligado a aceptarlo. Confío en que no empiecen a llamarlo el comité Robespierre. Sólo soy uno de tantos…

Uno de mis mejores amigos ha abandonado el comité, pensó Camille, y otro ha entrado a formar parte del mismo. Camille está acostumbrado, desde 1789, a representar el papel de público experimental para que Robespierre ensaye sus

discursos. Desde el día en que se produjo aquel momento cargado de tensión en casa de los Duplay —«siempre te he tenido en mi corazón»— está convencido de que su amigo le exige más de lo que está dispuesto a darle. Robespierre se está convirtiendo en una persona en cuya compañía es imposible sentirse relajado un instante.

Dos días más tarde se otorgó al Comité de Salvación Pública la facultad de emitir órdenes de arresto.

Jacques Roux, cuyo número de seguidores aumenta día a día, anunció que el autor de su boletín de noticias era «el fantasma de Marat». Hébert comunicó a los jacobinos que si Marat precisaba un sucesor —y los aristócratas otra víctima— él estaba dispuesto a cumplir ese papel.

—¡Ese estúpido engreído! —exclamó Robespierre—. ¿Cómo se atreve a decir semejante cosa?

El 8 de agosto, Simone Evrard compareció ante la Convención para pronunciar una apasionada denuncia contra ciertas personas que conducían a los sansculottes a la perdición. Sus opiniones, según dijo, eran las expresadas por aquel mártir, su marido, en sus últimas horas. Fue un discurso fluido, convincente. De vez en cuando se detenía para mirar sus notas, tratando de descifrar la diminuta e irregular caligrafía del ciudadano Robespierre.

Una semana más tarde el Comité de Salvación Pública cuenta con un nuevo miembro: Lazare Carnot, el ingeniero militar que Robespierre había conocido en la Academia de Arras.

—Los militares no me caen bien —dijo Robespierre—. Son ambiciosos y tienen unas extrañas prioridades. Pero son necesarios. —Luego añadió distraídamente—: Carnot siempre daba la impresión de saber de lo que estaba hablando.

Así, Carnot fue conocido posteriormente como el Organizador de la Victoria, y Robespierre como el Organizador de Carnot.

Cuando el presidente del Tribunal Revolucionario fue arrestado (bajo sospecha de haber manipulado el juicio contra la asesina de Marat) fue sustituido por el ciudadano Hermann, miembro del tribunal de Arras, el único capaz de reconocer que cuanto dice Robespierre es de puro sentido común.

—Lo conocí de joven —informó a la señora Duplay.

—Y sigue siendo usted joven —afirmó esta.

El antiguo presidente fue arrestado por los gendarmes durante una sesión del Tribunal. Fouquier-Tinville era muy aficionado a los dramas; su primo no tenía el monopolio.

Cuando el ministro del Interior dimitió, los dos candidatos rivales para ocupar dicho cargo fueron Hébert y Jules Paré, convertido en un renombrado abogado. Resultó elegido este último.

—Por supuesto, todos sabemos por qué ha sido elegido —dijo Hébert—. Había sido secretario de Danton. Algunos personajes importantes no necesitan trabajar sino que se limitan a dejar que sus servidores ejerzan el poder en su nombre. Danton tiene a otro empleado suyo, Desforgues, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Paré y Danton son tan amigos como lo eran Danton y Dumouriez.

—Es un tipo odioso —declaró Danton—. Debería de contentarse con haber colocado a sus hombres en el Ministerio de la Guerra y distribuir su periódico a las tropas.

Hébert expresó sus opiniones en el Club de los Jacobinos, algunos de cuyos miembros lo aplaudieron. Cuando abandonó la tribuna de oradores, Robespierre tomó la palabra:

—Nadie tiene derecho a manifestar la más leve crítica contra Danton. Cualquiera que intente desacreditarlo deberá demostrar que posee su misma energía, temple y celo patriótico.

Más aplausos. Algunos miembros se pusieron en pie para aclamar a Danton mientras este, con aspecto desaliñado, sin corbata y sin afeitar, inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento. También aclamaron a Robespierre, el cual se arregló los puños —un gesto que utilizaba como quien se persigna— y saludó sonriendo a sus admiradores. Acto seguido aplaudieron al ciudadano Camille, probablemente por el mero hecho de existir. Eso es lo que a él le gusta, ser el centro de atención, el personaje más admirado de la Revolución, el *enfant terrible* que siempre consigue satisfacer sus caprichos. Suponemos que también se hallaba presente Renaudin, el agresivo fabricante de violines, autor de un memorable gancho de derecha; pero de momento el único peligro era el entusiasmo de los patriotas, que se abalanzaban sobre Camille para abrazarlo. Por segunda vez se encontró con la mejilla aplastada contra el hombro de Maurice Duplay y recordó la primera vez, cuando consiguió escapar por los pelos de la persecución de Babette.

—¿Por qué esa cara de preocupación? —le preguntó Danton.

—Deseo preservar la armonía entre vosotros —contestó Camille haciendo un pequeño gesto con las manos, como si sostuviera entre ellas un huevo, lo cual demostraba la fragilidad de dicha armonía.

A finales de agosto fueron llamados a filas muchos jóvenes, y el general Custine (*ci-devant* conde de Custine) perdió la cabeza. El 26, Elisabeth Duplay contrajo matrimonio con Philippe Lebas, un joven decididamente poco agraciado, pero un buen republicano, amable y leal.

—¡Al fin! —exclamó Camille—. ¡Qué alivio!

Robespierre lo miró sorprendido. Le parecía muy bien que la joven se casara, pero a fin de cuentas sólo tenía diecisiete años.

Frente a las panaderías se formaban unas largas colas de gente insatisfecha. El precio del pan había descendido, pero escaseaba y era malo.

El diputado «montañés» Chabot mantuvo una agria discusión con Robespierre a propósito de la nueva constitución.

—No ha conseguido eliminar la pobreza de la República —dijo, agitando unos documentos ante sus narices—. No asegura el pan a los pobres.

Robespierre lo miró enfurecido. Esta era la cuestión que más le preocupaba, asegurar el pan a los pobres. Cualquier otro objetivo, en comparación con este, carecía de importancia. Era un objetivo simple, fácil de alcanzar. Sin embargo, existían numerosas dificultades que le impedían resolver el problema.

—Mi más ferviente deseo es hacer que desaparezca la pobreza. Pero trabajamos dentro de los límites de lo posible.

—¿Quieres decir que el comité, con todos los poderes de que dispone…?

—Habéis otorgado numerosos poderes al comité, pero al mismo tiempo nos habéis encomendado una serie de tareas que no podemos cumplir, como por ejemplo abastecer al Ejército de reclutas. Esperáis que el comité resuelva todos los problemas, pero estáis celosos de sus poderes. Si yo fuera capaz de realizar el milagro de los panes y los peces, supongo que diríais que nos habíamos excedido en nuestro mandato —le espetó Robespierre, alzando la voz—. Si no hay pan, la culpa la tiene el bloque inglés. Echadles la culpa a los conspiradores.

Tras esas palabras, se marchó. Chabot nunca le había caído bien. Trataba de no dejarse influir por el hecho de que este tuviera el aspecto de un pavo, rojo e hinchado, según decía todo el mundo. Era un ex fraile capuchino, aunque resultaba difícil imaginar que fuera capaz de cumplir los votos de pobreza y castidad. Él y el diputado Julien eran miembros de un comité encargado de erradicar la especulación ilegal, supuestamente siguiendo el principio de que nadie mejor que un ladrón para… Por desgracia, Julien era amigo de Danton. Robespierre pensó en el gesto que había hecho Camille, como si sostuviera un pequeño y frágil huevo. Se rumoreaba que Chabot pensaba casarse con una hebrea, hermana de dos banqueros llamados Frei, unos refugiados de los Habsburgo. Tras su matrimonio, Chabot se convertiría en un hombre rico.

—Los extranjeros te disgustan por principio —le dijo Camille.

—No me parece un mal principio teniendo en cuenta que estamos en guerra con el resto de Europa. ¿Qué han venido a hacer a París todos esos ingleses, austriacos y españoles? Deben de tener algunas lealtades en alguna parte. La gente dice que son simples hombres de negocios, pero yo me pregunto: ¿A qué clase de negocios se dedican? ¿Por qué permanecen aquí, donde el dinero no vale nada y están a las órdenes de los sansculottes? En esta ciudad son las lavanderas las que fijan el precio del jabón.

—¿Tú qué opinas?

—Porque son unos espías, unos saboteadores.

—Se nota que no entiendes nada de finanzas.

—Cierto. Hay cosas que no alcanzo a comprender.

—Se puede sacar mucho dinero de una situación que se deteriora día a día.

—Cambon es nuestro experto en finanzas. Si me lo explicara, quizá lo comprendería.

—Pero ya has sacado tus propias conclusiones. Y supongo que estarás de acuerdo en arrestar a esas personas bajo sospecha de ser espías.

—Enemigos extranjeros.

—Eso dices ahora, pero más adelante… Toda ley de internamiento vulnera la justicia.

—Debes comprender…

—Lo sé —le interrumpió Camille—. Se trata de una emergencia nacional, de medidas extraordinarias. Nadie puede acusarme de no haberme mostrado enérgico con nuestros oponentes. Jamás me ha temblado el pulso… A propósito, ¿por qué habéis demorado el juicio de los hombres de Brissot? ¿Qué sentido tiene luchar contra los tiranos de Europa si nosotros mismos nos comportamos como tiranos? ¿Qué sentido tiene nada?

—Esto no es una tiranía, Camille. Es posible que nunca tengamos que utilizar los poderes que nos han otorgado, o como mucho sólo durante unos meses. Es para preservar nuestra supervivencia en tanto que nación. Dices que jamás te ha temblado el pulso. En cambio yo he vacilado en numerosas ocasiones. ¿Me tienes por un salvaje, un sanguinario? Creía que tenías mejor opinión de mí.

—Y la tengo. ¿Pero controlas el comité, o simplemente constituyes su fachada?

—¿Cómo quieres que lo controle? —replicó Robespierre—. No soy un dictador.

—No te hagas el ingenuo —dijo Camille—. Confío en que no te dejes engañar por Saint-Just. Te lo digo para recordarte que no debes perder el control de la situación. Y si creo que esto era una tiranía, tengo todo el derecho a decirlo.

El caso es que la Revolución ha quedado reducida a un concentrado más áspero: lacayos convertidos en ministros, viejos amigos que ocupan cargos de autoridad. Hasta septiembre el Tribunal ha condenado sólo a veintiséis de los doscientos sesenta acusados que han comparecido ante el mismo. Pero esa situación no tardará mucho en cambiar. A medida que los problemas aumentan, la mano de obra disminuye. Los supervivientes tienen la sensación de conocerse desde hace tiempo.

Camille sabía que ese verano había cometido una seria equivocación; no debió haber abandonado a Arthur Dillon al criterio de la República. Al mismo tiempo, había demostrado su poder personal. A medida que empezaba a refrescar, que empezaban a coger troncos para encender la chimenea, que el pálido y dorado sol otoñal secaba las hojas de los jardines públicos, notó una progresiva sensación de aislamiento. Sin ningún propósito concreto, tomó las siguientes notas:

Piteo dijo que en la isla de Tula, que Virgilio llamaba Ultima Tula, distante seis días de viaje de Gran Bretaña, no existía la tierra, ni el mar, sino una mezcla de los tres elementos, y que era imposible recorrer a pie ni alcanzarla en barco. Se refería a ella como si la hubiera visto con sus propios ojos.

2 DE SEPTIEMBRE DE 1793: DISCURSO DE LA SECCIÓN SANSCULOTTES (ANTIGUAMENTE CONOCIDA COMO JARDINS-DES-PLANTES) ANTE LA CONVENCIÓN

¿Acaso no sabéis que la única base de la propiedad es la extensión de las necesidades físicas? Es preciso fijar un límite a las fortunas personales…, nadie debería poseer más tierras de las que puedan cultivarse con un número estipulado de azadones… Un ciudadano no debe poseer más que un comercio o taller… el trabajador, el comerciante o el agricultor industrioso, no sólo debería ser capaz de obtener con su esfuerzo lo esencial para ganarse el sustento, sino aquello que contribuyera a su felicidad…

ANTOINE SAINT-JUST

La felicidad es un concepto nuevo en Europa.

El 2 de septiembre llegó a París la noticia de que el pueblo de Tolón había entregado su población y su Armada a los británicos. Había sido un acto de traición sin precedentes. En un solo día Francia perdió dieciséis fragatas y otros veintiséis de sus sesenta y cinco buques de guerra. El año anterior por estas fechas, la sangre corría por las alcantarillas.

—Utilizas esto —dijo Danton. El ruido procedente de la sala de la Convención era ensordecedor—. No dejas que te abrume. Lo agarras con fuerza —añadió, haciendo un gesto como si sujetara a alguien por el cuello—. Por ser un asesino de septiembre, jamás me había sentido tan popular.

Robespierre empezó a decir algo.

—Habla más alto, no te oigo —dijo Danton.

Se encontraban en una pequeña estancia, desierta y polvorienta, a la que se accedía por un pasadizo que comunicaba con la sala de debates. Estaban solos, pero el tumulto era tan fuerte que casi podían oler a la muchedumbre. Camille y Fabre se retiraron a un rincón.

5 de septiembre de 1793: los sansculottes habían montado una manifestación, o una revuelta, entre sus representantes.

—¿Por qué te apoyas contra la puerta, Danton?

—Para impedir que entre Saint-Just —contestó secamente Danton, sin más explicaciones. Robespierre abrió la boca para decir algo, pero Danton se apresuró a interrumpirle—: No digas una palabra. Hébert y Chaumette han organizado esto.

Robespierre sacudió la cabeza.

—Bueno —dijo Danton—, quizás haya algo de verdad en ello. Puede que los sansculottes se hayan organizado, lo cual constituye un precedente que me disgusta. Es preciso controlar la situación. Les concederemos lo que piden como un regalo de la Montaña. Controles económicos, límites de precios y arresto de sospechosos. Pero nada más, nada de interferir en la propiedad privada. Sí, Fabre, ya sé lo que los hombres de negocios opinan sobre los controles económicos, pero esto es una emergencia, tenemos que ceder. Además, ¿por qué he de justificarte mis decisiones?

—Debemos presentar un blanco móvil a Europa —dijo Robespierre suavemente.

—¿Qué has dicho?

Nada. Robespierre agitó la mano, tenso e impaciente, como si no tuviera importancia.

—Espero que te hayas convencido de la necesidad de internar a los sospechosos, Camille. La definición tendrá que aguardar. Sí, ya sé que es el núcleo de la cuestión, pero necesito un papel para redactar el proyecto de ley. Silencio, no quiero discutir ahora contigo.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? —le gritó Robespierre.

Danton lo miró perplejo.

—Adelante.

—Mañana serán elegidos los nuevos miembros del comité. Queremos que Collot d’Herbois y Billaud-Varennes entren a formar parte del mismo. Nos están creando muchos quebraderos de cabeza con sus críticas. Es el único medio de hacerlos callar. Ya sé que es una política cobarde, pero no queda más remedio. El comité quiere que regreses.

—No.

—Te lo suplicamos, Danton —dijo Fabre.

—Os proporcionaré todo el apoyo que necesitéis. Pediré que se os otorgue más poderes. Haré que la Convención os conceda cuanto pidáis, pero no quiero formar parte del comité. Me agota. ¡Maldita sea! ¿Es que no lo comprendéis? No estoy hecho para formar parte de un comité. Me gusta trabajar solo, seguir mi propia intuición. Odio vuestra condenada agenda, vuestras actas y vuestros procedimientos.

—¡Tu actitud es exasperante! —gritó Robespierre.

La algarabía procedente de la sala de la Convención se intensificó.

—Dejadme que solucione esto —dijo Danton—. Soy el único capaz de hacerse oír.

—Me disgusta… —dijo Robespierre, pero el estrépito sofocó sus palabras—. El pueblo es bueno y generoso —gritó—, y si entorpecen la Revolución, como en Tolón, debemos culpar a sus dirigentes.

—¿A qué viene eso? —preguntó Danton.

—Robespierre trata de formular una doctrina —se apresuró a contestar Fabre, alzando la voz—. Opina que ha llegado el momento de largarnos un sermón.

—Es preciso que prolifere la *vertu* —afirmó Robespierre.

—¿Qué?

—*Vertu*. Amor a la patria. Capacidad de sacrificio. Espíritu cívico.

—Aprecio tu sentido del humor —dijo Danton, señalando con el pulgar la sala de debates—. Pero la única *vertu* que comprenden esos cabrones es la que le demuestro todas las noches a mi mujer.

Robespierre lo miró como si estuviera a punto de romper a llorar. A continuación, salió precedido de Danton.

—Ojalá no hubiera dicho eso —murmuró Fabre, agarrando a Camille del brazo y conduciéndolo hacia la puerta.

Anotado en el cuaderno privado de Maximilien Robespierre: «Danton se burló de la idea de la *vertu*, comparándola con lo que él hace todas las noches con su esposa».

Cuando Danton comenzó a hablar, los manifestantes lo vitorearon y los diputados se pusieron en pie para aplaudirle. Al cabo de unos minutos reanudó su discurso. Su semblante expresaba una mezcla de sorpresa y gratitud, como si se preguntara: «¿Qué es lo que he hecho para merecer esto?». Luego continuó exhortándoles, cediendo, unificando, apoyando su causa, en una palabra, salvó la situación. Al día siguiente, cuando fue elegido de nuevo para presidir el comité, Robespierre fue a visitarlo a su casa. Visiblemente tenso, se sentó en el borde de la silla y rechazó el refresco que le ofreció Danton.

—He venido para rogarte que cumplas con tu deber —dijo—. Suponiendo que comprendas el significado de esa palabra.

Danton estaba de buen humor.

—No huyas, Louise. ¿No conocías al ciudadano Robespierre?

—Estoy harto de tus burlas —le espetó Robespierre, mientras su párpado izquierdo era presa de violentos espasmos. Rojo de ira, se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Cálmate —le recomendó Danton—. Piensa en Camille, que ha tartamudeado toda la vida. Aunque confieso que su tartamudeo resulta más atractivo que tu enojoso tic.

—Es posible que la Convención haga uso de su autoridad para obligarte a unirte a nosotros.

—Me propongo convertirme en el terror de todos los comités —respondió Danton sonriendo.

—En ese caso, creo que no tenemos más que decir. La gente pide a gritos que se celebren juicios, purgas y ejecuciones. Pero tú prefieres darle la espalda a la realidad.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que sude sangre en aras de la Revolución? Ya te he dicho que podéis contar con mi apoyo.

—Quieres ser el ídolo de la Convención. Quieres pronunciar grandes discursos y cubrirte de gloria. Pero eso no es lo más importante.

—No sigas, vas a ponerte enfermo.

—Me reprochas que acudiera a Saint-Just en busca de apoyo. Al menos él no ha convertido su satisfacción personal en la piedra angular de la Revolución.

—Ni yo tampoco.

—Espero que en público te comportes conmigo civilizadamente.

—Te trataré con el mayor afecto —le prometió Danton.

Robespierre partió en un vehículo del Gobierno, acompañado por dos fornidos escoltas.

—Al final le han obligado a aceptar unos guardaespaldas —murmuró Danton, mirando por la ventana—. Temían que colocara a su perro en el Comité de Salvación Pública. En realidad, le gustaría que lo asesinaran. —Extendió el brazo para atraer a Louise—. Sería el remate perfecto a la dura y desgraciada existencia que él mismo se ha forjado.

El día de la manifestación fue arrestado Jacques Roux, el cabecilla de los sansculottes. Durante un tiempo no se presentaron cargos contra él, pero unos días antes de que compareciera ante el Tribunal se suicidó en su celda. En septiembre se instituyó el Terror como forma de gobierno. La nueva constitución fue suprimida hasta el fin de la guerra. El 13 de septiembre Danton propuso que todos los comités fueran renovados y que en el futuro sus miembros fueran nombrados por el de Salvación Pública. En un determinado momento, él y Robespierre se pusieron en pie para agradecer conjuntamente los aplausos de la Montaña. «¿De acuerdo?», preguntó Danton a Robespierre, a lo que este contestó: «Sí».

El decreto fue aprobado. El momento pasó. Ahora, pensó Danton, nos inclinaremos y haremos mutis por el foro. El agotamiento se había apoderado de él como un parásito.

A la mañana siguiente apenas podía alzar la cabeza. No recordaba nada sobre el día anterior. Tenía la mente en blanco, como si hubiera perdido la memoria y esta hubiera sido reemplazada por una intensa jaqueca. A través del dolor flotaban un par de incidentes que se habían producido unos años antes. No recordaba la fecha. Imaginó que Gabrielle entraba en la habitación y le arreglaba la almohada. Más tarde recordó que Gabrielle estaba muerta.

Acudieron a visitarlo varios médicos, que discutieron acaloradamente entre sí. Cuando llegó Angélique, Louise se arrojó sollozando sobre el sofá. Angélique envió a los niños a casa de su tío y obligó a Louise a beberse un vaso de leche caliente. Cuando se hubo recobrado, Louise echó a todos los médicos excepto a Souberbielle.

—Debería marcharse de París —dijo este—. Un hombre como él necesita respirar el aire del campo. Durante estos últimos años ha abusado de sus fuerzas, ha

destrozado su organismo.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó Louise.

—Sí, pero no se recuperará a menos que abandone la ciudad. La Convención debe permitirle ausentarse durante un tiempo. ¿Me permite que le dé un consejo, ciudadana?

—Por supuesto.

—Mientras Danton esté enfermo, no hable de sus asuntos con nadie. No debe fiarse de nadie.

—No lo hago.

—No discuta con él. Es sabido, ciudadana, que a usted le gusta airear sus opiniones, pero con ello sólo conseguirá que empeore su marido.

—Sólo hablo según me dicta mi conciencia. Puede que esta enfermedad sea providencial. Mi marido debe renunciar a seguir participando en la Revolución.

—Eso no es tan sencillo. Usted tenía doce años cuando cayó la Bastilla.

—Gabrielle tenía una salud frágil.

—No estoy de acuerdo. Se encerró en su mundo particular.

—Deseo salvar a mi marido de sí mismo.

—Es curioso —observó el doctor Souberbielle—. Robespierre pretende lo mismo.

—¿Conoce usted a Robespierre?

—Sí, bastante bien.

—¿Le parece un hombre honesto?

—Es honesto y escrupuloso, y trata de salvar vidas.

—A costa de otras.

—En ocasiones eso es inevitable. Pero me consta que le duele.

—¿Cree usted que mi marido le cae bien?

El médico se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Son muy distintos. ¿Qué importa eso?

Claro que importa, pensó Louise mientras acompañaba al doctor Souberbielle a la puerta. Los médicos fueron sustituidos por las nueras de Angélique, unas mujeres fuertes y de recio temperamento a las que Louise apenas conocía. Estas se hicieron con el control de la situación y la obligaron a dormir en su antigua alcoba. En ocasiones, Louise salía sigilosamente y se sentaba en la escalera, casi temiendo que Gabrielle regresara a su mundo particular. ¿No estarás encinta?, le dijo su madre. Louise imaginaba lo que pensaba su madre: si la situación se agrava, si Danton muere, ¿cuánto tiempo tardaremos en arrancarla de aquí? No, no estoy encinta, contestó Louise, aunque no hago nada para evitarlo. Su madre se estremeció. Tu marido es un salvaje, dijo.

Un día se presentó David, del comité de Policía, acompañado por otro diputado, y exigió hablar con Danton. Angélique los arrojó sin contemplaciones. Al marcharse, profiriendo gritos y amenazas, Angélique soltó unas palabrotas en italiano. Cuando

Danton se recupere, pensó, no van a dejarlo en paz.

Fabre estaba sentado en casa de los Desmoulins, aterrado.

—Si quieren fijar los precios —dijo—, deben fijar también los salarios. Me gustaría conocer la tarifa diaria de un espía. ¿Cómo vamos a ganar ninguna batalla si buena parte de la población activa se dedica a espiar para el comité?

—¿Te están espiando?

—Por supuesto.

—¿Se lo has dicho a Robespierre? —preguntó Camille.

Fabre lo miró perplejo.

—¿Que si se lo he dicho? ¿Qué voy a decirle? Mi situación es tan complicada que ni yo mismo la entiendo. Me siento perseguido, acosado. Me obligan a participar en asuntos en los que no quiero tener nada que ver. ¿Crees que esa idiota me permitirá ver a Georges?

—No. De todos modos, ¿por qué habría de escucharte Georges? Si no quieres decírselo a Robespierre, ¿por qué habrías de revelárselo a Georges?

—Existen ciertas razones.

—¿Quieres decir que has mezclado su nombre en este asunto?

—No, quiero decir que me debe ciertos favores.

—Suponía que era al revés, y que tu obligación era evitar implicarlo en tus torpes maniobras en la Bolsa.

—No se trata de eso…

—No me lo cuentes, Fabre, prefiero no saberlo.

—No servirá de nada decirle eso a la policía.

Camille se llevó un dedo a los labios. En aquel momento apareció Lucile.

—Lo he oído —dijo.

—Son las tácticas ofensivas de Fabre. Ha perdido la cabeza.

—No me parece una frase muy oportuna —observó Lucile.

—No me agobies —protestó Fabre—. Tus manos tampoco están limpias. Cuando caigas, Camille —añadió, pasándose el índice por el cuello en sentido horizontal—, nadie te ayudará a levantarte, sino que se burlarán de ti.

—Es aficionado a las metáforas —dijo Lucile.

—Todo esto… —dijo Fabre, haciendo un gesto con las manos como si sostuviera una bola entre ellas—… todo esto estallará como una fruta podrida. Te ruego que intercedas por mí, Camille, habla con Robespierre —le suplicó desesperado.

—De acuerdo —respondió Camille. Deseaba aplacarlo, impedir que continuara haciendo una escena ante Lucile—. Baja la voz, pueden oírte los sirvientes. ¿Qué quieres que le diga a Robespierre?

—Si menciona mi nombre —contestó Fabre, respirando trabajosamente—, dile que… siempre he sido un patriota.

—Procura calmarte —dijo Lucile.

Fabre miró a su alrededor como si se sintiera ofuscado.

—Debo marcharme —dijo, cogiendo su sombrero—. Lo lamento, Lucile. No es necesario que me acompañes a la puerta.

Camille lo siguió.

—No te preocupes, Philippe —murmuró—, todavía quedan por atrapar muchos peces pequeños, según dice Robespierre.

—¿Por qué me has llamado por mi nombre de pila? —inquirió Fabre.

—Cuídate —respondió Camille sonriendo.

Cuando regresó al cuarto de estar, Lucile le preguntó:

—¿Qué estabais murmurando?

—Unas palabras de consuelo.

—No me mientas. ¿Qué es lo que ha hecho Fabre?

—En agosto… ¿Has oído hablar de la Compañía de las Indias Orientales? Me alegro, porque hemos ganado mucho dinero con ella. Como recordarás, el valor de las acciones cayó, y luego ascendió de nuevo. Todo era cuestión de comprar y vender en el momento oportuno.

—Mi padre dijo que suponía que habías ganado mucho dinero con eso. Aunque respeta el hecho de que hicieras uso de la información que poseías, dice que en sus tiempos os habrían considerado unos delincuentes. «Claro que en mis tiempos —añadió—, no existían los augustos y virtuosos miembros de la Convención para apoyarse en esas turbias maniobras».

—Comprendo que tu padre reaccionara así. ¿Sabe cómo lo conseguimos?

—Probablemente. Pero no trates de explicármelo, sólo quiero saber las consecuencias.

—Cuando la compañía iba a ser liquidada, hubo una discusión en la Convención sobre la forma de hacerlo. Es posible que la liquidación no se llevara a cabo como pretendía la Convención. No lo sé.

—Pero en realidad sí lo sabes.

—Ignoro los detalles. Según parece, Fabre infringió la ley, cosa que nosotros no hicimos, o al menos, se disponía a infringirla.

—Pero por la forma en que se expresó, deduje que tú y Danton también corríais peligro.

—Es posible que Danton esté implicado en el asunto. Lo que Fabre nos ha dado a entender es que no debemos investigar los asuntos de Danton.

—Pero no creo que Danton se atreviera a… —Lucile no sabía cómo expresarlo con tacto—. ¿Crees que sería capaz de echarle la culpa a otro?

—Fabre es amigo suyo. Cuando estábamos en el ministerio, traté de advertirle que Fabre estaba sobrepasando los límites acordados. «Fabre es mi amigo —contestó Danton—. Hemos pasado mucho juntos y nos conocemos perfectamente».

—Así que Georges lo protegerá…

—No lo sé. No quiero hablar de ello con ninguno de los dos porque me vería a obligado a referir lo que supiera a Robespierre, el cual tendría que informar al comité.

—Deberías hablar con Robespierre. Si existe algún peligro de verte envuelto en este asunto, es mejor que seas tú quien lo descubra.

—Pero eso significa ayudar al comité, cosa que no me apetece.

—Si el comité es el único medio de tener un Gobierno firme, debes ayudarlo.

—Detesto los gobiernos firmes.

—¿Cuándo comenzarán los juicios importantes?

—Pronto. Dada su situación, Danton no podrá demorarlos por más tiempo. Y Robespierre no se atreverá a hacerlo.

—Supongo que sigues estando de acuerdo en que se juzgue a esa gente.

—¿Cómo no iba a estarlo? Monárquicos, brissotinos…

La ley de sospechosos. Los sospechosos son: quienes han contribuido a la tiranía (tiranía real, tiranía de los brissotinos); quienes no pueden demostrar que han cumplido sus obligaciones cívicas; quienes no se mueren de hambre y no disponen aparentemente de ningún medio de subsistencia; quienes las Secciones les han negado un certificado de ciudadanía; quienes han sido eliminados de un cargo público por la Convención o sus representantes; quienes pertenecen a una familia aristocrática y no han dado muestras de un fervor revolucionario constante y extraordinario; o quienes han emigrado.

Posteriormente, el ciudadano Desmoulins declara que 200.000 personas han sido detenidas bajo esa ley. El comité de vigilancia de cada Sección tiene como misión elaborar unas listas de sospechosos, privarlos de sus documentos de identidad y detenerlos en un lugar seguro. Esos lugares, denominados «edificios nacionales», consisten en conventos, castillos abandonados y almacenes vacíos. A Collot d’Herbois se le ha ocurrido una idea mejor. Sugiere que los sospechosos sean encerrados en viviendas minadas y luego volarlas.

Desde que se ha convertido en miembro del Comité de Salvación Pública, Collot se abstiene de criticarlo. Cuando entra en la sala del comité, el ciudadano Robespierre procura marcharse por otra puerta.

Decreto de la Convención Nacional: «El Gobierno francés seguirá siendo revolucionario hasta que la paz… El Terror está a la orden del día».

Antoine Saint-Just: «Es preciso castigar a todo aquel que se muestre pasivo en los asuntos relativos a la Revolución y no haga algo por ella».

—Así que han modificado el calendario —dijo Danton—. Es demasiado para un inválido.

—Así es —contestó Camille—. La semana tiene ahora diez días. Resulta más conveniente para el esfuerzo de guerra. Ahora nuestras fechas arrancan a partir de la fundación de la República, de modo que nos hallamos en el mes I del año II. Han pedido a Fabre que se invente unos nombres absolutamente ridículos para aplicarlos a los meses. Fabre ha decidido poner al primero el nombre de Vendémiaire. O sea que hoy… —Camille arrugó el ceño—, sí, hoy sería el 19 de Vendémiaire.

—En esta casa estamos a 10 de octubre.

—No tienes más remedio que aprendértelos. Debemos ponerlos en las cartas oficiales.

—No pienso escribir ninguna carta oficial —replicó Danton.

Se había levantado de la cama pero hablaba y se movía lentamente. De vez en cuando apoyaba la cabeza en el respaldo del sillón en el que estaba sentado, y cerraba los ojos unos instantes.

—Cuéntame lo de la batalla cerca de Dunkerque —dijo—. Cuando me retiré del mundo, todos decían que era una gran victoria para la República. Ahora tengo entendido que el general Houchard ha sido arrestado.

—El comité y el Ministerio de la Guerra decidieron que el general pudo haber causado más daños de los necesarios al enemigo. Lo han acusado de traición.

—Sin embargo, fue el comité el que lo nombró. Supongo que se organizaron unas divertidas escenas en la Convención.

—Si, pero Robespierre salió triunfante.

—Parece que se ha convertido en uno de los miembros más eficaces del comité.

—Es muy responsable. Todo lo hace bien.

—Debo dejarlo todo en sus manos. El médico me ha ordenado que me traslade al campo. ¿Irás a verme a Arcis en cuanto tengas unos días libres?

—Yo no nunca tengo ningún día libre.

—Te expresas como Robespierre.

—¿Te has enterado de lo del diputado Julien?

—No.

—¿Es que Louise no te cuenta ninguna noticia?

—No creo que le importe lo que haga Julien. Seguramente ni siquiera sabe que existe.

—La policía ha registrado su vivienda. Han requisado sus papeles.

Danton abrió los ojos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Chabot me reveló confidencialmente que los había quemado todos. Deduzco que deseaba que te transmitiera ese mensaje.

Danton se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Camille.

—¿Fabre?

—Fabre está aterrado.

—Tiene un temperamento muy nervioso.

—Yo también, Georges-Jacques, yo también. ¿Qué puedo hacer? Fabre ha cometido un fraude. Cuando la Compañía de las Indias Orientales fue liquidada, ciertos documentos fueron falsificados en interés de la compañía. Esos documentos eran unos decretos de la Convención, y sólo un diputado pudo haberlos manipulado. Es probable que Chabot esté mezclado en ello, junto con media docena de personas, quienes seguramente ignoran quién es el máximo responsable. Julien probablemente culpará a Chabot, y este a Julien. Cada uno conoce secretos del otro.

—¿Te ha confesado algo Fabre?

—Intentó hacerlo, pero le dije que no quería saber nada. Lo que te he explicado son meras conjeturas. A la policía le llevará algún tiempo llegar a esas mismas conclusiones, y más aún recabar pruebas.

Danton cerró los ojos de nuevo y dijo:

—Pronto será la época de la vendimia. Lo único que podemos hacer es prepararnos para cuando llegue el invierno.

—Aún no te lo he contado todo.

—Pues acaba de una vez.

—François Robert tiene problemas. ¿Es que tu esposa no te cuenta nada?

—Eso tampoco debió parecerle importante. ¿También está implicado en lo del fraude de la compañía?

—No, lo han acusado de tener tratos con el mercado negro. Ocho barriles de ron. Para su tienda.

—¡Qué ridiculez! —exclamó Danton, descargando un puñetazo sobre el brazo del sillón—. Les ofreces la oportunidad de escribir una página de la historia y prefieren seguir siendo unos tenderos.

En aquel momento entró precipitadamente Louise.

—No debes disgustarlo —le recriminó a Camille.

—Se han hecho ricos gracias a mí. No les pido que se maten a trabajar. Les doy un cargo importante y les concedo todos sus caprichos. Lo único que les pido a cambio es que me voten, que pronuncien algún discurso de vez en cuando y que si deciden convertirse en delincuentes de poca monta lo hagan discretamente para no perjudicarme.

—El asunto del ron no tiene importancia, pero lo de la Compañía de las Indias es serio. No obstante, François Robert es colega nuestro. Su conducta nos afecta también a nosotros. Haz el favor de pedir a tu esposa que nos deje solos.

—El médico dice que no debes alterarte.

—Déjanos solos, Louise. Prometo no alterarme. Ya me he calmado.

—¿Qué tratáis de ocultarme?

—Nada —respondió Camille—. No vale la pena.

—Es una niña, no comprende ciertas cosas. No sabe quiénes son esos hombres.

—Fue nuestra Sección, la de los *cordeliers*, la que denunció a François. La Convención también opina que se trata de un asunto sin importancia y se negaron a retirar su inmunidad parlamentaria. De lo contrario habría sufrido un severo castigo. Él y Louise tendrán que marcharse y procurar que la gente se olvide de ellos.

—Qué forma de acabar —dijo Danton, malhumorado—. Cuando recuerdo los tiempos posteriores a la caída de la Bastilla, cuando redactaban *Le Mercure Nacionale* en la trastienda, a la pequeña Louise dándose aires y arremetiendo contra el impresor… Era un buen chico, François. Yo solía decirle: «Ve a hacer esto y lo otro», y él contestaba, apartándose un mechón de la frente: «Enseguida Georges-Jacques. ¿Necesitas que te traiga algo de la tienda?». Qué forma tan absurda de acabar. Cuando le veas, dile que le agradecería que se olvidara de mi nombre.

—No creo que lo vea.

—¡Nuestra propia Sección! Debí haber dejado el Club de los Jacobinos en manos de Robespierre y quedarme en mi propio distrito. ¿Quién lo dirige ahora? ¿Hébert? Los viejos *cordeliers* debimos haber permanecido unidos.

Los dos amigos guardaron silencio durante unos momentos. Los viejos *cordeliers*… Solo hace poco más de cuatro años que cayó la Bastilla, exactamente cuatro años y tres meses. Parece que hayan pasado veinte años. Danton ha engordado y está lleno de problemas; Dios sabe cómo tendrá los órganos internos. El asma de Robespierre ha empeorado, y uno no puede por menos de notar que se está quedando calvo. Hérault presenta un aspecto cada día menos lozano y su papada, sobre la cual Lucile hizo un cruel comentario, amenaza con hacerse más pronunciada. Fabre sufre problemas respiratorios. En cuanto a Camille, está hecho un saco de huesos y sus jaquecas son cada vez más frecuentes y agudas.

—¿Conoces a un individuo llamado Comte? —preguntó a Danton—. Contéstame sí o no.

—Sí. Lo empleé como agente en Normandía. Se ocupaba de cuestiones gubernamentales. ¿Por qué?

—Está en París. Va diciendo por ahí que estabas confabulado con los hombres de Brissot para instalar al duque de York en el trono de Francia.

—¿El duque de York? ¡Dios bendito! —exclamó Danton con amargura—. Creí que sólo Robespierre era capaz de inventarse algo tan fantástico.

—Robespierre se disgustó mucho al enterarse de la noticia.

—¿Se la creyó?

—No, claro que no. Dijo que se trataba de una conspiración para desacreditar a un patriota. Menos mal que todavía tenemos a Hérault en el comité. Mandó que arrestaran a Comte para impedir que siguiera calumniándote. Por eso vino a verte David, en nombre del comité de Policía. Fue una mera formalidad.

—Comprendo —contestó Danton—. «Buenos días, Danton. ¿Eres acaso un traidor?». «Por supuesto que no, David. Puedes regresar tranquilamente a tus

pinceles». «De acuerdo, tengo que dar los últimos toques a un cuadro. Que te mejores». ¿Te refieres a ese tipo de formalidad? Imagino la reacción de Robespierre, con su obsesión por todo lo que huela a conspiración.

—Suponemos que Comte es un agente de los británicos. Al fin y al cabo, nos preguntamos Robespierre y yo, ¿cómo es posible que ese tipo insignificante, ese sirviente, ese mandado, conozca los planes de un hombre como Danton?

—¿Adónde quieres ir a parar, Camille? —preguntó Louise—. ¿Por qué no le preguntas sin rodeos si es cierto lo que decía ese tal Comte?

—Porque es absurdo —respondió bruscamente Camille—. Porque tengo otras lealtades, y si es cierto lo matarán.

Louise lo miró horrorizada y se llevó una mano al cuello. Camille comprendió de inmediato su dilema: deseaba y al mismo tiempo no deseaba que muriera.

—No te inquietes, Louise —dijo Danton con voz cansada—. Ve a terminar de preparar el equipaje. No debes dar importancia… a esas ridículas historias. Como dice Robespierre, no son más que calumnias.

Louise vaciló.

—¿Estás decidido a ir a Arcis?

—Por supuesto. He escrito a mi familia comunicándoles nuestra llegada.

Louise salió de la habitación.

—No tengo más remedio que ir —dijo Danton—. Debo recobrar la salud. Sin eso, todo es inútil.

—Cierto —respondió Camille, tratando de rehuir su mirada—. Supongo que no te apetece asistir a los juicios importantes.

—Acércate —dijo Danton extendiendo una mano. Camille fingió no darse cuenta —. Estoy harto de la ciudad. Estoy harto de la gente. ¿Por qué no me acompañas? Te vendrá bien un cambio de aires.

Lo he perdido, piensa Danton. Prefiere a Robespierre y ese clima de perpetua frialdad.

—Te escribiré, Georges —respondió Camille. Luego se acercó a Danton y le besó brevemente en la mejilla. Era lo menos que podía hacer por él.

Llegaron a Arcis por la tarde. Había refrescado. En cuanto se apeó del carruaje, Danton sintió que el sol no calentaba tanto, que la tierra perdía su calor estival.

—Aquí es donde nací —dijo, apoyándose en Louise.

Louise se arrebujó en su capa y contempló la mansión que se erguía ante ellos, envuelta en una densa neblina.

—No en esa casa —dijo Danton—, en otra situada cerca de aquí. —Luego se dirigió a los niños y añadió—: Mirad, esa es la casa de vuestra abuela. ¿Os acordáis de ella?

Qué pregunta tan tonta. Georges siempre piensa que sus hijos son mayores de lo

que son y cree que tienen la memoria de un adulto. François-Georges, que tenía poco más de un año cuando murió su madre, se había dormido en brazos de Louise. Antoine, agotado tras las emociones del viaje, se agarraba al cuello de su padre como un náufrago a una balsa.

Louise contempló a la luz de la antorcha que sostenía el marido de Anne Madeleine a su alarmante cuñada, que saltaba y brincaba a su alrededor como una colegiala.

—¡Georges, Georges, querido hermano! —exclamó, precipitándose sobre él.

Danton la ciñó por la cintura mientras su hermana se apartaba el pelo de la frente y lo besaba en las mejillas. Luego cogió en brazos a uno de los niños y lo examinó detenidamente. Anne Madeleine era quien lo había rescatado de debajo de las pezuñas del toro.

Seguidamente apareció Marie-Cécile; las monjas de su convento se habían dispersado y ella había regresado a casa, donde debía estar. ¿Acaso no le había prometido su hermano ocuparse de ella? Todavía exhibía el porte de una monja, pensó Danton, mientras Marie-Cécile trataba de ocultar las manos en las mangas de un hábito que ya no llevaba. Por último apareció Pierrette, una mujer alta, sonriente y rolliza, una solterona de aspecto más maternal que la mayoría de las madres parisienses. Sostenía en brazos al hijo pequeño de Anne Madeleine, que le estaba llenando de babas la pechera del vestido. Todas rodearon a Louise, tocándola y estrujándola, comparando su delgada figura con las opulentas carnes de Gabrielle.

—¡Qué joven eres! —exclamaron—. ¡Pareces una palomita!

Al cabo de un rato, las hermanas de Danton se dirigieron a la cocina.

—Parece muy seria y responsable —comentó una de ellas—. Apenas tiene pecho.

—Pensé que quizá se presentaría con Lucile, aquella joven de ojos negros. Creí que quizás habría conseguido separarla de su marido.

—No, ese Camille y su mujer son tal para cual —respondió otra.

La visita de los Desmoulins había sido una de las experiencias más emocionantes que habían vivido, y estaban ansiosas de que regresaran y les relataran las últimas novedades y rumores que circulaban por la capital.

Las hermanas se pusieron a representar la escena que en aquellos momentos se estaría desarrollando entre Georges-Jacques y su madre.

—Es un consuelo verte de nuevo antes de que me muera —dijo Marie-Cécile con voz temblorosa.

—¿Morirte? —repitió Anne Madeleine—. No seas boba, no vas a morirte. Nos enterrarás a todos.

—Hay que ver las palabrotas que suelta a veces Georges-Jacques —dijo Pierrette —. ¿Creéis que se trata con gente poco recomendable?

En el salón de la mansión, la señora Recordain miró a Louise con sus luminosos ojos azules.

—Entra, hija mía, no vayas a resfriarte. Siéntate a mi lado —dijo, clavando los

dedos en la cintura de Louise. Llevaban dos meses casados y aún no estaba embarazada. Al menos la chica italiana había cumplido con su deber. Ahora Georges-Jacques les había traído a casa una de esas delicadas parisienses.

Como si se temieran que su madre estuviera sometiendo a la pobre Louise a un riguroso examen, las hermanas de Danton aparecieron súbitamente, unas campesinas rollizas y saludables, vestidas con ropas prácticas. Las tres rodearon a Georges-Jacques bromeando, dándole palmaditas en la cabeza, preguntándole qué le apetecía comer y colmándole de mimos.

«Es mejor que seas tú quien lo descubra». Fabre no había oído a Lucile decir esa frase, pero sin embargo no dejaba de rondarle por la cabeza. El día en que Danton se marchó de París se sentó en su casa, a solas, tratando de reprimir sus deseos de ponerse a gritar y golpear las paredes como un niño malcriado que no consigue satisfacer sus caprichos. Luego cogió la breve, educada y fría nota que le había enviado Danton antes de su partida a Arcis, la rompió en pedacitos y la arrojó al fuego.

Tras una tensa y agotadora entrevista en el Club de los Jacobinos, Fabre interceptó a Saint-Just y a Robespierre cuando estos salían de la sala de debates. Saint-Just no asistía asiduamente a las reuniones nocturnas; opinaba que esas sesiones eran absurdas, aunque se guardaba muy bien de decirlo, y que los miembros del club eran unos fatuos. A Saint-Just no le interesaba la opinión de los demás. Estaba ansioso por partir dentro de unos días hacia Alsacia junto con los Ejércitos en campaña.

—Un momento, ciudadanos —dijo Fabre—, deseo hablar con vosotros.

Saint-Just lo miró irritado. Robespierre recordó lo del nuevo calendario y sonrió fríamente.

—Os lo ruego —les suplicó Fabre—. Es por un asunto de suma importancia.

—Sólo podemos concederte algunos minutos —contestó Robespierre.

—Estamos muy ocupados —apostilló Saint-Just.

Robespierre sonrió de nuevo al notar el tono del joven Antoine, que parecía indicar: «Max es amigo mío y no queremos jugar contigo». Supuso que quizá Fabre retrocedería unos pasos para observar a Saint-Just a través de sus anteojos, pero no fue así. Pálido, torpe e impaciente, Fabre insistió de nuevo. La brusquedad de Saint-Just le había desconcertado.

—Debo ver al comité —dijo Fabre—. Es un asunto que les concierne.

—Entonces no lo vayas pregonando.

—Sólo los conspiradores murmuran —replicó Fabre, alzando la voz—. Dentro de poco toda la República se habrá enterado de ello.

Saint-Just lo miró enojado.

—No estamos en el escenario —dijo secamente.

Robespierre miró perplejo a Saint-Just.

—Tienes razón, Fabre. Si tu noticia concierne a la República, no hay razón para ocultarla. —Al mismo tiempo miró a su alrededor para comprobar si alguien había oído sus palabras.

—Es una cuestión de salvación pública.

—En ese caso debes acudir al comité.

—No —terció Saint-Just—. Esta noche tenemos una agenda muy apretada y trabajaremos hasta el amanecer. Todos los asuntos son urgentes y no podemos aplazarlos. Además, ciudadano Fabre, debo estar en mi despacho mañana a las nueve de la mañana.

Fabre no le hizo caso. Cogió a Robespierre del brazo y le dijo:

—Debo revelar una conspiración. —Robespierre lo miró atónito—. Sin embargo, no hay un peligro inminente. Si actuamos rápidamente mañana, conseguiremos frustrarla. El joven ciudadano Saint-Just necesita descansar. No está acostumbrado a permanecer desvelado como nosotros, los viejos patriotas.

Eso fue un error. Robespierre lo miró fríamente y dijo:

—Según mis informes, ciudadano Fabre, solías permanecer desvelado en un casino cuya existencia ignoran los patriotas de la Comuna, en compañía del ciudadano Desmoulins y varias mujeres de dudosa reputación.

—Debes tomar en serio lo que digo —le rogó Fabre.

—¿Se trata de una conspiración complicada? —preguntó Robespierre.

—Sus ramificaciones son gigantescas.

—Muy bien. El ciudadano Saint-Just y yo nos reuniremos en el comité de Seguridad General.

—Lo sé.

—¿Te parece bien?

—Perfectamente. Así resolveremos antes el problema.

—Perfectamente. Nos encontraremos a…

—Lo sé.

—De acuerdo. Buenas noches.

—El comité nos espera, Robespierre —dijo Saint-Just, impaciente.

—Espero que no —replicó Robespierre—. Espero que hayan comenzado a revisar los asuntos del día sin esperarnos. Nadie es indispensable.

Tras esas palabras, echó a andar tras Saint-Just.

—Ese hombre no es de fiar —observó este cuando se hubieron alejado—. Es demasiado teatral. Es un histérico. No me cabe la menor duda de que esa presunta conspiración es producto de su desbordante imaginación.

—Es amigo de Danton y un buen patriota —contestó Robespierre bruscamente—. Además de un gran poeta. Me inclino a creer lo que dice. Observé que estaba muy pálido y que no llevaba sus anteojos, como suele hacer.

Parecía demasiado verosímil. Tenso, silencioso, inmóvil, con las manos apoyadas en la mesa, Robespierre se hizo cargo del interrogatorio. Se había trasladado de una esquina de la mesa a un lugar directamente enfrente de Fabre, mientras los demás miembros del comité se apresuraban a apartar las sillas para que pudiera pasar. Estos permanecían sentados en silencio, pendientes de cada palabra suya, de cada golpe de intuición. De vez en cuando, Robespierre pedía a Fabre que se detuviera para tomar unas notas; luego, tras limpiar la pluma y dejarla a un lado, extendía las manos sobre la mesa y miraba a Fabre para indicarle que reanudara su relato.

—Cuando dentro de un mes se presente Chabot para comunicarte que se ha enterado de que existe una conspiración —dijo Fabre—, espero que recuerdes que he sido yo quien te ha dado esos nombres.

—Tú mismo lo interrogarás —respondió Robespierre.

Fabre lo miró desconcertado.

—Lamento mucho haberte desilusionado, ciudadano Robespierre —dijo—. Supongo que creías que muchos de esos hombres eran unos leales patriotas.

—¿Yo? —contestó Robespierre, sonriendo fríamente—. Ya tenía anotados los nombres de esos extranjeros en mi libreta. Es evidente que son corruptos y peligrosos, pero estamos hablando de una conspiración sistemática, de dinero de Pitt. ¿Crees que no lo veo claramente, más claramente que todos vosotros? El sabotaje económico de la política extremista que propugnan en el Club de los Jacobinos y en el Club de los Cordeliers, los blasfemos y salvajes ataques contra la religión cristiana, que disgustan a las personas honradas y hacen que estas rechacen el nuevo orden… ¿Es que crees que no me doy cuenta de que todo está relacionado?

—Por supuesto —se apresuró a responder Fabre—, supongo que habrías llegado a la misma conclusión que yo. ¿Vas a arrestarlos?

—No, creo que no —contestó Robespierre, mirando a sus compañeros para comprobar si alguno expresaba su disconformidad—. Dado que conocemos sus maniobras, les dejaremos que actúen durante un par de semanas. De ese modo descubriremos a todos sus cómplices. Purificaremos la Revolución de una vez por todas. ¿Desea alguien formular alguna pregunta, o tenéis suficiente con lo que habéis oído? —Un par de miembros del comité asintieron, visiblemente nerviosos, sin saber qué decir—. A mí sí que me quedan algunas dudas, pero no deseo entreteneros más. —Robespierre se levantó y recogió sus papeles—. Acompáñame —ordenó a Fabre.

—¿Que te acompañe? —preguntó este.

Robespierre le indicó que le siguiera. Fabre se levantó y obedeció. Estaba nervioso y las piernas le temblaban. Robespierre entró en una pequeña estancia, austeramente amueblada, parecida a la que habían ocupado el día en que se había producido el tumulto.

—¿Sueles trabajar aquí?

—De vez en cuando. Me gusta disponer de una lugar privado. Puedes sentarte, la silla está limpia.

Fabre imaginó una legión de cerrajeros y viejas con escobas limpiando cada rincón de los desvanes y sótanos de los edificios públicos para que Robespierre dispusiera de escondites pulcros y aseados.

—Deja la puerta abierta —dijo Robespierre—, como medida de precaución contra los curiosos.

A continuación arrojó sus papeles sobre la mesa. Es un gesto que ha aprendido de Camille, pensó Fabre.

—Pareces nervioso —comentó Robespierre.

—¿Qué… qué más quieres que te cuente?

—Lo que quieras —contestó Robespierre, sentándose en una silla—. Me gustaría aclarar algunos puntos. Por ejemplo, los nombres verdaderos de los hermanos Frei.

—Emmanuel Dobruska y Siegmund Gotleb.

—No me extraña que se cambiaran el nombre.

—¿Por qué no me preguntaste eso delante de los otros?

Robespierre no hizo caso de su pregunta y prosiguió:

—A ese tal Proli, el secretario de Hérault, solemos verlo de vez en cuando en el Club de los Jacobinos. Algunos aseguran que es hijo natural del canciller Kaunitz de Austria. ¿Es cierto?

—Sí. Es muy posible.

—Hérault constituye una anomalía. Es un aristócrata de nacimiento, pero jamás ha sido atacado por Hébert.

Hérault, pensó Fabre, mientras su mente retrocedía —como ocurría con frecuencia últimamente— a los días del Café du Foy. Estaba leyendo un pasaje de su última obra —*Augusta* murió a manos de los italianos— cuando de pronto entró un joven alto y fornido, de aspecto tosco, embutido en un traje negro de letrado, al cual diez años atrás había hecho un dibujo en la calle. El joven había cultivado un acento distinguido y le habló sobre Hérault —«tiene un aspecto impecable, ha viajado mucho, todas las damas de la Corte lo persiguen»—, y ese frívolo, ese egocéntrico que acompañaba a Danton acabó convirtiéndose en el amante de la mitad de la ciudad. Los años pasan… *plus ça change, plus c'est la même chose*…

—¿Me sigues, Fabre? —preguntó Robespierre.

—Desde luego.

Robespierre se inclinó hacia adelante y juntó las manos. Fabre, tras despertar de su ensoñación que lo había transportado a los años 1787 y 1788, empezó a sudar. Al oír las palabras de Robespierre, se le heló la sangre.

—Puesto que Hébert nunca ataca a Hérault, deduzco que deben de estar ligados de algún modo. Los hombres de Hébert no son unos simples fanáticos sino que están en contacto con esos elementos extranjeros que has denunciado. El objetivo de sus violentas diatribas y acciones es provocar temor y rechazo. Se han propuesto ridiculizar la Revolución y destruir su credibilidad.

—Sí —respondió Fabre—, estoy de acuerdo contigo.

—Además de eso, se han propuesto desacreditar a los grandes patriotas. Tomemos, por ejemplo, las acusaciones contra Danton.

—Está clarísimo —dijo Fabre.

—Me pregunto qué indujo a esos conspiradores a acudir a ti.

Fabre se encogió de hombros para indicar que no tenía la menor idea.

—Han conseguido varios triunfos, en el mismo corazón de la Montaña. Supongo que eso les ha animado. Chabot, Julien… todos ellos eran hombres de confianza. Naturalmente, cuando les interrogues dirán que estoy implicado en sus turbios asuntos.

—Nuestras instrucciones —dijo Robespierre, uniendo las palmas de las manos—, es que vigiles estrechamente a esas personas que has nombrado, especialmente a quienes sospeches que han cometido un fraude económico.

—De acuerdo —respondió Fabre—. Esto… ¿de quién proceden esas instrucciones?

Robespierre lo miró sorprendido.

—Del comité.

—Por supuesto. Debí imaginar que hablabas en nombre de ellos —dijo Fabre. Luego se inclinó hacia adelante y añadió en tono confidencial—: Ciudadano, te ruego que no creas una palabra de lo que diga Chabot. Él y sus amigos saben ser muy persuasivos.

—¿Acaso me tomas por un imbécil, Fabre?

—Lo lamento.

—Puedes retirarte.

—Gracias. Confía en mí. A lo largo del mes que viene comprobarás que todas las previsiones se cumplen.

Robespierre agitó la mano con impaciencia para indicarle que la entrevista había concluido. Al salir, Fabre sacó un pañuelo de seda del bolsillo y se enjugó el sudor. Había sido la mañana más desagradable de su vida —a excepción de la de 1777, cuando lo condenaron a morir en la horca—, aunque, en cierto modo, había resultado más fácil de lo que suponía. Robespierre se lo había tragado todo, como si cada argumento y sugerencia suya viniera a confirmar las conclusiones a las que había llegado. «Se trata de un complot extranjero», había repetido una y otra vez. Era evidente que le interesaba la política, más que la Compañía de las Indias Orientales. ¿Se cumplirían efectivamente todas las previsiones?, se preguntó Fabre. Sin duda, porque Hébert se iría de la lengua, Chabot mentiría y estafaría, y Chaumette seguiría acosando a los curas y clausurando iglesias. Ahora, cada vez que abran la boca, pensó Fabre, se condenarán ellos mismos; Robespierre se convencerá de que están unidos en una conspiración y, quién sabe, puede que lo estén. Es una lástima que sospeche de Hérault. Yo podría prevenirlo, pero no merece la pena. De todos modos, la situación de los *ci-devants* es muy precaria; puede que tengan los días contados.

Lo principal es lo siguiente: Robespierre se fía de Danton. Yo soy uno de los

hombres de Danton. Por consiguiente, no tiene motivos para sospechar de mí, y menos al revelarle lo que él deseaba oír.

Al verle, Saint-Just sonrió. Está de mi parte, pensó Fabre. Luego notó la expresión de sus ojos.

—¿Está Robespierre ahí dentro?

—Sí, acabo de hablar con él.

Saint-Just pasó bruscamente frente a él y entró. Fabre tuvo que aplastarse contra la pared para que no lo pisara.

—Deja la puerta abierta, como medida de precaución contra los curiosos —dijo Robespierre.

Saint-Just cerró de un portazo. Fabre se puso a silbar mientras pensaba en una nueva obra titulada *La naranja maltesa*. De pronto se le ocurrió que podía convertirla en una opereta.

—Creí que te estabas preparando para tu viaje a la frontera —dijo Robespierre a Saint-Just.

—Parto mañana.

—¿Qué opinas?

—¿Sobre el complot de Fabre? Encaja con todas tus ideas preconcebidas. Me pregunto si lo sabe.

—¿Acaso lo dudas? —inquirió Robespierre, molesto.

—Cualquier pretexto nos vendrá muy bien para librarnos de los extranjeros, los especuladores y los hébertistas —le respondió Saint-Just—. Es más que probable que Fabre esté también implicado en ello.

—¿No te fías de él?

Saint-Just soltó una carcajada.

—Ese hombre es un embustero crónico. Supongo que te habrás dado cuenta que ha adoptado el apellido «d’Églantine» en honor a un premio literario otorgado por la Academia de Toulouse. —Robespierre asintió—. El año en que según él se lo concedieron, nadie obtuvo dicho premio.

—Comprendo —dijo Robespierre, mirando delicadamente de soslayo con aire pensativo—. ¿No te habrás equivocado?

—No —contestó secamente Saint-Just—. He hecho ciertas indagaciones. He comprobado los archivos de la Academia.

—Sin duda —dijo tímidamente Robespierre— creyó que merecía ganar el premio, que lo habían estafado al no concedérselo.

—¡Ese hombre ha basado toda su vida en la mentira!

—Puede que se trate más bien de una fantasía —contestó Robespierre, sonriendo fríamente—. A fin de cuentas, pese a lo que he dicho, no es un gran poeta, sino más bien un poeta mediocre. Esto me parece una mezquindad, Saint-Just. ¿Cuánto tiempo has perdido con ello? —La expresión de satisfacción se borró de golpe del rostro de Saint-Just. Robespierre prosiguió—: A mí también me hubiera gustado ganar uno de

esos premios literarios (un premio distinguido, no un galardón local), otorgado por la Academia de Tolón o la que fuera.

—Pero esos premios eran unas instituciones del viejo régimen —protestó Saint-Just—. Eso se ha acabado. Pertenece a la época anterior a la Revolución.

—Lo sé.

—Estás demasiado apegado a los usos y costumbres del viejo régimen.

—Eso es una acusación muy seria —replicó Robespierre.

Saint-Just miró a su alrededor como si se sintiera acorralado, sin saber qué hacer. Robespierre se levantó. Medía unos quince centímetros menos que él.

—¿Quieres sustituirme, colocar en mi lugar a una persona de ideas más revolucionarias?

—Jamás se me ha ocurrido tal cosa.

—Sin embargo, tengo la impresión de que quieres sustituirme.

—Estás en un error.

—Si intentas sustituirme, revelaré a la Convención tu participación en la intriga y exigiré tu cabeza.

Saint-Just arqueó las cejas.

—Te equivocas —dijo—. Mañana parto al frente.

Tras esas palabras dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Hace años que sé lo del premio de Fabre —dijo Robespierre instantes antes de que Saint-Just saliera dando un portazo—. Me lo contó Camille. Nos hizo mucha gracia. ¿Y qué importa? ¿Es que aquí soy el único que comprende lo que es importante? ¿Es que soy el único que conserva cierto sentido de la proporción?

Maximilien Robespierre: «A lo largo de los últimos dos años, 100.000 hombres han muerto como consecuencia de la traición y la debilidad. Nuestra pusilánime actitud hacia los traidores será nuestra perdición».

El palacio de Justicia.

—No me pareces muy satisfecho, primo —dijo Camille.

Fouquier-Tinville lo miró con expresión hosca y se encogió de hombros.

—Llevamos dieciocho horas en el tribunal. Ayer comenzamos a las ocho de la mañana y terminamos a las once de la noche. Es muy cansado.

—Imagino lo que debe de estar pasando la prisionera.

—No me importa —dijo el fiscal, sinceramente—. ¿Hace una buena noche? —preguntó—. Me apetece tomar el aire.

No tenía reparos en solicitar la pena de muerte para ciertas mujeres, aunque era consciente del rechazo que ello suscitaba en algunas personas. No obstante, la guillotina había otorgado cierta dignidad a la muerte; la agonía se producía con

anterioridad. El fiscal prefería que sus prisioneros estuvieran en mejores condiciones que esta mujer, la cual ofrecía un aspecto desaliñado y enfermizo. Fouquier había pedido a un ayudante que le llevara un vaso de agua, pero la mujer no lo había tocado ni había aspirado las sales aromáticas. Era pasada la media noche; el jurado se había retirado a deliberar, y no tardaría en dar a conocer su veredicto.

—Ayer, lo de Hébert fue una vergüenza —dijo—. No sé si está implicado ni por qué tuve que llamarlo. Me enorgullezco de mi trabajo. Soy un hombre respetable, amante de la familia, no me gusta oír ciertas cosas. La mujer contestó a mis preguntas con dignidad. El público estaba de su parte.

Hébert había alegado ayer que, aparte de otros delitos, la prisionera había abusado sexualmente de su hijo de nueve años, acostándolo en su cama y enseñándole a masturbarse. Los guardias le habían pillado haciéndolo y le habían preguntado quién le había enseñado a hacer aquello. El niño, aterrado, respondió que había sido su madre. Hébert había aducido pruebas documentales, pues el niño había firmado un papel con sus declaraciones. El documento firmado por el niño —con letra torpe y vacilante— había producido unos momentos de turbación a Fouquier. «Yo también tengo hijos», murmuró. El ciudadano Robespierre se había puesto furioso.

—¡Ese Hébert es un imbécil! —gritó—. ¡A quién se le ocurre presentar esas pruebas ante un tribunal! Conseguirá que dejen libre a la acusada.

Me pregunto, se dijo Fouquier, qué tipo de abogado era el ciudadano Robespierre cuando ejercía. Un sentimental, probablemente.

De pronto, al volverse hacia su primo, vio aparecer al presidente Hermann, el cual atravesó la sala y se acercó al lugar, bañado por la luz de las velas, donde se encontraban los letrados, la silla de la acusada y el lugar que habían ocupado los testigos. El presidente hizo una seña a Fouquier para que le siguiera.

—Habla con Chaveau-Lagarde —dijo Fouquier—. Le tocó también defender a la asesina de Marat. Dudo que su carrera se recupere después de aquello.

Lagarde miró a Camille.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Yo no estaría en este lugar si pudiera evitarlo.

No obstante, parecía alegrarse de verlo y de charlar con él. Estaba harto de intentar hablar con su cliente, que no estaba dispuesta a soltar prenda.

—¿Dónde iba a estar? Algunos de nosotros hemos esperado mucho para presenciar esto.

—Lo sé. Si eso es lo que os gusta…

—Creo que a todos nos gusta ver a un traidor castigado.

—Te estás precipitando. El jurado todavía no ha emitido su veredicto.

—Es imposible que la República pierda este caso —dijo Camille sonriendo—. Según parece, te asignan los mejores casos.

—Ningún letrado de París ha tenido que defender tantos casos imposibles como yo —respondió Lagarde. Tenía veintiocho años y procuraba tomarse las cosas con

filosofía—. He pedido clemencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mi cliente ha sido acusada de ser lo que es, del mero hecho de existir. Es imposible defenderse de esas acusaciones. Hubiera podido hacerlo, pero me asignaron el caso el domingo por la noche y me advirtieron que me presentara ante el Tribunal al día siguiente por la mañana. Pedí a tu primo que me concediera tres días, pero se negó. Cuando el marido de la acusada fue juzgado, eran otros tiempos. Cuando la conduzcan a la guillotina, la llevarán en un carro.

—El carruaje cerrado resulta poco democrático. La gente tiene derecho a presenciar el espectáculo.

Lagarde miró a Camille de soslayo. «Los tipos de donde tu procedes son unos cínicos», pensó. Sin embargo, los comprendía; curiosamente, su presencia en el Tribunal resultaba tranquilizadora, como la de Fouquier-Tinville, serio, riguroso, un abogado de abogados, y su célebre y temperamental pariente, gracias al cual había obtenido el cargo. Eran preferibles a algunos de los sirvientes de la República, como Hébert, con su obsceno lenguaje y su ridícula palidez. Ayer, en ciertos momentos durante el juicio, Lagarde se había sentido físicamente indispuesto.

—Adivino lo que estás pensando —dijo Camille—. Conozco esa expresión. Sospecho que Hébert ha robado dinero del Ministerio de la Guerra, y si encuentro pruebas de ello tú tendrás que encargarte de su defensa.

En aquel momento apareció de nuevo Fouquier.

—El jurado va a emitir su veredicto —dijo—. Lo siento por ti, Lagarde.

La prisionera fue conducida hasta una silla, mientras la luz ponía de relieve su arrugado y ajado semblante.

—Está muy envejecida —observó Camille—. Parece medio ciega.

—Yo no tengo la culpa de eso —dijo el fiscal—. Aunque, sin duda —añadió con gran perspicacia—, cuando yo haya muerto la gente me echará la culpa a mí. Discúlpame, primo.

El veredicto fue unánime. Hermann se inclinó y preguntó a la prisionera si tenía algo que decir. La antigua reina de Francia sacudió la cabeza mientras agitaba las manos impacientemente sobre los brazos de la silla. Hermann pronunció la sentencia de muerte.

El tribunal se puso en pie. Los guardias se acercaron para llevarse a la prisionera. Fouquier ni siquiera le dirigió una mirada. Su primo se apresuró a ayudarlo a recoger los papeles que yacían sobre su mesa.

—Mañana será una jornada de descanso —dijo Fouquier—. Toma, sujétame eso. Es increíble que el fiscal del Estado no disponga al menos de un ayudante.

Hermann se inclinó educadamente ante Camille, y Fouquier dio las buenas noches al presidente del Tribunal. Camille observó a la viuda de Capeto mientras abandonaba la sala.

—Me cuesta creer que esa sea la cumbre de nuestras ambiciones. Cortarle la cabeza a una vieja.

—No te entiendo, Camille. Jamás te he oído hablar bien de la austríaca. Acompáñame, necesito dar un paseo. ¿O estás citado con Robespierre?

Fouquier se sentía siempre orgulloso de su primo cuando estaban juntos en público, especialmente si Camille iba acompañado de Danton. Había observado las miradas de complicidad que se cruzaban, las bromas entre ellos; más de una vez había visto a Danton arrojar su fornido brazo sobre los hombros de su primo, y a su primo, durante una reunión nocturna, cerrar sus pérfidos ojos y apoyarse cómodamente en el hombro de Danton. Con Robespierre, por supuesto, no se comportaba de ese modo. Robespierre rara vez tocaba a nadie, sino que mantenía una actitud fría y distante. Sin embargo, Camille conseguía a veces hacerlo sonreír; compartían recuerdos, y quizás algún que otro chiste. La gente decía —aunque sonaba a herejía— que habían visto a Camille hacer reír a Robespierre.

—Robespierre estará ya acostado —respondió Camille—. A menos que el comité esté todavía reunido. Supongo que es imposible que pierdas ese caso.

—¡Dios me libre! —contestó Fouquier, agarrando a su primo del brazo mientras paseaban bajo la fría luz del amanecer. Un policía los saludó amablemente—. El próximo juicio importante es el de Brissot y los de esa pandilla que hemos conseguido atrapar. He decidido basar mis acusaciones en tus escritos, en tu «Historia secreta» y otros artículos que escribiste sobre Brissot después de la disputa que sostuviste con él a raíz del caso de aquel matrimonio acusado de frecuentar los casinos. Son excelentes. Si no te importa, utilizaré algunas frases tuyas. Confío verte en el tribunal.

Evoquemos brevemente una escena que se produjo en los días posteriores a la Bastilla: Brissot está en el despacho de Camille, sentado en una esquina de la mesa. De pronto irrumpe Théroigne y planta un beso en la seca mejilla de Camille. Era mi amiga, pensó Camille. Luego surgió el caso de la pareja aficionada al juego y nos encontramos de golpe en bandos opuestos. Brissot lo convirtió en caso personal, y Camille no tolera la menor crítica. Cuando se producen, reacciona violentamente o bien se repliega en sí mismo mientras estudia una estrategia de ataque.

—Soy un experto en sistemas de ataque —dice Camille a su primo—, pero no conozco ningún sistema de defensa.

—Vamos —contestó el fiscal. No sabía a qué se refería Camille, aunque eso no era una novedad. Fouquier le pasó la mano por el cabello, en un gesto afectuoso, y Camille reaccionó como si le hubiera picado una avispa. Fouquier no se inmutó. Estaba de excelente humor; le apetecía beberse una botella de buen vino, aunque procuraba no excederse con la bebida durante los casos importantes. Sin embargo, temía no poder conciliar el sueño o sufrir alguna pesadilla. Confiaba en que su primo, al que veía rara vez, accediera a hacerle compañía y charlara con él un rato. Por ser dos chicos de provincias, pensó, las cosas les habían ido estupendamente bien.

A la mañana siguiente, poco después de las once, Henri Sanson entró en la celda de la prisionera para prepararla. Sanson era hijo del hombre que había ejecutado a su marido. María Antonieta llevaba un vestido blanco, un ligero chal, unas medias negras y unos zapatos de tacón alto morados, que había conservado consigo durante su cautiverio. El verdugo le ató las manos a la espalda y le cortó el pelo, que, según explicó su doncella, María Antonieta le pidió que peinara en un moño para comparecer ante el juez y el jurado. La Reina no se movió, y Sanson no permitió que el acero le rozara el cuello. Al cabo de unos segundos sus largos cabellos, antes de color miel y actualmente salpicados de canas, yacían en el suelo de la celda. Sanson los recogió para quemarlos.

El carro aguardaba en el patio. Era un carro común y corriente, antiguamente utilizado para transportar leña, en el que habían instalado unas tablas para que los reos se sentaran. La Reina perdió su compostura al verlo, pero no gritó. Tras pedir al verdugo que le desatara las manos unos instantes, a lo que este accedió, se puso de cuclillas en un rincón, junto a la pared, y orinó. Luego, el verdugo le ató las manos de nuevo y la ayudó a subir al carro. Mientras se dirigía al cadalso, los cansados ojos de María Antonieta escrutaron los rostros de la multitud que la rodeaba. El recorrido hasta el lugar de la ejecución duró una hora. La Reina no pronunció una palabra. Cuando subió los escalones del cadalso, unas manos, indiferentes a su sufrimiento, la ayudaron a mantener el equilibrio. La Reina se echó a temblar, sintiendo que la flaqueaban las fuerzas. Debido a su escasa vista y al terror que había hecho presa en ella, pisó accidentalmente al verdugo. «Lo lamento, señor, ha sido sin querer», murmuró. Unos minutos después del mediodía, la guillotina le cortó la cabeza, proporcionando a Père Duchesne «la mayor alegría que he experimentado en mi vida».

X. *La visita del marqués*

(1793)

El Rey y la Reina, el tirano y la tirana, habían sido ajusticiados. Pero su muerte no produjo la ansiada sensación de libertad interior que muchos esperaban, entre ellos Lucile. Había pedido reiteradamente a Camille que le relatara los pormenores de los últimos instantes de la Reina, pues deseaba saber si esta se había ganado un puesto en las páginas de la historia, pero él no quería hablar de ello. Le dijo que, como ella sabía perfectamente, nada era capaz de inducirle a asistir a la ejecución. Hipócrita, contestó Lucile, deberías presenciar el resultado de tus actos. Camille la miró perplejo. Ya sé cómo muere la gente, respondió. Acto seguido le hizo una profunda e irónica inclinación, al estilo del viejo régimen, cogió su sombrero y salió. Rara vez discutían, pero se vengaba de ella con sus misteriosas ausencias, las cuales solían durar de diez minutos a varios días.

Volvió al cabo de una hora y dijo a Lucile que le apetecía invitar a unos amigos a cenar. Jeanette refunfuñó por no haberle avisado antes, pero siempre se encuentra comida suficiente si uno tiene dinero y sabe dónde comprarla. Camille desapareció de nuevo, y cuando Jeanette salió a comprar descubrió el motivo de la celebración: por la tarde se habían enterado en la Convención de que los austriacos habían sido derrotados en una larga y cruenta batalla en Wattignies.

Así pues, aquella noche alzaron sus copas por la reciente victoria y los nuevos comandantes. Hablaron del avance contra los insurrectos de la Vendée y del triunfo de los rebeldes en Lyon y Burdeos.

—Según parece, la República está prosperando mucho —observó Lucile, dirigiéndose a Hérault.

—En efecto, las noticias son excelentes —respondió este. Pero estaba preocupado; había solicitado al comité que lo enviaran a Alsacia, donde se reuniría con Saint-Just, y debía partir pronto, quizá al día siguiente.

—¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? —preguntó Lucile—. Nos

aburriremos mucho sin ti. Me alegro de que pudieras venir esta noche. Pensaba que quizá estuvieras ocupado en el comité.

—Últimamente tengo poco trabajo allí. No me cuentan nada. Me entero de las noticias a través de los periódicos.

—¿No confían en ti? —preguntó Lucile, alarmada—. ¿Qué ha sucedido?

—Pregúntaselo a tu marido. Es el confidente del Incorruptible.

Al cabo de unos minutos se despidió de Lucile, diciendo que debía ultimar los preparativos del viaje. Camille se levantó y besó a Hérault en la mejilla.

—Regresa pronto —le dijo—, echaré de menos nuestros velados intercambios de insultos.

—No creo que regrese pronto —contestó Hérault, tratando de reprimir su emoción—. Al menos, en la frontera podré hacer un trabajo útil y veré al enemigo y averiguaré quiénes son. París se ha convertido en un lugar para depredadores.

—Discúlpame —dijo Camille—. Te estoy haciendo perder el tiempo. ¿Me devuelves mi beso?

—Si subierais juntos la escalera del cadalso —dijo una voz—, os pelearíais sobre cuál de vosotros debía preceder al otro.

—Supongo que yo —replicó Camille—. Aunque no sé muy bien cómo funciona eso. Es mi primo quien decide el orden de las ejecuciones.

De pronto se oyó un ruido como si alguien se hubiera atragantado.

—No tiene gracia —dijo Fabre, depositando la copa sobre la mesa y tosiendo—. Lo encuentro de muy mal gusto.

Se produjo un silencio, que Hérault aprovechó para despedirse de todos los presentes. Cuando se hubo marchado, reanudaron la conversación con forzada hilaridad, conducida por Fabre. La velada terminó temprano. Más tarde, cuando se acostaron, Lucile preguntó a su marido:

—¿Qué ha pasado? Nuestras veladas nunca fracasan.

—Debe de ser porque se avecina el fin de nuestra civilización —respondió Camille. Luego añadió con tono cansado—: Probablemente se debe a que Georges está ausente.

Tras besar a su esposa se dio la vuelta en la cama, pero Lucile sabía que estaba despierto, escuchando los sonidos de la ciudad por la noche y escrutando la oscuridad con sus negros ojos.

Está preocupado, pensó Lucile. Al menos, desde que Saint-Just partió de París, Camille pasaba más tiempo en compañía de Robespierre. Robespierre lo conocía; si sucedía algo malo, él lo averiguaría y se lo comunicaría a Lucile.

Al día siguiente Lucile fue a visitar a Eléonore. Si era cierto que Eléonore era la amante de Robespierre, ello no parecía haberla convertido en una mujer más satisfecha y amable. A los pocos minutos soltó sin rodeos:

—No sé cómo se las arregla, pero el caso es que Camille consigue que Max haga lo que quiere, cosa que nadie ha logrado jamás. De una forma muy amable y educada,

por supuesto. —Eléonore se inclinó hacia adelante como para transmitir a Lucile su inquietud—. Se levanta temprano y se ocupa de la correspondencia. Luego acude a la Convención. Va a las Tullerías por asuntos del comité. Más tarde se da una vuelta por el Club de los Jacobinos. Las sesiones del comité comienzan a las diez de la noche y no regresa hasta el amanecer.

—Trabaja mucho. Pero ¿qué esperabas? Robespierre es así.

—Dice que nos casaremos en cuanto se haya resuelto la crisis. Pero yo no lo creo, jamás se casará conmigo.

Hacía unas semanas, Lucile y su madre habían visto en la calle a Anne Théroigne. Apenas la había reconocido. Estaba muy estropeada y tenía el rostro hundido, como si le faltaran algunos dientes. Al pasar junto a ellas las miró con curiosidad, pero no se detuvo. Lucile sintió lástima por ella, era una víctima de los tiempos que corrían. «Nadie adivinaría que había sido una mujer muy atractiva», observó Annette. Lucile sonrió. Hacía poco había celebrado su cumpleaños, según dijo, sin mayores problemas. La mayoría de los hombres todavía la miraban con interés.

Solía reunirse de nuevo con Camille por las tardes. Este acudía rara vez a la Convención. Muchos de los «montañeses» habían partido en distintas misiones; buena parte de los diputados de derechas, los que habían votado contra la ejecución del Rey, habían abandonado sus cargos públicos y se habían marchado de París. Más de setenta diputados habían firmado una protesta contra la expulsión de Brissot, Vergniaud y sus secuaces; estaban presos, y sólo los buenos oficios de Robespierre habían impedido que comparecieran ante el Tribunal. François Robert había caído en desgracia, y Philippe Égalité esperaba ser juzgado; Collot d’Herbois estaba en Lyon, azuzando a los rebeldes. Danton gozaba del aire del campo. Saint-Just y el marido de Babette, Philippe Lebas, se habían reunido con los Ejércitos; el trabajo del comité solía retener a Robespierre en las Tullerías. Camille y Fabre se habían cansado de contar los escaños vacíos. Entre los escasos diputados que quedaban, apenas tenían amigos con los cuales charlar ni enemigos con los que pelearse. Y Marat había muerto.

Unos días después de la cena celebrada en casa de los Desmoulins, Théroigne se presentó en la rue des Cordeliers. Estaba demacrada, sucia y desesperada.

—Deseo ver a Camille —dijo.

Había adquirido la costumbre de hablar sin mirar a la cara de su interlocutor, como si recitara un monólogo privado. Camille, que estaba sentado sin hacer nada, sumido en sus pensamientos, oyó su voz.

—Tienes un aspecto muy deteriorado —dijo al verla—. Si eso es cuanto puedes hacer para realzar tus encantos femeninos, debo confesar que me gustabas más antes.

—Veo que sigues teniendo unos modales exquisitos —respondió Théroigne, contemplando un grabado en la pared—. ¿Quién es esa mujer a la que van a cortar la cabeza?

—María Estuardo, el personaje histórico favorito de mi esposa.

—Qué curioso —dijo Théroigne secamente.

—Siéntate —le dijo Lucile—. ¿Te apetece algo? ¿Una bebida caliente? —La mujer le daba lástima; sintió deseos de ofrecerle algo de comer, de peinarla, de advertir a Camille que no le hablara en ese tono—. ¿Prefieres que os deje solos? —preguntó.

—No es necesario, puedes marcharte o quedarte, como gustes.

Bajo la luz de la lámpara, Lucile observó que tenía la cara llena de cicatrices. Sabía que hacía unos meses unas mujeres le habían dado una paliza en la calle. Dios mío, cuánto debe de haber sufrido, pensó Lucile, profundamente conmovida.

—No os entretendré —dijo Théroigne—. Supongo que sabes a lo que he venido.

—No —contestó Camille.

—Ya conoces mi forma de pensar. Los seguidores de Brissot serán juzgados esa semana. Yo soy una seguidora de él —dijo con tono frío, desapasionado—. Creo en ellos y en lo que representan. No me gusta tu política ni la de Robespierre.

—¿Es esto lo que has venido a decirme?

—Quiero que acudas al comité de la Sección y me denuncies. Yo iré contigo. No negaré nada. Repetiré cuanto acabo de decirte.

—¿Qué te sucede, Anne? —preguntó Lucile.

—Quiere morir —dijo Camille, sonriendo.

—Así es —murmuró Théroigne.

Lucile se acercó a ella pero Anne la apartó bruscamente. Camille miró a su esposa con aire de reproche. Lucile se sentó de nuevo.

—Es muy sencillo —dijo Camille—. No tienes más que salir a la calle y gritar: «¡Viva el Rey!». No tardarán en arrestarte.

Anne alzó su huesuda mano y se tocó una cicatriz blanca que le atravesaba la ceja.

—Me lo hicieron cuando pronuncié un discurso —dijo—. Me golpearon con un látigo. Me dieron patadas en el vientre y me pisotearon. Creí que iban a matarme. Hubiera sido una muerte atroz.

—¿Por qué no te arrojas al río?

—Denúnciame. Vayamos ahora mismo. Sé que te gustaría hacerlo. Quiero que te vengues de mí.

—Es cierto —contestó Camille—, deseo vengarme de ti, ¿pero por qué habrías de morir de forma civilizada? Puede que odie a los hombres de Brissot, pero no merecen que sus nombres se vean mezclados con los de una basura como tú. No, Théroigne, mereces morir en la calle, como Louis Suleau. Me tiene sin cuidado quién te mate. Sólo espero que sufras una lenta agonía.

Théroigne permaneció inmóvil, sin inmutarse.

—Te lo ruego —dijo humildemente, sin alzar la vista de la alfombra—. Te lo suplico.

—Vete —respondió Camille.

Théroigne se dirigió hacia la puerta, con la cabeza gacha.

—¡No te marches, Anne! —exclamó Lucile—. ¿Pero no ves que va a matarse? —añadió, dirigiéndose a Camille.

—No —respondió este.

—Eres perverso —murmuró Lucile—. Si existe el infierno, te abrasarás en él.

La puerta se cerró bruscamente. Lucile se levantó y se abalanzó sobre Camille. Quería herirlo para vengar el daño que había causado a aquella desgraciada que había acudido a ellos en busca de ayuda. Camille la sujetó por las muñecas y la miró fríamente, mientras Lucile temblaba de furia y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo siento —dijo Lucile—. Sé que no puedes hacer lo que te pidió, es absurdo, pero debe de existir el medio de ayudarla. En el fondo, todo el mundo desea vivir.

—Te equivocas. Todos los días se llevan detenidos a un montón de ciudadanos. Esperan a que aparezca una patrulla y se ponen a dar vivas al Delfín o gritan exigiendo que Robespierre sea guillotinado. Hay muchas formas de morir. Théroigne sólo tiene que escoger la que mejor le convenga.

Lucile se levantó y corrió a encerrarse en la alcoba. Jadeaba y sentía una opresión en el pecho. Con todas esas furiosas pasiones que laten en nuestras mentes y nuestros cuerpos, el día menos pensado se desplomarán estas paredes y la casa se vendrá abajo. Sólo quedarán unos cascotes, un montón de huesos y unas briznas de hierba, y la gente leerá nuestros diarios para averiguar quiénes éramos.

9 de Brumaire, en el palacio de Justicia.

Brissot había envejecido. Tenía un aspecto más frágil, andaba con la espalda encorvada y se había quedado calvo. De Sillery también había envejecido; ¿qué había sido de su pasión por el juego? No se hubiera atrevido a apostar sobre el resultado del juicio; esto no era algo abstracto, sino muy concreto. De vez en cuando se preguntaba qué le había llevado a convertirse en un brissotino. En estos momentos debía haber estado sentado junto a Philippe; a Philippe le quedaba otra semana de vida.

—¿Me recuerdas, Brissot? —preguntó, inclinándose hacia adelante—. Fuimos testigos en la boda de Camille.

—Es cierto —respondió Brissot—. También lo fue Robespierre.

Vergniaud, que solía vestirse de forma un tanto desaliñada, ofrecía esta noche un aspecto impecable, como para demostrar que la cárcel y el juicio no habían hecho mella en él. Permanecía inmutable pues no quería dar a sus enemigos la satisfacción de verlo hundido. ¿Dónde estaba esta noche Buzot?, se preguntó. ¿Dónde estaba el ciudadano Roland? ¿Dónde estaba Pétion? ¿Muertos o vivos?

El reloj dio las diez y cuarto. Había anochecido y llovía. Cuando el jurado entró de nuevo en el Tribunal, los letrados se precipitaron hacia ellos. El ciudadano Fouquier, acompañado por su primo, atravesó la amplia sala con el suelo de mármol, hacia la luz, para leer los veintidós veredictos antes de poder irse a casa a cenar y

beberse una botella de vino.

Su primo Camille estaba nervioso y pálido, y le temblaba la voz. Durante los seis días que duró el juicio, Fouquier había citado ante el jurado numerosas frases entresacadas de los artículos de Camille, acusaciones de una conspiración federalista, de intrigas monárquicas. De tanto en tanto, cuando los acusados oían una de esas célebres frases, se volvían al unísono para contemplar a Camille. Era como si lo hubieran ensayado. Había sido muy duro para su primo, pensó Fouquier. Ya había ordenado los carros para conducir a los veintidós acusados al cadalso.

Había algo teatral en aquella escena, pensó Fouquier, como si un pintor le hubiera dado unas pinceladas: el negro y blanco de las baldosas, la oscilante llama de las velas, el alegre colorido de la bandera tricolor. Las velas iluminaban el rostro de su primo, que tomó asiento. El portavoz del jurado se puso en pie. Un secretario sacó de una carpeta varias sentencias de muerte. Alguien que estaba sentado detrás del fiscal preguntó:

—¿Qué sucede, Camille?

De pronto sonó un grito. Los acusados se levantaron apresuradamente. Los guardias se precipitaron hacia ellos y los letrados arrojaron los papeles y se levantaron de sus asientos. Alguno de los acusados, Charles Valazé, se había desplomado en el suelo. Unas mujeres de entre el público se pusieron a chillar, tratando de averiguar lo sucedido, mientras los guardias intentaban contener a los espectadores.

—¡Que forma de terminar! —dijo un jurado.

Vergniaud, sin descomponerse, indicó al doctor Lehardi, uno de los acusados, que se acercara. Lehardi se arrodilló junto a Valazé y extrajo de su vientre una daga ensangrentada. Fouquier se apresuró a arrebatársela, diciendo:

—Es inaudito. Podría haberme asesinado a mí.

Brissot estaba sentado hacia delante, con la barbilla apoyada en el pecho. La sangre de Valazé había formado un charco rojo sobre las baldosas negras y blancas. Dos gendarmes cogieron el cuerpo de Valazé, que parecía haberse encogido, y lo sacaron fuera de la sala.

Pero el drama aún no había concluido. El ciudadano Desmoulins, al tratar de abandonar la sala del Tribunal, había perdido el conocimiento y se había caído redondo al suelo.

17 de Brumaire: la ejecución de Philippe, conocido como el ciudadano Égalité. Su última comida consistió en un par de chuletas, unas ostras y una buena botella de Burdeos. Para dirigirse al cadalso se puso un chaleco de piqué blanco, una casaca verde y unos calzones amarillos, siguiendo el más puro estilo inglés.

—Te ruego que te apresures, amigo —le dijo a Sanson.

Los gastos del verdugo han aumentado notablemente desde que comenzó el Terror. Tiene que pagar a siete ayudantes con el dinero de su sueldo, y pronto tendrá que alquilar media docena de carros al día. Antes se arreglaba con dos ayudantes y un carro. El salario que ofrece no atrae a la gente. Él mismo tiene que comprar la cuerda con que atar a los clientes, y las cestas en las que posteriormente son depositados los cadáveres. Al principio todos creían que la guillotina era la gran solución, pero cuando uno tiene que cortar veinte o treinta cabezas al día se plantean unos problemas importantes. ¿Acaso saben los señores del Gobierno la cantidad de sangre que sale de un cuerpo decapitado? La sangre lo echa todo a perder, especialmente las ropas del señor Sanson. La multitud que presencia el espectáculo no se da cuenta, pero a veces este se ensucia hasta las rodillas.

Es un trabajo muy duro. Cuando te toca un cliente que ha intentado matarse antes y ha perdido el conocimiento, debido al veneno ingerido o a la pérdida de sangre, uno puede partirse la espalda tratando de colocarlo debajo de la cuchilla. Recientemente el ciudadano Fouquier insistió en que guillotinaran a un cadáver, lo cual era absurdo. Por otra parte, cuando un reo es inválido o deforme resulta muy complicado atarlo a las tablas y el gentío, que apenas alcanza a ver nada, se aburre y comienza a abuchear. Entretanto se forma una larga cola, y los que están al final de la misma empiezan a gritar y a desmayarse. Si todos los clientes fueran jóvenes, varones, estoicos y estuvieran en buena forma, Sanson tendría pocos problemas, pero este tipo de reos no abunda. Los ciudadanos que viven cerca se quejan de que el verdugo no echa suficiente serrín para limpiar la sangre, cuya hedor es insoportable. La máquina es bastante silenciosa y eficiente, pero es preciso pagar al afilador de la cuchilla.

Sanson trata de que la operación sea lo más rápida y eficaz posible. Fouquier no debería quejarse tanto. Decapitar a los brissotinos, por ejemplo, que eran veintiuno más el cadáver, le llevó treinta y seis minutos exactamente. Sanson no pudo contratar a un experto para que cronometrara el tiempo que le llevó, pero pidió a un amigo suyo que lo hiciera, por si el fiscal se quejaba de que tardaba demasiado.

En los viejos tiempos el verdugo era una persona estimada y respetada. Se promulgó una ley especial para impedir que la gente lo insultara. Contaba con un público fiel que acudía a verlo trabajar, que apreciaba su pericia. La gente iba a presenciar las ejecuciones voluntariamente; pero algunas ancianas, que se distraían tejiendo prendas de punto para los soldados, recibían un dinero por asistir, que se apresuraban a gastárselo en vino; y los guardias nacionales, que estaban obligados a asistir, al cabo de unos días se hartaban de presenciar aquel macabro espectáculo.

En cierta ocasión el verdugo mandó celebrar misa por el alma de un condenado; pero actualmente eso está prohibido. Los condenados no son más que unos números que figuran en una lista. Antes, la muerte en la guillotina estaba rodeada de cierta distinción, era especial, individual. El día de la ejecución, uno madrugaba, rezaba, se ponía un traje morado, adoptaba un aire marmóreo y se colocaba una flor en el ojal. Pero ahora te traen a los clientes en unos carros como si fueran ganado, aterrados y

estupefactos por la rapidez con que pasan de ser juzgados a ser ejecutados; en lugar de un arte, es más bien como trabajar en el matadero.

«Escribo estas palabras mientras escucho unas risas en una celda junto a la mía…».

Desde el primer día en que entró en la cárcel, Manon no había dejado de escribir. Deseaba dejar constancia de su inocencia, su credo, su autobiografía. Al cabo de un rato le dolía la muñeca, los dedos se le agarrotaban debido al frío y sentía deseos de llorar. Cuando dejaba de escribir para meditar sobre el pasado, en lugar de tratar de hallar la forma de expresarlo, sentía un profundo vacío en su interior. «… No nos queda nada». Yacía en su jergón, contemplando la oscuridad, tratando de reunir fuerzas para un último acto heroico.

Todos los días temía que le comunicaran que su marido había sido capturado, que estaba detenido en una cárcel provincial, que se dirigía a París para ser juzgado con ella. Pero ¿y si apresaban a François-Léonard? Quizá no le informaran de ello. Ese era el precio de su discreción, de su buena conducta; habían sido tan discretos, se habían comportado de forma tan ejemplar, que ni siquiera sus mejores amigos podían sospechar que existiera algo entre Buzot y ella.

Ocupaba una celda fría y desnuda pero limpia. Le servían la comida en una bandeja, pero Manon decidió declararse en huelga de hambre. Poco a poco fue reduciendo la cantidad de comida que ingería, hasta que la trasladaron al hospital de la prisión. Allí le ofrecieron la oportunidad de testificar en el juicio de los brissotinos, para lo cual necesitaba alimentarse y recuperar las fuerzas.

Puede que fuera un truco. Durante los días que duró el juicio, la trasladaron al palacio de Justicia, donde la retuvieron en una pequeña habitación, fuertemente custodiada. Pero no llegó a ver a los acusados, ni a los jueces ni al jurado. Uno de sus guardianes le informó sobre el suicido de Valazé. Una muerte lleva a otra muerte. ¿Qué fue lo que dijo Vergniaud sobre la bonita joven de carácter apacible que había asesinado a Marat? «Nos ha matado, pero nos ha enseñado a morir».

Habían aplazado el juicio de Manon, quizá porque confiaban en capturar a Roland y juzgarlos juntos. Manon pudo haber solicitado clemencia, pero su vida no merecía sacrificar todo cuanto ella había defendido. Por otra parte, ¿quién se apiadaría de ella? ¿Danton? ¿Robespierre? Camille Desmoulins había asistido al juicio de los brissotinos y había afirmado, según le habían dicho a Manon: «Eran mis amigos; los han matado mis escritos». Pero sin duda se había arrepentido de haberse arrepentido, antes de que unas manos jacobinas lo recogieran del suelo donde había caído desmayado.

El día en que la trasladaron a la prisión de la Conciergerie, Manon comprendió que no volvería a ver a su marido ni a su hija. Las celdas se hallaban situadas debajo de la sala del Tribunal. Esta era la última etapa; aunque capturaran a Roland, ella

habría muerto antes de que él llegara a París. Manon compareció ante el Tribunal el 8 de noviembre, 18 de Brumaire según las cuentas de ese charlatán de Fabre d’Églantine. Lucía un vestido blanco, y sobre su melena castaña se reflejaban los últimos rayos de sol. Fouquier se mostró expeditivo. Aquella misma tarde la trasladaron en un carro al cadalso. Mientras el viento le azotaba las mejillas, Manon temblaba de frío y terror. Empezaba a oscurecer, pero a lo lejos vio la silueta de la máquina, la siniestra geometría del filo de la cuchilla, recortándose contra el cielo.

Declaración de un testigo presencial:

«Robespierre avanzó lentamente… Llevaba unas gafas que servían para ocultar su tic nervioso. Estaba pálido. Hablaba despacio, con acento mesurado. Pronunciaba unas frases tan largas que cada vez que se detenía para quitarse las gafas y frotarse los ojos, pensábamos que había concluido su discurso. Pero tras mirar al público fijamente, volvía a ajustarse las gafas y añadía unas cuantas frases a sus largas parrafadas».

Últimamente, cuando se acercaba a un colega, este se sobresaltaba y lo miraba como si se sintiera culpable. Era como si hubiera comunicado a los demás el temor que él mismo experimentaba. Dado que tenía un caminar ligero, no sabía qué hacer para advertirles de su presencia, si toser, tropezar o chocar con algún mueble. Sabía que sus compañeros sospechaban que los estuviera acechando, y cuando se topaban con él, todas sus dudas y recelos ascendían a la superficie.

Durante las reuniones del comité, Robespierre solía permanecer en silencio pues no quería imponer sus opiniones. Sin embargo, cuando se abstenía de hacer algún comentario sabía que los otros sospechaban que los estaba vigilando y tomando nota de lo que decían. Era cierto; tomaba muchas notas. A veces, cuando expresaba su opinión, Carnot le contradecía secamente y Robert Lindet le miraba con aire solemne, como si albergara serias reservas. Robespierre, enojado, increpaba a Carnot para obligarlo a callar. ¿Quién se creía que era? No tenía ningún derecho a hablarle así por el mero hecho de que hacía tiempo que se conocían. Sus colegas se miraban con aprehensión. En ocasiones sacaba de la carpeta de Carnot unos documentos, unos informes en los que los comandantes se quejaban de que sus hombres padecían disentería o no tenían zapatos, o que los caballos morían por falta de forraje. Tras leerlos los extendía sobre la mesa, como un jugador depositando sus naipes, sin dejar de mirar a Carnot; me pregunto, decía, si realmente te esfuerzas en resolver esos problemas. Carnot se mordía el labio, rehuyendo su mirada.

Cuando hablaba un colega suyo, Robespierre lo escuchaba con su puntiaguda barbilla apoyada entre las manos, y el rostro inclinado hacia el techo. No podían contarle nada nuevo relativo a los hechos cotidianos, a la política, a cómo manejar a la Convención y obtener una mayoría. Con frecuencia recordaba su época escolar, cuando estudiaba a la sombra de otros personajes más llamativos que él; recordaba Arras, donde se sentía acosado por todos, por su familia, por los magistrados locales, marginado por sus compañeros debido a sus ideas políticas.

No era como Danton; no deseaba regresar a casa. Esta era su casa: las calles barridas por la lluvia e iluminadas por la luz de las farolas. Pero a veces, mientras sus colegas debatían un tema, durante unos instantes imaginaba que se encontraba en otro lugar; recordaba los prados verdegrisáceos, las silenciosa plazas de los pueblos y las ramas de los álamos doblegándose bajo el viento otoñal.

20 de Brumaire. En un edificio público conocido antiguamente como Nôtre-Dame se celebra el «Festival de la Razón». Todos los adornos religiosos, como los llama la gente, han sido retirados del edificio, y en la nave han erigido un templo griego de cartón. Una actriz de la Opéra representa el papel de diosa de la Razón, la cual es entronizada mientras el público canta el *Ça Ira*.

Presionado por los hébertistas, el obispo de París comparece ante la Convención y anuncia su ateísmo militante. El diputado Julien, que había sido un pastor protestante, aprovecha la ocasión para comunicar también el suyo.

El diputado Clootz (un radical) declaró:

—Un hombre religioso es una bestia depravada. Se parece a los animales que son criados para ser esquilados y asados en beneficio de los comerciantes y carniceros.

Robespierre regresó pálido y furioso de la Convención. Alguien va a pagar las consecuencias, pensó Eléonore.

—Si Dios no existe —dijo Robespierre—, si no existe un Ser supremo, ¿qué consuelo puede hallar la gente que ha sufrido y vivido siempre en la miseria? ¿Acaso creen esos ateos que pueden eliminar la pobreza, que pueden transformar la República en un paraíso en la Tierra?

Eléonore se volvió, sabiendo que no iba a recibir un beso.

—Saint-Just sí lo cree —contestó.

—No podemos garantizar el pan a la gente. No podemos garantizar justicia. ¿Es que vamos a arrebatarles también la esperanza?

—Parece como si Dios sólo sirviera para llenar un vacío en la política —dijo Eléonore.

Robespierre la miró desconcertado.

—Puede que sea así —respondió lentamente—. Quizá tengas razón. Antoine está convencido de que se puede conseguir todo por el mero hecho de desearlo, que cada individuo es el artífice de sí mismo, capaz de convertirse en una persona mejor, más virtuosa; luego, a medida que los individuos cambian, la sociedad cambia también. Ese proceso lleva… no sé, quizás una generación. El problema es que te olvidas de ello cuando te sientes agobiado por el trabajo, preocupado porque no puedes suministrar botas a los soldados, y piensas: «Todos los días fracaso en algo». Al final, toda tu vida te parece un gigantesco fracaso.

Eléonore apoyó una mano sobre su brazo y dijo suavemente:

—No es un fracaso, cariño. Es el único triunfo que se ha producido en el mundo.

Robespierre sacudió la cabeza.

—Ya no veo las cosas en términos tan absolutos. Ojalá pudiera. A veces tengo la sensación de que estoy perdiendo el norte. Danton lo comprende, con él puedo hablar de esto. Dice que todo éxito va acompañado de algún fracaso, que así es la política.

—Danton es un cínico —dijo Eléonore.

—No, esa es su opinión. Uno trata de guiarse por sus principios, pero hay que adaptarse a cada situación. En cambio Saint-Just opina lo contrario. Según él, toda circunstancia nos ofrece la oportunidad de aplicar nuestros principios.

—¿Y tú qué opinas?

—Yo… —contestó Robespierre, alzando las manos en señal de impotencia—, no sé qué pensar. Pero en esta cuestión tengo unas ideas muy claras. No admito la intolerancia, el fanatismo, no puedo aceptar que la fe de unas gentes sencillas se vea pisoteada por unos imbéciles que no tienen ni idea de lo que significa la palabra fe. Dicen que los curas son unos fanáticos, pero los fanáticos son ellos, los que pretenden impedir que celebren misa.

Así que «no lo admites», pensó Eléonore. Eso significa que, si no ceden, deberán comparecer ante el Tribunal. Personalmente, ella no creía en Dios, al menos no en un Dios benéfico.

Robespierre subió a su habitación y escribió una carta a Danton. Cuando terminó de escribirla la leyó e hizo algunas correcciones, matizando y aclarando el significado de algunas frases. No estaba satisfecho con ella, de modo que la rompió en pedacitos y escribió otra. Quería pedir a Danton que regresara a París para ayudarle a aplastar a Hébert. Deseaba decirle que necesitaba su ayuda, pero no quería que lo interpretara como una petición de auxilio; necesitaba un aliado, pero no estaba dispuesto a dejarse dominar por él.

La segunda carta tampoco le satisfizo. ¿Por qué no se le había ocurrido pedir a Camille que la escribiera? Precisamente, aquel día Camille había expresado con exquisita sencillez y concisión lo que pensaba: «No necesitamos rosarios ni relicarios, pero cuando las cosas se ponen feas necesitamos un consuelo, y cuando la situación se agrava, necesitamos aferramos a la idea de que, a la larga, existe alguien capaz de perdonarnos».

Robespierre permaneció sentado, con la cabeza inclinada hacia delante, pensativo. Sonríe. ¿Qué hubiera dicho el padre Bérardier? He aquí a dos buenos chicos católicos. No importa que haga años que no asiste a misa, que Camille considere una especie de deber infringir todos los mandamientos de la ley de Dios. Al fin uno se encuentra de nuevo en el punto de partida. O no, depende. Robespierre recordaba al padre Proyart, quien solía abofetear a Camille por llevarse a misa el tomo de las *Vidas paralelas* de Plutarco. «Acabo de descubrir un pasaje de lo más excitante…», decía Camille. En aquellos días, Plutarco pasaba por ser un autor «excitante». No era de extrañar que Camille se desmandara en cuanto dejó a los curas. Nos pedían que fuéramos más que humanos. Yo traté de ser lo que ellos

deseaban que fuera, aunque no era consciente de ello, aunque creía vivir según otro credo muy distinto.

Al cabo de un rato Robespierre intentó por tercera vez escribir una carta a Danton. Pero era inútil. Al fin, desesperado, sacó la libreta titulada DANTON y la leyó. Cuando terminó no había sacado nada en limpio y se sentía más deprimido.

Jean-Marie Roland se ocultaba en Ruán. El 10 de noviembre, el día en que le notificaron que su esposa había sido ejecutada, abandonó la casa donde se ocultaba y echó a caminar, empuñando la espada. Tras recorrer unos cinco kilómetros, se detuvo en un camino desierto, junto a un huerto, y se sentó debajo de un manzano. Este era el lugar indicado.

El suelo estaba duro como una piedra, y el árbol tenía un tacto frío. Se aproximaba el invierno. Roland se hizo un corte, a modo de ensayo; al ver su propia sangre sintió náuseas. Pero este era el lugar indicado.

El cuerpo fue hallado al cabo de unas horas por un transeúnte que al principio creyó que se trataba de un anciano que se había dormido. Era imposible determinar cuántas horas llevaba muerto, o si había tardado mucho en morir después de haberse clavado la delgada hoja de la espada en el vientre.

El 11 de noviembre, bajo una pertinaz lluvia, el alcalde Bailly fue ejecutado; a petición popular se erigió una guillotina en los Campos de Marte, donde en 1791 Lafayette había abierto fuego contra la multitud.

—Ha venido a verte un marqués —dijo Lucile a su marido.

Camille, que estaba leyendo *La ciudad de Dios*, alzó la vista y se apartó un mechón de la frente.

—Eso es imposible.

—Un antiguo marqués.

—¿Tiene aire respetable?

—Sí. ¿Lo hago pasar? Os dejaré solos.

De pronto, a Lucile había dejado de interesarle la política. Las últimas palabras pronunciadas por Vergniaud antes de morir no cesaban de rondarle por la cabeza: «La Revolución, como Saturno, devora a sus hijos». Se había convertido en una de las muchas consignas bajo las que había vivido. («¿Es que la autoridad paterna no cuenta para nada?». «No entiendo por qué se queja la gente de que hoy día no se puede ganar dinero, a mí no me cuesta ningún esfuerzo». «Eran mis amigos, y mis escritos los han matado»). La persiguen en sueños, brotan de sus labios casi sin darse cuenta a lo largo de una conversación, constituyen la moneda corriente de los últimos cinco años. («Todo está organizado, no tocarán a ningún inocente». «Detesto los gobiernos firmes». «No hay nada de qué preocuparse, el señor Danton se ocupará de nosotros»).

Lucile ha dejado de asistir a los debates de la Convención, donde se sentaba en la galería reservada al público y comía dulces con Louise Robert. En cierta ocasión acudió al Tribunal para oír al primo Antoine acosando a sus víctimas; fue un espectáculo lamentable.

—Se produjo una confusión sobre mi identidad —dijo De Sade a Camille—. Debí haberles remitido mis credenciales como funcionario de la Sección de Piques. Fue un error, un error que a veces basta para que alguien te denuncie como sospechoso. —De Sade extendió su mano suave y delicada y cogió el libro de Camille—. ¿Una lectura piadosa? —preguntó—. Vaya… ¿No habrá tenido esto algo que ver…?

—¿Con el hecho de haberme desmayado? No, no. Me divierto escribiendo un libro sobre los padres de la Iglesia.

—En fin, dicen que sobre gustos no hay nada escrito —respondió De Sade—. Opino que los autores debemos apoyarnos.

Era un hombre menudo, de cincuenta y pocos años, rollizo, con el pelo rubio salpicado de canas, medio calvo, y con ojos de un azul pálido. Se había engordado recientemente, pero aún se movía con elegancia. Llevaba un traje oscuro y exhibía la tensa y concentrada expresión de un político «terrorista». En la mano sostenía unos papeles sujetos con una vistosa cinta tricolor.

—¿Se trata quizá de unas ilustraciones obscenas? —inquirió Camille.

—¡Por supuesto que no! —exclamó De Sade, mirándole con aire escandalizado —. Te consideras moralmente superior a mí, ¿no es cierto, señor abogado de la Lanterne?

—Me considero moralmente superior a la mayoría de la gente. Conozco todas las teorías, y poseo todos los escrúpulos éticos. El único fallo reside en mi conducta. Devuélveme el tomo de san Agustín, por favor.

De Sade depositó el libro sobre una mesita, con el santo boca abajo.

—Confieso que me pones nervioso —dijo el marqués, sentándose en una silla. Camille sonrió satisfecho—. Supuse que querrías confesarme tus preocupaciones.

—No… —contestó Camille tras unos instantes—. No deseo hacerlo. Pero si quieres, puedes contarme las tuyas. Te escucho.

—Tomemos por ejemplo la caída de la Bastilla —dijo De Sade—. Es un arma de doble filo, ¿no crees? Te hizo famoso, y te felicito por ello. Demuestra que los perversos siempre prosperan, y que incluso los semiperversos tienen ciertas ventajas. Por otra parte, supuso un gran adelanto para la humanidad, quienesquiera que sean. En cuanto a mí, me quitaron de en medio antes de que comenzara todo, con tal rapidez que me dejé el manuscrito de mi última novela. Salí de la cárcel el Viernes Santo, al cabo de once años, Camille, y no pude hallar mis papeles en ningún sitio. Me llevé un gran disgusto.

—¿Cómo se titula tu novela?

—*Los 120 días de Sodoma*.

—Pero han pasado cuatro años desde que saliste de cárcel. Has tenido tiempo de

sobra para escribirla de nuevo.

—Mi primer manuscrito era una obra de arte, un prodigio de la imaginación que en estos tiempos tan insulsos me resultaría prácticamente imposible reproducir.

—¿Qué quieres de mí? Supongo que no has venido a hablar de tus novelas.

El marqués suspiró.

—No, he venido para expresar mi opinión sobre los tiempos que corren. Me entusiasmó lo ocurrido en el juicio de Brissot. El hecho de que recobraras el sentido, por así decirlo, en brazos de unos fornidos caballeros. ¿Crees que habría sido posible no ejecutar a los brissotinos?

—Antes no lo creía, pero ahora me inclino a pensar que sí.

—¿A pesar de que Marat fue asesinado?

—Es probable que la muchacha actuara sola. Ella afirmó que no tenía cómplices, aunque nadie la creyó. El juicio de Brissot duró varios días. Todos los acusados tuvieron ocasión de defenderse. Acudieron numerosos testigos a declarar. Los periódicos se hicieron eco de cuanto se dijo en el Tribunal. De no ser por la insistencia de Hébert, el juicio aún no habría concluido.

—Cierto —contestó Sade.

—Pero en el futuro los acusados no gozarán de esos derechos. Se considera que no son expeditivos, que no son republicanos. Temo que el hecho de reducir la duración de los juicios pueda acarrear serias consecuencias. Estamos ejecutando a personas que no deberían morir. Pero las ejecuciones continúan.

—Y los juicios ante el Tribunal Revolucionario —dijo Sade—. Me gustan los duelos, las venganzas, los crímenes pasionales, pero este aparato de Terror funciona fríamente, sin la menor pasión.

—Disculpa, pero no te entiendo.

—Tus primeros artículos eran despiadados, carentes del acostumbrado sentimentalismo. Esperaba grandes cosas de ti. Pero de pronto has empezado a retractarte. Te has arrepentido, ¿no es cierto? En septiembre me nombraron secretario del comité de mi Sección. No me refiero al pasado septiembre sino a cuando matamos a los prisioneros. Había algo puro, revolucionario y hermoso en la forma en que corría la sangre. La velocidad, el temor… Ahora hay un jurado que emite un veredicto, el verdugo le corta el pelo al reo y este es conducido al cadalso en un carro. Los abogados exponen sus argumentos antes de que se pronuncie la sentencia de muerte. Opino que la muerte debe de ser algo natural, no algo sobre lo que se discute.

—No entiendo a qué viene todo eso.

—Supongo que para ti, al menos en tu presente estado de ánimo, representa el único proceso legal aceptable. Más aceptable si se trata de un juicio justo, y menos si los testigos son acosados y se acorta la duración del mismo. Pero a mí me resulta totalmente inaceptable. Cuanto más discuten, peor. No lo soporto. —De Sade hizo una pausa—. ¿Estás escribiendo algo, aparte de la obra teológica?

El marqués miró a Camille con sus pálidos y tímidos ojos de liebre, temeroso de

que hubiera interpretado erróneamente sus palabras.

Camille vaciló.

—Me propongo escribir un libro, pero depende del apoyo que reciba. Es complicado. Sabemos que las conspiraciones proliferan, dominan nuestras vidas. No nos atrevemos a expresarnos libremente ante nuestros amigos, no confiamos en nuestras esposas, en nuestros padres ni en nuestros hijos. ¿Te suena melodramático? Esto parece Roma durante el reinado del emperador Tiberio.

—No lo sé —respondió De Sade—. Pero si tú lo dices, será verdad. He visitado Roma. Es una solemne pérdida de tiempo. Han construido una serie de capillas alrededor del Coliseo, han destrozado la plaza. Vi al Papa. La personificación de la vulgaridad. No obstante, supongo que Tiberio era mucho peor. ¿Qué te parecen mis opiniones?

—¿Sobre el Papa?

—Sobre el Terror.

—Yo que tú me abstendría de expresarlas.

—Pero yo no soy tú. He afirmado durante una reunión de mi Sección que es preciso impedir que continúe el Terror. Supongo que no tardarán en arrestarme. Luego, ya veremos qué sucede. No son las muertes lo que no soporto, querido ciudadano Camille, sino los juicios en la sala del Tribunal.

Danton regresó el 20 de noviembre. En el bolsillo llevaba unas cartas de Robespierre, de Fabre y de Camille. Las de Robespierre tenían un tono histérico, las de Fabre eran lacrimógenas, y las de Camille simplemente curiosas. Danton resistió la tentación de doblarlas y utilizarlas como filacterias.

Tras instalarse de nuevo en la vivienda, Louise lo miró con aire de reproche y dijo:

—Supongo que no irás a salir.

—No ocurre todos los días que el ciudadano Robespierre requiera mi compañía en sus francachelas.

—No has dejado de pensar en París durante todo el tiempo que hemos permanecido en el campo. Te morías de ganas de regresar.

—Mírame —respondió Danton, cogiéndole las manos—. Sé que soy un imbécil. Cuando estoy aquí, deseo estar en Arcis. Cuando estoy en Arcis, deseo estar aquí. Pero quiero que comprendas que la Revolución no es un juego que puedo abandonar cuando lo desee. —Danton se puso serio y ciñó a su esposa por la cintura. Estaba loco por ella—. En Arcis evitamos el tema, preferíamos hablar de cosas menos complicadas. Pero no se trata de un juego, ni de algo a lo que me dedico para mi propio beneficio o gratificación. —Sus dedos rozaron suavemente los labios de Louise, para silenciarla—. Antes sí lo era, pero ahora debemos obrar con prudencia, cariño. Debemos pensar en el futuro del país. Y en el nuestro.

—De modo que eso es lo que has estado haciendo. Pensar.

—Sí.

—¿Y ahora vas a ver a Robespierre?

—No directamente —contestó, separándose de ella. Estaba de un humor excelente—. Necesito informarme bien antes de ir a verlo. Robespierre pierde la paciencia e insulta a los que no se mantienen perfectamente informados sobre los últimos acontecimientos.

—¿Y eso te molesta?

—En realidad, no —respondió besándola. Ambos se sentían más animados, aunque Danton presentía, y le dolía, que Louise le tuviera miedo—. ¿No te alegras de estar de nuevo en casa?

—Sí, en nuestra casa y en nuestro barrio. No puedo vivir con tu madre, Georges. Quiero disponer de nuestra propia casa.

—De acuerdo.

—¿Te ocuparás inmediatamente de ello? Confío en que no permaneceremos mucho tiempo en París.

—No —contestó Danton tras una breve pausa—. No permaneceremos mucho tiempo.

Durante el corto recorrido hasta la esquina, Danton saludó a media docena de personas, dio unas palmaditas en la espalda a otras y se apresuró antes de que alguien consiguiera detenerlo para hablar con él. Al anochecer la noticia había circulado por toda la ciudad: Danton había regresado. Cuando se disponía a entrar en el edificio donde vivían los Desmoulins, se dio cuenta de un detalle que le llamó la atención. Al retroceder y alzar la cabeza vio un letrero que decía: RUE MARAT.

Durante unos momentos sintió deseos de dar media vuelta, regresar a su casa y ordenar a los sirvientes que no se molestaran en deshacer el equipaje pues a la mañana siguiente regresaban a Arcis. Mientras contemplaba las ventanas superiores, en las que brillaba una luz, pensó: si entro allí, jamás conseguiré liberarme. Si subo me comprometeré a unirme a Max para aplastar a Hébert, y probablemente al Gobierno. Me comprometeré en sacar a Fabre de los apuros en los que se encuentra, aunque no sé cómo me las arreglaré. Volveré a correr el peligro de ser asesinado; comenzarán de nuevo las violentas disputas, las denuncias.

Pero no podía permanecer en la calle toda la noche analizando los últimos cinco años de su vida sólo porque habían cambiado el nombre de la calle; no podía dejar que ello modificara el futuro. No, pensó —viendo las cosas, por primera vez, con meridiana claridad—, no puedo marcharme, regresar a la granja en Arcis. He mentido a Louise; no puedo renunciar a la política.

—Gracias a Dios —dijo Lucile, dándole un beso en la mejilla—. Pensaba que tendría que ir a buscarte personalmente.

Danton había decidido interrogarla sobre Camille y Robespierre, pero en lugar de ello se limitó a decir:

—Qué guapa estás. Había olvidado lo hermosa que eres.

—¿En cinco semanas?

—No, nunca puedo olvidar eso —contestó Danton, abrazándola—. Te agradezco que me echaras de menos. ¿Por qué no fuiste a vernos en Arcis? Nos hubiéramos alegrado de tu visita.

—No creo que Louise ni tu madre se hubieran alegrado.

—Se llevan fatal.

—Lo lamento.

—Ha sido un desastre. Louise es muy joven, está acostumbrada a vivir en la ciudad. A mi madre le parece demasiado delicada. ¿Cómo estás?

—Me siento… confusa —contestó Lucile.

Trató de liberarse de él, pero Danton la sujetó con fuerza por la cintura. ¡Qué mujer tan fuerte y tan admirable!, pensó Danton. No le tiene miedo a nada.

—¿No estarás de nuevo en estado, Lolotte?

—Dios me libre —respondió ella.

—¿Quieres que te dé otro hijo?

—Te olvidas que tienes una esposa —le recriminó Lucile.

—En mi vida hay espacio para más de una mujer.

—Pensaba que habías renunciado a mí.

—Jamás. Es una cuestión de honor.

—Supuse que habías renunciado a mí antes de partir.

Ya he recobrado las fuerzas, pensó Danton.

—Es inútil tratar de enmendarse. No puedes dejar de amar a alguien.

—Tú no me amas. Sólo deseas acostarte conmigo y contárselo luego a tus amigos.

—Más vale eso que no acostarme contigo y alardear de ello, como hace todo el mundo.

—Sí —respondió Lucile, apoyando la cabeza en su pecho—. Qué tonta soy.

—Cierto. Tú situación es irrecuperable. Nuestras esposas jamás se fiarán de ti. Por una vez en la vida, sé honesta y acuéstate conmigo.

—¿Has venido a verme por eso?

—No, pero…

—Me alegro. No tengo la menor intención de complacerte. Además, hace un rato que Camille se ha encerrado en el dormitorio a reflexionar.

Danton la besó en la coronilla.

—Mírame —dijo. De pronto recordó que hacía treinta minutos que había dicho eso mismo a su esposa—. Cuéntame lo que sucede.

—No sabría por dónde empezar.

—Yo te ayudaré.

—Gracias.

Camille yacía con la cabeza sepultada entre los brazos.

—¿Eres tú, Lolotte? —preguntó sin alzar la vista.

Danton se sentó junto a él y le acarició el pelo.

—Hola, Georges.

—¿No te sorprende verme?

—Nada me sorprende ya —contestó Camille suspirando—. Sigue acariciándome la cabeza, es lo más agradable que me han hecho desde hace tiempo.

—Cuéntamelo todo.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, pero no entendí nada.

—Ya. Es lógico —contestó Camille, incorporándose.

Danton lo miró asombrado. En tan sólo cinco semanas la precaria madurez que había adquirido a lo largo de los últimos cinco años se había evaporado; la persona que lo miraba a través de los ojos de Camille era el joven apocado y desaliñado de 1788.

—Philippe ha muerto.

—¿El duque? Ya lo sé.

—Charles-Alexis también ha muerto. Valazé se clavó un cuchillo frente a mí.

—También lo sé. Me lo comunicaron en Arcis. Pero dejemos eso durante unos minutos. Ahora quiero que me hables de Chabot y de los demás.

—Chabot y dos amigos suyos han sido expulsados de la Convención. Están arrestados. El diputado Julien se ha marchado, ha huido. Vadier ha empezado a hacer ciertas preguntas.

—¿De veras?

El jefe del comité de Seguridad General tenía fama de ser muy eficiente a la hora de interrogar a sospechosos. Lo llamaban «el Inquisidor». Era un hombre de unos sesenta años, con un rostro alargado y amarillento, y unas manos largas, nudosas y amarillentas.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió Danton.

—Sobre ti. Sobre Fabre y tu amigo Lacroix.

Danton llevaba en el bolsillo la deprimente confesión de Fabre. Este no parecía darse cuenta de lo que había hecho. Sí, había manipulado un documento gubernativo, de su mismo puño y letra, añadiendo una modificación al texto; pero luego otra mano, anónima, había añadido una tercera modificación… Era como el cuento de nunca acabar. El hecho es que Fabre se había convertido en un falsificador, en un simple delincuente común. Todo parecía indicar que Robespierre no tenía la menor idea de lo sucedido.

—Vadier cree que está a punto de descubrir unas pruebas muy perjudiciales

contra ti, Georges —dijo Camille—. Yo procuro no tropezarme con él. El comité de Policía ha interrogado a Chabot. Este, como era de prever, dijo que sospechaba que existía una conspiración y que había fingido participar en ella para descubrir a los culpables. Nadie le creyó. Han encargado a Fabre que redacte un informe sobre el asunto.

—¿Que Fabre ha descubierto el asunto relacionado con la Compañía de las Indias Orientales? —preguntó Danton, atónito.

—Así es, junto con ramificaciones políticas. A Robespierre no le interesan los trapicheos en la Bolsa, sino quién está detrás de ellos y quién dio las instrucciones.

—¿Pero por qué no denunció Chabot a Fabre inmediatamente? ¿Por qué no lo acusó de participar en el asunto desde el principio?

—¿Y qué iba a ganar con ello? Sólo hubiera conseguido que arrestaran también a Fabre. Chabot prefirió guardar silencio, creyendo que Fabre le devolvería el favor.

—¿Cree realmente Chabot que Fabre conseguirá zafarse de la justicia?

—Quieren que utilices tu influencia para librarlo del apuro.

—Qué lío —dijo Danton.

—Y aún hay más. Chabot ha denunciado a Fabre, y a todos los demás… Lo único que nos salva es que nadie cree una palabra de lo que dice Chabot. Vadier me estuvo interrogando.

—¿A ti? Qué impertinencia.

—Todo fue muy informal. De patriota a patriota, ¿comprendes? Me aseguró que nadie imaginaba ni remotamente que yo hubiera participado en nada turbio, pero que quizá me había pasado de la raya. Su intención era obligarme a confesar y descargar mi conciencia.

—¿Y qué contestaste?

—Nada. Le miré con cara de asombro y dije que no sabía de qué estaba hablando. Aquel día no conseguí dominar mi tartamudeo. De paso, dejé caer el nombre de Max. Vadier teme enojarlo. Sabía que si seguía presionándome, me quejaría a él.

—Bien hecho —contestó Danton, pero comprendió que se hallaba ante un grave problema. No se trataba de qué iba a hacer con Fabre, sino que lo más importante era la conciencia de Camille.

—He mentido a Robespierre —dijo Camille—, al menos implícitamente. Esto no me gusta, Georges. Me coloca en una situación delicada que puede entorpecer mis próximos pasos.

—Continúa.

—Me temo que tengo otra mala noticia. Hébert dice que Lacroix ganó una fortuna el año pasado, cuando ambos partisteis a Bélgica en una misión. Asegura que posee pruebas. Ha convencido a los jacobinos para que soliciten a la Convención que obliguen a Lacroix y a Legendre a regresar de una misión en Normandía.

—¿De qué acusa a Legendre?

—De ser tu amigo. Le he dicho a Robespierre que es preciso impedir que

continúe el Terror.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que está de acuerdo. Ya sabes que siempre ha odiado la violencia. He sido yo quien he tardado en convencerme… Le dije que Hébert era demasiado poderoso. Está atrincherado en el Ministerio de la Guerra y en la Comuna, y su periódico es distribuido entre las tropas. Hébert no está de acuerdo en que haya que detener el Terror. Ello afecta a su orgullo. Dijo que si quiero detenerlo, antes tendré que pasar sobre su cadáver. Dije a Robespierre que le daba veinticuatro horas de plazo para que lo meditara y que luego estudiaríamos la forma de atacar a Hébert. Luego regresé a casa y redacté un panfleto contra Hébert.

—Nunca cambiarás.

—¿Cómo dices?

—Antes te lamentabas de tu participación en la caída de la Gironda.

—Pero ahora se trata de Hébert —protestó Camille—. No me confundas. Hébert es el obstáculo que nos impide detener el Terror. Si lo matamos, no tendremos que matar a nadie más. El caso es que creí que Robespierre se avendría a razones. Al principio se mostraba nervioso y preocupado. Cuando fui a verlo de nuevo, dijo: «Hébert es muy poderoso, pero está en lo cierto respecto a ciertas cosas. Podría sernos muy útil si sabemos manipularlo». —El muy taimado, pensó Danton. ¿Qué demonios se propone?—. «Es mejor —siguió diciendo Robespierre—, que lleguemos a un acuerdo con él. De este modo evitaremos que se derrame más sangre». En aquellos momentos deseé que Saint-Just estuviera a mi lado. Creí haberlo convencido, pero… —Camille alzó las manos en un gesto de impotencia—. Saint-Just le habría inducido a pasar a la acción.

—Robespierre es incapaz de pasar a la acción. No sabe lo que es eso. «Evitaremos que se derrame más sangre». La violencia le parece deplorable. Sus escrúpulos me sacan de quicio. Ese idiota es incapaz de freír un huevo.

—No te pongas así —dijo Camille.

—¿Qué pretende que hagamos?

—Max se niega a expresar su opinión. Ve a verlo, pero no discutas con él.

Así es como solían hablar de mí, pensó Danton. De improviso, abrazó a Camille. Su cuerpo parecía curiosamente precario, como si se compusiera de sombras y ángulos. Camille sepultó la cabeza en su hombro y dijo:

—Eres el tipo más sorprendente y cínico que he conocido.

Durante unos instantes ambos guardaron silencio. Luego, apoyando las manos en los hombros de Danton. Camille se apartó y lo miró.

—¿No se te ha ocurrido pensar que Max siente el mismo desprecio hacia ti que tú hacia él?

—¿Crees que me desprecia?

—Estoy convencido de ello.

—Debo confesar que no se me había ocurrido.

—No todo el mundo está dominado por tus apetitos, y los que no lo están, lógicamente se sienten superiores a ti. Robespierre se esfuerza en comprenderte y justificar tu conducta. No es un hombre tolerante, pero es caritativo. O quizás es al revés.

—Estoy harto de tratar de analizar su carácter —contestó Danton—. A fin de cuentas, no tiene importancia.

Había decidido regresar a casa y pasar una hora charlando con Louise. Se detuvo en la esquina de la Cour du Commerce. Se había acostumbrado a conversar con ella, a contarle los acontecimientos de la jornada, esperando a que ella hiciera algún comentario. Le contaba cosas que jamás habría revelado a Gabrielle. Era justamente su ignorancia en esos temas, su falta de interés, lo que la convertía en una interlocutora muy valiosa y útil. Pero en aquellos momentos no había nada que decir. Danton sentía un inmenso peso en su interior. Consultó su reloj. Era posible, aunque no probable, que hallara al Incorruptible en su casa a estas horas, y mientras daba un paseo hasta el otro lado del río pensaría lo que iba a decirle. Tras echar una ojeada a las ventanas de su casa, siguió andando con paso firme y decidido.

Habían empezado a encender las farolas, que oscilaban colgadas de una cuerda en los estrechos callejones entre las casas, o bien de unos soportes de hierro. Habían instalado más farolas desde la Revolución, quizá como medida contra los conspiradores, los traidores, la oscura noche del duque de Brunswick. Un día, en 1789, cuando se disponían a colgar a un aristócrata de una farola, Danton les había preguntado: «¿Creéis que la luz brillará con más fuerza a partir de ahora?». Y Louis Suleau, al expresar su asombro por estar todavía vivo, una vez había dicho: «Cada vez que paso junto a una farola, tengo la sensación de que se inclina hacia mí, como deseando que me cuelguen de ella».

Vio a dos jóvenes campesinos, sonrientes, ateridos de frío, que vendían unos conejos a los parroquianos. Portaban los esqueléticos animales, que habían cazado en los campos con trampas, colgados de un palo, como unos fardos sanguinolentos. Alguien se los robará, pensó Danton, y se quedarán sin dinero y sin conejos. Al cabo de un rato vio a dos muchachas que discutían acaloradamente en el portal de un comercio, con las manos apoyadas en las caderas. Las aguas del río, sucias y hediondas, se deslizaban como una temible plaga al encuentro del invierno que se aproximaba, mientras la gente caminaba apresuradamente hacia sus casas para protegerse de los peligros de la ciudad y la noche.

El carruaje era nuevo y extraordinariamente elegante; pese a la oscuridad, Danton advirtió que estaba recién pintado y pulido. De pronto oyó el crujir de unos arneses y el cochero lo detuvo junto a él. Danton vio un semblante pálido y redondo que lo observaba desde el interior del vehículo.

—Mi querido Danton, qué sorpresa.

Danton se detuvo de mala gana. Los caballos aspiraron el húmedo y frío aire del anochecer.

—Enseguida te he reconocido por tu envergadura —dijo Hébert, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¿Qué haces caminando a estas horas por la calle? Es muy arriesgado.

—¿Es que no tengo aspecto de saber cuidar de mí mismo?

—Por supuesto que sí, pero la ciudad está llena de ladrones armados. ¿Quieres que te acompañe a algún sitio?

—No, a menos que estés dispuesto a regresar a donde has venido.

—Desde luego. Sube.

—¿Conoces las señas de Robespierre? —preguntó Danton al cochero.

—¿Cuándo has regresado? —inquirió Hébert. Danton tuvo la satisfacción de notar un leve temblor en su voz.

—Hace dos horas.

—¿Cómo está tu familia? Espero que bien.

—Eres una persona extremadamente desagradable, Hébert —respondió Danton, instalándose en el asiento frente a él—, de modo que no trates de disimular.

Hébert soltó una risita nerviosa.

—Supongo que te has enterado sobre ciertos discursos que he pronunciado —dijo.

—En los que atacabas a mis amigos.

—Yo no lo expresaría en estos términos —protestó Hébert—. Al fin y al cabo, si no tienen nada de qué avergonzarse… Les ofrezco la oportunidad de demostrar que son unos buenos patriotas.

—Ya lo han demostrado.

—Ninguno de nosotros tiene por qué temer que se investigue su conducta. No vayas a suponer que te estaba criticando a ti.

—No creo que te atrevieras a hacerlo.

—De hecho, pensé que una alianza táctica entre nosotros…

—Antes prefería formar una alianza táctica con un reptil.

—Piensa en ello —insistió Hébert, sin rencor—. A propósito, ¿te has enterado de que Camille se desmayó en el Tribunal? El pobre está un poco pachucho últimamente.

—Le transmitiré tus saludos.

—Eligió un momento muy inoportuno. La gente dice, comprensiblemente, que se arrepiente de su participación en la caída de Brissot. Es un sentimental, como solía decir Marat. Aunque lo cierto es que su conducta actual no encaja con otras actuaciones suyas. Me refiero concretamente a los linchamientos de 1789. Hummm… Bien, ya hemos llegado. Para expresarlo sin rodeos, te diré que este mes he observado que Robespierre se muestra bastante escurridizo. Cuídate mucho.

—Gracias por haberme acompañado, Hébert.

Tras esas palabras, Danton se apeó del coche. Hébert asomó de nuevo su blanco semblante por la ventanilla y dijo:

—Trata de convencer a Camille de que se tome unas vacaciones.

—Está muy ocupado, pero no dudo de que se tomaría el día libre si se tratara de asistir a tu funeral.

La untuosa sonrisa se borró del rostro de Hébert.

—¿Significa eso una declaración de guerra? —preguntó.

Danton se encogió de hombros.

—Puedes interpretarlo como te parezca. Ya puedes partir —ordenó al cochero.

Danton se detuvo unos momentos para observar al carruaje mientras este se alejaba, y soltó un par de palabrotas. Le hubiera gustado asestar un buen puñetazo a Père Duchesne. Las hostilidades comienzan en este punto.

—¿Qué tal le va a tu hermana en su matrimonio? —preguntó Danton a Eléonore.

—Supongo que bien —respondió esta, enrojeciendo—. Philippe Lebas no es gran cosa.

Qué estúpida, desgraciada y rencorosa eres, pensó Danton.

—No te molestes en acompañarme —dijo.

Llamó a la puerta de la habitación de Robespierre, pero nadie respondió. Al entrar encontró a Robespierre sentado a su mesa, escribiendo en un pequeño cuaderno. Este alzó la cabeza y lo miró con aire hosco.

—¿Por qué hacías ver que no estabas?

—Lo lamento, Danton —contestó Robespierre, ruborizándose ligeramente—. Creí que era Cornélia.

—¡Pues menuda forma de tratar a tu amiga! Siéntate y relájate. ¿Qué estás escribiendo? ¿Una carta de amor a otra mujer?

—No, yo…, no importa. —Robespierre cerró el cuaderno apresuradamente y unió las manos, como si estuviera rezando—. Hace una semana me hubieras sido de gran ayuda, Danton. Vino a verme Chabot. ¿Qué opinas de Chabot?

Danton reflexionó unos instantes.

—Creo que es un bufón que debajo de la gorra de la libertad tiene la sesera hueca.

—Ese matrimonio…, los hermanos Frei serán arrestados mañana. Fue el matrimonio lo que le hizo caer en una trampa.

—¿Te refieres a la dote? —preguntó Danton.

—Exactamente. Esos presuntos hermanos eran millonarios. Y a Chabot le gusta todo eso, es muy susceptible al lujo. ¿Y por qué no? Ha pasado muchas penurias.

Danton miró a Robespierre y pensó: «Se está ablandando».

—Compadezco a esa chica judía —dijo Robespierre.

—Dicen que no es hermana de ninguno de esos dos individuos. Según parece, la sacaron de un burdel de Viena.

—A la gente le gusta murmurar. La sirvienta de Chabot, a la que él arrojó de su casa, ha tenido un hijo suyo. Ese es el hombre que en septiembre habló de forma tan conmovedora en el Club de los Jacobinos sobre los derechos de los hijos ilegítimos.

Es difícil adivinar qué disgusta más a Robespierre, pensó Danton, si la traición, la especulación o el sexo.

—Decías que Chabot fue a verte.

—Sí —contestó Robespierre, sacudiendo la cabeza y sonriendo, como si no acabara de entender la condición humana—. Llevaba un paquete que, según dijo, contenía 100.000 francos.

—Debiste haberlos contado.

—Puede que fueran recortes de periódico. Se puso a hablar de conspiraciones, como de costumbre. Le pregunté si tenía pruebas y respondió afirmativamente, pero que todo estaba escrito con tinta invisible. —Robespierre soltó una carcajada y prosiguió—: Me dijo: «Este dinero me ha sido confiado para sobornar al Comité de Salvación Pública, de modo que he decidido entregártelo a ti. ¿Podrías facilitarme un salvoconducto para salir del país?». Una escena lamentable. Mandé que lo arrestaran a la mañana siguiente. Está en la prisión de Luxemburgo. Cometimos el error de darle una pluma y tinta, tal como nos pidió, y cada día envía una larga misiva, tratando de justificar su conducta, al comité de Policía. En sus cartas cita tu nombre con frecuencia.

—Supongo que no lo escribirá con tinta invisible —replicó Danton—. A propósito… —añadió, sacando la carta de Robespierre del bolsillo y arrojándola sobre la mesa—. ¿Qué es eso de eliminar a Hébert?

—Camille y yo estuvimos hablando sobre él. Estamos francamente asustados.

—¿Y por eso me habéis hecho volver?

—Lamento haberte estropeado las vacaciones. ¿Estás mejor?

—Perfectamente. Pero no entiendo el problema.

—Creo que en Año Nuevo nuestra posición será muy favorable, siempre y cuando consigamos recuperar Tolón y librarnos de los fanáticos antirreligiosos que pululan por París. Tu amigo Fabre se está ocupando muy eficazmente de esos presuntos hombres de negocios. Mañana espero conseguir que los jacobinos expulsen a cuatro indeseables del club.

—¿A quiénes te refieres?

—A Proli, el austriaco que trabajó para Hérault, y a tres amigos de Hébert. Les horroriza ser expulsados del club, y ello servirá de ejemplo a otros.

—Debo advertirte que los últimos miembros que fueron expulsados del club fueron arrestados automáticamente. ¿Es así como Camille y tú os proponéis acabar con el Terror?

—Creo que dentro de un par de meses la situación habrá mejorado, pero aún quedan muchos agentes extranjeros que debemos poner al descubierto.

—Aparte de eso, ¿estás a favor de regresar a un proceso judicial normal y

redactar una nueva constitución?

—El problema es que todavía estamos en guerra. Ya sabes lo que ha dicho la Convención: «El Gobierno de Francia será un gobierno revolucionario hasta que se instaure la paz».

—«El Terror está a la orden del día».

—Una frase un tanto exagerada, quizá. Cualquiera diría que el populacho está muerto de miedo. Y no es así. Los teatros permanecen abiertos.

—Para representar dramas patrióticos, que me aburren soberanamente.

—Son más edificantes que las obras que ponían antes.

—¿Y tú qué sabes? Nunca has puesto los pies en un teatro.

—Pero lo imagino. No puedo estar al tanto de todo. No tengo tiempo para asistir al teatro. Volviendo a lo que decíamos, debes comprender que personalmente no me gusta lo que está sucediendo, pero debo reconocer que políticamente ha sido necesario. Si dependiera de Camille, hubiera demolido todo el sistema, pero Camille es un teórico y yo debo ocuparme de los asuntos prácticos del comité y aceptar las cosas tal como están. Creo que externamente nuestra situación ha mejorado mucho, pero internamente todavía persiste la crisis, tenemos los rebeldes de la Vendée y una capital llena de conspiradores. La Revolución no está todavía plenamente consolidada.

—¿Qué demonios pretendes?

Robespierre lo miró con aire impotente.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—No sé qué hacer. Estoy rodeado de gente que afirma tener la solución, pero esta se basa en más matanzas. Existen en la actualidad más facciones que antes de que ejecutáramos a Brissot. Procuro mantenerlas alejadas las unas de las otras, para evitar que se destruyan mutuamente.

—Si quisieras poner fin a las ejecuciones, ¿cuántos miembros del comité te apoyarían?

—Sin duda Robert Lindet y probablemente Couthon y Saint-André. Quizá Barère, nunca sé lo que piensa Barère. —Robespierre contó con los dedos los miembros restantes—. Collot y Billaud-Varennes se opondrán a una política moderada.

—El ciudadano Billaud —dijo Danton con aire pensativo—, el fuerte y duro miembro del comité. Solía aparecer por mi despacho, en los años 1786 y 1787, y yo le daba trabajo para que pudiera subsistir.

—Imagino que jamás te lo ha perdonado.

—¿Y Hérault? —preguntó Danton—. Te has olvidado de él.

—No me he olvidado, no —contestó Robespierre, rehuyendo la mirada de Danton —. Creo que sabe que ya no goza de nuestra confianza. Supongo que habrás roto todo vínculo con él.

Déjalo pasar, pensó Danton, déjalo pasar.

—¿Y Saint-Just?

Tras unos instantes de vacilación, Robespierre contestó:

—Lo consideraría una muestra de debilidad.

—¿No podrías tratar de influir en él?

—Quizá. Ha tenido mucho éxito en Estrasburgo. Está convencido de seguir una política adecuada. Cuando has estado en el frente con las tropas, una cuantas vidas en París no te parecen tan importantes. En cuanto a los otros… probablemente conseguiré que me respalden —dijo Danton.

—Entonces elimina a Collot y a Billaud-Varennes.

—Es imposible. Cuentan con el respaldo de todos los hombres de Hébert.

—Pues elimina a Hébert.

—Con eso regresaríamos a la política del Terror —contestó Robespierre—. Pero todavía no has expuesto tu postura en este asunto. Debes de tener alguna opinión al respecto.

Danton soltó una carcajada.

—Si me conocieras mejor, no estarías tan seguro de ello. No quiero precipitarme. Te aconsejo que hagas lo mismo —sugirió Danton a Robespierre.

—Sabes que te atacarán en cuanto aparezcas de nuevo en público. Hébert ha hecho ciertas insinuaciones sobre tu misión en Bélgica. Me temo que tu enfermedad fue considerada por muchos como un pretexto. Algunos sostenían que habías emigrado a Suiza con la fortuna que habías obtenido con tus turbios negocios.

—En tal caso, lo que necesitamos es un poco de solidaridad.

—En efecto. Puedes estar seguro de que intercederé por ti siempre que pueda. Trata de conseguir que Camille se ponga a escribir de nuevo. Eso le distraerá. Le aconsejé que no asistiera a los juicios. Tiene un temperamento muy emotivo.

—Lo dices como si te sorprendiera, como si lo conocieras desde hace poco.

—Siempre me sorprende la intensidad de sus emociones. Son incontenibles, como los desastres naturales.

—Lo cual puede ser una ventaja o un inconveniente.

—Esa es una frase muy cínica, Danton.

—¿Tú crees? Quizá tengas razón.

—¿Acaso contemplas con cinismo el afecto que Camille siente por ti?

—No, se lo agradezco. Uno siempre agradece que sus amigos le quieran.

—Sí, es un rasgo que todos hemos podido observar en ti —contestó Robespierre, mirándole fijamente.

—¿Todos?

—No, me refiero a Camille y a mí.

—¿Soléis hablar de mí con frecuencia?

—Hablamos sobre todos y sobre todo. Pero eso ya lo sabes. Estamos muy unidos.

—Acepto el tirón de orejas. La amistad que nos une a Camille es firme y sólida.

No todos pueden decir lo mismo.

—Es lógico.

—Te complace hacerte el obtuso.

—Sí —contestó Robespierre, apoyando la barbilla en las manos—, porque he tenido que ceder en muchas ocasiones para conservar mi amistad con Camille. Me paso el día diciendo: «No me digas…» y «oculta eso debajo de la alfombra antes de que entre en la habitación».

—No sabía que eras consciente de eso —observó Danton.

—Oh, sí. No soy un hipócrita, pero fomento la hipocresía en los demás.

—Es lógico. Robespierre no miente ni estafa, no roba ni se emborracha ni fornica. No es hedonista ni especulador ni rompe sus promesas —dijo Danton, sonriendo—. ¿Pero de qué sirve tanta bondad? La gente no trata de imitarte, sólo trata de engañarte.

—¿Tú crees? —contestó Robespierre sonriendo levemente—. Deberías haber dicho «tratamos», Danton.

DE LOS CUADERNOS PERSONALES DE MAXIMILIEN ROBESPIERRE:

¿CUÁL ES NUESTRO PROPÓSITO?

Utilizar nuestra constitución en beneficio del pueblo.

¿Quiénes se oponen a nosotros?

Los ricos y los corruptos.

¿Qué métodos suelen emplear?

La calumnia y la hipocresía.

¿Qué factores alientan la utilización de esos medios?

La ignorancia de las personas comunes y corrientes.

¿Cuándo accederá la gente a la educación?

Cuando tengan suficiente para comer, y cuando los ricos y el Gobierno dejen de sobornar a lenguas y plumas traidoras para que los engañen; cuando los intereses de ricos y Gobierno se identifiquen con los del pueblo.

¿Cuándo sucederá eso?

Nunca.

FABRE: ¿Qué piensas hacer?

DANTON: No permitiré que te humillen. Eso repercutiría en mí mismo.

FABRE: ¿Te has trazado algún plan?

DANTON: Sí, pero no quiero que vayas por ahí diciendo que me he trazado un plan. Deseo reconciliarme con la derecha en la Convención. Robespierre dice que debemos estar unidos, no permanecer separados en facciones, y tiene razón. Los patriotas no deben atormentarse entre sí.

FABRE: ¿Esperas que te perdonen por haberles cortado la cabeza a sus colegas?

DANTON: Camille lanzará una campaña de prensa en favor de la clemencia. En última instancia quiero conseguir una paz negociada, los controles de la economía y el regreso a un Gobierno constitucional. Es un programa que no se puede hacer en un

país que se está desmoronando, así que debemos reforzar el comité, mantener a Robespierre en su cargo, eliminar a Collot, a Billaud-Varennes y a Saint-Just.

FABRE: ¿Reconoces, pues, que estabas equivocado? No debiste abandonar el comité el verano pasado.

DANTON: Sí, debí haber seguido tu consejo. En todo caso, lo importante es reconocer nuestros errores. Todos nos equivocamos al considerar a Hébert un periodista de poca monta sin el menor talento. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, se había metido en el bolsillo a varios ministros y generales, por no hablar de la chusma. No será fácil aplastarlo.

FABRE: ¿Y te propones acabar luego con el Terror?

DANTON: Sí. Las cosas han llegado demasiado lejos.

FABRE: Coincido contigo. Quiero librarme de Vadier.

DANTON: ¿Es eso lo único que te importa?

FABRE: Vamos, hombre. ¿Qué significado tiene para ti? No te estarás ablandando, ¿verdad?

DANTON: Quizá sí. De todos modos, me esfuerzo en que mis intereses coincidan con los intereses nacionales.

FABRE: ¿Te gustaría gobernar nuevamente el país, Georges?

DANTON: No lo sé. Aún no tengo decidido lo que me gustaría hacer.

FABRE: Pues ya va siendo hora de que te decidas. Vas a tener que bregar con todos ellos. Es un juego peligroso. Tendrás que permanecer alerta. No puedes correr el riesgo de equivocarte, nos hundirías a todos. No sé… te noto distinto, como si hubieras perdido vigor y entusiasmo.

DANTON: Es por culpa de Robespierre, me confunde. Tengo la sensación de que oculta algo.

FABRE: Te aconsejo que no te pelees con Camille. Es muy amigo de él.

DANTON: Sí. Se me ha ocurrido que si Camille vuelve a meterse en un apuro, Robespierre tendrá que defenderlo, lo cual le obligará a adoptar una postura definida.

FABRE: Es una excelente idea.

DANTON: Haga lo que haga Camille, Robespierre siempre lo protegerá.

FABRE: De eso podemos estar seguros.

Fabre d’Églantine: cuando el nombre de uno encarna una mentira, busca consuelo en su realidad inmediata, trata de hallar otras fuentes de autoestima.

Cuando estalló el escándalo de la Compañía de las Indias Orientales, me mantuve al margen hasta que conseguí alzar la cotización. Entonces, cuando el precio me convino, cometí un delito. Pero un delito insignificante. Les ruego que se muestren benévolos conmigo y me crean. Les aseguro que no lo hice únicamente por dinero.

Quería que dijeran: eres un hombre poderoso, Fabre. Quería comprobar qué

precio ponían a mi protección. No era mi talento para las finanzas lo que querían comprar. Camille ha comentado a menudo que tengo la cabeza llena de serrín. Ciertamente, siempre he pensado que mi vida se parece a una mala tragicomedia. Lo que ambicionaban era mi influencia, el estatus que otorga ser amigo íntimo de Danton. Indirectamente, estoy convencido de que creían poder comprar también a Danton. Al fin y al cabo, mis colegas en dicha empresa ya habían tenido tratos con él. No vayan a creer ustedes que el asunto de la Compañía de las Indias fue un caso aislado. Las estafas y fraudes constituían una extensión lógica de los negocios turbios, a un paso de la especulación monetaria y los contratos fraudulentos del Ejército. Pero fue un paso que me colocó al otro lado de la ley, y en estos tiempos no conviene estar al otro lado de la ley, sea la ley que sea. Ahora, el estúpido poeta está en un lado, y del otro están Danton y el Incorruptible, compañero inseparable de sus aventuras juveniles, los cuales me contemplan sonrientes y satisfechos.

Me temo que esto no puede terminar bien. En cierto momento —quizás ustedes no se dieran cuenta de ello— Danton y yo renunciamos a nuestros intereses personales. Cuando digo cierto momento me refiero exactamente a eso, a unos pocos segundos durante los cuales tomamos una decisión; no digo que después nos comportáramos de forma totalmente distinta, ni mejor. Cuando planeamos cómo ganar en Valmy, acordamos no hablar nunca de ello, ni siquiera para salvar nuestras vidas.

Ahora —desde el mismo momento en que reconocimos que había algo que no haríamos— comenzamos a ir dando tumbos hacia nuestra perdición, igual que dos borrachos a primeras horas de la mañana. Porque cada convicción que sostiene el oportunista le cuesta el doble de caro; cada vez que deposita su confianza en alguien, sufre lo indecible. Valmy cambió el rumbo de la República; a partir de entonces, los franceses pudieron mantener la cabeza bien alta en toda Europa.

Danton jamás abandonaría a sus amigos. Pueden estar seguro de ello. Dicho de otro modo, cada senda que he recorrido en los últimos años conduce directamente a Danton. Todas las acusaciones que Hébert lanza contra Lacroix sobre su misión belga implican también a Danton. Hébert lo sabe. Vadier acabará descubriéndome. Quiere hundir a Danton. ¿Por qué? Supongo que porque ofende su sentido del pudor. Vadier es un moralista, como creo que lo es Fouquier. Es una tendencia que deploro. Sólo Dios sabe los riesgos que hemos corrido, sólo Dios sabe lo que ha hecho Danton. Dios y Camille. Me consta que Dios no dirá una palabra.

Cuando empecé a denunciar las conspiraciones, para desviar la curiosidad sobre mi persona, ¿cómo iba a adivinar que Robespierre se aprovecharía de cuanto yo dijera? Robespierre buscaba una conspiración en el mismo corazón del patriotismo, y yo, sin querer, le proporcioné una.

Una vez asumida su existencia, cada palabra y cada acto parecen venir a confirmarla, hasta el punto que a veces me pregunto: «¿Y si Robespierre tuviera razón, y yo fuera un idiota? ¿Y si una intriga de tres al cuarto que creí que se había

fraguado en un café del Palais-Royal se hubiera convertido en una gigantesca conspiración con ramificaciones que alcanzan a Whitehall?».

No, prefiero no pensar en ello. Temo volverme loco.

En cierto modo, me gustaría que me arrestaran. Puede que suene absurdo, pero es el único medio de impedir que las cosas se compliquen más.

Me duele la cabeza, el pensar en ello me deprime. Lo que me enerva es la espera, la pausa en la caza; mi lema en la vida ha sido siempre seguir adelante. Puede que sea una técnica de Vadier, o quizá confíen en descubrir algo nuevo, algo peor; o quizás esperen a que Danton salga públicamente en mi defensa.

Me temo que si las cosas continúan así nunca terminaré *La naranja maltesa*. Es una buena obra, contiene unos versos bastante notables. Tal vez constituya el éxito que siempre he ansiado y me ha rehuido.

Últimamente Danton se parece más a un oso de peluche un tanto tronado que a un estadista resuelto a enderezar la nación. Las ejecuciones le han afectado profundamente. Se pasa el día cavilando; cuando le preguntas qué hace, responde que está cavilando.

En cuanto a Camille, jamás le acusarán de corrupción, ni siquiera lo intentarán. Según el Conejo, él y Duplessis suelen pasar muchas tardes en su confortable granja, comentando los pormenores de los trucos sucios que ha tramado Camille. Es lo único que tienen en común.

Pero no deseo criticar a nadie. Lo cierto es que cuando veo a Camille con ese aspecto tan desvalido, con sus absurdos aires de fragilidad e impotencia, me entran ganas de decirle: «Yo también sufro». Robespierre se arrancaría el pelo y vomitaría si supiera que la culpa de ello la tiene De Sade. A menos que Danton intervenga rápidamente…, pero no creo que lo haga.

Es preferible que no se precipite, si lo que pretende es dar un golpe. Supongo que el hecho de salvar mi vida no representa para él más que un beneficio accidental. Como habrán podido comprobar, soy una persona básicamente modesta.

Desde hace un par de semanas no me encuentro bien. Dicen que tendremos un invierno templado. Confiemos en que sea cierto. Tengo una tos rebelde. Pensé en ir a ver al doctor Souberbielle, pero temo oír su veredicto. Me refiero a su veredicto médico; el doctor es uno de los jurados del Tribunal, pero contra el otro veredicto yo no podría hacer nada.

He perdido el apetito, me duele el pecho. En fin, es posible que dentro de poco todo eso carezca de importancia.

DANTON DIRIGIÉNDOSE A LA CONVENCIÓN PARA SOLICITAR UNA PENSIÓN ESTATAL PARA LOS SACERDOTES QUE NO DISPONEN DE MEDIOS DE SUBSISTENCIA

Si un sacerdote carece de medios de subsistencia, ¿qué queréis que haga? Sólo le queda el recurso de morirse, unirse a los rebeldes de la Vendée o convertirse en vuestro enemigo irreconciliable… Es preciso atemperar las

reivindicaciones políticas con las de la razón y la cordura… La intolerancia y la persecución deben cesar. [*Aplausos.*]

DANTON: Hay que echar a Chaumette. Le obligaré a tragarse su Taller de la Razón. Es preciso acabar con esas farsas antirreligiosas. Todos los días tenemos que presenciar en la Convención una aburrida procesión de clérigos sollozando. El abjurar de su fe lleva más tiempo que una misa solemne. Todo tiene un límite. Yo estoy harto.

CAMILLE: Mientras estabas en el campo se presentaron un día unos sansculottes con una calavera, asegurando que era la calavera de Saint Denis. Dijeron que era una reliquia de una época presidida por las supersticiones, y querían desembarazarse de ella. Yo me la hubiera quedado. Quería enseñársela a Saint-Just.

DANTON: ¡Imbéciles!

LOUISE: Jamás hubiera pensado que el ciudadano Robespierre era un hombre religioso.

DANTON: No lo es, al menos no en el sentido tradicional. Pero le disgusta esta persecución religiosa y no quiere que eleven el ateísmo a una política. Hay una cosa que le gustaría mucho más que dirigir la Revolución. Le gustaría ser Papa.

CAMILLE: ¡Pero si es la encarnación de la vulgaridad! No, él se propone llegar más alto.

DANTON: ¿San Maximilien?

CAMILLE: Nunca habla de Dios, habla sobre el Ser Supremo. Creo adivinar a quién se refiere.

DANTON: ¿A Maximilien?

CAMILLE: Exacto.

DANTON: No debes burlarte de la gente. Saint-Just dice que los que se burlan de las autoridades son sospechosos.

CAMILLE: ¿Qué suerte aguarda a quienes se burlan de Saint-Just? La guillotina es poco para ellas.

VADIER: (REFIRIÉNDOSE A DANTON)

Nos zamparemos a los otros y reservamos a ese enorme rodaballo relleno para el final.

DANTON: (REFIRIÉNDOSE A VADIER)

¿Vadier? Devoraré sus sesos y utilizaré su cráneo para cagar en él.

Robespierre pronuncia una alocución en el Club de los Jacobinos. Ha convertido el tono mesurado y las dramáticas pausas, que no se corresponden con el sentido de la frase, en una depuradísima técnica de hipnótico efecto.

—Danton, te acusan de… haber emigrado, de haber partido a Suiza con el botín de tu… corrupción. Algunos dicen incluso que encabezabas una conspiración para entronizar a Luis XVII, a condición de que… te nombraran regente. Yo… he observado a los colegas políticos de Danton (con los cuales no siempre he estado de acuerdo), los he observado atentamente, y en ocasiones… con recelo. Es cierto que… al principio Danton se resistía a sospechar de… Dumouriez, que no se mostró implacable con… Brissot y sus cómplices. Pero aunque no siempre… coincidiéramos…, ¿acaso debo deducir que ha traicionado a su país? Que yo sepa, siempre lo ha servido con gran celo. Si hemos venido aquí para juzgar a Danton, debéis juzgarme también a mí… Pido a todos aquellos que tengan algo que decir contra Danton… que se adelanten. Los que se pongan en pie, sin duda son más… patrióticos… que nosotros.

—¿Puedes dedicarme unos minutos? —le preguntó Fouquier-Tinville. Su expresión indicaba que no tenía mucho tiempo que perder—. Se trata de una cuestión familiar.

—¿Ah, sí? —contestó Lucile.

Es un tesoro, pensó Fouquier, demasiado buena para la familia.

—¿Me permites que me siente? —preguntó, y después prosiguió—: Un incidente lamentable.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella.

Fouquier observó, divertido, que se llevaba una delicada mano al cuello.

—Descuida, no le ha sucedido nada a Camille, al menos no lo que tú temes.

¿Y cómo sabes tú lo que yo temo?, pensó Lucile, sentándose frente al fiscal.

—Tú dirás.

—¿Recuerdas a Barnave? Era diputado de la Asamblea Nacional. Estuvo en la cárcel durante un tiempo. Hoy lo hemos guillotinado. Tenía tratos secretos con María Antonieta.

—Sí, lo recuerdo —respondió Lucile—. Pobre Tigre.

—¿Estabas al corriente del afecto que sentía tu marido por ese traidor?

—Te ruego que abandones tus modales de fiscal. No estoy siendo juzgada.

—No pretendía asustarte —respondió Fouquier.

—No me has asustado.

—Entonces lamento haberte ofendido. Estamos seguros de que Barnave era un traidor.

—¿Qué puedo decir? La traición es una falta de lealtad, lo cual significa que siempre va precedida de una cierta confianza y estima. Barnave nunca fingió ser republicano. Camille lo respetaba, creo que era un sentimiento recíproco.

—¿Acaso te extraña que Barnave respetara a mi primo? ¿Crees que es un sentimiento poco frecuente?

—Francamente, sí.

—¿Pese a su indudable talento?

—La gente no suele respetar a los escritores. Creen que son innecesarios. Como el dinero.

—Creo que no esperan que los periodistas políticos sacrifiquen mucho en aras del arte. Excepto la veracidad. De todos modos, todo esto es trivial.

—No estoy de acuerdo. Es la primera vez que tú y yo discutimos.

—Quizá no sea trivial, pero no quiero perder el tiempo con esos detalles.

La Revolución está llena de agresivas mujeres empeñadas en defender su opinión contra viento y marea, pensó Fouquier. He aquí a esta belleza de cutis blanco y perfecto, exhibiendo todos los vicios, por así decirlo, de su esposo. Se hablaba sobre esa patosa de Eléonore Duplay, e incluso de la joven esposa de Danton. Peor para ellas, pensó; lo que deberían hacer es ocuparse de sus cosas y mantenerse al margen de la política.

—Sea como sea —prosiguió—, tu marido insistió en despedirse de Barnave antes que este fuera conducido a la guillotina. Así pues, se presentó en la Conciergerie cuando Barnave se disponía a montarse en el fatídico carro. Yo me mantuve discretamente a un lado, por lo que no tuve ocasión de oír lo que decían, pero observé que tu marido se mostraba profundamente apenado por el hecho de que castigáramos a ese traidor.

—¿Acaso no es normal que uno se muestre apenado cuando van a ejecutar a un amigo tuyo, ciudadano Fouquier? ¿Acaso existe alguna ley que lo prohíbe?

Fouquier contempló a Lucile con admiración.

—Vi que se abrazaban —dijo—. No pude por menos que verlo. Por supuesto, no pretendo insinuar nada. Les recordaré que deben atar las manos de los reos, cosa que en este caso no se hizo, probablemente por negligencia. No se trata de si está permitido o no. Se trata de la impresión que produce. Muchos no dudarían en interpretar, sin duda equivocadamente, esas muestras de amistad hacia un traidor.

—¿Es que no tienes sentimientos? —preguntó Lucile suavemente.

—Me limito a cumplir con mi obligación, querida —le contestó Fouquier—. Dile a mi primo de mi parte que esa actitud es muy arriesgada. Sean cuales sean sus sentimientos, no debe hacer gala de esas exhibiciones de sentimentalismo en público.

—¿Por qué debe ocultar su pesar?

—Porque compromete a sus amigos. Si sus amigos desean modificar su política, les corresponde a ellos anunciarlo.

—Es posible que no tarden en hacerlo —replicó Lucile, furiosa.

No soporto a este tipo estirado e hipócrita, pensó. Lo único que le preocupa es que le quiten el cargo.

Fouquier esbozó una débil sonrisa.

—Me sorprendería que se pronunciaran unánimemente —dijo—. Toda relajación en la política de Terror dividiría al comité, el cual, hoy por hoy, es el que se ocupa de

todo; de los ingresos del erario público, de los Ejércitos, de la distribución de comida…

—Podría alterase la composición del comité.

—¿Es ese el plan de Danton?

—¿Te dedicas a espiar para alguien?

Fouquier sacudió la cabeza.

—No soy agente de nadie, sólo de la ley. Todas las conspiraciones pasan por mis manos. La unión del comité reside, paradójicamente, en el hecho de que se conspire contra él. No sé qué sucedería si renunciáramos a la política de creer en las conspiraciones. Por otra parte, algunos de los miembros sienten una gran estima y respeto hacia esa institución. La guerra es el elemento principal en el que se basa la existencia del comité. Y dicen que Danton desea la paz.

—Robespierre también. Siempre ha deseado la paz.

—Pero no pueden trabajar conjuntamente. Robespierre exigiría el sacrificio de Lacroix y de Fabre. Danton se negaría a colaborar con Saint-Just. Una cosa es halagarse mutuamente, y otra muy distinta trabajar juntos.

—El futuro no parece muy halagüeño, por lo que veo —observó Lucile.

—Reconozco que no me siento optimista al respecto —contestó Fouquier—. Quizá se deba al tipo de trabajo que realizo.

—¿Qué aconsejarías a mi marido? Suponiendo que aceptara tus consejos.

Se miraron sonriendo, conscientes de que eso era imposible. Tras reflexionar unos instantes, Fouquier respondió:

—Le aconsejaría que hiciera exactamente lo que le diga Robespierre, ni más ni menos.

Tras esas palabras se produjo una pausa. Lucile estaba preocupada. Por primera vez, Fouquier la había hecho dudar sobre ciertas cuestiones que nunca se había planteado.

—¿Crees que Robespierre conseguirá sobrevivir? —le preguntó de sopetón.

—¿Quieres decir si creo que es demasiado bondadoso para vivir? —contestó Fouquier—. No soy adivino. Podrían acusarme de superchería. —Acto seguido se levantó y la besó en la mejilla, como un tío a su joven sobrina—. No te preocupes por él sino por ti, querida. Como hago yo.

DANTON [*en la Convención Nacional*]: Debemos castigar a los traidores, pero debemos distinguir entre el error y el delito. La voluntad del pueblo es que el Terror esté a la orden del día, pero este debe ir dirigido única y exclusivamente contra los auténticos enemigos de la República. Un hombre cuyo único delito sea carecer de fervor revolucionario no puede ser tratado como un criminal.

EL DIPUTADO FAYAU: Danton, sin duda inadvertidamente, ha empleado ciertas expresiones que considero ofensivas. En una época en que la gente tiene que

endurecer sus corazones, Danton les pide que muestren misericordia.

Los «montañeses»: ¡Mentira! ¡Mentira!

El presidente: ¡Orden!

Danton: No he utilizado esa palabra. No sugiero que debamos mostrarnos benevolentes con los criminales. Al contrario, exijo que sean tratados con el máximo rigor. ¡Denuncio a los conspiradores!

El ex capuchino Chabot, encerrado en la prisión de Luxemburgo, se negaba a dejar que el estado de la nación enturbiara su estado de ánimo. Es cierto que echaba de menos a su novia, pero uno tiene que dormir, beber y comer. El 17 de noviembre comió un plato de sopa, cuatro chuletas, un pollo, una pera y uvas. El 18, pan, sopa, carne hervida y seis alondras. El 19 dejó de lado las alondras y pidió que le sirvieran una perdiz. El 7 de diciembre, otra perdiz; al día siguiente, un pollo con trufas.

Solía distraerse escribiendo poesías y contemplando una miniatura pintada por el ciudadano Bénard.

XI. *Los viejos cordeliers*

(1793-1794)

Había terminado otro diario, no uno de los cuadernos rojos sino uno pequeño y marrón. Las primeras obras eran deplorables, pensó Lucile, y decidió arrancar buena parte de las hojas y quemarlas.

Lo que escribía actualmente en sus diarios oficiales —según los consideraba ella— era muy distinto de lo que anotaba en los pequeños cuadernos marrones. Los diarios oficiales habían adquirido un creciente tono anodino, salpicado de algún comentario o párrafo brillante destinado a confundir al lector. Los diarios privados los reservaba para las reflexiones oscuras y precisas; unas reflexiones insulsas, escritas con una diminuta caligrafía. Cuando terminaba un diario lo envolvía en un paquete sellado; sólo rompía el sello, generalmente al cabo de un año, para guardar otro diario.

Un día frío y nuboso, uno de eso días en que la gente camina apresuradamente por las calles y los edificios se yerguen inmensos y relucientes, Lucile entró en Saint-Sulpice y se dirigió al altar mayor, donde tres años antes había contraído matrimonio. En la pared había unas letras pintadas en rojo que proclamaban: EDIFICIO NACIONAL: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD O MUERTE. La Virgen, con el rostro irreconocible, sostenía en sus brazos a un niño decapitado.

Quizá si no hubiera conocido a Camille, pensó Lucile, hubiera llevado una vida normal. Nadie me hubiera enseñado a pensar. Cuando tenía once años, todo indicaba que iba a llevar una vida de lo más común. Pero un día, cuando tenía doce, Camille se presentó en casa, y me enamoré de él desde el primer instante en que lo vi.

Es como si su vida se reescribiera ante sus propios ojos.

Camille estaba trabajando en casa, bajo una débil luz. Subsistía a base de alcohol y dormía tres horas diarias.

—Te estropearás la vista —le dijo Lucile automáticamente.

—Ya está estropeada —contestó Camille, dejando la pluma—. Mira, un

periódico.

—¿Vas a hacerlo?

—En realidad se trata más bien de una serie de panfletos, puesto que soy el único autor. Desenne se encargará de imprimirlo. En el primer número (ten, échale un vistazo) dedico un amplio artículo al Gobierno británico. Señalo que, tras el reciente discurso de Robespierre en defensa de Danton, cualquiera que critique a Danton es como si entregara públicamente un recibo por las guineas del señor Pitt. —Camille se detuvo para anotar esta última frase—. No pretendo entablar una polémica, pero será un duro golpe para los detractores de Danton y preparará el camino para solicitar clemencia en los tribunales y la libertad de algunos sospechosos.

—¿Crees que es oportuno, Camille?

—Desde luego, si cuento con el respaldo de Danton y Robespierre. ¿No estás de acuerdo?

—Lo importante es que estén de acuerdo ellos —respondió Lucile, uniendo las manos. No le había relatado la visita de Fouquier.

—Lo están —le aseguró Camille—. Aunque Robespierre se muestra cauto, necesita que le den un empujoncito.

—¿Qué ha dicho sobre el asunto de Barnave?

—No existe tal «asunto Barnave». Fui a despedirme de él. No estaba de acuerdo en que lo ejecutaran y se lo dije. —Eso es lo que Fouquier no alcanzó a oír, pensó Lucile—. Aunque mi absolución no le sirviera de mucho, le agradecí que me perdonara por haber contribuido a que fuera juzgado y condenado.

—¿Y qué dijo Max?

—Creo que lo comprendió. En realidad, no tiene nada que ver con él. Conocí a Barnave en la casa de mi primo de Viefville, en Versalles. Apenas hablé con él, pero él se fijó en mí, como si tuviera la impresión de que volveríamos a vernos. Aquella noche decidí ir a casa de Mirabeau. —Camille cerró los ojos—. Haremos una tirada de 50.000 ejemplares.

Por la tarde Louise fue a ver a Lucile. Se sentía sola, aunque no quería reconocerlo. Si se quedaba en casa, tendría que soportar la compañía de su madre. Angélique se había llevado a los niños unos días al campo; en su ausencia, y cuando su marido no estaba en casa, Louise se comportaba como una adolescente, brincando por la casa, subiendo y bajando deprisa por las escaleras. Cuando se quejaba de que no tenía nada que hacer, Danton contestaba: «Ve a comprarte algo». Pero no le apetecía comprarse nada y no se atrevía a reformar la vivienda. Suponía que su marido prefería que todo siguiera igual como lo había dejado Gabrielle.

Hace dieciocho meses, hubiera podido acudir por las tardes como esposa de Danton a los salones por los que corrían los rumores más mordaces de la capital, para sentarse con aire envarado entre las esposas de los ministros y diputados de París, unas mujeres engreídas de treinta y tantos años que habían leído las últimas novedades literarias y hablaban sobre las aventuras sentimentales de sus maridos con

manifiesto aburrimiento. Pero ese no era el estilo de Louise. Por otra parte, le bastaba y sobraba con tener que atender a las visitas que recibían. En esas ocasiones, o no sabía qué decir o resultaba demasiado franca. Las cosas que decían le parecían tan triviales que estaba convencida de que debían encerrar un doble sentido que a ella se le escapaba. No tenía más remedio que participar en esos juegos de sociedad. En consideración a su posición social, le habían facilitado un «libro de normas», pero aún no había aprendido a dominarlas.

Así pues, donde mejor se encontraba era en la casa de los Desmoulins. Últimamente Lucile estaba siempre en compañía de su familia y de algunos buenos amigos; según decía, las estupideces de la alta sociedad le aburrían. Louise se sentaba en el cuarto de estar, tratando de reconstruir el pasado reciente con los retazos de la conversación. A diferencia de ella, que siempre le hacía preguntas personales, Lucile jamás le interrogaba sobre su vida privada. Algunas veces hablaban sobre Gabrielle, suavemente, como si todavía estuviera viva.

—Te noto un poco deprimida —le dijo Louise.

—Tengo que terminar de escribir esto —respondió Lucile—. Luego estaré contigo y trataré de animarme.

Louise jugó un rato con el niño, un bebé que parecía un muñeco y que era imposible que fuera hijo de Danton. El niño hablaba sin parar en un lenguaje incomprensible, como si supiera que era hijo de un político. Cuando la nodriza se lo llevó para acostarlo, Louise cogió la guitarra y la rasgueó suavemente.

—Creo que no tengo el menor talento —confesó a Lucile.

—Deberías empezar por tocar las piezas más fáciles. Pero no me hagas caso, yo no practico nunca.

—Antes solías acudir por las tardes a las exposiciones de arte y a los conciertos, pero últimamente te dedicas únicamente a leer y a escribir cartas. ¿A quién escribes?

—A varias personas. Mantengo correspondencia con el ciudadano Fréron, un viejo amigo de la familia.

—Le tienes un gran afecto, ¿no es cierto? —inquirió Louise con curiosidad.

—Sobre todo cuanto está fuera —contestó Lucile sonriendo.

—¿Te casarías con él si te quedaras viuda?

—Ya está casado.

—Pero podría divorciarse. O quizá muriera su esposa.

—Eso sería una gran casualidad, ¿no te parece? ¿A qué vienen esas preguntas?

—Existen muchas enfermedades. Nunca se sabe.

—Eso solía pensar yo al principio de casada, cuando tenía miedo de todo.

—Pero si te quedaras viuda, ¿no volverías a casarte?

—No.

—No creo que Camille quisiera eso.

—No sé qué te hace pensarlo. Es muy egoísta.

—Si tú murieras, estoy segura de que él volvería a contraer matrimonio.

—Al cabo de una semana —dijo Lucile—. En caso de que mi padre también falleciera. De acuerdo con esas perspectivas que planteas, es decir, que la gente muriera como moscas, no sería nada improbable.

—Pero deben de existir otros hombres con los que te gustaría casarte.

—No se me ocurre ninguno. Excepto Georges.

Así era como Lucile ponía fin a las conversaciones cuando creía que Louise se inmiscuía demasiado en su intimidad, recordándole brutalmente cómo estaban las cosas. No disfrutaba con ello, pero sabía que otras personas tenían menos escrúpulos. Louise permaneció en silencio, contemplando las ruinas del año, bajo la luz gris azulada, tratando de tocar unas piezas que le resultaban muy difíciles. Camille estaba en su despacho, trabajando. El único sonido que se percibía en la vivienda eran los acordes disonantes de la guitarra.

A las cuatro apareció Camille con un montón de papeles y se sentó en el suelo, frente al fuego. Lucile cogió los papeles y se puso a leerlos. Al cabo de un rato alzó la cabeza y dijo:

—Es muy bueno, lo mejor que has escrito.

—¿Quieres leerlo, Louise? —preguntó Camille—. Contiene muchos elogios a tu marido.

—Georges no quiere que me meta en asuntos de política.

—No le importaría si estuvieras bien informada. Lo que no le gustan son tus estúpidos y vulgares prejuicios.

—Es una niña, Camille —dijo Lolotte suavemente—. ¿Cómo quieres que esté informada?

A las cinco apareció Robespierre.

—¿Cómo estás, ciudadana Danton? —preguntó a Louise como si fuera una persona adulta. Luego besó a Lucile en la mejilla y dio unas palmaditas a Camille en la cabeza. La nodriza entró con el niño para que Max saludara a su ahijado—. ¿Cómo estás, muchachote?

—No se lo preguntes —dijo Camille—. Es capaz de soltarte un discurso de cinco horas, totalmente incomprensible, como solía hacer Necker.

—No me parece que tenga aspecto de banquero —observó Robespierre, abrazando al niño—. ¿Crees que será miembro del colegio de abogados de París?

—No, será poeta —respondió Camille—. Se instalará en el campo y se dedicará a vivir bien y a divertirse.

—Es probable. Dudo que su aburrido abuelo consiga conducirlo por el camino recto. —Robespierre depositó al pequeño en brazos de su padre y se sentó en una silla junto al fuego—. Cuando las pruebas estén listas, dile a Desenne que me las envíe. Me gustaría leer el manuscrito, pero no consigo entender tu letra.

—Quiero que corrijas las pruebas, pero no toques la puntuación.

—No temas, Camille d’Églantine —contestó Robespierre socarronamente—. A nadie le interesa la puntuación sino el contenido.

—Es evidente que jamás conseguirás un premio literario.

—Creí que eras el cuerpo y alma del nuevo periódico, y que te habías entregado a él con fervor.

—Así es, pero la puntuación no deja de ser importante.

—¿Cuándo saldrá el segundo número?

—Está previsto que aparezca cada cinco días (el 5 de diciembre, el 10, *ci-devant* Navidades, etcétera) hasta que alcancemos nuestros objetivos.

Tras dudar unos instantes, Robespierre dijo:

—Confío en que me lo muestres todo, porque no quiero que me atribuyas cosas que no he dicho ni opiniones que no sostengo.

—¿Me crees capaz de ello?

—Sí. Hasta tu hijo te mira con recelo, como si te conociera. ¿Qué nombre vas a poner al periódico?

—*El viejo cordelier*. Georges-Jacques solía referirse a nosotros como «los viejos *cordeliers*».

—Me gusta. Eso coloca a los nuevos *cordeliers* en su lugar —dijo Robespierre, dirigiéndose a las mujeres—. Los nuevos *cordeliers* no representan nada, se limitan a criticar y tratar de destruir lo que hacen los demás. Pero los viejos *cordeliers* sabían qué clase de revolución querían imponer y arriesgaron sus vidas para conseguirlo. Cuando vuelvo la vista atrás me doy cuenta de que vivíamos una época realmente heroica, aunque entonces no nos lo pareciera.

—¿Es cierto que en aquellos tiempos te llamaban «la Vela de Arras», ciudadano Robespierre? —inquirió Louise.

—¡Te refieres a aquellos tiempos como si se tratara del reinado de Luis XIV! —exclamó Robespierre—. Supongo que tu marido te habrá hablado de ello.

—Desde luego, aunque reconozco mi ignorancia en el tema.

Camille y su mujer se miraron como si sintieran deseos de estrangular a Louise.

—Pues sí —contestó Robespierre—, es cierto. A Mirabeau lo llamaban «la antorcha de Provenza». Lo hacían para que me sintiera insignificante.

—Eso fue lo que me dijo Georges. ¿Por qué crees entonces que aquellos tiempos eran heroicos?

—¿Qué te hace pensar que todos los héroes son personas que hacen mucho ruido y llevan a cabo grandes gestas?

—No había pensado en ello. Supongo que porque lo he leído en los libros.

—Alguien debería aconsejarte en materia de lectura.

—Es una mujer casada —terció Lucile—. Es demasiado mayor para que la eduquen.

—Lo lamento, no pretendía ofenderte —dijo Louise.

Robespierre sonrió, dando por zanjada la conversación con la ignorante jovencita.

—Recuerda mi advertencia, Camille —dijo—. No podemos restarle poder al Tribunal. Si lo hacemos y nuestras tropas sufren un revés en la guerra, sucederá lo

mismo que en septiembre. La gente se tomará la justicia por su mano. El Gobierno debe ser fuerte, enérgico, de lo contrario, ¿qué van a pensar los patriotas que están en el frente? Un Ejército fuerte merece un Gobierno fuerte que lo respalde. Debemos preservar nuestra unidad. La fuerza puede derrocar a un rey, pero sólo la prudencia es capaz de mantener una república.

Camille asintió, comprendiendo que Robespierre acababa de pronunciar el boceto de un discurso. Lamentaba haberse burlado de Max y de haberlo acusado de pretender ser Dios; no era Dios, Dios no era tan vulnerable como él.

Cuando Max se marchó, Camille se dirigió enojado a Louise.

—Me siento como un huevo en las fauces de un perro. Deberías avergonzarte. Espero que tu marido te azote despiadadamente.

—Supuse que no tenía importancia. No pretendía ofenderlo —se disculpó Louise.

—Uno no olvida nunca esas cosas.

Al cabo de unos minutos llegó Danton.

—El viejo cordelier en persona —dijo Lucile.

—No sabía que estuvieras aquí —dijo Danton, dirigiéndose a su esposa—. ¿Se ha marchado ya nuestro amigo? Qué lástima que no nos hayamos encontrado.

—Lo sabes de sobra —respondió Camille—. Apuesto a que te ocultaste en el portal hasta verlo salir.

—Trabajamos mejor separados —replicó Danton, sentándose en un sillón y estirando las piernas—. ¿Qué te preocupa? —preguntó a Camille.

—Me repite continuamente que tenga cuidado, como advirtiéndome que no haga nada que no haría él mismo, pero no me dice qué es lo que no debo hacer.

Lucile se arrodilló junto a Camille, que estaba sentado en el suelo. Los dos miraban a Georges con adoración mientras jugaban con su hijito. Son unos hipócritas, pensó Louise con rencor, es como si esperaran que apareciera alguien con un cuaderno y un lápiz y les hiciera un dibujo.

Lucile, pese a sus aires de mosquita muerta, ha tenido un montón de amantes… ¡Qué falta de decoro!

—A Max no le gusta que le fuercen a emitir una opinión sobre determinados temas. Pero a veces hay que arriesgarse. A mí no me importa ser el primero en arriesgarme. ¿Crees que eso es un sentimiento heroico, Louise?

—¿Acaso tienes vocación de héroe? —replicó esta.

Todos se rieron de su ocurrencia.

5 de diciembre.

—A la salud de los viejos *cordeliers* —dijo Fabre, alzando su copa. Tenía el rostro encendido—. Confiemos en que el segundo número prospere como el primero.

—Gracias —respondió Camille, bajando la vista y adoptando un aire modesto—. No imaginé que el público dispensara al periódico semejante acogida. Me siento

abrumado.

El diputado Philippeaux —uno de los misteriosos diputados que se halla siempre en una misión, a quien Camille había conocido la semana anterior— se inclinó y le dio unas palmaditas en la mano.

—Es un magnífico periódico —afirmó resueltamente—. Por eso ha tenido tanto éxito. Yo también solía redactar un panfleto, pero usted sabe expresar las cosas mejor que yo. Sabe llegar al corazón de la gente —añadió el diputado, tocándose la corbata—, mientras que yo apelo a su conciencia. He visto cosas atroces, verdaderas matanzas…

Philippeaux no encontraba palabras para describir las atrocidades que había presenciado. Ocupaba un asiento en la Planicie, no en la Montaña, y solía expresar unas opiniones moderadas. Hasta ahora.

—Nuestro amigo no soporta presenciar una matanza —dijo Fabre—. Si ve a un brissotino con una pequeña daga oculta entre sus papeles es capaz de perder el conocimiento. Aunque con gran elegancia, por supuesto.

Es asombrosa la resistencia de Fabre. Camille también es muy resistente. Una parte de su cuerpo le pesa como el plomo, mientras que la otra está dispuesta a lanzarse a la batalla, enfurecer a la gente hasta el extremo de hacerles perder la razón o sumirlos en un profundo trance sentimental. Se siente ligero, joven. El pintor Hubert Robert (cuya especialidad son las ruinas pintorescas) lo acosa constantemente. Boze, otro pintor, no cesa de dirigirle miradas de reproche; de vez en cuando se acerca a él y le alborota el cabello con sus manazas de artista, como si deseara inmortalizarlo.

Lo importante es que actualmente cada cual puede expresarse como quiere. La Revolución no avanza de forma implacable; su política y su lenguaje se han vuelto más flexibles, más sutiles, más elegantes.

Según dijo Mirabeau: «La libertad es una zorra a la que le gusta que la follen en un colchón sembrado de cadáveres». Camille sabe que es cierto, pero trata de hallar una forma más suave de exponerlo a sus lectores.

Ahora puede mostrar su verdadera naturaleza sin temor al ridículo, una naturaleza tan distinta de la de Hébert como el día y la noche. No tiene que hacer concesiones al lenguaje callejero, utilizar palabras malsonantes ni hacerse pasar por el heredero de Marat; aunque todavía recuerda el rollizo cuerpo de Simone, medio desvanecida en sus brazos, y la hermosa joven que asesinó a su amigo. Pero olvidémonos de Marat y su amargura. Camille pretende crear una nueva atmósfera al estilo de Ultima Thule, sencilla, traslúcida, luminosa. El aire de París es como la sangre reseca; Camille (con el permiso de Robespierre) nos traerá un soplo de aire fresco, suave como la seda y embriagador como el vino.

—A propósito —dijo el diputado Philippeaux—, ¿sabéis que De Sade ha sido arrestado?

—A su regreso de una misión —dijo Robespierre—, el diputado Philippeaux se dedica a atacar la forma en que nuestros generales conducen la guerra. Los comandantes de la Vendée —añadió, abriendo el panfleto publicado por Philippeaux —, son los comandantes que Hébert se ha metido en el bolsillo, los cuales resultan altamente sospechosos. A excepción de Westermann, que es amigo de Danton. No contento con eso —prosiguió Robespierre, subrayando ciertas frases con una pluma —, Philippeaux lanza graves acusaciones contra el comité, por ser el máximo responsable de la guerra. Insinúa que ya habría terminado si ciertas personas no estuvieran interesadas en que continuara para forrarse con ella los bolsillos.

—Philippeaux suele reunirse frecuentemente con Danton y Camille —dijo el miembro del comité—. Me limito a constatar un hecho, no pretendo insinuar nada con ello.

—Es el tipo de tesis que compartiría Camille —observó Robespierre—. ¿Tú qué opinas? Yo no sé qué creer.

—¿Dudas de la buena fe de algunos de tus colegas del comité?

—Francamente, sí —contestó Robespierre—. Estoy convencido de que es necesario que el comité siga funcionando. He oído ciertas historias procedentes de Lyon sobre nuestro amigo Collot. Según dicen, ha interpretado las instrucciones de castigar a los rebeldes como órdenes de aniquilar al populacho.

—No hay que hacer caso de los rumores.

Robespierre juntó las manos y contestó:

—Collot es un actor, o un productor teatral, ¿me equivoco? Antiguamente habría tenido que conformarse con representar obras sobre terremotos y asesinatos en masa. Ahora puede permitirse el lujo de representar sus sueños. Tras cuatro años de Revolución, ciudadanos, no vemos sino codicia por doquier, mezquindad, egoísmo, una brutal indiferencia hacia el sufrimiento ajeno y una diabólica sed de sangre. Sinceramente, no logro entender a la gente —dijo Robespierre, apoyando la frente en las manos mientras su colega lo contemplaba atónito—. ¿Qué piensa hacer Danton? No estará alentando al diputado Philippeaux…

—Supongo que lo haría si viera en ello alguna ventaja. Es preciso que el comité silencie a Philippeaux.

—No es necesario —contestó Robespierre, señalando un párrafo con la pluma—. ¿Has visto los ataques que lanza contra Hébert? Hébert se encargará de hacerlo callar. Dejemos que por una vez haga algo de provecho.

—Pero has permitido que Camille atacara a Hébert en el segundo número de su periódico —dijo su colega—. Ya entiendo. Los dos son miembros de facciones extremistas contra el centro. Eres muy astuto, Robespierre.

Decreto de la Convención Nacional

A partir de ahora el consejo ejecutivo, los ministros, los generales y todos los órganos del Estado serán

supervisados por el Comité de Salvación Pública.

Camille:

—No veo por qué me felicitáis por el tercer número. No tiene ningún mérito. Es como una traducción. Un día en que leía a Tácito, a propósito del reinado del emperador Tiberio, comenté a De Sade que esto era lo mismo. De Sade se echó a reír pero me dio la razón. Nuestras vidas se han convertido en lo que dice el analista: familias enteras han sido aniquiladas por el verdugo, muchos hombres han preferido suicidarse a verse arrastrados por las calles como vulgares delincuentes; otros han denunciado a sus amigos para salvar el pellejo; los sentimientos humanos están corrompidos, la piedad se considera un crimen. Recuerdo la impresión que me produjo leer eso, hace mucho años; supongo que Robespierre también lo recordará.

»No había más que añadir. Bastaba con llamar la atención del público sobre dicho texto, sustituir los nombres de los romanos por nombres de ciudadanos y ciudadanas franceses, personas que conocías, que vivían en tu misma calle, cuya suerte habías presenciado y que podía haberte tocado a ti.

»Lógicamente, he tenido que retocar un poco el texto, meterle mano, como diría Hébert. No se lo he enseñado a Robespierre. Sí, imagino que le chocará. Pero yo creo que será un impacto saludable. A fin de cuentas, si está de acuerdo con lo que digo, no puede sustraerse a la parte de responsabilidad que le corresponde. No pretendo decir que Robespierre sea una especie de Tiberio, pero si sigue frecuentando la compañía de ciertos personajes —me refiero concretamente a Saint-Just— no sé cómo acabará. Tácito describe al emperador como un hombre “sin piedad, sin ira; encerrado en sí mismo e incapaz de experimentar la menor emoción”.

»Eso suena familiar.

EL NÚMERO 3 DE *EL VIEJO CORDELIER*

Desde el momento en que las palabras se convirtieron en delitos contra el Estado, sólo había un paso para que una simple mirada, el dolor, la compasión, los suspiros e incluso el mismo silencio se transformaran en una ofensa…

Fue un delito contra el Estado el que Libonius Drusus preguntara a la adivina si algún día sería rico… Fue un delito contra el Estado el que uno de los descendientes de Casius conservara en su casa un retrato de su antepasado. Mamercus Scauro cometió un delito al escribir una tragedia en la que ciertos versos tenían un doble significado. Fue un delito contra el Estado el que la madre del cónsul Furius Geminus llorara la muerte de su hijo… En ocasiones era necesario celebrar la muerte de un amigo o de un pariente para escapar con vida.

Que uno era popular… Seguramente se proponía organizar una facción política. Sospechoso.

Que uno decidía retirarse de la vida pública… Sospechoso.

Que uno era rico… Sospechoso.

Que era pobre… Sin duda ocultaba una fortuna. Sospechoso.

Que se mostraba melancólico… Seguramente le deprimía el estado de la nación. Sospechoso.

Que se mostraba alegre… Sin duda se alegraba de las calamidades nacionales. Sospechoso.

Que era un filósofo, orador o poeta… Sospechoso.

—No me enseñaste eso —dijo Robespierre fríamente.

La brisa arrastraba las hojas muertas. Robespierre cogió una al vuelo y la sostuvo entre el índice y el pulgar, de forma que sus venas destacaban bajo la luz del atardecer. Había hecho un espléndido día. El crepúsculo, de un rojo encendido, poseía una cualidad líquida. Los últimos rayos de sol acariciaban la superficie del río de una forma más siniestra que pintoresca.

—Es como la sangre —observó Camille—. No te he ocultado nada. Imagino que tienes las obras de Tácito en tu biblioteca.

—No te hagas el ingenuo.

—Debes reconocer que era una analogía muy apropiada. De lo contrario, no habría tenido tanto éxito entre los lectores. Es una excelente descripción de la forma en que vivimos actualmente.

—¿Era preciso exhibir ese penoso cuadro ante Europa? ¿No podías haberte callado? ¿Es que pretendes convertirte en el periodista favorito del emperador? ¿Esperas que el señor Pitt te felicite por tu artículo, que lancen fuegos artificiales en Moscú y que en los campamentos de emigrados del Rin brinden a tu salud? —inquirió Robespierre con tono desapasionado, sereno, como si sus preguntas fueran perfectamente razonables—. Bueno, responde —insistió, apoyándose en el parapeto del puente y volviéndose para mirar a Camille.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Camille—. Tengo frío.

—Prefiero hablar contigo al aire libre. No me fío de los espacios cerrados.

—Reconócelo. Te corroe la sospecha de una conspiración. ¿Crees que la guillotina será capaz de derribar paredes y puertas?

—No me corroe nada. Sólo siento el deseo de hacer lo que mejor convenga a este país.

—Entonces pon fin al Terror —contestó Camille, temblando levemente—. Posees la autoridad moral para hacerlo. Eres el único que puede hacerlo.

—¿Y provocar la caída del Gobierno, el hundimiento del comité? —preguntó Robespierre en voz baja—. No puedo hacerlo. No puedo correr ese riesgo.

—Caminemos un poco —dijo Camille—. Pero podríamos cambiar el comité. Collot y Billaud-Varennes no son dignos de tu confianza.

—Sabes perfectamente por qué están en el comité. A través de ellos aplacamos a la izquierda.

—Había olvidado que no somos la izquierda.

—¿Quieres que nos dediquemos a organizar insurrecciones?

Camille se detuvo y contempló el río.

—Si fuera necesario, ¿por qué no? —respondió, tratando de dominar su nerviosismo y los acelerados latidos de su corazón. A Robespierre no le gustaba que nadie le llevara la contraria, y Camille no solía hacerlo—. ¿Por qué no hablamos

claramente de una vez por todas?

—¿Es eso lo que desea Danton? ¿Más violencia?

—¿Qué crees que hacen todos los días en la Place de la Révolution, Max?

—Prefiero sacrificar a los aristócratas que a nuestros compañeros. Siento una profunda lealtad por la Revolución y los hombres que la llevaron a cabo. Pero tú la has difamado ante toda Europa.

—¿Crees que la lealtad consiste en ocultar la verdad, fingir que prevalecen la razón y la justicia? —La luz se había ido esfumando y se había levantado un fuerte viento nocturno que les azotaba el rostro y la ropa con manos frías e insistentes—. ¿Por qué hicimos la Revolución? Creí que la habíamos hecho para protestar contra la opresión, para liberarnos de la tiranía. Pero esto es una tiranía. Muéstrame una tiranía peor en la historia del mundo. La gente mata por poder, por codicia, por sed de sangre, pero muéstrame otra dictadura que mate con eficacia, que celebre la virtud y que exhiba sus quimeras sobre las fosas de los muertos. Afirmamos que todo cuanto hacemos está encaminado a preservar la Revolución, pero la Revolución no es más que un cadáver con vida.

Robespierre agarró a Camille del brazo, aunque procurando rehuir su mirada.

—Todo lo que has dicho es cierto —murmuró—, pero no sé cómo impedirlo. —Tras una pausa añadió—: Regresemos a casa.

—Dijiste que no querías hablar en casa.

—No hay necesidad de hablar. Ya lo has dicho todo.

Hébert, Le Père Duchesne

He aquí, mis bravos sansculottes, a un valiente del que os habéis olvidado. Es una ingratitud por vuestra parte pues nuestro amigo, antaño conocido como el abogado de la Lanterne, afirma que sin él jamás se hubiera producido la Revolución. ¿Creéis acaso que me refiero al intrépido personaje que constituía el terror de los aristócratas? No, me refiero a un individuo que confiesa ser una persona pacífica. Por sus palabras se deduce que tiene menos arrojo que una paloma; es tan sensible que apenas oye pronunciar la palabra «guillotina» se echa a temblar. Es una lástima que no sea un buen orador, pues demostraría al Comité de Salvación Pública que no sabe cómo dirigir los destinos del país. Sin embargo, el señor Camille compensa sus deficiencias como orador escribiendo penetrantes artículos para satisfacción de los moderados, los aristócratas y los monárquicos.

Oído en el club de los Jacobinos

El Ciudadano Nicolas [*interrumpiendo*]: ¡Cuidado, Camille, la guillotina te acecha!

El ciudadano Desmoulins: Cuidado Nicolás, te acecha la sombra de tu considerable fortuna. Hace un año te alimentabas de manzanas asadas, y ahora te has convertido en el impresor del Gobierno.

(Risas).

Hérault de Séchelles regresó de Alsacia a mediados de diciembre. Había cumplido su misión. Los austriacos habían emprendido la retirada, y la frontera

estaba segura; Saint-Just le seguiría dos días más tarde, con una estela de gloria.

Fue a visitar a Danton, pero este no estaba en casa. Le dejó un recado, rogándole que se reuniera con él, pero Danton no acudió a la cita. Fue a casa de Robespierre, pero los Duplay lo arrojaron con cajas destempladas.

Se detuvo frente a una ventana en las Tullerías para observar a los carros mortuorios que transportaban a los reos al cadalso; a veces los seguía hasta el final del trayecto, mezclándose con la multitud de curiosos. Oyó a esposas denunciar a sus maridos ante el Tribunal, y a maridos denunciar a sus esposas; a madres que ofrecían a sus hijos a la Justicia Nacional, y a hijos que traicionaban a sus padres. Vio a mujeres a punto de parir, y otras dando de mamar a sus hijos, aguardando los macabros carros que las conducirían a la guillotina. Vio a hombres y mujeres tropezar y caer de bruces en charcos formados por la sangre de sus amigos, y a los verdugos alzarlos violentamente del suelo. Vio a la multitud regodearse ante el espectáculo de unas cabezas separadas del tronco.

—¿Por qué contemplas esas cosas? —le preguntó alguien.

—Para aprender a morir.

El 29 de Frimaire, Tolón cayó en manos de las tropas republicanas. El héroe del momento era un joven oficial de artillería llamado Bonaparte.

—Si sigue la misma suerte que otros oficiales —dijo Fabre—, antes de tres meses le habrán cortado la cabeza.

Tres días más tarde, el 2 de Nivôse, las fuerzas gubernamentales aplastaron a los restos del ejército rebelde de la Vendée. Numerosos campesinos fueron arrestados y ejecutados; no quedó nada, excepto la salvaje caza del hombre a través de los campos, los bosques y las ciénagas.

En la estancia verde con espejos plateados, los dispares y sectarios miembros del Comité de Salvación Pública trataban de resolver sus diferencias. Estaban ganando la guerra y manteniendo la precaria paz en las calles de París.

«La Revolución marcha bajo los auspicios de este comité», declaró al pueblo.

Había oscurecido.

Eléonore creyó que la habitación estaba vacía. Cuando Robespierre se volvió, la joven sufrió un sobresalto. El rostro de Robespierre, oculto entre las sombras, estaba pálido.

—¿No vas a ir al comité? —preguntó Eléonore suavemente. Robespierre se volvió y clavó la mirada en la pared—. ¿Quieres que encienda la lámpara? Contéstame, te lo ruego. Me angustia verte en este estado.

Eléonore se colocó detrás de él y apoyó una mano en su hombro.

—No me toques —dijo él, apartándose bruscamente.

—¿Acaso he hecho algo malo? —preguntó Eléonore pacientemente—. Te comportas como un niño. No puedes permanecer toda la noche aquí, en esta

habitación fría y a oscuras.

Robespierre permaneció en silencio. Eléonore salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta. Al cabo de un momento regresó con una vela, que encendió en la chimenea. Luego se arrodilló frente al hogar para atizar las llamas, mientras su oscura melena se desparramaba por sus hombros.

—No quiero ninguna luz —dijo Robespierre.

Eléonore colocó otro tronco en la chimenea.

—Eres capaz de dejar que se extinga el fuego —dijo—. Siempre lo haces. Acabo de regresar de clase de pintura. El ciudadano David hizo hoy unos comentarios muy elogiosos sobre mi trabajo. ¿Quieres verlo? Te traeré la carpeta.

Eléonore alzó la cabeza para mirarlo, con las manos apoyadas en los muslos.

—Levántate —le ordenó Robespierre—. No eres una sirvienta.

—¿Ah, no? —respondió ella fríamente—. ¿Entonces qué soy? Tus principios no te permitirían hablarle a una sirvienta como me hablas a mí.

—Hace cinco días —dijo Robespierre—, propuse a la Convención que estableciéramos un comité de Justicia para examinar los veredictos del Tribunal y revisar los casos de los detenidos encarcelados bajo sospecha de traición. Me pareció una medida oportuna, pero me equivoqué. Acabo de leer el cuarto número de *El viejo cordelier*. Toma, échale un vistazo —dijo, entregándole el panfleto.

—No puedo leerlo en esta penumbra —respondió Eléonore, encendiendo unas velas y acercando una al rostro de Robespierre—. Tienes los ojos enrojecidos. Has estado llorando. No creía que las críticas de la prensa te hicieran llorar. Supuse que te eran indiferentes.

—Lo que me preocupa no son las críticas —contestó Robespierre—, sino las exigencias. Mira, aquí aparece mi nombre —añadió, señalando un párrafo—. ¿Quién ha mostrado más compasión que yo, Eléonore? Setenta y cinco simpatizantes de Brissot están en la cárcel. Me he enfrentado a los comités y a la Convención para salvarles la vida. Pero eso no le basta a Camille. Quiere obligarme a… descender a la arena. Léelo.

Eléonore cogió el panfleto, arrimó una silla a la mesa y se puso a leer a la luz de la vela:

—«Robespierre, mi viejo camarada, sin duda recordarás la lección de historia y filosofía que nos enseñaron en la escuela: que el amor es más fuerte y poderoso que el temor». —«El amor es más fuerte y poderoso que el temor», se repitió Eléonore en voz baja, mirando a Robespierre—. «Te has aproximado a ese concepto en la medida propuesta por ti durante la sesión del 30 de Frimaire. Lo que propones es el establecimiento de un comité de Justicia. Sin embargo, bajo la República, la misericordia es considerada un delito».

Eléonore se detuvo y miró de nuevo a Robespierre.

—La prosa —dijo este—, es limpia, sencilla, sin ningún alarde. Es totalmente sincero. Antes sólo era sincero a medias. Era su estilo.

—«Liberad de la cárcel a los 200.000 presos que consideráis “sospechosos”. La Declaración de los Derechos del Hombre no prevé el encarcelamiento bajo sospecha.

»Parecéis decididos a eliminar a la oposición mediante el uso de la guillotina, pero es una empresa absurda. Cuando destruís a un rival en el cadalso, creáis otros diez enemigos entre sus parientes y amigos. No hay más que ver al tipo de personas que habéis encarcelado: mujeres, ancianos, amargados y egocéntricos, devorados por el rencor y la envidia, los desechos de la Revolución… ¿Creéis realmente que constituyen un peligro? Los únicos enemigos que quedan entre vosotros son los que están demasiado enfermos o son demasiado cobardes para luchar; todos los hombres sanos y valerosos han huido al extranjero, o han muerto en Lyon o en la Vendée. Los que quedan no merecen vuestra atención. Creedme, la libertad quedaría más firmemente consolidada, y de paso obligaríais a Europa a doblegarse, si establecierais un comité de Misericordia».

—¿Has leído suficiente? —preguntó Robespierre.

—Sí. Tratan de obligarte a intervenir —respondió Eléonore—. Supongo que Danton está detrás de esto.

Robespierre guardó silencio durante unos minutos. Al fin dijo:

—Cuando éramos niños, un día dije a Camille: «No te preocupes. Yo cuidaré de ti». Si nos hubieras visto, Eléonore, te habrías compadecido de nosotros. No sé qué habría sido de Camille de no haber sido por mí —dijo Robespierre, cubriéndose el rostro con las manos—. Ni de mí, de no haber sido por él.

—Pero ya no sois unos niños —respondió Eléonore suavemente—. Y este afecto del que hablas ya no existe. Camille se ha pasado al bando de Danton.

Robespierre alzó la cabeza y la miró. Es transparente, pensó ella, y le gustaría que el mundo también fuera transparente.

—Danton no es mi enemigo —dijo Robespierre—. Es un patriota, he apostado mi reputación a su patriotismo. ¿Pero qué es lo que ha hecho durante estas últimas semanas? Pronunciar unos cuantos discursos. Una ampulosa retórica que le proporciona popularidad pero que no significa nada. Se considera el más prestigioso estadista, pero no ha arriesgado nada. Ha arrojado a mi pobre Camille al horno mientras él y sus amigos se arriman a él para calentarse las manos.

—No te disgustes, no adelantas nada con ello —dijo Eléonore, echando una ojeada de nuevo al panfleto—. Camille insinúa que el comité ha abusado de sus poderes. Es evidente que Danton y sus amigos se consideran un Gobierno alternativo.

—Así es —contestó Robespierre, sonriendo con tristeza—. Danton me ofreció un cargo en cierta ocasión. Sin duda volvería a hacerlo. Confían en poder convencerme.

—¿En poder convencerte? Pero si son una pandilla de sinvergüenzas. No te creo capaz de unirte a esos canallas. Lo único que pretenden es utilizar tu nombre, tu reputación de hombre honesto.

—¿Sabes lo que me gustaría? —preguntó Robespierre—. Me gustaría que Marat estuviera vivo. Jamás creí que un día pronunciaría estas palabras. Pero Camille le

habría escuchado.

—Esto es una herejía —dijo Eléonore, leyendo un párrafo en voz alta y lentamente, como si sopesara cada palabra—. Los jacobinos lo expulsarán del club.

—Yo lo impediré.

—¿Cómo?

—Yo lo impediré.

—Te culparán por esto —protestó Eléonore, agitando el periódico—. ¿Crees que puedes protegerlo?

—¿Protegerlo? ¡Dios! Antes hubiera sacrificado incluso mi vida por él, pero ahora… creo que tengo la obligación de seguir vivo.

—¿Una obligación hacia quién?

—Hacia la gente. En caso de que me necesiten.

—Tienes razón. Estás obligado a seguir vivo. Vivo y en el poder.

—Con qué facilidad brotan esas palabras de tus labios, Eléonore… —dijo Robespierre, sacudiendo la cabeza—. Se diría que las has oído toda tu vida. Collot ha regresado de Lyon. Ha terminado su gran obra, según la llama él. Su senda del bien es clara, recta y ancha. Es muy fácil ser un buen jacobino. Collot no tiene ninguna duda, ningún escrúpulo en su mente; en realidad no creo que tenga gran cosa en la cabeza. ¿Detener el Terror? Él cree que ni siquiera hemos comenzado.

—Saint-Just llega la semana que viene. No querrá hablar con vosotros de vuestra época de estudiantes, Max. No aceptará disculpas.

Robespierre alzó la barbilla en un gesto de desafío.

—No vamos a ofrecerle disculpas —dijo—. Conozco a Camille. Es más fuerte de lo que crees. No visible ni manifiestamente, pero lo conozco bien. Es increíblemente vanidoso, ¿y por qué no? Su vanidad se remonta al 12 de julio, a los días anteriores a la caída de la Bastilla. Sabe exactamente lo que hizo, los riesgos que arrostró. ¿Me hubiera arriesgado yo como hizo él? Por supuesto que no. No habría tenido sentido, nadie hubiera reparado en mí. ¿Se hubiera arriesgado Danton? Por supuesto que no. Era un joven respetable, abogado, padre de familia. El caso, Eléonore, es que al cabo de cuatro años seguimos impresionados por algo que sucedió en una fracción de segundo.

—¡Qué estupidez!

—No. Todas las cosas importantes se deciden en una fracción de segundo. Camille se subió en una silla ante miles de personas, exponiendo su vida, y les habló. Comparado con eso, todo lo demás es secundario.

Eléonore se levantó.

—¿Irás a verlo?

—¿Ahora mismo? No. No quiero encontrarme con Danton. Probablemente lo estarán celebrando.

—Me parece lógico —respondió Eléonore—. Puede que el reinado de la superstición haya terminado, pero es Navidad.

—Es increíble —dijo Danton, echando la cabeza hacia atrás y apurando otro vaso de vino. En aquellos momentos no tenía aspecto de un prestigioso estadista—. Han organizado unas manifestaciones frente a la Convención para pedir que se establezca un comité de Misericordia. Frente a las oficinas de Desenne se ha formado una nutrida multitud solicitando una nueva edición del periódico. Su precio es de dos *sous* y lo están revendiendo a veinte francos. Eres un desastre inflacionista, Camille.

—Lamento no haber advertido a Robespierre sobre el contenido del periódico.

—¡De acuerdo! —exclamó jovialmente Danton, el popular dirigente de una nueva fuerza política—. Que alguien vaya en busca de Robespierre, aunque tenga que traerlo a rastras. Es hora de quitarle hierro a la Revolución —dijo, apoyando la mano en el hombro de Camille—. La gente está cansada de muertes y ejecuciones, tal y como demuestra su reacción a tus escritos.

—Hubiéramos debido cambiar el comité este mes. Deberías formar parte de él.

Al cabo de unos minutos se reanudó el murmullo de voces a su alrededor. Todos esperaban que Danton se pronunciara al respecto.

—No hay necesidad de precipitarse —dijo—. Lo haremos el mes que viene. Lo importante es crear un ambiente propicio al cambio. No debemos forzar las cosas, sino que la gente se convenza por sí misma. —Camille y Fabre se miraron disimuladamente—. ¿Qué sucede? —preguntó Danton, dirigiéndose a Camille—. ¿A qué viene esa cara de tristeza? Acabas de obtener tu mayor triunfo. En nombre de la República te ordeno que seas feliz.

Al poco rato llegaron Annette y Claude. Annette ofrecía un aspecto cansado y retraído, pero Claude parecía dispuesto a pronunciar un importante discurso.

—Sí —dijo, dirigiéndose al aire sobre la cabeza de su yerno—, reconozco que en el pasado no me he prodigado en elogios, pero ahora deseo felicitarte sinceramente. Ha sido un gesto muy valeroso.

—¿Tú qué opinas? ¿Crees que me cortarán la cabeza por ello?

De pronto se hizo un tenso y prolongado silencio. Nadie pronunció una palabra ni se movió. Por primera vez en muchos años, Claude miró a Camille a los ojos y preguntó:

—¿Quién iba a querer hacerte daño?

—Mucha gente —le respondió Camille—. Por ejemplo Billaud, porque siempre me estoy burlando de él. O Saint-Just, porque está empeñado en dominarme y yo me resisto. Todos los miembros del Club de los Jacobinos que no me han perdonado el que defendiera a Dillon. Hace diez días sacaron a relucir el tema del juicio de Brissot, indignados porque me desmayé sin habérselo comunicado previamente. Y Barnave… ¿Qué derecho tenía yo a ir a la Conciergerie para hablar con ese traidor?

—Pero Robespierre salió en tu defensa —dijo Claude.

—Sí, fue muy amable. Les dijo que yo era propenso a sufrir esos arranques emotivos. Les aseguró que me conocía desde que tenía diez años y que había sido

siempre igual. Al descender de la tribuna se dirigió a mí y sonrió, pero su mirada expresaba un profundo disgusto.

—Pero te dedicó encendidos elogios —dijo Lucile.

—Por supuesto. Los del club se sintieron conmovidos, halagados de que les permitiera asomarse a su intimidad, mostrándoles unos retazos de su naturaleza humana.

—¿A qué te refieres? —preguntó Claude.

—Me remito a lo que siempre he sostenido sobre él. Está claro que es Jesucristo. Incluso ha dejado que lo adoptara un carpintero. Me pregunto qué hará en la próxima reunión, cuando exijan que yo sea expulsado.

—Pero nada puede sucederte mientras Robespierre siga en el poder —dijo Claude —. No es posible. Es de todo punto imposible.

—¿Porque me protege? Es muy molesto sentirse protegido.

—Basta —dijo Danton, depositando el vaso en la mesa e inclinándose hacia delante. Estaba totalmente sobrio, aunque hacía unos minutos no lo parecía—. Ya conoces mi política, sabes lo que intento conseguir. Ahora que los panfletos han cumplido su objetivo, nuestra labor consiste en evitar que Robespierre se disguste, por lo que te ruego que mantengas la boca cerrada, Camille. No merece la pena correr ningún riesgo. Dentro de dos meses la oposición moderada habrá cristalizado en torno a mí. Lo único que tengo que hacer es existir.

—Pero en mi caso, eso resulta problemático —respondió Camille.

—¿Me crees incapaz de proteger a mis seguidores?

—¡Estoy harto de que me protejan! —le gritó Camille—. ¡Estoy harto de complacerte y aplacar a Robespierre, estoy harto de suavizar las cosas entre vosotros y doblegarme ante vuestra voluntad y vuestra monstruosa y arrogante vanidad! ¡No lo resisto más!

—En ese caso —replicó Danton—, me temo que tu utilidad en el futuro se presenta bastante limitada.

El comité de Justicia propuesto por Robespierre cayó víctima al día siguiente de la revolucionaria meticulosidad de Billaud-Varennes, quien manifestó a los jacobinos sin rodeos, en presencia de Robespierre, que era una estupidez.

Esa noche Robespierre no pegó ojo. No era la derrota lo que le mantuvo en vela sino la humillación. No recordaba una sola ocasión en que sus deseos no hubieran sido acatados; mejor dicho, sí la recordaba, pero vagamente, como algo perteneciente a una pasada encarnación. La Vela de Arras había iluminado otro mundo.

Permaneció sentado junto a la ventana, en el piso superior de la casa, contemplando los ángulos negros de los tejados y las estrellas. Sintió deseos de rezar, pero no existían palabras capaces de conmover a la implacable y enérgica deidad que se había adueñado de su vida. Se levantó tres veces para comprobar si había cerrado

la puerta con llave y había corrido el cerrojo. La oscuridad comenzaba a disiparse. La calle estaba poblada de sombras. «En el reino del emperador Tiberio…». Los fantasmas de los difuntos, mostrando sus lívidos rostros, arrastrando sus largas sombras y apestando como los animales de circo, suplicaban que les dejara entrar.

Al día siguiente Camille fue a casa de los Duplay. Tras interesarse por la salud de Eléonore, preguntó a esta qué tal le iba el trabajo.

—A Lucile le gustaría venir a verte, pero teme importunarte debido a tus clases. ¿Por qué no vienes a visitarnos un día?

—Lo haré —contestó Eléonore fríamente—. ¿Cómo está el niño?

—Muy bien. Perfectamente.

—Se parece a ti.

—Eres muy amable, Cornélia. Eres la primera persona en dieciocho meses que me ha dicho eso. ¿Puedo subir?

—Max ha salido.

—Vamos, Cornélia, sabes que eso no es cierto.

—Está ocupado.

—¿Te ha pedido que no dejes subir a nadie, o sólo a mí?

—Necesita estar solo para pensar. Anoche no pegó ojo. Me preocupa su salud.

—¿Está muy enfadado conmigo?

—No está enfadado. Creo que está… conmocionado. Le duele que le consideres culpable de esta ola de violencia, que se lo reproches públicamente.

—Le advertí que me reservaba el derecho de expresar mi opinión cuando el país se convirtiera en una tiranía. Nuestras conciencias son de propiedad pública. ¿De qué otra forma iba a expresar mi opinión?

—Le alarma que te hayas colocado en una situación tan comprometida.

—Ve a decirle que estoy aquí.

—No quiere verte.

—Ve a decírselo, Eléonore.

—De acuerdo —contestó esta tras unos instantes de vacilación.

Eléonore subió a avisar a Max, dejando a Camille en el vestíbulo. Estaba incómodo y le dolía la garganta. Cuando alcanzó la mitad de la escalera, Eléonore se detuvo unos segundos para reflexionar; luego llamó a la puerta de la habitación de Robespierre y dijo:

—Camille ha venido a verte.

Max no respondió. Eléonore oyó el crujir de una silla.

—¿Estás ahí? Camille está abajo. Insiste en verte.

Max abrió la puerta. Estaba sudando.

Eléonore imaginó que había estado ocultándose. Se comporta como un chiquillo, pensó.

—No dejes que suba. Te advertí que no quería verlo. ¿Por qué no haces caso de lo que te digo? —dijo Robespierre, tratando de contener su agitación.

Eléonore se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Robespierre apoyó la mano en la manecilla de la puerta, moviéndola automáticamente.

—Se lo diré —dijo Eléonore, volviéndose como si temiera que Camille subiera y tratara de entrar por la fuerza en la habitación de Robespierre—. Ya veremos si me hace caso.

—¿Qué se habrá creído? —preguntó Robespierre—. ¿Qué demonios espera?

—Personalmente, me parece absurdo que te niegues a verle. Los dos sabéis que te ha colocado en una situación muy comprometida. Sabes que vas a defenderlo, y él también lo sabe. No se trata de que logréis resolver vuestras diferencias. Por supuesto que lo haréis. Eres capaz de arriesgar tu buen nombre, de sacrificar tus principios, con tal de defender a Camille.

—Eso no es cierto, Eléonore —contestó Robespierre suavemente—. Lo dices porque estás celosa. No es cierto y quiero que él lo comprenda. ¿Qué aspecto tiene? —preguntó, nervioso.

Eléonore lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Normal.

—¿Está disgustado? ¿Tiene mala cara?

—No.

—¡Dios mío! —murmuró Robespierre, retirando su sudorosa mano de la mano de la manecilla y limpiándosela en la manga de la chaqueta—. Tengo que lavarme las manos.

Eléonore cerró la puerta suavemente y bajó la escalera, enjugándose las lágrimas.

—No quiere verte —dijo—. Ya te lo advertí.

—Supongo que cree que lo hace por mi bien —contestó Camille, soltando una risita nerviosa.

—Ponte en su lugar. Has intentado utilizar el afecto que siente por ti para obligarlo a apoyarte en una iniciativa que no comparte.

—¿No comparte mis ideas políticas? ¿Desde cuándo?

—Desde que ayer fue derrotado. En todo caso, eso es cosa vuestra. Él nunca me cuenta sus cosas, y yo no entiendo de política.

Camille la miró con tristeza.

—Muy bien. Puedo existir sin su aprobación —dijo, dirigiéndose hacia la puerta —. Adiós, Cornélia. Supongo que no volveremos a vernos.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

Al alcanzar la puerta, Camille se volvió de pronto, agarró a Cornélia por la cintura con la mano izquierda, le estrujó un pecho con la derecha y la besó en los labios mientras unos operarios los miraban perplejos.

—Te compadezco —dijo Camille, y salió apresuradamente.

Eléonore se apoyó en la pared, observándolo mientras se alejaba y acariciándose los labios con los dedos. Durante las horas siguientes sintió la presión de su mano sobre su pecho, pensando que en realidad nunca había tenido un amante.

UNA CARTA A CAMILLE DESMOULINS, FECHADA EL 11 DE NIVÔSE DEL AÑO II

No soy un fanático, un entusiasta ni un hombre dado a los elogios, pero en caso de que viva más que tú te erigiré una estatua y grabaré en ella: «Ciertos desalmados pretendían obligarnos a aceptar una libertad formada por barro y sangre. Camille, por el contrario, ha hecho que la amemos, ofreciéndonos una libertad tallada en mármol y cubierta de flores».

—No es cierto, por supuesto, —dijo Camille a Lucile—, pero la conservaré entre mis papeles.

—Te agradezco que hayas hecho un esfuerzo por acercarte a hablar conmigo —dijo Hérault—. Pudiste haberte marchado sin dirigirme la palabra. Empezaré a pensar que te inspiro compasión, como Barnave. A propósito, ¿sabes que ha regresado Saint-Just?

—No.

—Quizá sea preferible no enemistarse con Hébert.

—Mi quinto panfleto saldrá dentro de unos días —contestó Camille—. Estoy firmemente decidido a librar al público de ese cretino afectado, estúpido y obsceno. Aunque sea lo último que haga en la vida.

—Puede que sea así —dijo Hérault, esbozando una sonrisa forzada—. Sé que gozas de una posición privilegiada, pero a Robespierre no le gusta sentirse derrotado.

—Él es partidario de la clemencia. Hay que aceptar los reveses en la política. Ya hallaremos otro medio.

—¿Cómo? Imagino que a él le parece algo más que un simple revés. No dispone de una base de poder, excepto en opinión de los patriotas. Tiene muy pocos amigos. Ha situado a algunos de sus seguidores en el Tribunal, pero no tiene a ningún ministro ni general en el bolsillo, no se ha granjeado las simpatías de esa gente. Su poder reside enteramente en nuestras mentes, y estoy seguro de que él lo sabe. Si ha sido derrotado una vez, puede serlo otras.

—¿Por qué tratas de atemorizarme?

—Porque me divierte —contestó Hérault fríamente—. No logro comprenderte. Te aprovechas de sus sentimientos de afecto hacia ti, aunque siempre dice que debemos dejar a un lado nuestros sentimientos personales.

—Todos decimos eso. ¿Qué otra cosa íbamos a decir? Pero nadie lo cumple.

—¿Por qué lo hiciste, Camille?

—¿Es que no lo sabes?

—No tengo la menor idea. Supongo que querías adelantarte de nuevo a la opinión pública.

—¿Eso crees? La gente afirma que es una obra de arte, que nunca he escrito nada mejor. ¿Crees que me enorgullezco de las ventas del periódico?

—Yo en tu lugar me sentiría orgulloso.

—Sí, los panfletos han tenido un gran éxito. Pero el éxito ya no me importa nada. Estoy harto de tanta injusticia, ingratitud y falsedad.

Un excelente epitafio, pensó Hérault, en caso de que llegues a necesitar uno.

—Dile a Danton de mi parte —si ello le sirve de consuelo, cosa que dudo— que la campaña de clemencia cuenta con mi simpatía y apoyo.

—Danton y yo nos hemos peleado.

—¿Que os habéis peleado? —repitió Hérault, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué diablos pretendes, Camille?

—Nada… —contestó este, apartando un mechón que le caía sobre la frente.

—¿Has vuelto a meterte con su esposa?

—No, no. Ni mucho menos. Siempre procuramos dejar nuestros sentimientos personales a un lado.

—Entonces, ¿por qué os habéis peleado? ¿Por algo trivial?

—Todo cuanto hago es trivial —contestó Camille con tono irritado—. ¿Acaso no te habías dado cuenta de que soy una persona débil y trivial? ¿Quieres que transmita a Danton algún otro mensaje?

—Sólo que creo que es hora de que tome una decisión.

—¿Temes que aprueben la política de clemencia demasiado tarde y que no consigas salvarte?

—Cada día que pasa es demasiado tarde para que alguien se salve.

—Seguramente tendrá sus motivos para demorarse. Todas esas oscuras coaliciones… Fabre está convencido de que lo sé todo sobre Georges, pero se equivoca. Creo que ni yo ni nadie soportaríamos saberlo todo sobre él.

—A veces te expresas como Robespierre.

—Hace mucho que nos conocemos. Eso es justamente con lo que cuento, con nuestra amistad.

—Esta mañana he recibido una carta de mis colegas del comité. Me acusan de revelar a los austriacos nuestras actas de sesiones secretas —dijo Hérault, haciendo una mueca—. Tendrán que añadir algo más a las pruebas documentales antes de presentar el caso ante el Tribunal, pero eso no representará ningún problema para Saint-Just. Trató de hundirme en Alsacia. No soy un estúpido, pero confieso que es mucho más astuto que yo.

—Debe de ser un defecto de nacimiento.

—Cierto. Voy a presentar mi dimisión del comité. Comunícaselo a Georges. Y felicítale el Año Nuevo de mi parte.

SAINT-JUST: ¿Quién ha pagado a Camille para que escriba eso?

ROBESPIERRE: No, no, te equivocas. Esta situación le disgusta profundamente…

SAINT-JUST: Tengo que reconocer que es un consumado actor. Según parece, os ha engañado a todos.

ROBESPIERRE: ¿Por qué crees que todo lo hace de mala fe?

SAINT-JUST: Te niegas a ver la realidad, Robespierre. O bien Camille obra de mala fe y es un contrarrevolucionario, o se ha ablandado políticamente y es un contrarrevolucionario.

ROBESPIERRE: Es muy fácil para ti decir eso. No estabas aquí en 1789.

SAINT-JUST: Tenemos un nuevo calendario. El año 1789 no existe.

ROBESPIERRE: No puedes juzgar a Camille, porque no sabes nada de él.

SAINT-JUST: Me remito a los hechos. En cualquier caso, hace años que conozco a Camille. Vagaba como un barco a la deriva hasta que se labró un nombre como prostituta literaria. Se vende al mejor postor. Por eso Danton y él tienen tantas cosas en común.

ROBESPIERRE: No comprendo cómo puedes decir esas cosas de un hombre que simplemente exige clemencia.

SAINT-JUST: ¿No? Entonces explícame cómo es que, de un tiempo a esta parte, asiste a todas las cenas y banquetes ofrecidos por aristócratas. ¿Puedes explicarme por qué la gente como la Beauharnais le envían cartas de gratitud y adulación? ¿Puedes explicarme por qué se producen tantos disturbios civiles?

ROBESPIERRE: No se trata de disturbios civiles, sino de legítimas peticiones a la Convención.

SAINT-JUST: Todos los manifestantes invocan su nombre. Es el héroe del momento.

ROBESPIERRE: Es la segunda vez que ocurre.

SAINT-JUST: La gente suele aprovecharse de las personas egocéntricas con fines muy siniestros.

ROBESPIERRE: ¿Por ejemplo?

SAINT-JUST: Para conspirar contra la República.

ROBESPIERRE: Camille no es un conspirador. Son imaginaciones tuyas.

SAINT-JUST: Me refiero a Danton. Ha conspirado con Orléans, con Mirabeau, con Brissot, con Dumouriez, con la Corte, con Inglaterra y con todos nuestros enemigos extranjeros.

ROBESPIERRE: ¿Cómo te atreves a decir eso?

SAINT-JUST: Rompe con él. Oblígalo a comparecer ante el Tribunal para responder a estos cargos.

ROBESPIERRE: Permíteme que te ponga un ejemplo. Sí, frecuentaba a Mirabeau.

Supongo que te refieres a eso. Mirabeau cayó en desgracia, pero cuando Danton lo conoció era considerado un patriota. No era un delito tener tratos con él, por más que tú te empeñes.

SAINT-JUST: Supongo que no te dejaste engañar por Riquetti.

ROBESPIERRE: No.

SAINT-JUST: En tal caso debiste advertir a Danton.

ROBESPIERRE: No me hizo caso. Pero eso tampoco es un delito.

SAINT-JUST: ¿No? Cualquier individuo que no odie a los enemigos de la Revolución me resulta sospechoso. Si no fue un delito, fue algo peor que una torpeza. Había dinero de por medio. Siempre lo hay en los asuntos en los que se halla implicado Danton. No puedes negarlo. Reconoce que el patriotismo de Danton se basa en el dinero. ¿Dónde están las joyas de la Corona?

ROBESPIERRE: Roland era responsable de ellas.

SAINT-JUST: Roland ha muerto. Sigues negándote a aceptar la realidad. Existe una conspiración. Este asunto de la clemencia no es sino un ardid para sembrar la disensión entre los patriotas y ganar unos cuantos adeptos. Pierre Philippeaux, con sus ataques contra el comité, forma parte de la intriga, la cual está encabezada por Danton. Estoy convencido de ello. En el próximo número de *El viejo cordelier* aparecerá un ataque contra Hébert porque tienen que quitárselo de encima antes de alcanzar el poder. También contendrá un ataque contra el comité. Estoy seguro de que se proponen organizar un golpe militar. Tienen a Westermann y a Dillon de su parte.

ROBESPIERRE: Han arrestado de nuevo a Dillon por participar en un complot para rescatar al Delfín. Personalmente, no me parece probable.

SAINT-JUST: Esta vez Camille no conseguirá salvarlo, aunque nadie puede garantizar la seguridad de nuestras cárceles.

ROBESPIERRE: ¡Nuestras cárceles! La gente dice que si no aumenta el suministro de carne asaltarán las cárceles y se comerán a los prisioneros.

SAINT-JUST: La chusma es ignorante y está desesperada.

ROBESPIERRE: ¿Y qué esperabas? Había olvidado preocuparme por el suministro de carne.

SAINT-JUST: Creo que nos estamos desviando del tema.

ROBESPIERRE: Danton es un patriota. Muéstrame alguna prueba contra él.

SAINT-JUST: Eres un hombre muy obstinado, Robespierre. ¿Qué clase de pruebas quieres que te muestre?

ROBESPIERRE: ¿Cómo sabes qué tipo de cartas recibe Camille?

SAINT-JUST: A propósito, cuando te di la lista de las personas con las que ha conspirado Danton, olvidé incluir a Lafayette.

ROBESPIERRE: Bueno, supongo que él completa la lista, ¿no es así?

SAINT-JUST: Sí.

Durante la primera semana del nuevo año alguien remitió a Robespierre ciertos documentos que demostraban sin ningún género de duda la participación de Fabre en el fraude de la Compañía de las Indias Orientales, un asunto que el mismo Fabre, con la colaboración del comité de Policía, había investigado a lo largo de más de dos meses. Robespierre examinó los documentos durante media hora, temblando de rabia y humillación, tratando de dominarse. Cuando oyó la voz de Saint-Just, sintió deseos de levantarse y abandonar la habitación; pero sólo había una salida.

SAINT-JUST: ¿Qué opinas ahora? Camille tenía que estar enterado.

ROBESPIERRE: Protegía a un amigo. No debió hacerlo. Debió decírmelo.

SAINT-JUST: Fabre te engañó.

ROBESPIERRE: Las conspiraciones a las que se refería eran ciertas.

SAINT-JUST: Así es. Todos los que ha nombrado han obrado según predijo. ¿Qué podemos pensar sobre unos individuos tan pérfidos?

ROBESPIERRE: Ahora conocemos la verdad.

SAINT-JUST: Fabre ha estado siempre del lado de Danton.

ROBESPIERRE: Y…

SAINT-JUST: No te hagas el ingenuo.

ROBESPIERRE: Durante la próxima reunión haré que expulsen a Fabre del Club de los Jacobinos. Confiaba en él y se ha burlado de mí.

SAINT-JUST: Todos se han burlado de ti.

ROBESPIERRE: Debo reflexionar sobre mi propensión a confiar en la gente.

SAINT-JUST: Poseo ciertas pruebas que puedo mostrarte.

ROBESPIERRE: Hoy en día cualquier cosa se considera una prueba, cuando lo cierto es que muchas veces se trata de simples rumores o de vana retórica.

SAINT-JUST: ¿Por qué te empeñas en no reconocer tu error?

ROBESPIERRE: Te expresas como un sacerdote, Antoine. Es lo que suelen decir cuando acudes a confesarte, ¿no es así? He cometido un error, lo reconozco. He observado lo que hacían los otros, he escuchado lo que decían, en lugar de examinar sus corazones. Descubriré a todos los conspiradores, te lo aseguro.

SAINT-JUST: Quienesquiera que sean. Por mucho que hayan hecho por la Revolución. La Revolución se ha detenido. Han hecho que se detuviera con sus discursos sobre la moderación. Pero detenerse en una Revolución es dar un paso atrás.

ROBESPIERRE: Estás mezclando las metáforas.

SAINT-JUST: No soy un escritor. Tengo mejores cosas que ofrecer que meras frases.

ROBESPIERRE: ¿Te refieres de nuevo a Camille?

SAINT-JUST: Sí.

ROBESPIERRE: Se ha dejado engañar.

SAINT-JUST: No lo creo, ni tampoco los del comité. Consideramos que es responsable de sus actos, y opinamos que no debe escapar al castigo que merece, por mucho afecto que sientas por él.

ROBESPIERRE: ¿De qué me acusas?

SAINT-JUST: De ser débil.

ROBESPIERRE: No he llegado a ser lo que soy gracias a mi debilidad.

SAINT-JUST: Demuéstranoslo.

ROBESPIERRE: Haré que investiguen su conducta, como haría con cualquier otro. Sólo es un hombre… ¡Dios mío! Confiaba en poder evitar esto.

El quinto número de *El viejo cordelier* apareció el 5 de enero, el 16 de Nivôse. Contenía un duro ataque contra Hébert y su facción, equiparando sus escritos a una cloaca, acusándolos de corrupción y complicidad con el enemigo. También atacaba a Barère y a Collot, miembros del Comité de Salvación Pública.

ACTA DE SESIONES DEL CLUB DE LOS JACOBINOS (1):

EL CIUDADANO COLLOT [*en la tribuna*]: Philippeaux y Camille Desmoulins…

EL CIUDADANO HÉBERT: ¡Justicia! ¡Exijo que se celebre una audiencia!

EL PRESIDENTE: ¡Orden! Eso deben de decidirlo nuestros miembros.

UN JACOBINO: Todos lo hemos leído.

OTRO: Me avergonzaría reconocer que he leído el panfleto editado por un aristócrata.

OTRO: Hébert no desea leerlo, no quiere que se sepa la verdad.

EL CIUDADANO HÉBERT: No, no, no debe ser leído en voz alta. Camille trata de complicar las cosas. Trata de desviar la atención de su persona. Me acusa de robar fondos públicos, lo cual es completamente falso.

EL CIUDADANO DESMOULINS: Tengo pruebas de ello.

EL CIUDADANO HÉBERT: ¡Dios mío! ¡Quiere asesinarme!

ACTA DE SESIONES DEL CLUB DE LOS JACOBINOS (2):

EL PRESIDENTE: Exigimos a Camille Desmoulins que justifique su conducta.

UN JACOBINO: No está aquí.

OTRO: Para alivio de Robespierre.

EL PRESIDENTE: Citaré su nombre tres veces, para darle la oportunidad de justificarse ante los miembros de esta sociedad.

OTRO: Es una lástima que no tenga un gallo al que pueda convencer para que cante tres veces. Sería muy revelador ver lo que es capaz de hacer Danton.

EL PRESIDENTE: Camille Desmoulins…

UN JACOBINO: No ha tenido el valor de presentarse.

UN JACOBINO: Si no ha venido, es inútil llamarlo.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: En tal caso, procederemos a hablar sobre…

EL CIUDADANO DESMOULINS: Aquí estoy.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE [*en voz alta*]: He dicho que procederemos a hablar sobre los delitos del Gobierno británico.

UN JACOBINO: Un tema poco comprometido.

EL CIUDADANO DESMOULINS [*en la tribuna*]: Supongo… Supongo que vais a decir que he cometido un error. Reconozco que puedo haberme equivocado respecto a los motivos de Philippeaux. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida. Debo pediros que me guieis y aconsejéis, pues me siento perdido.

UN JACOBINO: Sabía que se hundiría.

OTRO: Siempre es una táctica segura.

OTRO: Fijaos en Robespierre, ya se ha puesto en pie.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: Pido la palabra.

EL CIUDADANO DESMOULINS: Pero Robespierre, por favor, permíteme decir…

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: Silencio, Camille, deseo hablar.

OTRO: Siéntate, Camille, sólo conseguirás complicar más las cosas.

UN JACOBINO: Es cierto. Deja que hable Robespierre, a ver si consigue sacarte de este lío.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE [*en la tribuna*]: Ciudadanos, Camille se ha comprometido a enmendar sus errores y dejar de publicar esas herejías. Ha vendido una gran cantidad de ejemplares de esos panfletos, y los aristócratas, falsos y traidores, le han adulado, lo cual se le ha subido a la cabeza.

UN JACOBINO: Observo que ha variado de estilo. Ya no hace aquellas largas pausas que solía hacer.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: Esos artículos son peligrosos pues alteran el orden público y alientan la esperanza de nuestros enemigos. Pero debemos distinguir entre el autor y su obra. Camille… no es más que un niño malcriado. Obra de buena fe pero frecuenta malas compañías, las cuales le han engañado. Debemos repudiar esos artículos, que ni siquiera Brissot hubiera firmado, pero no debemos repudiar a Camille. Pido a Camille —como gesto de buena voluntad— que queme esos números de *El viejo cordelier* en presencia de los miembros de esta sociedad.

EL CIUDADANO DESMOULINS: «Quemar no constituye una respuesta».

UN JACOBINO: Cierto. Lo ha dicho Rousseau.

OTRO: Jamás imagine que presenciaría esta escena.

OTRO: ¡Robespierre confundido por su dios Jean-Jacques! Se ha puesto verde.

OTRO: No me gustaría vivir con las consecuencias de ser tan astuto como él.

OTRO: Quizá no tenga que hacerlo.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: ¿Cómo puedes defender esos escritos que entusiasman a los aristócratas, Camille? Si fueras otra persona, ¿crees que merecerías que te tratáramos con tanta indulgencia?

EL CIUDADANO DESMOULINS: No alcanzo a comprenderte, Robespierre. Tú mismo has leído las pruebas de algunos de esos artículos que condenas. ¿Cómo puedes afirmar que los aristócratas leen mis escritos? La Convención y los miembros de esta sociedad los han leído. ¿Acaso son unos aristócratas?

EL CIUDADANO DANTON: Ciudadanos, sugiero que prosigáis con calma vuestras deliberaciones. Y recordad que si atacáis a Camille, atacáis la libertad de prensa.

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: Muy bien. No quemaremos los panfletos. Quizá me equivoco al suponer que un hombre que se aferra con tal tenacidad a sus errores se ha dejado engañar. Quizá no tardemos en ver, detrás de su arrogante fachada, a los hombres que le dictan esos escritos.

[*El ciudadano Fabre d'Églantine se pone en pie, dispuesto a marcharse*].

EL CIUDADANO ROBESPIERRE: No te muevas, d'Églantine.

UN JACOBINO: Robespierre desea decirte algo.

EL CIUDADANO FABRE D'ÉGLANTINE: Puedo justificarme…

LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD, A CORO: ¡Guillotinadle! ¡Guillotinadle!

LUCILE DESMOULINS A STANISLAS FRÉRON

23 de Nivôse, año II

Debes regresar de inmediato. No hay tiempo que perder. Trae a todos los *cordeliers* que puedas hallar, los necesitamos. [Robespierre] ha comprobado que cuando no piensa y actúa de acuerdo con los criterios de ciertas personas, no tiene ningún poder. [Danton] se ha vuelto débil, ha perdido el coraje. D'Églantine ha sido arrestado y se encuentra en la cárcel de Luxemburgo, acusado de delitos muy graves…

Ya no me río, ni juego a ser una gata, ni toco el piano, ni sueño. Me he convertido en un autómata.

XII. *Ambivalencia*

(1794)

La situación es la siguiente: Danton ha solicitado a la Convención que conceda a Fabre la oportunidad de defenderse públicamente, pero esta ha rechazado su petición. Danton se niega a reconocer que ha dejado de ser el jefe de la Convención, y que Hébert dispone de poder sobre las Secciones.

—Yo no soy como Robespierre —dice Danton a Lucile—, no me dejo hundir por una derrota. A lo largo de este asunto he vencido, he perdido, y he vuelto a vencer. Hubo una época en que Robespierre sufría una derrota tras otra.

—Será por eso que les tiene tanta tirria.

—Eso no tiene importancia —contesta Danton—. El maldito comité me vigila estrechamente. Si cometen un fallo, les aplastaré.

Bravas palabras. Sin embargo, Danton ya no es el hombre que ella conocía. Algunos dicen que no se ha recuperado del todo, pero tiene buen aspecto. Otros aseguran que la serenidad y dicha que ha encontrado en su segundo matrimonio han aplacado su espíritu combativo, pero Lucile sabe que son tonterías. A su entender, es su primer matrimonio lo que todavía le afecta. Desde la muerte de Gabrielle parece como si a Danton le faltara algo, como si hubiera perdido su dureza. Es difícil expresarlo, y desde luego confía en equivocarse pues está convencida de que es preciso obrar con mano dura.

Sigamos analizando la situación. Robespierre ha conseguido que los jacobinos no repudien a Camille, pero al precio de humillarse, de casi romper a llorar en la tribuna, ante la divertida mirada de los presentes. Hébert ha escrito un artículo en su periódico ridiculizando al «hombre errado» que protege a Camille, por motivos indescifrables que sólo él conoce.

El Club de los Cordeliers trata de impedir que Camille siga utilizando el nombre de la sociedad en su panfleto. No es que importe, puesto que Desenne se niega a seguir imprimiendo más números, y ningún otro impresor, por apetitosas que sean las

ventas, se atreve a hacerlo.

—Vamos a ver a Robespierre —dice Danton a Lucile—. Coge al niño y nos presentaremos en su casa para organizar la emotiva escena de la reconciliación. Obligaremos a Camille a que nos acompañe y se disculpe ante él. Representaréis vuestro papel de «familia republicana» ejemplar, y Max se sentirá satisfecho. Yo me mostraré amable y conciliador, pero me abstendré de darle palmadas en la espalda, pues sé que le horrorizan.

Lucile sacude la cabeza.

—Camille se negará a acompañarnos. Está muy ocupado escribiendo.

—¿Qué es lo que escribe?

—La verdadera historia de la Revolución, según dice. La «Historia secreta» secreta.

—¿Qué piensa hacer con ella?

—Probablemente quemarla. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Desgraciadamente, todo cuanto digo parece complicar las cosas.

—No sé por qué dices eso, Danton. —Robespierre había estado leyendo a Rousseau, a su Rousseau, y se quitó las gafas—. No creo que lo que puedas decir a estas alturas… —Pero no terminó la frase. Durante unos instantes su rostro adquirió un aire desnudo, desvalido; luego se puso de nuevo las gafas y asumió una expresión opaca e inescrutable—. Sólo quiero decirte una cosa. Rompe totalmente con Fabre, repúdialo. En caso contrario, no cuentes conmigo. Pero si lo haces, podemos empezar a hablar. Acepta los consejos del comité, y garantizaré personalmente tu seguridad.

—¿Mi seguridad? ¿Acaso me estás amenazando?

Robespierre lo miró con aire pensativo y respondió:

—Vadier. Collot. Hébert. Saint-Just.

—Prefiero ser yo mismo quien garantice mi seguridad, Robespierre, utilizando mis propios métodos.

—Tus métodos te destruirán —replicó Robespierre, cerrando el tomo de Rousseau—. Procura no arrastrar también a Camille.

—Cuida de que Camille no te destruya a ti —le espetó Danton, furioso.

—¿Qué quieres decir?

—Hébert se dedica a ridiculizar a Camille y afirma que vuestra amistad se sale de lo corriente.

—Por supuesto que se sale de lo corriente.

O bien Robespierre no comprende a Danton, o bien se niega a comprenderlo. Se trata de una torpeza profesional, cultivada, que constituye una de sus armas.

—Hébert está investigando a fondo la vida privada de Camille.

Robespierre extendió una mano hacia Danton en un gesto tan teatral que parecía habérselo enseñado Fabre.

—Deberían erigirte una estatua en esa postura —dijo Danton—. Sabes de sobra a lo que me refiero. Sé que no os tratabais durante la época de Annette, pero te aseguro que tu amigo nos relataba unas historias muy divertidas sobre las tardes que pasaba lánguidamente en el salón de Annette, y algunas noches en File de la Cité, cometiendo actos contra natura entre las declaraciones juradas. No llegaste a conocer a maître Perrin, ¿verdad? Hubo otros, por supuesto —añadió Danton, soltando una carcajada—. No me mires así, nadie cree que Camille esté enamorado de ti. Le gustan los hombres feos, corpulentos y mujeriegos. Le gusta, en suma, lo que no puede conseguir. Al menos, eso creo.

Robespierre alargó la mano para coger la pluma, pero se detuvo.

—¿Has estado bebiendo, Danton?

—No. No más de lo que suelo beber a estas horas del día. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque supuse que habías estado bebiendo. Trataba de justificar tu conducta —contestó Robespierre. Sus ojos, semiocultos detrás de sus gafas tintadas de azul, se clavaron brevemente en los de Danton. La repentina ausencia de emoción hacía resaltar la dureza de sus pronunciadas facciones—. Creo que nos hemos desviado del tema. Estábamos hablando de Fabre —dijo, extendiendo de nuevo la mano para coger la pluma, como si se tratara de un movimiento reflejo que no pudiera dominar.

(De los cuadernos privados de Robespierre: «Danton habló con desprecio de Camille Desmoulins, atribuyéndole un vicio secreto y vergonzoso»).

—Bien, ¿qué has decidido? —preguntó secamente. Su voz sonaba hueca, como Dios hablando desde el interior de una roca.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué esperas que te responda? No puedo repudiarlo, qué palabra tan estúpida.

—Ha sido uno de tus más estrechos colaboradores. Comprendo que no es fácil para ti romper todo vínculo con él.

—Ha sido mi amigo.

—Ah, tu amigo —dijo Robespierre, sonriendo—. Sé lo mucho que valoras a tus amigos… Claro que Fabre no posee los defectos de Camille. Está en juego la seguridad del país, Danton. Un patriota debe estar dispuesto a anteponer la seguridad de su país incluso al bienestar de su esposa, su hijo o un amigo. No es el momento de dejarse llevar por sentimientos personales.

Danton lo miró con los ojos llenos de lágrimas, que se apresuró a enjugar. Luego abrió la boca, pero no pudo articular palabra.

(De los cuadernos privados de Maximilien Robespierre: «Danton se puso en ridículo, llorando dramáticamente…, en casa de Robespierre»).

—Esto es innecesario —dijo Robespierre—. E inútil.

—Eres un inválido mental —le dijo Danton con tono cansado, frío—. Me inspiras más lástima que Couthon. ¿No te das cuenta, Robespierre? ¿No te preguntas nunca por qué Dios te hizo así? Solía burlarme de ti diciendo que eras impotente, pero te falta algo más que las pelotas. A veces me pregunto si eres de carne y hueso. Hablo

contigo, sé que puedo tocarte, pero estás muerto.

—Te equivocas. Estoy vivo y bien vivo —contestó Robespierre, juntando los dedos de las manos, como un testigo nervioso—. Aunque vivo a mi manera.

—¿Qué ha pasado, Danton?

—Nada. No coincidimos respecto a Fabre. La entrevista fue una pérdida de tiempo —contestó Danton, apoyando un puño en la palma de la otra mano.

Las cinco y media, en la rue Condé. De pronto sonaron unos insistentes golpes en la puerta de la vivienda inferior y Annette se tapó la cabeza con la sábana. Acto seguido se incorporó y saltó de la cama. ¿Qué había sucedido?

Mientras se ponía la bata, oyó unos gritos en la calle. Luego oyó las voces alarmadas de Claude y de Elise, su doncella. Elise era una joven bretona rolliza, supersticiosa y torpe, cuyo francés dejaba bastante que desear.

—Son los de la Sección —dijo, asomando la cabeza sin molestarse en llamar—. Quieren saber si tiene a su amante oculto en su habitación. Dicen que no trate de engañarles, que no son imbéciles.

—¿Mi amante? ¿Te refieres a Camille?

—Lo ha dicho usted, señora, no yo —respondió Elise, sonriendo estúpidamente.

La joven, vestida con un camisón, sostenía en la mano un cabo de vela. Annette pasó bruscamente junto a ella, dándole un empujón y haciendo que la vela cayera al suelo, donde se apagó al instante.

—Esa vela era mía, no suya —protestó Elise.

Annette echó a correr en la oscuridad y chocó con alguien. De pronto notó que una mano la aferraba por la muñeca y percibió un aliento impregnado de alcohol.

—¿Quién tenemos aquí? —preguntó una voz masculina, mientras Annette trataba en vano de librarse de él—. Pero si es milady, medio desnuda.

—Basta, Jeannot —dijo otra voz—. Apresúrate, necesitamos unas velas.

Alguien abrió los postigos, y la luz de las antorchas penetró en la habitación. Elise trajo unas velas. Jeannot contempló a Annette y sonrió con lascivia. Llevaba las holgadas ropas de los sansculottes y una gorra roja con una roseta tricolor encasquetada hasta las cejas. Tenía tal aspecto de patán que, en otras circunstancias, Annette se hubiera echado a reír en sus narices. Súbitamente aparecieron media docena de hombres, los cuales echaron un vistazo a su alrededor, blasfemando y frotándose las manos para entrar en calor. He aquí al Pueblo, se dijo Annette. El amado Pueblo de Max.

El individuo que había amonestado a Jeannot avanzó unos pasos. Era un muchacho de aspecto insignificante, vestido con una raída casaca negra.

—Salud y fraternidad, ciudadana. Somos los representantes de la Sección Mutius

Scaevola —dijo, agitando unos papeles que sostenía en la mano. Las palabras «Sección Luxemburgo» habían sido tachadas y junto a estas habían anotado el nuevo nombre—. Traigo una orden de arresto contra Claude Duplessis, funcionario jubilado, residente en estas señas.

—Esto es una imbecilidad —contestó Annette—. Debe tratarse de un error. ¿De qué se le acusa?

—De conspiración, ciudadana. Tenemos orden de registrar la vivienda y confiscar cualquier documento sospechoso.

—¿Cómo os atrevéis a presentaros a estas horas…?

—Cuando a Père Duchesne le da uno de sus ataques de cólera —respondió uno de los hombres— no esperamos a que amanezca.

—¿Père Duchesne? Ya comprendo. Queréis decir que Hébert no se atreve a atacar a Camille, de modo que envía a gente de vuestra calaña a aterrorizar a su familia. Mostradme la orden de arresto.

Annette extendió el brazo para arrebatar los papeles de manos del joven patán, el cual retrocedió apresuradamente. Uno de los sansculottes la sujetó por la muñeca con una mano, mientras con la otra mano le arrancaba la bata de los hombros, revelando sus pechos. Tras unos segundos de forcejeo, Annette consiguió liberarse. Permaneció inmóvil, temblando de miedo pero sobre todo de indignación.

—¿Es usted Duplessis? —preguntó el joven sansculotte, dirigiendo la vista hacia la puerta.

Al oír voces, Claude se había vestido para bajar a comprobar qué sucedía. Parecía aturdido. A sus espaldas se percibía un vago olor a quemado.

—¿Es esto un interrogatorio? —preguntó Claude con voz temblorosa.

—Apresúrese —contestó el sansculotte, agitando los papeles—. No podemos permanecer aquí todo el día. Estos ciudadanos quieren terminar de una vez y regresar a sus casas.

—Les serviremos enseguida el desayuno —dijo Claude—. No merecen menos después de haber despertado a una familia respetable y haber aterrorizado a mi esposa y a mis sirvientes. ¿Adónde piensa conducirme?

—Coja una bolsa con sus enseres —le ordenó el joven—. Rápido.

Claude lo miró fríamente y se volvió.

—¡Claude! —exclamó Annette—. Recuerda que te amo.

Tras detenerse unos segundos, este salió de la habitación seguido de un coro de insultos e injurias. Annette le oyó encerrarse en su estudio, mientras los sansculottes se precipitaban contra la puerta tratando de derribarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Annette al joven sansculotte.

—Eso no le importa.

—Cierto, pero de todo modos lo averiguaré. Pagará por esto. Puede registrar la casa. No hallará nada que pueda interesarle.

—¿Qué clase de personas son? —oyó Annette que preguntaba uno de los

hombres a Elise.

—Unos desalmados, señor, y muy arrogantes.

—¿Es cierto que ella es la amante de Camille?

—Todo el mundo lo sabe —respondió Elise—. Siempre están encerrados en el salón. Leyendo los periódicos, según dice ella.

—¿Y su marido qué hace?

—¿Ese viejo cabrón? Nada —contestó Elise.

Los hombres se echaron a reír.

—Quizá tengamos que conducirte a la Sección —dijo uno de ellos—. Para hacerte unas cuantas preguntas. Seguro que nos darás unas respuestas muy sabrosas —añadió, extendiendo la mano y pellizcándole un pecho. Elise soltó un pequeño alarido, fingiendo dolor e indignación.

Alarmada, Annette agarró al joven sansculotte del brazo y le ordenó secamente:

—Haga el favor de controlar a sus hombres. ¿Acaso están autorizados a molestar a mis sirvientes?

—Se expresa como la hermana de la Capeto —observó Jeannot.

—Esto es una infamia. Puede estar seguro de que dentro de unas horas lo sabrá la Convención.

Jeannot escupió en el suelo.

—No son más que una pandilla de picapleitos —dijo—. ¿Esto es una Revolución? No habrá Revolución hasta que hayan muerto esos cabrones.

—Descuida —replicó su compañero—, a este ritmo no tardarán en desaparecer todos.

Al cabo de unos instantes apareció Claude, seguido de un par de sansculottes. Llevaba un abrigo y se estaba poniendo los guantes, lenta y minuciosamente.

—Imagínate —dijo, dirigiéndose a Annette—, me acusan de quemar unos papeles. Lo más gracioso es que insistieron en interponerse entre mi persona y la ventana, debajo de la cual había un ciudadano con una pica. Como si un hombre de mi edad fuera a arrojarse por la ventana de un primer piso y privarse de la compañía de tan amables caballeros. —Uno de los hombres lo agarró del brazo, pero Claude lo apartó bruscamente—. Puedo caminar sin que me sostengan. Permítanme que me despida de mi esposa.

Acto seguido, Claude se inclinó y besó la mano de Annette.

—No llores, cariño —dijo—. Envía un recado a Camille.

Al otro lado de la calle se había detenido un flamante carruaje cuyo ocupante miraba a través de la ventanilla cubierta por una discreta cortina.

—Qué desagradable —dijo Père Duchesne, el fabricante de hornos—. Hemos elegido una noche muy poco propicia. Me temo además que nos hemos equivocado de casa. Pero corren tantos rumores… Habría merecido la pena levantarse temprano para ver cómo sacaban a Camille de su cómodo e incestuoso lecho, protestando vivamente y pataleando. Me hubiera gustado arrestarlo por alterar el orden público.

En cualquier caso, esto le dará un buen susto. Me pregunto a quién acudirá esta vez para que le proteja.

Una hora más tarde, Annette se hallaba en la rue Marat.

—Han destrozado la casa —dijo—. Y aunque Elise tiene muchos defectos, no podía permitir que unos rufianes la manosearan. Dame una copa de coñac, Lucile. La necesito. —Cuando su hija salió de la estancia, Annette murmuró—: Oh, Camille, Camille… A Claude se le ocurrió quemar unos papeles. Supongo que todas las cartas que me has escrito se han convertido en humo. En caso contrario, a estas horas ya habrían caído en manos del comité de la Sección.

—De todos modos —dijo Camille—, eran muy castas.

—Pero deseaba conservarlas —contestó Annette, echándose a llorar.

Camille le acarició la mejilla.

—Te escribiré otras cartas —dijo para tranquilizarla.

—¡Quiero recuperarlas! —insistió Annette—. ¿Cómo puedo preguntarle a Claude si las ha quemado? En tal caso, debía de saber dónde las guardaba. ¿Crees que las habrá leído?

—No. Claude es incapaz de semejante cosa. Es distinto de nosotros —respondió Camille, sonriendo—. No te preocupes, en cuanto consiga que regrese a casa se lo preguntaré.

—Te veo muy animado, querido —observó Lucile cuando regresó con el coñac.

Annette lo miró. Es cierto, pensó mientras apuraba la copa de un trago, es indestructible.

El discurso de Camille ante la Convención fue breve, audible y alarmante. Algunos murmuraron que los parientes de los políticos podían ser tan sospechosos como cualquier otro ciudadano, pero la mayoría del público se estremeció cuando Camille describió la irrupción de los sansculottes en casa de Duplessis. Habían tenido suerte de no vivir esa experiencia, dijo Camille; quizá no tardarían en vivirla.

Al contemplar los bancos medio vacíos, los diputados comprendieron que tenía razón. Hubo aplausos cuando se refirió a las salvajes depredaciones de un antiguo cajero de teatro; un murmullo de aprobación cuando deploró un sistema que permitía que un personaje tan detestable prosperara. Cuando Camille abandonó la tribuna, Danton se puso en pie y exigió que terminaran los arrestos.

En las Tullerías.

—Saluda de mi parte al ciudadano Vadier y dile que está aquí el abogado de la Lanterne —dijo Camille.

Vadier fue sacado por unos funcionarios de una sesión del comité de Policía.

—Si me cierras el periódico tendrás que habértelas conmigo —le dijo Camille,

sonriendo amablemente y empujando a Vadier contra la pared.

—¡Abogado de la Lanterne! —protestó Vadier—. Creí que te habías propuesto enmendar tu conducta.

—Llámalo nostalgia —respondió Camille—. O costumbre. Llámalo como quieras, pero no te librarás de mí hasta que hayas respondido a unas cuantas preguntas.

Vadier se acarició con aire malhumorado la larga nariz de inquisidor y juró sobre la cabeza del Supremo Hacedor que no sabía nada del asunto. No obstante, reconoció que era posible que los funcionarios de la Sección se hubieran excedido en su celo, que Hébert hubiera actuado movido por el rencor; no, no tenía pruebas contra ningún Claude Duplessis, funcionario jubilado.

—Hébert es un idiota —dijo, mirando a Camille con odio y considerable alarma —, por haber dado a las gentes de Danton la posibilidad de hacer uso de su fuerza.

Robespierre abandonó, parpadeando y preocupado, una reunión del Comité de Salvación Pública, requerido por un urgente mensaje. Al ver a Camille se apresuró a agarrarlo del brazo, dictó una rápida lista de instrucciones a un secretario y mencionó sus deseos de ver a Père Duchesne en el infierno. Los curiosos que presenciaron la escena notaron su tono, las prisas y, sobre todo, el apretón de manos. Tomaron rápida nota de las señales de su rostro, para intentar descifrarlas más tarde. De inmediato, casi imperceptiblemente —entre miradas interrogantes y gestos ambiguos, como si trataran de olfatear los vientos políticos que soplaban— comenzaron a circular toda clase de especulaciones y rumores. Al mediodía, Hébert mostraba una expresión bastante menos satisfecha; de hecho se sintió profundamente alarmado hasta mucho después de que Claude Duplessis hubiera sido liberado, y permaneció oculto hasta varias semanas más tarde, cuando oyó una patrulla al amanecer, y comprobó que no tenía amigos.

El nuevo calendario no funcionaba. En Nivôse apenas nevó, y la primavera se presentó antes de Germinal. Llegó moderadamente temprano, de forma que las floristas se congregaron en las esquinas de las calles y las modistas empezaron a confeccionar unos sencillos trajes patrióticos para el verano de 1794.

En los jardines de Luxemburgo colgaban de los árboles unos espléndidos estandartes verdes entre las fundiciones de cañones. Fabre d’Églantine observó el cambio de estaciones, desde su celda en el Edificio Nacional que había sido antaño el palacio de Luxemburgo. Los días fríos, ventosos y luminosos le producían dolores en el pecho. Cada mañana se miraba en el espejo que había pedido que le enviaran de casa, observando que su rostro parecía más afilado y sus ojos sospechosamente brillantes, con una brillantez que no tenía nada que ver con sus perspectivas.

Sabía que las iniciativas de Danton no habían prosperado, que este no se trataba con Robespierre. Danton, ve a ver a Robespierre, exigió Fabre a la pared de su celda:

suplícale, engáñale, exígele, oblígale a ceder. A veces yacía despierto, imaginando oír los pasos de la masa de simpatizantes de Danton atravesando la ciudad; pero sólo oía el silencio. El carcelero le informó que Camille había hecho las paces con Robespierre, añadiendo que él y su mujer no creían que Camille fuera un aristócrata, que el ciudadano Robespierre era amigo leal del trabajador, y que su buena salud constituía la única garantía de azúcar en los comercios y de leña a precios razonables.

Fabre repasó mentalmente todos los favores que había hecho a Camille; lo cierto es que no eran muchos. Pidió que le enviaran su *Enciclopedia* y su pequeño telescopio de marfil; con esos objetos como única compañía, se dispuso a aguardar la muerte natural o no natural.

El 17 de Pluviôse no llovió. Robespierre habló ante la Convención, destacando las líneas maestras de su futura política, sus planes para una República de la Virtud. Al terminar su discurso sonó un murmullo de consternación. Parecía más fatigado de lo habitual, quizá por haber hablado durante varias horas desde la tribuna. Tenía los labios exangües, los ojos enrojecidos y con profundas ojeras. Algunos de los supervivientes de aquella época mencionaron la súbita postración de Mirabeau. Sin embargo, Robespierre apareció puntualmente para asistir a la siguiente sesión del comité, escrutando los rostros de los presentes para comprobar si alguien daba muestras de sentirse decepcionado.

El 22 de Pluviôse se despertó en plena noche, con dificultades para respirar. Se sentó con esfuerzo ante su escritorio, pero había olvidado lo que deseaba escribir. De golpe, las náuseas le obligaron a hincarse de rodillas en el suelo. No vas a morirte, se dijo, mientras luchaba por expulsar el aire atrapado en sus pulmones; no debes, no puedes morirte. Has sobrevivido a cosas peores.

Cuando pasó el ataque, se levantó del suelo. No lo haré, dijo su cuerpo; has acabado conmigo, me has matado, me niego a servir a semejante amo.

Si permanezco aquí, pensó Robespierre, me tumbaré en el suelo y caeré dormido, pillaré un resfriado y todo habrá terminado.

No debiste tratarme como si fuera tu esclavo, protestó el cuerpo, abusando de mí, imponiéndome unos absurdos ayunos, una vida casta y pocas horas de sueño. ¿Qué vas a hacer ahora? Ordena a tu intelecto que se levante del suelo, obliga a tu mente a que mañana se mantenga despierta.

Tras grandes esfuerzos, consiguió agarrarse a la pata de una silla y después al respaldo. Observó su mano deslizándose sobre la madera, como un objeto distante. Le estaba venciendo el sueño. Soñó con la casa de su abuelo. Alguien comentó que no había barriles para conservar en ellos la cerveza elaborada aquella semana; toda la madera disponible había sido utilizada para construir el cadalso. ¿El cadalso? Robespierre se apresuró a sacar del bolsillo la carta que le había escrito Benjamin Franklin, en la que le decía: «Eres una máquina eléctrica».

Eléonore lo halló al amanecer. Ella y su padre montaron guardia junto a la puerta hasta que, a las ocho, llegó el doctor Souberbielle. El médico habló lenta y pausadamente, como si se dirigiera a un sordomudo:

—No puedo garantizarle los resultados.

Robespierre murmuró unas palabras. Souberbielle se inclinó para oírle.

—¿Debo hacer mi testamento? —preguntó Robespierre.

—No creo que sea necesario —contestó el doctor sonriendo—. ¿Dispone usted de muchos bienes?

Robespierre sacudió la cabeza. Luego cerró los ojos y sonrió débilmente.

—No se trata de nada grave —les tranquilizó Souberbielle—. Son dolencias sin importancia. En septiembre temimos perder a Danton. Tantos años trabajando duramente, y de pronto el pánico consiguió reducir a un hombre fuerte como él a un estado de total postración. Robespierre no es fuerte, pero no se morirá, por supuesto. Nadie se muere por ese tipo de cosas; lo único que sucede es que su vida empieza a ser más complicada. ¿Que cuánto tiempo tardará en recuperarse? Necesita reposo, eso es lo más importante. Yo diría que un mes. Si se levanta antes, no me hago responsable.

Fueron a visitarlo algunos miembros del comité. Robespierre se sentía tan aturdido que le llevó unos minutos reconocerlos, pero entonces se dio cuenta de que pertenecían al comité.

—¿Dónde está Saint-Just? —murmuró. El médico le había recomendado que no se cansara ni forzara la voz. Los miembros del comité se miraron.

—Lo ha olvidado —dijeron—. Lo has olvidado —le dijeron—. Ha partido hacia la frontera. Regresará dentro de diez días.

—¿Y Couthon? Podíais haberlo subido en brazos por la escalera.

—Está indispuesto —respondieron—. Couthon también está indispuesto.

—¿Va a morirse?

—No, pero su parálisis ha empeorado.

—¿Regresará mañana?

—No.

Entonces, ¿quién gobernará el país?, se preguntó Robespierre. Saint-Just.

—Danton… —empezó a decir. No se esfuerce, le había recomendado el médico. Si no hace esfuerzos, le costará menos respirar. Robespierre se llevó la mano al pecho, aterrado. No podía seguir sus consejos. Se estaba asfixiando.

—¿Vais a darle mi cargo a Danton?

Los miembros del comité se miraron de nuevo. Robert Lindet se inclinó sobre él y preguntó:

—¿Es eso lo que deseas?

Robespierre sacudió la cabeza con vehemencia. Le parecía oír a Danton diciendo: «Unos actos contra natura entre las declaraciones juradas… ¿Nunca te preguntas por qué Dios te hizo así?». Buscó con la mirada a ese sólido abogado normando, un

hombre sin teorías, sin pretensiones, un desconocido para las masas.

—No debéis dárselo —dijo Robespierre al cabo de unos instantes—. No debe gobernar. Carece de *vertu*.

Lindet lo miró perplejo.

—Durante un tiempo no estaré con vosotros —dijo Robespierre—. Luego estaré de nuevo con vosotros.

—Esas palabras le suenan —observó Collot—, pero no recuerda dónde las ha oído. Descuida, aún no ha llegado el momento de tu apoteosis.

—Sí, sí, sí —dijo Lindet suavemente.

Robespierre miró a Collot. Se está aprovechando de mi debilidad, pensó.

—Dadme un trozo de papel —murmuró. Quería escribir una nota diciendo que en cuanto se recuperara, Collot debía ser «reducido».

Los miembros del comité conversaron amablemente con Eléonore. No creían, como afirmaba el doctor Souberbielle, que dentro de un mes Robespierre se hubiera restablecido. De todos modos, le aseguraron que en caso de que falleciera, ella sería considerada a todos los efectos como su viuda, al igual que Simone Evrard era considerada la viuda de Marat.

Pasaron varios días. Souberbielle le permitió recibir más visitas, leer un poco y escribir, pero sólo cartas personales. También le autorizó a ser informado sobre las noticias del día, siempre y cuando no fueran preocupantes; pero todas las noticias eran preocupantes.

Al cabo de unos días regresó Saint-Just. Todo va bien en el comité, dijo a Robespierre, vamos a aplastar a las facciones. ¿Está decidido Danton a negociar la paz?, le preguntó Robespierre. Sí, contestó Saint-Just. Pero nadie le apoya. Los buenos republicanos hablan de victoria.

Saint-Just tenía veintiséis años. Era un hombre apuesto, dotado de una fuerte personalidad. Se expresaba con frases cortas y concisas. Hábleme del futuro, le rogó Robespierre. Saint-Just le habló sobre la espartana república soñada por él. A fin de crear una nueva raza de hombres, le dijo, los niños serían apartados de sus padres cuando cumplieran los cinco años, para ser instruidos como granjeros, soldados o abogados. ¿También las niñas?, inquirió Robespierre. No, las niñas no son importantes, permanecerán en casa con sus madres.

Robespierre movió nerviosamente las manos sobre la colcha. Pensó en su ahijado, de un día de edad, mientras su padre le acariciaba la cabeza con sus largos dedos; su ahijado, hacía unas semanas, agarrado del cuello de su casaca, pronunciando un discurso. Pero Robespierre se sentía demasiado débil para discutir. La gente decía que Saint-Just estaba enamorado de Henriette Lebas, la hermana de Philippe, el marido de Babette. Pero él no lo creía; no creía que Saint-Just estuviera enamorado de nadie.

Esperó a que Eléonore saliera de la habitación. Se sentía más fuerte, capaz de dar órdenes.

—Deseo ver a Camille —dijo a Maurice Duplay.

—¿Crees que es una buena idea?

Duplay envió recado a casa de Camille. Curiosamente, Eléonore no parecía satisfecha ni disgustada.

Cuando acudió Camille, no hablaron sobre política ni de los últimos años. En un momento dado, cuando Camille mencionó a Danton, Robespierre giró la cabeza, como si no deseara hablar de él. Charlaron sobre el pasado, su pasado común, con la forzada jovialidad que muestra la gente cuando hay un cadáver en la casa.

Cuando se quedó a solas nuevamente, Robespierre soñó con la República de la Virtud. Cinco días antes de caer enfermo había definido claramente sus límites. Deseaba una república donde imperara la justicia, el bienestar de la comunidad, la capacidad de sacrificio. Veía un pueblo libre, amable, bucólico e instruido. Las tinieblas de la superstición habían desaparecido de la vida de la gente como aguas pantanosas absorbidas por la tierra. En su lugar había florecido el culto racional, jocundo, al Ser Supremo. Las gentes eran felices; sus corazones no estaban angustiados ni su carne atormentada por preguntas sin respuesta ni deseos insatisfechos. Los hombres abordaban los asuntos del poder con rigor e inteligencia; instruían a sus hijos y cultivaban sus tierras. Los perros y los gatos, incluso los animales del campo, eran respetados por lo que eran. Las muchachas, adornadas con guirnaldas y vestidas con vaporosos vestidos de lino pálido, se movían majestuosamente entre columnas de mármol blanco. Robespierre contempló el oscuro resplandor de los olivares, y el cielo azul.

—Mira —dijo Robert Lindet, mostrándole un pedazo de pan que llevaba envuelto en un periódico—. Tócalo, pruébalo.

Robespierre lo desmenuzó con los dedos. Tenía un olor acre, a moho.

—Supuse que no estabas enterado, dado que sólo te alimentas de naranjas —dijo Lindet—. En estos momentos abunda el pan, pero como verás, es incomible. En las lecherías no hay leche, y los pobres suelen beber mucha leche. En cuanto a la carne, la gente tiene suerte de conseguir un pequeño pedazo que echar al caldo. Las mujeres se levantan a las tres de la mañana para hacer cola frente a las carnicerías. Esta semana la Guardia Nacional ha tenido que intervenir en varias peleas entre mujeres que intentaban conseguir carne.

—Si persiste esta situación —contestó Robespierre, pasándose una mano por la frente—, no sé cómo acabaremos. La gente se moría de hambre bajo el viejo régimen. ¿Dónde ha ido a parar toda la comida, Lindet? La tierra sigue produciendo.

—Danton dice que hemos bloqueado el comercio con nuestros reglamentos. Dice —y no le falta razón— que los campesinos no llevan sus productos a las ciudades por temor a ser acusados de especuladores y que los linchen. Hemos requisado lo que hemos podido, pero la gente prefiere ocultar sus productos y dejar que se pudran. Los hombres de Danton dicen que si elimináramos los controles, el mercado empezaría a moverse de nuevo.

—¿Y tú qué opinas?

—Los agitadores de las Secciones apoyan los controles. Dicen a la gente que es la única forma de hacer las cosas. La situación es seria.

—¿Y bien?

—Espero tus instrucciones.

—¿Qué opina Hébert?

—Discúlpame. Dame el periódico —contestó Lindet. Al abrirlo cayó una lluvia de migas al suelo—. «Los carniceros que tratan a los sansculottes como perros y sólo les dan huesos para roer deberían ser guillotinados como todos los enemigos del pueblo llano».

—Muy constructivo —observó Robespierre despectivamente.

—Por desgracia, la masa no ha adquirido mucha sabiduría desde 1789. Ese tipo de sugerencia les parece una solución muy acertada.

—¿Hay mucho descontento entre el populacho?

—En cierto sentido, sí. No exigen libertad, ni se muestran interesados en estos momentos en reivindicar sus derechos. En Navidad, las propuestas de Camille y la libertad de los sospechosos eran unos temas muy populares, pero ahora sólo piensan en la escasez de comida.

—Sin duda Hébert se aprovechará de ello —dijo Robespierre.

—Hay mucha agitación en las fábricas de armas. No podemos permitirnos el lujo de que estallen huelgas. El Ejército carece de provisiones.

—Los agitadores deben ser aprehendidos —contestó Robespierre—, en las calles, en las fábricas, donde sea. Comprendo que la gente tiene problemas, pero no podemos perder el control de la situación. Es preciso sacrificarse en aras de la nación. A la larga, todo se arreglará.

—Saint-Just y Vadier mantienen un control férreo sobre el comité de Policía. Lamentablemente —dijo Lindet—, sin una decisión política de alto nivel no podemos hacer nada contra los auténticos agitadores.

—Hébert.

—Trata de provocar una insurrección. El Gobierno caerá. Lee el periódico. Existe cierto movimiento entre los *cordeliers*…

—No hace falta que me lo digas —contestó Robespierre—, lo sé de sobra. Las arengas para levantar el ánimo, las reuniones secretas. Hébert es el único capaz de socavar la influencia de Danton. Me desespera verme obligado a permanecer en la cama, impotente, mientras todo se desmorona a mi alrededor. ¿No crees que la gente se mostrará leal con el comité, después de haberles salvado de una invasión y de que intentamos que no se mueran de hambre?

—Confiaba en poder ahorrarte esto —respondió Lindet, sacando un pedazo de papel del bolsillo. Era una nota oficial en la que constaba el horario laboral y los salarios de los talleres gubernamentales. Las esquinas del papel estaban rotas, como si hubiera sido arrancado de la pared.

Robespierre se lo cogió de las manos. El aviso estaba firmado por seis miembros

del Comité de Salvación Pública. Debajo de las firmas, toscamente escrito con pintura roja, aparecían las siguientes palabras:

CANÍBALES, LADRONES, ASESINOS

Robespierre dejó caer el papel sobre la colcha.

—Ni siquiera a los Capeto los trataban así —dijo, apoyando la cabeza en las almohadas—. Es mi deber perseguir a los individuos que han engañado y manipulado a esos desgraciados. Te juro que a partir de ahora guiaré la Revolución con mano firme.

Cuando Lindet se hubo marchado, Robespierre permaneció pensativo, reclinado sobre las almohadas, contemplando las sombras que se proyectaban en el techo a medida que oscurecía. Al cabo de un rato entró Eléonore con una vela. Echó unos troncos en la chimenea y recogió los papeles desparramados sobre el escritorio y el lecho. Luego colocó de nuevo los libros en la estantería, rellenó la jarra de agua que había en la mesita de noche y corrió las cortinas.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó a Robespierre, acariciándole el rostro suavemente.

—Mucho mejor —contestó él, sonriendo.

De improviso Eléonore se sentó a los pies de la cama, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—Temimos que fueras a morirte —dijo, cubriéndose la cara con las manos—. Parecías un cadáver cuando te hallamos tendido en el suelo. ¿Qué sería de nosotros si murieras? No podríamos continuar adelante sin ti.

—Pero no he muerto —contestó Robespierre con tono afectuoso pero enérgico—. Ahora sé perfectamente lo que debo hacer. Mañana acudiré a la Convención.

Era el 21 de Ventôse, es decir, el 11 de marzo. Habían transcurrido treinta días desde que se había retirado de la vida pública. De golpe le parecía como si durante los últimos años hubiera permanecido encerrado en una concha en la que apenas penetraba un poco de luz y algunos murmullos, como si su enfermedad la hubiera partido en dos y la mano de Dios le hubiera sacado de ella, limpio y purificado.

12 de marzo.

—La Convención ha renovado durante un mes el mandato del comité —dijo Robert Lindet—. Nadie se opuso —añadió con tono solemne, como si pronunciara un discurso desde la tribuna.

—Hummm —respondió Danton.

—Es lógico que nadie se opusiera —terció Camille, paseándose de un lado al otro de la habitación—. Los miembros de la Convención se levantaban cuando sonaban los aplausos de la galería, que imagino que el comité se había ocupado de llenar.

—En efecto —contestó Lindet—. No se dejó nada al azar. ¿Te alegrará la muerte de Hébert? —preguntó, dirigiéndose a Camille—. Supongo que sí.

—¿Crees que es un resultado inevitable? —preguntó Danton.

—El Club de los Cordeliers exige una insurrección, durante un «día». Al igual que Hébert en su periódico. Ningún gobierno, desde hace cinco años, ha conseguido sofocar una insurrección.

—Pero no estaban presididos por Robespierre —contestó Camille.

—Exactamente. O la reprimirá antes de que estalle o la aplastará por la fuerza de las armas.

—Es un hombre de acción —dijo Danton, soltando una carcajada.

—Como lo eras tú hace un tiempo —dijo Lindet.

Danton extendió el brazo en un dramático gesto.

—Yo soy la oposición.

—Robespierre amenazó a Collot. Si Collot hubiera mostrado la menor simpatía hacia las tácticas de Hébert, en estos momentos estaría en la cárcel.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Saint-Just ha estado acosando a Robespierre durante toda una semana. Robespierre siente un profundo respeto hacia él; a su parecer, Saint-Just es incapaz de cometer un error. Creemos que a la larga acabarán peleándose, pero en estos momentos eso es mera especulación. Según Saint-Just, si Hébert se marcha, Danton también debe irse. Para equilibrar las facciones.

—No se atreverán a echarme. Yo no soy una facción, Lindet. Soy uno de los principales protagonistas de la Revolución.

—Saint-Just cree que eres un traidor, Danton. Busca pruebas que confirmen tus tratos con el enemigo. ¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Por absurdo que parezca, está convencido de ello. Lo ha manifestado ante el comité. Collot y Billaud-Varennes lo apoyan decididamente.

—Pero el importante es Robespierre —se apresuró a decir Camille.

—Deduzco que debisteis pelearos la última vez que os visteis, Danton. Robespierre tiene el aire de un hombre que está tratando de tomar una difícil decisión. No te ataca, pero tampoco te defiende como hacía antes. Durante la sesión de hoy permaneció muy callado. Algunos creen que es porque todavía no está completamente restablecido, pero hay algo más. Tomó nota de todo cuanto se dijo y observó estrechamente a todos los presentes. Si Hébert cae, tú también debes irte.

—¿Irme?

—Así es.

—¿Es ese el mejor consejo que puedes darme, amigo Lindet?

—Deseo que sobrevivas. Robespierre es un profeta, un soñador. Y los profetas no se han distinguido como jefes de Gobierno, como es bien sabido. Cuando él haya desaparecido, ¿quién conducirá los destinos de la república si no lo haces tú?

—¿Un soñador? ¿Un profeta? Eres muy persuasivo —le contestó Danton—. Si

sospechara que ese esquelético y demacrado eunuco se había propuesto hundirme, le partiría el pescuezo.

Lindet se sentó.

—Trata de convencerlo tú, Camille —dijo.

—Verás, mi postura es un tanto… ambivalente.

—Un término muy acertado para describirte —observó Danton.

—Saint-Just habló hoy contra ti en el comité, Camille. Al igual que Collot y Barère. Robespierre les dejó hablar y luego dijo que la culpa la tenían las malas compañías que frecuentabas. Barère dijo que estaba harto de oír esa excusa y le hizo entrega de unos documentos, al parecer muy comprometedores para ti, que a su vez le había entregado Vadier, del comité de Policía. Robespierre los ocultó debajo de unos papeles, colocó los codos sobre ellos y se apresuró a cambiar de tema.

—¿Suele hacer esas cosas con frecuencia?

—Sí.

—Apelaré al pueblo —dijo Danton—. Imagino que tendrá una idea de qué clase de gobierno desea tener.

—Hébert ya ha apelado al pueblo —respondió Lindet—. El comité lo llama insurrección planificada.

—Hébert no posee mi protagonismo en la Revolución. Ni de lejos.

—No creo que al pueblo le importe —dijo Lindet—. No creo que les importe si tú, Hébert o Robespierre os hundís o conseguís manteneros a flote. La gente está agotada. Asisten a los juicios para divertirse. Son más entretenidos que el teatro. La sangre es real.

—Se diría que estás desesperado —terció Camille.

—Te equivocas. Me limito a ocuparme del abastecimiento de comida, tal como me encargó que hiciera el comité.

—Eres muy leal al comité.

—En efecto. Por consiguiente, es preferible que no vuelva.

—Si consigo salir vencedor, recordaré tus buenos oficios, Lindet.

Robert Lindet asintió e hizo una pequeña y burlona reverencia. Pertenecía a otra generación; no era obra de la Revolución. Obstinado y prudente, trataba simplemente de sobrevivir un día tras otro, de lunes a martes, según sus propias palabras.

En las Secciones estalla una violenta disputa verbal, y frente al Ayuntamiento se organiza una manifestación sin importancia.

El 23 de Ventôse, Saint-Just leyó un informe ante la Convención poniendo al descubierto un complot entre ciertos jefes de facciones, inspirado por agentes extranjeros, destinado a destruir al gobierno representativo y matar de hambre a los ciudadanos de París. El 24 de Ventôse, a primeras horas de la mañana, Hébert y sus secuaces fueron arrestados en sus domicilios por la policía.

ROBESPIERRE: No alcanzo a comprender el propósito que según nuestros amigos pueda tener esta entrevista.

DANTON: ¿Cómo va el juicio?

ROBESPIERRE: No ha habido ningún problema. Confiamos en que concluya mañana. ¿O no te refieres al juicio de Hébert? Fabre y Hérault comparecerán ante el Tribunal dentro de unos días. Ignoro la fecha exacta, pero Fouquier te informará.

DANTON: Supongo que no estarás tratando de atemorizarme. Hablemos sin rodeos.

ROBESPIERRE: No tengo nada contra ti. Sólo te pido que rompas todo trato con Fabre. Lamentablemente, existen ciertas personas que dicen que si Fabre va a juicio, tú también deberías ser juzgado.

DANTON: ¿Y tú qué opinas?

ROBESPIERRE: Tus actividades en Bélgica eran sospechosas. Sin embargo, creo que el principal culpable es Lacroix.

DANTON: Camille…

ROBESPIERRE: No quiero hablar de Camille.

DANTON: ¿Por qué?

ROBESPIERRE: La última vez que nos vimos te referiste a él con desprecio.

DANTON: Como gustes. El caso es que en diciembre estabas dispuesto a reconocer que era preciso mitigar el Terror, que las personas inocentes…

ROBESPIERRE: Me disgustan esas frases emotivas. Supongo que al decir «inocentes» te refieres a «personas que por una u otra razón me caen bien». No se trata de eso sino de lo que descubre el Tribunal. En ese sentido, ninguna persona inocente ha sufrido.

DANTON: ¡Dios mío! No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Cómo te atreves a decir que ninguna persona inocente ha sufrido?

ROBESPIERRE: Espero que no vayas a echarte a llorar. Es el tipo de artimaña al que recurren gentes como Fabre y los actores, pero a ti no te sienta bien.

DANTON: Apelo a ti por última vez. Tú y yo somos las únicas personas capaces de gobernar este país. De acuerdo, reconozco que no nos tenemos simpatía, pero me consta que no sospechas de mí, al igual que yo no sospecho de ti. A algunos les gustaría que nos destruyéramos mutuamente, pero por mi parte no lo conseguirán. Te propongo que nos aliemos.

ROBESPIERRE: Nada me complacería más. Deploro las facciones. También deploro la violencia. Sin embargo, prefiero destruir a las facciones mediante la violencia que ver cómo la Revolución cae en manos de gentes capaces de pervertirla.

DANTON: ¿Te refieres a las mías?

ROBESPIERRE: Hablas siempre sobre la inocencia, pero me gustaría saber dónde

están esas personas inocentes. Yo no las veo.

DANTON: Para ti todo el mundo es culpable.

ROBESPIERRE: Supongo que si tuviera tu moral y tus principios, el mundo sería un lugar muy distinto. No habría necesidad de castigar a nadie. No existirían delincuentes. Nadie cometería ningún delito.

DANTON: No te soporto ni a ti ni a tu ciudad. Me llevo a mi esposa y a mis hijos a Sèvres. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Sèvres, 22 de marzo, o sea, 2 de Germinal.

—Por fin habéis llegado. Hace un tiempo espléndido —dijo Angélique, besando a sus nietos y abrazando a Louise. Esta la besó en la mejilla—. ¿Cómo es que no os han acompañado Camille y su familia? Los viejos podían haber venido también, tenemos sitio de sobra.

Louise tomó buena nota de que había descrito a Annette Duplessis como una «vieja».

—Queríamos estar solos —contestó.

—¿Ah, sí? —dijo Angélique. Era un deseo que no alcanzaba a comprender.

—¿Cómo está mi amigo Duplessis? —preguntó el señor Charpentier—. Espero que se haya recuperado de su amarga experiencia.

—Está perfectamente —respondió Danton—, aunque muy envejecido. Supongo que es lógico, teniendo un yerno como Camille.

—Tú también has hecho que me salgan algunas canas, Georges.

—¡Cómo pasa el tiempo! —suspiró Angélique—. Recuerdo a Claude como un hombre muy apuesto. Estúpido, pero guapísimo. Me gustaría revivir los últimos diez años, ¿no estás de acuerdo, nuera?

—No —contestó Louise.

—Tendría seis años —dijo Danton—. Pero yo daría cualquier cosa por poder volver a vivirlos. Cambiaría muchas cosas.

—Te faltaría la perspectiva que proporcionan los años —dijo la señora Charpentier.

—Recuerdo una tarde —dijo el señor Charpentier—. Debía ser hacia 1786 o 1787. Duplessis entró en el café y le invité a cenar. Él rechazó mi invitación, aduciendo que estaban muy ocupados en el Tesoro, pero me aseguró que en cuanto pasara la crisis la aceptaría con mucho gusto.

—¿Y bien? —preguntó Louise.

—Todavía lo espero —contestó Charpentier, sonriendo.

Dos días más tarde, el tiempo empeoró. El cielo amaneció encapotado, hacía frío y soplaba viento. Los Charpentier se apresuraron a encender las chimeneas antes de que llegaran unos visitantes de París —el diputado Fulano de Tal y el ciudadano Zutano de Cual, de la Comuna—, quienes se encerraron con Danton en la sala de

estar. La conversación fue breve, pero todos los ocupantes de la casa pudieron oír sus voces crispadas. Al cabo de un rato los visitantes se despidieron, diciendo que debían regresar precipitadamente a París. Ofrecían un aire firme y decidido, casi agresivo, que Angélique consideró el presagio de una crisis.

Cuando interrogó a su yerno sobre esas misteriosas visitas, este, sentado con la espalda encorvada y aspecto taciturno, guardó un momento de silencio.

—Han venido a pedirme que regrese para intentar conseguir el apoyo de la Convención —respondió al fin—. Westermann me ha enviado una carta. ¿Te acuerdas de mi amigo, el general Westermann?

—Un golpe militar —dijo Angélique, aterrada—. ¿Quién sufrirá esta vez, Georges?

—De eso se trata. Si no puedo resolver la situación sin que se produzca derramamiento de sangre, prefiero dejar el asunto en manos de otra persona. No quiero más muertes sobre mi conciencia. Ya no estoy seguro de nada, y no quiero arriesgar la vida de un solo inocente. ¿Tan difícil resulta de comprender? —Angélique sacudió la cabeza—. Mis amigos en París no lo entienden. Lo interpretan como unos escrúpulos absurdos, un capricho, pereza o falta de coraje. Pero lo cierto es que estoy harto de todo.

—Confío en que Dios te perdone, Georges —murmuró Angélique—. Sé que no eres un hombre de fe, pero rezo todos los días por ti y por Camille.

—¿Qué le pides a Dios? —preguntó Danton—. ¿Que nos conceda un triunfo político?

—No, que os juzgue con misericordia.

—Todavía no estoy listo para ser juzgado. Deberías incluir a Robespierre en tus oraciones. Aunque estoy seguro de que a menudo habla con Dios.

A media tarde llegó otro carruaje. Seguía lloviendo a cántaros. Los niños estaban en una habitación superior de la casa, jugando y gritando a voz en cuello. Angélique andaba muy atareada de un lado para el otro, y su yerno estaba sentado junto a la chimenea, conversando con un perro que yacía empapado a sus pies.

Louise miró a través de la empañada ventana y murmuró:

—Oh, no…

Acto seguido se recogió la falda y salió corriendo de la habitación.

El agua caía a mares, fuentes y canales de las ropas de Legendre, el carnicero.

—¡Vaya tiempecito! —exclamó—. Si doy un paso más me ahogo.

—No caerá esa breva —contestó una voz tras él.

Legendre se volvió, ronco, con el rostro encendido, sacudiendo los pies, hacia su compañero de viaje.

—Pareces una rata —dijo a Camille.

Angélique besó afectuosamente a Camille y oprimió la mejilla contra sus negros

rizos. Murmuró unas palabras en italiano mientras aspiraba el aroma de lana mojada.

—No sé que voy a decirle —masculló Camille.

Angélique le abrazó, y de pronto vio, con toda claridad, los rayos de sol proyectándose oblicuamente sobre las mesitas de mármol, percibió el tintineo de las copas y las tazas, el olor del café recién molido, el murmullo del río y el leve perfume del cabello empolvado. Permanecieron abrazados unos instantes, inmóviles, mirándose fijamente, aterrorizados, mientras las densas nubes se deslizaban impulsadas por el viento y la torrencial lluvia los envolvía como una pesada capa.

Legendre se sentó y dijo:

—Puedo asegurarte que Camille y yo no hemos emprendido esta gira campestre por capricho. Por tanto, diré lo que he venido a decir. No soy un hombre culto…

—Siempre dice lo mismo —apostilló Camille—. Como si no lo supiéramos.

—No tienes más remedio que enfrentarte a este asunto, no puedes fingir que sucedió en tiempos de los emperadores romanos.

—Continúa —dijo Danton.

—Robespierre se ha propuesto acabar contigo.

Danton permaneció de pie frente al hogar, con las manos a la espalda. Camille sacó una lista de nombres y se la entregó.

—Estos son los trece que fueron ejecutados el 4 de Germinal —dijo—. El jefe de los *cordeliers*, Proli, amigo de Hérault, un par de banqueros y por supuesto Père Duchesne. Debió ser juzgado por sus hornos, podrían haberlo convertido en una especie de procesión de carnaval. El día de su ejecución no estaba poseído por uno de sus célebres ataques de cólera. Murió gritando.

—Supongo que tú habrías hecho lo mismo de encontrarte en su lugar —dijo Legendre.

—Seguramente —replico Camille fríamente—. Pero a mí no me van a cortar la cabeza.

—Cenaron juntos —dijo Legendre, mirando a Danton.

—¿Cenaste con Robespierre? —inquirió este.

Camille asintió.

—Bien hecho. Yo no hubiera sido capaz de probar bocado en presencia de ese hombre. Probablemente habría vomitado.

—A propósito —dijo Camille—, ¿sabes que Chabot trató de envenenarse? Al menos, eso dicen.

—Tenía en su celda un frasco de veneno preparado por Charras y Duchatelle, los farmacéuticos —dijo Legendre—. Decía «uso externo», de modo que se lo bebió.

—Chabot es capaz de beberse cualquier cosa —dijo Camille.

—O sea que no consiguió suicidarse…

—No te burles —respondió Legendre—. No hay tiempo que perder. Saint-Just no cesa de acosar a Robespierre.

—¿De qué piensa acusarme?

—De nada y de todo. Desde haber apoyado a Orléans hasta haber tratado de salvar a Brissot y a la Reina.

—Lo de costumbre —dijo Danton—. ¿Qué me aconsejáis?

—La semana pasada te habría aconsejado que le plantaras cara. Pero ahora te recomiendo que trates de salvar el pellejo. Márchate cuanto antes.

—¿Y tú, Camille?

Camille lo miró con tristeza.

—Mantuvimos una entrevista muy civilizada —contestó—. Estuvo muy amable. Incluso se tomó unas copas. Sólo bebe cuando… cuando trata de sofocar sus voces interiores, por así decirlo. Le pregunté por qué se negaba a hablar de ti, Danton, y contestó que eso era un tema *sub judice*. Creo que debes marcharte al extranjero.

—¿Al extranjero? No. Cuando partí hacia Inglaterra en 1791 recuerdo que nos despedimos en el jardín de Fontenay y tú me insultaste. Este es mi país. No me moveré de aquí. Un hombre no puede transportar a su patria en las suelas de los zapatos.

El aullido del viento resonaba en las chimeneas. Los perros de todas las granjas de la vecindad ladraban furiosamente.

—Solías referirte con frecuencia a la posteridad —dijo Camille—. Ahora te enfrentas a ella.

El chaparrón había dado paso a una persistente y grisácea llovizna que empapaba las casas y los campos.

En París, la luz difusa y oscilante de las farolas ilumina las calles. Saint-Just está sentado junto a las brasas del hogar, en una estancia débilmente iluminada. Tiene gustos espartanos, y los espartanos no son amigos del confort. Ha comenzado a redactar su informe, su lista de acusaciones; si Robespierre lo viera ahora lo rompería, pero dentro de unos días no vacilará en utilizarlo.

A veces Saint-Just se vuelve hacia la puerta, imaginando que ha entrado un intruso. Pero está solo. Es mi destino, se dice, que se está forjando en las sombras de esta habitación. Es el ángel de la guarda que me protegía cuando era niño. Es Camille Desmoulins, mirando por encima de mi hombro, burlándose de mi sintaxis. Se detiene un momento. Los fantasmas no existen, piensa, tratando de dominar su aprensión. Luego reanuda su tarea.

La pluma vuela sobre el papel, mientras escribe la larga lista de cargos con su curiosa y diminuta caligrafía.

XIII. *Absolución condicional*

(1794)

Cour du Commerce, 31 de marzo, 10 de Germinal.

—¿Marat? —El bulto negro se movió levemente—. Lo lamento —dijo Danton, llevándose una mano a la cabeza—. Ha sido una estupidez.

Danton se sentó en una silla, incapaz de apartar la mirada de aquel desecho humano. La ciudadana Albertine iba envuelta en una serie de mugrientos chales y pañoletas, sin orden ni concierto. Hablaba con acento extranjero, aunque de ningún país que se hallara en un mapa.

—En cierto sentido —dijo—, no te equivocas. —Albertine alzó una esquelética mano y la introdujo entre sus ropas para indicar dónde latía su corazón—. Llevo a mi hermano aquí. Ya nunca nos separaremos.

Durante varios segundos, Danton no pudo articular palabra.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó al fin.

—No hemos venido para que nos ayudes —respondió Albertine con dureza. Tras detenerse unos instantes, como si estuviera escuchando, añadió—: Es el momento de atacar.

—¿A quién?

—A Robespierre. Está en la Convención.

—No quiero más muertes sobre mi conciencia —contestó Danton levantándose de un salto, como si temiera que le persiguieran los fantasmas.

—Es su vida o la tuya. Debes acudir de inmediato a la Convención. Debes observar cómo habla y se mueve. Debes juzgar su estado de ánimo y prepararte para una enconada batalla.

—Muy bien, iré si eso te complace. Pero creo que te equivocas, ciudadana. No creo que Robespierre ni ninguno del comité se atreva a atacarme.

—¿Conque no lo crees, eh? —replicó Albertine con voz burlona. A continuación se acercó a él, alzó su macilento rostro de labios gruesos, y preguntó—: ¿No me

conoces? ¿Acaso nos hemos equivocado alguna vez?

Rue Saint Honoré.

—No me hagas perder el tiempo —dijo Robespierre—. Te he explicado mis intenciones antes de que se reuniera la Convención. Los documentos de la detención de Hérault y Fabre los tiene el fiscal. Puedes emitir una orden de arresto contra el diputado Philippeaux y el diputado Lacroix. Pero nadie más.

Saint-Just descargó un puñetazo sobre la mesa y bramó:

—Si dejas libre a Danton, no tardarás en ser detenido tú también. Te cortarán la cabeza antes de que transcurra una semana.

—No es necesario que te exaltes. Cálmate. Conozco a Danton. Siempre ha sido un hombre prudente, a quien le gusta sopesar los distintos aspectos de una situación. No hará nada a menos que se vea obligado. Sin duda sabe que tienes pruebas contra él, y se estará preparando para refutarlas.

—¡Las refutará por la fuerza de las armas! —exclamó Saint-Just—. Habla con Philippe Lebas. Habla con el comité de Policía. Habla con cualquier patriota del Club de los Jacobinos, y te dirá lo mismo que yo.

Las encendidas mejillas de Saint-Just destacaban contra su pálido cutis, y sus ojos lanzaban destellos de ira. Parece gozar con esta situación, pensó disgustado Robespierre.

—Danton es un traidor contra la República —prosiguió Saint-Just—, un asesino, es incapaz de ceder. Si no actuamos hoy mismo, nos eliminará a todos para impedir que nos opongamos a él.

—Te contradices. Antes decías que Danton no era un republicano, que ha procurado complacer a todos los contrarrevolucionarios, desde Lafayette hasta Brissot. Ahora dices que es incapaz de ceder.

—Desvarías. ¿Crees que Danton merece andar suelto, tratando de hundir a la República?

Robespierre lo miró pensativo. Comprendía la naturaleza de esa república a la que acaba de referirse Saint-Just. No era la República delimitada por los Pirineos y el Rhin, sino una república del espíritu; no una ciudad de carne y piedras, sino el baluarte de la virtud, los dominios de los justos.

—No estoy seguro. No puedo tomar una decisión —dijo, contemplando las numerosas imágenes de sí mismo que colgaban de las paredes y que a su vez lo observaban a él—. ¿Philippe? —preguntó, volviéndose.

Philippe Lebas se detuvo en la puerta, entre la salita de estar y el salón de los Duplay.

—Hay algo que quizá te ayude a tomar una decisión —dijo.

—¿Algo relacionado con Vadier, del comité de Policía? —preguntó Robespierre con aire escéptico.

—No, se trata de Babette.

—¿Babette? ¿Pero está aquí?

—Pasa al salón, te lo ruego. No te entretendré mucho rato más. —Robespierre dudaba—. Por el amor de Dios —dijo Lebas enérgicamente—, ¿no querías saber si Danton merecía vivir o morir? Entra tú también Saint-Just.

—Muy bien —contestó Robespierre—. Pero en el futuro preferiría no hablar de estos asuntos en mi casa.

Todos los Duplay se hallaban presentes en el salón. Robespierre los miró detenidamente. En la estancia reinaba una profunda tensión que inmediatamente lo puso en guardia.

—¿A qué viene esto? —preguntó—. No alcanzo a comprender…

Nadie dijo palabra. Babette estaba sentada ante la mesa grande, sola, como si se enfrentara a una comisión investigadora. Robespierre se inclinó y le dio un beso en la frente.

—De haber sabido que estabas aquí, habría cortado esa estúpida discusión para venir a saludarte. ¿Y bien?

Pero nadie respondió. Robespierre acercó una silla y se sentó junto a Babette. Esta le acarició la mano. Estaba encinta de cuatro o cinco meses y ofrecía un aspecto rollizo y satisfecho. Sólo tenía unos meses más que la joven esposa de Danton. Al mirarla, Robespierre se sintió alarmado.

Maurice estaba sentado en una banqueta junto al fuego, con la cabeza gacha, como si hubiera oído algo que le hubiera hecho sentirse humillado. De pronto alzó la vista, carraspeó y dijo:

—Has sido como un hijo para nosotros.

—Esto parece el tercer acto de un melodrama barato —contestó Robespierre, sonriendo y apretando la mano de Babette.

—Es muy duro para la chica —dijo Duplay.

—Estoy bien —respondió Elisabeth, sonrojándose y bajando la vista.

Saint-Just estaba apoyado contra la pared, con los ojos ligeramente entornados.

Philippe Lebas se colocó detrás de Babette y apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—¿Qué sucede, ciudadano Lebas? —inquirió Robespierre.

—Estabais hablando sobre el carácter del ciudadano Danton —dijo Babette suavemente—. No sé nada de política, porque no es un tema que nos incumbe a las mujeres.

—Puedes decir lo que gustes. En mi opinión, las mujeres son tan inteligentes como los hombres —contestó Robespierre, dirigiendo una venenosa mirada a Saint-Just, como desafiándole a que le contradijera. Saint-Just sonrió despectivamente.

—Quizá te interese saber lo que me ha sucedido.

—¿Cuándo?

—Deja que te lo cuente a su manera —terció Duplay.

Babette retiró la mano de entre las de Robespierre y la apoyó sobre la mesa, en cuya pulida superficie se reflejaba suavemente su rostro.

—¿Recuerdas cuando fui a Sèvres este otoño? —preguntó, dirigiéndose a Robespierre—. Mamá pensó que necesitaba respirar aire fresco, de modo que fui a pasar unos días a casa de la ciudadana Panis.

La ciudadana Panis era la respetable esposa de un diputado parisiense, Étienne Panis, un leal «montañés» con un brillante historial de servicio el 10 de agosto, el día en que la monarquía fue derrocada.

—Sí, aunque no recuerdo exactamente la fecha —contestó Robespierre—. Sería en octubre, o noviembre.

—El ciudadano Danton estaba también allí, con Louise, y se me ocurrió ir a visitarla. Supuse que se sentiría sola y que le gustaría charlar con alguien de su edad. La compadezco, sinceramente.

—¿Por qué?

—Algunos dicen que él se casó con ella por amor, pero otros aseguran que lo hizo para tener una mujer que se ocupara de sus hijos y de su casa mientras él retoza con la ciudadana Desmoulins. Aunque la mayoría de la gente coincide en que la ciudadana Desmoulins está enamorada del general Dillon.

—Te estás desviando de la cuestión, Babette —dijo Lebas.

—Fui a verla, pero no estaba en casa. Me abrió la puerta el ciudadano Danton. Cuando quiere, sabe ser un hombre amable y encantador. Me dio lástima porque me pareció que se sentía solo, que no tenía con quién hablar. Louise es muy agradable pero poco inteligente. El caso es que me pidió que le hiciera compañía, y no pude negarme.

—Babette no se dio cuenta de que estaban solos en casa —dijo Lebas.

—No podía saberlo —replicó la joven—. Hablamos de varias cosas, sin que yo sospechara sus intenciones.

—¿A qué te refieres? —preguntó Robespierre.

—No te enfades conmigo —le suplicó Babette.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? No debes temer nada. Imagino que Danton hizo algún comentario mientras conversaba contigo y te sientes obligada a informarme. Eres una buena chica y debes cumplir con tu deber. Nadie puede culparte por ello. Cuéntame lo que te dijo.

—No, no, te equivocas —terció la señora Duplay—. Max es tan bueno que no imagina lo perversas que son algunas personas.

Robespierre la miró irritado.

—Continúa, Babette —dijo, apoyando una mano sobre la suya.

—Vamos, cuéntale de una vez lo que sucedió —dijo el marido de Elisabeth.

—Me rodeó los hombros con el brazo. No quise hacer una escena, hubiera sido pueril… Luego metió la mano dentro de mi corpiño, pero pensé que… Al fin y al cabo, frecuenta a damas de la alta sociedad… Quiero decir que algunos lo han visto

abrazar a la ciudadana Desmoulins en público, y no tiene importancia. No supuse que la cosa pasara de allí. De todos modos, traté de apartarme, pero es muy fuerte y… Dijo unas cosas que no me atrevo a repetir…

—Debes hacerlo —la instó bruscamente Robespierre.

—Dijo que quería demostrarme que era más agradable hacer el amor con un hombre experimentado que con un «robespierrista» virgen. Luego trató de… —Babette se cubrió el rostro con las manos y prosiguió con voz casi inaudible—: Por supuesto, yo me resistí. Él se rio y dijo que Eléonore no tenía tantos escrúpulos, que sabía cómo complacer a los hombres republicanos. Creo que en aquellos momentos perdí el conocimiento.

—No me parece necesario que continúe —dijo Lebas, apoyándose en el respaldo de la silla de Robespierre y clavando la vista en su cuello.

—No te coloques a mis espaldas —le ordenó este bruscamente. Lebas no se movió. Robespierre miró a su alrededor como si buscara una esquina, un rincón donde refugiarse, mientras todos los Duplay lo contemplaban fijamente.

—¿Qué hiciste cuando recobraste el sentido? —preguntó Robespierre a Babette —. ¿Dónde te encontrabas?

—En una habitación —contestó la joven con voz temblorosa—. Estaba medio desnuda, tenía la falda…

—No es necesario que entres en detalles —dijo Robespierre.

—Estaba sola. Me levanté y me arreglé un poco. No vi a nadie, de modo que salí corriendo.

—Para resumir, ¿pretendes decirnos que Danton te violó? —preguntó Robespierre.

—Yo me resistí, pero… —Babette se detuvo y rompió a llorar.

—¿Qué pasó luego?

—¿Luego?

—Supongo que regresarías a casa de Panis. ¿Qué dijo su esposa?

Babette lo miró con aire inocente mientras un grueso lagrimón resbalaba por su mejilla.

—Me advirtió que no debía contar a nadie lo sucedido, porque era muy peligroso.

—De modo que decidiste callar.

—Hasta ahora. Pensé que debía… —La joven empezó a sollozar de nuevo.

De improviso, Saint-Just se acercó a ella y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sécate las lágrimas y escucha atentamente, Babette —dijo Robespierre—. ¿Dónde estaban los sirvientes de Danton cuando sucedió eso? Debía de haber alguien en la casa.

—No lo sé. Pedí auxilio, pero no acudió nadie.

En aquel momento la señora Duplay, que había escuchado el relato de su hija en silencio y pacientemente, decidió intervenir.

—El problema, Max, aparte de la gravedad de lo sucedido, es que…

—Estoy seguro de que Max sabe contar con los dedos —la interrumpió Saint-Just.

Robespierre miró perplejo a Babette.

—De modo que en aquella fecha tú no sabías que… —dijo al cabo de unos minutos.

—No, ¿cómo iba a saberlo? —respondió la joven—. Quizá ya estuviera encinta. No estoy segura. Confío en que no sea hijo de él.

Ya estaba dicho. Todos lo habían pensado, pero ahora que ella lo había expresado de viva voz, dieron rienda suelta a su indignación.

Sólo él, Robespierre, consiguió dominarse. Era importante resistir la tentación de dejarse arrastrar por las emociones que se agitaban en su interior.

—Escucha, Babette —dijo—, esto es muy importante. ¿Te ha aconsejado alguien que me contaras esta historia?

—No, por supuesto que no. Nadie sabía nada hasta hoy.

—Si esto fuera un tribunal, Elisabeth, te formularía numerosas preguntas.

—Pero no es un tribunal —dijo Duplay—. Es tu familia. Hace tres años te encontré en la calle y te salvé la vida. Desde entonces te hemos cuidado como a un hijo. Tú y tus hermanos erais huérfanos, no teníais a nadie. Te hemos dado todo nuestro cariño.

—Es cierto.

Robespierre, derrotado, permaneció en su asiento a la cabeza de la mesa, observando a Elisabeth. La señora Duplay se apresuró a abrazar a su hija, que se echó a llorar desconsoladamente. Robespierre sintió que su llanto le traspasaba el corazón.

Saint-Just carraspeó y dijo:

—Lamento pedirte que me acompañes en estos momentos, pero el comité de Policía se reúne con nuestro comité dentro de una hora. He redactado un informe preliminar sobre Danton, pero debo ampliarlo…

—No podemos llevar este asunto ante un tribunal —dijo Robespierre, dirigiéndose a Duplay—. No es necesario. En el contexto de otros cargos, es una cuestión trivial. No actuarás como jurado en el proceso de Danton. Pediré a Fouquier que te exima de esa responsabilidad. No sería justo.

—Antes de marcharnos —dijo Saint-Just—, ¿te importaría subir y coger tus cuadernos?

Las Tullerías, a las ocho de la tarde.

—Hablemos sin rodeos, ciudadano Robespierre —dijo el Inquisidor.

Robespierre apartó la vista del rostro alargado y macilento de Vadier y observó sus singulares y afilados dedos mientras removía unos papeles sobre la mesa ovalada y tapizada de verde.

—En nombre de tus colegas y de los míos del comité de Policía —prosiguió

Vadier—, te hablaré con toda claridad.

—Adelante —contestó Robespierre. Tenía la boca seca y le dolía el pecho. Notó que tenía sangre en la boca. Sabía lo que pretendían.

—Estarás de acuerdo conmigo en que Danton es un hombre muy poderoso —dijo Vadier.

—Sí.

—Y un traidor.

—¿Por qué me lo preguntas? El Tribunal es quien debe juzgarlo.

—El proceso es un asunto arriesgado.

—Efectivamente.

—Es necesario tomar todas las precauciones posibles.

—Sí.

—Hay que tener presentes todas las circunstancias que puedan incidir negativamente en el mismo.

Vadier interpretó el silencio de Robespierre como señal de asentimiento. Lentamente, como un animal primitivo, el Inquisidor encogió sus dedos parecidos a unas garras y descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo quieres que dejemos libre a ese periodista aristócrata? Si Danton se ha comportado como un traidor desde 1789, ¿cómo quieres que exoneremos a su mejor amigo? Antes de la Revolución, sus amigos eran el traidor Brissot y el traidor D'Églantine. No, no me interrumpas. No tiene tratos con Mirabeau, pero inopinadamente se instala en su casa de Versalles. Durante varios meses —los meses en los que Mirabeau maquinó su conspiración— se separa de él. Es un hombre sin fortuna, un desconocido, pero de pronto aparece todas las noches invitado en casa de Orléans. Fue el secretario de Danton durante su nefasto mandato en el Ministerio de Justicia. Es un hombre rico, o al menos vive como tal, y su vida privada es un escándalo.

—Sí —contestó Robespierre—, y condujo al pueblo el 12 de julio. Él provocó la revuelta e hizo caer la Bastilla.

—¿Cómo puedes exonerar a ese hombre hacia el que la masa, confundida, experimenta un sentimiento de afecto? —gritó Vadier enfurecido—. ¿Crees que puedes dejarlo en libertad mientras su amigo Danton es juzgado? ¿Crees que puedes dejarlo en libertad sólo porque en una ocasión, hace años, lograsteis que se dirigiera a la multitud y la convenciera?

—No, ese no es el motivo —terció Saint-Just—. El motivo es que Robespierre también experimenta un sentimiento de afecto hacia él. Según parece, antepone sus sentimientos personales al bienestar de la República.

—Camille se ha burlado de ti —afirmó Billaud.

—Me estás calumniando, Saint-Just —respondió Robespierre—. No antepongo nada al bienestar de la República. Soy incapaz de tal cosa.

—Permíteme decir algo. —Vadier abrió los puños y extendió las manos sobre la

mesa—. Nadie, ni siquiera un admirable patriota como tú, puede oponerse a la voluntad del pueblo. Todos estamos contra ti. Te has quedado solo. Debes rendirte ante la mayoría, de lo contrario, tu carrera habrá terminado en estos momentos, en esta habitación.

—Firma la orden de arresto, ciudadano Vadier —dijo Saint-Just—, y entrégamela.

Vadier alargó la mano pero Billaud se precipitó como una serpiente sobre su presa, cogió la pluma y estampó su firma en el documento.

—Quería ser el primero en firmarlo —dijo su amigo Collot.

—¿Acaso porque su jefe, Danton, era un tirano? —preguntó Robert Lindet.

Vadier cogió el papel, lo firmó y se lo pasó a Rühl, del comité de Policía, pero este sacudió la cabeza.

—Está senil —observó Collot—. Deberían expulsarlo del Gobierno.

—Es un poco duro de oído —dijo Collot—. Fírmalo, Rühl.

—Aunque sea viejo, no podéis obligarme a firmar ese papel amenazándome con poner fin a mi carrera. No creo que Danton sea un traidor.

—Es posible que tu carrera termine antes de lo que imaginas.

—No me importa —replicó Rühl.

—Entonces entrégame ese papel —dijo Lebas, irritado—, y no perdamos más tiempo.

Carnot lo cogió, lo examinó con aire pensativo y dijo:

—Firmaré por el bien de la unidad de los comités. Es el único motivo que me impulsa a ello. —Tras estampar su firma, pasó el documento a Lebas y añadió—: Dentro de unas semanas, caballeros, tres meses a lo sumo, lamentaréis que Danton ya no pueda arengar a las masas. Si lo condenáis, entraréis en una nueva fase de la historia, una fase para la cual no creo que estéis preparados. Os aseguro que os sentiréis tan impotentes y desesperados que recurriréis a brujos y adivinos.

—Rápido, dame ese papel —dijo Collot, arrebatándoselo a un miembro del comité de Policía y firmándolo—. Toma, Saint-Just, fírmalo tú ahora.

Robert Lindet se apresuró a coger la orden de arresto y pasársela a su vecino de mesa. Saint-Just lo miró enojado.

—No —dijo Lindet secamente.

—¿Por qué?

—No estoy obligado a explicarte mis razones.

—En ese caso no tenemos más remedio que sospechar de ellas —dijo Vadier.

—Lo lamento. Soy el encargado de abastos. Mi misión es alimentar a los patriotas, no asesinarlos.

—No es necesario que haya unanimidad —dijo Saint-Just—. Habría sido deseable, pero no es imprescindible. Sólo faltan dos firmas, aparte de los que se han negado a firmar. Te toca a ti, ciudadano Lacoste. Después de haber firmado el papel entrégaselo a Robespierre y acércale el tintero.

Los comités de Salvación Pública y de Seguridad General decretan que Danton, Lacroix (del *département* de Eure-et-Loire), Camille Desmoulins y Philippeaux, todos ellos miembros de la Convención Nacional, sean arrestados y conducidos a la prisión de Luxemburgo, donde permanecerán recluidos en celdas individuales hasta el momento de ser juzgados. Ordenamos al alcalde de París que ejecute de inmediato el presente decreto.

En la Cour du Commerce, a las nueve de la tarde.

—Un momento —dijo Danton—. Deseo presentaros.

—Danton…

—Insisto. Querida, te presento a Fabricius Pâris, un viejo amigo y secretario del Tribunal.

—Encantado de conocerla —se apresuró a decir Pâris—. Su marido me consiguió el trabajo.

—Y por eso estás aquí. Como verás, querida, inspiro una profunda lealtad a mis amigos.

Pâris estaba visiblemente nervioso.

—Como sabes, acudo todas las tardes al comité para recoger las instrucciones del día siguiente —dijo. Luego se volvió hacia Louise y añadió—: Me refiero a las instrucciones del Tribunal, que posteriormente entrego a Fouquier. —Louise asintió —. Al llegar, comprobé que la puerta estaba cerrada, lo cual me extrañó. Supuse que tenía el deber de informar a un patriota de lo que se estaba cocinando, de modo que, como conozco bien el edificio, entré por una puerta trasera y miré por el ojo de la cerradura…

—Continúa —dijo Danton—. Miraste por el ojo de la cerradura y luego aplicaste el oído, y viste y oíste a Saint-Just acusándome de traidor.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lógico.

—Todos escuchaban en silencio las mentiras de ese canalla.

—¿Qué es exactamente lo que se propone? ¿Acaso han firmado una orden de arresto contra mí?

—No vi ningún papel. Saint-Just dijo que quería denunciarte ante la Convención, en tu presencia.

—Muy bien —contestó Danton—. De modo que quiere comparar sus dotes de orador con las mías. ¿Quiere comparar también su experiencia y su protagonismo en la Revolución? Perfecto —añadió, dirigiéndose a Louise—. Es precisamente lo que yo quería. Ese imbécil ha decidido desafiarme en mi propio terreno. Gracias por la información, Pâris.

El secretario del Tribunal lo miró desconcertado.

—¿Querías obligarlo a adoptar esa postura?

—Será un placer hundir a ese hijo de puta.

—Supongo que permanecerás toda la noche en vela redactando un discurso —dijo Louise.

—Mi esposa todavía no conoce mis métodos —respondió Danton, soltando una carcajada—. Pero tú sí los conoces, ¿no es cierto, Pâris? No necesito escribir un discurso, amor mío, soy perfectamente capaz de improvisarlo.

—Pero imagino que redactarás por anticipado un resumen del mismo para la prensa, incluyendo lo de «tumultuosos aplausos»…

—Veo que vas aprendiendo —contestó satisfecho Danton. Luego se volvió hacia Pâris y le preguntó—: ¿Mencionó Saint-Just a Camille?

—Lo ignoro. En cuanto comprendí lo que se traían entre manos en el comité, me apresuré a venir a informarte. Supongo que Camille no corre peligro.

—Esta tarde fui a la Convención, pero me marché enseguida. Lo vi charlar con Robespierre.

—Sí, tengo entendido que los dos se comportaron con gran cordialidad. ¿Crees que es posible que…? —Pâris se detuvo. Era difícil preguntarle a alguien si creía que su mejor amigo había renegado de él.

—Mañana, en la Convención, le obligaré a enfrentarse a Saint-Just. Imagínate el cuadro. Nuestro hombre, la viva imagen de la rectitud, comportándose como si acabara de devorar un filete, y Camille burlándose de él y refiriéndose a 1789. Un truco barato, pero al público en la galería le entusiasmará. Eso pondrá furioso a Saint-Just (cosa nada sencilla, dado que cultiva esa imagen de estatua griega), pero te garantizo que Camille lo conseguirá. En cuanto nuestro hombre empiece a bramar, Camille adoptará un aire de impotencia. Eso hará que Robespierre se ponga en pie y entre todos montaremos una emotiva escena. Estoy seguro de que ganaré yo. Iré enseguida a ver a Camille… No, lo planificaremos todo mañana. Es mejor que lo deje en paz en estos momentos. Ha recibido malas noticias de casa. Ha muerto un familiar suyo.

—¿Su padre?

—No, su madre.

—Lo lamento —dijo Pâris—. En tal caso, puede que Camille no esté de humor para esos juegos. ¿No sería preferible que adoptaras una estrategia menos arriesgada, Danton?

Rue Marat, a las nueve y media de la tarde.

—Hubiera regresado a casa enseguida —dijo Camille—. ¿Por qué no me dijo mi padre que mi madre estaba enferma? Vino a verme, se sentó en esa silla que ocupas tú ahora. No me dijo una palabra.

—Quizá no quería disgustarte. Quizá creían que se recuperaría.

Un día, hacia finales del año pasado, se había presentado un desconocido, un hombre distinguido de unos sesenta años, delgado, con aire distante y una abundante cabellera gris. Lucile había tardado unos minutos en comprender de quién se trataba.

—Mi padre jamás ha procurado evitarme disgustos —respondió Camille—. En

realidad, mis sentimientos (y los de los demás) le tienen sin cuidado.

Había sido una breve visita, de un par de días de duración. Jean-Nicolas fue a verlo porque había leído *El viejo cordelier* y deseaba decir a su hijo lo mucho que le había gustado y lo mucho que le admiraba a él; quizás incluso que le echaba de menos, que quería que fuera a visitarlos de vez en cuando.

Pero cuando trató de hacerlo se apoderó de él una profunda turbación, como una jovencita sonrojándose ante un pretendiente. Mientras su hijo le miraba desconcertado, se le formó un nudo en la garganta y no pudo articular palabra.

Fue uno de los peores ratos que Lucile había pasado en su vida. Fabre también estuvo presente, quejándose de todo, como de costumbre. Pero al ver al anciano señor Desmoulins tratando en vano de expresar sus sentimientos, se emocionó. Lucile y Camille le vieron enjugarse una lágrima. Hubiera sido más lógico que hubieran llorado ellos, dijo más tarde Fabre, no les faltaban motivos para sentirse disgustados. Cuando Jean-Nicolas cesó al fin de esforzarse en hablar, padre e hijo se abrazaron breve y fríamente. «Creo que ese hombre tiene un grave defecto en el corazón», dijo Fabre más tarde, cuando todo hubo pasado.

Hubo otro aspecto relacionado con la visita que ni siquiera Fabre se atrevió a mencionar, el aspecto de «¿serás capaz de sobrevivir a ello?».

—Es curiosa la relación que existe entre Georges-Jacques y su madre —comentó Camille—. Puede que ella sea una arpía insoportable, pero se llevan divinamente. Lo mismo que tú y tu madre.

—Somos uña y carne —respondió Lucile secamente.

—En cambio, nadie diría que estoy emparentado con mi madre —prosiguió Camille—. Quizá Jean-Nicolas me encontró debajo de un arbusto. Durante toda mi vida he intentado en vano complacerlo, aunque no desespero de conseguirlo algún día. Aquí me tienes, padre, he cumplido diez años y leo a Aristófanes con la misma facilidad que mis hermanas leen cuentos infantiles. Muy bien, ¿pero por qué nos ha enviado Dios un hijo tartamudo? Mira, padre, he aprobado todos los exámenes habidos y por haber, ¿estás satisfecho? Sí, ¿pero cuándo vas a empezar a ganarte la vida? ¿Recuerdas, padre, que siempre me hablabas de la necesidad de organizar una revolución? Pues acabo de ponerla en marcha. Te felicito, pero ese no es el futuro que habíamos previsto para ti; además, ¿qué dirán los vecinos? —Camille sacudió la cabeza con tristeza y añadió—: Cuando pienso en la cantidad de cartas que le he escrito… Podría haberme dedicado a aprender el arameo o algo más provechoso, como el sistema que había ideado Marat para ganar a la ruleta.

—No sabía que hubiera inventado un sistema para ganar a la ruleta —respondió Lucile.

—Sí, pero como tenía ese aspecto tan infame no le dejaban entrar en los casinos.

Ambos permanecieron unos minutos en silencio tras haber agotado el tema de la madre de Camille. Él no la conocía, ella no conocía a su hijo. Eso era precisamente lo que le desesperaba a él, la sensación de no haber tenido una segunda oportunidad

para estrechar sus lazos con ella.

—La vida es un juego complicado —dijo Lucile—. Me acuerdo con frecuencia de Hérault. Hace dos semanas que lo encerraron en la cárcel. Sabía que iban a arrestarlo. ¿Por qué no se fugó?

—Es demasiado orgulloso.

—Lo mismo que Fabre. ¿Es cierto que van a arrestar a Lacroix?

—Eso dicen. Y a Philippeaux. Uno no puede desafiar impunemente al comité.

—Pues tú los has desafiado. Llevas cinco meses atacando al comité.

—Sí, pero Max me respalda —contestó Camille—. No pueden tocarme aunque quieran. No pueden hacer nada sin su aprobación.

Lucile sintió un escalofrío y se arrodilló ante el hogar.

—Mañana les pediré que nos manden más leña de la granja —dijo.

Cour du Commerce.

—El diputado Panis está aquí —dijo Louise, profundamente alarmada.

Era la una menos cuarto de la mañana del 12 de Germinal. Danton llevaba puesta una bata.

—Discúlpame, ciudadano. Los sirvientes están acostados y nosotros nos disponíamos también a retirarnos. Acércate al fuego, hace frío fuera. —Danton se arrodilló ante la chimenea.

—No te preocupes por eso —dijo Panis—. Van a arrestarte.

—¡Cómo! —exclamó Danton—. Estás confundido. Fabricius Pâris ha venido a verme.

—No sé lo que te habrá dicho, pero no estaba presente en la reunión de los dos comités. Lindet estaba allí. Fue él quien me envió. Han emitido una orden de arresto contra ti. No van a permitirte que te defiendas ante la Convención. Jamás volverás a aparecer ante ella. Irás directamente a la cárcel, y de allí al Tribunal.

Danton guardó silencio durante unos momentos, pálido y desconcertado.

—Pero Pâris oyó decir a Saint-Just que quería enfrentarse a mí en la Convención.

—Es cierto, pero lo convencieron de que no era aconsejable. Sabían los riesgos que ello entrañaba y no estaban dispuestos a permitir que se expusiera. No son unos novatos, saben que eres capaz de provocar un tumulto en la galería reservada al público. Saint-Just estaba furioso, según dijo Lindet. Salió indignado y… —Panis no terminó la frase.

—Continúa.

—Arrojó el sombrero al fuego —dijo Panis, reprimiendo una sonrisa.

—¿Qué? —contestó Danton. Su mirada se cruzó con la del diputado, y estallaron en carcajadas.

—Su sombrero se convirtió en humo en pocos minutos —dijo Lindet—. Estuvo a punto de arrojar también sus notas, pero un caritativo patriota se apresuró a

arrebatárselas de las manos antes de que fueran pasto de las llamas. Fue un momento glorioso.

—¡Mira que arrojar su sombrero al fuego! Ojalá hubiera estado presente Camille —dijo Danton.

—Sí —contestó el diputado—, se hubiera divertido mucho.

De pronto Danton recordó que no era momento para bromas.

—¿Dices que han firmado una orden de arresto contra mí? ¿Robespierre también?

—Sí. Lindet dice que procures aprovechar la última oportunidad que te queda. Márchate de casa antes de que se presenten. Adiós, debo ir a informar a Camille.

Danton sacudió la cabeza.

—Déjalo que duerma tranquilo, ya se enterará mañana. Esto será un golpe muy duro para él. Tendrá que enfrentarse a Robespierre, y no sabrá qué decirle.

—¿Pero es que no lo comprendes? —preguntó Panis—. No tendrá ocasión de hablar con Robespierre. Van a encerrarlo también en la cárcel.

Louise lo vio desplomarse en un sillón y cubrirse los ojos con la mano.

El reloj dio las dos.

—Confiaba en que ya te hubieras marchado —dijo Lindet—. ¿Qué demonios te has propuesto, Danton? ¿Es que quieres ayudarlos a destruirte?

—Es increíble —contestó Danton, observando las brasas que ardían en la chimenea—. No puedo creer que haya ordenado que arresten a Camille. Esta tarde los vi hablar, y Robespierre estaba muy animado y sonriente… ¡El muy hipócrita!

Louise se había vestido apresuradamente y permanecía sentada discretamente en un rincón. Mientras observaba a través de las lágrimas a su marido, que parecía hundido e impotente, oía una voz en su interior que repetía con insistencia: «No temas, a ti no te harán nada».

—Supuse que me permitirían hablar ante la Convención. ¿Acaso no les recordó Lindet que esta debe autorizar la detención de sus miembros, suprimir nuestra inmunidad?

—Por supuesto. El mismo Robespierre se lo recordó. Pero Billaud contestó que obtendrían la autorización en cuanto te hubieran encerrado. Estaban muy asustados, Danton. Cerraron las puertas a cal y canto, y se comportaron como si temieran que aparecieras de improviso.

—Pero ¿qué dijo Robespierre sobre Camille?

—Sentí lástima de él —contestó Lindet—. Lo acosaron implacablemente. No le dieron alternativa. El pobre desgraciado cree que debe permanecer vivo para proteger la República. Aunque, después de lo sucedido, no creo que le queden muchas ganas de vivir.

—Marat fue obligado a comparecer ante el Tribunal —dijo Danton—. Lo arrestaron los girondinos, pero el Tribunal lo absolvió y las gentes lo transportaron a

hombros por las calles en olor de multitudes.

—Cierto —dijo Lindet.

Pero en aquellos días, pensó, el Tribunal defendía su independencia. Marat tuvo un juicio justo, pero tú no tendrás un juicio justo. Sin embargo, no dijo nada.

—No pueden amordazarme —dijo Danton, tratando de animarse—. Pueden arrestarme, pero tendrán que dejarme hablar. Muy bien, estoy preparado para enfrentarme a ellos.

Lindet se puso en pie, y Danton le dio una palmada en el hombro.

—Ya veremos qué cara ponen esos cabrones cuando haya terminado con ellos.

Rue Marat, a las tres de la mañana. Camille había empezado a hablar, en unos murmullos apenas audibles, pero con fluidez, sin titubeos, como si una parte de su mente se hubiera liberado. Lucile había cesado de llorar y permanecía inmóvil, observándolo como atontada, en ese estado hipnótico que sucede a una fuerte conmoción. Su hijo dormía en una habitación contigua. No se percibía ningún ruido de la calle ni en la habitación, salvo los murmullos que emitía Camille. La única luz provenía de una vela. Es como si estuviéramos aislados del resto del mundo, pensó Lucile.

—En 1789 estaba convencido de que moriría a manos de algún aristócrata. Me habría convertido en un mártir de la libertad y lo hubieran publicado los periódicos. Luego, en 1792, creí que vendrían los austriacos y me pegarían un tiro; todo habría terminado y yo sería un héroe nacional. —Camille se detuvo y se llevó una mano al cuello—. Danton dice que no le importa lo que piensen de él los que vengan después de nosotros. En cambio a mí me gustaría que tuvieran una buena opinión de mí. Pero no creo que lo consiga. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé —respondió Lindet.

—Después de todo lo que hemos vivido… Morir acusado de no ser un patriota, de ser un contrarrevolucionario… Es muy duro, no lo soporto. ¿Me ayudarás a escapar, Robert?

Lindet dudó unos instantes antes de responder.

—No hay tiempo.

—Lo sé, ¿pero estás dispuesto a ayudarme?

—No, creo que no —contestó Lindet suavemente—. Nos sacrificarían a los dos. Lo lamento, Camille.

Al despedirse de Lucile, Lindet la abrazó y dijo:

—Vete a casa de tus padres. Es preferible que abandones esta vivienda. —De pronto se volvió hacia Camille y le preguntó—: ¿Lo decías en serio? ¿Estás dispuesto a huir? ¿Prometes hacer cuanto te ordene sin desfallecer?

—No, sólo te estaba poniendo a prueba —contestó Camille.

—¿Por qué?

—Da lo mismo. Has pasado la prueba —respondió Camille, bajando la vista.

Robert tenía cincuenta años, y su enjuto rostro de administrador delataba su edad. Lucile se preguntó cómo había conseguido sobrevivir.

—Está a punto de amanecer —dijo Lucile—. Todavía no se ha presentado nadie.

Aún confía —la esperanza se aferra a su cuello como si fuera a estrangularla, sobresaltándola ante el menor ruido— en que Robespierre haya cambiado de parecer, que haya tenido el valor de enfrentarse a ellos.

—He escrito a Conejo —prosigue Lucile—. No te lo había dicho. Le rogué que volviera para ayudarnos.

—¿Te ha contestado?

—No.

—Confía en que cuando yo haya muerto te casarás con él.

—Eso mismo dijo Louise.

—¿Y qué sabe ella?

—Nada. ¿Por qué le pusiste el apodo de «Conejo»?

—¿Es posible que la gente todavía sienta curiosidad por saber por qué le llamo Conejo?

—Sí.

—No existe ningún motivo especial.

Lucile oyó de pronto los pasos de una patrulla, y pocos instantes después se detuvieron frente al edificio. Puede que sea simplemente la patrulla nocturna, pensó. Pero se equivocaba.

—Me alegro de que Jeanette no esté en casa esta noche —dijo Camille, levantándose—. Han llamado a la puerta. Iré a abrir.

Lucile se puso en pie y permaneció en medio de la habitación. Las rodillas le temblaban y no podía articular palabra.

—¿Me buscan a mí? —preguntó Camille.

Lucile le miró. Recordaba el 10 de agosto cuando, después de la muerte de Suleau, Camille regresó a casa para lavarse y cambiarse de ropa antes de salir de nuevo y confundirse con la airada multitud.

—Tiene la obligación de preguntarme mi nombre —dijo Camille al oficial—. Debe preguntarme: «¿Es usted Camille Desmoulins, periodista de profesión y diputado de la Convención Nacional?». Es una medida prudente para evitar cualquier confusión de identidad.

—Mire, es muy temprano —replicó el oficial—. Sé perfectamente quién es usted. Aquí tiene la orden de arresto, por si desea examinarla.

—¿Puedo despedirme de mi hijo?

—Sólo si nos permite acompañarlo a su habitación.

—No quiero despertarlo. ¿Me permite unos instantes a solas con mi familia?

Los guardias se apostaron junto a las puertas y ventanas.

—La semana pasada —dijo el oficial—, un individuo me pidió que le dejara ir a besar a su hija y se saltó la tapa de los sesos. Otro que vivía al otro lado del río se arrojó por la ventana de un cuarto piso y se partió el cuello.

—No comprendo por qué se tomó la molestia —dijo Camille—, cuando el Estado lo hubiera hecho por él.

—Espero que no nos cause ningún problema —dijo el oficial.

—Descuide —contestó Camille.

—Coge unos libros para que no te aburras —dijo Lucile, tratando de mostrarse fuerte y valiente.

—Sí, es una buena idea.

—Apresúrese —dijo el oficial, apoyando la mano en el brazo de Camille.

—¡No! —exclamó Lucile, arrojándose en los brazos de su marido y besándole.

—Vamos —dijo el oficial—. Apártese, ciudadana.

Pero Lucile se abrazó con fuerza al cuello de Camille, negándose a soltarte. Tras unos instantes de forcejeo, el oficial consiguió apartarla, pero ella se volvió y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Sintió la sacudida de un impacto, y súbitamente cayó al suelo fulminada. Me han aplastado como a una mosca, como a un bicho, pensó. Me han matado.

Estaba sola. Los guardias se habían llevado a Camille. Lucile se incorporó. No estaba herida. Cogió un cojín del sofá y lo estrechó entre sus brazos mientras se balanceaba suavemente. Deseaba gritar, pero el grito que quería proferir, las palabras de amor que quería pronunciar, se quedaron atascados en su garganta. ¿Qué sucederá ahora?, se preguntó. Tenía que vestirse. Tenía que escribir unas cartas y enviarlas. Iría a ver a todos los diputados, a los miembros de todos los comités. Tenía que actuar rápidamente, pensó, mientras seguía sentada en el suelo, balanceándose de un lado al otro. Existe el mundo auténtico y un mundo de sombras chinescas; el mundo de la libertad y la fantasía y el mundo real, en el que observamos año tras año a las personas que amamos mientras tratan de liberarse de sus cadenas. Al cabo de un rato se levantó del suelo, sintiendo que los grilletes le atenazaban los tobillos. Estoy ligada a ti para siempre, pensó.

A pocos pasos de allí, en la Cour du Commerce, Danton echó una ojeada a la orden de arresto. Tenía prisa. No pidió permiso para despedirse de sus hijos y besó brevemente a su esposa en la cabeza.

—Cuanto antes me marche, antes regresaré —dijo—. Nos veremos dentro de un par de días.

Tras esas palabras, salió escoltado por los guardias.

A las ocho de la mañana, en las Tullerías.

—¿Querías vernos? —preguntó Fouquier-Tinville.

—Sí —contestó Saint-Just, sonriendo.

—Creíamos que íbamos a entrevistarnos con Robespierre —dijo Hermann.

—No, ciudadano presidente, conmigo. ¿Alguna objeción? —preguntó Saint-Just, sin invitarles a sentarse—. A primeras horas de la mañana hemos arrestado a cuatro personas: Danton, Desmoulins, Lacroix y Philippeaux. He redactado un informe sobre el caso que entregaré hoy mismo a la Convención. Deseo que dejéis lo que tengáis entre manos y que iniciéis de inmediato los preparativos del juicio. Es urgente.

—Un momento —protestó Hermann—. ¿Qué clase de procedimiento es este? La Convención todavía no ha autorizado los arrestos.

—Es una simple formalidad. Supongo que no irás a pelearte conmigo sobre ese detalle —contestó Saint-Just.

—¿Pelearme contigo? Permíteme que te recuerde la situación. Todo el mundo sabe, aunque nadie puede probarlo, que Danton ha aceptado sobornos. Todos sabemos también, y las pruebas abundan, que Danton derrocó a Capeto, instituyó la República y nos salvó de la invasión. ¿De qué vas a acusarlo? ¿De falta de fervor?

—Si dudas de que existen cargos muy graves contra Danton puedes examinar esos papeles —respondió Saint-Just, indicándole unos documentos que yacían en la mesa—. Como verás, algunos párrafos están escritos por Robespierre y otros por mí. Puedes pasar por alto los párrafos de Robespierre que se refieren a Camille Desmoulins. Son meros pretextos. Cuando hayas terminado de leer los tacharé.

—Eso es una sarta de mentiras, es absurdo —afirmó Hermann, tras revisar los documentos.

—Es lo de siempre —contestó Fouquier—. Conspiró con Mirabeau, con Orléans, con Capeto y con Brissot. Estamos acostumbrados a resolver esas situaciones. De hecho, fue Camille quien nos enseñó cómo hacerlo. La semana que viene, si los jueces emiten rápidamente un veredicto, podremos añadir «conspiró con Danton». En cuanto muere uno de ellos, el haber tenido tratos con él se convierte en un crimen imperdonable.

—¿Qué vamos a hacer cuando Danton se ponga a actuar para el público de la galería?

—Si es necesario, lo amordazaremos.

—¡Qué dramático! —exclamó Fouquier—. Según tengo entendido, los cuatro acusados son letrados.

—Vamos, ciudadano, no te desanimes —dijo Saint-Just—. Siempre has sabido estar a la altura de las circunstancias. Me refiero a que siempre has demostrado tu lealtad hacia el comité.

—Sí. Tú eres el Gobierno —respondió Fouquier.

—Si no recuerdo mal, Camille está emparentado contigo, ¿no es cierto?

—Sí. Creí que también era pariente tuyo.

—No, no lo creo —le contestó Saint-Just, frunciendo el entrecejo—. Confío en que ese hecho no influya en tu ánimo.

—Siempre procuro cumplir mi trabajo lo mejor que puedo —replicó Fouquier secamente.

—No me cabe duda.

—Por tanto te agradecería que no volvieras a sacar esa circunstancia a colación.

—¿Te cae bien Camille? —le preguntó Saint-Just.

—¿A qué viene esa pregunta? Creí que habíamos acordado que nuestro parentesco no influía para nada en el caso.

—No importa, déjalo. No es necesario que respondas. Como bien recordaréis, os he dicho que se trataba de un asunto muy urgente —insistió Saint-Just.

—Sí —contestó Hermann—. El comité tendrá que apresurarse.

—El juicio debe comenzar mañana o pasado mañana. Preferiblemente mañana.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Fouquier.

—No me gusta ese tono —replicó Saint-Just.

—Pero las pruebas, las acusaciones…

Saint-Just señaló con el dedo los documentos que yacían ante él, sobre el escritorio.

—Los testigos… —dijo Hermann.

—¿Para qué necesitamos testigos? —replicó Saint-Just, impaciente—. Está bien, reúne a unos cuantos.

—¿Cómo podemos a citar a los testigos si no sabemos a quién van a llamar al estrado?

—Te aconsejo que no permitas que declare ningún testigo de la defensa —dijo Saint-Just, dirigiéndose a Hermann.

—Una pregunta —dijo Hermann—. ¿Por qué no envías a unos asesinos para que los mate en sus celdas? No soy un dantonista, pero esto es un asesinato a sangre fría.

—Vamos —contestó Saint-Just, enojado—, te quejas de que el tiempo apremia, y luego lo malgastas con cuestiones frívolas. No he venido a responder a esas ridiculeces. Sabes de sobra la importancia que tienen esos asuntos ante la opinión pública. Bien, las siguientes personas serán acusadas junto con las otras cuatro que ya he citado. Hérault, Fabre…

—Los documentos ya están listos —respondió con tono seco Fouquier.

—Chabot, el estafador, y sus socios Basire y Delaunay, ambos diputados…

—Para desacreditarlos —dijo Hermann.

—Así es —respondió Fouquier—. Los mezclaremos con los políticos, los estafadores y los ladrones. La gente supondrá que si juzgamos a uno de ellos por fraude, los demás deben de ser de su misma calaña.

—¿Me permites que prosiga? Añadiremos el grupo de extranjeros: los hermanos Frei, el banquero español Guzmán y el hombre de negocios danés, Diedrichsen. Ah, olvidaba al abad D’Espanac, el proveedor del Ejército. Los cargos son conspiración, fraude, especulación monetaria, tratos con potencias extranjeras, etcétera. Lo dejo en tus manos, Fouquier. Disponemos de multitud de pruebas contra todos ellos.

—Excepto contra Danton.

—Ese es tu problema. A propósito, ciudadano, ¿sabes lo que es eso?

—Por supuesto —respondió Fouquier, contemplando unos papeles que le indicaba Saint-Just—. Son unas órdenes de arresto en blanco, firmadas por el comité. Un sistema un tanto arriesgado, si se me permite decirlo.

Saint-Just anotó un nombre en cada uno de los documentos.

—¿Quieres examinarlos ahora? —inquirió, sosteniéndolos con dos dedos y agitándolos para que la tinta se secara—. Ese es tuyo, Hermann, y ese para ti, fiscal —añadió sonriendo. A continuación los dobló y los guardó en el bolsillo interior de la casaca—. Es por si algo sale mal durante el juicio.

La sesión de la Convención Nacional se abre en medio de un tumulto. El primero en ponerse de pie es Legendre. Su rostro denota tensión. Quizá los ruidos de la calle lo despertaron temprano.

—Anoche fueron arrestados ciertos miembros de la asamblea. Danton fue uno de ellos. No estoy seguro de quiénes fueron los otros. Exijo que los miembros de la Convención que se hallan detenidos sean conducidos aquí, para ser acusados o absueltos por nosotros. Estoy convencido de que las manos de Danton están tan limpias como las mías…

Un murmullo recorre la cámara, mientras todos giran la cabeza hacia la puerta. El presidente Tallien observa a los miembros de los comités que acaban de entrar. El rostro de Collot tiene un aire fláccido, inexpresivo; no suele asumir el aire de un personaje concreto hasta que comienza la representación de la jornada. Saint-Just luce una casaca con botones dorados y sostiene un montón de papeles en la mano. Una sensación de nerviosismo se apodera de los diputados. He aquí al comité de Policía: Vadier, con su rostro pálido y alargado y sus ojos hundidos, Lebas, con expresión firme y resuelta. A continuación, en medio del silencio, como un gran trágico haciendo su entrada triunfal, aparece el ciudadano Robespierre, el Incorruptible. De pronto se detiene unos instantes en el pasillo entre los escaños, como si vacilara, hasta que uno de sus colegas le da un empujoncito.

Tras subir a la tribuna apoyó las manos sobre sus notas y guardó silencio durante unos segundos, mirando a su alrededor y deteniéndose una fracción de segundo en los rostros de quienes recelaba.

Luego empezó a hablar, lenta y pausadamente. Citó el nombre de Danton como si este conllevara algún privilegio. Pero a partir de ahora nadie gozaría de privilegios;

los ídolos de barro estaban condenados a caer irremisiblemente. Al cabo de un rato se detuvo, se quitó las gafas y dirigió a Legendre una mirada glacial, típica de los miopes. Legendre se estrujó sus grandes manos de carnicero, capaces de esgrimir un hacha y matar a un buey, hasta que los nudillos se tornaron blancos. De pronto se puso en pie y comenzó a balbucear, tratando de justificarse. «Quienquiera que demuestre temor es culpable», declaró Robespierre. Luego abandonó la tribuna mientras en sus delgados y pálidos labios se dibujaba una sonrisa —o una mueca— de desdén.

Saint-Just leyó durante dos horas su informe sobre las intrigas de la facción de los dantonistas. Había imaginado, al redactarlo, que tenía ante sí al acusado; no había rectificado ni una coma. Si Danton hubiera estado frente a él, la lectura de dicho informe habría estado amenizada por los gritos y protestas de los simpatizantes de Danton que ocupaban la galería, así como del propio Danton; pero Saint-Just siguió leyendo tranquilamente, en medio de un silencio sepulcral. Leía sin pasión, con voz monótona, sin apartar la vista de los papeles que sostenía en la mano izquierda. De vez en cuando alzaba el brazo derecho y luego lo dejaba caer nuevamente en un gesto mecánico. En cierta ocasión, poco antes de concluir, alzó su juvenil rostro hacia el público y dijo:

—A partir de ahora, sólo quedarán los patriotas.

Rue Marat.

—¿Quieres venir a ver a tu padrino, cariño? —preguntó Lucile a su hijo—. No, es preferible que lo lleves a casa de mi madre, Jeanette.

—Lávese la cara antes de salir. La tiene muy hinchada.

—Es lógico, después de lo mucho que he llorado. Pero no creo que se fije en mi aspecto. No suele hacerlo.

—Esto es un desastre —dijo Louise Danton—. Han dejado tu apartamento peor que el mío.

Se hallaban en el cuarto de estar de casa de Lucile. Todos los libros estaban apilados sobre la alfombra de cualquier manera; los cajones y los armarios estaban abiertos y su contenido desparramado por el suelo. Incluso habían examinado las cenizas del hogar. Lucile enderezó el cuadro de la ejecución de María Estuardo.

—Se han llevado todos sus papeles y cartas —dijo—. Todo. Incluso el manuscrito de los padres de la Iglesia.

—Si Robespierre accede a recibirnos, ¿qué vamos a decirle?

—No es necesario que le digas nada. Hablaré yo.

—¿Quién iba a pensar que la Convención se los entregaría sin oponer la más mínima resistencia?

—No me extraña. Nadie —excepto tu marido— es capaz de oponerse a Robespierre. Aquí hay unas cartas —dijo Lucile a Jeanette—, dirigidas a todos los

miembros del Comité de Salvación Pública. Excepto Saint-Just, porque es inútil escribirle. Aquí tienes las cartas para el comité de Policía; esta es para Fouquier, y estas para varios diputados, con sus nombres debidamente anotados. Envíalas inmediatamente. Si no me contestan y Max se niega a recibirme, tendré que idear otra táctica.

En la cárcel de Luxemburgo, Hérault asumió el papel de perfecto anfitrión. A fin de cuentas había sido un palacio, y no estaba diseñado para albergar una prisión.

—Es un lugar misterioso y solitario —dijo Hérault—. De vez en cuando nos encierran, pero por lo general llevamos una vida muy sociable. Me recuerda a Versalles. La conversación es brillante, los modales impecables y las damas se hacen peinar por sus doncellas y se cambian de ropa tres veces al día. Incluso organizamos cenas. Podéis conseguir cualquier cosa que deseéis, salvo armas de fuego. Pero os recomiendo que tengáis cuidado con lo que decís. La mitad de los que están encerrados aquí son informadores.

Los recién llegados pasaron a lo que Hérault había descrito como «nuestro salón», donde los reclusos los examinaron de pies a cabeza. Un *ci-devant*, al observar la corpulenta figura de Lacroix, comentó:

—Ese tipo sería un perfecto cochero.

El general Dillon, que había bebido unas copas, se disculpó por estar un tanto ebrio.

—¿Quién es usted? —preguntó a Philippeaux—. ¿Le conozco? ¿A qué se dedica?

—Mi misión era criticar al comité.

—Ah.

De pronto, al comprender con quién estaba hablando, Philippeaux se apresuró a decir:

—Pero si es usted el amigo de Lucile… Caramba, lo lamento, general.

—No se preocupe. No me importa lo que piense de mí —respondió Dillon. Acto seguido se dirigió con paso vacilante hacia Camille, le rodeó los hombros con un brazo y añadió—: Ahora que estás aquí dejaré de beber, lo juro. ¿No te lo advertí? Mi pobre Camille.

—¿A qué no adivináis lo que ha sucedido? —preguntó Hérault—. Los ladrones del comité de las Artes se han apropiado de todas mis primeras ediciones.

—Hérault se niega a defenderse de los cargos que se le imputan —dijo el general Dillon—. ¿Qué clase de actitud es esa? Se cree en la obligación de hacerlo porque es un aristócrata. Yo también lo soy. Pero también soy un soldado. No te preocupes, Camille, pronto saldremos de aquí.

Rue Saint Honoré.

—Está con varios patriotas y no puedo molestarlo —dijo Babette.

Lucile dejó una carta sobre la mesa.

—Te ruego que se la entregues, Elisabeth.

—Es inútil —replicó la joven sonriendo—. Nada le hará cambiar de parecer.

Robespierre estaba solo en su habitación, esperando que Lucile y Louise se marcharan. Cuando salieron, el sol apareció de pronto por detrás de una nube.

Las dos mujeres echaron a andar hacia el río, envueltas en la fragante atmósfera primaveral.

UNA CARTA ESCRITA DESDE LA CÁRCEL DE LUXEMBURGO, DE CAMILLE DESMOULINS A LUCILE DESMOULINS

El otro día descubrí una grieta en la pared de mi celda. Al aplicar el oído oí gemir a alguien, como si estuviera enfermo o sufriera dolores. Le dije unas palabras para tranquilizarlo, y el hombre me preguntó quién era. Cuando le revelé mi nombre, exclamó: «¡Dios mío!». Entonces comprendí que se trataba de Fabre d'Églantine. «Sí, soy Fabre —dijo—. Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Es que ha estallado la contrarrevolución?».

Interrogatorio preliminar en la cárcel de Luxemburgo:

L. Camille Desmoulins, abogado, periodista, diputado de la Convención Nacional, de treinta y cuatro años de edad, residente en la rue Marat. En presencia de F. J. Denisot, juez suplente del Tribunal Revolucionario; F. Girard, secretario auxiliar del Tribunal Revolucionario; A. Fouquier-Tinville y G. Liendon, fiscal suplente.

Actas del interrogatorio:

P. ¿Ha conspirado contra la nación francesa para que sea restaurada la monarquía, destruyendo la representación nacional y el gobierno republicano?

R. No.

P. ¿Dispone de un abogado defensor?

R. No.

Nombramos, por consiguiente, a Chauveau-Lagarde.

Lucile y Annette se dirigen a los Jardines de Luxemburgo. Se detienen ante la cárcel, escrutando su fachada con la vana esperanza de verlo. El hijo de Lucile se echa a llorar en brazos de su madre; quiere regresar a casa.

Camille se halla frente a la ventana de una de las celdas. A sus espaldas, en la penumbra de la habitación, hay una mesa ante la que ha permanecido sentado buena parte del día, redactando una defensa contra los cargos que se le imputan, los cuales todavía no le han sido notificados. El frío aire de abril agita el cabello de Lucile, dándole el aspecto de una mujer que se ha ahogado. De pronto vuelve la cabeza, sin apartar la vista de las ventanas de las celdas. Él puede verla, pero ella no puede distinguirlo a él.

CAMILLE DESMOULINS A LUCILE DESMOULINS

Ayer, cuando el ciudadano que te llevó mi carta regresó, le pregunté si te había visto, como solía preguntar al abate Laudréville. De pronto me di cuenta de que lo observaba fijamente, como intentando ver reflejada en su persona o en sus ropas una parte de ti…

Se abrió la puerta de la celda.

—Él dijo que sabía que acabaría viniendo. —Robespierre se apoyó en la pared y cerró los ojos. Su cabello, sin empolvar, desprendía reflejos rojizos a la luz de la antorcha.

—No debería haber venido, pero lo deseaba… No he podido evitarlo —continuó.

—No hay trato —dijo Fouquier. Su rostro expresaba una mezcla de impaciencia y desprecio; era imposible saber hacia quién.

—No hay trato. Dice que Danton nos concede tres meses. —En la penumbra, sus ojos verdeazulados se clavaron en los de Fouquier con expresión interrogadora.

—Es lo que suelen decir todos.

—Creo que durante unos instantes pensó que iba a ofrecerle la oportunidad de escapar antes del juicio.

—¿De veras? —preguntó Fouquier—. No eres ese tipo de hombre. Él debía de saberlo.

—Sí —contestó Robespierre. Luego se enderezó, rozó la pared con los dedos y murmuró—: Adiós.

Los dos hombres echaron a andar hacia la puerta. De pronto Robespierre se detuvo y dijo:

—Escucha.

Al otro lado de la puerta de una celda se oían voces y unas sonoras carcajadas.

—Es Danton —dijo Robespierre, pálido como la cera.

—Vamos —respondió Fouquier.

Pero Robespierre no se movió.

—¿Cómo es posible que se ría de esa manera?

—¿Es que vas a quedarte ahí toda la noche? —preguntó Fouquier. Siempre se había mostrado correcto con el Incorruptible, pero ese individuo pálido y demacrado, temblando de miedo, con los ojos humedecidos, que se dedicaba a ir a las prisiones ofreciendo tratos y promesas no le inspiraba el menor respeto.

—Trasladad a Danton y a sus hombres a la Conciergerie —ordenó Fouquier a un funcionario. Luego se volvió hacia Robespierre y añadió—: No te preocupes, ya lo superarás.

Tras esas palabras agarró del brazo a la Vela de Arras y lo condujo fuera del edificio.

Palacio de Justicia, 3 de abril 13 de Germinal, a las ocho de la mañana.

—Vayamos al grano, caballeros —dijo Fouquier a los dos fiscales suplentes—. Esta mañana comparecen ante el Tribunal varios embaucadores, estafadores y ladrones, junto a media docena de eminentes políticos. Si os asomáis a la ventana veréis la multitud que se ha congregado frente al edificio, aunque no es necesario que os asoméis porque sin duda podéis oír sus voces y gritos. Son gentes que, si no obramos con cautela, podrían desbaratar nuestros planes y poner en peligro la seguridad de la capital.

—Es una lástima que no exista medio de evitarlas —dijo el ciudadano Fleuriot.

—La República no prevé la celebración de juicios a puerta cerrada —contestó Fouquier—. Por el contrario, es necesario celebrarlos a la vista del público. Pero no quiero que aparezca ninguna noticia en la prensa. En cuanto al caso que nos ocupa, no existe. El informe que nos entregó Saint-Just… constituye un documento político.

—Es decir, mentiras —terció Liendon.

—Básicamente, sí. No me cabe la menor duda de que Danton es culpable de suficientes cargos como para condenarlo a muerte, pero eso no significa que sea culpable de los cargos que le vamos a imputar. No tenemos tiempo suficiente para preparar un caso coherente contra esos hombres. De ninguna manera podemos llamar a declarar a algún testigo y exponernos a que revele algo que pueda resultar perjudicial para el comité.

—Me choca en ti esa actitud derrotista —comentó Fleuriot.

—Mi querido Fleuriot, todos sabemos que has venido para espiar por cuenta del ciudadano Robespierre. Pero nuestra tarea consiste en utilizar trucos legales sucios, no en pronunciar consignas ni frases hechas. Por otra parte, hay que tener en cuenta a la oposición.

—Supongo que no te referirás a esos infelices que van a hacerse cargo de la defensa de los acusados —respondió Liendon.

—Dudo que se atrevan a dirigirles la palabra a sus clientes. Danton, como todos sabemos, es archipopular; es el mejor orador de París, y mejor abogado que vosotros. Fabre no nos causará ningún problema. Su caso ha obtenido una publicidad muy desfavorable para él, y además está muy enfermo. Hérault es un caso distinto. Si decide rebatir nuestros argumentos podría resultar muy peligroso, porque la acusación que tenemos contra él es muy frágil.

—¿No posees cierto documento relacionado con la esposa de Capeto?

—En efecto, pero he tenido que realizar algunas modificaciones y prefiero no verme obligado a presentarlo ante el Tribunal. En cuanto al diputado Philippeaux, no debemos subestimarlo. Es menos conocido que los otros pero se muestra totalmente intransigente y no parece temer lo que podamos hacerle. El diputado Lacroix es un hombre frío, un jugador nato. Según nos ha referido nuestro informador, parece que este asunto más bien le divierte.

—¿Quién es nuestro informador?

—¿En la cárcel? Un individuo llamado Laflotte.

—Temo a tu primo Camille —dijo Fleuriot.

—Nuestro informador nos ha hecho unos comentarios muy útiles al respecto. Lo ha descrito como un hombre histérico y trastornado. Al parecer, alega que el ciudadano Robespierre lo visitó en secreto en la cárcel de Luxemburgo y ofreció salvarle la vida a cambio de que declarara en contra de los otros acusados. Una historia absurda, por supuesto.

—Debe de haberse vuelto loco —observó Liendon.

—Sí —contestó Fouquier—. Es probable. Debemos ponerle nervioso, acosarlo, aterrorizarlo, lo cual no creo que nos resulte difícil. Es esencial impedirle que lleve a cabo su defensa, porque la gente que recuerda los episodios de 1789 le tiene cierta estima. Bueno Fleuriot, ¿cuál crees que es nuestra principal ventaja?

—El tiempo, sin duda.

—Precisamente. El tiempo está de nuestra parte. El procedimiento, desde el juicio de Brissot, es que si al cabo de tres días el jurado se declara satisfecho, el caso queda cerrado. ¿Qué te sugiere eso, Liendon?

—Que debemos seleccionar minuciosamente al jurado.

—Excelente. Estoy muy satisfecho de vosotros. Prosigamos —dijo Fouquier, sacando una lista de personas que solían actuar de jurados en el Tribunal Revolucionario—. Trinchard, el ebanista, Desboisseaux, el zapatero remendón… Una sólida pareja de plebeyos.

—Sí, son de fiar —dijo Fleuriot.

—Y Maurice Duplay, otro gran patriota.

—No. El ciudadano Robespierre ha prohibido que forme parte del jurado.

Fouquier se mordió el labio.

—Jamás llegaré a entender a ese hombre. Bueno, tenemos a Ganney, el peluquero, siempre dispuesto a colaborar con la justicia. Supongo que necesita el dinero, ya que el negocio de las pelucas ha descendido notablemente. Y Lumière. —Fouquier puso una cruz al lado de su nombre—. Quizá no se deje convencer fácilmente, pero al final lo conseguiremos.

—¿Qué te parece el Diez de Agosto Leroy?

—Excelente —contestó Fouquier, poniendo una cruz junto al nombre del ex Leroy de Montflobert, marqués de Francia—. Aún nos faltan algunos.

—Tendremos que añadir a Souberbielle.

—Es amigo de Danton y de Robespierre.

—Sí, pero es un hombre de principios —dijo Fleuriot—. Podemos contar con él.

—Para equilibrar la balanza —dijo Fouquier—, añadiremos a Renaudin, el fabricante de violines.

Fleuriot soltó una carcajada.

—Una idea excelente —dijo—. Yo estaba en el Club de los Jacobinos el día que golpeó a Camille. Jamás llegué a averiguar el motivo de la pelea.

—No tiene importancia —respondió Fouquier—. En cualquier caso, Renaudin está perfectamente cuerdo. A propósito, Fleuriot, recuerda que no debes dirigirte a mi primo por su nombre de pila ante el tribunal. —Luego frunció el ceño y dijo—: No sé a quién más añadir a la lista.

—¿Qué te parece este? —sugirió Liendon, señalando un nombre.

—No, le gusta demasiado razonar. Me temo que tendremos que arreglarnos con un jurado formado por sólo siete personas. No creo que ninguno se atreva a negarse. De todas maneras, ciudadano Liendon, esta es una partida que no podemos perder. Nos veremos en el Tribunal a las once.

—Me llamo Danton. Es un nombre bastante conocido. Soy abogado de profesión, y nací en Arcis, en la comarca de Aube. Dentro de unos días mi domicilio habrá desaparecido de la Tierra. Mi lugar de residencia será la historia.

Era el primer día del juicio.

—Eso suena muy pesimista —dijo Lacroix a Philippeaux.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Sin duda ya conoce a Fabre, y este es Chabot. Me alegra comprobar que ofrece tan buen aspecto, ciudadano Diedrichsen. Le presento a Philippeaux, a Emmanuel Frei y a Junius Frei, con quienes, según tengo entendido, estuvo usted conspirando.

—Encantado de conocerlo, diputado Philippeaux —dijo uno de los hermanos Frei —. ¿De que se le acusa?

—De criticar al comité.

—Ah.

Tras contar las cabezas, Philippeaux dice:

—Somos catorce. Van a juzgar a todos los implicados en el fraude de la Compañía de las Indias Orientales. Si existiera justicia, eso llevaría tres meses. Pero lo liquidarán en tres días.

Súbitamente Camille se pone en pie y señala al jurado.

—Me opongo —dice. Procura ser lo más breve posible para no tartamudear.

—Es su abogado quien debe manifestar cualquier objeción —responde Hermann secamente.

—Tengo derecho a defenderme —insiste Desmoulins—. Me opongo a que Renaudin forme parte del jurado.

—¿Por qué motivo?

—Porque me ha amenazado. Podría citar a varios centenares de testigos presenciales.

—Esa es una objeción frívola.

El informe del comité de Policía referente al asunto de la Compañía de las Indias

Orientales es leído en voz alta. Transcurren dos horas. Luego se leen los cargos contra los acusados. Pasa otra hora. El público aguarda impaciente tras las barreras situadas al fondo de la sala del Tribunal.

—Dicen que la fila de curiosos llega hasta la Casa de la Moneda —murmura Fabre.

Lacroix se vuelve a los estafadores implicados en el fraude y dice:

—Qué ironía…

Fabre se pasa la mano por el rostro. Ocupa el sillón que normalmente se reserva para el principal acusado. Por la noche, cuando los presos fueron trasladados a la cárcel de la Conciergerie, apenas podía caminar, y dos guardias tuvieron que ayudarle a subir a un carruaje. De vez en cuando se pone a toser, sofocando las palabras de Fabricius Pâris, momento que el secretario del Tribunal aprovecha para recuperar el resuello y observar el impasible rostro de su jefe, Danton. Fabre se cubre la boca con un pañuelo. Ofrece un aspecto sudoroso y exangüe. En ocasiones, Danton se gira para mirarlo, o para contemplar a Camille. A través de la ventana penetran unos rayos de sol que se proyectan sobre las losas negras y blancas del suelo. A medida que la tarde languidece, se va formando un inmerecido halo sobre la cabeza de Diez de Agosto Leroy. En el Palais Royal, las lilas están en flor.

Danton:

—Esto es una infamia. Exijo que se me permita defenderme. Exijo que se me autorice a escribir a la Convención. Exijo que se designe una comisión. Camille Desmoulins y yo mismo deseamos denunciar los métodos dictatoriales utilizados por el comité de Salvación…

Los aplausos sofocan sus palabras. El público lo aclama enardecido y canta «La Marsellesa». El tumulto se extiende hasta la calle. El presidente intenta inútilmente imponer orden en la sala, agitando la campana hacia los acusados con gesto amenazador. Lacroix responde agitando el puño. No pierdas los nervios, advierte Fouquier al juez. Cuando Hermann consigue por fin hacerse oír, suspende la sesión. Los prisioneros son conducidos a sus celdas.

—¡Cabrones! —exclama Danton—. Mañana los desollaré vivos.

—¿Que me he vendido? ¿Yo? No hay dinero en el mundo para comprarme.

Es el segundo día.

—¿Quién es este?

—¿Otro? —inquiere Philippeaux—. ¿Quién es?

—El ciudadano Lhuillier —responde Danton—. Es fiscal, mejor dicho, lo era. ¿Qué haces aquí, ciudadano?

Lhuillier ocupa un lugar entre los acusados. No pronuncia palabra, parece estar conmocionado.

—¿Qué delito ha cometido ese hombre, Fouquier?

Tras mirar al acusado, Fouquier repasa la lista de nombres que sostiene y habla en voz baja con sus ayudantes.

—Pero tú dijiste que… —insiste Fleuriot.

—Te dije que lo citaras a declarar, no que lo arrestaras —contesta Fouquier—. No puedo encargarme de todo.

—Ha metido la pata —dice Philippeaux—. Pero ya se le ocurrirá algo.

—Creo que tu primo es un incompetente, Camille —observa Hérault—. Es una vergüenza para el colegio de abogados.

—¿Cómo conseguiste este cargo, Fouquier? —pregunta su primo.

—Maldita sea —masculla el fiscal, rebuscando entre sus papeles. Luego se dirige a Hermann y dice en voz baja—: La hemos jodido. Pero procura que nadie se entere. Nos convertiríamos en el hazmerreír de la ciudad.

Hermann suspira.

—Todos estamos bajo una gran tensión, pero intenta moderar tu lenguaje. Déjalo donde está, y el último día del juicio ordenaré al jurado que lo absuelva por falta de pruebas.

El vicepresidente Dumas apesta a alcohol. La multitud que abarrota la entrada de la sala está aburrida e impaciente. Al cabo de un rato comparece otro prisionero.

—Pero si es Westermann… —murmura Lacroix.

El general Westermann, vencedor de la Vendée, se sitúa ante los acusados.

—¿Quiénes son esos hombres? —inquiere con aire beligerante, señalando a Chabot y a sus amigos.

—Varios elementos criminales —contesta Hérault—. Tú conspiraste con ellos.

—¿De veras? —pregunta Westermann, alzando la voz—. ¿Es que me tomas por imbécil, Fouquier? Antes de la Revolución ejercí como abogado en Estrasburgo. Sé como funciona esto. No me habéis asignado un abogado defensor. No me habéis sometido a un interrogatorio preliminar. No se me ha imputado cargo alguno.

—Eso es una mera formalidad —responde Hermann.

—Todos estamos aquí por una mera formalidad —tercia secamente Danton.

Los acusados sueltan una sonora carcajada. El comentario de Danton es transmitido a los espectadores que se encuentran al fondo de la sala. El público rompe a aplaudir, mientras unos patriotas sansculottes agitan sus gorras rojas, entonan el *Ça Ira* y aclaman (equivocadamente) al abogado de la Lanterne.

—Si no guarda silencio, haré que lo desalojen de la sala —grita Hermann a Danton.

—¡Adelante! —replica Danton, levantándose de un salto—. Eres un desgraciado. Tengo derecho a hablar. Todos tenemos derecho a hablar. Yo mismo creé este Tribunal. Conozco mis derechos.

—¿Es que no oye la campana?

—Un hombre que va a ser condenado a muerte no presta atención a una campana.

Las voces de la galería se hacen más fuertes e insistentes. Fouquier abre la boca,

pero el griterío sofoca sus palabras. Hermann cierra los ojos mientras observa desfilar ante sus párpados todas las firmas del Comité de Salvación Pública. Al cabo de quince minutos se restituye el orden.

De nuevo el fraude de la Compañía de las Indias Orientales. Los fiscales saben que tienen un caso sólido, de modo que se ciñen al asunto. Fabre, que estaba sentado con la cabeza agachada, la alza unos instantes y luego la deja caer de nuevo.

—Convendría que lo viera un médico —murmura Philippeaux.

—Su médico personal está ocupado. Forma parte del jurado.

—No irás a morirte ahora, Fabre…

Fabre sonríe débilmente. Danton nota el temor que se ha apoderado de Camille, el cual está sentado rígidamente entre Lacroix y él. Camille ha pasado toda la noche escribiendo porque está convencido de que al final no tendrán más remedio que dejarlo hablar. Hasta el momento los jueces lo han hecho callar cada vez que ha abierto la boca.

Cambon, el experto en materia de finanzas del Gobierno, sube al estrado para hablar sobre beneficios e intereses, procedimientos bancarios y divisas. Es el único testigo llamado a declarar en el juicio. Inopinadamente, Danton lo interrumpe:

—¿Crees que soy monárquico, Cambon?

Cambon lo mira y sonríe.

—¿Lo habéis visto? Se ha reído. Quiero que conste que el ciudadano Cambon se ha reído de mi pregunta.

HERMANN: La Convención te acusa, Danton, de proteger a Dumouriez, de no revelar sus intenciones y de apoyar sus planes para destruir la libertad, marchando sobre París con una fuerza armada para aplastar al Gobierno republicano y restaurar la monarquía.

DANTON: ¿Puedo responder?

HERMANN: No. Ciudadano Pâris, lea el informe del ciudadano Saint-Just, me refiero al informe que este entregó a la Convención y al Club de los Jacobinos.

Han transcurrido dos horas. Los acusados se han separado en dos grupos; los seis políticos y el general tratan de imponer cierta distancia entre ellos y los ladrones, pero la maniobra resulta complicada. Philippeaux escucha con atención y toma algunas notas. Hérault parece sumido en sus meditaciones, como si no le importara lo que sucede a su alrededor. De vez en cuando el general protesta irritado y pide a Lacroix que le aclare algún punto, que el mismo Lacroix tampoco alcanza a comprender.

Durante la primera parte de la lectura del informe la multitud se muestra

impaciente. Pero a medida que el público se da cuenta del alcance del mismo, un profundo silencio se apodera del Tribunal, deslizándose sigilosamente a través de la sala como un animal que regresa a su guarida. El reloj da la hora. Hermann carraspea y Fouquier, sentado ante su mesa, de espaldas a los acusados, estira las piernas. De improviso, Desmoulins pierde los nervios. Alza la mano con gesto vacilante y se aparta un mechón de la frente. Mira ansiosamente los rostros a su izquierda y derecha. Apoya el puño derecho en la palma de la mano izquierda y se muerde los nudillos. Luego apoya ambas manos en el borde del banquillo. Sentencia del ciudadano Robespierre, muy útil en los casos criminales: «Quienquiera que muestre temor es culpable». Danton y Lacroix cogen las manos de Camille y se las sujetan con fuerza.

Pâris ha terminado de leer el informe. Ronco, extenuado, deposita el documento en la mesa y se sienta. Parece a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Puede usted hablar, Danton —dice Hermann.

Danton se pone en pie preguntándose que contendrán las notas de Philippeaux, pues no ha oído una sola alegación que pueda refutar, ni un solo cargo que pueda derribar por tierra y pisotear. Si le acusaran de algo específico, diciendo, por ejemplo: «Georges-Jacques Danton, se le acusa de que el día 10 de agosto de 1792 cometió usted tal delito de traición y conspiración…». Pero le exigen que justifique toda su carrera, toda una vida consagrada a la Revolución, para defenderse de esas monstruosas calumnias y falsedades. Sin duda Saint-Just ha estudiado detenidamente los artículos de Camille contra Brissot para perfeccionar su técnica. Durante unos segundos a Danton se le ocurre que, de habérselo propuesto, Camille hubiera conseguido destrozar su carrera con su afilada pluma.

Al cabo de quince minutos, Danton se complace en escuchar su potente voz resonando en la sala del Tribunal. El largo silencio ha concluido. La multitud rompe a aplaudir de vez en cuando, obligándolo a interrumpirse. Luego reanuda su discurso, con voz aún más fuerte y potente. Fabre ha sido un excelente maestro en el arte de la oratoria. Danton imagina que su voz es un instrumento físico de ataque, una fuerza similar a un batallón, una explosión de lava que brota de la boca de un inagotable volcán, abrasándolos, sepultándolos vivos. Sepultándolos vivos…

—¿Puede usted explicarnos por qué, en Valmy, nuestras tropas no persiguieron a las fuerzas prusianas que se batían en retirada? —le interrumpe un jurado.

—Lamento no poder complacerlo. Soy abogado, no un experto en asuntos militares.

Fabre se incorpora, como si de pronto se sintiera más relajado.

En ocasiones Hermann trata de interrumpirlo, pero Danton prosigue sin hacerle caso. Cada vez que consigue derrotar al Tribunal, la multitud lo aclama y vitorea. Los teatros están vacíos; es el único espectáculo que interesa al público. Danton es perfectamente consciente de ello y sabe que la masa lo respalda, pero si Robespierre se presentara de improviso, ¿acaso no le aclamarían también? Père Duchesne era su

héroe, pero cuando su creador, de camino hacia el cadalso, les suplicó misericordia, se burlaron de él despiadadamente.

Al cabo de una hora la voz de Danton suena con la misma potencia que al principio. No da muestras de sentirse cansado. Tiene los pulmones de un atleta. Pero no ofrece argumentos ni entra en polémicas sino que se limita a hablar para salvar la vida. Esto es lo que se había propuesto y lo que confiaba conseguir: enfrentarse verbalmente a ellos. Pero a medida que transcurre el tiempo comienza a oír una voz interior que dice: «Te han permitido enfrentarte a ellos porque el asunto ya está decidido: eres un hombre muerto». Súbitamente, a una pregunta de Fouquier, grita enfurecido:

—¡Muéstrame a mis acusadores, muéstrame alguna prueba! Desafío a quienes me acusan a que se presenten aquí, ante mí, a mirarme a la cara. Muéstrame a esos hombres. Muéstramelos y los arrojaré a las tinieblas de las que jamás debieron salir. ¡Salid, sucios reptiles, impostores! ¡Os arrancaré la máscara y os entregaré al pueblo para que se vengue de vosotros!

Transcurre otra hora. Danton tiene sed, pero no se atreve a pedir un vaso de agua para no perder la concentración. Hermann, sentado frente a un montón de tomos de derecho, lo observa con la boca ligeramente entreabierta. Danton tiene la garganta seca, como si se hubiera tragado todo el polvo de su provincia natal, todos los campos verdes y amarillos que rodean Arcis.

Hermann pasa una nota a Fouquier que dice lo siguiente: «DENTRO DE MEDIA HORA SUSPENDERÉ LA SESIÓN».

Al fin, por más que se esfuerza en negárselo a sí mismo, Danton comprende que su voz ha perdido potencia. No puede quedarse ronco, mañana tiene que proseguir la lucha. Al cabo de unos momentos saca un pañuelo y se enjuga la frente.

—El testigo está agotado —se apresura a decir Hermann—. Se suspende la sesión hasta mañana.

Danton traga saliva y, con un último esfuerzo, responde:

—Mañana reanudaré mi defensa.

Hermann asiente.

—Mañana declararán nuestros testigos.

—Sí, mañana.

—¿Tiene la lista de las personas que deseamos llamar a declarar?

—Sí.

El público aplaude con fervor. Danton mira a sus compañeros.

—Sigue hablando, Georges —murmura Fabre—. Si te detienes ahora, no te permitirán volver a hablar. Continúa, es nuestra única oportunidad de salvarnos.

—No puedo. Debo dejar que mi voz se recupere —contesta Danton, ocupando su silla y quitándose la corbata—. La jornada ha concluido.

14 de Germinal, al atardecer, en las Tullerías.

—Estarás de acuerdo conmigo —dijo Robespierre—, en que no habéis llegado muy lejos.

—Deberías haber oído el tumulto —contestó Fouquier, paseándose nervioso de un lado al otro de la habitación—. Tememos que la multitud nos lo arranque de las manos.

—Descuida, no permitiremos que eso suceda. Además, la gente no siente una simpatía especial por Danton.

—Con todo respeto, ciudadano Robespierre…

—Lo sé, porque no sienten ninguna simpatía especial hacia nadie. Me consta, soy un buen juez de la psicología humana. Les gusta presenciar el espectáculo. Esto es todo.

—Es imposible avanzar. Danton no cesó de apelar a la masa.

—Eso fue un error. Debisteis someterlo a un severo interrogatorio. Hermann no debió permitirle que lanzara un discurso.

—Debéis impedir que continúe —dijo Collot.

Fouquier inclinó la cabeza. Recordaba una frase de Danton: «Los tres o cuatro criminales que están destruyendo a Robespierre…».

—Desde luego —contestó.

—Si la situación no mejora —dijo Robespierre—, envíanos una nota. Trataremos de ayudaros.

—¿Cómo?

—Después del juicio de Brissot promulgamos la norma de los tres días. Pero era demasiado tarde y no nos resultó de gran utilidad. De todos modos, nada nos impide aplicar nuevos procedimientos. No debemos permitir que este juicio se prolongue excesivamente.

Un salvador aplastado, corrompido, pensó Fouquier; le han destrozado el corazón.

—De acuerdo, ciudadano Robespierre —dijo—. Gracias, ciudadano Robespierre.

—La Desmoulins nos está causando muchos problemas —terció Saint-Just.

—¿Qué clase de problemas puede causaros la pequeña Lucile? —inquirió Fouquier.

—Tiene dinero. Conoce a mucha gente. Está desesperada y trata de utilizar sus influencias.

—Os aconsejo que reanudéis el juicio a las ocho de la mañana —dijo Robespierre —. Quizá consigáis burlar a la multitud.

Camille Desmoulins a Lucile Desmoulins

He caminado a lo largo de cinco años por los precipicios de la Revolución sin despeñarme, y aún estoy vivo.

He soñado con una república que todo el mundo habría reverenciado; jamás imaginé que los hombres pudieran ser tan feroces e injustos.

—Tal día como hoy, hace un año, fundé el Tribunal Revolucionario. Pido perdón a Dios y a los hombres.

El tercer día.

—Procederemos a interrogar a Emmanuel Frei —dice Fouquier secamente.

—¿Dónde están mis testigos?

Fouquier finge sorpresa.

—La cuestión de los testigos corresponde al comité, Danton.

—¿Qué tiene que ver en ello el comité? Estoy en mi legítimo derecho. Si no han sido convocados los testigos, exijo reanudar mi defensa.

—Pero debemos escuchar a los otros acusados.

—¿De veras?

Danton mira a sus compañeros. Fabre se está muriendo. Es muy probable que antes de que la guillotina le corte la cabeza algo estalle en su pecho y se ahogue en su propia sangre. Philippeaux ha pasado la noche en vela hablando de su hijo de tres años, cuyo recuerdo lo atormenta. La expresión de Hérault demuestra claramente que está fuera de combate; no quiere tratos con el Tribunal. Camille se halla sumido en una depresión nerviosa. Insiste en que Robespierre fue a visitarlo a la cárcel y le ofreció salvar su vida a cambio de que declarara en favor del ministerio fiscal; su vida, su libertad y su rehabilitación política. Nadie vio a Robespierre hablar con él en su celda, pero Danton se inclina por creer que es cierto.

—Muy bien —contesta Danton—. Adelante, Lacroix.

Lacroix se levanta de un salto. Presenta el aspecto tenso y exaltado de un participante en un juego peligroso.

—Hace tres días presenté mi lista de testigos. Ninguno de ellos ha sido llamado a declarar. Exijo al fiscal que explique, en presencia del público, que puede comprobar mis esfuerzos por defenderme, por qué se me ha denegado este derecho.

No pierdas la calma, se dice Fouquier.

—Eso nada tiene que ver conmigo —responde el fiscal con aire inocente—. No tengo ningún reparo a que los testigos del acusado sean llamados a declarar.

—En tal caso, ordene que los llamen.

La violencia se palpa en el ambiente. Camille se levanta y apoya la mano en el hombro de Lacroix, como si apenas pudiera sostenerse en pie.

—He incluido a Robespierre en mi lista de testigos —dice con voz temblorosa—. ¿Tiene la bondad de llamarlo a declarar, Fouquier?

Fouquier, sin moverse ni pronunciar palabra, produce la impresión de estar a punto de atravesar la sala y propinar un puñetazo a su primo, cosa que no sorprendería a nadie. Al cabo de unos segundos, Camille se sienta de nuevo. Pero Hermann está asustado. Hermann, según piensa Fouquier, es un picapleitos de

provincias. Si eso es cuanto puede ofrecer el colegio de abogados de Artois, él, Fouquier, es más que capaz de alcanzar la cumbre de su carrera. Bien mirado, ya ha alcanzado la cumbre de su carrera.

Con paso firme y decidido, Fouquier se dirige a los jueces.

—La multitud está más soliviantada que ayer —dice Hermann—. Los presos se muestran más arrogantes. No debemos proseguir.

—No podemos continuar así —dice Fouquier, dirigiéndose a los acusados—. Esto es un escándalo, tanto para el Tribunal como para el público. Solicitaré a la Convención que nos recomiende cómo proceder con este juicio, y seguiremos sus instrucciones al pie de la letra.

—Esto puede ser decisivo —murmura Danton a Lacroix—. Cuando los miembros de la Convención se enteren de esta farsa, confío en que recuperen el juicio y nos permitan defendernos debidamente. Tengo muchos amigos en la Convención.

—¿Tú crees? —responde Philippeaux—. Supongo que te refieres a que ciertos miembros te deben favores. Dentro de unas horas no estarán obligados a saldar su deuda. ¿Cómo sabemos que les contarán la verdad? Lo más probable es que se dejen intimidar por Saint-Just.

Antoine Fouquier-Tinville a la Convención Nacional

La sesión ha resultado tormentosa desde el principio. Los acusados insisten, de forma violenta, en que llamemos a declarar a sus testigos. Protestan por haberles sido denegado su legítimo derecho a defenderse. Pese a la firme postura adoptada por el presidente y el resto del Tribunal, sus reiteradas demandas obstaculizan el caso. Por otra parte, han manifestado claramente que no cesarán en su rebelde actitud hasta que llamemos a declarar a sus testigos. Así pues, en virtud de la autoridad que os asiste, os pido que nos recomendéis la forma en que debemos responder a la petición de los acusados, toda vez que la ley no admite ningún pretexto válido para negarles tal derecho.

Las Tullerías.

Robespierre, visiblemente enojado, golpea la mesa con los dedos.

—Retírate —ordena a Laflotte, el informador.

Cuando este cierra la puerta, Saint-Just se apresura a decir:

—Creo que con esto zanjaremos el asunto.

Robespierre contempla con aire ausente la carta de Fouquier.

—Informaré a la Convención de que hemos conseguido sofocar una peligrosa conspiración —dice Saint-Just.

—¿Estás convencido de ello? —pregunta Robespierre.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo de la peligrosa conspiración. No comprendo esas habladurías sobre Lucile. ¿Se trata acaso de un rumor que circula por la cárcel? ¿Es cierto? ¿Se lo ha inventado Laflotte o lo ha dicho porque deseabais oírselo decir?

—Los informadores siempre dicen lo que uno desea oír —replica Saint-Just—.

Era justamente lo que necesitábamos.

—¿Pero es cierto? —insiste Robespierre.

—Lo sabremos cuando comparezca ante el Tribunal. Entretanto, las circunstancias nos obligan a apoyarnos en ello. Personalmente, me parece más que plausible. Mucha gente la ha visto pasearse por la ciudad desde la mañana en que fue arrestado Camille. No tiene un pelo de tonta, y al fin y al cabo Dillon es su amante.

—No.

—¿No?

—Lucile no tiene amantes.

—Pero si es del dominio público… —contesta Saint-Just, soltando una carcajada.

—No son más que habladurías.

—Todo el mundo sabe que es una casquivana —afirma Saint-Just con tono jovial —. Cuando residían en la Place de Piques, no se recataba en mostrarse como la amante de Danton. También tuvo una aventura con Hérault.

—Te equivocas.

—Sólo quieres ver lo que te interesa.

—Estoy convencido de que no tiene amantes.

—¿Cómo explicas entonces su relación con Dillon?

—Dillon es amigo de Camille.

—De acuerdo, si lo prefieres diremos que Dillon es el amante de Camille. Me da lo mismo.

—Te estás excediendo —protesta Robespierre.

—Mi deber es servir a la República —contesta Saint-Just con vehemencia—. Esas sórdidas intrigas me tienen absolutamente sin cuidado. Lo único que deseo es proporcionar al Tribunal el medio de acabar con ellos.

—Escúchame atentamente —dice Robespierre, mirando fríamente a Saint-Just—. No podemos volvernos atrás, porque si vacilamos se volverán contra nosotros y acabaremos en el banquillo de los acusados. Sí, tal como lo has expresado tan elegantemente, debemos acabar con ellos, pero eso no significa que me guste. Ve a la Convención. Diles que a través de Laflotte has descubierto que se fraguaba una conspiración en las cárceles. Que Lucile Desmoulins, financiada por… financiada por las potencias enemigas, junto con el general Dillon, ha conspirado para liberar a los prisioneros de la cárcel de Luxemburgo, provocar una revuelta armada frente a la Convención y asesinar a los miembros del comité. Luego solicita a la Convención que promulgue un decreto para silenciar a los presos y conseguir que el juicio concluya hoy, o mañana a lo sumo.

—Tengo una orden de arresto contra Lucile Desmoulins. Convendría que la firmaras también tú.

Robespierre toma la pluma y firma el documento sin mirarlo siquiera.

—Ya no importa —murmura—. Estoy seguro que ella no desea vivir. A propósito, Saint-Just…

El joven se vuelve hacia Robespierre, el cual permanece sentado detrás de su mesa con las manos juntas, pálido pero sin perder la compostura.

—Cuando todo haya terminado y Camille esté muerto, no quiero oír el epitafio que le dediques. Os prohíbo que pronunciéis su nombre en mi presencia. Una vez que haya muerto, deseo pensar en él a solas.

Declaración prestada por Fabricius Pâris, secretario del Tribunal Revolucionario, durante el juicio de Antoine Fouquier-Tinville, en 1795

Incluso Fouquier y su digno colaborador, Fleuriot, pese a su infamia, se sentían impresionados por esos hombres, hasta el extremo de que el deponente creyó que no se atreverían a sacrificarlos. No conocía los odiosos medios empleados con tal fin, ni que hubieran ideado lo de la conspiración en la cárcel de Luxemburgo para vencer los escrúpulos de la Convención Nacional y obtener un decreto de proscripción. Amar y Voulland [del comité de Policía] fueron los encargados de traer el fatal decreto. El deponente se encontraba en la sala de testigos cuando llegaron. Sus semblantes expresaban rabia y el temor de que sus víctimas consiguieran escapar con vida. Voulland saludó al deponente y dijo: «Hemos cazado a esos canallas que conspiraban en la cárcel de Luxemburgo». Luego mandaron llamar a Fouquier, el cual se hallaba en la sala del Tribunal. Cuando este apareció, Amar le dijo: «Te traemos algo que sin duda simplificará las cosas». Fouquier sonrió satisfecho y entró de nuevo en la sala del Tribunal con aire de triunfo…

—Van a asesinar a mi esposa.

La dramática frase de Camille deja helados a todos los presentes. Acto seguido se levanta y trata de precipitarse sobre Fouquier mientras Danton y Lacroix lo sujetan. Camille grita algo a Hermann y se desploma de nuevo en la silla. Vadier y David, del comité de Policía, conversan en voz baja con el jurado. Fouquier, rehuye la mirada de los acusados y lee el decreto emitido por la Convención Nacional:

El presidente utilizará todos los medios permitidos por la ley a fin de hacer que se respete su autoridad y la autoridad del Tribunal Revolucionario, y sofocar todo intento por parte de los acusados de alterar el orden público o entorpecer el curso de la justicia. Por consiguiente, decreta que todas las personas acusadas de conspiración que se resistan u ofendan a la justicia nacional sean proscritas y juzgadas sin más formalidades.

—¡Dios mío! —murmura Fabre—. ¿Qué significa eso?

—Significa —responde Lacroix fríamente—, que a partir de ahora serán ellos quienes dicten las normas. Si exigimos que llamen a declarar a nuestros testigos, que nos interroguen o que nos permitan hablar, el juicio concluirá de inmediato. Para expresarlo más gráficamente, la Convención Nacional nos ha asesinado.

Cuando el fiscal termina de leer el decreto, alza la cabeza y mira a Danton. Fabre está inclinado hacia adelante, tosiendo y sosteniendo ante sus labios una toalla empapada en sangre. Hérault, sentado detrás de él, apoya una mano en su hombro y le ayuda a enderezarse. El aristócrata muestra una expresión de absoluto desprecio hacia esa chusma incapaz de comportarse debidamente.

—Que atiendan al prisionero —ordena Fouquier al alguacil—. Desmoulins

también parece a punto a desmoronarse.

—Se suspende la sesión —dice Hermann.

—El jurado… —dice Lacroix—. Todavía hay esperanza.

—No —contesta Danton—. Ya no hay esperanza.

Luego se levanta para dirigirse por última vez al público. Incluso en esos momentos, da la impresión de ser indestructible.

—Seré Danton hasta que muera —dice—. Mañana dormiré en la gloria.

Rue Marat.

Lucile había escrito de nuevo a Robespierre. Cuando oyó a la patrulla detenerse frente al edificio rompió la carta. Al asomarse a la ventana y ver a los guardias desenfundar sus armas, pensó: «¿Es que imaginan que oculto a un ejército en casa?».

Cuando llamaron a la puerta ya tenía preparada una bolsa en la que había metido ropas y algunas pertenencias. Había destruido sus diarios, la auténtica crónica de su vida. El gato se frotó contra sus piernas y Lucile se inclinó para acariciarlo.

—Estate quietecito —dijo—. No pasa nada.

Cuando los guardias les mostraron la orden de arresto, Jeanette rompió a llorar.

—Despídeme del niño, de mis padres y de Adèle —le dijo Lucile, tratando de consolarla—. Saluda también a la señora Danton y dile que deseo que tenga mejor suerte de la que ha gozado hasta ahora. Creo que no merece la pena que registren mi casa —añadió, dirigiéndose a los guardias—. Ya se han llevado todo cuanto pudiera interesar al comité, y otras muchas cosas sin importancia. Podemos irnos cuando gusten.

—¡Señora, señora! —exclamó Jeanette, agarrándose al brazo de un oficial—. Permítame que le diga una cosa antes de que se la lleven.

—Apresúrese.

—Vino una joven de Guise. Mire —dijo Jeanette, sacando una tarjeta de un cajón del escritorio—. Dejó esta tarjeta con sus señas. Deseaba hablar con usted.

En la tarjeta se podía leer, escrito con letra grande y angulosa: «ciudadana Tailland», y más abajo, entre paréntesis, «Rose-Fleur Godard».

—Ofrecía un aspecto lamentable, señora. El anciano señor Desmoulins está enfermo. Había venido sola desde Guise. Me dijo que hacía poco que se habían enterado de los arrestos.

—De modo que al fin decidiste venir… —murmuró Lucile—. Demasiado tarde, Rose-Fleur.

Antes de salir, Lucile cogió una capa. Hacía una tarde templada y frente al edificio aguardaba un coche cerrado, pero temía que hiciera frío en la cárcel. A fin de cuentas, era lo más lógico.

—Adiós, Jeanette —dijo—. Cuídate mucho. No te preocupes y procura olvidarnos.

UNA CARTA DIRIGIDA A ANTOINE FOUQUIER-TINVILLE

Réunion-sur-Oise, antiguamente Guise
11 de Germinal, año II

Ciudadano y compatriota:

Camille Desmoulins, mi hijo, es un republicano de corazón, por principio y, por decirlo así, por instinto. Era un republicano convencido y de corazón antes del 14 de julio de 1789, y lo ha seguido siendo desde entonces.

Te suplico, ciudadano, una sola cosa: investiga, y haz que el jurado investigue, la conducta de mi hijo.

Tu compatriota y conciudadano, a quien cabe el honor de ser el padre del primero y más leal de los republicanos, se despide deseándote salud y fraternidad. Firmado,

Desmoulins

—Oye, Lacroix, ¿crees que si legara mis piernas a Couthon y mis pelotas a Robespierre, el comité me perdonaría la vida?

El cuarto día.

El fiscal interroga a los hermanos Frei. Dan las diez, las once de la mañana. Hermann, con una mano apoyada en el decreto de la Convención, observa a los acusados y estos le observan a él. En los rostros de todos ellos se observan señales de tensión y fatiga. Hermann ha visto el texto de una carta remitida por el comité al comandante de la Guardia Nacional, la cual dice así:

«No debe, bajo ningún concepto, arrestar al fiscal ni al presidente del Tribunal».

Hacia el anochecer, Fouquier se dirige a Danton y a Lacroix:

—Dispongo de varios testigos dispuestos a declarar contra ustedes. Sin embargo, no voy a llamarlos. Serán juzgados única y exclusivamente por las pruebas documentales que se han presentado.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunta Lacroix—. ¿A qué documentos se refiere? ¿Dónde están?

Fouquier no responde. Danton se pone en pie y dice:

—Desde ayer, ninguno de nosotros confiamos en que aquí se observe la ley, pero usted me prometió que podría reanudar mi defensa. Tengo derecho a ello.

—Sus derechos, Danton, han sido suspendidos —responde Hermann. Luego se dirige al jurado y pregunta—: ¿Disponen de suficientes pruebas para alcanzar un veredicto?

—Sí.

—En tal caso, el juicio queda cerrado.

—¿Qué significa eso? Pero si no ha leído nuestras declaraciones. No ha llamado a nuestros testigos. El juicio ni siquiera ha comenzado.

Camille se pone también en pie. Hérault extiende la mano para detenerlo, pero

Camille consigue zafarse. Luego avanza unos pasos hacia los jueces, sosteniendo unos papeles en la mano.

—Insisto en hablar. Hasta este momento me habéis negado el derecho a hacerlo. No podéis condenar a alguien sin escuchar su defensa. Exijo que se me permita leer mi declaración.

—Le prohibimos leerla.

Camille estruja los papeles en la mano y los arroja con asombrosa precisión contra la cabeza del presidente, el cual se apresura a agacharse ignominiosamente.

—¡Los prisioneros han ofendido la justicia nacional! —exclama Fouquier, levantándose de un salto—. Según los términos del decreto, serán desalojados de la sala mientras el jurado se retira a deliberar.

La multitud comienza a dispersarse para ocupar un lugar en la ruta de la muerte y junto al cadalso. Anoche Fouquier encargó que enviaran tres carros para conducir a los reos, los cuales llegan hacia media tarde.

Dos guardias ayudan a Fabre a ponerse en pie.

—Debemos conducirlos a sus celdas mientras el jurado se retira a deliberar.

—Quitadme las manos de encima —protesta Hérault con peligrosa cortesía—. Ven, Danton, es inútil que nos quedemos aquí. Acompáñanos, Camille.

Pero Camille no está dispuesto a rendirse fácilmente. Un guardia se acerca a él, convencido de que el acusado se resistirá.

—Le ruego que nos acompañe sin oponer resistencia —dice—. No queremos hacerle daño, pero si se niega lo conduciremos por la fuerza.

Danton y Lacroix suplican a Camille que les acompañe, pero este se agarra al banquillo de los acusados.

—No quiero lastimarlo —repite el guardia.

Al oír las voces, un grupo de espectadores se acerca para presenciar la escena. Camille se burla del guardia, que intenta en vano convencerlo de que lo acompañe por las buenas. Al cabo de unos minutos llegan refuerzos. Fouquier observa alarmado a su primo.

—¡Lleváoslo de aquí! —grita Hermann, arrojando un libro sobre la mesa—. ¡Lleváoslos a todos!

Uno de los guardias agarra violentamente a Camille del pelo y lo derriba. De pronto oyen el ruido de un hueso al partirse, seguido de un grito. Lacroix vuelve la cabeza, impresionado.

—Quiero que Robespierre se entere de esto —dice Camille, mientras lo arrastran por el suelo de mármol—, quiero que lo recuerde toda su vida.

—La mitad del comité de Policía está en la sala del jurado —comunica Hermann a Fouquier—. Propongo que nos reunamos con ellos. Si a alguien le queda alguna duda, muéstrale los documentos del Foreign Office británico.

Al abandonar la sala del Tribunal, Fabre nota que le fallan las fuerzas.

—Deteneos —suplica a los guardias que le sostienen.

Estos le ayudan a apoyarse en la pared mientras Fabre trata de recuperar el resuello. Frente a él pasan tres guardias arrastrando el cuerpo inánime de Camille. Tiene los ojos cerrados y sangra por la boca. Al verlo, Fabre rompe a llorar.

—¡Cabrones! —exclama—. ¡Cabrones, cabrones, cabrones!

Fouquier contempla a los miembros del jurado. Souberbielle rehuye su mirada.

—Creo que ya han llegado a un veredicto —dice a Hermann—. ¿Estás satisfecho, Vadier?

—No estaré satisfecho hasta que les hayan cortado la cabeza.

—Me han informado que se ha congregado una gran multitud frente al Tribunal, pero al parecer se muestra pasiva. Tal como dice Robespierre, no sienten simpatía hacia ninguno. Todo ha terminado.

—¿Es necesario que los acusados entren de nuevo en la sala?

—No —responde Fouquier, entregando un documento a un alguacil—. Condúcelos a un despacho. Esta es la sentencia de muerte. Léesela mientras los ayudantes de Sanson les cortan el cabello. Las cuatro —añade, tras consultar el reloj —. El verdugo ya debe de estar preparado.

—Me importa un carajo vuestra sentencia. No quiero oírla. El veredicto no me interesa. El pueblo juzgará a Danton, no vosotros.

Danton continúa hablando, de modo que ninguno de los otros acusados oye al funcionario pronunciar sus sentencias de muerte. En el patio de la prisión, los ayudantes de Sanson charlan animadamente.

Lacroix está sentado en un banco de madera. El verdugo le arranca el cuello de la camisa y le corta el pelo.

—Uno ha perdido el conocimiento —dice un guardia.

Detrás de la reja de madera que separa a los prisioneros del patio, el verdugo alza la mano para demostrar que lo ha entendido. Chabot está cubierto con una manta. Su rostro presenta un color azulado, y apenas mueve los labios. Está en coma.

—Encargó que le enviaran arsénico —dice el guardia—. No pudimos impedir que se lo tomara.

—Confieso que a mí también se me ocurrió —dice Hérault a Danton—. Pero al final pensé que, en estas circunstancias, suicidarme equivalía a reconocer mi culpabilidad, y dado que insisten en cortarle a uno cabeza, me parecía un espectáculo de muy mal gusto. Había que dar ejemplo a esa chusma, ¿no te parece? En cualquier caso, es preferible cortarse las venas.

En aquel momento estalla una violenta disputa entre Camille y uno de los guardias.

—Querido Camille, no merece la pena —dice Hérault.

—Nos está causando muchos problemas —responde uno de los guardias.

Al fin consiguen atarle las manos a la espalda. Se les ocurre propinarle un puñetazo para dejarlo inconsciente, pero temen que Sanson se enoje y les acuse de comportarse como unos aficionados. Camille tiene la camisa hecha jirones y un morado debajo del pómulo izquierdo. Danton se arrodilla junto a él.

—Tenemos que atarle las manos, ciudadano Danton.

—Un segundo.

Danton quita el medallón que lleva Camille colgado del cuello, el cual contiene un mechón de Lucile, y lo deposita en sus manos.

—Ya estoy listo —dice a los guardias.

—¿Qué tal esas chicas belgas? —le pregunta Lacroix, dándole un codazo en las costillas—. ¿Fue divertido?

—Sí. Pero no para las belgas.

Hérault permanece impasible, aunque un poco pálido, al montarse en el carro que lo conducirá al cadalso.

—Menos mal que no tengo que viajar acompañado de unos ladrones —dice.

—Este carro está reservado a los revolucionarios más distinguidos —responde Danton—. ¿Crees que conseguirás llegar, Fabre, o tendremos que enterrarte en el camino?

Fabre alza la cabeza con grandes esfuerzos y contesta:

—Se han llevado todos mis papeles, Danton.

—Sí, es lo que suelen hacer.

—Quería terminar *La naranja maltesa*. Contenía unos versos muy hermosos. El manuscrito irá a parar a manos del comité, y Collot fingirá haberlo escrito él.

Danton soltó una carcajada.

—Lo pondrán en escena en el Italiens —prosigue Fabre—, bajo el nombre de ese cabrón.

El Pont-Neuf, el Quai de Louvre. El carro avanza traqueteando. Danton separa las piernas para mantener el equilibrio y sujetar a Camille. Camille no cesa de llorar, no por él sino por Lucile, o quizá por los dos, por las numerosas cartas que se han escrito, por su repertorio de gestos, tics y bromas, y por su hijo. Todo se ha perdido, no queda nada.

—No te estás comportando a la altura de Hérault —le reprocha Danton suavemente.

Danton contempla los rostros de los curiosos, mudos, indiferentes, que entorpecen el paso de los carros.

—Tratemos de morir con dignidad —dice Hérault.

De improviso, Camille se despierta del coma en el que le había sumido su dolor y exclama:

—¡Vete a la mierda! ¡Deja de comportarte como un *ci-devant*!

Quai de l’École. Danton contempla la fachada del edificio y murmura: «Gabrielle», como si confiara en ver asomarse un rostro detrás de una cortina, una mano agitándose en un afectuoso gesto de saludo.

Rue Saint Honoré. La calle interminable. Al final de la misma, al pasar frente a la fachada de la casa de los Duplay, algunos condenados profieren palabrotas e insultos. Camille trata de dirigirse a la multitud. Henri Sanson se gira y lo mira alarmado. Danton se vuelve sobre Camille y murmura:

—No pierdas la calma. Olvídate de esa chusma.

El sol se oculta en el horizonte. Cuando nos ejecuten habrá anochecido, piensa Danton. En un rincón del carro, vestido como un sansculotte, el abate Kéravenen recita en silencio unas oraciones para los reos. Cuando el carro dobla hacia la Place de la Révolution, alza la mano para impartir una absolución condicional.

Existe un punto que —según dictan las reglas convencionales y la imaginación— no podemos traspasar; quizás esté aquí, al pie del cadalso, donde se detienen los carros para depositar su mercancía, carne todavía fresca, viva, palpitante. Danton deduce que, por ser el más ilustre de los condenados, lo ejecutarán en último lugar, junto a Camille. Sin embargo, en esos momentos piensa menos en la eternidad que en impedir que su amigo se desmorone durante los quince minutos que faltan para que la Cuchilla Nacional los separe.

Pero, naturalmente, se equivoca. En primer lugar hacen bajar del carro a Hérault.

—Adiós, amigos míos —dice simplemente.

A continuación le toca el turco a Camille, lo cual es lógico. Es preferible quitárselo rápidamente de enmedio antes de que soliviante a las masas.

Camille ha recuperado de pronto la serenidad. Es una lástima que Hérault no llegue a ver los benéficos resultados de su ejemplo. Camille mira a Henri Sanson y asiente para indicar que está preparado.

—Como diría Robespierre, es preciso sonreír. En cierta ocasión, el padre de ese hombre se querelló contra mí por haberlo difamado. Pero es inútil guardar rencor a nadie.

Al verlo sonreír, Danton siente un nudo en la garganta. «Carne todavía fresca, palpitante, muerta…». Ve a Camille decir unas palabras a Sanson. Este coge el medallón de manos de Camille y le promete entregárselo a Annette. Los últimos deseos de un reo son sagrados, y él es un hombre de palabra. Durante unos segundos, Danton aparta la vista. Luego contempla la escena que se desarrolla ante sus ojos, cada gota de sangre que cae, cada muerte, hasta que le toca el turno.

—Eh, Sanson.

—¿Qué deseas, ciudadano Danton?

—Muestra mi cabeza a la multitud. Merece la pena que la contemplen.

Rue Saint Honoré: un día, hace mucho tiempo, su madre estaba sentada junto a la ventana, haciendo una labor de encaje. La luz penetraba por la ventana, iluminándolos a ambos. El niño observaba atentamente el dibujo que su madre iba tejiendo, los espacios entre los hilos.

—Enséñame a hacerlo —rogó a su madre.

—Los niños no hacen esas cosas —contestó ella, prosiguiendo su labor.

El niño se sintió de pronto discriminado, excluido.

Ahora, cuando contempla una labor de encaje —aunque su vista está muy debilitada— le parece ver cada uno de los hilos que forman el dibujo. A veces, cuando está sentado ante la mesa del comité, recuerda esa remota imagen de su infancia. Ve a la joven sentada junto a la ventana, con el vientre abultado, preñada de muerte; ve la luz del sol reflejada sobre sus cabellos, mientras sus hábiles manos siguen tejiendo, como si volaran…

THE TIMES, 8 DE ABRIL DE 1794

Cuando al fin se produjo la reconciliación entre Robespierre y Danton, ya dijimos que esta se debía más al temor que los dos célebres revolucionarios sentían el uno hacia el otro que a un afecto mutuo. Añadimos que estábamos convencidos de que dicha reconciliación duraría hasta que uno de ellos, el más hábil y astuto, consiguiera destruir a su rival. Ha llegado ese momento, fatal para Danton… No alcanzamos a comprender por qué Camille Desmoulins, que gozaba de la protección de Robespierre, ha perecido aplastado por el triunfo de ese dictador.

Nota

Lucile Desmoulins y el general Dillon fueron juzgados por conspiración y ejecutados el 24 de Germinal. Maximilien Robespierre fue ejecutado sin haber sido juzgado el 10 de Thermidor, es decir, el 28 de julio. Su hermano Augustin, Antoine Saint-Just y Couthon murieron también ejecutados. Philippe Lebas se suicidó de un tiro.

Louise Danton contrajo matrimonio con Claude Dupin, y pasó a convertirse en baronesa bajo el Imperio.

Anne Théroigne falleció en 1817, en la prisión-asilo de La Salpêtrière.

Charlotte Robespierre, que permaneció soltera, obtuvo una pequeña pensión de Napoleón. Eléonore continuó siendo «la viuda de Robespierre». El padre de Maximilien falleció en Munich en 1777.

Legendre murió en 1795. Robert Lindet consiguió sobrevivir y prosperó. Los hijos de Danton regresaron a la provincia natal de su padre y se dedicaron a cultivar sus tierras.

Stanislas Fréron renegó de la causa. Tras la caída de Robespierre persiguió a los jacobinos, convirtiéndose en cabecilla de una pandilla de vándalos. Murió en Haití, en 1802.

Jean-Nicolas Desmoulins y Claude Duplessis fallecieron a los pocos meses de la caída de Robespierre. El hijo de Camille fue criado por Annette y Adèle Duplessis. Asistió al antiguo colegio Louis-le-Grand y posteriormente ejerció de abogado en París. Falleció en Haití, a la misma edad que su padre. Adèle Duplessis murió en Vervins, Picardía, en 1854.



HILARY MANTEL (Glossop, Derbyshire, Inglaterra, 1952). Es una escritora y crítica literaria británica cuya obra abarca desde memorias personales y cuentos a novela histórica y ensayos. Destaca por su maestría en la novela histórica, género al que ha dedicado buena parte de su producción literaria. Colabora con artículos y ensayos para periódicos y revistas tan importantes como The Guardian, London Review of Books y New York Review of Books.

Ha sido galardonada en dos ocasiones con el premio Booker. Ganó el primero en 2009 por su novela *En la corte del lobo* (*Wolf Hall*), en el que narra el ascenso al poder de Thomas Cromwell en la corte del rey Enrique VIII. Su segundo premio Booker lo ganó en 2012 con *Una reina en el estrado* (*Bring up the bodies*), la segunda entrega de la trilogía de Thomas Cromwell. Esto la convirtió en la primera mujer en recibir este premio dos veces, siguiendo los pasos de J. M. Coetzee, Peter Carey y JG Farrell.

The mirror and the light, cuya publicación está prevista para el año 2015, es el título de la última entrega de la trilogía.

Notas



[1] Moneda que equivalía a la vigésima parte del franco, o cinco céntimos. [N. de la T.] <<

[2] Afrontar la situación para evitar males mayores. [N. de la T.] <<